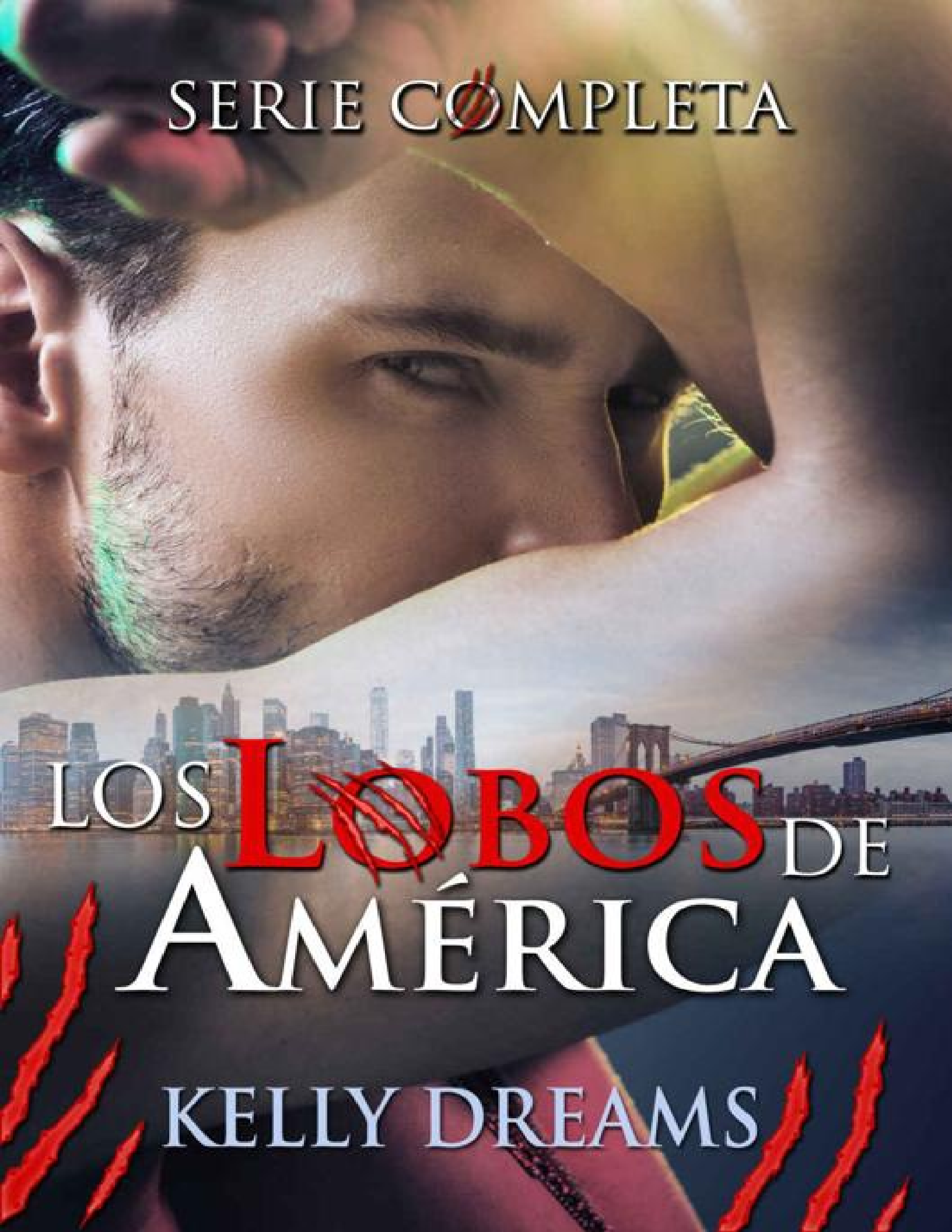
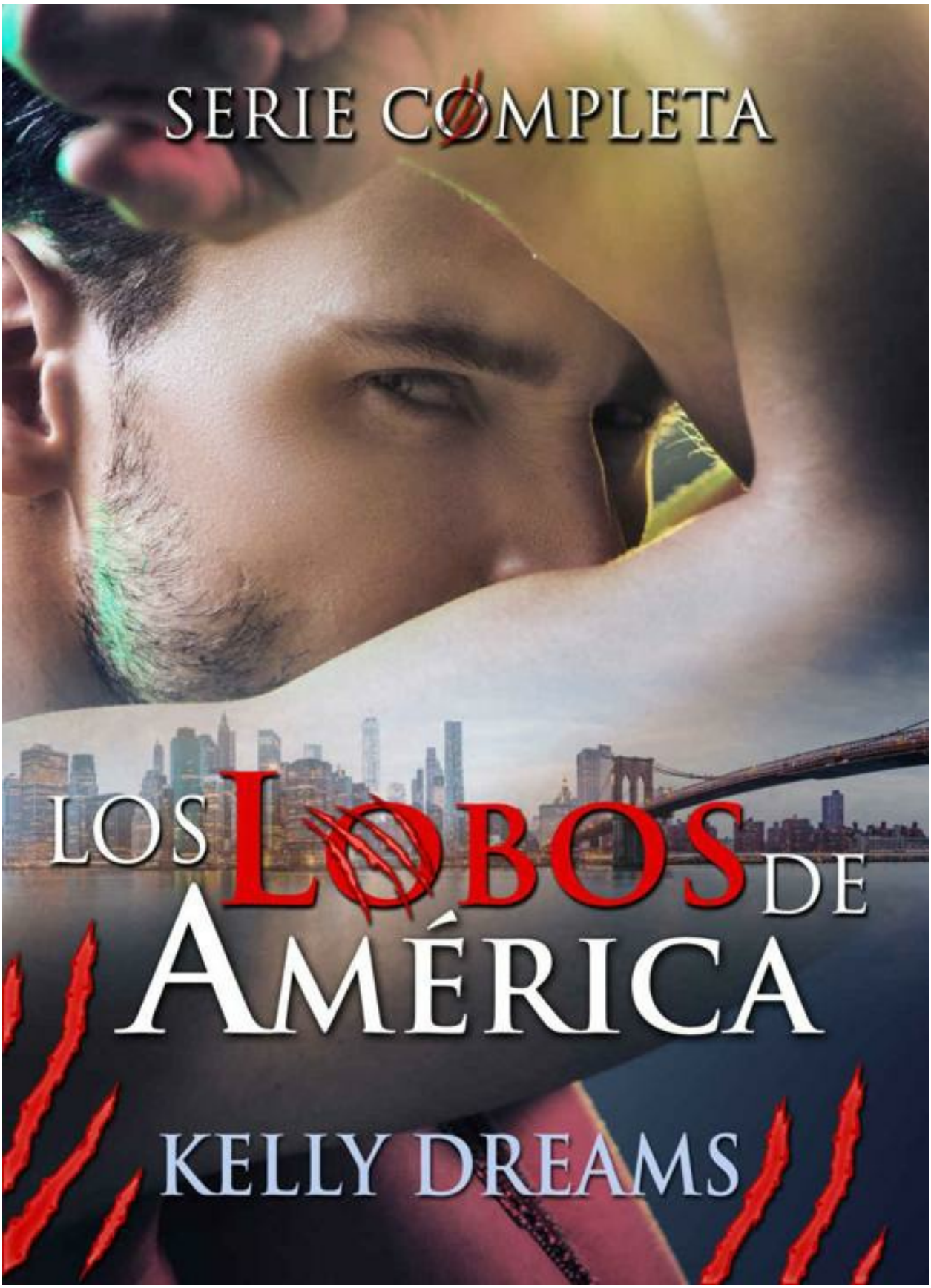

SERIE COMPLETA
LOS LOBOS DE AMÉRICA
KELLY DREAMS


SERIE COMPLETA
LOS LOBOS DE AMÉRICA
KELLY DREAMS

LOS LOBOS DE AMÉRICA

Serie completa

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

LOS LOBOS DE AMÉRICA

Serie completa

© edición 2024
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A mis lectoras.
Gracias por tanto.

Kelly.

SINOPSIS DE LA SERIE

Bienvenidos al mundo de los *Lobos de América.*

Adéntrate en las páginas de la serie de romance paranormal adulto que ha conquistado ya a millones de lectoras. Conoce a los alfas de América, lobos solitarios que encontrarán el amor incluso si no lo estaban buscando, que lucharán con uñas y dientes por proteger aquello que aman y por mantener sus territorios libres de cualquier amenaza.

Acción, suspense, romance y erotismo te esperan en los libros que componen esta serie que por primera vez sale a la venta reunida en un solo volumen.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ÍNDICE
MANHATTAN WOLF -LIBRO 1-
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
EPÍLOGO
LOVING WOLF -LIBRO 2-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
EPÍLOGO
MY DEAR WOLF -LIBRO 3-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
EPÍLOGO
THE ARABIAN WOLF -LIBRO 4-
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
EPÍLOGO
WITCHED WOLF -LIBRO 5-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
EPÍLOGO
LONELY WOLF -LIBRO 6-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
EPÍLOGO
CHRISTMAS WOLF -NOVELA CORTA-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
EPÍLOGO
REMEMBER WOLF -NOVELA CORTA-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
EPÍLOGO

MANHATTAN WOLF -LIBRO 1-

Cuando **Shane Pears** entró en aquel hotel buscando a su prima Carly, lo último que esperaba era que la confundiesen con una de las empleadas y la enviasen a la habitación del todopoderoso Luke Evans.
A solas con el hombre más explosivo de Manhattan, comprendió que lo que comenzó siendo un tremendo error estaba a punto de convertirse en la más irreal y excitante de las aventuras.

Luke Evans solo necesitaba una mujer que le acompañase durante su estancia en la ciudad, un bonito adorno que llevar del brazo y que asistiera con él a la tediosa reunión anual del clan lupino de Manhattan. ¿Por qué no recurrir entonces al club de acompañantes más exclusivo de la ciudad?
Sin embargo, la menuda y curvilínea vagabunda que encontró en el salón de su suite distaba mucho de ser lo que había pedido, en realidad era muchísimo más… alguien dispuesta a acabar con su paciencia y poner su estricto mundo patas arriba.

Algo le decía que esa mujer podía comportarse como toda una dama… especialmente cuando él no la miraba.

CAPÍTULO 1

La idea de pasar una noche tranquila en casa acababa de esfumarse como por arte de magia. Shane no se molestó en mirar el teléfono que descansaba sobre la superficie del improvisado tocador mientras se desmaquillaba; no era necesario. Las palabras de su interlocutora se habrían escuchado así estuviese al otro lado de la pared, de vuelta en el bar y bailando como cada viernes tras el biombo del escenario del *Tulteca*.

—De acuerdo, Carly, respira hondo y dime dónde diablos estás —pidió girando el rostro ante el espejo para comprobar que no quedaban restos del maquillaje festivo.

—He metido la pata, Shane, la he metido hasta el fondo.

Y eso era algo que no iba a discutirle. Su prima tenía un auténtico don para meterse en problemas, no necesitaba buscarlos ya que estos se las ingeniaban para encontrarla.

—Eso no es nada nuevo, cariño.

Casada tres veces a sus treinta y cinco años, siendo el último de sus matrimonios el más polémico al haber contraído nupcias con un hombre al que resultó gustarle la lencería femenina más que a su propia mujer, era considerada la oveja negra de la familia.

Y a pesar de ello, no dejaba de ser una ironía lo muy a menudo que su propia madre la utilizaba para recordarle su ausente vida amorosa frente a la de su prima.

‹‹Carly se ha casado tres veces, Shane. Tú ni una››.

El suave resoplido que sonó por el altavoz del teléfono la trajo de nuevo al asunto que le ocupaba.

—De verdad, pensé que esta vez sería el indicado —continuó la mujer—. Se le veía tan educado y elegante, con un divertido sentido del humor y era amable. Incluso sabía escuchar. ¿Sabes lo difícil que es que un hombre te escuche?

Puso los ojos en blanco, no pudo evitarlo. Si bien Carly era un trozo de pan, tenía imán para encontrarse en su vida con toda clase de perdedores e irresponsables, así que aquella descripción no parecía nada fuera de lo común.

—Parece tu tipo, ¿cuál es el problema?

—Que se ha esfumado y me ha dejado aquí tirada.

Dejó caer el algodón con la loción desmaquillante en la papelera a su lado y miró el teléfono.

—¿Perdón?

—No hagas preguntas de las que no quieres conocer la respuesta, hazme caso —gimió ella —. Necesito que vengas a buscarme, por favor.

Sacudió la cabeza, cogió una toallita limpia y se refrescó el rostro tras comprobar que no quedaba ni rastro del maquillaje. La sensual y misteriosa bailarina *Mascarada* había desaparecido ya dejando tras de sí a la sencilla y anodina Shane Pears, una chica del montón.

No se le escapaba la ironía de que aquel trabajo extra hubiese surgido como consecuencia de la peor noche de su vida, ocurrida un año atrás. No era una *stripper*, ni siquiera bailarina y sin embargo esa noche, como cada semana, había bailado y se había desnudado detrás de un improvisado biombo a través del que solo podía verse su silueta.

Decían que cuando te caías de la bici, la única forma de superar el miedo era volver a montar. Bien, ella se había tomado al pie de la letra ese dicho después de pasar por la peor noche

de su vida, una en la que se encontró siendo engañada y humillada por el hombre en quién había depositado todo su amor y esperanzas de futuro.

Un desengaño amoroso que terminó con su prima y ella borrachas como cubas y bailando sobre la mesa del bar en el que trabajaba. En un abrir y cerrar de ojos pasó de ser una anodina camarera a convertirse en la misteriosa protagonista del erótico espectáculo del viernes por la noche en el *Tulteca*, un elegante y exclusivo local neoyorkino, el cual le reportaba una inyección extra a sus exiguos ingresos.

Tan solo la seguridad que le daba el conservar su anonimato, hacía que siguiese subiéndose a ese escenario cada semana, pero últimamente incluso eso parecía ser insuficiente.

—¿Dónde estás? —preguntó una vez más volviendo a la conversación. Terminó de recoger el maquillaje y guardó cada una de las prendas que utilizaba para el espectáculo en su lugar.

—En la *Manhattan Suite* del *Imperian*.

—¿El *Imperian*?

—Ya sabes, el hotel de cinco estrellas situado cerca de Central Park.

—Sí, sé cuál es —aseguró con cierta ironía. Era uno de los hoteles de nueva construcción, demasiado lujoso y exclusivo para alguien de su economía pero muy en consonancia con los gustos de Carly—. Baja a la recepción y espérame allí.

—No puedo.

Frunció el ceño ante esa rápida respuesta emitida en el más lastimero de los tonos.

—¿Cómo que no puedes?

Hubo un momento de silencio, entonces el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose.

—Necesito que me traigas algo de ropa. —La voz de su prima surgió ahora en un bajo susurro—. Un abrigo o una gabardina servirán.

Parpadeó, empezaba a mirar el teléfono como si fuese un objeto peligroso.

—¿Cómo?

—No puedo bajar a la recepción vestida como la conejita de *Playboy*.

—No sé si quiero preguntar.

—Se suponía que iba a ser algo… divertido y sexy.

Sacudió la cabeza.

—No me cuentes más, no quiero saberlo.

—Ven pronto, anda —pidió de manera lastimera—. Mañana tengo una importante reunión a las diez y todavía no he preparado la introducción. Julian querrá mi cabeza en una bandeja y con guarnición si no aparezco.

—¿Y encima con exigencias?

Escuchó un ligero chasquido de la lengua seguido de la misma perorata de siempre.

—Venga, ¿qué te cuesta? Mañana es sábado y tú no entras a trabajar hasta las seis.

—Acabo de salir de un turno doble que no me correspondía, por no hablar de que hoy es viernes y he tenido que actuar. Estoy agotada.

Esa misma mañana la había despertado el teléfono, Rocco, su jefe en el *Tulteca*, la llamó para suplicarle en ese potente tono hispano suyo que fuese a echarle una mano; una de las camareras se había puesto enferma y necesitaba alguien que la sustituyera.

—Cariño, tú bailas detrás de un biombo —le recordó con la misma sencillez de siempre —, eso no puede llamarse trabajo.

Contuvo un exabrupto y se obligó a contar hacia atrás hasta diez.

—¿Has mirado la oferta de la bolsa de empleo que te envié al mail? —continuó—. Es una

buena oferta, curiosamente es para este mismo hotel. Cuando veas la recepción te caerás de espalda. Creo que sería perfecto para ti, al menos aprovecharías tus conocimientos y ganarías mucho más que limpiando mesas en un bar los fines de semana, haciendo pasteles por encargo o sacando perros a pasear. Necesitas un trabajo de verdad.

Suspiró.

—Ni siquiera he mirado el correo.

—Pues hazlo —sentenció la conversación—. Ahora, ven a buscarme, por favor. Te prometo que no volveré a pedirte nada en… en un mes.

Sacudió la cabeza. Con la frecuencia que Carly se metía en líos, esa era una promesa que no podría mantener.

—Dime en qué piso está la suite, dudo que quieran darme esa información en la recepción sin una buena razón —rezongó echando un vistazo a su propia ropa en el espejo. Vestida con una falda corta, botas altas y una camiseta negra y ajustada, dudaba que encajase en el perfil de usuarios del hotel. El tatuaje floral que asomaba sobre su clavícula, le bajaba por el costado y desaparecía bajo la cintura de la falda en el lado derecho de la cadera no haría más que confirmar ese hecho.

—Solo tienes que entrar e ir hacia los ascensores que encontrarás a la derecha de la entrada, no necesitarás ni pasar por delante del mostrador de recepción —le aseguró con obvio alivio en la voz. Le indicó cómo llegar al piso en el que se encontraba la suite y le rogó una vez más que se diese prisa—. Y por favor, por favor, por favor… tráeme algo de ropa.

Echó un rápido vistazo al pequeño armario y sonrió de medio lado.

—Todo lo que puedo conseguirte en estos momentos es una gabardina.

La escuchó refunfuñar.

—Lo que sea. Cualquier cosa será mejor que salir casi en pelotas.

CAPÍTULO 2

Maldita alergia.

Luke echó un nuevo vistazo a su alrededor y desnudó los dientes dejando que su naturaleza lupina emergiese. No podía oler nada, ni siquiera el centro de flores que ya descansaba sobre la mesa auxiliar de madera maciza cuando entró, la misma que llenaba el hueco entre los sofás situados en el área de esparcimiento del dormitorio y que había amenazado con lanzar por la ventana. Estaba tan congestionado que ni siquiera le molestaba ya el penetrante perfume de su deliciosa e inesperada invitada.

Mirabella se había presentado por sorpresa a la hora de la comida en su restaurante favorito. La loba era una de sus asiduas acompañantes así como también una de sus amantes. O lo había sido hasta hoy. Su presencia, tal y como acababa de comprobar tras este último interludio, le molestaba más que le distraía y la culpa de ello era sin duda su palpable interés en darle «caza».

A estas alturas de su relación cabría pensar que la hembra habría comprendido que su primera y única regla no dejaba lugar a excepciones. Él era el que elegía con quién, el momento y el lugar, así como cuándo llegaba el instante de dar por zanjada cualquier clase de relación. Y cualquier clase de relación que hubiese tenido con ella había llegado a su fin.

La loba había traspasado la línea de confort que se había autoimpuesto lo que derivó en el inmediato finiquito de cualquier tipo de transacción; prueba de ello era que acababa de darle la patada después de follársela.

El incesante parloteo femenino no era más que un murmullo lejano en sus oídos, su esbelta figura se había paseado completamente desnuda por delante de sus narices mientras recogía las prendas esparcidas por la habitación sin que ello trajese consigo nada más que un aburrido bostezo. Había perdido por completo el interés en ella.

Gruñó, el sonido reverberó en el dormitorio trayendo consigo la inmediata obediencia de un lobo inferior ante un alfa. El bendito silencio ocupó entonces el espacio de su parloteo y lo hizo incluso más consciente de su incapacidad olfativa.

—Sería conveniente que te marchases —declaró y se levantó de la silla que había ocupado tras el sencillo escritorio ubicado junto a la ventana—. Tendrás que arreglarte para la reunión de los clanes. Arik no estará demasiado feliz si llegas tarde a la ceremonia de apertura, especialmente cuando el príncipe ha accedido a mover el culo desde Rumanía solo para la ocasión. Aunque puedes echarme la culpa a mí, eso sin duda lo joderá aún más.

Y aquello era sin duda otro de los motivos que lo tenían tan irascible. Como jefe de la región del medio atlántico, era el actual anfitrión del cónclave anual que reunía a los alfas de las concesiones en las que estaba dividido el territorio americano; un honor que habría declinado con absoluto placer si ello no hubiese traído más problemas que soluciones.

—Este mediodía estabas más que dispuesto a elegirme como acompañante para esta importante velada sin importarte lo que dijese Arik.

Posó la mirada en ella con total intención y la vio actuar en consecuencia. Era tan predecible. Una perra con el rabo entre las piernas cuando un macho de rango superior la intimidaba. La sumisión en su cuerpo fue inmediata, no pasó así en sus ojos, los cuales brillaban con femenina irritación.

El hecho de que mencionase a ese grano en el culo del Ejecutor no hacía las cosas mucho mejores para ella. En realidad, parte de su interés en la mujer había venido motivado precisamente por el hecho de que esa cosita trabajaba también para su competidor en los negocios; Arik Vinci, el Ejecutor de su raza.

—Y ahora estoy más que dispuesto a hacer que muevas ese bonito culito y salgas por esa puerta —aseguró indicándole cada paso a seguir—. Prerrogativa de ser el alfa en la habitación, encanto. Yo ordeno, tú obedeces.

Si fuese una gata, se le habría erizado hasta la cola. Si bien su olfato no podía darle una sola pista de las intenciones de la mujer, su lenguaje corporal hablaba por sí solo. Podía no contar con el beneficio de oler sus mentiras, pero tampoco era que le hiciese falta con ella.

—Ha sido una tarde agradable, Mirabella, así que procura no estropearla con una escena —pidió al tiempo que cruzaba la habitación en dirección al baño. Quizá una ducha de agua caliente y el vapor hiciesen algo a favor de su congestión. A un nivel muy primitivo se sentía indefenso, el olfato era uno de los sentidos primordiales de un lobo y con él atrofiado, su voluble naturaleza empezaba a írsele de las manos—. Ya sabes dónde está la salida.

Ella jadeó, un gesto que evidenciaba el ultraje al que parecía sentirse sometida. Mujeres, siempre masificando sus reacciones y sacándolas de contexto.

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho, ¿no es así?

Se encogió de hombros y se giró únicamente en el momento en que alcanzó el umbral de la puerta del cuarto de baño.

—Lo que debería haber dejado claro mi total falta de interés ante tanta cháchara.

Se tensó, sus ojos se entrecerraron y brillaron con ese tono tan característico de una hembra cabreada. Si lo hubiese dejado ahí se habría limitado a darle la espalda y dejar que se cociera en su propia rabia pero la muy estúpida hizo lo último que debería hacer cualquier lobo cuerdo ante un alfa irritado; gruñó.

—Ya veo que la falta de inteligencia es algo común en todas las hembras de nuestra especie —soltó insultándola abiertamente y dándole al mismo tiempo una rápida salida para el entuerto en el que acababa de meterse. Nadie en su sano juicio desafiaba a un alfa, no a menos que fueses un lobo dispuesto a arrebatarle el puesto o su compañera vinculada, quien se sabría a salvo de su pareja.

—Eres un cabrón hijo de puta —declaró ella. Sus mejillas totalmente rojas por la humillación y la rabia apenas contenida. A pesar de todo tuvo el acierto de retroceder, dejando clara su postura de sumisión frente a él. Se sentó en el taburete tapizado a los pies de la cama y se calzó de inmediato los zapatos con los que había entrado taconeando horas antes.

Estás muy, pero que muy jodido, Luke. Se dijo a sí mismo al ver esos cremosos senos que había degustado previamente bamboleándose entre el pronunciado escote del vestido. En circunstancias normales, la sola visión de ese par de joyas gemelas habría sido suficiente para hacerle olvidar hasta su nombre y arrastrarla de nuevo a la cama pero ahora ese delicioso y esbelto cuerpo, las largas e interminables piernas que se habían envuelto alrededor de su cintura y el vibrante pelo dorado no despertaban en él más que el tedio.

—Eso es algo de dominio público, encanto —dio respuesta a su previa afirmación—, si creías lo contrario, es que eres una perra ilusa.

Y ahí estaba, un nuevo insulto gratuito. Por regla general era educado y respetuoso con las mujeres, ya fuesen de su raza o humanas, pero esta estaba sacando lo peor de él con cada nuevo minuto que pasaba a su lado.

La furia en sus ojos atrajo al lobo, al alfa que corría por sus venas. Una inmediata

necesidad de alzarse sobre ella y someterla empezaba a hacer que le picase la piel y se le curvasen los dedos.

—No te mereces un solo minuto más de mi tiempo —siseó ella levantándose y enderezándose cual reina ante la presencia de sus súbditos.

Se inclinó en una estudiada reverencia ante ella.

—Una respuesta de lo más sabia, querida —aseguró al tiempo que volvía a enderezarse y clavaba sus ojos en los de ella—. No permitas que mi ausencia de interés hacia ti te haga perder más de ese valioso tiempo. Te ofrezco una salida digna, sé una buena chica y aférrate a ella. Coge ese lindo culito y sácalo de mi propiedad… ahora mismo.

Los ojos marrones brillaron con incredulidad y rabia contenida, emociones que se reflejaron también en su cuerpo y en su voz.

—No te atrevas a hablarme como si fuese una de tus perras, Luke Evans —siseó entre dientes—. No te atrevas a compararme siquiera con una de esas mestizas a las que te tiras…

Chasqueó la lengua y se flageló mentalmente por su falta de previsión e inteligencia a la hora de involucrarse con una mujer como ella.

—Suelo tratar a cada uno como lo que es o como lo que muestra ser y…

El rápido ardor que le atravesó la mejilla añadió más combustible a su ya inestable humor. Se limitó a mirarla a los ojos, a sostenerle la mirada y ver cómo palidecía gradualmente mientras apretaba la mano con la que acababa de abofetearle contra la cadera.

—No soy una de las putitas con las que te sacudes la polla, Evans —murmuró con voz quebrada y rabiosa—, harías bien en recordarlo.

Se acarició la mejilla con el dedo anular.

—Y una vez más, te doy la razón —declaró con malicia—, a ellas las dejas a la altura del betún.

La segunda bofetada no llegó a impactar en su rostro, cerró los dedos alrededor de la mano y apretó lentamente al tiempo que se la llevaba a los labios y se los besaba.

—¿Eugene?

—¿Sí, querido?

Ella se giró hacia el recién llegado pero él no necesitaba de una confirmación visual para saber que su beta y asistente había hecho acto de presencia.

—Acompaña a la señorita a la puerta —pidió sin dejar de mirarla a los ojos—, y asegúrate de que no se deja nada que la haga tener que volver a hacernos una visita.

Ella se soltó de su agarre, apretó los labios y finalmente alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Acabarás arrepintiéndote de alejarme, que no te quepa la menor duda —siseó. Entonces dio media vuelta, apartó al otro hombre con un gesto de la mano y salió como una exhalación del dormitorio dejando tras de sí el sonoro golpe de la puerta principal al cerrarse.

—Y a eso le llamo yo una salida estelar —barruntó su compañero girándose ahora hacia él —. Has tardado un poquito más de la cuenta en darle la patada. ¿A qué estabas esperando? ¿Quieres una medalla a la paciencia?

El hombre era el vivo retrato de la elegancia y la sensualidad del viejo mundo, un lobo con ascendencia europea que había acabado en su clan y como su mano derecha desde el mismo instante en que supo que sería el nuevo alfa de los lobos de Manhattan. El suyo era uno de los pocos clanes no generacionales, su subida al poder no era hereditaria sino un desastroso cúmulo de acontecimientos y asesinatos que lo dejó como líder de numerosas familias con tan solo diecisiete años. Como el único alfa puro en el territorio y ante la falta de opositores, el Consejo

decidió por unanimidad que él sería el nuevo jefe.

Eugene había estado a su lado desde entonces, ayudándole y guiándole, señalándole incluso los errores que no deseaba siquiera recordar. Y era el lobo más gay que había conocido en toda su vida. El suyo era un pueblo libre y el destino un cabrón hijo de puta que podía emparejarte con quien le diese la gana, incluso con más de una pareja, si así estaba escrito.

Una compañera. La sola idea lo hacía estremecer. No quería esa responsabilidad sobre sus hombros, tenía suficiente con la del clan. Cuando se emparejase lo haría con quien él eligiese, una mujer que se plegase a sus deseos y se mantuviese en su lugar, alguien que no interviniese en su libertad y le diese descendencia. El amor era demasiado peligroso, era capaz de destrozarte y destrozar todo aquello por lo que habías luchado, te hacía ciego a todo lo que tenías ante tus ojos. No, él sería el que eligiese. Solo él.

—Déjame adivinar —continuó él ajeno a sus pensamientos—. Sigues congestionado y no eres capaz de oler ni una diminuta florecilla.

Enarcó una ceja a modo de respuesta a lo que él se encogió de hombros y lanzó el pulgar por encima del hombro.

—El centro de flores del que te quejaste sigue aquí y has tardado mil años en darle la patada a esa zorrita —le recordó con ese gesto irreverente que lo caracterizaba—. Esta habitación apesta a celos y desdén… ah, estúpidas hembras.

—Entre las sábanas eso no importa demasiado.

—Y ya volvemos a pensar únicamente con la polla —chasqueó la lengua y arrugó la nariz —. Hay que ventilar todo esto. Dios… su perfume es horrible y además barato.

—Abre las ventanas, yo voy a ver si me meto bajo la ducha y consigo… algo —rezongó girando sobre los talones—. ¿Velkan no ha llegado todavía?

—Si su real y jodida alteza hubiera puesto sus patitas en territorio americano, lo sabríamos —murmuró moviéndose por la estancia—. Aunque, conociendo a nuestro principito, es capaz de estar cenando en el restaurante de aquí al lado sin que nadie se haya dado cuenta. ¿Tienes idea de lo irritante que es eso? Por favor, es nuestro líder, el único lobo rumano de sangre pura que queda y se comporta como un adolescente en vez de un hombre de casi treinta y cinco.

Reprimió una sonrisa y entró en el baño. No podía culpar al *Voda* por querer vivir unas horas lejos de todo el peso que traía consigo ser el cabeza de toda la raza lupina, solo dos años menos que él mismo, Velkan Voda, era responsable de innumerables vidas, su ley y su posesión más preciada; cada lobo existente daría la vida por él.

—Cuando esté listo, nos lo hará saber —declaró. Abrió el grifo del agua caliente y se estremeció de manera involuntaria.

—Eso espero o a alguien que yo me sé le dará vueltas la cabeza —comentó señalándose a sí mismo en el proceso—. Pero ahora tenemos otro asunto importante del que ocuparnos. ¿A quién convoco?

Salió del baño cerrando la puerta tras de sí para atrapar el vapor en el interior de la estancia y lo miró.

—¿Cómo que a quién convocas?

Señaló la puerta principal.

—Aunque es una auténtica zorra, te habría venido bien durante la celebración que dará comienzo en… —miró el reloj—, menos de dos horas. No puedes oler una maldita cosa, detestas las aglomeraciones y acabarás con síndrome premenstrual en cuanto alguna loba solitaria empiece a restregar las tetas o todo su cuerpo sobre ti. Necesitas un adorno para llevar del brazo y que mantenga alejadas a las perras en potencia.

Frunció el ceño. Odiaba tener que darle la razón.

—¿Shana? —sugirió echando mano de los nombres que podía recordar y asociar con un rostro. Su lista de amantes había ido ascendiendo y descendiendo en los últimos meses al punto de que ya no sabía a quién había dejado dentro y a quién fuera.

—Se ha emparejado.

Su ceño se profundizó mientras repasaba mentalmente la lista.

—¿Amanda?

—¿La perra que amenazó con cortarte los huevos y dárselos de comer a su alfa si volvías a acercarte a ella?

—Julianne Lean. —Puso los ojos en blanco al recordar la naturaleza de tal amenaza—. Juli es una buena candidata. Habla poco, se comporta con elegancia y… oh, no… espera… no fue ella la que…

—Sí, la que pillaste en tu propia cama con la muchacha de la limpieza —aseguró frotándose una ceja—. La misma que te invitó a unirte al trío. Fue una pena que le dijeses que no, habría sido memorable.

—¿Quemaste esa cama?

—Quemé la habitación entera y luego la remodelé —aseguró con una amplia sonrisa.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Pues consígueme una mascota —pidió al tiempo que se volvía de nuevo hacia el baño —. Que hable poco, sepa comportarse en sociedad y no salga gritando si de repente alguno de nuestros invitados decide dejar salir a su lobo.

Eugene dejó escapar una sonora carcajada.

—Luke, querido, son las diez y media… la recepción comienza a las doce en punto, ¿dónde esperas que consiga a alguien en menos de dos horas?

Abrió la puerta del baño y entrecerró los ojos al notar ya el vapor.

—Eres tú el que dice que necesito compañía para alejar a las perras potenciales, ¿no?

Su compañero se llevó las manos a las caderas en una pose muy femenina.

—Emparéjate de una jodida vez y no tendremos estos problemas, ricura —le respondió con hastío—. Te lo juro, me saldrán canas antes de que te decidas a darme una alegría. ¡Quiero *Lukitos* que mimar!

Lo miró con cierta ironía.

—Adóptalos, tendrás más probabilidades de conseguirlos así que si esperas a que tú y yo procreemos.

—Ja-Ja. Mira cómo me río —rezongó. Se arregló la perenne corbata y lo recorrió de los pies a la cabeza—. Métete en la ducha y quítate ese olor a zorra americana mientras obro un milagro.

Sacudió la cabeza.

—No sé para qué rezongas tanto, Eugene, al final siempre tienes soluciones para todo tipo de problemas.

—Divina trinidad, dame paciencia —resopló y se giró hacia él en el mismo instante en que cerraba ya la puerta del baño—. Solo por hacerte el listo contactaré con esa agencia de acompañantes que te recomendó Aksel.

No se le escapó la ironía tras las palabras de su beta. Aksel Korss, el alfa de la región Atlántico Sur afincado en Florida, había conocido a su compañera a través de dicha agencia.

—Asegúrate de conseguirme solo un «adorno», Eugene —le dijo cerrando ya la puerta—, no algo permanente.

—Si por mí fuese, sería permanente y con churumbeles.

Luke no respondió, reprimió una sonrisa y respiró profundamente. Esperaba que el vapor del agua consiguiese despejarlo lo suficiente para recuperar el olfato.

CAPÍTULO 3

—¡Quieres hacer el favor de calmarte! Estoy a punto de entrar así que cuelga el maldito teléfono y espérame con la puerta abierta. Quiero entrar y salir a la velocidad de la luz.

Shane suspiró, devolvió el móvil al bolsillo del abrigo y se preparó para cruzar la calle y entrar en el edificio. Si el exterior del hotel ya era imponente, el interior no se quedaba atrás. El lujo y la elegancia hablaban por sí solos. Respiró profundamente y entró con decisión dejando a la izquierda el mostrador de recepción dónde un par de parejas eran atendidas, rodeó el pilar central que alternaba la función de asientos con la ubicación de enormes maceteros y fue directa a los ascensores.

El corazón le latía a toda prisa, tenía los nervios a flor de piel y la razón de todo ello era esa absurda misión que le había endilgado su prima.

—Tranquila, no has entrado a robar ni estás haciendo nada malo —se dijo a sí misma en voz baja—. Llama el maldito ascensor y sube a buscar a Carly, después podrás retorcerle el pescuezo y salir de aquí.

Extendió una temblorosa mano hacia el botón y lo oprimió esperando que las flechas cambiasen indicando que alguno de los tres ascensores bajaba.

Y pensar que a esas horas podría estar en su casa, dándose un baño relajante, mientras disfrutaba de las deliciosas pastas que había dejado hechas aquella misma mañana. Era una nueva receta, algo que le había estado rondando en la cabeza desde hacía varios días y si salía como esperaba, podría añadirla al catálogo de repostería que estaba elaborando.

Rocco le había dado el fin de semana libre; una condición que le había impuesto ella misma, cuando la llamó para que le hiciese el favor de cubrir el turno doble de la camarera enferma. Unos días que pensaba aprovechar para descansar y revisar los pedidos para la próxima semana.

—Tengo que preparar esos *cupcakes* de albaricoque para entregar el martes —rumió perdiéndose momentáneamente en sus pensamientos.

Si bien la repostería era más un placer que un trabajo, gracias a ella y los encargos a domicilio conseguía sacar lo suficiente para vivir. Carly tenía razón, por mucho que le fastidiase reconocerlo, necesitaba un trabajo estable.

Miró brevemente por encima del hombro en dirección al mostrador de recepción y suspiró. Cuando decidió quedarse en Manhattan después de haber terminado sus estudios, lo hizo con la perspectiva de encontrar un trabajo basado en su profesión. Pero las ilusiones de una chica recién graduada empezaron a morir lentamente, cuando tuvo que poner los pies en la tierra y aferrarse a cualquier empleo eventual que le permitiese sobrevivir. El volver a casa con el rabo entre las piernas no era una opción a pesar de que su sueño se le hubiese escapado de las manos en el último momento. La casa victoriana por la que tanto había ahorrado se había vendido dos meses atrás.

La campanilla que anunciaba la llegada del ascensor la obligó a centrarse de nuevo en el motivo de su presencia allí.

—Si no acabamos echadas a la calle de una patada en el culo o escoltadas por los guardas de seguridad, quizá me plantee presentarme a la entrevista —murmuró pensando en el mail que le había mencionado.

Entró en el lujoso interior del ascensor, buscó la planta que le había repetido una y otra vez y respiró aliviada cuando las puertas volvieron a cerrarse dejándola aislada del mundo.

—Aquí vamos —musitó apoyándose contra la pared mientras contemplaba el lento cambio de los números—. ¿Por qué siempre parece que los ascensores van más lentos cuando tienes prisa?

Su teléfono móvil empezó a vibrar seguido de esa melodía estridente que no había podido cambiar todavía. Le habían ofrecido ese infernal aparatito de última generación como incentivo para la renovación del contrato que tenía con la compañía telefónica que le suministraba la fibra óptica y todavía estaba aprendiendo cómo funcionaba. Introdujo la mano en el bolsillo y maldijo al darse cuenta de que el forro de su abrigo tenía un agujero, el aparato se había deslizado por él y ahora tenía que bucear para encontrarlo.

—Oh, por favor —gimió contorsionándose mientras intentaba alcanzar el perdido móvil —. Ya va, ya va… sí… ya está… ¡No me jodas!

Cuando vio el número danzando en la pantalla gimió una vez más. Su suerte había decidido escapar corriendo esa noche, no había otra explicación.

—Hola mamá —contestó en un tono más irritado del que pretendía—. Ahora no es un buen momento, te llamo…

—Shanelle, cariño —la interrumpió su progenitora con esa voz que nunca dejaba lugar a réplicas—, tenemos que hablar.

Aquello ya era de por sí un mal comienzo, pensó al escuchar su nombre completo surgiendo de labios de su madre. Solo lo utilizaba cuando quería algo y esa coletilla de «tenemos que hablar» no presagiaba tampoco nada bueno.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Papá está bien?

—No pasa nada, cariño. Tu padre está con sus cosas, ya sabes, unos días mejor y otros peor, pero nada que lo mande prematuramente a la tumba —aseguró con total franqueza. Su madre podía ser brutalmente directa cuando quería—. Solo quería saber cómo te iba.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Mamá, son las once de la noche y es viernes —le recordó—, y hemos hablado el miércoles por la noche. ¿Qué quieres?

—¿Es que una madre no puede hablar con su hija cuando quiere hacerlo?

—Mamá… —le advirtió.

—Tu padre se ha empeñado en hacer una barbacoa el próximo sábado para celebrar su cumpleaños.

Arrugó la nariz. Su padre no era de hacer barbacoas, por no mencionar que ni siquiera le gustaba cumplir años.

—No puedo ir.

—¿Has quedado con alguien? —La curiosidad no superaba la esperanza que se escuchaba en la voz materna—. ¿Una cita, quizá?

—Sí —aseguró con más brusquedad de la que pretendía—, con el trabajo.

La oyó resoplar, un gesto muy familiar.

—¿Todavía sigues sirviendo mesas en ese local?

No iba a responder a eso, sus padres ignoraban por completo que ella hacía algo más que servir mesas en el Tulteca y pensaba dejar que siguiesen en la ignorancia eternamente. A su madre le daría una apoplejía si sabía que su hija se desnudaba para el público, aunque fuese detrás de un biombo dónde todo lo que se veía de ella era la silueta de su cuerpo.

—Sí, mamá, sigo trabajando en el Tulteca los fines de semana.

—¿Y no podrías cogerte un día libre? —insistió con ese tono zalamero que sabía le daba resultado—. Puedes venir el viernes después del trabajo. Connor puede pasar a recogerte.

¿Connor? ¿Se había repuesto ya del retorcimiento de pelotas? Sacudió la cabeza ante la incansable necesidad de su madre de emparejarla, pero que insistiera con el capullo que tenía por hijo una de sus vecinas más cercanas después de lo ocurrido la última vez la enfurecía.

—Mamá, si vuelves a intentar emparejarme con ese hijo de puta, rompo toda relación contigo… ¡y para siempre!

—No seas melodramática —se quejó con un bufido—. Todo fue un gran malentendido, de hecho fue él quien terminó con una bolsa de hielo en las pelotas…

Sí, después de que el muy cabrón le hubiese dejado los dedos escritos en las tetas, cuando intentó arrinconarla en la parte de atrás de la casa durante la última barbacoa que dieron sus padres.

—Ha tenido suerte de que no se las arrancase de cuajo —siseó—. Ese tío es un auténtico cerdo que no reconoce la palabra «NO» como respuesta.

Su madre suspiró.

—¿Y qué me dices de Edgar? Es el nuevo propietario del rancho que está un poco antes del nuestro, un chico respetable, educado y…

—Mamá, basta —se erizó como un gato. Volvió a mirar los pisos del ascensor y suspiró de alivio al ver que faltaban tres para alcanzar el suyo—. Mira, tengo que dejarte, te llamaré…

—Sí, sí, sí. Contamos contigo el sábado, cariño, procura llegar antes de las dos —le dijo antes de que la línea se quedara totalmente muda. Al instante escuchó el sonido que marcaba el fin de una llamada.

—Me ha colgado —balbuceó al tiempo que miraba el teléfono con incredulidad—. ¡Me ha colgado!

Su madre se había salido una vez más con la suya al quedarse con la última palabra. Suspiró y sacudió la cabeza, tendría que llamarla durante la semana e inventarse cualquier excusa para no ir a casa. A decir verdad, ni siquiera le apetecía coger el avión y hacer cuatro horas y media de viaje hasta Minnesota; menos aun cuando su intención era la de emparejarla con el primer soltero que se encontrase a mano.

El ascensor se detuvo por fin, las puertas se abrieron y no dudó en abandonar el habitáculo para encontrarse en un lujoso y enmoquetado pasillo. Devolvió el teléfono al bolsillo que no tenía un agujero en el forro y tomó la dirección que le había indicado previamente. El corredor era interminable y parecía un jodido laberinto, buscó los indicadores que dividían la planta y numeraban las habitaciones y jadeó ante la inesperada complicación.

—¿*Manhattan Suite Dawn*? ¿*Manhattan Suite Night*? —leyó la placa que indicaba en dos direcciones distintas cada una de las Suites entre otras habitaciones—. Esto tiene que ser una broma.

Miró en una dirección y en otra sin saber a dónde dirigirse. Carly solo le había dicho que era la Manhattan Suite, sin más datos.

—Oh, joder.

Iba a empezar a tirarse de los pelos de un momento a otro. Miró en una dirección y en la otra, finalmente resopló y sacó de nuevo el teléfono del bolsillo solo para quedarse con la boca abierta al ver las barras que marcaban la cobertura.

—¿Es una jodida broma? ¿Solo llamadas de emergencia? ¡Venga ya! —agitó el aparato como si de esa manera pudiese volver la cobertura. Intentó marcar pero ni siquiera consiguió establecer la llamada—. Esto tiene que ser una broma, una jodida y malísima broma.

Levantó el teléfono y lo paseó de un lado al otro del pasillo moviéndose hacia la zona en la que la cobertura parecía aparecer por momentos.

—Se acabó —siseó, bajó el teléfono y tras fulminarlo con la mirada lo devolvió al bolsillo —. De acuerdo, si no es una, es la otra.

Le había dicho que dejase la puerta abierta, así que cuando llegó a una de las suites situadas al final de un largo pasillo, descripción que concordaba con la dada por la mujer, se dio prisa en acercarse.

—¿Carly? —llamó esperando que la chica surgiese de un momento a otro a través de la puerta con su incesante parloteo—. ¿Carly, estás ahí dentro?

Oyó sonidos en el interior de la habitación y dudó un breve instante antes de permitir que la poca salud mental que le quedaba volase por la ventana. Empujó la puerta con suavidad, las luces estaban encendidas mostrando una lujosa estancia. Un amplio salón en tonos arena y rojos terruños que destilaban elegancia y al mismo tiempo lo hacían acogedor. Se aseguró el bolso en el hombro y se movió casi de puntillas sobre la mullida moqueta color chocolate que cubría esa zona de la habitación. La puerta del dormitorio estaba abierta de par en par, las luces encendidas y la cama obviamente deshecha.

—¿Carly? —llamó una vez más—. ¿Car… estás ahí dentro?

Apenas había dado dos pasos en dirección al dormitorio cuando se dio de bruces, o cabría decir mejor que de espaldas, con un atractivo hombre que la superaba en altura.

—Ah, ya estás aquí —la recibió con un profundo acento británico. Su afable sonrisa empezó a mudar por una mueca de disgusto al recorrer su figura, frunció el ceño y no tuvo inconveniente en señalarla con el dedo—. ¿Qué llevas puesto, querida? Creí haber dejado claro que sería una fiesta de gala.

Para su completo estupor, se quedó congelada cuando lo vio atacar los botones de su abrigo e hizo a un lado la tela para examinar lo que este ocultaba.

—Um… definitivamente ese no es el atuendo que esperaba —rumió dando un paso atrás, cruzó los brazos y sujetó el codo con una mano mientras se daba golpecitos en el labio con los dedos de la otra—. Pero creo que puedo encontrar algo que se adapte a tu figura. Acompáñame, el señor Evans todavía está acicalándose. Como ya te habrán dicho, solo necesita una acompañante. Así que limítate a permanecer a su lado con aire elegante, sonríe, habla lo menos posible e ignórale cuando gruña. Hoy está un poquito irascible.

Parpadeó sin salir de su asombro. ¿De qué diablos estaba hablando ese chalado y dónde estaba Carly? Al ver que el desconocido la cogía por el codo en un obvio intento de hacer que se moviese, clavó los tacones de sus botas en el suelo y se soltó.

—¿Dónde está Carly?

La pregunta surgió de sus labios casi al instante y la respuesta del hombre no pudo ser más genuina.

—¿Carly? ¿Quién es Carly?

Se lamió los labios.

—Estupendo, me he equivocado de suite —murmuró al tiempo que empezaba a retroceder —. Temo que ha habido un pequeño malentendido.

Él ladeó la cabeza, entrecerró los ojos y la miró.

—No te ha enviado la agencia Chaston, ¿verdad?

Negó con la cabeza. Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando.

—Ya veo —aceptó mientras la recorría una vez con la mirada—. ¿Y quién eres entonces?

—Alguien que está en el lugar equivocado en el momento menos oportuno —musitó. Casi

podía sentir cómo el suelo se abría bajo sus pies dispuesto a tragársela.

Sí, esa noche estaba resultando ser un verdadero infierno.

CAPÍTULO 4

Carly Pears echó un nuevo vistazo al pasillo desde el que empezaban a llegarle el murmullo de unas voces en un idioma que desconocía. El nerviosismo empezaba a volverla paranoica, con el móvil en la mano y comprobando cada segundo la pantalla, esperaba la inminente llegada de Shane.

¿Por qué tardaría tanto? ¿La habrían detenido en la recepción? El hotel era uno de los más lujosos de Manhattan, pero ni siquiera ella había tenido problemas para acceder a su interior a pesar de su aspecto, aunque, recordó con un mohín, en su caso la había estado esperando el supuesto usuario de la suite.

¿Cuándo iba a aprender? Cualquiera esperaría que después de tres matrimonios fallidos y, en especial el fiasco del último habría aprendido alguna cosa.

No había aprendido nada.

Resopló e hizo una mueca al mirar su reflejo en el espejo del recibidor. Hacía tiempo que se había desecho de las orejas, pero la colita de conejo seguía pegada al micro pantalón de piel sintética que llevaba puesto y el pelo que adornaba el exiguo sostén empezaba a picarle de veras.

¿Por qué pensó que vestirse de conejita sexy y darle una sorpresa sería una buena idea? ¿Por qué no se dio por aludida cuándo le dijo que después de aquel fin de semana no estaría en la ciudad?

Quizá porque esperaba que esta vez fuese distinto, que alguien como él sería capaz de mirar más allá de ese alocado exterior y viese a la verdadera Carly.

Una vez más se había equivocado.

—Shane, ¿dónde diablos estás?

No podía dejar el hotel de esa guisa y el muy hijo de puta parecía haber volatilizado su ropa junto con su propia persona. Cuando se despertó después de una increíble y maratoniana sesión de sexo, él ya se había ido. Tras los primeros minutos, seguidos de las dos horas siguientes en las que se intentó auto convencer de que volvería y que no había caído en una nueva encerrona se dedicó a inspeccionar la habitación solo para llegar a la conclusión de que no había sido utilizada hasta ese mismo día. Incluso los jabones del cuarto de baño estaban intactos.

—Soy una completa estúpida —resopló dejando caer la cabeza contra la pared—. ¿Cuándo vas a aprender, Carly, cuándo?

Si Shane no aparecía pronto iba a meterse en problemas mucho más grandes de los que ya tenía. No podía arriesgarse a que la viesen con ese aspecto, no podía darse el lujo de salir en las noticias o siquiera en el periódico y ya no digamos terminar en un calabozo; su jefe no se lo perdonaría jamás. Ese capullo hijo de puta con el que llevaba más de cuatro años trabajando no le pasaría una. Estaba convencido de que ella, como su secretaria personal, era una extensión de sí mismo y de su empresa y tenía que dar ejemplo.

Todavía recordaba la cara que había puesto cuando la vio bailar encima de la mesa en la cena de navidad de la empresa. Vale, se le había ido la mano con las copas, especialmente porque él le había dicho que no bebiese. Maldito bastardo controlador. Si no fuese porque se lo debía y le gustaba su trabajo, hacía tiempo que lo hubiese mandado a la mierda.

Y mañana era la fecha en la que tenían que exponer un importante proyecto ante la junta, un proyecto del que todavía tenía que escribir la introducción.

Era una mujer muerta.

—Shane, por lo que más quieras, ven a rescatarme —gimoteó y dejó su apoyo en la pared para volver a husmear a través de la rendija que dejaba la puerta entreabierta.

Las voces ahora estaban incluso más cerca y parecían ir en su dirección.

—¡Ay, mierda! —cerró golpe. La respiración se le quedó atascada en la garganta cuando escuchó ahora esas voces con total nitidez al otro lado de la puerta. Una de ellas poseía una cadencia sensual en su masculinidad, un tono profundo y ronco que la estremeció de pies a cabeza—. No entres, no entres, no entres…

Por primera vez en mucho tiempo empezó a rezar todo aquello que recordaba haber escuchado alguna vez a su tía, pero sus oraciones no llegaron muy lejos.

La puerta se abrió dando paso a un gigante vestido con un caro abrigo de cachemira que dejaba entrever un impecable traje *Blueberry* en color gris oscuro a juego con una camisa y corbata negras. Los inquisitivos y profundos ojos dorados se posaron con obvia sorpresa sobre ella.

—*Cine eşti?*[1]

Su voz la hizo estremecer, en directo era incluso más impactante que a través de la puerta. Dio un paso atrás, luego otro y habría salido corriendo si las piernas le hubiesen respondido.

—No… no le entiendo, señor.

Él ladeó la cabeza, un gesto que resultaba un tanto curioso en alguien de su envergadura. La recorrió con la mirada y ella no pudo evitar sonrojarse consciente del aspecto que tenía en aquellos momentos.

—¿Evans está aquí? —preguntó ahora en un perfecto inglés solo matizado por ese acento extranjero. Su mirada pasó de ella hacia el interior de la habitación.

—¿Quién?

Volvió de nuevo esos inquisitivos ojos sobre ella, alzó el rostro casi como si estuviese olfateando el aire y a continuación sonrió como un hombre acostumbrado a causar cortocircuito en las mentes femeninas.

—No hueles al Alfa de Manhattan —comentó al tiempo que daba un par de pasos en su dirección, pasaba a su lado y entraba en el salón principal de la suite—, y no estás reclamada. Así que, si no eres ni su amante, ni su compañera… ¿te ha enviado para darme la bienvenida, *lepuras*?

La insinuación presente en su voz y confirmada por sus palabras hizo que toda su piel expuesta adquiriese un tono rojo difícil de disimular.

—Temo que ha cometido una equivocación, señor —se las ingenió para hablar—. No… no conozco a ningún Evans y tampoco he sido enviada para…

Un momento, ¿Evans? ¿Había dicho Evans? El color que había aparecido previamente empezó a desaparecer y durante una milésima de segundo las piernas eligieron dejar de sostenerla.

—Oh dios mío —musitó buscando instantáneamente el apoyo de la pared—, ahora sí que estoy jodida.

Su inesperada visita caminó hacia ella con obvia curiosidad y preocupación bailándole en los ojos.

—¿Te encuentras bien?

No. No se encontraba bien, estaba a punto de echarse a llorar pero ¿a quién le importaba? Su vida ya se había ido a la mierda esa noche y lo más seguro era que después de esto se quedara también sin empleo.

—Mi vida está acabada —gimió con gesto desesperado—. Después de esto, ya puedo ponerme a pedir en la puerta del supermercado.

—Empiezo a pensar que puedo haberme equivocado de suite —murmuró él, sin dejar de mirarla.

Carly alzó la mirada hasta encontrarse con la suya. ¿Qué decirle? ¿Qué era ella la que se había equivocado? Pero ¿cómo explicar su apariencia, su presencia en esa habitación?

—Buscaba a mi anfitrión, me dijeron que lo encontraría en la *Manhattan Suite Night* pero he debido malinterpretar las señas —argumentó al tiempo que echaba mano al bolsillo y extraía de él una pequeña tarjeta de visita.

Se lamió los labios, el hombre parecía bastante agradable a pesar de las circunstancias. A pesar de su serio atuendo, el frescor juvenil de su rostro y ese aire desenfadado hablaba de juventud, debía de andar alrededor de los treinta o treinta y cinco.

—¿Puedo preguntar quién es su anfitrión?

La pregunta surgió antes de que pudiese contenerla.

Él la miró una vez más y le tendió la tarjeta que había estado mirando dónde venía el nombre del hotel y otro muy significativo.

—Luke Evans —le respondió, al tiempo que ella misma veía dicho nombre impreso en la tarjeta de visita.

Se le secó la boca al ver confirmada su sospecha.

—Evans, Luke Evans, de… la cadena hotelera *Imperian*.

Su interlocutor asintió y ladeó de nuevo la cabeza en ese gesto tan curioso.

—Entre otras cosas, sí —aceptó—. ¿Existe algún problema?

Sacudió la cabeza y le devolvió la tarjeta. Tenía que salir de allí, ahora mismo, ¿dónde diablos estaba Shane? No podía esperar más, no podía quedarse, no podía…

—Tengo que irme —musitó. Los ojos empezaron a llenársele involuntariamente de lágrimas—. Tengo que salir de aquí ahora mismo. Estoy acabada. Es el final. De esta no me libro. Me despedirá, cuando se entere me despedirá y no podré ni volver a asomar la nariz en público. Maldita sea, ¿dónde está Shane?

Las lágrimas descendieron por su rostro en una imparable carrera hacia el suelo solo para ser detenidas sobre sus mejillas por dos enormes manos que le acunaron el rostro.

—Algo me dice que ambos estamos metidos en algún extraño problema, ¿no es así? —murmuró con esa suave y sensual voz que la estremecía de los pies a la cabeza. Le limpió las lágrimas con los pulgares y entonces dio un paso atrás para despojarse del abrigo y envolverla a ella con él—. ¿Aceptarías un intercambio?

La inesperada propuesta la sorprendió y dejó sin palabras. ¿De qué estaba hablando? ¿No pensaría que ella…? ¡Por supuesto que lo pensaba, solo tenía que mirar cómo iba vestida!

Dio un paso atrás y se liberó de su contacto.

—Lo siento pero no hago esa clase de cosas —declaró con pasión. Al menos su orgullo seguía intacto—. No soy… esa clase de mujer.

Él parpadeó como si le hubiese sorprendido su cambio de humor, entonces alzó ambas manos y negó con la cabeza.

—Te pido disculpas si mis palabras no fueron las acertadas —le dijo—. Me refería a un intercambio de información y quizá… ¿un poco de ayuda?

Sus mejillas se colorearon al instante. Sí, esa noche estaba como para que la coronaran a *Reina de la Gilipollez Extrema*.

—Yo pensé… —sacudió la cabeza, sería mejor que mantuviese la boca cerrada—. No

importa. Explíquese.

—Se supone que en… —miró el reloj—, cuarenta y cinco minutos debería estar en un lugar, una recepción y no creo equivocarme al decir que tú pareces necesitar también estar en otro lugar.

Eso no podía refutárselo.

—Si me ayudas a llegar a mi destino, haré que alcances el tuyo.

Echó un vistazo hacia la puerta principal ahora cerrada y suspiró. Shane iba a matarla pero… ¿no debería haber aparecido ya? ¿Dónde se habría metido?

—¿A dónde tiene que ir? —Por algún motivo era incapaz de adoptar el trato directo e informal que él había adoptado para con ella.

Giró la tarjeta de visita que todavía llevaba en las manos y se la enseñó, esta vez sin soltarla. Escrito a mano en letra pulcra y clara había el nombre de un conocido recinto a las afueras de la ciudad en la que solían celebrarse congresos y otros eventos.

—Ahí es dónde debo estar esta noche —declaró—. ¿Estás dispuesta a un intercambio?

Miró la tarjeta y luego a él.

—Solo si una vez que lleguemos allí me pagas un taxi —resolvió.

—Será un placer, señorita… —preguntó su nombre, el cual hasta el momento no había facilitado. Quizá no estuviese todo perdido después de todo.

—Cassandra —respondió sin mentir por completo, puesto que ese era su segundo nombre —, solo Cassandra.

Él asintió, le tomó la mano y para su sorpresa se la llevó a los labios.

—Te agradezco tu amabilidad, Cassandra —le besó los nudillos.

Sus mejillas se colorearon por si solas pero logró mantener la compostura.

—Um… y usted es…

Su sonrisa se hizo más amplia, casi diría incluso que lobuna.

—Voda —respondió con sencillez—, Velkan Voda.

Un nombre y apellidos rumanos, sí, eso explicaba el extraño acento de su voz.

—Shane va a matarme —musitó al tiempo que dejaba escapar un profundo suspiro y levantaba el teléfono que todavía no había soltado—. Espero que no le importe si aviso a alguien de dónde podrá encontrarme.

Él asintió una vez más y le mostró la puerta a modo de invitación.

—En absoluto —aceptó—, tu seguridad es desde ahora mismo otra de mis prioridades.

Arrebujándose en el interior del abrigo se las ingenió para enviar un rápido mensaje de texto a Shane y rogó que el retraso de su prima no se debiese a nada importante.

CAPÍTULO 5

El sonido de un mensaje entrante sobresaltó a Shane. No había movido un músculo desde el momento en que se encontró con aquel apuesto e inesperado desconocido en la que, obviamente, era la suite equivocada. La casualidad había querido que el desconocido estuviese esperando también a alguien, solo que ese alguien no era ella.

—Parece que he cometido un error y le pido disculpas por ello —le dijo excusándose educadamente—. No le quito más tiempo…

—Interesante —lo escuchó musitar al tiempo que la recorría con la mirada—, e incluso mejor de lo que podría haber solicitado.

Frunció el ceño y retrocedió ante las enigmáticas palabras, tenía que irse ya. Carly debía estar subiéndose por las paredes.

—Lo siento —dio media vuelta y sacó el móvil para comprobar el mensaje y llamar así mismo a su prima.

—No, espera…

—¿Esa es la chica?

—¡La madre que la parió!

Las frases se superpusieron unas a otras, Shane dividió su atención entre las ahora dos voces masculinas y lo que solo podía ser una pesadísima broma danzando alegremente en forma de letras en la pantalla del móvil.

—¿Disculpa?

El recién llegado la dejó sin respiración. Vestido con traje negro, camisa blanca y corbata, con el pelo perfectamente peinado y aspecto pulcro y regio, se arreglaba el gemelo de la camisa mientras la recorría con unos inquisitivos ojos color café. A juzgar por el progresivo cambio en su semblante y el rictus que curvó sus labios no le gustaba demasiado lo que tenía delante.

—¿Esto es lo mejor que han podido enviarte? —se dirigió a su compañero con una voz gruesa y profunda que le puso todo el vello de punta. Todos sus sentidos parecieron despertar al mismo tiempo bajo el atento escrutinio de ese hombre.

—Me parece que hay un pequeño problema… —carraspeó él.

—Claro que lo hay —continuó. Estiró la mano y la movió en un gesto de disgusto—. No comprenden el concepto de una recepción nocturna o lo que es una fiesta, su atuendo estará bien para bailar en la barra de un bar pero no para una respetable celebración.

Se quedó con la boca abierta ante el abierto insulto que acababa de verter sobre ella. No sabía que la sorprendía más, si su falta de modales o el que la estuviese ignorando cuando la tenía delante.

Su primera impresión voló por la ventana con la rapidez de un huracán, el pulcro y atractivo exterior ocultaba en el caso de ese pedante hombre, un ser irritante y maleducado.

—Mire, no tengo la menor idea de quién es usted, pero lo que sí sé es que se ha pasado de la raya. —Se erizó como una gata ante el obvio insulto—. Cuando le dieron el traje se olvidaron de entregarle también una pizca de educación.

Sus palabras atrajeron su mirada de vuelta a ella y enarcó una oscura ceja en su dirección como si le sorprendiese haber recibido respuesta a sus ofensivos comentarios.

—Y también fallaron en eso —rezongó en voz baja al tiempo que se acercaba a ella. Esos

inquisitivos y oscuros ojos la recorrieron una vez más—. No tengo tiempo para cambios. Consíguele algo adecuado que ponerse y envíala a la recepción. Voy a ver si ese maldito Voda ha hecho ya acto de presencia.

—Luke…

—No quiero saberlo, Eugene —lo interrumpió dándole ya la espalda—. Arregla este desastre, hazle un rápido resumen de lo que necesito y envíamela.

Con un último vistazo en su dirección, sacudió la cabeza y les dio la espalda a ambos con intención de marcharse. No podía creer tal desfachatez, ese tono, ese aire de superioridad… era más de lo que podía soportar, especialmente cuando lo estaba utilizando para degradarla de una forma tan contundente.

—Espere un momento —lo detuvo con un tono menos que agradable—. Se ha equivocado conmigo de medio a medio, señor todo lo sé todo lo entiendo. No sé qué diablos estaba esperando encontrarse, pero sí sé qué acaba de insultarme de la peor de las maneras. Lamento ser la portadora de tal disgusto, pero teniendo en cuenta que no cobro por mi tiempo y tampoco tengo la intención de invertirlo en alguien como… usted, ya está dejando caer una disculpa.

Él se giró brevemente, sus ojos se encontraron con los suyos y durante una milésima de segundo le pareció apreciar cierta sorpresa. Tenía que haber sido un espejismo ya que sus próximas palabras fueron igual o más insultantes que las anteriores.

—No deja de resultar sorprendente cómo las mujeres ponéis en boca de los hombres palabras y afirmaciones que no hemos hecho —contestó con ese tono calmado e irreverente que empezaba a sacarla de quicio—. Si consigue adoptar un aspecto… un poco más refinado y mantiene la boquita cerrada toda la noche, le doblaré la tarifa que suela cobrar por su trabajo. No necesito una mujer para follar, solo un bonito adorno que llevar del brazo en una tediosa reunión.

Cualquier réplica se quedó atascada en su garganta ante la intensidad de su mirada y la fuerza con la que le llegaron sus palabras.

—Quince minutos, Eugene —le dijo ahora a su compañero—, intenta hacer… un milagro.

Con un último gesto de la cabeza a modo de despedida, les dio la espalda y abandonó la habitación dejándola de nuevo con la boca abierta.

—Supongo que una disculpa en su nombre no será suficiente, ¿eh?

Shane se giró hacia su interlocutor, el hombre que respondía al nombre de Eugene permanecía de pie a su lado con semblante entre divertido y culpable. Lo fulminó con la mirada, aunque él no era el culpable de la actual furia asesina que había despertado en su interior.

—Su jefe es un auténtico gilipollas.

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado.

—Eso es algo que nunca le discutiría señorita.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar en dirección a la puerta, sus dedos se curvaron por sí solos alrededor del teléfono móvil que todavía llevaba en las manos y le recordaron el previo impacto que este había traído consigo hacía apenas unos minutos.

—Esto tiene que ser una broma, una jodida y enorme broma —siseó mientras volvía a leer el mensaje. En un abrir y cerrar de ojos cambió la pantalla y pulsó la tecla de llamada solo para encontrarse con el contestador que avisaba que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura —. ¡Yo la mato! ¡La mato!

Un ligero carraspeo atrajo de nuevo su atención hacia el hombre que no dejaba de mirarla con abierta curiosidad.

—¿Qué? —lo fulminó una vez más con la mirada.

Él se limitó a cruzarse de brazos haciendo que su ya de por si enorme cuerpo pareciese

incluso más inmenso.

—Si no eres la chica que nos envió la agencia, ¿quién eres?

—Una completa estúpida —rezongó mirando otra vez el teléfono—. Eso es lo que soy, una completa estúpida.

¿Cómo había pasado todo aquello? ¿Cómo podía haber terminado en una situación así? Volvió a buscar la pantalla de los mensajes y leyó una vez más el texto por si la primera y segunda vez que los repasó se hubiese dejado alguna cosa por el camino.

‹‹Shane, ¿dónde estás?

Los problemas me persiguen. Este es enorme y atractivo y me ha pedido que lo lleve a un baile.

Si no tienes noticias mías en los próximos 20 min. llama a la policía, a la caballería, a todos.

Voy hacia el Ramscale Studios en el 463 de West St.

Carly››.

—Esto es de locos —musitó sin poder dejar de mirar el teléfono. Intentó llamar una vez más pero obtuvo la misma respuesta de antes—. ¡Maldita sea, Carly Cassandra Pears! ¡Estas no son horas de andar jugando a *Buscar a Carly*! ¿Y dónde diablos está el *Ramscale Studios*?

—Está en West Village, la decimotercera planta —ofreció Eugene quién la miraba ahora con absoluta curiosidad—, pero esta noche no podrás acceder si no es con invitación o del brazo de... el gilipollas.

Siguió con la mirada el pulgar que lanzó en dirección a la puerta al repetir el apelativo que ella misma le había dado a ese impresentable.

—La recepción a la que aludió se celebrará en el Ramscale.

—¿Y?

—Y todavía no me has dicho qué hace una mujer como tú vagabundeando por las suites del *Manhattan Imperian*.

Se tensó. Con toda la locura de los últimos minutos había olvidado por completo ese pequeño tema de sensible importancia.

—Nada en absoluto —declaró, se abrochó rápidamente el abrigo y tras introducir el móvil en el bolsillo, se disculpó—. De hecho, ya me iba.

—Cuando entraste por esa puerta, parecías estar buscando a alguien —la detuvo con tan solo sus palabras—, y a juzgar por tu reciente reacción me atreveré a decir que esa persona… ¿tiene algún problema?

Apretó los labios involuntariamente, podía querer matar a Carly por lo de esta noche pero ni loca dejaría que se metiese en más problemas de los que al parecer ya tenía. Su prima podía ser una atolondrada, ser considerada la oveja negra de la familia pero era lo más cercano que tenía a una amiga o incluso hermana.

—Ya veo que no he fallado el tiro —insistió él. Descruzó los brazos y caminó hacia ella al tiempo que extendía el brazo en una educada invitación—. Pero eso me genera una pregunta más, ¿qué hacía tu amiga en esta planta? No es invitada nuestra, de lo contrario lo sabría y… no, dudo que el Voda la haya invitado por su cuenta…

Esas eran preguntas para las que ella no tenía respuesta.

—Será mejor que me vaya —declaró de manera tajante—. Ya he llenado mi cupo de confusiones para una noche.

—Mi jefe está en la recepción del hotel esperando una acompañante para la reunión de esta noche —le dijo cortándole la retirada—, y si no eres la chica que han enviado los de la

agencia, eso nos deja a una completa desconocida, sin reserva en el hotel, que se ha colado en la planta de las suites con algún oculto y dudoso motivo —chasqueó la lengua—. No me gustaría estar en tu pellejo cuando tengas que darle explicaciones sobre tu presencia aquí. Y te aseguro, pequeña, que él no se conformará con un *«tengo que irme»*.

Entrecerró los ojos y sintió como todo su cuerpo temblaba ante la velada amenaza.

—¿Me estás acusando de algo?

Sus labios se curvaron en una afable sonrisa.

—Dímelo tú, ¿tenemos que acusarte de algo?

—No he hecho nada malo —se justificó de inmediato—. No, no tengo reserva en este hotel. Si estoy aquí es porque vine a buscar a alguien, pero resulta que ese alguien ya se ha ido.

—Intenta explicarle eso a Luke esta noche —sugirió con abierta diversión—. Me encantará estar presente cuando lo hagas.

Frunció el ceño.

—¿Quieres decir que puede ser incluso más carismático de lo que ya lo ha sido conmigo? —resopló—. Qué derroche de virtudes.

Su respuesta pareció causarle gracia, pues sonrió abiertamente.

—Me gustas —aseguró sin más—. No en el sentido bíblico de la palabra, no te preocupes, mis gustos en ese campo están en el otro lado del equipo. Pero eres… perfecta.

Y él acaba de perder un tornillo.

—Um… ¿gracias? —le dijo con ironía—. Ahora, si no te importa, me gustaría marcharme. Lamento toda la confusión que se ha creado, pero está claro que no soy quién estabais esperando.

—Y sin embargo podrías ser exactamente eso —barruntó y le rodeó los hombros con un brazo, engulléndola contra su costado—. Sería mucho más sencillo seguirnos la corriente y fingir ser tan solo una acompañante durante esta noche… a tener que explicarle al dueño del hotel qué hacía una mujer extraña merodeando por esta planta reservada.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Acababa de decir el dueño?

—¿El dueño?

Él la miró con sorpresa.

—¿No te habías dado cuenta, cariño? Me sorprende que haya una sola hembra de cualquier especie en Manhattan que no conozca o haya visto alguna imagen de Luke Evans.

Por favor, si el suelo se abría ahora mismo bajo sus pies y se la tragaba enterita no iba a quejarse, palabra que no lo haría.

—¿Él… es el señor Evans? ¿El lobo de Manhattan?

Aquel era el apodo que había escuchado en innumerables ocasiones en boca de Carly, quien parecía estar al tanto de todo lo que ocurría en todas las esferas de la ciudad.

—El mismo que viste y calza —aseguró sin dejar de guiarla hacia el dormitorio—. Ahora, ¿qué te parece si convertimos este malentendido en nuestro secreto y a cambio me haces un pequeño favor?

Se libró de inmediato de su brazo.

—No soy una prostituta de ninguna clase —siseó. Tenía que dejar perfectamente claro ese punto.

Eugene hizo algo bastante extraño desde su punto de vista; olfateó el aire. Sus labios se curvaron lentamente y para su completa estupefacción se sentó en el taburete a los pies de la desecha cama y se cruzó de piernas.

—Como él mismo te ha dicho, querida, todo lo que necesita es un bonito adorno que llevar del brazo durante esta noche —respondió. Había tal seguridad en su voz que se encontró

creyéndole a pesar de no conocer de nada a ese hombre. Sencillamente había algo en él que inspiraba confianza—. ¿Qué te parecería ganarte una paga extra haciendo algo tan inocuo? No quiero ofenderte, querida, pero a juzgar por tu aroma y aspecto, me arriesgaría a decir que una camarera no gana precisamente demasiado.

Arrugó la nariz y lo miró avergonzada. ¿Acababa de decirle que olía?

—Hueles de maravilla, pequeña, no era un insulto.

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—¿Y bien? ¿Qué prefieres, enfrentarte a él y decirle el motivo por el que te has colado en su hotel o acompañarle a una fiesta y beber champán?

CAPÍTULO 6

Shane estaba al borde de un ataque, no había otra forma de catalogar la gran cantidad de nervios, incredulidad y rabia que giraba en su interior. Se miró una vez más en el espejo del ascensor y bufó. ¿Por qué había aceptado formar parte de tal locura? Vestida con un traje de noche de color negro, que costaba más de lo que ganaba en un mes, zapatos de tacón plateados y un bolsito a juego (ya le gustaría saber de dónde diablos había sacado Eugene todo aquello) era la viva imagen de la elegancia y el refinamiento o lo que era lo mismo, alguien totalmente ajena a ella misma. El pelo ahora le caía suelto sobre los hombros, el motivo floral multicolor de sus tatuajes asomaba sobre el escote del vestido, acariciándole la clavícula y parte del costado que el vestido dejaba al descubierto.

No, la mujer cuyo reflejo le devolvía el cristal no era ella, era otra mascara más, otra piel tras la que ocultar su verdadera esencia tal y como ocurría cuando bailaba detrás de un biombo.

—Estás arrebatadora —la tranquilizó él apretándole con suavidad los hombros. Su aspecto pulcro y elegante ahora no se veía tan dispar a su lado—. No podrá ponerte ahora pega alguna.

Lo miró a través del espejo.

—Cómo si me importase lo que tuviese que decir ese imbécil al respecto.

Su acompañante sonrió.

—Luke no es un ogro, puede resultar terriblemente encantador cuando se lo propone.

—Claro —resopló—, y el llamarme prostituta solo es parte de su encanto personal.

Suspiró y dio un paso a un lado.

—Hoy está un poco… resfriado —lo disculpó Eugene—. Digamos que es un hombre que se deja guiar por su olfato y la anulación momentánea de ese sentido lo pone de muy mal humor.

—Pues que vaya a una farmacia y se compre un descongestionante nasal —rezongó. Se apartó el pelo de la cara y comprobó una última vez el sutil maquillaje que se había aplicado—. ¿Siempre andas con cosméticos en el bolso?

Él se encogió de hombros y la miró de reojo.

—¿Tú no?

Sonrió, no pudo evitarlo. A pesar de toda aquella locura, él le caía bien. Mucho mejor que su jefe, en realidad, lo que no dejaba de ser en sí mismo una locura. ¿Qué sabía de él o de Evans? Nada, nada en absoluto.

—No puedo creer que haya aceptado hacer esto —rumió de nuevo—. ¿Quién me asegura que no sois narcotraficantes? ¿Qué esto no es parte de un plan para captar y secuestrar mujeres y… prostituirlas?

Puso los ojos en blanco.

—Shane, ves mucha televisión —aseguró pronunciando su nombre, el cual le había dado después de gritarle que dejase de llamarla *«pequeña»*—. Confía en mí. Lo máximo que sacarás de esta noche es la ropa que llevas puesta, todo el champán que puedas beber, los canapés que puedas comer y agujetas en los músculos faciales de tanto sonreír.

Las puertas del ascensor se abrieron impidiéndole dar una respuesta adecuada. La recepción del hotel estaba prácticamente vacía a excepción del señor Evans y los dos hombres fornidos que ahora lo acompañaban. A juzgar por la expresión en su rostro no estaba recibiendo buenas noticias.

—Espera un momento, querida —murmuró Eugene adelantándola al salir del ascensor para ir directamente hacia los hombres—. ¿Qué ocurre?

Él se giró al escuchar su voz y Shane pudo apreciar una vez más el apabullante atractivo que poseía ese hombre. Exudaba poder y sexualidad por cada poro de su piel, el traje formal no hacía más que aumentar su masculinidad y dotarle de ese aire de regia seguridad que lo envolvía. Se tomó unos instantes para examinarle con disimulo, reparando ahora en la forma de su cara, en ese rastro de barba perfectamente recortada que le acariciaba las mejillas y el mentón y le cubría el bigote.

Si no fuese un capullo arrogante, sería el hombre perfecto, pensó con ironía.

—Problemas, eso es lo que ocurre —su voz sonó más oscura que antes, quizá amplificada por el eco de la estancia—. ¿Qué sabes de una mujer presumiblemente alojada en la suite *Manhattan Dawn*?

Esas palabras trajeron consigo el inmediato drenaje de color en su piel. Pudo sentir cómo se le congelaba la sangre y las manos empezaban a sudarle.

—¿Una mujer? —respondió dándole ahora la espalda—. No es posible. La *Manhattan Dawn* se reservó para el *Voda* tal y como pediste.

Luke extendió el brazo señalando a los dos hombres que lo acompañaban. A juzgar por su lenguaje corporal podía adivinar que no estaba precisamente contento.

—Al parecer sí lo es —rugió haciendo que su voz resonase en toda la estancia—. Al parecer, su Real Dolor en el Culo *Voda* se presentó en su habitación y al poco tiempo salió de ella acompañado de una mujer envuelta con su propio abrigo. Y tengo muy claro que yo no envié ningún comité de bienvenida.

La mirada de Eugene pasó de su jefe a ella, no tenía que ser un genio para comprender lo que eso significaba; acababa de descubrir a quién había venido a buscar.

—Quiero saber quién es y cómo demonios terminó en esa habitación —insistió él con tono ahora más calmado. Su humor parecía subir y bajar a la velocidad de la luz—. Si cualquier prostituta puede pasearse así por mi hotel y que ni siquiera el equipo de seguridad sea consciente de ello quiero saberlo, pues o ella es una auténtica malabarista o es que estoy rodeado de ineptos.

—¡No es una prostituta!

Las palabras emergieron de sus labios antes de que pudiese ponerle freno a la boca. Todas las miradas se giraron hacia ella y sintió cómo las piernas empezaban a temblarle. Se lamió los labios y le rogó al cerebro que siguiese en funcionamiento.

—Debe tener muy mala opinión del género femenino si considera que cada mujer sobre la tierra ejerce la profesión más vieja del mundo —argumentó al tiempo que luchaba por no encogerse y salir corriendo al tener esa penetrante mirada color café pendiente de ella.

Esos ojos la recorrieron sin pudor, podía sentirlos sobre su cuerpo como si fuesen unas manos tocándola o desnudándola y su propia reacción no pudo resultarle más sorprendente. No le gustaba ser fotografiada de aquella manera, por regla general se sentía asqueada pero en esta ocasión todo lo que sentía era calor y el despertar de su propio deseo.

¡Echa el freno, Pears!

—Así que debajo de… una anodina fachada… se escondía una dama —murmuró con un tono de voz mucho más sensual de lo que lo había escuchado hasta ahora. La miró a los ojos un segundo para luego dirigirse de nuevo a su compañero—. Buen trabajo, Eugene. Una vez más me sorprendes, ahora hasta eres capaz de realizar milagros de última hora.

El aludido bufó.

—Con un *«estás preciosa»* ganarías más que con velados insultos, querido —rezongó en

voz baja, solo para oídos de Luke, pero ella llegó a escucharlo. Carraspeó y entonces alzó la voz —. El material estaba todo ahí, solo me limité a proporcionar complementos con qué realzarlo.

Los ojos color café volvieron a cerrarse en los suyos.

—Un bonito adorno —murmuró. Entonces le tendió la mano—. Ven.

Y ella fue. Sus pies se movieron por sí solos conduciéndola hacia él, era como si tuviese un imán que la atrajese con fuerza.

—Sí… exquisita —declaró cuando la tuvo en frente. Cogió su mano y se la llevó a los labios depositando una breve caricia sobre los nudillos que la hizo estremecer—. Si te limitas a sonreír y mantener esos bonitos labios tan cerrados como ahora, serás la compañera perfecta para esta noche.

El punzante aguijón de sus palabras la sacó del momentáneo encandilamiento.

—¿No quieres instruirme también en cómo debo darte la patita o ladrar cuando tú me lo ordenes?

Retiró la mano de la suya, se la restregó con disgusto en la falda del vestido y miró a Eugene.

—Tu jefe es un gilipollas.

Él no respondió, se limitó a poner los ojos en blanco.

—Él es quién me atribuye milagros, lo cual no quiere decir que los haga.

—Piensa en los mil dólares que te embolsarás esta noche por ejercer únicamente de florero y conservarás la sonrisa toda la noche —la desafió una vez más.

Se giró hacia él y lo recorrió de arriba abajo con lo que esperaba fuese una insultante mirada.

—¿En serio vas a pagarme por soportar tu compañía durante unas cuantas horas? —le preguntó. Se lamió los labios al tiempo que dejaba caer los párpados con lentitud y bajaba la voz —. ¿Quién se está prostituyendo ahora?

—¡Tiempo muerto! —intervino Eugene introduciéndose entre los dos—. Combatientes, cada uno a vuestra esquina —se giró hacia ella con una letal advertencia en la mirada—. Shane, cariño, recuerda el código de tu agencia: Sonríe, muestra elegancia, pero no muerdas a nadie. Y tú —se giró ahora hacia su jefe, quién enarcó una ceja ante su tono de voz—. Espero que recuperes pronto el jodido olfato. Venga, venga… llévatela y ve a hacer lo que tienes que hacer. Esta noche eres el anfitrión, se supone que debes llegar el primero a la fiesta, no el último.

—¿*Esto* es lo mejor que pudieron enviarte? —rezongó mirándola de reojo.

—Créeme querido, ella cayó del cielo en el momento más indicado —desestimó su insulto con gracia y se giró hacia ella una vez más—. Ignora sus gruñidos y disfruta de la noche.

—Pides demasiado —bufó.

—Encárgate de este asunto, Eugene —le ordenó él antes de dar media vuelta y alejarse hacia la puerta principal.

—Déjalo en mis manos —respondió, entonces se giró hacia ella y la empujó suavemente —. Ve con él y no dejes que se meta en líos.

—¿Ahora también tengo que hacer de niñera?

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Ve, Shane. —Era una orden dada en voz baja pero penetrante, tanto que la impelía a obedecer—. Me encargaré de… lo de tu amiga.

Se mordió el labio inferior y dejó escapar un suspiro.

—Ella no tiene la culpa, no sabía… le hicieron una encerrona —murmuró solo para sus oídos. Tenía que darle al menos a Carly una oportunidad, su prima no tenía la menor idea de que

había saltado de la sartén al fuego.

Él asintió.

—Ve con Luke y no te preocupes por ella, está en buenas manos.

—Señorita, a menos que desee cruzar media ciudad andando, mueva el culo hasta aquí.

El petulante tono en la voz masculina que le llegó desde la puerta principal la hizo rechinar los dientes.

Oh sí, esta noche iba a ser terriblemente larga.

CAPÍTULO 7

Luke repasó concienzudamente los documentos que Eugene le había dejado en la parte de atrás del coche. El llevar chófer, una extravagancia de su secretario y que le privaba de algo que adoraba, conducir, le permitía centrar su atención en otras cosas.

Miró a la mujer que iba sentada a su lado por el rabillo del ojo. La pelirroja estaba nerviosa y tensa, aferraba con fuerza la falda de su vestido y hacía todo lo posible para no mover un músculo cada vez que el coche cogía una curva. No era el tipo de mujer que había esperado que le enviase la agencia, su aspecto y el atractivo tatuaje que le cubría la piel de la clavícula no encajaban con lo que buscaba y sin embargo despertaba algo más que su curiosidad.

Había algo extraño en ella, algo que no acababa de descifrar. Su agudo olfato seguía atrofiado, incapaz de captar algo más allá de los aromas superficiales y eso lo mantenía en continua tensión.

La escrutó disimuladamente y en silencio. Era bastante atractiva, no de la forma tradicional pero resultaba interesante y no se había amilanado ni un solo instante a la hora de decir exactamente lo que pensaba.

Sabía que era totalmente humana, de alguna manera percibía su naturaleza sin necesidad de confirmarlo a través del olfato y hacía que se preguntase qué hacía alguien así en una agencia de acompañantes.

La rapidez con la que reaccionó a sus palabras, la interpretación que les dio y la vibrante furia con la que se defendió lo sorprendió casi tanto como cautivó, no le extrañaría que fuera eso precisamente lo que había visto Eugene en ella como para no haberla enviado de vuelta ante la primera muestra de desafío ante su Alfa.

Si bien la agencia a la que contactó el beta estaba al corriente de las distintas razas que convivían con los inocentes humanos, no podía sacarse de encima la sensación de que si le viese convertirse ahora en lobo se tiraría del coche en marcha.

—Dado que vamos a estar toda la noche en mutua compañía, ¿puedes concederme el honor de decirme cómo debo llamarte?

Eugene la había llamado Shane, pero quería escucharlo de sus propios labios lo cual no dejaba de ser una incongruencia cuando lo que deseaba en ella era su silencio.

Unos intensos y recelosos ojos verdes enmarcados por oscuras pestañas se clavaron en él.

—¿Me está levantando el veto de silencio, señor Evans?

Reprimió una sonrisa ante el tono empleado y mantuvo así mismo el suyo impersonal.

—Imagino que preferiría ser presentada por su nombre a como: gatita, cosita, conejita, cielito…

—Shane —escupió de manera precipitada—. Shanelle.

—¿Shane Shanelle? —repitió con gesto burlón, utilizando su nombre como apellido—. Interesante combinación.

Ella suspiró profundamente.

—Ya veo que el género masculino todavía no perdió su habilidad para los comentarios absurdos y carentes de gracia.

—Y el género femenino sigue teniendo en su haber una gran cantidad de mujeres deslenguadas —contraatacó él.

—De alguna manera tenemos que poder defendernos de la arrogancia masculina —replicó ella—. Somos lo suficiente inteligentes como para convertirla incluso en parte de nuestras ocupaciones.

Esta vez dejó que la sonrisa le curvase los labios.

—Supongo que este otro tipo de… ocupaciones… no siempre son suficientes para mantener el nivel de vida requerido.

El brillo en sus ojos verdes se incrementó, su lenguaje corporal hablaba por sí solo. Estaba furiosa, como una gatita a punto de sacar las uñas o una loba dispuesta a atacarle…

—Si vuelve a insinuar tan siquiera una doble moralidad sobre mis actividades se come usted esos papeles, señor Evans.

Enarcó una ceja ante la contundencia de sus palabras.

—¿Es igual de contundente en la cama, señorita Shanelle?

La tensión en su cuerpo fue inmediata, su columna se enderezó y pronto la tuvo girándose en el asiento con obvia intención de enfrentarle cara a cara.

—En la suya no lo sería —musitó entre dientes. La respuesta le arrancó una inmediata carcajada.

—No era una invitación, querida, tan solo… curiosidad.

—Métase la curiosidad por…

Las palabras quedaron ahogadas cuando el coche tomó una curva bastante cerrada y el cuerpo femenino perdió su asidero precipitándose de golpe contra él.

—Demonios, ¿dónde le han dado el carné de conducir? —clamó ella, fulminando el cristal tintado que separaba el asiento trasero de la zona del conductor. Otra extravagancia más de Eugene.

—¿Estás bien? —preguntó, pasando a tutearla. El curvilíneo y cálido cuerpo que había caído contra su costado le resultó repentinamente muy apetecible.

—Perfectamente, gracias —siseó apartándose de él para volver a recuperar la posición erguida y distante.

Chasqueó la lengua y la miró de medio lado.

—Relájate, dulzura, relájate —le sugirió sin dejar de mirarla—, y empieza a tutearme. Esta noche necesito que representes el papel de una vieja amiga, no de una completa desconocida.

Los ojos verdes volvieron lentamente sobre él con abierta especulación.

—No pienso hacerme pasar por tu amante.

Sonrió de medio lado.

—No espero que lo hagas —aseguró—. Todo lo que tendrás que hacer es permanecer a mi lado y sonreír. No es tan complicado, ¿verdad?

No respondió por lo que prosiguió.

—Va a ser una noche bastante larga y tediosa —continuó—, se servirá bastante bebida y algunos canapés. Si no toleras bien el alcohol te sugiero que controles tus consumiciones, lo último que me apetece es tener que rescatar a una borracha bailando sobre la mesa o algo por el estilo.

Ella se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Todo lo que tienes que hacer es sonreír y mostrarte educada, ¿crees que podrás compórtate como una dama?

—Dímelo tú —respondió finalmente—, ya que pareces haberme catalogado ya como cualquier otra cosa.

La recorrió con la mirada y no disimuló en absoluto su escrutinio.

—Eres una vieja amiga que ha venido a pasar una temporada a la ciudad —explicó brevemente la historia en la que había pensado—, nos encontramos por la calle, hemos quedado alguna que otra vez a cenar para ponernos al día sobre los viejos tiempos y te invité a la recepción de esta noche. ¿Lo bastante sencillo como para que lo recuerdes y no puedas crearme problemas?

—¿No prefieres que me quede calladita y así evite meter la pata?

—Esa es mi segunda opción —aseguró con petulancia—. Una bonita, sonriente y silenciosa compañía.

—Debiste haber solicitado una acompañante muda.

—Lo hice, pero no les quedaba ninguna.

Reprimió una sonrisa al verla poner los ojos en blanco y respirar profundamente.

—Esta noche va a ser interminable.

—Mira por dónde, en eso vamos a estar de acuerdo.

De camarera a chica florero. Su vida estaba deslizándose en un tranvía sin frenos con destino al infierno.

Carly seguía sin dar señales de vida, su teléfono continuaba apagado y al propio le quedaba algo menos de una pila de batería. ¿Qué habría pasado? ¿Estaría ya en casa? ¿Quién era el hombre con el que creían haberla visto salir y que no dejaba de hacer que Luke Evans rechinase los dientes?

Dejó la copa de champán sin tocar sobre la bandeja de uno de los camareros que se deslizaban como el agua entre la marea de gente y observó a los invitados. La extensa sala de paredes blancas y suelos de madera, con enormes ventanales a través de los cuales se podía ver la vibrante y nocturna ciudad de Nueva York, servía de patio de juegos a una variopinta cantidad de hombres y mujeres con una única cosa en común; el lujo.

Durante la última hora había vagado de un lado a otro del brazo del anfitrión que se detenía a charlar y dar la bienvenida a parejas y otros invitados. Tal y como habían acordado en el coche la presentaba como una vieja amiga de visita en la ciudad y ella respondía mayormente con monosílabos o estúpidas sonrisas. La curiosidad en las miradas masculinas contrastaba a menudo con la hostilidad que encontraba en sus parejas y sobre todo en algunos corrillos de mujeres; la tónica general de esa noche era fulminar a Shane con la mirada. Si estas pudiesen matar, su sangre teñiría ya el suelo.

Odiaba ser el centro de atención tanto o más de lo que odiaba morderse la lengua ante los comentarios velados que algunas de las féminas dejaban caer en sus oídos cada vez que se cruzaban con ella. Al parecer, no les gustaba demasiado la idea de que aquel hombre hubiese venido acompañado al cónclave, como escuchó en más de una ocasión que se referían a la reunión, con una hembra de su clase.

Pero las mujeres no eran el único fastidio, al menos ellas se mostraban comedidas e intentaban disimular cosa que no ocurría con algunos de los hombres allí reunidos. Sus miradas abiertamente sexuales y los comentarios picantes y jocosos la estaban llevando al borde de las náuseas, si tenía que escuchar algún chiste malo más o sentir la mirada de alguno de ellos deslizándose sobre su cuerpo iba a vomitar allí mismo y a la porra todo lo demás.

Lo que era indudable era que lo más desgranado del mundo de la belleza estaba reunido allí esa noche. Cualquiera de los presentes, hombres y mujeres, podrían competir sin problemas

por el título de *Mister* o *Miss Universo*.

—¿Shanelle?

Parpadeó al escuchar su nombre. Alzó la mirada y se encontró con la de Luke fija en la suya.

—Aksel te estaba preguntando si lo estás pasando bien —repitió con ese mismo tono solícito y educado, muy alejado del pedante e irritante que había utilizado con ella hasta entonces.

Parpadeó una vez más y posó la mirada en la pareja que tenía frente a ella. El hombre parecía un verdadero vikingo, rubio y enorme, con unos profundos ojos azul turquesa que envolvía la cintura de una embarazada mujer a su lado.

—Eh, sí… bien, muy bien. Es solo que resulta un poco…

—¿Abrumador? —ofreció Ángela con una amable sonrisa. La mujer y su marido eran una de las parejas más agradables que había conocido hasta el momento.

—Bastante —asintió correspondiendo a su sonrisa.

—Sí, a Angie tampoco le hacen demasiada ilusión este tipo de aglomeraciones —aceptó su marido, besándola en la frente.

—No es la única —comentó Luke con una mueca que los hizo reír.

—Vamos, vamos, en cuánto aparezca Velkan podrás ponerle el micrófono en la mano y obligarle a hablar —aseguró él con tono jocoso.

Su anfitrión puso los ojos en blanco.

—A él le gustan incluso menos que a nosotros las reuniones.

—Lo sé —aseguró Aksel—, por eso mismo lo pondría a ello.

Luke sacudió la cabeza pero ahora había una sonrisa jugando con sus labios.

—Bueno, vamos a saludar al resto antes de que la cosa se ponga más seria —aceptó el hombre acariciando el vientre de su esposa—. No hay muchas oportunidades de reunir a toda la tropa en un solo lugar.

—Una vez al año es más que suficiente —aseguró él y estrechó la mano de su compañero, para luego llevarse a los labios la de la mujer.

Con una sincera sonrisa, se despidió de la pareja y deslizó una vez más la mirada a lo largo de la sala viendo como todo el mundo parecía conocerse entre sí.

—Um, interesante criatura, Evans.

Shane casi dio un salto cuando sintió unas manos extrañas ciñéndola ahora de la cintura desde atrás. Se apartó de inmediato chocando ahora con el cuerpo de Luke un instante antes de que este la atrajese con suavidad contra su costado y pudiese enfrentar así al rubio de intensos ojos verdes que la recorría con una divertida mirada.

—Las manos quietas, Odin —rumió su acompañante, fulminando al recién llegado con la mirada y apretándola incluso más contra él.

Para ella aquello no tenía sentido. Por norma general solía ponerse tensa cuando la tocaba un desconocido, más aún si la tomaban por sorpresa, pero cuando eran las manos de Luke o su cuerpo el que estaban sobre ella su malestar se convertía rápidamente en aceptación e incluso deseo.

—Esta noche es única y exclusivamente mía —concluyó él con un tono un tanto posesivo.

El recién llegado se limitó a alzar las manos y luego llevárselas a los bolsillos del pantalón de vestir que llevaba. Al contrario que muchos de los presentes no llevaba corbata y vestía de forma más informal.

—Shanelle, cariño, ¿por qué no consigues un par de copas para los dos?

Sus ojos se encontraron y había un claro mensaje en los de él. Le estaba dando la oportunidad de escabullirse unos momentos.

—Un par de copas —repitió sin dejar de mirarle—. No sé si podré encontrar cianuro en una fiesta tan elegante.

Los dedos masculinos que todavía seguían sobre su piel se clavaron en su costado en una silenciosa advertencia.

—Ve —le cogió la barbilla con los dedos y la obligó a enfrentar su mirada—. Ahora.

Se lamió los labios y saboreó su primera y pequeña victoria de la noche. Acababa de sacarlo de quicio. ¡Punto para Shane!

—¿Estás seguro de que no quieres que siga haciendo de guardaespaldas? —sugirió en tono meloso. ¿Qué diablos estaba haciendo? Cavándose su propia tumba, más que claro.

—Estás jugando con fuego, muchachita.

Sonrió y le dedicó la más sensual y estudiada de las miradas mientras se soltaba de su sujeción.

—Vino blanco —recordó y se giró hacia el recién llegado—. ¿Le apetece alguna cosa? ¿Cianuro, quizá?

El hombre se echó a reír, una sonora carcajada que atrajo la mirada de unos cuantos presentes.

—Creo que declinaré tan interesante oferta, encanto —aseguró con un acento bastante marcado—. Es demasiado temprano para que este lobo empiece a beber ciertas cosas.

—Shane. Dos copas. Ahora —el gruñido en la voz masculina la cogió por sorpresa. No discutió, el brillo que había ahora en sus ojos la privó de cualquier respuesta ingeniosa. Estaba enfadado o no… no estaba muy segura de qué significaba esa mirada.

—De acuerdo, dejemos entonces que sea *Sir Lancelote* quién se emborrache.

Una nueva carcajada sonó a sus espaldas mientras se retiraba a por un par de bebidas.

CAPÍTULO 8

Luke entrecerró los ojos sin dejar de mirar a esa mujercita que se había agenciado para esa noche. La inesperada posesividad que hacía gala era ajena por completo a él y sin embargo, había sido incapaz de sacarle los ojos de encima, especialmente cuando esas condenadas lobas se acercaban a él con la única intención de afilar sus garras sobre ella. Era consciente de cada palabra susurrada, de cada mirada irritada y de los incesantes menosprecios que le dedicaban, como también lo había sido del interés que había despertado en los lobos sin emparejar que se reunían en la sala.

—Tu nueva compañera es una pieza de lo más interesante —comentó Odin, quien no había dejado de reír desde la partida de Shane.

Lo miró y sacudió la cabeza.

—No es mi compañera —declaró encontrándose más fastidio en la voz del que debía haber. ¿Qué diablos le pasaba?

—¿Estás seguro? —La sola duda en la voz del alfa de región montañosa de la Costa Este le arrancó un gruñido—. Pareces bastante territorial con respecto a la humana.

—Imaginaciones tuyas.

Odin se rio por lo bajo, manteniendo aquella conversación solo para sus oídos.

—Conozco tu alergia al compromiso, amigo —continuó—, y no soy el único. Wolf está haciendo apuestas sobre cuándo te emparejarás.

Puso los ojos en blanco, el alfa del clan Armingtale era uno de los lobos más antiguos de la región, llevaba emparejado ya seis años, tenía una niña y estaba más que dispuesto a aumentar la familia a juzgar por el vibrante estado de su compañera. Entre las molestas aficiones del hombre estaba la de hacer apuestas, jodidas apuestas que siempre acababa ganando.

—Pues espero que no hayas sido tan gilipollas como para entrar en su juego.

Su amigo chasqueó la lengua.

—Bueno, yo he apostado por un periodo de quince días —le palmeó la espalda con diversión—, aunque, después de comprobar en primera persona lo acaparador y posesivo que estás siendo con esa pequeña humana, algo me dice que Wolf volverá a ganar la partida.

Frunció el ceño y buscó con la mirada al dichoso lobo de Maine, quien no dudó en cruzarla con la suya y levantar su bebida en un mudo brindis. El maldito sabía perfectamente de lo que estaban hablando.

‹‹¿No tienes nada mejor que hacer?››.

Como alfa, tenía la capacidad de comunicarse mentalmente con los miembros de su manada y con otros de su condición.

‹‹¿Y perder la oportunidad de desplumar a estos incautos cachorros?››.

Gruñó en voz baja, sonido que atrajo las miradas de algunos de los lobos y lobas que estaban a su alrededor.

‹‹¿Su aroma no te hace la boca agua, compañero?››.

Retuvo un nuevo gruñido y dio por finalizada la conversación. Su olfato todavía no era tan fiable cómo debía, con tanto lobo que había en la sala confundía los olores y tal incapacidad era algo que no podía dejar traslucir. Su raza encontraba a su compañera por el olor, entre otras cosas. Como lobo, si se emparejaba, lo hacía de por vida y con una sola hembra, su aroma se

grabaría en él y despertaría la necesidad de reclamarla, de hacerla suya para siempre.

Deslizó la mirada a través de la concurrida sala, las puertas que daban a la terraza estaban abiertas y entraba el frescor de la noche. Cerca de ellas encontró a Adam, el alfa de Canadá quién no le sacaba el ojo de encima a su compañera Bryony. La pareja humana del que consideraba un buen amigo había pasado una temporada lejos de él y de su manada, una situación que no se había revertido sino hasta hacía apenas unos meses. Su presencia en el cónclave era otra manera de introducirla a los clanes, una forma de presentarla en sociedad como su pareja elegida. La mujer departía en esos momentos con Shane, quien asentía fervientemente a alguna cosa que acababa de mencionarle.

—Sabes que es totalmente humana, ¿no?

Se giró lentamente hacia Odin, quien acababa de dejar caer la afirmación.

—Sí y está fuera de tu menú.

El lobo arrancó las manos del bolsillo y las alzó en inmediata tregua.

—Sabes que me gusta ceñirme a las reglas —aseguró su amigo—. Un lobo no se mete entre compañeros y mucho menos coquetea con la potencial pareja de un alfa. No soy un suicida, aunque a veces parezca lo contrario. Aunque… no podrás impedir que me lo pase realmente bien viendo como ella te torea. Tu chica sabe cómo convertir una aburrida reunión en una velada de lo más interesante.

—Así que os he provisto de un entretenimiento y sin saberlo siquiera —rezongó.

Se encogió de hombros y sonrió con despreocupación.

—No te sientas mal, son los mejores.

Negó con la cabeza y, tras comprobar que su acompañante seguía en buenas manos, pasó a otro tema.

—¿Cómo van las cosas con la ampliación del casino?

—Bastante bien —aceptó él, dejando la hilaridad a un lado para pasar a temas de negocios —. He dejado a Quinn al mando. Si no hay retrasos o más complicaciones, la primera asociación Peters-Evans estará en pie antes de la fecha prevista.

—¿Han vuelto a darte problemas con el tema de los terrenos?

Negó con la cabeza.

—Nop. El abogado que me enviaste hizo un magnífico trabajo —aseguró complacido—. El nuevo *Imperian Las Vegas* estará terminado a finales de año.

Suspiró.

—Todavía no sé cómo me dejé convencer —rumió—. La cadena de Imperian ahora en Las Vegas y bajo tu supervisión. Es aterrador.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Perdiste jugando al póker —le recordó con obvia satisfacción—, eso ganó para mi casino uno de los mejores complejos hoteleros con el que podía contar. Estoy más que satisfecho.

Y él también. Era una asociación que llevaba tiempo buscando y confiaba lo suficiente en Odin como para saber que cualquier negocio que quisiera llevar a cabo con él estaría en buenas manos.

—¿Has conseguido arrastrar al menos a tu joven beta de vuelta a la ciudad? Fue una sorpresa ver que venías solo.

Su amigo hizo una mueca.

—Buscó una y mil excusas para no venir a la ciudad, al final, por supuesto, obedeció mis órdenes —aseguró al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Pero cuando llegó el momento de

venir a la reunión, se había marchado y se ha negado hasta ahora a responder a cualquiera de mis demandas.

—Todavía no lo ha superado —comprendió con un deje de tristeza. Era consciente de lo que le había ocurrido al joven lobo la última vez que pisó Manhattan y no podía culparle por aborrecer la ciudad—. ¿Has conseguido al menos que hable contigo sobre ello? ¿Qué lo haga con alguien?

Un bajo gruñido emergió de la garganta masculina.

—¿Hacer que el lobo más silencioso de toda mi manada hable voluntariamente de algo que no quiere? —se burló—. No. Por eso mismo lo puse a trabajar en el proyecto. Necesitaba mantenerlo ocupado en alguna cosa y lo cierto es que la treta dio mejores resultados de lo que me esperaba.

—Entonces no bromeabas cuando dijiste que habías dejado todo el tema de la seguridad en sus manos —comprendió, recalibrando las palabras que le acababa de transmitir su amigo.

—No. Ese lobo ha hecho un trabajo endiabladamente bueno en los últimos cuatro meses, Luke —corroboró—. Lo que le ocurrió hace un año lo ha cambiado por completo, lo ha hecho madurar de golpe.

Sorprendente. Especialmente en un lobo tan joven, a sus veintisiete años, los hombres de su raza solían comportarse todavía como jóvenes, dispuestos a aprovechar lo que la vida les ofrecía sin tener en cuenta las consecuencias. Él quizá hubiese sido también así de no haber tenido sobre sus hombros una responsabilidad tan pesada como el bienestar de todo un clan y una región siendo incluso más joven.

—¿Y Velkan? —preguntó entonces Odin cambiando de tema—. ¿Todavía no ha dado señales de vida?

La sola mención del hombre más importante de su raza lo hizo rechinar los dientes.

—Se supone que ya tendría que estar aquí —comentó resbalando la mirada por la sala y frunciendo el ceño al ver a uno de los lobos que menos le agradaba y que tendía a sacarle de quicio—. Su Ejecutor ya está aquí, pero él… Se dejó caer por su habitación en el hotel solo para desaparecer a los pocos minutos en compañía de una completa desconocida.

—¿Una mujer?

Asintió. Había dejado aquel asunto en manos de su mano derecha, su beta, pero Eugene todavía no había aparecido o dado señales de vida. En celebraciones como esta, el histriónico lobo se movía como pez en el agua y disfrutaba llevando la voz cantante, algo que sin duda él agradecía.

—Alguien ajeno al clan —murmuró bajando el tono de voz solo para oídos del lobo—. No sé quién es ni cómo se coló en mi hotel. El hecho de que nuestro *Voda* se haya ido además con ella, no hace sino todo esto incluso más sospechoso.

—Velkan sabe mejor que nadie con quién debe o no debe coquetear —le recordó transmitiéndole calma—, si está con esa mujer debe tener sus razones.

—Unas que me gustaría conocer, a ser posible, esta misma noche.

El silencio cayó sobre ellos durante unos instantes, ambos examinaron una vez más la sala y a sus invitados. Odin fue el primero en romperlo con su comentario.

—¿Le has dado pasaporte entonces a Mirabella?

Siguió la dirección de la mirada del lobo y vio a la intrigante loba al lado de Arik, el Ejecutor de su clan. Sus ojos se encontraron y el hombre alzó la copa en un mudo brindis que tenía una abierta interrogación en él.

—A juzgar por su actual compañía, la sola duda ofende.

Sus labios se separaron mostrando una perfecta fila de dientes.

—Arik no es un mal tipo —le dijo, palmeándole el hombro—. Excéntrico, psicótico y un asesino, sí, pero ¿no lo somos todos los lobos en algún momento de nuestras vidas?

—El Ejecutor lleva esos adjetivos a un nivel muy superior, uno que ni me gusta ni comparto —rumió al tiempo que intentaba contener un bajo gruñido—. Ese lobo es un grano en mi trasero la mayor parte del tiempo, ¿por qué ha tenido que instalarse precisamente en mi ciudad?

Odin se rio por lo bajo.

—Tiene negocios aquí, unos bastante lucrativos además —aceptó con abierta apreciación —. Y reconócelo, si se marchase lo echarías de menos…

—Oh, sí, terriblemente —dramatizó.

—No tendrías nadie con quién discutir y que se mantuviese a tu nivel —continuó—. Su presencia es buena para ti, hace que te mantengas alerta.

—¿De qué lado estás tú? —lo miró de reojo.

—Del tuyo, Luke, siempre del tuyo —se burló—. Venga, ejerce de buen anfitrión y vamos a saludarle. Cuanto antes lo hagas, antes podrás recuperar la compañía de tu futura compañera.

Resopló.

—Vas a perder tu dinero, Odin, retírate de los juegos de Wolf antes de que sea demasiado tarde —lo avisó, dejando claro que no pensaba emparejarse y menos con esa muñequita.

—Sí, sí, sí —hizo oídos sordos—. Vamos a portarnos como buenos alfas y mostrar nuestro respeto al único que tiene potestad de patearnos el culo sin que el Voda caiga sobre él.

Luke no pudo hacer otra cosa que poner los ojos en blanco ante tal respuesta, echó un último vistazo a la sala buscando a Shane para encontrarla en el mismo lugar y con la misma compañía y siguió a Odin de mala gana.

CAPÍTULO 9

Empezaban a dolerle los pies. Shane echó un vistazo a su alrededor pero no vio a su acompañante. Adam y Bryony la habían interceptado cuando atravesaba la sala liberándola al instante de las tres lobas que parecían más que dispuestas a cercarla y ponerla al corriente de cualquier estúpida regla no escrita dentro de aquella sociedad. Había conocido a la pareja al principio de la noche cuando Luke los recibió, pero ahora, después de tanto ir y venir, teniendo además sobre sus espaldas una larga jornada de trabajo en el bar, todo lo que deseaba era irse a casa y descansar.

Giró sobre sus talones y aprovechó para salir a la terraza, los invitados entraban y salían pero, con todo, el lugar ofrecía cierta intimidad de la que carecía la sala principal. Dejó algunas parejas atrás entre sonrisas y asentimientos y se dejó caer en uno de los bancos más alejados. Recibió el frío de la noche con gusto, una forma de refrescarla y espabilarla.

—Quiero irme a casa —gimoteó al tiempo que se sacaba los zapatos y empezaba a masajearse los tobillos.

Sí, quería volver a su casa, darse un largo baño y dormir. Dormir hasta que todo esto no fuese más que una rocambolesca pesadilla.

Hizo una mueca al pensar en su prima, abrió el teléfono que había apagado para que no quedarse totalmente sin batería y lo encendió. Al instante un continuo pitido producido por las alarmas le avisó de que tenía seis llamadas perdidas y un mensaje.

—Carly —jadeó al reconocer el número de la casa de su prima. Las seis llamadas perdidas eran suyas al igual que el mensaje de texto—. Vamos, vamos… por favor, dime que estás en casa. Dime que estás bien y no tirada en una cuneta o peor aún, en una celda de comisaría.

Shane, ¿dónde estás? No consigo contactar contigo. Estoy preocupada, por favor, llámame.

PD: Ya estoy en casa. Ha sido una noche de locura. Llámame o ven a verme. Tenemos que hablar.

El aire entró lentamente en sus pulmones devolviéndole la respiración. Su prima estaba bien. Estaba en casa.

—Gracias —musitó apretando el teléfono con un aliviado suspiro.

Al menos esa noche tendría una preocupación menos de la que ocuparse. Tendría que ir a verla, lo que había ocurrido gracias a su inesperada petición de socorro había sido una carrera infernal en la que todavía estaba metida.

Dejó el teléfono a un lado sobre el exiguo bolsito y estiró los pies, moviéndolos en círculos para intentar aliviar la presión de los tacones que hacía tiempo no utilizaba. Los zapatos era preciosos, pero matadores.

—¿Quién eres tú y por qué estás con mi hombre?

La inesperada voz femenina la hizo dar un respingo. Levantó la cabeza y se encontró con la mujer que la había fulminado con la mirada durante buena parte de la noche. Era una auténtica belleza, como todas las que se daban cita hoy allí, unos ojos pardos, largo y ondulado cabello rubio y un vestido tan ceñido a su cuerpo que estaba claro que no llevaba ninguna clase de ropa interior debajo.

—¿Disculpa?

La vio alzar la cabeza con petulancia y si no creyera que era imposible, incluso le pareció que oteaba el aire.

—Pero si solo eres una insulsa humana —musitó la recién llegada con lo que parecía asombro. Sus ojos se entrecerraron y Shane cambió de opinión sobre su atractivo, el gesto actual en su rostro hablaba de malicia y un inusitado rencor que no sabía ni de dónde había salido—. No eres comparable a mí.

Parpadeó y no pudo menos que dejar escapar una risita.

—¿Disculpa? —se rio y miró a su alrededor—. ¿Has perdido la caja de tuercas o algo, bonita?

La mujer ignoró su comentario y acortó la distancia entre ellas obligándola a levantarse para no sentirse en inferioridad de condiciones. La chica era en realidad alta, posiblemente gracias a los vertiginosos tacones que llevaba puestos mientras que ella permanecía descalza.

—Mantente alejada de mi hombre, zorra estúpida —escupió sin más—. Si vuelvo a verte de nuevo cerca de Luke, te arrancaré la garganta de un mordisco.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Dónde has dejado la medicación, bonita? —le soltó sin más. No estaba dispuesta a ser insultada más de lo que ya lo había sido esa noche—. Deberías volver a la fiesta y buscarla antes de que te salgan colmillos y empieces a ladrar como una perra.

No lo vio venir, los largos dedos ya se habían cerrado alrededor de su garganta y la empujaban contra el banco cuando comprendió que aquella pirada estaba dispuesta a estrangularla sin mediar palabra.

—Aléjate de mí hombre —siseó, sus ojos adquirieron un brillo que la asustó—. Si quieres seguir con vida, márchate ahora mismo y no vuelvas a acercarte a él.

Sus propios dedos parecían ser una fuerza inútil contra la brutal presa que le impedía el paso del aire, empezó a jadear y clavó las uñas en un intento de defenderse.

—Suéltala ahora mismo, Mirabella.

La presa se aflojó sobre su garganta y el aire pudo entrar nuevamente en sus pulmones. Se dobló, tosiendo mientras por el rabillo del ojo veía a esa perra palidecer ante el recién llegado. La rabia se alzó sola en su interior y antes de que pudiese pensar en lo que estaba haciendo, echó la mano hacia atrás y golpeó. La bofetada resonó en la silenciosa terraza mientras los ojos de la mujer se volvían hacia ella ahora con abierta sorpresa.

—¡Has intentado estrangularme, zorra estúpida! —siseó con la voz todavía afectada por la compresión en su garganta—. ¿De qué psiquiátrico has salido? ¿Estás loca o qué?

—Luke es mío —la escuchó sisear.

Ahora fue su turno de jadear.

—Joder, pues quédatelo —exclamó abriendo los brazos en un gesto de incredulidad—. Estás como una puta cabra. Estás desquiciada. Tía, tienes que hacer que te revisen el cerebro, lo tuyo no es normal.

La misma presencia masculina que había evitado que esa psicótica la estrangulara habló ahora en un idioma que no comprendió, lo que extrajo una queja de la mujer en ese mismo idioma y una furiosa retirada.

—Me disculpo por la irregular conducta de mi protegida —le dijo antes de inclinarse ante ella y dar media vuelta para perderse de nuevo entre los asistentes a la recepción.

Shane se dejó caer sentada sobre el banco, se llevó la mano al cuello e hizo una mueca al sentir una ligera molestia.

—¿En qué loco infierno he ido a caer? —murmuró para sí misma—. No, se acabó. Tengo

que largarme de aquí.

Se giró el bolso y rescató su teléfono.

—Carly Cassandra Pears, en cuanto te ponga las manos encima voy a retorcer ese bonito cuello que tienes —masculló—. Todo esto ha sido culpa tuya.

—Y ante esa colorida amenaza debo suponer que tú eres Shane.

El teléfono se le escapó de las manos y terminó cayendo al suelo mientras pegaba un brinco sobre el asiento. Alzó una vez más la mirada ante la nueva interrupción y se quedó muda al ver al hombre vestido de traje y corbata a pocos metros de distancia.

Se llevó la mano al pecho y se obligó a respirar pausadamente, el corazón amenazando con salirle del sitio.

—Juro que esta noche vais a matarme a disgustos —masculló. Bajó los pies al suelo y se puso rápidamente los zapatos. Recogió el móvil que había dejado caer, lo metió en el bolsito y se levantó dispuesta a marcharse—. No pienso quedarme aquí ni un segundo más para que sigan agrediéndome.

—La señorita Cassandra Pears está sana y salva en su casa —le dijo cuando estaba a punto de sobrepasarle. Sus palabras la detuvieron en seco e hizo que se giraba a mirarle. De pie, uno al lado del otro, parecía incluso mucho más alto de lo que pensó en un principio.

¿Qué pasaba con aquellos hombres? ¿Es que tenían que ser todos gigantes?

Sus ojos cayeron sobre su garganta y el gesto afable que tenía en el rostro mudó momentáneamente. Se cubrió con la mano, casi avergonzada de lo que pudiese ver.

—*Acest lup este pedepsit, mici*[2]—murmuró, al tiempo que le acariciaba la garganta con las yemas de los dedos—. *Jur*[3].

Fue incapaz de moverse, algo en él la dejó paralizada durante unos instantes. Cuando consiguió que su cerebro cooperara, se dio cuenta de que no había entendido ni una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—¿Disculpe?

Él le sonrió y dejó caer la mano. Curiosamente, el dolor que tenía en la garganta se había ido como por arte de magia.

—¿Quién es usted?

—La señorita Pears ha intentado llamarte varias veces, pero tu teléfono salía desconectado —continuó, señalando su bolso con un gesto de la barbilla—. Deberías llamarla y decirle que estás de una pieza. Tenía miedo de que alguien te hubiese hecho daño.

Abrió la boca pero no supo qué decir. Él le sonrió y un inmediato sonrojo le cubrió las mejillas. El hombre era realmente atractivo y poseía ese aire de pilluelo que lo hacía parecer mucho más joven de lo que supuso al escuchar su voz.

—Parece que ambas habéis tenido una intensa aventura esta noche —comentó y le tendió la mano—. Mi nombre es Velkan, Velkan Voda.

¿Voda? Un momento, ¿no era ese el apellido del hombre al que había estado esperando Luke? ¿El mismo al que habían visto salir de la suite con una mujer?

Sacudió la cabeza y se concentró en sus palabras.

—Carly —preguntó—. ¿Está bien?

Él asintió.

—Estaba perfectamente cuando la dejé en su puerta —aseguró con calidez—, aunque preocupada por tu ausencia. Según tengo entendido, la llamaste al entrar en el hotel, pero después no llegasteis a reuniros… Entiendo que hubo alguna complicación y malos entendidos por el medio.

Ella abrió la boca y él negó con la cabeza.

—Eugene me ha puesto al tanto de la situación —abrevió—. Todo está solucionado.

Se lamió los labios y asintió.

—Gracias —murmuró sin estar muy segura de qué decir—. Ella… ella suele meterse en problemas, pero no… esta vez no fue culpa suya. No es una mala chica.

Los ojos dorados del hombre se deslizaron por su cuerpo e incluso juraría que hubo un momento en el que pareció otear el aire.

—Hueles a él —murmuró—. Ya veo que no te ha perdido de vista.

Parpadeó sin comprender.

—¿Perdón?

Negó con la cabeza y le tendió la mano.

—¿Quieres terminar ya con esta equivocación o le darás a mi alfa una última oportunidad? Le vendría bien alguien como tú, alguien que lo mantenga alerta.

—¿Alfa? No…

—¡Velkan Voda! —La potente voz masculina que llegó desde la puerta de la sala la hizo saltar y retirar de inmediato la mano que estaba a punto de posar sobre la del chico—. Si no fueses… tú… te mataría.

Ambos se giraron para ver aparecer a Luke acompañado de Eugene, quien le guiñó el ojo nada más verla.

—Buenas noches, palomita —la saludó de buen humor—, me alegra comprobar que todavía no has volado.

Ante tal comentario solo pudo poner los ojos en blanco.

—Estaba a punto de hacerlo cuando me han interrumpido.

El aludido continuó caminando hasta terminar interponiéndose entre el recién llegado y ella.

—Shanelle, vuelve adentro y espérame.

Enarcó una ceja ante su tono. Lo último que le apetecía ahora mismo era tener que enfrentarse también con su pomposo trasero.

—¿Es ahora cuando tengo que darte también la patita?

Eugene a duras penas contuvo una sonrisa.

—¿Ha sido así toda la noche?

—La mayor parte —siseó el aludido.

—Interesante.

—Tu invitada está agotada, Evans —intervino Velkan con ese tono tranquilo y relajado que contrastaba con el irritado del recién llegado. Su mano tomó la de ella y se la llevó a los labios—. Ha tenido una noche intensa. Es hora de que la lleven a casa.

La respuesta de su acompañante fue gruñir, un sonido tan profundo y vibrante que le recordó al de un perro.

Eugene dio entonces un paso adelante interponiéndose ahora entre los dos hombres, sus ojos se clavaron en los de su jefe y su semblante estaba más serio de lo que lo había visto jamás.

—Luke —lo llamó, su nombre susurrado como una muda advertencia—. Es el *Voda*…

Velkan optó entonces por liberarse de ese inesperado parapeto y se detuvo delante de él, posó la mano sobre su hombro y lo miró a los ojos.

—Es una interesante elección que deberías conservar —le dijo con el mismo tono tranquilo—, pero ahora tienes que enviarla a casa. Ha tenido una noche difícil, está agotada y nosotros tenemos un cónclave que celebrar.

Shane se sentía un poco perdida, su mirada fue de uno a otro sin entender muy bien qué ocurría.

—Um… si alguien me da dinero para un taxi, me iré yo solita.

La mirada que le dedicó su acompañante de esa noche la hizo retroceder. Sus ojos habían adquirido un brillo más intenso y vibrante, casi sobrehumano. Pero aquello era imposible, tenía que tratarse de un efecto provocado por las luces.

—Eugene —clamó con voz baja y mucho más profunda de lo que la había escuchado en él hasta el momento—, que tengan el coche preparado para disposición de la señorita.

—Enseguida.

Con un último guiño, el hombre salió de la terraza dispuesto a cumplir con el encargo.

Velkan se limitó también a despedirse con un gesto de la cabeza, posó una última vez la mano sobre el hombro de su acompañante y volvió al interior de la sala, dónde los invitados empezaron a darle la bienvenida.

La terraza quedó vacía a excepción de ellos dos.

—¿Soy yo o te acaban de regañar como a un niño pequeño? —se burló, sin dejar de mirarle—. Así que no eres todopoderoso, después de todo.

Él entrecerró los ojos y la miró con una inusitada intensidad.

—Nunca vas a comportarte como una dama, ¿no es así? —murmuró, acercándose poco a poco a ella.

Alzó la barbilla dispuesta a defenderse de sus ataques verbales una última vez.

—Es un poco difícil ser civilizada y educada cuando hay un montón de perras a tu alrededor dispuestas a despellejarte o a estrangularte por el simple hecho de pisar territorio prohibido —le soltó. Entonces sacudió la cabeza—. Pero tú ya tienes tu propia opinión sobre mí, ¿no?

Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza.

—A decir verdad no sé muy bien cuál es la opinión que tengo de ti —aceptó al tiempo que le acariciaba la mejilla con los dedos y le alzaba el mentón—, y no sé si quiero saberla.

Antes de que pudiese decir algo en respuesta, los cálidos y suaves labios descendieron sobre los suyos ahogando cualquier protesta y robándole el aliento en un breve pero intenso beso.

—Gracias por una noche interesante, Shane Shanelle —le dijo y se separó de ella—. En la entrada principal tienes un coche esperando a llevarte a casa. Solo dale la dirección al conductor.

No dijo nada más, con una última inclinación de cabeza dio media vuelta y se marchó.

Era hora de que Cenicienta volviese a casa.

CAPÍTULO 10

—¿Sigues enfadada?

Shane giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Carly, las ojeras bajo sus ojos ponían de manifiesto que había dormido tanto o menos que ella misma; nada.

Era domingo por la mañana, se habían pasado la noche sentadas en la cama, una al lado de la otra mientras intentaban buscarle sentido a lo ocurrido la noche del viernes.

—Todavía no sé ni cómo me siento —aseguró—. Sé que quiero retorcerte el pescuezo, eso sí.

—Te juro que no planeé nada de lo que ocurrió.

Bufó.

—Si lo hubieses hecho, serías una candidata perfecta para el manicomio.

—No te burles.

Negó con la cabeza.

—Carly, por culpa de tu falta de sesera terminé haciendo de mujer florero para el irritante y todo poderoso Luke Evans —le recordó intentando no sisear al pronunciar su nombre—. Yo. Que odio estas cosas. Metida en el centro de una maldita recepción de gala. ¿Tienes idea de lo traumático que puede resultar?

—Míralo por el lado bueno, tesoro, las mujeres de todo el país te envidiarían si lo supieran —aseguró.

—Te recuerdo que una perra loca intentó estrangularme porque pensó que le había quitado a su hombre —siseó—. Créeme. Lo último que quiero es que alguien relacione su nombre con el mío de forma alguna. Ni siquiera quiero acordarme de esa estúpida noche. Joder, si hasta él me tomó por una prostituta. ¡A mí!

—En realidad no fue a ti, sino a quién él piensa que eres —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—Es lo mismo —se quejó.

—No, no lo es.

—Tienes razón —se giró para mirarla—, en realidad es muchísimo peor.

Puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Si hace que te sientas mejor, mi noche tampoco fue lo que había esperado —aseguró con una mueca—. A ti no estuvo a punto de darte un ataque al corazón cuando un hombre como Velkan Voda apareció en la habitación y te encontró haciendo de conejita de *Playboy*.

Suspiró como si el mundo fuese a terminarse mañana.

—Ese hombre es impactante, en todos los sentidos —continuó—. Tiene un acento que convierte su voz en puro pecado y es el perfecto caballero, educado, atento… ¡me besó la mano! Nadie jamás en toda mi vida me había besado la mano.

Sí, recordaba perfectamente al señor Voda y su apabullante aparición. Había algo en ese hombre que invitaba a la confianza y al mismo tiempo poseía un borde peligroso, uno que solo había apreciado cuando se reunió con sus contemporáneos.

—Por un breve instante me pareció estar ante los machos de una manada de lobos —musitó en voz alta. Entonces dejó escapar una risita—. Y yo era la cauta oveja.

Su prima tosió como si acabase de atragantarse con la bebida.

—Ey, despacio.

Ella asintió, se secó los labios y la miró.

—¿Lo pasaste bien al menos?

Se encogió de hombros.

—No lo llamaría pasarlo bien —repuso—, no puedes estar pasándolo bien cuando finges un papel, cuando tienes que estar pendiente de no meter la pata, cuando esos increíbles ojos color café están pendientes de cada uno de tus movimientos. ¡Ese hombre es irritante!

Carly se rio por lo bajo.

—Sí, puede que lo sea, pero te ha causado una profunda impresión.

—Luke Evans es un capullo.

—Pero es un bombón.

—¡Es irritante!

—Pero está bueno.

—Carece de modales —añadió con un bufido.

—Se le puede perdonar cuando te ha obsequiado un pedazo vestido como el que llevabas el viernes y esos impresionantes zapatos.

—Voy a devolvérselos.

—¿Estás loca?

—¡No quiero nada suyo!

—Estás loca.

—Tú no estuviste allí, Carly, él es… es… es todo lo opuesto a mí —resopló—, en cualquier otro momento, si me cruzase con él por la calle, ni siquiera repararía en mí.

—Eso no puedes saberlo, Shane —comentó volviendo a tumbarse de espaldas—. Al menos no te envió en un taxi después de despacharte, puso un coche a tu disposición, eso lo hace un poco menos capullo.

Hizo una mueca al recordar cómo había terminado por darle una dirección al otro lado de la ciudad al conductor con tal de que no pudiese saber dónde vivía y comunicárselo a su jefe.

—Al final sí tuve que coger ese taxi.

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo porque te empeñaste en que te dejase al otro lado de la ciudad.

—¿Acaso tú le dijiste al señor Voda que te dejase delante de tu casa?

Sus labios se curvaron lentamente en una perezosa sonrisa.

—Solo tuve que caminar dos manzanas, no llegué ni a cruzar el río.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—¿Cómo logras sobreponerte a todas estas cosas?

Se encogió de hombros una vez más, se inclinó y cogió el bol de palomitas que había preparado más temprano y el mando de la televisión.

—Así —declaró poniendo el bol entre las dos y encendiendo la tele—. Unas palomitas, una peli en la que poder despotricar sobre los hombres y después vuelta a la rutina.

Cogió una palomita y se la llevó a la boca dejando que se deshiciera en su lengua.

—¿Llegaste al menos a tiempo para la reunión? —le preguntó. Carly había tenido que escribir a toda prisa la introducción y presentarse a una reunión de trabajo sin apenas haber dormido.

Soltó un profundo resoplido.

—Sí y ese hijo de puta dijo que mi introducción podía haber sido hecha por un crío de secundaria —rezongó al tiempo que hundía la mano en el bol y extraía un puñado de palomitas

que llevarse a la boca—. Te lo juro, un día Julian Kelsey y yo vamos a tener un enorme y jodido problema. Y no seré yo la que pierda.

—Al menos todavía conservas tu trabajo —murmuró arrebujándose bajo las mantas.

Ella suspiró y la miró.

—Sé que esto va a ganarme más puntos para ingresar en esa clínica mental, pero ¿por qué no te presentas al puesto de recepcionista del Imperian?

Enarcó una ceja, fue toda la reacción a la que su vapuleado cerebro tuvo acceso.

—¿Has perdido un par de tornillos por el camino? —argumentó con un mohín—. Luke Evans es el dueño de ese hotel, de toda una jodida cadena hotelera. El mismo hombre con el que paseé del brazo durante toda la noche en una estúpida recepción llena de gente haciéndome pasar por alguien que no soy. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué me presente a la entrevista y cuando me vea y me reconozca le diga que decidí dejar la agencia para la que jamás he trabajado y probar suerte como recepcionista?

—Dicho así suena un poco fuerte.

—¡No me digas!

—Pero quizá ni siquiera tengas que verle durante la entrevista —insistió—, posiblemente se presenten varias candidatas y tampoco es seguro que te cojan, entonces, ¿por qué no probar?

—Soy camarera, repostera y bailarina —le soltó ya de mal humor—. No sé nada de cómo llevar la recepción de un hotel.

—Has hecho prácticas como asistente de dirección, eso tiene que ser igual, si no más fácil —insistió Carly—. Sería una oportunidad para tener un horario laboral decente, un sueldo fijo a fin de mes y eso te daría por fin la estabilidad necesaria para comprar esa monstruosidad que quieres.

—No es una monstruosidad —se ofendió ante la manera en que todo el mundo parecía echar por tierra su sueño—. Y ya no puedo comprarla, se me han adelantado. El banco la vendió hace dos meses.

—Pues mejor. Era una casa del año *catapum* que se caía a pedazos —le recordó con eficaz puntería—, lo cual la convertía en una monstruosidad.

Suspiró, no pensaba discutirlo con ella.

—No me presentaré a esa entrevista.

—Pues deberías —aseguró dándole ahora al *play*.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Porque es Luke Evans, gerente y propietario de la cadena hotelera de cinco estrellas Imperian o porque has descubierto que te gusta mucho más de lo que lo detestas?

Abrió la boca pero volvió a cerrarla de inmediato. No, no le gustaba Luke Evans. No, ni siquiera un poquito… ¿verdad?

—Vamos a ver la película —sentenció finalmente.

Carly sacudió la cabeza y sonrió.

—Sí, veamos la película.

CAPÍTULO 11

—Buenos días, rayito de sol. Aquí tienes el periódico, la prensa se ha hecho eco de la recepción del viernes, es increíble cómo se enteran siempre de todo, has salido bastante bien en la foto. Te he conseguido también ese asqueroso brebaje que degustas con ilusión y esos bollitos de la pastelería situada al otro lado de la ciudad. De veras, querido, tus gustos apestan.

Luke levantó la mirada del expediente que estaba leyendo y observó a su beta. Eugene parecía fresco como una lechuga, impoluto con ese traje color café que esta vez completaba con un chaleco y la perenne corbata a juego. La colonia que solía utilizar le hizo cosquillas en la nariz, algo que hoy agradecía totalmente. Su olfato se había recuperado por completo devolviéndole el equilibrio a su naturaleza lupina. Con todo, el nerviosismo y la irritación que lo envolvía desde el viernes por la noche no lo habían abandonado todavía, se sentía incómodo en su propia piel, febril incluso, un estado del todo ajeno para él.

El hombre dejó las cosas sobre la baja mesa de cristal del salón de su suite y dispuso el desayuno mientras seguía poniéndole al día de los pormenores del comienzo de la semana.

—Odin ha enviado por fax los bocetos y las fotos de lo que está haciendo la nueva decoradora que enviaste —enumeró sin perder ni un solo segundo de tiempo entre sus tareas—. Un buen trabajo en mi opinión. Su «puñetera» alteza me sacó de la cama a una hora indecente solo para que te transmitiera textualmente esta frase: *Saca a pasear al perro*. ¿Quieres decirme desde cuándo tenemos un perro? Y en la recepción quieren que te recuerde que hoy empieza la selección para el puesto vacante de la próxima temporada, necesitan saber si supervisarás el proceso personalmente o me endilgarás a mí también dicho trabajo.

Eugene parecía estar esa mañana de un peculiar mal humor, lo cual era toda una novedad teniendo en cuenta que solía ser un tipo alegre y despreocupado. El que acabase de referirse a su príncipe como *«su puñetera alteza»* solo podía significar que su encuentro del viernes con el *Voda* no había sido tan idílico como todos se empeñaron en aparentar. Velkan lo había puesto al corriente del supuesto malentendido que originó la presencia de aquella inesperada mujer y arrojó luz sobre un suceso que se había estado produciendo debajo de sus propias narices y que nadie se molestó en comunicarle.

Gruñó, un sonido bajo y completamente animal. La reacción de su beta fue instantánea, sus ojos se encontraron, lo vio tragar y dar un paso atrás consciente del aviso que acababa de hacerle su alfa.

Le costaba creer que él, de entre todas las personas, hubiese sido el primero en poner en marcha el engaño que se urdió el viernes a su alrededor. Por suerte para el lobo que ahora permanecía de pie y atento ante él, había tenido tiempo suficiente para calmarse y solo por ello saldría entero de aquella habitación.

—¿De dónde sacaste a Shanelle?

La nuez de Adán se movió cuando dejó que la saliva se deslizase por su garganta.

—Antes de que amenaces con arrancarme alguna cosa, querido, permíteme que te diga que ella fue la mejor decisión de esa noche —aseguró con tranquilidad—. Una apresurada, pero que valió la pena el esfuerzo.

—¿Quién es, Eugene?

Dejó escapar un suspiro y se cruzó de brazos de esa forma tan femenina que lo sacaba de

quicio.

—Veamos, ¿qué has averiguado exactamente? Imagino que su puñetera alteza decidió ponerte al tanto de lo ocurrido con esa otra mujer…

Dejó los papeles que estaba leyendo a un lado, se recostó en el sillón y extendió un brazo por encima del respaldo mientras se ponía cómodo.

—Velkan estuvo bastante enigmático con respecto a esa misteriosa chica —aceptó. El joven lobo pura sangre le había asegurado que no era alguien de quién tuviese que preocuparse, se trataba en realidad de una muchacha que había acabado en el lugar equivocado en el momento equivocado—. Pero no te estoy preguntando por ella sino por la pelirroja que me acompañó durante la noche del Cónclave.

Y aquello era precisamente lo que más le molestaba. A todos los efectos ella era una completa desconocida, una simple humana que quizá ni siquiera tenía conocimiento de su raza y la cual se había paseado y charlado con los miembros más importantes de los clanes que ocupaban las principales regiones de los Estados Unidos.

—El caso es que tu pelirroja tiene mucho que ver con la de Velkan —aseguró sin moverse ni un solo milímetro del lugar en el que se había detenido—. Será mejor que empiece por el principio.

—Por favor —extendió la mano invitándolo a hacerlo.

—La mujer a la que Velkan encontró en su suite, se llama Carly Cassandra Pears —empezó a repasar cada dato del que disponía y los cuales sin duda habría investigado desde el viernes—. Según la declaración hecha a Velkan por la señorita Pears, su estancia en la suite *Manhattan Imperian* obedecía a una invitación hecha por un hombre, alguien con quién había estado saliendo la última semana. Sospechamos que se trata de algún miembro de la manada de Manhattan. Ya sabes, algo de diversión, coqueteo y cuando las cosas se empiezan a poner seria… los lobos más jóvenes huyen por patas.

Luke anotó mentalmente descubrir la identidad de ese lobo y aplicarle un buen correctivo. Nadie en su manada o que trabajase para él pondría de nuevo en entredicho su autoridad o la seguridad de sus instalaciones.

—El caso es que una de las camareras a las que encargaste la preparación de la suite subió en el último momento a comprobar que todo estaba preparado para la llegada de nuestro invitado de honor y se encontró con digamos… algunas prendas… que decidió enviar a la lavandería. El caso es que no se les ocurrió mirar en el dormitorio pues de lo contrario se habrían encontrado con que esta estaba ocupada.

Y un toque de atención para el personal de limpieza, anotó también. Si no sabían hacer bien su trabajo, no le llevaría mucho tiempo contratar a alguien más.

—Y de nuevo te pregunto, ¿quién es Shanelle y qué tiene que ver con todo esto?

Eugene resopló y puso los ojos en blanco.

—Paciencia, Luke, paciencia que ya casi estoy ahí —rezongó haciendo que enarcase una ceja ante su falta—. Y deja de fulminarme con la mirada como si quisieras hacerme pedacitos. Asumo mi parte de la culpa, pero sé que en este caso está más que justificada.

—Prosigue —le permitió. Cuanto antes terminase con aquello, antes podría pensar en qué hacer al respecto.

Él mismo se había informado al llamar al servicio de la agencia de que no tenían a nadie con aquel nombre y descripción trabajando para ellos.

—Shanelle Pears —le facilitó su nombre completo—, o Shane, acabó en el *Manhattan Imperian* para echar una mano a su prima Carly. La chica a la que rescató Velkan in extremis.

¿Su prima?

—La chica la llamó para pedirle ayuda y tu pelirroja llegó justo en el momento en que esperábamos a la chica de la agencia —continuó—. Di aviso en la recepción para que la hicieran subir nada más llegase, así que no me sorprendió verla aparecer, aunque tengo que reconocer que me esperaba algo más… exclusivo. El caso es que cuando ella me estaba sacando de mi precipitado error apareciste tú, le pusiste los ojos encima y decidiste que la querías.

—¿Disculpa?

Él puso los ojos en blanco.

—Puede que tu olfato hubiese estado en otro mundo en esos momentos, lobito, pero tu lenguaje corporal y la dilatación de sus pupilas hablaban por sí solos —aseguró sin más—. Y aunque estaba dispuesto a poner mi cabeza en una pica y dejar que me zurrases en el culo si al final resultaba que la chica no era lo que querías, tu reacción en la recepción ante sus palabras y la exhibición de macho dominante y posesivo que hiciste en la reunión con ella —y esto lo digo por fuentes muy fiables—, llegué a la conclusión de que mi decisión no había sido tan mala.

Sacudió la cabeza, era todo lo que podía hacer ante tal bizarra explicación.

—¿Te das cuenta de que he introducido a una completa extraña en la reunión anual de los clanes y con la presencia del príncipe entre los asistentes?

Él puso los ojos en blanco.

—¿Y tú que disfrutaste de una velada que normalmente te produciría urticaria? —se justificó—. Tienes que admitir que es distinta a lo que estás acostumbrado… y eso te ha gustado. Wolf incluso ha hecho apuestas con los alfas acerca de un próximo emparejamiento. Tu territorialismo con ella les quedó muy claro a los presentes. Diablos, Luke, prácticamente desafiaste a Velkan cuando le cogió la mano… si eso no es una señal…

Negó con la cabeza.

—Si ella fuese mi compañera, lo habría sabido al momento.

El gesto en el rostro de Eugene lo decía todo.

—Nosotros nos guiamos al 90% por el olfato a la hora de encontrar a nuestra compañera y esa noche digamos que tu sentido del olfato era nulo —le recordó—. Pero has tenido que notar todos y cada uno de los rasgos que suman el otro 10%. Posesividad, atracción, lujuria… Luke, llevas irritable e intratable desde el viernes por la noche y, si bien es un rasgo característico en ti la mayoría de los días, este fin de semana se ha agudizado.

Gruñó en voz baja, su beta no le estaba diciendo nada que no hubiese barajado ya él mismo, una posibilidad que lo aterraba casi tanto como emocionaba. El emparejamiento de un lobo era algo serio, algo que cambiaría su vida para siempre y no se había visto preparado todavía para ello. De hecho, había estado huyendo tanto como había podido de tal posibilidad pero ahora que esa pelirroja había llamado a su puerta, si resultaba ser ella…

—Quiero saber quién es —declaró al tiempo que se encontraba de nuevo con su mirada—. Dónde vive, a qué se dedica, quién es su familia… todo. Y lo quiero para ayer.

La ancha sonrisa que curvó los labios masculinos debería haberle dado miedo.

—¡Al fin podré tener *Lukitos* que cuidar!

Lo fulminó con la mirada.

—No adelantemos acontecimientos —gruñó por lo bajo—. Por ahora intenta dar con ella y averigua también quien citó a esa otra mujer en mi hotel, habla con seguridad y revisad las grabaciones si es necesario.

—Alguien va a perder el pelo —canturreó por lo bajo moviéndose ya hacia la puerta.

—¿Y Eugene?

—¿Sí, querido?

Su voz se hizo más profunda, el lobo hablaba por él.

—No se te ocurra volver a jugármela —lo previno. Aquella era una amenaza que ningún lobo en su sano juicio se tomaría en vano—. No te gustarán las consecuencias.

El hombre se estremeció de placer.

—Adoro cuando te pones alfa conmigo —ronroneó antes de salir de la habitación meneando el culo.

Sacudió la cabeza y cogió el periódico que le había dejado sobre la mesa para ir directamente a la página que Eugene marcó. Una fotografía mostraba su entrada con Shane del brazo en el edificio dónde se celebraba el evento. Ojeó rápidamente el artículo y encontró lo de siempre, una crónica que hablaba sobre el todo poderoso empresario neoyorkino y su afición a dar fiestas y promover eventos de caridad. Como siempre, no tenían la menor idea de que se escondía detrás de todo aquello y eso era precisamente cómo debía seguir siendo.

Miró la foto detenidamente, ella aparecía a su lado, su perfil perfectamente plasmado, el tatuaje asomando por el costado abierto de la espalda del vestido. Se lamió los labios, la boca se le hizo agua y sintió de nuevo la palpable necesidad de verla.

—¿Eres tú de verdad?

Una compañera, una mujer humana y que, por todo lo que sabía de ella, era ajena a la realidad que se ocultaba bajo su piel.

Si esa pequeña pelirroja resultaba ser su compañera, iba a tener un infierno de problemas entre las manos.

CAPÍTULO 12

—Estoy muerta —gimió mirando el periódico que Carly le había dejado sobre la mesa de la cocina—. Muerta, difunta, acabada, *caput*.

Su prima resopló.

—Venga cielo —la animó—, ni siquiera dicen tu nombre, solo hablan de una atractiva desconocida que acompañaba a uno de los hombres más poderosos de Manhattan. ¿Quién va a imaginarse que eres tú?

Señaló lo obvio.

—¡Tú lo has deducido nada más ver la noticia!

—Yo no cuento —puso los ojos en blanco—. Soy la otra parte implicada, ¿recuerdas? Además, si no me hubieses enseñado el vestido y contado lo ocurrido, ni siquiera habría relacionado esa beldad contigo; no te ofendas.

—¿Cuándo sacaron esa foto? ¿Por qué salgo en ella? —gimió mesándose el pelo—. ¿Por qué no me di cuenta que había prensa?

—En este tipo de eventos suele ser algo normal, especialmente cuando hay un pez gordo o alguien de interés de por medio —aseguró mirando la crónica—. ¿Sabías que hay muy poca información pública de Luke Evans? He estado haciendo algo de investigación por mi cuenta y lo único que he podido encontrar fueron algunas fotos de sociedad y datos como su lugar de nacimiento, edad, etc. pero no suele hablar de su vida privada, es bastante hermético en ese sentido.

—Yo puedo darte un par de datos más —rezongó—, es engreído, pomposo y snob. Todo al mismo tiempo.

—Pero no puedes negar que está buenísimo —ronroneó señalando la foto con una uña perfectamente cuidada—. Es todo un bombón y hacéis muy bonita pareja.

—¡Esa no soy yo! —declaró con énfasis. No se reconocía en la mujer de la foto, no quería reconocerse en la chica florero que había acudido a esa fiesta del brazo del maldito empresario —. Y por supuesto, no hacemos pareja de ninguna clase. ¡Somos como el agua y el aceite!

—Le estás dando más importancia de la que tiene, cariño —le palmeó la mano en gesto tranquilizante—. Te lo dije, lánzalo a la papelera de reciclaje y muévete a otra cosa.

Suspiró. Ojalá tuviese la misma capacidad resolutiva que tenía Carly, pero ella no era así y dudaba mucho que pudiese olvidarse de todo eso tan pronto y con tanta facilidad.

—De hecho, lo que tendrías que hacer es vestirte y asistir a esa entrevista.

Casi se atraganta con el té que estaba disfrutando.

—¿Estás loca? No pienso acercarme a ese hotel ni borracha perdida —declaró. Se levantó y empezó a recoger la mesa del almuerzo—. Si fuese inteligente, cambiaría incluso de ciudad.

—No exageres.

—No exagero —resopló y abrió el grifo del fregadero para ponerse a enjuagar las tazas—. Sería lo más sensato.

Carly sacudió la cabeza y la ayudó a recoger los platos del almuerzo.

—Podrías irte unos días a casa de tu madre —sugirió. Acto seguido hizo una mueca—. Me llamó ayer por la noche para decirme que el próximo sábado el tío Héctor iba a hacer una barbacoa para celebrar su cumpleaños. ¿Desde cuándo le gustan las celebraciones a tu padre?

—Desde nunca —negó con la cabeza—. Todo esto ha sido cosa de mi madre. Está claro que ayer debió de ser el día de llamar a toda la familia porque yo también hablé con ella. Quería asegurarse de que iría sí o sí y sigue empeñada en buscarme novio.

Su prima se echó a reír.

—Bueno, siempre puedes enseñarle el periódico y decirle que ya sales con alguien —se burló.

Su cara de horror debió de ser impresionante porque incluso Carly dejó de sonreír.

—Vale, vale, era una broma, tranquila —se defendió.

Sacudió la cabeza.

—Tú lo que quieres es darme cuerda y que me ahorque con ella —gimió—. Señor, daría lo que fuese por tener una excusa sólida y poder desaparecer de la faz de la tierra el próximo fin de semana.

—Yo la tengo —resopló—. De hecho, por eso estuve hablando más tiempo del que me gustaría con tu madre. Esa mujer es capaz de sacarte hasta la talla del sujetador que usas.

Dejó las tazas enjuagadas a escurrir y la miró.

—¿En qué te has metido ahora? Que sepas que yo ya he cubierto mi cupo de *«la buena de Shane al rescate»*.

—No podrías rescatarme de esto ni aunque fueses la Presidenta de los Estados Unidos de América —aseguró poniendo los ojos en blanco—. Mi queridísimo y adorado jefe, el cuál es un cabrón hijo de puta con unos huevos del tamaño de Manhattan, ha concertado una cita de negocios para el próximo fin de semana en el culo del mundo o de la montaña, a juzgar por el lugar al que quiere arrastrarme. Un viaje de negocios intuyo que tan horroroso y tedioso como el que hicimos en vísperas de navidad para vernos con unos japoneses que no tenían ni zorra de inglés.

—Empiezo a pensar que tu jefe no sabe ni atarse los cordones de los zapatos él solito —sonrió. Compadecía el sino de su prima, pero ella al menos tenía un trabajo sólido e incluso esas escapadas se las pagaban aparte.

—Si tu supieras… —rumió vaciando los desperdicios en el cubo de la basura—. Y bien, si no vas a asistir a esa entrevista, ¿qué planes tienes para hoy?

Se giró hacia el calendario que tenía pegado con imanes en la nevera.

—Tengo que entregar una tarta para un aniversario de bodas cerca de Park Lane —comprobó los encargos para hoy—. Y sí, los puñeteros *cupcakes* de albaricoque en esa tiendita que hay al lado de la zapatería ante cuyo escaparate siempre babeas.

—No te burles —se rio Carly acercándose a la nevera para mirar de cerca el calendario—. Sigo ahorrando para poder comprarme estos malditos *Jimmy Choo*. ¿Miércoles noche en Rocco? ¿Ha vuelto a fallar otra camarera?

Buscó con la mirada el día marcado en rojo y la anotación que había hecho e hizo una mueca.

—Le dije a Rocco que iba a tomarme unas vacaciones —aceptó en voz alta. Era algo que no había comentado todavía con nadie, pero después de lo ocurrido el viernes, empezaba a pensar seriamente en dejar el trabajo y sobre todo de bailar—. No soy una stripper. Ya sabes cómo comenzó todo… y bueno, al principio fue excitante pero… esa no soy yo. Así que, se le ocurrió la brillante idea de cambiar la actuación del viernes para el miércoles y hacer algo… especial. Creo que se huele que quiero dejarlo y busca la manera de convencerme para que no lo haga.

Ella frunció el ceño, chasqueó la lengua y la apuntó con el dedo.

—Preséntate a la entrevista del *Manhattan Imperian*, Shane —insistió por enésima vez—. No tienes nada que perder y sí mucho que ganar. Y si no sale bien, siempre puedes buscar alguna otra alternativa. Es una pena que te estés matando a servir mesas, hacer tartas o bailar cuando no es algo que te llena. No te has esforzado tanto por sacarte el título como para tenerlo únicamente colgado en la pared del salón.

Resopló y se llevó las manos a las caderas.

—¿Quieres dejar de insistir en esa majadería?

Terminó levantando las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, no volveré a insistir en ello —aceptó—. Si no quieres volver a ver a ese bomboncito, no insistiré más. Pero que sepas que creo que estás cometiendo una enorme equivocación… en más de un sentido.

No dijo nada, no tenía una respuesta coherente que dar a su insinuación. No cuando no podía comprender siquiera su propia necesidad de saber de alguien que se había comportado de manera tan arrogante e intransigente. Ese hombre era todo lo que detestaba en alguien del sexo opuesto, esa arrogancia y superioridad, su forma de mirarla por encima del hombro… ¡la había insultado!

Pero también estuvo pendiente de ti en cada segundo de la noche y no te molestó ni una pizca sentir sus manos sobre ti.

Y aquello era lo más extraño de todo, su cambiante actitud unido al beso de despedida que la dejó sin aliento, había desequilibrado todo en su interior.

Se llevó los dedos a los labios con gesto automático y bufó al darse cuenta de lo que hacía.

—Tengo que volver al trabajo —murmuró. Se secó las manos en un paño de cocina y miró el reloj—. Me falta ponerle la cobertura a la tarta y el glaseado a los cupcakes. ¿Quieres echarme una mano?

Su prima se echó a reír.

—¿Quieres que tus clientes no vuelvan a contratarte nunca más? —se rio con buen humor. Ambas sabían que Carly era incapaz de hacer ni siquiera un huevo frito—. Aunque me encanta estar aquí y charlar contigo, primita, tengo que volver a la oficina. Necesito dejar todo listo antes del viernes o a Kelsey le dará una apoplejía.

Chasqueó la lengua y dejó escapar a continuación un profundo suspiro.

—Si sobrevivo al fin de semana, necesitaré que me prepares una tarta de chocolate para mí solita.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Cuenta con ella.

Carly la abrazó.

—Eres la mejor —la besó en la mejilla y le susurró al oído—. Ve a la entrevista.

—¡Carly!

La chica le guiñó el ojo, recogió su abrigo y el bolso y se despidió con la mano dejándola de nuevo sola en su pequeño apartamento.

—Ojalá tuviese tu capacidad de recuperación, cariño —musitó para sí y suspiró. Sabía que no iba a ser una semana fácil y ya no quería ni pensar en el fin de semana. Ese sería aún peor.

CAPÍTULO 13

Correr era una de las pocas cosas que lo hacían sentirse libre. Si bien dejar salir a su lobo a plena luz del día no era una idea que considerase en una ciudad como Manhattan, no tenía inconveniente en cambiar su traje y la oficina por unas zapatillas, un chándal y la calle. Con los auriculares en los oídos y unas gafas de sol que protegieran sus sensibles ojos de la luz, abandonó el hotel dispuesto a hacer unos cuantos kilómetros.

Necesitaba despejarse, su metabolismo estaba revolucionado, su mente giraba una y otra vez alrededor de la misma idea, de una única mujer y la posibilidad de lo que podía haber detrás lo estaba volviendo loco.

No podía sacarse de encima esa sensación de pertenencia, de necesidad, no era algo tan liviano que pudiese deshacerse de ello y seguir adelante con su vida. La obsesión se había instalado con ánimo de quedarse en sus huesos, la sola posibilidad de que la pelirroja que entró en su vida el viernes pasado fuese en realidad su compañera lo cambiaba todo. Si era ella, su lobo la reconocería y desearía, no habría forma humana de que pudiese mantenerse alejado. Su cuerpo reaccionaría por instinto, todos sus sentidos se centrarían en una única cosa y hasta que lo consiguiera iba a estar de un jodido mal humor.

Quería conocerla, quería descubrir cada uno de sus secretos y hacerlos suyos. Necesitaba saber quién habitaba debajo de toda esa cremosa piel, el motivo por el que alguien como ella tatuaría su piel, ser plenamente consciente de la mujer a la que iba a enfrentarse; no le quedaba la menor duda que su próximo encuentro sería una batalla en toda regla.

El repentino enmudecimiento del auricular anunció una llamada telefónica entrante. Sin perder el paso, se llevó la mano al dispositivo que llevaba anclado a la oreja y cambió el modo del reproductor al de recepción de llamada.

—Evans —respondió. Su respiración sonaba agitada después de veinte kilómetros de carrera.

—¡Noticias frescas y jugosas! —canturreó Eugene a través de la línea—. ¿Qué quieres probar primero? ¿El postre? ¿Los entrantes? ¿Pasamos directamente al plato principal?

Sacudió mentalmente la cabeza y se concentró en regular la respiración mientras se internaba en el puente.

—Nombre completo, edad, residencia, trabajo, ocupación, posibles enfermedades —hizo un rápido resumen haciendo una pausa tras cada palabra—, empieza por lo básico, dame lo que necesito saber para poder armar este maldito puzle en el que me has metido.

—Shanelle Pears, veintisiete años, Piscis con ascendente Aries, nació en Minnesota, cursó sus estudios en Manhattan dónde se sacó la titulación de Ayudante de Dirección y decidió establecer su residencia. Vive en un pequeño apartamento —y lo hace solita— en Yorkville. Vamos, en el extremo contrario de la ciudad a dónde le pidió que la llevasen el pasado viernes. Es una chica lista. Sin embargo, por lo que he podido averiguar, no ejerce su profesión ya que reparte su tiempo entre varios trabajos eventuales. Es camarera a turnos en un exclusivo local del centro, el Tulteca, también hace trabajos de repostería por encargo y sí, esto te va a encantar, parece el destino… los jueves por la mañana temprano recoge a un montón de perros en uno de los refugios de la ciudad y los saca a pasear. ¿No te parece pura sincronización? Ahora tendrá su propio chucho peludo al que pasear.

Frunció el ceño ante su informe, la mayoría de la información encajaba con la mujer que había encontrado en el salón de su suite pero al mismo tiempo chocaba estrepitosamente con la reacia dama que le había acompañado durante toda la noche. Oh, sí, su lengua sin duda era afilada, pero había refinamiento en sus modales, especialmente cuando pensaba que él no la miraba.

—¿Qué más?

—Veamos —escuchó el revuelo de papeles—, es hija única, sus padres Sonia y Héctor Pears son dos jubilados que viven cómodamente en un rancho de Minnesota. Puede que te suene el nombre de Héctor Pears, a mí me sonó, ya que fue uno de los mejores abogados del estado hasta que se retiró hace un par de años y… oh, sí, esto es importante y te va a hacer delirar de placer. Su prima, la señorita Carly Cassandra Pears Albus Reford Bacard… Tiene tantos apellidos que me da vértigo y todos ellos pertenecientes a un ex marido —el último de ellos bastante desafortunado por lo que he podido averiguar—, trabaja como asistente personal de uno de los miembros de nuestro clan.

Aquello si era interesante, pensó echando un vistazo rápido al reloj de pulsera para comprobar la hora. Su olfato había empezado a captar un cambio sutil en el ambiente; iba a llover.

—¿Quién es?

—Julian Kelsey —le facilitó el nombre—. Lleva la empresa de importación y exportación que rescataste hace un par de años. Tengo que decir que el lobo sabe lo que hace, no solo la ha levantado sino que acaba de cerrar un trato de lo más ventajoso con una filial japonesa.

Recordaba a Kelsey, un lobo adulto y solitario que no se metía en los asuntos de nadie y a quién no le gustaba pedir favores. Se había presentado ante él dos años atrás para solicitar su beneplácito a la hora de llevar la empresa que acababa de rescatar de la bancarrota por una mala gestión de su anterior propietario.

—¿Kelsey no estuvo en el cónclave? —No recordaba haberlo visto.

—No es uno de nuestros efectivos principales —argumentó Eugene con cierto retintín—. Si en cada cónclave diésemos paso a todo hijo de vecino, aquello sería un desmadre. Para algo existís vosotros, los alfa de cada región. Pero ¿quieres que lo convoque?

El cónclave anual a menudo era una excusa para reunir en un mismo lugar a los dirigentes de los distintos clanes lupinos que había desperdigados por el país. Cada uno de ellos se encargaba de una zona del país manteniendo el orden dentro de su manada y resolviendo cualquier problema que pudiese darse en su interior o como consecuencia de los actos de alguno de sus miembros. Su cometido principal era no solo regirles, sino evitar que fueran expuestos a los humanos. Si bien tenían miembros y amigos entre la raza predominante en el planeta, seguían siendo una minoría que sin duda sería considerada como una amenaza o como material de estudio. No podían darse ese lujo.

—No, de momento no emitas ninguna convocatoria —ordenó mientras repasaba mentalmente cada dato—. ¿Algo más que debiera saber de manera inmediata?

—¿Su número de teléfono? —sugirió con un tono de voz demasiado satisfecho para su propio beneficio—. ¿Quieres que llame a esa floristería tan indecente dónde siempre te lo solucionan todo y pida un espectacular ramo para ella? O quizá sea más una chica de chocolate, ¿qué opinas? O mejor aún, ¿dónde estás? ¿Estás lejos de su domicilio? Déjate caer por allí y llévale una cesta de fruta, eso nunca falla, ya sabes, como agradecimiento…

—¿Agradecimiento por haberse hecho pasar por quién no era y contribuir a este enorme y rocambolesco error?

Lo oyó resoplar.

—¿Te molestaste en preguntarle quién era en realidad? ¿No verdad? Y hasta donde yo sé la pobre chica no fue sino otra víctima más en tu apresurada necesidad de encontrar acompañante para el cónclave.

Gruñó por lo bajo.

—¿Ahora la culpa es mía?

—Mira que estás irascible —rezongó Eugene—, pero te lo perdono. Todos os ponéis igual cuando estáis a la caza de vuestra compañera.

Si lo tuviese delante lo despellejaría.

—Eugene…

—Míralo de esta forma, querido; si ella no hubiese aparecido, tú no la habrías conocido —insistió con su característico tono inflexivo. Cuando creía tener la razón, no había manera humana o lupina de bajarlo de esa montura—. Todo lo que tienes que hacer ahora es dar con ella y reclamarla. Tus hormonas volverán a ser las mismas irritantes y estiradas de siempre y podrás seguir cumpliendo con tu papel de empresario rico y todopoderoso que tan bien te sienta.

Sí, iba a hacer una bonita alfombra con su pellejo.

—Por cierto, han llamado del taller para avisar que tu coche ya está listo —le informó—. Quieren saber a dónde te lo tienen que enviar; si al hotel o a esa indecente casa tuya de las afueras.

Echó un vistazo a su alrededor y calculó la distancia que le separaba del taller que se encargaba de su pequeño.

—Que lo tengan preparado para salir, lo recogeré yo mismo.

Era bueno poder contar de nuevo con su coche y disponer de autonomía propia. A Eugene podía gustarle toda esa pompa de andar con un chófer propio, pero él prefería conducir, ponerse detrás del volante y pisar el acelerador.

—¿Dónde diablos estás? —rezongó él—. ¿Has vuelto a cruzar el puente? ¿Estás pensando presentarte a la próxima Maratón de Nueva York o qué?

—Haz lo que te he pedido —lo cortó antes de que pudiese seguir divagando.

—¿Reservo mesa para dos en el *Fernandos*? Está cerca de dónde vive Shane —insistió. Ese lobo no se callaba ni debajo del agua—. Puedes dejarte caer por su barrio e invitarla a comer… o comértela a ella…

El gruñido que surgió de su garganta habría puesto a cualquier lobo de rodillas.

—Eugene… —su tono de advertencia no admitía discusión.

—Llamaré al taller para que tengan el coche preparado para cuando pases a recogerlo —se zafó rápidamente el lobo—. Buena caza, querido.

La línea volvió a quedarse muda evidenciando que su beta acababa de colgarle el teléfono. Casi lo agradecía, si tenía que seguir escuchando su cháchara mucho tiempo más lo mataría. Sin perder el ritmo volvió a activar el reproductor dejando que la música sonara desde los altavoces y continuó con su ejercicio matutino. Necesitaba algo de tiempo, pensar cuidadosamente cada uno de los pasos que iba a dar, no podía permitirse dejarse llevar por el instinto, su papel como alfa era un peso encima de sus hombros que no podía evitar. Necesitaba permanecer firme, mostrar que su poder seguía vigente y ni siquiera un golpe del destino, como el que traía consigo una posible pareja, cambiaría su forma de liderazgo.

Por mucho que le fastidiara sabía que su comportamiento en el cónclave había sido extraño, especialmente con ella a su lado. No podía permitirse volver a sucumbir de esa manera y dejar a la vista cualquier posible vulnerabilidad, su puesto en la manada dependía de ello, de su

seguridad y capacidad de liderazgo.

Haciendo a un lado aquellos erráticos pensamientos, aumentó el volumen del reproductor e incrementó también el ritmo. Hasta que pudiese adoptar su naturaleza animal tendría que conformarse con correr sobre dos piernas.

CAPÍTULO 14

Su coche se había muerto.

Shane se llevó las manos a la cintura y miró sin saber muy bien qué hacer con los intestinos del coche. Había levantado el capó cuando nada más encender el motor una blanca nube de humo empezó a emerger bajo él. Desde ese momento había sido incapaz de arrancarlo de nuevo y, si bien no entendía gran cosa de mecánica, podía notar el olor a quemado.

Sabía que aquello era algo que estaba destinado a pasar. El vehículo llevaba tiempo dándole pequeños avisos, su paso por el taller era legendario, no le cabía duda que con todo lo que llevaba invertido en parchearlo habría podido comprarse uno nuevo. Y ahora había decidido morirse del todo.

—¿No podías haber esperado un par de kilómetros más antes de morirte?

Miró con impotencia la caja de *cupcakes* que se suponía tenía que entregar en algo menos de una hora al otro lado de la ciudad y suspiró.

—Esto es una confabulación —resopló al tiempo que rodeaba el coche y se introducía a través de la ventanilla abierta del lado del conductor, para coger el bolso y buscar en su interior el móvil. Tendría que llamar a la grúa—. Una jodida confabulación.

Dudó unos instantes, volvió a mirar la caja de cupcakes y la hora que marcaba el reloj en la pantalla.

—Las doce —murmuró para sí.

Sin pensárselo dos veces marcó el número de su prima rogando en silencio que todavía no hubiese terminado su hora de descanso.

—¿Carly? Dime que estás todavía en tu hora de descanso —preguntó nada más escuchar cómo se descolgaba el teléfono.

—Señorita Pears, es para usted y parece bastante desesperada.

La voz que respondió a través de la línea no era la de su prima, de hecho era profundamente masculina. Escuchó un rápido intercambio antes de que la voz de su prima emergiese a través del auricular.

—Ya verás cuando coja yo tu maldito teléfono sin permiso —la escuchó sisear.

La incomprensión se dibujó en su rostro.

—¿Carly?

La escuchó suspirar y finalmente surgió su voz.

—¿Shane? ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

Sacudió la cabeza y entonces se dio cuenta que ella no podría ver el gesto a través del teléfono.

—No, no, todo está bien… o casi —le confirmó—. ¿Quién era ese?

—Espera un segundo —le pidió ella. Escuchó a lo lejos, como si hubiesen cubierto el altavoz, un nuevo murmullo de voces en obvio tono de discusión al que siguió un portazo y de nuevo la voz de su prima en voz alta—. Me saca de quicio, te juro que me saca de quicio.

—¿De quién estamos hablando?

Ella resopló.

—Has tenido el gran honor de escuchar la voz del Gran Gilipollas en persona, mi jefe, Julian Kelsey —rezongó. Entonces emitió un nuevo suspiro—. ¿Qué ocurre?

Echó un vistazo a la carrocería y al capó levantado y suspiró.

—El coche me ha dejado tirada —declaró—. Esta vez se ha muerto del todo. Ha salido humo por debajo del capó, huele a quemado y no arranca.

—Te dije que ese cacharro te dejaría tirada de un momento a otro —aseguró—. ¿Te ha dado tiempo al menos a hacer las entregas?

Hizo una mueca.

—Me he quedado tirada junto a Park Lane y todavía me queda entregar los cupcakes —gimoteó—. ¿Tú estás libre? ¿Podrías acercarme?

El largo y agotado suspiro que llegó a través del teléfono no prometía una buena respuesta.

—Está claro que hoy es el día de las catástrofes para las Pears —aseguró ella—. Mi coche está ahora mismo en el taller. Alguien decidió empotrar su defensa en el lateral de mi pequeñín y ha jodido la puerta y parte del cristal trasero. He tenido que coger el metro.

Se dejó caer contra la carrocería y alzó el rostro hacia el cielo el cual empezaba a cubrirse con algunas nubes, a pesar de que la mañana había amanecido totalmente despejada.

—Estupendo —resopló. Entonces sacudió la cabeza y recordó la inesperada recepción que hicieron de su llamada—. Oye, ¿va todo bien? ¿Cómo es que tu jefe atendió mi llamada?

—Es… una historia un poco larga de contar.

Algo en el tono de voz de su prima la puso sobre alerta.

—¿Se ha propasado contigo? —se ofuscó, recordando el motivo por el que ella misma había dejado la empresa en la que había hecho sus prácticas hacía algunos años.

Un nuevo suspiro la hizo fruncir el ceño.

—¿Propasarse? ¡Ja! —escuchó su respuesta—. Dudo que ese hombre sea capaz de distinguir un par de tetas ni aunque se las ponga delante de la cara. Lo único que sabe hacer es hablar de mercados, exportaciones y trabajo, trabajo y más trabajo. Es… es… ¡*arg*!

¿Su prima estaba cabreada con su jefe porque no le miraba las tetas? Sacudió la cabeza y desechó inmediatamente esa idea.

—No, sencillamente nos has interrumpido en medio de una de tantas discusiones —continuó, justificando lo ocurrido—. Estaba a punto de lanzarle un zapato a la cabeza cuando llamaste. Podría decirse que me has salvado el culo.

Puso los ojos en blanco. Sí, eso sonaba más de su estilo. Estaba claro que el pasar entre ocho y diez horas diarias con su jefe, desde hacía varios años, hacía que se diesen esa clase de cosas. ¿Sería posible que a Carly le gustase Kelsey? No sería la primera vez que una secretaria se colgaba de su jefe ya que pasaba más tiempo con él que con cualquiera. Pero no, ella se había casado varias veces desde que trabajaba para esa empresa, solo era una estúpida conjetura de su parte.

—Siento no poder ayudarte, cariño —continuó ella—. ¿Tienes dinero para coger un taxi? Puedo hacerte una transferencia instantánea a tu cuenta, solo tienes que ir a un cajero y…

Negó una vez más. Esa era Carly, siempre dispuesta a echar una mano.

—No te preocupes, he traído el monedero de las eventualidades —sonrió a pesar de todo —. No te preocupes. Intentaré coger un taxi y hacer la entrega y luego… bueno, ya veré qué hago con el coche.

—Llama a la grúa en cuanto termines y que lo lleven a mi taller, yo me encargo de todo.

Negó con la cabeza.

—De eso nada, tú ya tienes bastante con el arreglo de tu propio coche. Y este… —lo miró una vez más y suspiró—, este se va a ir derechito al desguace.

—¿Estás segura?

—Sí —asintió—. Te llamaré por la noche.

—Hazlo y ¡suerte!

Escuchó como le mandaba un beso antes de que el teléfono quedase de nuevo en silencio.

—Fantástico. Solo… fantástico —murmuró girándose de nuevo a su desahuciado vehículo —. No podías elegir otro momento para morirte. No. Tenía que ser ahora.

En un arranque de rabia le dio una patada a la rueda para luego acabar saltando a la pata coja.

—Mierda, mierda, mierda.

—No creo que emprenderla a patadas con el coche sea la mejor manera de hacer que funcione.

Shane podía jurar que el corazón dejó de latirle en el mismo momento en que escuchó la primera palabra. Se giró muy lentamente y, cuando sus ojos hicieron contacto con los suyos, sus pulmones decidieron unirse al colapso de su corazón privándola momentáneamente de aire. Frente a ella, vestido con un pantalón de chándal negro y una camiseta gris oscuro que realzaba cada uno de sus perfectos y marcados músculos, se encontraba el atractivo, sexy y sudado Luke Evans. Sus labios se negaron a formar una sola palabra, a duras penas podía hacer algo para que entrase el aire entre ellos. Sin ser completamente consciente de ello, casi como si necesitase asegurarse de que lo que veía no era un espejismo, recorrió el cuerpo masculino con la mirada reparando en cada centímetro de su enorme y bien construido cuerpo.

—¿Puedo? —preguntó señalando el capó del coche con las gafas que no dudó en ponerse después a modo de diadema.

Pasó por su lado sin esperar respuesta y no pudo sino estremecerse cuando percibió el suave y delicioso aroma de la colonia que ya conocía emanando de él. Curiosamente no olía en absoluto a sudor, a pesar de que era obvio que debía haber estado haciendo ejercicio dado el estado de su ropa.

—Um… esto no tiene buena pinta —comentó al tiempo que se inclinaba bajo el capó y empezaba a conectar y desconectar cables sin importarle mancharse las manos—. ¿Qué ha ocurrido?

Parpadeó, su mirada fue del coche a él repetidas veces.

—¿Señorita Pears?

El escuchar su apellido saliendo de sus labios la hizo enrojecer. ¡Ay dios! ¿Cómo había descubierto su identidad? ¿Sabía que ella no era la mujer que había solicitado a esa agencia?

—Empezó a echar humo y decidió morirse —barbotó de golpe. El sonrojo se incrementó ante su incapacidad de hablar.

¡Espabila, Pears! No te quedes ahí parada como una idiota y babeando sobre él.

No estaba babeando. Él no ejercía esa clase de interés en ella. Era una mujer adulta, sensata y que estaba ante el hombre más poderoso de Manhattan después de haberse hecho pasar por alguien que no era.

De acuerdo. Estaba tan muerta como su coche.

—Me sorprende que no lo haya hecho antes —lo escuchó murmurar—. El motor ha pasado a mejor vida, juraría que es la culata y el radiador parece no haber explotado de puro milagro. ¿Es consciente de que estaba conduciendo a bordo de una trampa mortal?

Sus ojos se encontraron a través de la línea del capó, a la luz del día el tono café de sus ojos se convertía en un castaño con matices dorados. Lo que no cambiaba en absoluto era la capacidad que tenían de poder traspasarla e ir más allá de su exterior. Había algo en ese hombre y en su presencia que la ponía nerviosa y despertaba al mismo tiempo su cuerpo de una manera

inesperada.

Se lamió los labios al notarlos repentinamente secos al igual que su boca, no pudo evitar posar la mirada brevemente sobre los suyos y recordar el beso con el que la había despedido.

—Tendrá que llamar a una grúa —continuó él ajeno a toda la actividad cerebral que se desarrollaba en su cabeza—, aunque no considero que valga la pena meterlo en un taller. El arreglo le costaría tanto o incluso más que invertir ese dinero en uno nuevo.

Desvió la mirada una vez más hacia el coche. Cuando él bajó el capó, el sonido que hizo al cerrarse la devolvió a la realidad. En un intento por recuperar la serenidad y la inteligencia que se había evaporado de su cerebro, dio con la caja de *cupcakes* en el asiento trasero.

—Mierda —siseó en voz baja. Miró su reloj y perdió el color, tenía menos de treinta minutos para encontrar un taxi y entregar el maldito encargo. Se precipitó sobre la puerta de atrás, la abrió y sacó de su interior la caja que depositó sobre el techo del coche. Comprobó todas las cerraduras bajo la atenta y divertida mirada de Luke Evans y recuperó su bolso.

—Me aventuraré a decir que tiene usted prisa. —Su voz parecía atraerla como un imán, obligándola a mirarle. Al hacerlo se encontró con una divertida y petulante sonrisa—. ¿Me equivoco?

Esperaba que el calor que sentía en sus mejillas no se reflejara demasiado en el exterior.

—No, no se equivoca —acertó a hablar—. De hecho, llego tarde a una cita.

Se aseguró el bolso en el hombro, cerró el coche con llave y estaba a punto de coger la caja cuando se dio cuenta que ya no estaba dónde la había dejado si no en las manos de ese hombre.

—¿Albaricoque?

Sus ojos se encontraron una vez más.

—Es un encargo que tengo que entregar y ya llego tarde —aseguró estirándose para recuperarlos.

Él los apartó de su alcance, sorprendiéndola e irritándola al mismo tiempo.

—Así que… ¿repostera en sus ratos libres, *señorita Pears*? —sugirió. Sus palabras reflejaban la burla que escuchaba en su voz—. Me sorprende que pueda compaginarlo con su otro trabajo… en la agencia.

Tragó. ¿Qué esperaba? ¿Una medalla por haber descubierto la verdad? Alzó la barbilla y extendió los brazos para que le devolviese el paquete.

—Si espera escuchar una disculpa, tendrá que pedírsela primero a su… secretario, señor Evans —le soltó buscando ahora sus ojos—, ya que fue el principal culpable de que un simple malentendido se convirtiese en algo mucho más grande.

Él enarcó una oscura ceja dejando claro que le hacía gracia su pobre excusa.

—Usted, sin embargo, estuvo en poder de la verdad durante todo el tiempo —le recordó. Sus ojos no se apartaban de los suyos—. Aunque aceptaré mi parte de culpa puesto que yo mismo precipité tal equivocación al dar por sentado algo… que usted no desmintió.

—No me dio tiempo a ello.

Sus labios se curvaron lentamente, el bigote que le acariciaba el labio superior le daba un aspecto incluso más sexy.

—Dejemos entonces que la culpa recaiga a mitades iguales sobre ambos, ¿le parece, señorita Pears?

Apretó los dientes. ¿Por qué tenía la sensación de que se estaba burlando de ella cada vez que mencionaba su apellido? La había tuteado durante toda la noche del viernes y ahí estaba ahora, tratándola de usted. Aunque bien mirado, fue ella la que empezó con ese trato,

manteniéndolo incluso en su propia mente a distancia, al llamarle señor Evans.

—No quiero resultar grosera, señor Evans, pero…

—Lo está siendo —le dijo cortándola de raíz—, pero estoy dispuesto a ser magnánimo y disculpar su falta de modales dadas las circunstancias.

Parpadeó varias veces en un intento por procesar lo que acababa de escuchar de sus labios. ¿Eso había sido un insulto?

—Y con esto no hace más que dejar claro que mi primera opinión sobre usted no iba en absoluto desencaminada —contraatacó ella con voz firme. Acortó la distancia entre ambos e intentó, una vez más, recuperar la caja—. Devuélvame mis cosas y vaya a martirizar a alguien a quién no le importe que la ninguneen.

Le arrancó la caja de las manos y le dio la espalda.

—¿Necesitas que te lleven, *Shane*?

El escuchar su nombre con aquella profunda y masculina voz hizo que la recorriese un agradable escalofrío.

—De ti no necesito ninguna maldita cosa, Evans —masculló para sí. Sin molestarse siquiera en responderle siguió caminando.

—Tengo el coche aparcado al final de la calle. —Un brazo masculino se cernió alrededor de su cintura mientras el otro le quitaba la caja en el mismo momento en que esta amenazaba con caer al suelo—. Vamos, te llevaré a hacer esa última entrega.

Se detuvo e intentó zafarse de su abrazo.

—No necesito… —se quedó a media frase y lo miró a la cara—. ¿Cómo sabes…? —Entrecerró los ojos lentamente, intentando leer su expresión—. ¿Me has estado siguiendo? ¿Me has investigado?

—Créeme, el que nos hayamos encontrado ahora mismo es pura casualidad —aseguró y parecía sincero—. Acabo de recoger mi coche del taller aprovechando que estaba por la zona. En cuanto a si te he investigado… bueno, querida, nadie entra en mis dominios sin que sepa exactamente quién es y qué hace allí, especialmente si dicha persona ha terminado interpretando un papel que no era el suyo.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla cuando le devolvió la caja.

—En cuanto a esto, es una simple deducción —aseguró y le puso la mano sobre la parte baja de la espalda para empujarla en dirección contraria a la que había tomado—. Coche averiado, todavía no has llamado a la grúa y tu obvia incomodidad y necesidad de mirar el reloj cada pocos minutos, unida a esa caja de delicioso aroma, hablaban por si solas.

—Déjame adivinar, ¿también eres detective privado?

—Solo soy observador —aseguró y acompañó sus palabras de una gráfica mirada que dejó vagar sobre ella—, especialmente con aquello que me interesa.

La inesperada admisión la dejó sin palabras.

—¿Y bien? ¿A dónde te llevo?

Shane observó el caro coche ante el que se detuvieron, si bien no tenía la menor idea de marcas, podía decir por el aspecto y los extras que veía a través de la ventanilla que no se trababa precisamente de un simple turismo.

—Creo que iré andando, gracias.

Él la ignoró totalmente y abrió la puerta del copiloto. Sus ojos se encontraron con los suyos una vez más.

—Shanelle, sube al coche.

El tono de su voz había cambiado convirtiéndose en algo mucho más oscuro y profundo.

Su cuerpo tembló respondiendo a la demanda explícita en ella y cuando quiso darse cuenta estaba sentada en el asiento, con la caja en el regazo y el cinturón de seguridad puesto.

Parpadeó y lo miró mientras cerraba la puerta de su lado.

—¿Quién demonios te crees que eres? —musitó. No sabía si la pregunta había sonado a queja o a curiosidad.

—Alguien que siempre obtiene lo que desea.

Sin una palabra más, rodeó el coche y ocupó su propio asiento tras el volante.

—Y bien, ¿a dónde, pequeña? —preguntó poniendo en marcha el coche.

Ella entrecerró los ojos y apretó los dientes.

—Adivínalo.

CAPÍTULO 15

Luke sonrió para sus adentros al escuchar la respuesta femenina. Señor, ella olía tan bien. Su aroma era dulce y afrutado, casi como el del postre que llevaba en esa caja. Había captado su aroma incluso a calles de distancia, algo lo había hecho subirse al coche y conducir como un loco hasta aquella maldita recta dónde la había visto con el teléfono en la oreja paseándose de un lado a otro mientras mantenía una agitada conversación. No lo pensó dos veces, aparcó, dispuesto incluso a dejar el coche en medio de la carretera si hacía falta y retrocedió.

Su olor lo impactó con fuerza haciéndole salivar, le había llevado unos buenos diez minutos controlarse y mantener todos y cada uno de sus instintos bajo control, tiempo que utilizó para admirarla en la distancia. Todo en él gritaba por tocarla, por deslizar la nariz y lengua sobre su piel y saborear cada centímetro de ese pequeño cuerpo.

Ya no albergaba duda alguna sobre su identidad, su primitiva reacción, la primera de todas y la más intensa, había sido reclamarla, morderla y dejar su marca sobre ella. De todas las mujeres existentes en el mundo, esta era la suya, su compañera.

No sabía si era un alivio comprobar que la muchacha que se encontraba ahora sentada a su lado, la que le había respondido de manera insultante y se había sonrojado cuando hablaba con ella, era la misma que le acompañó durante la fiesta o por el contrario era un problema añadido a la larga lista de los que preveía. ¿Quién era la verdadera Shane? ¿Esta mujercita sin maquillaje, con el pelo recogido de cualquier manera y vestida de sport o la recelosa y deslenguada que lo había confrontado durante la celebración del cónclave? Dos caras de una misma moneda y aun así su lobo captaba más, mucho más.

Estaba incómoda, podía oler su irritación así como su deseo. La forma en que había reaccionado a su presencia satisfizo la respuesta de la bestia, su cuerpo había despertado ante la presencia del suyo, su excitación había estado presente como lo estaba ahora mezclada con la obvia incomodidad de una situación ajena a ella.

Cuando pronunció su nombre la vio palidecer, escuchó el incremento de sus latidos y olió el repentino miedo y la duda que la asaltaron, pero no se amilanó, se esforzó por dominarse y enfrentarse a la situación. Aquello le gustó.

—No tengo inconveniente en pasarme lo que queda de mañana dando vueltas por la ciudad —contestó cambiando su atención a la carretera—, el depósito está lleno y no tengo que volver al trabajo hasta las cuatro.

El obvio jadeo que escuchó procedente del asiento del copiloto lo hizo sonreír, pero se encargó de que no trasluciese en su rostro.

—¿Por qué diablos estás haciendo esto? —barbotó entonces—. ¿Es alguna clase de venganza por lo de la noche del viernes?

Enarcó una ceja al escuchar la sinceridad en sus palabras. No se estaba burlando, realmente creía que él quería vengarse de ella.

—¿Tiendes a pensar siempre lo peor de las personas?

—¿Y tú a apabullarlas con tu dinero y poder? —escupió dejando de manifiesto que aquello era lo que sentía. Podía olerlo en ella, se sentía acorralada y no sabía cómo reaccionar.

—No pensé que fueses la clase de mujer que se dejaría apabullar por algo como eso —respondió con tono suave—. No fue esa la impresión que me diste cuando nos conocimos. Por el

contrario, parecías más bien… indiferente a lo que tú llamas dinero y poder. Si mal no recuerdo, creo que me dijiste en algún momento de la noche que podía meterme mi…

—He cogido la indirecta, gracias —lo interrumpió con gesto malhumorado—. Tuerce a la izquierda en la próxima calle.

Comprobó el tráfico una vez más y pisó el acelerador al cambiar de carril lo que extrajo de esos llenos labios un pequeño bufido al verse vapuleada en el asiento.

—Vuelve a hacer eso y te juro que como se rompa alguno de mis cupcakes, utilizaré tus huevos en el próximo pedido que tenga que entregar.

Dejó escapar un bufido.

—Esa es sin duda una de las amenazas más interesantes que he oído en mucho tiempo.

Se giró hacia él, pudo notarlo en su gesto.

—Dejará de ser una amenaza como el encargo no llegue en perfectas condiciones a su destino —aseguró sin detenerse en sutilezas.

—¿TriBeCa? —preguntó desviando el tema para centrarlo en el lugar al que debía llevarla.

—Un par de calles antes —respondió aceptando el cambio de sujeto—. Puedes dejarme en Moore Street.

—¿Sueles llevar encargos por todo Manhattan?

—¿Por qué? ¿Quieres unos pasteles para tu próxima fiesta? —repuso con cierto retintín.

La miró de reojo.

—Depende —comentó con tono indiferente—, ¿estás incluida en el catálogo de postres?

—Me aseguraré de no estar en el tuyo —bufó, sorprendiéndole con una respuesta directa —, o de hacer la entrega, si es que acepto cualquier encargo, cuando no estés alrededor. ¿Cuándo dices que sueles salir a correr?

Se le curvaron los labios por sí solos, no pudo evitarlo.

—Una manera poco sutil de preguntar cuál es mi rutina.

—Esa me la sé —soltó. Parecía dispuesta a contraatacar cada una de sus frases y maldita sea, estaba siendo una conversación de lo más divertida—. Te sientas detrás de un enorme escritorio y te limas las uñas mientras ves cómo sube y baja la bolsa.

—¿Qué te hace pensar que invierto en bolsa?

—¿Qué tienes una de las cadenas de hoteles de cinco estrellas más grande e importante de todo el país? —sugirió—. Vistes con traje de marca, llevas un reloj caro y un teléfono que es un potente ordenador en miniatura… incluso lo que llevas ahora mismo apesta a marca.

Redujo la velocidad y cambió de marcha al detenerse ante un semáforo cerrado.

—Eres una pequeña cosita observadora, señorita Pears —declaró volviéndose a mirarla—, pero creo que tienes demasiado asumidos algunos clichés. No invierto en bolsa.

Se encogió de hombros.

—Un fallo de cinco aciertos, no lo considero un mal recuento.

Sacudió la cabeza con una abierta sonrisa.

—Eres una deslenguada.

Ella lo miró de reojo.

—¿Y eso es un problema? —Juraría que había esperanza en su tono de voz—. Porque si lo es, estaré más que encantada de privarte de mí inadmisible compañía.

Se permitió el lujo de recorrerla una vez más con la mirada dejando traslucir en sus ojos el obvio interés que sentía por ella.

—Por el contrario, Shane —murmuró, bajando a propósito el tono de voz y dejando que su

lobo tomase el mando—, es precisamente tu carácter indómito lo que hace que empieces a gustarme un poquito más.

Es precisamente tu carácter indómito lo que hace que empieces a gustarme un poquito más.

Shane frunció el ceño, ¿qué diablos pretendía? ¿Era de verdad una coincidencia que se hubiesen encontrado en la calle? ¿Y por qué diablos había accedido a que la llevase en su coche?

No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas, pero por fortuna no la necesitaría pues ya estaba cerca del lugar en el que tenía que hacer la nueva entrega.

Le miró de reojo, no sabía si era su imaginación o el hecho de estar de nuevo tan cerca de Luke Evans pero había algo extraño en él, distinto y no conseguía precisar qué era. Oh, seguía siendo igual de pretencioso y *snob*, su forma de hablar y expresarse, las respuestas que le daba y su actitud de *«no me despeino ni aunque me grites al oído»* no habían cambiado un ápice desde el momento en que se vieron obligados a pasar tiempo juntos el viernes por la noche, pero al mismo tiempo había algo… distinto.

¿El actual e inesperado interés por tu persona?

Sí. Decirle que empezaba a gustarle un poquito más la había descolocado por completo. No era en absoluto el tipo de mujer en el que se fijaría un hombre como Evans, ni siquiera para pasar el rato.

—No inviertes en bolsa —comentó tras un breve momento de silencio—, y sales a correr a juzgar por el sudado atuendo. ¿No te parece un poquito tarde para salir a hacer ejercicio?

Él le dedicó un rápido vistazo antes de fijar su atención en el tráfico.

—Salgo a correr a primera hora de la mañana, lo que suele ser sobre las cinco y media —respondió, ofreciéndole aquella información—. Esta mañana he tenido otras cosas que hacer, así que salí un poco más tarde.

—¿Las cinco de la mañana? —lo miró con escepticismo—. Eso no es madrugar, es no tocar la cama.

Sus labios se curvaron como si quisiera sonreír pero esta no terminase de aparecer.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas exactamente, señorita Pears? —volvió a utilizar su apellido como un recordatorio de lo que ambos sabían—. Además de preparar pasteles.

—Mis… aptitudes… abarcan muchos campos, señor Evans —replicó sin darle una respuesta directa—. La repostería solo es una de ellas.

—Ya veo. Yo contesto a tus preguntas pero tú eludes las mías.

Lo miró y se encogió de hombros.

—No recuerdo haber firmado un contrato que me obligase a darte respuesta alguna.

—Y con esa declaración me reitero en lo que ya dije —murmuró—. Eres una deslenguada.

Una vez más se contuvo de responder, miró por la ventanilla y señaló una zona de carga y descarga.

—Puedes dejarme justo ahí —le informó al tiempo que se quitaba el cinturón lo que ocasionó que el moderno coche empezase a pitar—. No entorpecerás el tráfico.

La mirada masculina recorrió rápidamente el lugar antes de maniobrar y detener el coche con suavidad.

—Una zona interesante para buscar clientela —comentó él. Su tono de voz no pudo resultar más irónico—. Parece que no tienes la misma opinión sobre todos los miembros de la clase alta.

—Me limito a ofrecer un producto y venderlo —repuso girándose hacia él—. Deberías saber cómo funciona el mercado ya que tú te dedicas también a lo mismo… solo que a otra escala.

Apagó el motor y se giró hacia ella apoyándose en el volante.

—Si estuviese interesado en contratar tus habilidades culinarias, ¿cómo podría contactarte?

Enarcó una ceja ante su pregunta.

—No trabajo a niveles industriales —especificó—. Cumpleaños, aniversarios, pequeñas reuniones y celebraciones íntimas… De todas formas, yo decido si me interesa el encargo recibido y si puedo atenderlo o no.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Empiezo a tener la sensación de que detestas mi compañía.

Enarcó una ceja.

—¿Solo empiezas? Entonces es que eres muy malo captando indirectas.

Sin esperar una réplica por su parte se giró hacia la manilla de la puerta pero esta no se abrió. Frunció el ceño y lo miró por encima del hombro.

—¿Te importa? Quiero llegar antes de que me den con la puerta en las narices.

Sus ojos capturaron los suyos durante un breve e intenso instante.

—Come conmigo.

La petición la sorprendió.

—No, gracias.

Su rotunda negativa lo sorprendió pero no tardó en sonreír.

—¿No? ¿Así sin más?

—¿Para qué extenderse si una sola palabra es suficiente? —replicó. Entonces señaló una vez más la puerta—. Ahora, ¿quieres hacer el favor de quitar el seguro para que pueda abandonarte?

Él arrugó la nariz y gruñó por lo bajo.

—¿Acabas de gruñirme? —lo miró atónita.

—No vuelvas a decir esa palabra.

—¿Qué palabra?

—Abandonarme.

¿Podía alguien aparentar ser tan dominante pronunciando una sola palabra? Luke Evans, sí.

—Permite que reformule mi pregunta y la convierta en una orden, ya que parece que esas las conoces —le dijo sin apartar la mirada de la suya—. Quita los jodidos seguros para que pueda bajarme del coche.

Los ojos color café se entrecerraron sobre ella.

—Solo si aceptas comer conmigo.

—*Vaaaalep* —masculló al tiempo que dejaba la caja sobre el salpicadero y con un solo movimiento accionaba la ventanilla de su lado hasta bajarla por completo—. No quites los seguros que me bajo igual.

La expresión horrorizada que apareció en el rostro masculino cuando la vio maniobrar para salir del coche por la ventanilla le causó más satisfacción de la que esperaba. Una vez fuera, se inclinó para recuperar el paquete, le guiñó un ojo y le dio la espalda.

—Gracias por el paseo, señor Evans —dejó que el aire le transmitiera sus palabras—. Espero no tener que volver a verle jamás.

Ni siquiera se molestó en mirar atrás, enfiló la calle y recorrió los últimos metros que la separaban de su meta antes de perderse en el interior del edificio.

CAPÍTULO 16

Luke no sabía que le sorprendía más de la resoluta mujer que había estado sentada a su lado en el coche, si el que pareciese aborrecerle por momentos o que acabase de huir de él descolgándose desde la ventanilla del coche. Un bajo gruñido emergió al momento de su garganta proclamando su disgusto ante la pérdida de su compañía. Su olor persistía en el vehículo al igual que el de los pasteles que había portado y no dejaba de hacérsele la boca agua, a pesar de que nunca había sido un fan de los dulces.

Su compañera acababa de dejarlo plantado y su naturaleza lupina no estaba nada complacido con tal situación. Todos sus instintos clamaban por adoptar forma animal y darle caza, derribarla y someterla hasta que reconociese su supremacía. Ella era suya y deseaba su sumisión.

—Cálmate —se dijo a sí mismo mientras aferraba el volante con demasiada fuerza—, ella es humana. No puedes darle caza como a una loba.

Se obligó a respirar profundamente una y otra vez pero no podía evitar sentir cómo le hervía la sangre ante la necesidad de saltar del coche e ir tras ella.

—No puedes perseguirla —siguió recitando para sí mismo, auto convenciéndose de sus propias palabras—, no puedes someterla y no puedes follártela… aún.

Claro que aquello era más fácil decirlo que hacerlo, le sorprendía que no se hubiese dado cuenta de su estado, especialmente con la dura erección que llevaba presionando sus pantalones deportivos desde hacía un buen rato.

Tomó una nueva bocanada de aire y gruñó al notar una vez más su aroma, su rastro era fresco, delicioso y se moría por seguirlo.

—La invitación a comer no admitía un no por respuesta, señorita Pears —murmuró para sí al recordar la forma tan rotunda en la que había rechazado su invitación—. Si digo que comeremos juntos, es que comeremos juntos.

Echó un rápido vistazo al reloj del coche y tras hacer un par de cálculos mentales llamó a través del manos libres.

—Secretario personal y beta, con un exquisito gusto para la moda, de Luke Evans al habla —respondió al instante la voz de Eugene—. ¿Reservo ya la capilla, querido?

Puso los ojos en blanco e intentó recordar los múltiples motivos por los que no podía matar ni despellejar a ese lobo.

—Mesa para dos en el Fernandos —consultó de nuevo el reloj—, para dentro de una hora.

—¡Oído cocina! —clamó dejándolo casi sordo—. Pásalo bien.

La comunicación se cortó antes de que pudiese responder al canturreo que empezaba a escuchar de fondo. Sacudió la cabeza y siguió una vez más con la mirada el lugar por dónde había desaparecido Shane. Ahora que tenía su olor grabado a fuego no se le escaparía.

CAPÍTULO 17

Acoso. Esa era la palabra indicada para describir la presencia de Luke Evans apoyado en el capó del coche delante de la puerta de su casa. Shane tuvo que parpadear varias veces para cerciorarse de que él estaba allí realmente y no era un espejismo provocado por exceso de transbordos en el metro.

Oh, sí, aquel era Luke Evans en toda su gloria. El sexy, elegante, rico e inalcanzable hombre de negocios de Manhattan. Al igual que en su primer encuentro vestía con abrigo, traje y corbata, solo que esta vez parecía además ensimismado en el teléfono de última generación cuya pantalla deslizaba con el pulgar. Aprovechó esa distracción para contemplarlo, una vez más se le aceleró el pulso y empezó a faltarle el aire, había algo en él y en ese regio porte que la derretía por dentro. Apretó los muslos cuando una punzada de deseo despertó su sexo, se ruborizó ante la descarnada reacción que ahora se trasladaba también a sus pechos haciendo engrosar sus pezones, los cuales parecían dispuestos a marcarse contra la tela de su blusa. Agradecía llevar todavía el abrigo puesto.

Se lamió los labios, volvía a tener la boca reseca y era todo culpa de ese hombre.

No jugáis en la misma liga, Shane. No lo olvides. No eres nada para él, a lo sumo podría utilizarte y dejarte tirada como lo hizo el hijo de puta de Quinn.

Tenía que alejarse, meterse en casa y cerrar la puerta con llave. Pero para poder hacerlo, tendría que enfrentarse antes a él.

—Maldita sea.

Como si hubiese escuchado sus palabras lo vio levantar la mirada, los ojos color café parecían más claros bajo la luz del día, más intensos y cautivantes. Con un ágil movimiento dejó de apoyarse en el coche, bloqueó el teléfono sin ni siquiera mirarlo y lo introdujo en el bolsillo interior del abrigo.

—Llegas tarde.

¿Era irritación lo que escuchaba en su voz?

—¿Disculpa?

Él se limitó a elevar la nariz y fruncir el ceño.

—Que llegas tarde —repitió apoyándose en el coche—. ¿Siempre te lleva tanto atravesar la ciudad en metro?

Enarcó una ceja ante lo que solo podía ser un insulto de alguna clase.

—¿Y tú tienes por costumbre asediar a la gente? —contraatacó. No podía evitarlo, con él automáticamente saltaba a la defensiva.

Para su sorpresa lo vio suspirar, su gesto altivo se diluyó poco a poco y se transformó ante sus ojos en alguien más accesible.

—Te invité a comer…

—Si mal no recuerdo dije: no, gracias —le recordó. Se aseguró el bolso en el hombro y fue directa hacia el portal de su casa—. Que tenga usted un buen día, señor Evans.

—¿Por qué me rechazas?

La pregunta formulada en un tono irritado hizo que girase en el último momento.

—¿De eso se trata todo esto? —replicó buscando su mirada—. ¿Nadie te había rechazado antes y por eso decides… acosarme?

—Si esa es la impresión que trae consigo mi presencia aquí, te pido disculpas —declaró con ese tono oscuro y profundo que hacía que se le derritiese hasta el cerebro—. Pero ¿tan difícil puede parecer que hayas captado mi atención como para que quiera invitarte a comer?

Deslizó la mirada sobre él.

—¿La verdad? Sí. —No tuvo inconveniente en responder—. Mírate y mírame a mí, somos como *Beverly Hills* y el *Bronx*. Admítelo, Evans, tú ni siquiera me habrías mirado de no habernos conocido en tan extravagantes circunstancias. Conozco demasiado bien a los de tu clase y no quiero volver a tener nada que ver con ellos.

Y esa era una verdad que llevaba grabada a fuego en el alma.

—Mira, no quiero ser grosera pero te juro que estás buscando que sea eso y más —declaró con un bajo siseo—. Hazte un favor y olvida que existo, solo salgo a escena una vez y nunca repito el show.

Se cruzó de brazos, un gesto que hizo que pareciese incluso más alto y grande ante ella.

—Ya veo que el problema no tiene que ver conmigo sino con la clase social en la que me muevo —dijo en voz alta al tiempo que caminaba hacia ella—. Podrías hacer una excepción por una vez y conocerme primero antes de opinar. ¿Tan increíble resulta que te encuentre lo suficiente atractiva como para que hayas despertado mi interés y que quiera invitarte a comer?

—Tu interés en mí solo demuestra lo aburrida que es tu vida social.

Sonrió, los labios masculinos se estiraron dejando a la vista una amplia sonrisa, descruzó los brazos y cogió una de sus manos impidiéndole retirarse.

—Una de la cual ya has tenido una muestra —aseguró. La sensación de sus dedos acariciando los de ella la dejó sin aliento. Todo su cuerpo reaccionó a su contacto encendiéndose sin remedio—. Pero estoy de acuerdo contigo, es mortalmente aburrido asistir a esas reuniones aunque reconozco que tu presencia hizo la última más soportable.

—Sí, bueno, tengo noticias para ti, *Sir Lancelote* —rezongó intentando retirar su mano—, esa mujer no es la que está ahora delante de ti.

—Motivo por el cual quiero conocer a la que tengo delante de mí —insistió cubriendo ahora su mano con las dos—. Come conmigo, Shane. Una simple comida en un bonito restaurante y a la vista de todo el mundo. De esa manera no podrás además tildarme de embaucador o alguna cosa peor.

—Estás buscando que sea grosera contigo a propósito, ¿no? —resopló luchando por recuperar su mano—. Suéltame.

—Lo haré cuando aceptes comer conmigo.

Cuánto más insistía él más resoluta era su decisión de retirarse.

—No.

Los inquisitivos ojos color café se cerraron sobre ella y durante un brevísimo momento creyó leer algo parecido al desafío.

—¿Esa es tu última respuesta?

Asintió con vehemencia.

—Sí.

—Bien.

Shane dejó de respirar en el mismo momento en que la levantó del suelo y se la echó al hombro como si no fuese nada más que un saco de patatas.

—Hay algo que creo que debería saber sobre mí, señorita Pears —le dijo mientras rodeaba el coche y abría la puerta del copiloto para dejarla luego dentro—. Nunca acepto un no por respuesta.

CAPÍTULO 18

La pequeña pelirroja ardía a fuego lento, no había dejado de hacerlo desde el mismo instante en que la metió en el coche y le impidió abandonarlo hasta que llegaron a su destino.

¿Qué diablos se había apoderado de él? En toda su vida había cometido una locura semejante. Cuando una mujer le decía que no, si es que alguna lo hacía, perdía inmediatamente el interés y se movía a la siguiente pero con esta…

Es tu compañera, ¿recuerdas? Tu jodida pareja.

Sí. La única de la que no podía escapar y quién no parecía demasiado dispuesta a quedarse dónde él la dejaba y hacer lo que le pedía.

¿Dónde estaba la pareja sumisa que deseaba? ¿Dónde había quedado su interés en una mujer tranquila, que conociese su lugar y que no le molestara? Shane Pears era todo lo contrario a lo que buscaba en una mujer y, a pesar de ello, era la única que había cautivado su interés hasta el punto de comportarse como un lobo salido.

El camarero retiró los entrantes que había pedido para los dos, después de tener que arrastrarla literalmente a su mesa, y dejó el plato principal.

—¿Qué le habéis hecho a la pobre vaca? —murmuró rompiendo el silencio en la última media hora al ver el chuletón que habían dejado ante ella—. Esto todavía muge.

Reprimió una sonrisa y enarcó una ceja.

—¿Prefieres la carne más pasada?

Ella lo miró y señaló al mismo tiempo su plato.

—¿Estás de broma? —se indignó—. Esto no ha pasado ni por la sartén, se lo han sacado a la vaca y lo han traído directamente.

El camarero pareció horrorizado ante la descripción del especial de la casa.

—Puedes pedir otra cosa si lo prefieres, Shane —ofreció. Ahora que por fin había roto su voto de silencio tenía toda la intención de hacer que siguiese hablando.

Volvió a mirar la carne con un gesto de recelo y asintió. Se giró al camarero y fue entonces cuando sus mejillas se tiñeron de un bonito sonrojo arrastrado por la vergüenza. Su incomodidad era palpable y su reacción no se hizo de rogar. Un bajo gruñido de advertencia emergió de su garganta haciendo que el camarero diese un salto y palideciese y ella lo mirase con esa expresión que decía *«no acabas de hacer eso»*.

Sus instintos protectores salieron a la superficie, como un macho todavía no vinculado y con su compañera cerca, cualquier otro hombre de la especie que fuese, no emparejado, no era muy bien recibido y menos por un alfa.

—Mil perdones, *madame* —se apresuró a disculparse el hombre. Recogió con manos temblorosas el plato y dio un paso atrás—. ¿Quisiera quizá probar la pasta? Tenemos un risotto de setas y pavo delicioso.

—Sí, el arroz será mejor que la vaca que muge —murmuró por lo bajo, todavía avergonzada—. Gracias.

—A sus pies, *madame*.

El camarero salió raudo a cumplir con su encargo no sin antes llevarse a otro de sus compañeros y al metre por delante.

Estúpido.

—Le has gruñido.

Él volvió la mirada hacia ella, cogió su copa de vino y le dio un sorbo.

—Te lo has imaginado.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz.

—No, no me lo he imaginado —rezongó—. Le has gruñido. Le has gruñido al pobre camarero y casi se mea en los pantalones. Eres un pelín rarito, ¿lo sabías?

Se recostó en el respaldo de la silla dispuesto a saborear el vino y recrearse con la apetecible imagen que tenía frente a él.

—¿Tiene más insultos que dedicarme, señorita Pears?

Le encantaba ver cómo le brillaban los ojos cuando la llamaba por su apellido, la manera en que se le dilataban las pupilas y ese leve temblor en la barbilla cuando apretaba los dientes conteniendo un insulto.

—Si se me ocurre alguno, se lo haré saber, señor Evans.

Sonrió y dejó la copa en la mesa.

—¿Y a qué te dedicas cuando no estás haciendo pasteles o recorriendo media ciudad para llevar tus encargos? —Se ameritaba un cambio de tema para calmar los ánimos.

Ella bajó la mirada hacia su plato e hizo una mueca al ver que se había quedado con el chuletón que había pedido. Y este, al contrario que el de ella, estaba todavía más crudo. Su necesidad de carne fresca tendría que ser suplida ahora de aquella manera, si les pedía que se la trajesen, como había aludido ella, salido directamente de la vaca, la escandalizaría.

—¿Vas a comerte eso? ¿De verdad?

—Me gusta la carne poco hecha —se encogió de hombros—. Contesta a mi pregunta.

Los ojos verdes se encontraron con los suyos.

—¿Y si no lo hago?

—De acuerdo, entonces lo adivinaré.

Shane bufó y lo sorprendió con una respuesta directa.

—Trabajo como camarera los fines de semana en un local del centro —soltó de carrerilla —, los jueves por la mañana suelo sacar a pasear media docena de perros del albergue y en los ratos que tengo libre, hago repostería. Ahora, ¿son mis ocupaciones lo suficiente anodinas como para que pierdas tu interés sobre mí?

—Ni mucho menos —aseguró jugando con los dedos sobre la mesa—, si cabe, te encuentro más interesante.

Resopló.

—Eres el hombre más raro y exasperante que he conocido en mi vida —aseguró y se dedicó a dejar vagar la mirada por el local, admirando la decoración. Sin duda haría cualquier cosa excepto mirarlo a él.

Allí sentada, sin ese horrible abrigo tras el que se ocultaba, vestida con una blusa que le realzaba el busto y una falda por encima de la rodilla, chocaba estrepitosamente con el atuendo de la mayoría de los comensales. No se le había escapado las miradas que le echaron algunas de las mujeres, ni los susurros que captó con su fino oído, pero aquello no parecía importar a su compañera quién ahora estaba ensimismada con los apliques del techo.

—El local es precioso.

—Me alegra que te guste.

—Pero no encajo en él.

La rotunda afirmación hizo que buscase sus ojos.

—Shanelle, puedo asegurarte que eres la única que encaja realmente aquí —aseguró.

Deslizó la mano sobre la mesa y atrapó la suya—, ya que eres la compañía que deseo tener en estos momentos.

El rubor volvió a sus mejillas.

—Me gusta cómo te ruborizas.

—Lo que una vez más habla de tu falta de gusto —musitó retirando la mano—. Parezco una remolacha cuando me ruborizo.

Se rio ante la sinceridad que escuchó en sus palabras.

—Algo que me gustaría poder comprobar por mí mismo —comentó al tiempo que deslizaba la mirada sobre ella con abierta sensualidad—, en cada centímetro de piel.

La oportuna llegada del camarero lo salvó de tener que escuchar una de sus, sin duda, mordaces respuestas.

—No voy a irme a la cama contigo.

La inesperada y directa declaración formulada en voz baja tras la apresurada partida del camarero lo tomó por sorpresa.

—Una declaración de intenciones demasiado apresurada —respondió en el mismo tono—, especialmente cuando yo no he hecho alusión alguna a dicho tema.

Ella bufó, sus mejillas seguían rojas pero sus ojos brillaban.

—No juegues al despiste conmigo, Luke Evans —pronunció su nombre con firmeza—. Sé quién eres, sé la clase de hombre que suele esconderse detrás de una actitud como la tuya y no es alguien con quien desee tener algo que ver.

Su firme decisión y la claridad en sus palabras le hicieron fruncir el ceño. ¿Quién había convertido a esta pequeña pelirroja en una mujer tan cínica y huidiza de la vida? La sola idea de que hubiese sido un hombre lo hizo querer gruñir una vez más.

Ella es mía. Nadie toca lo que es mío.

—Shane…

—¿Luke? Vaya, que sorpresa. No sabía que solieses venir a este restaurante.

La inesperada voz femenina llegó a ellos desde atrás, el fuerte aroma de una conocida colonia que detestaba se filtró en su nariz haciendo que casi desnudase los dientes.

—¿Ahora también te dedicas a obras de caridad, querido? —preguntó deslizando la mano por sus hombros como si tuviese el derecho a hacerlo—. Eres todo un altruista trayendo a comer a un lugar tan exclusivo a tus… empleadas.

Shane acusó el golpe de las malintencionadas palabras de la perra que se había acercado a su mesa. Sus mejillas perdieron el color nada más verle la cara y reconocer a la mujer que se había acercado a ella en la reunión del viernes. Su reacción lo sorprendió, especialmente al sentir la abierta animosidad que discurría entre ambas mujeres, pero especialmente en su acompañante. Abrió la boca para interceder pero ella se le adelantó.

—Habría jurado que este restaurante era lo suficiente exclusivo como para que no dejasen entrar las mascotas de los clientes —comentó en un tono de voz muy dulce y delicado. Entonces miró a su alrededor y poniendo su expresión más inocente, preguntó—. ¿Crees que alguien habrá perdido a esta perra?

El jadeo ahogado de la indeseada presencia femenina seguido de algunas risitas que llegó a alcanzar a oír al fondo del local curvó sus labios de manera involuntaria.

—Vaya, pero si es la misteriosa mujercita con la que te paseaste el viernes en la recepción —continuó Mirabella. La loba parecía dispuesta a enzarzarse en alguna estúpida lucha dialéctica llena de insultos con su acompañante—. Tus elecciones últimamente son de lo más variopintas, querido. Alguien en tu posición debería pensar más en su imagen. Pero está bien… tienes

derecho a divertirte… cuando te canses de jugar en la basura, date una ducha y ven a verme…

—Tendrás que visitarla en un jodido hospital como esa perra intente repetir el truco del viernes —murmuró Shane por lo bajo. Si bien su mirada seguía puesta en la mujer, sus palabras iban dirigidas a ella—. Porque seré yo quien la estrangule a ella.

La inesperada declaración hizo que girase la cabeza en su dirección.

—¿Cómo? —El lobo resonaba en su voz. La sola idea de que alguien hubiese atentado contra su compañera sacaba a la bestia a la superficie.

—Delirios de una simple humana venida a más.

Estiró de inmediato el brazo y retuvo a Shane por la muñeca cuando sintió su repentina necesidad de saltar sobre la otra mujer.

—¿Has venido solo a sembrar veneno o tienes algo inteligente que decir, Mirabella? —preguntó con asombrosa calma. Sus dedos siguieron aprisionando la muñeca de su compañera bajo la mesa, impidiéndole moverse—. No eres bienvenida en esta mesa.

Ella chasqueó la lengua, hizo un coqueto mohín y agitó una mano como si quisiera deshacerse de una mosca.

—Diviértete todo lo que puedas con tu nuevo juguete, querido —le dijo al tiempo que se inclinaba sobre él y le acariciaba la mejilla con los dedos—, pero haz que fumiguen tu habitación cuando termines con ella. No quisiera contagiarme de alguna enfermedad exclusiva de las perras humanas.

Echándose la melena sobre el hombro con un movimiento de la mano les dio la espalda y se alejó contoneándose.

—Evans, sabía que tu gusto en mujeres era… peculiar… pero no sabía que te iba la zoofilia —murmuró Shane. Sus ojos se encontraron con los de él y enarcó una ceja—. Ahora, ¿puedes hacer el favor de soltarme?

—¿Qué ocurrió en la reunión? —preguntó directamente—. ¿Y cuándo?

Apenas la había dejado sola esa noche.

Sacudió la cabeza y se retiró el pelo detrás de la oreja.

—No pasó nada —se encogió de hombros—. Solo fue una perra intentando dejar claro cuál era su territorio.

Entrecerró los ojos sobre su garganta pero no vio marca alguna.

—Shane, quiero la verdad.

Ella lo miró de nuevo.

—No es asunto tuyo —declaró con sencillez—. Es cosa de mujeres. Y si vuelve a acercarse a mí, bueno, me encantará devolverle el saludo… a mi manera.

De acuerdo. Si no quería decirle lo que había ocurrido, que se lo guardase para ella, ya se encargaría de obtener esa información por otro lado. Si alguien le había hecho daño o lo había intentado, quería saberlo. Nadie tocaba lo que era suyo. Nadie.

—No es más que una perra y sin pedigrí —gruñó por lo bajo. Su naturaleza lupina volvía a estar demasiado cerca de la superficie. Carraspeó y se aclaró la garganta con un sorbo de vino—. Lamento que hayas tenido que sufrir su desidia.

Ella se encogió de hombros pero no le engañaba, podía notar su nerviosismo, su temblor y ese sutil cambio en su aroma.

—Para sufrir algo tendría que sentirlo primero —comentó al tiempo que hundía la cuchara en el plato y probaba el arroz—. No es a mí a quién vino a insultar, solo fui una herramienta de la que echar mano para insultarte a ti.

No le quitó la mirada de encima, su naturaleza lobuna quería salir detrás de esa maldita

perra y destrozarla por molestar a su compañera. Tuvo que apretar los dientes y respirar profundamente para serenarse y no hacer exactamente eso, todo esto del emparejamiento empezaba a volverlo loco. Deseaba a Shane, la deseaba con rabiosa necesidad, podía imaginársela desnuda, extendida sobre la mesa solo para su placer.

Su polla pulsó dentro de los pantalones totalmente de acuerdo con esa idea, no podía dejar de fantasear en lo que sería tenerla por fin bajo él, enterrarse profundamente en su cuerpo y escuchar sus gemidos.

—No dejes que te estropee la comida —lo sorprendió ella. Alzó la mirada y se encontró con sus ojos—. Antes mirabas a la vaca con aspecto famélico.

No pudo evitar sonreír ante sus palabras. Esa pequeña hembra tenía la facultad de tranquilizarlo con tan solo palabras.

—¿La vaca?

Señaló el chuletón con el tenedor.

—Si acercas el oído, todavía la escucharás mugir.

Sacudió la cabeza y señaló en cambio el arroz.

—¿Qué tal está el risotto?

Se encogió de hombros.

—Se puede comer.

Pequeña mentirosa, pensó para sí con una tierna sonrisa. Estaba disfrutando de la comida, podía decirlo por la forma en que paladeaba y se encendían sus ojos con cada nuevo bocado. Debajo de esas interminables capas tras las que pretendía ocultarse podía vislumbrar a la verdadera Shane y algo le decía que le iba a gustar y mucho.

Shane estaba disfrutando de la comida más de lo que quería admitir. No solo por la deliciosa comida sino también por la compañía. Luke podía ser realmente ocurrente de una forma nada forzada, casi sin darse cuenta se encontró escuchando algunas anécdotas acontecidas en su hotel y con su secretario, Eugene. Al escucharle hablar se había ido relajando, la inesperada aparición de la que obviamente tenía que ser una antigua amante la había hecho recordar de inmediato que aquel no era su lugar, pero él consiguió que permaneciese sentada y disfrutase de aquella inesperada velada.

Con todo, ya era hora de ponerle punto y final. Los cuentos de hadas no eran para ella, un hombre del carisma de Luke Evans no querría nada serio con una chica como ella y ya había sido lo suficiente burlada y usada en el pasado como para querer probar de nuevo un mundo en el que siempre supo que no encajaría.

—¿Postre? —apareció el diligente camarero, quién ya había recuperado el color hacia la mitad de la comida.

—Tú eres la experta en repostería, pero creo que puedo sorprenderte —comentó Luke declinando la carta de postres—. El especial de la casa para la señorita y un café para mí.

—Sí, señor Evans, enseguida —declaró el camarero recogiendo la mesa a la velocidad de la luz.

—Solo tienes que chasquear los dedos, ¿verdad? —comentó siguiendo con la mirada al hombre.

Él hizo una mueca.

—¿Vamos a volver otra vez sobre lo mismo?

Negó con la cabeza y echó la silla hacia atrás.

—No —aceptó, se levantó, cogió el bolso y ante la obvia pregunta en su rostro se inclinó hacia él y bajó el tono de voz—. He bebido demasiado.

Con un simple asentimiento cogió su copa de vino y vació el contenido que le quedaba.

—Desde la entrada, sube las escaleras y a la derecha.

Shane abrió la boca para decir algo pero pronto cambió de idea. Sonrió, asintió y le dio la espalda. Solo entonces dejó que su semblante reflejase sus verdaderas emociones.

Siguió sus instrucciones, consciente de su mirada sobre ella, pero antes de subir las escaleras que llevaban a los lavabos, echó un vistazo a su espalda y tras comprobar que ya no podía verla, abandonó el restaurante dejando a Luke Evans a solas con el postre.

CAPÍTULO 19

—A ver, a ver, a ver… ¿cómo que te invitó a comer y lo dejaste solo en el postre?

Shane frunció el ceño e hizo una mueca al probar el glaseado de la tarta que estaba preparando. Se había levantado temprano para poder llevar a cabo cada una de sus tareas pero, después de la infernal y febril noche que había tenido, no daba pie con bola.

—Ese hombre es incapaz de aceptar un no ni aunque le des con él en los morros —respondió y echó un nuevo vistazo ahora a la cocina. Su lugar favorito parecía un campo de batalla, la harina y otros ingredientes que había utilizado estaban esparcidos por doquier incluyendo su delantal y el rostro—. No lo comprendió cuando me largué por la ventanilla de su coche.

La carcajada de su prima la hizo sonreír también.

—Ay dios. Dime que es broma.

Negó con la cabeza y corroboró ese gesto con palabras ya que Carly no podía verla a través del teléfono.

—Se negó a dejarme salir del coche y, ya llegaba tarde a hacer la entrega, así que salí por la ventanilla —resumió—. Él mismo confesó que no le gustaba que le llevasen la contraria cuando me lo encontré esperando a la puerta de casa. Me metió en el coche a la fuerza para llevarme a ese estúpido restaurante dónde esa jodida perra de la que te hablé me insultó.

—¿Esa víbora estaba allí? ¿Y no le arrancaste los pelos?

—Se presentó de improviso y él me impidió hacer algo más que fulminarla con la mirada o insultarla verbalmente —resopló—. Así que, como dijo que no aceptaba un no, no le di oportunidad de decidir. Me fui al baño y me largué por la ventana.

Escuchó el resoplido que sonó a través del teléfono.

—Debes de ser la única persona viva sobre la tierra que le diría que no a un hombre como Luke Evans y no está ahora revolcándose en sus propios lamentos —chasqueó ella—. No puedo creer que te esperase a la puerta de casa, ¿cómo supo dónde vivías?

—Estamos hablando de un hombre que debe tener más contactos que la NASA, querida —ironizó. Dejó el glaseado a un lado y se giró para comprobar que el segundo bizcocho que preparaba esa mañana, después de haber carbonizado el primero, era salvable—. Sencillamente se presentó allí.

—¿Y no ha vuelto a contactarte para pedirte… no sé… una sexy compensación?

«No voy a irme a la cama contigo».

La frase llevaba dándole vueltas en la cabeza toda la noche, esa rotunda afirmación había traído consigo toda clase de sueños eróticos que se empeñaban en desmontar sus palabras.

—Dudo que lo haga después de lo que le dije.

—¿Es que todavía hay más?

Suspiró y miró el teléfono que descansaba sobre la mesa con el manos libres conectado.

—Le dije que no iba a acostarme con él.

—¡Shane!

—¿Qué?

—No puedes cerrarte en banda a cualquiera que muestre un poco de interés en ti —bufó —. Y mucho menos a un bombón como ese, especialmente cuando parece estar tan interesado en ti.

Desmoldó el bizcocho y se apresuró a cortarlo por la mitad.

—Él es…

—¿Sexy? ¿Imponente?

—Dominante —resopló.

—Cualquier hombre con un cargo como el suyo tiene que ser capaz de manejar a la gente, eso no quiere decir que…

—Carly, es abrir la boca y… y… cuando me doy cuenta ya he hecho lo que me ha pedido.

Su prima suspiró.

—¿Y eso es tan malo? —comentó—. ¿Especialmente cuando tú pareces disfrutarlo también?

—No disfruto en absoluto con toda esa… testosterona… dándome órdenes —rezongó—. ¿Por qué no puede sencillamente dejarme en paz? Yo ni siquiera juego en su liga.

El profundo y extenso suspiro que emergió de la línea era una señal inequívoca de que estaba a punto de escuchar el mismo sermón de siempre.

—Nena, no puedes cerrarte en banda solo porque has tenido una mala experiencia —le dijo—. Que ese cabrón hijo de puta fuese una rata callejera de la peor clase a pesar de su pedigrí, no quiere decir que todos los hombres con poder o dinero lo sean. Y si no mírame a mí, me he casado tres veces.

Hizo una mueca. Sí, Carly se había casado tres veces en un breve espacio de tiempo pero al contrario que su familia, quién consideraba a su alocada prima como la oveja negra, ella sabía que había mucho más allí de lo que se veía a simple vista. No había sido feliz en ninguno de sus matrimonios, seguía intentándolo y buscando el amor pero este siempre parecía esquivo para ella.

—Él no es como Quinn, al contrario que esa comadreja, Luke Evans es todo un hombre —insistió la mujer.

—Es peligroso.

Ya está. Lo había dicho.

—Cariño, todos los hombres son peligrosos, en eso radica su encanto.

Negó con la cabeza. No, en el caso de Luke esa sensación se masificaba, solo era una sensación pero en las breves ocasiones en las que había estado con él se sentía igual que quien ronda a un animal salvaje.

—No puedes dejar que el pasado se lleve tu futuro —insistió su prima—. Tienes que hacerle frente, disfrutar de la vida y quién sabe si en el momento en que menos lo esperes aparece el hombre que lo cambia todo. No dejes que el recuerdo de lo que esa sanguijuela te hizo marque tu vida, Shane.

Se estremeció al pensar en todo lo que había perdido, en cómo había cambiado su vida desde el momento en que ese capullo de Quinn Reig se cruzó en su camino. Aquella noche de hace un año, de no ser por Carly y Rocco que habían ido tras ella, no estaba muy segura de cómo habrían terminado las cosas.

Apretó los ojos y respiró profundamente en un intento por alejar el recuerdo de la humillación y el dolor, de la sensación que trajeron consigo sus palabras y en lo que terminó desembocando.

«No me toques, hembra. No vales nada. No eres nada. Solo una putita más haciendo cola

para ser follada. Estúpida humana. ¿De verdad crees que te querría para algo más que para pasar el rato? ¿Qué significas algo más que un coñito húmedo y caliente dónde enterrar mi polla? Ilusa. Estúpida e ilusa».

La había insultado delante de todo el mundo, la humilló y pisoteó sus sentimientos. La había utilizado solo para echarla luego a un lado como si fuese un perro, ni siquiera se había molestado en girarse cuando le llamó después de dejarla sola, humillada y vestida únicamente para él.

Las lágrimas le habían nublado la visión al abandonar el local, no había escuchado la llamada de Carly, sencillamente se había marchado, había huido hasta que los pulmones no podían soportar más el ardor solo para caer en brazos de unos indeseables con los que se topó en plena calle.

Cerró los ojos y luchó con las náuseas que le provocaba el recuerdo de aquellas manos sobre ella, de la fetidez de esas bocas. Se estremeció y abrió de nuevo los ojos al tiempo que luchaba por respirar.

Estaba en su cocina, lejos de todo aquello y a salvo del pasado.

—Debí haberle cortado los huevos a Quinn esa misma noche —siseó Carly a través del teléfono—. Y a esos hijos de puta también.

No pudo evitar sonreír ante la declaración femenina, Carly y Rocco habían estado allí esa noche y evitaron que su vida se destrozase para siempre.

—Cariño, le clavaste el tacón de tus mejores zapatos en los huevos a uno de ellos —le recordó. Ese era sin duda uno de sus mejores recuerdos, especialmente cuando había empezado a aullar.

—Tenía que habérselos metido por el culo —rezongó—. Los dos.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Sabes? Algo me dice que Luke Evans podría ser una buena forma de dejar atrás todo eso. Él es lo suficiente… hombre para hacerte olvidar y disfrutar de un buen polvo. No es un crío y sabe lo que hace.

Resopló y se volvió hacia el horno cuando este empezó a pitar.

—Ese hombre solo puede ser una complicación mayor.

Especialmente porque su respuesta ante él era distinta a todo lo que había experimentado hasta el momento. Cuando cualquier clase de contacto sorpresivo y especialmente extraño la ponía tensa y en guardia, el sentir sus manos encima no hacía sino calmarla o excitarla. Una sola mirada era capaz de derretir su cerebro y hacer que se olvidase hasta de su propio nombre.

—Confiésalo, te pone.

Él hacía algo más que eso, pero no iba a decirlo en voz alta y mucho menos por teléfono.

—¿Por qué no te presentas a la entrevista?

Tuvo que hacer una pausa antes de abrir el horno y retirar las galletas de su interior, pues su pregunta la noqueó.

—¿Pero aún insistes con eso?

—¡Es una gran oportunidad! —aseguró en tono jovial—. Y no es como si no tuvieses ya un as bajo la manga. Conoces a tu futuro jefe y a él le atraes sexualmente.

Resopló al tiempo que sacudía la cabeza y retiraba las galletas del horno.

—No son ni las once de la mañana, ¿qué has bebido?

—Solo un tequila —aseguró ella—. Uno muy pequeñito. Necesitaba algo para levantarme el ánimo después de lo de esta mañana.

El tono irritado en la voz de su prima la llevó una vez más a mirar el teléfono cómo si de

esa manera pudiese verla.

—¿Problemas con tu jefe?

Ella resopló.

—¿Cuándo no los tengo? Piensa que porque soy mujer puede mangonearme.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Más bien creo que sabe que puede mangonearte porque trabajas para él.

—Sí, eso también —suspiró. Su tono se volvió entonces un poco más apagado—. Dime una cosa, Shane. ¿Crees que está mal desear a tu jefe?

Se le cayó la mandíbula, literalmente.

—¿Perdona?

Un nuevo suspiro.

—Olvida lo que acabo de decir.

—Carly Cassandra Pears, aléjate de la botella en este mismo instante —declaró señalando el teléfono con la espátula—, o lo próximo que me contarás es que te has subido sobre su escritorio y has hecho un striptease solo para él.

Un nuevo resoplido inundó la línea.

—Eso ya lo hice, ¿y sabes cuál fue su respuesta? —la sorprendió una vez más—. Vístase, señorita Pears, cogerá un resfriado.

—Me estás tomando el pelo.

¿Carly y su jefe? ¿El hombre al que siempre criticaba, insultaba y amenazaba con toda clase de catástrofes?

—¿Carly?

Un nuevo suspiro.

—Algún día te contaré toda la historia, hermanita, algún día —sentenció y acto seguido la línea quedó muda. ¿Acababa de colgarle el teléfono?

—¿Carly? —cogió el aparato y frunció el ceño. Sí, le había colgado—. De todas las cosas inexplicables que podían suceder esta mañana, esta es sin duda una de ellas.

Sacudió la cabeza y colocó de nuevo el aparato en su soporte, no terminó de darle la espalda cuando este volvió a sonar. Sonrió. Quizá después de todo solo se hubiese cortado.

—Espero que solo se haya cortado y no me hayas…

—¡Shannelle Pears! ¿Cuándo pensabas decírmelo?

La voz de su madre inundó la pequeña cocina.

—¿Mamá? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Por una vecina! ¡He tenido que enterarme por una vecina!

Frunció el ceño, retiró el teléfono del soporte y quitó el manos libres. Con la voz estridente de su madre y pegando esos gritos la oirían hasta los vecinos.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—Ocurre que has salido en la crónica de sociedad de uno de los periódicos de tirada nacional —exclamó ella dejándola totalmente blanca—, y con un importante empresario. ¿En qué estabas pensando Shane? ¡Tú, mi propia hija! ¡Cómo has podido caer en algo así!

Gimió, de todas las cosas que podían pasarle aquella mañana, esa era sin duda la peor de todas.

CAPÍTULO 20

El *Manhattan Imperian* debía ser uno de los pocos hoteles, si no el único, en el que clientes y empleados veían entrar un impresionante ejemplar lupino y se quedaban tan anchos. Eugene devolvió el teléfono que no había soltado desde la tarde anterior e hizo una mueca al ver a su alfa salir del ascensor que llevaba al parking en su forma lupina.

Luke llevaba desaparecido y sin dar señales de vida desde ayer. Después de que le hubiese pedido que reservase mesa para dos, su teléfono había dado siempre que llamaba como apagado o fuera de cobertura. Sabía por el propio restaurante que su jefe había estado allí comiendo con una mujer, pero se había marchado solo.

El enorme ejemplar con espeso pelo negro y gris abandonó el cubículo y atravesó con tranquilidad la recepción, sus ojos dorados se encontraron durante un breve instante con los de él pero no hubo ninguna orden, ni comentario ni nada de su parte; se limitó a continuar camino y sentarse sobre sus cuartos traseros delante de la puerta de los ascensores privados.

Ese mutismo, por no hablar de la forma lupina con la que acababa de aparecer su alfa no contribuía a aliviar el nerviosismo y preocupación que llevaba arrastrando desde el día anterior con su inesperada desaparición.

—Eric. —Detuvo a uno de los encargados que cruzaba en ese momento ante él—. Que envíen el especial *Manhattan Wolf* a la suite del jefe.

El hombre siguió su mirada y frunció el ceño. Como lobos de la misma manada tenían un vínculo indisoluble con su alfa y podían sentir que algo no iba bien.

—¿El jefe está bien?

Arrugó la nariz olfateando el aire y gruñó en voz baja.

—Más le vale estarlo —rezongó. Palmeó el hombro y lo instó a cumplir con su petición—. Ve, lo necesito para ayer.

—Ahora mismo.

Tomó una profunda bocanada de aire y se dirigió hacia el lobo quien no había movido un músculo limitándose a esperar a que alguien accionase el ascensor. No había necesidad de pedirlo, cualquiera que viese al alfa allí y en esa forma, correría a abrirle.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó mientras insertaba la llave en la cerradura para llamar al ascensor—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Shane?

La única respuesta del can fue gruñir en voz baja, un sonido que no rebelaba nada relevante para Eugene. Las puertas se abrieron y el animal entró en el interior del cubículo volviendo a sentarse una vez más.

—Luke, empieza a preocuparme de veras tu mutismo —aseguró insertando ahora la llave en el panel interior para luego marcar la planta—. No eres un lobo precisamente callado. Gruñe, ladra, aúlla… ¡Di algo!

«Shane es mía».

La voz humana de Luke resonó en su mente matizada con la fiereza del lobo.

«Es mi compañera».

Asintió. Eso era algo que ya había sospechado y tras la petición del día anterior para que le reservase mesa, lo había considerado ya una certeza. Sus palabras ahora no hacían sino confirmarlo.

—Esa es una buena noticia, pero ¿por qué no está contigo?

«Se empeña en dejarme».

—¿Qué?

«Me abandonó».

Parpadeó sorprendido tanto por sus palabras como por el tono lastimero de su voz.

—¿Cómo que te abandonó?¿Cuándo?

«¡Salió por la ventanilla del coche!»

Un poderoso gruñido acompañó la exclamación que escuchó en su mente a través del vínculo que compartía con su alfa.

«Quería cazarla. Quiero cazarla».

—Me estás vacilando, ¿verdad? —preguntó con un gemido.

«Y entonces volvió a hacerlo en el restaurante. Me abandonó».

Sacudió la cabeza.

—Estoy flipando —se negaba a aceptar aquello. Ningún compañero abandonaba a su pareja, al menos no conscientemente—. ¿Qué ha pasado?

«Odia que tenga dinero».

Se echó a reír.

—Ahora sé que me estás tomando el pelo —aseguró casi aliviado—. Ninguna mujer odia el dinero. ¡Lo adoran! Especialmente cuando pueden gastarlo sin preocuparse de nada más.

El lobo alzó la peluda cabeza, sus ojos se encontraron con los de él.

«Me dejó plantado. Me abandonó. Se fue».

Se inclinó, acuclillándose, hasta quedar a su altura.

—Luke, es tu compañera, no puede abandonarte. Eres su pareja.

El animal sacudió la enorme cabeza en una firme negativa.

«Es humana, no actúa como una loba. Y está herida, lo he sentido, tiene miedo, recela de mí».

—¿Herida?

«Se esconde detrás de una máscara. Aborrece las clases sociales. Me rechazó dos veces».

Si le hubiesen golpeado con algo en la cabeza no le habría sorprendido más de lo que lo estaba haciendo ya esa extraña conversación.

—Bueno, nadie dijo que emparejarse era algo sencillo, especialmente cuando tu pareja es una humana, pero… —negó con la cabeza—. Todo lo que tienes que hacer es ir a buscarla, seducirla y marcarla. Después ya podrás dedicarte a solucionar las demás pequeñeces.

El lobo emitió un sonoro gruñido, la piel de su hocico se arrugó y dejó a la vista una enorme y larga fila de dientes.

«Es mi compañera, cuida tus palabras».

Bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Lo es. Y será respetada y atesorada por el clan —le aseguró, entonces le guiñó el ojo—. Y yo seré tío cuando tengáis *Lukitos*.

El resoplido que surgió de esa enorme cabeza resultó bastante humano.

«Me ha abandonado».

Para su absoluta sorpresa, el can se dejó ir hasta terminar acostado en el suelo, la cabeza apoyada sobre las patas delanteras mientras dejaba escapar un bajo gimoteo.

Él, Luke Evans, el alfa de la manada de Manhattan estaba tirado en el suelo en su forma lupina y gimoteaba como un cachorro porque su recién descubierta compañera le había dado plantón. Sacudió la cabeza y se dejó caer de rodillas sin saber muy bien qué hacer, jamás había

visto a su alfa en aquella tesitura y lo conocía desde que era un cachorro.

—A ver lobito, que aquí tu beta se está acojonando vivo —insistió, buscando su mirada—. ¿Dónde está Shane?

«En su casa».

Bueno, aquello era algo. Al menos sabía dónde estaba.

—¿Y tú dónde has pasado la noche?

«Corriendo».

—De acuerdo —aceptó intentando juntar todas las piezas de un puzle del que ni siquiera conocía la trama—. ¿Y por qué no te acercas a su hogar, llamas a la puerta, la seduces y te encamas con ella?

Su respuesta fue un nuevo gruñido.

—Luke, de verdad, empiezas a acojonarme.

«Huele muy bien. Dulce, como a pasteles y a fruta. Quiero lamerla. Quiero tenerla. ¡Es mía!».

El previo gruñido se convirtió en un sonoro aullido cuando el lobo alzó la cabeza y la echó hacia atrás dejando escapar un lastimoso sonido al que sintió la inmediata necesidad de contestar. Como miembro de su manada y mano derecha de su alfa, su misión era apoyarle siempre.

—Ver para creer —terminó murmurando, levantándose del suelo—. Recuérdame que nunca me empareje y si lo hago, que reclame a mi pareja cagando leches.

«Tengo hambre».

Frunció el ceño y alzó el dedo a modo de anotación.

—Espero que te refieras a hambre de comida, lobito, porque por mucho que me pongas no pienso servirte de esa manera.

La fila de dientes que emergió de inmediato ante su respuesta lo hizo sonreír.

—Bien, ya veo que no estás tan perdido después de todo —aceptó satisfecho con su respuesta.

«Quiero carne. Quiero correr. Quiero a Shane».

Suspiró. La carne era como el sustituto del chocolate para los lobos.

—Ya te he pedido el especial —le informó al tiempo que echaba un rápido vistazo a los cambiantes números de las plantas—, en cuanto a correr… a menos que quieras que te ponga la correa y te saque a pasear…

Sus dientes hicieron acto de presencia una vez más acompañados con un fuerte gruñido.

—Ya veo que no —resopló—. ¿Quieres un baño? Puedo llamar a alguna de las chicas y…

«¡Quiero a Shane! No quiero una chica, la quiero a ella». —Su voz sonó alta y clara en su mente mientras que el ascensor se llenaba con un nuevo aullido que casi lo hace gimotear a él mismo—. *«Quiero a Shane. Quiero que me bañe, que me acaricie… ¡quiero marcarla!»*.

Y damas y caballeros, pensó, esto era sin duda un lobo bipolar. Si no lo conociera lo suficiente para saber que le extirparía los huevos y utilizaría su pelaje para hacerse una alfombra, lo grabaría con el móvil y lo colgaría en *Youtube*.

—Sí, sí, sí… quieres a tu compañera, lo sé —suspiró y miró a su alrededor—. ¿Por qué no cambias a una forma que me dé un poco menos de tortícolis y no sé, te metes en tu oficina y haces un poco de papeleo? Te vendrá bien para mantenerte ocupado y…

«No. No quiero».

El can le dio esta vez la espalda y se sentó de nuevo.

Suspiró. Y ahora era un niño pequeño con rabieta.

El timbre del ascensor anunció que habían alcanzado la planta elegida, las puertas se

abrieron casi al instante y el lobo salió trotando delante de él.

«Eugi».

Enarcó una ceja al escuchar el diminutivo de su nombre que solo utilizaba Luke cuando estaba enfermo.

—Dime, *pequeñín.*

La rosada lengua emergió de la dentada boca y acarició el mojado botón negro que tenía por nariz.

«Shane es repostera. Quiero que me haga un pastel».

Toda una ironía, pues al señor alfa no le gustaba el dulce.

—¿De algún sabor en especial?

Lo vio relamerse.

«Nata y fruta. Así es como huele ella».

No pudo evitar sonreír ante el tono juvenil que detectó en su voz.

—De acuerdo, lobito, me pondré en contacto con ella para que te prepare una tarta.

Satisfecho, el lobo dio media vuelta y desapareció en dirección a la suite de la que había hecho prácticamente su casa.

—Ver para creer —suspiró viendo cómo la peluda cola desaparecía al doblar la esquina.

No recordaba haber visto a su jefe en esa tesitura nunca antes. Sí, cualquiera alucinaría al ver cómo se comportaba este hombre hecho y derecho, especialmente cuando se ponía enfermo. Luke Evans era un pésimo paciente, tendía a comportarse como un niño, pero esto iba mucho más allá. El emparejamiento le estaba haciendo perder la chaveta.

—De acuerdo, lobito, ¿quieres comer primero o que te frote la tripita? —preguntó alzando la voz para que él pusiese oírle.

El potente gruñido que llegó desde la suite lo hizo sonreír.

Sí, iba a ser un día de lo más entretenido.

CAPÍTULO 21

Aquel estaba resultando ser el peor día de su vida, pensó Eugene mientras miraba al lobo acostado debajo de la mesa que hacía la función de escritorio, no había vuelto a mover un músculo desde el momento en que le trajeron la comida y se instaló allí.

De todos los lobos que conocía, Luke Evans era sin duda uno de los hombres que más cerca estaba de su naturaleza animal. Prefería pasar el tiempo en su forma lupina que en la humana, especialmente cuando algo le preocupaba.

‹‹El lobo tiene una mente abierta y clara que me permite ver las cosas desde otra perspectiva››.

Era una respuesta que había escuchado muchas veces de su boca pero poco tenía que ver esta vez con lo que quiera que le estuviese pasando. La falta de comunicación y la melancolía que lo envolvía no era algo característico en ese lobo. ¡Si ni siquiera se había inmutado cuando sugirió llevarlo a hacerle una visita al veterinario! De hecho, durante toda la mañana no había hecho otra cosa que saltar de la melancolía a la rabia de un instante a otro; era como presenciar un partido de tenis.

‹‹¡Cómo se atreve! ¡Me dejó plantado! ¡Y no solo una, sino dos veces! ¡Cuando le ponga las manos encima va a saber a quién pertenece! Maldita loba››.

Suspiró ante uno de los muchos argumentos que ya había esgrimido con anterioridad.

—Debes tener paciencia y actuar con tacto. Ella es humana, ¿recuerdas? No es una loba. No va a reaccionar como una. Necesitas introducirla poco a poco en nuestro mundo, en tu mundo, es la única manera de hacer las cosas.

Especialmente cuando tenía como ejemplo el accidentado emparejamiento del alfa de Canadá. Adam había tenido más que problemas a la hora de retener a Bryony a su lado.

El lobo volvió a mover la cabeza, acomodó la lengua en la boca y volvió a cerrar los ojos dejando que esos lastimeros gemidos surgieran otra vez.

—Vamos, Luke —se acuclilló ante él—, no es el fin del mundo. Todo lo que tienes que hacer es salir de ahí, adoptar forma humana y concederte un relajante baño. Eso te ayudará a ver las cosas en perspectiva.

El lobo se limitó a girar la cabeza hacia otro lado.

‹‹Quiero a Shane››.

Puso los ojos en blanco y dejó caer la mano sobre la peluda cabeza sorprendiéndose al notar el calor que irradiaba a través del denso pelaje. Le tocó entonces la nariz y gruñó al unísono con el lobo al encontrarla tan caliente.

—Y sin duda sabes elegir el momento para complicar todavía más las cosas —rezongó mirándole a los ojos—. Tienes fiebre, así que deja de rezongar como una viejecita, ponte tu piel humana y métete debajo de la ducha.

Como respuesta el lobo desnudó los dientes y empezó a gruñir.

‹‹No me toques››.

Bufó pero dio un paso atrás y se sentó sobre los cuartos traseros.

—Sabes, dicen que cada emparejamiento es distinto —continuó hablando—, cada miembro de la pareja suele sufrir ligeras alteraciones, especialmente los que pertenecen a nuestra raza, pero juro por dios que eres el primer alfa que yo conozca que termina comportándose como

un jodido cachorro, llorando por las esquinas y al que le sube la fiebre cuando ni siquiera ha tenido tiempo de catar a su hembra. Lobito, tienes un enorme y jodido problema. La única manera en que podrás solucionarlo es poniéndote en pie, literalmente y sobre dos piernas y, recuperando la lobita que te ha tocado en suerte.

‹‹Ella no quiere verme››.

Suspiró.

—¿Y eso cuándo te ha detenido?

‹‹Tengo calor. Quiero agua››

La frase llegó acompañada del movimiento del can al abandonar su cama bajo la mesa y arrastrarse con la cola baja hasta el baño.

—Sí, es lo que suele apetecer cuando se tiene fiebre —rezongó, se levantó y fue tras él—. De hecho, harías bien en cambiar de una jodida ver y meterte debajo del grifo del agua fría.

—No eres quién para decirme lo que tengo que hacer, soy tu alfa.

La sonora y humana voz masculina hizo que dejase escapar un satisfecho suspiro.

—Y me encanta cuando te pones de humor de perros, querido —aseguró en voz lo suficiente alta para que él lo escuchase. Lo último que deseaba era ver a su jefe en cueros y no es que no admirase un ejemplar así, pero incluso él tenía un límite.

—Calor… hace demasiado calor —escuchó su voz una vez más un poco más apagada—. Shane, la necesito…

Lo próximo que escuchó fue un sonoro aullido lobuno seguido de cosas cayéndose al suelo.

—¿Luke?

No dudó, acortó la distancia entre ellos y se precipitó al interior del baño para encontrarse al lobo tumbado en el suelo una vez más y gimiendo como si le doliese algo.

—Luke, de veras, empiezas a ponerme de los nervios.

El can se limitó a gemir y mover las patas, sus ojos parecían incluso más oscuros de lo habitual.

‹‹Shane… tráemela, la quiero… la necesito››.

Con el mismo ímpetu de un artista de circo, el can pasó de parecer medio moribundo a incorporarse, sacudir el pelo y trotar en dirección al dormitorio con inesperado ímpetu.

‹‹Quiero a Shane, quiero que vuelva. La quiero aquí. Quiero a mi Shane››.

—Vas a volverme loco, lobito —ahora fue él quien gimió, empezando a desesperarse ante la actitud más extraña que había presenciado jamás en ese hombre.

Salió tras él pero no lo encontró en el dormitorio, frunció el ceño y se congeló al escuchar el inconfundible sonido de la tela al romperse.

—La madre que te… —se precipitó hacia el salón para encontrarle subido al sofá y mordiendo con saña los cojines.

‹‹Quiero a Shane. ¡La quiero! ¡Quiero cazarla! ¡Quiero morderla! ¡Es mía!››

Alzó los brazos con un hondo resoplido.

—¡Pues muérdela a ella pero no destroces el mobiliario!

El lobo se giró hacia él entre una nube de plumas con el pelo erizado y el hocico descubierto mostrando una larga fila de dientes al tiempo que gruñía con gesto amenazante.

‹‹Es mi sofá y lo destrozaré si quiero››.

Dicho lo cual hizo exactamente eso, emprendiéndola con los brazos y los asientos hasta que no quedó un solo centímetro en el que no hubiese hundido sus dientes.

—Esto es demasiado —jadeó y lo señaló con el dedo—, ni se te ocurra moverte de ahí

mientras busco… una solución… o un tranquilizante de caballo.

‹‹Quiero a mi compañera. Mataré a quien me la quite››.

Puso los ojos en blanco, le dio la espalda y cerró por la puerta para cerrarla luego tras de sí. El eco de un nuevo aullido llenó sus oídos haciendo que desease contestar al llamado de su alfa.

—Será perro —siseó, entonces sacudió la cabeza y empezó a pasearse de un lado a otro del corredor—. Y ahí está, destrozando el sofá. Dios me libre de emparejarme si ese es el resultado.

Con un profundo resoplido se detuvo en seco y hurgó en el interior de la chaqueta en busca del teléfono.

—Que alguien me preste una cuerda que me ahorco yo solito —rezongó al tiempo que marcaba el último número al que quería llamar, pero el único en el que podrían darle una respuesta sensata—. Vamos, vamos…

El periodo de emparejamiento de cada lobo era distinto, había muchas cosas que influían en ese inesperado y drástico cambio, si bien había rasgos comunes como el aumento del apetito por la carne fresca, una agresiva e irremediable atracción hacia su compañera, el sentimiento de posesión y de marcar territorio tal y como había hecho Luke inadvertidamente con ella durante el tiempo que pasó junto a su lado en el cónclave, había muchas otras que eran una incógnita. Sin embargo, la forma en la que estaba reaccionando él era algo que distaba mucho de la naturaleza del hombre e incluso de la bestia y no podía evitar preocuparse.

No sucedía con demasiada frecuencia pero a lo largo de la historia se habían dado algunos casos de locura y otros trastornos causados por el emparejamiento, especialmente en aquellos miembros con más peso sobre sus hombros y sin duda un alfa era un candidato para ello.

La línea por fin cobró vida y escuchó música al otro lado del receptor.

—Señor, disculpad esta inesperada e inoportuna llamada pero necesito consejo.

Hubo una suave risa en respuesta.

—Ha debido caer una enorme catástrofe sobre tus hombros si me llamas pidiendo consejo, Eugene.

Hizo una mueca ante la pausada y profunda voz masculina que respondió al otro lado del teléfono.

—Luke está en forma lupina destrozando su sofá favorito. Sí, lo considero una catástrofe —declaró con un mohín—. Por no mencionar que se ha zampado más carne fresca que yo en toda una semana, que gimotea como un cachorro un instante y se pone en plan *Perrinator* al siguiente. Voda, solo le falta hacer volteretas… y no quiero ver a mi alfa dando volteretas.

—Parece que el vínculo del emparejamiento está haciendo estragos —comentó en tono reflexivo—, y teniendo en cuenta que estamos en pleno ciclo lunar…

Mierda, ¿cómo no había pensado en ello? La luna llena solía masificar los sentidos de los lobos, especialmente los de aquellos que estaban emparejados o en pleno emparejamiento.

—A juzgar por sus ganas de mordisquear los muebles todavía no ha reclamado a su compañera, ¿no es así?

Resopló.

—Ya has conocido a la muchacha —comentó—. Es humana y ha resultado ser una experta en darle con la puerta en las narices y llevar la palabra «no» a extremos insospechados.

Una ligera risa surgió a través de la línea.

—Bueno, Eugene, dadas las circunstancias solo hay una cosa que puedes hacer ahora mismo para poner fin a tan inusual comportamiento en tu alfa —le dijo animado—. Dale al lobo,

lo que el lobo quiere.

Frunció el ceño y echó un rápido vistazo a la puerta cerrada.

—De acuerdo, démosle al lobito el postre que ha pedido.

—Tú. Mi propia hija.

—Mamá…

—¡Y he tenido que enterarme por esa indiscreta cotilla!

—Mamá, no es…

—¿Por qué, Shane? ¿Cuándo pensabas decírnoslo?

Puso los ojos en blanco ante el tono melodramático utilizado por su madre, ¿había algo que fuese a salirle bien hoy? Lo que estaba sucediéndole tenía que ser cosa del karma, no había otra explicación. Su madre era de esas mujeres que no solía leer revistas de cotilleo y se saltaba las noticias de sociedad de los periódicos, a lo sumo ojeaba alguna revista durante su tiempo en la peluquería, así que era casi un milagro que se hubiese enterado de su aparición en el periódico.

—¿Por qué no acudiste a nosotros? Sabes que puedes hablarnos de cualquier cosa, somos tus padres.

Arrugó la nariz ante el tono cada vez más angustiado de su madre.

—Mamá, solo es una foto en un periódico —trató de calmarla—. No es una tragedia. Tienes que fijarte realmente para saber que soy yo.

Lo cual la llevaba a preguntarse cómo diablos había descubierto cualquier otra persona su identidad e irle con el cuento a su madre.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó. Intentó hacer recuento mental de las amigas o conocidas de su madre. ¿Había dicho una vecina?

—¡A estas alturas debe saberlo todo el pueblo! —clamó dejándola casi sorda—. Lucy Miller se presentó hace un momento con el periódico, te reconoció por ese estúpido tatuaje que insististe en hacerte a los dieciocho años.

Lucynda Miller, más conocida como Lucy o la señora Miller, una de las más grandes cotillas de todo el estado.

Suspiró y continuó con su trabajo.

—Mamá, esa mujer ha hecho del cotilleo un deporte Olímpico —le recordó—, y de lo que dice, solo hay que creer la cuarta parte. A veces, ni eso. No sé lo que te ha contado, pero no puede ser tan grave como para que me llames con tal tono de desesperación.

—¡Ha insinuado que eres una de esas chicas… que… que… que se citan con hombres importantes por dinero! —siseó su madre.

Shane parpadeó. Sus ojos se deslizaron hacia el teléfono como si pudiese ver a través de él la cara horrorizada de su madre al soltar tal enorme idiotez.

—Tú siempre has sido una buena chica —insistió como si necesitara justificarla—, juiciosa. Te hemos inculcado una buena educación, no quiero pensar… Ahí sola, en esa gran ciudad, sin trabajo… Shane, pequeña, dime que no has hecho ninguna tontería.

¿Era ahora cuándo tenía que echarse a reír o todavía tenía que escuchar más estupideces? Apretó las manos hasta cerrarlas en dos puños y contó hasta diez mentalmente. De nada le iba a servir gritarle a su madre.

—Mamá, ¿está papá por ahí?

—Leyendo el periódico, corazón —escuchó la voz de su padre a lo lejos. Sin duda, la voz

de la razón.

—Hola papi —lo saludó al tiempo que recuperaba la espátula con la que había estado removiendo la cobertura y señalaba el teléfono con ella—. ¿Quieres, por favor, matar a la señora Miller por mí? Te ayudaré a cavar un hoyo y enterrar después el cadáver.

Su padre, bendito fuese, se echó a reír con buen humor.

—¿Qué tal lo pasaste en la fiesta? ¿Tanta pompa y ceremonia como sugería la foto?

Suspiró de alivio.

—La fiesta bastante aburrida —le dijo. Obvió el refunfuño y los regaños que su madre le estaba dando ahora a su padre—. Ya sabes, demasiado champán y mucho ego, todo concentrado en el mismo lugar. Solo les faltaba medir a ver quién tenía… el coche más grande.

La sonora carcajada de su padre la tranquilizó una vez más y terminó sonriendo también.

—Espero que al menos la compañía haya compensado el haberte hecho pasar por tal penitencia, corazón —le dijo él entre risas—. Has dado con un hombre de lo más peculiar, sin duda.

El tono jocoso en la voz de su padre la hizo fruncir el ceño. ¿Conocía a Luke Evans? Su padre ya estaba retirado, pero había sido un abogado bastante conocido.

—¿Conoces al señor Evans? —preguntó en voz baja, casi temía conocer la respuesta.

—Héctor, ¡no me dijiste que conocías al hombre que salía con Shane en la foto!

Escuchó el resoplido de su padre.

—No me pareció que tú y esa gallina deslenguada quisieseis mi opinión —rezongó él—. Además, estaba diciendo tantas burradas y todas juntas que pensé que tú misma te darías cuenta del sinsentido que estaba orquestando.

—Por lo visto no ha sido así —murmuró ella—, puesto que acaba de tomarme por una prostituta de lujo.

—¡Shanelle Pears, esa boca!

Puso los ojos en blanco.

—Tu hija tiene todo el derecho del mundo a sentirse ofendida, Sonia —le aseguró él—. Yo mismo me siento ofendido.

—Gracias, papi.

—Si estuvieses ya casada como dios manda no pasarían estas cosas.

Y ahí estaba el meollo de la cuestión. Su madre atacaba de nuevo.

—Mamá…

—Al menos, dime que el hombre con el que apareces en la foto es tu novio.

—Eso sería sin duda interesante —escuchó rumiar a su padre.

Ahora sí que puso los ojos en blanco de verdad.

—No es mi novio —siseó. ¿Era dolor de cabeza lo que empezaba a sentir punzándole la frente?

—¡Lo ves! —insistió su madre, pero obviamente no estaba hablando con ella—. Te lo dije. ¿No te lo dije? Te dije que un hombre como ese no podía traer consigo nada bueno. Todo ese aire de riqueza y poder, nuestra Shane no está hecha para ese mundo, es una chiquilla.

—Una chiquilla a punto de cumplir los treinta —recordó su padre sabiamente—. Déjala hacer su vida de una vez y no te metas. Lleva viviendo sola el tiempo suficiente como para poder cuidar de sí misma.

Nota mental, pensó, comprarle a su padre una botella del mejor bourbon que hubiese en el mercado.

—Y si no es tu novio, ¿cómo diablos has terminado vestida así y del brazo de ese hombre?

Porque terminé colándome en su hotel al responder a una llamada de auxilio de Carly, pensó con ironía. No podía decirle eso o tacharía a su prima de la familia para toda la eternidad.

—Es… un… amigo —la palabra casi se le atraganta. No veía a Luke Evans en la tesitura de «amigo». Amante o cabronazo dispuesto a acabar con tu vida de un plomazo sí, pero amigo... Esas eran palabras mayores—. Necesitaba acompañante para una fiesta de… beneficencia… y le acompañé.

Demonios, jamás se le había dado bien mentir.

—¿Un amigo? —la suspicacia en la voz de su madre era palpable. Ella la conocía muy bien—. ¿Qué clase de amigo?

Del que te secuestra en plena calle y prácticamente te obliga a comer con él.

—Del que te saca de un problema cuando más lo necesitas —barruntó decidiendo mantenerse lo más cerca de la realidad que fuese posible—. Mi coche ha pasado a mejor vida y él se detuvo a ayudarme.

—¿Se ha muerto por fin ese cacharro? —Ahora fue su padre el que parecía emocionado—. ¡Al fin! Ahora podrás comprarte algo decente.

Suspiró.

—¿Tuviste un accidente? ¡Ay dios mío! Dime que estás bien, mi niña —clamó de nuevo su madre. Esa mujer era capaz de pasar de indignación más intensa a la preocupación en menos de lo que costaba respirar.

—Estoy bien, estoy bien —se apresuró en asegurarle—. Empezó a salir humo del capó cuando lo arranqué y decidió morirse del todo. Ni siquiera estaba en marcha, estoy bien.

El suspiro de alivio de su madre la hizo suspirar a ella misma. ¿Por qué tenía que ser tan agotador hablar con ella?

—Mirad, me alegro mucho de hablar con vosotros, de verdad, pero tengo cosas que hacer —aseguró mirando el desastre extendido sobre su mesa—. Tengo que terminar de preparar un par de postres para mañana y se me echa el tiempo encima.

—¿Te has presentado a esa entrevista de trabajo de la que me habló tu prima Carly? —la sorprendió una vez más su madre—. Dice que podría ser una buena oportunidad para ti.

Parpadeó con incredulidad ante las palabras de su madre. ¿Carly había acudido a su madre en busca de refuerzos? Iba a matarla.

—Mamá, papá… tengo que dejaros —declaró, dispuesta a dejar a su madre con la palabra en la boca.

—¿Vendrás a la barbacoa del sábado, Shane? —preguntó ahora su padre.

—Claro que vendrá —contestó su madre al mismo tiempo—, y puedes traer a tu amigo.

¿Llevar a Luke Evans con ella? Sí, claro, cuando los cerdos aprendiesen a tocar el violín.

—No sé… lo intentaré… pero no prometo nada —se zafó. Estaba a punto de colgar cuando sonó el timbre de la puerta dándole la excusa perfecta y real—. Tengo que dejaros, llaman a la puerta.

—Cuídate corazón.

—Tú también, papi —le sopló un beso—. Os llamo el viernes.

—¡Tráete a tu amigo!

No esperó a escuchar más, apagó el teléfono y resopló.

—Sí, claro, eso es justo lo primero en mi lista, madre —musitó mirando el teléfono ya apagado.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Vaciló unos segundos mirando a su alrededor y su propio aspecto y suspiró.

—Qué más da —musitó. No iba a poder tener mejor aspecto del que tenía ahora mismo llena de harina y pegotes de masa a no ser que se bañase—. ¡Ya voy!

Trotó por el pasillo y frenó sobre la alfombra para hacer un breve alto en el espejo de la entrada, limpiarse la harina de la cara y abrir finalmente la puerta.

—¿Sí?

—Hola pequeña.

Parpadeó varias veces ante la inesperada visita que acababa de llamar a su puerta.

—¿Es que nunca voy a librarme de él?

El recién llegado sonrió ampliamente.

—Sabes, esa es una frase a la que yo recurro muy a menudo.

CAPÍTULO 22

Lo que tenías que hacer para contentar a un lobo, pensó Eugene, al ver el gesto de sorpresa que apareció en el rostro de Shane nada más abrir la puerta. No tenía que ser adivino para saber que su presencia allí no le hacía la menor gracia.

La mujer tenía su hogar en un barrio agradable y tranquilo, una casa de ladrillo que se diferenciaba de las demás que llenaban la larga y estrecha vecindad en los marcos de las ventanas y el escueto jardín delantero que delimitaba la breve escalera que conducía a la puerta. No había garaje puesto que la mayoría de los coches estaban aparcados a un lado de la calle, suponía que su pequeño utilitario estaría justo allí, pegado a la acera, de no encontrarse en el desguace.

—¿Puedo pasar?

La vio suspirar, se hizo a un lado y extendió el brazo a modo de invitación. Llevaba unos ceñidos vaqueros y una camiseta que quedaba parcialmente oculta por el colorido delantal manchado de harina y otros ingredientes que su agudo olfato reconoció al momento. Incluso su pelo o su rostro conservaban parte de dichos ingredientes, sin duda había estado trabajando con ahínco o llevando a cabo la pelea más cruenta de toda su vida.

—Nata y frutas —murmuró, captando por debajo de todo aquello su propio aroma. Sí, Luke había recuperado su olfato por completo.

—¿Disculpa? —murmuró ella cerrando la puerta de la entrada.

Se limitó a recorrerla con una obvia mirada.

—Hueles a eso y a azúcar, básicamente.

Enarcó una ceja y a continuación bajó la mirada sobre su delantal.

—Sí, bueno, me coges trabajando —rezongó ella, sus mejillas se colorearon ligeramente y no dudó en pasarse la mano por ellas y por el pelo—. ¿Qué quieres? ¿Dónde has dejado a tu perro guardián?

—Tirado y gimoteando debajo de una mesa porque cierta… mujer… le dio esquinazo.

No se le escapó la forma en que sus mejillas aumentaron de color ni la rápida desviación de su mirada.

—Una imagen sin duda peculiar dado que tu jefe no gimotearía ni aunque le dieses con un mazo en el dedo gordo del pie —replicó y pasó ante él sin detenerse.

—Te sorprenderían las cosas por las que gimotearía mi jefe.

Ella prefirió ignorar su comentario y echó un breve vistazo atrás para cerciorarse de que la seguía.

—Lo que me sorprende es que tú estés en mi casa —declaró. Entonces se detuvo en seco y se giró hacia él—. Espera, ¿no estarás aquí por lo del otro día? Creo que quedó perfectamente claro que no pertenezco a esa… agencia de citas. Si Evans te ha enviado a saldar algún tipo de cuenta…

Alzó las manos a modo de rendición.

—Luke no te insultaría de esa manera, querida —se apresuró en defenderse, entonces añadió más para sí que para ella—, y mataría a cualquiera que lo hiciera.

Los suspicaces ojos verdes se entrecerraron ligeramente al posarse sobre él.

—Empiezo a considerar el acoso como un insulto —arguyó, continuó camino y entró en

una reducida cocina cuya isla central parecía haber sufrido un cataclismo—, quizá deberías decírselo.

—Quizá puedas decírselo tú misma —comentó mirando con curiosidad aquel desastre culinario. Había una base de bizcocho quemada en un cubo, otra esperando a ser rellenada encima de la mesa y una aromática crema todavía caliente en un cazo sobre la placa de la cocina —. Cuando le entregues el encargo que te traigo.

Enarcó una ceja, posó las manos sobre la mesa y lo miró a los ojos. Interesante, esa mujercita no se amilanaba.

—¿Encargo?

Señaló la mesa con un gesto de la cabeza.

—Creo que tuvisteis una conversación sobre tus… habilidades culinarias… y se le ha metido en la cabeza que quiere un postre hecho con tus propias manos —argumentó—. Que lleve nata y frutas. Nada de chocolate, por favor.

Arrugó la nariz.

—Como ya le dije al señor Evans, no hago encargos a nivel industrial.

La manera en que pronunció «señor Evans» casi lo hizo sonreír. Si esa era la manera en que se comportaba con Luke, no era de extrañar que su jefe estuviese con tal síndrome premenstrual; tenía que volverlo loco.

—Soy consciente de ello —asintió—, de hecho estaba pensando en algo más íntimo y personal. Nada demasiado serio o extravagante…

Los labios femeninos se curvaron con ironía.

—Curioso, cuando él parece responder muy bien a esas características.

—¿Luke? ¿Extravagante? —bufó—. Querida, el único elegantemente extravagante en ese hotel soy yo, tenlo presente.

Ella se encogió de hombros.

—Así que algo íntimo y personal —comentó sin quitarle los ojos de encima—. Una botella de cianuro, ¿quizá?

Ahora fue él quien entrecerró los ojos sobre ella.

—¿Esta belicosa actitud tuya es por mi presencia o la ausencia de la suya?

—Existe algo llamado teléfono —le dijo, ignorando a propósito su pregunta—. Por regla general, la gente suele hacer los encargos de esa manera o concertar primero una cita si necesita tratar algo en persona. Lo que tu jefe está haciendo con todo esto… se acerca demasiado para mi gusto al acoso. ¿Y sabes cuál es mi política acerca del acoso? Una oportuna denuncia a la policía y una espléndida orden de alejamiento. Y si eso no funciona, siempre nos quedarán las tijeras…

¿Acababa de amenazar con cortarle los huevos a su jefe? ¡Esta mujer era perfecta!

—Luke está acostumbrado a llevar las cosas a un terreno más personal, incluyendo los negocios —aseguró y señaló el bizcocho con aroma a limón—. Eso huele bien. Si puedes añadirle unas cuantas frutas y una cobertura de nata y entregarlo digamos… ¿a las siete? Sería el postre perfecto para esta noche.

Ella siguió su mirada, observó el bizcocho y luego volvió a depositar su atención sobre él.

—¿La gente salta cuando vosotros habláis?

—¿Perdona?

Se cruzó de brazos.

—Ya sabes, les decís «haz esto» y lo hacen en el mismo instante en que abandona la última palabra de vuestra boca —le aclaró. Entonces alzó la barbilla con gesto desafiante—. Lo pregunto porque no es la forma en la que yo hago las cosas. A estas alturas es algo que tu jefe ya

debería saber, si es que sabe captar las indirectas.

—Sí, creo que le quedó perfectamente claro la clase de mujer que eres cuando saliste del coche por la ventanilla y después lo dejaste plantado en el restaurante —resumió divertido—. Me habría gustado estar allí para verte llevar a cabo tales proezas.

—Fue una suerte que no lo estuvieses, odio el público.

—Entre otras cosas, eso está claro.

Shane dejó escapar un cansado suspiro.

—¿De verdad necesitas el postre para esta tarde?

El tono resignado en su voz casi lo hace gemir de placer. ¡Había accedido! *Jefe, me debes un aumento.*

—Tarde-noche —asintió al tiempo que introducía la mano en el interior de la chaqueta y extraía la cartera—. Puedo pagarte ahora si lo deseas…

—No —extendió la mano interrumpiéndole—. El pago a la entrega.

Asintió y devolvió la cartera a su lugar.

—Eres confiada.

Una irónica sonrisa curvó los suaves labios femeninos.

—En absoluto, es que puestos a envenenar a alguien, prefiero hacerlo gratis.

Se rio, no pudo evitarlo. Aquella muchachita tenía respuesta para todo.

—¿Las ocho y media te parece una hora más aceptable? —sugirió dándole un poco más de margen—. La dirección de la entrega ya la conoces. Hotel *Manhattan Imperian*, la misma suite que visitaste el viernes.

—¿Y me dejarán entrar?

Su sonrisa se amplió.

—Cualquiera que lo impida no verá el mañana, querida, tenlo por seguro —le guiñó el ojo.

Negó con la cabeza, desvió la mirada hacia el reloj de la pared y volvió a mirarle.

—El hacer una entrega con tan poco tiempo tendrá un recargo —le informó.

Él asintió.

—Luke pagará gustoso cualquier recargo con tal de tener lo que desea —aseguró. Con un último gesto de la cabeza, se despidió—. Espero con ilusión volver a verte por el hotel, querida Shane. Hasta esta noche.

No esperó a que ella lo guiase a la puerta, desanduvo el camino y abandonó la acogedora casa de la compañera de Luke con una divertida sonrisa.

La pequeña Shane prometía traer consigo toda clase de problemas a la ordenada vida de su alfa. ¡Bendita fuera!

CAPÍTULO 23

Shane se detuvo en seco nada más bajarse del ascensor, un inesperado escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza y no pudo evitar sentir cómo sus nervios volvían a hacer acto de presencia.

Allí estaba otra vez, en el punto de partida en el que había comenzado toda aquella locura el viernes pasado, aunque en esta ocasión lo hacía por invitación.

Bajó la mirada y miró la caja que portaba en ambas manos.

—Estoy rematadamente loca —murmuró para sí.

Era la única explicación que encontraba para lo que estaba haciendo, la única que podía dar razón alguna de que se encontrase de nuevo allí, expectante y nerviosa por ver de nuevo al hombre del que ya había huido dos veces.

Tomó una profunda bocanada de aire y enfiló el camino que la llevaría directamente a la suite tal y como le indicó Eugene al darle la bienvenida. El solícito y amanerado secretario prácticamente la había arrastrado hacia los ascensores privados para introducirla en uno de ellos y accionar con la llave el piso al que debía ir. Si no fuese porque no lo conocía demasiado bien, juraría que parecía algo ansioso por realizar la entrega que traía consigo.

‹‹Según sales del ascensor, tuerce a la derecha. No hace falta que llames, encontrarás la puerta abierta y a su Real Dolor en el Culo en la suite››.

La puerta estaba abierta, las luces encendidas y esta vez sonaba una electrizante música de fondo, no tan alta como para que no se pudiera mantener una conversación pero lo suficiente como para hacerla encogerse ante los agudos y góticos estribillos. No hacía a Luke Evans un amante del *power metal sinfónico*, pero eso era lo que sonaba de fondo, pudo reconocer la melódica voz de la cantante ya que era también una de las favoritas de Carly.

Se lamió los labios y entró asomando la cabeza con precaución.

—Pears entregas a domicilio —alzó la voz, esperando que el irascible Evans apareciese de un momento a otro—. Le traigo el encargo que hizo con tanta premura, señor Evans.

Se detuvo en seco ante el umbral del salón, sus ojos se abrieron desmesuradamente ante el inesperado estado de la habitación. El sofá había pasado a mejor vida convirtiéndose en un montón de plumas, tapicería rota y lo que solo podía ser el rastro del caro mueble. La mesa auxiliar que había visto la primera vez estaba volcada en el suelo y las patas de madera parecían haber sufrido un ataque de termitas… ¿o de dolor dental canino? Ni siquiera la alfombra, cuyos laterales estaban desmenuzados, se había salvado.

La sala era la zona cero de alguna catástrofe.

—¿Señor Evans? —llamó. No estaba dispuesta a pronunciar su nombre.

Al instante oyó ruido procedente del dormitorio seguido por su propio nombre.

—¿Shane?

Si el estado de la habitación la había sorprendido, la aparición de Luke Evans la noqueó por completo. El elegante y serio empresario que emanaba poder y dinero había desaparecido para dejar en su lugar un ejemplar masculino que exudaba sensualidad, peligro, agresividad e hizo que se le hiciese la boca agua.

Sin camisa, cada uno de los asombrosamente cincelados músculos quedaba a la vista, su piel bronceada estaba marcada aquí y allá con algunas líneas blancas que parecían cicatrices. Su pecho y brazos estaban espolvoreados por un breve vello negro que desaparecía también bajo la

línea del pantalón; uno que se mantenía de manera precaria sobre sus caderas.

Tuvo que obligarse a tragar cuando la boca se le llenó de saliva, su cuerpo despertó al instante, su sexo se humedeció e hinchó demandando atención al punto de que terminó apretando los muslos. Pero eran sus ojos mucho más claros y brillantes clavados en ella los que la hicieron temblar de pies a cabeza mientras lo miraba.

—Yo… —Las palabras volaron de su mente, las manos empezaron a sudarle y todo lo que pudo hacer al respecto fue extender los brazos y ofrecerle el postre. Aunque lo que realmente quería era ofrecerse a sí misma en una bandeja—. Um. Su encargo.

Le vio lamerse los labios, su nuez de Adán se movió mientras tragaba y estuvo a punto de dejar caer el paquete y gemir cuando lo vio avanzar hacia ella.

Ese hombre no era humano, se movía con una gracia y sensualidad que la apabullaba y hacía que quisiera arrancarse la ropa al mismo tiempo.

Maldita sea, ¿cuándo había estado tan caliente?

—Estás aquí —su voz sonó profunda, un ronco gruñido acompañó sus palabras al tiempo que se detenía frente a ella, engulléndola con su altura y amenazándola de una forma que más que asustarla la derretía.

Sintió cómo la humedad se extendía entre sus piernas, empapando sus bragas. Sus pezones rozaban ya erectos contra el sujetador, agradecía el no haberse quitado el abrigo todavía.

—No me gusta ser burlado, señorita Pears. No me lo tomo… —¿acababa de olfatear el aire?—, nada bien.

Abrió la boca pero la tenía ahora demasiado seca como para articular palabra. Haciendo un verdadero esfuerzo por hacer funcionar su cerebro, extendió la caja obligándole a aceptarla.

—Su encargo.

Él entrecerró los ojos, cogió la caja de sus manos, arrancándosela y la dejó delicadamente sobre un mueble cercano.

—Nata y frutas —murmuró girándose hacia ella.

Se lamió los labios sintiéndose repentinamente nerviosa.

—Es lo que me encargaron —declaró intentando recuperar su aplomo. Dio un paso atrás y chocó con los restos de un cojín—. ¿Tan mala era la decoración?

Él bufó y descartó lo que pretendía ser un irónico comentario con un gesto de la cabeza.

—Mi lobo está un poco irritable —contestó sorprendiéndole una vez más con esa afirmación—. Tenía la imperiosa necesidad de desfogarse… y que mejor manera de hacerlo que mordiendo.

—¿Tu lobo? —repitió. Sí, podía ver a alguien cómo Evans teniendo una mascota tan inusual—. ¿Qué pasa? ¿No había ningún chucho en la perrera que estuviese a tu altura?

—Ninguno al que le gusten las pequeñas pelirrojas deslenguadas —masculló sin apartar la mirada de la suya—, al parecer se contagió de mi propio disgusto —señaló el desastre—, no le gusta que lo dejen plantado.

Siguió su mirada y terminó en sus propios pies. Se agachó y levantó un trozo de tapicería de la cual todavía volaron algunas plumas.

—Deberías hablar con su veterinario —comentó agitando el trozo de tela—, si tu perrito tiene los mismos hábitos que tú, sus… juegos van a salirte realmente caros —alzó la mirada y se encontró con sus sagaces ojos—. ¿Sabes? Mi gato también destrozaba cosas para marcar el territorio… lo llevé al veterinario y lo castré.

En realidad eso era lo que había hecho Carly, puesto que el gato era suyo y, tenía tendencia a meterse con el gato del vecino y ocasionarle toda clase de problemas.

La respuesta masculina llegó en la forma de un profundo y bajo gruñido que sonaba demasiado animal para su gusto.

—¿Puedes de dejar de hacer eso? Me pones nerviosa.

No apartó la mirada, parecía sentir una imperiosa necesidad por asegurarse de su presencia.

—No me gusta tu sugerencia —declaró en esa voz firme y profunda que la hacía estremecer—, pero te perdonaré dada la obvia ignorancia a la que te enfrentas…

Y allí estaba el «capullo snob Evans» en toda su esencia.

—Me asombra que seas tan magnánimo.

Él sacudió la cabeza y empezó a acortar una vez más la distancia que sutilmente ella había vuelto a interponer entre ellos.

—No me dejas otra opción que serlo —aseguró recorriéndola con una mirada abiertamente sexual—, me dejas sin opciones en muchas cosas en realidad.

Dio un nuevo paso atrás, su cuerpo la traicionaba reaccionando ante su presencia, ni siquiera con su antiguo novio se había sentido de esa manera.

—¿No vas un poquito… fresco… el día de hoy? —comentó, indicando con un sutil gesto de la cabeza la obvia semi desnudez que protagonizaba.

—Tengo calor —respondió y una vez más le pareció notar cómo alzaba la barbilla y olisqueaba el aire. La forma en que se relamió y la renovada intensidad de su mirada contribuyeron a esa sensación—. Hueles muy bien.

Ahora fue ella la que se lamió los labios con gesto nervioso.

—Um, ¿gracias?

Él sonrió de medio lado y siguió acechándola. Parecían estar bailando en el proceso de alejarse y acercarse el uno al otro.

—Solo digo la verdad. —Su voz sonó ronca y absolutamente sexy en sus oídos. Un breve estremecimiento y la punzada de deseo que sintió entre las piernas contribuyeron a aumentar su incomodidad.

Maldita sea, se le estaba haciendo la boca agua, sus ojos vagaron por si solos sobre su cuerpo y no pudo evitar contener el aliento al ver la tienda de campaña que formaba su pantalón. Sonrojada apartó la mirada, dio un paso atrás y acabó tropezando con un trozo del sofá que la habría enviado al suelo de no ser por los rápidos reflejos masculinos.

Los fuertes brazos la rodearon haciéndola aún más consciente de su cercanía, su aroma era delicioso y para su completo horror se encontró salivando por él.

—Cuidado, Shane —murmuró con voz profunda, enderezándola y apretándola al mismo tiempo contra su cincelado cuerpo—. Te necesito sana y en perfecto estado para lo que tengo en mente.

Sus manos volaron instintivamente a su pecho desnudo en un intento por apartarse pero el calor que encontró emanando de su piel la tomó por sorpresa.

—Estás… demasiado caliente.

Una lobuna sonrisa curvó sus labios por completo.

—Eso no voy a discutírtelo —aseguró con gesto sensual.

Ella sacudió la cabeza, se revolvió en sus brazos hasta poder deslizar la mano sobre su frente.

—Tienes fiebre —frunció el ceño ante tal descubrimiento—. Estás ardiendo.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios, le besó los dedos y le succionó el índice.

—Estoy mucho mejor ahora que te tengo aquí.

No dudó en desembarazarse de su abrazo, su erección la había rozado haciendo que su cuerpo reaccionase con hambre. ¿Qué diablos le pasaba?

—¿Te ha visto un médico?

—No necesito un médico —declaró, volviendo a atraerla a sus brazos con toda intención de besarla—. Todo lo que necesito ahora es a ti.

Los labios eran cálidos sobre los suyos, la lengua húmeda penetró en su boca arrancando una involuntaria respuesta en ella. ¿Ese gemido había sido suyo?

—No, Luke… para —se escabulló otra vez—. No seas crío. Estás ardiendo y no tergiverses mis palabras a tu conveniencia.

Él rezongó, se movió incómodo y buscó una vez más su presencia, su mirada.

—¿Por qué te marchaste, Shane? —le preguntó entonces, el reproche presente en su voz —. No tienes idea lo que tu ausencia me provoca… Me obsesionas y me vuelves loco, haces que gruña, que aúlle, que me consuma. Quiero salir y cazarte, perseguirte y atraparte. Reclamarte. Pero… no puedo hacer eso, ¿verdad? No sería justo para ti, no cuando ni siquiera sabes con quién te has involucrado. —Sacudió la cabeza y la ladeó—. Quédate conmigo, Shane, te necesito…

Resopló y puso los ojos en blanco.

—Ahora sí sé que estás verdaderamente enfermo —aseguró mirándole a los ojos—. Delira usted sin parar, señor Evans.

Su respuesta no pareció gustarle demasiado, acortó la distancia entre los dos hasta el punto de que terminó acorralándola contra una pared.

—¿Es así como será entonces, señorita Pears? —murmuró sin apartar la mirada de la suya —. ¿Tú huyendo y yo dándote caza? ¿Vas a obligarme a ejercer mi naturaleza alfa contigo? Te quiero a mi lado, junto a mí, no luchando en mi contra.

Intentó liberarse de su restricción, pero él no solo no la dejó ir sino que la aprisionó aún más.

—Deja de decir tonterías y suéltame.

Sacudió la cabeza y se inclinó sobre su cuello, deslizó la nariz por su columna y la olió.

—Eres mía, Shane —declaró con fiereza—, la única. No existe nadie más.

Se estremeció ante sus palabras, ante la sensación de su boca ahora sobre su cuello.

—Luke, por favor, suéltame —pidió. Ese hombre era demasiado intenso para ella, en cierto modo la hacía sentirse débil y temblorosa.

Los ojos color café se entrecerraron hasta formar dos delgadas rendijas, la comisura de sus labios se arqueó y su respuesta sonó tajante.

—No.

Enrojeció al comprender que le estaba dando la misma respuesta que le había dado ella en varias ocasiones.

—Señor Evans…

Chasqueó la lengua.

—No, señorita Pears —le informó, su voz profunda, sensual y muy grave—. No más huidas, no más aplazamientos, estás aquí… y te deseo.

Le hubiese gustado poder decir algo al respecto, especialmente cuando cada una de sus palabras hizo que todo su cuerpo se pusiese en un estado de total atención, pero estas se esfumaron de su boca y su cerebro en el mismo momento en que sus labios la reclamaron con desesperada hambre.

—No… espera… esto no es… —intentó resistirse, apelar a la razón pero esta parecía

hacérsele cada vez más esquiva—. Yo no vine…

Sacudió la cabeza y lo empujó hasta conseguir abrir una pequeña brecha entre ellos y escabullirse por debajo de sus brazos.

—Luke Evans, ¡basta! —se puso seria—. Estás enfermo. Tienes fiebre y no estás actuando en tu sano juicio.

Él gruñó de nuevo, un sonido puramente animal que la estremeció de los pies a la cabeza haciendo surgir su indignación.

—¡Deja de hacer eso!

Su réplica fue igual de intensa.

—¡Pues deja de huir! —siseó él. Se llevó las manos a la cabeza, se mesó el pelo y a continuación la devoró con la mirada—. No lo soporto… —Su voz era mucho más grave ahora, más oscura—. Quiero tocarte… tenerte… cazarte…

Dio un paso atrás y esta vez se fijó en no tropezar otra vez con el desastre organizado en el salón.

—Escúchate —intentó hacerle ver lo que estaba pasando—, no estás bien. Hablas como…

—Como un lobo, una bestia que está cansado de los juegos de su compañera… su presa… —insistió él sin dejar de rondarla—. Eres maleducada, respondona, irónica, todo lo que sale de tu boca es no, no y no. No piensas antes de separar esos lujuriosos labios… no eres en absoluto lo que habría elegido de poder hacer algo al respecto, pero no puedo… y ahora tampoco querría hacerlo porque te deseo a ti.

Sus palabras fueron como un afilado aguijón para su alma, unas que se acercaban demasiado a las que ya había escuchado de otros labios y en otra ocasión.

—Sí, soy todas y cada una de esas cosas, ¿y sabes qué? Estoy orgullosa de ello —declaró. Se llevó la mano al abrigo, sacó la factura que todavía llevaba de la tarta que había encargado su cabronaza señoría y se la dejó sobre el mueble que seguía en pie—. Aquí tiene la factura por el encargo realizado, señor Evans. Que disfrute del postre y déjeme en paz.

No esperó respuesta, le dio la espalda y emprendió la retirada. O esa había sido su intención, pues no llegó a traspasar siquiera la mitad de la habitación cuándo los brazos masculinos se cerraron alrededor de su cintura, su espalda chocó contra el duro pecho y esa cálida boca le acarició el cuello y la oreja.

—No, Shane —su voz sonó tan profunda y erótica que la hizo estremecer—, se acabó el escaparse. —La giró en sus brazos y le giró la barbilla con los dedos—. Se acabó el ocultarse. Te deseo y voy a tenerte.

La seguridad en su voz le aflojó las piernas e incendió su cuerpo una vez más. Sus manos eran cálidas y firmes sobre su cuerpo e incomprensiblemente se encontró deseando las caricias que le prodigaban e incluso más. ¿Quién diablos era él que la volvía loca con solo su presencia?

—¿Quién eres, Luke Evans?

Él sonrió de esa manera en que le decía que él sabía cosas que ella ignoraba y que no estaba dispuesto a compartir.

—Alguien dispuesto a reclamarte, Shanelle Pears —le aseguró, aprisionándola de nuevo entre sus brazos—, y no podrás hacer nada por evitarlo… solo gemir.

CAPÍTULO 24

Luke estaba pletórico, su aroma lo envolvía, encendiéndolo y volviéndolo loco. El consumidor deseo lo hacía jadear, salivaba ante la posibilidad de disfrutar de ella, de su hembra, de la mujer que le pertenecía. No la dejaría huir, se había acabado el juego, iba a tenerla y sería ahora.

La devoró, poseyó su boca y despertó la fiebre, que ya lo consumía a él, en ella. La quería necesitada y furiosa, que igualase su necesidad y se entregase a este ilógico regalo que les hacía el destino.

A medida que la despojaba de su ropa se recreó en la suavidad de su piel, el dulce aroma que la envolvía y resiguió esos sexy tatuajes con los dedos. Disfrutó con su sabor, comprobó lo bien que se amoldaban sus manos a cada curva de su cuerpo, le acarició los pechos, probó sus pezones y sintió cómo su propio sexo respondía endureciéndose aún más; como si no hubiese estado ya erecto hasta el momento, pensó con absoluta ironía. Quería penetrarla, introducirse entre sus piernas y deleitarse con su cuerpo. Quería morderla, marcarla e impedirle volver a huir de él.

Poseyó una vez más su boca en un húmedo y profundo beso dejándola, jadeando y tan necesitada como lo estaba él. Su sabor era adictivo, su olfato no le había engañado, ella sabía a nata y a fruta, con un pequeño toque de azúcar que le gustó más de lo que creyó posible. Su respuesta hacía tiempo que dejó de ser precavida, él no tenía intención de hacer prisioneros, quería su rendición y la quería por completo, deseaba su respuesta casi tanto como respirar.

La ropa voló antes de que tuviesen tiempo a echarla de menos, deslizó las manos sobre la suave piel, arrancó los tirantes del sujetador y tiró de la tela hasta que los redondo y bonitos pechos quedaron expuestos para su disfrute. La acarició aprendiéndose su cuerpo, sus largos dedos encontraron la tierna carne de sus pezones y gimió de placer antes de llevar esas pequeñas perlas al interior de su boca para prodigarles sus cuidados.

El probarla no hacía más que aumentar su necesidad de más, con cada pedazo de piel que descubría deseaba descubrir mucho más, quería grabarse su sabor, poder reconocerlo incluso cuando no estuviese cerca de ella, poder cerrar los ojos y revivir ese momento con tan solo el pensamiento.

Abandonó el delicioso saqueo de sus pechos y ascendió de nuevo por los suaves montículos, besándole la suave curva de la clavícula antes de deleitarse en su parte favorita, ese delicado cuello que lo hacía salivar.

—Estoy hambriento —murmuró contra su piel—, tu aroma, tu sabor, toda tú contribuyes tanto a aumentar mi hambre como a saciarla.

El suave y tierno cuerpo femenino tembló entre sus brazos, buscó su mirada y la sostuvo, bebió de esos bonitos ojos verdes llenos de confusión y deseo y probó una vez más sus labios, alternando los besos con palabras.

—Tu hambre es pareja a la mía —le lamió los labios—, lo sabes, has sentido cómo el deseo crece sin control cuando estamos cerca, cómo tu cuerpo reacciona al mío y deseas lo mismo que yo.

Volvió a besarla, arrancando su respuesta, obligándola a darle aquello que quería y que ella misma estaba necesitada de darle.

—No lo entiendo —se las ingenió para musitar ella, las primeras palabras en mucho

tiempo—, esto… no… no es normal… yo no…

—Lo es entre nosotros —la interrumpió arrancándole un gemido con un nuevo beso, acariciando su cuerpo desnudo con las manos—, siempre será así e incluso más intenso.

Volvió a besarla, mordiéndole los labios, jugando con ella, provocándola.

—Quiero devorarte, Shane —declaró, sus ojos se encontraron con los de ella mientras sus manos le amasaban los pechos—, pienso deslizar mi boca sobre cada centímetro de tu piel, recalar en cada pequeño pliegue y delinearlo con mi lengua, me sumergiré entre tus piernas y me daré un verdadero festín con ese delicioso y húmedo coñito… voy a saciarme en tu cuerpo, poseer tu alma y reclamarte como ningún otro hombre ha hecho hasta el momento porque estás hecha para mí y solo para mí.

Le mordió una vez más el labio inferior, tiró de él con suavidad y lo dejó escapar solo para succionar su lengua y clavarla con su peso sobre la cama. La devoró tal y como había prometido, deslizó la lengua por su piel lamiendo cada centímetro y la introdujo en cada pequeño pliegue que encontró a su paso.

—No vuelvas a huir de mí, Shane —murmuró mordiendo la suave carne de su pecho—, no te escondas detrás de esa fiera ironía, muchacha deslenguada, no me obligues a darte caza…

Ella arqueó la espalda deseando acercarse más a él pero no habló, no había dicho más que un par de frases desde que la había arrastrado hasta su cama calló cada uno de sus argumentos con besos, desde ese momento todo lo que había hecho era gemir, un lenguaje que sin duda prefería.

—Porque te cazaré, Shane —le gustaba pronunciar su nombre—, te conseguiré cueste lo que cueste y una vez te tenga, no te quedará ni una sola duda de a quién perteneces.

Deslizó su boca sobre el henchido pezón una vez más y succionó la prieta carne en su boca, la humedeció con su lengua y arrancó un pequeño quejido de sus renuentes labios al tiempo que sentía su cuerpo presionándose una vez más contra el propio.

Su cuerpo reaccionaba por sí solo, Shane no era dueña de sus actos ni de sus emociones, toda ella era una masa de nervioso deseo necesitado de liberación. La fiera y posesiva boca sobre su pecho la dejó sin aliento, cada pequeña succión enviaba pequeños relámpagos de placer que recalaban en su hinchado y húmedo sexo. Todavía conservaba sus bragas, lo único que no le había arrancado del cuerpo en un arrogante y efectivo movimiento que la privó de cualquier tipo de cobertura. Se había entretenido lamiéndole los tatuajes, repasando cada pequeño detalle con la lengua hasta volverla completamente loca. Y tenía que estarlo. Tenía que estar totalmente loca para permitir que un virtual desconocido le estuviese haciendo todo aquello, pero era tan difícil oponerse cuando se sentía tan bien entre sus brazos.

Apretó los muslos, la delgada tela de las braguitas empezaba a incomodarla, estaba tan mojada que sentía que su propia humedad resbalaba por sus muslos. Arqueó las caderas, la dura erección que no había disimulado ni un solo instante se frotaba contra su estómago a través del confinamiento del pantalón que todavía llevaba puesto.

Le quería desnudo, quería esa dura protuberancia entre sus piernas, abriéndose paso en su hambriento sexo y aliviando el sordo dolor que empezaba a resultar enloquecedor. Estaba ardiendo de deseo, su cuerpo nunca había estado tan caliente, ella nunca se había sentido tan cachonda y desatada, le dolían hasta los dientes por la rabiosa necesidad, pero moriría antes de poner todo eso en palabras, antes que suplicarle que le diese aquello que solo él parecía poder darle.

—Estás caliente, ¿eh? —le escuchó reír. Casi al mismo tiempo sintió una de sus manos entre las piernas, apretándole el sexo por encima de la tela un instante antes de arrancársela de

las caderas y hacerla a un lado. Sus dedos desnudos cayeron entonces sobre sus pliegues volviéndola loca, los lubricó con sus propios jugos antes de notar cómo la punta de uno de ellos empujaba contra su entrada—. Sí, lo estás, pequeña loba. Caliente y muy necesitada. Pero todavía te quiero mucho más, lo suficiente rabiosa como para desear que te muerda.

La penetró poco a poco, hundiendo la falange hasta el nudillo para finalmente moverla en su interior. La sensación fue fulminante, sus labios se separaron por si solos y gimió en voz alta.

—Eres puro pecado —declaró y, bajo su atenta mirada, retiró el dedo y se lo llevó a la boca para saborearlo. Ese simple movimiento envió un nuevo escalofrío de placer a través de su cuerpo, ¿por qué tenía que ser ese hombre tan jodidamente sexy?—. Pero quiero más, mucho más de ti. Estás caliente, goteas tu placer, pero todavía no es suficiente, quiero más, Shane y tú vas a darme cada una de las cosas que quiero. Me rogarás que te dé más.

Se lamió los labios encontrándolos repentinamente secos, su sexo se humedeció incluso más y supo que sus neuronas se habían derretido por completo. ¿Cómo explicar sino que siguiese allí, tumbada sobre la cama totalmente desnuda y dejando que ese imponente, acosador y sensual hombre estuviese haciendo lo que quería con su cuerpo?

—No lo haré —las palabras salieron solas de su cuerpo. El desafío le quemaba en los labios y para su propia consternación, ella misma se excitó todavía más cuando lo vio sonreír.

—¿Me estás desafiando, pequeña? —ronroneó inclinándose sobre ella, manteniéndola inmóvil con ese enorme y fabuloso cuerpo.

—Yo no ruego.

Su sonrisa se amplió. No cabía duda que era absolutamente suicida.

—A mí me rogarás, lobita —aseguró frotando su erección contra su monte de Venus, el roce de la tela del pantalón la hizo rechinar los dientes—, cuando esté muy dentro de tu cuerpo, poseyéndote en cada forma posible, me rogarás.

Frunció el ceño y dijo la primera estupidez que conjuró su cerebro.

—Esa maldita tela rasca.

La expresión de sorpresa en su rostro fue precedida por una sonora carcajada.

—Mil disculpas, pequeña —se rio entre dientes al tiempo que se levantaba sobre la cama, con sus piernas a ambos lados de su cuerpo y, se desabrochó el pantalón dispuesto a deshacerse de la última prenda—. Ha sido terriblemente desconsiderado de mi parte someterte a tal tortura.

Shane se quedó sin palabras, la dura erección que había sentido a través de la tela saltó libre y totalmente erecta atrayendo su atención. Ese imponente miembro se contoneó delante de sus narices con cada movimiento que hacía su propietario para liberarse de la prenda y, maldito fuera, porque su hambre aumentó así como la sequedad de su garganta.

¿Era legal que la tuviese tan grande?

El absurdo pensamiento trajo un inmediato rubor a sus mejillas y una ancha y satisfecha sonrisa al rostro masculino.

—Puedes mirar, Shane, por ahora, no muerde.

Su sonrojo aumentó todavía más pero cualquier réplica que pudiese surgir de sus labios quedó pronto sofocada por la hambrienta boca de Luke. Ese hombre era insaciable, la besaba como si quisiera bebérsela, como si nunca tuviese suficiente de ella y maldito fuera, porque ella parecía tener el mismo problema con él.

—Me gusta cómo me miras —declaró rompiendo el beso con un jadeo—, con ese hambre desnuda y palpable, un hambre capaz de igualar la mía.

No respondió, tampoco es que supiese qué decir.

—¿Mejor ahora? —ronroneó él, frotando su desnuda erección una vez más sobre su monte

de venus.

Gimió, la sensación de su virilidad tan cerca de su propio sexo la hizo humedecerse aún más.

—Deja de torturarme —acabó gimoteando.

—Tú no tuviste piedad de mí —le dijo al tiempo que deslizaba ambas manos por debajo de sus rodillas y le separaba las piernas por completo, acercándola a él—, ¿por qué habría de tenerla yo?

Sintió el duro sexo rozándose contra el suyo, el largo falo se deslizó a lo largo de su sexo sin penetrarla, limitándose a resbalar sobre sus sensibles e hinchados pliegues aumentando su deseo y frustración.

—Sí... interesante mirada —murmuró él sin dejar de mecerse contra ella—, sigue mirándome de esa manera, pequeña, y puede que consigas salirte con la tuya.

Luke gimió interiormente, con las manos fuertemente cerradas bajo las rodillas mantenía el cuerpo de su compañera abierto y dispuesto a su placer. La humedad y calidez de su sexo lo estaban volviendo loco, cada roce enviaba un estremecimiento de placer a través de su columna haciendo que quisiera aullar de placer, pero eran sin duda los agónicos gemidos que escapaban de los labios de Shane los que conseguían que su erección engrosase aún más ante la promesa de introducirse en su interior.

—Luke…

Sonrió al escucharle gemir su nombre

—¿Lista para suplicar?

Siempre obstinada, lo fulminó con la mirada y apretó los labios.

Sonrió, su pequeña compañera era un delicioso rompecabezas, pero ya tendría tiempo más adelante para interesarse por esas menudencias de su carácter, ahora, lo que necesitaba era notar su olor, sentir su cuerpo estremeciéndose cuando la hiciese alcanzar el orgasmo y finalmente poseerla hasta que todo lo que existiese en su mundo fuese él.

Apretó los dientes consciente de que esto iba a ser una tortura para él, pero necesitaba someterla, su naturaleza lupina exigía que la sometiese, que la reclamase y conquistase, su condición de alfa no hacía sino esa necesidad incluso más imperiosa. Aumentó el ritmo de sus caderas y alternó las íntimas caricias con el frotamiento del pulgar sobre el ya hinchado clítoris. El cambio en su respiración fue instantáneo, pudo ver en esos bonitos ojos verdes como perdía la batalla y no tardó en escuchar el agónico gemido de placer que escapó de entre sus labios cuando el orgasmo recorrió su cuerpo dejándola temblorosa y totalmente desarmada.

—Oh dios mío —escuchó su murmullo entre estertores.

Ocultó una satisfecha sonrisa y se deleitó en la manera en que ese delicioso cuerpo cedió por fin las riendas, se cernió sobre ella y le besó los labios al tiempo que introducía su dura y gruesa polla en el húmedo y todavía tembloroso sexo.

—Luke —jadeó su nombre, arqueándose contra él, removiéndose inquieta ante la inesperada intrusión.

Estaba muy mojada lo que facilitaba su entrada, las calientes y cálidas paredes lo acogían con firmeza, cerrándose a su alrededor con una férrea presa.

—Oh señor…

Deslizó una de sus manos por su costado acariciándola mientras apoyaba su peso en el otro.

—Vamos, lobita, puedes hacerlo, puedes tomarme —susurró con tono suave y profundo, encontró el duro e hinchado pezón y comenzó a jugar con él—, solo relájate, estás hecha para

mí…

—Por qué tiene que ser todo tan jodidamente difícil y grande contigo, ¿eh?

El repentino exabrupto lo hizo reír, el involuntario movimiento lo impulsó más adentro alojándolo por completo en aquel apretado canal.

—Luke, Luke, Luke, no, no, no… espera… es demasiado… no puedo…

Siguió acariciándola, descendió sobre sus labios y reclamó de nuevo su boca mientras permanecía todavía inmóvil en su interior. Enlazó su lengua con la de ella, la sedujo, buscó una pronta reacción que no tardó en llegar mientras su cuerpo iba cediendo y acostumbrándose a su grosor. Su excitación aumentó trayendo consigo más lubricación que contribuyó a facilitar su unión.

—Eres perfecta —le susurró. Le besó los ojos, la nariz, los pómulos y terminó en sus labios—, tan ceñida, tan mojada… me vuelves loco.

Ella se limitó a gemir, su cuerpo se relajó acostumbrándose a él.

—Voy a moverme… necesito poseerte…

Se lamió los labios, sus ojos se encontraron y vio el deseo palpable en sus ojos.

—Solo… un momento más…

Sonrió y se inclinó sobre sus labios.

—No.

Secuestró una vez más su boca, la violó con la lengua y se retiró solo para impulsarse de nuevo en su interior. La sensación era indescriptible, todo su cuerpo se calentó, su sangre hirvió y sintió cómo el vínculo que lo unía a ella se asentaba entre ellos haciéndose cada vez más firme y palpable.

Su hambre aumentó, la bestia acarició su propia piel deseosa de reclamar a su compañera, podía sentir el aullido en el fondo de su garganta, el dolor en los dientes que traía consigo la necesidad de morderla y reclamarla. Los suaves gemidos femeninos, el sonido de sus cuerpos al unirse, su propia respiración y el insaciable deseo que habitaba en su interior lo empujaron a tomarla con fuerza, a montarla sin piedad.

—Eres mía —gruñó, su voz más animal que humana—, solo mía.

Ella gimió, creyó oírla murmurar su nombre mientras sus propias manos se deslizaban por su espalda y lo marcaban con las uñas. Se impulsó con más fuerza, disfrutando de sus gemidos, gruñendo su propia pasión al unísono y cabalgando la necesidad en busca de una nueva victoria, de una nueva conquista que dejase clara su supremacía.

—Dame lo que quiero, Shane —le murmuró al oído—, déjame oír esa preciosa y sucia boquita suplicando por más, pronunciando mi nombre.

Ella no se hizo de rogar.

—Tú, capullo hijo de puta… oh, dios…

Rio entre dientes.

—Prefería que me llamases Luke, lobita…

Sacudió la cabeza pero fue incapaz de permanecer callada mucho tiempo más, todo su cuerpo se plegó al suyo, respondiendo a sus demandas aun cuando su boca no deseaba hacerlo.

—Eres sin duda una digna contrincante, compañera —gruñó, maniobrando su cuerpo para tenerla a su completa disposición, aumentando la profundidad y la intimidad que compartían—, eres digna compañera de un alfa.

Ella gimió, sus bonitos ojos ahora cerrados y luchando con unas inesperadas lágrimas provocadas por la intensidad de su unión.

—Luke —la escuchó gimotear—, por favor, no puedo más…

Le acarició el cuello con la nariz, le mordisqueó ese delicioso punto y poseyó su boca haciendo ahora que sus embates fuesen más suaves y lentos, aumentando el placer al tiempo que lo dilataba.

—¡No! —gimió ella retorciéndose contra él y alzando las caderas—. ¡No pares!

Gruñó en voz baja, dejó que el lobo acariciase sus palabras y se inclinó una vez más sobre ella.

—Eres mía, Shane —le dijo acariciándole la oreja con la lengua—, y no voy a dejar que lo olvides.

Se retiró por completo saliendo de ella, su cuerpo hablaba por sí solo, casi más alto y claro que su propia boca, incluso él quiso aullar por el abandono pero no tardó mucho en encontrar de nuevo esa acogedora funda, entrando en ella ahora desde atrás.

—Toda mía —gimió penetrándola una vez más y guiando su cuerpo en esa nueva posición.

—¿Luke?

El temblor en su cuerpo, la incertidumbre en su voz, todo ello se unía ahora a la rabiosa necesidad que todavía dominaba su cuerpo, a la frustración que traía consigo la interrupción del placer.

—Está bien, Shane —le susurró al oído mientras le cubría la espalda con el pecho—, lo vas a disfrutar, lo prometo.

Con las manos firmemente ancladas en las caderas, su compañera apoyada ahora sobre sus rodillas guio sus manos hacia el cabecero de la cama y le lamió una vez más el arco de la oreja.

—No te sueltes, pequeña —le susurró con un bajo y animal gruñido—, y disfruta del viaje.

Se deslizó fuera de ella solo para volver a empujar una vez más, en aquella posición la penetración era incluso más profunda, las sensaciones más intensas. Acarició sus pechos, jugó con sus pezones y aumentó el placer de su compañera arrastrándola en una espiral de pasión de la que ni él mismo podía liberarse ya. Su cuerpo actuó por instinto, la poseyó con violencia animal, deseando marcar su territorio y reclamar a su hembra. Los dientes le dolían, su lobo le acariciaba la piel tan necesitado como él de sentar el reclamo final y ya no luchó más contra ello, dejó que la fiebre del emparejamiento lo consumiera, permitió que sus dientes se alargasen y con un bajo gruñido animal se cernió sobre ella mordiéndola en el hombro. La oyó gritar, su cuerpo se estremeció y convulsionó prisionero de un nuevo orgasmo que no tardó en desencadenar el propio. Se corrió con un aullido que quedó ahogado en el hombro femenino cuando sus dientes se retraían ya, tembló derramándose en su interior y dejando que sus propios temblores lo vaciasen por completo antes de dejarse ir sobre el colchón con ella todavía pegada a su cuerpo y jadeando en busca de aire.

Ya no había vuelta atrás, pensó acurrucándose detrás de ella mientras la envolvía con su cuerpo de manera protectora, el vínculo de emparejamiento estaba en su sitio, su compañera debidamente reclamada y el descontrol en el que se había visto sumido los últimos días iría desapareciendo poco a poco hasta llegar a una completa normalidad.

Ahora, solo tenía que convencer a esa pequeña humana que jadeaba entre sus brazos que debía quedarse al lado de su lobo.

CAPÍTULO 25

A Shane le daba vueltas la cabeza. Desnuda, sin nada más que su propia piel como vestimenta, se inclinó sobre el lavabo para examinar mejor a través del espejo la herida en su hombro; dos pequeñas punzadas enrojecidas y un pedazo de piel que empezaba a adquirir un tono purpúreo. Las grandes y firmes manos masculinas cubrieron la zona con un pequeño apósito sobre el que dejó un beso. Sus ojos se encontraron entonces a través del espejo, él tan desnudo como ella, enorme, firme como una roca y tan imponente como cuándo vestía de traje.

—Me has mordido.

El hecho le sorprendía tanto o más de que lo hubiese encontrado erótico y no perturbador. Prueba de ello era que no se había quejado por eso hasta ahora, varias horas después de retozar en su cama y fuera de ella.

Se había perdido por completo en ese inesperado juego de pasión, se entregó al placer y a ese hombre sucumbiendo a la rabiosa necesidad que despertaba en ella.

—Ya te advertí que estaba hambriento —murmuró mordisqueándole la suave piel del cuello mientras pegaba el pecho a su espalda y dejaba que su sexo, nuevamente erecto, le acariciara las nalgas—. Y que tu continua huida me ponía de los nervios. Pero tranquila, no tengo la rabia.

Bufó. Aquello era el colmo. Se giró en sus brazos hasta encontrarse con su mirada. Al menos ahora parecía mucho más tranquilo, su piel volvía a estar fresca e incluso sus ojos parecían mucho más enfocados, sin esa irritabilidad que bailaba en ellos y se reflejaba en el resto de su cuerpo. La agresividad y dominación presentes entre las sábanas se había ido aplacando poco a poco después del primer coito. Oh, la intensidad había sido la misma, el dolorcillo entre sus piernas y en cada centímetro de su cuerpo era una prueba fehaciente, pero esa rabiosa necesidad de mantenerla siempre bajo su dominio parecía haberse ido calmando gradualmente.

Suspiró.

—No tengo ni ganas ni fuerzas para ponerme a pelear ahora contigo —aseguró al tiempo que descansaba las manos sobre el ancho pecho. Sus dedos jugaron con el suave vello que lo espolvoreaba—, pero sí te agradecería que no volvieses a morderme como si estuvieses dispuesto a arrancarme un trozo de piel. ¿Por qué lo has hecho?

—Me dejé llevar por mis impulsos —respondió y no parecía en absoluto compungido, al contrario, parecía incluso orgulloso—. Hueles tan bien… la necesidad de marcarte se impuso sobre todo lo demás. —Deslizó un dedo por encima del apósito haciéndola temblar—. Ahora ya está hecho, no hay necesidad de repetirlo puesto que no voy a dejar que nadie te aparte de mi lado.

Tal fiera declaración la hizo sentir calor por dentro, cosa que solo la hizo enfurecerse consigo misma. Ella no era más que un pasatiempo para él, nunca sería nada más que eso.

—Ese no es motivo suficiente para hacer… esto —se estremeció y le apartó la mano—. No me gustan esa clase de juegos de dormitorio.

—A mí tampoco —respondió con absoluta sinceridad, algo que la descolocó incluso más —. Y como ya he dicho, no volverá a pasar. Lo que era necesario hacer, ya está hecho, ahora eres toda mía.

Sus brazos la envolvieron, la dura erección quedó ahora anidada contra su estómago.

—Y quiero volver a saborearte entera —aseguró frotándose contra ella de forma insinuante—. Ven a la cama y déjame disfrutar de ti.

La invitación resultaba de lo más sugerente, ella misma deseaba volver entre las sábanas dónde no tenía que pensar, dónde no eran necesarias las explicaciones y podía limitarse a sentir. Allí no eran necesarios los pensamientos, no tenía que analizar su colosal metedura de pata, su conciencia no la aguijoneaba diciéndole que había caído en una trampa que ella misma había visto venir. Pero la realidad estaba lejos de esas cálidas sábanas y el cincelado cuerpo del hombre que la sostenía amorosamente entre sus brazos.

¿Quién era realmente Luke Evans? ¿El engreído hombre de negocios que conoció la primera noche? ¿El arrogante y dominante empresario que la arrastró a un restaurante solo porque quería contar con su presencia? ¿El fiero amante que le había sorbido el seso?

—¿Quién eres realmente? —Las palabras abandonaron su boca incluso antes de poder detenerlas—. Y por encima de todas las cosas, ¿por qué no soy capaz de marcharme ahora cuándo esa sería la salida más juiciosa de todas?

—Soy tu lobo, tu compañero —respondió mirándola a los ojos—, y sabes que me tomaría realmente mal el que decidieses abandonarme ahora, especialmente cuando no es lo que deseas.

—Eres arrogante.

Se encogió de hombros y la acercó más a él.

—Te acostumbrarás.

Su petulante respuesta la hizo sonreír a pesar de todo.

—Nunca cedes, ¿no es así?

Su respuesta fue restregar la dura longitud de su sexo contra su piel.

—No cuándo deseo algo con tanto ahínco como te deseo a ti —respondió sin ambages—. Pero ahora, incluso eso, es negociable… o lo será después de que me sacie de ti.

Frunció el ceño y observó detenidamente sus ojos, estos parecían mucho más intensos, más vivos y animales.

—Luke, tus ojos…

Él parpadeó con lentitud.

—Mi naturaleza se refleja en ellos, como he dicho, todavía no me he saciado de ti lo suficiente —aseguró bajando el tono de voz, dotándolo de una agresividad y espesor que la hicieron temblar de deseo y miedo, todo al mismo tiempo—, pero no volveré a morderte, Shane. Lo prometo. Al menos, no con intención de reclamarte.

Todo su cuerpo se estremeció, la piel se le puso de gallina.

—No entiendo nada de lo que está pasando —se lamió los labios—, tengo la extraña necesidad de salir huyendo, pero temo que si lo hago, tú saldrás detrás de mí y me cazarás. ¿Por qué me siento de esa manera? ¿Por qué me siento como una presa? No me gusta esa sensación…

Sus brazos se ciñeron con fuerza a su alrededor, sintió su boca una vez más sobre la suya, su lengua penetró la barrera de sus dientes y se enlazó con la suya.

—Mi naturaleza es dominar, todo en mi ser pide dominarte y someterte —le acarició los labios con la lengua—, sentir tu sumisión, pero al mismo tiempo me gusta saber que no te amilanarás, que tu sumisión solo es parcial y por mí… después de todo, ahora eres la compañera de un alfa.

Parpadeó, las palabras se filtraban en su mente pero tenía dificultades para hacer que su cerebro las procesase.

—¿Es así como te ves a ti mismo? ¿Como un alfa? —insistió. Necesitaba comprender,

saber qué se escondía detrás de su interés por ella.

—Es lo que llevo siendo los últimos veintisiete años, pequeña —aseguró con absoluta convicción—. No lo busqué, pero es lo que soy.

Aquella respuesta no tenía sentido, sencillamente no lo tenía. Apoyó la frente contra su pecho y dejó escapar el aliento.

—Estoy demasiado cansada para pensar —farfulló contra su cálida piel—. Tus explicaciones… no tienen sentido para mí.

Su aliento le acarició el oído al tiempo que sus manos bajaban a cubrirle las nalgas.

—Deja todo eso para mañana —le susurró deslizando los dedos entre sus glúteos hasta acariciar su sexo—, ahora solo necesitas abrirte a mí y al placer.

Gimió al sentirse acariciada de aquella manera tan íntima.

—No quiero que llegue mañana —musitó. Se mordió el labio inferior cuando un ramalazo de placer la recorrió por entero—. No quiero abandonar el ahora.

—No tendrás que hacerlo —le lamió el arco de la oreja, una zona que descubrió como uno de sus puntos erógenos.

Suspiró dejando que el deseo le nublase una vez más la mente.

—Sí, debo hacerlo —ladeó la cabeza dándole mayor acceso—. Tendré que volver a pensar, analizar las cosas y sé que no me gustará la conclusión a la que llegue porque cuando mi cerebro vuelva a funcionar, querré tus pelotas en bandeja.

Se rio en su oído.

—Puedes tenerlas en tus manos ahora mismo si tan solo buceas entre mis piernas —ronroneó con diversión, entonces le mordió suavemente el lóbulo—. No pienses más, Shane, tu lugar está a mi lado, justo como lo estás ahora mismo y no dejaré que eso cambie. No huirás otra vez, lobita.

Se derretía bajo sus atenciones, su sexo se humedecía cada vez más deseoso de ser llenado de nuevo con esa dura erección que se frotaba contra su estómago.

—No puedes evitar que me vaya si es lo que deseo.

Él gruñó, de nuevo ese sonido que la estremecía de ansiedad y placer.

—Pero no lo deseas, tú y yo sabemos que quieres quedarte conmigo porque este es tu lugar —le lamió el oído—, y yo no voy a dejar que te vayas. Así que, solo te queda una opción.

—¿Cuál?

—Casarte conmigo.

La inesperada respuesta tardó en filtrarse en su mente, pero cuando lo hizo la desperezó por completo. Su cuerpo se tensó durante una milésima de segundo, el corazón empezó a latirle con más fuerza y entonces se relajó, sacudió la cabeza y se echó a reír ante tal absurda propuesta. Por supuesto, ¿qué iba a decirle un hombre que lo tenía todo y que no tenía problemas en conseguir lo que no?

—Sí, claro. Ahora mismo —se rio al tiempo que negaba con la cabeza—. Solo pon fecha.

Él bufó, un sonido que resultaba tan jocoso como sus propias palabras.

—De acuerdo, no te cases conmigo todavía —ronroneó. Deslizó sus labios y lengua por su oído en dirección a su cuello, dónde la mordisqueó haciéndola estremecerse de placer—. Esa estúpida ceremonia humana puede esperar, pero te quedarás a vivir conmigo.

Se retiró lo suficiente para mirarle a los ojos y vio de nuevo esa intensidad inhumana que la excitó todavía más. ¿Qué diablos le pasaba a su cerebro esa noche? El sexo lo había convertido en papilla.

—Tú vives en un hotel —le recordó con una sonrisita—, mi casa es mucho más

acogedora. No pienso abandonarla.

Él asintió.

—En realidad, el hotel solo lo utilizo cuando tengo que atender algunos negocios, dispongo de mi propia vivienda a las afueras de la ciudad —le informó—, pero estoy dispuesto a ceder en esto; me mudaré yo. Espero que tengas espacio y te gusten las mascotas.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Oh, sí, tu lobo —recordó. Estiró el brazo en dirección al destrozado salón—. ¿De verdad tienes un lobo por mascota? Me encantan esos animales. De pequeña tenía un perro que era de raza mestiza, parecía un lobo… pero al menos él tenía modales, no se comía los muebles.

—Prometo no comerme tus muebles —sonrió—, y en caso de que me dé por mordisquear algo, te lo repondré.

—¿En qué quedamos? ¿Quién destrozó el mobiliario, tu mascota o tú?

—Yo no tengo mascotas —sonrió de medio lado—, de hecho, la que acaba de ganarse una eres tú.

Frunció el ceño, empezaba a estar realmente confundida y no sabía si se debía a todo el cansancio que tenía encima o a esa rocambolesca conversación.

—Pero ¿y tu lobo? Oh, ya entiendo. No lo consideras una mascota.

Sus labios se curvaron aún más, los ojos le brillaron y parecía realmente divertido, como si él supiese algo que ella ignoraba.

—Yo soy mi lobo, Shane —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—, o para ser más exactos, ahora soy el tuyo. Pero ya tocaremos ese tema cuando estés un poquito más centrada.

Sacudió la cabeza.

—Vas demasiado deprisa, señor Evans —chasqueó—. Primero quieres casarte conmigo, después quieres que vaya a vivir contigo o venir tú a vivir conmigo, ¿y ahora quieres endilgarme a tu mascota? ¿Qué será lo próximo? ¿Entregarme las llaves de tu casa?

—Recuérdame que mañana pida una copia para que la tengas.

Resopló, echó la cabeza atrás y se echó a reír. Aquello parecía ser lo más indicado en toda aquella rocambolesca situación.

—Esto está resultando ser una completa locura —aseguró entre carcajadas, entonces lo miró a los ojos—. ¿Dónde está esa irritante seriedad con la que siempre te vistes y me saca de quicio?

Apretó sus nalgas recordándole que él todavía tenía el poder aquella noche.

—Nunca bromeo cuando estoy desnudo y en la cama, señorita Pears.

—Ahora no estamos en la cama, señor Evans, esto es su baño.

Antes de que pudiese decir una palabra más, se encontró levantada en vilo.

—Un error que hay que solucionar —aseguró él al tiempo que la trasladaba de nuevo al dormitorio y la dejaba caer sobre las revueltas sábanas—. Solucionado, señorita Pears —se cernió sobre ella, abriéndose paso entre sus muslos con su pene listo para hacerla suya otra vez —. Ahora, déjame ver si puedo hacer que tu cerebro entre en cortocircuito otra vez.

La besó en los labios, le hundió la lengua y acarició la suya mientras la penetraba lentamente, entrando en ella hasta que lo único que Shane tuvo en mente fue lo bien que se sentía entre sus brazos.

CAPÍTULO 26

—Buenos días.

—Muérete.

—No eres una mujer madrugadora, ¿eh? —sonrió, viendo cómo el delicioso cuerpo desnudo del que había disfrutado toda la noche se escondía bajo las sábanas—, aunque tengo que decir que no me preocupa mucho dadas las vistas.

Deslizó el dedo por la curva de su cadera hasta acariciarle la nalga parcialmente descubierta.

Ella gimió y arrastró las sábanas sobre sí misma hasta cubrirse incluso la cabeza.

—Vete al infierno, Evans —la oyó rezongar bajo la ropa de cama—. Ni siquiera hay luz. ¿Qué hora es?

Sofocando una sonrisa se alejó de la cama mientras se arreglaba los gemelos de la camisa y localizaba la chaqueta del traje que había dejado en el respaldo de la silla. Se había levantado un par de horas después de la indeseada intrusión telefónica en la que se le recordó, que si estaba en condiciones humanas estables, tenía una reunión importante que atender. Eugene tuvo suerte de estar al otro lado del teléfono y no de la puerta o le habría mordido por molestarle.

Sin embargo, sus obligaciones eran algo que no podía dejar de lado, especialmente ahora que la tenía a ella consigo. Un lobo recién emparejado tendía a olvidarse de todo excepto del cuerpo de su hembra bajo el suyo.

—Es temprano, puedes seguir durmiendo un poco más —le informó. Cogió la chaqueta y se la puso con un movimiento fluido—. Cuando quieras desayunar, marca el número 3 en el teléfono y Eugene se encargará de todo.

La pelirroja cabeza asomó entonces por debajo de la sábana al tiempo que se giraba hacia él.

—¿Temprano? ¿Cómo de temprano?

Echó un rápido vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

—Las seis de la mañana —declaró volviendo al lado de la cama—. Tengo una reunión con unos empresarios extranjeros en quince minutos y Odin se pasará a media mañana para ultimar algunos detalles también.

Shane se frotó los ojos con gesto somnoliento, se enderezó hasta quedar sentada y rescató la sábana para cubrirse los pechos. Era una visión de lo más sexy. Sentada, con el pelo revuelto y toda esa deliciosa piel expuesta, se había pasado horas tumbado a su lado mirándola y pensando en lo rápido que había cambiado su vida.

Ahora era un lobo emparejado y su compañera era una damita humana que no tenía la menor idea del mundo en el que había caído.

—¿Las seis? ¿Las seis de la mañana? —replicó con un bostezo—. ¿Y tienes una reunión? No eres humano.

Su boca adquirió un perezoso rictus de ironía.

—No, en realidad soy un lobo —aceptó con un singular encogimiento de hombros—. Me he emparejado contigo y estoy en pleno proceso de desgranamiento mental para encontrar la mejor manera de ponerte al corriente de lo que significa eso exactamente. Y no es fácil.

Ella bufó y extendió una mano recalcando sus palabras.

—Nos hemos acostado —le dijo levantando los ojos hasta encontrarse con los suyos—, y ahora te arrepientes de ello. ¿Ves? No es tan difícil. Es lo que te dije que iba a pasar. Y yo soy una completa estúpida por no haberle puesto freno.

El gruñido escapó de su garganta antes de que pudiese contenerlo.

—No me arrepiento de nada de lo que ha ocurrido entre nosotros, Shanelle —declaró utilizando su nombre completo—. Por el contrario, estoy más que satisfecho con los resultados.

Gimió, se pasó la mano por el enmarañado pelo y ladeó la cabeza.

—Deja de gruñir —protestó. Entonces, pareció despabilarse un poco pues sus ojos adquirieron un brillo de interés al deslizar la mirada sobre su persona y pudo oler cómo volvía a excitarse. Se lamió los labios, gesto que hizo que su polla reaccionase al momento—. ¿Cómo lo haces?

Se limitó a enarcar una ceja.

—Son las seis de la mañana y estás… fresco como una lechuga e igual de sexy y elegante que siempre —aseguró en un bajo murmullo—. Eres todo elegancia y seriedad, envuelto en una cinta de pura sensualidad… y todo ello realzado por un simple traje de chaqueta y corbata.

No pudo evitar notar la ironía en su voz.

—Gracias.

—No era un halago —rezongó ella—. Tu aspecto de hombre de negocios, rico y poderoso me saca de quicio.

Se rio entre dientes.

—Yo también te prefiero desnuda, cariño —le soltó y se tomó su tiempo recorriéndola con la mirada—, pero me atrevo a suponer que mis socios se distraerían bastante si aparezco en la reunión en cueros.

Ella resopló y tiró de la sábana para envolverse en ella. Dos largas y firmes piernas asomaron bajo la tela en dirección al suelo.

—No me des explicaciones, no son necesarias —se frotó de nuevo los ojos y suspiró—. ¿Dónde están mis cosas? ¿Mi ropa?

—Shane, quédate en la cama —ordenó. Se inclinó sobre ella impidiéndole levantarse—. Descansa.

Los ojos verdes encontraron los suyos, la somnolencia empezaba a despegarse de ellos.

—Es hora de que vuelva a mi casa —declaró e hizo además de evitarle.

No le dejó, le enlazó la cintura con el brazo y la tumbó sobre la cama con él encima.

—No vas a irte a ningún sitio —aseguró con voz profunda, con la orden intrínseca en sus palabras—. Tu lugar es justo el que ahora ocupas. Sé buena y espérame justo aquí, tal y como estás ahora mismo.

Entrecerró los ojos, ese brillo de desafío que ya empezaba a reconocer bailó en sus pupilas.

—No quieres que huya, así que te estoy comunicando mi partida —argumentó con total convicción—. Que la aceptes o no me importa un bledo.

La apretó contra el colchón, su cuerpo se encendió ante la sola idea de que se atreviese a dejarlo.

—Esta noche han cambiado muchas cosas —intentó mantener la compostura y no alzar la voz—, algunas de forma bastante drástica. Me gustaría que te quedases hasta que me haya librado del tedioso trabajo y podamos hablar de ello.

Ella se relajó bajo su cuerpo y suspiró.

—Mira, Luke, ha sido sexo, ha estado bien, pero no puedes pretender que por una noche

entre las sábanas lo cambie todo —le dijo ella—. No puedo quedarme en la cama y holgazanear todo el día, al igual que tú, yo también tengo tareas y cosas de las que ocuparme.

Gruñó una vez más y entrecerró los ojos.

—Ha sido más que sexo —rezongó, su voz mucho más oscura, cercana a su naturaleza animal.

Ella imitó su gesto entrecerrando los ojos.

—Como vuelvas a gruñirme, te retuerzo los huevos —murmuró en voz baja y pausada.

No pudo menos que enarcar una ceja ante tal fútil amenaza.

—Y si vuelves a morderme, te los extirpo —añadió.

Dejó que su peso la clavase al colchón.

—No es sabio amenazar a tu alfa, compañera.

Su respuesta llegó acompañada de un bufido.

—Deja de hacer méritos para que lo haga y asunto solucionado.

Sacudió la cabeza, sentir su cuerpo desnudo contra el suyo empezaba a ponerlo duro de nuevo.

—¿Qué tareas tienes para hoy?

Ella suspiró, pero para su sorpresa deslizó las manos por su pecho, acariciándole la corbata y arreglando el nudo con suavidad.

—Tengo que entregar los postres que dejé listos ayer —declaró apretando el nudo—, me gusta esta corbata, pero debería estar un poco más apretada.

Sus ojos brillaron con venganza antes de que hiciese exactamente eso, apretar el complemento hasta comprimirle la garganta.

—No es sabio jugar conmigo estando desnuda, Shane.

Y para demostrárselo deslizó una mano bajo las sábanas y recaló entre sus piernas, aferrándole el sexo.

—¡Joder!

Él sonrió para sí y le impidió moverse. Estaba hinchada y sensible pero la humedad volvía a rezumar contra su palma.

—Afloja la corbata —le ordenó.

Los ojos verdes fulguraron pero ella obedeció.

—Buena chica.

Como premio suavizó la presión y la acarició íntimamente.

—Eres un cerdo.

—Soy un lobo —corrigió al instante. Entonces descendió sobre ella, le acarició la nariz con la propia y le hociqueó el cuello—. Me gusta cómo hueles. Hueles a mí.

—Lo que quiere decir que necesito un baño con urgencia —rezongó ella, aunque su voz salió como un pequeño gemido.

—De acuerdo, hazlo —concedió volviendo a su boca—. Utiliza mis cosas, así seguirás oliendo también a mí.

Ella gimió, arqueó la espalda y acercó las caderas hacia la mano que la acariciaba en busca de más.

—Eres imposible.

Le acarició los labios con la lengua y finalmente la besó. Su sabor era adictivo, no se cansaba de ella.

—Comerás conmigo.

La firme orden la hizo fruncir el ceño, podía sentir su necesidad de réplica en cada

centímetro de su piel.

—No creo que tenga tiempo, gracias a ti voy muy retrasada —espetó ella. Sus ojos volvieron a encontrarse y se explicó—. Tu maldito encargo me ha retrasado.

Oh, sí. La tarta. Tenía que admitir que la combinación de ese bizcocho, con la nata y los trozos de fruta servidos sobre ese delicioso cuerpo había sido toda una comida de gourmet. A ella casi le había dado una apoplejía cuando vio que arrancaba un pedacito con los dedos y lo extendía después alrededor de su ombligo; aunque su indignación no duró demasiado.

—Me gusta cómo cocinas —declaró, besándole una vez más los labios. Demonios, si no se apartaba de ella iba a terminar follándosela una vez más—, me gusta mucho lo que voy descubriendo debajo de esa dura piel bajo la que te ocultas.

Ella gimió y sintió cómo se mojaba incluso más. Lentamente deslizó un dedo en su interior solo para retirarlo después y apartarse por completo de ella. Bajó de la cama y la miró allí tendida, encendida de placer y jadeante.

—Ya que no vas a quedarte, te recogeré en tu casa a las dos y media —se llevó la mano con la que la había acariciado a la nariz y aspiró su aroma. Su polla protestó por el abandono—. Te llevaré a comer a un lugar bonito, íntimo e informal.

Ella lo miró pasmada, saliendo a duras penas de la nube de deseo en la que la había dejado.

—¿Te vas?

Sonrió de medio lado.

—Tengo una reunión a la que no puedo faltar —aseguró. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la mano—, y puesto que no quieres quedarte en la cama… te dejo con algo que hará sin duda que pienses en mí.

Shane jadeó y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír ante su cara de indignación.

—Y ya que estarás inmersa en mí, piensa también en lo que hablamos anoche —concluyó —. Quiero una respuesta y preferiría que no pasase de hoy.

—¿Respuesta a qué?

La devoró con la mirada, no se midió, dejó que su naturaleza lupina emergiese en ella.

—A casarte conmigo o compartir vivienda —le recordó con firmeza—. Las cosas han cambiado, Shane, para ambos. Pero para ti… bueno, digamos que han cambiado incluso un poco más.

Ella parpadeó, totalmente sorprendida por sus palabras.

—Ahora que te tengo, no vas a huir.

Sacudió la cabeza y jadeó.

—El sexo te ha reblandecido el cerebro —aseguró con un quejido—. Porque ha sido eso, ha sido solo sexo.

Él enarcó una ceja y la miró a los ojos durante algunos segundos.

—Si te repites eso varias veces, quizá puedas convencerte de ello —le aseguró, se inclinó una última vez sobre ella y le rozó los labios con la boca—, aunque ambos sabemos que esa no es la verdad.

La besó brevemente y se retiró.

—Que disfrutes de tu mañana, Shane —le dijo y bajó la mirada sobre su cuerpo—, yo sin duda disfrutaré pensando en ti y en todo lo que quiero hacerte en cuanto pueda tenerte de nuevo.

Sin una palabra más se enderezó, comprobó su atuendo y salió por la puerta sonriendo ampliamente al escuchar tras de sí toda clase de improperios seguidos por su nombre.

CAPÍTULO 27

Carly hizo una mueca ante la ardorosa manera en la que Shane golpeaba la masa de las galletas de jengibre que estaba haciendo. Aquello no podía llamarse amasar, no cuando la aporreaba con tal violencia que casi esperaba que de un momento a otro el mejunje se echase a llorar.

—…abrió la puerta y se largó. Ese cabrón hijo de perra me dejó allí… sin más… y se fue —siseó dejando caer de nuevo la masa con inusitada rabia—. Tenía que haberle retorcido los huevos cuando tuve la oportunidad. ¿Cómo se atrevió a hacerme algo así?

Su conversación había girado, desde el momento en que traspasó la puerta, alrededor de Luke Evans, el mismo indeseable y arrebatador hombre por el que su prima llevaba rezongando las últimas horas. Esa mañana había obtenido sorprendentemente el día libre, su jefe había cambiado los planes del viaje a última hora y en vez de salir el viernes saldrían mañana jueves, así que la llamó y tras darle la noticia le dio el día libre para que pudiese arreglar las cosas. Menudo capullo.

Lo último que le apetecía era pasar los próximos cuatro días con Julian Kelsey en una cabaña de Canoe Bay, cuatro largos días en los que tendría que convivir, aún más, con el único culpable de su desastrosa vida.

Decidida a haraganear todo lo que pudiese durante su día libre llamó a Shane para invitarla a desayunar fuera, solo para que le dijera que la recogiese en la recepción del *Manhattan Imperian*. Se había negado a dar explicación alguna por teléfono, pero no hacía falta ser adivina para saber sumar dos y dos.

No pronunció una sola palabra hasta que estuvieron sentadas en el coche y con los cinturones puestos. Shane se había limitado a responder con monosílabos pero en el preciso momento en que encendió el motor, algo prendió también en el interior de su tranquila prima y se convirtió en la *Reina Roja* del *País de las Maravillas*. Solo le faltaba gritar… *¡Qué le corten la cabeza!*

—Cariño, estás ejerciendo brutalidad policial sobre esa masa de galletas —le dijo mirando la más que mareada masa—. Respira hondo y relájate.

Alzó la mirada y se encontró con sus ojos, los de ella poseían un brillo inusual, uno que se extendía también a la lozanía de su piel y al rubor que coloreaba sus mejillas. Vestida con tan solo una camiseta y pantalón de cintura baja, dejaba a la vista parte del tatuaje que le decoraba la piel.

Sin duda una buena noche de sexo con un monumento como Evans tenía sus ventajas, especialmente cuando dicho hombre parecía un afrodisíaco embotellado. El magnetismo animal que poseía, unido a esa extraordinaria presencia, hacían de él un ejemplar único… pero también peligroso. Demasiado peligroso.

¿Lo sabría Shane? ¿Sabría realmente quién y qué se ocultaba bajo la piel de ese hombre?

Ella había tenido que enfrentarse a ello tres años atrás, un descubrimiento que trajo consigo una larga cadena de dolor y errores de los que todavía no había sido capaz de reponerse.

—Tenía que haber apretado más el nudo de la jodida corbata y estrangularle —siseó Shane ajena a sus pensamientos—. Cree que puede darme órdenes y que haré cada una de las cosas que me diga. ¿Quién se cree que es?

—Yo diría que un hombre acostumbrado a que la gente se pliegue a sus deseos —comentó

encogiéndose de hombros—, especialmente las mujeres.

Ella sacudió la cabeza y se llevó la mano por enésima vez al hombro como si le molestase.

—¿Y esos deseos incluyen el matrimonio?

Parpadeó varias veces, ¿qué era lo que acababa de decir?

—¿Cómo?

Shane dejó escapar un profundo bufido.

—Me pidió que me casase con él —estalló acompañando sus palabras con un gesto de las manos—, o en su deferencia que me mude a vivir a su territorio. ¿Te lo puedes creer? ¡Es la tomadura de pelo más grande del mundo!

Se quedó sin palabras. Si le hubiese golpeado con un rodillo en la cabeza no se habría sorprendido más.

—Espera, espera, espera —pidió levantando las manos y haciendo una «T»—. A ver, despacito que esta rubia tiene un proceso mental lento. ¿Qué diablos pasó anoche?

—Me acosté con él.

Sí, eso le había quedado perfectamente claro.

—Pues has tenido que ser un polvazo de órdago para que te salga con esas —aseguró en tono irónico—. ¿Matrimonio? ¿En serio?

—Créeme, lo oí alto y claro, de hecho me lo repitió antes de irse, exigiéndome una respuesta —bufó. Sacudió la cabeza y se apartó de la mesa de trabajo—. ¡Ha perdido la cabeza por completo! Está acostumbrado a salirse con la suya y a obtener todo lo que desea con solo chasquear los dedos. Si hubiese sido inteligente, habría dejado la maldita tarta y me habría ido.

—Pero no lo hiciste —murmuró ella con suavidad—, te quedaste. ¿Por qué?

Resopló y se pasó las manos por el pelo con gesto impotente.

—No lo sé, te juro que no lo sé —negó irritada. Había un borde de desesperación presente en su voz—. Es él. Me saca de quicio. Es arrogante, chulesco y dominante, camina como si poseyese el mundo y eso me da dentera… pero también me derrite. Y cuando me toca… dios, Carly, jamás he reaccionado de esa manera con ningún hombre, es como si se me licuase el cerebro y todo en lo que puedo pensar es en lo bueno que está, en lo bien que huele…

—Ay, madre…

Se rio por lo bajo.

—Sí, sin duda esa sería una buena forma de describir toda esta locura —resopló—. Porque eso es lo que es, una tremenda locura.

Se lamió los labios y volvió a llevarse la mano al hueco entre el hombro y el cuello, deslizó la tela de la camiseta con los dedos y pudo ver por primera vez parte de lo que parecía un apósito.

—¿Qué demonios? —rodeó la mesa y se acercó a ella—. ¿Qué te ha pasado?

El calor inundó el rostro de su prima y sus mejillas se encendieron como luces de neón.

—Ha sido una noche un tanto… er… intensa.

Un horrible presentimiento la recorrió de pies a cabeza haciéndola estremecer.

—Por favor, dime que no te ha mordido —murmuró. Temía escuchar la respuesta.

El enrojecimiento aumentó acompañado ahora de un gesto de vergüenza e incomodidad.

—Lo amenacé con extirparle las pelotas si volvía a hacerlo —murmuró. Se lamió los labios y alzó la mirada hasta encontrarse con la de ella—. No lo admitiría ante él ni en un millón de años pero… fue incluso erótico… aunque ahora no tanto. Me pica.

—No me digas…

No pudo evitar que la ironía se filtrase en sus palabras. No sabía si echarse a reír o gritar

como una loca por lo que estaba ocurriendo. Después de todo, sus sospechas acababan de confirmarse.

—Todo esto es una completa locura, Carly —aseguró golpeando de nuevo la olvidada masa—. Yo no soy así, ¿qué me ha hecho?

Se lamió los labios y se preguntó cuánto sabría en realidad sobre Luke Evans.

—Yo diría que te ha reclamado —aseguró e hizo un mohín al mirar el lugar en el que la había mordido. Un reclamo lobuno en toda regla.

Lobos. En forma humana. Una raza desconocida y oculta entre los humanos, conviviendo y emparejándose con ellos en algunos casos.

Una fantasía que se había convertido en una aterradora realidad tres años atrás.

—Ahora lo del matrimonio tiene sentido —murmuró más para sí que para ella.

—¿Que tiene sentido? —se burló—. Hace menos de una semana que le conozco. No hay sentido posible.

Se frotó la ceja con gesto pensativo.

—Créeme, lo hay. Aunque posiblemente no se lo encuentres en estos momentos —resopló. Alzó la mirada y se encontró con su suspicaz mirada.

—¿Es que sabes algo que yo desconozco?

Si tú supieras… pensó con ironía.

—Quizá debieses hablar con Luke y pedirle que te explique… quién es exactamente.

Las palabras hicieron que frunciese el ceño. Los ojos verdes se oscurecieron ligeramente y la desconfianza bailó en sus pupilas.

—Dímelo.

No fue una petición. Ni una súplica. Su voz sonó fría, calmada y no pudo evitar trasladarse al pasado, a la noche en la que su prima descubrió que el ser humano podía ser de lo más cruel. Sí, aquella maldita noche Shanelle dejó de ser la dulce y confiada muchacha que se había criado en el amoroso abrazo de su familia. No importaba que llevase años independizada y viviendo sola en Manhattan, su confianza en el género humano quedó destrozada para siempre por culpa de un hijo de puta y lo que esto desencadenó.

Shane cambió esa noche, se recrudeció y pasó a ocultarse tras la máscara de cinismo e ironía con la que ahora se enfrentaba al mundo. Incluso su actual permanencia en el Tulteca era más un castigo para consigo misma, un recordatorio de lo que nunca volvería a ser.

—Cariño, será mejor que te sientes —suspiró y señaló el taburete que había a su lado—, esto va a ser… un infierno.

Su ceño se acentuó y la vio contener el aliento.

—Está casado —declaró como si aquello fuese la explicación que esperaba huir—. Bueno, parece que mi nivel de estupidez ha subido un peldaño.

Carly puso los ojos en blanco y extendió la mano para posarla sobre la de ella.

—Si nos ponemos técnicos… sí, ahora está casado —contestó sin más—. Contigo.

Los ojos verdes se entrecerraron lentamente.

—¿De qué mierda estás hablando?

Tomó una profunda bocanada de aire y luego la dejó salir muy lentamente.

—Abre bien tus orejitas, porque solo voy a explicarte esto una vez —rezongó—. De hecho, debería haberlo hecho ese cabronazo antes de… hacer… esto. Pero bueno, los hombres nunca fueron conocidos precisamente por su inteligencia.

—Carly…

Estaba divagando.

—Shanelle Pears, te has emparejado con un lobo.

Su prima la miró a los ojos, entonces soltó un bufido y puso los ojos en blanco.

—No sé por qué te pregunto nada —resopló y volvió a la masa de sus galletas—. Olvídalo. Lo más inteligente que puedo hacer es no volver a verle y ya.

Suspiró.

—No va a ser tan fácil, Shane —aseguró. Le cogió las manos, apartándoselas de la masa y la obligó así a prestarle atención—. Y mucho menos ahora. Escucha, sé que esto te va a sonar a una enorme y absurda fantasía, pero te lo juro por lo más sagrado, es la verdad. Te has emparejado con un lobo… y no hay vuelta atrás.

Carly tomó aire y empezó a explicarle todo lo que sabía sobre el tema, comenzando por cómo terminó ella misma descubriendo ese mundo tres años atrás.

CAPÍTULO 28

A Shane le daba vueltas la cabeza. Estaba esperando que su prima dejase a un lado ese inusual gesto serio y acabase gritándole con cara de payasa: *¡Inocente, inocente!*

El grito no llegó.

Carly seguía con el mismo rostro serio.

Y ella empezaba a perder la paciencia.

—Lobos.

Su prima asintió.

—Sé cómo suena esto, tenías que haberme visto a mí la primera vez que Julian intentó explicármelo... —hizo una mueca—, aunque mi caso fue un poquito más extremo. Primero la conversión y luego la explicación. Sí, fue un infierno de momento.

Parpadeó, varias veces, sintió como sus labios se curvaban hacia arriba sin poder evitarlo y su mente decía: *«síiiiiiiii, claaaaaaaro»*.

—Carly —intentó mantener un tono de voz razonable, aunque lo que realmente deseaba era zarandear a su prima—. Cariño, lo que estás diciendo no tiene lógica alguna. Es… irreal, en el mejor de los casos y una soberana estupidez en el peor.

Seres humanos con naturaleza animal, hombres y mujeres capaces de mutar a placer, emparejamientos interraciales, una misteriosa y fantasiosa raza que coexistía con el ciudadano de a pie sin que nadie supiese de ellos. Demonios, ambas adoraban la película *La Marca del Lobo*, pero aquello era llevar su interés por el mundo sobrenatural y los lupinos demasiado lejos.

—Luke Evans puede ser un snob integral, pero ¿un lobo?

«Eres un cerdo».

»Soy un lobo —corrigió al instante. Entonces descendió sobre ella, le acarició la nariz con la propia y le hociqueó el cuello—. Me gusta cómo hueles. Hueles a mí».

Su voz se filtró en su mente como si acabase de decirle de nuevo aquellas palabras. Se estremeció, entonces sacudió la cabeza con energía.

Céntrate, Pears.

—Vamos, dime qué has averiguado realmente y deja toda esta tontería —pidió. Estaba claro que sabía algo y no quería decírselo para no hacerle daño—. ¿Qué ocurre con él? ¿Es por su dinero? ¿No lo ha ganado de forma limpia? ¿Es… traficante?

Su prima puso los ojos en blanco.

—Nena, en ese campo sé tanto como tú —aseguró con un resoplido—. Y está bien, no me creas. Ya te darás de bruces con la realidad cuando tu compañero te la presente delante. Eso es lo que debería haber hecho y antes de emparejarse contigo, no al revés.

Bufó.

—No somos pareja —insistió por enésima vez—. Joder, solo fue un polvo.

—¿Un polvo? Unos cuantos, diría yo.

Resopló.

—Carly, solo fue sexo —insistió. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba intentando convencerse a ella misma?—. No hay ninguna relación, ningún emparejamiento… fue… algo esporádico.

Lo había sido, ¿verdad? Había sido simplemente una noche de sexo y lujuria que ambos

habían disfrutado. Todo lo demás, no era más que una estúpida excusa para justificar lo ocurrido.

—No me voy a casar con él ni mucho menos.

La mujer alzó las manos en gesto de rendición.

—Lo que tú digas —se dio por vencida—, no pienso decir una palabra más al respecto. Después de todo, esto es culpa suya no mía, a él le corresponde abrirte los ojos…

—Carly, solo fue sexo.

Los ojos de su prima se clavaron en los suyos.

—Si fuese solo sexo no estarías comiéndote la cabeza por lo que te dijo, te estarías recreando en lo bien que lo pasaste y pasarías a otra cosa.

Suspiró.

—No me hagas esto.

—¿Hacerte qué? ¿Decirte la verdad? —chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Está más que claro que te has colado por él y no te culpo. De hecho, dadas las actuales circunstancias —señaló el apósito—, es lo mejor que podía pasarte, que estés enamorada de él.

—¡No estoy enamorada de él! —se quejó—. Por dios, si me saca de quicio.

—Y eso te gusta.

Parpadeó y abrió la boca pero no sabía qué decir. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Está bien, Shane, así es cómo funcionan las cosas con los lobos —suspiró—, te noquean y no sabes ni qué tranvía te ha pasado por encima.

—Deja ya esa chorrada de los lobos.

Ella levantó de nuevo las manos y pidió un tiempo muerto.

—Está claro que esta conversación no va a llevarnos a ningún lado, así que, mejor cambiemos de tema —declaró—. Entonces, ¿vas a ir a casa el fin de semana?

Cerró los ojos y respiró profundamente aceptando el cambio de tema.

—No lo sé —murmuró. Después de la última conversación que tuvo con sus padres, no le apetecía precisamente asomar la nariz.

—Tía Sonia me llamó ayer, estaba empeñada en sonsacarme todo lo que pudiese averiguar sobre tu novio —enmarcó la última palabra con un gesto de comillas—. Esa mujer puede ser como un perro de presa cuando se lo propone. Es aterradora.

—Juro que el destino se ha confabulado contra mí —resopló—. No hay forma de que ella pudiese enterarse de la existencia de esa fotografía cuando no ve ni el periódico.

Se encogió de hombros.

—¿Qué opina tu padre al respecto?

Pellizcó la olvidada masa de las galletas y se la llevó a la boca.

—Me dijo que lo invitase a la barbacoa —hizo una mueca—. ¿Te lo imaginas? Luke Evans en una barbacoa… con ese perenne traje y corbata. Sí, puedo ver lo bien que encajaría allí.

Ella bufó.

—Imagino que no siempre andará de traje, digo yo.

No, ella lo había visto vistiendo ropa deportiva y también sin nada encima. El hombre era impresionante llevase algo puesto o nada.

—¿Y tú? ¿Al final sales de viaje?

Asintió y pellizcó también la masa.

—El tirano de mi jefe me ha dado el día libre…

—Si te ha dado el día libre, no lo consideraría tan tirano.

—Me lo dio para que pudiese tener todo listo para irnos mañana —puso los ojos en blanco —. Cuatro días en Canoe Bay con Julian Kelsey, si eso no son vacaciones en el infierno, no sé lo

que son.

—No puede ser tan malo…

Ella la miró de reojo.

—Es un lobo, es irritante y él sabe que yo sé ambas cosas —se encogió de hombros—. Sí, son vacaciones en el infierno.

Prefirió pasar por alto el tema de los lobos, la historia que le había contado sobre cómo llegó a dar con ese… mundo… era sin duda uno de los mejores argumentos para una novela de romance paranormal que había escuchado nunca. Rescatada y repudiada en el mismo momento.

Sacudió la cabeza.

—Intenta disfrutar al menos del lugar, dicen que es bastante bonito.

Volvió a pellizcar la masa y llevársela a la boca.

—Será fantástico si se produce un alud de nieve y él queda soterrado.

Se rio, no pudo evitarlo, Carly parecía realmente irritada con el solo pensamiento de ir a ese fin de semana de negocios.

—¿Y tú? —le preguntó entonces—. ¿Ya sabes qué vas a responder?

Frunció el ceño.

—Quizá me invente alguna cosa para no ir… me vendría bien un fin de semana libre —murmuró, pensando en la actuación de esa noche—. Voy… a dejar el Tulteca.

Aquello hizo que su prima dejase de comer la masa de las galletas, se quedó con la mano a medio camino y la boca abierta.

—¿El Tulteca o de bailar?

Hizo una mueca.

—Todo —aceptó. Estos últimos días había tenido el empujón que necesitaba para decidirse a ello—. Ya lo he hablado con Rocco, quiso darme vacaciones, que me tomase un tiempo para pensar pero… creo… Es hora de que deje atrás todo esto. Esta noche será mi despedida.

Asintió llevándose el pedacito que había quedado en suspenso a la boca.

—En ese caso iré a verte —asintió con absoluta resolución—. Pero no fue eso por lo que te preguntaba…

Ladeó la cabeza sin comprender.

—Su pregunta, Shane —repitió—. ¿Te casarás con él? ¿Te mudarás al menos?

Puso los ojos en blanco, no podía hacer otra cosa.

—Claro, justo después de que el *Lobo Feroz* me presente al *Conejo de Pascua* y este acepte ser el padrino de bodas o me ayude con la mudanza.

Ella chasqueó la lengua y posó una mano sobre su hombro.

—Ay, hermanita, que dura va a resultarte la caída —le aseguró dándole pequeñas palmaditas—. Te vas a dar un porrazo de la leche.

Sacudió la cabeza y apartó la masa impidiendo que siguiese comiéndosela.

—Deja de comer la masa y ayúdame a preparar las galletas, *Caperucita*.

Los labios de la mujer se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Solo si después me dejas comerlas —ronroneó.

Sacudió la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Ponte a trabajar —cortó la masa en dos trozos—, y ya veremos qué pasa.

CAPÍTULO 29

Luke despidió educadamente a los empresarios alemanes, la reunión se había alargado más de la cuenta pero el tiempo invertido había merecido la pena. El trato estaba cerrado y había acordado un ventajoso negocio para las filas del clan. Tenía que pensar a quién enviaría para encargarse de los pormenores pero hasta ese momento tenía tiempo.

Sonrió para sí y se acercó a uno de los ventanales que dominaban la sala de conferencias del hotel. La lluvia era la protagonista de la mañana, el ambiente se había oscurecido y las gotas caían contra el cristal como a desgana, sin embargo su humor era más comparable con un día de sol que con la actual inclemencia que barría la ciudad. Se sentía pleno y relajado, al menos hasta que pensaba en Shane, el recuerdo de la noche entre sus sábanas y de su olor despertaba su deseo con furiosa rapidez.

La echaba de menos. Quería abrazarla de nuevo, enterrar la nariz en su cuello y aspirar su aroma.

Señor, estaba enamorado de esa mujer. Tan repentino como parecía, era la pura verdad. Supo que era suya tan pronto como la vio, su presencia había despertado sus instintos y lo hizo reclamarla. Como lobo, pero sobre todo como alfa, su rápida elección tenía mucho que ver con el instinto y el poder.

La quiso y era suya.

Ahora solo tenía que convencerla de que su lugar estaba junto a él y que su lobo, le pertenecía por completo.

—Esta va a ser una noche infernal —suspiró.

Tendría que ir con tacto, explicarle las cosas antes de mostrarle el mundo en el que había ido a caer. Consultó el reloj una vez más, le había dicho que la recogería para llevarla a comer y no podía esperar a volver a tenerla entre sus brazos.

—Va a ser una semana muy larga —sonrió con ironía.

Las parejas recién vinculadas tenían bastantes problemas para mantenerse separadas, su excitación actual era prueba de ello, lo que en innumerables ocasiones los llevaba a hacer un parón en sus respectivas vidas para dejar que las cosas se asentasen entre ellos y consiguiesen un poco de estabilidad.

Shane iba a mudarse con él o él se mudaría con ella, lo único que le importaba era tenerla bajo el mismo techo y si para eso tenía que ceder al principio, lo haría.

—Los alemanes acaban de salir con una enorme sonrisa en los labios —comentó Eugene entrando en la sala—. Sea lo que sea lo que les has dado, anótalo querido, podemos patentarlo.

Sonrió de medio lado y miró a su amigo.

—¿Mi compañera?

Eugene puso los ojos en blanco.

—La recogió su prima unos veinte minutos después de que desaparecieras por esas puertas —señaló las que acaba de traspasar—. Oh. Otra cosa, me ha dicho que done el dinero del postre que encargaste a alguna asociación animal.

Sonrió de medio lado.

—Por cierto, ¿qué tal el postre?

Enarcó una ceja ante su interés.

—Lo sé, no es una pregunta políticamente correcta, pero teniendo en cuenta que soy yo quién lo pregunta, ¿qué esperas? Ahora que ¡por fin! estás emparejado, pienso sonsacarte todos los detalles que pueda al respecto.

Sacudió la cabeza y lo miró de lado.

—No contengas la respiración, amigo —le respondió con abierta ironía—, todavía te necesito con vida.

Se encogió de hombros.

—Soy cotilla, pero no un pervertido —hizo un gesto de asco—. No estoy interesado en saber qué cochinadas lleváis a cabo entre las sábanas. —El lobo dejó escapar entonces un profundo suspiro—. Eres consciente de que te queda por delante una ardua batalla, ¿no?

Asintió.

—Pienso hablar con ella esta misma noche —aceptó—. Sé que no será fácil, pero eso no va a detenerme. Es mía, haré lo que haga falta para conservarla a mi lado y mantener intacto ese endiablado carácter que tiene y que me gusta más de lo que debería admitir.

El beta pareció hincharse como un pavo real.

—¡Al fin! Emparejado —suspiró soñador, entonces se rio por lo bajo—. Va a ser realmente divertido ver cómo muerdes el polvo, Shane es capaz de conseguir eso y más.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿De qué lado estás tú?

Eugene meneó ambas cejas.

—Del tuyo, querido, siempre del tuyo —aceptó con burlona solemnidad—. Pero no podrás evitar que sonría como un idiota cada vez que ella te maneje con su meñique.

Chasqueó la lengua.

—Por tu propia seguridad y bienestar, será mejor que no estés presente cuando eso ocurra.

El hombre se limitó a bufar y cambiar de tema.

—Cambiando de tema, Odin ha llamado para decir que se retrasará —le informó—. Quería saber si comerías con Quinn y con él.

Se frotó la barbilla.

—Le dije a Shane que la recogería a las dos y media para llevarla a comer —le informó—. Tengo un par de asuntillos pendientes con ella. Dile a Odin que se encuentre conmigo en el Larroquette a las cuatro en punto.

—Larroquette —ronroneó él—. Íntimo y hogareño. Sí, le gustará. Buena elección, lobito.

—Y dile a ese alfa que espero que se quede en el *Imperian* y lo mismo va para el cachorro —continuó ignorando su comentario—. Y no acepto un no por respuesta.

Asintió, entonces sus ojos se encontraron con los suyos.

—¿Qué tal le va al muchacho?

No sabía que decirle. Ambos conocían a Quinn desde que iba en pañales, pero el chico había cambiado tras lo ocurrido el año pasado.

—Perder a un miembro de la familia nunca es fácil —aceptó con voz profunda—, el perder además a un hermano, a tu propio gemelo… —sacudió la cabeza—. La verdad, no puedo imaginar el dolor que debe haber padecido y que padece.

—Malditos humanos —siseó Eugene. Ellos habían sido causantes de lo ocurrido—. Qué ironía que nosotros seamos las bestias, cuando son ellos los que se comportan como tales.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes.

—Hablaré con Odin y lo pondré al corriente de tus planes —comentó, retomando la conversación—. Ah. Tengo también un mensaje de Wolf. Te da la enhorabuena por el reciente

emparejamiento y las gracias, ha ganado unos cinco mil a tu costa.

Bufó.

—El día en que ese lobo pierda una apuesta, será el fin del mundo —rumió y se volvió a mirar de nuevo por la ventana—. Me llevaré mi coche, me apetece conducir.

Se limitó a poner los ojos en blanco.

—Hazlo con cuidado, especialmente cuando introduzcas a esa lobita tuya en su interior —rezongó—. Y asegúrate de estar parado cuando decida volver a escapar por la ventanilla. No queremos que se rompa el cuello.

Sonrió de medio lado viendo cómo su amigo y mano derecha abandonaba la sala.

—No, no queremos que le pase nada —murmuró en voz baja.

Quinn miró a su alrededor. Un inesperado estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza. Un año, doce largos meses habían pasado desde esa funesta noche a orillas del río que ahora contemplaba, en ese mismo lugar en el que estaba parado, aquel en el que su hermano había encontrado la muerte.

Era incapaz de quitarse de la cabeza los ojos abiertos y el jadeo que escapó de entre sus labios cuando el cuchillo que blandía aquel cabrón se incrustó en el hígado de su hermano desde atrás. Un ataque a traición, carente de honor o cualquier clase de justificación que no pudo evitar.

Esa noche deberían haber vuelto a casa, ninguno de los dos debería haber estado en la ciudad, pero él no quería irse sin al menos despedirse de ella. No abandonaría la ciudad sin antes encontrarse con la humana de la que se había prendado y a la cual estaba dispuesto a hacer su compañera.

«Es ella, Quinn, sé que ella lo cambiará todo. Es tan dulce, tan inocente… si yo no estuviese tan contaminado, si ella me aceptase, si aceptase a mi lobo todo cambiaría. Sé que ella puede hacerme cambiar».

Christian vivía la vida sin pensar en las consecuencias, se la jugaba continuamente y siempre había sabido que sería cuestión de tiempo antes de que todo ello le pasase factura. Se convenció que él podría evitarlo, que estaría allí para ponerle freno, pero esa noche llegó demasiado tarde.

«Ve a verla. Dile que no podré acudir a nuestra cita, que me moría de ganas por descubrir qué sorpresa tenía para mí. Acepta lo que te dé para mí y atesóralo como si fuese yo mismo. Protégela, Quinn, protege a mi Shane».

Le había obligado a aceptar una pequeña cadena de oro manchada con su sangre, la misma sangre que le empapaba el pantalón y las manos mientras le sostenía y lo veía partir. El dolor y la rabia que lo llevó a liberar a la bestia y cometer una matanza en venganza solo para ir después a verla, a ella, a la única culpable de que su hermano no hubiese querido regresar a casa cuando debía haberlo hecho.

Fue al bar en el que había quedado con él, el lugar en el que solían citarse. La vio y sintió cómo se le alargaban los colmillos. Humana, la amada de su hermano era una maldita humana, la misma raza de aquellos que le habían dado muerte. Sabía que Christian y él eran como dos gotas de agua, muchos eran los que los habían confundido y en esa ocasión no fue distinto.

«No me toques, hembra. No vales nada. No eres nada. Solo una putita más haciendo cola para ser follada. Estúpida humana. ¿De verdad crees que te querría para algo más que para pasar el rato? ¿Qué significas algo más que un coñito húmedo y caliente dónde enterrar mi polla? Ilusa. Estúpida e ilusa».

Las palabras habían surgido solas motivadas por la rabia y la pérdida. El aroma de su hermano sobre ella y en su piel lo enloqueció, lo hizo aullar de rabia y todo en lo que pudo pensar fue en herirla. Ella tenía la culpa, por ella Christian se negó a abandonar la ciudad y por ella él había muerto.

Ante la atónita y destrozada mirada femenina se sintió incluso más poderoso, su humillación, su dolor era como un pago justo por lo que había ocurrido. No se detuvo, no sintió pena por ella, en aquellos momentos no comprendió lo que sus actos traerían consigo. Quitó la cadena de oro que le había entregado de uno de los bolsillos, una pieza fina y masculina que sin duda había elegido para su hermano aquella mujer y la lanzó a sus pies.

«Quédate con tus baratijas y aléjate de mí. Me das asco».

Las lágrimas brillaban en aquellos ojos verdes, la incomprensión, el dolor, la traición, todo ello pasaba por delante de la agónica mirada que seguía posada en él. El silencioso llanto apareció y con él el susurro de su nombre… el suyo, no el de su hermano.

«Quería ser mejor para ella, quería ser bueno y merecedor de su amor. Le mentí, Quinn, le mentí y me mentí a mí mismo pensando que podía ser otra persona cuando soy lo que soy».

Las últimas palabras de su hermano, susurradas a las puertas de la muerte, volvieron en ese momento a su mente. Christian le había dado a ella su nombre, le había hecho creer que así era como se llamaba.

«Vete con los de tu clase, hembra y no te atrevas a contaminar a los de mi especie con tu presencia. No vales nada».

Se había dado la vuelta y se marchó dispuesto a llevarse a Chris a casa, con su familia y llorar así su pérdida. Se marchó dejando tras de sí el odio y la rabia que trajo consigo el cruel asesinato de su hermano, una que vertió sobre alguien inocente.

Con el paso del tiempo, cuando no le quedó más remedio que enfrentarse a la realidad y a quién había sido realmente el hermano que tanto había amado llegó también el arrepentimiento y la culpa. La necesidad de expiación lo llevó de vuelta al lugar en el que depositó su odio, pero allí no encontró el perdón que buscaba sino que se topó con más dolor, aquel que él mismo había causado con sus irreflexivos actos.

«Oh, sí, esa pobre chica. Qué mala suerte. Estaban borrachos. Si esa mujer y el hombre no hubiesen acudido en su ayuda, quién sabe lo que habría pasado».

La había convertido en una víctima. Alguien inocente, la mujer amada por su hermano acabó siendo una víctima y todo por su culpa.

Tendría que haberla sacado de aquel lugar, tendría que haberla llevado con él y explicarle quién era y qué le había ocurrido a Christian. Darle el mensaje que tenía para ella, pero en vez de eso, ensució el nombre de su hermano y denigró a la hembra que quizá se hubiese convertido en su hermana.

—¿Quinn?

La voz de su alfa lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió al presente. Se giró y lo vio parado a su lado, con las manos en los bolsillos mientras lo examinaba con esos penetrantes ojos verdes.

—¿Todo bien, lobo?

Respiró profundamente y asintió. Le dio la espalda al río y echó a caminar.

—La ciudad despierta en mí un pasado demasiado amargo —aceptó en voz baja.

El alfa se limitó a asentir con la cabeza y caminar a su lado. Odin era consciente de lo que significaba para él estar allí, pero no podía fallarle otra vez. Su ausencia en el cónclave ya había sido bastante difícil de explicar, no podía fallarle ahora. Tenía que asistir a esa reunión y ponerse

a las órdenes de Evans si quería que el proyecto del nuevo hotel en Las Vegas saliese bien.

—Vamos —Odin lo miró de medio lado—, comeremos algo y nos encontraremos con Luke y su nueva compañera.

Enarcó una ceja ante esa inesperada noticia.

—¿Se ha emparejado?

—Recientemente —se rio en voz baja—, así que procura no mirar demasiado a su chica y sobre todo contén tu animadversión hacia los humanos.

Enarcó una ceja.

—¿Su compañera es humana?

Odin lo miró y asintió.

—Y todavía no es consciente de su nuevo mundo —le informó—, así que sé amable con ella o Luke te arrancará la garganta.

Una humana. Un alfa con compañera humana. Quinn no podía evitar preguntarse si él terminaría atado también a tal maldición cuándo la suya apareciese. Sin duda sería un justo castigo por lo que le había hecho a la hembra elegida por su hermano.

CAPÍTULO 30

—¿Vas a salir así?

Shane parpadeó varias veces al ver a Luke llenando el umbral de la puerta. Tragó, todo su cuerpo reaccionó de inmediato a su presencia. Vestía el mismo traje de esa mañana, sin embargo ahora no llevaba corbata y la chaqueta le colgaba del brazo cuya mano ocultaba en el bolsillo.

Estaba impresionante y no pudo evitar sentir cómo se le hacía la boca agua.

—¿Shane?

Parpadeó y subió la mirada hasta encontrarse con la de él. En su rostro, una perezosa sonrisa le curvaba los labios. Se sonrojó solo para enfurecerse por su propia reacción. Su traicionero cuerpo se había encendido al instante, sentía los pechos hinchados, los pezones duros empujando contra el sujetador y su sexo se había humedecido instantáneamente.

—¿No tienes hambre?

Oh, sí. Se lamió los labios. Pero no precisamente de comida.

Céntrate, Pears, céntrate. Él no es un buffet libre.

Por favor, ni siquiera debería estar pensando en esas cosas.

—¿Ya son las dos y media?

Su voz sonó un poco más ahogada de lo que le gustaría y a él no le pasó por alto a juzgar por la risueña expresión de su rostro. No dudó en recorrerla de la cabeza a los pies con una mirada apreciativa y sensual, su intensidad la hizo querer cerrarle la puerta en las narices y decirle que volviese cuando se hubiese acicalado. Había permanecido en la cocina toda la mañana, incluso después de que Carly se hubiese marchado y tenía un aspecto de todo menos elegante.

—Tienes tiempo para asearte y cambiarte de ropa —le informó con esa voz profunda y sexy que inevitablemente la llevó a recordar la noche anterior—. ¿Puedo entrar o vas a dejarme en la puerta?

A estas alturas su cara debía llevar las de ganar en una competición de tomates maduros. Carraspeó, se hizo a un lado y lo invitó a entrar.

—Pasa —se apoyó en la puerta—. Estaba trabajando en la cocina y parece que he perdido la noción del tiempo.

Su altura y corpulencia hicieron que se sintiese pequeña durante unos breves instantes, no sabía si se debía al reducido espacio de su recibidor o al hecho de que se encontrase en su casa.

Cerrando la puerta tras de sí volvió rápidamente a la cocina y empezó a recoger los utensilios e ingredientes de la mesa mientras él la seguía con menor premura.

—Perdona todo el desastre… diría que no esperaba visitas si eso no fuese un total portazo en tus narices —se detuvo y lo miró—, aunque mirándolo bien, fuiste tú el que me invitó a comer, con lo cual, podría haberte dado con la puerta en las narices, ¿no?

Su figura llenó el umbral, se apoyó en el marco y olfateó el aire.

«Te has emparejado con un lobo».

—¿Jengibre y canela?

Sacudió la cabeza ante tal estupidez y buscó con la mirada la bandeja de galleta de la cual debía haber percibido el aroma.

—Sí, son galletas —le informó y señaló la bandeja—. Tienes buen olfato. Sírvete, si

quieres.

Entró en la cocina y ella no pudo evitar temblar ante su sola presencia. Aquellos eran sus dominios privados, su refugio y el tenerle allí era tan… íntimo.

—Parece que mi sentido del olfato ha regresado en todo su esplendor —comentó en un tono irónico—. Huelen realmente bien… igual que tú.

La directa afirmación fue acompañada de esa sexy boca pegándole un mordisco a una galleta. Se humedeció, apretó los muslos de manera inconsciente y se giró para dejar de inmediato los utensilios en el fregadero.

—Sí te gustan los postres, entonces sí, debo oler a toda clase de condimentos —rezongó en voz baja. Volvió a la mesa y continuó recogiendo.

—Me gusta cómo hueles tú —derramó el aliento en su oído haciéndola saltar. No le escuchó acercarse y al girarse se encontró con esa intensa mirada color café sobre ella—, entre otras cosas.

Abrió la boca para decir algo pero se quedó sin palabras cuando subió la mano y le acarició la cara con el pulgar.

—Estás manchada de harina.

El instinto la llevó a pasarse su propia mano por el rostro.

—Si solo tengo harina, es un milagro.

Ladeó el rostro y la contempló a placer.

—Lo encuentro sexy.

Enarcó una ceja ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—Solo tú podrías considerar algo así —murmuró. Tenía que salir de allí—. Será mejor que me asee y me cambie si es que todavía quieres comer.

No la dejó ir, apoyó el brazo libre sobre la mesa y le cortó la vía de escape.

—Oh, sí. Quiero. Tengo hambre —le dijo mientras deslizaba el pulgar en dirección a sus labios y se los acariciaba—. Y tú hueles… maravillosamente.

—A azúcar y especias.

Sus ojos se encontraron cuando se inclinó sobre ella de modo que fuese consciente de su cuerpo muy cerca del suyo.

—Quiero besarte, Shane.

Qué bien, porque ella estaba deseando que lo hiciese. O al menos su cuerpo lo deseaba, ya que su cerebro hacía tiempo que había perdido la batalla de pensar con coherencia.

—No me digas —se las ingenió para responder.

Los labios masculinos se estiraron en un perezoso rictus.

—Me pareció oportuno hacerte partícipe de mis deseos —insistió sin dejar de mirarla—, ya que creo que van muy en consonancia con los míos.

—Eres todo un optimista.

—Me enciendes…

—Y tú me pones…

—¿Caliente?

Bufó solo para enmascarar un agónico sí que quería salir sin permiso de sus labios.

—Nerviosa —escupió la palabra. Entonces bajó la voz y se escabulló de su mirada—. Y vale, eso también.

Se lamió los labios como si ella fuese la más deliciosa de las comidas y estuviese a punto de hincarle el diente.

—Eres una cosita sincera. Eso me gusta.

Respira, Shane, no te olvides de respirar. Diablos, si seguía así iba a terminar hiperventilando en cualquier momento.

—Creo que dejé algo sin terminar esta mañana, ¿no?

El solo recordatorio debería haberla enfurecido, el muy capullo la había dejado caliente, muy mojada y totalmente frustrada, pero en vez de molestarse con él, se encontró con la boca seca.

—Llegas un poquito tarde para ponerle remedio.

—En ese caso, tendré que empezar desde el principio una vez más —aseguró bajando sobre sus labios sin llegar a besarla todavía.

Sacudió la cabeza en un intento por accionar su cerebro.

—No deberías estar en mi casa…

—Cierto, tú deberías estar en la mía.

Arrugó la nariz.

—No deberías estar en mi cocina.

—¿Me prefieres en tu dormitorio?

—Es tarde, deberíamos…

Le acarició los labios con suavidad, una lenta y breve caricia que la excitó aún más.

—Respóndeme, pequeña —insistió. Su voz era tan profunda y melosa que estaba a punto de convertirse un charco a sus pies—. ¿Dónde debería estar según tú?

¿Ahora mismo? Entre mis piernas.

—Sí, ese lugar me gusta.

¡Había dicho eso en voz alta!

—No he dicho eso en voz alta, ¿verdad?

Él se rio, sus ojos brillaban cuando lo hacía y se formaban pequeñas arruguitas en la comisura de sus ojos.

—Sí, lo has dicho —ronroneó apoderándose de su boca en un duro y húmedo beso—. Y me encanta esa clase de sinceridad.

—Genial —gimió, deseando más de sus besos—. Al demonio el dormitorio.

Se inclinó hacia él y posó las manos en sus hombros para sostenerse y buscar su boca. Dejó que tomase el control, que la sacudiese de los pies a la cabeza como solía hacerlo con tan solo un beso.

Luke le dio lo que quería, poseyó su boca y enlazó la lengua con la suya hasta que pensó que ya no podría respirar si no era a través de él. Las manos vagaron por su cuerpo convertidas en ansiosas exploradoras, pronto la camisa salió del interior de los pantalones, los botones fueron cediendo uno tras otro y resbaló los dedos por el cálido y cincelado torso hasta arrancarle la prenda. Sus músculos se ondeaban con cada movimiento hinchándose y relajándose, mostrando el poder que había en ese magnífico cuerpo.

Él hizo lo mismo con su camiseta, se la quitó por la cabeza y bajó luego la mirada sobre el pequeño apósito que le había puesto la noche anterior. Lo besó y la miró a los ojos.

—¿Todavía te duele?

Sacudió la cabeza incapaz de pronunciar una sola palabra. La intensidad de su mirada le robaba el aliento.

—Bien —volvió a besarla una vez más y la despejó del sujetador, posando su boca sobre uno de los ya duros pezones y la chupó.

Todo su cuerpo respondió al instante, se le licuó la sangre y su sexo acusó los primeros coletazos de rabioso deseo. Apretó los muslos y gimió haciendo que él levantase la cabeza.

—¿Shane?

—Puede que haya algo que todavía me duela.

Él enarcó una ceja y deslizó la mirada por su cuerpo hasta la uve que formaban sus mallas entre las piernas.

—Dime que no he dicho eso también en voz alta.

Sus ojos brillaron con picardía.

—Sí, lo has dicho —aseguró apretándola contra él, haciéndola perfectamente consciente de la dura erección que lucía—, y ha sido música para mis oídos.

—Eres un pervertido.

—¿Contigo? —le guiñó el ojo—. Siempre que puedo.

Gimió al sentir las manos masculinas deslizándose sobre su cuerpo y llevándose consigo las mallas y sus braguitas de un solo tirón mientras la encaramaba sobre la mesa, dejándola allí sentada.

—Tus manos en mis hombros, por favor.

Parpadeó.

—Mira, si hasta tienes modales.

Su mirada la hizo obedecer al instante.

—Buena chica —aceptó satisfecho, entonces bajó la mirada por su cuerpo y se lamió los labios—, y toda mía.

Volvió a besarla hasta dejarla sin aliento y luego tiró de la tela hasta quitarle los pantalones.

—Me muero por volver a estar dentro de ti.

Ella también lo deseaba. Su necesidad crecía con cada nueva caricia y le recordaba que había sido incapaz de apartarle de su pensamiento ni un solo instante durante toda la mañana. Ni siquiera la locura que le había contado su prima evitó que pensase en él, por el contrario, la llevó a devanarse los sesos en él.

—Hueles tan bien —murmuró acariciándole el cuello con la nariz—, eres tan hermosa…

Sus palabras la estremecieron, el tono de su voz era casi reverencial y posesivo lo cual la encendió incluso más.

Lo sintió abrirse paso entre sus piernas uniéndolos íntimamente mientras le mordisqueaba el cuello.

—Quiero tus manos sobre mí —gruñó—, desabróchame el pantalón y tómame en tu mano.

Jadeó, la imagen que sus palabras trajeron consigo la dejó sin aire y palpitante.

—¿No quieres, Shane? —le lamia la oreja mientras sus manos le atormentaban los pechos —. Yo sí quiero sentirte a mí alrededor, quiero tus dedos acariciándome…

Gimió.

—Exiges… demasiado…

—Y doy mucho a cambio —ronroneó mordiéndola suavemente al tiempo que le cogía una de las manos y le apretaba la palma contra su dura erección—. Me doy a ti y solo a ti, todo lo que tengo, siempre.

Se estremeció.

—¿Por qué? —Necesitaba una respuesta a lo que ocurría, algo que explicase esa brutal atracción que sentía por él—. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué contigo? ¿Por qué te deseo tanto?

—Porque es así como debe ser, es la clase de vínculo que se da entre compañeros cuando el apareamiento es muy reciente —volvió a poseer sus labios, mordiéndoselos, chupándoselos—. Estamos hechos el uno para el otro y tu deseo no hace sino encender el mío.

Guio su mano sobre la bragueta, la dejó sentir toda la fuerza de su sexo contenido detrás de la tela y la llevó a incursionar más allá, por debajo de la cintura del pantalón hasta que sus yemas tocaron la suave y caliente carne.

Gimió ante su textura, su sexo pulsó y se humedeció aún más deseando aquello que acariciaban sus dedos. Quería tenerlo de nuevo en su interior, enterrado profundamente en ella.

—Acarícíame —le gruñó—, tócame…

Sus dedos se cerraron por si solos alrededor del duro pene, a duras penas podía rodearle con una sola mano lo que la calentó aún más y la llevó a dejar que su mano trabajase sobre él. Lo acarició, lo apretó y disfrutó de la fuerza que encerraba el miembro masculino. Se tragó sus gemidos mordiéndose el labio al notar como él mismo se deshacía del botón y la cremallera del pantalón y retiraba la tela del calzoncillo para darle mayor libertad de maniobra.

Dios, se sentía poderosa. Un hombre tan fuerte, tan dominante y exigente como Luke y estaba por completo en sus manos. Su sexo se contrajo y notó como la humedad le bañaba los muslos, sus labios reclamaron de nuevo los de él y ahogó un nuevo gemido de placer. Lo quería de forma irracional y ajena a todo lo que había conocido hasta el momento, lo deseaba por encima de todas las cosas y eso la confundía si cabía todavía más.

—Luke, te necesito —rompió el beso y le miró a los ojos, los cuales estaban más claros que de costumbre. Incluso sus pupilas parecían… distintas… mucho más pequeñas. Se estremeció—. Tus ojos…

Él volvió a besarla arrebatándole el aliento.

—Sacas a la luz lo que soy —murmuró. Dejó sus labios e inició un camino descendente sembrado de besos por su cuerpo hasta recalar en sus senos—. Te deseo tanto… te quiero tanto que me duele. Nunca pensé que sería así, que encontrarte me pondría en esta situación.

Se congeló. No podía haber oído bien, no era posible que él… no, debía tener una connotación totalmente distinta. ¿La quería?

—No… —se separó. Su mano dejó de acariciarle y sus ojos buscaron los suyos—. Ni siquiera… ni siquiera me conoces en realidad… no… no puedes quererme.

Él sonrió, enredó los dedos en el pelo de la nuca y la inmovilizó mientras le devoraba la boca con infinita ternura. La otra mano libre guio entonces su pene entre sus piernas y sintió cómo la penetraba hundiéndose en su interior.

—No puedes hacer nada por evitarlo —aseguró deslizándose en su húmedo canal—. Sí. Aquí es dónde quiero estar, dónde pertenezco… tan sublime… tan perfecto…

Arqueó la espalda y se abrió más a él de forma instintiva, necesitaba aquello, lo necesitaba a él y no podía hacer nada excepto aceptarlo.

—¿Lo ves? —insistió él al notar su movimiento, su acercamiento—. Estamos hechos el uno para el otro —salió y volvió a entrar—, eres la única para mí y nadie te arrebatará de mi lado. Ni siquiera tú, Shane.

Se abrazó a él, encontró una vez más su boca y le devolvió los besos en medio del más delicioso éxtasis. Estaba perdida, totalmente a la deriva y él parecía ser su única tabla de salvación.

—Me privas de razón y entendimiento —gimió contra sus labios—, conviertes mi cerebro en papilla… no puedo pensar…

Él se rio.

—No pienses —ronroneó—. No pienses. Solo siente. Quédate conmigo. Cásate conmigo. Múdate conmigo. Sé mía.

Sacudió la cabeza.

—No digas tonterías —se negó a dejarse seducir—. Estás confundiendo las cosas… esto es deseo… lujuria… no es una buena base para… oh, dios…

La abrazó, levantándola en vilo y manteniéndolos unidos de aquella manera, él profundamente enterrado en su interior.

—Dilo —la apremió, esa extraña y atrayente mirada clavada en la suya—. Di que me perteneces. Que te quedarás conmigo. Que lo intentarás por mí.

Se estremeció, todo su cuerpo se encendió incluso más. Se aferró a él para no caer y lo sintió moverse más adentro, poseyendo ya no solo su cuerpo si no también su alma.

—Luke…

—Dilo, Shane —insistió—. Dilo.

Se lamió los labios.

—Eres un mandón.

Sonrió y le lamió los labios.

—Dilo, quiero oírlo.

Gimió.

—Muévete —rotó las caderas torturándolos a ambos—. Ahora, maldito seas.

—No hasta que me digas lo que quiero oír.

Siseó.

—Y ahora también eres masoquista.

No le iba a dar la respuesta que quería, no podía, no podía dejar que la subyugase de aquella manera.

—Te quiero conmigo, quiero tenerte cerca y no esporádicamente.

—Dudo que podamos estar más cerca de lo que ya lo estamos ahora mismo.

—Shane…

—¡Muévete, maldito seas! —insistió rotando su pelvis—, te necesito… por favor…

—Di al menos que te quedarás conmigo.

Gimió cuando él se movió en su interior, su mente, su cuerpo, todo gritaba por él. Incomprensiblemente quería decir que sí, quería entregarse a su cuidado, quería que él la protegiese, que la abrazase y la mimase, pero hacerlo sería rendirse a alguien a quien acababa de conocer y que ya significaba… mucho más de lo que debía.

No podía volver a cometer el mismo error, ¿aunque no lo había cometido ya? Desde ese primer beso en la fiesta hacía menos de una semana él lo había cambiado todo, había irrumpido en su monótona y solitaria vida para ponerla patas arriba.

Estaba enamorada de un hombre que podía destrozarla con tan solo una palabra y habiendo probado ya ese castigo, no podía arriesgarse a ser así de vulnerable otra vez. A dejar que la hiriesen de esa manera.

—Dilo, Shane.

Cerró los ojos y se lamió los labios.

—¡Lo pensaré! —declaró en voz alta—. Ahora haz el favor de terminar lo que dejaste a medias por la mañana o juro por dios que te…

Él se rio y la apoyó de nuevo sobre la mesa, se deshizo de todo lo que lo molestaba con una sola pasada de la mano y la tumbó de espaldas.

—Eres una digna oponente, compañera —aseguró con lo que solo podía ser orgullo—, y eres toda mía.

La montó con hambre, hundiéndose en ella mientras le devoraba la boca. Acompasó su ritmo al de él y se entregó por completo, dejó que su mente se desconectase y disfrutó de aquella

desenfrenada entrega hasta que su nombre brotó de sus labios con la llegada del orgasmo.

Jadeantes y todavía íntimamente unidos, Luke se apoyó en los codos para sostener su peso y la miró a los ojos.

—Y ahora, ya podemos irnos a comer —declaró con masculina satisfacción, entonces rotó sus caderas haciéndole notar cómo su pene volvía a endurecerse—, a menos que quieras que vayamos directos al postre.

Lo empujó con fuerza, pero en sus labios había una sonrisa idéntica a la suya.

—Nada de saltarnos la comida, yo tengo hambre —declaró, gimiendo cuando él salió de su interior. Entonces miró a su alrededor y el lamentable estado de la mesa y de ella misma y resopló—. Y mientras yo me doy una ducha y me visto, usted limpiará este estropicio, señor Evans.

Él enarcó una ceja al verla bajar de la mesa, recoger su ropa del suelo y marcharse contoneando las caderas completamente desnuda.

La fuerte y burbujeante risa masculina le llegó desde la cocina haciéndola estremecerse una vez más.

—Estoy para servirla, señorita Pears.

CAPÍTULO 31

—¿Y cuándo dices que te mudas conmigo?

Shane lo fulminó con la mirada al tiempo que se llevaba la cuchara a la boca degustando la mousse del postre. Le gustaba verla comer, la forma en la que lamía la cuchara para borrar todo rastro de chocolate era absolutamente erótica. Se movió en el asiento intentando colocar en una posición más cómoda su erección. Apenas unas horas atrás se la estaba tirando en la mesa de la cocina y ahora volvía a estar duro como una roca, deseoso de volver a perderse entre sus piernas.

El deseo era rabioso pero logró mantenerlo bajo control a base de autodeterminación.

La comida había discurrido en un ambiente cálido y ameno, su compañera parecía más relajada y dispuesta a responder a algunas de sus preguntas, el sonido de su voz era alto y claro y no se andaba con rodeos.

Había conseguido sonsacarle algunos datos relevantes incluyendo la interesante y, según ella irreal conclusión, a la que habían llegado su prima Carly sobre una raza lupina de cuya existencia dudaba. El descubrir por sus propios labios que su prima estaba al tanto de la existencia de los suyos fue una sorpresa. No tardó en hacer una anotación mental para investigarla más a fondo, quería saber en qué posición lo dejaba eso pues eran muy pocos los humanos que estaban al tanto de tales conocimientos.

Con todo, el obvio escepticismo de su compañera traía consigo un problema mayor y que debía solucionar lo antes posible por el bien de ambos.

—Dije que me lo pensaría, ¿recuerdas? —le dijo volviendo a hundir la cuchara en el vaso de cristal—. Y me lo pensaré.

Sonrió para sí, la pequeña tunante sabía cómo irse por la tangente.

—Y mientras te lo piensas, ¿por qué no pasas esta noche conmigo? —sugirió con voz profunda y melosa—. Una cena para dos, quizá una película…

Alzó la mirada todavía con la cuchara en la boca, la deslizó entre los labios y le respondió.

—Te das cuenta que vives en un hotel, ¿no?

Se inclinó hacia delante deseando acercarse más a ella.

—Pernocto en un hotel y solo cuando tengo trabajo o alguna reunión importante a lo largo del día —le informó—, pero mi hogar está a las afueras de la ciudad.

—¿Es allí donde tienes a ese chucho destroza sofás?

Entrecerró los ojos pensando en que el destrozo del sofá era todo culpa de esa pequeña y deliciosa hembra.

—Ven a vivir conmigo y te lo presento —le soltó—. Estoy seguro de que le vas a gustar tanto como me gustas a mí. Te lamerá enterita si le dejas.

Hizo una mueca.

—*Puaj*, babas de perro…

—Lobo.

—Lo que sea —desechó su corrección con un gesto de la mano—. Así que tienes vivienda propia. Déjame adivinar, ¿un bonito *penthouse*?

Puso los ojos en blanco.

No pensaba decirle, al menos de momento, que poseía varias viviendas tanto dentro como fuera del país, bastante irascible estaba ya con respecto a su dinero y posición como para darle

más munición.

—En realidad no —respondió—, es una casa victoriana que estoy empezando a restaurar en Staten Island. La compré hace unos meses al banco y... bueno, es mi hogar.

Los ojos verdes de la hembra que despertaba su deseo estaban fijos en él, tenía la boca abierta y la mousse amenazaba con caer de la cuchara al mantel.

—¿Shane? ¿Qué ocurre?

El color había empezado a abandonar su rostro a medida que lo escuchaba. Se había quedado con la boca abierta y la cuchara a medio camino de su destino.

—Nada.

Él enarcó una ceja.

—¿Nada? Te has puesto blanca como el papel.

Sus mejillas se sonrojaron, cerró la boca y devolvió el cubierto al vaso con un tintineo.

—Me has sorprendido, eso es todo —murmuró. Entonces la escuchó soltar un juramento en voz baja—. Maldición. Cómo lo haces, ¿eh?

Negó con la cabeza.

—Hacer el qué. —Su inesperada reacción lo había sorprendido y despertó completamente su curiosidad—. ¿Shane?

—Esta noche no podrá ser —comentó, evitando dar una respuesta a lo que quiera que hubiese ocurrido—. Tengo que trabajar.

Frunció el ceño al notar la duda en su voz.

—¿Trabajar?

Sus ojos se encontraron.

—Pues sí, al contrario que tú no puedo permitirme comprar una maldita casa a un banco simplemente con sentarme delante del agente inmobiliario —rezongó. ¿Qué diablos le pasaba? —. Tengo que trabajar para poder costearme tan siquiera el alquiler. Es lo que me da de comer.

Si no supiese que era imposible, juraría que estaba molesta porque había adquirido dicha casa.

—Ven a vivir conmigo y la casa será también tuya.

Ella arrugó la nariz y casi le enseña los dientes.

—No me atosigue, señor Evans, no me atosigue.

—Podemos quedarnos en el hotel si lo prefieres o en tu casa, así podrás enseñarme el dormitorio.

La vio poner los ojos en blanco antes de soltar un cansado bufido.

—Esta noche no —murmuró sin mirarle al decir aquello—. Ya te lo he dicho, tengo trabajo.

Frunció el ceño y arrugó la nariz ante la forma en que se estaba escabullendo. No quería darle una respuesta directa, de hecho estaba intentando ofrecerle la menor información posible y eso lo molestaba. Gruñó en voz baja ante el solo pensamiento de que quisiese darle esquinazo para ir a verse con alguien más.

Shane levantó la mirada y arrugó la frente al posar los ojos sobre él.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer eso? —pidió—. Te lo juro, me recuerdas a un perro rezongando.

—Quizá es porque soy un lobo con ganas de rezongar porque su compañera le está ocultando cosas —declaró con voz firme y profunda—. No me gusta que me mientan y tú acabas de hacerlo.

—No te he mentido.

—No me estás diciendo la verdad —la acusó—. Si no quieres compartirlo conmigo, está bien, estás en tu derecho y lo respeto. Pero no me mientas, Shanelle, no lo toleraré.

Su obvia reprimenda atrajo ese inmediato brillo defensivo a sus ojos.

—No eres nadie para decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—Soy mucho más de lo que supones, Shane, mucho más.

Apretó los labios y sacudió la cabeza solo para rezongar por lo bajo.

—Trabajo de camarera en un local de la ciudad —escupió desafiante—, tengo el turno de fin de semana pero… hoy tengo que trabajar. No saldré hasta por lo menos las once. ¿Contento?

Sabía que trabajaba como camarera los fines de semana y que en ocasiones hacía turnos extra, pero no veía el porqué de tanto misterio. Aquello era parte de la información que había reunido cuando comprendió que la mujer que se había colado en su hotel no tenía nada que ver con la agencia.

—El trabajar como camarera no es algo de lo que tengas que avergonzarte —comentó, pensando que quizá esa fuera la causa de su reticencia—. Yo mismo he servido y limpiado mesas mientras estaba en la universidad para pagarme los gastos.

—No me avergüenza mi trabajo —replicó y supo que estaba siendo sincera—. Pero mi vida, lo que hago o dejo de hacer, me compete solo a mí.

Ahora ya no, pensó para sí. Extendió la mano por encima de la mesa y le cogió la suya.

—Dijiste que habías hecho prácticas en una empresa después de obtener el título —le recordó su previa conversación—, ¿no has pensado en buscar empleo en algo relacionado con ello?

Intentó retirar la mano pero no se lo permitió.

—No todos tenemos la suerte de ser nuestro propio jefe y tener un enorme hotel para nosotros solitos —resopló ella—. Hoy por hoy, el conseguir cualquier empleo es un lujo, no puedo ponerme exquisita.

Se frotó la perilla con la mano libre con gesto pensativo.

—¿Qué tal se te da atender el teléfono? ¿Idiomas? —preguntó—. En el *Manhattan Imperian* hay un puesto vacante de recepcionista, las entrevistas no empezarán hasta el lunes, podrías presentarte.

Esos bonitos y besables labios se torcieron con gesto divertido.

—Está claro que el karma es un hijo de puta.

Su respuesta lo sorprendió.

—Carly me envió esa oferta de empleo por correo electrónico antes de que me dejase caer por tu hotel y no ha dejado de darme la lata para que me presente a esa entrevista —explicó—. De hecho, mi madre se unió también a su interminable diatriba. El que ahora lo hagas tú, el dueño de dicho lugar ya es rizar el rizo. ¿Qué demonios pasa con ese maldito puesto?

—Una de nuestras empleadas se marcha y necesitamos un reemplazo —se encogió de hombros. Entonces le apretó los dedos que todavía sostenía entre los suyos—. Deberías presentarte.

Ella bufó y retiró la mano.

—No voy a trabajar para ti —negó de forma rotunda—. No, señor. ¿La empleada que se acuesta con el jefe? Ni hablar.

—Me parece bien —se rio en voz baja—. Te preferiré conmigo en mi casa y en mi cama. Si te tuviese también en el trabajo, me iba a resultar un poco complicado concentrarme en algo que no fueses tú. Debería cogerme una semana de vacaciones, ¿qué me dices? Los dos solos, tiempo para conocernos, para ver qué tal se nos da convivir…

—Eres como un perro con un hueso.

—Lobo, Shane —la corrigió divertido—, un lupino, ya sabes.

—Creo que empiezo a entender de dónde te viene ese apodo del Lobo de Manhattan —le soltó con un femenino resoplido—, no es por tu fiereza en los negocios, no. Es por tu perpetua necesidad de mantener la nariz pegada a tus presas.

—Eso, cariño, no te lo discutiré —se rio entre dientes.

—Sería lo primero que no discutirías, todo un milagro —rezongó.

Le cogió la mano una vez más por encima de la mesa y se la llevó a los labios.

—Entonces, ¿a las once en mi suite? —insistió una vez más. No iba a dejarla escapar, la necesitaba, la quería a su lado y en su cama.

—Lo dicho, un… lobo… con un hueso —sacudió la cabeza y suspiró—. Señor, si creyese en las estupideces que me contó Carly, por dios que encajarías perfectamente en su descripción. Un jodido lobo alfa.

Sonrió de medio lado y le besó los dedos.

—¿Sabes, Shane? Tu prima empieza a caerme bien.

La vio poner los ojos en blanco y resopló.

—Y ella estará encantada de escuchar eso de ti —aseguró. Bajó la mirada a su reloj y chasqueó la lengua—. Dijiste que tu amigo se pasaría por aquí sobre las cuatro, ¿no? Pues la puntualidad no es lo suyo.

—A decir verdad, lo que no es lo suyo es la orientación —aseguró con una amplia sonrisa, su mirada pasó por encima de ella y se posó al recién llegado—. Déjame adivinar, te has vuelto a perder.

Un masculino resoplido hizo que su compañera se girara hacia los recién llegados.

—En realidad no, pero teníamos algo importante que hacer —declaró Odin deteniéndose frente a la mesa—, y no veo que lamentes mi retraso ya que estás en magnífica compañía. Señorita Pears, un placer verte de nuevo.

—Señor Peters—lo saludó ella.

—Llámame Odin —le guiñó el ojo y volvió a mirarle a él—. Enhorabuena.

Asintió.

—¿Y tu… carabina?

Él se echó a reír al reconocer la broma que respondía a aquella palabra.

—Deberías preguntar quién tiene que hacer de carabina a quién, Evans. —La voz del aludido penetró en el íntimo ambiente—. Perdón por el retraso, ha sido culpa mía.

Negó con la cabeza.

—No importa, Quinn —aceptó levantándose para recibir a ambos hombres—. Me alegro de verte.

—Gracias y felicidades, por cierto.

—Shane, a Odin lo conociste en la recepción pero Quinn no pudo asistir —se giró hacia ella y se sorprendió al ver cómo su rostro empezaba a perder el color mientras sus ojos miraban con gesto agónico al recién llegado—. Cariño, ¿estás bien?

Ella parpadeó, su mirada fue entonces del chico a él y viceversa.

—Le… ¿le conoces?

Sintió su temblor, el dolor que de repente la asaltó y por encima de todo notó el odio, el vibrante odio que empezó a emanar de su piel.

—Sí, es uno de mis socios —aceptó—. ¿Qué ocurre?

—Oh, dios.

—Shanelle —murmuró el recién llegado.

Tanto Odin como él se sorprendieron ante el obvio reconocimiento que vieron en los ojos del joven lobo y el doloroso tono de su voz.

—Um… ¿os conocéis?

Ella se sobresaltó ante la voz del alfa, su mirada fue entonces de uno a otro de los presentes hasta posarse en la de él.

—Me voy a casa.

Sin decir una sola palabra, se levantó, recogió su bolso y se dio prisa en abandonar su presencia.

—Shane, espera —la detuvo atrayéndola hacia sí de manera protectora. La mirada que le dedicó al recién llegado no era amistosa, ni mucho menos—. Quiero saber qué pasa aquí.

El aludido lo miró con verdadero dolor y pena.

—Ella piensa que soy otra persona.

Shane jadeó y empezó a revolverse entre sus brazos.

—¿Otra persona? ¡Serás cínico! —siseó—. ¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Bastardo!

La furia de su compañera activó la propia, sus ojos se oscurecieron y pudo sentir su naturaleza animal demasiado cerca de la piel. Un fiero gruñido emergió de su garganta, una amenaza y un recordatorio de quién era.

—Quinn. —La voz de Odin sonó tan firme como la suya, pero mucho más calmada. El otro macho era consciente del peligro al que se enfrentaba ahora mismo—. Es la compañera de Luke y están recién emparejados. Ten cuidado.

El aludido asintió, su mirada se posó sobre él un segundo antes de bajarla, reconociendo su supremacía, antes de hablar con suavidad.

—Ella tiene derecho a estar enfadada y sentir lo que siente, Luke —declaró el chico—. Fui yo quien instaló esos sentimientos con un comportamiento nada digno. Ella no es consciente de que no soy quién ella piensa, no sabía que Christian tenía un hermano gemelo. Jamás supo que el hombre que la amaba murió en mis brazos hace un año.

La rigidez en el cuerpo femenino retornó junto con una profunda negación.

—¡Mentiroso! —clamó, luchando por soltarse de él una vez más. Estaba desesperada, rabiosa y con ganas de arrancarle los ojos. Durante un breve instante consideró dejarla hacer justo eso, solo para ayudarle él después—. ¡Sal de mi vista! ¡Bastardo!

El chico posó entonces los ojos sobre ella y todo en él vibró, dispuesto a hacerle pedazos. No quería ni que se acercase a su mujer, no quería otro macho cerca de su compañera. Lo vio llevar la mano al interior de la chaqueta y gruñó cerrando con más fuerza los brazos alrededor de ella.

—Solo quiero enseñarle algo —anunció Quinn, entonces miró a Shane—. Necesito que entiendas que el que… te habló esa noche… fui yo y no él.

Sus dedos salieron de debajo de la tela llevando consigo una fotografía, la desdobló y la extendió delante del rostro de ambos. Luke no tuvo que adivinar lo que provocó la repentina flojera en su cuerpo, pues frente a ellos estaba el retrato de los dos gemelos, uno de ellos sonriente y el otro más serio posando a orillas del río Hudson con el puente de fondo.

—Christian nunca pudo reunirse contigo para disfrutar de la sorpresa que le tenías reservada —continuó el chico dejándole tan vapuleado por sus palabras como a ella—, lo mataron antes de que pudiese volver a ti.

Se desmadejó en sus brazos, un agónico gemido escapó de entre los labios femeninos y si no la hubiese estado abrazando, habría tenido que levantarla del suelo.

CAPÍTULO 32

Shane no podía dejar de temblar, los dedos se deslizaban solos por la fotografía que tenía en las manos. El shock, la sorpresa, la estupefacción, daba igual qué nombre le pusiera, era incapaz de reaccionar. Su voz seguía presente, la misma profundidad, el mismo timbre… pero ahora notaba también una ligera diferencia en sus palabras, la forma en que modulaba algunas letras lo delataba.

Quinn. El verdadero Quinn. Un nombre que había utilizado otra persona, su gemelo, el mismo al que conoció un año atrás y con quién vivió un breve idilio que terminó bruscamente esa noche en el bar, bajo la fiereza de las duras palabras que le rompieron el corazón y la dejaron despojada de todo lo que le importaba.

Humillación, desolación, rabia, dolor, había confiado y había sido defraudada, vilipendiada y hoy, ante esa imagen que le devolvía la fotografía, le decían que no había sido él.

Christian, el hombre que le había jurado que le amaba y que daría hasta su vida por verla sonreír, su nombre era Christian y no Quinn.

—Fui yo el que se presentó ante ti aquella noche, no Chris. —Su voz le arrancó los ojos de la foto y la obligó a mirarle una vez más. Dolor y rabia. Todo se mezclaba en su interior en esos momentos incapaz de encontrar una vía de escape, no sabía si gritar o llorar, no sabía nada.

Christian. Ese era su verdadero nombre, el mayor de los dos por siete minutos, le había dicho él. El irresponsable, el alocado y el que había pensado en cambiar tan solo por ella.

—El dolor, la rabia que sentía en aquellos momentos, la amargura de que su muerte hubiese llegado tan temprano y de una manera tan estúpida… —continuó, haciendo una pausa solo cuando necesitaba reponerse de unos recuerdos que a él también lo agobiaban—, me llevó a actuar de la manera en que lo hice.

«No me toques, hembra. No vales nada. No eres nada. Solo una putita más haciendo cola para ser follada. Estúpida humana. ¿De verdad crees que te querría para algo más que para pasar el rato? ¿Qué significas algo más que un coñito húmedo y caliente dónde enterrar mi polla? Ilusa. Estúpida e ilusa».

Sus palabras. Bajo esa nueva luz adquirían un cariz distinto, su cerebro registraba el cambio pero su corazón todavía se resentía por lo que generaron en ella. Unas palabras, unas simples palabras dichas con rabia ante una cruel muerte habían provocado tanto daño…

Sacudió la cabeza, volvió a mirar la foto y tembló.

—No… no lo entiendo —confesó en voz alta—. Nunca entendí todo aquello y ahora… Esto es una locura.

Unos fuertes brazos la rodearon, la cercanía de su cuerpo, su contacto y sobre todo la silenciosa presencia que había adoptado después de escuchar el relato que vertió sobre ellos Quinn, eran un soporte indispensable. De alguna manera sabía que si Luke no estuviese a su lado y tocándola se habría derrumbado ya.

—Lo que dice sobre Christian es verdad, Shane —la voz de su amante hizo que girase la cabeza para mirarle—. Él estaba en Manhattan en aquella época, pero ignorábamos en qué andaba metido.

Odin y él intercambiaron una mirada apesadumbrada.

—Tiene gracia —musitó.

—¿El qué, tesoro?

Se estremeció al escuchar aquel cariñoso apelativo en su voz. Quería llorar pero las lágrimas todavía se negaban a descender.

—Él… tú… —sacudió la cabeza—, los dos únicos amantes que he tenido y resulta que os conocíais.

Sí, ellos habían sido los únicos hombres que se colaron en su solitaria vida. Christian había sido el primero, su primer amante. Lo suyo había sido una locura, desde el momento en que se encontraron no pudieron separarse, pasaban todo el tiempo que podían juntos, él la hacía reír, la hacía sentirse hermosa y afortunada. Su primera vez no podía haber sido más perfecta… Se enamoró, no pudo evitarlo, se coló completamente por él… como ahora lo había hecho por Luke.

No.

No es lo mismo.

Con Luke todo era mucho más intenso, las emociones eran desgarradoras, cuando estaba entre sus brazos se sentía viva, mucho más viva de lo que se sintió incluso con su primer amante.

Se parecían, había algo en esos dos hombres que los hermanaba y que al mismo tiempo eran tan distintos...

Cerró los ojos y recostó la cabeza contra el fuerte hombro necesitando respirar su aroma, reforzarse con su presencia solo para amonestarse mentalmente por permitirse ser tan dependiente de él.

—Yo… tengo algo para ti si tu compañero me permite dártelo.

Abrió la boca para decirle que no quería nada y que su «compañero» no tenía potestad para decir que podía o no podía permitirse, pero su profunda y densa voz la interrumpió.

—Adelante.

Quinn. Tenía que obligarse a relacionar ese nombre con la persona que tenía ahora frente a él, comprender que ese hombre no era el mismo al que había querido y al que también había despreciado con toda su alma por algo que finalmente nunca hizo.

Se acercó a ella y extendió la mano entregándole el colgante que había desechado, el mismo que le había regalado a su amante solo para que el hombre que en ese momento confundió con Christian, se lo devolviese lanzándoselo a la cara.

—Desde aquella noche, siempre lo he llevado encima. Tenía que habértelo entregado en tus propias manos en aquel momento y no hacer lo que hice —aseguró extendiendo la mano y, tras mirar a Luke una vez más, tomar su mano y depositarlo sobre ella para cerrarle los dedos a su alrededor—. Chris me pidió algo antes de morir y no quise cumplirlo, no quería entender que tú no eras la culpable de lo que había pasado. Él quería que fueses feliz y te pidió perdón por no poder reunirse esa noche contigo. Me pidió también que te cuidase… y en eso, fallé estrepitosamente.

Los ojos empezaron a vidriársele, el pecho se le comprimió, pero las lágrimas siguieron su propia obstinación y retrocedieron.

—Sé que estará satisfecho al ver que te… bueno, que ahora estás con alguien como Luke —aseguró dando un paso atrás—. No espero que me perdones, lo que hice… no solo te herí sino que empañé la memoria de mi propio hermano.

Abrió la mano y miró la cadena, se lamió los labios y alzó la mirada para encontrarse con la de él.

—¿Por qué ahora? —Había rabia en su voz, no podía evitar que surgiera—. Te das cuenta de que si esto no hubiese ocurrido, si yo no estuviese con Luke en este restaurante, si tú no hubieses aparecido con Odin, ¿esto nunca lo habría sabido?

El dolor rivalizaba con la rabia, con el odio y no le gustaba sentirse así.

—Si esa noche no hubieses aparecido yo… yo…

Se levantó de golpe, incapaz de permanecer sentada un solo momento más.

—No puedo, no puedo con esto —declaró, dio un paso atrás e intentó apartarse de ellos—, tengo que irme… tengo que salir de aquí.

—Shanelle, sé que no sirve de nada, pero realmente lo siento —le dijo Quinn mirándola a los ojos—. No te merecías mi rabia esa noche y solo lamento no haber tenido el valor de buscarte antes.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda. No quería odiar, no quería seguir viviendo presa del rencor y de los dolorosos recuerdos, pero todavía no podía perdonar, no cuando la verdad empezaba a hacerle tanto o más daño de lo que ya le hicieron las mentiras en su momento.

—No es a mí a quién tienes quién tienes que pedir perdón —le dijo entonces—, de nada te serviría cuando no has sido capaz de perdonarte a ti mismo.

Le dio la espalda, miró a Luke quién se había levantado con ella y sacudió la cabeza.

—No voy a huir —le dijo y alzó la mano cuando lo vio dispuesto a protestar—. No. Por favor… no lo hagas. Necesito estar sola. Necesito irme.

La negativa presente en sus ojos la obligó a permanecer todavía más firme.

—A las once —le recordó. Quería irse, necesitaba irse antes de que se rompiera y lo hiciera frente a él y esos extraños—. Lo juro.

La lucha interior que llevaba a cabo consigo mismo era palpable.

—A las once en punto, Shane —le dijo sin apartar la mirada de la suya—, ni un minuto más o iré a buscarte dónde quiera que estés.

No le permitió decir una sola palabra más porque su boca se cernió sobre la suya y acalló sus palabras con un beso. Su determinación empezó a flaquear, se obligó a abandonar sus brazos y dar media vuelta para marcharse.

Las lágrimas empezaron a caer nada más cruzó la puerta del restaurante, cuando logró subirse a un taxi lo hizo llorando por un pasado lleno de mentiras y un amor perdido, uno que pensó que jamás había sido suyo.

CAPÍTULO 33

Shane cerró la puerta tras de sí con un profundo suspiro. Carly levantó la mirada de la revista que estaba leyendo y la miró.

—¿Ya se lo has dicho?

Asintió. Acababa de tener una larga charla con Rocco y a pesar de que el hombre insistió en que se quedara, llegando incluso a compensarla con un aumento de sueldo, su respuesta había sido tajante. No. Ahora más que nunca necesitaba desvincularse de todo esto, necesitaba tiempo para desconectarse y pensar. Si su vida ya era complicada, después de lo que vertieron sobre ella ese mediodía todo se había convertido en un agujero negro del que no sabía cómo podría salir.

—Lo ha aceptado. A regañadientes, pero no le ha quedado más remedio —aseguró cruzando el pequeño almacén que hacía la función de camerino—. Esta será mi última noche de baile en el Tulteca.

Se dejó caer en el asiento que había libre delante del tocador y suspiró al mirarse al espejo. Tenía que maquillarse y arreglarse, dentro de una hora le tocaría subir al escenario y desnudarse por última vez detrás de ese biombo.

—¿Por qué acepté este trabajo, Carly? —preguntó mirándose en el espejo—. ¿Por qué dije que sí esa noche después de todo lo que pasó?

Llevaba poco más de un mes trabajando como camarera cuando sucedió. Era su noche libre pero Carly había insistido en que salieran a tomarse unas copas —ella acababa de divorciarse por tercera vez— y terminaron en el Tulteca, el local en el que ambas se sentían a gusto y donde trabajaba. La noche había sido agradable, habían reído, habían brindado… quizá el problema fue que brindaron demasiadas veces y siempre con alcohol ya que ambas terminaron como cubas.

—La culpa la tuvo el alcohol —suspiró su prima—, y también el apagón. De hecho, creo que gran parte de la culpa fue del maldito apagón.

El apagón, un inesperado cortocircuito en el panel de los fusibles que hizo que la iluminación principal se cortase y quedasen tan solo las luces de emergencia y las lámparas de las mesas, que tenían un circuito aparte. El equipo de música había saltado también y cambió automáticamente la lista de reproducción a una conocida melodía de seducción.

Aún hoy no comprendía cómo había llegado allí, cómo había terminado primero delante y luego encima de la barra, bajo las luces de las lámparas con esa máscara de carnaval y la absurda peluca con la que celebraban el divorcio de Carly ocultando su verdadera identidad. El caso es que así había sucedido, terminó bailando, llevando a cabo la sencilla coreografía con la que había pretendido sorprender a su novio un mes atrás, antes de que este la dejara tirada como a una bolsa de basura.

El alcohol había eliminado sus inhibiciones, los gritos de Carly la habían animado a seguir al punto de que terminó incluso uniéndose a ella y bajo la absorta mirada de los presentes, hombres y mujeres por igual, ambas acabaron en ropa interior sobre la mesa del bar y riéndose después de concluir con el bailecito mientras los asistentes aplaudían al pensar que aquello estaba preparado.

—Además, necesitabas el dinero —añadió con un ligero encogimiento de hombros—, estabas decidida a ahorrar para poder comprarte la casa de tus sueños.

—La casa —sonrió de medio lado. Sacudió la cabeza y miró a su amiga—. ¿Recuerdas que te dije que ya habían quitado el cartel de «se vende»?

—Sí, lo recuerdo nítidamente —aseguró con un mohín—, la rabieta que cogiste cuando te enteraste fue monumental.

Sí, la verdad es que le había sentado como un jarrón de agua fría. Ese era otro de los motivos por los que había decidido dejar este trabajo.

—Pues he conocido al nuevo propietario —le informó al tiempo que cogía su botella de agua y le daba un buen trago—, de hecho, me acuesto con él.

—¿Cómo?

Sonrió de medio lado.

—Lo que has oído. Luke Evans es el propietario de la casa victoriana de Staten Island —le dijo con un mohín—. Me lo confirmó este mismo mediodía unos minutos antes de que se desatara el infierno. Ah. Y también me sugirió que me presentara a la entrevista para el puesto de su hotel. Si es que el karma está empeñado en joderme la vida, no hay otra explicación lógica.

La mirada atónita de Carly decía más que cualquier palabra pronunciada en voz alta.

—Hay que joderse.

Se encogió de hombros y giró la cabeza hacia el móvil que empezó a vibrar e iluminarse sobre la superficie del tocador. Hizo una mueca y rechazó la llamada.

—Si vuelves a colgarle el teléfono, te juro que la próxima vez contesto yo.

Shane puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. No quería hablar con él. No podía. Todavía no. En realidad consideraba prácticamente un milagro que la hubiese dejado marcharse cuando lo hizo, Luke Evans no era un hombre del que una se pudiese liberar fácilmente.

Había llamado toda la tarde, le había dejado mensajes de texto y sabía que también los tenía en el buzón de voz pero era incapaz de enfrentarse ahora ni siquiera al sonido de su voz.

Se sentía vacía por dentro, su mente era incapaz de funcionar correctamente, si no fuese tan obtusa, se habría quedado en la cama, oculta bajo las sábanas y alejada del mundo pero Carly no se lo había permitido.

Se había presentado en su casa a los pocos minutos, no pronunció una sola palabra, se limitó a saltar a la cama y abrazarla mientras daba rienda suelta a su desesperación. Lloró toda la tarde, gritó a pleno pulmón hasta que la garganta empezó a dolerle y después se sumió en un absoluto mutismo. Curiosamente no había tenido que pronunciar ni una sola palabra, ni dar explicación alguna pues ella estaba al tanto de todo. Luke la había llamado en el mismo instante en que abandonó el restaurante y le exigió que estuviese a su lado en aquellos momentos.

—Está muy preocupado por ti —insistió, como lo había estado haciendo durante toda la tarde—. Te quiere, Shane y no de una forma superficial. Sé que no crees ni una sola palabra de lo que te dije, pero él no va a dejarte marchar. Cuanto más lo alejes, más insistirá en que estés a su lado y deberías aceptarle… tú también lo quieres.

Sus ojos se encontraron a través del espejo y Carly sonrió de medio lado.

—Sé lo que ha pasado, lo que ese hombre te ha dicho… —sacudió la cabeza. A ella misma le costaba hacerse a la idea—. No dejes que lo que tienes ahora se enturbie por lo que ha quedado atrás y ya no se puede cambiar.

Bajó la mirada y la fijó en la botella de agua.

—Él me quería… después de todo, Quinn… o Christian… él me quería —musitó y cuando levantó la mirada una vez más vio el brillo de las lágrimas en el espejo—, iba a reunirse conmigo… y yo lo odié, lo odié con todas mis fuerzas cuando él… él estaba muerto.

Empezaron a temblarle las manos y tuvo que unirlas para evitarlo. Se llevó las manos al

cuello, se había puesto su cadena, la que él le había regalado, no estaba segura del motivo, pero necesitaba sentirle cerca en aquel momento.

—Le fallé —musitó dejando que una solitaria lágrima resbalase por sus mejillas. Entonces parpadeó y la borró—. Sin saberlo, lo traicioné, traicioné todo lo que me dio y…

—No lo traicionaste, cariño —bufó—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Vi cómo te trató… o cómo te trató su hermano. No podías saberlo…

—¡Tenía que haberlo supuesto! ¡Si de verdad lo quería, tenía que haberme dado cuenta que no era él! —estalló poniendo en palabras su propio dolor, lo que la revelación de aquel mediodía había traído consigo. La culpa, su propia culpa—. Y yo le quería, Carly… le quería…

—Fue tu primer amor —aceptó ella con suavidad—, el primer hombre en tu vida. Eso siempre nos deja huella.

Se lamió los labios.

—Esa noche me vestí para él —musitó—, quería bailar para él y solo para él.

Las manos de Carly se cerraron sobre sus hombros, su rostro se apretó contra el suyo y se miraron a través del espejo.

—Hazlo esta noche —le susurró sosteniéndole la mirada—, baila para él una última vez y déjale ir, Shane. Déjalo ir de verdad, no te ates a su recuerdo como lo has estado haciendo hasta ahora. ¿De veras no sabes por qué has estado bailando hasta ahora? ¿No sabes para quién has estado bailando?

Cerró los ojos y respiró profundamente. El baile que nunca había podido llevar a cabo, el hombre que nunca supo lo mucho que trabajó para conseguir que le saliese perfecto, el único para el que siguió bailando a pesar de su rechazo, como si el hacerlo pudiese combatir el dolor y el odio que convivían en su interior.

«Estás herida, Shane y quiero ser el único que te arranque ese dolor y que cicatrice esas heridas. Porque eres mía, la única para mí».

El recuerdo de las palabras pronunciadas por Luke inundó su mente en el mismo instante en que el móvil volvía a sonar. Ambas miraron el aparato.

—El pasado traído de la mano del presente —musitó. Se lamió los labios, cogió el teléfono y respondió sin dejarle hablar—. A las nueve en el Tulteca.

No dijo una sola palabra más, apretó la tecla de colgar y miró a su prima quién sonrió y asintió sin necesidad de palabras.

—Prepárate para el último baile —le dijo con calidez—, yo me encargaré de todo lo demás.

Asintió y volvió la mirada hacia el espejo mientras ella abandonaba la habitación. Era hora de dejar atrás el pasado y darle una oportunidad al presente, por muy loco que este pareciese.

CAPÍTULO 34

Luke atravesó las puertas del local a las nueve en punto. Shane estaba allí, en algún lugar, podía sentir su presencia y captar su aroma incluso por encima de todos los demás. No podía evitar sentirse preocupado, su compañera había recibido un golpe psicológico brutal, uno que ahora sabía había traído consigo un inesperado suceso que explicaba la manera en la que ella se comportaba en algunas circunstancias.

Todavía le sorprendía que hubiese sido capaz de dominarse.

Desde el primer momento en que el joven cachorro se acercó a ella y desestabilizó sus emociones, la bestia emergió dispuesta a hacer pedazos a cualquiera que fuese una amenaza para su compañera. Fue consciente del nerviosismo de Odin, preparado para contenerle si llegaba a ser necesario, pero la absoluta y fría calma que envolvía a ese lobo y su forma de proceder le salvaron el culo… al menos de momento.

Quinn había tenido el buen tino de dar explicaciones ante el obvio desconcierto de ambos, el dolor, la rabia que sintiera en el momento, el arrepentimiento, todo ello estuvo presente en sus palabras a medida que daba rienda suelta a lo ocurrido un año atrás y lo que esto había traído consigo.

No pudo culparle por su reacción, sabía mejor que nadie lo que significaba perder a alguien cercano, él mismo había perdido a toda su familia, además de gran parte de su clan, cuando era solo un adolescente. Quizá, de no contar con Eugene a su lado, su reacción habría sido similar a la del joven lobo.

Las tenues luces lo recibieron tan pronto entró en la zona principal, el local era elegante y discreto, los presentes eran en su gran mayoría humanos, de hecho, no captó aroma alguno que dijese lo contrario; él era el único lobo presente esa noche. La inmensa barra del bar se extendía a su derecha dominando gran parte de la pared mientras que una especie de escenario con lo que parecía una gigantesca mampara de cristales blancos sobre él, dominaba la pared contraria dejando en el centro las mesas para los comensales.

Frunció el ceño, su lobo gimió y se sintió automáticamente atraído hacia aquel escenario. Había un aroma que conocía muy bien, era ligero, pero permanente, como si su compañera hubiese estado más de una vez cerca de ese artilugio.

Una delgada y femenina mano se elevó en el área cercana al escenario, entrecerró los ojos y enarcó una ceja al reconocer al instante el olor de la curvilínea mujer. Carly Pears, la prima de Shane se había levantado de la mesa que ocupaba y esperó a que se reuniese con ella.

—Veo que la puntualidad es otra de tus virtudes —comentó ella, dedicándole una escueta sonrisa—. Bienvenido.

—Señorita Pears —la saludó con educación.

—Con Carly será más que suficiente —le invitó, al tiempo que le mostraba la mesa—. Por favor.

La siguió y le apartó la silla.

—Permíteme.

Ella sonrió para sí, tomando asiento.

—Empiezo a entender por qué sacas de quicio a Shane —murmuró más para sí que para él —. Gracias.

Decidió ignorar su comentario y volvió a mirar el escenario, el aroma de su compañera era incluso más palpable ahora. Echó un vistazo alrededor de la sala pero no la vio.

—Imagino que puedes sentirla o captar su aroma —comentó ella en voz baja captando de nuevo su atención—. Ha estado bastante nerviosa, no estaba segura de que fueses a venir.

—Es mi compañera —declaró buscando una confirmación a lo que intuía en sus ojos—, no voy a dejarla sola en ningún momento, menos si me necesita.

Asintió y ladeó la cabeza, retirándose el pelo detrás de la oreja.

—Eso fue lo que le dije y varias veces, pero si la conoces, sabes que es terca como una mula —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Toma asiento, empezará en unos minutos.

Siguió su mirada en dirección al cubo formado por cuatro paneles de cristal blanco unidos y arrugó la nariz. Su aroma allí era cada vez más fuerte, como si ella estuviese cerca o en su interior. Gruñó, un sonido involuntario nacido de su parte lupina.

—Y eso también le saca de quicio —sonrió su acompañante—, no comprende su significado.

Sus ojos se encontraron con los de ella.

—Y tú sí.

No apartó la mirada, se la sostuvo y se limitó a ampliar la sonrisa.

—No va a ser fácil que lo entienda, lo sabes, ¿no? —continuó. Al no obtener respuesta de su parte suspiró y prosiguió—. Hoy ha sido un día duro para ella, pero eso ya lo sabes. Gracias por llamarme, por cierto, no me hubiese gustado que estuviese sola con todo eso dentro. Se pasó la tarde llorando —sacudió la cabeza—. Se ha mantenido aferrada al pasado, pensó que podría olvidarlo, que podría seguir adelante como si nada hubiese pasado, pero Shane no es así…

—¿Por qué me estás contando todo esto?

Se encogió de hombros.

—Porque gracias a ti está dispuesta a dar ese paso hacia delante y dejar todo esto detrás o al menos a intentarlo.

Ladeó la cabeza intentando ver qué había en esa cabecita femenina.

—Al grano.

Se rio por lo bajo.

—Sé qué eres y lo que has hecho. —Tal y como le pidió fue al grano—, como también sé que no tiene la menor idea de a lo que se enfrenta contigo. Si te has emparejado con ella es porque realmente te interesa y sobre todo te importa lo que le pase, así que más te vale tener mucho cuidado cuando le muestres el mundo en el que ha ido a parar, porque como le hagas daño, no necesitaré un veterinario para castrarte. Lo haré yo misma, lobo.

Las luces principales se apagaron entonces impidiéndole darle una respuesta. Al instante, las placas de la mampara se iluminaron y modelaron la figura de la mujer que apareció en su interior. Su cuerpo reaccionó al instante, su aroma lo golpeó con fuerza y la saliva inundó su boca con repentina hambre.

—Disfruta de la función —murmuró de nuevo la mujer a su lado—, esto es también para ti.

Cualquier palabra huyó de su mente cuando la figura se movió con una cadencia sensual que lo endureció al instante. Los paneles luminosos realzaban su figura, la moldeaban e imprimían como una sombra viviente. La música comenzó a sonar y la suave y sexy voz de su compañera se elevó sobre el silencio reinante en la sala.

—Bienvenidos, damas y caballeros, a la noche del Tulteca. Que su estancia resulte un

sueño placentero.

La silueta se movió con un contoneo sensual, los brazos danzaron, sus manos formaron figuras mientras se giraba y elevaba los pañuelos o livianas telas de las que parecía estar hecha su escasa ropa. La figura de un pañuelo empezó a moverse con ella, lo arrancó con un gesto erótico de la falda, dejando sus largas piernas al descubierto mientras lo agitaba como una sinuosa bailarina oriental.

Era incapaz de apartar la mirada, conocía sus curvas, las había recorrido con las manos, con la boca y saber que alguien más estaba admirando el cuerpo de esa voluptuosa y deliciosa criatura le hizo desnudar los dientes y gruñir.

Es mía.

La necesidad se alzaba en su interior, el deseo era cada vez más palpable, se movió inquieto cuando su pene se endureció más allá de lo soportable. Quería abandonar el asiento y saltar sobre ella, reclamarla una vez más, hundir los dientes en su piel y dejarles claro a todos esos humanos que se excitaban al mirarla que era suya y solo suya.

Se obligó a relajarse, cambio de posición y se reclinó en la silla. Su tranquilidad se esfumó en el mismo momento en que giró deshaciéndose del pañuelo y se acercó a la pantalla para ejecutar un sinuoso movimiento descendiente con el que arrancó la breve tela que había hecho de falda. Las largas y torneadas piernas fueron delineadas por sus manos, un movimiento descendente que fue desde la uve formada por sus piernas a los zapatos de tacón y que lo hizo saltar en la silla.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por respirar, el aire parecía dispuesto a eludir sus pulmones con tanto ímpetu como le ponía su pene a saltar fuera de los pantalones.

Dios mío, esa pequeña iba a provocarle un infarto.

La silueta se apartó entonces del panel y ejecutó otra serie de sensuales movimientos con los brazos, se levantó el pelo, se puso de perfil y meneó ese magnífico trasero que tanto le gustaba.

Tragó con dificultad. En aquel local empezaba a hacer demasiado calor, le sobraba la chaqueta, la camisa, por sobrar le sobraba hasta la piel y los dientes le dolían con la fuerza de apretarlos. Podía sentir cómo sus colmillos querían alargarse, cómo el lobo deseaba salir a jugar. Su aroma se hizo más intenso, su corazón captó sus latidos y los acompasó. Ella estaba calmada, relajada, como sumida en un trance, su mente parecía estar muy lejos de allí dejando tras de sí tan solo su cuerpo.

«Mía».

Su mente buscó la suya como lo hacían los compañeros vinculados. Fue algo inconsciente, una forma de hacerle saber que estaba allí y que él era el único con derecho para reclamarla.

«Mi compañera».

Supo que lo había escuchado ante el cambio de su respiración y en el imperceptible cambio en sus movimientos.

«Mía. Solo tú. Toda mía».

No le respondió, no le había enseñado cómo hacerlo pero, a pesar de ello, algo cambió. Su baile se volvió mucho más sensual e íntimo, cada movimiento fluyó con libertad, casi podía sentir esas manos que se movían sobre su propio cuerpo acariciándole. Sus senos quedaron entonces libres, el sujetador cayó a un lado y se cubrió con un brazo, después cambió e hizo lo mismo con el otro, antes de que ambos brazos ascendieran de nuevo y dejase esos suaves y bamboleantes senos al descubierto.

Apretó los dientes, su pene era una pulsante roca en el interior de los pantalones, le

burbujeaba la sangre y se le hacía la boca agua con solo pensar en poner los labios sobre ella.

Olió la excitación en el ambiente y desnudó los colmillos que habían crecido por si solos, se obligó a contener el gruñido que decía «mía» y a permanecer sentado. Pero diablos, estaba resultando ser una tarea titánica. Respiró profundamente e intentó ver las cosas desde otra perspectiva, una que le alejase del asesinato. La mujer que había en el interior de esa mampara era solo suya, ninguno de los presentes, a excepción de la dama sentada a su lado, sabía quién era, era una seguridad que llevaba en los huesos, su Shane jamás se permitiría hacer aquello si alguien lo supiese y el que él lo hiciera, que ella le permitiese verla de esa manera, sabiendo quién era, era un regalo muy especial, uno que iba a atesorar como se merecía.

Se ha pasado la tarde llorando.

Ese día había perdido de nuevo lo que ya había perdido un año atrás. Tuvo que enfrentar de nuevo el dolor, la rabia, la negación y la desolación que traía consigo la pérdida y el engaño del que fue víctima. Su odio, el rencor, la tristeza, todo lo que había sentido y quizá todavía sentía ya no tenían razón de ser, las circunstancias habían cambiado de repente y con ello todo su mundo. Había perdido a la persona que había amado dos veces, la primera bajo una mentira, un engaño y un malentendido que la llevó a odiarle y la segunda bajo el peso de la ignorancia y el dolor de no haber podido estar allí o llorarle apropiadamente.

Luke respiró profundamente, era consciente de que debía a ese difunto lobo mucho más de lo que podría pagar algún día. Le debía tener a Shane consigo, el que el destino le hubiese permitido tenerla y reclamarla como su compañera.

Era muy difícil, casi imposible que un lobo macho volviese a emparejarse una vez perdía a su compañera, por algo se emparejaban de por vida, pero no sucedía lo mismo con sus hembras, de su raza o humanas, quienes podían tener varios compañeros a lo largo de su vida o más de uno en el momento de emparejarse.

No era algo que se diese a menudo, pero había sus excepciones.

La música terminó antes de que fuera consciente de ello, la luz de las mamparas empezó a desaparecer hasta que quedó totalmente a oscuras y la iluminación general devolvió la claridad al local. Los aplausos estallaron al momento entre murmullos de aprobación y sorpresa ante el espectáculo que acababan de presenciar.

Una suave mano se posó sobre su brazo sobresaltándole, giró la cabeza y se encontró con la pícara mirada de Carly.

—Al fondo, coge la segunda puerta y continúa hasta el final del pasillo —le dijo en voz baja—, y más te vale que cuando regrese el domingo por la noche, ella siga enterita y cuerda.

Le dio unas palmaditas, se levantó y se marchó contoneándose como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Respiró profundamente y miró en la dirección que le había indicado, la boca se le hizo agua y su pene le recordó que allí estaba el objeto de sus deseos.

Shane se cerró la bata y se sentó ante el tocador. Él había venido, había estado allí. No le había visto pero lo había sentido, durante un breve instante creyó incluso escuchar su voz. Se miró en el espejo, sus ojos estaban apagados pero se sentía tranquila, con una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Se terminó. Esta ha sido tu última noche.

Era hora de dejar el pasado atrás y empezar a pensar en el presente y en el futuro. Se llevó la mano al pecho y cerró el puño sobre el corazón pensando en el hombre que una vez le había

jurado amor y que hoy había perdido una vez más. Dolía, pero no sabía si el dolor era causado por el engaño en el que había caído, el malentendido que la llevó a creer que ese hombre, el que la repudió e insultó, no era su amante. Él había muerto y su último pensamiento había sido para ella.

Se llevó la mano a la garganta y desabrochó la cadena. La miró y tras besarla con suavidad la dejó sobre el tocador. Este era su pasado, uno que ya no iba a volver y que de una manera inesperada había propiciado también su futuro.

Suspiró. Su vida era un caos, ¿qué debía hacer ahora? ¿Cuál era el camino que debía seguir? Sus sentimientos, sus emociones, todo estaba patas arriba y la hacían sentirse diminuta y muy vulnerable.

Odiaba sentirse de aquella manera.

Un suave golpeteo en la puerta la hizo respingar en el asiento, se giró y clavó la mirada en la descascarillada pintura de esta. Carly siempre entraba sin llamar y Rocco, la única otra persona que sabía que ella estaba allí, tendía a anunciarse con su fuerte vozarrón.

Se lamió los labios. Sabía que era él, de algún modo presentía su presencia y que esa plancha de madera era lo único que lo mantenía alejado de ella.

—Está abierto.

La puerta se abrió y Luke llenó el vano. Vestía las mismas prendas del mediodía, la camisa desabotonada a la altura de la clavícula, la chaqueta colgando de su brazo y esos ojos color café brillantes y vivos fijos en ella con un hambre que despertó de inmediato la suya. Se arrebujó en la breve bata y se levantó.

—Debiste concretar el tipo de trabajo que llevabas a cabo en este lugar, compañera —declaró con esa voz profunda y grave que la estremecía de placer—. Creo que lo prefiero a la repostería.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Una lástima ya que hoy es mi última noche en el Tulteca —comentó sin dejar de mirarle —. No volveré a bailar.

Cerró la puerta a su espalda y a continuación caminó hacia ella.

—Bailarás, Shane —le dijo con firmeza. Le acarició la mejilla con los dedos tan pronto estuvo delante de ella—. Pero a partir de ahora, solo bailarás para mí.

No pudo evitar sonreír, su arrogancia era algo siempre presente, pero tenía que confesar para sí misma que ya no le molestaba tanto, era algo innato en él.

—¿Ya estás exigiendo otra vez?

La acarició con el pulgar.

—Esta noche no —negó con ternura—, esta noche solo quiero cuidarte.

Sus palabras la hicieron temblar y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no llorar. Demonios, estaba peor de lo que pensaba, totalmente derrotada.

—Um… ¿peli y pizza?

La comisura de sus labios se elevó en una irónica sonrisa.

—Si eso es lo que deseas…

Lo que deseaba. Shane cerró los ojos y negó con la cabeza.

—En realidad, en este momento te deseo a ti —contestó con sinceridad—. Ha sido un día tan infernal que… —sacudió la cabeza—. Necesito poder olvidarme de todo y tú me haces papilla el cerebro. Yo… te necesito… Luke, yo…

Le cubrió los labios con los dedos, la acercó a su cuerpo, pegándola hasta que no quedó espacio ni para el aire entre ellos.

—A mí ya me tienes, Shane —le levantó la barbilla para mirarla a los ojos—, siempre. A cualquier hora. En cualquier lugar.

Se mordió el labio inferior y luego se lo lamió.

—Si mal no recuerdo teníamos una… ¿cita?... a las once —murmuró—. ¿Alguna posibilidad de adelantarla?

Dos fuertes manos le aferraron el culo y la empujaron contra una dura erección.

—Creo que puedo hacer algo al respeto —le acarició los labios con su aliento—, de hecho, sé de buena tinta que al señor Evans no le molestará en absoluto que hagamos uso de su suite.

No pudo evitar sonreír ante su picardía.

—Sin duda, el señor Evans es todo un hombre de negocios.

Él sonrió dejando a la vista una perfecta dentadura, sus ojos brillaron con ese tono misterioso.

—Es mucho más, cariño mío, mucho más —aseguró bajando sobre su boca—, y esta noche vas a descubrir todas y cada una de sus facetas.

CAPÍTULO 35

Shane cerró los ojos y disfrutó de la sensación de las manos de su amante recorriendo su espalda. Tumbada boca abajo, acurrucada en su costado, dibujaba con el dedo sobre su pecho mientras él hacía lo mismo en su espalda. Desnudos y saciados, con el aroma del sexo todavía presente en su piel degustaban los rescoldos del placer compartido.

Echó un fugaz vistazo al otro lado de la habitación, a través de las puertas correderas que daban a la terraza. Fuera estaba oscuro, las únicas luces que se apreciaban eran producidas por las lámparas que habían quedado encendidas y el resplandor que emanaban las de otros edificios.

—¿Algún otro empleo del que no me hayas hablado todavía y del que tenga que ser consciente? —La voz suave y profunda rompió el silencio—. No negaré que lo de esta noche ha sido un descubrimiento de lo más intenso.

Levantó la cabeza y él le dedicó un guiño antes de besarla en los labios.

—Pero preferiría que a partir de ahora lo mantuvieses como un *hobby* y a poder ser solo para mi disfrute —rezongó repasando sus labios con la lengua antes de hundirla en el interior y besarla profundamente.

Se deleitó con su beso y paladeó su sabor una vez se retiró.

—Ya te lo dije, no pienso volver a bailar —murmuró volviendo a apoyar la mejilla en su pecho—. Acepté como una forma de venganza, como una manera de resarcimiento para conmigo misma, quería que otros tuvieran lo que él despreció… pero lo único que he conseguido es mantener vivo un recuerdo que deseaba que se desvaneciese.

Se rio, un sonido carente de diversión y lleno de amargura.

—Y ahora descubro que fue inútil, que todo lo que hice, lo que sentí formaba parte de una equivocación. Dirigí mi odio hacia la persona equivocada, me enfadé, lloré y me desesperé por alguien que nunca me traicionó —su voz se fue perdiendo hasta convertirse en un susurro—, aunque al final el resultado ha sido el mismo porque lo perdí, en aquel preciso instante, lo perdí.

La mano que la estaba acariciando no se detuvo, si acaso su tacto se volvió más palpable, más profundo.

—¿Le querías? ¿A Christian?

Se incorporó, librándose ahora del contacto, sintiendo que necesitaba espacio para poder hablar. No eludió su mirada, encontró sus ojos color café fijos en ella y asintió lentamente.

—Le quise, le quise muchísimo —se lamió los labios—. Y le odié, le odié tanto o más cuando me despreció y humilló delante de extraños. No podía comprender su drástico cambio, no entendía por qué el día anterior me decía que me quería y que era lo más importante en su vida y al siguiente me despojaba de todo. Me hizo sentir como si fuese una apestada, sus palabras estaban llenas de odio y rencor, había tanta sinceridad en ellas… y le creí.

—El dolor de la pérdida puede convertir a un hombre en su peor pesadilla y despojarlo de empatía o incluso dignidad.

Sus palabras la llevaron a apretar los dientes.

—Quinn volcó su rabia y su dolor sobre ti —continuó con voz razonable—. No lo excuso, Shane, pero le comprendo.

Sacudió la cabeza.

—Yo no —aceptó con total sinceridad—. No puedo comprenderlo. Ni siquiera sabía de su

existencia, no sabía que… Él… Christian me dio su nombre, ¿entiendes? También me mintió, utilizó un nombre que no era el suyo, ¿en qué más cosas me mintió? ¿He de creer en las palabras de su hermano? ¿En lo que le dijo antes de morir? ¿Por qué murió? ¿Por qué lo mataron? ¡Esa noche tenía que reunirse conmigo! ¡Conmigo!

La desesperación trajo consigo las lágrimas, el pecho se le contrajo y le costó respirar. El dolor estaba volviendo, los recuerdos se encadenaban unos con los otros y volvían a salir a la luz.

—Esa noche cambió todo —murmuró con un bajo gemido, se envolvió con los brazos sin ser consciente de su propia desnudez—, su traición lo cambió todo. Estaba tan dolida, tan asqueada conmigo misma. Una pobre ingenua, eso era yo. No podía seguir allí, tenía que marcharme y ni siquiera la presencia de Carly o sus palabras fueron suficientes para detenerme.

Parpadeó para alejar las lágrimas pero estas se negaron a retroceder.

—Me marché —continuó a través del nudo que se le había formado en la garganta—, no quería seguir allí, necesitaba aire, la pena me ahogaba y hui. Salí por la puerta y no miré atrás, corrí hasta que ya no pude seguir y entonces deambulé sin rumbo. Fue así como me encontré con esos hijos de puta.

Se estremeció y empezó a temblar al recordar cómo ellos la habían interceptado, cómo la habían rodeado y empezaron a tocarla.

—Apestaban a alcohol, parecían chicos de alguna clase de fraternidad y antes de que pudiese dar media vuelta, me habían rodeado y me estaban tocando. —Hizo un gesto de asco ante el recuerdo de sus manos, de su aliento—. Intentaron besarme, decían que iban a hacer que me sintiera muy bien pero me daban asco… no quería estar allí… yo quería estar con él.

Unas fuertes manos se deslizaron ahora por su piel, los brazos la rodearon y su espalda entró en contacto con un fuerte pecho que la hizo ponerse rígida como una tabla. El instinto fue luchar hasta que escuchó su voz derramándose en su oído.

—Te tengo. —Era la voz de Luke, su calor, su aroma—. Sigue. Sácalo todo. Te protejo, no podrán tocarte de nuevo.

Tragó saliva y dejó que las palabras brotaran por si solas.

—Sentí sus manos sobre mí y me dieron arcadas, alguien me sujetó desde atrás, empecé a luchar, lancé patadas, mordí, arañé, pero no podía soltarme —gimió, las lágrimas ahora se reflejaban también en sus palabras—. Alguien me abofeteó, entonces me abrió el abrigo y yo… yo… yo me había vestido para él, solo para él… —se echó a llorar, temblando como una hoja—. Grité. Me dejé las cuerdas vocales, peleé con todas mis fuerzas… y entonces Carly y Rocco estaban allí. Ella le clavó el tacón de su zapato en los huevos a uno de ellos y yo los dedos en los ojos a otro. Rocco terminó dándoles una paliza, pero se las ingeniaron para escapar.

Su abrazo se hizo más fuerte, más presente y su voz sonó mucho más oscura, casi inhumana.

—¿Presentaste una denuncia?

Asintió lentamente.

—Pero no sirvió de mucho —se obligó a respirar profundamente mientras se aferraba a sus antebrazos—. El lugar estaba oscuro, yo apenas pude ver sus rostros o escuchar sus voces, no tenía datos fiables y aunque Rocco es de la zona, no los reconoció, dijo que no eran los típicos vándalos que solían moverse por allí. Supuso que eran chicos de alguna fraternidad o algo, pasados de copas y dispuestos a pasar un buen rato.

Él gruñó y se estremeció en respuesta.

—Ya no importa —le dijo queriendo sosegarlo—, ya nada de eso importa. Es el pasado, uno que quiero olvidar de una buena vez.

—Se merecen un castigo —insistió con un tono profundo y grave—, y por dios que lo tendrán. Nadie ataca a mi compañera y sale indemne.

Se giró en sus brazos buscando su rostro y se quedó helada en el momento en que vio sus ojos. Su color se había intensificado, la pupila era ahora diminuta y había algo mortal en ellos.

—Luke… tus ojos…

Él bajó la mirada, parpadeó varias veces al tiempo que inspiraba y estos adquirieron de nuevo el aspecto que conocía bien.

—No soporto la idea de que alguien te haga daño —declaró hundiendo el rostro en su cuello, besándola y aspirando con fuerza como si necesitase tragarse su aroma—. Eres mía y yo protejo lo que es mío. Siempre.

Se estremeció, algo en él la ponía nerviosa y esos ojos.

‹‹Él es un lobo. Estás emparejada con un lobo››.

Las palabras de Carly volvieron a su mente como un relámpago y sacudió la cabeza. No. No era posible. De ningún modo.

—Luke, ¿qué…?

—¿Cómo terminaste bailando en ese local? —Su pregunta interrumpió la propia—. ¿Qué te llevó a ello?

Se lamió los labios, las manos masculinas se habían aplanado sobre su espalda y la parte superior de sus nalgas, la mantenía muy cerca, compartiendo el calor de sus cuerpos desnudos.

—Me gustó verte bailar, fue hermoso y muy erótico.

Dejó que sus propias manos se deslizaran por sus brazos hasta recalar sobre sus hombros. Si no fuese porque él estaba doblado sobre ella, rodeándola como una manta, tendría que haberse puesto de puntillas para hacerlo.

—Rocco me ofreció un trabajo como camarera después de lo que ocurrió —respondió a su previa pregunta—. Llevaba poco más de un mes trabajando en el Tulteca cuando Carly se divorció por tercera vez. Ella quería celebrarlo, era mi día libre, así que terminamos en el local en el que trabajaba, ya que a ambas nos gustaba y después de unas cuantas copas de celebración y mucho alcohol, terminamos bailando encima de la barra del bar… y más desnudas que vestidas.

Él gruñó y sintió su boca acariciándole la zona ya libre de apósito, su lengua se deslizó por encima con suavidad y se estremeció en respuesta.

—Recuérdame que nunca te deje beber nada más fuerte que el agua si yo no estoy delante —gruñó contra su piel—, y tampoco salir con Carly.

Bufó.

—No puedes decirme con quién puedo o no salir, señor Evans —chasqueó la lengua—. Soy una mujer adulta.

—Una mujer adulta que baila sobre la barra de un bar, sí, puedo ver lo maduro que eso resulta, señorita Pears —se rio por lo bajo—. ¿También te desnudaste?

Se lamió los labios.

—Imagino que sabes el atuendo que suelen llevar las mujeres cuando salen por la noche dispuestas a comerse el mundo —le soltó, pensando en lo que ella había llevado puesto ese día. Lo que Carly le había obligado a ponerse—. Terminé en sujetador y micro pantalón sobre la barra del bar. Carly sin sujetador. Nos salvó que ambas llevábamos pelucas de colores y antifaces, por eso de la celebración…

Él se rio de nuevo, su cuerpo temblando por las carcajadas que amortiguaba sobre su piel.

—Sois un peligro.

—El caso es que el espectáculo fue todo un éxito —continuó recordando el momento—, la gente pensó que se trataba de una atracción especial del Tulteca… y bueno, Rocco ofreció pagarme el doble de lo que me pagaba como camarera si accedía a hacer aquello una vez a la semana. Tengo que decir, que cuando recuperé la sobriedad quería morirme de la vergüenza, pero que me pagasen el doble y solo por bailar… en ese entonces tenía un sueño que quería cumplir y acepté con una única condición, que nadie conociese mi identidad.

Se separó de su piel y la miró a la cara, sus ojos volvía a tener ese aspecto extraño, pero no tanto como antes.

—¿Eso quiere decir que ya has realizado tu sueño?

Hizo una mueca al pensar en su sueño y en la actual incapacidad de hacerlo.

—En realidad, tú me lo has robado.

El gesto de sorpresa en su rostro fue todo un *bonus*.

—¿Perdón?

—El karma es un completo hijo de puta —aseguró ella—. Te has hecho con la propiedad para la que llevo media vida ahorrando.

—Me tomas el pelo.

Ladeó la cabeza.

—Estoy desnuda, envuelta por una manta de piel y músculos, no tengo ánimo para tomarte el pelo ni a ti ni a nadie en estos momentos —le dijo al tiempo que clavaba un dedo en su pecho —. Compraste la casa victoriana de Staten Island con la que he fantaseado desde que la encontré en internet a la venta.

Sus ojos se entrecerraron durante un momento, entonces sonrió abiertamente.

—Bueno, pues ya tienes una razón más para venirte a vivir conmigo —aseguró satisfecho —. Mi casa es tu casa.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Es que nunca te cansas?

Se encogió de hombros.

—Soy un alfa, tesoro, seguridad y cabezonería son mi segundo nombre —argumentó con un bajo gruñido.

—Y volvemos otra vez con ese asunto del alfa —rezongó. Se echó hacia atrás hasta conseguir soltarse de sus brazos—. Sí, eres dominante. Sí, eres un jodido capullo dispuesto a salirte siempre con la tuya. Y no pienso discutir tu obvia masculinidad, pero ¿es necesario que lo saques a relucir a cada momento?

Él se echó a reír, entonces sacudió la cabeza y empezó a ir hacia ella.

—Una descripción sin duda acertada, pero no lo decía en ese sentido.

Ella retrocedió. La forma en que la mirada como si la estuviera acechando la excitaba y al mismo tiempo la ponía nerviosa. Empezaron a jugar una especie de baile en la que ella lo eludía y él la perseguía, todo con lentitud y palpable intensidad.

—¿Qué otro podía tener?

Sus ojos volvieron a adquirir ese extraño brillo y su voz bajó una octava.

—Uno que nos lleva a una conversación que tenemos pendiente —murmuró sin dejar de mirarla—, y que ya no puedo posponer por más tiempo.

Shane tropezó con la cama y al instante se encontró tumbada de espaldas y con ese duro y formidable cuerpo cubriendo el suyo mientras sus manos aferraban las de ella y la hundían sobre el colchón. La montó a horcajadas y sostuvo su propio peso sobre manos y rodillas. Su pene se había endurecido de nuevo, mostrando una obvia erección cuya punta jugaba con su ombligo.

Las pupilas de sus ojos empezaron a retroceder y el tono cambió haciéndose mucho más claro, adquiriendo una forma… animal.

—Luke…

—Esto es lo que soy, Shane —declaró, acercándose todavía más a ella, permitiéndole ver la realidad que seguía negándose a aceptar—, un lobo, un alfa, una raza distinta a la tuya.

Sacudió la cabeza e incluso tuvo ánimo para sonreír de medio lado.

—Esto es cosa de Carly, ¿no? Ella y tú os habéis puesto de acuerdo para…

Un fiero gruñido emergió de su boca, sus ojos se hicieron incluso más extraños, más… lobunos y al desnudar los labios se encontró con algo que no debería estar allí; un par de desarrollados caninos.

—¿Cómo has hecho… eso?

Él pareció aspirar su aroma, sus ojos se entrecerraron y un bajo gruñido emergió de nuevo de esa garganta humana.

—Relájate, compañera —murmuró, pero su voz ya no era la suya, era mucho más grave y oscura—, y permite que te muestre el mundo del que ahora formas parte.

Ante sus atónitos ojos, con el corazón latiéndole a toda prisa y los pulmones a punto de estallar por falta de oxígeno, Shane asistió aterrada y maravillada a la transformación del hombre al que había tomado por amante en un enorme y peludo lobo.

—Oh… dios… mío.

Aquellas fueron las únicas palabras que salieron de su boca antes de sus pulmones encontrasen el aire suficiente para dejarla gritar.

CAPÍTULO 36

—¿Luke?

—¿Qué?

—¿Te das cuenta que tienes a tu compañera completamente desnuda en la terraza?

La estúpida pregunta hizo que mirase a su beta con gesto contrariado. Si él estaba allí en aquellos momentos era precisamente gracias a ese pequeño y obvio detalle.

Shane no se había tomado bien la revelación de su naturaleza, o quizá sí, después de todo no se había desmayado, se había limitado a gritar como una posesa, arrastrarse sobre la cama y tras lanzarle lo primero que tenía a mano —una lámpara— que él esquivó saltando al suelo sobre sus cuatro patas. Su hembra había retrocedido desesperada hasta atravesar las puertas dobles de cristal que llevaban al balcón y las había atrancado por dentro con el palo de un rastrillo de jardinería que debía haber dejado ahí el incompetente que tenía al lado.

Había vuelto a transformarse ante ella una vez más consiguiendo que diese un nuevo grito y retrocediese, totalmente desnuda, hasta parapetarse detrás de la mesa.

Intentó de todo, hablarle con suavidad, gritarle, darle órdenes, pero todo lo que consiguió fueron gritos y acusaciones incoherentes de su parte mientras temblaba como una hoja en plena noche neoyorquina.

Señor, si no supiese que hacía frío ahí fuera y que debía estar helándose el maldito culo, la forma en que se habían endurecido sus pezones y se contoneaba totalmente desnuda lo había puesto duro.

¿A quién pretendía engañar? Incluso en esas inusuales circunstancias se había puesto duro.

Su compañera solo había accedido después de mucha insistencia de su parte a utilizar una vieja manta que mantenía en la terraza para cuando sentía la necesidad de cambiar y dejar que su lobo disfrutase de la noche.

—He intentado todo para hacerla entrar, pero se niega a escucharme o retirar ese maldito rastrillo —lo fulminó con la mirada—. ¿Por qué demonios dejaste esa cosa ahí fuera?

El macho puso los ojos en blanco y resopló.

—Alguien tiene que arreglar esas plantas y no veo que las dotes de jardinería estén entre tus habilidades —le soltó. Se giró hacia las puertas y tiró del pasador sin éxito—. ¿Por qué no has forzado todavía la puerta?

La respuesta llegó en el mismo instante en que se acercó a esta. Shane reaccionó levantando una maceta y amenazándolo a voz en grito.

—¡Si das un solo paso más te abro la cabeza!

—Por eso —rezongó con un cansado suspiro.

—Tesoro, ¿te das cuenta que para poder abrirle la cabeza tienes que abrir primero la puerta? —le dijo Eugene con suavidad—. Vamos, querida, no es un buen momento para hacer *topless*, la noche no es precisamente cálida.

—¡Vete a la mierda!

—Shane, por favor, sé razonable… entra y hablaremos de todo esto —insistió. Apeló una vez más a su cordura pero no estaba muy seguro de que en aquellos momentos estuviese a su alcance.

—¡No te acerques! ¡No se te ocurra dar un paso más! ¡Tú no eres real! ¡Nada de esto es

jodidamente real!

Eugene le dio la espalda a la muchacha y enarcó una ceja.

—¿Que no eres real? ¿Qué has hecho ahora, querido? ¿Saltarle encima a cuatro patas?

Arrugó la nariz, un bajo gruñido emergió de su garganta y sintió como su naturaleza animal tomaba el mando incluso en su voz.

—Es mi compañera…

—¡Jesús!

Ambos se giraron entonces hacia ella, sus ojos verdes volvían a estar abiertos de par en par y lo miraban fijamente. Podía sentir su temor, su desconcierto así como una subyacente fascinación.

—Tus ojos…

Desnudó los dientes casi sin darse cuenta, un acto instintivo atraído por la frustración. La visión de sus colmillos, los cuales se habían desarrollado, no era un buen complemento en esos instantes.

—Shane… abre la puerta —su voz sonó dura, animal y notó la inmediata respuesta en el cuerpo femenino—. ¡Maldita sea, abre esa maldita puerta!

La maceta salió volando en dirección a ella y acabó estrellándose en el suelo. La puntería no era su fuerte.

—¡Intentaste morderme! —clamó apuntándole ahora con un dedo—. Tú… tú… jodido lobo… ¡intentaste comerme!

Gruñó.

—¿De dónde has sacado semejante estupidez? —se ofendió—. Jamás te haría daño y mucho menos atentaría contra ti.

—¡Y una mierda que no! —clamó acercándose ahora a la puerta mientras aferraba esa breve manta alrededor de su cuerpo. La ausencia de color en sus labios y la palidez de su piel empezaron a cabrearlo muy en serio—. Tú… tú… tú cambiaste… encima de mí… y me perseguiste. Quién te crees que soy, ¿Caperucita?

—Me lanzaste una lámpara, que esperabas, ¿qué me quedase quieto?

—Te das cuenta que te estás poniendo a su altura, ¿no? —carraspeó Eugene—. En estos momentos parecéis dos niños de guardería peleándose por ver quién tiene la razón.

—¡Los niños de guardería no se transforman delante de tus jodidas narices en lobo y luego… en él! —clamó ella.

El hombre asintió.

—Bueno, al menos te lo estás tomando bastante bien dentro de lo estresante de la situación —comentó, entonces la miró de arriba abajo sin disimulo—, pero pequeña, insisto en que deberías volver aquí dentro. Es una locura que estés envuelta en una manta en la que suele tender su peludo culo, estará llena de sus pelos… aunque puedo asegurarte que no tiene pulgas.

Dejó escapar un ofendido gruñido.

—¿Pulgas? —lo fulminó con la mirada.

—¡Ay dios! —La escucharon gemir un segundo antes de que se deshiciera de la manta y la mirase como si fuese una serpiente de cascabel antes de inspeccionar su propio cuerpo—. ¿Pulgas? ¡Pulgas! Ay dios, ay dios, ay dios.

—Eugene…

—No tergiverséis mis palabras, he dicho que no las tienes.

Se oyó un sonido de algo cayendo y rompiéndose seguido de un quejido femenino. Ambos se volvieron de nuevo hacia el balcón y todo su cuerpo se tensó cuando la vio totalmente

desnuda saltando a la pata coja.

—Vaya… bonito culo…

El gruñido fue mortífero al igual que su mirada.

—¡Date la jodida vuelta!

—Te recuerdo que no me gustan las hembras —rezongó poniéndose de espaldas—, aunque ella tiene un bonito trasero. No me extraña que no puedas sacarle las manos de encima.

—Eugene —su voz sonaba muy pero que muy animal—, estás a punto de ser emasculado…

—¡Deja de amenazar a todo el mundo!

La imperiosa orden vino de ella.

Se acercó al cristal y tiró con fuerza de la puerta corredera haciendo que esta se vapuleara.

—¡Pues deja de desafiarme a todas horas! —rugió provocando que saltase—. ¡Vuelve a la habitación ahora mismo! ¡No puedes pasear por el balcón totalmente desnuda!

Ella levantó el dedo corazón al tiempo que entrecerraba los ojos y se cubría los pechos con el brazo libre.

—Shanelle…

—Vale, vale… a ver niños, vamos a calmarnos un poco, ¿de acuerdo? —pidió Eugene aventurándose a echar un vistazo—. Tú deja de gruñir por todo y relájate.

—¡Mi compañera está desnuda en el jodido balcón y ha atrancado la puerta por dentro! —estalló—. ¿Cómo esperas que me relaje?

—Cuanto más gruñes y más enseñes los colmillos, más difícil será que puedas traerla de vuelta. —La tranquilidad en su voz lo llevó a relajarse un poco—. Así fue como comenzó esta situación, por lo que puedo entender.

—Le mostré lo que era.

La mirada que le dedicó hablaba claramente de lo que pensaba sobre su inteligencia o la total ausencia de ella.

—¿Sabes lo que es el tacto, lobito?

Lo ignoró y caminó él mismo hacia las puertas.

—¡A la mierda! —exclamó sobrepasado, se giró una vez más hacia ella pero ahora su rostro volvía a ser totalmente humano—. ¿Quieres quedarte ahí hasta mañana? ¿Morir congelada? ¡Muy bien! ¡Hazlo!

—¡Vete al infierno!

—¡Estoy allí desde el momento en que cruzaste esa jodida puerta!

Las palabras surgieron de sus labios sin pensar y vio el impacto que tuvieron sobre ella. ¡Maldición!

—Shane, tesoro, sé que es un cabronazo y que no tiene el más mínimo tacto, pero tengo que darle la razón —intervino Eugene con mucha más suavidad—. Vas a congelar ese pequeño y apetitoso culito ahí fuera. Ignora sus explosiones, todavía le dura la resaca del emparejamiento, estará bien en unos cuantos días más. Solo intenta ponerte en su lugar, todo esto es nuevo para él.

—¡No me jodas! ¿Crees que para mí esto está siendo un paseo por el campo? —reclamó ella señalándole—. ¡No es humano! ¡Se ha convertido en un jodido lobo! ¿Quieres decirme dónde está la normalidad en eso?

—Vaya un par de tetas.

El inesperado comentario hizo que ella bajase la mirada sobre su cuerpo y recordase —cosa que había parecido olvidar en el calor del cabreo— que estaba totalmente desnuda. Con un quejido, volvió a rodear la mesa y se agachó tras ella.

—¡Sois unos pervertidos! ¡Y unos desviados!

—¿Desviados?

—¿Eso iba por mí? —preguntó Eugene mirándole genuinamente sorprendido—. Y yo que pensaba que en esta época la homosexualidad estaba bien vista. Tu hembra ya no me cae bien. Es cruel. Está buena, pero es cruel.

—Oh dios mío, ¿y eso en qué me convierte a mí? —la oyeron decir al mismo tiempo—. Me he acostado con un perro.

Gruñó.

—Shane, cuando te ponga las manos encima voy a dejarte el culo del color de una jodida amapola —siseó él—. ¡Abre la jodida puerta!

—¡No!

—Maldita sea, compañera —se desesperó—. Te vas a helar.

—Bueno, tú tienes un bonito y cálido abrigo —le recordó con ironía—, sal ahí y caliéntala.

Entrecerró los ojos y señaló las puertas.

—¿Y cómo sugieres que lo haga? ¿Qué atraviese el cristal? —bufó—. Olvidas que ese *hocus-pocus* es únicamente cosa de nuestro príncipe y el Ejecutor, no podemos hacer «*puff*» aunque me encantaría. Y si fuerzo las malditas cosas, está tan… desquiciada… que es capaz de cometer una estupidez aún mayor.

Su compañero puso los ojos en blanco.

—Mientras no cometa la estupidez que cometiste tú de saltar de un balcón a otro durante tu momento «*crazy total*», mi corazón podrá soportarlo.

No recordaba haber hecho tal cosa, pero bien mirado, tampoco recordaba con exactitud haber destrozado el salón y las pruebas habían estado allí. La sola idea de lo que le había podido pasar si hubiese llegado a fallar tal salto, le ponía el vello de punta. Se habría convertido en lobo picado y su compañera se habría quedado sola otra vez.

Miró a Eugene a los ojos, luego la terraza donde su irritada y visiblemente sobrepasada compañera seguía escondida tras la mesa y gruñó. Quizá aquella fuese la única manera de hacerla volver.

Sin una sola palabra, giró sobre los talones y abandonó el dormitorio.

—¿Y ahora a dónde vas? —escuchó la voz de Eugene.

—A saltar balcones —masculló en voz baja.

A juzgar por el agudo graznido que siguió a su respuesta, su beta debía haber empezado a mearse en los pantalones.

—¡Era broma! ¡Luke, vuelve aquí! Esto no es tu casa de *Staten Island* —clamó con obvia desesperación—. ¡Si te caes, te matarás! ¡Luke!

Eugene se giró rápidamente hacia la mujer encerrada todavía en la terraza.

—¡Shanelle! Haz el favor de abrir esa puerta antes de que tu compañero haga una estupidez de la cual no salga con vida —clamó—. No puede saltar desde el otro balcón a ese. ¡Se matará! ¡Luke! Maldición. ¡Luke!

No esperó a ver la reacción o escuchar la respuesta de la mujer, era imperioso que detuviese al chalado que acababa de abandonar la habitación. Tan desesperado como estaba, sería capaz de cometer cualquier estupidez.

CAPÍTULO 37

Shane tembló, abandonó su relativo refugio y se acercó a las puertas de cristal después de que Eugene le hubiese gritado con gesto desesperado y saliese en post de Luke. Desvió la mirada hacia su derecha y se congeló. No lo decía en serio. Ese loco no decía en serio lo de saltar desde el balcón adyacente, ¿verdad? Había por lo menos tres metros de distancia entre uno y otro y la caída, bueno, no creía que le diese tiempo a rezar una breve oración antes de hacerse papilla.

No. No lo hará, se convenció a sí misma.

Un sonido procedente del otro balcón la hizo abrir los ojos desmesuradamente, las cortinas ondearon hacia fuera atraídas por la nocturna brisa y el corazón se le alojó en la boca.

No, no, no. Él no haría algo así.

Es un lobo.

Lo has visto.

No sé qué he visto. Ya no sé qué es realidad y qué fantasía.

Apretó los dientes para evitar que le castañearan. Había cometido la mayor estupidez de toda su vida saliendo aquí fuera y completamente desnuda pero la alternativa no era factible. Tembló, se rodeó con los brazos y escuchó murmullos traídos por el viento, ruidos y el sonido de algo cayendo. ¿Se estaban peleando?

Es un lobo.

Se transformó delante de ti.

Y volvió a hacerlo cuando te encerraste aquí.

Lobo y humano. Humano y lobo.

Se apretó los brazos con más fuerza, clavó los dedos en su propia carne y gimió mientras las imágenes se reproducían sin cesar en su mente.

Carly había dicho la verdad, una verdad que le costaba dios y ayuda comprender pues sus atónitos ojos la habían presenciado.

Un nuevo sonido... la distancia entre los balcones era mortal.

«Mientras no cometa la estupidez que cometiste tú de saltar de un balcón a otro durante tu momento «crazy total», mi corazón podrá soportarlo».

El miedo le atenazó la garganta, la sola posibilidad de que él hiciese tal temeridad…

Antes de darse cuenta estaba gritando y forcejeando con la herramienta que ella misma había atascado a través de las asas de las puertas correderas.

—¡No! ¡Maldito seas! ¡No te atrevas a hacerme eso! ¡Tú no!

La agonía que todavía vivía en su alma por los recientes acontecimientos le trajo lágrimas a los ojos. No podía perderle también a él. No podía.

—¡Luke Evans! ¡Maldita sea tu estampa! ¡Vuelve! ¡Ni se te ocurra salir a ese balcón!

Aferró la herramienta con fuerza y la sacudió, tiró de ella como si le fuese la vida en ello pero la maldita cosa no se movía y su desesperación iba en aumento.

—Por favor, no, por favor, por favor, por favor —gimió alternando su mirada entre la puerta y el balcón adyacente—. ¡Luke!

El mango de madera cedió al fin y ella cayó hacia atrás con el impulso. Sintió la dura baldosa del suelo en las rodillas pero no le importó, clavó los dedos entre las puertas y las abrió penetrando de nuevo en el dormitorio prácticamente a gatas.

—¡Luke! —alzó la voz luchando por ponerse en pie para luego emprender una desquiciada carrera que la llevó a chocar con fuerza contra una pared—. Lu…

—Shh, tranquila. —La pared la rodeó con sus brazos y al instante la reconocible voz penetró en su convulsa mente—. Estoy aquí.

Alzó la mirada y parpadeó varias veces. Sus ojos volvían a tener ese tono que conocía, su rostro era una máscara de tranquilidad y paz que la hizo estremecerse una vez más.

—Maldita sea, Shane, estás congelada —farfulló frotándole los brazos.

—Ten, está calentito.

La voz de Eugene le llegó también y en un momento estuvo envuelta en un tierno y cálido albornoz.

—Vuelvo a mi cama, si me necesitas…

—Gracias.

Parpadeó de nuevo, Luke seguía con los ojos fijos en ella y se afanaba por hacerle entrar los brazos en las mangas de la prenda.

—Necesitas entrar en calor —la apretó contra sí y suspiró—. Dios, lo siento, Shane. La paciencia no es una de mis virtudes, debía afrontar las cosas de otra manera, explicarte lo que soy de otra forma…

Cerró los ojos, se dejó ir apoyándose contra su pecho y ocultando el rostro en su hombro.

—Ibas a saltar… maldito loco… ibas a saltar —gimió buscando más de su presencia, necesitando sentir la solidez de su cuerpo bajo el suyo—. Todo es una locura… no puedo entender nada… yo no sé… no sé qué hacer.

¿Cuántas cosas más tenían que pasar antes de que terminase el día o la noche? ¿Qué nuevo desastre iban a verter sobre ella? Su mente no podía con aquello, sencillamente no podía.

—Necesitaba hacer que reaccionaras —le susurró al oído—. Tenía que traerte de vuelta de algún modo. No quería asustarte más de lo que ya lo estabas, pero no respondías a mí… dios, Shane, me estaba volviendo loco.

Sacudió la cabeza y se aferró con fuerza a sus brazos. Durante todo aquel extraño episodio él solo se había tomado unos segundos para ponerse unos pantalones, nada más.

—No puedo con esto —negó contra su pecho—, no puedo. Voy a enloquecer. Siento que voy a hacerme pedazos de un momento a otro. Dios mío, no puedo con esto.

—Shh —la apretó más fuerte—. Todo irá bien, solo date un poco más de tiempo.

—No, nada irá bien —negó apretando con fuerza los ojos. Sus manos se convirtieron en dos presas sobre los anchos brazos—. Por dios, no eres humano… te vi… te vi… ay, señor, te vi. No eres humano. Ni siquiera sé que eres. ¿En qué me convierte eso a mí? Me mordiste… ay, dios… —apartó la mirada de su pecho para buscar la suya—. ¿Me volveré como tú? ¿Por qué lo hiciste? No puedo… no puedo con esto…

Las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Quería llorar, quería gritar y patalear, pero por encima de todo quería despertar de lo que solo podía ser una jodida pesadilla.

—No puedo.

Se aferró a él una vez más solo para sentir cómo era levantada en brazos, la fuerza de estos y el duro cuerpo contra el suyo era lo único que la mantenía anclada a una insustancial realidad. Luke no la soltó cuando volvieron a la cama, se ubicó en el centro y la apretó contra sí proveyéndole de una tabla de salvación.

—Dime la verdad —musitó. Se revolvió en sus brazos hasta que pudo encontrar su mirada —. ¿Voy a ser… me convertiré… en… lo mismo que tú? ¿Por eso me mordiste? Dímelo, por

favor, dímelo…

Él la acercó más a su cuerpo buscando calmarla.

—No, Shane. Eres y seguirás siendo humana —le aseguró con voz firme y calmada mientras la arropaba bien con el albornoz—. Eso no va a cambiar nunca. Si te mordí fue para reclamarte, porque te reconocí como lo que eres, mi compañera.

Examinó sus ojos buscando en ellos alguna señal de que lo que le estaba diciendo era la verdad. Su mirada estaba puesta sobre ella, tranquila, apaciguadora, todavía la del hombre a quién reconocía.

—¿Qué eres?

Le acarició la mejilla manteniéndola cerca.

—Ya lo has visto con tus propios ojos —le recordó con tono suave—. Soy un lobo. El alfa de la manada afincada en Manhattan.

—Manada —repitió el término—. Hay… hay más como tú.

—Manada, clan… —le dio sinónimos y entonces asintió—, y sí. Hay más como yo. Ya has conocido a Eugene, mi beta. Y también hay más como tú, compañeras humanas de lobos. Conociste a Bryony, la mujer de Adam, en la fiesta.

Se lamió los labios. Esa pareja, sí, los recordaba.

Volvió a mirarle y sintió que volvía a faltarle el aliento.

Lo había visto, lo había sentido. Se había transformado delante de sus narices. Cerró de nuevo los ojos pero eso no impidió que su mente reviviese el momento de aquella asombrosa transformación que lo dotó de un cuerpo animal para luego hacer retroceder toda aquella piel y devolverle la forma humana.

No es real. No puede ser real. ¡No puede!

Su mente insistía en encontrar una explicación lógica y racional, pero el recuerdo era demasiado vívido como para tratarse de un sueño o una pesadilla. Se encogió y se acurrucó sobre si misma todo lo que esos fuertes brazos que la sostenían le permitieron. Estaba temblando, tuvo que apretar una vez más los dientes para evitar que le castañearan sin cesar mientras el mundo giraba a su alrededor.

—No puedo respirar —musitó. Le faltaba el aire—. No puedo…

Para su eterna sorpresa, él tiró de ella, girándola y empujándola contra el colchón para luego reclamar su boca en un profundo beso. Deslizó una de las piernas entre las de ella haciéndose sitio, pero aquella agresiva y repentina intimidad era mejor más sencillo de manejar que toda la locura que giraba a su alrededor.

—Te tengo. —Luke rompió el beso, su sexo erecto empujaba contra la tela del pantalón y lo sentía apretado contra su propio muslo—. Tranquila, te tengo.

El temblor continuó sacudiendo ahora su cuerpo, la humedad se instaló en sus mejillas y notó un agudo dolor en la garganta. ¿Qué era ese sonido? Le taladraba los oídos y al mismo tiempo hacía que le fuese más difícil respirar. Sus brazos la rodearon apretándola todavía más e hicieron que ese amargo sonido empezase a disminuir… el sonido que emergía de su propia boca, los gritos que ahogaba ahora contra la piel masculina. Gritó y lloró hasta que le dolieron los oídos y todo a su alrededor dejó de tener importancia.

Cuando volvió a abrir los ojos tiempo después, la habitación seguía en penumbra. Le dolía la cabeza y sentía cada uno de los huesos de su cuerpo más pesados que de costumbre, pero esos fuertes brazos seguían anclados a su alrededor, el duro y enorme cuerpo sirviéndole parcialmente de colchón mientras la envolvía como una cuchara.

—¿Estás bien?

Su voz sonó profunda, relajada.

—Me duele la cabeza.

Lo sintió moverse a su espalda como si tuviese intención de levantarse.

—Creo que hay algún analgésico en el baño.

—No —le sujetó el brazo y se giró hacia él—, no te vayas.

—No voy a irme a ningún lado, amor.

La ternura en su voz la hizo suspirar, pero fue esa inesperada palabra la que hizo que le picasen los ojos y tuviese que apartar la mirada en el acto.

—Estoy bien —murmuró entonces—, solo un poco aturdida. Necesito… —alzó de nuevo la mirada para encontrarse con esos bonitos ojos color café—, no sé lo que necesito, pero estoy bien.

La irónica sonrisa que curvó sus labios la tranquilizó un poco más.

—Cierra los ojos e intenta descansar un poco más —le acarició los párpados con el índice —. Apenas has dormido, necesitas poder poner la mente en blanco y descansar. Mañana habrá tiempo más que suficiente para retomar las cosas dónde las hemos dejado e intentarlo otra vez.

Suspiró y se dejó llevar, la idea de cerrar los ojos y desconectar era demasiado apetecible, pero al mismo tiempo era consciente de que aunque dejase ahora las cosas, estas seguirían allí cuando se despertase.

—El salón —murmuró en voz alta dando voz a sus pensamientos—. Fuiste tú. Quiero decir… él… el lobo.

Le acarició el brazo con los dedos y asintió.

—Sí.

Se lamió los labios y buscó su mirada. Acostados uno al lado del otro, con las cabezas sobre la almohada, parecía el lugar adecuado para hablar de ello.

—¿Por qué? —preguntó—. Quiero decir… lo dejaste hecho un cristo.

Sus labios se curvaron lentamente hasta formar una sincera sonrisa.

—Digamos que estaba un poco… ansioso —respondió sin dejar de mirarla—. Nunca me había emparejado antes, así que no sabía qué esperar.

—¿Emparejado?

Asintió, cogió una de sus manos y se la llevó a los labios para besarle los dedos antes de llevársela a la nariz y aspirar su aroma.

—Reconocí tu olor —explicó e hizo una mueca—, debía haberlo reconocido antes, pero he descubierto que tengo alergia a ciertos aromas florales. El caso es que cuando te olí supe de inmediato que eras tú, que eres para mí… mi compañera y temo que todo lo que vino después se me escapó un poco de las manos.

—Tu compañera —repitió, parecía ser lo único que podía hacer en esos momentos—. ¿Por qué yo y no otra?

Le acarició los dedos y le sostuvo la mirada.

—Para cada lobo existe una única compañera, una pareja, aquella que está destinada a llevar su olor —le acarició con la nariz la mano—, y a caminar a su lado durante la vida que tengan por delante. Es algo biológico, cuando la encuentras… bueno, es imposible dar marcha atrás, todo en lo que puedes pensar es en ella, en tenerla junto a ti, en hacerla tuya… en marcarla —le acarició la cicatriz en el hombro—. Si bien solemos emparejarnos dentro de nuestra propia raza, no es extraño que terminemos vinculados con humanos.

Shane le sostuvo la mirada durante un buen rato en silencio mientras intentaba absorber esa explicación que se acercaba en gran medida, pero con mucho más detalle, a algunas de las

locuras que le había dicho Carly.

—Eres un lobo —insistió. Parecía que aquello era lo único en lo que podía pensar ahora —. Un verdadero chucho.

Él hizo una mueca.

—¿Te importaría dejar de llamarme así?

—Lo siento, es solo que…

Luke se incorporó y se cernió sobre ella, en algún momento debía haberse quitado el pantalón porque estaba completamente desnudo debajo de las sábanas, al igual que ella.

—Soy consciente de que esto no es fácil de asimilar, Shane —le acarició la mejilla con el pulgar—, llevará tiempo, te costará asimilarlo… asimilar muchas cosas, pero saldrás adelante, ambos lo haremos, ¿de acuerdo?

Lo miró sin saber qué decir.

—Te quiero, Shane.

Esa declaración la dejó noqueada.

Él le cubrió los labios con el dedo y negó con la cabeza.

—Eres mía, compañera —insistió y le acarició ahora la nariz—, voy a estar junto a ti a cada paso del camino, lo que tengamos que resolver lo resolveremos juntos y todo lo demás… llegará cuando tenga que llegar.

Apretó los labios cuando todo su interior empezó a gritar de dicha al escuchar esas palabras, pero no podía devolvérselas, no cuando ahora mismo se encontraba en medio de un remolino que había puesto su mundo patas arriba.

¿Quería a Luke Evans? Sabía que se había enamorado de él, era consciente de que despertaba en ella todo tipo de sentimientos pero eso fue antes de saber la verdad, antes de que Quinn apareciese para desentrañar su pasado y este hombre que la miraba acostado a su lado, le desvelara el más increíble secreto de todos.

¿Quién era realmente Luke Evans? ¿Lo sabía ella? ¿Sabía de verdad quién era el hombre con el que se acostaba?

—Necesito tiempo para… asimilar todo esto —se encontró diciéndole.

Él asintió y se inclinó para besarle los labios.

—Todo el que necesites, Shane —aceptó—, todo el que necesites.

Cerró los ojos y dejó que la besara, dejó que sus besos y sus manos la alejaran, aunque solo fuese por unos momentos, de la irrealidad en la que se había visto sumergida.

CAPÍTULO 38

—Sí, conozco la zona. Es sin duda un lugar agradable…

—Oh, estoy seguro de que te encantará. Mi Shane te mostrará cada recodo del rancho, se lo conoce como la palma de su mano.

—Conociéndola, hará que la experiencia sea de lo más especial.

La mujer se rio.

—Oh, estoy segura.

Shane emergió del sueño con la extraña sensación de escuchar dos voces conocidas. Se revolvió en la cama mientras el sueño la iba abandonando y esa impresión se hacía cada vez más palpable.

—Entonces le diré a Héctor que contamos con un invitado más a la barbacoa del sábado. —La voz de su madre sonaba apagada, como si estuviese en otra habitación, pero su tono era el de alguien que disfrutaba inmensamente de la charla—. Le encantará contar con otro hombre con quién poder hablar de cosas de hombres…

Hombres. Otro hombre. Sí, su padre agradecería un apoyo masculino entre tanta mujer, aunque adoraba a su madre y a su hija, en esas reuniones siempre se sentía en minoría, especialmente cuando su madre extendía el término familia a media vecindad.

—No sabes el alivio que siento ahora que he hablado contigo —continuó la voz de su madre—. Mi Shane ha estado sola tanto tiempo… Cree que no lo sé, pero yo soy su madre, la conozco bien y sé que algo cambió en su vida hace un año, algo que la hizo cambiar. El saber que ahora no está sola… bueno… estoy feliz de que tenga a alguien que la cuide.

—Mientras yo viva, ella nunca estará sola, Sonia, eso puedo prometérselo —declaró Luke con abierta sinceridad—. Es mi compañera y la única para mí.

—Eres un buen hombre, Luke —la voz de su madre ahora sonaba ligeramente sentimental —. Confío en que así será y que la cuidarás.

Luke. Luke Evans. Su compañero. Un lobo. Los recuerdos se filtraron en tropel haciendo que despertase de golpe. Se sentó en la cama, parpadeó, se protegió los ojos ante la luz de un nuevo día y farfulló en voz baja.

—Joder —masculló. Se frotó el rostro, parpadeó e intentó situarse. Esa habitación, el mobiliario, las sábanas… su desnudez—. ¿Luke?

Se había dormido en su cama, en sus brazos, demasiado cansada para lidiar con lo que ocurría.

—Sonia, parece que su hija se ha despertado…

Parpadeó una vez más. Esa era la voz de su amante, alta y clara, llegando desde el salón y acababa de pronunciar el nombre de su madre. ¿Esa era su voz? Sí, lo era… ¡Oh, mierda!

—Deme un segundo y le pongo con ella —concluyó su amante, mientras lo veía entrar ahora a través del umbral del dormitorio—. Buenos días, pequeña, ¿cómo te encuentras?

Lo vio cruzar la habitación y detenerse a su lado, llevaba un pantalón de chándal y una camiseta que sin duda utilizaba para andar por casa.

—¿Shane? —pronunció su nombre una vez más, mirándola—. Cariño…

Sacudió la cabeza y bajó la mirada al teléfono.

—¿Es… mi madre? —preguntó sintiendo la boca todavía pastosa—. ¿Estabas hablando

con mi madre?

—Tu teléfono ha sonado varias veces, me tomé la libertad de atender la llamada al ver que ponía «mamá» en el identificador —le dijo con total tranquilidad—. Se sorprendió al saber que no me habías dicho nada sobre la barbacoa del sábado…

Gimió al mirar el teléfono, temiendo que su señora madre pudiese atravesar la línea y presentarse allí mismo frente a ella.

—¿Sonia? Le paso con Shane —dijo él al teléfono antes de tendérselo de vuelta—. Te dejaré que habléis a solas y aprovecharé para darme una ducha.

Ella miró el teléfono, era incapaz de apartar la mirada.

—Shane, ¿estás bien?

Lo miró y sacudió la cabeza.

—Lo estaré después de arrancarte la piel a tiras —siseó y le quitó el teléfono de las manos —. Acabas de firmar tu jodida sentencia de muerte, Evans.

Para su irritación él sonrió satisfecho e incluso parecía aliviado.

—Bienvenida de nuevo a la carrera, señorita Pears —le guiñó el ojo—. Estaré en la ducha, eres libre de reunirte conmigo cuando termines… si te apetece.

—Ten cuidado no se te enfríe el agua esperándome —siseó. Entonces respiró profundamente y se llevó el teléfono a la oreja—. Hola, mamá.

—Shane, cariño —la voz de su madre sonaba risueña—. ¿Por qué no me has cogido el teléfono?

Y ahí estaba, su madre echándole la bronca. Sí, había cosas que no cambiaban.

—Estaba empezando a preocuparme cuando ese encantador novio tuyo respondió —le informó ella, dejando claro que sabía que estaban juntos.

—No hagas preguntas de las cuales no deseas conocer la respuesta —rezongó.

Un suave bufido atravesó la línea.

—Cariño, no has hecho nada que no haya hecho yo antes con tu padre cuando estábamos de novios o incluso después.

Se estremeció ante la inesperada respuesta y sintió arcadas. Diablos, eso era algo que un hijo nunca quería imaginar de sus padres. Era simplemente ¡*puaj*!

—Gracias, mamá —se dejó caer de espaldas sobre el colchón—, esa es una imagen que me provocará pesadillas el resto de mi vida.

Su progenitora la ignoró.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decirme? —insistió su madre—. Te he llamado repetidas veces.

Suspiró.

—He tenido una noche… complicada —hizo un mohín ante sus propias palabras. Aquella explicación no era ni cercana a la realidad—, pero como puedes escuchar, estoy perfectamente. Vivita y coleando.

Aunque mi vida se está deslizando en una carrera mortal hacia el infierno y no lleva frenos.

—Luke ha sido muy educado y amable intentando escudarte, pero yo te conozco mucho mejor —le soltó su madre de repente—. ¿Por qué no le dijiste nada de la barbacoa? Es un hombre encantador, sé que a tu padre le caerá muy bien.

Precisamente por eso no lo había hecho, no quería tener que introducir en su familia a un hombre que todavía no sabía muy bien qué lugar ocupaba en su vida.

—Esta semana he estado muy liada, ya te dije que ni siquiera sabía si podría ir este fin de

semana —se quejó.

Ella chasqueó la lengua.

—De acuerdo, no preguntaré aquello que no quieres decirme —aceptó conciliadora—. Pero Shane, me alegra mucho saber que estás con alguien y que te están cuidando.

Siiiiiiii, claaaaro. Cuidando. ¿Hola? ¿Mami? ¿Sabes? Mi… ¿amante? Se olvidó de mencionar algo importante. Es un lobo, me ha mordido y ahora soy su pareja.

—Os esperamos el viernes a cenar —le informó—. ¿Y Shanelle? No te enfades con él por haber cogido el teléfono, habría sido mucho peor que tuvieses que atender la llamada de la policía cuando denunciase tu desaparición.

Hizo una mueca, pues lo peor de todo, era que sabía que su madre era capaz de hacer tal cosa.

—Nos vemos el viernes, cariño —se despidió ella—. Os arreglaré la nueva habitación para los dos.

¿La nueva habitación?

—Mamá, mamá no hace falta qué… ¿mamá? —Le había colgado el teléfono—. Genial. Sencillamente genial.

Dejó el teléfono a un lado y estiró los brazos mientras se quedaba mirando el techo.

—Esto es de locos.

Resopló y se giró de lado. Desde su posición podía ver la puerta del cuarto de baño abierta y escuchar el sonido del agua de la ducha.

—Emparejada con un lobo —resopló. Sacudió la cabeza y, tras hacer a un lado las sábanas, se levantó de la cama—. Esto es demasiado.

Buscó a su alrededor y cogió un suave albornoz que había a los pies, el mismo en el que la había envuelto la noche anterior.

—Un lobo —insistió en pronunciar aquella palabra y luchó por que su cuerpo no empezase a temblar otra vez. Los recuerdos de todo lo que había visto la noche anterior volvían sin piedad a su mente.

Miró a su alrededor, la habitación estaba ahora iluminada por la luz del día, las puertas dobles de la terraza dejaban a la vista la arbórea y verde extensión que formaba Central Park. A los pies de la cama, doblada pulcramente sobre el escabel, estaba su ropa y su bolso. Se ciñó el cinto del albornoz y bajó los pies sobre la alfombra para rodear el lecho y detenerse frente a sus cosas. La tentación de vestirse y salir de allí fue inmediata pero ¿de qué serviría?

—Mi vida ya no es mi vida —suspiró—, se ha convertido en un libro de cuentos…

Se giró hacia la puerta del cuarto de baño y entrecerró los ojos.

—¡Y tú tienes la jodida culpa! —siseó.

La tentación de reunirse con él, de ver ese orgulloso y cincelado cuerpo masculino bajo el chorro del agua la estremeció e inició ese sórdido calor entre sus piernas. Señor, la sola imagen que se había formado en su mente la había puesto caliente.

Sacudió la cabeza dispuesta a alejarse de la tentación, barajó la idea de volver a salir al balcón y aspirar un poco de aire fresco cuando oyó unos ruidos al otro lado del salón, procedentes de la puerta principal.

—¿Luke? —alzó la voz para que lo escuchase—. Creo que están llamando a la puerta.

Esperó a escuchar su respuesta, pero el sonido del agua y la distancia debían amortiguar su voz. Frunció el ceño y se giró una vez más en dirección a la entrada principal cuando volvió a escuchar ese sonido ahora con más fuerza.

—¡Luke!—volvió a llamar.

De nuevo el silencio.

—De acuerdo —resopló y caminó hacia la puerta—. Con suerte, quién esté al otro lado me dará la excusa que necesito para largarme. ¡Ya voy!

Abrió la puerta esperando encontrarse al servicio de habitaciones o a cualquier otro miembro de la raza humana sin embargo lo que se encontró no tenía nada que ver con ello.

Sentado sobre los cuartos traseros, un hermoso ejemplar lupino de pelaje castaño clavaba sus ojos dorados sobre ella. La larga lengua rosada abandonó su boca para acariciar el botón negro que tenía por nariz antes de mover la cola, levantarse y traspasar el umbral como si estuviese en su propia casa.

—*Oh-jo-der* —masculló sin dejar de mirar el enorme can que se había aposentado ahora sus cuartos traseros en el centro del salón—. Joder, joder, joder. Tú no eres el mismo chucho de anoche. Tú no eres él, ¿verdad? Ay, madre. ¿Luke? ¡Luke Evans!

No hubo respuesta aunque el sonido de la ducha se detuvo.

—¡Luke! ¡Creo que tienes un invitado de cuatro patas esperándote en el salón! —alzó la voz haciendo que el lobo echase las orejas atrás como si le molestase el sonido de su voz. No podía culparle, se estaba desgañitando—. ¡Luke!

—Deja de gritar, Shane —escuchó su voz desde el baño—. Es Eugene.

Como si reconociese la voz o el nombre, el lobo volvió a levantar las orejas y movió la cola por el suelo.

—¿Eugene? —repitió. Su mirada fue de la puerta del baño al lobo—. ¿Eugene como en… tu Eugene?

El animal levantó y bajó su enorme cabeza en un gesto que solo podía ser una afirmación.

—No me acabas de decir que sí —declaró negándose a apreciar lo evidente.

El lobo repitió el mismo movimiento.

—Deja de hacer eso —gimió.

Como respuesta el animal se levantó y la rodeó, restregando su cuerpo contra sus piernas.

Y aquello ya fue demasiado.

El grito que escapó de sus labios la acompañó en su rápida huida hacia el cuarto de baño.

Luke se encontró con una suave y deliciosa mujercita pegada a su cuerpo incluso antes de que pudiese dejar la cuchilla del afeitado a un lado. El chillido le había taladrado los oídos con lo que podía imaginar lo que le habría hecho a Eugene al estar en forma lupina.

«¡Me ha dejado sordo!»

Ahí estaba la respuesta.

—¡Hay un jodido perro en el salón! ¡Un jodido perro enorme! ¡Y no eres tú!

«Qué aguda». Masculló. *«Un momento, ¿me ha llamado perro? ¡Qué insulto! ¡Soy un lobo, uno de pura raza!»*

—Es un lobo, Shane y no, yo estoy justo aquí —aseguró resbalando la mano libre sobre su espalda en círculos—. ¿Puedes, por favor, dejar que termine de afeitarme?

La inocente pregunta hizo que ella aflojase su presa y le mirase a la cara.

—¿Te importa? —insistió señalando lo obvio. La cuchilla de nuevo en su mano y la espuma en su cara—. Puedes quedarte aquí conmigo si no quieres volver a la habitación.

Ella volvió a remarcar lo que ya había dicho.

—Hay un p…

—Lobo.

—Un lobo en tu dormitorio —se corrigió y terminó—, ¿y dices que es tu secretario?

—Mi beta, sí.

—¿Y por qué mierda está sobre cuatro patas en vez de sobre dos?

—Hoy es su día libre —respondió, volviendo a la tarea de afeitarse—, y suele pasarse gran parte de este en esa forma.

«Si llego a saber que se pondría a cantar lírica, habría venido de traje».

Ignoró la respuesta mental y se concentró en la mujer que tenía al lado.

—Esto es demasiado para mí —insistió ella, se giró y se apoyó de espaldas a su lado—. Es demasiado que asimilar, demasiado que pensar… solo… demasiado. Me va a estallar la cabeza.

—Paso a paso, Shane —le dijo, lavándose el rostro y quitándose todo rastro de espuma—, solo ve paso a paso. No hay prisa y me tienes justo aquí para ayudarte en esta nueva transición.

Ella sacudió la cabeza y extendió el brazo en dirección al dormitorio.

—Luke, le he abierto la puerta a un jodido lobo. Un perro con unos dientes inmensos.

«¡Gracias por la apreciación sobre mi dentadura!».

Bufó ante la respuesta de Eugene que solo él escuchaba y sacudió la cabeza. Tenía que enseñarle a abrir su mente a él y a los vínculos de la manada, pero todo a su debido tiempo.

—Eugene te da las gracias por tal apreciación personal sobre su peludo culo —dijo en voz alta.

Ella ladeó la cabeza, miró de un lado a otro y finalmente frunció el ceño.

—¿Cómo? —frunció el ceño y clavó esos bonitos ojos verdes sobre él—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Tuviste una prueba de ello anoche —le recordó—. Me oíste en tu mente cuando estaba en forma lupina.

La vio abrir la boca, entonces la cerró y su ceño se hizo incluso más profundo.

—Pensé que… me lo había imaginado —musitó, entonces indicó en dirección a la puerta —. ¿Y por qué no lo oigo a él?

—Lo harás, tan pronto aprendas a abrir tu mente y escuchar —aseguró—. Ahora que estás vinculada a mí, podrás comunicarte con cualquiera de los miembros de nuestro clan de esa manera o para ser más exactos, podrás escucharles en tu mente.

Parpadeó varias veces, entonces levantó las manos en gesto de defensa.

—De acuerdo, tiempo muerto —sacudió la cabeza—. Es demasiada información que procesar y digerir. Necesito una ducha e irme a casa. Necesito volver a mi propio mundo antes de que me estalle la cabeza.

La recorrió con la mirada.

—De acuerdo, iremos a tu casa

Ella volvió a mirarle y negó con la cabeza.

—No, no iremos —declaró y había tal intensidad y necesidad en su voz y en sus ojos que sintió el imperioso impulso de abrazarla y decirle que todo iría bien—. Me iré yo sola, tú te quedarás aquí y harás lo que quiera que tengas que hacer hoy. Necesito espacio, Luke, necesito… necesito recuperar mi tranquilidad para poder… comprender esto y no acabar gritando como una energúmena cada vez que un lobo se me cruce por delante.

Podía sentir sus emociones revueltas, su necesidad de comprender, pero tenía que aceptar su decisión pues lo que decía era cierto, había dejado caer demasiadas cosas y todas juntas. Necesitaba tiempo para aceptarlo y aclimatarse.

—Utiliza el baño —le sugirió manteniendo la distancia que obviamente necesitaba—, después hablaremos de ello.

Shane suspiró y le dedicó esa mirada que corroboró sus palabras.

—No contengas la respiración, Evans —le dijo ella al tiempo que le daba la espalda, se deshacía del albornoz y entraba desnuda en la ducha—, y haz algo con ese felpudo… ya he tenido suficientes visiones caninas para todo el día.

Admiró el cuerpo de su compañera hasta que los cristales empañados de la mampara se cerraron ofreciéndole cierta privacidad y finalmente volvió a la habitación dónde su beta lo miró con gesto irónico.

«Bueno, después de todo no se lo tomó tan mal, ¿eh? No se ha desmayado ni ha empezado a girarle la cabeza como a la niña del Exorcista».

—Sí, todo un consuelo.

CAPÍTULO 39

Shane solo quería llegar a casa y encerrarse dentro de aquellas cuatro paredes que conocía. Necesitaba esa estabilidad, la que le proporcionaba un ambiente conocido y suyo, le daba igual que Luke enseñase los dientes o se pusiese con síndrome premenstrual, iba a irse a casa y no iba a llamar a su puerta hasta las seis, hora en la que habían convenido irse.

Maldición. ¿Por qué había tenido que responder al teléfono y hablar con su madre? ¡Su madre! Esa mujer había creado su propia historia en menos que canta un gallo, lo escuchó en el tono de su voz, estaba emocionada porque su hijita tuviese novio…

Si ella supiera.

—¿Quieres que te pida un taxi?

—Iré andando.

—Vives a varias manzanas de aquí.

—En ese caso cogeré el metro.

—Shane…

Se detuvo en seco a mitad del recorrido de la recepción y se giró hacia él. Por el rabillo del ojo vio cómo todos los empleados presentes parecían repentinamente demasiado atareados y, al mismo tiempo, esa sensación de ser observada le decía que a pesar de ello no perdían detalle de la escena. Respiró profundamente y se obligó a mantener el tono de voz bajo y calmado.

—Necesito un poco de espacio —declaró una vez más—. Quieres que acepte algo que para mí… bueno… que es como una película de ciencia ficción y no puedo hacerlo de la noche a la mañana. ¿Tienes idea de lo condenadamente difícil que resulta para mí todo esto? Estoy a esto de volverme loca.

Juntó los dedos con los que había señalado la proporción y bajó la mano hasta la cadera.

—No estoy huyendo —continuó. No sabía si lo decía para su beneficio o para el propio—. Sabes dónde encontrarme. Estaré allí todo el día hasta que vengas a recogerme para ir a esa maldita barbacoa. Conociéndote, supongo que incluso has sacado ya los billetes de avión, quiero que me des el importe del mío, lo pagaré yo.

Él se limitó a enarcar una ceja con una expresión tan masculina y suya que le entraron ganas de darle un tortazo. Sí, ese era el snob en estado puro.

—Ni lo intentes. Ahora necesito estar sola, necesito digerir todo esto y contigo cerca… bueno, no puedo concentrarme, joder.

Luke se limitó a mirarla en silencio lo cual era peor que si dijese algo. Sus ojos eran tan penetrantes que se sentía expuesta, totalmente desnuda ante él.

—A las seis en punto —le dijo al tiempo que acortaba la distancia entre ellos y bajaba la boca sobre la suya—, y esta vez sin retrasos, por favor.

No la dejó responder, el aire fue succionado por su boca en el momento en que la besó y le robó cada pedazo de cordura que le quedaba dejándola temblorosa.

—Vete —murmuró con voz ronca, retiró las manos como si le costase la vida misma dejarla ir—. Y no hagas tonterías.

—Yo no hago tonterías —argumentó—. Eres tú el que lleva esa frase a un nivel superior.

—Vete, Shanelle —se llevó las manos a los bolsillos como si previese que era la única manera de impedir tocarla—, te veré por la tarde.

No respondió, le dedicó una leve caída de párpados y le dio la espalda. De repente cada paso pesaba una tonelada y se encontró arrastrándose hacia la puerta principal. Había algo que tiraba de ella de nuevo hacia él, que aumentaba la necesidad que tenía de girarse y volver a su lado pero no lo hizo. Apretó los dientes y siguió adelante hasta que el fresco ambiente matutino del mes de septiembre la recibió. Se estremeció y se frotó los brazos un segundo, ¿cómo diablos se le había ocurrido la brillante idea de salir al balcón totalmente desnuda en plena noche? Era un milagro que no se hubiese congelado hasta las tetas.

Respiró profundamente metiendo parte de ese aire frío en sus pulmones, exhaló y se obligó a no mirar atrás. No quería ver la figura de su amante a través de las puertas de cristal, no podía permitirse flaquear en esos momentos. Se aseguró el bolso al hombro, se abrochó los últimos botones del abrigo y echó a andar con el mismo ánimo de un condenado que se dirige al patíbulo.

No llegó a doblar la esquina para dirigirse a la boca del metro más cercana cuando el caos estalló a su alrededor.

—Shanelle, ¡al suelo!

Escuchó su nombre como a cámara lenta, se giró hacia el sonido de esa voz solo para ver cómo algo se clavaba en el suelo a sus pies levantando esquirlas de cemento. Dio un salto instintivo a un lado y alzó la mirada con el corazón latiéndole a mil por hora, cuando sintió una ráfaga de fuego cortando a través de la manga de su abrigo.

—Qué demonios está… —siseó de dolor un instante antes de que un enorme muro cayese sobre ella lanzándola al suelo mientras el pandemónium estallaba en un coro de gritos y gente que corría de un lado a otro.

—No te muevas.

El muro hablaba, pensó en su conmoción momentánea, tenía una voz grave y había rabia en ella. Su cuerpo, pues aquella calidez y el abrigo de cachemira que llevaba pertenecía a un cuerpo, la cubría por entero impidiéndole ver nada más allá del color de la lana.

—¡El edificio de la esquina! ¡La tercera ventana! —le oyó gritar y casi podía jurar que gruñó al mismo tiempo que lo hacía.

—¡Shane!

Ah, aquella sí que la reconocía. Era la voz de Luke. Tembló, su cuerpo empezó a estremecerse sin control bajo aquel muro.

—¿Qué mierda ha sido eso?

—Disparos —declaró el muro, moviéndose ahora para permitir que el frío aire matutino la golpease—. Y salieron de ese maldito edificio.

Parpadeó y levantó la mirada para quedarse a continuación sin respiración al reconocer el rostro que ahora la miraba con gesto serio. Sus temblores se hicieron más intensos, las lágrimas acudieron a sus ojos y ni siquiera estaba segura del motivo.

—Quinn —pronunció su nombre a pesar de que sabía que estaba pronunciando el nombre correcto en la persona equivocada. Porque a pesar de que su mente vivía un recuerdo, el hombre de carne y hueso que estaba sobre ella, no era su antiguo amor, a él lo habían matado.

—Shanelle. —Luke derrapó a su lado, se arrodilló y la cogió entre sus brazos, buscando frenéticamente, comprobando su estado—. ¿Estás herida? ¿Te duele algo?

No respondió, todo lo que podía hacer era temblar. ¿Por qué estaba temblando? Y esa quemazón en el brazo… Giró el rostro y vio la manga de su abrigo humedeciéndose, al estirar la mano y tocar la tela las yemas de los dedos se le mancharon de rojo.

—Alerta al clan —gruñó Luke, su voz más fría de lo que la habían escuchado jamás—.

¡Quiero saber quién está detrás de esto y lo quiero saber ya! Acaban de firmar su sentencia de muerte.

Se quedó sin respiración.

Sangre.

—¿Por qué tengo sangre en el abrigo? —Su voz sonaba incluso lejana para sí misma—. Luke, ¿por qué tengo sangre en el abrigo?

Su amante parecía estar mucho más centrado que ella, se deshizo de inmediato del abrigo y le examinó el brazo. La visión de todo aquel color rojo empapando su camiseta la mareó.

—Ay dios mío —gimió.

—Tranquila amor, te tengo —le susurró una y otra vez mientras rompía la tela y exponía a la luz la sangrante herida que tenía en el brazo.

—¿Cómo está? Hay una ambulancia de camino, han herido a algunos transeúntes. La policía no tardará en personarse, ya he avisado a nuestro contacto. —La voz de Eugene se filtró también en su reducido mundo de sensaciones. Levantó la cabeza y miró a su alrededor pero no llegó a ver gran cosa, pues un muro de… ¿espaldas? los rodeaban impidiendo casi hasta el paso del aire—. Quinn y nuestros chicos de seguridad ya han salido en persecución de ese malnacido.

—Bendita suerte la tuya, pequeña —masculló él y parecía realmente aliviado—. Llama a Mason, lo quiero en el hotel pero ya. Dile que es una herida de bala con entrada y salida en el brazo, ha atravesado la parte blanda, no creo que haya tocado ningún músculo. No veo nada más, pero no estaré seguro hasta revisarla por completo. Necesito cobertura. Volvemos al *Imperia*n.

—*Roger* —declaró Eugene poniéndose en pie de un salto—. Charles, Remi, vosotros con el jefe, los demás... encontrad a ese hijo de puta.

Shane parpadeó ante el fiero tono en la voz de alguien tan amable como Eugene, el hombre parecía haber sufrido una metamorfosis. Después de asegurarse de que se cumplían sus órdenes, lo vio llevarse el teléfono a la oreja y empezar a hablar.

Herida de bala. Su mente recuperó esa frase como si fuese importante. Herida de bala… el silbido que escuchó… lo que fuera levantando esquirlas en el suelo… el ardor en el brazo...

—Me… ¿me han disparado? —El temblor de su cuerpo se reflejó ahora también en su voz unido a la incredulidad y a una creciente rabia—. ¡Me han disparado! ¡Ay dios! ¡Que me han disparado!

Luke la hizo gemir de dolor al cubrir la herida con algo y apretar, lo que se ganó que lo fulminase con la mirada, pero incluso eso pareció aliviarlo ya que perdió parte de ese semblante serio y sonrió de medio lado.

—Lo siento, amor —se disculpó, pero no había lamento en su voz. La revisó una última vez, sacándole el abrigo por completo y maniobrando su cuerpo con sumo cuidado—. ¿Te duele algo más?

—Creo que me he clavado todas las marcas de las baldosas en la espalda cuando ese muro de hormigón me cayó encima —rezongó moviendo los dedos y las piernas para comprobar su utilidad. Al hacer mención del muro de hormigón volvió a su mente la imagen de Christian, pero no era él, él estaba muerto, se trataba de Quinn, su hermano—. ¿Dónde está? ¿Está bien?

Su amante asintió al tiempo que la levantaba en brazos y ambos eran flanqueados por dos hombres corpulentos dispuestos a hacer que se mearan en los pantalones cualquiera que se acercase a ellos. Si no creyese que era imposible o poco probable, creería que ahora era Luke el que temblaba, pero no, tenía que ser todavía ella la que se estremecía contra él.

—Más le vale estarlo, ahora tengo una deuda con ese joven lobo —la abrazó con más fuerza haciéndola consciente de su cercanía.

—Me han disparado. Joder —gimió cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás—. Justo cuando pensaba que todo eso quedó atrás… van y me disparan.

Aquello pareció captar el interés de su portador, puesto que la miró.

—Soy hija de un abogado criminalista —rezongó con una mueca—, y me alegra decir que nunca ha sido tan malo, hasta ahora. Nunca me han disparado, hasta ahora.

—No creo que esto haya tenido que ver contigo o el oficio de tu padre, Shane —comentó con voz firme y baja—, sino conmigo.

Y aquello tenía sentido, pensó. Su cerebro parecía empezar a despertar.

—Sabes, debías haberme explicado eso antes de emparejarte conmigo —siseó—. Te habría dicho un rotundo, gracias, pero no gracias.

Él enarcó una ceja.

—Eso no habría modificado las cosas —aseguró con absoluta convicción.

Ella abrió la boca para decir algo, pero el dolor en el brazo empezaba a ser palpable ahora y era bastante más de lo que podía soportar.

—Joder… maldita sea… todo lo que quería era irme a casa —gimió ocultando el rostro contra su camisa—. Solo quería un poco de paz y estar entre mis cosas, en un lugar que conozco y que sé no se desmoronará de un momento a otro.

Sintió su boca contra la coronilla en un tranquilizador beso.

—Haremos que el doctor te mire esa herida y después irás a casa —aceptó con la misma resolución que hasta el momento—, pero a la de tus padres. Te quiero fuera de la ciudad hasta que sepa quién narices está detrás de todo esto.

Se estremeció, la idea de aparecer en casa de sus padres y con una bala en el brazo.

Sí, sin duda iba a ser un fin de semana jodidamente fabuloso.

CAPÍTULO 40

Luke se obligó a relajarse a pesar de que todo en él bullía por volver a Manhattan y encontrar a quién quiera que estuviese detrás del ataque a su compañera. Ya no se trataba de una casualidad, los sucesos pasados, esa sensación de ser espiados, el olor… o iban tras él, iban tras Shane.

Dejó escapar un bajo gruñido, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Todo había empezado en el mismo momento en que la reconoció, la fiebre del emparejamiento era lo único que entorpeció su comúnmente agudo olfato y mente.

Shane se removió en el asiento a su lado, se había dormido al poco tiempo de despegar a causa de los analgésicos y el agotamiento psicológico que venía arrastrando. La pobrecita había pasado por toda clase de situaciones extremas en las últimas veinticuatro horas y a decir verdad, era un milagro que no estuviese gritando y amenazándole con tirarse en paracaídas o algo peor.

Hacerla subir al avión ya había sido la gota que colmó el vaso en su agitado día, si bien era consciente del genio que habitaba bajo esa piel, la discusión que iniciaron sin motivo aparente y que terminó con ella sobre su hombro y prácticamente atada con el cinto de seguridad había sido incluso suficiente para él. Las uñas en su espalda y sus propios dientes en el hombro así lo demostraban.

Sonrió para sí ante la absoluta y total ironía de aquello, ella lo había reclamado a él incluso sin saberlo con esa acción.

Pero no podía culparla por su hartazgo, tenía que haber previsto algo así cuando empezó a soltar sapos y culebras cuando el médico la atendió en la suite. Él acabó por reunirse en el pasillo con Quinn, Eugene y Odin, quién había sido avisado por el primero.

Dado el desarrollo de los acontecimientos, era una suerte que esos dos estuviesen todavía en la ciudad cuándo comenzó el tiroteo. De hecho, Quinn venía hacia el hotel para entregarle los últimos documentos que había firmado su jefe, cuando notó que algo no iba bien.

—No era un humano lo que olí en ese edificio, pero maldita sea si logro ubicar de qué o quién se trata —le había comentado él con visible irritación—. Y el despojo que encontré con el cuello roto un par de callejones más allá, tenía el mismo olor, sea quien sea se cruzó en su camino y terminó de la peor manera.

—¿Pero por qué la muchacha? ¿Por qué ir tras ella? ¿Qué enemigos puede tener alguien como Shane?

—Su padre fue uno de los mejores abogados criminalistas del estado —comentó Eugene —. En su época, cabreó a mucha gente. Aunque no he encontrado denuncias, ni nada raro en los últimos años desde que dejó de ejercer y que supongan una conexión con lo que ha ocurrido. Sencillamente, Héctor Pears vive su retiro en paz.

Odin frunció el ceño.

—¿Y si la están utilizando para presionarte? —sugirió el joven lobo—. Ahora estás emparejado, todo el mundo sabe que nuestras hembras son lo primero para nosotros.

—Motivo por el cuál no tengo prisa en encontrar la mía —rumió Odin.

—¿Has conseguido hablar con Vinci? Dudo que haya cruzado la línea, pero sabiendo lo bien que os lleváis…

Negó con la cabeza.

—Arik y yo mantenemos nuestras disputas a nivel laboral o ante el consejo, por otro lado,

se trata del Ejecutor de nuestro pueblo, solo trabaja bajo las órdenes del Voda y no lo considero el tipo de lobo que haría algo así, menos a una hembra emparejada —negó con un suspiro y echó un vistazo hacia la puerta de la habitación.

De hecho, Arik lo había llamado tan pronto llegaron a sus oídos la noticia de lo ocurrido y se puso a su disposición para dar caza a quién quiera que hubiese amenazado a su compañera. Si algo unía a ambos era la fidelidad y el respeto hacia sus respectivas compañeras, su bienestar estaba por encima de todo lo demás.

—Sí, Vinci se ha puesto en contacto y se ha puesto a nuestra disposición —corroboró Eugene en voz alta, capturando varias miradas sorprendidas—. *Yep*, a mí también me saltaron los ojos de las cuencas cuando lo escuché. Pero no mentía, él no fue… aunque no pongo la mano en el fuego porque no sepa algo.

—¿Qué vas a hacer con tu hembra? —preguntó Odin siguiendo su mirada. Desde el dormitorio emergían ahogados gemidos y coloridos insultos con voz femenina.

—Por ahora sacarla de la ciudad —decidió—. Ya habíamos acordado pasar el fin de semana en Minnesota, con sus padres, así que no será un cambio demasiado drástico.

—Me pondré en contacto con Aksel para que esté al tanto —aceptó Odin. Los alfas tendían a mantener una buena relación los unos con los otros y a ayudarse cuando era necesario.

—Mientras, seguiré peinando la zona —murmuró Quinn—. Como dije, hay algo que se me escapa y me gustaría poder investigarlo, si me permites la libertad de recorrer tu territorio.

Asintió.

—No tienes ni que pedirlo —aseguró. Ese joven lobo se había llevado un disparo que iba dirigido a su mujer—. Pero antes de ir a ningún sitio, haz que te miren esa herida. Te debo la vida de mi compañera, Quinn. Tengo una deuda contigo.

Él negó.

—Es algo que le debía a mi hermano —murmuró incómodo—. Hice una promesa y no la cumplí. Es hora de enmendar ese error.

—Como sea —añadió Odin, quién tenía la última palabra en lo referente a las acciones del chico—. Procura no matarte a ti mismo como penitencia, ¿vale? Ya has visto que ella está ahora en buenas manos. Christian estaría conforme con ello.

Se limitó a asentir como respuesta y estaba a punto de hacer alguna otra anotación, cuando escucharon la voz de una mujer gritando obscenidades y amenazas desde el interior de la suite.

—Tiene un buen par de pulmones.

—Asegúrate de no estar en forma lupina cuando haga eso, Odin —le sugirió Eugene al tiempo que se sacudía los oídos—, yo creo que todavía oigo campanas.

—Minnesota —repitió su amigo—. Tienes unas cuantas horas de vuelo hasta allá.

—Motivo por el cuál vas a utilizar el jodido juguetito de la empresa, ¿verdad que sí, queridito? —se adelantó Eugene.

Enarcó una ceja ante el tono de su beta.

—Te dije que era un gasto estúpido e innecesario —le recordó—. Prueba de ello es que lo utiliza más Odin que yo.

—Eso es verdad —aseguró el aludido—. Quizá debería comprártelo.

—Haz una oferta y…

—¡Por encima de mi cadáver! —se interpuso Eugene—. Llamaré al capitán para que tenga el jet preparado para digamos, ¿las doce? Sí, las doce.

Miró de nuevo a la habitación y luego a Eugene.

—Encontrad a quién esté detrás de esto —gruñó con abierta rabia—, no voy a permitir que

nadie vuelva a acercarse a ella de esa manera.

—Daremos con él…

—O con ella.

Los tres se giraron hacia Quinn, quién parecía barajar alguna especie de hipótesis.

—Algo te ronda la cabeza, ¿quieres compartirlo?

El lobo hizo una mueca.

—Es ese cadáver… las marcas en su cuello —chasqueó la lengua sin estar conforme—. Eran pequeñas, como de manos de mujer… y ese aroma… ese maldito aroma. Sé que lo he olido en algún lugar.

—¿Alguna amante despechada que quisiera sacar una rival de en medio? —preguntó Odin girándose hacia él.

—Luke no se involucra con nadie el tiempo suficiente —se adelantó Eugene.

El grito de Shane evitó que pudiese decir alguna cosa más al respecto.

—Sea quien sea, lo quiero para mí —anunció antes de desaparecer en la suite para reunirse con su compañera. No quería que dejase eunuco al médico antes de que la hubiese tratado.

—Sí, sin duda tiene un buen par de pulmones.

Eugene suspiró soñador.

—También tiene un buen culo y un par de tetas que…

—¿Y sigues vivo para poder afirmar eso? —Quinn enarcó una ceja ante tal referencia.

—Soy un lobo con suerte —le guiñó el ojo y miró el reloj—. Voy a preparar el vuelo.

Cuando el beta se marchó ambos lobos se miraron entre sí.

—¿Una mujer?

Quinn miró a su propio alfa.

—Todavía no tengo pruebas… pero creo saber por dónde puedo empezar a buscar. Ese aroma no es común y sé que lo he olido antes, solo tengo que recordar dónde y en quién.

—¿Vinci? —Estaba claro que al contrario que Evans, su jefe no estaba tan convencido de la inocencia y la repentina buena voluntad del Ejecutor.

Negó con la cabeza.

—No lo creo —frunció el ceño—. O al menos no creo que sea consciente de si la persona que estamos buscando pertenezca a sus círculos.

—Si resulta ser así, necesito pruebas —le avisó con total seriedad—. No estoy interesado en presenciar una guerra por ver quién se queda con el territorio de Manhattan, pero estoy dispuesto a apoyar a Luke en caso de que sea necesario dejar claro a quién quiero rigiendo este estado. Si tengo que hacer de intermediario, al menos quiero tener algo a lo que aferrarme. No me apetece demasiado tener que darle explicaciones a Velkan sobre lo que ocurre con su ejecutor.

—En ese caso, será mejor que empiece a reunirlas —le dijo. Se despidió y voló de vuelta al ascensor.

Luke dejó el periódico a un lado cuando la oyó quejarse. Acurrucada bajo la manta se revolvió hasta quedar de cara hacia él. Tenía el ceño fruncido como si hubiese algo que la molestara, extendió la mano y le acarició el pelo maravillándose una vez más de que esa criatura fuese suya.

La escuchó suspirar y buscarle en el sueño, el movimiento hizo que diese un pequeño

respingo y se quejase entre murmullos. El efecto del analgésico debía haberse pasado ya y el agujero de bala que tenía en el brazo no era poca cosa.

—Shh —le acarició lentamente el pelo—, duerme.

Se revolvió una vez más, su voz sonó adormilada pero estaba claro que ya había despertado.

—¿Ya hemos llegado?

Consultó el reloj. Llevaban dos horas de vuelo.

—Aterrizaremos en el aeropuerto de Saint Louis-Lambert dentro de una hora y cuarenta minutos, si no tenemos retrasos.

Se frotó los ojos he hizo una mueca.

—Solo tú podrías tener un cacharro de estos para tu uso personal —farfulló acomodándose de nuevo sobre el amplio asiento—. ¿Cuántos clichés más de multimillonario posees? Coche caro, jet privado, *Penthouse*, casa victoriana…

—No soy multimillonario, mi coche ya lo has visto por ti misma, no necesito un *Penthouse* ya que vivo en la suite de mi propio hotel hasta que esté totalmente reformada mi nueva casa. Y casualidades del destino, tú pareces conocerla a la perfección a pesar de no haberla visitado todavía.

—Era *mi* casa hasta que tú y tú dinero os hicisteis con ella —rezongó—. No es justo, llevaba media vida ahorrando para poder comprármela y llegas tú y adiós a mi sueño.

Sonrió para sí ante el tono lastimero de su voz.

—Puedes considerarla también tu casa durante todo el tiempo que desees —aseguró—, solo tienes que decidir el día de mudanza. Las reformas que quedan son más estéticas que otra cosa.

—Eres un lobo, no sé si quiero tener que aspirar el pelo de las alfombras y de los sofás.

—Si ese es tu única pega, yo pasaré el aspirador.

Abrió un ojo y lo miró.

—No creo que sepas ni lo que es eso.

—Te sorprenderías.

Sacudió la cabeza y se desperezó de todo. Abrió ese par de somnolientos ojitos y lo miró.

—¿Sabes? Cogerle el teléfono a mi madre ha sido un golpe muy bajo —declaró sin más —. No tenías derecho a interferir así en mi privacidad, en mi vida… No puedes decidir por mí, Luke. No puedes… elegir por mí.

—No pretendo hacerlo.

Bufó.

—Prácticamente te vendiste como mi novio —se quejó—. ¿Eso no es entrometerse?

—Somos compañeros, lo que significa que nuestra relación está un poquito más allá del simple noviazgo y más cercana al matrimonio tal y como tú lo conoces —respondió con absoluta calma—. No creo que tu madre apreciase que le dijese que me he casado contigo sin su bendición.

—¡Al demonio las bendiciones! ¡Yo no estoy casada contigo! Todavía estamos discutiendo si me mudo o no.

—Lo harás… a la larga… puedo esperar.

—Eres exasperante, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho unas cuantas veces, sí.

Puso los ojos en blanco e hizo una mueca al tiempo que se acunaba el brazo.

—Eres un lobo, no puedo casarme con un lobo.

—Estás emparejada con uno, supéralo.

Bufó una vez más.

—No voy a irme a vivir contigo.

—Pues vas a echarme terriblemente de menos —argumentó en tono jocoso. Le gustaba picarla, la forma en que reaccionaba le decía mucho sobre ella—. Y yo a ti. Empieza a gustarme que te acurruques en mis brazos mientras duermes.

—Yo no me acurruco.

—Oh, lo haces, Shane, lo haces.

—Vete al infierno.

Se rio suavemente.

—Eres un hueso duro de roer.

—Solo soy realista —resopló—. Y en estos momentos mi grado de tolerancia ha caído en picado. He batido mi propio récord. Me he emparejado con un tío que puede transformarse en lobo, he perdido el sentido de la realidad y para rematar la faena, me han disparado. ¿Y quién coño me ha disparado, por cierto? ¿La policía ha dicho algo? ¿Por qué nadie ha venido a interrogarme al respecto?

—Es un asunto del clan —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, tenemos nuestra propia forma de resolver las cosas.

Enarcó una ceja, su mirada verde se clavó en él.

—Espera, espera, espera… ¿también tienes comprada a la poli? —A juzgar por sus palabras la idea no le gustaba demasiado—. ¿Qué demonios eres? O mejor dicho, ¿en qué andas metido? No quiero tener nada que ver con mafias y cosas por el estilo, te lo digo desde ya.

—Soy un ciudadano americano de pleno derecho, nací en los Estados Unidos y me acojo a su constitución —le soltó—. Pago religiosamente mis impuestos y los de mi empresa y no estoy metido en nada turbio. El que sea de una raza distinta a la tuya, no me convierte en un extraterrestre o en alguien fuera de la ley, Shanelle.

Esos bonitos labios se fruncieron.

—Y sin saber cómo, acabo de insultarte —murmuró ella llegando a una temprana conclusión—. Te pido disculpas. Es solo… no estoy acostumbrada a que me disparen, ¿sabes? Eso puede poner a una chica de muy, pero que muy mal humor, especialmente cuando no hay un motivo aparente. No tengo por costumbre cosechar enemigos, al menos a nadie que quiera meterme un tiro en el cuerpo.

—No creo que haya sido por ti…

—Lo que quiere decir que esto tiene que ser por ti —aceptó de inmediato—. Genial. Sencillamente genial. ¿Estás seguro de que no estás metido en nada ilegal?

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Mis negocios son totalmente legales y transparentes.

—Entonces es que has cabreado a alguna mujer —soltó sin pensar. Entonces abrió los ojos de par en par como si acabase de recordar algo—. ¡Ay dios! Ese muro humano me placó como si fuera un jugador de Rugby, ¿está bien?

Asintió, no había por qué preocuparla ahora diciéndole que el lobo se había llevado también un tiro por ella.

—Todavía se oyeron disparos después de que él me cubriera con su cuerpo —murmuró en voz baja, su tono había cambiado—. ¿Estás seguro de que no se llevó ninguno?

Frunció el ceño ante su tono de voz.

—¿Por qué tengo la impresión de que desearías que así fuese?

Alzó los ojos y se encontró de nuevo con su mirada.

—Porque sería justo —declaró—. Sí, sé que suena cruel, pero sería justo, ¿sabes? Una retribución a lo que me hizo, a lo que dejó que pensara… No pude despedirme de Christian, me quitó la posibilidad de llevar duelo por la persona a la que quería, me hizo odiar a alguien que no se merecía mi odio… y ahora, ahora me ha protegido solo porque sabe que le ha fallado a la persona que más le importaba en el mundo. Sé lo que es perder a alguien a quién quieres y no poder llorarlo; ahora lo sé. Así que, si yo tengo una bala en mi bracito y me duele como el demonio, es justo que él se haya llevado también su parte y le esté doliendo de la misma manera. No quiero deberle nada, no a él, no todavía… lo que hizo… lo que nos hizo…

—Se llevó dos balas que iban dirigidas a ti —confesó entonces y la sintió estremecerse en respuesta.

—Dime que no está muerto.

—Ya te dije que estaba bien —le recordó—. Es un lobo, Shane, tendemos a recuperarnos de las heridas a una velocidad mayor que la media.

—Dos balas —tragó saliva al decir aquello—. No se trató simplemente de un aviso, ¿verdad? Querían… matarme.

Se inclinó hacia delante, tomó sus manos y se las apretó.

—No voy a dejar que nadie te aparte de mi lado —aseguró con fiereza, su lobo surgiendo a la superficie ante la amenaza contra su vida—, mataré a quién lo intente. Lo juro.

Sacudió la cabeza.

—No, nada de muertes —sintió cómo los delgados dedos se cerraban sobre los suyos—. Espero que encuentres al perro o a la perra que ha hecho esto y le metas el cañón de la pistola o lo que sea por el culo, pero nada de muertes. Júramelo. No te mancharás las manos.

Apretó los dientes y se obligó a asentir. Ella no tenía idea de lo que le estaba pidiendo. No podía romper un juramento hecho a su compañera, jamás.

—Te lo juro, compañera —aceptó con voz profunda—. Encontraremos a quién se ha atrevido a atacarte y lo llevaremos ante la justicia, vivo.

Ella asintió y liberó sus manos.

—Bien —murmuró—. Ahora, si eres tan amable de devolver tus ojos a su estado natural, me pensaré dos veces el saltar de un avión en marcha y sin paracaídas. Dios, me duele… esto duele.

—Ya ha debido pasarse el efecto de los analgésicos que te administró el Dr. Mason.

La escuchó resoplar.

—Ese hombre no es un médico, es un sádico —siseó y se estremeció al mismo tiempo—. Tiene el tacto de un caballo. ¿Es también de los tuyos? Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir y no, es humano, uno de los mejores médicos que existe —aseguró. Levantó un dedo y lo posó en sus labios interrumpiéndola—. Y sí, antes de que preguntes, él sabe lo que soy, es el médico que se ocupa de mi clan.

Se lamió los labios una vez bajó el dedo y sintió el deseo de besarla.

—He traído la medicación que te recetó —le informó—. Tienes que tomarte el antibiótico y podrás ingerir también otro analgésico.

Sacudió la cabeza.

—Sí al antibiótico —aceptó—, pero no al analgésico. No quiero estar grogui cuando llegue a casa. Mi madre me gritará hasta dejarme sorda cuando vea el cabestrillo y, si no me entero la primera vez, lo repetirá. Y dos broncas de esa mujer en un corto espacio de tiempo es más de lo que puedo soportar.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—No quiero que sepan que me han disparado —murmuró—. Mi padre se pondría un poquito paranoico. Les diré… um… que ha sido un accidente en la cocina. No es la primera vez que me pasa de todo estando entre fogones.

Arrugó la nariz.

—No voy a mentirle a tu familia —se negó en rotundo—. Tendrás que hacerte las curas todos los días, alguien tendrá que ayudarte y un agujero de bala… no es algo que pueda pasar por otra cosa.

—Si piensas que voy a mirar lo que hay debajo de esa gasa, vas listo —se rio entre dientes —. Espero que te des maña para cambiar gasas y aplicar desinfectante, porque te va a tocar hacerlo a ti. Después de todo, si me disparó alguna de tus ex amantes, es culpa tuya.

Enarcó una ceja.

—¿Qué te hace pensar que ha sido alguna de mis ex amantes?

Abrió los ojos y lo miró de lado.

—¿Te has mirado en un espejo y me has mirado a mí? Somos como el agua y el aceite —se encogió de hombros—. No soy el tipo de mujer en la que, por regla general estarías interesado. Eso puede ser realmente un duro golpe para las Barbie con las que sueles codearte.

—Ninguna hembra de mi raza que tenga dos dedos de frente haría algo tan estúpido cómo enfrentar a un alfa —rumió.

—¿Por qué será que los hombres parecéis saberlo todo y en realidad nunca sabéis nada? —sacudió la cabeza—. Una mujer enamorada o que crea estarlo, no tiene dos dedos de frente, de hecho, ni siquiera piensa… solo actúa. ¿Cómo crees que nació el término «pelea de gatas»?

Abrió la boca para responder a su afirmación pero lo interrumpió.

—Ni te molestes, no es sabio hablarle a tu pareja actual de las mujeres que hay en tu pasado, especialmente cuando puede que alguna de esas perras le ha metido un tiro en el brazo —rezongó—. ¿Dónde está el antibiótico?

—Vas a tomarte también un analgésico, no voy a verte sufrir así por tu propia cabezonería —aseguró dejando su asiento.

—No pienso tomármelo.

—Lo harás —declaró—, o seré yo mismo el que les diga que te han pegado un tiro.

La escuchó bufar al tiempo que se giraba sobre el sillón.

—No eres un lobo, eres una comadreja.

Sonrió para sí y sacudió la cabeza. La haría comer algo, después la obligaría a tomarse la medicación y luego la llevaría al sofá para poder abrazarla cómodamente el resto del vuelo.

Después de todo lo ocurrido, necesitaba tenerla cerca y sentir que estaba viva y a su lado.

CAPÍTULO 41

Shane observó el conocido paisaje pasando a toda velocidad por la ventanilla del coche. Tras abandonar el avión en el aeropuerto, Luke había alquilado un vehículo y conducía hacia las afueras de Saint Louise dónde se encontraba el rancho que poseían sus padres. El sol empezaba su descenso hacia el horizonte, los tonos anaranjados y rosas jugaban entre las nubes dotando el cielo de un color acorde al de los primeros tintes que el otoño traía ya sobre el paisaje.

Prados segados, balas de heno por recoger, animales pastando, la ciudad quedaba atrás para dar paso a la campiña y la naturaleza, un contraste del que siempre había disfrutado.

Se movió en el asiento y dejó escapar un pequeño siseo cuando rozó sin querer el brazo inmovilizado.

—¿Te duele?

Ladeó la cabeza y se fijó una vez más en su acompañante. Había abandonado el traje de chaqueta para vestir unos sencillos vaqueros negros y una camisa blanca con una chaqueta de piel. Era curioso cómo ni siquiera con ropa informal disminuía ese aire de dominación y seguridad masculina que siempre lo envolvía, casi como si el mundo le perteneciese y él fuese perfectamente consciente de ello.

—Estoy bien —aceptó. El analgésico que le había obligado a tragar había hecho su efecto, en la medida de lo posible—. Solo admiraba el paisaje… hacía tiempo que no venía en esta época del año.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste a tus padres?

—Ellos vinieron a verme hace unos meses —murmuró volviendo la mirada hacia la carretera—, yo estuve en casa por Navidad. Cuando no tienes un jet a tu disposición, el viaje puede salir un poco caro. Y hacer veintiuna horas en autobús no es divertido.

—¿Veintiuna horas en autobús? Eso es una tortura.

—Dímelo a mí —murmuró en voz baja.

—Entonces, ¿prefieres Manhattan a esto?

Ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Lo preferirías tú?

—Minnesota tiene su encanto —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. Toda esta amplia extensión de naturaleza, espacios abiertos, animales pastando… me recuerdan al lugar en el que me crie.

—¿No has vivido siempre en Nueva York?

—Nací en Manhattan —le explicó—, pero mi padre envió a mi madre conmigo fuera del país durante un tiempo. Cuando volvimos nos instalamos en Greenville, Jersey. No fue hasta que me tocó hacerme cargo del clan que acabé cruzando el río Hudson para quedarme definitivamente en Manhattan.

—¿Qué les pasó a tus padres?

Se frotó el mentón antes de devolver la mano al volante.

—La forma más clara de explicártelo sería que te imaginaras una rebelión dentro de una misma banda callejera —respondió buscando las palabras adecuadas. Su voz sonaba lejana, como si se estuviese distanciando de los hechos y simplemente narrándolos—. Tus convicciones a menudo cambian cuando te enfrentas a la vida y te esfuerzas por buscar tu propio camino.

Cuando tienes a otros a tu cargo o una familia de la que ocuparte, quieres lo mejor para ellos incluso si eso te lleva a innovar, a buscar nuevas formas de progresar y salir adelante. Y entonces, están esos otros, dentro de tu misma familia, los que se oponen a los cambios, los que piensan que sus ideas son mejores, las únicas y valederas y no ceden ni quieren parlamentar. Podría decirse que es como una mafia… ya sabes, la única forma de huir o desvincularte es marchándote con los pies por delante…

Rodó los hombros y pudo escuchar el chasquido de sus articulaciones, estaba tenso.

—Mi familia estaba en el bando equivocado y se sumó a la enorme cantidad de bajas que trajo consigo una… guerra interna. El liderazgo también se tambaleó, ambos bandos se vieron diezmados y los supervivientes eran incapaces de salir adelante por sí solos, la única manera de sobrevivir era unirse y formar de nuevo un solo bando. A mí me tocó reagrupar a esas personas y hacerles ver que la única manera de prosperar era haciéndolo juntos y aceptando que el mundo seguía girando y que había que avanzar y no estancarse. Me convertí en líder de mí… familia… con diecisiete años. Y desde entonces hasta hoy.

—Vaya… lo siento —murmuró. Aquello era lo último que se hubiese esperado escuchar de sus labios—. Debió de ser duro.

—Lo fue —aceptó—. Pero por suerte Eugene estaba allí para evitar que me diese vueltas la cabeza y tomase las decisiones adecuadas. Él me respaldó y soportó el peso del clan cuando me fui a la universidad. Es mi mentor y mi mano derecha.

El silencio se instaló entonces entre ellos y Shane ocupó el tiempo una vez más en mirar por la ventana, en su mente le daba vueltas a lo que acababa de escuchar, preguntándose cómo un chico de diecisiete años, sin padres, al frente de… una gran familia… podía haber salido adelante. En cierto modo, aquello explicaba la seguridad y las maneras con las que se conducía.

—Es por ahí —anunció entonces señalándole el desvío—, gira a la derecha.

El coche redujo la velocidad y giró suavemente. No podía quejarse de su forma de conducir, era realmente bueno tras el volante.

—Y ni se te ocurra decir una sola palabra de mi herida, ¿estamos?

La miró de reojo.

—No creo que haga falta —apuntó con ironía—. El cabestrillo es un cartel de neón con una flecha que dice «herida aquí».

—Luke…

—Shane…

Resopló e hizo una mueca cuando el involuntario movimiento trajo un ramalazo de dolor.

—Mierda. Joder.

—Deberías tomarte otro analgésico, Mason dijo que podías tomarte dos juntos, no sé por qué no te los tomaste.

—Vete al infierno.

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Tú ganas —aceptó y redujo todavía más la velocidad, cuando la casa de planta baja y amplio porche apareció ante ellos.

El *Land Rover* de su padre estaba aparcado como siempre a un lado del macizo de flores de su madre. Si bien tenían garaje más que suficiente para al menos tres coches, por el día le gustaba dejarlo a mano.

No bien apagó el motor, la puerta de la entrada se abrió y apareció un *Collie* blanco y negro ladrando seguido por su madre, quién se limpiaba las manos en el delantal. El pelo rojizo de su progenitora destacaba bajo la luz del sol.

—Bienvenido al infierno —musitó en voz baja.

Él bufó, apagó el motor y se bajó del coche. Lo vio detenerse para dejar que el perro la oliese y rascarle tras las orejas antes de rodear el coche y detenerse a su lado para abrirle la puerta mientras ella se peleaba en soltarse del cinturón de seguridad utilizando una sola mano.

—¿Puedes o me permites ayudar? —le dijo inclinándose sobre la puerta—. No quiero llevarme un nuevo mordisco, si lo hago sin previo aviso.

El clic del cinturón al soltarse fue un pequeño triunfo. Lo miró con satisfacción y deslizó las piernas fuera del coche cuando su madre llegó hasta ella con obvio gesto de estupefacción en el rostro.

—¿Qué diablos has hecho ahora, Shanelle?

Nada más estar fuera y de pie, alzó la mano buena y detuvo la diatriba que estaba segura soltaría su madre.

—Antes de que prosigas con un eterno discurso, estoy bien —le aseguró—. No me estoy desangrando, ni me estoy muriendo, ni tengo los días contados. He tenido un pequeño accidente, nada que no se cure en un par de semanas. Tan solo no me toques el brazo por nada del mundo o me oirás aullar… —Se giró en el último momento hacia su compañero, quién enarcó una ceja ante su elección de palabras y lo fulminó con la mirada—. Y tú no digas ni una sola palabra.

Luke se limitó a levantar las manos a modo de rendición. Entonces se giró hacia la mujer cuya mirada iba ahora de uno al otro.

—Creo que no son necesarias las presentaciones a juzgar por la conversación telefónica que mantuvisteis a mis espaldas —les soltó a ambos. Entonces les dio la espalda y levantó el brazo bueno en dirección a la casa—. ¡Hola, papá!

Su madre parpadeó, miró a su acompañante y sacudió la cabeza.

—Bienvenido a casa, Luke —lo saludó con calidez, regalándole un abrazo—. Es un verdadero placer tenerte aquí, especialmente después de ver en qué condiciones viene esta mujer.

—El placer es mío, Sonia. Gracias por invitarme —aceptó, correspondiendo al saludo de la mujer.

—¿Qué has hecho ahora, polvorilla?

La voz de su padre atrajo la atención de todos. El hombre poseía un porte regio y su pelo apenas tenía unas cuantas canas a pesar de haber pasado ya los sesenta.

—Ha sido un pequeño accidente, nada importante —le dijo al tiempo que sonreía y lo abrazaba con su brazo bueno—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Bien, bien —aseguró con la misma calidez de siempre. Entonces la miró e indicó a su compañero con un gesto de la barbilla—. Veo que vienes muy bien acompañada.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Luke Evans —los presentó—. Héctor Pears.

—Señor Pears, es un placer —le tendió la mano.

—El placer es mío, hijo —correspondió a su saludo—. Pero no te andes con tantas formalidades, llámame Héctor.

Su padre se volvió entonces hacia ella y moduló un «buena elección» haciendo que su sonrojo aumentase todavía más. Entonces se volvió de nuevo hacia su compañero.

—¿Una cerveza fría?

Él la miró e indicó disimuladamente a su madre.

—¿Estarás bien si te quito la vista de encima durante unos minutos?

Suspiró, no pudo evitarlo y asintió.

—Sobreviviré.

Le acarició la mejilla con los nudillos con gesto cariñoso, le dedicó un guiño y siguió a su padre, quién ya empezaba a someterlo al tercer grado.

Al verlos juntos se sorprendió de la pareja tan compenetrada que formaban, se movían de la misma manera, con ese aire de autoridad y seguridad que daba la experiencia y, en el caso de su padre, la edad.

Cuando se giró para enfrentar a su madre, la contemplaba con un gesto conocedor en su mirada.

—¿Qué? —preguntó por inercia.

Sacudió la cabeza.

—Nada —respondió, pero era incapaz de reprimir una sonrisa curvándole los labios.

Frunció el ceño y le apuntó con el dedo bueno.

—No empieces.

Se hizo la inocente.

—No he hecho ni dicho nada —aseguró. Entonces indicó su brazo en cabestrillo—. ¿Te estás tomando alguna cosa para el dolor?

—Sí, pero parece que el efecto se ha volatilizado ya.

Asintiendo, Sonia enlazó el brazo en el suyo y la instó a caminar.

—Entremos. Te tomarás algo para el dolor y me explicarás qué ha pasado esta vez para que hayas terminado con el brazo inmovilizado.

Suspiró y se dejó guiar.

—Lo de siempre, la torpeza de tu hija al poder —rumió. Con el tiempo se había hecho una experta en evitar los interrogatorios indeseados de su madre.

CAPÍTULO 42

—¿Has sobrevivido al interrogatorio?

Luke giró hacia el lado más ancho del porche y la vio sentada en el balancín.

—Ahora ya sé a quién has salido.

Ella puso los ojos en blanco y siguió meciéndose, el sonido del columpio avisaba que ya era hora de ser lubricado.

—Debí advertirte, pero no me dieron opción —comentó mirándole—. Espero que mi padre no haya sido demasiado duro.

—Solo lo justo —asintió—. De estar en su situación, habría hecho lo mismo. Es un hombre… interesante y perspicaz.

Lo suficiente para deducir en poco más de veinte minutos quién y qué era él. Sorprendentemente, Héctor Pears no era ajeno a su existencia y la de su raza, en realidad había trabajado incluso con algunos de sus conocidos. El hombre no perdió el tiempo. Fue sincero y directo. Aprobaba su presencia si era buena para su hija y pareció ganar algunos puntos cuando aceptó que se había emparejado con ella y que Shane sabía que él era un lobo.

No mencionó la herida de su hija pero estaba claro que desconfiaba de la excusa facilitada.

Durante el tiempo que hablaron disfrutó de la conversación, del choque de voluntades de dos hombres acostumbrados a llevar el peso de las cosas y a hablar con franqueza.

Sí, Héctor Pears le gustaba y su hija se le parecía en algo más que el color y la forma de los ojos.

—Lo que quiere decir que ha amenazado con meter tu culo en prisión si no te portas bien conmigo, ¿me equivoco? —continuó ella deteniendo el balanceo con las piernas—. Me temo que no están acostumbrados a que me presente en compañía masculina. Que yo recuerde, esta es la primera vez que mi madre no me presenta a algún posible candidato nada más cruzar el umbral de la puerta.

—No hay más candidatos para ti —gruñó en voz baja—, ahora estás atada a mí y sería algo violento tener que poner de patitas en la calle a cualquier idiota que ose siquiera babear sobre ti.

Se rio al tiempo que utilizaba un último impulso del columpio para ponerse en pie.

—No lo sé. Podría ser todo un espectáculo, especialmente si le enseñas los dientes y le gruñes al capullo de mi vecino de la infancia —aseguró como si pensase en la idea—. Sería fantástico verlo mearse en los pantalones del susto.

—Eres vengativa, cariño —correspondió a su sonrisa—. Imagino que no fue un buen compañero de juegos.

—Era y es un capullo, lisa y llanamente —se encogió de hombros y el gesto le provocó una mueca.

—¿Te has tomado algún analgésico?

Asintió al tiempo que se movía en su dirección.

—Sí y necesito moverme o me quedaré frita en ese columpio.

—Deberías echarte un rato.

Sacudió la cabeza.

—No. Nada de dormir —extendió la mano y señaló la extensión del rancho—. Voy a

ejercer de buena anfitriona, antes de que mi madre salga dispuesta a que lo haga a base de escobazos y te enseñaré el rancho.

—Me parece bien, hace tiempo que no tengo oportunidad de correr —aceptó mirando alrededor—. Manhattan no ofrece demasiado espacio para dar libertad a las patas de un lobo.

Lo miró de medio lado.

—¿Correr? ¿En serio quieres correr?

Su sonrisa aumentó.

—Todavía no conoces bien a mi lobo, así que pongámosle remedio.

—Ah, no. Ni lo sueñes. Yo no voy a correr —se negó al tiempo que señalaba su brazo herido—. Y mucho menos con esto.

—No me he explicado bien —le dijo atrayéndola con cuidado a sus brazos. Le sujetó la barbilla entre los dedos y le acarició la piel de la garganta con el dedo libre—. El que va a correr soy yo. Tú… estarás cerca para que pueda volver a ti y hundas esas bonitas manos en mi pelaje. Incluso dejaré que me frotes la tripa.

No la dejó hablar. Bajó sobre su boca y la besó con lentitud, saboreándola y despertando en ella el deseo que ya corría por sus venas y lo mantenía duro.

—¿Alguna vez te han hecho el amor en medio de la hierba, Shane?

Ella jadeó en busca de aire, su cuerpo reaccionó al suyo y ronroneó a un nivel que él comprendía muy bien.

—No soy partidaria de retozar en el campo.

—Eso es porque todavía no has retozado conmigo.

Se apartó y comprobó que su brazo estaba bien.

—¿Me enseñarás ahora el rancho, amor?

Una hora después, Shane seguía dándole vueltas a la manera en que la había convencido. Habían paseado por las inmediaciones, visitado los establos y el huerto de su madre. Recorrieron las empalizadas y disfrutaron de la brisa de la tarde mientras el sol descendía poco a poco en su camino hacia el horizonte. Decidieron seguir por el sendero que llevaba a la colina dónde el viejo roble empezaba a mudar ya las hojas, la caminata y la abierta excitación que sus palabras y su presencia tenían sobre ella, la habían espabilado por completo al punto de hacerle olvidar el dolor del brazo y concentrarse en lo caliente que estaba. Notaba los pezones duros debajo de la camisa de franela por la que se había decantado después de asearse. Empezaba a ser una maldita tortura el caminar con esos jodidos vaqueros. Por suerte, tenía una distracción justo delante, una que parecía disfrutar de aquella escapada de la ciudad.

—Este es un buen lugar —proclamó deteniéndose a corta distancia del roble.

Siguió su mirada abarcando el horizonte. Lo vio levantar la cabeza y olfatear el aire.

—¿Hay un río o charca cerca de aquí? —preguntó girándose hacia ella.

Adiós zahoríes, hola lobos con agudo olfato.

—Un riachuelo que se va ensanchando hacia el este y que alimenta en parte a una amplia charca —le informó señalando la dirección en la que estaba—. No estoy segura de si el señor Billy todavía tiene ganado, pero su rancho está en aquella dirección.

—Ajá —murmuró al tiempo que se quitaba la chaqueta y se la entregaba—. Guárdame esto, por favor.

Cogió la chaqueta con el brazo bueno y tuvo que obligarse a tragar y a no babear cuando se quitó también la camisa uniéndola a la primera prenda. Bien, no hacía frío, de hecho, la tarde

estaba resultando verdaderamente agradable y cálida pero no tanto como para quedarse en bolas, lo cual parecía ser su intención.

—Luke, ¿qué estás…?

Se le secó la boca al verlo doblarse. Todos esos músculos trabajando al unísono, esa suave y satinada piel que ya había acariciado con los dedos y un fabuloso culo enmarcado por los vaqueros.

—Deja los zapatos aquí, ya los recogeré después —le pidió al tiempo que se libraba ahora de los pantalones y tras sacudirlos y doblarlos los depositó con cuidado sobre su brazo bueno—. Cierra la boca, Shane, o te entrará algún insecto.

La cerró al momento y notó como sus mejillas empezaban a ganar color.

—Puedes esperarme al pie del árbol. Voy a estirar un poco las patas y volveré a ti, ¿de acuerdo? —le acarició ahora la nariz con gesto travieso—. Deja la mente abierta para mí y te hablaré para que sepas que ando cerca.

No esperó escuchar respuesta alguna de su parte. Le guiñó el ojo, se apartó un par de pasos y arrancó a correr sobre dos piernas. Lo siguió con la mirada, pero cuando volvió a parpadear sus calzoncillos caían al suelo mientras un enorme borrón de pelo negro y gris ocupaba el lugar del hombre y cruzaba por delante de ella sobre cuatro poderosas patas.

«Nos vemos en un rato, lobita».

Su voz, profunda y más gruesa, pero todavía Luke, se filtró en su mente cuando las piernas empezaron a temblarle.

—Vale. De acuerdo. Tu chico es un lobo —se dijo a sí misma en voz alta—. Acaba de transformarse delante de tus narices. Sí. Normal. Absoluta y jodidamente normal.

Volvió a mirar la ropa interior tirada en el suelo y gimió.

Señor, eso había sido… increíble.

—Necesito sentarme.

Giró sobre sus inestables piernas y aferrando todavía la ropa, consciente de su olor y colonia, caminó hasta el roble dónde se sentó en el suelo como buenamente pudo al carecer del apoyo de su brazo herido.

—Oh mierda, joder… eso duele… —se dobló y levantó las rodillas intentando contener el momentáneo dolor.

«¿Shane? Siento tu dolor. ¿Qué ocurre?».

La inesperada voz en su cabeza la sobresaltó, miró a su alrededor esperando ver a su amante pero estaba sola.

«¿Shane? Respóndeme, compañera, puedo oírte incluso en la distancia».

Se lamió los labios.

—Ha sido una mala idea sentarse en el suelo con la ayuda de un único brazo —dijo en voz alta. No estaba segura de que fuese a escucharla—. No es nada… estoy bien.

«¿Seguro?».

Cerró los ojos y respiró profundamente a través del dolor permitiendo que este se diluyese.

«Sí, estoy bien».

Escuchó la voz de Luke con mayor claridad ahora, su risa y sintió… ¿libertad? Pero esa emoción no era suya, venía de él.

«Aprendes deprisa, Shane. Acabas de comunicarte conmigo a través de nuestro vínculo. Gracias por eso».

—¿Qué hice qué?

Abrió los ojos y parpadeó al darse cuenta de que seguía sola. Bajó la mirada a su ropa y se

las arregló para doblarla con un solo brazo. Cuando acarició su camisa sintió la necesidad de aspirar su aroma, de repente, necesitaba de su compañía, tenerlo a su lado.

«Estoy llegando a la charca, la rodeo y vuelvo a ti».

Sus palabras la aliviaron y esa sensación la confundió aún más.

—Es culpa de los calmantes —se dijo—, tienes las defensas por el suelo y los nervios a flor de piel.

Dejó la camisa a un lado y se irguió hasta apoyar la espalda en el tronco del árbol. El sol incidía sobre ella derramando sobre ella el calor de un día que ya terminaba.

Cerró los ojos y disfrutó del momento.

«¿Shane?».

«Estoy bien. Sigue corriendo o lo que sea que hagas».

Hablarle de aquella manera parecía tan natural. Suspiró y dejó que el calor la adormilara.

«Duerme, amor. Te despertaré cuando vuelva a ti».

Amor. Él decía aquella palabra con tanta facilidad, con tanta suavidad y ternura que se sentía así, amada, querida y al mismo tiempo avergonzada de recibir tal atención de un hombre como él. Amor. Una palabra demasiado grande y sin embargo… era innegable que lo que se revolvía en su interior tenía mucho que ver también con ello.

«Te quiero».

La declaración surgió por sí sola de su mente, una verdad y hecho inconfundible que la hizo abrir los ojos de golpe y mirar el horizonte sin ver realmente nada.

—Que estúpida —musitó para sí al darse cuenta que no había marcha atrás. En realidad, nunca existió tal escapatoria—. Fantástico, ahora su ego se hinchara aún más.

Lo quería. Estaba enamorada de él, quizá desde el mismo instante en que sus caminos se cruzaron, quizá en algún punto después, pero la realidad era aquella por mucho que intentase evitar que ocurriese.

—Estoy enamorada de un lobo —repitió en voz alta en un intento por admitir para sí misma esa asombrosa realidad—. La que he liado. Mi vida no era lo suficiente complicada, tenía que joderse mucho más… tenía que enamorarme de ti. ¿Por qué demonios dejaste que ocurriera? ¡Esto es todo culpa tuya, Luke Evans!

«No me importa ser el culpable de tu amor, pequeña, me preocuparía serlo de tu odio».

—Deja de hablarme —protestó en voz alta—. Esta es una conversación privada entre yo… y yo.

Se rio, escuchó el sonido y lo que él experimentaba a través de su mente.

—O dejas de reírte o me largo con tu ropa —contraatacó con un siseo—. Y luego a ver cómo te las apañas para aparecer en casa en cueros.

La risa se incrementó.

«Arpía».

—Pulgoso.

Su risa continuó.

—Empiezas a irritarme, de verdad.

«Estoy iniciando el camino de vuelta. En unos minutos estoy ahí».

Sacudió la cabeza ante tan absurda conversación y entrecerró los ojos para protegerse de la luz del sol.

—No me hagas pelear, el esfuerzo hace que me duela el brazo —rezongó—. El esfuerzo de contenerme para no pegarte.

«Eres tú la que pelea. Yo solo estoy disfrutando de mi paseo».

Bufó.

—Un paseo a cuatro patas.

«El caminante de cuatro patas está a punto de pasarte por la derecha».

El aviso la tensó, se giró en la dirección indicada y no transcurrió mucho tiempo antes de que ese peludo borrón pasase a su lado, disminuyese la velocidad y desanduviese el camino a un ritmo mucho más lento que lo llevó a aproximarse a ella caminando.

El can era enorme, con un espeso y brillante pelo que sacudió de la cabeza a la cola. Una larga lengua rosa emergió de las fauces y se lamió la húmeda nariz al tiempo que bajaba la cabeza y se movía con mayor lentitud hasta detenerse a su lado. La peluda cola se balanceó de un lado a otro a modo de reconocimiento.

«¿Puedo echarme a tu lado?».

Parpadeó al escuchar su voz incluso con mayor intensidad en el interior de su mente.

—Solo si lo haces lejos de mi brazo lastimado —respondió sin dejar de mirarle—, y guardas los mordisquitos para ti.

El lobo se limitó a trotar hasta ella, se restregó contra su costado y se echó a su lado.

—Jesús, sí que eres grande —jadeó mirándole absorta. El corazón le latía a toda velocidad —. Haces dos del pequeño *Collie*. ¿No puedes avisar antes de hacer estas cosas?

Él ladeó la cabeza y se lamió el hocico.

«Te pregunté si podía echarme a tu lado, ¿qué más advertencia necesitabas?».

—Vas a conseguir que me dé un síncope.

Sacudió la cabeza y todo su cuerpo se movió contra ella como reacción al movimiento.

«No estás gritando, no tiemblas y tienes color. Para mí es un gran logro, si tenemos en cuenta que anoche casi me revientas los tímpanos».

Parpadeó, era incapaz de no mirarlo.

—¿Estás seguro de que fue anoche? ¿No ha pasado más tiempo? —gimió—. Han sucedido tantas cosas que parece que fue hace toda una vida.

La enorme cabeza lupina se restregó contra su pierna.

«¿Me acaricias? Por fi, por fi, por fi».

Un bajo gimoteo acompañó su infantil petición.

—Te estás comportando como un crío.

La enorme nariz empujó ahora su brazo, colándose debajo.

«Acaríciame, anda. Quiero tu olor sobre mí. Sé buena. Acaríciame. Me gusta que me rasquen detrás de las orejas y me froten la tripa».

—Estás loco si piensas que voy a frotarte alguna cosa.

La cabeza volvió a empujar contra ella, parecía un jodido perro, uno enorme, pero un perro a fin de cuentas.

«Acaríciame, Shane».

—Oh, por todos los santos —rezongó y plantó sin pensarlo la mano sobre la peluda cabeza. En el momento en que su mano acarició el suave y mullido pelo fue incapaz de no hundir los dedos en esa espesura y gemir de placer—. Oh, dios. Si eres un peluche.

Su respuesta fue un canino suspiro, cerró los ojos y permaneció en estado de éxtasis mientras ella le acariciaba.

—Es… muy suave… dan ganas de abrazarte —murmuró maravillada por su piel y sobrecogida por lo que estaba haciendo.

«Adelante, no te prives. Yo estoy encantado. Dios, esto sí que es bueno. Un poquito más a la derecha. Oh, sí, perfecto».

Se rio, fue incapaz de no hacerlo. Entonces se inclinó y le rascó detrás de las orejas consiguiendo un nuevo gemido del lobo.

«Oh, sí nena. Justo ahí. Dios, esto es casi tan bueno como el sexo cuando lo haces tú».

Se echó a reír abiertamente ante su delirio y se relajó. Estaba absolutamente maravillada de ser capaz de acariciar a una bestia salvaje como aquella, pero sobre todo que dicha bestia fuese suya. El hombre del que se había enamorado.

—¿Luke?

«¿Hum?».

Se inclinó sobre él y acercó los labios a la enorme oreja.

—Quiero hacerlo —susurró. Se lamió los labios y continuó—. Quiero retozar contigo entre la hierba.

El lobo ladeó la cabeza hasta mirarla con esos ojos dorados.

«Tú si sabes cómo mejorar el día de un lobo, Shane».

Le empujó el costado con la nariz y se levantó, sacudió el cuerpo una vez más y saltó hacia un lado, oteó el aire y se deslizó sigilosamente alrededor del ancho tronco del árbol para reaparecer desde el otro en forma humana, completamente desnudo y más que listo a hacer realidad sus deseos.

—Llevas demasiada ropa encima —le dijo al tiempo que se cernía sobre ella—, permite que me ocupe de solucionarlo.

Bajó la boca sobre la suya y la besó, hundió la lengua a través de sus entreabiertos labios y no pudo evitar sucumbir ante su sabor y la pasión impresa en ese acto.

Sí, esto era lo que quería. Él. Lo deseaba a él, lo quería, ahora… y quizá para siempre.

—He perdido la cabeza por completo —musitó cuando él se separó para ver por dónde iban sus manos.

Sus ojos se encontraron.

—¿Por qué?

—Me he enamorado de ti… de un lobo —declaró lo obvio—. Y es una locura. ¿Tú y yo? Pertenecemos a mundos distintos, ahora más que nunca…

La silenció posando un dedo sobre sus labios.

—Ahora más que nunca, tú mundo y el mío son uno —le aseguró—. Tu amor… lleve el tiempo que lleve, lo aceptes antes o después, lo sepas o lo ignores, es el mejor regalo que puede tener un lobo, el mejor regalo que puedes haberme hecho. Te quiero, Shane, lisa y llanamente. No me planteo nada más. Es lo que sé, lo que siento y si me dejas, pasaré el resto de mi vida demostrándotelo.

—Nunca imaginé que fueses del tipo romántico.

Él sonrió de medio lado.

—Yo tampoco —le acarició la nariz—, pero aquí estás y me siento inclinado a hacer toda clase de estupideces si con eso puedo hacerte feliz. Sé mi compañera, mi amiga, mi mujer, mi esposa… acéptame y me tendrás eternamente.

—No voy a irme a vivir contigo —declaró sin pensar.

Los dos se miraron durante unos instantes, entonces se echaron a reír.

—De acuerdo, pero sí te casarás conmigo conforme tus leyes —declaró con esa apabullante seguridad que lo hacía tan sexy—. Y no acepto un no por respuesta.

—No puedes decir que no aceptas un no por respuesta, tengo derecho a negarme.

Sacudió la cabeza.

—No. Todo a lo que tienes derecho en estos momentos es a ser amada —le aseguró

deshaciéndose del último botón de la camisa de franela—, y eso es algo de lo que pienso encargarme personalmente. Cuando haya terminado contigo, no te quedará ninguna duda de que la respuesta tiene que ser sí.

—Eres imposible…

—*Le dijo la sartén al cazo.*

Suspiró, fue todo lo que le dejó hacer, especialmente cuando sus bocas volvieron a encontrarse y la pasión volvió a surgir entre ellos llevándolos a retozar entre la hierba.

CAPÍTULO 43

Quinn miró a su alrededor con verdadera sorpresa. Su recién descubierto hallazgo era espeluznante, a falta de una mejor palabra para describirlo. Se acercó al tocador femenino y arrugó la nariz. Allí estaba, el aroma que había estado buscando, el que había reconocido y lo llevó a hacer una rápida pesquisa que terminó en aquel apartamento y especialmente en esta habitación.

Cualquiera que entrase en las dependencias principales no encontraría nada extraño, se trataba de un *loft* con decoración moderna y un toque femenino, había pocos muebles, todos de diseño, algunas fotos, objetos personales, nada fuera de lo común para una mujer soltera que tuviese un estatus de vida medio alto en esa zona de Manhattan, pero las cosas cambiaban una vez que entrabas al dormitorio.

Obsesión en estado puro.

Locura.

Desequilibrios de todo tipo.

Ponle el nombre que quieras. El lugar era un retrato demasiado sobrecogedor de la mujer al que pertenecía y que hacía que su estatus subiese a «extremadamente peligrosa».

Rescató el móvil del bolsillo y marcó el número de su jefe mientras revisaba de manera superficial las pocas cosas que había sobre el ornamentado mueble y que proveía un perfil adicional de su usuaria.

—¿Odin? Llama a Luke y dile que no se separe de su compañera. Estoy en el dormitorio de Mirabella y tío, esta loba es una loca desquiciada —declaró con firmeza. Guardó silencio mientras escuchaba la respuesta—. No, tío. Hablo muy en serio. Localiza a Arik Vinci y que venga al apartamento, esto tiene que verlo por sí mismo.

Volvió a mirar el estado del dormitorio y frunció el ceño al reconocer el membrete de un papel que sobresalía de las revistas que había en una esquina.

—Odin, espera un momento, voy a poner el manos libres.

Accionó el cambio de recepción y tras dejar el teléfono a un lado del tocador extrajo el papel.

—Esto no me gusta nada… ¡Eugene! ¡Localiza a Evans! —escuchó la voz de su alfa a través del auricular. Él seguía en el hotel, se había quedado allí para esperar la llegada del Ejecutor y coordinar con el beta de Manhattan toda la operación de lo que a partir de ese preciso momento sería una búsqueda y captura de aquella mujer—. Ya tenemos un nombre… Mirabella Armingtale.

—¡Esa perra loca! —El desprecio presente en la voz del beta lo sorprendió—. Sabía que no era trigo limpio, ¿pero alguien me escucha? *Noooooo*. Para qué, si total, solo resulta ser una perra psicótica con exceso de perfume y el cerebro del tamaño de una nuez.

—Mierda… —siseó tras leer el papel, consultó el reloj y dejó escapar un exabrupto—. Mierda, mierda, ¡mierda!

—¿Quinn? ¿Qué ocurre?

—He encontrado un billete de avión abierto para Saint Louise con el embarque previsto para hace una hora —respondió deslizando la mirada sobre el papel—. Hay también una dirección manuscrita… la de los señores Pears.

—¡Mierda!

—Estoy llamando al jefe —declaró Eugene—. Vamos… vamos… cógelo, Luke… coge el jodido teléfono.

—Odin… el Ejecutor. Lo necesito aquí. Ahora. Tiene que ver esto por sí mismo —insistió. Necesitaba que el hombre que había estado sufragando los gastos y manteniendo un ojo sobre la propietaria del *loft* pusiese sus patas en aquel lugar a la mayor brevedad posible. Como Ejecutor de la raza y responsable de la presencia de la hembra en aquella ciudad, era uno de los pocos con verdadera potestad para emitir un decreto que no los sumiese a todos en una guerra entre clanes. Y Luke iba a querer la cabeza de esa perra en bandeja. Demonios, él mismo la quería ya.

—¿De qué clase de mierda estamos hablando, Quinn? —preguntó su jefe. El tono en su voz era preocupado.

—Espera —recuperó el móvil, apuntó e hizo una foto que envió al momento—. Júzgalo por ti mismo.

La respuesta no se hizo esperar.

—Jesús —jadeó Odin—. Sal de ahí y espera a Arik en la puerta principal.

—Que se dé prisa —murmuró volviendo a mirar el espejo del tocador—. ¿Habéis conseguido contactar con Evans?

—Sale el maldito contestador automático —respondió Eugene con gesto frustrado—. Voy a ponerme en contacto con Aksel…

—Y bien, ¿dónde está la fiesta?

La conocida voz de Arik Vinci, más conocido como el Ejecutor, inundó la línea.

—Me temo que en una de tus propiedades —escuchó también la voz de Odin—. Tienes que ver esto.

La reacción no se hizo esperar.

—Cristo —siseó el lobo—. ¿Quién…?

—Mirabella —contestó Quinn sin despegar la mirada del espejo—. Estoy en su *loft* ahora mismo y necesito que emitas una orden contra ella. Tengo delante de mí el resguardo de un billete abierto de avión para Saint Louis con embarque para hace una hora y una dirección manuscrita. Esa perra está dispuesta a matar a la compañera de Evans.

Hubo un profundo gruñido procedente del otro lado de la línea.

—Salgo para allá —declaró el lobo—. Avisa a Luke y dile que no se separe ni un momento de su compañera. Tenía que haber previsto algo como esto, especialmente después de lo de la noche del cónclave.

—¿De qué estás hablando?

—Esa perra arrinconó a la humana que Luke llevó al cónclave —murmuró—, le advertí que se mantuviese alejada de la mujer.

Soltó una serie de tacos en otro idioma y volvió al teléfono.

—Hablad con el alfa de Missouri y decidles a ambos que tienen carta blanca para detener a esa hija de perra, pero si alguien va a desollarla soy yo; esa zorra estaba en Manhattan bajo mi tutela… y acaba de trasgredir las normas.

—Será mejor que te des prisa si quieres ponerle las manos encima, porque cuándo Luke se entere de quién está detrás de los accidentes y este último atentado contra su compañera, esa loba será historia —declaró Odin.

Quinn asintió para sí, después de la territorialidad que había visto en Evans con respecto a su nueva compañera, no le cabía la menor duda que así sería.

CAPÍTULO 44

Luke cerró la puerta del dormitorio después de comprobar que su compañera descansaba tranquila. Habían vuelto de su salida al campo más unidos de lo que lo habían estado hasta el momento, Shane seguía guardando ciertas distancias pero estaba mucho más tranquila y relajada a su alrededor y tenía que admitir para sí, que el haber escuchado aquella tierna declaración de sus labios una vez más mientras le hacía el amor, lo había calmado a él también.

Al mismo tiempo había sentido su confusión ante la reciente admisión, sabía que para ella era difícil aceptar algo así dado su pasado y la opinión que tenía sobre sí misma, pero no era nada que no pudiesen arreglar con el tiempo.

Sus padres les habían adjudicado una habitación en el otro lado de la casa con suficiente privacidad como para que pudieran estar a sus anchas. Sonrió para sí al recordar la amena cena y el abierto interés que mostró Sonia ante la reciente complicidad que los unía. Héctor se había limitado a observarlos y menear la cabeza como si supiese exactamente lo que había pasado entre ellos. Ambos se preocupaban por su vástago y era obvio que deseaban lo mejor para ella.

El mismo sonido que lo despertó resonó una vez más, había bajado el volumen del timbre para que no despertara a Shane; después del momento de retozo en el prado, se había estado quejando del dolor del brazo. Le había cambiado él mismo la venda y hecho las curas antes de obligarla a meterse en la cama y tomarse otro analgésico; no quería que nada ni nadie la molestara.

A pesar de ello, había estado atento a escuchar ese timbre en ansiosa espera de noticias sobre lo que habían dejado atrás.

—Dime, Eugene —respondió tras cerrar la puerta del dormitorio tras él y salir al pasillo.

La respuesta que estaba esperando no se hizo de rogar.

—Es Mirabella —le informó—. Quinn ha seguido el rastro hasta su *loft* y lo que ha encontrado… es espeluznante.

Apretó los dientes mientras las noticias se filtraban en su cerebro.

—Encontró también un billete de avión abierto para Saint Louis, el vuelo salió de Nueva York hace una hora, está previsto que aterrice en el aeropuerto a eso de las tres —tres y media— de la mañana.

—Pon a Aksel al corriente —pidió, luchando con las ganas que tenía de destrozar alguna cosa.

Esa maldita mujer. ¿Cómo se atrevía a atentar contra su compañera? Nada de aquello tenía sentido. Ella no era más que una colaboradora esporádica, un enlace que de vez en cuando él o Arik utilizaban para sus negocios. Si bien él había ido más allá metiéndola en su cama, su relación se había limitado a unas cuantas horas de sexo y nada más. Nunca le hizo creer otra cosa y habría jurado que la loba estaba en el mismo barco que él, sin querer comprometerse.

La escenita y la mirada que le dedicó la noche del cónclave volvieron a su mente al igual que su presencia durante la comida en el restaurante. ¿Esto era alguna clase de venganza en contra de él? ¿Todo por haberla echado de su cama?

—Luke, esa loba es peligrosa —continuó Eugene—. No te separes de Shane en ningún momento, no hasta que sepamos que esa perra está bajo custodia.

Si seguía apretando los dientes de aquella manera iba a romperse algo.

—¿Arik? —preguntó.

—Está al tanto —le informó su beta—, ha dado carta blanca para su captura, pero quiere ser él quién, cito textualmente, «despelleje a esa perra».

—Ha herido a Shane, a mi compañera, si vuelve a acercársele… no me conformaré con despellejarla —lo previno.

Eugene suspiró.

—Será mejor que le eches un vistazo a esto —le dijo. Al instante escuchó el sonido de un mensaje entrante—. Esa perra está loca, Luke. Pero loca de atar. Y es peligrosa. Quinn fotografió una parte del dormitorio y… bueno… te la acabo de enviar.

Alejó el teléfono y abrió el mensaje para quedarse sin respiración cuando la imagen cobró vida y se proyectó en la pantalla. Los colmillos se le alargaron en la boca, sus ojos reflejaron su naturaleza animal al igual que lo hizo su voz.

—Esa loba ha firmado su sentencia de muerte.

La respuesta no tardó en llegar del otro lado de la línea.

—Mantente localizable —pidió el hombre—. Le diré a Aksel que se coordine contigo. Quinn y Arik han cogido un vuelo privado y se plantarán ahí en unas cuantas horas. Espérales. No hagas ninguna tontería.

La línea quedó en silencio antes de que pudiese decir alguna cosa, de todas maneras ya no tenía palabras, en su mente había ahora un solo objetivo, proteger a su compañera y dar caza a esa maldita perra psicótica.

Quinn supo que no le iba a gustar lo que tenían que decirles en el momento en que Arik Vinci y él mismo se reunieron con el alfa de la manada de Missouri. El hombre parecía un vikingo, igual de alto y peligroso, un verdadero oso que, por lo que sabía, llevaba tres años emparejado y su compañera estaba esperando ahora su primer hijo. Flanqueado por los gemelos que eran su mano derecha e izquierda por igual, Aksel Korss les dio la bienvenida.

—Déjame adivinar, por tu cara… *síp*. Se te ha escapado —declaró Arik. El Ejecutor no tenía problema alguno en decir lo que pensaba.

El vikingo se limitó a enarcar una ceja en respuesta y estirar los labios hasta mostrar sus colmillos.

—En realidad, no venía ningún pasajero con esa descripción u olor —explicó en un tono de voz grave y sosegado—. En otras palabras, no había lobos a bordo de ese vuelo.

Ambos fruncieron el ceño.

—La lista de pasajeros confirmó que había embarcado.

Negó con la cabeza.

—Acordonamos el aeropuerto en el mismo instante en que nos disteis el aviso —anunció uno de los gemelos—. No salió ninguna mujer u hombre de nuestra raza que no fuese discretamente interceptado y comprobado.

—¿Y Evans? —preguntó entonces Arik—. ¿Está al tanto?

Aksel asintió.

—Llevo toda la noche en contacto con él. Si esa loba intenta algo, está al tanto —su mirada fue entonces hacia el Ejecutor—. Una cosa más, él quiere sangre por sangre.

El aludido se frotó una ceja.

—Tiene derecho a pedirlo y yo a declinarlo —sonrió de medio lado—. Esa perra estaba en Manhattan bajo mi jurisdicción, por no mencionar que ha desoído mi orden de mantenerse

alejada de esa pequeña humana con la que Evans se emparejó. Si alguien va a eviscerarla soy yo. Aunque me encuentro con ánimo lo suficiente magnánimo para dejarle hacer el primer corte. Uno pequeñito.

Quinn miró a su alrededor, no estaba convencido. Sencillamente había algo que no cuadraba en todo aquello y una vez más, había algo en el aire que…

—¿Estáis seguros de que no iba en ese avión? —insistió—. Pudo haber bajado y esconderse, seguir todavía en el aeropuerto. Hay un aroma… maldita sea… es extraño, pero está ahí y es el mismo que capté en su *loft*.

El alfa de la zona sacudió la cabeza.

—Tendría que haber camuflado su olor y aun así, no, es imposible —negó el hombre—, un lobo es reconocible por otro lobo, especialmente una hembra.

—Esa perra siempre ha sido como un camaleón —comentó Arik—. Es uno de los principales motivos por el que la traje a Manhattan. Es realmente buena para los negocios, especialmente con los humanos, es prácticamente capaz de hacerse pasar por uno de ellos…

—¿Completamente? —preguntó mirando a su compañero de vuelo—. Un lobo no puede suprimir su naturaleza, puede mezclarse con otras especies pero…

Se quedó quieto, el aire dejó de entrar en sus pulmones en el mismo momento en que sus propias palabras lo golpeaban.

—No puede ser…

—¿Qué no puede ser? —se interesó él—. Vamos, lobito, respira, te has puesto blanco. Comparte tu descubrimiento con el pueblo llano.

Sus ojos se encontraron con los del jocoso lobo.

—Su forma lupina, ¿la has visto alguna vez?

El hombre arrugó la nariz, levantó la barbilla y a juzgar por el brillo en sus ojos captó su indirecta al momento.

—No me jodas…

—Utilizando tu propia frase, ¿compartís vuestro descubrimiento con el pueblo llano?

—No es una loba —escupió el Ejecutor al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. Maldita zorra inteligente. Es una mestiza.

—¿Cómo? —pronunció el otro gemelo.

—La madre que la… —jadeó Aksel—. ¿Tengo una mestiza de naturaleza dudosa y con una etiqueta que dice «loca de atar» suelta en mi región?

—Ese aroma… —insistió Quinn obligándose a buscar en su mente, en su pasado. Lo había olido con anterioridad, en algún momento, en…—. Es parte coyote.

—Me estás tomando el pelo.

Deslizó la mirada hacia su compañero de viaje.

—Su aroma… por eso me resultaba conocido —declaró con un siseo—. Es una mestiza con parte lobo y parte coyote.

—¿Estás seguro, hijo?

Miró ahora al alfa de Saint Louis y asintió.

—Totalmente —asintió sin dar más explicaciones. Nadie tenía por qué enterarse de su pasado o con quién se relacionaba.

—Así que es probable que si ha pasado por aquí, lo haya hecho incluso bajo vuestras propias narices —resumió el Ejecutor—. Joder. Me encanta, realmente me encanta. Y Evans se va a poner de un contento que va a echar cohetes. ¿Le llamas tú o me dejas a mí los honores?

—A estas alturas podría estar ya en cualquier lugar —comentó uno de los gemelos.

Sacudió la cabeza.

—Tiene un destino en mente, una misión —su voz sonó ahora demasiado cerca de su lobo —, no pudo completar su tarea. Quiere a la compañera de Luke muerta.

—Me parece entonces que nos vamos a ir de rodeo a un rancho —aseguró su compañero —. Espero que tengáis un coche amplio, odio caminar.

El lobo pasó por delante de ellos y se dirigió hacia la salida.

—¿Por qué no lo has dejado en casa? —preguntó Aksel mirándole de reojo.

Quinn puso los ojos en blanco.

—No puedes dejar en casa al *Ejecutor* de la raza —declaró con un profundo suspiro—, aunque sabe dios que me habría gustado hacerlo.

El alfa asintió, le dedicó una mirada rápida a sus dos compañeros quienes asintieron y se pusieron rápidamente en marcha. Solo entonces se giró de nuevo a él.

—Llama a Luke. Ahora más que nunca necesita estar atento a cualquier pequeño detalle, esa desquiciada posiblemente ya esté allí o por las inmediaciones —le dijo—. Nosotros haremos un rastreo y cubriremos el perímetro —consultó su reloj—. Quedan unas tres horas hasta que amanezca, veamos si podemos asegurar el rancho antes de que salga el sol.

CAPÍTULO 45

Luke mantuvo el semblante inexpresivo mientras escuchaba las noticias de Quinn. Se había pasado gran parte de la noche entrando y saliendo del dormitorio, Aksel lo había mantenido al tanto de todo, pero lo último que había escuchado sobre todo aquel asunto no terminaba de encajar. Alzó la mirada y se encontró con Shane gimiendo al girarse sobre el brazo lastimado. Hacía algo más de una hora que estaba despierta incapaz de conciliar el sueño. Sus ojos se encontraron y ella enarcó una ceja en obvia pregunta.

—No pudieron retenerla —le decía su interlocutor—, lo más seguro es que haya pasado por delante de sus narices y ni se hayan enterado.

—¿Cómo es posible? —preguntó. Eran lobos, podían reconocer a los suyos a leguas de distancia.

—Hemos descubierto algo inquietante —aseguró—, algo que no os esperábamos ninguno. Es una mestiza, Luke. Y a juzgar por lo que dice Arik, lo suficiente astuta y camaleónica como para ocultar ese hecho.

Frunció el ceño.

—Ese penetrante perfume —comentó, recordando cuánto le disgustaba, siempre acababa taponado con su presencia—. Un truco hábil. Pero eso no es suficiente para engañar a un lobo.

—Es parte coyote —expuso sin más—, aunque parece que cuando quiere es capaz de esconder ese detalle.

Apretó los dientes y se obligó a darle la espalda a Shane para que no presenciase su transformación parcial.

—¿Luke? —Su voz era suave, pero contundente—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Ya han descubierto quién me disparó? ¿Quién…?

—Tienes que decírselo —sugirió Quinn—. Tiene que estar también alerta. Aksel ya ha desplegado a su gente, Arik y yo estamos también sobre la pista. Vamos a asegurar el perímetro alrededor del rancho.

El rancho. Cerró los ojos y respiró profundamente. La imagen de la fotografía ocupó su mente y no pudo evitar temblar. Esa psicótica quería a su compañera, quería su vida, ocupar su lugar y la única manera que tenía de hacerlo en su retorcida y enferma mente era matándola.

Y ahora estaba ahí fuera, en algún lugar, lista para rematar lo que no consiguió con los disparos.

Una suave mano sobre su brazo lo llevó a bajar la mirada, Shane había dejado la cama y lo miraba fijamente.

—O me dices que ocurre o te quito el teléfono y lo pregunto yo misma.

Y lo haría, sabía muy bien que era capaz de hacer eso y mucho más.

Asintió, accionó el manos libres y avisó al joven lobo.

—Quinn, acabo de activar el manos libres —le informó—. Shane está a mi lado pero puedes hablar sin tapujos.

—¿Estás seguro?

—Más te vale hacerlo, chico —declaró ella—. Tengo un agujero de bala en el brazo, no he dormido bien y estoy de mal humor, por no mencionar que el saber que tú estás del otro lado del teléfono tampoco me hace feliz.

—Shane —la detuvo—, Quinn está haciendo lo posible por atrapar a esa zorra…

—¿Zorra? —se interesó—. Entonces ya sabéis quién está detrás de todo esto.

—Mirabella Armingtale —respondió el joven.

—¿Y ella es?

—Al parecer vuestros caminos ya se cruzaron antes de que nos interrumpiese en el restaurante —Y ahora se sentía como un completo imbécil por no haber vuelto a indagar en el tema y dejar claro a esa zorra lo que le pasaría si volvía a intentar atentar contra su compañera —.Tuviste un pequeño *tête à tête* con ella en la recepción del pasado viernes por la noche.

—¿La perra que casi me asfixia en la recepción? —se sorprendió—. ¿La Barbie con uñas postizas se ha atrevido a dispararme? —se giró hacia él—. Con qué clase de mujeres te relacionas, ¿eh?

—Desde que me emparejé, solo contigo.

—Y eso habla de lo que han mejorado tus gustos —rumió—. Entonces, ¿qué va a pasar ahora? ¿La meteréis entre rejas?

—Primero tenemos que atraparla.

—Y nuestra justicia es un poco más… poética… en estos casos —añadió Quinn—. Y sé que no soy santo de tu devoción, querida, no te culpo por ello. Pero sé inteligente y no te separes de tu compañero hasta que esa mujer esté bajo custodia.

Shane frunció el ceño y le miró una vez más con esa expresión que decía que había mucho más que no sabía.

—¿Por qué? ¿Qué no me estáis diciendo?

—Ha cogido un vuelo para Saint Louis. Quinn ha estado en su casa y… bueno, digamos sencillamente que hay pruebas más que suficientes para asegurar que está trastornada —resumió lo mejor que pudo—. Piensa que tú has usurpado el lugar que le correspondía, que estás viviendo una vida que le pertenece…

—Me estáis tomando el pelo.

—Esa mujer es peligrosa —insistió Quinn, el lobo estaba dispuesto a dejar aquello perfectamente claro—. No debes estar jamás sola en su presencia, Shanelle. No te separes de Evans, pase lo que pase, permanece bajo su vigilancia, a poder ser dentro de casa.

Él la notó temblar en respuesta al demandante tono de voz del joven lobo, odiaba verla así, pero tenía que comprender que se estaba enfrentando a algo de proporciones épicas.

—Mantenme al tanto, Quinn —dijo a modo de despedida.

—Te contactaré tan pronto estemos ahí.

Dejó el teléfono a un lado y la acompañó de vuelta a la cama.

—¿Por qué? —le preguntó ella entonces—. Yo no le he hecho nada, no me he metido en la vida de nadie… joder, si ni siquiera la conozco.

Le giró el rostro para encontrarse con su agobiada mirada.

—Tú estás dónde debes estar. Te quiero a ti, eres la mujer a la que he elegido, mi compañera —se lo dejó claro—. Esa perra no es absolutamente nada, nunca lo ha sido.

Decidió ser brutalmente sincero.

—Mira, no he sido un santo, pero siempre he sido sincero con aquella con la que he estado —continuó—. No me comprometía, una noche y sin compromisos de ningún tipo, era sexo y solo si ambas partes estábamos de acuerdo en ello. Ella no tiene ningún derecho sobre mí, jamás lo ha tenido ni lo tendrá.

—Entonces, ¿por qué…? —jadeó—. Joder Luke, ¡me ha disparado!

La abrazó, necesitaba sentirla cerca y tranquilizarla.

—No volverá a acercarse a ti —le juró—. Tienes un grupo de lobos ahí fuera que custodiarán la zona y yo no me separaré de ti ni un instante.

La vio pasarse la mano por el pelo con gesto frustrado.

—Está aquí —repitió, consciente por primera vez de aquella enormidad—. Está aquí. Nos ha seguido hasta casa de mis padres. Mi familia… ellos no saben nada de esto, ni siquiera saben que me han disparado. Dios mío. ¡Si osa ponerles un solo dedo encima, te juro por dios que la mato con mis propias manos! Y la barbacoa… mi madre está decidida a celebrar el cumpleaños de mi padre. Habrá gente… nuestros vecinos, viejos compañeros de mi padre…

—Tranquila, todo saldrá bien —la atrajo contra él con suavidad—. Aksel y sus chicos están ahí fuera, Quinn y ese psicótico de Arik también. No dejarán que ella se acerque siquiera al rancho.

Sacudió la cabeza y se giró hacia él. Sus ojos contenían tal resolución y temor que tuvo ganas de cogerla y llevársela consigo a cualquier lugar dónde supiera que estaría segura. Desgraciadamente, algo le decía que dicha seguridad no sería alcanzada por completo hasta que esa zorra estuviese bajo tierra.

—Tienes que decírselo.

La miró sin comprender.

—A mi padre —insistió—. Mamá se pondría frenética, pero papá… él está acostumbrado a lidiar con este tipo de cosas, podrá aguantar el tipo. Quizá el tema de los lobos le cueste un poco… o mucho… pero tiene que saber que hay alguien ahí fuera y…

—Ya lo sabe.

La noticia la noqueó.

—¿Qué?

—Sabe lo que soy, lo que tú eres para mí —le explicó—. Conoce la existencia de mi raza. Me reconoció tan pronto me vio, de hecho, quería saber si me había emparejado contigo y si tú eras consciente de mi naturaleza lupina.

Ella parpadeó, abrió la boca y jadeó.

—¡No me jodas! Mi padre… ¿sabía de la existencia de tu raza?

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado.

—Te dije que era un hombre inteligente y perspicaz.

Abrió la boca una vez más y volvió a cerrarla.

—¿Y mi madre?

—No. Hasta donde yo sé no es consciente de lo que sucede.

—Sí, mejor… ella acabaría alucinando tanto o más de lo que ya lo he hecho yo —aceptó pensativa—. Dios. Sigo alucinando. Ahora resulta que no solo estoy emparejada con un lobo sino que una rubia psicótica quiere borrarme del mapa por ello. ¿Cómo diablos he terminado metida en todo esto? ¿Me lo quieres explicar?

—Shane, te lo diré una y mil veces, todas las que sean necesarias hasta que lo entiendas, hasta que confíes en que nada cambiará el hecho de que tú eres mía y la única —la obligó a encontrarse con su mirada—. Soy un lobo. Me emparejo de por vida. Y esta vida estoy decidido a vivirla contigo o a vivirla solo. No hay otra elección para mí. Eres tú o nadie.

Tragó, el temor bailó entonces en sus ojos y la hizo estremecer.

—Tengo miedo —confesó en apenas un hilo de voz—. Me ha disparado. Me ha seguido hasta aquí… por ti. Pero lo que más miedo me da es que no estoy dispuesta a entregar lo que sea que tengo contigo, no quiero perder esto, no quiero perderte a ti. Ya está, lo he dicho. No soy mujer de palabras de amor, no soy buena a la hora de expresar lo que siento… pero sé que tú eres

para mí y que quiero ver a dónde nos lleva eso. Además… todavía tienes que enseñarme *mi* casa de State Island, porque ese lugar me pertenece a mí y solo a mí. Te arrancaré los huevos como se te ocurra llevar a otra mujer a mi hogar.

Se echó a reír, no pudo evitarlo al escuchar el tono decidido de su voz.

—¿Eso quiere decir que por fin te has decidido a venirte a vivir conmigo?

—No descorches todavía el champán —resopló con una mueca—. Pero digamos que eso es un sí, de alguna clase.

Le acarició la nariz.

—Me encargaré de que sea un sí definitivo y rotundo —le prometió—. No os tocará ni a tu familia ni a ti, te lo juro, Shanelle, no permitiré que vuelva a herirte de ninguna forma. Una sola gota de sangre más tuya que se derrame y habrá sellado su sentencia de muerte.

Se estremeció por el tono de sus palabras, pero para su absoluta satisfacción no apartó la mirada ni mostró temor.

—De acuerdo, pon al tanto de todo a mi padre —pidió con voz suave pero firme—. Dile lo que pasa, todo lo que sabes al respecto, incluso aquello que estoy segura me ocultas, yo me ocuparé de mi madre. Solo espero que su maldita barbacoa no acabe convirtiéndose en el infierno en la tierra.

Suspiró.

—Maldita sea, va a deberme usted una muy, pero que muy grande, señor Evans.

—Todo lo que usted quiera, señorita Pears.

Se lamió los labios y lo miró.

—Lo único que quiero es a esa zorra lejos de mí, de mi familia y de ti —respondió sin vacilar—, y que esta barbacoa no derive en un incendio o algo peor.

CAPÍTULO 46

Shane echó un vistazo a través de la ventana de la cocina al grupo reunido en el césped comiendo y charlando mientras su padre se encargaba de la parrilla. El aroma de la carne a la brasa inundaba el aire, las cervezas frías abandonaban la nevera con hielo y el ambiente era agradable y cálido, a pesar de todo, era incapaz de quitarse de encima la certeza de que allí fuera había una loba desquiciada dispuesta a cortarle el cuello por el simple hecho de haber acabado del brazo del hombre que deseaba.

No, nada de hacerse a un lado elegantemente y dejar que el hombre hiciese con su vida y, con aquellos a los que decidía entrar, lo que le diese la gana. ¿Cuántas veces había visto algo parecido en las películas? ¿Leído en libros? ¿Narrado en las crónicas de un noticiario?

Oh, pero ella no tenía material de víctima, podía haberle metido una bala en el brazo al haberla pillado desprevenida e ignorante de lo que estaba pasando, pero no iba a quedarse de brazos cruzados esperando a que la muy hija de puta repitiese la faena. Esa zorra se había metido con quién no debía.

Luke le había pedido calma, que permaneciese dentro de la casa. Juntos habían hablado con su padre, quién se mostró serio y calmado durante todo el tiempo; el hecho de que conociese la verdadera naturaleza de su amante todavía era una sorpresa para ella. Héctor Pears guardaba más ases en la manga que un jodido mago.

Él había estado de acuerdo en seguir con lo planeado, confiaba en que mantener la tranquilidad y seguir con los planes establecidos para ese día ayudaría también a crear una ilusión de normalidad para que su confiada madre siguiese en la inopia y para que esa zorra psicótica no supiese que tenía un comité de bienvenida esperando su llegada.

Sonrió en respuesta al saludo que le dedicó Luke desde fuera, estaba al lado de su padre, con una cerveza en la mano y tan alerta como podía estarlo un lobo.

«Relájate. Los chicos están ahí fuera. No se atreverá a acercarse a ti ni a nadie mientras haya gente alrededor».

No habían perdido el tiempo para practicar también ese pequeño truco que les proveía su vínculo de emparejamiento. Si era capaz de concentrarse lo suficiente podía no solo escuchar la voz de su compañero, sino emitir también una respuesta.

Con un ligero asentimiento respondió a su comentario, no se sentía tranquila para intentar responderle a su manera.

«¿Quieres una hamburguesa?».

Enarcó una ceja y entrecerró los ojos.

«Guárdame una muy, muy hecha. Yo no quiero que la vaca me muja mientras trato de comérmela».

Escuchó su risa en su mente y le dedicó un guiño haciéndola consciente de que su respuesta le había llegado.

—¿Estás bien, cariño?

La inesperada pregunta hecha por su madre, quién recién entraba en la solitaria cocina, la sacó de su concentración.

—Sí, bien —aceptó girándose hacia ella—. ¿Necesitas ayuda? Creo que puedo llevar alguna cosa con una sola mano.

Sacudió la cabeza y desechó su ofrecimiento.

—No te preocupes, mientras tengan carne y cervezas, no necesitarán nada más —aseguró con jovialidad al tiempo que señalaba la escena que se veía a través de la ventana abierta—. Luke parece haber hecho buenas migas con tu padre, se entienden bastante bien.

—Ya sabes cómo son los hombres, solo necesitan hablar de deportes y política.

Su madre se rio y asintió.

—Sí, en eso tienes razón. Pero me alegra que esté aquí, me alegra que ambos lo estéis y sobre todo verte tan feliz.

Sus inesperadas palabras la sorprendieron.

—Sí, bueno… a decir verdad, tú tienes la culpa de que esté aquí —se zafó—, lo planeasteis a mis espaldas.

Chasqueó la lengua y contempló la escena con gesto satisfecho.

—¿Le quieres?

Se lamió los labios y aceptó algo solo para ellas dos.

—Sí, cada hora que pasa creo que le quiero incluso un poco más —aceptó—, lo cual es verdaderamente una insensatez. Es el hombre más arrogante y dominante que he conocido en mi vida, debería estar huyendo de él, corriendo a toda velocidad en sentido contrario y en cambio… siempre acabo en el punto de partida y a su lado.

—Bien, así es como tienen que darse las cosas —aseguró satisfecha—. Te seré sincera, Shanelle, me tenías preocupada.

Su madre parecía dispuesta a sorprenderla una y otra vez durante aquella reunión.

—Sé que te guardas cosas para no preocuparme, que prefieres hablar con tu padre, pero soy tu madre, te he traído al mundo y puedo ver cuando mi hija ha pasado por algo difícil, especialmente cuando parece cambiar de la noche a la mañana.

—Mamá, no hay…

Ella negó con la cabeza.

—No te estoy pidiendo explicaciones —rectificó al momento y respiró profundamente—. Eres una mujer adulta, tienes tu propia vida y es justo y necesario que la vivas según tus propios deseos. Pero no puedes evitar que me preocupe por ti, te he parido cariño, nadie conoce a un hijo mejor que una madre.

—Mamá…

—Déjame terminar —la interrumpió de nuevo—. Lo que quiero decir es que sea lo que sea que te ocurrió entonces, te mantuvo apartada, apática e incluso un poco insegura, pero ahora… ahora vuelves a ser tú misma, estás incluso más resplandeciente y eso se ve sobre todo cuando Luke está a tu alrededor. Ese hombre me ha devuelto a mi hija y solo por eso, estaré más que encantada de abrirle las puertas de mi casa y de mi familia en cualquier momento.

Tuvo que parpadear para alejar las lágrimas que empezaban a picarle en los ojos.

—Sí, bueno —carraspeó para limpiarse la garganta—. Si me ha elegido a mí por encima de las Barbies con las que solía estar, es que tiene muy buen criterio.

Su madre se rio de buena gana.

—Oh, eso no lo dudes, cariño —le acarició la mejilla—, tú eres mucho mejor que cualquiera de esas mujeres de plástico. Tú eres auténtica.

Satisfecha con aquella respuesta, dio media vuelta y empezó a abrir cajones y revolver cuencos.

—Vaya, pensé que todavía quedaban aquí algunas zanahorias —murmuró. Entonces se enderezó, se llevó las manos a las caderas y la miró—. ¿Crees que podrías ir al almacén y traer el

cesto que hay sobre la mesa con las que recogí esta mañana?

Se lamió los labios.

—¿Vas a hacer *Carrot Cake*? —Sabía que era el favorito de su padre y, qué demonios, el suyo también. Al pensar en el pastel se le hacía la boca agua.

—Para la cena —le guiñó el ojo—. Todos esos buitres pueden conformarse con las hamburguesas y las cervezas, si les pones algunos vegetales, saldrán huyendo.

Se rio con ganas ante la descripción de su madre. Solía referirse demasiado a menudo así a sus invitados, aun cuando era ella la que los había hecho venir en primer lugar para celebrar el cumpleaños de su padre.

—Estoy segura de ello —asintió e hizo una mueca al mirar de nuevo por la ventana y ver que su queridísima y cotilla vecina se acercaba en aquella dirección—. Ay, no. Con una sola vez ha sido más que suficiente. ¿Te puedes creer que lo primero que me ha preguntado nada más verme era si estaba embarazada?

Su madre resopló de risa.

—Ve a por las zanahorias, yo me encargaré de darle algo consistente de lo que hablar a esa buena para nada —aseguró al tiempo que la echaba—. Sal por atrás, así no tendrás que atravesar ese campo de minas.

Le hizo un saludo militar con el brazo bueno y echó un último vistazo hacia fuera hasta encontrarse con la mirada de su compañero, quien estaba ahora al teléfono.

Él enarcó una ceja y ella levantó el pulgar a modo de respuesta.

«Voy al almacén a buscar unas zanahorias. Estoy bien».

Luke asintió en respuesta.

«Tengo a Quinn al teléfono. Ya están aquí. Si tienes algún problema o ves algo extraño, llámame de inmediato y entra en casa».

«¡Sí, mi general!».

Él sacudió la cabeza y le dio la espalda para seguir hablando.

—*Carrot Cake* —canturreó mientras atravesaba la puerta de atrás y cruzaba el patio que separaba la casa principal del pequeño almacén que había construido su padre a modo de despensa—. Espero que quede suficiente como para poder llevarme después un trozo a casa.

Su madre era incluso mejor repostera que ella.

Entrecerró los ojos al salir, el sol parecía brillar hoy incluso más que ayer, cerró los ojos un segundo y disfrutó del calor en el rostro antes de volver a ponerse en marcha. El peludo *Border Collie* de su padre apareció trotando a su lado con la rosada lengua cayéndole por un lado de la delgada boca.

—¿Vas a ser mi escolta, Duffy?

El perro ladró en respuesta, todavía era un cachorro de poco más de año y medio y tan activo que tenía locas a las gallinas e incluso a los caballos.

—Ya veo que eres todo un personaje, amigo.

Sonrió al escuchar el característico relincho de los caballos y se lamentó de no poder disfrutar de una de sus pasiones. Le hubiese gustado poder montar, sentir el viento en el rostro y la libertad que encontraba ahí fuera, dónde solo había extensiones de tierra ante ella y ningún problema la aquejaba. Eso sin duda debía ser lo que sentía Luke al correr en su forma lupina, esa libertad, ahora se percataba, era lo que sintió por primera vez cuando lo vio correr.

—Mi lobo —murmuró para sí—. Mi propio lobo.

Cerró los ojos y saboreó los momentos compartidos durante las últimas horas, la ternura que no escudaba, la pasión con la que retozaron en medio del prado. Tembló. Lo deseaba. La

forma en que su cuerpo reaccionaba al suyo iba más allá de cualquier cosa que hubiese conocido hasta entonces, le gustaba la forma en que cuidaba de ella, incluso disfrutaba con sus desafíos, enfrentándole y alzándose con la victoria o quedando en tablas.

—Me he enamorado de un pomposo y engreído hombre de negocios que tiene más dinero que cordura —se rio para sí.

Era repentino y una auténtica locura, pero le quería. Todo en él la atraía y la hacía derretirse de muchas maneras. Las cosas que iba descubriendo de él, las que compartía, las que descubría por sí misma, era como una misteriosa aventura en la que el premio era el hombre que la derretía con tan solo una mirada.

Tenía miedo de estar cayendo tan deprisa en sus redes, de que el naciente amor que sentía por él fuese el que la condujese después a un dolor mucho mayor del que había sentido ya por la pérdida de Christian.

No. No lo perderé. No dejaré que nadie me lo arrebate. Es mío, mi lobo.

Aquel pensamiento le dio fuerzas y ahuyentó cualquier duda o temor causado por la inestable situación en la que se encontraban.

Abrió la puerta del almacén, entró y buscó a tientas la llave de la luz. La pulsó, pero la bombilla no cobró vida como debía hacerlo.

—¿Otra vez? Si te he cambiado ayer —siseó ante el repentino inconveniente—. Papá va a tener que revisar esta instalación, no puede ser que se estén fundiendo las bombillas cada dos por tres.

Volvió a probar con el interruptor cuando Duffy empezó a gruñir. Se giró hacia el perro, el cual estaba enmarcado por la luz del exterior, lo vio con todo el pelo erizado y el hocico desnudo enseñando una larga y contundente fila de dientes en su dirección.

—¿Duffy? ¿Qué pasa, chico?

El perro no se movió, siguió en la misma posición, con la mirada clavada en el interior y gruñendo incluso más fuerte.

—¿Duff? —se apartó lentamente hacia un lado y comprobó que ella no era la fuente de la desconfianza del perro. Eso quedó demostrado así mismo cuando emergió un gruñido distinto a sus espaldas.

Se tensó, giró como un resorte y se quedó mirando hacia el interior, en aquella oscuridad apenas podía ver el contorno de algunos muebles. Luchó contra el creciente pánico y empezó a retroceder muy lentamente pero no llegó a alcanzar siquiera el umbral que estaba a pocos pasos cuando una mano de uñas rojas y perfecta manicura salió de entre las sombras y se clavó en su brazo herido mientras el cañón de una pistola le apuntaba ahora al rostro.

El grito que salió de sus labios ante el dolor que le atravesó el brazo quedó ahogado por el desesperado ladrido del *Border Collie*, el cual apenas resultó una breve distracción para la recién llegada. Emergiendo de la oscuridad pudo ver que vestía de negro, su pelo rubio ahora tenía un tono castaño oscuro y su rostro era una máscara de odio y locura. Sus ojos, no humanos, la miraban con tal fijeza que activaron todas sus alarmas y empezó a gritar.

—¡Cállate perra!

Un sordo dolor le atravesó la cara cuando descargó el puño con el arma contra su mejilla. Saboreó la sangre y se sobresaltó cuando escuchó al mismo tiempo el sonido de un disparo seguido de un angustioso quejido animal.

Giró la cara y el aire se le atascó en los pulmones cuando vio el pobre cachorro tirado en el suelo inerte y la sangre empapando su pelaje.

La muy zorra le había disparado a un pobre perro indefenso.

—¡No! —gritó una vez más, las lágrimas nublándole la visión—. ¡Duffy! —se giró hacia ella, entre aterrada y cabreada—. ¡Hija de puta! ¡Solo era un perro! ¡Has matado a un pobre perro!

Los dedos que se aferraban a su brazo se hincaron incluso con más saña haciéndola gritar una vez más, la humedad traspasó al mismo tiempo el vendaje y el cabestrillo empapando la tela con su sangre pero fue el frío acero de la pistola empujada contra su garganta la que cortó sus palabras en seco.

—Tú… sucia y estúpida humana —siseó acercando su rostro al de ella. Sus ojos parecían inyectados en sangre, sus labios cuarteados a través de un intenso carmín dejaban a la vista un par de desarrollados colmillos—. ¿Pensabas que podías alejarlo de mí? ¿De su verdadera compañera? ¡Su verdadera compañera!

Parpadeó y comenzó a temblar. Una película de frío sudor le cubrió la frente mientras el terror le oprimía la garganta. Esa mujer no era humana.

«¿Shane?».

La voz de su compañero penetró en su mente como una manta de absoluta tranquilidad.

«Está aquí. Le ha disparado a Duffy. Ha matado a Duffy, Luke».

Por alguna extraña razón era incapaz de pensar en nada más, el cuerpo del pobre cachorro allí tendido y desangrándose.

«Tengo miedo. Sus ojos… no es humana… no es tú».

El brutal tirón que ejerció sobre su brazo herido hizo que gritase una vez más, las lágrimas escaparon de sus ojos mientras apretaba los dientes en un intento por respirar a través del dolor.

—Eres una pequeña e inservible zorra, ¿verdad? —continuó con su monólogo—. Oh, pero él está equivocado y verá la verdad. Verá que soy yo la única tan pronto como desaparezcas.

Su voz sonaba enloquecida, prácticamente escupía al hablar y sus ojos reflejaban la locura que habitaba en su interior. Tiró de ella con fuerza arrastrándola fuera del almacén, pasaron al lado del cuerpo inerte del perro y tropezó varias veces con sus propios pies haciendo que tuviese que llevarla prácticamente a rastras. Esa mujer tenía una fuerza descomunal.

El arma se balanceaba ahora a un lado, la había retirado de su garganta y la utilizó para enfatizar sus gestos mientras hablaba y rumiaba incoherencias.

—Te apropiaste de mi vida… tú, pequeña impostora… me quitaste mi lugar…

El dolor era más allá de insoportable, unos puntos negros empezaron a aparecer ante sus ojos amenazando con arrebatarle la conciencia, algo que no podía permitirse. Tiró con fuerza pero todo lo que logró fue hacerse más daño. Entonces, en un gesto desesperado se dobló sobre el brazo que la sujetaba y le mordió con toda la rabia que llevaba dentro.

El aullido que emergió de la garganta femenina no era humano, la miró con odio y descargó una vez más la mano con la pistola contra su cabeza, golpeándola en un costado y enviándola al suelo.

—¡Perra!

Cayó sobre el brazo herido logrando quedarse sin aire por el insoportable dolor. Sintió náuseas, su visión volvió a coquetear con los puntos negros y tuvo que luchar para girarse y aliviar la presión antes de que terminase desmayándose a sus pies.

Cuando consiguió levantar y enfocar la mirada, se encontró con su sombra sobre ella, la pistola apuntándola desde una mano que no dejaba de temblar. La boca femenina se abría y cerraba, la saliva escapaba de sus labios como si escupiese las palabras pero tenía tal zumbido en la cabeza que apenas podía registrar nada de lo que le decía.

—… ¡Mío! ¡Te metiste en medio! ¡Es mío! ¡Mío! —se desgañitaba—. ¡Usurpaste mi

lugar! ¡Impostora!

«¡Shane!»

La voz de Luke volvió a resonar en su mente, atravesando la nebulosa que la envolvía.

«¡Por lo que más quieras, compañera, háblame!»

Cerró los ojos y luchó por alcanzarle, por sentirle.

«Está loca… me está apuntando… el arma… tiembla demasiado».

Se lamió los labios y saboreó su propia sangre.

«Shane. Escúchame. Aléjate de ella. No dejes que se te acerque. Estoy casi ahí».

—Esta vez no fallaré… —continuaba la perra con su monólogo, al tiempo que retiraba la pistola y se rascaba el cuero cabelludo antes de volver a apuntarla—. Eres una simple humana. Tenías que ser más fácil de matar. Pero no. Insistes en permanecer con vida. Si te hubieses alejado no habría pasado nada, pero te quedaste. Usurpaste mi lugar… ¡yo soy su compañera! ¡YO!

Estaba loca, no había ni gota de cordura en esa mujer, bestia o lo que fuese. Era consciente de ello como lo era de su precaria situación. El dolor era penetrante, la cabeza le dolía y notaba sangre en la boca, intentó moverse pero apenas podía hacer otra cosa que deslizarse sobre una mano e impulsarse con los pies.

Esa desquiciada la seguía con cada milímetro que retrocedía, escupía y le gritaba como si ella fuese la única culpable de todos sus problemas, de su locura.

—¡Es mío! ¡No puede preferirte a ti! ¡Lo has engañado! —insistía apuntándola una vez más con la pistola—. Pero se acabó… tú vas a desaparecer y yo recuperaré mi vida, la vida que me robaste.

La vio amartillar el arma y el poco color que le quedaba huyó de su rostro. Iba a matarla, si no hacía algo la mataría allí y a sangre fría. Luke la perdería… así como ella lo perdería a él.

—No… no… no… —gimió, resbaló una vez más hacia atrás y sus dedos toparon con un olvidado trozo de madera en el suelo.

No pensó, sencillamente cerró los dedos alrededor de aquel improvisado salvavidas, se impulsó hacia delante y lo descargó con todas las fuerzas que le quedaban.

El reverberante sonido de un disparo le arrebató la respiración.

CAPÍTULO 47

Un grito nada femenino surgió de la garganta de su atacante en el mismo momento en que la rama golpeaba contra su brazo y hacía que el arma se disparase. La bala golpeó el suelo a escasa distancia de ella levantando esquirlas de tierra y cemento. Shane levantó la mirada, todavía jadeante y, vio la inmediata metamorfosis que sufrió el cuerpo de la asesina mientras se lanzaba hacia ella.

Había fallado en matarla en forma humana así que iba a recurrir a la animal para terminar con el trabajo.

Se arrastró una vez más apoyándose en el trozo de madera hasta conseguir ponerse medio en pie pero perdió sujeción y volvió a caer. Ya podía ver las fauces animales abiertas y espumosas sobre ella cuando un borrón de pelo negro y gris se interpuso en la trayectoria de su atacante con tal intensidad que acabó desplazándola con el peso del impacto.

Gimió intentando volver a incorporarse solo para encontrarse con la descomunal figura de su lobo atravesado delante de ella. Con el pelo totalmente erizado, los dientes desnudos y todo el cuerpo tenso en modo de ataque, se enfrentaba a un can mucho más pequeño, del tamaño de su *Border Collie*. No era un lobo, no al menos del tamaño y raza a la que quiera que perteneciese Luke, el pelo del perro era más corto y por su tamaño y la forma de sus orejas… se trataba de un cruce… un mestizaje.

«Shane, ¿estás bien?».

La voz de su compañero sonó más oscura que nunca en su mente, llena de ira, pero no hacia ella.

—Ahora… sí —consiguió articular—. Llegas… tarde, por cierto.

«Me estabas bloqueando, compañera. No sé cómo demonios lo hiciste, pero no es algo que quiera volver a sentir».

—Creo que… el miedo y una loca desquiciada con un arma apuntándote… hacen esas cosas —comentó al tiempo que escupía al suelo y hacía una mueca al ver sangre. Se había mordido la boca—. ¿Qué… qué es ella?

«Es una mestiza. Mitad coyote».

Y eso sin duda era lo que dominaba el mestizaje. El perro se sacudió y se levantó tras el impacto, su pelo se había erizado también, pero mantenía el rabo entre las patas traseras y se movía haciendo un amplio círculo como si quisiese alejarse de aquella repentina amenaza.

«Shane. Levántate. Entra en casa».

Le hubiese encantado hacer lo que le pedía, pero sus piernas parecían poco dispuestas a cooperar.

—Me encantaría pero…

«A casa. ¡Ahora!».

La orden fue tan firme que se encontró levantándose a pesar de todo para hacer lo que le pedía. Se tambaleó y evitó caer solo gracias al improvisado cayado que le ofrecía la madera. Miró de nuevo a su compañero y se estremeció, el lobo estaba preparado para atacar, para destrozar a su oponente y darle muerte. Podía sentirlo a través de su vínculo, sentía su rabia, su odio, su dolor por ella y la resolución inquebrantable en su alma.

Se quedó parada, sacudió la cabeza y supo que no podía dejarle hacer aquello. Él no era un

asesino, ni siquiera dominado por aquella forma animal.

—Luke, no. Me lo prometiste —murmuró—. No eres como ella, no eres un asesino.

«Te atacó. Ha derramado tu sangre una segunda vez. No hay perdón».

—Y tú me has salvado —insistió arrastrándose hacia él—. Por favor. Yo… te necesito. Necesito a mi compañero a mi lado.

Un bajo gruñido emergió entonces del otro perro seguido de un agónico y enloquecido grito femenino que resonó con fuerza en su cabeza.

«¡Yo soy su compañera!».

El can giró una última vez, desnudó todos los dientes en una rabiosa mueca e inició una desesperada carrera zigzagueante la cual terminó en un potente brinco que iba totalmente dirigido a lanzar a esa bestezuela sobre ella.

La rabia nació en su interior con la misma intensidad que habitaba en su compañero, apretó los dedos alrededor del trozo de madera que todavía sostenía y entrecerró los ojos.

—Ah, no, perra —siseó—. Aquí la única compañera que tiene el alfa de Manhattan, soy yo.

Echó el brazo sano hacia atrás y se impulsó con todo el cuerpo para lanzar aquella improvisada arma contra ella golpeándole con fuerza en pleno hocico. El aullido que resonó fue más de rabia que de dolor, si bien apartó sus dientes del camino, no tuvo la suficiente fuerza como para lanzarla a un lado, tal y como había hecho previamente su lobo.

Sin embargo, tampoco fue necesario, ya que su compañero volvió a interceptar su ataque y la protegió cuando una enorme masa peluda de color gris claro salió de la nada y derribó al perro con un agónico quejido.

—¿Qué…?

En un abrir y cerrar de ojos se inició un absurdo pandemónium. Cualquier pregunta murió en su boca en el mismo instante en que un muro formado por cuatro lobos se personaba y tomaban posiciones rodeando al recién llegado y a su presa. Su padre surgió también rodeando la casa con una escopeta en la mano y dos hacendados flanqueándole. Su madre salía detrás de ellos, cucharón en mano y la indiscreta vecina los seguía.

No supo qué le sorprendió más, si la palidez que cubrió el rostro de su madre cuando vio todo aquello o el agudo grito que soltó la vecina antes de desplomarse en el suelo.

—Shane, ¿estás bien? —La tranquila y casi aburrida voz de su padre en medio de toda aquella locura la abofeteó con fuerza. Alzó la mirada y lo vio aparentemente tranquilo, pero las firmes manos y el dedo en el gatillo evidenciaban que estaba dispuesto a disparar si era necesario. Y su padre era un tirador condenadamente bueno.

La forma lupina de su compañero se apretó entonces contra ella, ocultándola de la vista e impidiéndole al mismo tiempo ver lo que había ante ella. Otro lobo con el pelaje marrón se colocó a su derecha, cortándole así cualquier tipo de visibilidad cuando se oyó un nuevo quejido animal, el cual fue seguido de un mortal silencio.

—¿Shanelle? —insistió su padre, sujetando mejor el arma. Su mirada recorrió lentamente la escena.

Parpadeó, se lamió los labios y hundió una temblorosa mano en el pelo de su lobo, quien se apretó de inmediato y gimió suavemente solo para sus oídos.

—Estoy bien —se las ingenió para pasar el nudo que de repente tenía en la garganta—. Estoy bien, papá. Pero… han disparado a Duffy. Junto al almacén. Dios mío, creo que lo han matado, esa zorra ha matado al pobre perrito.

—Ya me ocupo yo —escuchó que decía uno de los hacendados, si no se equivocaba era el

dueño de la finca que estaba al sur.

—¿Amigos o enemigos, Pears? —escuchó que decía otra voz masculina, sin duda dirigiéndose a su padre.

—Jesús, ¿eso son lobos? —Aquella era la voz de su madre y estaba muy alterada—. ¡Por dios, Héctor! ¡Qué no se les ocurra tocar mis gallinas!

—¿Shane? —preguntó de nuevo su padre—. ¿Son… tus invitados?

Se lamió los labios y apretó los dedos alrededor del pelaje espeso mientras se apoyaba en su lomo para poder mirar por encima de él y ver de nuevo a los lobos. Miró también al lupino marrón que estaba a su lado y tuvo que tragar cuando se dio cuenta de que sabía sin necesidad de confirmación de quién se trataba.

—¿Shane? Una respuesta sería bienvenida ahora, cariño.

Asintió y se apretó contra su lobo.

—Este es mi compañero —declaró deslizando el brazo sobre el lomo cálido y fuerte de la forma lupina de Luke—, y supongo que… sí, que ellos son ahora mi manada.

El cuerpo del can que abrazaba se tensó un instante antes de que echase la cabeza hacia atrás y emitiese un fuerte aullido que la ensordeció. Al instante, el resto de los lobos lo imitaron haciendo lo mismo.

Fue el momento más alucinante que vivió en toda su vida.

—Jesús. —La voz de su madre se elevó por encima del silencio que precedió a los aullidos —. ¿Tu manada?

«Shane».

Apretó el rostro contra su pelo y respiró profundamente.

—¿Está muerta?

«Se ha hecho justicia».

Aquella no era la voz de Luke. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, sabiendo que tenía que haber surgido de alguno de aquellos lobos.

«Es nuestro Ejecutor. Al igual que nuestro príncipe, puede comunicarse con cualquier miembro de la raza, sin importar que tenga vínculo o no con los clanes».

Asintió, instintivamente supo que ese tenía que ser el lobo gris que había interceptado el último ataque de esa desquiciada loba, coyote o lo que fuese.

—¿Tienes algún nombre o debo llamarte ejecutor?

Hubo algo así como una risa colándose en su mente seguida del resoplido de su propio compañero, quién al parecer, también seguía aquella conversación.

«Ejecutor es más que suficiente, pequeña loba».

Resopló ante su respuesta.

—Genial, pues *Ejecutor* entonces —aceptó y lo buscó con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los del animal—. Gracias.

«¿Das por saldada la deuda de sangre por el ataque contra tu compañera, Alfa de Manhattan?».

Su compañero movió su enorme cabeza en dirección al lobo gris.

«Sí. La deuda está saldada».

«Así sea».

Los lobos empezaron entonces a desfilar llevándose consigo lo que ya solo era un cadáver. Negándose a mirarla, enterró el rostro una vez más en su pelaje.

«Era un peligro, Shane. Había sucumbido a la locura. No podía quedar en libertad, no después de lo que hizo».

Apretó la mano en su pelo y aspiró profundamente su olor.

—Gracias por venir a por mí.

«Estoy orgulloso de ti, compañera. Te has defendido muy bien en mi ausencia. Eres digna de un alfa».

Se rio entre dientes, entonces dejó escapar un sollozo al tiempo que se apretaba aún más contra él.

—Dios… me duele, me duele muchísimo. Quiero un analgésico. Lo quiero en vena —lloriqueó—. Te necesito, Luke. Necesito que me abraces, necesito sentirte…

—Aquí me tienes —contestó ahora en voz alta, con ese tono firme y dominante completamente humano. Sus brazos la rodearon y la atrajeron con sumo cuidado contra su pecho —, siempre me tendrás. No voy a irme a ningún lado, eres mía, toda mía, la única.

Rompió a llorar, no podía más, todo su cuerpo empezó a temblar sin control y los sollozos quedaron ahogados contra la piel caliente de su pecho. Sintió, más que vio, a alguien junto a ellos dejando caer una chaqueta, manta o algo sobre los hombros de su desnudo hombre lobo.

—Entrad cuando estéis listos —murmuró su padre.

—¿Héctor? Héctor, dime que no acabo de ver lo que acabo de ver. —Su madre sonaba frenética—. ¡Es un perro!

—Un *lobo*, Sonia, un lobo —la corrigió él—. Ven, vamos a dentro y… bueno, por ahora empecemos por entrar en casa.

—¡Héctor! Tu perro está malherido, pero no muerto —anunciaron entonces—. Llama a Trevor y dile que mueva el culo hasta aquí.

Sintió cómo la levantaban en brazos y gimió, el dolor que había quedado relegado a un segundo plano por el miedo, la incertidumbre y todo el estrés del momento volvía a ella con inusitada fuerza.

—Dios, dios, dios… duele más que cuando me dispararon —gimoteó—. ¡Maldita perra! Debería haberle pegado otra vez.

Le escuchó reír entre dientes.

—Preferiría no tener que asistir a otro bateo como ese en algún tiempo, gracias —rumió Luke—. Eres una auténtica caja de sorpresas, amor.

Apartó un poco el rostro para poder mirarlo.

—¿Solo yo? ¿Vas a decirme quiénes eran todos esos chuchos? Intuyo que el marrón que estaba a tu lado era Quinn, pero los otros…

Bajó la mirada sobre ella y sonrió de medio lado.

—Bueno, verás. Hay una ley no escrita en mi pueblo —le informó—. Cuando un lobo reclama a alguien en público, se convierte en suyo. Así que… esa es, tal y como has proclamado a todos los presentes, tu manada. Y has reunido en ella a lo más jodido y mortal de toda la Costa Oeste. Eres una chica con suerte.

—Pero yo no soy una loba…

—Estás emparejada conmigo, eso te convierte en mi loba.

Frunció el ceño.

—Mi manada… un Ejecutor… un compañero que además es un alfa —sacudió la cabeza y dejó escapar un quejido—. Necesito un analgésico o media docena y a poder ser, esta vez, en vena.

—Mi valiente y deslenguada loba, jamás vas a comportarte como una dama, ¿eh?

Se lamió los labios y lo miró.

—Claro que sí, lo he hecho cada vez que tú no miras.

Se rio, sus carcajadas llenaron el aire y arrastraron consigo la suyas. Sentaba tan bien poder reírse.

—Te quiero, mi lobo de Manhattan —murmuró solo para sus oídos—. Y, ¿cuándo dice usted que puedo mudarme a mi nueva casa de Staten Island, señor Evans?

Él fingió pensárselo.

—Bueno, tendría que consultar mi agenda y encontrar un hueco para poder llevarla a conocer la propiedad, Señorita Pears —le dijo con ese tono pomposo y arrogante que la sacaba de quicio y la encendía como ningún otro hombre podía hacerlo—. Pero por usted, querida dama, podría hacer un esfuerzo.

—Sabía que serías un hombre razonable.

—Eres una deslenguada.

Se rio.

—Eso siempre, lobo, eso siempre.

CAPÍTULO 48

Esa misma noche…

Shane hizo un alto en el relato para tomar otro pedazo del pastel de zanahoria que había hecho su madre. Tuvo que recurrir a su compañero, sentado a su lado, para que hiciera los honores durante el postre, ya que al menos con el resto de la cena —la suya a base de purés y consomés—, había podido arreglárselas. Si bien tenía la boca en carne viva, con laceraciones provocadas por los golpes, eran todavía peores los moratones que se veían desde el exterior. Su rostro se había convertido en una paleta de colores, sabía que no tenía ninguna contusión grave y que los hematomas acabarían yéndose con el tiempo, pero ahora mismo, entre la herida que se había vuelto a abrir en su brazo —la cual uno de los hacendados, amigo de su padre y médico de familia, atendió dándole un par de puntos— y el entumecimiento general que sentía en todo el cuerpo únicamente aliviado por una buena dosis de antiinflamatorios y calmantes en vena, todo lo que quería era disfrutar de esa deliciosa tarta y olvidarse de lo demás.

Sin embargo, tras lo ocurrido, estaba claro que no podría irse a la cama antes de terminar de relatar a su señora madre, la cual ahora le lanzaba a Luke unas miradas entre curiosas y desconfiadas, el lío que la había conducido hasta este momento.

Masticó con mucho cuidado y dejó que la crema de queso se deshiciese lentamente en su boca.

—… y bueno, el final ya lo has visto tú misma —concluyó. Lamió la cucharilla con pereza y miró a su compañero—. ¿Me he dejado algo?

Él se limitó a moverse en la silla con abierta incomodidad ante lo que traía consigo la pregunta.

—Hubiese preferido que omitieses algunas partes, en realidad —comentó, deslizando el pulgar con suavidad por la comisura de su boca para luego lamer el resto de crema de la yema de su dedo—. Y a juzgar por la mirada de tus padres, ellos también.

Su padre carraspeó atrayendo su atención, por la mirada esquiva que sostuvo con ella, no era el único en pensar de esa manera.

—Sí, hay ciertas cosas sin cuyo conocimiento podría haber vivido.

Sonrió de medio lado e hizo una mueca ante el tirón que sintió en la boca. Quizá había sido un poquito gráfica en algunas partes.

—Solo pretendía ser fiel a los acontecimientos —se defendió—. Es agradable poder decir todo esto abiertamente, hace que me sienta acompañada en mi locura transitoria.

Su madre, quién había aguantado estoicamente los sucesos de la tarde con un par de vasitos de tequila, parecía incapaz de pronunciar palabra alguna. La vio abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua.

—Lo sé, mamá, esa fue más o menos mi reacción la primera vez que escuché sobre personas convirtiéndose en lobos y lobos convirtiéndose en personas —aseguró. Entonces frunció el ceño—. La segunda vez no fue tan silenciosa, sin embargo.

—No me lo recuerdes —rumió Luke.

Le dedicó un guiño y persiguió un esquivo pedazo de tarta por el platillo.

—No sé cómo consigues que tenga esta textura, a mí no me queda así de esponjoso —rumió llevándose la tarta a la boca y saboreándola—. ¿Y la crema? Hoy está mejor que nunca.

La mujer miró el plato vacío, luego la tarta y finalmente sacudió la cabeza como si todo aquello la estuviese distrayendo de lo más importante de todo.

—Te dispararon y más de una vez.

Levantó la mirada y movió el tenedor para enfatizar sus palabras.

—La primera vez lo consiguió, la segunda… mi palo fue más rápido y certero.

Ella sacudió la cabeza y señaló su brazo.

—Dijiste que fue un accidente en la cocina.

Hizo una mueca y dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Cómo crees que habrías reaccionado si me presento de repente en tu casa y te digo *«hola mami, ¿sabes? Me han pegado un tiro en el brazo»* —le dijo con absoluta ironía—. Estoy por apostar que me habrías disparado tú también, solo por haber permitido que me sucediese algo así. Y la verdad, no es como si alguien me hubiese dicho primero, ¡arriba las manos o disparo!

—¿Cuánto analgésico le han administrado? —escuchó murmurar a su padre, quién obviamente se dirigía a Luke.

Su compañero no vaciló en su respuesta.

—Juraría que demasiado.

—¡Eres mi hija! —exclamó entonces su madre, uniéndose a la discusión—. Es normal que me preocupe por ti cuando te veo aparecer con el brazo en un cabestrillo.

—Estoy bien —aseguró intentando aplacarla—. Te lo juro. El médico ha dicho que estoy bien, aunque necesitaré que me cambien el vendaje otra vez antes de acostarme. Luke lo ha estado haciendo hasta el momento y no he tenido problema…

—Hasta que esa zorra casi te vuela la cabeza.

—Mamá…

Los ojos de su madre se clavaron entonces en su compañero.

—¿Cómo has podido permitir que le disparasen?

La tensión en su compañero era palpable.

—Créame, Sonia, hubiese preferido ser yo quién se llevase ese tiro y no ella —contestó con absoluta seriedad—. Motivo por el cual decidí traerla de inmediato para aquí, dónde pensé que estaría a salvo. Obviamente me equivoqué y mi mala decisión trajo a su puerta una invitada indeseada.

—Luke, no ha sido culpa tuya —saltó a defenderle de inmediato—. ¿Te das cuenta de que de no ser por él puede que no estuviese ahora aquí, sentada y contándote todo esto?

—Vamos, vamos… —intervino su padre—, un poco de calma. Lo importante es que todo ha acabado bien.

—A partir de ahora, será mejor que cuides bien de mi niña, Luke Evans —concluyó su madre con una mirada que no había visto nunca antes en ella—, o de lo contrario, cogeré esa maldita escopeta de caza que tiene mi marido y haré una alfombra para la sala con tu pellejo.

Para su sorpresa, su compañero sonrió ampliamente al tiempo que la rodeaba a ella con el brazo.

—Se lo juro, Sonia, su hija es y será siempre lo primero para mí —declaró con una leve inclinación de cabeza—. Estará protegida tanto por mí como por nuestro clan y el que ella misma ha reclamado como suyo. Nadie osará acercársele jamás con malas intenciones mientras uno solo de los lobos de América estemos a su alrededor.

Su progenitora asintió satisfecha y su semblante adquirió la dulzura de siempre.

—Y con eso acabas de convertirte en mi yerno favorito.

Su padre se rio entre dientes.

—Todavía no es tu yerno… —rezongó, ignorando la diversión presente en la mesa.

—En cierto modo, sí, lo soy —le aseguró su compañero—. Tú y yo estamos casados a la manera de mi pueblo.

—Pero no lo estamos a la del mío.

—Solo es cuestión de pedir cita en el juzgado, arreglar los papeles y tener un par de testigos —añadió su madre a quién la idea parecía resultarle encantadora—. Siempre esperé que te casases por la iglesia, pero dadas las circunstancias…

—Mamá…

—Este ha resultado ser sin duda uno de los mejores cumpleaños que he tenido en mucho tiempo —aseguró su padre, recostándose contra el respaldo de su asiento. Su mirada se dirigió a Luke—. ¿Una copa, hijo?

—Pues claro —aceptó de inmediato, sonriendo también en complicidad con el hombre.

Ambos se levantaron dispuestos a abandonar la mesa cuando oyeron la puerta de la calle y una cantarina y conocida voz llegó seguida de pasos.

—¿Tía Sonia? ¿Tío Héctor? ¿Llegamos a tiempo para el postre?

Una vivaracha y radiante Carly apareció en el umbral de la puerta del comedor y a su lado, con gesto reservado y rostro amable se encontraba un hombre que Shane había visto alguna vez de lejos, pero al que sí conocía por las interminables quejas y chácharas de su prima. Julian Kelsey parecía de todo menos cómodo mientras deslizaba la mano sobre el hombro de la mujer como si pretendiese calmar su entusiasmo.

Sin embargo, no hizo falta ya que nada más posar los ojos sobre ella, la sonrisa de su prima se esfumó mudando el rostro a una mueca de horror.

—¡Madre del amor hermoso, Shane! ¿Qué te ha pasado?

Rauda como una flecha, dejó a su acompañante, rodeó la mesa y se acuclilló a su lado. Sus ojos se endurecieron al mirar a Luke.

—Si tú has tenido algo que ver en esto te juro que te corto los…

—Cassandra.

La voz de su acompañante la serenó al instante. Vaya. Eso sí que era un cambio.

—No, no, no —se apresuró en aclarar las cosas—. Luke, de hecho, evitó que las cosas fueran mucho peores.

Su prima parpadeó atónita. La recorría con la mirada sin saber muy bien qué hacer.

—¿Cómo? Ay, dios. Mírate… y tu brazo. ¿Qué ha pasado? —se giró entonces a los presentes—. Que alguien me diga algo, por dios.

—Te hago un rápido resumen —se adelantó—. Me dispararon y me golpearon con la culata de una pistola, dos veces.

Los ojos de la chica se abrieron desmesuradamente y a juzgar por la rapidez con la que se movió su acompañante y la sujetó, ayudándola a incorporarse, estaba claro que había estado a punto de caer al suelo.

—¿Cómo? —jadeó. Entonces sacudió la cabeza—. Tienes que estar bromeando.

—Nop —sonrió de buen humor—. Pero no te preocupes, se lo devolví.

Hubo un colectivo resoplido en la mesa.

—Sí, tu prima puede resultar un verdadero peligro con un palo en las manos —comentó su compañero. Entonces extendió la mano hacia el hombre que estaba junto a ellos y se la estrechó

—. Bienvenido y felicidades.

El hombre correspondió a su saludo visiblemente más aliviado, asintió y la señaló a ella.

—Gracias —aceptó—. Y permíteme darte también la enhorabuena.

Aquel inusual intercambio de palabras hizo que se pusiese en pie de inmediato, la silla no cayó al suelo porque Luke estaba tras ella y la detuvo.

—¿Te has emparejado con él? —la pregunta sonó un poquito más aguda de lo que tenía planeado, pero el efecto fue el mismo. Todos se giraron hacia los recién llegados—. ¿Con tu jefe?

El sonrojo de Carly era palpable, la vio deslizar la mano en la del hombre, entonces sonrió y le sacó la lengua con gesto divertido.

—¡Sorpresa!

Oh, sí. Una sorpresa con mayúsculas pensó Shane. La sonrisa surgió por si sola curvándole los labios, no tenía más que mirar a Carly para saber que esto era lo que había estado buscando tanto tiempo, todo por lo que había sufrido y que ahora por fin era suyo. Su prima estaba enamorada, siempre lo había estado del hombre que ahora la abrazaba por la cintura, proveyéndola de protección.

—Ven aquí, anda —se rio y abrió el brazo bueno para abrazar a su prima—. Con cuidado…

—Oh, Shane —se echó a reír, pero ella sabía que estaba ocultando las lágrimas cuando hundió el rostro en su pelo—. Soy feliz, lo juro. Ahora sí lo soy.

La apretó contra sí y asintió.

—Lo sé, hermanita, lo sé.

—Bueno, parece que nuestra familia ha aumentado considerablemente —intervino Héctor, rompiendo el momento emotivo de las dos mujeres—. Julian, ¿no? ¿Una copa, hijo?

El hombre miró a Carly, quién ya se había girado hacia él y sonreía abiertamente.

—Claro, será un placer —aceptó el nuevo miembro de su familia.

—Ve, yo me quedo con Shane y tía Sonia —asintió ella con ternura—. Mi prima tiene que ponerme al día de lo que quiera que haya pasado en mi ausencia. Tres días, Shane, he estado fuera solo tres días.

Se rio y señaló lo obvio.

—¿Perdona? —se rio—. Tú eres la prueba viviente de que en tres días puede cambiar toda una vida.

Ambas se echaron a reír una vez más, abrazadas. Entonces se separaron, los hombres ya se habían ido con su padre dejándolas solas a las mujeres de la casa.

—Muy bien, muy bien, niñas, suficiente de mimos —declaró su madre—. Shane, vamos a hacerle las curas a esa herida para que tu compañero no tenga que ejercer nuevamente de enfermera y tú, Carly, empieza a contarnos cómo has terminado con otro de esos hombres asombrosos… ya que a juzgar por vuestras caras, está claro que él es otro… um… bueno, ya sabéis.

—Lobo, mamá, lobo —pronunció ella, sintiendo que cada vez que lo decía le resultaba más fácil de asimilar.

—En realidad, será mejor que empiece Shane, porque me estoy muriendo solo de verla en ese estado —aseguró ella apretándole la mano sana—. Dios mío, hermanita, pareces un mapa…

Su madre puso los ojos en blanco.

—Pues… creo que todo empezó con un disparo… o quizá hubo algo más antes de eso, si lo que sospecho es cierto, pero Luke se ha negado a hablar conmigo de ello —rumió, pensando

en las palabras que había dicho esa psicópata—. La verdad es que es una historia bastante larga…

—Y rocambolesca —concordó su madre—. ¿No tendrías que empezar por cómo acabaste con ese hombre?

Hizo una mueca.

—No, esa parte se la sabe.

Carly levantó la mano y asintió.

—Yep, esa me la sé. Pasa directamente a la parte del disparo.

—¿Al primero o al segundo?

—¿Es que ha habido más de uno?

Su madre le posó la mano en el hombro.

—Ay, hija, a partir de ahora quizá te pienses bien el no asistir a las barbacoas que organiza esta familia —le aseguró—, con lo que ha pasado hoy, hemos hecho historia.

—¡Me tenéis en ascuas!

Se rio por lo bajo y mientras su madre las guiaba hacia el cuarto de baño dónde podría hacerle la cura a la herida del brazo, empezó a contarle a la principal causante de que hoy estuviese allí y emparejada con un lobo, todo lo que había sucedido desde la última vez que se vieron.

EPÍLOGO

Una semana después…

Shane bajó del coche en cuanto le abrieron la puerta. Seguía con el brazo en el cabestrillo, pero el dolor ya no era tan agudo como en los primeros días, como tampoco eran ya tan palpables las marcas en su rostro. Oh, los moratones seguían ahí y tardarían en irse, pero al menos ya no hacía caras cuando comía.

Su madre la había secuestrado prácticamente esa última semana, estaba decidida a cuidar de ella y no tuvo corazón para negarse después de todo lo ocurrido, aunque dios sabía lo que le había costado atravesar esos malditos siete días sin la presencia de Luke, quién se había visto obligado a volver a Manhattan para encargarse de sus negocios y arreglar al mismo tiempo el poder disponer de unos pocos días para la mudanza.

La experiencia era algo que no quería tener que volver a experimentar, si no fuese por las charlas nocturnas y la promesa de recogerla el viernes, no descartaba el haber cogido el primer avión para regresar a Manhattan. Al estar emparejados y ser su vínculo tan reciente, la necesidad de permanecer juntos era sin duda acuciante.

Él le había prometido que con el tiempo esa dependencia se iría amainando hasta poder llevar la vida de una pareja normal. Lo que quiera que fuese eso.

La distancia, al mismo tiempo, le había permitido pensar. Le permitió poner en perspectiva su vida hasta el momento y tomar algunas decisiones, como la de perdonar a Quinn y dejar que el pasado descansase por fin dónde debía estar y barajar la posibilidad de buscar un nuevo trabajo, algo relacionado con su titulación. Era hora de ser ella misma, de dejar de esconderse y vivir la vida tal y como debía ser.

Y allí estaba ahora mismo, de pie al lado del coche, su mano todavía en la de su compañero y la maleta con algunas de sus pertenencias en el maletero mirando la que una vez fue la casa de sus sueños.

—¿Lista para enfrentarte a los primeros días del resto de tu vida? —le susurró Luke al oído.

Se giró hacia él y sonrió dejando que sus ojos reflejasen todo el amor que sentía por él y que estaba segura crecería más cada día.

—Lista para intentarlo siempre que tú estés junto a mí.

Le acarició la mejilla, entonces se llevó su mano enlazada a la de él a los labios para besarla y a continuación se la abrió para depositar en ella un juego de llaves.

—En ese caso, bienvenida a su nuevo hogar, mi amada y futura señora Evans.

Miró las llaves y sonrió con picaresca.

—Mi hogar, ¿has dicho?

—Todo lo que es mío es y será siempre tuyo, Shane.

Cerró los dedos entorno a las llaves y se llevó el puño sobre el corazón, sus ojos quedaron prisioneros de los suyos.

—Me conformaré con usted y solo con usted, señor Evans, aunque se quede en la ruina, vivamos debajo de un puente y comamos de botes de sopa.

—Creo que cazaría un conejo antes que tener que vivir a base de sopa, amor.

Se echó a reír y lo abrazó como pudo con tan solo un brazo.

—Gracias por rescatarme esa noche, lobo —le susurró al oído—, y por obligarme a acompañarte a esa *tedioooooosa* reunión.

Él le devolvió el abrazo, atrayéndola muy cerca de su corazón.

—Ha sido un placer, amor mío, un verdadero placer.

Con la llave de su nueva casa en la mano y el hombre de su vida rodeándola con los brazos, Shane sabía que no necesitaba ser toda una dama, solo necesitaba… ser ella misma para ser amada.

LOVING WOLF -LIBRO 2-

Confundir a tu vecina con un ladrón, tirarla al suelo y practicar una detención, no es la mejor manera de comenzar una relación. **Jeremy Macoy** aprendió esa lección por el camino difícil, uno que lo llevaría a hacer hasta lo imposible para hacerse perdonar, aunque para ello tuviese que declarar la guerra a su voluptuosa y apetitosa compañera.
Cleo DeGucci tiene clara una única cosa: odia a su vecino con todo el alma. No solo la confundió con un ladrón, la tiró al suelo y, para su eterna mortificación, le vio el culo, el maldito policía está decidido a obtener su perdón aunque para ello deba utilizar métodos poco ortodoxos. Unos que pueden conseguir que delire de placer o pierda la cabeza por completo.
Después de todo, nadie dijo que en el amor y en la guerra no se hacían prisioneros.

PRÓLOGO

Cleo dejó caer la bolsa y la caja de la leche en el último escalón y maldijo por enésima vez la oportuna avería que la había obligado a subir a pie los cinco malditos pisos del antiguo edificio en el que vivía.

—Jodido ascensor.

El desgraciado tenía que haberse estropeado precisamente esa tarde. No podía haberlo hecho por la mañana o incluso el día anterior. No. Tenía que dejar de funcionar en el mismo momento en que venía cargada con las compras.

—El jodido carro, Cleo. Tenías que habértelo llevado —rezongó una vez más. Se apartó el pelo de la cara y se subió las gafas antes de recoger las bolsas y emprender el camino hacia su piso—. Aunque con la suerte que llevo hoy me habría dejado alguna rueda en el camino.

Dios. Lo que daría por estar ya debajo de la ducha, con el rostro enfrentando el chorro del agua caliente mientras dejaba que esta se llevase consigo todos los sinsabores del maldito día.

Sin embargo, la mala racha que había arrancado con la precipitada muerte de su coche esa mañana no tenía intención despegarse de ella todavía.

—¡Que alguien llame a la policía! ¡Me han robado! ¡Me han agredido y se han llevado mi collar de perlas! ¡Oh, dios! ¡El legado de mi madre!

La estridente voz de la mujer que vivía al final del pasillo llegó a ella anunciando su presencia. La señora Gibons era una dama octogenaria que se ganaría un Oscar a la mejor actuación melodramática; la anciana tendía a desvariar y protagonizaba a menudo episodios como aquel. Con el tiempo se había acostumbrado a ignorarla, especialmente durante las últimas semanas en las que la mujer la había convertido en el blanco principal de todas y cada uno de sus episodios demenciales.

—Buenas noches, señora Gibons —la saludó sin detenerse—. ¿Ya le han robado otra vez el collar de perlas? ¿Cuántas veces van ya? Esta debe ser la doceava.

Ni siquiera el amable saludo evitó que su excéntrica vecina lanzase un dedo huesudo en su dirección.

—¡Tú! ¡Tú me robaste! ¡Furcia! ¡Fulana! —clamó a voz en grito—. Entraste a mi casa… ¡Policía, que alguien llame a la policía! ¡Me ha robado! ¡Me ha robado mi collar!

Se limitó a poner los ojos en blanco e ignorar a la mujer. Todo lo que quería era dejar el peso que llevaba en el suelo y entrar en su hogar para así perder de vista a la irritante mujer.

—Por supuesto, señora Gibons, le llamaré a la policía tan pronto entre en casa.

Como era de esperar, los gritos empezaron a atraer la atención de los otros vecinos.

—¿Ya estamos otra vez, Nora?

Se giró para mirar a la vecina que vivía en la puerta contigua a la de la escandalosa señora, con un delantal manchado de harina y espátula en mano miraba a la anciana con cara de pocos amigos.

—Nadie ha entrado a robarte y no has tenido en toda tu vida un collar de perlas, así que deja de dar alaridos y métete en el condenado piso.

Pero la mujer no parecía tener intención de desistir en su representación. Lo dicho. Digna de un Oscar.

—¡Ella! ¡Ella me robó! ¡Entró en casa y me golpeó en la cabeza! —declaró añadiendo

ahora más drama a su actuación—. Mira, mira… tengo un chichón enorme. ¡Ladrona! ¡Maltratadora!

La mujer sacudió la cabeza y se giró en su dirección.

—Cleo, cariño, entra en casa. Esta loca no se callará hasta que lo hagas —le sugirió—. Esta noche la ha tomado contigo.

—¿Solo esta noche? —respondió con deje irónico. Dejó las cosas a los pies de su puerta y empezó a hurgar en el bolso en busca de las llaves—. Lleva con esa colorida retahíla de acusaciones desde hace más de una semana. ¿Todavía no han dado con su sobrino?

Hasta dónde sabía, la señora Gibons estaba a cargo de un sobrino, uno que parecía pasar más tiempo de viaje que cuidando de su anciana y perturbada tía.

—Ese bueno para nada dice que nos quejamos por deporte —chasqueó la mujer—. Pero tú espera a que presente una denuncia en la comisaría de policía, solo espera. Ya verás cómo ese bueno para nada viene entonces corriendo con el rabo entre las…

Ni siquiera pudo terminar la frase, pues la anciana volvía a la carga.

—¡Un arma! ¡Tiene una pistola! —cambió ahora de táctica, señalándola una vez más—. La lleva en el bolso. ¡Me quiere matar! ¡Ayuda! ¡Ayuda, ayuda a una pobre anciana!

—Nora, por amor de dios, deja de decir estupideces —se exasperó su vecina.

—¡Una pistola! ¡Tiene una pistola!

Cleo se limitó a poner los ojos en blanco, sacó las llaves y se giró hacia la chillona mujer.

—Señora Gibons, ¿por qué no va a ver la televisión un ratito? —le sugirió al tiempo que le señalaba la puerta entreabierta del piso con un gesto de la mano.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me quiere matar!

No sabría decir quién de las dos quedó más sorprendida al ver cómo la anciana daba media vuelta y empezaba a correr al tiempo que agitaba los brazos.

—¡Una pistola! ¡Tiene una pistola! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Nora, por amor de dios…

—¡Socorro!

—Señora Gibons, yo no llevo ningún…

El brusco impacto que recibió desde atrás la dejó sin palabras e hizo que perdiese las gafas cuando se vio impulsada hacia delante. Cayó sin remedio contra el duro suelo en un contacto tan íntimo y brutal como lo era lo que se le había echado encima y la presionaba contra las baldosas. Apenas tuvo tiempo de jadear en busca del aire perdido cuando sintió que le retorcían una mano y luego la otra hasta inmovilizarlas contra su propio trasero.

—Pero qué coño… —gimió estupefacta.

—Por el amor de dios…

—No te muevas —escuchó la dura y firme voz masculina por encima del barullo—. ¿Está usted bien, señora Gibons? ¿Está herida? ¿Necesita una ambulancia?

Parpadeó sin poder creerse lo que estaba oyendo. ¿Herida? ¿Una ambulancia? Pero…

—Por los Cañones de Navarone, ¿qué es todo este jaleo?

El repiqueo era el inconfundible sonido del bastón del señor Merlot, el veterano de guerra que vivía en la planta de arriba.

—No se preocupe, señor Merlot —respondió esa voz profunda y masculina a su espalda —. Señoras, vuelvan a sus viviendas. Por favor, ocúpense de que la señora Gibons…

—Hijo, estás cometiendo un tremendísimo error —lo atajó el veterano.

Y vaya que era tremendo, pensó atónita ante lo que acababa de suceder. La vergüenza y la indignación llegaron a partes iguales e hicieron que emitiese un chillido de rabia y empezase a

forcejear por soltarse.

—¡Quíteme las manos de encima, mentecato! —clamó revolviéndose bajo él—. ¡Suélteme, desgraciado!

—Estate quieta, muchacha. —La apretó incluso más contra el suelo y pudo notar su aliento al oído al igual que una cada vez más dura protuberancia presionándose contra su trasero —. Deja de moverte o…

Su voz se perdió casi al mismo tiempo que sintió cómo enterraba la nariz contra su cuello y escuchaba lo que parecía un bajo gruñido.

—Estate… quieta… Por dios, lobita, qué bien hueles.

¿Qué se estuviese quieta? ¿Lobita? ¿Oler? Se puso tensa al notar lo imposible, entonces empezó a chillar, patalear y revolverse con mayor ímpetu.

¡Ese cabrón le estaba clavando la erección en el culo!

—¡Quítame las manos de encima, pervertido! ¡Acosador!

La ayuda llegó enseguida de manos de la espátula de la señorita Evelyn, quién parecía haber salido por fin del shock en el que ella misma había caído.

—¡Suéltela ahora mismo! ¡Suéltela, le digo! —clamaba la mujer sin dejar de golpearle.

—Señora, ¿quiere dejar de darme con eso? —se quejó el desconocido—. Soy policía, lo tengo controlado. Encárguense de la señora Gibons y…

—Jeremy, hijo, suelta a Cleopatra —escuchó ahora la voz del anciano unos instantes antes de ver el bastón a su lado—. La muchacha no ha hecho nada, no dañaría ni a una mosca. Nora siempre da esta clase de espectáculos, está… ya sabes… mal de la cabeza.

—¿Cleopatra? —escuchó ahora la voz del susodicho y no pudo evitar estremecerse ante la forma en que pronunció su nombre.

—¡Suelte a la muchacha, palurdo! —insistió su vecina—. Déjela ir ahora mismo. Ay dios mío. Cleo, pequeña, ¿estás bien?

En cuanto el peso que la oprimía empezó a aligerarse y la presa sobre sus manos desapareció, culebreó bajo aquellas piernas y se escurrió hasta liberarse de él. Sin gafas, no es que viese gran cosa, pero aquella mole estaba lo suficiente cerca como para que apreciase sus rasgos.

Era realmente enorme, pensó mientras contemplaba al desconocido, un verdadero gigante y a juzgar por el gesto de incomprensión que bailaba en sus ojos, todavía no se había dado cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Um, yo… ¿alguien es tan amable de explicarme qué pasa aquí?

Entrecerró los ojos, apretó los labios y se incorporó a medias, lo justo para mirarlo a los ojos.

—Gilipollas.

La mano salió disparada sin más hacia el rostro masculino dejándole escritos los cinco dedos de su mano derecha.

—Creo que esa es la explicación más rápida y contundente de todos los tiempos —aseguró el señor Merlot. El anciano no dudó en tenderle la mano a modo de ayuda—. ¿Estás bien, querida? No se lo tomes a mal. El agente Macoy acaba de mudarse al edificio y todavía no conoce a sus vecinos. Jeremy, Cleo DeGucci vive en la puerta contigua a la tuya.

El hombre se limitó a tragar, se levantó y le tendió también la mano.

—Le debo una disculpa, señorita DeGucci —le dijo y parecía verdaderamente arrepentido, así como algo avergonzado—. No pensé… solo… actué… y… tu aroma…

Ignoró su mano, rescató sus gafas y sus cosas y se incorporó. Se alisó la ropa y lo fulminó

con la mirada.

—Métase sus disculpas dónde le quepan, capullo —escupió, dio media vuelta y no esperó ni contestó a ninguna de las preguntas y muestras de preocupación. Todo lo que quería era meterse en su casa y desaparecer.

Si tenía suerte, se moriría de vergüenza y no tendría que dar la cara nunca más.

Fantástico, ese maldito día estaba resultando ser sencillamente fantástico.

CAPÍTULO 1

—Tu semana está a punto de dar un vuelco. No te cierres a nuevas experiencias. Abre la ventana y deja que entre la suerte —Cleo leyó con gesto aburrido el horóscopo que le aparecía en el móvil—. Número de la suerte el cinco. Color, marrón.

Bufó ante la estupidez que se reproducía en la pantalla. ¿Nuevas experiencias? ¿No eran suficientes las que había tenido últimamente? ¿Qué día era hoy? ¿viernes? Sí. Eso la dejaba exactamente en el número ciento ochenta y uno de su nueva y patética vida. Aunque, bien mirado, prefería su patética vida actual a la que había tenido hasta entonces.

Mordió el croissant con saña, se lamió el chocolate de los labios que iría a engordar sus ya de por sí llenas caderas y miró la pantalla con ojos extraviados.

—Lo último que necesito ahora mismo son nuevas experiencias —rezongó y miró con recelo el sobre que sobresalía por encima de las páginas de su libro, la invitación que el capullo de su ex le había hecho llegar esa misma mañana a la clínica veterinaria.

La invitación a una jodida boda.

La suya con la tetuda a la que había pillado seis meses atrás y que hizo que descubriese quién era Devon en realidad.

¿Cómo demonios se hace para vivir cinco años con un hombre y no saber que se está tirando todo lo que se mueve? ¿Cómo narices no sabes que estás durmiendo al lado de alguien que necesita *más* y que lo busca fuera?

En cierto modo ahora todo tenía sentido. La monotonía en la que se había convertido su vida en común, la falta de comunicación, las inesperadas ausencias, sus cambios de humor y la decadencia de su vida sexual.

Quizá, como él la había acusado en esa primera y última discusión, no se había molestado en preguntar. Su relación había sido la de dos mejores amigos. Dos personas que se conocían desde la infancia, que fueron al mismo instituto y terminaron compartiendo un piso años después de pura casualidad.

El que hubiesen acabado en la cama no era más que otro error, se percataba ahora, uno provocado por el alcohol y los excesos de una noche de fiesta que los llevó a traspasar la línea de la amistad e incursionar en una posible relación y de ahí a planear una boda que nunca llegaría a celebrarse.

No. No se celebró porque aquella tetuda vestida de cuero que le comía la polla a su prometido mientras él le decía lo malo que había sido, la había dejado en shock.

Oh, sí, ¡jodida revelación!

«Puedo explicarlo, Cleo».

La frase más trillada en la historia de los cuernos y que surgió de entre sus labios mientras meneaba la húmeda polla que acaba de extraer de los labios de la tetuda.

Se llevó la mano al puente de la nariz y se la apretó levantando las gafas.

No recordaba mucho de sus intentos de explicarse, solo el runrún de fondo y los *«te veo el jueves a la misma hora, cariño»* de la tetuda. Y ni siquiera eso tenía realmente sentido. No. Nada tuvo sentido hasta que sacó la maleta del armario y empezó a recoger sus cosas.

‹‹Cleo, tengo necesidades que tú no puedes cubrir. Necesitaba descubrirme a mí mismo, pero eso no quiere decir que no te quiera. Eres mi mejor amiga››.

Primera bola fuera del campo.

La primera frase nada más empezar a meter sus cosas dentro de la maleta había sido esa, luego le siguieron una larga fila de rocambolescas explicaciones y justificaciones que le dijeron, sin lugar a duda, que había tirado con los últimos seis años de su vida sin darse siquiera cuenta.

«Nuestra relación nunca ha sido típica, Cleo».

«Íbamos a casarnos».

«Hemos sido más tiempo amigos que otra cosa».

«Pero íbamos a casarnos».

«Tengo necesidades y tú no podías…».

«¡Coño! ¡Que íbamos a casarnos!».

La conversación había ocurrido más o menos de esa manera. Él se había disculpado, le dijo que nunca había querido engañarla, que no deseaba que se enterase de esa manera, que ella seguía siendo importante para él y sentenció aquella vista preliminar con la frase decisiva.

‹‹Todavía quiero casarme contigo, Cleo. Necesitas de alguien que te cuide y yo todavía quiero ser el que lo haga. ¿Podrás comprender que necesito más de lo que encuentro contigo?››.

El taxista se había ganado la propina y con justicia por haber llegado en menos de cinco minutos y cargar él solito con las maletas.

Seis años de su vida tiradas a la basura, seis años en los que había sido una completa estúpida que no se había enterado de nada.

Y ahora el hijo de puta se casa y tiene el morro de invitarte a la boda. ¿En qué mierda de mundo alternativo cree que vives?

‹‹Confío en que al menos podremos seguir siendo amigos››.

Otra frase típica a la que había respondido con un gesto también típico; su dedo corazón mirando al cielo por la ventanilla del taxi.

Y ahora el estúpido horóscopo del móvil le decía que no se cerrase a nuevas experiencias, ¿dejaría algún día el karma de burlarse con tanta saña de ella?

—Peli ñoña y helado de chocolate —masculló en voz baja. Aquel sería el plan para esa noche.

El letrero del bus anunció la siguiente parada. Se bajaba aquí. Su nuevo piso no era precisamente para echar cohetes, estaba segura de que era incluso más viejo que ella, pero al menos no había gilipollas ocupándolo, lo cual tenía que ser un verdadero consuelo.

Se terminó el croissant con dos bocados, se lamió los dedos y se aseguró de que el bolso iba bien sujeto, al igual que el libro que llevaba bajo el brazo y la bolsa de la confitería. El autobús disminuyó la velocidad y, como sardinas enlatadas, toda la gente que se bajaba en esa parada procedió a empujar para ser los primeros en abandonar el vehículo.

Saltó del mismo como toda una atleta olímpica, correteó fintando a los demás pasajeros sobre sus tacones de doce centímetros —necesarios para conferirle una altura adecuada— y salió a la calle. A esas horas de la noche esa parte de la ciudad estaba tranquila, no había mucha gente que cogiese la misma salida, así que disminuyó la velocidad y continuó su paseo con dignidad.

Había sido todo un cambio, pensó mirando los edificios aledaños que conducían a su calle, nada que ver con la zona cosmopolita en la que había estado viviendo los últimos años con Devon. De todos modos, ese había sido precisamente el motivo de mudarse a Lincoln, Nebraska y abrir allí su propia clínica veterinaria; alejarse del pasado todo lo que podía.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver por fin la escalinata de su edificio al final de la calle, no veía la hora de llegar a casa y meterse en la anticuada bañera para mimarse con un relajante baño de espuma. Se pondría su pijama favorito y se arrellanaría en el sofá a ver una

película y comerse todo un bol de helado si se le antojaba.

—El helado de chocolate siempre lo soluciona todo —canturreó. Sujetó bien el libro bajo el brazo y empezó a bucear en el interior del bolso en busca de la llave.

—No entiendo cómo en algo tan pequeño pueden perderse las jodidas llaves —refunfuñó al tiempo que sacaba el llavero—. Abre la ventana y deja entrar la suerte —parafraseó la línea que había leído en su horóscopo—. Esa no conoce ni mi dirección.

Haciendo sus pensamientos a un lado, apuró el paso, subió los primeros dos escalones a la carrera pero no llegó a alcanzar el tercero, pues el tacón del zapato se rompió lanzándola de golpe contra el suelo. De no haber puesto las manos y una rodilla por delante, se habría comido sus propios dientes y las gafas.

—Joder, eso sí que ha sido una buena plancha —escuchó a su espalda—. ¿Estás bien?

Arrugó la nariz y se giró lentamente para ver a alguien a los pies de la escalera, su mirada, sin embargo, no estaba puesta en su cara.

—¿Te gusta lo que ves? —le escuchó murmurar mientras entrecerraba los ojos. Un segundo después sus labios se estiraban en una pícara sonrisa—. Más de lo que te imaginarías.

Con un ahogado grito se bajó inmediatamente la falda del vestido que se le había subido con la caída e intentó ponerse en pie. El eslogan que acababa de poner en palabras estaba escrito sobre la tela de las bragas y venía acompañado por la silueta de una sexy gatita.

El rubor le inundaba el rostro mientras se ponía en pie y se quitaba rápidamente el zapato roto. Al mismo tiempo, el recién llegado recogía el libro, la invitación y la bolsa de la confitería que había salido despedida en la aparatosa caída.

—¿Se ha hecho daño, señorita DeGucci?

Se subió las gafas con un dedo y contuvo una expresión estoica mientras contemplaba a su exultante vecino pero fue incapaz de evitar que el calor siguiese bajando por su rostro e iluminando de un tono rojizo su piel clara.

El hombre era como una maldita plaga. Allá por dónde iba, arrasaba con todo y no era para menos. El policía de la unidad de narcóticos tenía la complexión de un armario, era endiabladamente alto y poseía los ojos más inquisitivos que había visto jamás en una persona.

Jeremy Macoy era el vecino favorito de todas las señoras del edificio e incluso de algunos de los ancianos, especialmente del señor Merlot. Pero a ella no la engañaba con esa sensual sonrisa o educados modales. No era una boba que se dejaba engatusar por esos ojos y el ritmo acelerado de su respiración cada vez que lo veía se debía a la irritación que suponía su presencia y al recordatorio de cómo se habían conocido en primer lugar.

—Estoy perfectamente, gracias —declaró alzando la barbilla con aire autosuficiente.

Los ojos color miel se encontraron con los suyos y esos jugosos y llenos labios se curvaron en una socarrona sonrisa mientras le devolvía el libro y la bolsa.

—No pensé que fueras tan bajita —comentó recorriéndola con la mirada mientras le entregaba las cosas, aunque se negó a soltarlas—. Pero me gusta, eres tamaño muñequita.

Le entraron los siete males. Le arrancó de las manos el libro y la bolsa, le dedicó una de sus fulminantes miradas y le dio la espalda.

—¿No piensas perdonarme por lo de esa noche? —escuchó a su espalda. Había dejado el trato formal para tutearla, algo que empezó a hacer después de que le cerrase varias veces la puerta en las narices tras el lamentable episodio que había protagonizado por su culpa—. Te lo juro, Cleo, fue un enorme error. No estaba pensando con claridad, ni siquiera estoy seguro de hacerlo ahora. Nena, lamento profundamente lo que ocurrió.

Y ya podía sentirlo, pensó irritada. La había placado como un jugador de fútbol americano

y todo porque esa desquiciada del 5º C había montado uno de sus numeritos. Los que vivían en el edificio ya conocían las paranoias de Nora Gibons, pero el nuevo inquilino contiguo a su puerta, no.

Decir que terminó en el suelo, con las manos a la espalda y esos noventa kilos sobre sus piernas mientras la contemplaban los vecinos, fue suficiente para hacer que lo odiase de por vida.

—No me llames nena —siseó al tiempo que apretaba los dientes por la punzada de dolor que notaba ahora en la rodilla. Intentó no cojear, recogió las llaves que habían volado hasta la puerta y abrió.

—Cleo…

No se molestó en mirar atrás, desde ese mismo momento, el capullo estaba en su lista negra.

—Buenas noches, señor Macoy.

Lo escuchó subir las escaleras rápidamente y al instante tuvo una enorme mano masculina sujetándole la puerta abierta.

—Vamos en la misma dirección —se justificó él cuando le dedicó de nuevo esa mirada destinada a no hacer prisioneros.

No respondió, no quería ni siquiera estar cerca de él, si tenía que subir los cinco malditos pisos a pie, lo haría. Cualquier cosa antes que compartir el ascensor con el maldito policía que le había clavado la polla en el culo mientras la estaba esposando y que hacía que todo su cuerpo desease empezar a bailar samba.

CAPÍTULO 2

Si las miradas matasen, las de esa mujer lo habrían convertido en fiambre en el mismo instante en que se conocieron, pensó Jeremy. De hecho, debía estar contento de que dicho encuentro se hubiese saldado solo con una bofetada después de haberla tirado al suelo e inmovilizado con las manos tras la espalda.

Había salido de una de las vigilancias más largas de los últimos tiempos, el caso que investigaba se había saldado con varias bajas innecesarias que lo habían dejado tocado. Peschong lo había obligado a cogerse unos días libres a causa de ello —y también por haberle pegado un puñetazo al capullo del nuevo—, para que descansase y se despejase.

Su mal humor se había unido entonces a los gritos de la anciana del piso frente al suyo, la había escuchado a medida subía las escaleras y su vena policíaca había tomado el mando.

¿Cómo diablos no la olió? ¿Cómo no captó su aroma en el mismo instante en que puso un pie por primera vez en el edificio?

Tragó al notar cómo su sexo recordaba perfectamente esa irregular detención. Por primera vez en su vida se había excitado con los contoneos de una mujer mientras ejecutaba una detención, su aroma lo había sacudido entonces haciendo que su lobo interior levantase la cabeza y se pusiese totalmente alerta. Lo que empezó como perpleja sorpresa, pronto se convirtió en masculina apreciación ante la blandura de la curvilínea mujer que retenía bajo él y el dulce y apetitoso aroma que disparó sus hormonas; acababa de hacerle un placaje a su compañera, la mujer que su lobo había reconocido y en la que no había podido dejar de pensar desde ese mismo instante.

Pero su momentánea perplejidad había durado lo que les llevó a sus vecinos sacarlo del error cometido.

Una de las inquilinas de la misma planta, armada con una espátula de plástico, comenzó a pegarle con ella y un segundo después el veterano del piso de arriba caminaba hacia ellos y chasqueaba la lengua diciéndole que había hecho un arresto innecesario; la mujer era inocente y la anciana que había gritado tendía a esos episodios de locura continua en la que o bien se le quemaba la casa o convertía en ladrón a la primera persona con la que se topaba.

Sí, su primera toma de contacto con la señorita Cleopatra DeGucci había sido memorable en muchos sentidos.

Desde ese momento había intentado disculparse con ella de todas las maneras posibles. La arrolladora necesidad que le provocaba su aroma, el deseo inconfundible que esa hembra despertaba en él lo había llevado a pasar toda la jodida semana en una especie de nube de frustración y rabia que se convertía en irrefrenable deseo cuando volvía a verla, pero su obstinada y rencorosa vecina no parecía tener la más mínima intención de concederle perdón alguno.

Acababa de dar precisamente su tercera vuelta a la manzana cuando captó su aroma. Desde esa primera toma de contacto, desde que su presencia y olor despertó al lobo en su interior todo en lo que podía pensar era en reclamarla. Quería lamer esa suave y blanca piel, quería saber si su sabor estaba a la par de su voluptuosidad, quería morderla, marcarla profundamente y hacerle comprender que era suya y solo suya. La frustración a la que se veía sometido con sus continuos desaires lo había llevado a adoptar esas salidas, necesitaba correr, drenar de su sistema

la energía y desesperación antes de que la cercanía de esa hembra lo llevase a cometer una estupidez. Cualquiera pensaría que un alfa tendría un poco más de disciplina, pero la suya se había evaporado en el mismo instante en que ella entró en escena.

Maldito emparejamiento.

Cuando la vio enfilar hacia la calle en la que ambos compartían edificio, vio la oportunidad de intentar un nuevo acercamiento. Su insistencia en obtener el perdón de esa mujer empezaba a resultar obsesivo y sabía perfectamente que no era más que una excusa para lo que realmente quería. No había hecho más que enfilar la breve escalinata de entrada cuando escuchó el chasquido del tacón del zapato y la vio precipitarse hacia delante hasta quedar espatarrada sobre las escaleras. La falda del vestido se le había levantado de modo que pudo apreciar esas divertidas braguitas con un eslogan tan directo que no pudo evitar dar la respuesta en voz alta.

Su beta se había reído hasta las lágrimas cuando le había contado lo ocurrido la semana anterior, tanto él como el alfa de la región limítrofe a la suya solían reunirse cada semana para echar una partida de póker, especialmente desde que había tenido que trasladarse momentáneamente a Lincoln para prestar servicios en la Unidad de Narcóticos del condado. Solían cuadrar sus días libres para poder pasar la noche en casa de alguno de ellos y disfrutar de una masculina velada entre cervezas, pizza y juegos de cartas.

Lástima que la pequeña muñequita que era Cleo DeGucci no tuviese su mismo sentido del humor.

—¿Sube? —le preguntó señalando el ascensor.

Ambos vivían en la quinta planta, curiosamente su vivienda estaba pegada a la de ella, lo que hacía todavía más inexplicable el cómo demonios no la había percibido antes.

Había oído que cada emparejamiento era distinto, pero no oler a su compañera hasta haber caído sobre ella le parecía un poquito… extremo.

—Después de ti —le ofreció caballeroso.

Como respuesta, entró en el ascensor y oprimió el botón del quinto, la siguió al interior solo para verla salir antes de que las puertas se cerrasen dejándolo solo, encerrado y con un palmo de narices mientras le dedicaba una cínica despedida con la mano.

—Buenas noches, señor Macoy.

Las puertas se cerraron por completo al punto de quedarse mirando su distorsionado reflejo en el metal.

—Y me la ha jugado de nuevo.

Aquel era solo uno de los molestos requiebros que llevaba haciéndole toda la semana. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces en las que se había negado a aceptar sus disculpas, como las palabras no funcionaban lo intentó con flores solo para encontrar los ramos totalmente deshojados delante de su puerta, la cesta de fruta acabó en las manos de la señorita Evelyn, quién le dijo que ya no estaba en edad para cortejos, pero que se lo agradecía en el alma. A estas alturas ya se trataba de una cuestión de orgullo obtener el indulto de esa mujer.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza. Cleo era muy ingeniosa, su terquedad empezaba a resultarle tan atractiva como esas voluptuosas curvas que lucía con tanto orgullo. No era una mujer al uso, su estereotipo era perfecto para él y casaba más que bien en sus gustos. Era un hombre grande y le gustaba tener una mujer suave y con carnes debajo de él, alguien que no se fuera a romper si la tocaba. El que esa mujer fuese además su compañera, no era sino otro problema añadido, uno que estaba más que dispuesto a solventar.

Cuando se trasladó a Lincoln por trabajo y alquiló el pequeño piso lo hizo pensando en una estancia corta. Como alfa de la región Medio Oeste, estaba a cargo de las Grandes Llanuras y

de los miembros de la manada afincados dentro del territorio. El que además fuese nuevo en el cargo, pues incluso diez años era todavía un periodo demasiado corto para hacerse con el nombre y confianza de la manada, suponía más un hándicap que un beneficio. El que el anterior alfa hubiese sido su padre añadía un peso a mayores, uno que no había dejado de notar desde la noche en que los dejó.

Con todo, no era un hombre que se amilanara ante los desafíos, por el contrario, los encontraba estimulantes.

—Y ahora tengo que lidiar además con una nueva compañera —murmuró para sí, se pasó la mano por el pelo y suspiró.

Ni en sus más salvajes pesadillas pensó tener que enfrentarse a algo como esto. Había estado demasiado ocupado preocupándose por cómo manejar los asuntos de la manada, por cómo ser un buen alfa para tener que pensar en algo tan remoto como una posible compañera.

Cleo DeGucci. Una mujer humana que quería sus intestinos en una bandeja de plata.

Sacudió la cabeza y miró el contador del ascensor cuando sintió el teléfono vibrando en el interior de su chaqueta.

—Qué oportuno —murmuró al ver el nombre en la pantalla del teléfono—. ¿Tanto me echas de menos que no puedes esperar ni una hora para verme la jeta?

La respuesta llegó precedida de un profundo bufido.

—Qué puedo decirte, Jer, vivo para hacer tu vida más interesante.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante las palabras de su beta. Jim Beverly era la clase de lobo que uno querría tener a su lado durante una crisis y lejos el resto del tiempo.

—No me digas —bufó—. ¿Qué tiene tanta urgencia como para que me llames y no me lo digas cuando llegues?

—Murdock ha llamado otra vez, se ha reportado la desaparición de uno de los jóvenes de nuestra manada.

Gruñó por lo bajo. Aquella era la segunda desaparición que se reportaba en los últimos meses. La anterior había venido del territorio colindante, el que regía Galen Stavros.

—¿Alguna pista sobre su paradero?

—Ninguna —declaró de inmediato—. Es como si se hubiesen esfumado en el aire. Murdock está en contacto con Galen para mantener una patrulla constante en las fronteras, pero nadie ha visto nada ni sabe nada.

—Que siga rastreando la zona —pidió al tiempo que se frotaba la frente con gesto cansado —. Y ya que estás al teléfono, socio, tráete un pack de cervezas extra cuando vengas.

—Roger, lobito.

Sin otro comentario más cortó la llamada dejándolo con el teléfono pegado a la oreja. Sacudió la cabeza y volvió a mirar el panel de los pisos, pronto llegaría a su planta. Dudaba que esa díscola lobita corriese con la rodilla lastimada por la caída. Se la había raspado, nada grave por lo que vio, pero le dolería lo suficiente como para no cometer una estupidez únicamente para escapar de él.

Las puertas se abrieron y, como suponía, llegó antes que ella. No había rastro de la fémina en el pasillo y sí en los ruiditos que procedían desde las escaleras. Ese edificio era como un viejo cascarón en el que se oía todo.

Su lobo empezó a agitarse, sintió el cambio en sus ojos, el dolor en los dientes y tuvo que obligarse a recular y respirar profundamente. La deseaba, la deseaba con una desesperación que empezaba a rayar la locura. Sacudió la cabeza y retrocedió, le habría gustado quedarse y esperarla, intentar una nueva aproximación, pero sus compañeros llegarían de un momento a

otro; esta vez le tocaba a él organizar la partida semanal.

Echó un último vistazo y suspiró.

—Este juego del gato y el ratón no va a durar mucho tiempo más, lobita —musitó para sí —. Antes o después, este lobo te dará caza y cuando lo haga, no podrás escapar.

Solo esperaba que durante el proceso, su curvilínea e irritante compañera no sufriese de un ataque de nervios cuando descubriese que él era mucho más de lo que parecía, mucho más.

Cleo apretó los dedos alrededor de la cuchara cuando escuchó de nuevo los gritos y la algarabía al otro lado de la pared. Ya no se trataba solo del ruido, el cual creía haber ahogado con los auriculares, sino de que sus adorados libros empezaban a temblar después de cada una de las explosiones de euforia.

Intentó volver a concentrarse en la película sin éxito, el delicioso helado había comenzado incluso a derretirse convirtiéndose en una masa aguada marrón nada apetecible.

¿Es que aquel maldito día no iba a terminar nunca?

Bajó la mirada a su rodilla, le había puesto una bolsa de guisantes en un intento por aliviar el hinchazón y el entumecimiento pero empezaba a verla convertida en un balón.

Resopló y se aferró al sofá para no salir disparada cuando una nueva oleada de gritos hizo vibrar las viejas paredes de su vivienda.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —rezongó al tiempo que dejaba el recipiente de helado de golpe en la mesa, se quitaba los auriculares y cogía la bolsa de guisantes y la estampaba ella misma contra la pared.

Se levantó y se arrastró cojeando hasta la estantería para empezar a propinar sus propios porrazos a la pared.

—¡Un poco de silencio! ¡Este es un edificio antiguo y los demás queremos tranquilidad!

Oyó sonidos del otro lado, murmullos, movimientos de sillas al que no tardó en seguir un tamborileo tan fuerte contra la misma pared que el mueble empezó a temblar y solo tuvo tiempo de apartarse de un salto antes de que su busto favorito cayese al suelo haciéndose pedazos.

Se llevó las manos a la boca y abrió los ojos en un completo gesto de horror, empezó a temblar mientras veía a sus pies los fragmentos de su objeto favorito.

—Oh dios, oh dios, oh dios, oh dios… —jadeó viendo los trozos esparcidos delante de sus zapatillas de conejita—. Oh dios mío…

Recogió la parte frontal que ahora se había convertido en una macabra máscara de la escultura y se obligó a no hiperventilar. Respiró una y otra vez, respiraciones profundas y lentas, pero eso no ayudó a calmarla ni un poco.

—¡Maldito hijo de puta! —clamó a voz en grito.

Giró sobre su pierna sana y atravesó, a toda la velocidad que su rodilla hinchada le permitía, su reducido piso.

Cleo se consideraba una persona tranquila y juiciosa, tendía a la paciencia y al diálogo, su trabajo como veterinaria le exigía calma y seguridad, pero ese hombre no era uno de sus peludos pacientes y había acabado con todas y cada una de sus reservas en tan solo un instante un encuentro.

No le perdonaba la vergüenza que la hizo pasar, se había sentido ultrajada, burlada y profundamente herida al ser acusada sin pruebas. Hacía que le entrasen los mil males con solo recordar esa maldita escena en la que se convirtió en la indeseada protagonista. La había placado como si fuese un jugador de rugby, sentándosele encima y retorciéndole las manos a la espalda…

¡y todo delante de sus vecinos!

Cerró los ojos y luchó por respirar, por dejar que el aire entrase en sus pulmones, pero el duro recordatorio que todavía retenía entre los dedos le hacía la tarea ligeramente complicada.

Abrió la puerta de la calle, salió al pasillo y recorrió la exigua distancia que la separaba de la vivienda de su jodido vecino. La algarabía se hizo incluso más presente, podía escuchar el murmullo de risas y voces masculinas, lo que corroboraba que tenía invitados. Miró la cara de yeso entre sus dedos.

—Jeremy Macoy, haga el favor de abrir la puerta ahora mismo. —Empezó a palmear la madera cuando el timbre no le dio la respuesta que deseaba—. Señor Macoy…

La puerta se abrió entonces de golpe y tuvo que dar un paso atrás cuando un hombre igual de grande que un armario ropero apareció llenando el umbral; ese no era su vecino. Vestido con unos viejos vaqueros y una camiseta con el logotipo de algún equipo de fútbol o baloncesto, el extraño la mirada con los ojos entrecerrados mientras le hacía el boca a boca a una botella de cerveza.

—Holaaa, ¿y tú quién eres, *ternerita*?

Enarcó una ceja ante el extraño y nada halagüeño apodo y levantó la barbilla.

—Busco al señor Macoy —le informó al tiempo que se cruzaba de brazos—. Le agradecería…

—¿Señor Macoy? —repitió con un tono de voz que evidenciaba la sobrepasada ingesta de la muestra que llevaba en la mano. Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa y se giró hacia el interior de la vivienda sin soltarse del marco de la puerta—. Ey, Jim, aquí hay una ternerita que pregunta por un tal ‹‹señor Macoy››.

Una sonora carcajada le llegó desde el interior.

—¿Señor Macoy? Ya no queda nadie aquí que responda a ese nombre, se lo ha llevado la riada —respondió una profunda voz masculina que se hizo más cercana a medida que el propietario se acercaba a la puerta—. Será un milagro si sobrevive, aunque dudo que le quede mucho de ‹‹señor Macoy›› después de eso.

El recién llegado era de la misma altura que su compañero, aunque ligeramente más delgado. Tenía unos vivos ojos marrones y lo que parecía la sombra de barba de unos cuantos días. Apoyó el antebrazo sobre el hombro de su amigo y se inclinó hacia delante para luego recorrerla con la mirada desde los pies hasta la cabeza.

—Oye, ¿y tú de dónde has salido, pequeño arcoíris? —entrecerró los ojos y se inclinó un poco más al punto de dar la impresión de que podría caerse de bruces en cualquier momento. Entonces alzó la nariz y, si no creyese que era imposible, diría que la olfateó—. Um… hueles de manera familiar. Y mírate, pareces una de esas muñequitas redondas y con rostro simpático que se meten unas dentro de otras. ¿Cómo se llaman, Santana?

El aludido lo miró y se encogió de hombros haciendo que su amigo casi fuese al suelo de bruces.

—Y a mí qué me preguntas —negó llevándose de nuevo la cerveza a los labios. El cuello de la botella nunca llegó a tocarlos, pues algo captó su atención y supo lo que era cuando lo vio quitarle el trozo de escayola de las manos—. *Hostia puta*, la ternerita le ha arrancado la cabellera a alguien.

Respira, Cleo, solo respira. Se recordó a sí misma. *Son hombres. No se supone que tengan que ser la especie más inteligente del planeta.*

Recuperó el trozo de la figura y se la mostró a ambos con firmeza.

—Esto es lo que ha quedado de un preciado objeto después de que lo hiciesen caer de la

estantería con todos esos golpes —declaró molesta—. Les rogaría que dejasen de hacer tanto ruido y de aporrear mi pared.

—¿Alguien te ha aporreado la pared? ¿Quién ha sido? ¿Dónde está? —se adelantó Santana —. ¡Sal de dónde te escondas, aporreador de paredes!

Apretó los dientes. ¿Le estaban tomando el pelo?

—No veo a nadie, ternerita —negó mirándola una vez más—. Caray, nena, sí que tienes carne a la que echar mano.

Su comentario la habría molestado si no hubiese escuchado en ese preciso instante un bajo gruñido canino procedente del interior de la vivienda. ¿Su vecino tenía una mascota?

Sacudió la cabeza y se concentró en el motivo de su presencia allí.

—Necesito hablar con el señor Macoy…

—Um… me parece que ahora mismo solo podrías hablar con el lobo feroz, ternerita —aseguró al tiempo que lanzaba el pulgar sobre el hombro—. Uno pasado por agua. El chico no está de buen humor, ¿sabes? Problemas de lobas…

Haciendo oídos sordos a su explicación, se inclinó hacia un lado intentando mirar dentro de la vivienda en busca de su vecino.

—¿Señor Macoy? —llamó, pero esa doble pared humana empezó a retroceder, metiéndose de nuevo dentro del piso y dejándola a ella en el pasillo.

—Una mujer obstinada —chasqueó Jim—. ¿Quieres que te coma el lobo, conejita?

Lo fulminó con la mirada, cosa que no hizo sino divertir al gigante.

—¿Qué coño estáis haciendo?

La voz llegó desde el interior de la vivienda, oscura, profunda y envió un delicioso escalofrío por todo su cuerpo. Incongruente, en verdad, pensó Cleo.

—Nada, Jer —contestó el tejano—. Solo es una rolliza y deliciosa ternerita llamando a la puerta.

Ni siquiera tuvo tiempo a reaccionar, en un momento empezaba a sentir cómo se le encendía el rostro y contenía la respiración ante las ultrajantes palabras y al siguiente la puerta se le había cerrado en las narices.

—Esto no puede estar pasando, sencillamente no puede estar pasando —declaró negando para sí misma—. ¿Rolliza y deliciosa ternerita?

Volvió a atacar la puerta con ganas, golpeó con el puño una y otra vez hasta que esta volvió a abrirse mostrando de nuevo a los dos hombres de antes.

—¡Ternerita! —lo recibió de nuevo el tal Santana con gesto exultante—. ¿Necesitas algo, *cariño*? ¿Quieres una cerveza?

Ni siquiera se lo pensó, echó la mano atrás, cerró los dedos y le asestó un contundente puñetazo que impactó entre la barbilla y el labio inferior del hombre consiguiendo que soltase un juramento. Sin sus tacones y dada la altura del imbécil, no conseguía llegar a lo que quería; ponerle un ojo a la funerala.

—Eso para que aprendas modales, gilipollas —siseó al tiempo que sacudía la dolorida mano—. No soy ninguna ternerita.

Dicho eso, dio media vuelta y regresó a su piso.

—Joder…

—¡Hostia puta, tío! —se carcajeó su compañero—. ¡Vaya leche te ha metido! ¡Y con lo pequeñita que es! ¡Ey, Jer! Una mujercita le ha pegado un puñetazo a Santana.

La respuesta llegó acompañada de un bajo y canino gruñido.

—¿Cómo? —contestó su vecino desde algún punto en el interior de la vivienda.

—¡Esa loca me ha pegado! —gimió el agraviado con verdadero asombro—. Y joder, duele…

—¿Loca? No me jodáis —rezongó la voz desde el interior—. ¿La anciana del final del pasillo ha vuelto a la carga?

—¿Quién? —Jim frunció el ceño.

—Estoy borracho, amigo, pero no tanto como para confundir a una linda ternerita como una vaca disecada —argumentó Santana y la señaló cuando estaba abriendo la puerta de su propia casa—. De hecho, si esa es su casa, diría que es tu vecina.

Jim siguió la mirada de su compañero al tiempo que le daba otro trago a la cerveza. Como si algo hiciese conexión dentro de su embriagado cerebro, apartó la botella y escupió el líquido junto con las palabras que salieron disparadas de su boca.

—¡Oh, joder! —prorrumpió en toses—. No me jodas… ¡Es ella!

Su vecino apareció entonces en el pasillo y no podía decir que le sorprendió más, si verlo totalmente empapado, llevando tan solo unos ajustados y breves pantalones cortos de deporte o la expresión de su cara cuando la reconoció.

—Mierda —farfulló cuando sus ojos se encontraron—. ¿Cleo?

Su interior se calentó al instante, un solo vistazo a ese perfecto y enorme cuerpo masculino en una húmeda semidesnudez y su cerebro empezó a licuarse a la velocidad de la luz. Se obligó a cerrar los ojos, respirar y cuando volvió a abrirlos no se le ocurrió otra cosa que lanzarle el rostro de yeso que todavía llevaba en las manos.

—Háganos un jodido favor a toda la comunidad y múdese antes de que arreste a alguien más por equivocación o nos deje sin casa.

Dio media vuelta y entró en el piso cerrando la puerta con fuerza tras ella.

—Joder —masculló mirándose los enrojecidos nudillos—, ahora tendré que ponerle hielo también a la mano.

CAPÍTULO 3

—¿Quién es la fierecilla?

Jeremy se giró hacia Mikel Santana, el alfa del centro de la región suroeste y dejó patente, sin lugar a dudas, lo que su apreciación le causaba. Si fuese inteligente, daría un paso atrás y no volvería a abrir la boca.

Hervía por dentro, su lobo estaba levantando ya la cabeza y enseñaba los dientes queriendo pelea, dispuesto a desafiar al otro alfa; algo que podría resultar en una colosal estupidez.

Por suerte para ambos, Jim, su beta, no estaba tan borracho como el otro hombre.

—Es su compañera, Santana —murmuró en voz baja, en un tono dispuesto a calmar a ambos.

El alfa de Texas parpadeó confuso y abandonó su postura desafiante de inmediato.

—¿La misma a la que casi arrestas por error? —Ahora había más curiosidad en su voz que irritación—. ¿La que placaste en el pasillo delante de tus otros vecinos?

Se obligó a respirar profundamente y mantener el lobo a raya. La sola idea de que esos dos lobos habían estado cerca de su compañera lo estaba enviando al borde.

—Nadie la ha tocado, Jer —le aseguró Jim de manera inmediata—. A juzgar por la actitud que se gasta, de haberlo hecho, nos habría arrancado ella misma la cabeza.

El otro alfa resopló.

—Así que el gancho de derechas que me metió era para ti, no para mí —concluyó con jocosidad—. Interesante ternerita.

Volvió a gruñir, sus ojos clavándose una vez más en el oponente que estaba a su altura.

—Santana, cállate la jodida boca.

El aludido optó por ignorar la agresividad del otro alfa e indicó el interior de la vivienda con un gesto de la cabeza. Su actitud relajada no era más que una fachada, algo destinado a mantenerle bajo control en aquel delicado momento. No era sino una muestra del poder y supremacía que traía consigo la experiencia y la edad en un alfa lupino.

—¿Ya ha dejado de salir agua de esa maldita tubería? —señaló el interior de la casa—. Mira que destrozar la tubería justo cuando tenía la mano ganadora. Joder… creo que me mordí la lengua.

Bufó, no pudo hacer otra cosa.

—Lávala con cerveza.

—Buena idea —aceptó y se pegó al cuello de la botella.

Los miró a ambos e hizo una mueca. Esa noche empezaba a resultar una auténtica pesadilla. Lo que se suponía iba a ser una interesante velada de juego entre amigos se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una yincana canina. Su mal humor y la presencia de sus congéneres había hecho que la partida de póker se volviese un poco más incendiaria que de costumbre, en un momento estaba apostando contra Santana y al siguiente había saltado sobre la mesa en forma de lobo, enseñando los dientes y amenazando al otro alfa por encontrarse demasiado cerca de su compañera; una sin reclamar.

A partir de ese momento todo se había convertido en un jodido caos, el alfa tejano se había negado a aceptar el involuntario desafío, había agarrado la cerveza y había continuado bebiendo

mientras él optaba entonces por emprenderla a mordiscos con todo lo que tenía por delante.

El seguro no iba a cubrir los desperfectos en la vida. Las viejas cañerías de la cocina ya estaban bastante deterioradas y el escucharlas gruñir solo contribuyó a enardecer sus ya alterados nervios. ¿El resultado? Las había utilizado como mordedor y su cocina acabó convirtiéndose en una piscina cubierta.

El agua fría había contribuido entonces a devolverle un poco la razón, solo después de que sus compañeros hubiesen dado con la llave de paso y evitaran así que siguiese mordiendo el chorro del agua como si le fuese la vida en ello.

—Mierda —masculló por lo bajo mientras miraba el trozo de lo que parecía ser algún objeto de escayola tirado a sus pies e hizo una mueca.

Las jodidas paredes eran tan finas que estaba seguro que con toda la movida que había organizado había terminado provocando algún desperfecto.

El aroma de su compañera estaba todavía presente en el pasillo y para él era como un delicioso estofado que lo invitaba a cenar. Casi sin darse cuenta se encontró siguiendo el rastro hasta la puerta de la muchacha para luego llamar.

—¿Cleo?

—Jer, quizá sea conveniente recordarte que vas en *gallumbos* —señaló su beta.

Jim Beverly era una de las pocas personas que se atrevían a decirle las cosas a la cara sin importarle una mierda las consecuencias, así que cuando su padre murió y dejó vacante el puesto de alfa, fue el primero en decirle que se pusiese los pantalones y se hiciese cargo de la manada. Su continuo apoyo y amistad a lo largo de los años, así como la camaradería que se dio entre ellos lo había llevado a tomarlo como su beta, pues no había lobo en quién confiase más.

Se miró y masculló al ver que todavía estaba en pelotas. Ni siquiera se había molestado en ponerse algo más encima después de acabar hecho un churro con todo el tema de las tuberías, la cercanía de su compañera tendía a anular cualquier pensamiento razonable.

—¿Cleo? —Volvió a llamar olvidándose del asunto de la ropa para concentrarse de nuevo en su compañera—. Tengo… err… —miró la estatuilla que tenía en las manos e hizo una mueca —, tu máscara en las manos…

La voz femenina no se hizo esperar. No necesitaba verla para saber que estaba allí, apoyada al otro lado de la puerta, podía olerla, podía sentirla, casi podía notar su calor…

—Puede quedarse con ella —la escuchó rezongar—, así podrá comprar otra idéntica que sustituya la que su pequeña fiesta privada hizo caer de mi estantería. Esto es una comunidad, ¿sabe? Si quiere hacer botellón, váyase al parque.

Hizo una mueca, se lamió los labios y llamó de nuevo con nudillos.

—Siento mucho todo el ruido que hemos causado, se ha roto una tubería en la cocina y…

—Pues llame a un fontanero antes de que destroce el piso entero —declaró con fervor.

Chasqueó la lengua y se pasó una mano por el húmedo pelo. Quería verla, quería tocarla, lo necesitaba con una desesperación que rayaba la locura. ¡Quería derribar esa maldita puerta y hacerla suya!

—Nena, si abres la puerta creo que sería mucho más factible encontrar una solución… —insistió al tiempo que apretaba las manos para evitar lanzarse sobre ese pedazo de madera y hacerlo pedazos.

—No soy su *nena* —le soltó irritada—, y por dios que lo último que me apetece ahora mismo es hablar con usted. Llamaría a la policía, si no fuese porque con mi suerte, acabarían enviándole.

—La muñeca es dura —comentó Santana, quién se había acercado también, aunque optó

por guardar una prudente distancia—. Oiga, señorita, lamentamos mucho haberla molestado pero ¿era necesario que me pegase un puñetazo?

—Me llamó vaca.

—¿Vaca? —repitió Jeremy mirando al culpable con el lobo asomando ya en sus ojos y en su voz—. ¿La has llamado *vaca*?

El alfa respondió involuntariamente, no era necesario que estuviesen en forma lupina para saber que ambos se estaban midiendo. Tenía suerte de que Santana fuese uno de sus mejores amigos y mentor, de lo contrario, ahora mismo estaría luchando por su vida por algo tan estúpido como desafiar a otro alfa sin motivo real.

—Ternerita… la llamé *ternerita* —chasqueó la lengua—, y ya sabes que lo utilizo como un término cariñoso, no un insulto. Soy tejano, no puedo evitarlo del mismo modo que no puedo evitar mi acento.

—Sigo pensando que le queda mejor el término de esas muñecas rusas que se meten unas dentro de otras —comentó Jim de pasada.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Una *Matroska*?

—Sabía que tenía un nombre rarito —asintió pensativo—. Sí. Una *Matroska*. Solo le faltan los coloretes.

Sacudió la cabeza con energía, no era de extrañar que la mujer le hubiese dado un puñetazo al bocazas de Santana. El tejano tenía la misma sensibilidad que una apisonadora.

—Se llama Cleo DeGucci y si quieres conservar todos los dientes, será mejor que lo recuerdes cuando te disculpes, amigo mío —le dijo mirando al hombre que todavía estaba al otro lado del pasillo.

—Lo haré después de visitar al dentista, creo que me ha aflojado un diente.

—La llamaste *ternerita* —le recordó Jim, como si de repente aquello lo explicase todo.

—Es que lo parecía —se encogió de hombros—, tiene esos ojazos grandes y limpios marrones y se tambaleaba como un ternero recién nacido.

El gruñido que emergió de su garganta quedó ahogado por el grito femenino.

—¡Iros a discutir a otro lado, imbéciles!

La repentina respuesta lo devolvió al motivo de su presencia ante la puerta de su vecina.

—Cleo, abre la puerta —insistió—. Tenemos que hablar.

—¡Váyase al infierno, Macoy!

—Y eso, amigo mío, es una despedida en toda regla —le aseguró Jim rodeándole los hombros con el brazo, un gesto contundente para sacarlo de allí e intentar que recuperase de nuevo parte de la razón que perdía cerca de ella—. ¿Una cerveza?

—Será mejor que alguien permanezca sobrio dados los resultados cosechados hasta el momento —rezongó al tiempo que se desembarazaba de su beta y recorría el pasillo para volver a entrar en su piso—. A estas alturas ya no sé qué es peor, si el alcohol o su aroma.

—Para ti, la segunda opción —declaró sin más—. Y ármate de paciencia, porque te espera una buena. Luke acaba de emparejarse y según Eugene, ha sido una de esas cosas por las que no quiere volver a pasar jamás.

—¿El alfa de Manhattan?

Asintió.

—Se ha emparejado con una humana. Seguro la recuerdas, lo acompañó en la reunión de los clanes.

Sí, recordaba vagamente haber visto a Luke Evans acompañado de una mujer.

—Eugene no se ha cansado de repetir que ha sido como ver al Dr. Jekyll y Mr. Hyde con síndrome premenstrual agudo —chasqueó Jim—. A juzgar por los alfas del territorio norteamericano que estáis ya emparejados, vuestro proceso es más intenso que el de los demás miembros de la manada, más extremo.

—Quizá se deba a que algunas compañeras son humanas —comentó Santana frotándose la mandíbula con gesto pensativo—. Isabel, mi compañera, es una loba. Fue intenso, pero nada que una semana de polvos no pudo arreglar.

Puso los ojos en blanco ante la típica respuesta, aunque no podía negar que aquella era una solución que le encantaría poner en práctica.

—Esto es una pesadilla —resopló—. Una auténtica pesadilla.

Sintió la mano del alfa tejano posándose sobre su hombro.

—Ya conoces cual es la solución para darle el finiquito —le dio unas palmaditas al tiempo que volvía a llevarse la botella a los labios y se terminaba la bebida con una mueca—. Demonios, parece que después de todo, sí tendré que ir al dentista.

La solución. La maldita solución para acabar con todas esas sensaciones y emociones que lo estaban enloqueciendo era reclamar a esa lobita de una vez. Una vez que lo hiciese, que la hubiese tenido y fuese completamente suya, ya se preocuparía por todo lo demás.

No le quedaba otra salida, si seguía mucho tiempo más en ese estado, no podía decir a ciencia cierta quién acabaría herido o peor aún, muerto por atreverse a acercarse siquiera a su mujer.

Sin esperar un solo segundo, volvió a su piso y atravesó el pasillo hasta su dormitorio. Abrió la puerta y sus ojos se encontraron al instante con la ventana, desde allí podía verse la estructura de la escalera de incendios que se extendía hasta la ventana de su vecina antes de descender por completo.

Escuchó más que vio los pasos de sus amigos seguido de una curiosa pregunta:

—¿Jim? Jeremy está abriendo la ventana y me parece que tiene la intención de salir por ella —le informó Santana—. ¿Tenemos que preocuparnos?

—Solo si está tan borracho como tú —respondió el aludido entrando tras él—. Jer, ¿qué coño…?

—Nadie está tan borracho como yo —aseguró entrando en la habitación para detenerse al lado de la ventana y sacar la cabeza para hacer luego una mueca—. Wow. Se está bien fuera. Creo que te acompañaré.

—Jeremy, se supone que tú eres el que está menos borracho de los tres, ¿qué mierda estás haciendo? —se asomó ahora su beta. Santana había salido ya y se estiraba cual gato perezoso sin soltar su cerveza—. Te recuerdo que todavía estás en *gallumbos*.

—Se niega a escucharme —declaró como si fuese la única explicación posible a lo que estaba haciendo—. He intentado disculparme con ella durante toda la semana. Me ha dado con la puerta en las narices, le he enviado flores y me las ha devuelto decapitadas, por no hablar de la cesta de fruta, la cual acabó en la vecina equivocada y quién ahora me pone ojitos.

Sus amigos se echaron a reír a carcajadas, no podía culparlos, si a él le dijesen algo así, habría hecho lo mismo.

Jim sacudió la cabeza.

—Tío, estás totalmente perdido —resolvió con un resoplido, entonces se giró al bastante borracho Santana—. Y tú, entra antes de que acabes con la cabeza abierta en la acera de una estúpida caída. No pienso tener que presentarme ante la puerta de tu compañera y explicarle el motivo de tal suceso.

El hombre seguía palpándose la cara.

—Joder, en serio, creo que me ha aflojado un diente.

Jim resopló.

—Si entras ahora, te acercaré al hospital para que te echen un vistazo —le ofreció—. Aunque a ver cómo les explicas lo que ha pasado.

—Les diré que una ternera me dio una coz —se echó a reír a carcajadas solo para hacer luego una mueca.

Ignorándolo, se dirigió ahora a él, quién había desandado el camino para recuperar el pantalón de chándal que tenía sobre la silla.

—Y tú, procura no terminar también espatarrado en medio de la calle —le sugirió chasqueando la lengua—, no tengo la menor intención de lidiar con otro alfa en esta manada.

Los miró a ambos y asintió. La idea de que se marchasen ambos era más que bienvenida, no los quería cerca de Cleo. Ella era suya, solo suya.

—Te pasaré la factura del hospital para que se la des a la ternerita —comentó Santana desapareciendo ya en el interior del piso.

No pasó mucho tiempo antes de que escuchase finalmente la puerta de la calle cerrándose tras ellos y la vivienda quedase de nuevo en completo silencio. Bajo sus pies se escuchaban los sonidos típicos de una ciudad nocturna, las luces de los edificios, de los coches que se veían atravesando la vía principal e incluso algún vecino que todavía llegaba ahora de una noche de fiesta o de cualquier evento aparcaba en la acera a pocos metros de dónde estaba.

Sacudió la cabeza y atravesó la pasarela hasta la otra punta, el frío suelo de metal se le clavaba en la planta de los pies, pero no quería perder más tiempo calzándose. Se acercó dispuesto a la ventana a través de la que se veía luz para intentar una nueva aproximación, pero las palabras y cualquier pensamiento coherente se esfumó de su obnubilada cabeza cuando vio a su escurridiza y resentida vecina haciendo topless delante del espejo de la cómoda, girándose para poder ver mejor el morado que tenía a un lado de la cadera.

—Joder —no pudo evitar exclamar—, menudo par de tetas.

El asustado grito femenino fue seguido de inmediato por una mirada fulminante y la rabia encendiéndole la cara al reconocerle al otro lado del cristal.

—¡Tú!

Alzó las manos y reculó de inmediato farfullando disculpas, pero en honor a la verdad, era incapaz de borrar de su mente ese par de glorias que había visto en todo su esplendor a pesar de que ella ya se había cubierto.

Su lobo estaba famélico, más que dispuesto a recorrer todo ese cuerpo con la lengua. El hambre que llevaba sintiendo desde el momento en que la reconoció volvía a alzarse con fuerza y solo podía pensar en darse un festín con ella.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. No era mi intención, lo juro. Solo quería disculparme por lo ocurrido y explicarte…

La vio ponerse la camiseta rápidamente y dirigirse a la ventana. La abrió de golpe y empezó a arrojarle toda clase de objetos contundentes. Cepillos, libros, todo empezó a volar a través de la ventana con certera puntería.

—¡Pervertido!

—No… espera… Cleo…

—¡Desnaturalizado!

—Nena, oye…

Apretó con fuerza un cepilló y echó el brazo atrás mientras veía como su rostro adquiría

un intenso carmesí.

—Eres hombre muerto.

Esquivó el cepillo por poco y decidió que ya había tenido suficiente de lanzamiento de utensilios femeninos. No se lo pensó dos veces, esquivó su último proyectil y entró por la ventana, sujetándole las manos y reduciéndola cuando empezó a luchar para darle lo suyo. Al final fue inevitable que acabase cayendo sobre ella, manteniéndola debajo de él mientras se recreaba con el suave y blando colchón al que su cuerpo estaba más que encantando de volver a encontrar.

—Se acabó, lobita —rumió apretándole ambas muñecas contra el suelo—, tú y yo vamos a tener la conversación que llevas negándome toda la semana, así tenga que atarte.

Ella entrecerró los ojos y se relajó bajo su cuerpo tomándolo por sorpresa.

—Pues empieza por aprender a hacer nudos.

Lo próximo que supo es que tenía los huevos alojados en la garganta y no podía ni respirar del rodillazo que esa escurridiza muñequita acababa de propinarle.

—¿Te gustó? Te aseguro que dónde había esa, quedan más.

Apretó los dientes por el dolor al tiempo que intentaba respirar.

—Esta me la vas a pagar, *nena*, ya lo creo que me la vas a pagar.

CAPÍTULO 4

¿En qué extraño mundo había ido a parar? Se preguntó mientras luchaba por soltarse. Ese hombre no solo había irrumpido a través de la ventana del dormitorio, no se había conformado con tirarla, una vez más al suelo, ahora también la retenía boca abajo sobre la cama con ese maldito cuerpo suyo sobre sus caderas y una de sus manos sujetándole los brazos a la espalda.

—¡Suéltame ahora mismo, bastardo!

Lo oyó chasquear.

—Mi madre siempre insistió en que fui concebido dentro del matrimonio y debe ser verdad, porque soy el vivo retrato de mi padre.

Chilló y se debatió una vez más.

—¡Llamaré a la policía!

Se rio.

—¿Quieres mi número de placa?

Se retorció sin conseguir nada.

—¡Me estás aplastando! ¡Pesas una jodida tonelada!

Lo sintió moverse sobre ella liberando un poco su peso pero sin permitirle todavía la maniobrabilidad que la dejaría libre.

—Tú me has pegado un rodillazo, así que estamos en paz —rezongó y por segunda vez, tuvo plena consciencia de ese enorme y fuerte cuerpo cubriendo el suyo—. ¿Qué me dices? ¿Te comportas como toda una señorita, para que pueda soltarte y hablemos o sigo aplastándote un ratito más? Empiezo a cansarme de jugar.

Bufó.

—¿Quién está jugando?

Soltó un bajo gruñido.

—Tú conmigo —declaró con pasión—. Y empieza a ser realmente desesperante. No tenía la menor idea de que esto sería así, ¿tienes idea de la jodida semana que llevo? ¿Por qué eres tan difícil? Soy consciente de que me extralimité, metí la pata, sí, pero he intentado disculparme por todos los medios posibles y tú no me dejas. No quieres ni escucharme.

—Estás borracho —le acusó al percibir en su aliento el olor a cerveza. Si bien su voz sonaba del todo clara, su actitud prometía un punto de embriaguez.

Chasqueó la lengua.

—No tanto como para no saber lo que hago —replicó lleno de razón—. Demonios, Cleo, actúas como si fuese el enemigo.

Jadeó.

—¡Me tiraste al suelo! ¡Dos veces! —chilló intentando soltarse de nuevo—. ¡Eso no lo hace un amigo!

Soltó un largo resoplido y se inclinó una vez más sobre ella.

—Lo *sieeeeeento* —alargó la «e» al tiempo que sumergía el rostro contra su cuello, le acariciaba la nariz con la oreja y le besaba ese punto—. Dios, hueles tan bien, tan malditamente bien que me dan ganas de devorarte entera.

La inesperada y sincera afirmación la dejó temblorosa y más caliente que un hornillo. ¿Qué demonios pasaba con ella?

—¿Puedes concederme cinco minutos de tu valioso tiempo y escucharme al menos? —insistió, alzándose ahora para poder mirarla a los ojos.

Surrealista, todo aquello no dejaba de ser completamente surrealista. Se había colado en su habitación, la había inmovilizado sobre la cama y ahora, ¿ahora le pedía cinco minutos para hablar?

A estas alturas ya resollaba, tenía el rostro rojo por el esfuerzo, cansada de gritar y agitarse mientras él se limitaba a permanecer cómodamente instalado sobre ella. Había llegado incluso a pedirle que se calmase, ¡a ella!

No podía estar sucediendo. Sencillamente no podía.

¿Cómo podía haberle parecido en algún momento atractivo? ¿Cómo pudo pensar tan siquiera por un breve instante que esa montaña era sexy?

Vale, sí, físicamente lo era y su cuerpo estaba más que contento de sentir toda esa montaña de músculos sobre el propio. Sentía como el corazón le latía desesperado, la hinchazón de sus pechos y lo más desconcertante de todo, la humedad ya presente entre sus piernas. Estaba cachonda, ese maldito policía la encendía con tan solo su presencia, ni siquiera se había puesto tan caliente con su ex.

Lo sintió moverse una vez más sobre ella, afirmando su posición y manteniéndole las piernas sujetas por su peso. Al menos ahora llevaba un pantalón de chándal y no estaba en calzoncillos, pero no sabía que era peor, el saberlo o notar la dura erección que se presionaba contra su vientre.

¡Céntrate! ¡Te ha asaltado! ¿Policía? ¡No es más que un delincuente más!

Mantuvo su irritación y luchó por respirar a través de la creciente excitación que amenazaba con hacer desaparecer su rabia y cada una de sus bien planteadas reservas.

—Cleo, sigo esperando una respuesta.

Apretó los labios como si de esa manera pudiese evitar soltar un montón de insultos que hasta el momento no le habían servido de nada.

—Vamos, no seas rencorosa —la meció—. Me lo debes —insistió—, especialmente después del caluroso recibimiento que tuve.

—¡Me estabas espiando! ¡Me viste las tetas!

—Sí. No lo voy a negar —aseguró y sintió cómo se inclinaba una vez más y le apartaba el pelo con la mano libre—, pero me encantó lo que vi.

Cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente, a calmarse y buscar así una salida razonable para lo que estaba pasando, pero los dedos sobre su rostro la distraían. Su contacto era extraño, ajeno y al mismo tiempo deseado. Había algo en ese completo extraño que la encendía, que la enloquecía y amenazaba con romper con todas sus barreras y desvanecer su cordura.

Jamás había tenido una reacción como aquella con nadie, ni siquiera con Devon.

Su ex. Pensar ahora en él fue la gota que colmó el vaso. Quería reírse, rodar por el suelo ante la absurdez de lo que le estaba ocurriendo.

Se va a casar.

El muy cabrón se casaba y le había enviado una jodida invitación. La risa surgió antes de que pudiese retenerla, traspasó sus labios y la hizo temblar.

—¿Cleo?

Las lágrimas acompañaron entonces sus carcajadas y se encontró en medio de un debacle de risa y llanto que hizo que su carcelero la soltase de inmediato y se hiciese a un lado.

Se giró sobre la cama, quedando boca arriba, se rodeó el estómago con los brazos y siguió riendo hasta que ya no pudo diferenciar la risa de las lágrimas.

—Este es el día más extraño de toda mi vida —hipó mirando al techo—. Es una jodida pesadilla.

Bajó la mirada y se lo encontró a los pies de la cama, sentado sobre las rodillas y mirándola como si hubiese perdido el juicio.

—¿Qué clase de policía inmoviliza a una chica porque esta no le dice lo que quiere oír? —le soltó—. ¡Estás loco de remate!

Sus ojos siguieron los suyos cuando se incorporó, quedando también sentada sobre su propia cama.

—Me tomaste por una ladrona —lo apuntó con el dedo—. Ni siquiera preguntaste. Sencillamente me lanzaste al suelo y me trataste como a una delincuente delante de todo el jodido vecindario.

Ahora fue él quien frunció el ceño con aire contrariado.

—Y llevo toda una jodida semana disculpándome por ello.

—¿Y no podías dejarlo simplemente ahí? —resopló—. ¿Qué puede importarte que acepte o no tus disculpas? ¿Qué te perdone o no? Debería quedarte la conciencia tranquila sabiendo que has hecho tu buena obra del día.

—Escucha, Cleo…

—No, escúchame tú a mí —sentenció, dejando las lágrimas a un lado y abrazando la fortaleza que la caracterizaba—. No quiero saber nada de ti. No quiero que me persigas, ni que me asedies, no quiero tenerte cerca…

Él chasqueó la lengua y se arrastró sobre el colchón hacia ella, en la soledad e intimidad de su dormitorio, su presencia sobre la cama era más de lo que podía soportar.

—No se te ocurra dar un paso más.

Pero él hizo oídos sordos a su petición y la enjauló, obligándola a tumbarse de nuevo para alejarse de él.

—No estás siendo justa —aseguró con el mismo tono de fastidio que un niño pequeño—. Empezamos con mal pie.

Entrecerró los ojos y señaló lo obvio.

—Me lanzaste al suelo como si fueses un jodido jugador de rugby, me sujetaste los brazos a la espalda —escupió—. ¡Y lo hiciste dos jodidas veces!

Lo vio arrugar la nariz y hacer una mueca.

—Deformación profesional, nena, soy policía.

—Y yo inteligente, más que tú, según parece —le soltó en tono irritado—. Mira, si la única manera en la que terminemos con este acoso por tu parte es…

—No te estoy acosando.

¿Podía reírse ya? Pensó con profunda ironía.

—Me envías flores, cestas de frutas, tarjetas y como eso no funciona, intentas echar la pared de mi salón abajo —enumeró—. Has roto una pieza de coleccionista.

—Te la repondré.

Puso los ojos en blanco.

—Me conformaré con que zanjes tu acoso ahora mismo y puedes empezar a hacerlo quitándote de encima —intentó empujarlo sin éxito, ese hombre era como una montaña—. Y ni se te ocurra volver a tirarme al suelo o juro por dios que me tendrás a primera hora en la comisaria denunciando a un jodido policía por acoso sexual.

—¿Te parezco un acosador sexual?

Lo miró a los ojos.

—Me clavaste la polla en el culo la primera vez.

Sonrió de medio lado.

—Er… eso fue un accidente… inesperado incluso para mí.

Ella se lamió los labios y bajó el tono de voz.

—Y lo estás haciendo ahora mismo —masculló. No había forma de que pensase que esa dureza que se apretaba ahora contra su vientre no fuese su erecto sexo.

Sonrió de medio lado y ese gesto le otorgó una expresión pícara y juvenil.

—Culpable —aceptó y se retiró un poco, lo justo para no rozarse contra ella—. Mis disculpas, pero yo no tengo la culpa de que mi cuerpo responda por sí solo ante algo que le gusta.

Y aquello fundió sus neuronas por completo. ¿Estaba insinuando que le gustaba? ¿Ella? Sacudió la cabeza y decidió achacar su respuesta a la obvia borrachera que llevaba encima. En ese estado, se pondría cachondo hasta con una puerta.

—Quítate de encima de una jodida vez, Macoy.

Ladeó la cabeza y la miró con esos inquisitivos ojos marrones.

—Solo si tú me prometes no dar coces como una…

No se lo pensó, levantó la mano y le cogió la oreja, retorciéndose la con fuerza.

—Como se te ocurra llamarme lo mismo que tu amigo, te dejo sin oreja —siseó, dándole una pequeña muestra de lo que le esperaba—. No tolero insultos de ninguna clase.

Se revolvió sobre ella, obligándola a soltarle cuando su dura polla se restregó contra su pelvis en un movimiento involuntario.

—¡Deja de restregarte contra mí, capullo!

—¡Bruja! —replicó él al mismo tiempo que se tocaba la oreja—. Eso duele.

—Así te lo pensarás dos veces antes de abrir de nuevo la boca.

Resopló.

—Eres demasiado rencorosa, Cleo —aseguró frotándose el apéndice lastimado.

—Será porque me dan motivos para serlo.

—Y cínica —añadió—. ¿Por qué? No das esa imagen cuando se te conoce.

Enarcó una ceja.

—¿Y tú crees conocerme tan bien porque me has tirado al suelo dos veces? —soltó con profunda ironía.

Su respuesta fue recorrerla con la mirada, haciendo que sintiese de nuevo ese cosquilleo interno. No se cortaba ni un poco, su forma de observarla era abiertamente sexual y maldito fuera, eso la molestaba a la par que la excitaba.

—¿Volverás a agredirme si digo abiertamente lo que pienso?

Puso los ojos en blanco y se decidió a poner punto y final a aquella estupidez de una vez y por todas.

—Mira, ¿quieres que acepte tus disculpas? Bien, disculpas aceptadas —le dijo y señaló la ventana—. Ya estamos en paz. Puedes marcharte por dónde has venido y te agradecería que no volvieses a entrar por ahí.

La respuesta del hombre fue un gruñido. Había escuchado suficientes a lo largo de su carrera como para reconocer uno cuando lo escuchaba.

—¿Me has gruñido?

Él se limitó a chasquear la lengua, se lamió los labios y procedió a aclararse la garganta.

—Eres una jugadora muy dura —declaró en tono fervoroso—. Te empeñas en mantenerme alejado y eso… es irritante.

Enarcó una ceja ante tal apreciación.

—¿Perdona?

Los largos dedos la sorprendieron al deslizarse sin permiso por su mejilla, quiso girar la cara, alejarse de él pero por algún motivo hizo completamente lo contrario.

—Tienes una piel muy suave —murmuró con voz ronca, profunda. Esos inquisitivos ojos color miel se clavaron en ella inmovilizándola con tan solo una mirada—, ¿a qué sabes, Cleo?

¿A qué sabía? Una pregunta extraña. Pero más extraño aún era que se lo estuviese planteando ella misma.

—Tienes una mirada transparente —declaró entonces y le quitó las gafas antes de que pudiera impedírselo—, unos ojos cálidos y limpios.

Y a través de los que no veía ni torta sin el objeto que acaba de arrebatarle.

—Devuélveme eso…

—No las necesitas…

¡Y una mierda que no! Era incapaz de ver un burro a cuatro pasos sin ella, era miope olímpica.

—Eso lo decidiré yo.

Lo oyó chasquear de nuevo la lengua y vio cómo esos cercanos labios se curvaban en una perezosa sonrisa.

—¿No ves sin ellas?

Ni torta, pero no era algo que pensaba compartir con él.

—O me las devuelves ahora mismo o te juro que tus joyas de la corona no verán otro amanecer —siseó.

Una estruendosa carcajada reverberó en la habitación, el sonido la estremeció desde la punta del pelo a los dedos de los pies y el nerviosismo que ya mantenía su cuerpo en vilo, tomó el control.

—Eres una combinación peligrosa, lobita —aseguró al tiempo que notaba como su cuerpo se presionaba de nuevo contra el suyo—, pero una de la que estoy seguro disfrutaré inmensamente.

—Eso será si te dejo —siseó.

De nuevo esa risita, pero ahora el peso desapareció y se encontró enjaulada entre sus brazos, con él todavía encima.

—¿Podemos enterrar el hacha de guerra? —preguntó divertido—. No merece la pena hacer prisioneros.

Entrecerró los ojos intentando captar mejor su expresión, pero le costaba enfocar.

—Solo si me prometes que no vas a volver a placarme o ponerme unas esposas —rezongó.

—Nunca he intentado ponerte unas esposas.

—Por si pudiese ocurrírsete tal brillante idea, poli.

Sonrió de medio lado y de nuevo se quedó sorprendida por esa capacidad camaleónica suya.

—Prometo no volver a placarte o ponerte unas esposas…

Asintió satisfecha.

—Perfecto, ahora sácate de…

Él no solo no se movió ni un solo milímetro, sino que volvió a descender sobre ella.

—¿Cleo?

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Qué?

—¿Ya somos amigos?

Abrió la boca y volvió a cerrarla al mismo tiempo. Insultarle no era la mejor manera de librarse de él.

—¿Si te digo que sí me dejarás ir por fin?

Lo oyó gruñir de nuevo y se estremeció.

—No quiero que te vayas.

Bufó.

—Y no me iré, serás tú el que se largue por dónde ha entrado —le aseguró con un mohín —. Y ya estás tardando en hacerlo.

Sintió su aliento acariciándole el cuello un segundo antes de notar… ¿su lengua?

—No, lobita, todavía es demasiado temprano para emprender la huida.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, sintió sus labios sobre los de ella, su lengua abriéndose paso en su boca un segundo antes de que le reclamase un tórrido y húmedo beso.

CAPÍTULO 5

Chocolate y vainilla. Su boca conservaba el rastro del helado que había estado degustando, el mismo que olía en su piel y que la hacía si era posible más irresistible para él. Disfrutó del sabor y de la textura de su lengua, la invitó a bailar con la suya antes de succionarla con suavidad y escucharla soltar un pequeño gemido.

Esta mujer era suya, la única que estaba destinada a completarle, a formar parte de él hasta que la muerte los separase. Ya fuese por la fuerte atracción que sentía hacia ella, la aplastante seguridad de que ella era su compañera o su adorable sabor, Jeremy la necesitaba, su lobo la deseaba y se encontró no queriendo renunciar a ella.

—Sabes al mismísimo cielo —murmuró rompiendo el beso, permitiéndole recuperar el aliento.

Esos bonitos ojos lo miraron sin verlo realmente, ladeó la cabeza y chasqueó la lengua. Recogió las gafas de dónde las había dejado y volvió a ponérselas.

—Así, quiero que veas exactamente quién te está besando —declaró pomposo. Quería que ella fuese consciente de él y solo de él.

—¿Qué… qué diablos estás haciendo?

Enarcó una ceja.

—¿No he sido lo suficiente claro? —se burló—. En ese caso, déjame intentarlo una vez más.

Volvió a besarla, le arrebató el aliento, lo succionó en su interior y le acarició una vez más la lengua con la propia.

—¿Qué tal ahora?

La vio lamerse los labios ahora rojos e hinchados, era una visión de lo más apetitosa. Las mejillas habían aumentado de tono y rivalizaban ahora con el color que empezaba a acaparar su piel.

—No… no quiero que me beses.

La afirmación salió como un hilillo de voz, tenue y vacilante.

—¿Por qué no? —preguntó cerniéndose una vez más sobre ella, dominándola con su presencia y su cuerpo—. Tienes unos labios realmente besables.

Abrió la boca y empezó a boquear como un pez, era incapaz de encontrar las palabras.

—Esto… esto no… tú no…

Le puso un dedo sobre los labios y la silenció.

—Yo me muero por volver a besarte.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Y con cada nuevo beso, parecía arrebatarle un poco más de lucidez, de esa reticencia que la envolvía para hacerla responder a él.

—Y me muero por hacer muchas cosas más contigo, Cleo —le susurró al oído—. Tantas, qué no sé si me bastará una sola noche para llevarlas a cabo.

El voluptuoso cuerpo tembló bajo el suyo, podía sentir los senos hinchados y los pezones duros apretándose contra su pecho, un recordatorio de que la mujer que yacía tendida sobre la cama y a su merced era absolutamente real y no un sueño.

—Esto no está pasando —gimió ella cubriéndose el rostro con las manos—. Tú no estás aquí, yo no estoy aquí y todo es producto de mi calenturienta imaginación.

—¿Tienes una imaginación calenturienta, lobita?

Separó los dedos lo justo para verle a través de ellos.

—¿Por qué sigues aquí?

Más que la pregunta, fue el lastimero tono de su voz el que lo sorprendió.

—¿Por qué no habría de hacerlo cuando estar así y contigo es todo lo que he perseguido hasta el momento? —respondió sincero—. Te deseo, deseo cada pedacito de este bonito y voluptuoso cuerpo. Deseo conocer el sabor de tu piel, tu sabor más íntimo y me muero por morderte, lobita. ¿Me dejarás?

Y para hacerle partícipe de sus intenciones le mordisqueó la curva del hombro, allí donde el hombro de la camiseta dejaba la piel expuesta.

—Quiero follarte, Cleo —gruñó con voz profunda, dejando que su lobo saliese a la superficie—, quiero poseerte y montarte hasta que no puedas caminar.

La sintió temblar debajo de él y captó su excitación, un aroma que no hacía sino acicatear la suya propia.

—Estás borracho… y yo no estoy en mi sano juicio, esto es una malísima idea —murmuró e intentó empujarlo de nuevo sin éxito.

—Hace falta más que un par de cervezas para nublarme el juicio —aseguró con rotundidad y bajó la mirada sobre su cuerpo—. Aunque empiezo a suponer que tú podrías hacerlo sin demasiado esfuerzo.

Bajó la mirada y recorrió el cuerpo femenino que se extendía bajo él. Solo llevaba un pequeño pantaloncillo de felpa y una camiseta. Sabía que debajo de esta no llevaba ropa interior, no solo porque había visto cómo se la ponía para cubrir su desnudez, sino porque sus pezones se marchaban completamente contra la tela.

—Eres perfecta —aseguró al tiempo que se relamía, entonces alzó la mirada y buscó sus ojos a través de los cristales de las gafas que todavía llevaba puestas—. Perfecta para mí.

No le pasó por alto la emoción que traspasó esos cristalinos iris ante sus palabras. Más adelante, se prometió, cuando ella fuese completamente suya, se ocuparía de averiguar quién era el o la culpable de esa mirada.

Se inclinó una vez más sobre ella sin dejar de mirarla y le acarició una vez más los labios.

—Y pienso demostrártelo empezando ahora mismo.

Cualquier posible respuesta quedó ahogada por su boca, le succionó la lengua y la instó a jugar al mismo juego peligroso en el que estaban a punto de embarcarse. Para su regocijo, su tímida respuesta llegó seguida de breves gemidos y un acercamiento de sus cuerpos.

Sonrió para sí y deslizó las manos por sus costillas para hacerse cargo de la molesta tela de la camiseta que ocultaba esos dos magníficos senos. Le acarició la piel desnuda de los hombros, le mordisqueó ese punto que lo atraía como un imán y se obligó a descender hasta su ombligo para finalmente rodearlo con la lengua.

—Tienes un ombligo de lo más sexy, lobita.

Se entretuvo jugando con él, lamiéndola, mordisqueándola hasta que la tuvo retorciéndose y gimiendo en voz alta, un sonido de lo más erótico y que hacía que su lobo interior asomase la cabeza deseoso de jugar también con ella.

—Hueles tan bien —ronroneó acariciándole la piel del vientre con la nariz. Aspiró profundamente, deseoso de grabarse su olor a fuego.

Su mirada cayó entonces en la cinturilla del pantalón, se lamió los labios y alzó la mirada para encontrarse con la de ella oscurecida por el deseo.

—Esto nos sobra.

Le guiñó el ojo y tiró de la prenda hacia abajo, llevándose también las braguitas y dejándola totalmente desnuda a su mirada. El hambre que llevaba corroyéndole toda la semana se alzó en su interior como una serpiente, su sangre se espesó y pudo notar cómo su lobo se asomaba en sus propios ojos.

Apartó la mirada, no quería asustarla, ni siquiera sabía cómo reaccionaría cuando supiese qué era él realmente. En su fuero interno sabía que estaba siendo egoísta, le estaba arrebatando la posibilidad de decidir y elegir, no era una loba consciente del emparejamiento de su propia especie, era una mujer humana, una delicada hembra que se rendía ante la avasalladora personalidad del lobo que ahora la dominaba. ¿Podía arrebatarle realmente la posibilidad de elegir? ¿Podía ser lo suficiente egoísta? ¿Podría encontrar después la manera de compensarla?

Ella sería su pareja, su única pareja mientras viviese, pero ¿lo entendería?

Conocía parejas que habían empezado así, el alfa de Canadá era sin duda uno de los más cercanos casos. Su compañera, Bryony, no había tenido la menor idea de dónde se estaba metiendo cuando él la reclamó. Si bien había oído rumores sobre los problemas a los que se había tenido que enfrentar el lobo, en la reunión anual de los clanes que se había celebrado en Manhattan, la pareja había aparecido unida y con obvia felicidad.

Deslizó una vez más la mirada sobre ella y se encontró de nuevo con sus ojos. Sus labios estaban apretados en una fina línea y su mirada decía lo que ellos no se atrevían, hablaban con tanta sinceridad que se encontró sintiendo una poderosa puñalada en el pecho.

—Creo… creo que es mejor que te vayas —la escuchó musitar. La vergüenza estaba presente en sus mejillas, podía olerla en su piel, sentirla en la forma en la que intentaba replegarse—. Y cuanto antes lo hagas, mejor.

Sacudió la cabeza con fuerza y dejó que su lobo hablase por él. Su voz bajó dos octavos y surgió dura, animal. Aferró sus caderas con las manos y tiró de ella hacia él, arrancándole un jadeo al arrastrarla por el colchón, se inclinó sobre su cuerpo y se encontró cara a cara con sus ojos. Le arrancó las gafas y las tiró sin importarle dónde caían y dejó que su aliento le acariciase los labios.

—Eres mía, Cleo —declaró con voz profunda y animal—. Desde ese inesperado encuentro, has sido mía.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, resbaló sobre su cuerpo y le separó las piernas, descendiendo con su boca sobre el húmedo y sonrojado sexo.

—Ay, dios.

El femenino quejido lo hizo sonreír, sintió cómo su sexo se contraía tras la primera pasada de su lengua por la carne húmeda. Su sabor era indescriptible, podía sentir a su lobo detrás de su propia piel, partícipe de cada uno de sus movimientos, saboreándola a través de su lengua y de su piel. Estaba mojada, tan excitada y caliente que el placer que experimentó al poseerla lo endureció aún más, su sexo pulsaba dentro del confinamiento de los pantalones deseoso de ocupar el mismo lugar que ahora reverenciaba su lengua.

—Exquisita —ronroneó disfrutando de cada lametón—. Un bocadito de lo más delicioso.

Ella se contoneó debajo de él, podía escuchar sus gemidos y pequeños gritos cada vez que tocaba alguna zona especialmente sensible. Pronto descubrió que la cara interna de los muslos era un lugar especialmente sensible, cuanto más cerca de su sexo era la caricia, más se estremecía.

—Ay dios, Jeremy.

La sorpresa de escucharla pronunciar su nombre lo hizo detenerse durante un breve segundo, entonces sonrió para sí y lamió su sexo una vez más al tiempo que utilizaba el pulgar

para jugar con la creciente perla oculta de su clítoris.

—Me gusta escuchar mi nombre en tus labios —aseguró y oprimió el pequeño botón al tiempo que le decía—. Dilo otra vez.

—¡Oh dios mío!

Se rio por lo bajo.

—Con Jeremy es suficiente, lobita.

Lamió su sexo un par de veces más y notó cómo los caninos naturales de su bestia se alargaban por sí solos. Quería morderla, quería marcarla en un lugar dónde solo él sabría que poseía una marca. Siguió atormentándola con los dedos, jugó con su hinchado clítoris y la penetró con un dedo al mismo tiempo que resbalaba la lengua por la cara interna del muslo hasta sentirla temblar.

—Mía —murmuró para sí y dejó que su lobo tomase el mando por completo. Sus caninos se hundieron en la dulce carne, traspasaron la suave y delicada piel y probó la sangre que trajo consigo la pequeña herida.

Notó como su cuerpo se ponía repentinamente rígido, escuchó el bajo quejido que emergió de los labios entreabiertos y se concentró en aumentar el placer que se llevaría consigo cualquier pequeña incomodidad provocada por su reclamo.

Le lamió la herida una y otra vez, la piel estaba enrojecida y la sangre todavía le mancha el muslo pero terminaría curando, dejándole únicamente una pequeña cicatriz.

El mayor cambio sin embargo sucedió dentro de él mismo, su lobo empezó a replegarse, satisfecho y tan contento como si le hubiesen estado acariciando el pelo todo el día, el aroma de su compañera se asentó por completo en su alma y el vínculo que había empezado a aparecer con su primer encuentro se consolidó uniéndolos hasta que uno de los dos abandonase este mundo.

‹‹Mía. Mi compañera››.

Lamió una vez más la zona lastimada y ascendió sobre su cuerpo para capturar de nuevo su boca y devorarla con un tipo completamente distinto de hambre. Todavía la deseaba, su pene estaba erecto y dispuesto para poseerla, pero quería más de ella, quería su total rendición a él.

—Déjame poseerte —le susurró a puertas de los labios—. Quiero estar dentro de ti, quiero follarte y hacerte mía. Quiero tomarte de varias maneras distintas, quiero que grites para mí, que te corras solo para mí… dámelo, Cleo, dame lo que quiero.

Los cristalinos ojos reflejaban el deseo presente en los suyos, en su cuerpo y la necesidad de satisfacción.

—¿Me… me has mordido? —escuchó su voz en apenas un hilillo.

No se molestó en negarlo.

—Te dije que quería morderte —le acarició el cuello con la nariz y aspiró profundamente su aroma—. Y siempre obtengo lo que deseo.

—Me has mordido —insistió.

Le besó el cuello.

—¿Quieres morderme tú a mí? —se burló al tiempo que sembraba pequeños besos por su cuello—. ¿Sabes que es lo que quiero yo? Quiero hundirme dentro de ti, quiero comprobar si eres tan suave alrededor de mi polla como lo has sido de mi lengua y mis dedos. Quiero que seas mía, quiero disfrutar de ti. ¿Vas a dejar que lo haga, lobita?

—Déjame así y te juro que seré yo la que te viole.

Se echó a reír con ganas ante la sincera e inesperada respuesta.

—No hay necesidad de llegar tan lejos —aseguró risueño al tiempo que abandonaba la cama unos segundos y se quitaba el pantalón y la ropa interior—. Um… me parece que nos

hemos olvidado de un detalle importante. ¿Preservativos? Si me dices que no tienes, te ato y voy corriendo a mi piso a por ellos… a menos que no quieras utilizarlos…

Se giró hacia la mesilla de noche y abrió el cajón, rebuscó y sacó un paquetito todavía precintado.

—No hagas preguntas…

Enarcó una ceja ante la rotunda petición.

—No las haré —prometió al tiempo que le quitaba la caja y se hacía cargo del contenido —, al menos de momento.

No tardó en volver a deslizar las manos por debajo de sus muslos y atraerla hacia él, posicionándose justo en la húmeda entrada, listo para tomarla y hacerla suya por completo.

Cleo no podía respirar, su mente se había diluido por completo al igual que lo habían hecho cualquiera de los pensamientos medianamente racionales que podía haber tenido desde el momento en que ese hombre entró por la ventana hasta que empezó a besarla.

Sus besos, su boca, su forma de actuar eran absolutamente arrebatadores. No podía recordar un solo momento en toda su vida que hubiese perdido la cabeza de tal manera, ni siquiera con su ex se había entregado de esa manera… ¡y él era un maldito desconocido!

Y eso la estaba poniendo incluso más caliente, pensó con profunda ironía.

Estaba haciendo realidad una de sus fantasías; echar un polvazo con un completo desconocido sin preocuparse en nada más que en pasarlo bien.

¿Dónde diablos había quedado la Cleopatra seria, objetiva y profesional?

Jeremy Macoy la había borrado de un plomazo, pensó con absoluta ironía. Ese hombre había cogido el toro por los cuernos —o lo que era lo mismo, a ella— y estaba haciendo con ella lo que le daba la santa real gana. Se había colado en su casa por la ventana del dormitorio, le había echado en cara que no hubiese querido hablar con ella o aceptar sus disculpas y finalmente, le dijo sin tapujos lo que pensaba de ella, de su cuerpo y lo mucho que deseaba follársela.

¿Había caído por el agujero de la madriguera de Alicia en el País de las Maravillas y nadie se lo había dicho?

El caso es que no había podido resistirse ni aunque lo hubiese intentado, ese hombre era como una apisonadora, la había derribado y la utilizaba como si tuviese todo el derecho del mundo a hacerlo. Un derecho que ella se encontró anhelando, deseando entregárselo y que continuase con esa dulce tortura.

La punta de su pene presionando contra la entrada de su sexo la devolvió a la realidad y al hombre que se cernía sobre ella como una montaña haciéndola sentirse pequeña y femenina.

—Mía —le escuchó murmurar al tiempo que empujaba y se abría paso en su interior.

Cerró los ojos y echó la cabeza atrás mientras alzaba las caderas para salirle al paso, su miembro se abría paso sin piedad en su interior obligándola a hacerle sitio, a acomodarse a su alrededor estirándola de una manera deliciosa.

—Eres jodidamente perfecta, dulzura —le escuchó murmurar entre dientes, su rostro era la viva imagen de la concentración—. Oh, sí, perfecta.

Gimió al sentirlo completamente dentro, las manos masculinas se aferraban todavía a sus caderas y la mecía buscando la posición adecuada.

—¿Tu rodilla? ¿Te duele?

La inesperada pregunta la dejó sin respiración. ¿Cómo era posible…?

—Te vi cojear —respondió a la pregunta que no había formulado más que en su mente—.

No quiero lastimarte…

Se lamió los labios y entrecerró los ojos en un intento por verle mejor. Sin gafas, su visión era bastante deficiente.

—Mientras no me obligues a doblarla del todo… —musitó sintiéndose extraña en aquella íntima posición y hablando de algo como eso.

Sus labios rozaron entonces los suyos, notó su lengua penetrarla al mismo tiempo que rotaba las caderas y no pudo contener un gemido.

—Haré todo lo posible —le contestó finalmente. Fiel a su palabra, dejó su rodilla lastimada y le alzó el otro muslo, enroscándolo alrededor de su cadera—. Y espero que tú hagas lo mismo.

Se retiró casi por completo y volvió a penetrarla, no era suave, pero tampoco deseaba que lo fuese, había algo salvaje en ese hombre, algo muy profundo y que hacía que cada una de sus decisiones o elecciones fuese rotunda. Jadeó al sentirse de nuevo empalada, cada movimiento de sus caderas enviaba pequeñas descargas eléctricas a través de su cuerpo y hacían que el simple roce de las sábanas fuese demasiado intenso. Sus pezones se habían endurecido tanto que le dolían, podía sentir la necesidad de atención, deseaba que se los acariciase o incluso hacerlo ella misma, cualquier cosa con tal de encontrar un poco de alivio.

—Tócate tú misma —escuchó la ronca voz masculina—. Quiero ver como retuerces esas deliciosas bayas entre los dedos. Déjame verlo, Cleo, quiero ver cómo te tocas los pezones, como los retuerces, quiero ver cómo se ponen rojos por las caricias.

Gimió ante sus palabras.

—¿Me lees el pensamiento?

Su respuesta fue retirarse y volver a penetrarla con fuerza, clavándola en el colchón.

—Es posible, lobita, es posible —ronroneó al tiempo que le aferraba las caderas y resbalaba las manos hasta apretarle las nalgas abriéndola todavía más para él—. Ahora, Cleo, tus dedos sobre los pezones. Quiero ver cómo te das placer.

Se lamió los labios y se llevó las manos a los pechos. Todo su cuerpo se sacudió en el instante en que se tocó los pezones, estaba tan caliente que el simple roce la volvía loca. Se dejó llevar, el frenesí era tal que no se cohibió y disfrutó retorciéndose los pezones, apretándolos entre sus dedos para luego masajearse los pechos y alzarlos. Repitió la operación varias veces y con cada nueva acción sintió cómo se elevaba más y más por aquel tortuoso sendero del placer.

—Preciosa —lo oyó jadear—. Tócatelos un poco más, levántalos, así… me muero por chupártelos, por rodearlos con mi lengua.

Gimió, su voz hacía todo incluso más caliente, su cuerpo estaba ya en llamas y se encontró en un punto sin retorno.

—Jeremy —jadeó acariciándose los pezones, sintiendo cómo su sexo se contraía alrededor del miembro que la penetraba—. Más, por favor, más…

Él no se hizo de rogar, la penetró con más fuerza, con más rapidez y descendió sobre sus pechos apoderándose del pezón y succionándolo en el interior de su boca como si quisiera bebérsela. Lamió y mordisqueó, se bebió su pecho con tanta sed que antes de que pudiese darse cuenta se encontró gritando a pleno pulmón su nombre mientras la recorría el orgasmo más explosivo que había tenido en toda su vida.

—Um… sí… —escuchó la voz masculina unos instantes después. Lo sintió deslizarse de su interior y dejarse caer de espaldas a su lado en el colchón—. Malditamente perfecto.

Se giró hacia ella y le pareció verle guiñarle el ojo antes de hacerse cargo del condón.

—Ha sido perfecto —repitió dejándose caer cuan largo era en la cama, se giró de lado y la

atrajo hacia él, echándosela encima casi como si fuese una manta—. Um… sí, deliciosa. Me encanta cómo hueles.

Se quedó inmóvil esperando a que su propia respiración se acompasase y pudiese hacer algo más que resollar. Podía sentir todavía el latido de su propio corazón retumbando en los oídos, así como escuchar el de él adquiriendo un ritmo más tranquilo después de los excesos.

—¿Por qué yo?

La pregunta escapó de sus labios antes incluso de que pudiese ponerle freno.

—Porque no he podido pensar en nadie más desde que noté este dulce y blandito culo acunando mi polla —ronroneó él con voz somnolienta—. Tengo que advertirte que a los lobos nos gustan mucho los culos. Y el tuyo es de primera.

Frunció el ceño y se giró hacia él.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

Pero él no iba a responderle, no ahora al menos, ya que un segundo después de girarse estaba roncando.

Parpadeó, miró a su alrededor y luego al hombre que, con el brazo todavía alrededor de su cintura, roncaba a pierna suelta sobre su cama.

—¿Jeremy? —lo sacudió. El pronunciar su nombre todavía le sonaba extraño, pero no tanto como encontrarse desnuda, oliendo a él y a sexo sobre su cama—. No me jodas. No puedes estar hablando en serio.

Se las ingenió para librarse del abrazo de oso con el que la retenía a su lado e intentó moverlo, pero ese hombre era sólido como una roca.

—Esto es absurdo —suspiró y se dejó caer en su lado de la cama sin dejar de mirarlo—. Este chalado me ha tomado por una ladrona, me ha tirado al suelo, me vio el culo, las tetas, ¿y ahora se queda noqueado en mi cama después de echar un polvo?

Se echó a reír, no pudo hacer otra cosa que reír como una histérica ante lo surrealista de la situación.

—Dios, qué manera de terminar un jodido día.

Entrecerró los ojos sobre el cuerpo inconsciente y se permitió recorrerle una vez más con la mirada hasta detenerse en los pies descalzos que asomaban por el borde de la cama.

—Nadie dijo que en la guerra no se hacían prisioneros, ¿no?

CAPÍTULO 6

Con las manos apoyadas en las caderas y vestida de nuevo con el pijama que había terminado perdiendo la noche anterior, se quedó mirando al ocupa que dormía plácidamente en su cama. El hombre dormía como una marmota, gracias a dios no roncaba, pero pesaba una tonelada, tanto que había sido incapaz de moverlo. De hecho, había dejado de intentarlo tras el tercer intento cuando terminó cayendo de bruces en la cama para ser utilizada a continuación a modo de almohada. Ese capullo había utilizado sus tetas de cojín durante gran parte de la noche impidiéndole escapar.

Entrecerró los ojos y bajó esa amplia espalda hasta las perfectas y firmes nalgas desnudas, en la base de la columna tenía un sencillo tatuaje floral, un diseño un tanto peculiar en un hombre de su envergadura y carácter, pero con todo le quedaba bien. Siguió descendiendo hasta encontrarse con los enormes pies que sobresalían de la cama y sonrió al ver su obra de arte ya seca.

—Oh la venganza, dulce venganza.

Se lo merecía por quedarse dormido como un tronco en su cama y usar sus tetas de cojín.

—Serás capullo.

¿Cómo había terminado metida en todo esto? ¿En qué momento exacto había perdido las dos neuronas funcionales que siempre la avisaban de no cometer tonterías?

Por regla general era una persona juiciosa, tenía tendencia a meditar cada decisión hasta que le salía humo del cerebro y con él, ese juicio se había ido a la basura y sin previo aviso.

Pues te has ido a la cama con él y lo has pasado como nunca.

Y esa era otra razón más para preocuparse, pensó con un quejido interior. Sus relaciones con los hombres se habían limitado a dos amantes, el imbécil con el que se emborrachó durante la fiesta de graduación del instituto para acabar perdiendo la virginidad en la parte trasera del coche y su ex prometido, Devon. El primero ni siquiera lo recordaba y el segundo había sido un error colosal por ambas partes. Desde que había terminado la relación con su ex no había sentido realmente interés en ningún hombre, se había concentrado en su trabajo y le había ido maravillosamente hasta anoche.

Y qué noche, guapa. Tienes unas deliciosas agujetas que lo demuestran.

Sacudió la cabeza con energía y volvió a mirar al causante de sus problemas durmiendo como un bebé.

—Maldita sea tu estampa, Jeremy Macoy —masculló y no pudo evitar apretar los muslos cuando empezó a notar cómo volvía a humedecerse.

Ese hombre era como un afrodisíaco embotellado en lo que a ella se refería, no tenía que hacer otra cosa que tenderse allí, boca abajo, totalmente desnudo, para que se le hiciese la boca agua y su cerebro barajase la posibilidad de unirse de nuevo a él.

—De eso nada —se regañó a sí misma al tiempo que se obligaba a darle la espalda y abandonar la habitación.

El rítmico sonido de la melodía del teléfono procedente del salón atrajo de inmediato su atención. Echó un vistazo al reloj y frunció el ceño. ¿Qué querría a estas horas de la mañana? Ni siquiera eran las siete, el sol acababa de hacer acto de aparición y ella no era una de las personas más madrugadoras que conocía.

Correteó hasta el salón, cogió el teléfono de la base y se dejó caer en el sofá al tiempo que respondía.

—Hola, mamá —saludó—. ¿Ha pasado algo? ¿Papá está bien?

La voz cantarina y juvenil de su madre sonó inmediatamente de fondo.

—Cleo, tesoro —la saludó con ese conocido tono de preocupación materno que encendía todas y cada una de sus alarmas—. Acabo de enterarme. Patricia me llamó para contármelo. ¡Ese cabrón! ¿Cómo estás, nenita?

Nefertiti DeGucci en modo preocupación era como la versión femenina de *Terminator*. Pasaba por encima de quién hiciese falta y a toda velocidad sin perder la clase o el peinado. Todo lo que no era ella, lo era su madre. A sus casi cincuenta y siete años, poseía una lozanía y juventud que asombraba, cuando estaban juntas tendían a confundirla con su hermana mayor, cosa que la divertía e irritaba al mismo tiempo.

—Estoy bien, mamá —aseguró al tiempo que echaba un fugaz vistazo por encima del sofá a la puerta abierta del salón sabiendo que al otro lado estaba su dormitorio y el hombre que lo ocupaba—. Mucho mejor de lo que me esperaba a juzgar por… los recientes acontecimientos —murmuró, una reflexión más para sí que para ella. Entonces añadió—. Se le ocurrió la brillante idea de enviarme una invitación a su boda con la tetuda.

Y si bien la invitación había sido como recibir un puñetazo en las tripas, ahora no le parecía tan importante, era como si después de retozar en la cama con el poli todo hubiese perdido importancia.

Claro, ahora lo importante es qué vas a hacer con el bombón que sigue durmiendo a pierna suelta en tu cama.

—Debería de hacerle también la manicura.

—¿Cómo?

Sacudió la cabeza e hizo un mohín al darse cuenta de que había dicho aquello en voz alta.

—Nada, pensaba en voz alta —declaró desestimando el comentario—. El caso es que ahora mismo se me han pasado hasta las ganas de hacerle comer la maldita invitación. Supongo que después de lo que hizo ya nada me sorprende viniendo de él.

Escuchó un ligero murmullo al otro lado de la línea, una voz masculina que conocía a la perfección.

—¿Está papá contigo?

—Ay querida, estás en la fase de negación —replicó su madre ignorando su pregunta—. Pero es normal y comprensible. Ese hombre se portó como un perro pulgoso y callejero. Esa furcia necesitará toneladas de champú anti pulgas para dejarle en condiciones utilizables.

No pudo evitar sonreír, su madre conseguía que lo hiciese con asombrosa facilidad.

—Um… que lo dejen en la mesa del quirófano de la clínica y se lo castro gratis.

Su interlocutora rompió a reír a carcajadas.

—Ah, me alegra oírte así de animada —comentó con un suspiro—, me quitas un peso de encima.

De nuevo el murmullo de la voz de su padre llegó a ella a través del teléfono.

—¿Qué le estás haciendo a papá? —preguntó curiosa. Sus padres eran como dos adolescentes, daba igual que llevasen media vida juntos, seguían queriéndose como la primera vez.

—Dile que… a estas horas… deberíamos estar…

Frunció el ceño al escuchar la voz de su padre, solo llevaba a captar pedazos de la conversación con su madre.

—Espera un momento, estoy intentando cerciorarme de que Cleopatra está bien… —escuchó responder a su madre.

Sacudió la cabeza, aquello era algo cotidiano entre los dos.

—Mami, te lo juro. Estoy bien, de verdad —volvió a mirar por encima del sofá—. Tan bien como puedo estarlo para empezar a cometer toda clase de estupideces.

—¿Qué clase de estupidez? —Su madre volvió a la carga—. No habrás vuelto a teñirte el pelo de ese horrible color rosa, ¿no?

Hizo una mueca.

—Era borgoña y no, sigo tan castaña como cuando nací —aseguró con un mohín. El teñirse de pelirroja había sido un intento fallido que prefirió no volver a repetir—. No te preocupes, sigo siendo tan… yo… como siempre.

Sí, el chicarrón que tienes desnudo en la cama es prueba fehaciente de ello.

—Pero dime, qué fue lo que te dijo exactamente Patricia.

Patricia Connors era la mejor amiga de su madre desde el instituto y también la madre de su ex, así que podía imaginarse como la ruptura de la relación de los hijos de ambas amigas les afectaba a ambas.

—Patty está muy preocupada, cariño —aseguró su madre con total afectación—. Está disgustadísima por todo lo que ha pasado. Me ha jurado y perjurado que no sabía nada de esa otra mujer, no tenía la menor idea de las andanzas de su hijo, estaba tan ilusionada con vuestra boda… y ahora esto. Disgustadísima, Cleo, disgustadísima que está la pobre.

—Pues ha tenido seis meses para que se le pase y ahora tiene una nueva boda a la que asistir, si es que al capullo de su hijo no se le da por dejar la tetuda plantada y buscarse otra churri que cubra sus peculiares necesidades —le soltó—. Aunque claro, a lo mejor la tetuda es tan liberal como él y está en el mercado de los intercambios y esas cosas.

—¿Intercambios? —Aquella era la voz de su padre—. ¿Ese capullo es un *swinger*? Fantástico. Cleo, ve preparando el quirófano de la clínica para una castración, yo mismo te llevo al paciente.

Abrió la boca y miró el teléfono con gesto anonadado. No sabía que le sorprendía más, que su padre conociese el significado de la palabra ‹‹swinger›› o que quisiese castrar a Devon.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Gracias, papi —le dijo al auricular—. La intención es lo que cuenta, te lo agradezco.

—Agradécemelo abriéndonos la puerta e invitándonos a un café, amor —le dijo el hombre —. Tu madre ya trae los bollos para el desayuno.

—¿La puerta?

Como si su mente necesitase una respuesta más explícita, el timbre empezó a sonar al otro lado del salón reverberando en todo el piso.

Se levantó de golpe con el teléfono pegado a la oreja.

—Papá, dime que no eres tú el que está llamando a mi piso de Nebraska.

—No lo soy, es tu madre —replicó y el timbre volvió a sonar—. Vamos, Cleo, no nos dejes esperando en la entrada.

Palideció. Sus padres estaban allí, en Nebraska, al otro lado de la jodida puerta de su piso. Apagó el teléfono y dejó que resbalase de su mano mientras abría los ojos de par en par y gemía de agonía.

—Oh, mierda.

CAPÍTULO 7

Jeremy se despertó de golpe cuando el agudo sonido del timbre le atravesó la cabeza como una bala de cañón. Abrió los ojos de golpe y se quedó mirando el techo mientras el irritante sonido volvía a golpear con fuerza sus sensibles tímpanos.

—Joder… ¡parad ya con el maldito timbre!

Aferró la almohada y enterró el rostro en ella solo para quedar totalmente inmóvil cuando su nariz captó un delicioso y femenino olor que conocía en lo más recóndito de su alma; chocolate. Aspiró lentamente y sintió que empezaba a salivar ante las imágenes que este traía consigo.

—Cleo —murmuró su nombre y frotó la barbilla contra la suave tela como si se tratase de ella.

El insistente timbre lo hizo gruñir, levantó la cabeza y volvió a fruncir el ceño ante la femenina decoración de una habitación que estaba más que claro no era la suya.

—¿Qué diablos?

Se sentó de golpe y barrió con la mirada el dormitorio, su pantalón de chándal y ropa interior yacían en el suelo a unos pasos de la cama. Alzó la nariz y oteó el aire captando de inmediato el aroma a sexo y a…

—Cleo —repitió su nombre al tiempo que todo lo ocurrido la noche anterior penetraba en su mente—. Mierda. La reclamé. Reclamé a mi compañera.

No tardó ni dos segundos en deslizarse fuera de la cama, giró sobre sus talones y recorrió una vez más el lugar con la mirada en busca de aquella que debería haber estado a su lado en el lecho y no sabe dios dónde.

Estaba nervioso, intranquilo, histérico… y cabreado. Cabreado porque ellos estaban justo allí ahora.

¿Ellos? Sacudió la cabeza una vez más y deslizó la mirada hacia la puerta entreabierta del dormitorio. No eran sus emociones, lo que estaba sintiendo no tenía que ver con él, sino con la mujer a la que había reclamado; eran las emociones de su loba.

Se obligó a respirar profundamente y centrarse. Sus sentidos se habían agudizado, algo que tenía que ver con el emparejamiento —o eso había oído— y le llevaría un tiempo acostumbrarse a ello y mantener las cosas bajo control.

Muchas cosas iban a cambiar a partir de ahora y la primera de ellas tenía que ver con la mujercita que estaba a punto de sufrir un colapso nervioso en algún lugar del pequeño piso contiguo al suyo.

Recogió el pantalón del suelo y se quedó con la prenda en la mano sin poder mover un músculo cuando vio lo que tenía que ser una alucinación.

—Pero qué coño…

Movió los dedos de los pies, pestañeó, se frotó los ojos y volvió a mirar hacia abajo pero aquel espanto no se desvanecía.

—La madre que la parió —gruñó desde lo más profundo de la garganta—. ¡Tengo la bandera gay en los pies!

Cada una de las uñas de sus dedos estaban ahora pintadas de un color imitando el arcoíris. Entrecerró los ojos, agudizó el oído y volvió a gruñir al tiempo que probaba otra de las ventajas

de estar emparejado; hablar directamente a su pareja sin necesidad de estar pegado a su oído.

‹‹Cleopatra, acabas de ganarte unos buenos y contundentes azotes››.

Cleo dio un salto y ahogó un gritito al escuchar la voz de Jeremy, el sonido del timbre había sido ahora sustituido por los golpes de los nudillos en la puerta y el murmullo de sus padres al otro lado.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —repitió sin descanso en voz baja mientras se giraba dispuesta a rogarle que se largase por la ventana—. Mira, Macoy, tienes que irte, yo…

Se quedó a media frase, el espacio tras ella estaba totalmente vacío, no había rastro del hombre.

—¿Macoy? ¿Jeremy? —pronunció su nombre en voz baja, esperando que él apareciese por la puerta que comunicaba el recibidor con la cocina y la habitación.

No hubo respuesta, se acercó al umbral y contempló con estupor que estaba sola.

—Mierda, he debido de imaginármelo.

Estaba tan estresada por la inesperada visita de sus progenitores que ya escuchaba voces.

Es tu conciencia. No quieres que sepan que tienes un tío desnudo en la cama. Uno que no es el capullo al que papá quiere castrar.

Una nueva andanada de golpes la llevó a resoplar. Cerró la puerta que llevaba al salón y al dormitorio y esperó que sus recién llegados visitantes no tuviesen inconveniente en pasar directamente hasta la cocina.

Respiró profundamente, comprobó que el pijama estaba en su sitio, se subió la cremallera de la chaqueta y pegó una sonrisa de bienvenida en el rostro al tiempo que abría la puerta.

—Papá, mamá, ¿qué narices hacéis aquí?

El matrimonio la saludó entre abrazos, besos y murmullos antes de pasar delante de ella hasta el recibidor. Como siempre, ambos iban impolutamente vestidos, casi como si hubiesen salido de un desfile de modas.

—Tu madre se empeñó en coger el primer avión tan pronto supo por Patricia que ese bueno para nada se casaba con otra —explicó su padre desabrochándose la chaqueta del traje para estar más cómodo—. Así que adelanté la semana que tenía pensado coger de vacaciones para matar dos pájaros de un tiro; traer a tu madre para que viese con sus propios ojos que sigues viva y llevármela después para que no te vuelva loca.

Gracias a dios por los pequeños favores, pensó con ironía. Sin duda, había salido a su padre en algo más que el color de ojos.

—No me eches a mí toda la culpa —reclamó la mujer—. Tú también estabas preocupado por ella, Nerón.

Su padre hizo lo de siempre, le besó la mano y asintió.

—Lo que tú digas, Nefer, lo que tú digas —declaró al tiempo que le dejaba en las manos una caja de una conocida confitería de la zona—. ¿Café?

Señaló la cocina con un gesto de la cabeza.

—En la cocina —murmuró y echó un nervioso vistazo en dirección a la puerta cerrada para finalmente volver a ellos—. ¿Os dais cuenta que habéis atravesado el país de punta a punta solo para ver si sigo de una pieza?

Su padre se limitó a encogerse de hombros y entrar en la cocina.

—Eso díselo a tu madre, yo me he limitado a no dejar que cometiese una estupidez mayor que esta.

—No le hagas ni caso —contestó ahora ella. Se quitó el abrigo, lo colgó del brazo y la atrajo para achucharla y susurrarle al oído—. Él estaba tan preocupado por ti como yo en cuanto supimos lo ocurrido.

Suspiró. Aquello no podía estar pasándole y sin embargo, allí los tenía a los dos, uno al lado del otro.

—¿Os dais cuenta que ya no soy una niñita y que puedo cuidar de mí misma? Llevo haciéndolo muy bien los últimos seis meses —le soltó con irritación separándose de los brazos maternos—. ¡Esta visita es innecesaria!

—Lo sé, lo sé, estás tocando la segunda fase… —le palmeó la mano—. Es natural que sientas rabia, que estés enfadada, pero lo superarás.

Gimió ante las palabras de su madre.

—¿Segunda fase? ¿De qué demonios estás hablando? —sacudió la cabeza.

Como siempre, Nefertiti DeGucci no tenía prisa en explicarse. Dejó el abrigo pulcramente doblado en una silla y siguió a su marido hacia la cocina.

—Las fases de una ruptura sentimental, por supuesto —aseguró sin dejar de caminar—. Pero ahora que estoy aquí, podremos hablar de ello y…

Parpadeó sin poder hacer otra cosa. La verdad, empezaba a tener unas ganas locas de ponerse a gritar.

‹‹Hazlo. Eso sirve para liberar el estrés››.

Jadeó y se llevó una mano al corazón al escuchar de nuevo la voz de su compañero de cama. Cerró los ojos y gimió interiormente, ¿es que había algo que pudiese ir peor esa mañana?

—Maldita sea tu estampa, Macoy —masculló en voz baja al tiempo que se giraba dispuesta a poner fin a aquella pesadilla, pero una vez más se quedó mirando el espacio vacío—. ¿Pero qué demonios…? ¿Dónde…?

—Cleo, ¿estás bien?

Se giró a su madre y señaló el vacío recibidor.

—Mamá, escucha, sé lo que puede parecer, pero no lo es en absoluto —aseguró, buscando atajar el problema antes de que empezasen a sacarse conclusiones precipitadas—. Me conoces, sabes que no hago esta clase de estupideces…

Nefertiti parpadeó y la miró sin comprender.

—Cariño, es normal sentir lo que sientes, especialmente cuando has pasado tanto tiempo viviendo con una persona —le aseguró con gesto consolador—. Tú y Devon habéis sido amigos antes de prometeros, es normal que le eches de menos y que quieras incluso volver…

—¿Volver? ¿Con Devon? ¡No!

—¿Quién es Devon? —La voz masculina sonó ahora a su espalda y con un matiz mucho más duro—. ¿Y por qué diablos acabo de despertarme con un arcoíris presidiendo las uñas de mis pies?

Ambas se giraron al mismo tiempo para ver al sexy y recién levantado policía llenando el umbral de la puerta.

—Mierda.

—Um… por otra parte, ya han pasado seis meses, así que puede que olvidarte de él sea justamente lo que necesitas —declaró su madre recorriendo sin pudor al hombre que acaba de hacer acto de aparición, para finalmente hacer gala de sus exquisitos modales y adelantarse para tenderle la mano—. Hola, soy Nefertiti DeGucci, la madre de Cleo, ¿y tú eres…?

—Mi vecino.

—Su pareja.

—No eres mi pareja.

—Ahora sí, lobita.

Lo fulminó con la mirada y se giró hacia su madre, quién seguía aquel intercambio con absoluto interés.

—Mamá, él es el señor Macoy —declaró con toda la estoicidad que podía—, mi vecino de al lado.

—¿Señor Macoy? —repitió su madre.

—Jeremy —replicó el aludido estrechando la mano extendida de la mujer—. Un placer conocerla, señora DeGucci.

—Llámame Nefer, querido —sonrió con amabilidad, entonces la miró a ella y pudo ver en sus ojos una inusitada alegría—. Buena elección, cariño, pero ni siquiera yo llamo a tu padre señor DeGucci después de… ya sabes… jugar entre las sábanas.

Gimió. Había cosas que no necesitaba oír y esa era una de ellas.

—Nerón, cariño, he cambiado de idea —anunció la mujer con voz jovial—. ¿Desayunamos en ese coqueto restaurante que vimos al pasar?

Su padre, siempre discreto, permanecía en el umbral de la cocina mirando al recién llegado entre curioso y paternal. Sus ojos se deslizaron entonces sobre ella y enarcó una ceja.

—No es lo que piensas… lo que ninguno de los dos pensáis.

—Creo que es un poquito tarde para esgrimir esa excusa, nena —escuchó la voz de Jeremy al oído al tiempo que notaba ese fuerte e inamovible brazo rodeándole la cintura—. Nos han pillado.

No la dejó hablar, se inclinó sobre ella y le besó brevemente los labios, para finalmente tenderle la mano al hombre.

—Jeremy Macoy —se presentó—. Lamento el recibimiento, Cleo no me dijo que vendrían.

—Oh, no te disculpes querido, no lo sabía —se adelantó su madre—. Ha sido una visita de improviso.

Cuando ya pensaba que su padre iba a dejarle con la mano colgada, se la estrechó y sonrió afable.

—Como acaba de apuntar mi esposa, ha sido una visita inesperada —se estrecharon las manos—. Un placer conocerte, llámame Nerón.

—Jeremy —le ofreció así mismo—. ¿Piensan quedarse mucho tiempo en la ciudad? ¿Tienen ya alojamiento? Si gustan, pueden quedarse en mi casa de las afueras…

¿Casa de las afueras? ¿De qué diablos estaba hablando? ¿Estaba intentando comprar a sus padres? ¡Qué diablos estaba pasando aquí!

—Pero qué coño…

—Esa boquita, loba.

—Deja de llamarme loba, mentecato.

Su madre se rio por lo bajo y su padre sonrió también.

—¿Te recuerdan a alguien, querida?

—Oh, ya lo creo que sí —aseguró su madre al tiempo que recogía su abrigo y se cogía del brazo de su marido—. Te agradecemos el gesto, Jeremy. Pero ya tenemos alojamiento, sencillamente hemos adelantado el viaje que ya teníamos previsto. Pero nos encantará aceptar tu oferta en otro momento.

—Por supuesto, considérenla extendida para cuando la necesiten, Nefer.

—Mamá, no le hagas ni caso, nada de esto es lo que parece —rezongó intentando

empujarle—. Él fue el poli del que te hablé, el capullo que me confundió con un ladrón…

—De peores maneras se han conocido las parejas a lo largo de la historia, nenita —le aseguró su padre con un guiño.

—¡No somos pareja!

Ambos enarcaron una ceja.

—Eres una adulta y muy capaz de tomar tus propias decisiones, cariño —le aseguró su madre—, solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Usa… ya sabes… la gomita.

—¡Mamá!

—Nefer, deja a la muchacha antes de que Jeremy tenga que cargar con todas las culpas —sugirió su padre de buen humor—. Tu madre te llamará en cuanto nos instalemos, nenita. Procura… estar comunicable.

Antes de que ninguno pudiese decir alguna cosa más, la pareja dio media vuelta y abandonó el piso dejándola alucinada, cabreada y al borde de un ataque de nervios.

—Tienes una familia muy agradable.

La puerta se cerró y el sonido de los tacones de su madre empezó a perderse por el pasillo, solo entonces se giró hacia él.

—Tú… tú… tú… —no había palabras que describiesen lo que estaba sintiendo.

—Espero que tengas algo para quitarme esto, Cleopatra —señaló sus pies—, no me van los colores.

Ahhhhhhh. No se midió, se lanzó a su cuello sin pensárselo dos veces y el impulso los envió a los dos al suelo.

—¡Eres mi peor pesadilla! ¡Una verdadera chincheta en el pie! —chilló amenazando con sacarle los ojos—. ¡Cómo has podido! ¡Cabronazo! ¡Eres hombre muerto!

Para aumento de su irritación, no solo le sujetó las manos sino que se echó a reír a carcajada limpia. Entonces la hizo girar de modo que terminó, una vez más, debajo de su cuerpo.

—Ah, buenos días a ti también, compañera —le dijo entre risas—. ¿Has dormido bien?

—¡Eres hombre muerto!

Se limitó a poner los ojos en blanco y chasquear la lengua.

—De acuerdo, pero que sea después del desayuno —declaró al tiempo que la recorría con mirada hambrienta—. No tienes idea de lo que una noche… como la pasada… puede hacer en el apetito de un lobo.

—Voy a castrarte.

Parpadeó visiblemente sorprendido, entonces hizo una mueca.

—Si lo haces te perderás lo mejor de mí —le aseguró todo lleno de razón—. ¿Y cómo íbamos a jugar entonces?

Apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes alguna jodida idea del lío en el que acabas de meterme, pedazo de imbécil?

La apretó contra el suelo, dominándola con su peso y presencia.

—Tranquila, Cleo —le susurró—. Todo tiene solución menos la muerte.

No, aquello no tenía solución. ¿Después del numerito que había montado? No, en absoluto.

—Esta me la vas a pagar, Jeremy Macoy.

Él sonrió con esa satisfacción masculina que la ponía a cien.

—Estoy deseándolo, Cleo —le aseguró—, no puedo esperar a ver qué es lo siguiente que tienes para mí.

Entonces se levantó y tiró de ella para ponerla en pie.

—Pero tendrá que esperar hasta esta tarde —aseguró, sorprendiéndola una vez más—. Me encantaría quedarme y seguir charlando, pero tengo un asunto importante que atender.

Le besó la punta de la nariz y luego los labios.

—Deliciosa —le dijo con voz ronca—. Te veré de nuevo por la tarde, compañera. Hay algo que tengo que explicarte y será mejor hacerlo ahora, antes de que las cosas se compliquen.

¿Complicarse?

—Nada puede complicarse más de lo que ya está —rezongó con cara de pocos amigos—. Y es todo culpa tuya.

Le cogió la barbilla y se la levantó para robarle un nuevo beso, esta vez penetró sus labios y se hundió en el interior de su boca, arrancándole un involuntario gemido de placer.

—Mantén la mente abierta, Cleo —le dio un último beso en la mejilla—, concédeme eso y todo irá bien, lobita. Te lo prometo.

¡Y una mierda!

CAPÍTULO 8

—Dime que sigues de una pieza y no tirado en alguna cuneta.

Jeremy puso los ojos en blanco al escuchar el tono melodramático de su beta. Intuía que esa inestabilidad en la voz, seguida de contundentes maldiciones se debía más a la resaca del día anterior que a su preocupación por él.

—Estoy caminando por la calle y no tengo ni un solo rasguño, ¿suficiente para ti?

—Joder, Jer, suenas incluso lúcido, ¿cómo lo haces?

—Privilegios de ser alfa —le soltó sin más—. Eso y no haber bebido tanto como vosotros dos.

—No, bebiste más, toda el agua de las cañerías.

Puso los ojos en blanco y se detuvo ante el paso de peatones a esperar que cambiase el semáforo. Llevaba el móvil en el bolsillo superior de la chaqueta y los auriculares puestos, con lo que no tenía que preocuparse de que se le calentase la oreja. Además, con los sentidos tan agudizados como estaban esa mañana, había tenido que bajar el volumen del receptor al mínimo para no acabar aullando.

—Sí, lo recuerdo nítidamente, será por eso por lo que sigo a flote.

Hubo un instante de silencio a través de la línea antes de escuchar un sonoro juramento.

—Espera, espera, espera… Estás demasiado lúcido, demasiado tranquilo —prorrumpió su compañero—, y ya no suenas como un lobo psicótico destroza cañerías.

—¿Puedes bajar el tono de voz, Jim? Tengo los oídos demasiado sensibles —pidió arrancándose el auricular de la oreja—. Y no me apetece quedarme sordo.

—Hay que joderse, ¡te has emparejado! —concluyó Jim—. Lo has hecho, te has emparejado con ella.

—Es mi compañera, ¿no es eso lo que solemos hacer cuando nos la encontramos?

Un sonoro resoplido atravesó la línea.

—Sí, cuando son lobas, sí —rumió—. Ellas saben a lo que se enfrentan, conocen nuestra manera de vincularnos y lo que eso conlleva, pero tu compañera es humana…

Gruñó sin poder evitarlo, un sonido de advertencia nacido desde lo más profundo de su garganta.

—¿Que Cleo sea humana supone algún problema para ti, *beta*? —Al hacer hincapié en su rango dejaba patente que no era una pregunta retórica y que de su respuesta podía depender el seguir de una pieza o pasar a formar parte de comida para alimañas.

—Como no puedes verme, te diré que ahora mismo, de estar en forma canina, tendría el morro en el suelo y el rabo entre las piernas, alfa —le soltó con palpable ironía—. Es tu pareja y será tratada y protegida como tal por la manada, eso lo sabes.

Sí, lo sabía. Era la ley que imperaba en su mundo. La compañera de un lobo era sagrada, más aún si era la del alfa. En ella recaía el continuar con la línea de sangre y fortalecer los lazos dentro del clan a través de su unión con él.

—Y no tengo prejuicios contra los humanos —añadió de inmediato—. Apuesto a que

todavía no le has dicho quién y qué eres. Eso es lo que me preocupa, genio. Si tu loba te hace lo mismo que le hizo a Adam la suya… el tener que llamar a un fontanero para que arregle las cañerías sería mi última preocupación.

Suspiró. Bryony, la compañera humana del alfa de Toronto no se lo había puesto nada fácil. La muchacha había abandonado la manada y vivido lejos de su compañero durante casi un año. Era un milagro que Adam no se hubiese vuelto loco con la separación. Como lobos, una vez emparejados, el vínculo que los unían a sus compañeras se hacía cada vez más fuerte, a través de él permanecían siempre conectados y la lejanía, sobre todo en los primeros momentos tras el reclamo, podían ser realmente jodidos; o eso es lo que había oído.

El pensar en Cleo le hizo la boca agua, su cuerpo se tensó al momento y su sexo se endureció ante la perspectiva de tenerla otra vez. Ahora conocía su aroma, lo llevaba grabado y podría rastrearla hasta el fin del mundo si hacía falta.

—Jer, ¿sigues ahí?

La voz de Jim lo trajo de vuelta y se aferró a ella para centrarse.

—Sigo aquí —confirmó. Miró el reloj e hizo una mueca—. No es como si tuviese que ir a ningún sitio en particular. Peschong me ha dado unos días de vacaciones.

Lo escuchó resoplar.

—Como si te importase lo que dice Peschong.

Ni lo más mínimo. Aceptó. El jefe de policía de la comisaría de Lincoln era un hombre duro pero con los pies sobre la tierra, tenía alma de pacificador aunque a veces pareciese estar poseído por el mismísimo diablo. Sabía que no le quedaba más remedio que trabajar en conjunto con la oficina del Sheriff de Lancaster y el Departamento de policía de la Universidad de Nebraska dentro de la Unidad de Narcóticos, pero eso no quería decir que tuviese que llevarse bien con los agentes asignados de cada casa.

Sabía perfectamente que a él lo toleraba, ni le gustaba ni dejaba de gustarle, se limitaba a tolerarle y esperar que la colaboración terminase para enviarle de vuelta de una patada. No podía culparle, de estar en su misma posición, desearía hacer lo mismo.

—Pero no te llamaba por eso, ¿has escuchado algo de Santana?

Frunció el ceño ante el tono serio de su beta.

—¿Algo como qué? ¿No se marchó ayer contigo?

Un nuevo resoplido inundó la línea.

—Isabel ha intentado localizarte, pero al no poder hacerlo me llamó a mí —explicó de inmediato—. Santana no llegó a casa.

—¿Cómo que no llegó a casa? Salió contigo, Jim.

—Y lo dejé dónde me pidió —se justificó el lobo—. Ya sabes cómo es, quería despejarse antes de entrar por la puerta y ser castrado. Solo tenía que cruzar el maldito puente andando.

Aquello no tenía sentido, su amigo no desaparecería sin más.

—Mierda —masculló—. ¿Isabel no ha sido capaz de rastrearlo?

Como su compañera y loba, su vínculo era lo suficiente fuerte como para que pudiese encontrar a su compañero aún si estuviese al otro lado del planeta.

—Estaba en ello la última vez que… —se detuvo. Se oyó un murmullo al otro lado de la línea—. Espera un segundo, Jer, es Isabel.

Gruñó para sí. Su lobo empezó a pasearse en su interior, podía sentirlo tan nervioso como lo estaba él ahora mismo, había algo que no iba bien. Echó la mirada atrás y se estremeció al pensar en Cleo. ¿Era ella a quién percibía? Miró el reloj y sacudió la cabeza. Hacía más de una hora que la había dejado, posiblemente ya se habría ido al trabajo.

—Mierda —el exabrupto procedente del teléfono devolvió su atención a la conversación interrumpida—. Jeremy. Isabel los ha encontrado. Ha rastreado a Santana hasta una clínica veterinaria a las afueras, pero dice que no está solo, hay al menos un par de lobos más y… y ha captado tu olor.

¿Su olor? Eso no era…

Apretó los dientes y sintió cómo su lobo hacía lo propio al darse cuenta de qué clínica veterinaria podía ser.

—Cleo —pronunció su nombre en un tono de voz que prometía no hacer prisioneros—. Es su clínica. ¿Quiénes son los lobos? ¿De qué clan?

No hubo vacilación a la hora de responder.

—No los ha identificado, no reconoce el olor —reportó—. Pero dice que uno de ellos está herido y en forma lupina, el otro sigue en forma humana y está reteniendo al personal de la clínica.

No escuchó nada más, su lobo aulló, perdió la humanidad que le permitía razonar y se concentró únicamente en encontrar a su compañera. Y pobre del que osara hacerle daño pues no viviría para contarlo.

—¿Jer? ¿Jeremy? ¡Joder! Ben, mueve el culo, el alfa de Nebraska está en plan psicótico y no atenderá a razones —se oyó a través de los auriculares un segundo antes de que se cortase la llamada.

CAPÍTULO 9

Jodido horóscopo, pensó Cleo mientras contemplaba la escena. ¿Es que su semana nunca iba a mejorar? Sobre la mesa de operaciones tenía un enorme ejemplar lupino destrozado y, del otro lado, un jodido chiflado apuntándola con un arma.

No había hecho más que entrar, cambiarse de ropa y empezar a mirar las citas y operaciones que tenía programadas para hoy cuando escuchó un estruendo al otro lado de su oficina. Antes de que pudiese darse cuenta de qué era lo que sucedía, ella y Brenda, su becaria en prácticas, se encontraron en el quirófano con lo que solo podía ser un lobo medio destrozado sobre la mesa quirúrgica y otro desangrándose en una esquina de la habitación.

El hombre la había empujado a base de amenazas mientras cargaba con uno de los animales sobre el hombro y le disparaba al otro cuando este hizo ademán de liberarse de las correas con las que lo venía arrastrando.

—¿A qué estás esperando? ¡Te he dicho que lo operes!

¿Cómo esperaba que operase así? Brenda intentaba no lloriquear mientras presionaba la herida de bala que había alcanzado al otro animal, por la cantidad de sangre que manchaba el pelaje y el uniforme de la chica, el pobre se estaba desangrando.

—Si no le salvas, juro por lo más sagrado que te mato, humana.

Arrugó la nariz con desdén e intentó mantener la calma como llevaba haciéndolo desde que la encañonó con el arma. Por dentro era un manojo de nervios, quería gritar, llorar, patalear y esconderse debajo de la mesa, pero no podía permitir que ese hijo de puta le hiciese daño a Brenda.

—Te sugiero que no me amenaces y que quites esa jodida arma de mi vista —siseó—. Me estás poniendo de los nervios y no soy precisamente buena con un bisturí en las manos si estoy nerviosa.

El cañón del arma se adelantó más al punto de rozarse casi con su frente.

—¡Cállate y hazlo! —la empujó con él haciendo que notase el frío metal—. Puta humana… ¡hazlo ya!

Apretó los dientes y paseó la mirada por el agónico animal, entonces volvió a mirar el ejemplar que se desangraba en el suelo.

—Primero deja que me encargue de él —lo señaló—, tiene más posibilidades de salir adelante que este pobre pequeño. Déjame intentar…

Se tuvo que callar cuando volvió a amenazarla con la pistola, la agarró por el cogote obligándola a doblarse sobre el moribundo lobo que permanecía sobre la mesa de acero.

—¡Arréglalo pequeña zorra chupa pollas! —la insultó empujándola hasta el punto de poder oler la suciedad y los desechos sobre el pelaje espeso—. Si él muere, tú mueres con él.

El agarre que tenía sobre ella y el lastimero gemido del can hizo que tuviese que luchar contra las lágrimas. Sabía que no había nada que pudiese hacer por él, nada excepto sacarlo de su miseria.

—¡No puedo! —clamó retorciéndose de su agarre hasta conseguir soltarse—. Le han seccionado la yugular y le han partido la columna, a juzgar por como respira incluso puede que tenga perforado el pulmón. Todo lo que puedo hacer por él es evitar que sufra más.

El hombre se pasó una mano por el pelo y se inclinó entonces sobre la camilla, rastrilló el

pelo del lobo con los dedos con tanta delicadeza que era incongruente ante la situación que estaba viviendo. El can pareció hacer un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos y lamerle la mano sin mover ni un solo músculo.

—No. No me pidas eso. No puedo hacerlo. Saldrás de esta, hermanito, te prometo que saldrás de esta y ese jodido alfa pagará por todo lo que ha hecho —susurró al animal antes de besarlo en la cabeza e incorporarse para volver a apuntar hacia su asistente y el otro animal—. Estás muerto, Santana.

—¡No!

‹‹Un día vas a hacer que te maten, Cleo. Eres capaz de dar tu vida y tus energías por cualquier animalito sin pensar en ti o en las consecuencias››.

Las palabras de su padre resurgieron de algún lugar de su mente evocando un momento, siendo tan solo una niña, cuando había trepado a un árbol en un intento por salvar a un malherido gato que había sido vapuleado por un perro.

‹‹Los protegeré a todos, papi. Cuando sea mayor, seré veterinaria y los protegeré a todos››.

Con los brazos extendidos y su cuerpo escudando al lobo herido y a su asistente, se enfrentó al desquiciado que apuntaba su arma directamente sobre ella.

—Si vuelves a hacerle daño te juro que sales de aquí sin pelotas —siseó—. ¿Cómo puedes preocuparte tanto por ese pequeño y sin embargo dispararle al otro? ¡Son animales indefensos!

—¡Él es mi hermano! —declaró señalando la mesa de operaciones—. Y ese cabrón lo ha matado, así que merece el mismo trato.

¿Su hermano? Fantástico, ahora tenía que enfrentarse con chiflados. Miró a los dos canes y sintió repulsa ante lo que les habrían obligado a hacer. No eran perros comunes, ni siquiera eran mestizos, estos dos ejemplares eran lobos.

—¿A esto es a lo que te dedicas? ¿A montar peleas clandestinas? ¿De dónde han salido? Estos animales no deberían estar aquí, no deberían caer en manos de individuos sin escrúpulos como tú y…

Su perorata se vio interrumpida una vez más por el cañón del arma apuntando directamente a su cabeza, la mirada en sus ojos era febril pero conservaba la inteligencia, una dañina, macabra.

—Conozco tu olor… por supuesto, eres su perra —declaró al tiempo que la encañonaba—. Sí. Eric tenía razón, por eso olía al alfa de Nebraska. Eras tú.

¿De qué diablos estaba hablando este loco? ¿Qué ella olía?

—Sí —sonrió abiertamente y se giró hacia la camilla pero sin dejar de apuntarla—. ¿Te das cuenta, Eric? Tenemos aquí a la compañera de Macoy, su recién emparejada compañera. Ese bastardo pagará por lo que hizo su viejo, sabrá lo que es que te arranquen lo que más quieres.

¿Macoy? ¿Estaba hablando de Jeremy? ¿De qué iba todo esto? ¿Qué tenía que ver el policía con este loco? ¿Lo habría apresado en algún momento? ¿Tendría algún rencor guardado hacia él?

—Ellos lo orquestaron, fueron los únicos responsables de lo que pasó —gruñó, un sonido profundo y animal—. ¡Ellos la mataron! La mataron a ella y a nuestra madre.

Volvió a apuntarla y miró al lobo y a su asistente, quién había dejado de hacer presión en la herida y lloraba muerta de miedo en una esquina mientras se cubría la cabeza.

—Por favor, no nos mate, por favor, no nos mate, por favor, no nos mate…

El mantra se repetía una y otra vez de labios de la muchacha mientras el pobre animal gemía e intentaba moverse a pesar de todo. Aquello fue más de lo que pudo soportar.

—Si va a dispararme será mejor que lo haga de una jodida vez porque tengo mejores cosas que hacer que escuchar estupideces mientras tengo un paciente al que atender —le soltó irritada mientras se dejaba caer de rodillas sobre el lobo y presionaba ella misma el lugar de la herida—. Tranquilo, pequeño, vas a salir de esta, te lo prometo.

—¡Puta zorra humana!

‹‹Cleo, pégate a ese lobo y no te muevas››.

La orden fue tan contundente y su voz tan tranquila que se encontró haciendo exactamente eso al tiempo que se preguntaba de dónde había venido la orden. La puerta se abrió entonces de golpe, las luces tintinearon y se apagaron quedando solo el foco de la mesa de operaciones. Oyó un disparo seguido de un agónico gruñido canino, giró la cabeza en dirección al sonido y contempló atónita como otro lobo, este totalmente blanco, se abalanzaba contra su agresor directo a por su garganta. El arma se disparó una vez más, la bala impactó contra el techo y saltaron esquirlas, pero aquello no fue nada comparado a la imagen que captaron sus retinas. El hombre que la había irrumpido en la clínica y la había encañonado ya no era un hombre, un segundo estaba allí intentando apartar la rabiosa bola de pelos blanca y al siguiente un lobo marrón oscuro luchaba a mandíbula batiente con el blanco.

—Qué coño…

Un seco chasquido y el lobo marrón cayó inerte al suelo con los ojos en blanco y la lengua colgando de un costado de sus fauces, el hocico del can blanco se giró en su dirección, su boca goteando sangre antes de alzar la cabeza y emitir un sonoro y lastimoso aullido para finalmente trotar hasta el lobo caído.

‹‹Ayúdale››.

La voz resonó en su mente como el eco de un perdigonazo. Esta vez era femenina, con acento hispano.

Vio cómo el lobo blanco empujaba con el morro el cuerpo inerte antes de desvanecerse y aparecer en su lugar una mujer menuda de rizado pelo negro y ojos verdes anegados en lágrimas. Ella no dudó en posar sus manos sobre el can, lo sacudió e hizo un sonido nada femenino antes de empezar a gritar.

—¡Maldito seas, Mikel, no se te ocurra dejarme ahora! —Lo sacudió sin piedad, hablándole en español—. Por favor, amor, no me dejes.

Volvió a sacudirlo, hundió las manos en la húmeda piel del lobo y finalmente la miró a ella.

—Por favor. Ayúdale. Por favor, te lo ruego, no puedo perderle, no podemos perderlo —insistió llevándose ahora la mano libre al vientre—. Mikel… no puedes irte, tienes que conocer a tu hijo… por favor…

—¡Cleo!

La voz de Jeremy resonó en la habitación, solo tuvo tiempo de girar la cabeza para verlo aparecer pistola en mano a través de la puerta.

—¡Jeremy! —la mujer se giró hacia él frenética—. Se está muriendo, Mikel se muere. *Diosito*, ayúdanos…

El recién llegado echó un rápido vistazo a su alrededor y gruñó, un sonido poco humano cuando vio el lobo muerto en el suelo y finalmente el que permanecía inmóvil sobre la mesa.

—Es… está muerto —escuchó su propia voz ahora en tono ahogado y se obligó a tragar —. No… no habría podido hacer nada por él, se lo dije.

Sus ojos se encontraron y asintió, entonces bajó la mirada al lobo ante el cual estaba arrodillada y lo señaló.

—¿Puedes hacer algo por él?

—Oh dios mío, oh dios mío…

La letanía de Brenda había cambiado y ahora los miraba a todos con gesto atónito y también algo enloquecido. Estaba al borde de un ataque.

—Cleo, ¿puedes hacerlo?

Intentó reaccionar, intentó moverse pero le temblaban hasta las manos.

Jeremy se acercó a ella y le apretó el hombro haciendo que notase su contacto y reaccionase.

—Cleo, mírame —insistió—. Él te necesita, ¿puedes ayudarle?

Jadeó, se miró las manos temblorosas y luego bajó la mirada hacia el lobo, el animal tenía los ojos medio abiertos y hacía un esfuerzo por enfocarlos en la mujer que seguía pegado a él.

—No, no, no, no… ¡no! —clamó ella—. No lo haré. Vendrás conmigo, tienes una obligación para conmigo, para con la manada y con tu futuro hijo. ¡No me hagas tener que ir al mismísimo infierno a buscarte Mikel Santana, porque te juro que lo haré!

El animal movió el hocico y le lamió la mano haciendo que la mujer se echase a llorar.

—Es… espero que alguien me despierte pronto de esta pesadilla —consiguió articular al tiempo que se ponía en pie y miraba a su alrededor—, porque ni todas las buenas explicaciones del mundo podrían darle sentido a esto.

Se obligó a respirar profundamente y miró a su asistente, la cual había quedado finalmente noqueada. Se había desmayado. Sacudió la cabeza y miró de nuevo al lobo y luego a su vecino.

—Tenemos que ponerlo sobre la camilla —le indicó, moviéndose ya para retirar el otro cuerpo—. Lo siento, pequeño, lo siento mucho.

Apretó los dientes y trasladó el cuerpo muerto del animal al suelo para volver con su nuevo paciente.

—Ha perdido mucha sangre. Intenté que Brenda taponase la herida, pero entonces ese chiflado… él… —sacudió la cabeza, estaba temblando como una hoja—. No sé si podré…

—Podrás, compañera —declaró Jeremy con firmeza al tiempo que dejaba el cuerpo sobre la camilla—. Si alguien puede conseguirlo, esa eres tú.

Se obligó a creer en sus palabras, cerró los ojos, respiró profundamente y cuando volvió a abrirlos empezó esa peculiar carrera contra reloj en la que siempre participaba al entrar en el quirófano. Como siempre, se sumergió en su propio mundo, trabajó rápido y sin descanso, sin permitirse pensar. Tenía que salvarle, tenía que mantenerle con vida, eso era todo en lo que podía pensar.

Hora y media después, con las manos temblorosas y manchadas de sangre, había finalizado la operación.

—¿Se… se pondrá bien?

Levantó la mirada y se encontró con los enrojecidos ojos de la mujer de pie al otro lado de la mesa. Sus manos seguían sobre el animal, acariciándole el pelo con suavidad, pero fue la sangre que le manchaba la barbilla y los labios la que la hipnotizó, esta se había secado dándole un aspecto un tanto macabro. Dio un paso atrás, luego otro y a medida que lo hacía volvió a ver el lobo blanco atravesando la habitación y lanzándose a la yugular del tipo que las llevó allí.

—Cleo, respira —sintió las manos de Jeremy sobre ella y eso la calmó de una forma tan absoluta que sintió la necesidad de darse la vuelta, echarse en sus brazos, esconder el rostro en su pecho y llorar como una niña—. Has hecho todo lo que has podido, pequeña, nadie te va a reprochar nada. Ahora, todo queda en manos del creador.

¿Creador? ¿Acaso existía algo así? ¿Podía alguien permitir que una criatura como aquella

sufriese de ese modo?

Se lamió los labios y miró a la mujer.

—A perdido mucha sangre, hay riesgo de infección y las próximas horas serán cruciales —soltó de carrerilla—. Hay… hay que mantenerle caliente, las mantas… las… hay… um…

La garganta se le cerró y las piernas empezaron a temblarle sin remedio.

—Isabel, las mantas están en el armario de la derecha —oyó la voz de Jeremy una vez más, él parecía estar siempre cerca.

—Me quedaré con él —asintió ella y se giró en su dirección con una mirada esperanzada y de gratitud—. Pase lo que pase, gracias.

Negó con la cabeza, las lágrimas empezaron a caer por sí solas y su cuerpo sucumbió por fin a los recientes acontecimientos.

—No… no sé qué ha pasado… no, no lo sé… —gimió—. Él… él entró aquí y… y…

—Shh —la abrazó, apretándola contra su pecho—. Ya ha pasado, lobita, lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti.

Cerró los ojos y empezó a llorar, no pudo hacer otra cosa, las imágenes de las últimas horas volvía a pasar ahora por su mente a la velocidad de la luz, cosas espeluznantes, cosas inexplicables y la seguridad de que había estado a punto de morir a manos de un perturbado.

—Te tengo, Cleo, déjalo salir —escuchó la voz de Jeremy al oído—. Te tengo.

Cerró los ojos y dejó que él la sacase de allí, no quería pensar, no quería recordar, no quería analizar nada de lo que había ocurrido, porque si lo hacía, tendría que enfrentarse con lo que había visto.

No, pensó y se acurrucó en su abrazo, *la gente normal no se convierte en lobo.*

CAPÍTULO 10

La mañana parecía dispuesta a dejar atrás cualquier pesadilla o malos momentos, el sol brillaba con fuerza a pesar de la temprana hora y de estar a principios de septiembre. Dejó la ventana abierta permitiendo que entrase el aire, Cleo seguía sentada dónde la había dejado, tras el escritorio. Había cruzado los brazos sobre la mesa y reposaba la cabeza sobre ellos sin querer enfrentarse a él o a cualquier cosa que la rodease; no podía culparla.

—Nada de esto tiene sentido, Jim —murmuró entre dientes—. Han atacado a Santana en mi territorio, a un alfa de otra región sin provocación alguna. Han roto las leyes.

Su beta gruñó en respuesta.

—¿Qué mierda ha pasado, Jer? —preguntó—. ¿Quiénes son? ¿Por qué han ido a por Santana?

Sacudió la cabeza a pesar de que su amigo no podía verle.

—No estoy seguro —resopló—. No son de nuestra manada y dudo mucho que sean de la de Santana, no tienen el olor que deberían.

—¿Parias? ¿Renegados?

—Habrá que esperar a que Santana despierte y explique lo que ha ocurrido aquí —rumió —. Pero ahora, necesito que vengas a la clínica y traigas un equipo de contención. Hay dos cadáveres y se han producido disparos. La policía fue alertada, pero ya me ocupé de ello.

—Salgo para allá con los chicos.

Asintió y colgó. Guardó el teléfono y se giró hacia su compañera, quién seguía dónde la había dejado pero ahora lo miraba fijamente.

—¿Esto es de lo que querías hablarme? —murmuró con voz ahogada—. ¿A esto te referías esta mañana? ¿Esto? Lo que quiera que… sea.

Cruzó la habitación y optó por sentarse al otro lado del escritorio, frente a ella.

—Sí. —No se anduvo con rodeos—. Pero esta no era la manera en la que tenía pensado hacerlo, créeme.

Se limitó a mirarle, sin decir nada durante un incómodo silencio.

—Dios mío, si no supiese que jamás he probado las drogas y no me he chutado, ahora mismo creería estar viviendo uno de esos mencionados *viajes* —rompió a hablar—. Esa mujer se… Primero había un lobo blanco y entonces… entonces apareció ella.

Sacudió la cabeza con vehemencia y se levantó de golpe.

—Necesito un trago de algo fuerte.

Se arrastró hasta un armario cercano y extrajo de su interior una botella de whisky y una taza que alababa las cualidades animales frente a las humanas.

—Esto es demasiado bizarro para asimilarlo a pelo —murmuró al tiempo que se servía un generoso chorro en la taza y se lo bebía de un solo trago.

La reacción no se hizo de esperar, los ojos se le llenaron de lágrimas, el rostro aumentó de color y empezó a golpear el suelo con el pie.

—Dios, esto quema —jadeó a causa del ardor del alcohol—. Joder… es que, sencillamente es… imposible. Ha sido como asistir a una escena de la peli La Marca del Lobo. Solo que sin gente en pelotas.

—El cine y sus artes escénicas.

Los acuosos ojos se clavaron en él de inmediato.

—Detecto cierta ironía en tu voz —señaló. Entonces sacudió la cabeza ante lo absurdo de su propia respuesta—. Pero la verdadera ironía es estar hablando de ello.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la pequeña oficina, podía sentir sus emociones disparándose una vez más, el aroma del miedo seguía presente y a juzgar por la forma en la que temblaba, todavía estaba en shock.

—Cleo…

—Brenda —comentó entonces deteniéndose en seco. Miró a su alrededor y su desazón aumentó aún más—. Hay dios, la he dejado sola…

Se levantó y caminó hacia ella, interceptándola en su ímpetu por llegar a la puerta.

—Ella está bien —la retuvo—, se desmayó en algún momento y ahora descansa en uno de los bancos de la sala de espera.

Sus miradas se encontraron y sostuvieron durante unos instantes.

—Tú… ¿tú eres como ellos? —preguntó con voz ahogada. Tuvo que aclararse la garganta para poder continuar—. El desquiciado de la pistola… él… el lobo… lo que sea… él llamó Santana al otro animal… la mujer también… pero, pero no puede ser ese Santana, ¿verdad?

—La morenita que has conocido ahí dentro es Isabel, la compañera de Santana —explicó con toda tranquilidad de la que podía hacer uso en esos momentos—. A él lo conociste anoche… una presentación de todo menos ortodoxa…

La vio palidecer.

—Le pegué un puñetazo —se lamió los labios—. Me llamó *ternerita*.

—Le estuvo bien empleado.

Sacudió la cabeza y retrocedió, en esta ocasión prefirió dejarla ir, era necesario que ella misma pactase con sus miedos, que se enfrentase a lo que había visto e intentase procesarlo para poder seguir adelante.

—Él… ella… primero humanos, luego lobos, primero lobos, luego humanos —barbotó las palabras sin orden ni concierto—. No, no, no. Demasiada información junto a imágenes poco realistas. No puedo con ello.

—Puedes —insistió—. Piensa en lo que has visto como una raza nueva, una etnia distinta.

La mirada que le dedicó no necesitaba de más explicaciones.

—¿Etnia distinta? ¡Ese hijo de puta irrumpió en mi clínica a punta de pistola exigiéndome que arreglase a un jodido lobo más muerto que vivo! —estalló—. ¡Me apuntó con la puñetera arma mientras desvariaba! ¡Y como eso no era suficiente, entonces apareció un borrón de pelo blanco, se le tiró encima y dónde antes había un jodido ser humano, apareció un maldito lobo! ¿Etnia distinta? ¡Y una mierda!

Estaba temblando de pies a cabeza, completamente histérica.

—Y tú… y tú… ¡y tú dices ser como ellos! —lo acusó—. ¡Eso no tiene ni pizca de normalidad en el mundo en el que yo vivo!

Bueno, ahí estaba, lo había soltado todo y de carrerilla.

—Sí, soy como ellos. Soy un lobo —le dijo sin más—. Pero no distinto del hombre con quién dormiste anoche y al que le pintaste las uñas de los pies de colorines.

Abrió la boca para refutar su respuesta pero terminó perdiendo fuelle y haciendo un mohín.

—Ahora esa pequeña venganza no tiene tanto mérito —gimió—. Esto lo supera.

—¿Venganza? —Aquello era lo último que esperaba escuchar de sus labios.

—Te quedaste noqueado en mi cama —declaró. Una queja totalmente abierta y

justificable.

Se limitó a encogerse de hombros. Para ser justo consigo mismo, no sabía muy bien lo que había ocurrido la noche anterior con excepción de habérsela llevado a la cama y follársela.

—Es la primera vez que me emparejo —confesó—, y dado que cada emparejamiento es distinto, no tenía la menor idea de qué esperar durante el mismo… o después.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Emparejamiento? ¿Así es como lo llamáis ahora?

Sonrió de medio lado.

—Es algo inherente a mi raza —respondió buscando la manera más sencilla de exponerlo —. Es la manera en la tomamos pareja. Los lobos, en su hábitat natural se emparejan de por vida… en mi mundo, sucede igual.

Levantó las manos y dio un paso atrás al tiempo que sacudía la cabeza con incredulidad.

—Esto es como escuchar el argumento de un libro —rumió—. Uno en el que descubro soy la jodida protagonista. No, no, no. Esto no tiene sentido. ¡Solo echamos un polvo! Nada de emparejamientos, nada de por vida… tú eres… eres un felpudo… o eso dices.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Prefiero el término lobo, gracias —la corrigió—. Y sí, nos he emparejado.

Lo miró y apuntó con un dedo acusador.

—No —se negó en rotundo—. Ni se te ocurra. No es no.

—Un poquito tarde para poner pegas…

—¡A la mierda contigo! —resopló y se giró dándole la espalda.

—Reconozco que te lo estás tomando bastante bien dadas las circunstancias.

Soltó un nada femenino bufido.

—Eso es porque todavía estoy en shock —arguyó cansada.

No le pasó por alto la forma en la que caminaba y cómo se llevaba la mano al muslo sin llegar a tocarlo.

—Quizá quieras hablar con Isabel —comentó buscando su mirada—, ella lleva un par de años emparejada con Santana. Puede que tenga algún remedio para el escozor. No quiero verte dando saltitos cada vez que te mueves, aunque confieso que me gusta saber que yo soy el motivo.

La vio abrir la boca y empezar a boquear como un pez fuera del agua. Sus mejillas aumentaron de color hasta adquirir un tono rojizo intenso.

—No pienso hablar con una completa desconocida de… de… de mi vida privada — escupió—. De hecho, ni siquiera pienso pensar en ello. Lo de anoche fue una completa y rotunda estupidez, un momento de locura transitoria y no va a volver a repetirse. Punto.

Por encima de su cadáver, pensó divertido.

—Me refería a la herida de mi mordedura, lobita, no al sexo —intentó no reírse—. Te quedará una pequeña cicatriz, pero no tienes porqué padecer dolor o molestias cuando puedes aliviarlas. Para lo otro… bueno, prometo ser más suave la próxima vez.

—No habrá próxima vez.

Chasqueó la lengua y caminó hacia ella.

—Prometo no volver a morderte —le dijo sin dejar de avanzar hacia ella—, pero no pienso prometer no follarte. Me has gustado demasiado como para sacarte de mí menú.

Una vez más esas mejillas se llenaron de rubor.

—Estas primeras semanas estaremos más cómodos si nos mantenemos cerca el uno del otro —añadió—. Con el tiempo la necesidad irá remitiendo y podremos adoptar la rutina de una

pareja normal, pero hasta el momento… puede que me necesites cerca… lo mismo que yo a ti.

La barrera que suponía la pared la hizo detenerse en seco y dar un saltito. Ya no podía seguir retrocediendo, no podía escapar de él.

—No —replicó de inmediato. Podía oler el nerviosismo en ella, sentirla acorralada y como eso la asustaba—. No quiero tener nada que ver contigo o con toda esta locura desatada. Te quiero lejos, pero que muy lejos de mí. No puedo con esto… no puedo con ello… Ay dios, no puedo, no puedo…

Y ahí estaba, la crisis que antes o después iba a producirse.

—Respira, Cleo —le cogió la mano y se la frotó—. Sé lo difícil e imposible que esto resulta para ti, pero no tienes que enfrentarte a ello ahora mismo, no a todo a la vez. Un paso por día, compañera, solo un paso por día.

Sacudió la cabeza y pudo sentir cómo luchaba consigo misma para encontrar de nuevo esa coraza invisible tras la que estaba descubriendo se ocultaba.

—No puedo con esto, no puedo… es… esto va más allá de mi capacidad de raciocinio —gimió—. Ay, señor. He visto a una loba convertirse en una mujer y a un chalado con un arma convertirse en lobo. ¡Y ella lo mató! ¡Le rompió el cuello con un movimiento de su mandíbula! Escuché el sonido, lo supe tan pronto quedó inmóvil. ¡He operado a un jodido lobo sin saber siquiera qué narices estaba haciendo! ¿Y si se muere? ¿Y si no vive? ¡Ella querrá comerme! ¡Y hay dos jodidos perros muertos en mi quirófano!

A estas alturas ya estaba histérica y gritando a pleno pulmón por lo que tuvo que obligarse a mantener el tono de voz neutral y tranquilo, esperando poder contenerla ahora que estaban vinculados.

—Ella solo hizo lo que hizo para proteger a su compañero —respondió en voz baja, calmada—. Y te ha protegido a ti, lo cual me genera una deuda de gratitud eterna hacia esa loba. No puedo perderte ahora que acabo de encontrarte, Cleo. Eres mi compañera, mi loba…

Sacudió la cabeza y extendió los brazos con gesto desesperado.

—¡No soy una loba! —clamó. Entonces se echó a llorar una vez más al tiempo que se abrazaba así misma—. Esto no puede ser real, nada de esto puede ser real.

Convencerla de aceptar lo que acababa de presenciar y hacerla comprender que su vida había cambiado sería una de las tareas más grandes a las que jamás se había enfrentado, comprendió, pero era una tarea autoimpuesta, una a la que no podía renunciar.

—Es real, todo esto es muy real —le aseguró manteniendo las distancias, dejándole sitio para moverse y recular en caso de que lo necesitase—. Solo mírame y verás lo real que puede llegar a ser.

Dejó que el cambio se produjese, para él era tan natural como respirar, en un momento estaba sobre dos piernas y al siguiente sacudía su espeso pelaje color chocolate y la miraba a través de los ojos de su lobo.

—¡Joder! —clamó dando un salto hacia atrás, retrocediendo con tanta rapidez que se llevó por delante la esquina de la mesa y una planta—. Joder, joder, joder, joder. ¡Joder!

‹‹Tranquila, compañera, sigo siendo yo››.

La vio jadear, podía escuchar el acelerado ritmo de su corazón, su trabajosa respiración y oler el miedo que la envolvía.

‹‹Voy a caminar hacia ti››.

Ella extendió las manos al momento en un acto inconsciente por defenderse y frenar su avance.

—No, no, no, no, no… no hace falta —estaba aterrada, las pupilas totalmente dilatadas—,

de verdad que no.

La vio sacudir la cabeza y mirar a su alrededor casi al mismo tiempo que lloriqueaba.

—Ay dios mío, estoy oyendo voces.

‹‹No oyes voces, me estás escuchando a mí. Puedo comunicarme contigo así, privilegio de compañeros. Tú también puedes hacerlo, solo tienes que pensar lo que quieres decirme››.

Retrocedió un poco más, por cada paso que él daba, ella retrocedía otro.

—No quiero privilegios de ninguna clase —negó efusivamente—. Por dios, eres enorme. ¿Desde cuándo los lobos son tan grandes? Y… ¿por qué mierda tienes las uñas de las patas traseras pintadas de colorines? ¡Tienes las jodidas uñas pintadas de colores!

‹‹Ya sabes de quién es la culpa, lobita››.

Lo apuntó con un dedo.

—No me llames lobita.

Movió la cola en gesto contento y siguió avanzando hacia ella hasta estar a una distancia prudente. Entonces se dejó caer sobre los cuartos traseros y agachó la cabeza.

‹‹¿Alguna vez has acariciado a un lobo?››.

La vio lamerse los labios y mirarle con recelo.

—Pues da la casualidad que no hace ni dos horas he tenido que poner las manos sobre dos de ellos y no eran tan grandes —jadeó. Se lamió los labios y lo miró con detenimiento—. Eres inmenso. ¿Cuánto pesas?

‹‹Tú eres la veterinaria, ¿quieres averiguarlo?››.

—Ni de broma —negó efusivamente.

‹‹Eres extraña. Se supone que a los veterinarios le gustan los animales››.

—Y me gustan —aseguró—. Los que están calladitos y no me hablan al cerebro.

Se rio en su mente.

‹‹Vamos, doctora. Te prometo que no voy a morderte. Acaríciame››.

—Empieza a preocuparme el que estés haciendo tanto hincapié en el tema de morder o dejar de hacerlo, amigo.

Suspiró, un sonido canino.

‹‹De acuerdo. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma››.

Y aquello sin duda tenía que asemejarse al paraíso, pensó al tiempo que se restregaba contra las piernas femeninas al tiempo que la oía contener el aliento. Husmeó el aire y se relamió ante el conocido aroma a chocolate que perfumaba su cremosa piel. La empujó y siguió insistiendo hasta que sintió cómo los delgados dedos se hundían en su pelo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no acabar tendiéndose en el suelo boca arriba para que le frotase la barriga.

‹‹Detrás de las orejas, detrás de las orejas. Oh, sí, así››.

Una nerviosa risa emergió de la boca femenina y no pudo hacer más que mover la cola en respuesta, el ligero alivio que notaba ahora en ella era una pequeña victoria para él. Deslizó la cabeza bajo su mano y aventuró la lengua fuera de sus fauces para lamerla.

‹‹Gracias compañera››.

Dio un par de pasos hacia atrás librándose de su contacto y recuperó su forma humana arrancándole un nuevo jadeo.

—Sabes, creo que me va a gustar mucho recorrerte a lametones —ronroneó—, pero con todo, prefiero poder besarte así.

Tiró de ella, la cual todavía estaba demasiado sorprendida como para oponer resistencia y bajó la boca sobre la suya, robándole un suave y tierno beso.

—Sí, mucho mejor —murmuró lamiéndose los labios.

—Esto me supera —declaró ella, apoyándose voluntariamente contra él, permitiéndole ser su fuerza y apoyo en aquellos momentos—. No puedo más, por favor, de verdad que no puedo.

—Paso a paso, Cleo —le besó la cabeza—. Paso a paso.

CAPÍTULO 11

—Tengo que ver cómo sigue… tu amigo y que a Brenda no se le hayan fundido los plomos —murmuró dejando el cálido refugio que ofrecía los brazos de Jeremy—. Yo… no sé a quién tengo que llamar. ¿A la policía? ¿A la protectora de animales?

—Esto entra dentro de mi jurisdicción, ya me hago yo cargo de ello —le dijo sin dejar de mirarla—. Lamento que las cosas hayan resultado así, no era la manera en la que tenía pensado introducirte en mi mundo.

Se lamió los labios y dio un nuevo paso atrás.

—Yo ni siquiera estoy segura de querer conocerlo, ni así, ni de otro modo.

Cleo seguía intentando mantener la perspectiva cuando entró media hora después en la sala a la que habían trasladado al lobo. Había tenido que hacer un alto en el baño para vaciar su estómago, los recientes acontecimientos la habían dejado tan vapuleada que todo su metabolismo decidió descomponerse al mismo tiempo.

Tal y como le había dicho, Jeremy se encargó de limpiar el desastre en el que se había convertido el quirófano, en su paseo del baño a la sala de recuperación se había cruzado con un par de hombres que no conocía y que transportaban sendas bolsas negras. Tuvo que obligarse a respirar profundamente para no volver a abrirse a arcadas cuando ya no tenía nada más que vaciar.

Se detuvo en el umbral observando la extraña escena que se desarrollaba ante sus ojos. La mujer morena estaba sentada junto al cuerpo inconsciente del lobo y le murmuraba palabras en español al oído. Sus manos se movían de manera rítmica mientras le acariciaba las orejas y lo que al principio pensó que eran palabras, se convirtieron en una dulce nana.

—Creo que le ha subido la fiebre.

Se sobresaltó al escuchar la voz femenina y el profundo acento que tenía al hablar en inglés. Cuando encontró sus ojos los vio enrojecidos por el llanto y brillantes de preocupación.

—Prefiere estar en esta forma cuando no se encuentra bien, dice que el lobo puede protegerse mejor que el humano —se lamió los labios—, pero yo le necesito ahora en forma humana. Necesito ver sus ojos abiertos, escuchar su voz… le necesito.

La agonía mal disimulada en su voz le encogió el corazón. Tuvo que parpadear varias veces para evitar que le saltasen las lágrimas. Entró y fue directa al gotero para comprobar que la vía estaba en su sitio y los antibióticos eran administrados correctamente. Cogió un termómetro del mueble y se lo metió en la oreja para comprobar la temperatura canina.

—Es normal que tenga algunas décimas de fiebre —murmuró intentando recuperar la profesionalidad—. Ha perdido mucha sangre. Las radiografías presentan alguna costilla rota, pero no son daños graves. La bala, por otra parte… no ha tocado ningún órgano vital, pero… como ya he dicho, ha perdido mucha sangre. Yo… solo puedo decirte que tengas paciencia.

Ella sonrió a duras penas, la tristeza impresa en su rostro.

—Eso es lo más difícil que puede pedírsele a la pareja de un lobo, pero lo intentaré.

No supo qué decir al respecto, pero Isabel no necesitó que lo hiciese.

—Jeremy te ha reclamado hace poco, ¿no? —murmuró—. Lo olí en ti cuando rastreé a mi compañero. Es un aroma muy fuerte, como el de una reciente vinculación o… el de después de… ya sabes, jugar.

Se atragantó sin saber muy bien cómo responder a eso.

—No es nada tan serio como eso —se excusó.

Ella enarcó una ceja en respuesta.

—Es un alfa, para él es lo suficiente serio como para publicarlo en todos los periódicos si es necesario —le aseguró y había una nota de diversión presente en su voz—. Cuando los miembros más destacados o líderes de las manadas se emparejan, su vínculo es muy fuerte, es imposible pasarlo por alto. Y su olor está en ti.

Hizo una mueca.

—Haces que suene como si no me hubiese lavado y oliese a perro mojado.

La morena parpadeó y luego se echó a reír.

—No, ni mucho menos —sonrió con calidez—. Es solo, bueno, él quiere que todo el mundo sepa que eres suya, que le perteneces, es como un aviso para otros lobos. *«No te acerques, la chica es mía»*.

Hizo una mueca ante tal despliegue de sinceridad.

—No soy suya —negó con rotundidad—. No soy de nadie.

—Eres humana —murmuró al tiempo que levantaba la nariz como si la olisquease—. Imagino que… antes de Jer no habías tenido contacto ni conocimiento sobre mi pueblo.

¿Antes de Jer? Eso sí que tenía gracia. Había tenido un fabuloso cara a cara con su mundo hacía pocas horas, uno rotundo y brutal.

—En realidad, no tenía conocimiento alguno de tu mundo hasta que un borrón de pelo blanco atravesó la puerta, derribó al chalado de la pistola, el cual se convirtió también en lobo y le rompió el cuello —soltó de carrerilla con gesto irónico—. Mi primera toma de contacto ha sido sin duda memorable.

Las mejillas de la mujer adquirieron un tinte rosado.

—Vaya…

—Sí, supongo que esa es la palabra perfecta para describir todo esto —declaró al tiempo que dejaba de nuevo el termómetro en su sitio y comprobaba los ojos del inconsciente can—. Una palabra estupenda.

Terminó el examen a su nuevo y único paciente y suspiró con cierto alivio.

—Todo parece marchar correctamente —comentó—. Tendría que despertarse de la anestesia de un momento a otro.

—Gracias.

El tono en la voz de la mujer hizo que la mirase a los ojos.

—Te debo la vida de mi compañero.

Sacudió la cabeza de inmediato.

—Yo solo hice lo que tenía que hacer —murmuró y miró al can—. Ahora es cosa suya. Es él quien tiene que luchar para salir de esta y, a juzgar por lo que he visto, lo hará.

Una suave sonrisa curvó sus labios y asintió.

—Sí, ahora sabe que tiene que luchar por alguien más —aseguró llevándose la mano al vientre.

Asintió y dejó a la mujer para ir a ver a su asistente, quién había sido dejada sobre el banco de la sala de espera y cubierta con una manta.

Jeremy observó cómo el equipo de limpieza se ocupaba de la recogida. Camuflados bajo un logo corporativo pasarían desapercibidos delante de la vecindad. Jim estaba a su lado,

comentándole los últimos pormenores y poniéndole al tanto de todo.

—Esto tiene aspecto de ser algo personal. Han ido directamente a por el alfa de Texas —comentó al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—. Esos dos chicos ni siquiera pertenecen a este territorio, su olor… Jer, juraría que son dos de los refugiados.

Frunció el ceño ante las palabras de su beta.

—¿Refugiados? Quieres decir… —se giró en dirección a la furgoneta—. Pero eso no tiene sentido…

—¿No? No tienen lazos con Santana, no tienen lazos con nadie.

Gruñó.

—Fueron acogidos por su manada, todos los supervivientes fueron acogidos por alguna de nuestras manadas —declaró con fiereza—. No tiene el menor sentido. Han atacado a Santana y a mi compañera en mi propio territorio —masculló—. ¿Quieres hacerme creer que dos parias, dos supervivientes de la masacre de hace diez años han querido matar al hombre que les dio cobijo? ¡No tiene el menor jodido sentido!

Jim se limitó a seguir su mirada.

—Supongo que tendremos que esperar a que Santana despierte y pueda arrojar algo de luz sobre esto —chasqueó—. ¿Crees que podrá salir de esta?

Abandonó la camioneta y desvió la mirada hacia el edificio de planta baja que ocupaba la clínica veterinaria.

—Cleo no permitirá que sea de otra manera —declaró con convencimiento—. Avisa a Ryss Matherson. Cuéntale lo que ha ocurrido y que Isabel está con nosotros.

Ryss Matherson era el beta del alfa de Texas y pondría el grito en el cielo cuando se enterase de lo que le había pasado a Santana.

—Esto le va a encantar.

—Tanto o más que a mí —rumió. Entonces cambió de tema—. ¿Qué ha pasado con Brenda, la ayudante humana? ¿Está bien?

—Se ha llevado un buen susto —le informó—, sigue en shock. Lo mejor sería sedarla y llevarla a casa, dejarla que duerma y que se despierte pensando que todo ha sido una pesadilla.

—Habrá que vigilarla por si acaso —sugirió. No quería tener que descubrir después que la muchacha había sufrido un accidente o algo peor a causa de lo que acababa de presenciar—. Hablaré con Cleo, ella sabrá dónde vive.

Jim asintió.

—¿Y tu compañera? ¿Cómo se lo está tomando?

—Por ahora no se ha puesto a gritar mientras corre en círculos, lo cual considero un gran logro.

—A ella también deberías sacarla de aquí —le dijo sin rodeos—. Llévatela a casa, te avisaré si hay alguna novedad.

—El piso no ha quedado en las mejores condiciones después de lo de ayer, ninguno de ellos.

—No hablaba de ese cuchitril, llévala al rancho —lo instó—. Si ocurre alguna cosa, allí estará protegida por la manada y tendrá tiempo para ir acostumbrándose a nuestras… costumbres.

—Lo pensaré.

Le palmeó la espalda y silbó llamando a sus compañeros.

—Nos vamos —los instó, subiendo ya al camión.

Suspiró y miró una vez más hacia la clínica.

—Veamos qué dices a unas pequeñas vacaciones, Cleo.

—No.

Su respuesta fue tajante. No pensaba irse a ningún sitio. Sus padres estaban en la ciudad, Brenda necesitaría unos días para reponerse del episodio traumático sufrido y ella, ella necesitaba trabajar y volver a la rutina, olvidar todo lo que había pasado y, sobre todo, alejarse de él.

—Has sido muy tajante.

—Me alegra que lo notes —le soltó—. El que hayamos follado no es motivo suficiente como para que desee irme contigo a ningún sitio. Demonios, mi vida era mucho más sencilla antes de que tú aparecieses en mi vida.

—Apuesto que sí —le dijo con ironía—, especialmente cuando tu prometido se acostaba con otra y te obligó a romper el compromiso.

Lo miró anonadada.

—¿Cómo?

—Tengo muy buen oído —aseguró—, y tu madre no es precisamente discreta. ¿En serio ese capullo te mandó una invitación a su próxima boda?

Resopló.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Eres mía y yo cuido de lo que es mío.

—No soy tuya.

—Eres mi compañera, eso te convierte en mía.

Puso los ojos en blanco.

—Olvídame, desemparéjate o lo que sea y déjame en paz.

Puso los ojos en blanco y la contempló.

—Considéralo una escapada de unos días —insistió—, pasa algún tiempo conmigo.

—No estoy interesada en pasar tiempo contigo.

Enarcó una ceja.

—¿Ni siquiera en la cama?

¿Es que nunca iba a detenerse?

—¿Qué parte de ‹‹no›› no has entendido, genio? —se exasperó—. Solo fue un polvo. ¡Nada más! Y no estoy interesada en repetir. No es como si me hubiese comprometido o me hubieses declarado amor eterno. Tío, ni siquiera nos conocemos.

—Motivo más que suficiente para que pases tiempo conmigo y nos conozcamos —insistió con total sinceridad—. Quién sabe, quizá incluso podamos llegar a esa parte del compromiso o de las declaraciones.

—No salgo con perros.

Lo vio entrecerrar los ojos y mirarla fijamente.

—Acabas de insultarme —aseguró y parecía realmente ofendido—. Me debes una disculpa.

Jadeó y extendió el brazo señalando la clínica.

—Claro, cuando te oiga a ti disculparte por haberme conducido a toda esta locura, señor Lobo Feroz con la bandera gay en las uñas de los pies.

Estaba a punto de replicarla cuando un sonido procedente de la sala contigua los

interrumpió.

—¡Jeremy! ¡Doctora!

No esperó, dejó el asiento que estaba ocupando y salió volando por la puerta con su irritante compañero pisándole los talones.

CAPÍTULO 12

‹‹Jer››.

La voz de Santana inundó su mente llenándolo de alivio.

‹‹Bienvenido al mundo de los vivos, amigo mío››.

‹‹Dios, esto es como estar en el infierno››.

Sonrió para sí mientras atravesaba la sala siguiendo a Cleo. Ella era totalmente ajena al intercambio que se producía entre ellos.

—Se ha despertado —anunció Isabel con palpable alivio—. Pero no quiere estarse quieto. ¡Dile que tiene una jodida herida de bala y no debe moverse!

Y eso era una loba cabreada y muerta de preocupación por su lobo, pensó Jeremy con ironía. No pudo evitar mirar a la suya y preguntarse sí, de pasarle algo, Cleo se preocuparía de esa manera.

La muchacha no había ido desencaminada, la verdad era que apenas se conocían, no sabían más el uno del otro que lo que habían podido compartir en el lecho durante unas horas y lo que surgía a la luz en alguna de sus continuas discusiones. Pero ella era su compañera, suya, así lo sentía, su aroma estaba grabado a fuego en su alma, la quería de la manera en la que querían los lobos pero quizá no fuese suficiente para ella.

—Quieto chico —se adelantó Cleo—. Shhh, no tengas tanta prisa.

Y ahí estaba otra faceta suya que solo había conocido recientemente mientras operaba al paciente al que ahora hablaba con ternura y suavidad. Era toda una profesional, en cuanto se enfrascaba en su trabajo se olvidaba de todo lo demás y sufría, sufría de la misma manera que lo hacía él cuando se enfrentaba a algún caso difícil en el que la víctima había sido asesinada o no podía hacer nada para ayudar.

Como policía había visto muchas cosas a lo largo de los años, su carrera y la división a la que pertenecía traía consigo muchos sinsabores, demasiada muerte y destrucción detrás de las drogas. No se trataba solo de la gente que perecía por el camino, a veces, los que quedaban eran los que peor lo pasaban.

Y ella no lo sabía. Todo lo que Cleo sabía de él era que vivía en el piso contiguo al suyo, que la había tomado por una ladrona y la había arrestado por error. Todo lo que ella sabía era que existía atracción entre ellos, la suficiente como para hacerle perder la cabeza y aceptarle en su dormitorio y en su cama; aunque no es que tuviese muchas opciones.

Y ahora sabía que existía un mundo más allá de lo que se había imaginado en el cual desconocía exactamente el papel que interpretaba.

‹‹Tu compañera››.

La voz del alfa tumbado en la camilla lo sacó de sus cavilaciones.

—Haz lo que te dice la doctora, Mikel —murmuraba Isabel al mismo tiempo—. Quédate quieto. Has perdido mucha sangre.

‹‹Tranquila, amor. Estoy bien. Estoy bien››.

—Me has dado un susto de muerte.

‹‹Déjame hablar con Jer. Es importante y no sé… esto resulta cansado…››.

—Debes descansar —insistió ella.

La respuesta del can fue sacar la lengua y lamer la mano que le acariciaba el hocico. El

hombre había hablado a la compañera por el vínculo común entre clanes y no por el privado.

Se acercó a él y deslizó la mano sobre su lomo transmitiéndole su fuerza y presencia.

—Está bien, amigo, haz caso a tu chica.

‹‹¿Qué ocurrió?››. Le preguntó por la vía que compartían los alfas.

Hubo una ligera duda en la mente canina.

‹‹¿Están muertos? ¿Los dos?››.

Asintió y respondió mentalmente.

‹‹Sí. Los dos. Isabel se encargó de uno de ellos. Te habría disparado otra vez si no lo hubiese interceptado››.

‹‹Maldita sea, Jer. Está embarazada. Se ha puesto en peligro y está embarazada››.

‹‹Eso he oído. Enhorabuena››.

El lobo emitió un bufido muy canino.

—Quieto —le susurró Cleo mientras acercaba un aparatejo a las enormes orejas—. No te dolerá. Solo voy a tomarte la temperatura.

‹‹Tu compañera. Ella impidió que él disparase. Se puso delante de mí y de esa niña. El destino te ha premiado con una buena mujer››.

Se estremeció ante las palabras del lobo y lo que eso implicaba. No le hacía ni pizca de gracia que ella se hubiese metido entre el arma y su amigo a pesar de que lo enorgullecía su valor.

‹‹Esos chicos. Ese joven lobo… estaba confundido. Totalmente confundido. Les han metido en la cabeza una versión totalmente distorsionada de la realidad››.

‹‹¿Sabes quiénes eran? ¿Qué ocurrió, amigo?››.

‹‹Sabía que alguien me estaba siguiendo, por eso le pedí a Jim que me dejase delante del puente. No podía permitir que rastreasen a Isabel››.

Una razón más que suficiente para cualquier lobo emparejado; la seguridad de su compañera era siempre lo primero.

‹‹Los llevé hasta las afueras y una vez allí los confronté. Por dios. Eran dos críos. No mayores que tú o Brian››.

Continuó con gesto cansado, incluso en su mente podía notar su agotamiento.

‹‹Solo dime que ha pasado y descansa››.

‹‹Alguien está esparciendo el rumor de que los alfas presentes en la matanza de la manada Daratraz fuimos también los responsables de la destrucción de esta, que fuimos el brazo ejecutor. El más joven de los muchachos estaba convencido de que yo había mandado ejecutar a todo el clan para quedarme con sus tierras y, entre los muertos, estaban sus padres, la compañera de uno de ellos y su hermanita, un bebé de tres meses››.

Cerró los ojos al escuchar el nombre Daratraz. Tal y como había sugerido Jim, los dos lobos eran refugiados, supervivientes de esa dantesca matanza acontecida diez años atrás en un pequeño pueblo a las afueras de Iowa. Una manada con un alfa propio, una comunidad que no había hecho daño a nadie y que vivían en su propio mundo y alejados de los humanos y que quedó reducida a cenizas en cuestión de una noche.

‹‹Pero ni tú ni ninguno de los que estuvo allí esa noche tuvo nada que ver. Ni siquiera sabíamos que estaba ocurriendo hasta que empezaron a elevarse las columnas de humo››.

Aquel había sido el único indicio que habían tenido de que ocurría algo, una densa columna de humo a la que siguió el olor de la sangre. Esa noche se habían perdido innumerables vidas, los supervivientes habían sido menos de una quincena y algunos de ellos no llegaron a ver siquiera un nuevo amanecer.

‹‹Alguien está extendiendo el rumor de que varios alfas estuvieron detrás de la orden dada para exterminar a esa comunidad››.

Suspiró con cansancio.

‹‹Esos dos pobres desgraciados fueron dos de los muchachos que sobrevivieron y obtuvieron refugio en mi clan››. Gimió en voz alta e intentó moverse. *‹‹Alguien está dispuesto a empañar los recuerdos de aquella fatídica noche con falsos testimonios y está utilizando a las víctimas de la masacre para ello››.*

Sus ojos se encontraron.

‹‹¿Con qué propósito?››.

‹‹Llegar a los alfas. Su único pensamiento era que yo sufriese lo que sufrieron ellos, que pagase con mi propia sangre. No sé si esto es un hecho aislado, pero algo me dice que solo es el principio, Jer. El que llegasen hasta aquí no fue una casualidad, reconocieron tu aroma en Cleo, estaban dispuestos a acabar con ella para llegar a ti. Hay que dar con los supervivientes de aquella noche y tenerlos vigilados, no podemos permitir que esto se repita››.

Una tarea nada fácil, pensó, pues de los diez supervivientes de aquella masacre, solo conocían el paradero de siete de ellas, dos de las cuales acaban de encontrar la muerte en esa misma clínica.

‹‹Pondré a Velkan al tanto de lo que ha ocurrido››.

‹‹Sí, pero dile que deje al psicótico de Arik en casa. No quiero al Ejecutor sembrando cadáveres por mi territorio››.

Sonrió de medio lado.

—Ni yo en el mío.

Al responder en voz alta se encontró con las miradas de las dos mujeres puestas en él. La de Isabela era de pocos amigos y la de Cleo más curiosa que otra cosa.

—Si habéis terminado, quiero que este imbécil descanse.

Un leve gimoteo fue toda respuesta.

‹‹Tan pronto pueda ponerme en pie, la zurraré››.

Ocultó una risita tras un carraspeo.

—Ya has oído a tu compañera —le dijo en cambio—, toca descansar. Ryss estará ya volando para aquí para recogerte y leerte la cartilla.

‹‹¿Has llamado a Don Angustias? Jer, pensé que eras mi amigo››.

Enarcó una ceja.

‹‹Lo soy. Por eso prefiero que tu beta te grite a ti y no a mí››.

El lobo gruñó haciendo que Cleo se sobresaltase y diese un saltito hacia atrás.

‹‹Lo siento. Dile que lo siento, que el gruñido era para ti y no para ella››.

—El lobo idiota dice que lo siente —se adelantó Isabela, quién había captado al parecer el mensaje—. Le estaba gruñendo a Jeremy, no a ti.

Cleo miró de uno al otro y luego a su peludo paciente. Entonces levantó las manos, dejó el termómetro a un lado y empezó a marcharse.

—Esto ya es demasiado para mí —declaró decidida a marcharse—. Si esta noche le ha bajado la fiebre por completo, dejaré que te lo lleves. Lo que sea con tal de perderos a todos de vista y sacaros de mi clínica.

La puerta se cerró tras ella dejándolos solos a los tres.

—Me gusta tu doctora, Jeremy —comentó entonces Isabel—. Pero quizá debas explicarle exactamente qué significa estar emparejado, porque está claro que ella no lo entiende.

Puso los ojos en blanco.

Aquella era sin duda una de las cosas que se moría por hacer. Sí. Tanto como meterse en un tanque lleno de pirañas.

CAPÍTULO 13

Estaba agotada. Todo lo que deseaba era llegar a casa, darse una ducha y meterse en la cama para olvidar toda la locura a la que había tenido que enfrentarse en las últimas veinticuatro horas. El causante de esta estaba de pie a su lado, se había negado a dejarla marcharse sola e intuía que le iba a costar dios y ayuda deshacerse de él.

Los gritos emergieron del pasillo incluso antes de que las puertas del ascensor decidiesen abrirse —era un milagro que esa noche el artilugio funcionase—, la señora Gibons volvía a la carga con su escena del robo del collar de perlas y la estaba emprendiendo ahora con su vecina de al lado, quién parecía pronta a perder los papeles.

—¿Vas a volver a intentar dar caza al ladrón? —sugirió con ironía a su acompañante—. Déjame que saque el móvil y lo grabe, no me vendría mal un ingreso extra y podría hacerme de oro subiéndolo a *YouTube*.

La intensa mirada de Jeremy se clavó en ella, se lamió los labios y descendió sobre ella encendiendo todas y cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Si quisiese lanzarme sobre ti, cosa que no descarto hacer en breve, buscaría algo cómodo, como una cama.

Se obligó a poner los ojos en blanco a pesar de que su tono de voz le provocaba deliciosos escalofríos.

—Sigue soñando, poli —murmuró al tiempo que sacaba las llaves del bolso.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Se giró hacia él y señaló con un gesto de la barbilla a las dos mujeres al final del pasillo.

—¿Y ser la comidilla de las vecinas el resto de mi vida? Ni hablar —sentenció con rotundidad—. Además, no estoy dispuesta a ponerme a aspirar pelo de perro. Tendré incluso que cambiar las sábanas de mi cama y sacudir el colchón. Como encuentre alguna pulga, te la cargas.

Gruñó por lo bajo, un sonido que le recordó una vez más que el hombre que estaba delante de ella era mucho más que un hombre.

—Yo no tengo pulgas.

Se lamió los labios y luchó por encontrar el resto de arrojo necesario para terminar esa conversación.

—Tampoco deberías tener pelaje y lo tienes —le soltó. Insertó las llaves en la cerradura y abrió la puerta—. Buenas noches, poli.

Le cerró la puerta en las narices y se apoyó contra ella dejando escapar un cansado suspiro. Se estremeció al mirar a su alrededor y ver su vivienda en penumbra, solitaria e igual que la había dejado esa misma mañana.

Necesitaba meterse en la ducha, dejar que el agua corriese por su cuerpo y se llevase consigo el horror y los recuerdos de ese maldito día. No quería pensar, no quería recordar, solo quería olvidar todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

Sin embargo, su irresistible vecino parecía tener otros planes en mente, ya que decidió tocarle las narices a los pocos minutos a través de la ventana del dormitorio que conectaba con su propia vivienda a través de la escalera de incendios.

Se llevó las manos a las caderas y entrecerró los ojos al verlo al otro lado del cristal.

—¿Te obsesionan las escaleras de incendios o eres un mirón profesional?

Sonrió como el gato que se había comido la crema y acarició el cristal con un gesto tan sensual que podía muy bien haberla acariciado a ella.

‹‹Ni lo uno ni lo otro. Ábreme››.

El escuchar su voz en la cabeza sin verle abrir los labios la puso de los nervios.

—¡No hagas eso!

‹‹¿Qué no haga el qué?››.

Incluso sonaba inocente el muy maldito.

—¡Eso! —clamó al tiempo que abría la ventana para que él la escuchase con perfecta claridad—. No vuelvas a hacerlo. No vuelvas a hablarme de esa manera. Nunca. Jamás. Utiliza el jodido teléfono si hace falta, pero nada de trucos. No soporto…

Su perorata fue rápidamente interrumpida por un beso.

—¿Me dejas utilizar la ducha, compañera? —preguntó apoyado en la ventana—. La mía no funciona. Las cañerías… bueno, digamos que sufrieron un pequeño desperfecto y todavía no están al 100%.

Entrecerró los ojos y barajó la idea de bajar la ventana y pillarle los dedos. Diablos, ¿de dónde había sacado esa vena malvada?

—Tengo bañera, no ducha, con lo que no te sirve —le dijo amenazando con hacer lo que había pensado previamente—. Buenas noches.

Detuvo sus manos posando las propias encima y tiró hasta hacer que ahora fuese ella la que tenía medio cuerpo fuera de la ventana.

—Me sirve igual —aseguró sonriente—. De hecho, es incluso mejor. Podrías acompañarme en el baño.

—No voy a bañarme contigo, poli. No voy a hacer nada contigo.

Tiró con fuerza para soltarse haciendo que en el retroceso se diese con la cabeza en el borde superior de la ventana.

—Oh, mierda. Joder. ¡Es todo culpa tuya!

Retrocedió alejándose de él y se frotó allí dónde se había hecho daño.

—Maldita sea —siseó—. ¡Es que nunca va a terminarse esta jodida semana! ¡Quiero mi vida de vuelta! Mi pacífica, monótona y aburrida vida.

—Shh. —La atrajo hacia él y examinó el posible chichón que ya le estaría creciendo—. Solo estás sobrepasada. Ha sido un día intenso e infernal. Necesitas descansar, te vendría bien un cambio de aires. ¿Por qué no vienes conmigo? Necesito volver a casa este fin de semana para hablar con unos compañeros lo que ha pasado y me sentiría mucho más tranquilo si estuvieses conmigo.

Se soltó de él, aunque el calor de su cuerpo y el cobijo de sus brazos eran demasiado agradables como para perderlos.

—¿Qué parte del *no* que ya te dije no has entendido? —se ofuscó—. No quiero ir contigo a ningún sitio, no quiero tener nada más que ver contigo. *NO QUIERO VERTE MÁS.*

Resopló, ese capullo se atrevió a emitir un brusco resoplido como si ella fuese una niña con pataleta que no atendía a razones.

—No puedo dejarte aquí sola todo el fin de semana y menos después de lo ocurrido —expuso los hechos—. Estamos recién emparejados, no será fácil y mucho menos cómodo estar lejos el uno del otro, especialmente estos primeros días e incluso semanas. Necesito tener la cabeza en su sitio y no estar revolviéndome por dentro por no poder tocarte ni tenerte al alcance de la mano.

—¿Pero tú te estás escuchando? No quiero saber nada de emparejamientos, ni de ti. Me da

igual a dónde vayas, como si te quedas allí de por vida —declaró con pasión, pero al mismo tiempo que lo decía sentía que esas mismas palabras le oprimían el pecho. Se obligó a tragar para poder seguir hablando—. No eres nada para mí, nada más que un jodido incordio. ¡Solo fue sexo! ¿No puedes verlo? No hay nada más entre nosotros.

Entrecerró los ojos y por un segundo creyó ver cómo se aclaraban y sus pupilas se reducían.

—Hay mucho más, lobita —respondió manteniendo un tono neutral, calmado. Demasiado calmado—. Me precipité, no lo negaré. Quizá debí haberte explicado todo antes de embarcarnos a ambos en este camino de dirección única, pero en mi defensa diré que los lobos no somos muy racionales cuando encontramos a nuestra compañera. Todo en lo que podía pensar era en lo bien que olías y en que te deseaba; todavía lo hago. Lo hecho, hecho está. No hay vuelta atrás. Eres mi pareja, estás vinculada a mí y para que esto funcione, tendrás que empezar a confiar en mí.

Sacudió la cabeza. No quería confiar en él, no quería tenerle cerca, no quería desearle tan desesperadamente como lo hacía. Su vida se estaba haciendo pedazos y no era capaz de detener esa reacción en cadena.

—No pedí nada de eso. No lo quiero —escupió—. Solo deseo tener mi vida de vuelta. Quiero que todo sea como era antes de que tú aparecieses. ¿Por qué tuviste que cruzarte en mi camino?

—Porque nací para ti y tú naciste para mí —declaró con una sinceridad que la dejó temblando—. Porque eso te ha hecho mi compañera hasta que la muerte rompa ese vínculo y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que no te arrepientas de lo que el destino decretó para nosotros.

—No creo en el destino, no creo en nada de esto —se exasperó.

—Entonces es una suerte que yo tenga suficiente fe para los dos, ¿no crees?

Sacudió la cabeza, estaba demasiado cansada para discutir con él. Todo lo que quería hacer era marcharse y que la dejase sola. No quería romperse delante de él.

—Vete a casa, Jeremy —murmuró perdiendo la batalla consigo misma—, por favor, márchate de una maldita vez.

—No me iré hasta que te explique detenidamente algunas cosas —se afirmó en su posición—. Tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas? Y este es tan buen momento como otro para llevarla a cabo.

Su cansancio se unió a la exasperación presente en su ánimo y estalló.

—¡No hay nada más de lo que tengamos que hablar!

—Oh, lo hay compañera —aseguró al mismo tiempo que se quitaba la camiseta y la tiraba sobre la cama—, empezando con este inesperado y temperamental matrimonio en el que nos he metido a ambos. Ahora, ¿puedes decirme dónde está el baño? Podemos seguir allí con esta discusión.

Parpadeó. Lo miró como si no acabase de decir la palabra que creía haber entendido.

—¿Matrimonio? ¿De qué narices estás hablando? ¿Has perdido la cabeza o qué?

Sus ojos se clavaron en los suyos y sintió de nuevo como su traicionero cuerpo respondía de inmediato ante el anhelo que veía en ellos.

—Sí, Cleopatra, matrimonio —repitió sin apartar la mirada o cambiar el tono de voz—. Estamos casados. En eso consiste el emparejamiento de mi raza. Una unión, un vínculo que une a un lobo con su pareja hasta que la muerte lo seccione con su guadaña.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, buscó en sus ojos la burla, la risa, cualquier cosa que desmintiese la veracidad que existía en sus palabras pero no lo encontró. Se atragantó, tragó

compulsivamente y balbuceó.

—¿Matrimonio? Tú… tú… tu nos has… —jadeó, empezaba a quedarse sin aire al mismo tiempo que todo su cuerpo se encendía y no precisamente de deseo—. ¡Maldito hijo de puta! ¿Qué has hecho?

No pensó, ni siquiera sabía que tenía algo en las manos hasta que su viejo secador surcó volando la habitación amenazando con darle en la cabeza a ese mentecato si no se hubiese agachado. Sus buenas intenciones se fueron por el desagüe, su paciencia se volatilizó y en su lugar quedó un único pensamiento; matar al lobo.

CAPÍTULO 14

—¡Suéltame! ¡Cabrón hijo de puta! ¡Cómo has podido! Cómo… *apuff*… te cortaré… *arfff*… los huev… ¡joder, cierra el puto… grifo…!

Su lobita era una gatita salvaje que no se callaba ni debajo del agua; literalmente. Después de evitar el secador, un cepillo, un cajón que extrajo de la cómoda y los zapatos, la había cogido, se la había echado al hombro y los metió a ambos bajo el grifo del agua fría.

—¡Maldito seas! ¡Cómo has podido! ¡Te voy a castrar! —se desgañitaba. Y sí, tenía unos magníficos pulmones—. ¡Joder! ¡Que el agua está helada! ¡Cierra el puto grifo!

No lo hizo, no era ella la que estaba al mando de la situación y ciertamente necesitaba relajarse un poco. Sin embargo, le concedió una pausa mientras regulaba el agua.

—¡Animal! ¡Perro rastrero!

Puso los ojos en blanco y escupió el mismo el agua que incidía sobre él procedente de la alcachofa de la ducha.

—Empiezo a cansarme de tus insultos, Cleo —le aseguró—, cualquiera diría que tienes un problema con el género canino. Todo un hándicap cuando eres veterinaria.

—¡Los perros tienen más inteligencia que tú, mentecato! —chilló debatiéndose entre sus brazos—. ¡Suéltame ahora mismo! ¡Te castraré! ¡Y lo haré sin anestesia!

Un nuevo chorro de agua cayó sobre su cabeza impidiéndole proferir más insultos.

—*Arff*… hijo de… *arg*… —tosía y escupía mientras se revolvía con mayor afán—. ¡Espera a que te ponga las manos encima! ¡Eres perro muerto!

Y ese perro estuvo a punto de quedarse sin huevos cuando lanzó la mano en dirección a las queridas joyas de la corona.

—Perra irritable —siseó. Tiró de ella y la giró hasta lanzarla sobre su pierna extendida y apoyada contra el borde de la bañera, en esa posición no vaciló en dejar caer la mano contra el redondo culo femenino cubierto por el pijama verde de la clínica veterinaria.

—Loba mala —la zurró una segunda vez—. Eso no se hace y menos a tu compañero.

Sus gritos subieron de intensidad, empezó a patalear y gritar como si la estuviesen despellejando viva al tiempo que profería los más coloridos insultos.

—¡Hijo de perra! ¡Me has pegado! ¡Te arrancaré las pelotas! ¡Se las daré de comer al gato del vecino! —se desgañitaba—. ¡Cabrón!

Volvió a dejar caer la mano una vez más, con suficiente contundencia para arrancarle el aire y frenar sus gritos durante un segundo.

—¿Vas a comportarte y escuchar o sigo?

No solo no lo hizo, sino que siguió pataleando y armando tal escándalo que empezaban a dolerle los oídos.

—Cleo, por dios…

—¡Perro desgraciado! ¡Cómo te atreves a zurrarme! ¡Suéltame! ¡Te voy a castrar! ¡Yo te castro! —clamó a voz en grito, las palabras ya ahogadas por el esfuerzo que le imponía a la garganta—. ¡Mal nacido!

La aferró con fuerza y se limitó a apretarle el culo mientras se inclinaba sobre ella.

—Cleopatra, estás montando una escenita de las que hacen época —le dijo en voz baja, tranquila—. Una niña de cinco años tiene más compostura que tú.

—¡Y una mierda!

El aguijonazo de dolor que le atravesó el muslo lo dejó pasmado, tanto que no se resistió cuando ella se revolvió para soltarse y cayó sentada dentro de la bañera. Jadeante, con el pelo chorreando cayéndole por la cara y los ojos y mejillas encendidas, era una auténtica loba furiosa.

—¿Me has mordido? —se encontró preguntándole.

Su respuesta inmediata fue limpiarse la boca con el dorso de la mano y escupir.

—Ahora ya estamos a mano, hijo de puta.

Se acuclilló e hizo una mueca cuando el pantalón le rozó la zona que ella había atravesado con sus dientes.

—Vuelve a ponerme la mano encima y te extirpo las amígdalas —siseó como lo haría un animalillo acorralado y dispuesto a atacar.

El aroma a miedo se mezclaba con la irritación y una malsana furia, en el actual estado en el que se encontraba ahora mismo su compañera era como un animal herido que no dudaría en luchar hasta la muerte.

Se obligó a relajarse y así obligarla a ella, utilizó su vínculo para transmitirle tranquilidad y bajó el tono de voz hasta dotarlo de suavidad y paz, pero no pudo evitar ocultar la diversión e incredulidad que le producía lo que acababa de pasar.

—Me has mordido, lobita.

La vio tragar, sus ojos lo miraban con detenimiento.

—Y volveré a hacerlo como no te largues ahora mismo, capullo.

Negó con la cabeza, un gesto lento pero firme.

—No voy a irme a ningún sitio, Cleo —aseguró apoyándose finalmente sobre las rodillas —, y mucho menos ahora. ¿Tienes idea de qué es lo que acabas de hacer?

Se lamió los labios y ladeó la cabeza.

—¿Transmitirte la rabia?

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Me has reclamado tú a mí —dejó que la hilaridad del asunto se filtrase a través de su voz—. Eres una auténtica caja de sorpresas.

—Y tú estás loco, como una jodida cabra —masculló ella, apartándose el pelo de la cara al tiempo que intentaba evitar el chorro del agua.

Chasqueó la lengua y se levantó, tirando de ella para incorporarla a su vez.

—¿Y lo dice la loba que me ha mordido a través del pantalón?

Se soltó de su agarre con tanto ímpetu que pegó un resbalón.

—Quieta, loba, no quiero que te rompas nada —la aferró contra su cuerpo evitándole la caída.

—¡Me estabas zurrando! —se quejó, empujándole una vez más—. ¡Y no soy ninguna niña!

Señaló lo obvio.

—Te estás comportando como tal, Cleo —aseguró sin quitarle la mirada de encima—. No quieres escuchar nada que no sea lo que a ti te interesa y las cosas no funcionan así, la vida nunca será de color de rosa.

—Es todo culpa tuya —le clavó el dedo en el pecho—. Tú me estás volviendo bipolar.

Sacudió la cabeza y extendió la mano para apartarle un nuevo mechón del rostro.

—Pues habla conmigo, déjame ayudarte a pasar por todo esto —le pidió—. Pequeña, esto tampoco es sencillo para mí, ni siquiera sé qué terreno estoy pisando.

—No puedo más —declaró rompiéndose con un gemido—. No quiero esto. No quiero

estar emparejada contigo, no quiero estar casada contigo… no quiero desearte y maldito seas, no puedo evitarlo.

Le acunó el rostro entre las manos.

—No tienes que evitarlo —le acarició las mejillas—, solo necesitas darle rienda suelta. Yo estoy justo aquí, dispuesto a darte lo que deseas porque es lo que yo también deseo.

—¿Por qué has tenido que aparecer en mi vida?

Le acunó el rostro.

—Porque el destino es un cabrón hijo de puta y me ha puesto en tu camino.

—Odio el destino.

—Yo también lo odiaba, hasta que me llevó hasta a ti —aseguró con sinceridad—. ¿Ahora? Solo estoy un poco… irritado. Mi compañera es como *Terminator*, pero en femenino.

La vio abrir la boca, entonces sus labios se curvaron en una renuente sonrisa.

—Eso es que no has visto a mi madre en estas mismas lides —suspiró y se dejó caer contra él, visiblemente agotada—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Como consigues dejarme sin energía —musitó.

—Eres mi compañera —le susurró al oído—, y estoy aprendiendo qué teclas tengo que tocar.

Resopló una vez más, un sonido del todo femenino.

—¿Crees que ahora podríamos usar la bañera como una pareja civilizada?

Ella levantó la mirada e hizo una mueca.

—No somos pareja.

No pudo menos que señalar lo obvio.

—Yo cuento dos en esta bañera, eso nos convierte en una pareja.

Puso los ojos en blanco.

—Vete al infierno, poli.

—Justo detrás de ti.

Su mirada encendida era más de lo que podía soportar llegados a ese punto. Estaba caliente, desquiciado, la pelea lo había encendido y había despertado su apetito, la deseaba, la quería ahora mismo.

—Vas a ser una compañera de lo más interesante —murmuró más para sí que para ella—. No dejarás que me aburra.

—No seré nada tuyo —insistió ella—. ¿Por qué no te lo metes de una vez en esa cabezota?

Sonrió para sí, la recorrió de los pies a la cabeza y se relamió sin ocultar su deseo.

—Ya lo eres, Cleopatra —le cogió la barbilla y se la levantó—. Ya lo eres.

Bajó la boca sobre la suya y la sometió cuando reanudó la lucha. Esta vez no la dejó salirse con la suya, la doblegó, la sedujo hasta despojarla de toda esa capa de irritación y miedo que la ponía a la defensiva.

—Repito mi pregunta inicial, ¿compartimos la bañera?

Se lamió los labios hinchados por su beso, unos labios que quería volver a besar, mordisquear y succionar.

—Te odio, maldito lobo —gimió—. Puede que hayas ganado esta batalla, pero no la guerra.

Sonrió y bajó de nuevo sobre su boca.

—Ya eres mi prisionera, Cleo, eso me hace el vencedor de esta guerra.

CAPÍTULO 15

Desnuda. En la bañera. Y con él.

¿Había alguna forma de enredar todavía más las cosas?

Emparejada con un lobo. Algo, que según el hombre que la abrazaba dentro del agua era lo equivalente a un matrimonio en su raza. Así que, casada y sin haberse dado cuenta de que daba el sí quiero.

Bajó la mirada sobre los velludos muslos que asomaban fuera del agua e hizo una mueca al ver la marca de sus dientes sobre uno de ellos, le había hecho sangre.

Y, según él, además lo había marcado reclamándole también a su vez.

No entendía de la misa la mitad, pero estaba tan cansada que tampoco tenía ganas de ponerse a pensar en ello ahora mismo. Se había dejado llevar por sus besos, por su dominio sobre ella y le permitió que los despojase a ambos de toda ropa y preparase un baño de agua caliente para los dos.

Cleo se relajó contra el pecho masculino, cerró los ojos y se limitó a disfrutar de la sensación de la esponja que se deslizaba sobre sus brazos. ¿Había tenido Devon alguna vez ese tipo de atención para con ella? No. Su antiguo prometido y mejor amigo ni siquiera se duchaba con ella, recordó en el acto. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada? ¿Cómo había podido llegar a pensar que una vida junto a ese hombre podía hacerla feliz?

¿Crees que una relación con este lobo sí podría? ¿Estás dispuesta a intentarlo y ver hasta dónde te lleva?

Apretó los ojos y le dio una patada mental a su ruidosa conciencia, el agua caliente empezaba a adormilarla, algo nada difícil después del estresante día que había padecido.

—¿Tienes fuerzas como para levantar los brazos?

La voz masculina la espabiló o quizá lo hizo el sentir su aliento y sus dientes mordisqueándole la oreja.

—No tengo fuerzas ni para levantar los párpados.

—Pobre lobita —le besó un punto debajo de la oreja al tiempo que le levantaba el brazo y deslizaba la esponja sobre él. Hizo lo mismo con el otro miembro y finalmente descendió por la parte frontal de su pecho, acariciándole los senos, el estómago y entreteniéndose con su ombligo —. Estás desmayada de cansancio.

Se encogió ante las cosquillas que le provocaba su tacto y no le pasó por alto la dura erección que sentía presionándose contra las nalgas. Se lamió los labios involuntariamente y se removió conteniendo un gemido ante la perspectiva de ese duro miembro alojándose en algún momento entre sus piernas.

Sí, había perdido la cabeza por completo. No hacía cosa de quince minutos le estaba lanzando de todo a la cabeza y amenazándole con extirparle quirúrgicamente los huevos y ahora no deseaba otra cosa que el que utilizase precisamente esa parte de su anatomía para proporcionarle placer.

—Pelear contigo agota todas y cada una de mis energías.

Las manos masculinas se deslizaron de nuevo sobre su cuerpo hasta acunarle los pechos.

—Veamos si puedo hacer que encuentres alguna reserva —murmuró acariciándole los pezones con los pulgares. Le rodeó los pechos con las manos, se los amasó y extrajo de su

garganta toda clase de suaves y eróticos sonidos que no sabía ni que tenía en su repertorio. La sensación de sus manos sobre su sensible carne era indescriptible y la calentaba con una facilidad pasmosa. Apretó los muslos y se mordió el labio inferior evitando emitir un agudo jadeo, podía sentir ese sordo pulsar entre las piernas y como su piel se encendía buscando más.

—No los contengas —le susurró al oído mientras torturaba los duros botones—, me gusta oírte gemir, es un sonido de lo más erótico para mis oídos.

Restregó la cabeza contra su hombro y estiró los brazos hacia arriba con pereza hasta hundir los dedos tras su cuello, acariciándole el pelo.

—Creo que no volveré a ver esta bañera del mismo modo —murmuró.

Él se rio y le mordisqueó el cuello.

—Cuando termine contigo, seguro que no.

Gimió bajo sus caricias, se estiró y restregó como una perezosa gata en su regazo y cada vez que ese duro miembro se restregaba contra sus nalgas sentía como su sexo se humedecía e hinchaba más.

Si tan solo descendiese las manos por su cuerpo y la acariciase más íntimamente.

‹‹Dime qué es exactamente lo que deseas››.

—Que me acaricies…

‹‹Lo estoy haciendo››.

Sacudió la cabeza contra su cuerpo y arqueó la espalda.

—No… más… más abajo.

‹‹¿Cómo de abajo?››.

Gimió y se estremeció, apretó los muslos y se lamió los labios.

—Desciende y te lo diré.

‹‹Eres una dura contrincante››.

Sonrió para sí y retorció cuando una de sus manos se deslizó por entre sus pechos, las yemas de los dedos le hacían cosquillas al descender por su estómago y girar entonces alrededor de su ombligo.

‹‹¿Estoy lo suficiente abajo?››.

Negó con la cabeza.

‹‹Más››.

Su mano vaciló entonces, pero fue cosa de unos segundos, al instante sintió su boca sobre el hombro, lamiéndola mientras sus dedos descendían acariciándole los recortados rizos del pubis para hundirse bajo el agua y entrar en directo contacto con su hinchado sexo.

‹‹¿Estás caliente por mí, Cleo? ¿Estás húmeda y caliente?››.

No contestó, no quería decir la verdad, confesar que ardía cada vez que la tocaba, que se moría por que la acariciase con los dedos, que jugase con ella y la hiciese gritar de placer. Apretó los labios con fuerza para evitar que las palabras emergiesen por sí solas.

‹‹No te diré que me pones caliente y lo que deseo de verdad››.

‹‹No hace falta que me lo digas con palabras, amor, puedo notar las palabras borboteando en tu mente y la forma en que tu cuerpo contesta por sí solo››.

Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza solo para abrir la boca en busca de aire cuando se sintió penetrada por un duro y largo dedo.

—Gracias por tan inesperado regalo, Cleo —murmuró y se inclinó para besarla en los labios—. Nunca encontré tan erótica e íntimo el contacto como contigo, ahora entiendo por qué algunos lobos emparejados dicen sufrir dolor de cabeza cada vez que sus compañeras se cuelan en su mente.

Parpadeó intentando centrarse en sus palabras, pero todo lo que podía notar era el placer creciendo en su interior.

—Me encanta tu aroma —continuó enterrando la nariz contra su oreja para luego aspirar —, tu sabor a chocolate y vainilla, la suavidad que encuentro debajo de mí o encima, como ahora —le mordisqueó la piel—. Me muero por tenerte de nuevo, quiero enterrarme completamente en tu interior, levantarte y sentir cómo te deslizas sobre mí, cómo me aferras y te retuerces mientras gimes.

Sí, sí, sí, sí.

Lo escuchó reírse, un sonido claro y erótico que la estremeció e hizo que se mojase incluso más.

—Veo que compartimos el mismo espíritu aventurero, compañera —se rio entre dientes —. ¿Es lo que deseas, Cleo? ¿Quieres montarme? ¿Quieres sentirme todo el camino en tu interior?

Se estremeció.

—Ahora mismo me conformo con que sigas haciendo lo que estás haciendo —gimió ante la nueva invasión que expandió su húmedo canal cuando unió un segundo dedo al primero—. Aunque no me opondré a esos pequeños cambios… ¡oh, señor!

La sensación de sus dedos entrando y saliendo de su hinchado y necesitado sexo unido al jugueteo de sus manos sobre uno de sus pezones empezaba a volverla loca. Podía notar todavía la dura erección cada vez más grande contra sus nalgas, cada pequeño roce y frotación hacía que salivase y convirtiese sus previas palabras en eróticas imágenes en las que se veía a sí misma haciendo precisamente lo que había sugerido.

—Me estás apretando —ronroneó en su oído—, estás muy excitada, ¿en qué estás pensando?

—En lo que me has dicho… ¡oh, joder! ¿Acabo de decir eso en voz alta?

Se rio una vez más y le lamió el cuello.

—Sí, lo has hecho —aseguró con voz profunda, erótica y sexy—. Y me ha gustado escucharlo.

Sin previo aviso retiró los dedos de su interior dejándola con una sensación de abandono que la ahogó.

—No…

—Shh —le acarició la oreja con los labios—. Estoy aquí, no voy a irme a ningún sitio.

Consiguió meter un poco de aire en sus pulmones, suficiente para respirar de nuevo antes girar el rostro y encontrarse con esos ojos enigmáticos y lupinos.

—Tus ojos…

Asintió y le besó la mejilla.

—Sigo siendo yo —murmuró—, el lobo está en la superficie, te siente, te huele, eres tan suya como mía…

Tragó y se tomó unos instantes para recrearse en esos ojos.

—Somos tuyos, Cleo, completamente.

Se lamió los labios y se inclinó para encontrar su boca, inició el beso pero pronto dejó que él se hiciese cargo, le gustaba que llevase la voz cantante, le gustaba la forma en la que la enloquecía y hacía que se olvidase hasta de su propio nombre.

—Te deseo —escuchó su propia voz—. Quiero tenerte… por favor.

Sus dedos le acariciaron el pezón una última vez y descendieron por su cuerpo hasta sentir cómo se clavaban en su cadera, la aupó sin visible esfuerzo, la instó a echarse hacia delante y

pronto sintió la punta de su pene abriéndose paso a través de sus húmedos pliegues.

—Baja despacio —gruñó con esa voz profunda que le provocaba toda clase de escalofríos.

Se mordió el labio y contribuyó a la tarea descendiendo sobre él, permitiéndose tomar el control y detenerle cuando su tamaño se hacía demasiado grande o notaba alguna clase de molestia.

—Shh, despacio, lobita, no hay prisa —empezó a besarle la espalda, dejó besos sobre su columna mientras sus manos seguían sosteniendo la mayor parte de su peso.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un agudo gemido cuando lo sintió alojado por completo en su interior, sus testículos rozándole el culo.

—Oh dios mío. Jeremy.

Las fuertes manos abandonaron sus caderas para encargarse de sus pechos y volver a jugar con sus pezones.

—Móntame —le dijo acariciándole una vez más el oído con la boca—. Busca lo que necesitas.

Se mordió el labio y cubrió las manos con las suyas necesitando repentinamente de ese contacto.

—Tranquila, tómate tu tiempo —le mordisqueó el cuello, cogió sus manos entre las suyas y las afianzó a ambos lados de la bañera—. Así, ahora tienes un punto de apoyo.

Volvió a colocar las manos en sus caderas y la empujó, instándola a apoyarse sobre las rodillas y así controlar mejor la penetración.

—¿Necesitas ayuda? —ronroneó. Le mordisqueó la piel y encendió el fuego que ya crepitaba en su interior.

Se giró lo justo para mirarle y sintió hambre, un hambre apabullante y que lo consumía todo. Se le hizo la boca agua y se encontró deseando que la besara, que la devorara.

—Jeremy…

Él captó el mensaje al instante, se inclinó hacia delante empujándose más en su interior y poseyó su boca al tiempo que la instaba a levantarse.

‹‹Arriba. Con suavidad. Así››.

Lo sintió retirarse de su interior, abandonar su sexo a medida que se levantaba solo para sentirlo de nuevo al caer sobre él. Lentamente, buscando el punto justo en el que el placer se hacía cada vez más creciente impuso su propio ritmo y empezó a cabalgarlo. Disfrutó inmensamente del poder que él le concedía, de su propio poder, del placer que le proporcionaba y que ella le daba a su vez. Ver sus ojos oscuros, los labios entreabiertos y esa desnuda hambre en su mirada la dejaba cada vez más hambrienta.

‹‹Únete a mí, lobita››. Esta vez fue consciente de su voz en su mente. ‹‹Ven a mí, entrégate a mí, Cleo, déjame tenerte››.

Sin necesidad de palabras, cambió de posición, dejó de darle la espalda para montarle ahora de frente y rodearle con los brazos, se empaló en su duro sexo y disfrutó con la posesión, dejó que la aferrase de las caderas y fuese él quien instaurara su propio ritmo, quería que la follase, que la poseyese tan profundamente que no pudiese pensar en nadie más que en él.

‹‹No hay nadie más para ti. Mientras yo viva, mientras ambos vivamos, seremos el uno para el otro››.

—Solo nosotros.

Asintió y capturó su boca, unió su lengua y jugó con ella mientras el orgasmo se iba construyendo poco a poco, buscando alcanzar el punto más álgido dónde ya no importaba nada excepto el placer.

—Solo nosotros, mi pequeña y dulce loba —susurró en sus labios—. Solo nosotros dos.

Asintió mentalmente y se dejó llevar, dejó que su cerebro se desconectase por completo y se limitó a disfrutar del placer que encontraba en los brazos de ese fogoso lobo, el único, comprendió con incipiente temor, se había hecho dueño de su corazón.

CAPÍTULO 16

El timbre.

Tenía que ser una broma. Una jodida pesadilla. Se incorporó de golpe en la cama, la sábana resbaló de sus pechos desnudos y tuvo que entrecerrar los ojos para no quedarse ciega ante la luz que entraba por la ventana; se había olvidado de correr las cortinas.

El sonido persistía, siseó en voz baja y contempló el magnífico cuerpo masculino totalmente desnudo e inconsciente a su lado. Jeremy sabía cómo zanjar una discusión y dejar claro su punto de vista y lo había hecho varias veces a lo largo de toda la noche.

Resopló, abandonó la cama y se puso a la carrera una camiseta y unos pantaloncitos de felpa, se envolvió en la bata y atravesó el pasillo hasta el recibidor.

—Quieres hacer el favor de dejar de tocar el maldito timbre, seas quien… —abrió la puerta—… seas.

—Hola Cleo.

Las palabras que colgaban de sus labios un segundo antes se esfumaron, parpadeó varias veces y se cercioró de que la persona que estaba contemplando al otro lado de la puerta estaba ahí de verdad.

—¿Puedo pasar?

Devon Connors, su ex prometido, permanecía en el umbral de la puerta. Vestido con un exquisito y caro traje de chaqueta y corbata, parecía incluso más bronceado de lo que lo había visto en toda su vida, llevaba el pelo como siempre, con ese look desordenado y moderno que le gustaba tanto, pero eran sus ojos los que contenían algo distinto, una expresión que no había visto nunca antes en él; vergüenza.

Respiró profundamente, dio un paso atrás invitándole a pasar al recibidor y cerró a toda prisa la puerta que conectaba este con el resto de la casa.

—¿Qué quieres?

Él se tomó unos instantes en estudiar el lugar, no hizo comentario o mueca alguna, pero tampoco era necesario; le conocía demasiado bien para saber qué opinaba.

—Quería saber si te llegó la invitación que te envié.

Enarcó una ceja ante la directa pregunta.

—Si te refieres a una invitación de boda, sí, me llegó —contestó cortante—. Como para no hacerlo, dado que sabes dónde trabajo.

Um… seguía cabreada, mala señal. A estas alturas debería importarle una mierda lo que hacía o dejaba de hacer ese hombre.

—Un detalle un tanto… peculiar, si me permites la palabra —continuó sin detenerse—. No sé yo cómo le sentará a tu… prometida, que invites a su boda a tu ex.

Dio un paso adelante con el brazo extendido y ella lo esquivó, creyó oír un gruñido a su espalda y se giró para mirar pero no había nada.

—Sé que no debería haberlo hecho, sé que tienes que sentirte herida y lo lamento, lo lamento muchísimo, Cleo —aseguró realmente compungido—. He hecho las cosas mal desde el principio. Tendríamos que haber sido sinceros el uno con el otro, te estimo muchísimo, te quiero… quizá no como debería haber sido, pero te necesito. Has sido mi amiga durante toda la vida, una parte de mí y ahora que te he perdido… es difícil de explicar. Necesito que sigas ahí

para mí, yo quiero seguir ahí para ti…

¿Seguía durmiendo y esto no era más que un rocambolesco sueño o su ex estaba de verdad en el recibidor de su casa arrastrándose como una babosa? Sacudió la cabeza y contempló al hombre al que una vez creyó amar, del que se creyó enamorada. ¿Lo estuvo alguna vez?

—No —murmuró en voz alta dando respuesta a su propia pregunta—. La verdad es que no es culpa de uno solo, ambos metimos la pata hasta el fondo y ahora solo queda pasar página y seguir adelante con nuestras vidas. Tú lo estás haciendo…

—Ella no es tan importante para mí como lo fuiste tú, como lo sigues siendo —la sorprendió con tal afirmación—. La quiero o por lo menos, creo que la quiero. Nos llevamos bien en la cama, es de mentalidad abierta pero… sigo necesitando a mi mejor amiga.

Se pasó la mano por el rostro y soltó una pequeña risita.

—No has cambiado lo más mínimo —murmuró—, sigues siendo el mismo crío que no sabe lo que quiere, que prefiere que otros decidan por él… No, Devon, yo me apeé de ese tren y ahora veo que lo hice justo a tiempo. Casarme contigo habría sido el peor error que podría haber cometido en toda mi vida.

—Cleo…

Levantó ambas manos e hizo una mueca de desgana.

—Te devolvería la invitación, pero la tiré a la basura —aseguró sin más—. No tengo intención de ir a tu boda, pero te deseo lo mejor. De verdad que sí.

No esperó, volvió a la puerta principal y le dijo sin necesidad de palabras que esa conversación había terminado y que era hora de que se fuese.

—Gracias por tu visita, pero te agradecería que no vuelvas a repetirla —declaró con firmeza—. Ya no hay espacio en mi vida para alguien como tú.

Se mantuvo estoica, vio cómo sus palabras le habían herido y durante un breve instante quiso retractarse y disculparse, pero no podía. Ya no era la misma mujer que había sido, curiosamente, las últimas cuarenta y ocho horas le habían dado una perspectiva totalmente nueva, una en la que tenía que pensar en profundidad.

—Adiós, Devon —lo despidió.

Él salió por la puerta y se detuvo un último instante.

—Lamento haberte dejado marchar, Cleo —murmuró—. Solo ahora me doy cuenta de lo mucho que lamento haberte dejado marchar.

Cerró la puerta tras de sí y fijó la vista en la puerta entreabierta del pasillo, entrecerró los ojos y frunció el ceño cuando creyó ver una sombra peluda.

—¿Jeremy?

Cruzó el breve recibidor y abrió pero allí no había nadie, siguió hasta la habitación y le encontró todavía durmiendo a pierna suelta.

—Sigues durmiendo —hizo una mueca y se rio—. Supongo que eres de los que no se enterarían ni aunque les cayese la casa encima durante un terremoto.

Dudó entre volver a la cama con él o dirigirse a la cocina. En algún momento de la erótica y larga noche que habían pasado retozando entre las sábanas, le había conseguido arrancar la promesa que se tomaría ese fin de semana libre y lo acompañaría a casa.

Sacudió la cabeza, cerró la puerta del dormitorio y se dirigió a la cocina para empezar la mañana con un café. Lo necesitaba después del brusco despertar que acababa de tener.

CAPÍTULO 17

Nebraska era una zona encantadora si te gustaban los amplios pastos, las granjas o ranchos aislados y hacer largos viajes en coche cada vez que querías salir de la ciudad. Estaba también el pequeño asunto de los tornados, un hándicap que parecían pasar por alto tan solo el ganado y los lugareños acostumbrados como estaban a los repentinos cambios de clima.

Era casi medio día cuando por fin atravesaron Pine Creek y enfilaron por el camino que llevaba al rancho que poseía Jeremy, tras casi seis horas de viaje no veía la hora de llegar y poder estirar las piernas.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué había accedido a acompañarle? ¿Por qué había dejado que se saliese con la suya? Un sinfín de preguntas a las que no había dejado de darle vueltas desde el mismo momento en que se encontró sentada en el asiento del copiloto. Una vez más el sexo con ese hombre había causado estragos en su cerebro, no había otra manera de explicarlo.

La había convencido para cerrar la clínica cuatro días con la excusa de que su becaria necesitaba tiempo también para reponerse. Se preguntó cómo estaría llevando Brenda, si sería capaz de manejar lo que había ocurrido, si recordaría siquiera el episodio o lo consideraría un jodido sueño. Jeremy y su gente la habían enviado a casa todavía inconsciente, la habían metido en la cama como si ese día jamás se hubiese levantado, permitiéndole imaginar que nada había pasado y que se trataba de un sueño.

Ojalá hubiesen podido hacer lo mismo por ella.

—Bienvenida al rancho Nebraska Wolf —la voz de su acompañante la sacó de sus cavilaciones. Siguió su mirada y a punto estuvo de perderse el arco de hierro que presidía el camino que llevaba a alguna especie de casa situada como a medio Kilómetro de distancia—. En cuanto lleguemos podrás estirar las piernas.

—Algo que sin duda agradeceré —aseguró mirando por la ventanilla. A pesar de que habían hecho un par de paradas para repostar o ir al baño, el viaje se le hacía demasiado largo.

Y sin duda todo es culpa de ese imbécil.

¿Cómo se había atrevido a presentarse en su casa? ¿Por qué ahora? Y por encima de todo, ¿por qué le había afectado tanto su visita y sus palabras?

Miró a Jeremy de reojo, permitiéndose contemplar su perfil y enseguida sintió cómo todo su cuerpo cobraba vida, ese hombre era capaz de encenderla con tan solo su presencia, un virtual desconocido con el que había compartido en dos días más de lo que había dado a nadie en toda su vida. Él era todo lo que no era Devon. No se andaba con subterfugios, no esperaba que tomase las decisiones que él no era capaz de afrontar, la trataba con ternura y sin perder por ello su esencia dominante y era directo, tanto que no le suponía problema alguno decirle y mostrarle quién y qué era.

Y el sexo, ese hombre era capaz de llevar esa palabra a otro nivel, le gustaba jugar y maldito fuera, empezaba a descubrir que a ella también.

Le gustaban muchas cosas de ese hombre, cada pequeña cosa que descubría la atrapaba un poco más. ¿Amor a primera vista? ¿A primer polvo? ¿Existía algo así? Era un completo desconocido, lo poco que sabía de él era lo que había visto esos últimos días y a pesar de ello…

‹‹Te has enamorado de él hasta las trancas y no quieres que siquiera sospeche que él se ha adueñado de ese corazoncito que late en tu pecho››.

¿En qué punto exacto de las últimas cuarenta y ocho horas había ocurrido eso? ¿Cómo podía nadie enamorarse así? No lo conocía, ni siquiera sabía si tenía cadáveres en el armario.

‹‹¿E importa eso cuando se te caen las bragas solo con verle?››.

—Mierda —musitó sin poder evitarlo.

La mirada masculina voló hacia ella.

—¿Ocurre algo, lobita?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Guardó silencio y no esperó ni a que apagase el motor al detenerse delante de una enorme casa de piedra y madera para bajarse del coche.

—¿Cleo? —la llamó tras apagar el motor y abrir la puerta de su lado.

—Necesito estirar las piernas, no aguanto más —murmuró cerrando la puerta para luego flexionar las rodillas y dar unos pocos pasos de un lado a otro mientras admiraba la construcción que se levantaba delante de ellos.

—¿Solo se trata de eso?

Lo miró de reojo y se encogió de hombros.

—¿Qué más podría haber? —Le restó importancia y señaló la edificación—. Impresionante y poco corriente para la zona.

Él ignoró la casa y la contempló con esa intensidad que la ponía nerviosa y caliente a partes iguales.

—Si hay algo que te molesta prefiero que me lo digas a tener que andarnos con adivinanzas —fue rotundo en su respuesta.

Se apoyó en el coche y lo miró.

—Lo tendré en cuenta.

Sacudió la cabeza y le tendió la mano.

—Vamos, te enseñaré la cama y veremos si alguien nos ha dejado algo en la cocina para comer —la llamó con los dedos—, no sé tú, pero yo me muero de hambre.

Miró su mano y luego la casa de doble planta con balcones, ventanales, porche de madera y tejado de dos aguas que formaban una rústica y bonita construcción acunada por algunos árboles alrededor.

—Los sherifs no llegarán hasta media tarde al menos —comentó mirando el reloj—. Eso nos dejará tiempo para comer, enseñarte la casa y dejarte instalada.

—¿Los sherifs?

Le había hablado del motivo por el que necesitaba volver con tanta premura al rancho, el centro neurálgico de su manada. Los recientes acontecimientos en la clínica y el ataque contra Santana era lo suficiente importante para que quisiera tener una reunión de urgencia con algunos compañeros.

—Los alfas de los territorios colindantes al mío —explicó y le cogió la mano, enlazando sus dedos para impedirle soltarse—. El chico que se coló en tu clínica e hirió a Santana, podría muy bien ser parte de algo más grande… una célula o algo así.

—¿Cómo puedes saber…?

—Santana me puso al corriente al despertar —explicó llevándose su mano entrelazada a los labios para besarle los dedos—. Me llamó tan pronto recuperó la conciencia para ponerme al corriente.

—Pero él… es un lobo… quiero decir, no estaba… bueno… como tú ahora. —¿Estaba balbuceando? Fantástico.

Sonrió de medio lado.

—Los Alfas tenemos un vínculo común que nos permite comunicarnos en cualquiera de

las dos formas.

—Entonces, también puedes hablar con él de mente a mente —se tocó la sien con el dedo índice—. ¿Cómo tú haces conmigo?

—No exactamente, pero sí —respondió paciente—. Lo que tú y yo tenemos se crea a partir del emparejamiento. Es algo único, solo para ti y para mí, con el resto de la manada y otros clanes existe un vínculo común, entre los alfas, bueno, digamos que tenemos un código particular, una extensión… telefónica… solo nuestra.

—Alfas —repitió la palabra asumiendo lo que eso significaba—. ¿Cuántos sois?

—En Norteamérica, uno por cada región —le dijo y tiró de ella, la rodeó por la cintura y la instó a caminar hacia la entrada—. Vamos, te explicaré lo que desees saber mientras comemos. Estoy famélico.

Miró la casa una vez más y con cada paso que daba hacia ella empezó a sentirse agobiada, el nerviosismo que venía acumulando desde esa mañana emergió y se encontró soltándose de su agarre para detenerse ante la breve escalera que llevaba al porche.

—No puedo.

—Cleo —su voz era firme pero cálida, no había censura o impaciencia—. Habla conmigo. No puedo ayudarte si no sé qué es lo que te perturba. Y algo lo hace, lobita.

Levantó la mirada y se encontró con la suya.

—¿Se trata de él? ¿Es por la visita que recibiste esta mañana?

Abrió la boca y volvió a cerrarla, notó cómo el calor inundaba sus mejillas e incluso se sintió avergonzada como si hubiese hecho algo malo.

—Pensé que estabas durmiendo.

Le indicó las escaleras y la invitó a sentarse, haciendo él lo mismo.

—Me despertó el timbre y, cuando dejaste la cama, me espabilé de todo —comentó tomando asiento—. Cuando te di los buenos días, prácticamente huiste de mí. Has estado distante y arisca, pero sobre todo muy silenciosa durante todo el viaje.

Ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Escuchaste también la conversación? —preguntó. Después de todo, había escuchado la que tuvo con sus progenitores. Ese hombre tenía un oído finísimo.

Se encogió de hombros pero no lo desmintió.

—Soy un lobo, recién emparejado y mi compañera recibe la visita de un hombre que además es su ex —enumeró—. No iba a dejarte sola con él. Escuché la conversación sí, después de todo, no estaba tan lejos.

Entrecerró los ojos y lo miró acusador.

—Así que no me imaginé lo que vi —lo reprendió—. Esa sombra peluda…

Se encogió de hombros.

—Es algo que no puedo evitar —refunfuñó—. Deberás tener paciencia conmigo en ese sentido, al menos durante algunas semanas hasta que esto se asiente y no me entren ganas de morder los tobillos de alguien por estar cerca de ti.

Un ligero estremecimiento la recorrió pero no podía decir si era de placer o extrañeza ante tal admisión.

—Estás celoso.

Enarcó una ceja.

—¿Y te sorprende? —señaló lo obvio—. Eres preciosa, tienes un cuerpazo que dan ganas de pegarte un mordisco, eres ingeniosa y aunque tienes un genio de mil demonios, hay dulzura por ahí escondida. Eres mi loba y no me gusta que nadie te coma con los ojos. Eso es

exclusivamente cosa mía.

Parpadeó ante la sincera y chulesca admisión.

Nena, que te lo envuelvan para llevar. ¡Nos lo quedamos!

—Gracias —murmuró sin saber muy bien cómo reaccionar ante una declaración semejante. Al contrario que Jeremy, Devon nunca había sido tan contundente. No solía decirle que la encontraba atractiva, ni que la deseaba, si le decía algo es porque se lo preguntaba previamente. Al principio pensó que al ser amigos durante tanto tiempo, esas cosas ya dejaban de tener importancia, pero ahora que lo decía su amante, comprendía que lo había echado de menos, que había necesitado que le dijesen de vez en cuando que era atractiva para sentirse así.

Se encogió de hombros como siempre que descartaba algo que para él no tenía la menor importancia.

—No he dicho más que la verdad.

Sí, eso era lo que había hecho.

—Entonces, ¿qué es lo que has escuchado? —preguntó, volviendo a la cuestión anterior.

—Yo sé lo que escuché, pero quiero que me cuentes lo que has escuchado tú —la invitó a ello—. Quiero entender el porqué de tu pena, de ese resentimiento que oí en tu voz y que nada tenía que ver con el dolor de perder a alguien amado. No lo quieres, no al menos como hombre y sin embargo, te duele y quiero entender el porqué.

—No puedes saber…

—Lo sé, lobita —insistió—. Eres mi compañera. Sé más de lo que imaginas. Pero soy un hombre paciente y no es de eso de lo que tenemos que hablar ahora.

Suspiró. Tenía que aparecer un jodido lobo en su vida para que empezase a ver las cosas con perspectiva y claridad.

—Háblame, Cleo —la empujó—. Quiero entenderlo.

Se lamió los labios.

—Él… él siempre… su madre y la mía… —sacudió la cabeza, respiró profundamente y empezó de nuevo—. Devon y yo crecimos juntos, nuestras madres eran muy amigas. Mis padres se mudaron, yo cambié de colegio y aunque Patricia y mi madre mantuvieron el contacto, nosotros no volvimos a coincidir hasta la universidad. Decidimos alquilar un piso a medias, nos conocíamos bien, éramos como hermanos, primos o algo así. Pero entonces, en una fiesta de la fraternidad de unas compañeras, bebí demás y… sin saber cómo terminamos acostándonos.

››Lo más grave de todo es que creo que ambos sabíamos que lo nuestro no iba a funcionar, no de la manera en que debía hacerlo —murmuró, recordando esa sensación, las dudas y el rechazo que sintió en primera instancia cuando le pidió que se casara con él—. Cuando me pidió matrimonio, nuestros padres se alegraron tanto que solo nos convencimos a nosotros mismos de que eso era lo que debíamos hacer. Yo tenía dudas, de algún modo, esas dudas siempre han estado allí… Y el día en que volví a casa un poco más temprano de la clínica, cuando abrí la puerta y me encontré con aquella tetuda y con él… entendí también que era algo que llevaba tiempo esperando que sucediera.

››Estaba a punto de salir por la puerta, ya había hecho mi maleta y me detuvo, me dijo que todavía quería casarse conmigo. Que yo necesitaba alguien que me cuidase y que él todavía quería ser quien lo hiciera, pero que tenía que comprender que necesitaba más de lo que había tenido conmigo —hizo una mueca—. Experiencias de las cuales ya llevaba disfrutando desde hacía tiempo.

Echó la cabeza atrás y resopló.

—Seis meses después de romper toda relación con él, me llegó una invitación de boda —

resopló—. ¡Una jodida y estúpida invitación! Esa es su manera de decirme que a pesar de todo quiere que yo siga siendo su amiga, su apoyo, su confidente tal y como lo había sido hasta ese momento. La ignoré, estaba enfadada, no podía creer que tuviese el atrevimiento de hacerme eso, no podía creer que él hubiese superado en pocos meses lo que a mí todavía me estaba costando superar.

››Entonces, cuando apareció en mi puerta esta mañana, no sentí nada de eso —aseguró y lo miró a los ojos—. Estaba convencida de que si volvía a verlo, querría arrancarle los ojos, querría decirle que era un capullo, que me había hecho daño… y sin embargo todo lo que sentí fue… nada. Vino para decirme que seguía queriéndome, que me necesitaba como siempre, pero ambos sabemos que ese cariño no es amor. Era preocupación mutua, amistad, camaradería propia de dos personas que han pasado gran parte de su vida juntas, pero no amor.

››Cuando lo vi allí en la puerta, sabiendo que tú estabas en la habitación, no me sentí culpable, solo aliviada —confesó—. Me di cuenta de que no estaba enfadada porque le quisiera y me hubiese dejado por una tetuda o porque me hubiese puesto los cuernos. Lo estaba porque había perdido a mi mejor amigo, a la única persona que siempre me había apoyado, mi compañía constante. De repente me encontré sola y era más sencillo culparle a él que reconocer que yo misma estaba equivocada y que lo que había pasado fue lo mejor que podía haberme pasado.

Suspiró e hizo una mueca.

—A pesar de todo, sigo pensando que es un auténtico capullo, que no debió hacerme lo que me hizo. Creía que entre nosotros había confianza y él me la negó —se encogió de hombros —. La invitación a su nueva boda fue la gota que colmó el vaso, como decirme: Mira, yo sí soy capaz de seguir adelante y no te necesito. La verdad, no creo que esos dos duren mucho. Devon no es así, no sabe comprometerse, dejan que otros lo hagan por él y cuando no puede, huye o culpa a los demás.

Lo miró y se lamió los labios.

—Estoy enfadada con él por haber desperdiciado gran parte de mi vida, pero no porque lo quisiera —aceptó con sinceridad—. Solo quería encontrar a alguien que me quisiera a mí por encima de todo, que fuese lo suficiente importante como para que deseara conservarme. Es un pensamiento egoísta, pero, es lo que yo haría si encontrase a alguien… es… lo que haría.

—Ya has encontrado a ese alguien, Cleo —le apartó un mechón de pelo de los ojos—. Y ese alguien no va a dejarte marchar, ¿no entiendes? Un lobo, cuando se empareja, se empareja de por vida.

No pudo evitar gemir ante sus palabras y lo que estas significaban.

—Y eso es precisamente lo que me da miedo, Jeremy —confesó por primera vez—. Porqué yo tampoco deseo que lo hagas. Y eso es una locura. Te conozco desde hace dos días y… y no sé nada de ti. No sé qué es lo que ves en mí, no sé si sería lo mismo sin todo este asunto del emparejamiento. No sé si me deseas por alguna cosa de lobos o por mí. No sé si yo podría… — sacudió la cabeza perdiendo las fuerzas para decirle lo que sentía, que tenía miedo de quererlo—. ¿Qué demonios ves en mí? ¡Ya has visto que soy un desastre con patas!

Él se rio, pero no notó mofa hacia su persona o lo que le había dicho.

—Veo a una mujer que me gusta, a la que estoy descubriendo poco a poco, a quién he deseado desde el primer momento en que la olí, con quién me gustaría seguir descubriendo cosas y a quién quiero por lo patosa, respondona, marimandona y chillona que se pone a veces —le dijo sin más—. Eres mi compañera, te he estado esperando toda la vida, Cleo. Sí, es posible que gran parte de esta atracción venga por mi lobo, pero eso solo ha sido la excusa perfecta para conocernos, para acercarnos, todo lo demás es lo que ambos estamos dando. Soy yo y no el lobo

el que está descubriendo cómo te gusta dormir, de qué lado, qué te irrita, qué te produce alegría y son esas pequeñas cosas las que hacen que me esté enamorando cada vez más de ti.

Lo miró sin saber qué decir.

—Te quiero, lobita, pero creo que mañana podré quererte incluso más —le dijo con esa apabullante sinceridad que la desarmaba.

—No… no sé qué quieres que diga.

Estaba perdida, de mil maneras distintas, estaba perdida frente a él, frente a sus sentimientos.

Le posó la mano sobre la rodilla y se inclinó sobre su rostro.

—No tienes que decir nada que no sientas, Cleo y eso, ya lo haces a las mil maravillas —le guiñó un ojo y se levantó—. Por ahora, solo concédete a ti misma la oportunidad de conocerme. Deja que te enseñe quién soy, que te muestre mi mundo y lo que puedes encontrar en él.

Bajó los ojos y se miró sus propias manos.

—¿No quieres una declaración o algo?

Notó sus dedos levantándole la barbilla y sus ojos hicieron contacto.

—Hay dos palabras que me encantaría escuchar de tus labios —le acarició el inferior con el pulgar—, pero hasta ese momento, me conformo con tenerte.

‹‹Ya me tienes››.

Lo vio ladear la cabeza y comprendió con vergüenza que acababa de decir eso mentalmente, un pensamiento que él había captado a la perfección.

—Lo que quiero decir es…

Le cubrió los labios con un dedo, silenciándola.

‹‹En ese caso, amor, te conservaré››.

—Y ahora, ¿me acompañas dentro?

La pregunta llegó acompañada de su mano extendida.

—De verdad, me estoy muriendo de hambre —insistió con gesto quejumbroso—. Me muero por un chuletón poco hecho. ¿Te gustan los chuletones de ternera?

Hizo una mueca al pensar en ese pedazo de carne roja a la parrilla.

—Nada de carne cruda para mí, gracias —hizo una mueca—. ¿De verdad comes eso?

Sonrió de medio lado y enlazó su mano para levantarla de golpe-

—Me gusta la carne poco hecha —aseguró jovial—. Pero si no te gusta algo así, mejor que nunca veas qué como… en forma lupina.

—*Puaj*, espero que te laves los dientes después de terminar.

Las carcajadas la acompañaron a lo largo de un rápido recorrido por la planta principal de la casa que los llevó a la cocina. El aroma de la carne a la brasa tiró de Jeremy como si lo hubiesen pillado con un anzuelo y los llevó a encontrarse con Jim apoyado con los brazos cruzados en el umbral y un par de mujeres de alrededor de los cincuenta que trajinaban entre fogones.

—Caray, no te esperaba hasta dentro de una hora por lo menos —comentó el hombre, quién paseó la mirada de uno al otro—. ¿Has dejado algún límite de velocidad sin batir?

Se encogió de hombros y tragó como si ya pudiese saborear la comida.

—Me estaba muriendo de hambre.

Enarcó una ceja y la miró a ella, quién se limitó a encogerse de hombros.

—Debe ser verdad —comentó—. No ha hecho más que repetirlo.

El hombre asintió, la recorrió de los pies a la cabeza y finalmente la miró a los ojos con la

misma amabilidad e interés que en su primer encuentro.

—Bienvenida a casa, Cleo.

Parpadeó y se sonrojó de inmediato.

—Um… gracias, creo —aceptó sin saber muy bien cómo interpretarían su presencia allí —. Pero solo vengo de fin de semana.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Igual que todos nosotros —murmuró, entonces señaló a cada una de las mujeres, ya que su compañero estaba levantando ya las tapas de las cazuelas para ver qué había dentro—. Ella es Arabela, mi madre y la dama que está dándole con la pala de madera en la mano al alfa, es mi amor frustrado, Henriette.

—Quita las manos de mis cazuelas ahora mismo—escuchó la voz suave y delicada de la mujer, la cual contrastaba con su generoso volumen—. De verdad, no hay forma de enseñarte modales, Jemmy.

El aludido se rio por lo bajo, enlazó la cintura de la mujer y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Casi un mes sin verme y me recibes así, mamá.

¿Mamá? El shock fue instantáneo.

—Cleo, te presento a Henriette, mi madre —le dijo soltando ya a la mujer que amenazaba con zurrarle de nuevo—. Mamá, Arabela, ella es mi compañera, Cleopatra.

—Bienvenida al rancho Nebraska Wolf, querida —la saludó Arabela.

La otra mujer se limpió las manos en el delantal y se acercó a ella.

—Nos alegra infinitamente tenerte aquí con nosotros, Cleo —le sonrió con amabilidad al tiempo que le cogía las manos—. Espero que consideres esta tu casa a partir de ahora. Jemmy no ha dejado de hablar de ti desde que te conoció. Lamento mucho que hayas sufrido sus malos modales.

Enarcó una ceja y se giró hacia él.

—¿Malos modales? —preguntó intentando no sonar histérica.

‹‹¿Qué le dijiste?››.

La sonrisa fue totalmente lobuna.

—En realidad no fui yo, Jim se encargó de convertir nuestro primer encuentro en el cotilleo del mes —comentó con gesto inocente—. Así que, como aquí el beta tiende a exagerar las cosas para darle más… creatividad, le conté la verdad. Que te confundí con un ladrón e intenté arrestarte.

—¿Has perdido un tornillo? ¿Cómo pudiste decirle eso a tu madre? —jadeó sin darse cuenta de que lo había dicho también en voz alta.

Él se encogió de hombros.

—Pues igual que se lo dije a la tuya —aseguró risueño—. ¿Comemos? Tengo un hambre lobuna.

Entrecerró los ojos dispuesto a clavarle algo de tenerlo a mano.

—Mira que bien, ahora haces chistes a tu propia costa —rezongó ella—. De casualidad no sabrás también la frecuencia de los tornados, ¿no? Así podemos mandarte en el siguiente.

Se rio entre dientes y no fue el único.

—Ves, Henriette —comentó Jim rodeando a la mujer con el brazo—. A esto me refería cuando dije que la casa estaría llena.

La mujer se echó a reír.

—Ya lo veo, ya lo veo.

El brazo de su compañero la rodeó por la cintura para hacerla girar y empujarla hacia una puerta abierta al otro lado de la enorme habitación.

—Vamos lobita, vamos a comer.

No pudo oponerse, ni siquiera le dio tiempo a despedirse, la arrastró como había hecho antes terminando de enseñarle el resto de la planta principal antes de sentarse a la mesa y dar cuenta de una deliciosa comida casera.

CAPÍTULO 18

Apoyado en una de las columnas del porche, Jeremy no podía dejar de contemplar a Cleo mientras charlaba animadamente sobre las distintas recetas de cocina, de salsas y demás cosas que su madre había dispuesto para la comida. La vergüenza y desubicación del principio pronto quedaron olvidados bajo el calor hogareño y la afable conversación que surgió alrededor de la mesa, más pronto que tarde, su deliciosa compañera se había enfrascado en una rocambolesca conversación sobre tratamientos paliativos para enfermedades equinas, mejoras en la nutrición y pasar por último a las recetas de cocina. Sin duda amaba su trabajo y a juzgar por lo que había visto con Santana, era realmente buena, una cirujano con mano firme y precisión milimétrica.

No dejaba de sorprenderlo y disfrutaba inmensamente descubriendo esos pequeños detalles que la hacían especial y única para él.

—Hacía tiempo que no veía a Henriette tan emocionada —oyó la voz de Jim a sus espaldas—. Esa pequeña loba tuya parece que va a marcar un antes y un después en este rancho.

Su madre había cambiado mucho en los últimos años, desde la pérdida de su compañero no había vuelto a ser la misma. Si hoy en día estaba allí y era por él, porque la había necesitado más que nunca durante aquellos momentos y no pudo pensar siquiera en dejarle solo. A esa mujer le debía mucho más que el que le trajese al mundo, gracias a ella, a su fortaleza y a sus enseñanzas, se había convertido en el hombre que era hoy en día.

—Eso parece —aceptó complacido con la vista de las dos hembras que más le importaban en el mundo—. Solo espero que Cleo llegue a apreciar este lugar como propio también.

—Dale tiempo, todavía está haciéndose a la idea de lo que le ha caído encima —arguyó Jim—. Pero a juzgar por lo que he oído en la mesa, todo lo que tienes que hacer es llevarla a los establos y presentarle a cada uno de los caballos.

Sonrió al recordar cómo se le habían iluminado los ojos cuando empezaron a hablar del ganado y de la yeguada de ese año. El oír la palabra «caballo» había sido como «*Disneyworld*» para un niño.

—Un azucarillo para otra bonita yegua —sonrió de medio lado y se giró hacia él—. ¿Odin ha aterrizado ya?

—Hace cosa de diez minutos, llegarán aquí en una hora.

Asintió y echó un último vistazo a su compañera, quién se había girado en su dirección y lo miraba con gesto entre preocupado y curioso.

‹‹No pasa nada, amor. Los jefes de las regiones están a punto de dejarse caer. Estaremos en la biblioteca, si me necesitas no tienes más que contactarme››.

‹‹¿Me contarás después lo que descubras? Quiero saber lo que está pasando, especialmente después de haberme dado un susto de muerte››.

Asintió, no quería ocultarle nada, como parte implicada, tenía derecho a saber el motivo por el que habían entrado en su clínica y eso haría también que recelase y estuviese alerta ante cualquier posible incursión futura.

‹‹Te pondré al tanto tan pronto terminemos. Entre tú y yo no habrá secretos, Cleo. Lo que yo sepa, tú lo sabrás››.

Pudo ver cómo dejaba escapar el aire, era como si con sus palabras le hubiese hecho un regalo.

—De acuerdo —contestó ahora en voz alta sorprendiendo a los demás, que no estaban al tanto de la conversación—. En ese caso, que te diviertas.

Sonrió ampliamente y sacudió la cabeza.

—No sé si podría encontrar diversión en una habitación llena de lobos dominantes, pero lo intentaré.

Jim se rio por lo bajo y entró de nuevo con él en la casa.

—Estás perdido, socio, irremediablemente perdido.

Lo miró de medio lado sin perder la sonrisa.

—Espera a que te toque a ti y luego hablamos —le soltó y le señaló el pasillo que llevaba hacia la puerta de atrás—. Jonah acaba de traspasar los límites de la propiedad, estará aquí en cuestión de minutos. Viene con Ross.

Jim sacó el teléfono del bolsillo y tras mirarlo asintió.

—Odin y Quinn ya están de camino, en media hora estarán aquí —silbó—. Otro que también le pisa. Al final, los alfas vais a tener que hacer una colecta para pagar las multas por exceso de velocidad.

—¿Y Galen? —preguntó por el alfa del territorio contiguo al suyo.

—Estará aquí de un momento a otro —corroboró—, recogerá a Murdock por el camino. Me sorprendería si no estuviese ya correteando por el rancho. Velkan dijo que estará disponible tan pronto inicies la reunión; Arik está con él y no parecía precisamente contento con las recientes noticias.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo lo está?

Hizo una mueca.

—Quizá lo esté durante el día del juicio final.

Resopló ante lo que se avecinaba. No recordaba la última vez que se había dado una situación parecida, desde que él estaba al mando, esta era la primera vez que se convocaba una reunión de estas características.

—Santana se conectará vía videoconferencia —le informó—, Isabel no le deja mover un solo dedo.

—Era de esperar que lo hiciese —asintió pensando en la morena y en lo preocupada que había estado por su compañero.

—¿Crees que podemos estar ante algo importante?

—Desde luego no es una nimiedad —aseguró con un mohín—, las desapariciones de algunos jóvenes lobos, el inesperado ataque… tiene que haber un motivo oculto.

—Uno que espero no tardemos mucho en sacar a la luz.

Ambos se giraron ante la profunda y ronca voz del alfa de la región centro noroeste del país, Galen Stavros, quien acababa de entrar acompañado de Murdock y su beta.

—Jeremy, me alegra ver que estás de una pieza —comentó el hombre tendiéndole la mano —. Y felicidades, por cierto, el viejo me ha puesto al corriente de los recientes acontecimientos. ¿Tu compañera está bien?

Estrechó la mano del alfa y asintió.

—Un poco vapuleada por los acontecimientos pero bien —agradeció el interés y miró a su rastreador—. ¿Algo sobre los chicos desaparecidos?

Murdock negó con la cabeza.

—Ni rastro —aseguró el curtido hombre—. Es como si se los hubiese tragado la tierra, Jer. No lo entiendo. No hay ni un jodido rastro y sus familias empiezan a ponerse cada vez más

tensas. Les preocupa que pueda haberles ocurrido algo.

—¿Se han reportado nuevas desapariciones de alguna de las otras regiones? —preguntó Galen.

Jim negó con la cabeza.

—No más de las que ya sabemos —aseguró el lobo—. Junto con los dos chicos que reportaste tú, a día de hoy hay seis desaparecidos y curiosamente son todos supervivientes de aquella masacre.

Gruñó y no fue el único.

—Esperemos a que lleguen Odin y Jonah y veremos que tienen que decir al respecto.

Asintió y los invitó a acompañarle a la biblioteca.

—Va a ser una reunión larga —murmuró mirando a Galen.

—Eso me temo, amigo —concordó el alfa—. Solo esperemos que sirva de algo y podamos descubrir qué diablos está pasando aquí. No me hace el menor chiste tener alguna bomba de relojería dormida dentro de mi territorio.

—Ni a mí, compañero, ni a mí.

CAPÍTULO 19

La reunión se había extendido tanto o más de lo que había previsto. Jeremy echó un vistazo a través de la ventana y suspiró con cansancio, la noche empezaba a caer ya sobre Nebraska, su fino oído podía captar sutiles movimientos en toda la casa y fuera de ella. Su lobo estaba ansioso, necesitaba correr, todo el estrés de los últimos días le estaba pasando factura y si no hacía algo pronto, acabaría subiéndose por las paredes.

Odin se levantó dejando la silla que había ocupado a su izquierda y se acercó también a la ventana. El alfa de Nevada parecía demasiado tranquilo, de hecho incluso aburrido, pero no era más que una fachada. Él, al igual que todos los presentes, estaban tensos y preocupados, lo que habían podido dilucidar de las conversaciones llevadas a cabo no era ni mucho menos tan esperanzados y útil como hubiese deseado que fuese.

—Será complicado dar con los supervivientes del clan —comentó el lobo de aspecto nórdico—. Han pasado diez años y si bien no es mucho tiempo, es más que suficiente si alguien quiere desaparecer.

Y en eso estaba totalmente de acuerdo. En su propio territorio había al menos un refugiado, pero tal y como había informado Murdock, podían ponerlo en la lista de desaparecidos.

—Al menos sabemos cuántos siguen con vida y quienes les hemos dado refugio —añadió Galen intercambiando miradas con sus compañeros al tiempo que se servía un par de dedos de whisky—. Sin contar los dos cadáveres y las dos desapariciones confirmadas en el territorio de Jer y el mío, sabemos que hay cuatro supervivientes de esa masacre a los que hay que vigilar.

—Hay que encontrarlos y averiguar si alguien se ha puesto en contacto con ellos y para qué —añadió Odin—. Si han conseguido meterles en la cabeza a esos dos pobres desgraciados que Santana y el resto de nosotros hemos sido responsables de esa masacre, es de esperar que lo intenten de nuevo.

Jonah sacudió la cabeza, el hombre no había dejado de tamborilear con los dedos la superficie de la mesa como si de esa manera pudiese concentrarse mejor.

—Los más jóvenes fueron colocados en familias de acogida —recordó lo sucedido en su caso—. Habría que localizar ahora a esas familias y ver si todavía mantienen el contacto con los refugiados.

—Tenemos que evitar a toda costa que esto transcienda —añadió Santana, quién seguía con ellos a pesar de su debilidad a través de la videoconferencia—. No nos beneficiará en nada el que nuestra gente entre en pánico al saber que sus dirigentes tienen una diana en el pecho.

Jeremy asintió y retomó la conversación.

—Todavía no sabemos si esto ha sido algo aislado o simplemente un aviso, pero quién esté detrás de esto sospechará que hemos sido alertados cuando vea que sus peones no regresan —argumentó—, por no hablar del inesperado accidente de caza de Santana, el cual lo va a obligar a estar un par de semanas de reposo absoluto.

—O un mes entero —rumió Isabel, la única mujer presente en la reunión. Ella no se había separado de Santana ni un solo instante.

Su compañero le apretó la mano y se la llevó a los labios para calmarla antes de adoptar de nuevo el gesto serio y hablar para ellos.

—Os sugeriría así mismo que redobléis la vigilancia sobre vuestras compañeras, aquellos que estéis emparejados —continuó, haciéndolo consciente de la realidad a la que se había tenido que enfrentar tras la explicación previa del tejano—. El acabar en la clínica veterinaria no fue algo fortuito, le echaron el ojo a Cleo en cuanto Jeremy la reclamó. El acabar con la compañera de un alfa parecía casi tan buen plan como acabar con el propio alfa.

No pudo contener el gruñido que surgió de su garganta y tampoco pretendió hacerlo. Cualquiera que amenazase a su pareja saldría con los pies por delante.

—Esa pequeña hembra les plantó cara como una verdadera loba —aseguró con palpable orgullo—. Le debo la vida, *amigo*. Si me necesita, me tendrá a mí y a mi manada a su disposición.

Una oferta que muy pocos lobos hacían, pensó Jeremy orgulloso de su pequeña loba. Era el privilegio de una hembra emparejada con un alfa el reclamar una manada como suya, raras veces ocurría lo contrario, especialmente porque estaba su compañero y la manada de él para procurarle esa seguridad. Que alguien ajeno le ofreciese cobijo y lealtad, era un tesoro de valor incalculable entre los suyos.

—Interesante lobita la que el destino ha puesto en tu camino, Jeremy —comentó así mismo Jonah—. Felicidades por tu reciente emparejamiento.

Asintió en agradecimiento por las palabras del alfa de Missouri, Jonah Emerson era uno de los alfas que más tiempo llevaba al mando de su manada y llevaba emparejado cuatro años con una loba europea.

—Sí, es una cosita suculenta —añadió Galen—, felicidades, Jer.

Sus ojos se clavaron en el alfa de la región vecina y entrecerró los ojos. Galen eran un gran lobo, pero su historia con las mujeres corría como pólvora entre los suyos.

—Está fuera de tu menú —gruñó a modo de advertencia—, ni la mires siquiera.

El hombre se rio entre dientes.

—Conoces el código, Jer, nada de flirtear o tocar a las hembras reclamadas y emparejadas de otro lobo —le dedicó un guiño—. Pero nadie dijo que no se pudiesen admirar desde lejos.

Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Es humana —añadió Odin entonces atrayendo la atención sobre él—. Junto a Bryony y Shane, son ya tres las hembras humanas emparejadas recientemente con los alfas.

—Un cambio interesante —asintió Galen—. Pero también es una jodida complicación. Es un milagro que no se vuelvan tarumbas con el *‹‹Hola nena, soy tu lobo feroz››*.

—Su base genética tiene que ser especialmente fuerte para terminar vinculadas con un alfa —comentó Jonah—. No es la primera vez que ocurre con otros miembros de la manada, con lobos comunes, incluso con los betas, pero con un alfa… el gen dominante es muy fuerte.

—No hay muchas lobas con el gen dominante —aceptó Quinn, quién hasta el momento había permanecido en silencio—, y es prácticamente un requisito para terminar emparejadas con uno de vosotros. De todas formas, una de las humanas que ahora está vinculada con un alfa, estuvo previamente destinada a ser compañera de un miembro común de la manada.

—Cierto —corroboró Odin—. Así que tiene que tratarse de algo más que un gen dominante o lo que sea.

—¿El destino? —sugirió Jonah—. Después de todo, nunca sabes con quién vas a terminar emparejándote.

—Lobas dominantes no habrá, ¿pero perras? De esas a montones —chasqueó Galen—. Y dicho esto, espero que la mía tarde mucho, pero que muchísimo tiempo en asomar la nariz y mover la cola. Odiaría tener que limitarme a una sola presa habiendo tanta caza dispuesta a salir

a jugar con este cazador.

La mayoría de los presentes bufó o puso caras ante el típico comentario de Galen.

—El día en que el destino llame a tu puerta, vas a morder el polvo como todos, Gal —le aseguró Jonah—. Solo pido estar ahí ese día para verte caer.

Las risas se sucedieron diluyendo poco a poco la tensión que se había acumulado en la habitación.

—Ahora, lo principal, es encontrar a los supervivientes refugiados y comprobar que están de una pieza y no les han lavado el cerebro —comentó Santana, quién estaba viviblemente agotado.

—Eso será lo primero en nuestras listas —aseguró Jonah levantándose también—. Creo que podemos ya dar por cerrada la reunión. Tú necesitas una siesta y de inmediato, Mikel, cada vez te pareces más a un cadáver.

—Yo también te quiero —el aludido le enseñó el dedo corazón.

—Habrá que estar en contacto con los alfas de territorio americano —añadió Odin—. Velkan tiene razón, puede que por proximidad nos hayan involucrado solo a nosotros, pero no está de más tener apoyo. Los lobos de América deben tener un frente común.

—El principito iba a encargarse de ello y conociéndole, estará ya en conferencia con todos —resopló Galen—. Tiene una habilidad especial para sacar a todo el mundo de quicio con solo mover la mano y decir hola.

—Le hace falta entretenimiento femenino —comentó Jim, quién hasta el momento había permanecido callado.

—Pues no será por hembras —replicó Galen con una mueca—. ¿Wolf ha hecho alguna nueva apuesta que yo me haya perdido?

—¿Después de la de Luke? —respondió Odin—. No.

—Wolf y sus apuestas —resopló, pensando en el viejo lobo y en cómo nunca perdía una.

‹‹¿Jeremy?››.

La sutil caricia en su mente producida por la voz de su compañera lo sintonizó de inmediato con ella. Podía sentirla al otro lado de la puerta, la había sentido durante gran parte de la reunión, como si quisiese entrar pero no se atreviese a hacerlo.

‹‹Puedes entrar, Cleo. Ya hemos terminado››.

—¿Entrar en una habitación llena de testosterona? No gracias.

La respuesta fue captada por todos los miembros lobunos presentes, con sus sentidos agudizados no tuvieron problemas para escucharla y su intervención arrancó una vez más varias risitas.

Galen, que seguía junto a la botella de whisky, lo miró, le dedicó un guiño y abrió la puerta sorprendiendo a la muchacha.

—Tranquila, cosita, aquí nadie morderá a una lobita recién llegada como tú.

Cleo dio un respingo y retrocedió instintivamente. No podía culparla, no muchas hembras o machos podían quedarse quietos ante una montaña humana como la que era Galen. El alfa medía casi dos metros y tenía una complexión fuerte que se mantenía también en su forma lupina; era uno de los ejemplares más grandes que conocía.

El nerviosismo que la recorría llegó hasta él activando al momento cada uno de sus nuevos instintos protectores.

—Déjame que adivine, lo he dicho en voz alta y todos lo habéis escuchado con vuestros súper poderes caninos, ¿no?

El lobo se echó a reír a carcajadas, entonces se giró de nuevo hacia él y pidió permiso.

Nadie tocaba a una loba, menos aún a una recién emparejada, sin el permiso de su compañero. No a menos que quisieran quedarse sin alguna parte del cuerpo.

—Premio —respondió nuevamente y le tendió la mano—. Soy Galen Stavros, bienvenida a la manada.

Uno a uno los alfas presentes siguieron su ejemplo presentándose a sí mismos y dándoles la bienvenida, sus escoltas se limitaron a saludar con la cabeza cuando fueron presentados.

—Respira, Cleo —escuchó la voz de Jim al ver el claro sofoco que la envolvía. Su beta había adoptado el papel de lobo guardián para con la compañera de su alfa—. Aquí hay aire suficiente para todos.

—Yo no lo diría muy alto —comentó paseando la mirada por cada uno de ellos—, podría asustarse y salir corriendo.

Las risas inundaron la biblioteca, momento más que perfecto que le permitió cruzar la habitación y envolverla con sus brazos. Estaba temblando.

—Tranquila, pueden carecer de modales, pero son buena gente —le susurró al oído para luego besárselo—. Y tú les has gustado.

—¿Gustado como para comer?

Negó con la cabeza.

—Gustado como para que te hablen y se hayan presentado a sí mismos —le acarició el cuello con la nariz y finalmente se incorporó para dirigirse a los presentes—. Caballeros, estáis en vuestra casa.

No esperó a escuchar la respuesta, todos conocían el rancho y habían estado anteriormente. Algunos se quedarían a pasar la noche y otros se marcharían inmediatamente, pero a ninguno le extrañaría la ausencia de su anfitrión, especialmente cuando estaba recién emparejado y tenía a su compañera a mano.

—Creo que te perdiste la definición del término anfitrión —murmuró ella mientras la sacaba de la casa.

Sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—Conocen la casa, ya han estado más veces y podrán arreglárselas —aseguró—. Si quieren comer, solo tienen que dejarse caer por la cocina y los cebarán como a cerdos. Además, yo tengo algo mucho más importante de lo que ocuparme ahora mismo.

—¿El qué?

Le cogió la barbilla y se la acarició.

—Tú.

CAPÍTULO 20

Jeremy tenía que ser el hombre más imprevisible de todos los tiempos pensó Cleo tumbada a su lado en la planta superior del granero. La trampilla abierta dejaba entrar la suave y fresca brisa nocturna al tiempo que le permitía contemplar las estrellas. La había arrastrado allí después de dejar plantados a sus invitados y mostrarle los establos mejor cuidados que había visto en su vida.

¿Y los caballos? Oh dios. ¡Qué bella estampa la de la yegua ruana! Eso sí que había sido amor a primera vista, se había pasado más de media hora correteando como una niña con zapatos nuevos de división en división conociendo a los habitantes del lugar. Su compañero había hecho incluso un puchero al decir que le gustaban más los caballos que los lobos y ella lo había dejado con un palmo de narices diciéndole que sí.

Nunca había visto a un hombre enfurruñarse tan rápidamente como lo hizo él. De hecho, cambió allí mismo, sin alertarla siquiera, en un momento era ese hombre caliente que la volvía loca y al siguiente un enorme y magnífico lobo marrón sacudiéndose el pelo.

‹‹Que sepas que soy mucho más listo, más rápido y caliente por las noches››.

Levantó ese hocico, sacudió la cola y le dio la espalda con una elegancia pasmosa antes de trotar fuera del establo.

No pudo evitarlo, se había echado a reír como una loca hasta el punto de que le saltaron las lágrimas solo para tenerlo de vuelta a su lado, todo preocupado y pidiéndole que no llorase.

Al rememorar ese momento volvió a echarse a reír.

—¿Puedes parar ya? —rezongó él a su lado—. Te has reído de mí suficiente para lo que me queda de vida.

—Es que… es que, es que no puedo evitarlo —rio abiertamente—. Actuaste como una auténtica reina del drama peluda. Ese movimiento de cola fue genial.

—Tengo un estilo innato —aseguró muy serio.

Eso hizo que volviese a reírse a carcajadas.

—Ay, Jeremy —sacudió la cabeza intentando contenerse, se levantó las gafas y se secó las lágrimas que le provocaba la risa—. Gracias por insistir tanto en que viniese, creo que no me reía tanto desde… uf, nunca.

—Me alegra que lo estés pasando bien a mi costa, compañera.

Parpadeó, volvió a colocarse las gafas y lo miró un poco sorprendida.

—¿Me acabas de gruñir?

Él bufó en respuesta y se estiró sobre la manta que había preparado entre las balas de heno que se guardaban en el granero. El lugar no podía resultar más absurdo y al mismo tiempo más adecuado. Allí no tenía que enfrentarse a nadie, no tenía que esforzarse por sonreír, estaba por encima de todos los demás, oculta de la vista y en la única compañía que podía tolerar ahora mismo.

—¿Te das cuenta de que estamos en el granero, qué huele a heno, caballos y…?

—Cleo, si tuvieses mi olfato sabrías exactamente a que huele un granero —la interrumpió desperezándose—, pero al menos aquí nadie nos molestará.

Miró a su alrededor. Era difícil que alguien fuese a hacerlo cuando había quitado la escalera por la que se subía.

—Cuando era niño y quería escaquearme de las tareas propias de un rancho, subía aquí arriba —le explicó—. Mi padre, por supuesto, sabía dónde me ocultaba, pero tenía una forma muy curiosa de hacer que me delatase a mí mismo.

—¿Cuál?

—*Es una pena que Jemmy se haya ido antes de probar el chocolate negro que he traído de la ciudad* —imitó una voz profunda y ronca—. Era oír la palabra chocolate y salía de dónde estuviese escondido a la velocidad de la luz.

Sonrió y se estiró sobre la improvisada cama.

—Así que te gusta el chocolate.

Su respuesta llegó acompañada de una tableta de *Hershey´s* que extrajo de la cesta con la que había aparecido antes de arrastrarla allí arriba. Habían disfrutado de una cena fría a base de bocadillos, queso y algo de fruta.

—Lo confieso, es uno de mis mayores vicios —aseguró rompiendo el envoltorio—. Bueno, lo era. Ahora el primero eres tú.

Aquella admisión la estremeció hasta lo más hondo.

—De hecho, el chocolate es la única cosa que siempre me he resistido a compartir —aseguró al tiempo que partía un par de onzas y le ponía una delante de los labios—, hasta ahora mismo.

Abrió la boca y dejó que la depositara sobre su lengua antes de cerrar los labios sobre sus dedos y lamer el chocolate. Dejó que la onza se derritiese en su boca y se deleitó del dulce sabor.

—¿Por qué me estás contando todo esto? —preguntó girándose hacia él—. No es que me queje. Tu madre me ha contado ya una buena cantidad de anécdotas propias…

Sus palabras se perdieron cuando sus ojos se encontraron con los suyos.

—Porque quiero que me conozcas, quiero convertirme en tu mejor amigo, en tu amante, algún día en el padre de tus hijos —aseguró mirándola—. Te quiero, Cleo y quiero serlo todo para ti.

No supo qué decir ante tan abierta declaración así que apartó la mirada y optó por cambiar de tema.

—¿Habéis conseguido sacar algo en claro de la reunión de esta tarde?

Se lamió los dedos, le dejó el chocolate sobre el regazo y se recostó con el brazo tras la cabeza.

—Demasiadas incógnitas y pocas respuestas —ofreció sin vacilación—. Existe la sospecha de que alguien quiere desestabilizar el poder de las regiones. Sin alfa dirigente o alguien preparado para sustituirle, las manadas son presa fácil para cualquiera que desee hacerse con el poder. Ya has visto lo que una mentira ha provocado en dos chicos y en lo que los convirtió.

Se estremeció al recordar el vívido suceso.

—Hace falta mucho más que una mentira para hacer algo así —aseguró.

—Cuando crees en lo que se te dice, cuando piensas que es la verdad y que a causa de ello te lo han arrebatado todo, hasta la más pequeña mentira puede ser la chispa que se necesita para iniciar una guerra.

—¿Habéis llegado a alguna conclusión entonces? ¿Alguna idea de lo que podéis hacer?

—Lo único que puede hacerse —suspiró—. Evitar que se repita lo que le ocurrió a Santana e intentar localizar a los supervivientes de aquella matanza para evitar que se conviertan en mártires de una causa perdida.

Se lamió los labios y tragó sintiendo el sabor del chocolate presente en su boca.

—Henriette me dijo que tu padre había muerto en aquella época.

La mujer la había sorprendido con su franqueza, muy similar a la de su hijo. No solo le había dado la bienvenida con los brazos abiertos, se había ofrecido a escucharla si necesitaba hablar, a responder a cualquier pregunta que tuviese y le había hablado de cosas que la hicieron ver al hombre que estaba junto a ella de otra manera.

Jeremy guardó silencio durante unos minutos, entonces arrancó a hablar.

—Él fue uno de los que vio el humo, estaba de caza con algunos chicos del clan, yo incluido —murmuró con voz apagada y lejana, como perdido en el recuerdo—. El viento cambió y fue cuando olimos no solo el humo sino también la sangre. Nos envió a dar la voz de alarma y partió como un rayo hacia el lugar. No se pudo hacer gran cosa, muchos perecieron y los pocos supervivientes, se vieron obligados a empezar de nuevo dentro de otros territorios sin nada más que su propia vida y recuerdos.

Se lamió los labios como si le costase hablar de ello o encontrar las palabras.

—Él ya estaba enfermo, llevaba unos meses sin encontrarse demasiado bien y el esfuerzo de esa noche terminó cobrándose más vidas de las que habían estado en ese pueblecito —finalizó con voz firme y monótona—. Murió mientras dormía tres días después de aquello. Creo que si mi madre no hubiese tenido que cuidar de mí y asegurarse de que yo le sucedía como líder de la manada, lo habría seguido.

Se incorporó hasta apoyarse sobre un codo y poder mirarle a la cara.

—¿Por eso te hiciste policía?

La miró y asintió.

—En parte, sí. Los lobos somos animales de costumbres y muy territoriales —se encogió de hombros—. Tienes que demostrar que eres digno de ser líder, que puedes proteger a aquellos que están a tu cargo. Pero más allá de eso, la academia me permitió encauzar toda la ira que padecía en esos momentos, canalizarla y enfocarla en algo más provechoso. Me enseñó a dominarme y a ser objetivo.

Ella hizo un gesto con la cabeza hacia el exterior.

—A juzgar por lo que vi en esa habitación ahí dentro, diría que has alcanzado tu meta.

Sonrió y se incorporó para capturar sus labios en un breve beso.

—Si algo soy en esta vida, es cabezota —le dijo acariciándole los labios con el pulgar—. Me propuse convertirme en un alfa digno de mi manada y aquí estoy, me propuse conseguir que me perdonaras y, si bien me lo pusiste *muy* difícil, conseguí que lo hicieses. Ahora solo me falta conseguir una cosa más.

Parpadeó.

—¿El qué?

—Ser todo para ti.

‹‹Quiero que me conozcas, quiero convertirme en tu mejor amigo, en tu amante, algún día en el padre de tus hijos. Te quiero, Cleo y quiero serlo todo para ti››.

Las palabras que le había dicho al poco de llegar seguían muy presentes en su mente, en su alma y empezaban a hundirse en su corazón sin que pudiese evitarlo.

Lo deseaba, deseaba cada una de esas cosas, pero no estaba segura de si pudiera estar a la altura, de si fuera suficiente. No quería volver a equivocarse.

—Yo también quiero que seas algo para mí —se encontró poniendo en palabras aquello que sentía, que si bien no era lógico, estaba ahí.

—¿El qué, lobita?

Se lamió los labios y dejó que la palabra surgiese como un susurro.

—Mío.

La ternura que siempre habitaba en sus ojos cuando la miraba caló más hondo que nunca, vio el amor que no intentaba ocultar, el deseo siempre presente y se vio a ella misma; vio su reflejo.

—Ya lo soy, Cleo, siempre lo seré.

Extendió la mano y le acarició la barbuda mejilla con los dedos.

—Hay algo que quiero decirte, pero solo quiero que lo escuches tú y no todo lobo viviente a cien kilómetros a la redonda.

Enarcó una ceja ante su misticismo.

—Susúrramelo al oído —se inclinó sobre ella—, y lo que me digas, será solo para ti y para mí.

Se inclinó sobre él, cobijada en sus brazos, sintiéndose querida y atesorada como nunca antes lo había sido, cerró los ojos y dejó que esas dos sencillas palabras le dijesen todo lo que no era capaz de expresar.

—Te quiero.

La abrazó y depositó sobre su pecho, le apartó el pelo de la cara y la contempló.

—De acuerdo amor, tú ganas la guerra —la sorprendió—. Esas dos palabras harán de mí eternamente tu prisionero.

Se echó a reír y lo abrazó para perderse a continuación en su beso. Puede que no fuese perfecto, puede que hubiese mil y una cosas que todavía debía descubrir, pero si ese adorable lobo permanecía a su lado, no había nada que no pudiese superar.

‹‹Te quiero, mi adorado lobo››.

‹‹Y yo a ti, compañera. Y yo a ti››.

EPÍLOGO

Un mes después…

Cleo no podía creer que hubiese accedido a aquello. Sus padres estaban ahora mismo en el porche del rancho Nebraska Wolf hablando entusiasmados con Henriette, Anabela y Jim mientras disfrutaban de una temprana merienda.

Jeremy los había invitado a reunirse con ellos ese fin de semana, algo que no le había dicho hasta después de abrir la puerta y encontrarse con su exultante madre vestida con pantalones vaqueros y una camisa campera. ¡Ver para creer!

La sorpresa había sido tal que se había quedado sin palabras, por suerte, su encantadora madre se había hecho cargo del asunto al momento y rellenó todos los huecos y explicaciones que eran necesarios.

Suspiró, incluso su padre parecía otro. Sabía que le gustaba el campo, siempre le había gustado y el tener la posibilidad de recorrer el rancho e incluso montar a caballo, parecía haberlo rejuvenecido varios años.

—¿Qué ocurre lobita? —escuchó en su oído al mismo tiempo que unos fuertes brazos le rodeaban la cintura—. ¿En qué estás pensando?

Ladeó la cabeza para mirarle y enarcó una ceja.

—¿De verdad tienes que preguntármelo? —rezongó—. ¿Por qué no me dijiste que los habías invitado? Yo podría haber…

La besó en los labios para hacerla callar.

—Porque quería darte una sorpresa y quería que estuviesen presentes cuando hiciese esto.

Sin dar más explicaciones, le soltó la cintura y la cogió de la mano para tirar de ella hasta el centro del porche.

—Sé que las cosas para ti no han sido fáciles, que has tenido que enfrentarte a toda clase de locuras desde que nos conocimos y a pesar de ello, has confiado en mí lo suficiente como para darnos a ambos una oportunidad —le dijo. Entonces se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, sacó una pequeña cajita de terciopelo azul y echando una rodilla a tierra, le mostró el contenido—. Así que, ahora es mi turno.

Abrió la boca incapaz de decir una sola palabra, demasiado sorprendida, alucinada incluso de lo que estaba ocurriendo delante de sus propias narices.

—Cleopatra Helena DeGucci —pronunció su nombre completo con una solemnidad y ternura que la estremeció—. Eres la mujer que siempre he estado esperando, la compañera que me fue prometida y que hoy por fin tengo delante de mí. Te quiero como hombre y te venero como lobo…

Parpadeó sin poder dejar de mirar el sencillo y bonito anillo que le estaba presentando, una sencilla banda de oro blanco con una cabeza de lobo enroscada alrededor de un pequeño brillante azul.

—¿Quieres casarte conmigo?

Una lágrima tras otra le nubló la visión y humedecieron las gafas. Se las quitó y se frotó

los ojos.

—Serás idiota.

—¿Eso es un sí, lobita?

Sorbió por la nariz y asintió, era incapaz de hacer otra cosa, de pensar en nada más que ese maldito lobo arrodillado frente a ella con un anillo.

—Sí, idiota, es un sí.

—Menos mal.

Su alivio la hizo reír. Notó su mano cogiendo la de ella y pronto el aro de oro blanco ocupó su dedo.

—¿Por qué lo has hecho? —musitó intentando mirarlo a través de las lágrimas—. Tú dijiste que según tu pueblo nosotros ya… ya estábamos casados.

Asintió al tiempo que le cogía el rostro entre las manos.

—Sí, lo estamos —le sonrió al tiempo que le borraba las lágrimas tras las gafas—, pero quiero que lo estemos también a la manera humana. Te quiero, Cleo y quiero que seas mía de todas las maneras posibles.

Respiró profundamente, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos para poder susurrarle al oído:

—Te quiero, Jeremy —murmuró—. Ya seas el sexy y rudo poli que me tiró al suelo y me clavó la polla en el culo o el lobo que me lavó la cara, te quiero.

—Y no sabes lo mucho que me gusta oírtelo decir, amor mío.

Se echó a reír y se abrazó a él cuando la levantó y la hizo girar antes de gritar a todo aquel que quisiera oírle:

—Familia, ¡ha dicho que sí!

Los vítores y chillidos de alegría se unieron con su propia felicidad, pues en ese preciso momento y en los brazos de su lobo, se sentía la mujer más dichosa del mundo.

MY DEAR WOLF -LIBRO 3-

Cuando **Odin Peters** despertó con el más delicioso aroma femenino presente en las sábanas de su cama y su piel, supo que había encontrado a su compañera, el problema era que dicha mujer se había esfumado y no tenía la menor idea de quién podía ser. Pero ese no sería un impedimento, nada se interpondría entre un lobo y su compañera, ni una banda de asesinos que buscaba hacerse un abrigo con su piel, ni esa respondona mujer dispuesta a hacer cualquier cosa para perderle de vista.

Leah Álvarez era la orgullosa propietaria de una agencia inmobiliaria, se tomaba su trabajo muy en serio y cuidaba de los detalles al milímetro, así que encontrarse con la puerta de una de sus recientes adquisiciones forzada, con la alarma desconectada y un pobre perro herido, era más de lo que su tierno corazón podía soportar. Poco podía imaginar que su gesto de buena voluntad pondría a prueba su cordura y removería su pasado.

Unidos por una noche de pasión y un aciago pasado, un lobo y su compañera lucharán por sus vidas y por proteger su corazón.

PRÓLOGO

Estaba acostada, en pelotas, al lado de un tío que le doblaba en tamaño y que utilizaba sus tetas a modo de almohada.

Mierda, mierda, mierda y monumental mierda.

Leah no se atrevió a mover un solo músculo, si no supiera que el contener la respiración no la llevaría a un menos que agradable caso de asfixia, también la habría retenido.

Por favor que no se despierte. Por favor que no se despierte. Por favor que no se despierte.

Aprisionó el labio inferior entre los dientes mientras su cerebro se esforzaba en encontrar la manera de librarse de aquel grandísimo desastre, uno cuyo duro muslo se había introducido entre sus piernas y se mantenía pegado a su tierno sexo.

Sigue respirando, Leah, sigue respirando. Se recordó mentalmente. *Este no es un buen lugar para morir.*

Bueno, eso sería cuestión de perspectiva, pensó sintiéndose absurdamente cómoda entre esos brazos, envuelta por el cálido y dorado cuerpo que la aferraba como si no quisiese dejarla escapar.

Pues tendrá que hacerlo, guapa, porque para empezar ni siquiera deberías estar en su cama.

Lo peor de todo es que tenía una remota y ligerísima idea de cómo había terminado en esa habitación con la montaña sensual y masculina que la usaba de almohada, una que se remontaba a los rescoldos de una noche de fiesta y la inauguración del famoso hotel casino *Las Vegas Imperian* a la que había sido invitada debido a los contactos de su empresa.

Bajó la mirada hacia la rubia cabeza que descansaba entre sus pechos, la expresión de su rostro era pacífica, poseía unas largas y espesas pestañas rubias que no le robaban ni un solo pedacito de la potente y arrolladora masculinidad que emanaba, respiraba con suavidad, profundamente dormido, pero eso no evitaba que su propio corazón latiese a un ritmo vertiginoso y que todo su cuerpo acusara un absoluto miedo.

No te va a comer, no te va a despedazar, la prueba de que sigues viva debería ser suficiente.

Demonios. ¿Cómo había terminado en la cama con un completo desconocido? ¿A dónde se había ido su sentido común y de auto preservación? La primera vez que lo vio quedó tan impactada por su presencia y envergadura que prácticamente se olvidó del motivo principal de su presencia en esa maldita recepción; hacer tratos con el misterioso y escurridizo empresario Odin Peters.

No había podido pasar por alto esos ojos azules, había sentido su intensidad sobre ella un segundo antes de escuchar el aterciopelado tono de su voz matizado por el acento local. Ese breve intercambio de miradas había sido el principio de toda esa debacle, comprendió con un tembloroso suspiro.

Ese hombre era implacable y no aceptaba un no por respuesta, aunque bien pensado, tampoco es que le hubiese dado tiempo para decírselo.

Había sido un total **A.D.S.** *Asediada, derribada y seducida.*

Sacudió la cabeza haciendo a un lado los sucesos que la condujeron a ese mismo

momento, respiró profundamente, deslizó las manos sobre sus duros y anchos hombros y los usó para empujarse a sí misma fuera del muro de músculos que la envolvía con su calor; una tarea titánica.

—Dios… pesas una tonelada —resolló sin haber conseguido otra cosa que el que se restregase contra ella y la acercase todavía más dejándola nuevamente sin aliento—. Ay dios, ay dios, ay dios…

Se quedó de nuevo inmóvil, tensa y expectante. Esperaba verle abrir los ojos de un momento a otro, fijar esos iris azules en ella y darse cuenta de que había metido la pata completamente; al igual que ella. Sin embargo, él se limitó a suspirar y seguir durmiendo.

Dejó escapar el aire de sopetón y gimoteó ante lo que parecía la tarea más difícil de todas a las que se había enfrentado en su vida; salir de la cama de ese hombre.

Recostó la cabeza en la almohada y se quedó mirando al techo durante unos segundos, la habitación estaba en penumbra, iluminada solamente por las lámparas ancladas a los cabezales.

—No puedo —musitó para sí y miró hacia abajo con nueva resolución.

No se lo pensó dos veces, le cogió la nariz y apretó cortándole el paso del aire. La inesperada molestia dio paso al movimiento del cuerpo masculino el cual aprovechó para liberarse de su cárcel dorada.

Se apartó a un lado de la amplia cama y se quedó inmóvil, con la respiración atascada en la garganta mientras lo miraba esperando a que se despertase. Sin embargo, todo lo que hizo fue dar media vuelta, encontrar una nueva postura cómoda y seguir durmiendo.

Soltó el aire y se escabulló inmediatamente del lecho para luego mirar frenéticamente alrededor de la habitación buscando la ropa que había quedado esparcida la noche anterior. Con cada pieza que recuperaba y se vestía, recordaba nítidamente cómo la había perdido, cómo la había desnudado, cómo se había entregado a sus caricias sin oponer resistencia y se quedó sin respiración.

Ahora sí que te has vuelto loca de remate.

Con zapatos en una mano y el chal del vestido en otra, echó un último vistazo a la cama en la que dormía su misterioso amante y huyó del dormitorio.

Con un poco de suerte, todo ese episodio quedaría relegado a una loca noche de pasión, sin más consecuencias.

CAPÍTULO 1

—No he metido la pata, he metido las cuatro.

De pie delante de la ventana con unas amplias vistas de la ciudad, Odin era inconsciente de su desnudez o sencillamente le importaba más bien poco. Su mente era un amasijo de imágenes, de palabras y suspiros, de roces y caricias que habían tenido lugar en su campo de juegos favorito; la cama.

Oh sí. Se lamió los labios. Recordaba su sabor pues lo tenía grabado en la lengua, su aroma estaba impreso en su piel, una marca ineludible que hablaba de una conexión más allá de lo natural, la que se daba una única vez en la vida de un lobo; una compañera.

¿A dónde se había ido? ¿Por qué no estaba a su lado? ¿Por qué no la había retenido en su cama? Por qué, por qué, por qué. Muchas incógnitas y una única respuesta segura; se había emparejado y no tenía la menor idea de con quién.

Ocho meses atrás se había reído de lo lindo con su amigo y socio, Luke Evans, por la situación en la que se había encontrado. El alfa de Manhattan había presidido el cónclave anual de los clanes con una bonita mujer del brazo, todos habían hecho apuestas sobre el tiempo que le llevaría darle caza y emparejarse con ella. Shane era una humana interesante, una que resultó ser mucho más de lo que parecía, teniendo una pasada y estrecha relación con el fallecido gemelo de Quinn, su beta.

Ambos habían asistido a la inauguración del Las Vegas Imperian, el nuevo hotel-casino que poseía en la ciudad del pecado y que debería haber estado listo a finales del año pasado. Un inesperado retraso los había llevado a posponer la inauguración hasta ahora, pero prefería que todo estuviese al milímetro a tener después que lidiar con los problemas. Recordaba perfectamente haber hablado con ellos durante la fiesta e intercambiar opiniones con Luke, su socio en aquella empresa. Los alfas de las regiones colindantes a la suya habían asistido también. Jeremy había venido con su nueva compañera, Cleo, Santana con su inseparable y embarazada Isabel y Brian había aparecido para variar, con Savage, su beta, quien lo mantenía a raya y evitaba que el joven lobo se metiese debajo de más faldas de las que ya se metía.

Sí, recordaba perfectamente la noche anterior, recordaba haber charlado con sus amigos, intercambiar algunos comentarios con Santana sobre la nueva situación en la que se habían visto envueltos hacía ya más de medio año, beber y coquetear con las lobas disponibles… pero ¿por qué no la recordaba a ella? ¿Cómo era posible que no fuese consciente de haberla encontrado?

Volvió a mirar las sábanas revueltas, levantó el mentón y olisqueó el aire; sexo y ese delicioso y embriagante aroma femenino que lo hacía salivar y arrancaba un aullido de lo más profundo de su garganta. Gruñó y se pasó la mano por el breve pelo rubio con gesto desesperado. Su lobo se removía en su interior con el mismo nerviosismo que habitaba en sí mismo, uno que no traspasaba la coraza de fría seguridad que lo caracterizaba.

—Esto no tiene sentido —musitó para sí, intentando encontrar una explicación a todo aquello.

Contempló la habitación, una de las nuevas suites de *Las Vegas Imperian*, una que a partir de ese momento reservaría para sí mismo y para la mujer con quién la había inaugurado.

—¿Quién eres, pequeña? —Giró una vez más sobre sí mismo y contempló la visión de la ciudad a través del cristal.

Ahí fuera, en algún lugar, había una mujer que le pertenecía, una hembra hecha a su medida, una pequeña loba que haría su existencia menos solitaria y también mucho más peligrosa. No eran buenos tiempos para emparejarse, no con la inesperada amenaza que había surgido del pasado y que ponía en peligro a todos los implicados.

—Mierda —masculló pasándose las manos por el rostro al tiempo que su lobo gimoteaba una vez más en su interior.

La bestia también sentía su pérdida, su naturaleza animal la necesitaba tanto como él. Esa desconocida necesidad de la que había escuchado hablar empezaba a burbujear en sus venas, la necesidad de verla, de tocarla, de probar su piel, de aspirar su aroma… La necesitaba. Necesitaba a su compañera.

‹‹¿Dónde estás?››.

La buscó a través de aquel nuevo vínculo que burbujeaba en su mente, uno que solo les pertenecía a los dos y que ponía de manifiesto que la había reclamado, pero no obtuvo respuesta alguna. El silencio y la soledad inundaban el precario enlace asustándolo como nunca nada lo había hecho en la vida; esa ausencia de conexión solo podía venir con la distancia o la muerte.

—No —declaró en voz alta. Ella estaba allí fuera, en algún sitio y tan viva como lo estaba él ahora mismo.

Alzó la mirada hacia el oscuro horizonte —ni siquiera había amanecido—, y se lamió los labios como si ya pudiese saborear la libertad que le ofrecían el desierto y las montañas. Anhelaba sentir la tierra bajo sus poderosas patas, el viento acariciándole el pelo y su aullido resonando en los confines del *Red Rock Canyon*. Pero eso tendría que esperar hasta que la encontrase y pusiese bajo su mismo techo, en un lugar dónde pudiera verla, controlarla y saberla a salvo, viva.

Le dio la espalda a la ventana y contempló una vez más la habitación, su ropa estaba desperdigada por el suelo marcando un sendero que venía desde el salón. Consideró la posibilidad de mutar y atravesar el hotel en forma lobuna, pero lo desechó mientras recogía cada una de las prendas y se las ponía. Ya tendría tiempo después para asearse y ponerse ropa limpia, ahora la urgencia era otra; encontrarla.

Ropa interior, zapatos, calcetines, pantalón, camisa, chaleco… las prendas salían del dormitorio y acababan en la puerta de entrada. Un par de copas yacían abandonadas sobre la baja mesa de cristal junto con su corbata y una botella de fino champán medio vacía ahogándose dentro de la cubitera, pero lo que captó su fino olfato no tenía nada que ver con el aroma del alcohol y sí con otro que su lobo reconoció al instante. Sobresaliendo de entre los cojines del sofá había un breve pañuelo azul oscuro, uno que olía indudablemente a ella.

Lo atrapó entre los dedos y lo acercó a la nariz para aspirar su aroma. Sí, no había equivocación, todo su cuerpo despertó al momento, la boca se le llenó de saliva y el deseo prendió fuego en sus venas. El lobo se revolvió en su interior asomando ya a su mirada y no pudo evitar curvar los labios en una perezosa y predadora sonrisa.

—Ya te tengo, compañera.

Era hora de cazar y la presa era demasiado jugosa para dejarla escapar.

El complejo hotelero poseía la típica resaca post festiva, el silencio y la ausencia de gente que encontró por los pasillos y las zonas comunes eran un indicativo de que los asistentes a la inauguración estaban descansando. Su lobo tomó el control desde el mismo momento en que captó su aroma, la bestia se irguió con el mando y optó por cedérselo, él mismo sentía la necesidad de adoptar forma lupina, de recurrir a la naturaleza salvaje a la que era afín.

En las mentes de ambas encarnaciones solo había una idea, una necesidad, encontrar a su

compañera, la mujer que habían poseído y que se había atrevido a abandonarles sin más.

Trotó a través de la recepción amparado en las sombras, tras el mostrador principal se encontraba uno de sus empleados de guardia, el cual parecía más interesado en lo que quiera que estuviese viendo en la pantalla del ordenador que en quién transitase por el hotel. El lobo resopló, sacudió la cola y continuó hacia la puerta, que se abrió al instante debido a los sensores de movimiento.

El cálido aire de la noche en Spring Valley lo recibió al instante, se lamió la nariz palpando los sabores nocturnos, identificándolos y descartando aquellos que no necesitaba y se esforzó en concentrarse en aquel que realmente le interesaba; el de su mujer. Se relamió, agudizó la vista y escaneó sus alrededores antes de emprender la carrera. El olor era tenue, pero estaba allí y, como buen rastreador, no iba a perderlo.

CAPÍTULO 2

Odin había sido consciente de que le observaban, su lobo sabía que le estaban siguiendo la pista y, si bien al menos dos de ellos eran congéneres suyos, no pertenecían a su clan. Su olor intentaba ser enmascarado bajo penetrantes perfumes y también por la contaminación de los tubos de escape de las motos pilotadas por los al menos tres humanos que los flanqueaban. Al principio habían actuado con cautela, pero ahora ya no tenían interés en pasar desapercibidos, prueba de ello eran los disparos que habían resonado en la silenciosa noche, uno de los cuales lo había alcanzado, hiriéndole y cabreándole al mismo tiempo.

Corrió sin descanso, luchando con la punzada que sentía en el costado y con los horribles aguijonazos de dolor que le atravesaban una de sus patas traseras. El aroma de la sangre penetraba su fino olfato ensombreciendo aún más su humor.

¿Cómo había podido caer en una trampa semejante?

No era un cachorro, por dios. Era un lobo adulto con responsabilidades, uno de los más importantes empresarios del territorio de Nevada, un alfa con un jodido clan del que preocuparse y, sin embargo, ahí estaba, atravesando Spring Valley a toda velocidad, dejando atrás los núcleos urbanos y dirigiéndose hacia la zona desértica del área de conservación natural Red Rock Canyon en un intento de darles esquinazo. Los hijos de puta lo habían cogido con la guardia baja, emboscándole, atacándole con armas de fuego totalmente dispuestos a hacerse con su pellejo.

Al menos ella estaba a salvo.

Tenía que estarlo.

Se había marchado antes de que saliese el sol, abandonándole, una falta imperdonable desde el punto de vista de su lobo y que ahora se convertía en un profundo alivio para ambos.

No lo era, sin embargo, el que hubiese permitido que lo cogiesen desprevenido y le metieran un tiro. Tenía que haberse dado de cuenta que lo seguían, pero en lugar de ello, se había obnubilado hasta el punto de olvidarse de su propia seguridad.

Esto es lo que pasa cuando te emparejas, pierdes el norte por completo.

Y él lo había perdido, había sido descuidado al seguir a esa mujer y obnubilarse con su aroma y su dulce presencia olvidándose de su propia seguridad.

La lluvia decidió contribuir con una de las tormentas estacionales típicas de la estación opacando los sonidos de la noche, toda esa agua era una bendición a la hora de hacer que sus perseguidores le perdiesen el rastro y le diesen algo de ventaja. Ignoraba de quién se trataba, los lobos que lo perseguían no pertenecían a su región, el que además colaborasen abiertamente con los motoristas humanos, era algo por demás extraño. Algo le decía que ese inesperado ataque tenía que ver con lo que había ocurrido siete meses atrás en el territorio de Jeremy.

Su agudo oído captó algo, imprimió más rapidez a sus pasos y aulló de dolor cuando una ráfaga caliente le rozó la cabeza provocándole una momentánea pérdida de visión.

Tropezó, cayó y volvió a levantarse como un rayo, tenía que ponerse a cubierto, dar esquinazo a esos malditos y emboscarlos para hacerles pedazos.

Comprobó con rapidez sus alrededores, afortunadamente conocía la ciudad como la palma de su mano y eso le ayudaría a la hora de dar esquinazo a sus perseguidores. El rugido de las motos parecía estar cada vez más cerca, tenía que obligarles a abandonar sus vehículos y seguir a

pie, necesitaba que perdiesen la ventaja que tenían y la única manera de hacerlo era desmontándolos.

Resbaló y se deslizó hacia un lado en sus prisas por doblar hacia una zona escarpada del recorrido. Sus poderosas patas lo impulsaron en una frenética carrera que dejaba de lado el dolor y la inequívoca pérdida de sangre. Subió aferrándose con las uñas de las patas, saltó sintiendo el suelo ceder antes de buscar un nuevo asidero e impulsarse. Los motoristas tendrían que abandonar los vehículos y seguir a pie, eso le dejaba tan solo a dos miembros de su especie persiguiendo su culo peludo.

—¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?

Pasos, voces airadas.

—Está herido, no podrá escapar.

Los sonidos se filtraban a través de la lluvia, un aullido que pronto se convirtió en un gruñido y una rabiosa voz colándose a través del vínculo mental general que permitía la comunicación entre lobos de distintas manadas.

«Corre, perrito, corre. Eso hará mucho más divertido el darte caza y destriparte».

Su lobo gruñó, pero suprimió cualquier tipo de respuesta. Había algo en ese tono de voz que le revolvía las tripas, una viciosa maldad que emanaba de sus palabras. Permaneció agazapado, olfateó el aire intentando discernir a qué pertenecía cada aroma, de reconocer alguno u obtener alguna pista, pero la lluvia le dificultaba la tarea.

Le latía la cabeza, sacudió el pelaje y se lamió el hocico saboreando su propia sangre, el dolor le recorría todo el cuerpo obligándole a apretar la mandíbula para no gemir.

«Quinn… necesito… ayuda».

Envió el mensaje por el canal telepático privado que compartía con su beta esperando que no estuviese tan lejos o tan débil como para que no pudiese comunicarse.

«¿Odin? ¿Qué ocurre?».

La respuesta fue inmediata, la sorpresa y la preocupación envolvían las palabras del joven lobo.

«Tengo una partida de caza sobre mi peludo culo. Te conseguido desmontar a tres corredores de motociclismo, pero quedan dos y esos tienen tantos dientes como yo».

Y esos dos se estaban encaminando a su posición. Agudizó el oído y esperó, los humanos escupían insultos y rezongaban antes de recuperar sus vehículos y optar por un nuevo camino, pero las dos bestias se dirigían hacia él.

«¡No me jodas! ¿Dónde estás?».

Se agazapó y esperó, su lobo estaba deseoso de sangre, quería venganza por lo que le habían hecho y solo encontraba una manera de conseguirla; matando a aquellos que se habían atrevido a amenazar su supremacía. Era un alfa y nadie que lo desafiase saldría impune.

«Son lobos. Renegados. En las inmediaciones del camping de Red Rock. Salí tras ella y me encontraron, así que tuve que dirigirlos en sentido contrario».

«¿Ella?».

No tuvo tiempo de decir nada más pues un borrón de pelo negro se lanzó sobre él haciendo que su lobo gruñese y respondiese con toda su fuerza, dispuesto a hacer pedazos a aquellos que se atrevían a amenazarle.

CAPÍTULO 3

Leah abandonó la solitaria carretera para desviarse hacia la derecha y enfilar a través de la asfaltada entrada. Flanqueada por ralos árboles y agónicos arbustos que teñían de verde la arenosa tierra de los jardines, condujo hacia el bajo edificio que se mimetizaba con el ambiente estéril de esa parte de la región. Esa mañana incluso el cielo parecía dispuesto a contribuir a la deprimente escena con un apagado azul surcado de difuminadas nubes.

Aparcó en un lateral, en uno de los espacios vacíos en el saturado y pequeño aparcamiento y vaciló como siempre hacía con las manos todavía en el volante. El ronroneo del motor le recordó que mantenía el vehículo en marcha, como si necesitase de una excusa para obligarse a abandonar el lugar y darle la espalda al pasado; algo que nunca podría hacer.

Giró la llave del contacto y silenció el coche, recogió el bolso del asiento del copiloto y se bajó. Los tacones de sus *Alexandre Birman* marcaban su firme paso mientras esquivaba los charcos de la tormenta que había arreciado por la noche y saltaba a la acera que llevaba al edificio de color arenisca. Ni siquiera las estéticas franjas verdes que lo cruzaban lo hacían más atractivo, por el contrario, lo dotaban de una extraña mimetización con el entorno, especialmente con las ralas palmeras que flanqueaban la entrada principal.

Se detuvo en seco, su mirada fija de nuevo en el enorme cartel en fondo blanco y letras verdes que daba nombre al *Montevista Hospital* y presidía la entrada principal.

Esta era la tercera visita que hacía en los últimos seis meses. Había tenido que reducir drásticamente sus paradas por el hospital para evitar hacer lo que le pedía el alma y no el cerebro, para desoír los sabios consejos de los médicos los cuales entendía y veía que eran correctos. Cada vez que traspasaba esas puertas, cada vez que se enfrentaba a su presencia en esa estéril habitación o a la mirada perdida o fija en ella sin verla realmente, deseaba zarandearla, gritarle que no podía más, que necesitaba de vuelta y arrancarla de ese lugar.

Pero no podía hacerlo. No podía dedicarle el tiempo, los cuidados y, sobre todo, no podía devolverle aquello que había perdido. No era tan fuerte para afrontar sus episodios de desesperación y dolor, no era lo suficiente para impedir que se hiciese daño a sí misma o peor aún, que se lo hiciese a ambas cuando no miraba.

Dawn estaba sumida en su propio mundo, atrapada en una pesadilla interminable de la que ni siquiera los médicos habían sido capaces de arrancarla en los casi dos años que llevaba internada, una medida que no le había quedado más remedio que adoptar tras su última crisis.

Se lamió los labios, echó un nuevo vistazo a su alrededor en un intento por aferrarse al presente y tomó una profunda bocanada de aire antes de traspasar las puertas de cristal y enfrentarse ella misma a su propio infierno y al pasado.

El interior seguía el mismo patrón del exterior, el color crema coloreaba las paredes haciendo contraste con el oscuro suelo de madera y la única franja de color verde que dividía el monocromático tono a la mitad. Un par de abstractos cuadros y unas plantas sobre el mostrador de la recepción eran el suplemento que intentaba dotar de armonía e invitante relajación para cualquiera que traspasase sus puertas. La pulcritud era sin duda el sello de calidad del hospital, el aroma del desinfectante perfumaba el aire y hacía que arrugase la nariz. Detestaba los aromas fuertes como aquel.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Una de las dos recepcionistas levantó su respingona nariz y la recibió con gesto cálido y educado, sus ojos marrones se encontraron con los suyos.

—Soy Leah Álvarez —informó acercándose al mostrador, metió la mano en el bolso y extrajo de ella su identificación—. Vengo a ver a Dawn Álvarez, mi hermana.

La mujer asintió comprensiva, cogió su identificación y procedió a comprobar la información en el ordenador.

—En estos momentos los pacientes del ala sur están en el jardín disfrutando del aire libre, ¿quiere que la acompañe?

Negó con la cabeza, conocía ese lugar como la palma de su mano.

—No hace falta, gracias —aceptó, recuperó su identificación y cogió la tarjeta que le tendía la mujer—. Lo que sí, dígale al Dr. Lorenzo que estoy aquí y que no me iré sin hablar antes con él. Solo dele mi nombre, sabrá quién soy.

La recepcionista acusó la sorpresa ante su tono, pero se limitó a asentir antes de señalarle, innecesariamente, el camino a seguir.

Carlos Lorenzo era el médico a cargo de su hermana, un cabrón hijo de puta demasiado pagado de sí mismo pero excelente psiquiatra, solo por eso lo soportaba. Él había sido quien le había hecho ver que necesitaba espaciar sus visitas, no deseaba que dejase de venir, pero sí que lo hiciese con un mayor intervalo, al menos durante esos últimos seis meses.

‹‹No es Dawn quién me preocupa, señorita Álvarez, es usted. Su hermana vive sumergida en su mundo, pero usted parece perder un poco de conexión con el suyo cada vez que entra en estas instalaciones››.

Le hubiese gustado rebatirle, decirle que no era así o que se metiese en sus propios asuntos, pero no podía ignorar la verdad cuando la tenía delante por muy dolorosa que fuera. Sacudió la cabeza para deshacerse de sus pensamientos y continuó por el pasillo, estaba allí para ver a Dawn y no se marcharía hasta hacerlo, así esta visita supusiese perder otro pedacito de su alma.

Cada vez que entraba allí para verla, el pasado volvía con fuerza a su mente, hacía que recordase, como si hubiese ocurrido ayer, el momento en que toda su vida se fue a la mierda.

Llevaba ese día grabado a fuego en la mente y en el corazón, si cerraba los ojos todavía podía ver a alguien interrumpiendo la clase para hablar con el profesor, escucharle mencionar su apellido y pedirle que saliese un momento al pasillo dónde le comunicó que sus padres y su hermana habían sufrido un accidente.

Recordaba la carrera desde la facultad al hospital, abalanzarse sobre el mostrador de urgencias y pronunciar sus nombres solo para que alguien, que luego supo era un agente de policía, se acercase a ella y le diese las condolencias por la muerte de sus padres en un desafortunado accidente y le hiciese una serie de preguntas que nunca llegó a contestar.

Alguien había entrado en casa, habían matado a sus padres para luego prender fuego a la casa. A su hermana la habían encontrado en la parte de atrás de la casa, con graves quemaduras y heridas que corroboraban un posible asalto.

Ni siquiera hoy sabía cómo o de dónde había sacado las fuerzas para enfrentarse a todo lo que vino después, a un funeral y a un posterior entierro mientras la única familia que le quedaba se debatía entre la vida y la muerte en una cama de hospital. Les dio el último adiós a sus padres solo para permanecer después, día tras día, durante varios meses, detrás de un cristal rogando que su hermana no la dejase sola.

Si bien superó aquella crisis, Dawn nunca volvió a ser la misma, le cambió el carácter,

pasó de ser una chica vivaz y despreocupada a convertirse en una persona introvertida y asustadiza, la habitual verborrea mutó en silencio y con el silencio llegaron las pesadillas, las alucinaciones, los gritos en plena noche y después durante el día.

‹‹Quieren matarnos, Leah, quieren erradicar a todos los supervivientes. No desean que nadie recuerde esa noche, que sepan lo que pasó realmente. Yo estaba allí, esa noche yo estaba allí… y había tanta sangre. Fue horrible. Mamá y papá sabían que era peligroso, teníamos que pasar desapercibidas, pero ellos nos descubrieron. Son bestias… están sedientas de sangre… eran lobos… lobos sedientos de sangre››.

Complots, asesinatos, bestias con apariencia humana… los argumentos eran cada vez más rocambolescos y su actitud más arisca y peligrosa, tanto que estuvo a punto de costarles la vida a ambas unos años después, cuando la despertó en plena noche, envuelta en humo y con las llamas lamiendo ya las paredes de la cocina, diciéndole que las habían encontrado y que si sabían que estaban vivas las matarían.

‹‹No les dejes acercarse a ti. Si ves a alguno, huye. No esperes. No preguntes. Te matarán, Leah, de la misma forma que hicieron con papá y mamá. No querrán testigos, los lobos te matarán. ¡Nos matarán a las dos!››.

Había perdido la cabeza, su mente se había trastornado por completo y todo lo que pudo hacer fue encontrarle ayuda, una que había esperado obtuviese dentro de esas paredes.

Respiró profundamente haciendo a un lado los recuerdos y salió al jardín. Como siempre, el ambiente resultaba tenso e incómodo. Las miradas vacías, los inesperados gritos, voces infantiles en cuerpos de adulto se mezclaban con las batas blancas de las enfermeras y cuidadoras componiendo un cuadro difícil de olvidar.

La buscó con la mirada y no tardó mucho en dar con ella. Siempre que salía al jardín podía encontrarla en el mismo lugar; un banco alejado bajo la sombra del único árbol que había. Con la mirada perdida en el horizonte y un aire de melancolía a su alrededor, su hermana vivía en el mundo sin formar parte de él.

—Hola cariño —la saludó con ternura—, siento no haber podido venir antes a verte.

La chica ni siquiera se inmutó, era como si no reconociese su presencia.

—Dawn —extendió la mano hasta posarla sobre las suyas cruzadas sobre el regazo—. Mírame, cielo. Soy Leah.

Pero ella siguió perdida en el horizonte haciendo que se sintiese más sola que nunca.

—Dawny, ¿puedes mirarme, por favor? —insistió intentando que no le temblase la voz—. En estos momentos me vendría bien que me mirases, que dijeses algo, cualquier cosa…

La ausencia de respuesta convirtió, una vez más, su visita en un monólogo.

—¿Sabes? He cometido muchos errores a lo largo de la vida, probablemente creas que el que estés aquí sea uno de ellos, pero… yo te quiero, te quiero tanto que me aterra la idea de perderte —continuó intentando buscar su mirada—. Solo nos tenemos la una a la otra, somos toda la familia que nos queda.

—*Hummm*.

El inesperado sonido la sobresaltó, su hermana se encogió, empequeñeciéndose y apartándose de su contacto como si de repente la lastimase.

—Dawn, cariño…

La vio fruncir la nariz, sus ojos turquesa, más verdes que los suyos que tiraban al azul, abriéndose de par en par para luego sacudir la cabeza en una aterrada negativa.

—No —escuchó su voz por primera vez en mucho tiempo—. No… no… tú no… ya no eres familia… —sus ojos la traspasaron con la intensidad que había en su mirada—, ya no eres

familia… eres de ellos… hueles como ellos… y te matarán, te encontrarán y te matarán como mataron a papá y mamá.

La crudeza en sus palabras la dejó clavada en el sitio, su hermana se giró por completo y se acercó a ella sin alzar la voz, hablando siempre en un tono bajo y silencioso.

—No dejes que te atrape, Leah, no dejes que se acerque de nuevo a ti —extendió la mano y la clavó en su brazo con una fuerza inusitada—, no pueden encontrarnos, no puedes dejar que nos encuentren…

Sus dedos se hincaron con más fuerza en su brazo haciendo que respingase de dolor.

—Dawn, para, me haces daño…

Su mirada se clavó en la suya, sus dedos se aflojaron, pero no la soltó.

—Papá y mamá lo sabían —musitó incluso en voz más baja—, sabían que nos buscaban. Intentaron impedirlo, pero ya era demasiado tarde… los lobos los mataron, esas bestias los despedazaron.

Se soltó de su mano y sacudió la cabeza.

—Dawn, ¡basta! —insistió levantándose de golpe—. Lo de papá y mamá fue una tragedia, pero no los mataron los lobos.

En realidad, a día de hoy, todo lo que existía del suceso ocurrido tres años atrás eran incógnitas. La policía había supuesto que se trataba de un robo o un posible ajuste de cuentas, pero nunca se había conseguido dar con los responsables.

Los ojos de su hermana se oscurecieron y esa pérdida de identidad volvió de nuevo a cubrir su rostro.

—No pueden encontrarnos, no pueden encontrarnos, no pueden encontrarnos…

La frase se repitió una y otra vez como un mantra, de sus labios ya no salía otra cosa.

—Dawn…

Ya no la escuchaba, había vuelto a sumirse en su propio mundo y sus labios se movían solos perdiendo poco a poco el habla hasta que solo articuló las palabras sin que emergiese un solo sonido de ellos.

No pudo soportarlo, las lágrimas hicieron acto de presencia y optó por levantarse y huir. Ella no estaba mejorando, al contrario, su mente parecía haberse fragmentado incluso más.

—Maldito lugar y malditos médicos —musitó volviéndose una última vez para ver a su hermana en la misma posición que cuando llegó.

La humedad le empapó las mejillas trayendo consigo el horror y la rabia, se las secó y se recompuso rápidamente antes de dar por terminada su visita en la consulta del médico.

No sabía lo qué, pero tenía que hacer algo, cualquier cosa para recuperar a la Dawn que recordaba, a la hermana mayor que la había cuidado y protegido de niñas.

CAPÍTULO 4

La única manera que Leah conocía para sacarse los nubarrones de encima y dejar de pensar era sumergirse en el trabajo. Y ahora necesitaba dejar de elucubrar, centrar su mente y poner en orden sus pensamientos para encontrar una solución a los problemas que la aquejaban.

No era de las personas que dejasen las soluciones al azar, pero en estos momentos tampoco sabía qué otra cosa podía hacer.

Su pequeña empresa en el Art District ocupaba la mayor parte de su tiempo cuando no estaba como ahora, en el coche, visitando las propiedades a cargo de su agencia inmobiliaria.

En esta ocasión se trataba de una casa para remodelar, una casa de planta baja y corrida que venía con una buena parcela de terreno. El rancho procedía de una herencia la cual se había quedado el banco, ya que el anterior propietario carecía de herederos. La propiedad había salido a subasta y la había adquirido uno de los clientes más importantes de la firma; ese hombre compraba propiedades que luego remodelaba y ponía de nuevo en venta. Pero esta, según le había informado su asistente, era un capricho personal.

Abandonó la carretera principal y tomó el primer desvío a la derecha, tal y como le indicaba el GPS. La ubicación no podía encontrarse más lejos de la civilización, pero ese era el precio que tenías que pagar para disfrutar de unas vistas así.

En circunstancias normales habría enviado a su socio o a alguno de sus empleados, pero necesitaba esto, necesitaba volcarse en el trabajo y dejar de pensar en todas las estupideces cometidas el fin de semana.

Redujo la velocidad y enfiló el estrecho camino que llevaba a la edificación principal, la cual, a primera vista, estaba en muchas mejores condiciones de lo que había esperado. La piedra que revestía la casa estaba en buenas condiciones y, si bien era palpable la necesidad de una buena jardinería, el lugar tenía sus posibilidades.

—Un perfecto retiro vacacional —murmuró apagando el motor. Cruzó las manos sobre el volante y contempló la edificación y los alrededores desde el interior del coche—. Tendría que haberme traído las botas.

Chasqueó la lengua, cogió la carpeta con los papeles que había sobre el asiento del copiloto y descendió del coche.

Sin duda su atuendo no era el mejor para visitar un rancho. El ceñido traje de falda y chaqueta la estaba asfixiando, por no hablar que los mega tacones de sus adorados zapatos amenazaban con hundirse sin remedio en la arenosa tierra.

—Piensa en positivo, piensa en positivo, piensa en positivo —murmuró unas cuantas veces para sí, aquel era un mantra que pocas veces le funcionaba, pero, ella seguía intentándolo —. Cuando entregues el maldito rancho a su nuevo propietario, podrás comprarte esos preciosos zapatos de *Chia Mihara*.

Los zapatos eran su único vicio, uno que solo podía permitirse muy de vez en cuando, pero esta era sin duda una de esas ocasiones especiales. Respiró profundamente, contó mentalmente hasta diez y caminó decidida hacia la puerta de la casa. A medida que avanzaba no podía evitar hacer muecas y gestos al ver el estado de las ventanas y la suciedad incrustada en sus cristales.

—Compadezco al equipo de limpieza que tenga que encargarse de esto —farfulló y se

frotó por enésima y enloquecedora vez la curva entre el cuello y el hombro. No sabía ni cómo ni cuándo se había hecho daño, pero tenía una herida y le picaba horrores. Hizo una nueva mueca al ver un arbusto que estaba más muerto que su cactus y continuó hacia los tres largos escalones que llevaban al porche cubierto que presidía la entrada.

Desde luego la propiedad estaba situada de tal manera que siempre recibía la luz del sol, desde que salía hasta que se ponía y, al mismo tiempo, le llegaba el aire fresco de las lejanas montañas que formaban el espacio de conservación Red Rock Canyon.

Buscó en el interior del portafolios las llaves del lugar solo para percatarse de que la puerta estaba abierta; forzada en realidad.

—No, no, no, no —gimoteó en voz baja olvidándose de su propio malestar—. ¡No me jodas!

Dio un paso atrás y miró a su alrededor, buscando indicios de presencia de algún tipo.

¿Habrían entrado en la casa? ¿Habría todavía gente dentro? ¿Y por qué narices no había saltado la jodida alarma?

—Mierda —masculló debatiéndose entre dar media vuelta y volver a su coche o empujar la puerta y echar un breve vistazo en su interior—. Mierda, mierda, mierda, mierda.

¿Por qué tenía que pasar eso precisamente hoy? ¿Por qué no habían podido entrar en la casa la semana siguiente, cuando ya estaría de vacaciones? Dejó escapar un profundo resoplido y, sujetando con fuerza la llave en la mano a modo de arma, empujó lentamente la puerta.

Tal y como especificaba el expediente del banco, la casa se había vendido sin muebles. Madera desde los suelos al techo, una amplia chimenea de piedra y grandes ventanales, un espacio amplio y diáfano con aspecto rústico. Buscó el interruptor de la luz a pesar de que no necesitaba de más claridad, sus dedos chocaron con él, pero al accionarlo no se encendió nada.

—Estos suelos van a necesitar un pulido sí o sí —rumió incapaz de dejar a un lado su deformación profesional. Sus ojos ya evaluaban la estancia y las posibilidades que ofrecían en cuanto a reformas y decoración.

Avanzó con sigilo, estirando el cuello de modo que pudiese ver lo que había al otro lado de las paredes.

—Polvo por todos lados, algo de humedad, pero no hay pintadas ni destrozos a la vista —evaluó con apenas un susurro.

Más allá del área principal, la habitación ofrecía distintas salidas. Unas puertas francesas daban a lo que parecía una estancia más pequeña en la que colgaba una enorme y horrible lámpara, otra conducía a un corredor y la última, abierta de par en par, comunicaba a otra zona más de la casa.

—Y ahora es cuando el asesino de una mala peli de serie B aparece por esa puerta con un hacha en la mano y la estúpida universitaria corre hacia él en vez de salir por patas.

Sí. Su sentido del humor era absurdo e inoportuno. Algo que, según su padre, había heredado de él.

El pensar en el hombre que la había cuidado y querido, le provocó una punzada en el pecho. Automáticamente su mente voló a esa mañana y a Dawn y las lágrimas amenazaron con echarle a perder el maquillaje.

Sacudió enérgicamente la cabeza y echó un nuevo vistazo alrededor barajando sus posibilidades.

—A la mierda… —masculló y optó por hacer lo más estúpido—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa? Soy la agente inmobiliaria y esta propiedad acaba de ser comprada al banco.

Bien. Ahora si le disparaban, podrían poner en su lápida que había muerto por su propia

estupidez.

Agudizó el oído intentando escuchar alguna respuesta, pasos, ruidos, cualquier cosa, pero todo lo que percibía eran los sonidos típicos de una casa vieja.

—Parece que no hay nadie —suspiró y echó de nuevo un vistazo a la puerta—. Estupendo. Pues pienso cargárselo a los del seguro. Y hablando del seguro, ¿dónde narices tienen el sistema de alarma?

Una rápida investigación a través de la sala y de vuelta al vestidor le mostró el panel con los cables de fuera, como si los hubiesen arrancado de cuajo.

—Oh, esto les va a encantar —resopló. Giró sobre sus tacones y se dispuso a investigar el resto de la casa.

Todo lo que encontró fue suciedad, polvo, algo de humedad junto a una ventana mal cerrada y una cocina a medio amueblar. El edificio era mucho más extenso por dentro de lo que parecía a simple vista, pero estaba muy bien distribuido.

—Las tuberías siguen en su sitio, no hay cables arrancados, la grifería no la han tocado… —sacudió la cabeza mirando a su alrededor—. ¿Para qué narices entra alguien en una casa, se carga la alarma si no es para robar todo lo que le pueda ser de utilidad?

Como en todos lados, había gente que se divertía haciendo estas cosas solo por el hecho de hacer daño, pero, aun así, el que no hubiese ni siquiera una pintada, latas de cerveza tiradas o algo, era sumamente extraño.

Con un suspiro, dejó a un lado el portafolios y sacó el teléfono dispuesta a ponerse en contacto con los responsables del sistema de seguridad, apenas había encontrado el número en su lista de contactos cuando algo en el suelo le llamó la atención.

Justo a su izquierda había una mancha oscura en la que no había reparado y, si miraba un poco más allá, podía ver que no era la única.

Arrugó la nariz y se agachó para comprobar si se trataba de un efecto provocado por las sombras o era algo más.

—Esto parece… —Sus dedos tocaron la mancha solo para encontrarla húmeda—. ¿Qué demonios…?

El color empezó a abandonarle el rostro cuando atrajo los dedos a la luz y vio un inequívoco color rojo tiñéndolos.

—*Madrecita Trinidad* —escupió en castellano al tiempo que se levantaba de golpe y daba un traspiés—. Esto es sangre.

Y el rastro parecía seguir a través de la única puerta a través de la que no había entrado. No lo pensó dos veces, empujó la puerta por completo y comprobó que lo que empezaban como manchas o gotitas se convertían a lo largo del corredor en un rastro ineludible.

—¿Hola? —llamó mirando a su alrededor, su mirada puesta en el suelo, en ese marcado sendero ensangrentado—. ¿Hay alguien? ¿Está herido?

Si tuviesen que darle a alguien el Oscar a la más temeraria e irreflexiva, se lo llevaría ella. Era un defecto congénito que la llevaba a meterse siempre dónde nadie la llamaba y terminar con el agua hasta el cuello. Pero, era algo superior a ella, si había alguien que necesitase ayuda y estaba cerca para poder brindársela, ahí iba de cabeza.

Siguió el rastro a través de la parte más profunda del edificio utilizando ahora la pantalla del móvil a modo de linterna en los tramos más oscuros. Bajo la mortecina luz, el rastro de sangre parecía más vibrante, fresco incluso y desaparecía tras la puerta entreabierta de una habitación a la izquierda.

—¿Hola? —murmuró antes de atreverse a empujar la puerta y echar un vistazo al interior

—. ¿Necesitas…? ¡Santa Madre!

Las palabras murieron en su boca, el aliento se le quedó atascado en los pulmones y, durante un agónico momento, fue incapaz de respirar. Allí, tirado en el suelo de la habitación, en medio de un charco de sangre, encontró el perro más grande que había visto en su vida.

—Oh, por todos los santos —gimió lanzándose, corriendo hacia el animal—. Dime que no estás muerto.

Su carrera se vio súbitamente interrumpida por un agónico gruñido, unos ojos amarillos y una fila de dientes en una enorme cabeza que, a duras penas podía mantener erguida.

—Ya, cariño, no te haré daño —musitó, bajando el tono de voz y agachándose ella misma para no parecer una amenaza—. Oh, pobre bebé, ¿quién te ha hecho esto?

El animal siguió gruñendo, mostrándole esa enorme fila de afilados dientes mientras luchaba por volver a ponerse en pie.

—No, no, quédate quieto —extendió las manos haciendo que él gruñese con más ímpetu —. Está bien, está bien, lo sé. Estás herido y no te fías de mí.

El can volvió a caer, incapaz de ponerse en pie, de su garganta ahora escapó solo un quejido y no pudo soportarlo más. Las lágrimas emergieron inmediatamente de sus ojos y se le formó un nudo en el pecho que apenas la dejaba respirar.

—Malditos bastardos —masculló prácticamente gateando hasta él—. Mira lo que te han hecho.

Él se limitó a mirarla con esos ojos, clavándolos en los suyos, casi como si pudiese mirar más allá de su alma y entonces gimió, intentando moverse de nuevo.

—No, no, no —posó las manos sobre su pelaje sin pensar siquiera en la locura que estaba cometiendo—, no te muevas —suplicó sintiendo ya las lágrimas deslizándose por sus mejillas y presentes en su voz—. Quédate quieto, por favor, solo quédate así.

No podría soportarlo, no soportaba ver sufrir así a una persona, menos aún a un animal.

—Te buscaré ayuda, saldrás de esta, ya lo verás —prometió entre sollozos mientras se sacaba la chaqueta del traje y dudaba sobre qué parte del maltrecho animal presionar—. Vas a salir de esta, pequeño, te lo prometo.

Buscó con manos temblorosas el móvil que había dejado caer en algún momento tras entrar en la habitación y buscó rápidamente el número que necesita.

—¿Santiago? Necesito tu ayuda —proclamó con un quejido—. No, no… yo estoy bien, pero él se muere. Ayúdame, Santiago. Ayúdame.

CAPÍTULO 5

—Houston, tenemos un problema.

—¿Solo uno? —rumió Brian—. Eso sería un completo milagro.

—Odin lleva desaparecido desde anoche y no soy capaz de contactar con él o rastrearlo.

Las palabras de Quinn captaron la inmediata atención de los presentes. Después de la llamada de auxilio de su alfa la noche anterior, todo se había vuelto una pesadilla.

—¿Cómo que no eres capaz de contactar con él? —Jeremy, el alfa de Nebraska, había acudido a la inauguración del hotel al igual que los jefes de otras regiones. El policía había venido con su nueva compañera.

—Quizá no quiera ser encontrado —sugirió Brian, el más joven de los jefes presentes, con gesto despreocupado. El chico era un juerguista nato, demasiado joven para su cargo, todavía en proceso de aprendizaje—, ya me entiendes…

—Informó sobre lobos renegados —les informó, arrancando varios juramentos a los presentes—. En algún punto hacia el sur.

—¿Lobos renegados? —comentó Santana—. ¿Sabemos si tienen que ver con los sucesos de hace seis meses?

Negó con la cabeza.

—Odin no me dio más detalles al respecto —siseó—. Lo mantuve en el radar, pero hubo un momento en el que lo perdí y he sido incapaz de dar con él o comunicarme. No responde a nuestro vínculo de manada.

Aquello no era bueno.

Un lobo nacía con un vínculo especial que lo unía a su manada, en el caso del alfa, ese vínculo era intenso y fuerte, capaz de llegar a comunicarse a varios kilómetros de distancia. A lo largo de su vida podía forjar o romper otros vínculos; con su compañera, con su beta, sus hijos, pero el vínculo de manada siempre permanecía.

Él había forjado un enlace propio con Odin como su beta, una vía de comunicación privada que le mantenía al tanto de los pasos de su jefe, o al menos lo había hecho hasta algún momento de la madrugada. Y la ausencia de comunicación, de presencia a través de ese enlace, no traía consigo nada bueno.

—No siento su presencia.

Sus palabras cayeron en medio del silencio con fuerza atronadora.

—¿Estás sugiriendo qué está…?

—No.

Luke Evans interrumpió la conclusión del joven Brian. El alfa de Manhattan poseía un estrecho vínculo con su alfa, uno que iba más allá de la amistad.

—Odin no es un lobo que se deje vencer, así como así —aceptó Santana con ese fuerte acento tejano—. No, tiene que haberle pasado algo para que no se haya reportado de nuevo.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde estaba? —insistió Luke mirándole a los ojos.

—Yo lo vi en la fiesta hasta poco después de las doce —comentó Brian frotándose la barbilla—. Estaba hablando con dos de mis inversores…

—Sí, pero eso se terminó cuando *ella* se cruzó en su camino.

Santana enarcó una ceja con visible interés.

—¿Ella?

Hizo una mueca y señaló por encima de su hombro.

—Ese es el motivo por el que os he reunido aquí —les informó. Había reunido a los cabecillas de las regiones colindantes y avisado también a Evans debido a su cercanía con Odin —. Es parte del vídeo de seguridad del hotel, de un poco después de las doce…

Sin esperar un segundo más, se giró y tecleó un par de comandos en el ordenador hasta reproducir parte de la grabación.

La algarabía de la noche anterior emergió a través de los altavoces, risas, murmullos de conversaciones y la suave música ambiental resonaba de fondo mientras la pantalla reproducía la grabación. Los primeros minutos mostraban a Odin moviéndose a través de la sala, charlando animadamente con los invitados, ejerciendo de anfitrión, coqueteando con alguna mujer solo para continuar con sus negocios.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Jeremy inclinándose para repasar las imágenes que aparecían.

—A ella —declaró señalando una zona de la pantalla dónde una mujer aparecía hablando de espaldas con un grupo de invitados.

La imagen se congeló durante un segundo para luego volver a ponerse en marcha, dos mujeres una morena y otra pelirroja charlaban animadamente en un pequeño grupo, una de ellas se giró y pareció cruzar la mirada con alguien, sonriendo y dedicando un gesto coqueto. Unos momentos después, Odin aparecía en la escena, dándole la espalda a la cámara. No podía verse bien a la mujer con la que ahora hablaba, la única que había permanecido en un segundo plano al lado de la coqueta morena. Estaba demasiado lejos de la cámara y tampoco podía apreciarse bien su voz, intentó agudizar el oído y sacudió la cabeza.

—Retrocede unos segundos y aumenta el volumen —pidió Jeremy indicando la cámara, en el circuito de cuatro que mostraba el ordenador, que le interesaba—. Aquí, amplia la imagen.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sé —había verdadero fastidio en la voz—. Pero es *ella*.

Al decir eso, Luke, Jeremy y Santana lo miraron, entonces volvieron a prestar atención a la pantalla.

—Mierda —murmuró Luke.

El mayor de los lobos se pasó la mano por el pelo.

—Así que la ha encontrado —comentó con un silbido—. Bueno, eso iba a pasar antes o después…

—Ahórranos la función porno —soltó Brian dándole la espalda a la pantalla—. Si ha encontrado a su churri, lo más seguro es que esté disfrutando ahora mismo del deporte lupino nacional; el sexo.

Gruñó, no pudo evitarlo. Aquello era serio.

—Haciendo un resumen de lo que han grabado las cámaras, la chica abandonó el hotel unas horas antes que él —explicó brevemente—. Odin dejó el Imperia un poco antes de las cuatro de la mañana y una hora y pico después, fue cuando se comunicó conmigo pidiendo ayuda. Estaba siendo perseguido por unos renegados y dijo también algo de unos motoristas.

—Esto se pone más jodido por momentos —resopló Santana—. ¿La ha reclamado? ¿Dónde está esa mujer? Si la ha reclamado y algo le pasa a ella…

—No lo creo, por lo poco que pude entender, ella está a salvo.

—Hay que encontrarla —murmuró Jeremy parando la imagen de la mujer—. De un modo u otro, quizá pueda arrojar un poco de luz a todo esto.

—¿Loba o humana?

—Sea lo que sea, si Odin la ha marcado no lo estará pasando demasiado bien lejos de él —resopló Luke, quién sabía aquello por experiencia propia.

—¿Tenemos algún nombre? —preguntó Jeremy metido por completo en su papel de policía—. ¿Algún apellido? ¿Algo que nos sirva para localizarla?

—Si ha estado en la recepción tiene que estar en la lista de invitados —le informó—, he empezado a contrastar los nombres con la información que tenemos, pero me llevará un tiempo.

Jeremy asintió.

—Cuando tengas un nombre, llámame —declaró el alfa—. Veré que puedo encontrar, si está ahí fuera, daremos con él.

Asintió, sabía que lo harían. Solo esperaba que lo encontrasen con vida para así poder matarlo él mismo.

—¿Necesitas ayuda por aquí? —sugirió Luke.

Negó con la cabeza.

—No —negó—. Me las apañaré. Si empiezas a mover tu peludo culo por el hotel, la gente empezará a hacerse preguntas.

Y lo último que necesitaba ahora era alertar al clan de que su alfa había desaparecido, posiblemente, siguiendo las faldas de su compañera.

El lobo asintió, le palmeó el hombro y señaló el ordenador.

—Encuéntrala —declaró señalando a la mujer de la imagen, entonces se giró hacia Mike Santana, quién ya lo esperaba para salir—. ¿Listo para estirar un poco las patas?

—Pensé que nunca lo dirías.

Con aquello, los lobos abandonaron la habitación dejándole solo con Brian.

—No entiendo cómo un lobo puede sucumbir de esa manera ante una mujer…

—No es una mujer cualquiera.

El joven alfa se limitó a sacudir la cabeza.

—No, es una compañera —chasqueó la lengua—, el infierno en la tierra para cualquier lobo.

Sí, uno que ahora era incluso más peligroso después de lo que había ocurrido unos meses antes en Nebraska.

—Si los lobos de los que habló Odin tienen que ver con lo ocurrido seis meses atrás, será más que un infierno.

Dos supervivientes del desaparecido clan Daratraz, habían estado dispuestos a acabar con la vida de Mikel Santana, el alfa de la región del centro suroeste del país y con la recién emparejada compañera de Jeremy.

Los jóvenes lobos habían sido engañados, los habían manipulado y hecho creer que las pérdidas que habían sufrido durante la aciaga noche en la que todo su clan fue masacrado, eran promovidas por la codicia y la falta de humanidad de los alfas de las regiones colindantes.

Esa noche se habían perdido muchas vidas, la manada había sido reducida a cenizas y los pocos supervivientes se habían desperdigado acogidos y adoptados por los clanes de otras regiones.

Ahora, alguien se estaba aprovechando del dolor y el odio generado esa noche, dirigiendo a los supervivientes hacia una venganza equivocada, una venganza que podía costarles muy cara.

—¿Tenéis alguna pista sobre los refugiados que se acogieron en vuestra manada?

La manada liderada por el alfa de Nevada era una de las regiones más grandes de Norteamérica, sus dominios se extendían a través de toda la región montañosa del este y

comprendían a varios clanes que dependían del liderazgo de Odin. Si bien Quinn no había sido un crío durante aquella época, sabía que, en las agónicas horas finales de aquella noche, los jefes de manada de las distintas regiones limítrofes se habían unido para acoger a los lobos que se habían librado de aquella matanza.

—De los diez supervivientes que fueron acogidos esa noche, sabemos que dos de ellos están muertos y que los otros cinco han sido acogidos por los distintos clanes —contestó, compartiendo la información que les competía a todos—. Según Odin, nuestro clan acogió en su seno a dos, pero localizarles está resultando igual que buscar una aguja en un pajar.

Las dos jóvenes vidas que se habían perdido en el incidente de la clínica veterinaria de la compañera de Jeremy, habían sido un precio demasiado alto a pagar. El localizar a los demás se había convertido en algo prioritario, no podían permitir que quién quiera que estuviese detrás de aquello, contaminase más vidas.

—Y todavía habría una pareja de gemelos y una quinceañera comentó—, pero nadie sabe qué fue de ellos. Ninguno de los alfa que estuvieron allí esa noche puede recordar con claridad si los vio o si alguno los acogió en su manada, solo sabemos de su existencia porque el príncipe los recuerda…

Velkan había hablado de ellos durante la última reunión. Como era usual en él, sus explicaciones habían sido parcas y prácticamente inexistentes, pero la seguridad con la que declaró la existencia de esos tres supervivientes, era suficiente para que todos confiasen en su palabra y los añadiesen a la lista.

—Si necesitas ayuda para dar con esa aguja…

Hizo una mueca. Costaba creer que un hombre que era de su misma edad era el cabeza de un clan.

—Hemos hecho un barrido de los registros de hace diez años, de los nacimientos y adopciones dentro del clan y hay un par de posibilidades, una de las cuales podría haber cruzado hacia tu región.

El joven asintió.

—Pásame la información que tengas y veré qué puedo hacer.

Sonrió para sí. Brian podía ser todavía joven, pero se tomaba muy en serio su papel como alfa.

—Lo haré —aceptó, entonces señaló la pantalla—, pero antes, tengo que descubrir quién es ella y dónde demonios está Odin.

CAPÍTULO 6

Si alguien quería saber cómo era el infierno deberían preguntarle. Estaba seguro que allí era dónde se encontraba, en ningún otro sitio podía hacer tanto calor.

El dolor le robaba el pensamiento, le impedía pensar con claridad así que ni siquiera lo intentó. Tampoco es que tuviese fuerzas para ello. Le dolía todo el cuerpo, no había un solo lugar que no pareciese estar haciéndose añicos y, a pesar de ello, existían también esos pequeños momentos de paz, casi de alivio en el que una lejana voz y un cálido toque, lo instaban a permanecer dónde pudiese escucharla.

No sabía quién era, pero de algún modo lo hacía sentirse bien, hacía que desease quedarse cerca y seguir disfrutando de sus caricias.

Ella se convirtió en su ancla en medio de aquella abrasadora tormenta, le daba fuerzas para seguir nadando cuando todo lo que deseaba era dejarse ir. Por ella decidió seguir luchando y dar la espalda a la oscuridad que lo llamaba, al olvido que le ofrecía llevarse de una vez y para siempre el abrasador calor.

Quizá debiese odiarla por obligarle a seguir padeciendo, gritarle que no tenía fuerzas y que lo dejase ir, pero su voz alejaba el calor, le brindaba consuelo y fue incapaz de alejarse.

Leah sabía que después de hoy podría pedir una habitación contigua a la de su hermana y se la darían sin tener que hacer mucho esfuerzo. Solo tenían que verla arrastrar el enorme cuerpo peludo del perro a través de la casa y reparar en el rastro de sangre que iba dejando tras de sí para ponerle la camisa de fuerza.

Se detuvo a recuperar el aliento, se pasó la mano por la frente, manchándosela y comprobó que su peludo amigo seguía respirando.

—Pesas una tonelada, amiguito —resopló sin dejar de comprobar el estado del animal.

Poniéndose en pie, cogió de nuevo los bordes de la manta que había sacado del maletero del coche y volvió a tirar con todas sus fuerzas para arrastrar ese enorme ejemplar hacia la entrada de la casa. Todavía no sabía cómo iba a meterlo en la parte de atrás del coche, pero no iba a dejarle allí.

Había llamado a Santiago, un viejo amigo de su padre que había ejercido la veterinaria antes de jubilarse, el hombre vivía ahora cómodamente en un rancho a las afueras y le había dicho que le llevase al pobre «perrito». Quizá debía haberle advertido que el perrito en cuestión pesaba una tonelada y era casi tan grande como un poni.

El hombre estaba acostumbrado a que dejase caer en la puerta de su casa todo tipo de animales heridos. Desde que era una niña había sentido una comunión especial con los seres menos afortunados, sus padres a menudo habían bromeado con echarla a ella de casa para que pudiesen entrar sus buenas obras y Dawn siempre la había ayudado a ocultarlos cuando no le dejaban tenerlos en el interior.

Un débil gruñido la arrancó de sus pensamientos prestándole de nuevo toda su atención.

—Lo sé, peluche, lo sé —se acuclilló ante la enorme cabeza, deslizando los dedos por su pelaje, acariciándole la oreja y susurrándole palabras de calma—. Sé que duele, pero te vas a

poner bien.

La respuesta del can fue deslizar la lengua a través de sus fauces y lamerle los dedos antes de cerrar los ojos otra vez.

Se mordió el labio inferior ahogando un sollozo, se obligó a sonreírle mientras le hablaba dulcemente y volvió a arrastrarle hacia la puerta.

Estaba sudando, el corazón le latía acelerado por el esfuerzo y todavía le quedaba lo más difícil, meter a ese chico grande en la parte de atrás del coche. ¿Cómo demonios iba a hacerlo? Pesaba demasiado como para que lo cogiese en brazos y él sería incapaz, en su actual estado, de hacer el camino hasta el vehículo y meterse dentro.

Arrastró la manta unos últimos pasos hasta sacarle al porche, se limpió el sudor de la cara y se enderezó llevándose las manos a los riñones.

—De acuerdo —reflexionó en voz alta—. Si acerco el coche hasta aquí, quizá pueda arrastrarte hasta el borde y meterte desde el maletero.

Le echó un último vistazo, le susurró un par de palabras y salió disparada hacia el coche. Saltó dentro, lo puso en marcha y llevó a cabo su plan. Apenas había terminado de colocarlo cuando vio por el espejo retrovisor como el can intentaba levantarse, fallándole las fuerzas solo para luchar una vez más hasta conseguir ponerse de pie.

—¡No! —jadeó, apagó el motor y saltó—. No, no, no… tranquilo, pequeño. No voy a irme sin ti. Espera, déjame ayudarte…

El pobrecillo gimoteó dejándose caer una vez más, estaba agotado, pero no quería ser dejado atrás.

—Shh —lo acarició suavemente—, tranquilo. Vamos a conseguirte ayuda, ¿de acuerdo?

Esos bonitos ojos amarillos la miraron desde el suelo y parecían rogarle.

«No te vayas».

Parpadeó, entonces sacudió la cabeza.

—Tenemos que irnos —le informó—. Voy a abrir la parte de atrás y te ayudaré a entrar, ¿de acuerdo?

Él se limitó a seguirle con la mirada mientras se movía como si quisiera asegurarse de que cumplía con su palabra.

No podía irse, no podía dejar que se fuera, quería que se quedase con él. No quería quedarse allí solo en ese ardiente desierto. El calor era insoportable, las imágenes empezaban a resultar borrosas y le costaba respirar, la oscuridad amenazaba con llevársele, pero no iba a ceder, mientras ella estuviese allí y con él, aguantaría lo que hiciese falta. No entendía el porqué, no sabía por qué era tan importante, solo sabía que tenía que quedarse a su lado, que era importante y eso era lo que haría.

«Mía».

Saboreó la palabra y se aferró a ella con las pocas fuerzas que le quedaban. La convirtió en su mantra, en su fortaleza y eso le permitió arrastrarse y medio incorporarse para ayudarla a trasladarle dentro de ese automóvil.

—Eso es. Buen chico. Ahora vamos a ir a ver al doctor.

«Mía».

Ella era suya. Mientras estuviese a su lado el infierno en el que estaba sumergido no sería tan duro y podría soportar cualquier cosa.

—Solo aguanta un poco más pequeño, todo saldrá bien.

Sí. Aguantaría. Haría lo que fuese por ella y solo por ella.

CAPÍTULO 7

Empezaba a estar cansado de toda esa mierda, de esas persecuciones sin honor, de ver cómo esos estúpidos humanos se tomaban las incursiones como meros juegos. Ni siquiera estaba seguro de por qué los habían reclutado, no tenían nada que ver con su venganza, nada que reclamar a los culpables de toda la muerte y destrucción que se había generado y dónde había ardido toda su vida.

Se acercó a la ventana y la abrió necesitando respirar, la ciudad lo sofocaba, prefería con mucho las montañas en las que había nacido, pero no podía darse el lujo de volver hasta que vengase sus muertes.

Las risas y el olor del tabaco negro llegaron hasta él procedente de la habitación adyacente. Esos imbéciles estaban celebrando el último golpe, habían emboscado al alfa de Nevada y lo habían perseguido con esas infernales máquinas y armas. La falta de honor, la diversión y el placer que encontraban en la persecución, en descargar la munición de sus pistolas y rifles sobre los suyos, lo enfermaban. Eso no era administrar justicia, era una cacería y no estaba dispuesto en participar de ello.

«No participaré en sus enfermizos juegos, no soy un asesino ni un ejecutor. Mi cometido nada tiene que ver con la sed de sangre que tienen tus nuevos reclutas».

A *él* no le había preocupado en demasía quién se afiliaba mientras lo hiciese bajo sus directrices, su objetivo era solo uno: derribar a todos los que habían participado de la masacre. No le preocupaba haber perdido ya a dos de los suyos, dos jóvenes que, al igual que él, solo habían buscado venganza por lo que les había sido robado esa noche.

«Toda guerra conlleva sacrificios».

Su justificación no era suficiente, sencillamente no era la vía correcta. Su primera directriz era buscar a los supervivientes y traerlos de nuevo al seno de la familia, hacer justicia por todo el dolor y la muerte que había quedado enraizada para siempre en las tierras de la manada. Por eso se había aliado con él, para descubrir la verdad y ver si todavía podía conservar un poco de esperanza, pero esto…

—¡En plena carrera! ¡Un tiro limpio que lo sacó de su estúpida carrera!

Las risas y los clamores se elevaron vitoreando las palabras de uno de los motoristas. Podía notar el olor de la cerveza mezclándose con el del tabaco, enviciando el aire, las risas y los graves tonos de las distintas voces eran como lijas en sus oídos. Apestaban a decadencia, a sangre y una locura que provocaba que tuviese ganas de vomitar.

—Ha sido una suerte que apareciera detrás de esa perra —comentó otro, su voz chillona —, aunque no me importaría que lo hubiese hecho después. Me hubiese gustado enseñarle a esa amante de engendros lo que es realmente un hombre.

—Esas perras me dan asco, ¿cómo pueden entregarse así a esos animales?

Engendros. Animales. Bestias. Para ellos su pueblo no era más que escoria, la manera en que hablaban de las mujeres y su falta de respeto le revolvía el estómago.

Él no estaba interesado en hembras, solo las utilizaba para atraer a los compañeros a sus trampas. Esa noche, ni siquiera habían estado tras el culo de Peters, sino tras el de Santana, el alfa se les había escapado meses atrás llevándose la vida de dos lobos inocentes con él y que

había asistido, junto con otros miembros importantes de la raza, a la inauguración del *Las Vegas Imperian.*

Apretó los dientes y notó el gruñido emerger por su garganta.

—Oh, yo estuve a punto de dispararle al engendro cuando se lanzó a por ese maldito perro —se rio un cuarto y se oyeron al momento el choque del cristal de las botellas y nuevas carcajadas—. Tenías que ver cómo se esforzaba por ascender por los peñascos…

Se obligó a apretar los dientes y permanecer calmado.

No le gustaban las masacres, si había que luchar, debía hacerse con honor y eso fue lo que hizo al seguirlo a través de la escarpada subida, lanzándose su garganta, derribándolo y alejándolo al mismo tiempo de los imbéciles con sus ruedas y las armas de fuego.

«Lucha con honor, maldito y muere por tus pecados».

La pelea había sido encarnizada, las marcas y heridas todavía por sanar en su cuerpo lo demostraban. El alfa había sido un contrincante digno de mención, incluso herido y desangrándose, había dado todo lo que tenía para mantenerle a raya y alejarles, no le cabía duda, de la hembra que debía pertenecerle.

—Teníamos que haber salido en su busca, ¡esa estúpida bestia me lo arrebató! —siseó el único miembro de los presentes que compartía su naturaleza—. Maldito engendro, ¡tenía que haberlo matado y hecho una alfombra con su pellejo!

El viejo lobo poseía su favor, había estado casi tanto tiempo como él a su lado, pero la diferencia entre ambos era más que abismal. Carlos era brutal, vicioso y atacaba a traición.

«No hay honor o gloria en la muerte, Rumati, solo en la vida».

Cerró los ojos y se aferró con fuerza a esas palabras, las únicas que lo sostenían incluso ahora, después de tanto tiempo, en la solitaria tarea que había adquirido aquella noche.

—Es un cobarde, huyó porque sabía que no podía ganar —se jactó uno de ellos—. Si tenemos suerte se habrá desangrado y estará muerto en alguna esquina.

—¿Y si sigue vivo?

Una ronca y maliciosa risa hizo eco en la sala.

—Oh, eso es lo que deseo —aseguró Carlos con malvada diversión—. Lo quiero vivo. Quiero ser yo el que le arranque la piel mientras grita, serán mis dientes los que se hundan en su cuello y lo rompa como se quiebra una ramita. Ese maldito lobo es mío…

El viejo lobo era vicioso, disfrutaba infringiendo dolor y tortura, algo que iba completamente en contra de sus códigos. Ambos habían tenido sus encontronazos a lo largo de los años, pero últimamente estos se hacían más crudos e intensos al punto de que antes o después, uno de los dos acabaría con la vida del otro. El maldito había dejado entrever esa sangrienta alma metiéndose en medio de su pelea, echándolo a un lado y desgarrando con sus dientes al alfa; un ataque a traición. La sangre había manado a borbotones de la nueva herida, empapando la piel blanca del can, pero ello no evitó que el lobo blanco se vengara yendo a la yugular, clavándole los dientes y desgarrando la piel solo para volver a atacar con un rápido movimiento, arrancando un alarido de su contrincante, al desgarrarle la oreja.

Sus ojos se habían encontrado entonces y había visto la muerte en los ojos del alfa, allí solo había una bestia, su parte humana había desaparecido por completo y estaba dispuesto a matar.

Había sido incapaz de moverse, su compañero aullando y sangrando por todo el lugar y el enorme lobo blanco le concedió un indulto al dar media vuelta y huir en medio de la oscuridad.

Esa noche podría haberlos matado a ambos y, sin embargo, decidió perdonarles la vida.

—La paciencia es la madre de todas las virtudes —añadió con voz grave, llena de una

furia roja y sangrienta que hizo que se le erizase el pelo—, y traerá como premio una nueva piel para mi colección.

Sacudió la cabeza ante el tono de su voz y la determinación que escuchó en ella.

—La oscuridad se está cerniendo sobre todos nosotros —musitó inclinándose hacia la ventana, alzando el rostro para recibir el aire de la noche—. ¿Cuándo hemos perdido de vista el verdadero objetivo de esta misión?

Su principal cometido era encontrar a los supervivientes, los miembros de la manada que esa noche se salvaron de la masacre y fueron arrancados del seno del clan por sus propios asesinos. Oh, sí, deseaba venganza, pero quería venganza sobre los autores de la matanza y para ello necesitaba conocer la verdad, necesitaba saber si ella había sobrevivido.

Fuego, gritos, un dolor agónico recorriendo su cuerpo, cada vez que cerraba los ojos volvía a revivir aquella aciaga noche ocurrida diez años atrás, la rabia emergía con los crudos recuerdos perturbando su paz. Se la habían quitado de los brazos, su hermana Cala había muerto por protegerles a todos ellos y él no pudo cumplir con la sencilla tarea de ponerles a salvo, ni siquiera a la chiquilla que estaba destinada a ser suya.

No era usual que los lobos encontrasen a sus compañeras a una edad tan temprana, pero él lo sabía, sabía que esa delicada e inocente criatura era suya, los doce años que los separaban lo había llevado a esperar a que alcanzase la mayoría de edad y poder reclamarla entonces con todos los derechos. Había jurado protegerla con su vida, pero se la habían arrebatado dejándolo herido y desangrándose en el suelo esperando la muerte, escuchando sus gritos. No supo cuánto tiempo estuvo allí, qué hizo para llegar a los matorrales o quién lo llevó hasta allí. Todo lo que sabía era que cuando despertó, su familia había muerto, ella y otros chicos habían desaparecido y los pocos supervivientes adultos que quedaban, se perdieron en la noche.

Alguien les había traicionado, habían entrado en la aldea arrasando con todo lo que encontraban a su paso. Habían matado a gente inocente, personas que no hacían daño a nadie y que habían decidido vivir en la tranquilidad de la naturaleza.

Aspiró con fuerza y dejó que el aire se escapase lentamente, abrió los ojos y contempló la ciudad en la que habían recalado los últimos meses, una dónde el pecado y el juego se unían para dar vida a la perversión.

Habían llegado a la ciudad un par de meses atrás siguiendo órdenes. Los alfas de América habían empezado a movilizarse justo después de lo ocurrido en Nebraska, las patrullas se habían instalado en las fronteras y había dado comienzo una búsqueda interna que, todo indicaba, estaba dirigida a encontrar a los supervivientes que habían ocultado en sus respectivas manadas.

«Están vivos. Los han introducido en el seno de sus respectivos clanes y les han lavado el cerebro para que olviden quienes fueron una vez. Tenemos que rescatarlos, Rumati, tenemos que recuperar lo que nos robaron y hacer pagar a los culpables por masacrar nuestro pueblo».

Una nueva carcajada, seguida por el sonido de cristales rompiéndose, lo sacó de sus cavilaciones. Eran demasiado ruidosos para él y sus lealtades tan dudosas como su honor.

Tomó una última bocanada de aire y le dio la espalda a la ventana mientras atravesaba el salón de la casa franca en la que se reunían a la espera de nuevas órdenes. Había llegado la hora de enfrentarse a *él* y seguir su propio camino.

Si estás ahí fuera, te encontraré, prietenă.

CAPÍTULO 8

—Leah, ¿te das cuenta de que has metido un enorme lobo siberiano en tu coche?

La pregunta del doctor Santiago llegó casi dos horas después en la cocina de su rancho. Había operado al pobre animal, extrayéndole un par de balas, cosiéndole algunas heridas de desgarros y cortes para finalmente administrarle antibiótico y un sedante que lo ayudase a dormir.

—Todo lo que sé es que ese pobrecito necesitaba ayuda.

El hombre chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Sí, desde luego que sí —aceptó con gesto pensativo—. ¿Tienes idea de quién es…? Quiero decir… ¿Dónde lo encontraste?

Dejó la taza de café que estaba degustando sobre la mesa y resopló.

—Estaba tendido en el suelo de una habitación del rancho Omega, el que está en Los Mares, cerca de Cálico y que ha salido a subasta —respondió—. Tengo un cliente que está interesado en él… aunque no sé si ahora seguirá estándolo. Alguien forzó la puerta y arrancó la alarma de cuajo, por no mencionar que ahora también hay un enorme rastro de sangre tiñendo el suelo. Diablos, tengo que volver con un equipo de limpieza y arreglarlo. Para todo lo demás llamaré a los del seguro.

El veterinario se la quedó mirando como si no entendiese ni una sola palabra de todo lo que estaba barbotando.

—Han sido unos días de locos —concluyó con un mohín—, lo de hoy no ha sido más que la guinda del pastel.

—Ya veo, ya.

Dejó escapar un profundo suspiro, cruzó las manos sobre la mesa y miró más allá de la puerta.

—¿Se recuperará?

El afable hombre asintió.

—Ha perdido mucha sangre, pero es un… lobo fuerte —aseguró echando un vistazo a través de la puerta abierta, en dirección a la sala de operaciones que había habilitado en uno de los cuartos—. Necesitará mucho descanso, una dieta rica en proteínas y carne fresca, pero se recuperará.

Un peso que ni siquiera sabía que le estaba oprimiendo el pecho la abandonó tras sus palabras.

—Me alegra saberlo.

El hombre la miró fijamente, había algo en su mirada que no terminaba de descifrar.

—¿Qué piensas hacer con él?

Hizo una mueca. Eso era algo en lo que no se había parado a pensar hasta ese momento.

—Había pensado en dejarlo aquí hasta que se restablezca…

—No se quedará. —La respuesta fue tan brusca como irónica o, al menos, así se lo pareció.

—Pero, no puedo llevármelo al piso, Santiago. No me dejarán meterlo allí y ya has visto lo que pesa…

El veterinario levantó la mano, interrumpiéndola.

—Déjame decirlo de otro modo, no se va a quedar *aquí* sin ti —explicó, ampliando su respuesta—. Tú misma dijiste que empezó a levantarse cuando te vio subir al coche. No está tan fuerte como para vagar por ahí por sí mismo y, viendo que te ha… adoptado, he de suponer que eso es lo que haría; seguirte.

Echó un vistazo hacia la puerta que llevaba a la pequeña clínica dónde descansaba el animal y se rascó inadvertidamente la herida que tenía en el hombro.

—Pero no puedo llevármelo a casa… —insistió y señaló una vez más lo obvio—. No podría bajarlo del coche yo sola, ¡pesa una tonelada!

El hombre rio ante su cara de desesperación.

—Sé lo que pesa, querida, te ayudé a sacarlo del coche y meterlo en la mesa de operaciones —le recordó con divertida ironía—. Así que, tendrás que quedarte aquí con él al menos dos o tres días. Tendréis el rancho para vosotros solos, me has cogido en casa por los pelos —miró el reloj—. En tres horas tengo que estar en el aeropuerto. Estaré fuera toda la semana.

—¿*Quéeee*?

Abrió la boca y empezó a sacudir la cabeza.

—No, no, no… —jadeó—. Santiago no puedes hacerme esto. Yo no sé nada de medicina veterinaria. ¿Y si empeora? ¿Y si se le saltan los puntos? ¿Y si vuelve a sangrar? O peor aún, ¿y si se me muere?

La sola idea de que le pasase algo a ese pobre animal la acongojaba.

—Si le pasa algo yo… yo no sé…

Las lágrimas empezaron a picarle en los ojos, el pecho se le comprimió y hubiese empezado a hiperventilar de un momento a otro si no se hubiese calmado.

—No se va a morir —la tranquilizó posando la mano sobre la suya con gesto paternal—. Si algo sé sobre… este tipo de… lupinos… es, que una vez que adoptan a alguien, no lo abandonan.

Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Mírame, llorando por un perro abandonado y del que no sabemos si tiene dueño.

—Es un lobo, querida.

—Peor me lo pones —suspiró—. ¿Se habrá escapado de alguna reserva? ¿Tenemos lobos en Red Rock Canyon?

—Más de los que te imaginas —murmuró al tiempo que se ponía de pie—. Siempre has tenido un corazón blando para con los animales, no iba a ser distinto con él.

Hizo una mueca.

—Ya no tengo diez años.

—¿Tengo que recordarte el drama que montaste cuando encontraste a un gato atropellado el año pasado?

Rodeó la mesa y se detuvo a su lado, posando ahora la mano sobre su hombro.

—Ha sido un día duro, tú también necesitas descansar.

Sacudió la cabeza una vez más.

—No puedo —suspiró—. Tengo trabajo pendiente. Se suponía que tenía que enseñar una casa esta tarde a las cuatro y…

—Cancélalo.

Sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—Eres tu propia jefa, tienes empleados, aprende a delegar, Leah.

Abrió la boca solo para volver a cerrarla. ¿A quién quería engañar? No podía volver a la oficina, aún no sabía cómo no se había matado en sus prisas por llegar al rancho. Se había pasado gran parte del trayecto mirando por el retrovisor, girándose de vez en cuando sin dejar de parlotear a su nuevo amigo.

—Iba a cogerme vacaciones la semana que viene.

—Perfecto, adelántalas —aceptó el hombre sin más—. Te dejaré una nota con las dosis de las medicinas que tienes que administrarle y las horas de las tomas. Puedes quedarte en el cuarto de invitados, si quieres.

Suspiró, se pasó las manos por el pelo y se lo mesó. Ya no podía más, todas sus fuerzas se habían agotado a lo largo de la mañana. Se limitó a asentir en respuesta a su sugerencia.

—Gracias, doc.

Chasqueó la lengua.

—No tienes nada que agradecerme, querida.

Suspiró y miró a su alrededor, toda la cocina estaba impoluta, los cacharros recogidos, ni una sola moto de polvo a la vista.

—Y, ¿a dónde te vas con tanta prisa? —se interesó. Santiago era un hombre afable, cariñoso, incluso, pero no le había conocido una afición precisamente por viajar.

—A Nebraska —le informó con sencillez—. Una vez al mes nos reunimos unos cuantos compañeros para ponernos al día, somos… viejos compañeros de facultad.

—Nebraska —repitió e hizo una mueca—. ¿No había ningún lugar más lejos?

El veterinario le apretó el hombro y sonrió.

—Te quedas en tu casa —la invitó sin más—. Utiliza todo lo que necesites y cuida de nuestro paciente.

Resopló e hizo un puchero. No se había sentido tan perdida desde la muerte de sus padres.

—¿Puedo llamarte si la cosa se complica?

Él asintió con la misma calidez de siempre.

—Puedes llamarme para todo lo que tenga que ver con medicina veterinaria.

Asintió y finalmente se tomó lo que le quedaba del café.

—En ese caso… que tengas buen viaje.

Su voz lo sacó del incómodo duermevela en el que estaba sumergido. El dolor no era ahora más que una sorda molestia, una que estaba ahí pero soportable. El calor había remitido, si bien no había desaparecido del todo, era más aceptable. Abrió los ojos solo para volver a cerrarlos, la luz le molestaba y ese olor… ¿qué era ese olor? Luchó por volver a abrir los ojos y contempló lo que veía desde su posición. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba allí? ¿Y dónde estaba ella?

Gimoteó, fue incapaz de hacer otra cosa, le costaba incluso levantar la cabeza.

Entonces volvió a escuchar su voz, orientó las orejas y cerró los ojos disfrutando del bálsamo que suponía esa retahíla de palabras que oía a lo lejos.

—…lo sé, lo sé, pero para eso te pago, ¿no?

Golpes contra el suelo, cadencia de pasos, unos zapatos de mujer. Tacones, ella se estaba paseando sobre tacones y resonaban contra lo que debía ser un suelo de madera.

—No lo sé. En principio un par de días, más si veo que los necesito —continuó con esa suave voz—. No, solo adelanto mis vacaciones, David. Además, Anita era quién tenía que encargarse desde el principio de esas ventas. Dile que mueva el culo a la oficina y que se haga cargo de mis citas de hoy.

Seguía caminando, posiblemente paseándose de un lado a otro. Estaba ligeramente irritada, podía notarlo en su voz, en la manera en que modulaba las frases y su irritación lo molestaba. No quería que estuviese enfadada, no quería notarla preocupada, quería que estuviese a su lado, sentir sus manos de nuevo sobre su piel porque ella era… ¿qué?

En el lugar dónde sabía que tenía que haber una palabra importante solo había oscuridad. La ausencia de ese conocimiento lo llevó a abrir de nuevo los ojos e intentar levantar la cabeza.

¿Quién era ella? ¿Por qué era tan importante para él? ¿Por qué la necesitaba de esa manera?

—No… todo está bien. Solo haz lo que te he dicho y envía un equipo de limpieza al rancho Omega —reclamó sin dejar de moverse de un lado a otro—, y que alguien arregle la jodida puerta. Sí. Ya he hablado con los de la empresa de seguridad y van a encargarse de arreglar el destrozo. No puedo, tengo cosas que hacer, alguien de quién ocuparme. Sí, el mejor amante del mundo y le gusta lamer.

Hubo un resoplido y de nuevo el sonido de pasos.

—Demonios, que manía de querer saberlo todo —la escuchó ahora más cerca, sus pasos encaminándose en su dirección—. Que se queden con las ganas.

Su aroma lo golpeó incluso antes de ella apareciese a través de la puerta abierta y se le acercase.

—Hola peluche —su dulce voz, unida a la caricia de sus dedos sobre el pelo de su cabeza casi lo hizo gemir de placer—. ¿Ya te has despertado? ¿Cómo te encuentras?

Estiró el hocico contra su mano y sacó la lengua queriendo tocarla, saborearla y, sobre todo, queriendo decirle que estaba bien, que siempre estaría bien mientras le acariciase de esa manera.

«No te vayas».

Abrió los ojos y la miró, ella se había agachado para poder quedar a la misma altura que él.

—Quién te ha hecho esto, ¿eh? —susurró como si temiese asustarle—. ¿Quién ha podido ser tan hijo de puta como para dispararte y lastimarte de esta manera?

«Sigue acariciándome».

Movió la cabeza buscando su mano. Quería más de ella, necesitaba más.

—Sí, sí —la escuchó reír y sintió que su risa lo aliviaba incluso más—. Está bien, pequeño, ahora estás a salvo. No dejaré que nadie te haga daño.

«Mía».

—Eres un chico muy bueno y jodidamente grande —comentó deslizando la mirada sobre él—. Demasiado grande para ser un lobo y, además, pareces bastante domesticado. ¿Te has escapado de casa, chico? ¿Te han abandonado?

La vio componer una mueca, entonces deslizó los dedos por sus orejas y no pudo evitar gemir.

—Ay dios, ¿te he hecho daño?

Se apartó tan rápido que su pérdida le dolió más que cualquier daño físico. Intentó incorporarse, seguirla, pero entonces sus manos volvieron estar allí, sobre él y fue como estar en el cielo.

—Lo siento, peluche, lo siento —murmuraba con ternura—. No puedes levantarte todavía. Has perdido mucha sangre, tienes que descansar.

«No te vayas».

No quería que se fuera, no quería que lo dejase allí, sin ella se sentía solo y no quería estar solo.

«¡No te vayas!».

Ella se sobresaltó, empezó a mirar a su alrededor como si buscase algo, entonces frunció el ceño y lo miró de nuevo.

—¿Has escuchado eso?

Entonces chasqueó la lengua y se rio.

—No, claro que no —negó con la cabeza—. Esto es por la falta de sueño y por toda esta mierda que nos ha caído encima. Ay, Leah, Santiago tiene razón, deberías descansar un rato antes de que sigas escuchando voces.

«Leah». Un nombre. Su nombre. El de esa hembra. Suya.

Volvió a empujar el hocico contra su mano llamando su atención.

—Tú también tienes que descansar —le dijo—. Tienes que dormir para reponer fuerzas. Querrás volver a casa, ¿verdad?

Casa. Volver a casa. ¿Tenía una casa? No. No iba a ir a ningún sitio. Quería quedarse con ella. Leah era su casa. No iría a ningún lugar si no estaba ella en él.

—Aunque primero tendremos que averiguar dónde vives —continuó con ese peculiar monólogo—. Si al menos tuvieses una placa… Ni siquiera sé cómo te llamas.

«Me llamo…».

Su mente se quedó en blanco una vez más, la información perdida en una profunda oscuridad que empezaba a resultar asfixiante.

Su nombre. ¿Cuál era su nombre?

No podía recordarlo.

—¿Cuál es tu nombre, cariño? —preguntó con dulzura.

«No lo sé».

—Tendríamos que ponerte uno, aunque sea de forma provisional —continuó ajena a sus propios procedimientos mentales—. No puedo seguir llamándote peluche…

¿Cuál era su nombre? ¿Por qué no podía recordarlo?

En realidad, empezó a darse cuenta con visible angustia, no podía recordar ni su nombre ni quién era, su mente era una laguna oscura dónde lo único que tenía importancia y lo único que sabía a ciencia cierta era que Leah era suya.

—Veamos —continuó agachándose hasta quedarse a la altura de sus ojos—. ¿Cómo podría llamarte?

«Mío».

La palabra surgió sola, con tanta certeza como que Leah le pertenecía. Algo extraño pues él era un lobo y ella…

—Pareces un peluche, pero tu mirada y tu tamaño dice otra cosa, hablan de quién eres realmente, un alma salvaje y libre. ¿Qué te parece *«Mr. Boots»*?

¿*Señor Botas*? Leah quería llamarle *Señor Botas.*

Apretó el hocico contra su mano y le dedicó un pequeño lametón.

—Sí, te gusta, ¿eh? —sonrió acariciándole—. Pues serás Mr. Boots, entonces. Al menos, hasta que descubramos quién eres en realidad.

Esa era sin duda una pregunta para la que él también desearía tener respuesta, pues no es

que el nombre elegido fuese muy apetecible, aunque le gustaría cualquier cosa que ella le llamase.

CAPÍTULO 9

Quinn cerró el coche y se quedó mirando sus alrededores, inspiró profundamente y olfateó el aire en busca de alguna pista que pudiese serle de utilidad. Su lobo estaba nervioso, le picaba la piel y se sentía inquieto, casi podría jurar que estaría mucho más cómodo en su forma canina y con la nariz pegada al suelo, husmeando alrededor de todo el lugar.

—¿Dónde demonios te has metido?

Su nerviosismo aumentaba con cada nuevo minuto que pasaba sin rastro de su alfa. Odin había desaparecido de la faz de la tierra, su vínculo estaba mudo, como cortado y no era capaz de localizarlo.

Se obligó a mantener sus nervios bajo control, de nada servía que perdiese la cabeza, lo que necesitaba era rastrear a ese maldito culo peludo blanco y rogar por que estuviese vivo.

Desde que Christian había muerto, se había sentido irremediablemente solo, como si le hubiesen arrancando una parte de sí mismo. Odin era el único que tuvo el temple suficiente para darle una patada en el culo y ponerlo a trabajar. Lo obligó a hacer a un lado el dolor y concentrarse en el presente y en la vida que tenía por delante, una penitencia que se había impuesto a sí mismo para intentar seguir avanzando.

‹‹Odin››.

Pronunció su nombre mentalmente, sondeando a través del vínculo que se había establecido entre ellos y, una vez más, volvió a sentir ese sordo vacío, a percibir tan solo una lejana presencia; eso era lo único que evitaba que se volviese loco por completo.

Se obligó a relajarse, a aflojar los músculos y dejar de apretar la mandíbula. Odiaba sentirse así, fuera de control, tan desesperado como un lobezno perdido sin su manada. No había venido hasta allí para ponerse a filosofar o desesperar aún más, había venido en busca de la mujer que, posiblemente, podría darle alguna explicación de lo ocurrido la noche anterior.

Leah Álvarez era la mujer que había atraído la atención de su jefe y, si tenía que hacer caso de la última comunicación de Odin, también era su recién encontrada compañera. Propietaria de una de las más prósperas inmobiliarias del estado, había asistido a la inauguración como uno de tantos invitados con los que solían tener negocios. De hecho, su inmobiliaria llevaba la compra del rancho del que se había enamorado su jefe, uno cuyas escrituras esperaba poder firmar esa misma semana. Harto de la vida en la ciudad, había querido buscar un lugar para sí mismo y dónde dar rienda suelta a su naturaleza salvaje, algo que todos ellos necesitaban antes o después.

Una invitación fortuita, una mujer con la que posiblemente Odin nunca se hubiese cruzado a pesar de trabajar con ella, un giro del destino que había traído a la vida de su alfa a la única para él; su pareja. Y que, posiblemente, podría estar corriendo peligro inmediato, a juzgar por lo que había pasado en las últimas horas.

Oteó una vez más el aire y gruñó, no había rastro del paso de Odin por allí, pero quizá pudiese descrubir a través de ella dónde diablos estaba el alfa de Nevada.

Abrió la puerta y escuchó el sonido de la campanilla anclada a la parte superior. El ambiente del lugar era distendido, había un par de mujeres tras sendos escritorios y un hombre al teléfono al fondo de la habitación con la camisa más extridente que había visto en su vida.

—¿…y has hablado con los de la empresa de seguridad? No les va a hacer ni pizca de gracia lo que ha pasado —escuchó de refilón—. Bueno, pues mejor. ¿Vas a pasarte después? No me digas, ¿te has conseguido a alguien mejor que esa cáscara de huevo con el que solías salir? Espero que al menos este sepa qué hacer…

El hombre resopló, miró el teléfono poniendo los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Genial, me ha colgado.

—¿Va a volver? —preguntó una de las dos mujeres que estaban en sus escritorios.

—No —respondió guardando el teléfono—. Ha decidido que empieza hoy sus vacaciones. Anita, te toca cubrir la agenda de esta tarde.

—Valeeee —aceptó la otra mujer, cuya apariencia y tono de voz casaban perfectamente con su nombre delatando su procedencia—. Todo sea por la paz mundial.

Viendo que la campanilla de la puerta no había sido lo suficiente contundente, carraspeó para hacer saber su presencia.

—Buenas tardes.

Las expresiones de consternación y sorpresa que pasearon por los rostros de las dos mujeres resultó casi cómica. La compañera de la hispana, menuda, con el pelo recogido en una coleta y unas modernas gafas que le daban un aspecto de lo más chic, se levantó de golpe.

—Buenas tardes —se adelantó entonces el hombre de la camisa estridente—. ¿Podemos ayudarle en algo?

Educado y sobrio, con un aire de profesionalidad que contrastaba extrepitosamente con su indumentaria. Para que luego te fiases de las apariencias.

—Estoy buscando a Leah Álvarez —anunció, mirando a cada uno de los presentes.

—La jefa no está…

—La señorita Álvarez acaba de iniciar sus vacaciones —se adelantó de nuevo él, tras haber fulminado a la empleada—. Temo que no vendrá por la oficina en los próximos quince días. Si puedo ayudarle yo…

—Se trata de algo… personal —declaró sonriendo interiormente ante la obvia lealtad que esgrimía para con la chica—. Y que atañe a mi jefe.

Aquello captó la atención del empleado.

—Tiene una compra abierta a través de su inmoviliaria de una propiedad y se niega a hablar de los pormenores con nadie que no sea la agente que ha estado gestionando la compra.

—¿Y de qué propiedad estamos hablando?

—El rancho Omega, en Los Mares Ln.

Como uno, los tres empleados protagonizaron una reacción que pasaba de la sorpresa, al horror y terminaba en profundo nerviosismo.

—Ah, sí, por supuesto, la propiedad de la subasta —aseguró el hombre—. Sí, Leah ha visitado esta misma mañana el edificio para comprobar que todo estaba en orden.

Enarcó una ceja. Podía oler su nerviosismo.

—¿No había dicho que la señorita Álvarez estaba de vacaciones?

Un ligero sonrojo le cubrió las mejillas, pero se recuperó de inmediato.

—Lo está —respondió con firmeza.

¿Qué no le estaban contando? Su lobo se revolvió nervioso, no le gustaba que le ocultasen cosas.

—¿Hay algún problema con la propiedad?

—No, ninguno en absoluto.

Demasiado sospechoso. Pero se estaba alejando del verdadero motivo de su visita. Ella no

estaba allí, solo estaban presentes esos tres humanos pero había un aroma a mayores, algo floral y femenino que no encajaba con los empalagosos perfumes de las dos empleadas.

—¿La señorita Álvarez se ha pasado por la oficina durante la mañana?

Una de las mujeres asintió y señaló un cuarto al otro lado de la sala.

—Sí, estuvo aquí unos minutos para recoger las llaves y la documentación que necesitaba —comentó voluntariamente la muchacha.

La mujer se soltó sin darse cuenta, cosa que molestó al hombre quién se adelantó y se hizo cargo, una vez más, de dirigir la conversación.

—Si me deja una tarjeta, le diré que le llame tan pronto pueda —ofreció, sin decidirse a darle más información.

Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó una tarjeta con los datos del hotel. Al haberse convertido en el beta del alfa se había acostumbrado a llevar los negocios de Odin, por lo que llevaba con él la documentación que siempre podía necesitar.

—Que me llame hoy mismo.

Al menos ahora sabía que la chica había venido a trabajar esa mañana, lo que quería decir que, fuese lo que fuese que hubiese ocurrido la noche anterior, ella había estado a salvo.

La pregunta ahora era, ¿dónde estaba ahora esa mujer? Y, ¿estaba con Odin?

Si Leah había estado esa mañana en el rancho, ese sería un buen lugar dónde empezar a buscar. Si la encontraba, quizá podría comprender dónde demonios se había metido Odin.

—Se lo comunicaré a la mayor brevedad posible —declaró el hombre satisfecho con haber llegado a un consenso.

Asintió, le dedicó un guiño a la mujer que le había brindado la información, haciendo que se sonrojara y salió por la puerta.

—¿Dónde demonios te has metido, Odin?

Su teléfono empezó a sonar entonces, echó la mano al interior de la americana y respondió.

—Dime.

La voz de Jeremy atravesó la línea.

—Leah Álvarez, 28 años. Natural de Nevada. Actualmente es la propietaria de una exitosa inmobiliaria en el Art District —empezó a enumerar la ficha de la chica—. Vive en un edificio de planta baja en Fellow Ship Ave, en Kensigton, la casa es propiedad suya. La compró hace dos años. Ah, también tiene una hermana, pero está ingresada en el Montevista Hospital.

Frunció el ceño.

—¿Ese no es el sanatorio mental?

—Sí —aseguró el joven alfa de Nebraska—. Al parecer la chica fue víctima de un asalto en el que murieron sus progenitores y el hogar familiar quedó reducido a cenizas. Su hermana, Leah, se hizo cargo de ella durante su convalecencia en el hospital, pero hay reportes de varios episódios psicóticos, el último de ellos dio como resultado un incendio en el piso de alquiler que ambas compartían y poco después la chica acabó ingresada en el Montevista.

Aquello si era una novedad.

—¿Los incedios fueron provocados?

La respuesta no se hizo esperar.

—El informe del primer suceso no fue concluyente —le informó—. Han apuntado a un asalto o posible ajuste de cuentas. En la casa solo estaba la hija mayor, Dawn Álvarez, la cual fue encontrada en la parte de atrás de la casa. El segundo, los peritos dijeron que el incendio, posiblemente se habría iniciado en los hornillos de la cocina. Por suerte no hubo más que daños

materiales y el seguro, después de una buen litigio, se hizo cargo. Una mala combustión, al parecer, sería la causa probable.

Así que la compañera de Odin tenía una hermana y estaba internada en un hospital psiquiátrico.

—El registro de visitas de la clínica Montevista figura que Leah visitó a su hermana esta mañana —concluyó Jeremy.

Arrugó la nariz, aquello no concordaba con lo que le habían dicho en la inmobiliaria, pero dado el recelo presente en sus voces, no le sorprendía.

—¿Sobre qué hora?

—A primera hora de la mañana.

Y eso debía haber sido justo antes de ir al rancho.

—De acuerdo —le agradeció—. Me acercaré a la clínica antes de ir al rancho, a ver si encontramos al menos el rastro de mi peludo jefe.

—Mantenme informado —pidió—. Si Odin no da señales de vida antes de que acabe el día, tendré que dar parte de su desaparición a Velkan.

Sí, justo lo que necesitaban, avisar a su psicótica alteza.

—Intentaremos dar con él antes de eso.

Dicho aquello apagó el teléfono y suspiró.

—Este va a ser un jodidamente largo día.

CAPÍTULO 10

Había pocas cosas que le sorprendieran, pero el ver a esa deliciosa hembra humana moviendo las caderas al tiempo que cantaba la canción que sonaba por la radio lo dejaba atónito. En honor a la verdad, no podía decir con seguridad si había algo que le sorprendiese más, pues no lo recordaba, pero sin duda, el que se estuviese poniendo cachondo al ver ese culo moviéndose de un lado a otro, era preocupante.

Analicemos la situación:

Ella es humana.

No es de mi raza.

¡Y me están entrando unas ganas locas de lamerla como a un helado!

No, algo iba mal en su cerebro y, al mismo tiempo, ese mismo algo le decía que aquello era perfectamente normal. El que prácticamente le colgase la lengua de la boca y babease como un cachorro al ver ese despliegue de sensualidad, no era algo extraño.

Si tan solo pudiese recordar…

La canción llegó al estribillo y la escuchó musitar la letra al mismo tiempo que levantaba los brazos y se balanceaba al compás de la extraña melodía.

«¿Quién te amaba como solía hacer?» «Nadie, nadie, nadie».

Extraña. *Sip*. Pero tenía ritmo y, le gustaba. Casi podía imaginarse a sí mismo detrás de ella, rodeándola con los brazos, moviéndose al mismo ritmo, disfrutando con las caricias de su cuerpo y…

¿Rodearla con los brazos? ¿Moverse al mismo ritmo?

Sí, podía verse a sí mismo en forma humana, podía sentir esa humanidad dentro de sí mismo, pero… ahora le resultaba lejana. La medicina que le había administrado el hombre de bata blanca lo mantenía medio adormecido, había conseguido que se fuese el dolor, pero a cambio le había nublado aún más la mente.

Se lamió la nariz y emitió un bajo gemido. Deseaba volver a sentir sus manos sobre el pelo, su rostro cerca del suyo… sus… ¿besos? Sí, quería también sus besos, quería lamerla y acariciar esa piel, sentir su calor… en forma humana.

Cerró los ojos y suspiró.

Nada de aquello parecía tener sentido y, sin embargo, lo tenía.

«Dime… ¿quién te ama? ¿Quién te ama?».

Gimoteó de nuevo y se revolvió en la cama en el que lo habían dejado, el movimiento debió de llamar su atención pues se giró como un resorte y acudió rauda a su lado.

—¿Te duele, pequeño?

Arrodillada frente a él, su mano acariciándole la cabeza, aprovechó su cercanía para pegarle un lametón en la cara. Dios, sabía de manera deliciosa, pero no era suficiente. Quería más. Quería abrazarla.

—Puaj… lo siento… pero es que… babas —se echó a reír antes de inclinarse de nuevo y depositar un beso sobre su morro—. ¿Quieres agua? El doc me dijo que podías beber.

‹‹Te quiero a ti››.

La idea surgió sola, se formó en su mente, con un tono que sabía pertenecía a su propia

voz, pero fue como el resonar de un eco, como si algo no estuviese bien.

Quería hablarle, quería que Leah le escuchase, pero no entendía el motivo de por qué no era así.

Volvió a sacar la lengua y le lamió los dedos. Esperaba que ella entendiese que esa era su forma de darle las gracias, de pedirle que se quedase a su lado.

‹‹Quédate conmigo, Leah››.

Su nombre le producía ternura, calor y traía consigo un significado que iba más allá del entendimiento.

—Mira, voy a traerte un poco de agua —continuó ella con su monólogo—. Y después, voy a ver cómo me las ingenio para acampar aquí, ¿vale?

Gruñó, un bajo y ronco sonido que emergió de su garganta a modo de confirmación.

Ella parpadeó, hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Te juro que por momentos siento como si me entendieses.

‹‹Te entiendo››.

No comprendía el motivo, ni de dónde venía esa habilidad, pero la entendía muy bien. El problema era que ella no parecía tener la misma habilidad para con él.

—No te muevas de aquí, Mr. Boots —pidió pronunciando ese nombre que le había dado —. Vuelvo enseguida.

Mr. Boots. Si pudiese sonreír, lo haría. Un nombre absurdo, pero le gustaba porque se lo había dado ella y, en cierto modo, eso era importante.

La escuchó moverse por la casa, el sonido de un grifo, el del agua vertiéndose en un recipiente, una baja maldición y finalmente sus pasos la llevaron de nuevo al punto de partida.

—Agua fresca —canturreó dejándola cerca de su cama, lo suficiente para que pudiese levantar la cabeza y beber si tenía sed.

Se relamió, el olor del agua le atraía lo suficiente como para querer probarla, pero sus fuerzas no parecían muy dispuestas a colaborar. Con bastante esfuerzo, levantó la cabeza, cambió su peso ahogando un quejido y probó a dar unos cuantos lametones antes de dejarse caer de nuevo en su camastro.

—La dejaré aquí por si luego quieres más.

Volvió a levantarse, esas largas piernas desnudas eran espectaculares y endiabladamente largas. Mientras él dormía se había aseado y cambiado de ropa, su aroma había cambiado a un cítrico, pero el suyo propio seguía allí, dulce y delicioso. Cuando volvió a verle llevaba una camiseta, pantalones cortos y una chaqueta demasiado grande para su cuerpo, el pelo húmedo le caía en cascada por la espalda y su rostro estaba ahora libre de maquillaje. Parecía incluso más joven que cuando la vio por primera vez en la casa, si es que esa había sido la primera vez, pero era igual de bonita y apetitosa a sus ojos.

La radio volvió a cambiar y comenzó una nueva canción la cual no hizo sino convertir la siguiente escena que se desarrolló ante sus ojos en algo realmente irónico. Por debajo del sonido de la música escuchó golpes, juramentos y unos cuantos resoplidos antes del inequívoco movimiento de algo pesado siendo arrastrado. Se incorporó a duras penas, luchando con el dolor, pero sucumbiendo a la curiosidad, levantó la cabeza en dirección a la puerta y, de ser posible, habría abierto los ojos desmesuradamente y enarcado las cejas al ver a su hembra arrastrando un colchón.

El gruñido emergió involuntariamente de su garganta, una mezcla entre gruñido y resoplido que podría equivaler a su pregunta mental.

‹‹¿Qué estás haciendo?››.

Ella asomó la cabeza por un lado del pesado objeto, estaba sonrojada y respiraba con visible esfuerzo.

—No te preocupes, todo va bien —declaró al tiempo que hacía un esfuerzo para tirar del colchón al interior de la habitación—. Pesa un poquito más de lo que esperaba, pero lo tengo controlado. Solo *necesiiiiiiii*…

Cerró los ojos por inercia, apretó los párpados y se encogió al escuchar el *plof* que acompañó al grito femenino cuando el colchón y ella cayeron hacia delante.

—Joder.

El jadeo femenino lo obligó a abrir los ojos una vez más. Su humana estaba ahora tirada sobre el colchón, espatarrada cuan larga era y con esa bonita mata de pelo rojo desperdigado.

—Bueno, con razón pesas —continuó hablando para sí misma—, no he notado ni el suelo.

Una serie de ladridos emergieron de su garganta, no podía evitarlo, en su propia mente podía escucharse reír, un sonido muy humano. Al parecer, a esa extraña parte de él le parecía realmente cómico todo aquel asunto.

El sonido trajo consigo la inmediata atención de la chica y la vio culebrear sobre el colchón, intentando darse la vuelta solo para quejarse cuando pisó su propio pelo con una mano y cayó de nuevo de lado.

—No pasa nada, Mr. Boots, solo ha sido un accidente, estoy bien —rezongaba intentando incorporarse, pero al final optó por gatear hacia él—. Que esto quede entre tú y yo, ¿vale? Menos mal que no hay nadie de dos piernas que haya visto mi actuación estelar.

La suave mano le acarició la cabeza y cerró los ojos disfrutando de la sensación. La diversión todavía burbujeaba en sus venas, como lo hacía el dolor que parecía dispuesto a emerger de nuevo.

—Parece que ya te va bajando la fiebre —murmuró posando la palma sobre su hocico—, tienes la nariz fría y húmeda.

Empujó contra su mano, haciendo que esta resbalase por su cabeza.

‹‹Sí, que gusto››.

Palmeándole la cabeza, volvió a levantarse y señaló el colchón con el pulgar.

—Voy a terminar con esto —informó—. Tú acuéstate y duerme un poco. Por suerte tengo el portátil en el coche, así que, aprovecharé para terminar un par de asuntos pendientes antes de la hora de comer.

Dicho aquello dio media vuelta y salió por la puerta una vez más, dejando tras de sí ese delicioso aroma que lo hacía salivar.

‹‹Mía››.

Sí. Ella era suya, de un modo irracional y profundo, sabía que ella era toda suya.

CAPÍTULO 11

Si había algo que detestaba hasta el mejor de los rastreadores era la lluvia. Cualquier huella fresca quedaba inutilizada después de un buen chaparrón y, para su mala suerte, la noche anterior había caído un buen chaparrón.

Cuando bajó del coche, Quinn no pudo evitar hacer una mueca. La humedad perlaba el aire y convertía un caluroso día de mayo en algo sofocante. Él prefería los inviernos e incluso los otoños de Nevada que el asfixiante verano.

El hospital estaba situado a las afueras de la ciudad en un lugar agradable y pintoresco. El edificio de planta baja y feo color amarillento no hacía gran cosa por atraer su atención, pero bueno, bien mirado, el hecho de que fuese una clínica de salud mental no era precisamente material para un catálogo de destinos turísticos.

Olfateó el aire y frunció el ceño, era imposible discernir ningún olor más allá del de la tierra mojada. Y con todo, había algo que lo impelía a seguir adelante, su lobo estaba nervioso y eso incidía directamente en su parte humana. Enderezó los hombros, hizo crujir el cuello y echó a andar hacia la entrada principal.

Empujó la puerta y penetró en el cálido y acogedor interior, el olor del antiséptico le picaba en la nariz y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para captar algo que pudiese serle de utilidad. Discernir un aroma en concreto en aquel lugar prometía ser como buscar una aguja en un pajar. A decir verdad, ni siquiera estaba seguro de por qué había venido hasta aquí, el informe de Jeremy había sido lo bastante exhaustivo como para suponer que no le serviría de mucho visitar a la hermana de Leah.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle?

Una coqueta y cuarentona mujer le dedicó su mejor sonrisa desde detrás del mostrador de recepción. El perfume que llevaba prácticamente ocultaba cualquier olor y lo llevó a estornudar; diablos, odiaba los aromas tan fuertes.

—Buenos días —se acercó al mostrador—. Espero no venir fuera de las horas de visita. Acabo de llegar a la ciudad y, puesto que me quedaba de camino, no pude evitar hacer un alto para visitar a una vieja amiga de la familia.

Las pestañas de la empleada se agitaron como dos abanicos en una obvia muestra de coqueteo. Tenía que admitir que no estaba nada mal en su madurez. Si bien no era el tipo de mujeres que solían gustarle, podía apreciar la sensualidad en esta hembra.

—La hora de visitas termina a la una y media, así que todavía está a tiempo —declaró con una genuina sonrisa, llevó las manos al teclado y lo miró—. ¿A quién viene a ver?

Se inclinó sobre el mostrador con gesto indolente, sabiendo que su cercanía atraía la atención de esta fémina. Dejó que su lobo tomase el mando, su voz se volvió más sensual y atrayente.

—Dawn Álvarez —pronunció su nombre—. Su hermana Leah me pidió que me pasase, considera que mi presencia podría serle beneficiosa.

La mujer asintió e hizo volar los dedos sobre el teclado mientras miraba la pantalla.

—Sí, la señorita Álvarez ha estado aquí a primera hora de la mañana —declaró la mujer —, pero me temo que las visitas para la paciente se han suspendido hasta nuevo aviso.

Frunció el ceño y se inclinó sobre el mostrador un poco más, hablándole en confidencia.

—¿A qué se debe eso?

La mujer se lamió los labios y vaciló.

—No se me permite dar información sobre los pacientes a no ser que sea familiar, señor…

—Reig, Quinn Reig —ronroneó—. Y, por supuesto, entiendo el protocolo, pero… He hecho un largo camino desde Atlanta para verla. Mi madre está deseosa de saber cómo está la pequeña Dawn, su madre y ella eran muy amigas y, después de lo ocurrido… Una verdadera tragedia.

La historia surgió de sus labios con total naturalidad, su preocupación bailando incluso en sus ojos. Odin siempre decía que deberían darle un Oscar a la mejor interpretación.

La vacilación de la empleada se hizo más acuciante, vio cómo se lamió una vez más los labios y miraba de un lado a otro.

—Podría meterme en un problema si le dejo pasar…

Extendió la mano por encima del mostrador y le acarició la mejilla con los dedos. Una caricia sutil, pero con carácter muy sexual.

—Cinco minutos —pidió con voz ronca—, podrá acompañarme si así se siente más tranquila.

La sugerencia pareció inclinar un poco la balanza hacia su lado.

—Habitación 102, por ese pasillo, segunda puerta a la derecha —murmuró en voz baja, como si temiese que la escuchase alguien—. Tiene solo cinco minutos.

Sonrió y asintió.

—Serán suficientes, se lo prometo.

La dejó con una nueva caricia que le arrancó un suspiro y se movió con cauto sigilo en la dirección que le había indicado. La decoración del interior del edificio se volvía más agradable, colores claros, cuadros alegres, por momentos era difícil pensar que estabas en un sanatorio mental y, en otros, con solo oler el desinfectante, eras incapaz de evitarlo.

Algunas de las puertas de las habitaciones estaban abiertas, la hora de visita estaba en pleno auge y su presencia no parecía levantar sospecha alguna. Recorrió la distancia que lo separaba, no sabía si se debía al lugar o a toda la gente que había allí reunida pero su lobo estaba cada vez más inquieto, le picaba la piel y los aromas empezaron a confundirse obligándole a detenerse unos momentos para concentrarse.

—Será mejor hacer una visita rápida y marcharse —murmuró para sí.

La puerta de la habitación que buscaba estaba cerrada, llamó suavemente y giró el pomo para descubrir que cedía.

—¿Señorita Álvarez?

Las palabras apenas salieron de su boca cuando su lobo levantó las orejas repentinamente atento. El aroma del desinfectante se perdía en el interior de la habitación y el de las flores frescas que había en un jarrón se hacía más y más presente junto con el natural de la mujer.

‹‹Lilas››.

Sentada de espaldas a él en el borde de la cama, con una cascada de pelo rojo cayéndole por la espalda y una menuda figura envuelta en una bata blanca, la fragilidad y la vulnerabilidad que emanaba de ella lo atrajeron como un imán. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo se encontró a los pies de la cama, contemplando absorto su perfil, salivando por su aroma mientras su lobo aullaba de dicha.

Lo último que podía haber imaginado en su vida estaba sucediendo allí, en esa anodina y pequeña habitación de un hospital mental. La mujer que estaba sentada en la cama, con la mirada perdida a través de la ventana, era su compañera.

CAPÍTULO 12

No podía respirar. No podía hablar. Ni siquiera se atrevía a moverse.

Era ella. La única. Su compañera.

Su lobo estaba extasiado, revolviéndose en su interior, reclamándola como suya, gritándole para que se moviera, para que la tocara, para que hundiese la nariz en esa mata de pelo rojizo y aspirara profundamente su olor.

—¿Nadie le ha dicho que es de muy mala educación quedarse mirando a alguien con la boca abierta?

La inesperada pregunta con tono de censura le provocó un escalofrío de placer. Su sexo se endureció al momento y la boca se le llenó de saliva. Su voz era dulce, un poco ronca, pero malditamente sexy.

Entonces ella se giró, su rostro pálido y salpicado de pecas se encontró con el suyo y unos ojos verde mar se abrieron desmesuradamente al verle. Los rosados labios se abrieron unos instantes como si quisiesen pronunciar palabras que no daban emergido de su garganta. Pero no salieron palabras, sino un abrupto jadeo que la llevó a levantarse de golpe y dar un paso atrás, el miedo cubriendo ahora unos ojos que inicialmente estaban repletos de sorpresa.

—Eres uno de ellos… no… no te acerques… por favor… no te… no te acerques.

El miedo en su voz fue como un bofetón en pleno rostro. Su lobo gimió de dolor al verse rechazado, pero su parte humana, la que todavía conservaba un poco de raciocinio, analizó sus palabras.

—¿Uno de ellos?

Ella se lamió los labios, su retirada cortada por la pared. Estaba temblando y sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—No me hagas daño, por favor —musitó al tiempo que intentaba mimetizarse con la pared—. Nadie me ha creído, piensan que estoy loca… Nadie sabrá jamás que fuisteis vosotros, que erais de la manada…

¿Manada? Su admisión lo golpeó de nuevo.

—¿Cómo sabes…?

Entrecerró los ojos y aspiró profundamente, captando su aroma, grabándoselo a fuego en el alma y sorprendiéndose al mismo tiempo al haber pasado algo tan importante por alto.

—Eres una loba.

Su admisión la llevó a taparse los oídos, a negar con la cabeza.

—No es verdad, no lo soy, no soy nada, nada en absoluto —insistió resbalando hacia el suelo, con las manos cubriéndose las orejas—. Todo fue una pesadilla, nada fue real. Leah no lo recuerda y así debe ser. Ella no ha visto nada, no recuerda nada, nada en absoluto.

Verla así, encogida de miedo, aterrorizada, tan vulnerable y con los ojos anegados en lágrimas lo cortó por dentro. Esa criatura, su loba, era un animalillo herido, uno cuyo espíritu había retrocedido hasta el punto de que apenas era capaz de captar su esencia lupina. Pero estaba allí, no había forma de equivocarse, su lobo la sentía, su olor la delataba; era una de los suyos.

—Dejadnos en paz, dejadnos en paz, dejadnos en paz.

Aquel se convirtió en su nuevo mantra, uno que no dejaba de repetir una y otra vez

mientras se acunaba hacia delante y hacia atrás hecha un ovillo.

¿Qué le habían hecho? ¿Qué la había llevado a ese estado? Una furia roja y ciega empezó a emerger en su interior, su lobo aulló pidiendo venganza, dispuesto a destrozar a los culpables de lo que le habían hecho a su compañera.

—Está bien, dulzura, nadie te hará daño —prometió acercándose muy lentamente—, nadie jamás volverá a hacerte daño.

Pero no parecía escucharle, seguía meciéndose hacia delante y atrás sin dejar de murmurar lo mismo.

—Dawn —pronunció su nombre, saboreándolo, sabiendo que ahora era suyo para decirlo con ternura, con pasión y quizá, algún día, lo haría con amor.

La mujer se encogió más sobre sí misma y eso irritó a su lobo, que gruñó a través de su garganta.

El canino sonido hizo que la chica se quedase quieta y levantase la mirada, un gemido igual de lupino, respondiendo a su llamada, reconociéndole como un miembro de su especie.

Entrecerró los ojos y la contempló en silencio, estudiándola.

—Está bien, lobita, solo quería llamar tu atención —murmuró dejando que el lobo acariciase su voz.

Esos bonitos y recelosos ojos lo miraron por debajo de unas pestañas mojadas, el temor y la incertidumbre estaban presentes en ellos, pero también había algo más, un sutil reconocimiento.

Su lobo gruñó satisfecho, alzó las orejas y la miró a través de sus propios ojos, contemplándola con la misma intensidad que su parte humana. Se relamió y supo, que, de estar en forma lupina, se estaría lamiendo la nariz, dispuesto a restregarse contra ella, a mostrarle lo feliz que estaba de haberla encontrado y que ahora estaba segura a su lado.

Extendió la mano con la palma hacia arriba y esperó paciente.

Podía ver la dualidad en su mirada y sentirla en su cuerpo. Era como si la parte humana se hubiese hecho cargo de todo relegando al lobo, como si tuviese miedo de su propia bestia y hubiese decidido anularla. Sin embargo, ahora que se habían encontrado, que sus bestias se habían reconocido, la loba en su interior empezaba a desperezarse, a levantar las orejas con gesto curioso y olfatear el aire en busca de confirmación.

Amigo o enemigo.

—Está bien, Dawn, tómate tu tiempo —le dijo sin apartar la mano, pero sin acercarla más a ella—. Tómate el tiempo que necesites, lobita.

Agachó la cabeza y murmuró algo que sonó como a ‹‹no soy una loba›› antes de apretarse de nuevo contra la pared.

—Eres mi loba —repuso él, manteniendo ese tono tranquilo, suave, manteniendo a su lobo a raya—, y yo soy el tuyo. ¿Alguna vez tuviste una mascota peluda? Puedes pensar en mí de ese modo.

Ella levantó la mirada una vez más, encontrándose con sus ojos.

—Tú no eres una mascota y no eres peludo —repuso en voz muy baja, casi un susurro.

Se rio, no pudo evitarlo. El hacerla hablar, el escuchar su voz, era una pequeña victoria en aquellos momentos.

Por lo general, en su raza los compañeros se reconocían el uno al otro. La atracción era inmediata, el reconocimiento se llevaba impreso en los huesos y se aceptaba libremente, como algo impuesto por el destino. Solían ser ellos, los machos, los que reclamaban a sus hembras, pero en su mundo, ellas sabían a qué atenerse, sabían qué esperar, algo que, como había visto en

los extraños casos de emparejamiento entre lobo y humano, no sucedía igual.

Bryony, Shane y Cleo eran prueba de ello. Ellas eran compañeras humanas de lobos alfa, las tres habían ignorado por completo la existencia de su mundo y se habían visto obligadas, al igual que sus compañeros, a pasar por un proceso de adaptación. Cada emparejamiento era distinto. Ya fuese por el rango dentro de la manada, por la simbiosis que hubiese entre la parte humana y la lupina, nunca sabían con qué intensidad iba a golpearte el proceso de vinculación hasta que te encontrabas con él.

Ahora, él empezaba a darse cuenta de ello de primera mano.

—Eso es que todavía no me has visto el abrigo, pelirroja —aseguró haciendo bailar los dedos de la mano que seguía extendida hacia ella—. ¿Me dejas tocarte?

Miró su mano y entonces sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Quieres tocarme tú a mí?

Giró la mano de modo que dejó la palma hacia abajo. Ella entrecerró esos bonitos ojos, miró su mano y luego a él.

—¿Psicología inversa?

La pregunta lo sorprendió y, una vez más, se echó a reír.

—De acuerdo, me ha tocado una compañera inteligente y astuta.

Sus labios se fruncieron.

—No soy la compañera de nadie —declaró abrazándose de nuevo a sí misma—. No quiero un compañero. No necesito un compañero. Los lobos hacen daño. Son malos. Mataron a mamá y a papá.

Y ahí estaba de nuevo esa inestabilidad, el aire infantil que asomaba de vez en cuando al recordar un trauma vivido y no superado.

—Yo no te haré daño, no soy malo —declaró como si hablase con una niña en vez de con una mujer adulta—. Puedes tocarme para averiguarlo.

Ella lo miró de nuevo, miró su mano y se giró de lado, apoyándose contra la pared, juntando las rodillas casi con el mentón.

—No quiero tocarte —rezongó.

Su lobo contestó por sí mismo con un nuevo gruñido al que ella respondió de nuevo sobresaltándose y mirándole.

—No hagas eso.

—¿Por qué? —Optó por sentarse también en el suelo, cruzó las piernas y mantuvo las manos sobre las rodillas.

El que hubiese decidido tomar asiento frente a ella pareció sorprenderla igualmente, su mirada voló a través de la habitación.

—Me duele —musitó llevándose la mano al pecho—. Me duele aquí cuando lo haces.

Se acarició el pedazo de piel expuesta entre la bata abierta y bajó de nuevo la cabeza, su pelo ocultándole la cara como una cascada de fuego.

—¿Quieres que deje de dolerte?

Esa dulce naricita se elevó lentamente, se apartó el pelo tras la oreja y lo miró con abierto recelo.

—No puedes evitar que duela —declaró como si estuviese convencida de ello—. Nadie puede. Ni siquiera tú. El pasado duele siempre y no hay forma de calmar ese dolor.

—Lo hay, pero requiere tiempo —aseguró pensando en su propio hermano—. No desaparecerá, pero sí que dolerá menos y será más fácil seguir adelante.

Bajó de nuevo la mirada y se estudió las manos, entonces estudió las de él.

—¿Has venido a matarme?

La sola pregunta hizo que su lobo gruñese amenazante. La idea de que ella se plantease tal cosa los ponía a ambos de muy mal humor y hacía que sintiesen una enorme pena por la criatura que tenían ante ellos.

—No, dulzura —le sostuvo la mirada, deseando que viese en ella todo lo que su presencia había despertado en él—, jamás te haré daño de ninguna forma. Eres… importante para mí. Eres mi compañera, mi pareja.

Aquella afirmación la llevó a componer una mueca.

—Ellos hicieron daño a sus compañeras, las mataron y no les importó.

Tal afirmación lo hizo fruncir el ceño.

—No, pequeña, un lobo nunca haría daño a su compañera —aseguró con firmeza—. Antes moriría que herirla.

Ella asintió, pero parecía perdida de nuevo.

—Ellos murieron… pero primero mataron… el fuego lo consumió todo —masculló y cerró los ojos con fuerza—. Nosotras morimos dos veces. Nuestros padres murieron dos veces. Ahora… ahora solo me queda Leah y tengo que protegerla… pero él la encontró y ella no sabe… no recuerda.

¿De qué estaba hablando? Sus respuestas eran como un galimatías y, al mismo tiempo, había algo que parecía tener sentido a pesar de no tenerlo.

—¿Quién la encontró, Dawn?

Sus ojos se clavaron de nuevo en los de él.

—Olía a él —musitó y sus ojos empezaron a llenarse de nuevo de lágrimas—, olía mucho a él. Leah no lo sabe, pero no la dejará ir. Es suya, es suya y le hará daño… sé que le hará daño como ellos se lo hicieron a las compañeras… No quiero, yo no quiero un compañero… no quiero que me mate.

La admisión entre sollozos fue como un golpe en el pecho, su lobo aulló al mismo tiempo y sus sollozos aumentaron de intensidad.

—No me riñas…

—Dulzura, no te estoy riñendo, me duele verte así —aseguró y por dios que no había sentido jamás un dolor igual—. Déjame tocarte, Dawn. Ven a mí.

Su voz había bajado una octava, su lobo palpable en cada palabra, dominante e insistente.

—¡Me harás daño! —lloró incluso más fuerte—. Todos me han hecho daño.

Su lobo volvió a gruñir, una protesta y una orden y al momento siguiente, esa dulce y pequeña mujer saltó a sus brazos, permitiéndole abrazarla por primera vez, tenerla cerca y consolarla.

—No me hagas daño, no me hagas daño, no me hagas daño —la letanía quedó ahogada contra la tela de su chaqueta, los delgados brazos rodeándole la cintura mientras se encogía en su regazo, buscando su calor y protección al tiempo que su loba arañaba la superficie inquieta, buscando acercarse a quién era, recuperar su identidad.

Enterró el rostro en su cuello, entre su pelo y aspiró profundamente, saboreando su aroma, la sensación de tener ese menudo cuerpo entre sus manos. Por dios, estaba tan delgada, era tan frágil. Su lobo aulló angustiado, su compañera estaba perdida en sí misma, dónde debería haber una unidad, estaba prácticamente dividida y no tenía la menor idea de qué podía hacer para traerla de vuelta.

—Nunca te haré daño, Dawn —pronunció su nombre, abrazándola con suavidad, permitiéndole aprender su aroma, entender que él estaba allí para protegerla y no para dañarla—,

jamás.

La muchacha se acurrucó más cerca, su pequeño cuerpo temblando mientras los sollozos abandonaban su cuerpo dejándola exhausta. No estaba seguro del tiempo que permanecieron así, pero tampoco le importaba, todo lo que quería era sostenerla, mantenerla a salvo.

‹‹Mi compañera. Mía››.

Su lobo se hizo eco de sus propios pensamientos. Los únicos que tenían cabida en el turbulento remolino de emociones que se daban en su interior. Su sentencia estaba entre sus brazos, la única que acataría y cumpliría hasta el fin de sus días.

—¿Por qué… por qué no me duele?

La pregunta surgió de los temblorosos labios femeninos, el llanto había remitido y ahora solo quedaba entre ellos un cómodo silencio.

—Te dije que no te dolería.

Levantó la mirada, roja por las lágrimas, las mejillas hinchadas y sonrojadas.

—Pero eres un lobo —declaró como si eso lo explicase todo.

Mantuvo las manos quietas alrededor de ella a pesar de lo mucho que le gustaría limpiarle las lágrimas. Todavía estaba nerviosa, podía sentirlo, notarlo en la forma en que temblaba.

—Sí —aceptó y expuso lo obvio—. Tu compañero.

—Pero… —sus palabras se extinguieron. Entonces sacudió de nuevo la cabeza—. Los compañeros… hacen daño. Ellos les hicieron daño a todos, los mataron.

De nuevo esa extraña respuesta.

—¿A quién hicieron daño?

Su respuesta no se hizo de rogar.

—A mi manada —murmuró en apenas un susurro—. Ellos eran compañeros e hicieron daño a mamá y a papá… y a todos…

¿Manada? Un ligero escalofrío se filtró a través de su columna cuando una peregrina idea empezó a cruzar su mente.

—¿Cuál era tu manada, Dawn? —intentó sonar tranquilo y no tan ansioso como se sentía.

Sus ojos se mantuvieron sobre los suyos, entonces ladeó la cabeza.

—¿Cuál es tu nombre? Sabes el mío, pero… no… no te conozco —declaró nuevamente lúcida—. No recuerdo que nos hayan presentado antes…

Negó con la cabeza.

—No, esta es la primera vez que nos vemos —aseguró—. Me llamo Quinn, Quinn Reig.

Se lamió los labios y gesticuló su nombre.

—Quinn —repitió ahora en voz alta, entonces sacó una mano de entre sus cuerpos y se la tendió—. Yo soy Dawn.

Le sonrió, no pudo evitarlo y correspondió a su saludo.

—Lo sé, dulzura.

Lo miró de reojo.

—¿De verdad eres mi compañero?

Una pregunta inusual, aunque dadas las circunstancias, nada parecía ser realmente normal en esa conversación.

—Lo soy, lobita.

Su ceño se hizo más profundo, arrugó la nariz y levantó la mirada.

—¿Y no vas a hacerme daño? —Aquello parecía ser algo importante para ella.

—Jamás —aceptó apretando suavemente su mano.

Su gesto se volvió pensativo, entonces asintió.

—Te creo —resolvió ella, entonces se levantó, abandonando su regazo y le tendió la mano —. Y Leah te creerá si se lo dices tú. A mí… a mí no me cree. Ella no recuerda a la manada, no lo dice, pero piensa que yo inicié el incendio, que yo quemé la casa… pero no fue así. Eso no fue lo que ocurrió.

Una vez en pie, ella dio un paso atrás, como si acabase de darse cuenta todavía ahora de su presencia.

—Tienes que encontrarla —pidió avanzando de nuevo hacia él—. Tienes que buscar a Leah e impedir que ellos la encuentren. Ella no olía a ellos… pero sé que están ahí fuera y si la encuentran, la matarán como hicieron con todos los demás…

Entrecerró los ojos y la miró. Su lobo la sondeó, buscando en su voz algún rastro de alucinación o locura, pero sus palabras eran demasiado coherentes, demasiado lúcidas.

—Si su compañero está con ella, nadie le hará daño —le aseguró—. Dices que le oliste en ella.

Asintió.

—Era como tú… pero distinto… era… como ellos.

Frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Quiénes son ellos, dulzura? —insistió, aunque no estaba seguro de que la respuesta sirviese de mucho. Pero era incapaz de quitarse las sospechas que habían traído consigo sus palabras—. ¿Quiénes son esos… lobos malos?

—Los que entraron esa noche en el poblado, los que quemaron las casas y mataron a toda la manada —insistió como si fuese algo que él debía saber ya—. Eran compañeros… mataron a sus compañeras… y olían… olían distinto… como… como olía Leah.

Un estremecimiento se deslizó por su columna.

—Dawn —se atrevió a tocarle el rostro, a sostenerle la cara para que lo mirase y dejó que fuese su lobo quién hiciese la pregunta—. La manada, ¿cuál es el nombre de la manada?

Parpadeó varias veces, se lamió los labios y murmuró.

—Daratraz.

CAPÍTULO 13

—Píllate quince días de vacaciones y verás cómo el teléfono no deja de sonar —masculló Leah rechazando la llamada y apagando a su vez el teléfono.

Estaba agotada, no recordaba haber estado tan cansada en toda su vida. El sándwich que se había preparado parecía burlarse de ella desde el plato en el que descansaba, su peludo acompañante había conciliado el sueño por fin, su fuerte respiración la avisaba de su profundo sueño.

Dejó el ordenador a un lado y se levantó, le dolía la espalda al haber estado inclinada sobre la pantalla en una posición menos que cómoda para trabajar. Sabía que estaba sobre reaccionando con todo aquel asunto, prueba de ello era que hubiese arrastrado el colchón hasta la clínica para estar disponible para él.

—Si fueses de la especie humana, amiguito, sin duda serías el candidato perfecto a novio.

No pudo evitar sonreír para sí, lo cierto era que se llevaba mucho mejor con los animales que con los seres humanos, el que acabase de pegarle dos gritos a su socio era prueba de ello.

Suspiró. Cogió el bocadillo abandonado, le dio un mordisco y bostezó. Estaba realmente cansada, los acontecimientos de las últimas horas le estaban pasando factura. Si bien la ducha con la que se había indultado le había servido para despejarse, no había sido suficiente. De hecho, la ducha había traído recuerdos de la noche anterior, imágenes que fueron emergiendo de su mente y haciéndola consciente de lo mucho que había disfrutado con un completo desconocido.

Recordaba cómo el chorro de agua de la ducha había impactado contra su piel, él la había empujado al interior del cubículo, siguiéndola entre besos y caricias que la calentaban con tanta efectividad como el agua. Su cuerpo se había relajado contra el de él, dejándose hacer, disfrutando de los mimos y de la erótica caricia de sus manos enjabonadas. Sus dedos le moldearon los pechos, acariciándole los pezones, ejerciendo un suave masaje para pasar después sobre sus costillas en dirección al estómago y bajo vientre. Sus caricias eran suaves pero excitantes, todo su cuerpo reaccionó a las mismas instándola a rozarse con la dura erección que empujaba ya contra su redondo culo. Suspiró y echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en su hombro, retorciéndose bajo sus atenciones y gimiendo cuando los largos y masculinos dedos entraron en contacto con su tierno sexo y gritando cuando el primero de los orgasmos la atravesó sin previo aviso.

Se mordió el labio inferior y apretó los muslos al sentir la humedad manando de su sexo, era increíble cómo tan solo su recuerdo la encendía, especialmente cuando ni siquiera sabía su nombre.

—Ay dios, ¿cómo he podido terminar en la cama con él?

Dejó el trozo de sándwich que le quedaba en el plato y volvió a su improvisada cama dónde se dejó caer cuan larga era. Giró la cabeza y miró a su tranquilo paciente, quién seguía durmiendo a pierna suelta.

—Parece que ambos hemos tenido una noche bastante movida, ¿eh, peluche? —se giró y quedó boca abajo—. Aunque la tuya ha sido, con diferencia, mucho peor que la mía.

Un nuevo bostezo le recordó que aquel era tan buen momento como otro para echarse una siesta, después de todo, ya no era posible que su día fuese a peor, ¿no?

No podía dormir. Sabía instintivamente que el sol ya se había puesto, pero era incapaz de conciliar el sueño. Algo se lo impedía, algo que vivía profundamente y en su interior, que era importante y debía recordar, pero ¿el qué?

Levantó la cabeza y la miró. Leah dormía plácidamente en medio de un lío de sábanas. Aspiró profundamente y se relamió al captar su aroma. Se le hacía la boca agua por acariciarla, por tocar toda esa suave piel y…

‹‹Cuerpos sudorosos entrelazados, toda esa cremosa piel resbalando contra la suya mientras la aferraba por las nalgas y se hundía profundamente en ella.

‹‹Ven a mí, compañera, córrete para mí››.

Y allí estaban de nuevo esas imágenes, sensaciones y, ¿recuerdos? que enardecían sus sentidos y hacían que desease abandonar esa piel y repetir esa dulce tortura.

Se lamió el hocico, algo burbujeó en su interior y tuvo ganas de aullar, de gritar y reclamar de nuevo a esa hembra que le pertenecía. El dolor de sus heridas parecía infinitamente menor bajo el dolor que le provocaba el no poder tocarla de nuevo de la manera que deseaba.

‹‹Mía››.

Esa mujer era suya y la deseaba. La necesitaba. No era suficiente con estar en la misma habitación, quería más. Quería de nuevo esa cremosa piel contra la suya, revolcarse en ella y llevar su aroma, así como ella llevaría el suyo.

Actuó sin pensar, guiado por algo primitivo, un instinto que iba más allá de todo raciocinio y abandonó su cama para ir a la de ella. La olfateó, se relamió una vez más, pero no era suficiente, necesitaba un tipo de contacto distinto, como el que habitaba en su memoria.

‹‹Compañera››.

La palabra se repetía una y otra vez en su cabeza de manera insistente, ahogando todo lo demás y haciendo que su cuerpo doliese incluso más.

—Te… te necesito.

Las palabras se hicieron eco en la solitaria sala ocupada únicamente por ellos dos, un sonido claro, gutural que emergió de su propia garganta. Su perfectiva había cambiado, su visión era distinta y pronto descubrió que no era lo único. La necesidad de tocarla lo llevó a extender el brazo, uno cubierto de piel y vello dorado, los dedos indudablemente humanos se hundieron lentamente en el pelo femenino dándole una sensación totalmente distinta. Sintió una punzada de dolor en el costado, bajó la mirada y encontró un apretado vendaje a su alrededor, cubriendo un amplio apósito. Su piel estaba marcada por contusiones frescas y viejas cicatrices, una piel que ya no contenía pelo sino la desnuda suavidad de la carne humana.

Lo que debió haber sido sorpresa apareció como tranquila aceptación, el dolor de las heridas lo hizo gemir con cada pequeño movimiento, pero no le importó. Deseaba esto, deseaba estar cerca de ella, sentir su piel, su calor y, con ello en mente, se tumbó con ella, acercándose a ese suave y tibio cuerpo. Apoyó la cabeza a la par que la suya, mirándola en su sueño, deslizó la mano sobre la suave piel desnuda que quedaba a la vista entre la subida camiseta y las bragas que se había puesto para dormir y creyó morir ante el suave tacto que encontró.

Ella se revolvió en su sueño, farfulló alguna cosa ininteligible y se acercó a él buscando una posición cómoda. La sensación de piel con piel despertó su hambre y también aplacó la cruda necesidad que lo había estado torturando, se permitió cerrar los ojos y saborear el momento, deslizó el brazo sobre su cintura y se acercó cuidadosamente hacia ella notando

todavía el tirón de su herida con cada movimiento.

Necesitaba sanar, intrínsecamente sabía que necesitaba estar completamente recuperado para ella, para cuidarla, para protegerla de… ellos.

Nuevas imágenes se filtraron en su mente y ya no le cupo la menor duda de que se trataba de recuerdos. Su necesidad de encontrarla y, entonces, la seguridad de que le estaban siguiendo, una carrera desenfrenada para alejarlos de ella...

—Tenía que ponerte a salvo —musitó para sí, sabiendo que esa era su primera directriz y la más importante—, no puedo permitir que lleguen a ti. Eres mía…

Su compañera. La persona más importante en su vida, más incluso que su… ¿manada?

—Quinn. —El nombre acudió a su boca sin demasiado esfuerzo. Un nombre que tenía un significado, uno importante para él—. Quinn… él… él es… mi… ¿mi qué?

Las respuestas estaban allí, casi podía tocarlas con la mano, pero el sordo dolor que habitaba en su cuerpo empezó a nublarle de nuevo la mente, relegando a un lado sus pensamientos. Estaba cansado, apenas sí podía mantener los ojos abiertos así que mucho menos pensar.

Mañana. Mañana buscaré las respuestas.

Se acurrucó un poco más contra ella, aspiró su aroma y suspiró al sentir cómo hacía lo mismo, pegándose todavía más a él, obsequiándole con su calor.

—Leah… Mi Leah.

Suspiró profundamente y dejó que el sueño lo arrastrase a ese lugar dónde podría empezar a curarse, uno que conocía a la perfección y, que, sin embargo, tampoco era capaz de explicar. Había muchas cosas que todavía no comprendía, que su mente no podía recordar, cosas como su propio nombre.

CAPÍTULO 14

Dawn era incapaz de dejar de mirarle, había algo en ese hombre que resultaba hipnótico y hacía que desease acercarse a él. Su tranquilidad, contribuía a su propia tranquilidad, no juzgaba, no exigía, se conformaba con estar en la misma habitación, mirándola, intercambiando breves caricias y eso hacía que se sintiese cada vez más inclinada a acercarse a él. Era un pensamiento irracional, especialmente dada su actual relación con los hombres, la cual se limitaba al frío contacto de los médicos de la clínica. Pero Quinn no tenía nada que ver con el doctor que la trataba y la miraba como si fuese una pobre niña loca, él no la miraba de esa manera, ni siquiera la miraba como Leah. En sus ojos no había pena, no había lástima, solo aceptación y dulzura, algo realmente ajeno para ella.

Durante todo el tiempo que llevaba encerrada entre esas cuatro paredes había aprendido a aislarse, a sumergirse en sí misma e ignorar lo que había a su alrededor, era un mecanismo de defensa, uno que había visto funcionaba con las enfermeras y los médicos que la pinchaban y la trataban como a una muñeca sin cerebro.

Ellos no sabían que lo que había visto era real, creían que había sido un robo, que alguien había entrado en su casa para robar, pero no fue así, nada de lo que pensaban se acercaba mínimamente a la realidad. La verdad era mucho más oscura, más sangrienta e increíble para muchos, empezando por su hermana.

Pero Quinn no le permitía evadirse, su mirada penetrante la mantenía alerta, esos bajos gruñidos lupinos despertaban en ella una respuesta inmediata y hacían que estuviese pendiente de su presencia.

«Soy tu compañero».

La palabra significaba más de lo que había esperado. La implicación que traía consigo era algo que había añorado de niña, con lo que había soñado, pero después las cosas habían cambiado y mostrar interés por su propia gente resultaba peligroso. Sus padres de acogida le habían inculcado la necesidad de dejar atrás su pasado, de olvidar lo que era y abrazar su naturaleza humana relegando la lupina y eso es lo que había hecho hasta este día. Se había obligado a olvidar quién era para protegerse y proteger a su hermana pequeña; Leah había sido prácticamente un bebé cuando habían perdido a su primera familia, ella no recordaba sus orígenes y por ello tenía que protegerla todavía más.

—Leah —pronunció su nombre en voz alta.

Pero le había fallado. Cuando vino a verla esa mañana había captado algo distinto en ella, su olor había estado mezclado con algo más y lo supo al momento; la habían encontrado, había sido reclamada y no tenía la menor idea de lo que le había pasado realmente.

—Leah está a salvo, dulzura —le dijo Quinn como si le hubiese leído la mente—. Su compañero está con ella y la protegerá. Odin no permitirá que nadie le haga daño.

Parpadeó alejando los vagos pensamientos y lo miró. Se había sentado en una silla cercana y le había dedicado su tiempo.

—No lo entenderá, Quinn, ella no lo sabe, no recuerda… era un bebé… y luego sencillamente lo olvidó.

Él estiró la mano y cogió la suya.

—Confía en mí, Dawn —le pidió enlazando sus dedos, acariciándoselos con suavidad—.

Todo irá bien, te lo juro.

Se lamió los labios y miró a su alrededor. Ojalá ella fuese tan optimista.

—Quiero irme a casa —musitó, sabiendo que eso es lo que más deseaba, salir de allí—. Leah me dijo que me llevaría a casa, pero ese médico no se lo va a permitir. No quiere que me marche, piensa que soy peligrosa.

Se mordió el labio inferior recordando aquella otra tarde, la misma en la que las pesadillas dominaron su juicio, en la que el pasado se encontró con el presente y algo fue mal. Las cortinas de la cocina habían empezado a arder, el detector de humo había empezado a pitar, pero no pudo hacer nada. La mirada de Leah cuando la vio, sus lágrimas… su hermana no solía llorar… se la veía tan impotente y ella misma era incapaz de encontrar las palabras que borrasen esa tristeza de sus ojos.

El doctor Lorenzo pensaba que la trágica muerte de sus padres la había afectado, que la había vuelto loca y el episodio del incendio en el piso de Leah era producto de un episodio psicótico de algún tipo. Su mutismo, el déficit de atención y su peculiar ausencia, reforzaban esa opinión.

—No me dejará salir —sacudió la cabeza—, y Leah quizá no me quiera ahora en su casa.

Después de todo, ¿quién iba a quererla con todo el equipaje que traía consigo?

—Yo te quiero en la mía —la atajó Quinn.

Miro a su compañero y arrugó la nariz.

—Pero tú no eres familiar, no te dejarán sacarme…

Se inclinó hacia delante.

—Eres mía, Dawn —declaró seguro—. Tú y yo formamos una familia. Somos uno para el otro.

Como compañeros lo eran. Si lo que sabía al respecto era verdad, y no tenía por qué dudar de ello después de todo lo que estaba pasando, desde ahora serían el uno para el otro porque eso era lo que los hacía compañeros.

—Quiero irme de aquí —aseguró—, pero si lo hago, ellos me encontrarán y buscarán a Leah.

La curiosidad surcó las palabras de su compañero.

—¿Quiénes son ellos, Dawn?

Se lamió los labios. Recordar era difícil, sobre todo con todos esos recuerdos ahogados por los medicamentos.

—Yo no provoqué el incendio que quemó nuestra casa —aseguró con fervor—. Creen que no los escucho, que no sé lo que piensan, pero lo hice y creían que fui yo. Pero no fue así, ni siquiera fue un asalto, no hubo robo, entraron para matar. Papá no quería que nos encontrasen, me obligó a esconderme, a salir por la parte de atrás de la casa, buscar a Leah y marcharme con ella… pero no me dejaron hacerlo. No me dejaron salir.

—¿Quiénes?

Sus ojos buscaron los de su compañero.

—Lobos —murmuró rogando que la creyese—. Eran lobos. Lo juro.

Empezó a temblar, esperaba que la llamase loca, que pusiese en duda su cordura, pero en vez de eso le tendió la mano.

—No tienes que convencerme, lo sé.

Se tranquilizó. Le creía, al contrario que su hermana o los médicos, él la trataba con normalidad, sin hablarle como si estuviese loca o fuese tonta y creía en sus palabras.

—No quiero que hagan daño a Leah.

Ese había sido siempre su mayor temor, incluso en medio de su perdida mente, sabía que adoraba a su hermana y debía protegerla.

—No les dejaremos.

Le miró sin evitar preguntarse si lo decía en serio. Sonaba tan confiado y sincero. No, no le mentiría. Los compañeros no se mentían entre ellos, era una norma establecida. Se cuidaban, se protegían y cuidaban el uno del otro.

—Las horas de visita se han acabado.

La voz de la enfermera que se aproximaba por el pasillo la sorprendió. La comprensión de sus palabras la golpeó y empezó a negar con la cabeza.

—No —negó y miró a Quinn—. No te vayas todavía. Por favor, no te vayas.

Sin pensar en ello acortó la distancia con él y se echó a sus brazos, sujetándole.

—No te vayas, no quiero quedarme sola —suplicó—. No me dejes sola otra vez.

Se inclinó sobre ella, engulléndola con su cuerpo y posó la frente contra la suya.

—No voy a dejarte —aseguró—. Acabo de encontrarte y no te vas a librar de mí tan fácilmente.

Tembló en sus brazos, sabiendo que eso no impediría que la enfermera lo echase.

—Harán que te marches, siempre lo hacen —musitó, aferrándose a él—. No quiero. No quiero, Quinn. No quiero.

—Shh —la calmó, acariciándole el pelo, besándola en la oreja—. Cálmate. Voy a estar justo aquí —le acarició la sien—, podrás alcanzarme en el momento en que lo necesites, no estarás sola.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No te vayas, no te vayas, no te vayas…

La enfermera eligió ese momento para entrar y supo lo que haría antes de que siquiera hubiese pronunciado las palabras.

—Dawn, cariño, tienes que despedirte de tu… amigo —pidió la mujer, entrando en la habitación—. Se ha terminado la hora de visitas.

Sacudió la cabeza y se apretó más contra Quinn.

—No —negó efervescente—. No quiero, no quiero, no quiero.

—Dawn…

—Está bien —la atajó él—. Solo me está dando un abrazo de despedida.

—No —lloriqueó cuando él la desenvolvió de sus brazos—. No, no, no…

—Cariño —le levantó el rostro, obligándole a mirarla—. Volveré, ¿de acuerdo? Te lo juro.

Hizo un puchero y sacudió la cabeza.

—Quinn, no me dejes aquí.

—Compañera, mírame —la instó a ello—. No tendrás tiempo ni a echarme de menos.

—No es verdad…

Estúpidamente, ya lo echaba de menos.

—Te lo prometo —le sujetó el rostro y la besó suavemente en la frente—. No te dejaré sola mucho tiempo. Ahora no.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, dio un paso atrás, le dio la espalda y salió por la puerta dejándola más sola de lo que nunca antes se había sentido.

—Quinn.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, pero no se giró, no quería verle salir por la puerta, no quería perderle ahora que lo había encontrado.

Quinn se estaba muriendo por dentro, su lobo arañaba y aullaba rogando que volviese a esa habitación, cogiese a su compañera y la sacase de allí. Alejarse de ella estaba resultando una tortura, cada paso era como caminar sobre ascuas ardientes, dolía tanto que pensó que enloquecería.

Jesús, ¿esto es lo que se experimenta durante el emparejamiento? No era de extrañar que algunos de los suyos se desesperaran al perder aquello que les estaba destinado solo a ellos. Esta etapa era la más difícil, la más peligrosa, el vínculo físico todavía no se había creado, su lobo había establecido una ligera conexión, pero no estaba seguro de que fuese suficiente para que le escuchase.

Tenía hambre de ella, quería devorarla entera y no podía dejar de fantasear con ello, con sus manos sobre su piel, su boca, su cuerpo pegado al suyo, su pene enterrado profundamente entre sus piernas. Demonios, olía tan bien, ese cuerpo se sentía tan bien contra el suyo.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para llegar al coche, el meterse dentro y ponerse el cinturón pareció llevarle horas. Golpeó el reposacabezas con la nuca y apretó los dientes con fuerza haciéndolos rechinar.

—Tengo que sacarla de ahí —se dijo—, tengo que sacarla ya…

Volvió a mirar el edificio y empezó a hacer sus propios cálculos. Tenía que sacar a su compañera de ese maldito lugar y hacerlo ya, así tuviese que secuestrarla para lograrlo.

CAPÍTULO 15

Leah estaba teniendo uno de los mejores sueños eróticos de su vida. Porque aquello tenía que ser un sueño o quizás, su mente estuviese rescatando alguno de los recuerdos que habitaban en su memoria y que estaban protagonizados por ese dios nórdico.

—Mía —escuchó su voz ronca y sensual al oído—, eres mía.

Gimió al notar esas duras y callosas manos cerrándose sobre sus nalgas, atrayéndola a una palpable y dura erección que se restregó contra su vientre. No podía dejar de temblar y derretirse al mismo tiempo, sus caricias le quemaban la piel, ese duro cuerpo contra el de ella la dejaba jadeante y deseando más. Sus lenguas se unieron al juego en una lujuriosa caricia, la succionó en su boca, la saboreó y le permitió hacer lo mismo, disfrutando de ella tanto como disfrutaba de él.

Rompió el beso para recuperar el aire, estaba dispuesta a suplicarle que no se marchase, que permaneciese a su lado, aunque solo fuese un sueño, pero todo lo que llegó a escapar de su garganta fue un gemido. Esa caliente y ruda boca bajó por su mandíbula mordisqueándola, le pellizcó con los dientes el lugar en dónde latía el pulso haciendo que todo su cuerpo se estremeciera y fuera incluso más consciente de la dura erección masculina entre ellos.

El frescor que precede a la pérdida de la sábana resbaló por su piel solo para ser reemplazada por el cálido y duro pecho salpicado de vello mientras su boca volvía a ser asaltada con un profundo beso. Gimió en su boca, arqueó la espalda y se acercó más a ese pecado de hombre, su mente perdió la batalla con el raciocinio y se limitó a sentir.

—Mi Leah.

Su voz era tan erótica y parecía acompasar sus manos resbalando sobre su cuerpo cuando se deshizo de la camiseta y las bragas dejándola totalmente desnuda sobre el mullido colchón. No le dio tiempo ni a respirar cuando su boca se cernió sobre sus pechos, besando la tierna carne antes de apropiarse glotonamente de sus pezones. Los parcos dedos resbalaron sobre su estómago provocándole cosquillas con sus callosas yemas. Aquellas eran las manos de un trabajador, de alguien que no tenía miedo al trabajo duro y a las responsabilidades, algo que quedaba claro en la forma demandante con la que la seducía.

Lamió su piel como si no pudiese tener suficiente de su sabor, sus dedos a duras penas podían aferrarse a los acordonados músculos que ondeaban bajo sus manos, pura fuerza, abrumadora masculinidad que la arrastraba a la locura sin permitirle pensar.

—Abre los ojos, Leah —una breve caricia, un beso sobre cada párpado—, quiero verte. Quiero ver lo que es mío.

¿No los tenía ya abiertos? No. Por supuesto que no. Estaba soñando y, incluso en su sueño, se resistía a ver al culpable de su excitación.

—Si los abro desaparecerás —musitó, escuchando su propia voz como lejana, irreal—. Este es un sueño y no quiero despertar todavía.

Un bajo gruñido animal, uno que había escuchado antes y entonces sus labios volvieron a capturar su boca, borrando de un plomazo cualquier hilo de pensamiento que pudiese atrapar y enrollar alrededor de un dedo.

—Entonces déjame soñar contigo.

La cruda y gutural voz sonó al lado de su oído un instante antes de perder ese peso y el calor que traía consigo para finalmente descender de nuevo sobre su cuerpo y seguir su tarea

dónde la había dejado. Jugo con su ombligo y le provocó cosquillas, lamió la piel de su estómago y la provocó con pequeños mordisquitos que la hicieron respingar. El placer se ascendía como la espuma, creciendo en intensidad y llevándola a un punto de no retorno.

Sus manos siguieron descendiendo, resbalaron por sus muslos abriéndole las piernas sin encontrar resistencia alguna. La recorrió primero con sus manos, entonces su caliente y húmeda boca estaba allí, mordiéndole la cara interior del muslo, soplando sobre su sexo provocándole escalofríos y humedeciéndola aún más.

—Oh señor…

Se aferró a las sábanas, al colchón y a cualquier cosa que tuviese a su alcance con el primer ramalazo de placer que emergió de su sexo cuando la lamió. Sus muslos se abrieron aún más empujados por sus brazos, su boca la poseyó como si tuviese el derecho de hacerlo y la llevó a la locura. Cada pasada de la lengua masculina era como un pequeño relámpago sobre su piel, la excitación crecía y crecía, los gemidos escapaban de su garganta sin que pudiese hacer nada para evitarlo, sin querer evitarlo. Notaba los pechos pesados, los pezones tan hinchados y necesitados de caricias que dolían, se retorció bajo él solo para quedarse sin aliento cuando la succionó con fuerza, sus dedos uniéndose ahora al juego.

Arqueó las caderas al sentir un nuevo relámpago de placer atravesándola en el preciso instante en que su lengua acarició ese sensible botón entre sus piernas, sus dedos incursionaron en su húmedo interior con suavidad solo para ahondar luego en caricias más intensas y duras que la catapultaron directamente al más intenso de los orgasmos.

‹‹Mía, compañera. Siempre mía››.

Las palabras resonaron en su mente, como si hubiesen sido dichas en voz alta, pero ni siquiera pudo pensar en ello. La dura erección se frotaba ahora contra sus húmedos y sensibles pliegues, jugando con ella, incitándola, diciéndole sin necesidad de palabras lo que vendría a continuación.

—Sí… tuya…

Un murmullo en respuesta, un bajo gruñido y su boca estaba de nuevo sobre la suya, exigente, dominante y caliente, ahora con el sabor salado de sí misma en la lengua. Correspondió a su beso y le clavó las uñas en los hombros cuando el duro pene incursionó en ella sin más aviso que un gruñido masculino.

Su cuerpo le dio la bienvenida con renovada hambre, sus músculos internos se apretaron a su alrededor mientras intentaba buscar el aire que parecía haber escapado de sus pulmones. Él la llenaba, lo hacía de una forma que nunca antes había sentido, era como si estuviese fuera y dentro de ella a la vez.

—Quédate un momento así —susurró sin pensar siquiera en ello. La sensación de su cuerpo sobre el suyo, toda esa piel caliente sirviéndole de manta y su sexo hundido profundamente en su interior era algo digno de atesorar.

—Nos perderemos lo divertido —lo escuchó musitar, sus dientes mordiéndole la oreja antes de que sus caderas se retirasen y volviesen a investir clavándola al colchón.

Gimió y se arqueó bajo él.

—Tú ganas.

Él se rio o, al menos, eso fue lo que hizo en su sueño. Una risa fresca, gutural.

—Ya he ganado, compañera, lo hice en el momento en que te encontré.

No le permitió responder, su boca volvió a cernirse sobre la suya y se bebió cualquier protesta mientras empujaba de nuevo en ella y empezaba a montarla a placer. La suya no fue una cópula delicada, el salvajismo corría por sus venas, la excitación la empujaba a la locura y se

aferró a él con desesperación y hambre, una que no recordaba haber sentido jamás y que la llevaba a querer morderle, a reclamarle de alguna manera.

Lo apretó entre sus muslos, sus uñas incursionaron en su piel manteniéndolo cerca mientras la tomaba, disfrutando de la fuerza de esos músculos y del placer que le daba. Echó la cabeza atrás y expuso la garganta, quería que la tomara, quería que supiera que ella era suya, toda suya.

Su boca se cernió sobre ella, la mordisqueó, la lamió y succionó con pereza sin dejar de empujar sus caderas, hundiéndose cada vez más en su humedad. El sonido de la carne entrechocando y sus agónicos jadeos se convirtieron en la banda sonora del momento.

Su cuerpo se deshacía bajo su mando, era como si él supiese exactamente qué tecla tocar, qué acorde la haría gritar y lo puso en práctica con asombrosa pericia.

—Mía, mía, mía.

Su declaración era febril, oscura y animal, su voz ronca y tan profunda que le provocaba escalofríos, pero, en vez de asustarla, la calentaba y derretía incluso más.

Gimió en rendición, se abrazó a él y dejó que hiciese con ella lo que quisiera porque ya no tenía fuerzas para oponerse a su poder.

Siguió empujando, más fuerte, más rápido, los dedos masculinos se habían clavado ahora en sus nalgas, levantándola, profundizando sus embates, convirtiéndola en una desmadejada muñeca que deseaba todo lo que tenía para darle. El orgasmo fue cegador, el grito que emergió de su garganta tan agudo que casi pensó que había aullado y, mientras se sacudía a su alrededor, apretándolo entre sus músculos internos, él siguió cabalgándola, volviendo a construir el placer, llevándola de nuevo a la definitiva liberación que arrasó con todo a su paso.

‹‹¡Odin!››.

El nombre resonó en su mente, con su propia voz y lo hizo trayendo consigo un lejano eco, un elusivo recuerdo.

‹‹Te correrás gritando mi nombre››.

La confianza en su voz era tan deliciosa como irritante.

«Para eso tendría que conocerlo, ¿no crees?»

Sus ojos azules lo inundaron todo, una mirada que gradualmente fue cambiando y convirtiéndose en algo más, algo animal.

‹‹Odin, compañera, el nombre que buscas es Odin››.

Odin. Un nombre que sabía significaba algo importante, uno cuyo significado se le escapaba entre los dedos mientras su cuerpo sucumbía completamente a él.

CAPÍTULO 16

Dawn se sobresaltó al escuchar el fuerte aullido. Se quedó quieta, estirada en la cama, temblando por dentro. El aullido se repitió y su corazón comenzó a latir con más fuerza mientras algo en su interior se agitaba y la garganta empezaba a picarle por una respuesta.

Saltó de la cama, se quedó quieta durante un segundo, entonces corrió a la ventana e intentó mirar a través de la oscuridad.

—Quinn…

Sabía que él estaba ahí fuera y la estaba esperando.

Empezó a picarle la piel, se frotó los brazos y gimoteó. Caminó de un lado a otro sin saber que hacer…

«Dawn, ven conmigo».

Un susurro en su mente, una tierna caricia y su corazón se saltó un latido.

Giró sobre sí misma y se precipitó hacia la puerta para encontrarla abierta. Empujó y salió al pasillo con precaución.

«Ven hacia el jardín».

Se lamió los labios, sus sentidos agudizados, su visión más fiable a pesar de la oscuridad permitiéndole orientarse, era tan extraño y al mismo tiempo tan… liberador.

Se lamió los labios y se aventuró por los corredores esquivando cualquier lugar en el que pudiese ser pillada o reconocida. Transitó con rapidez, descalza y vestida tan solo con un camisón, llegó a las puertas que daban al jardín, pero las encontró cerradas.

Apretó las manos contra el cristal. Quería salir, quería ir con él. Gimió, un sonido agónico y lupino. Entonces oyó unos rascones del otro lado y lo vio. Un animal de pelaje oscuro confundiéndose con las sombras.

«Sígueme».

Las palabras se formaron en su mente y, como si estuviese unida a él por una cuerda, empezó a seguirle dejando que esa tirantez la guiase hasta una ventana abierta en la zona de atrás, lejos de los dormitorios.

«Salta».

No tuvo que decírselo dos veces, en un momento estaba empujando del todo la ventana y al siguiente se deslizaba por ella.

La adrenalina bombeaba en sus venas, el nerviosismo, unido a la excitación y al miedo la empujaban sin piedad, sintió que empezaba a sofocarse, el calor inundando sus venas.

«Vamos, compañera. Te estoy esperando».

Se lamió los labios, bajó por la ventana y jadeó ante el aroma de la noche. Un nuevo aullido golpeó la oscuridad y su garganta se movió sola, respondiendo. El sonido empezó dubitativo, humano, pero se convirtió en un genuino aullido lobuno.

«Dawn, sígueme».

Ni siquiera lo pensó. Todo lo que podía hacer ahora era seguir su voz, correr en la oscuridad, cada vez más rápido, sintiendo el viento en su pelo, la libertad como nunca antes y entonces lo vio, un lobo castaño emparejando su carrera, empujándola con su cuerpo, guiándola en un juguetón paseo que los alejaba de aquel lugar.

Dawn fue consciente entonces de que estaba mirando el mundo desde otra perspectiva, que su velocidad era un borrón en comparación con el paisaje y que sus patas ganaban terreno. Porque ya no corría sobre dos piernas, lo hacía sobre cuatro patas peludas color canela con calcetines blancos.

«¡Quinn!».

Oyó su risa.

«No puede negarse la naturaleza, mi pequeña loba».

Abrió la boca en una parodia de risa y dejó que la lengua colgase por un lado de sus fauces.

«Soy una loba. Soy yo. Recuerdo esta sensación».

«A la derecha, Dawn».

No le permitió protestar, gruñó a modo de advertencia y la guio.

«Dos kilómetros más y verás el coche».

«Quiero correr más».

«Pronto, lobita. Ahora, tenemos que llevarte a casa».

«Casa».

La palabra trajo consigo la imagen de su hermana.

«Leah». Murmuro en su mente. *«Tengo que encontrar a Leah»*.

«La veremos pronto, pequeña, ahora sígueme».

Y lo hizo, guiada por él, por su compañero, siguió su camino hasta el vehículo que le había indicado.

Su excitación era palpable, pero Quinn la dominó, ayudándola a cambiar de nuevo y cogiéndola en sus brazos cuando se lanzó a ellos excitada.

—Quinn, viniste —lo abrazó.

—Ya te lo dije, ahora que te encontré, no pienso dejarte ir.

Y de algún modo, sabía que lo decía de verdad.

CAPÍTULO 17

A Odin iba a explotarle la cabeza.

No había otra manera de decirlo. Le dolía todo el cuerpo, podía notar cómo la fiebre lo envolvía convirtiendo su pelaje en un horno, pero no podía quejarse, no después de lo que había hecho. El que estuviese en ese estado era todo culpa suya, como lo era también que sus heridas hubiesen empezado a sangrar de nuevo.

Oh, había metido la pata hasta el fondo, pero muy, muy hondo y no tenía la menor idea de cómo salir de esta.

Odin Peters, alfa de Nevada. Sí, ahora recordaba perfectamente quién era, sus esquivos recuerdos habían empezado a emerger desde el momento en que su compañera pronunció su nombre al correrse. Por primera vez, Leah había utilizado el vínculo que los unía, derribando una barrera autoimpuesta y que lo había mantenido lejos de ella, pero esa barrera volvía a estar ahora de nuevo en el lugar y no entendía el motivo.

Gruñó, había algo extraño en su emparejamiento. Su lobo estaba inquieto y de mal humor, a pesar de haberse saciado en el cuerpo de su hembra, había algo que lo mantenía rezongando, algo que hacía que él mismo estuviese inquieto y que solo se le ocurría achacar a su actual situación.

Le habían disparado, dos veces, había perdido sangre y a juzgar por el calor que le corroía los huesos, era posible que tuviese fiebre. En vez de dormir y recuperar fuerzas, se había encontrado cambiando a su forma humana y reclamando a su compañera una vez más. Su lobo la había necesitado, tan perdido como había estado, la naturaleza lupina había tomado las riendas y se había movido por instinto, el cual le decía que era ella suya.

La intimidad compartida había traído consigo el tirón que necesitaba su cerebro para despertar, había permitido a su parte humana tomar el mando y recordar aquello que había olvidado. Los recuerdos lo habían hecho consciente también de la gran estupidez que acababa de cometer.

Dejó escapar un lobuno gemido y agachó la cabeza, cubriéndose los ojos con una pata. Leah iba a matarle, la pregunta era, ¿lo haría antes o después de explicarle quién y qué era él y lo que ella significaba en su vida?

‹‹¿Quinn?››.

Buscó a su beta. Sus recuerdos sobre lo ocurrido últimamente no estaban todavía demasiado nítidos. Ni siquiera estaba seguro de cómo demonios había llegado a ese lugar o cómo había terminado de nuevo con Leah.

‹‹¿Odin? ¿Eres tú?››.

Dejó escapar un cansado suspiro. Se sentía realmente como la mierda.

‹‹Soy yo, cachorro››.

El alivio presente en el vínculo con su beta se tiñó también de otras emociones, muchas de ellas encontradas e inestables. ¿Qué diablos?

‹‹¿Dónde coño estás? ¿Tienes idea del tiempo que llevamos intentando localizarte?››.

No, ni el más mínimo.

‹‹Ilumíname. Mi mente ahora mismo no es demasiado estable››.

‹‹¿Dónde estás? ¿Estás herido? ¿Estás con ella?››.

Levantó la cabeza, miró a su alrededor y olfateó el lugar.

‹‹Huele como a una clínica. Me han disparado dos veces, pero alguien me ha atendido a juzgar por las vendas y lo que solo pueden ser los efectos de unos calmantes. Leah está conmigo››.

El gruñido del lobo evidenciaba que no le gustaba ni un pelo las noticias.

‹‹Esos hijos de puta están muertos››.

Apretó los dientes, no le gustaba el tono en la voz de su beta. Quinn todavía llevaba consigo el estigma de no haber podido salvar a su gemelo, una frustración que, llevada en la dirección equivocada, podía provocar más mal que bien.

‹‹Te prohíbo ir tras ellos, ¿me has entendido?››.

El joven gruñó en respuesta.

‹‹Te han atacado. Han atacado a tu compañera y, maldita sea, hay cosas que todavía no sabes y que podrían ser jodidamente serias››.

Aquello hizo que sus orejas se agitaran.

‹‹¿Qué ha pasado?››.

‹‹Mantente junto a Leah y no te separes de ella por ninguna circunstancia. Felicidades, jefe, te has emparejado con una Daratraz››.

La inesperada respuesta lo sobresaltó, su mirada lupina voló de inmediato hacia la mujer que todavía dormía en la cama.

‹‹No, eso no es posible ella es…››.

Una loba. Eso es lo que había olido su bestia. Eso era por lo que estaba tan nervioso. Lo había comprendido cuando la había poseído, su bestia había sentido al animal afín en su interior. Y, posiblemente, también tenía que ver con el hecho de que su vínculo estuviese bloqueado, de algún modo, ella lo había bloqueado inconscientemente.

‹‹…una jodida complicación››. Respondió Quinn ajeno a sus pensamientos. *‹‹Igualita a la que tengo yo ahora mismo entre manos››.*

El tono preocupado en la voz del chico aumentó su recelo.

‹‹¿Qué ha pasado?››.

Un resoplido.

‹‹No eres el único que ha encontrado a su pareja››. Lo noqueó con su respuesta. *‹‹Tan pronto encuentre la manera de solucionar este problemilla, me reuniré contigo. Enviaré una avanzadilla para que vigile el perímetro después de avisar a los demás de que sigues de una pieza››.*

¿Quinn había encontrado a su compañera?

‹‹Hagas lo que hagas, mantente cerca de tu compañera y evita que te disparen de nuevo››.

Con eso, su joven beta cortó la comunicación mental, dejándolo pasmado y haciéndose un millón de preguntas. Sus ojos volaron de nuevo hacia la bella durmiente y gimió.

¿Daratraz? ¿Una loba? El destino parecía dispuesto a joderlo a base de bien.

CAPÍTULO 18

La palma aterrizó sobre la superficie de la mesa haciendo que el contenido del escritorio temblase y terminase esparcido por doquier. A juzgar por la manera en que flexionó los dedos lentamente y el brillo rabioso en sus ojos, así como el tic de la mandíbula, no le gustaba demasiado lo que el hombre que estaba al otro lado de la mesa le había dicho. *Él* siempre había sido bastante voluble, caprichoso incluso, pero de un tiempo a esta parte, esos rasgos se habían acentuado de manera preocupante, convirtiéndose en el reflejo de un fanático.

Rumati cambió de posición, descruzó los tobillos y volvió a cruzarlos buscando una postura más cómoda mientras asistía en silencio a la explosión.

—La rastreadora, esa loba loca, está en territorio del alfa de Nevada —le informaba uno de sus contactos—, pero la búsqueda de Peters se ha cancelado.

Lo que quería decir que el alfa de Nevada seguía vivo y, ahora, muy posiblemente, bajo la estrecha vigilancia de los suyos.

—Nuestro contacto ha informado que jefes de las regiones colindantes están cerrando filas, recrudeciendo las patrullas y asegurándose de que nada escapa a su vigilancia.

Y eso, sin duda, haría que sus planes, cualesquiera que fuesen, sufriesen un pequeño revés. No podía decir que le sorprendiese, los recientes ataques sobre sus respectivos territorios los habían puesto sobre alerta.

—Peters todavía no ha aparecido, que nosotros sepamos, pero la búsqueda que se inició se ha cancelado repentinamente.

Un exabrupto coronó los labios del hombre sentado en la enorme butaca de cuero marrón. Él era el motor principal de toda esta operación, el que se había pasado los últimos años recorriendo el país en busca de los supervivientes de la masacre del clan Daratraz para unirlos bajo un mismo lema: Venganza.

—Mantened la vigilancia —declaró con voz grave y ronca—. Quiero saber lo que ellos saben. Si están buscando a nuestra gente, debemos saberlo y llegar a ellos antes de que lo hagan los clanes.

El hombre asintió.

—Estamos sobre ellos, señor, no permitiremos que lleguen a nuestra gente.

Él asintió y lo despidió con un gesto de la mano.

Rumati miró al lobo que abandonaba la oficina de reojo, a pesar de su obvio miedo, se había mantenido firme ante su jefe.

—¿Cómo es posible que hayáis fallado en dar caza al alfa de Nevada?

La pregunta salió como una acusación y sabía que iba dirigida a él, entre otras cosas, porque no había nadie más.

—¿Cómo es posible siquiera que lo preguntes? —respondió a su vez. Dejó su posición y caminó hacia el escritorio—. Enviaste a tres asesinos humanos y a un lobo psicótico con delirios de grandeza. Tuviste suerte de haber saldado este encuentro sin bajas importantes.

Los ojos marrones se posaron en él, no le gustaba que lo desafiase de esa manera, ambos lo sabían, como también eran conscientes de que, al contrario que al resto de su tropa, a él no podía controlarle.

—Tú también estabas allí.

Levantó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—Yo no soy un asesino.

Él bufó y se obligó a guardar la calma. La manera en que cerró los ojos y se obligó a tomar aire para dominar su genio, era suficiente respuesta. Necesitaba tener la cabeza fría, solo así podría pensar con claridad y orquestar su próximo movimiento.

—¿Y la mujer? ¿Es su compañera?

A juzgar por la forma en que Peters la había protegido desviando su atención y alejándoles del camino de la mujer, o era su compañera o era alguien importante para él.

—No voy a cazar a una hembra…

Él maldito, la ira remontando a la calma.

—¡Ellos cazaron a las nuestras! ¡Nos masacraron!

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre la mesa.

—No daré caza a inocentes.

Sacudió la cabeza y expuso las cosas de otra manera, como si así pudiese convencerle.

—Tienes razón —reculó—, tienes razón. Ella puede no ser culpable, pero él si lo es… estuvo allí, todos ellos estuvieron allí de un modo u otro y deben pagar. Nuestros muertos se merecen descansar en paz y no podemos dejar que envenenen la mente de nuestra gente.

Se enderezó y se limitó a mirarle.

—No voy a participar en una cacería como la de la pasada noche —le informó—. Te lo dije cuando me encontraste y te lo repito. Te ayudaré a buscar a nuestra gente, porque también es mi búsqueda, pero no derramaré sangre inocente en el proceso.

Un nuevo bufido escapó de los labios masculinos.

—Te has ablandado con el paso de los años, Rumati —acusó, mirándolo a los ojos—. Antes no habrías dudado.

Se encogió de hombros.

—Las perspectivas cambian, los planes se adaptan y otras prioridades toman su lugar.

Chasqueó la lengua, se echó hacia atrás en el respaldo de la silla y negó con la cabeza. Sabía lo que iba a decir, podía verlo en sus ojos y se endureció contra sus palabras.

—Ellos te dejaron allí para morir, te arrebataron tu identidad, tu sangre, la tierra que te pertenece y a tu compañera —enumeró haciendo hincapié en esta última—. ¿Acaso no es motivo suficiente para devolverles el favor?

—Te lo dije cuando nos encontramos y te lo diré una última vez —le recordó—. Mi única prioridad es ella. No voy a hacer nada que ponga en peligro mi búsqueda, ni por ti, ni por la manada, ni por nadie.

La tensión en la mandíbula era palpable, pero se contuvo de responder como parecía querer.

—Tu búsqueda va a la par que la mía, Rumati —insistió él también—. Nuestras metas son las mismas.

Enarcó una ceja ante sus palabras.

—Tu meta es matar a todos y cada uno de los que han participado de la matanza de nuestra gente —le dijo e inclinó la cabeza—, y eso lo respeto. Pero tus métodos han dejado de ser lo que debían y ello ha traído más muerte sobre los nuestros. Esos dos muchachos no tenían por qué haber muerto…

—¡Ellos querían venganza! ¿Cómo podía negársela?

Y ese era el motivo principal por el que sabía que había llegado el momento de que sus

caminos se separasen.

—Porque eran unos niños —recalcó el hecho—, y sus recuerdos de aquellos días eran frágiles. ¿Quién sabe realmente lo que ocurrió?

—Yo —declaró con fiereza—. Yo estaba allí, yo llegué para ver cómo los masacraban a todos, cómo sesgaban las vidas de nuestras mujeres e hijos…

Y, sin embargo, mientras que lo que contaba encajaba con sus propias vivencias, con los vagos recuerdos que conservaba de esa noche, Rumati no podía recordarle a él. Pero entonces, esa noche sus guerreros habían estado fuera, cazando, el poblado había estado desprotegido…

Se obligó a volver al presente y a su decisión.

—Voy a seguir con mi búsqueda —le informó.

Su respuesta no le cogió por sorpresa, era como si ya supiese que antes o después iba a tomar tal decisión. De hecho, dejó escapar un resoplido que sonaba a risa y asintió.

—Me preguntaba cuando ibas a comunicármelo o si lo harías —comentó con un suspiro —. Te ha llevado mucho más de lo que esperaba, la verdad. Pensé que nos abandonarías mucho antes.

Asintió.

—Quizá lo hubiese hecho, pero no era el momento adecuado.

Enarcó una ceja.

—¿Y ahora lo es?

¿Lo era? ¿Era el momento adecuado?

Sí. Las dudas que podía haber albergado a lo largo de los últimos años, dudas que habían nacido de los actos de venganza que estaban dispuesto a llevar a cabo, se habían despejado en los últimos meses.

No iba a derramar sangre inocente, ni de los suyos ni de otra manada.

—Lo es —concretó—. Y, si abrieses los ojos y mirases a tu alrededor, posiblemente te darías cuenta de que también lo es para ti.

Su mirada se endureció.

—Yo no descansaré hasta que todos y cada uno de ellos hayan pagado por sus pecados.

Sí, estaba seguro de que no pararía hasta haber cumplido con su meta, solo esperaba que su ceguera no llevase a aquellos inocentes que lo seguían y creían en él, a perder de vista sus propias prioridades.

Él casi se había perdido por el camino, un recordatorio de que el hombre que permanecía sentado al otro lado del asiento poseía un poder demasiado grande y peligroso; el del convencimiento.

—Espero que encuentres tu camino y tu alma encuentre el descanso que buscas —respondió sin perder más tiempo. Nada de lo que pudiese decirle iba a hacerle cambiar de opinión. En eso, eran iguales.

Asintió, se levantó y le tendió la mano por encima de la mesa.

—Y yo que tengas éxito en tu búsqueda, Rumati.

Tras un firme apretón de manos, dio media vuelta y abandonó la oficina del hombre que le había dado cobijo durante los últimos años.

Esperó a que la puerta se cerró detrás del joven e idealista lobo, dejó la silla que había

estado ocupando y se acercó a la ventana para verle salir a los pocos minutos del edificio.

Qué estúpido. Tan lleno de sueños, de esperanza, no entendía que la verdadera venganza radicaba en el poder, en vencer a sus enemigos y golpearles de modo que nunca volvieran a levantarse otra vez.

Había sido consciente del cambio de Rumati durante estos últimos años, pero dicho cambio se había hecho incluso más acuciante tras la muerte de los dos jóvenes a manos de Santana. Era cuestión de tiempo que el misterioso superviviente de la masacre dejase la manada y continuase con su búsqueda, solo esperaba que dicha búsqueda no interfiriese con sus propios planes.

Había acogido al chico cuando era apenas un veinteañero, más cerca de la muerte que de la vida. Lo había entregado al cuidado de gente de su propia confianza para que pudiese sanar y se había encargado así mismo de inculcarle la sed de venganza para con su pueblo.

El joven había crecido los últimos años en inteligencia y fuerza, se había convertido en un lobo fuerte y sensato, un verdadero líder, un nuevo alfa que, si no le deja ir ahora, podría alzarse con el poder y arrebatarle todo aquello por lo que había luchado.

No. Era mejor dejarle ir ahora, que buscase su camino y descubriese por sí mismo que la criatura que buscaba ya no existía. No iba a dejar cabos sueltos, era demasiado peligroso y el pasado podía despertar y levantarse como había sido en realidad.

Le dio la espalda a la ventana y fue hacia el escritorio para llamar por teléfono.

—Acaba de dejar el edificio —habló al auricular—. Síguelo. Dale algo de ventaja, deje que se confíe y entonces… mátalo.

No. No permitiría que nadie interfiriese con sus planes, ni siquiera el que podría ser el nuevo alfa del desaparecido clan Daratraz.

CAPÍTULO 19

A Leah iba a darle un infarto.

Hacía tiempo que el sol había aparecido en el horizonte, los primeros rayos filtrándose por las ventanas y sacándola de un incómodo y húmedo sueño que la dejó sentada sobre el colchón, con las sábanas arremolinadas alrededor de su regazo y jadeando como si acabase de tener el más intenso de los orgasmos. Y, a juzgar por el estado sudoroso de su cuerpo y la humedad presente en sus piernas, eso mismo había ocurrido.

Aquello la había hecho saltar de la cama solo para darse cuenta de que estaba completamente desnuda, la camiseta y las bragas yacían en un rincón y, a juzgar por el estado de la ropa de cama, se lo había pasado pipa deshaciendo las sábanas.

En un primer momento, el horror había dominado su mente, la perfectiva de que alguien hubiese entrado en la casa y se hubiese metido en su cama la llevó a envolverse en la sábana y comprobar que cada puerta y ventana seguía cerrada. Una vez pasado el momento de absurda y total desesperación, se había obligado a hacer funcionar su cerebro, a pensar con coherencia e intentar recordar exactamente lo que había ocurrido el día anterior hasta el momento en que se fue a la cama. Y, finalmente, se había concentrado en lo que su fantasiosa mente le decía que había pasado en esa cama.

—Un sueño —se dijo por enésima vez, recorriendo de un lado a otro la habitación, murmurando en voz alta los pros y los contras, analizando la situación y descartando posibilidades—. Las puertas están cerradas, las ventanas también, no hay ni una sola persona en kilómetros a la redonda y, obviamente, el perro no se ha convertido en un hombre sexy y se ha metido en mi cama para follar.

Hizo una mueca ante ese último pensamiento, se giró en dirección a la cama canina situada en el rincón en el que la había estado la noche anterior y enarcó una ceja.

—¿Verdad?

Su imaginación empezaba a jugarle malas pasadas, casi habría jurado que el animal, el cual mantenía la cabeza sobre las patas delanteras con obvio desinterés, había puesto los ojos en blanco antes de lamerse el hocico.

—Pero qué tonterías estoy diciendo —resopló y sacudió la cabeza—. No me hagas caso, chico, se me ha ido la cabeza por completo.

Lo que había ocurrido es que había tenido uno de los sueños eróticos más intensos de su vida, uno que la había dejado mojada, sudorosa y pegajosa.

—Ha sido un sueño, todo producto de mi calenturienta imaginación —insistió en voz alta, auto convenciéndose de ello—. Fragmentos residuales de esa noche y de ese hombre. Es normal. Fue un polvazo. Sexo caliente y sudoroso… con un completo desconocido con el que coincides en una fiesta. Mierda, ¿pero qué narices pasa conmigo últimamente?

La imagen de ese hombre se filtró de nuevo en su mente, el recuerdo de su cuerpo tumbado en la cama, durmiendo pacíficamente se entremezcló con eróticas escenas de los dos juntos y retozando, de risas y calientes promesas eróticas.

‹‹Pareces un vikingo o un dios nórdico››.

El recuerdo de sus propias palabras se abrió paso en su mente, haciéndola cada vez más consciente de que su metedura de pata estaba escalando al puesto número uno de catástrofes

mundiales.

‹‹Bueno, llevo el nombre de uno de ellos››. Le había susurrado al oído antes de morderle la oreja. *‹‹Odin››.*

Odin. Ese era su nombre o, al menos el que él le había dado. Un nombre que ahora adquiría un sentido completamente distinto y dantesco. Uno que se negaba a aceptar como válido, pues hacerlo sería admitir que la había cagado a base de bien.

¿Acostarse con su anfitrión y dueño de uno de los hoteles-casino más importantes de Las Vegas? Sí, claro. Justo lo que necesitaba para que su currículum de malas elecciones alcanzara cuotas inimaginables.

Se pasó ambas manos por el pelo en un gesto desesperado y volvió a mirar a su silencioso compañero. Durante todo el tiempo se había limitado a dormitar o a mirarla de vez en cuando sin hacer un solo ruido.

—Y aquí estoy yo, volviéndome loca con mis sueños eróticos y olvidándome de ti —chasqueó la lengua y se acuchilló frente a él, tocándole la nariz y encontrándola de nuevo húmeda y fría—. Parece que la fiebre ha remitido, ¿verdad? El doctor Santiago dejó instrucciones de que, si esta mañana te había bajado, podías comer un poco de carne. Eso te dará fuerzas.

La respuesta del can fue lamerle la mano, su enorme cabeza se deslizó por debajo de su palma y resbaló por el sedoso pelo.

—Sí, ya veo que estás de acuerdo —se rio y le revolvió el pelo, encontrándolo mucho más espeso y suave que el de un perro. Aquello la hizo nuevamente consciente de que no estaba ante un animal doméstico, sino ante uno salvaje. La forma afilada de su hocico, las orejas, su tamaño, todo en él proclamaba su ascendencia y, sin embargo, era tan dócil y dulce—. Ojalá existiesen hombres con tu actitud, amigo, serías el compañero perfecto.

Él echó las orejas atrás e hizo una mueca que le recordó a una sonrisa. ¿Se estaba riendo de ella?

—Necesito un café, uno fuerte —resolvió con un firme gesto, entonces se levantó—. Te traeré agua fresca y te prepararé un rico desayuno y veremos si podemos enderezar un poco este extraño día, ¿te parece?

El inesperado ladrido que emergió de la garganta canina la sobresaltó solo para hacerla reír al momento siguiente.

—Sí, sin duda estás mucho mejor —sonrió y le revolvió el pelo una vez más antes de encaminarse a la cocina.

Tenía que sacudirse todo el desastre mental que tenía encima y empezar a planear su próximo curso de acción. Después de terminar ayer con algo de papeleo y comprobar que todas sus citas de los próximos días estaban en manos de su socio, había vuelto a ponerse en contacto con la empresa de seguridad. Ellos iban a pasarse a lo largo de la mañana por el rancho para arreglar la alarma, así que tenía que presentarse allí y asegurarse de que los problemas eran resueltos a su entera satisfacción. David le había asegurado así mismo que ya había hablado con uno de sus cerrajeros y arreglarían la puerta. El equipo de limpieza también había llevado a cabo su trabajo y había dejado el lugar como los chorros del oro.

—Tendré que llamar al señor Reig —resopló al tiempo que abría la nevera y echaba un vistazo en su interior—, espero que no quiera echarse atrás ahora.

No conocía al hombre en persona, sus tratos habían sido mediante un agente inmobiliario y el banco, así que el que ahora quisiese hablar directamente con ella solo podía implicar que quería algo distinto a lo estipulado en el contrato.

—Que no se eche atrás, por favor, por favor, por favor —suplicó.

Esa transacción contenía una de las mejores comisiones de la temporada y, a juzgar por lo que le había comentado el agente, su cliente era un hombre acostumbrado a hacerse con lo que deseaba sin importar el costo; la clase de cliente que quería para su inmobiliaria.

—Vaya unas vacaciones me esperan —rezongó inclinándose dentro de la nevera para empezar a sacar algunas cosas para el desayuno. El doctor tenía una buena cantidad de suministros, la mayoría, productos frescos y ecológicos—. Verduras, legumbres, frutas, huevos… no sé yo si esto lo comerá un perro.

Al final optó por seleccionar un poco de pavo y leche para su canino amigo y huevos con beicon para ella. Necesitaba algo que le diese energía suficiente para pasar la mañana.

—De acuerdo, veamos si me acuerdo cómo se cocina.

Lo reconocía. Era una malísima cocinera. La mayor parte del tiempo o comía en restaurantes o se traía comida para llevar. El que fuese una mujer no tenía que implicar necesariamente que supiese cocinar o le gustase hacerlo; no le gustaba, ni un poquito.

El enfrentarse con la cocina de gas fue todo un reto, los fogones parecían dispuestos a devorarla como si fuesen dragones, pero al final consiguió hacer unos huevos revueltos y que el beicon no pareciese correoso. Su desayuno terminó acompañado con zumo de naranja, café y un par de tostadas.

—Bueno, está claro que de hambre no voy a... —Sus palabras quedaron en suspenso cuando algo la empujó desde atrás. Se giró y no pudo evitar soltar un contundente exabrupto al ver el causante de tal sobresalto—. Oh, joder. Dios, casi me matas del susto.

Allí de pie, con la cola moviéndose lentamente y esos profundos y penetrantes ojos puestos en ella estaba su compañero lupino. Por primera vez fue completamente consciente de lo enorme que era y de la fuerza que emanaba el animal. Si bien sus heridas habían sido feas y muy recientes, ya estaba de pie, lo bastante estable como para mirarla sin parpadear.

El hocico canino se elevó entonces y husmeó el aire dando perfecto sentido a su presencia allí.

—Ya veo, has olido el beicon —aceptó y parpadeó al ver cómo el can se sentaba ahora sobre las patas traseras y se quedaba quieto—. Sabes, no deberías haberte levantado todavía. Aunque si lo has hecho, supongo que te encuentras mucho mejor.

La cola blanca salpicada de hebras grises barrió el suelo.

—Pero para ti no hay beicon, amiguito —aseguró apoyando las manos en las rodillas para inclinarse sobre él—, tú vas a comer el pavo crudo… *puaj*.

«Preferiría un chuletón o dos».

—Y te daré un plato de leche —concluyó.

El can sacudió la cabeza y casi le pareció ver que ponía un gesto de asco.

‹‹La leche es para los gatos, compañera››.

Parpadeó ante lo que solo podía ser una respuesta de su propia mente a una sugerencia tan absurda.

—Sí, es verdad, la leche es para los gatos —murmuró en voz baja, entonces sacudió la cabeza—. ¿Pero qué estupidez estoy diciendo?

«No es una estupidez, es un razonamiento perfectamente coherente».

Él ladeó la cabeza con un gesto de absoluta curiosidad.

—Vaya una mañana —rezongó al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. Vamos, te daré el antibiótico, desayunaremos y luego te echarás una siesta mientras yo me encargo de algunas cosas que tengo pendientes. Te dejaré solo un par de horas, pero estarás bien, aquí nadie

te hará daño.

CAPÍTULO 20

«¿Dejarme solo?»

Odin gruñó a través de su garganta canina.

«Por encima de mi cadáver, Leah».

Si ella pensaba que podía irse a algún lugar fuera de su vista estaba muy, pero que muy equivocada.

Arrugó la nariz y ladeó la cabeza para mirarla detenidamente, estudiándola. Antes había escuchado su comentario sobre la leche y los gatos, lo había visto en sus ojos y, aun así, su vínculo de pareja parecía bloquear todavía su comunicación. Con todo, no era lo único que parecía bloqueado. Su lobo no era capaz de alcanzar a su otra mitad, a la naturaleza lupina que vivía dentro de ella y eso lo estaba poniendo de un humor de perros. Era como si la loba en su interior estuviese durmiendo y no tuviese las fuerzas suficientes para coger las riendas y despertar, como si ella hubiese renunciado a esa parte de sí misma.

Arrugó la nariz y cojeó hasta ella para quedarse a su lado. Un plato con pavo crudo y otro con la jodida leche fueron presentados ante él. Si bien no era un chuletón de ternera fresco o poco hecho, tampoco eran vegetales, lo cual estaba bien para él. Hubiese preferido adquirir su apariencia humana y sentarse a su lado en la mesa. O mejor aún, sentarla a ella en la mesa y comérsela.

Se relamió ante la imagen que se formó en su mente y gimió interiormente. No pensaba volver a burlarse nunca más de Luke y su territorialidad con Shane o del apetito sexual que había llevado al alfa de Manhattan a secuestrar a su compañera durante una semana entera después de su emparejamiento. Eugene había puesto los ojos en blanco al contárselo, solo para decirle luego lo feliz que sería si de esa ‹‹luna de miel›› llegaban *lukitos*.

El beta de Manhattan estaba decidido a que su alfa tuviese cachorros.

Sacudió la cabeza y se centró en lo que era importante, en la mujer que rastrillaba el tenedor sobre el plato y parloteaba de todo y nada mientras desayunaba. Su olor era absolutamente delicioso, el recuerdo de la pasada noche todavía bullía en sus venas, así como su sabor permanecía en su boca. Sí, había sido un poco cabroncete, lo reconocía, pero en honor a la verdad, no habría podido mantenerse alejado de ella, aunque hubiese querido.

Leah era dulce y cálida, una criatura con un alma noble y un aire de travesura que había despertado junto a él en la cama. De curvas llenas, la pequeña hembra era la compañera de juegos perfecta para él, la pareja adecuada y también el mayor desastre de la historia.

¿Cómo era posible que su parte lupina estuviese anulada de esa forma? ¿Sabía ella lo que era? ¿Conocía su propia raza? Demasiadas preguntas cuyas respuestas prometían ser bastante complicadas de obtener.

Si lo que decía Quinn era verdad, no tenía motivos para dudar de ello, su compañera era una de las supervivientes del clan Daratraz. Su edad encajaba con lo que se sabía de los supervivientes, los cuales habían sido entonces adolescentes o veinteañeros en su mayoría. Pero todo el clan había sido consciente de su naturaleza, era imposible que lo olvidasen quienes eran y de dónde procedían, ¿verdad?

¿Y tú no has olvidado durante unas horas quién narices eres? Se recordó a sí mismo. Los

traumas a veces traían consigo secuelas temporales y otras que iban más allá de unas pocas horas o días.

Tendría que ser cuidadoso y descubrir que sabía Leah exactamente sobre su procedencia, si ella carecía de recuerdos de su propio pasado iba a tener un momento bastante difícil explicándole, cuando lo hiciera, quién y qué era ella.

Hablando de emparejamientos complicados…

Suspiró y dio un par de mordiscos a su frugal comida. Se negaba a beberse la leche, eso era cosa de gatos.

—…bueno, puede que no se me dé bien cocinar, pero el desayuno está de muerte —murmuró ella—. Eso o será que tengo hambre y como cualquier cosa que me pongan delante.

Ojalá él pudiese decir lo mismo. Tenía hambre sí, pero necesitaba carne fresca, algo que le aportase proteínas y energía para su maltrecho cuerpo. Como alfa poseía una constitución más fuerte que la de los demás miembros de su clan, su metabolismo animal solía sanar con mayor rapidez, motivo por el cual estaba ya de pie y sin tantos dolores como ayer. Con todo, pasarían un par de días hasta que estuviese recuperado por completo, más si no conseguía un poco de carne fresca.

‹‹Quinn. Necesito que hagas un viajecito al supermercado››.

La respuesta de su beta no se hizo de rogar.

‹‹Tengo a Savage sobre tu peludo culo, le diré que haga una parada en la carnicería más cercana››.

¿Savage? ¿Esa loca estaba en su territorio?

‹‹¿Qué hace la rastreadora en mí territorio››.

‹‹Vino con Brian››.

Estupendo. Así que ahora tenía a la beta del alfa de California paseándose por su territorio.

‹‹Jeremy y Santana tienen a gente patrullando ya las fronteras. Brian ha pensado que Savage podía serte de utilidad, especialmente ahora que tú y yo estamos un pelín ocupados››.

El sarcasmo en la voz del joven lobo le recordó que su compañero acababa de enterrar el hocico en el mismo terreno pantanoso que él.

‹‹¿Estás bien?››.

‹‹Si nos saltamos la parte de que he secuestrado a mi propia compañera, sacándola de una clínica de salud mental, pues sí. De puta madre››.

Aquello lo llevó a parpadear con gesto alucinado.

‹‹Que has hecho, ¿qué?››.

‹‹Es una larga historia, Odin, te la contaré tan pronto como tenga a Dawn instalada y tranquila lejos de toda esta locura. Estoy seguro de que te va a encantar››.

La verdad, no estaba seguro de querer escuchar esa historia. Estaba a punto de decírselo cuando escuchó.

‹‹Tu chica me está llamando››.

Levantó la cabeza y vio, efectivamente a la chica con el teléfono sobre la mesa, el sonido del manos libres activado.

‹‹Contesta››.

Lo siguiente que oyó fue la voz de Quinn a través del altavoz del teléfono.

—¿Sí?

—¿Señor Reig? Soy Leah Álvarez, de la inmobiliaria Crisol.

—Ah, señorita Álvarez. Al fin la encuentro.

Leah hizo una visible mueca, puso los ojos en blanco y siguió hablando.

—Mi empleado me informó que tenía usted necesidad de hablar conmigo, ¿en qué puedo ayudarle?

‹‹Cítala en el rancho a las doce››. Le informó Odin. *‹‹Yo me haré cargo de la cita››.*

Quinn se rio en su mente.

‹‹¿Y piensas presentarte sobre cuatro patas?››.

Sonrió a su vez.

‹‹Contacta con Savage. Necesito un coche y ropa. Que se encuentre conmigo en la intersección del desvío al camping de Red Rock Canyon. Y que traiga también la comida››.

Ese desayuno no le había dado ni para taparse una muela.

‹‹Me reuniré contigo tan pronto… bueno… cuando pueda››.

Sacudió la cabeza.

‹‹Estoy bien, Quinn››. Lo tranquilizó. ‹‹Concéntrate en resolver tus problemas y en no terminar en la cárcel por secuestro››.

Su beta bufó.

‹‹Eso será fácil, evita que tu compañera me denuncie. Dawn es su hermana››.

—Sí. Quisiera consultar con usted algunas cosas sobre la propiedad que he adquirido para mi jefe. ¿Qué le parece si nos vemos en el rancho en una hora y media?

‹‹¿La hermana de Leah?››.

‹‹El mundo es un jodido pañuelo, ¿eh?››.

—¿En hora y media? —escuchó a su compañera a su lado. Su mirada volando hacia el reloj de la pared—. Sí, por supuesto. Allí estaré.

Con una firme y educada despedida, Quinn cortó la comunicación.

—Ay dios, ¡estoy muerta! —declaró levantándose de golpe, la silla resbalando con un firme ruido hacia atrás—. Más les vale a los del sistema de seguridad terminar antes de que yo llegue o mataré a alguien.

Como un pequeño torbellino, la vio moverse a la velocidad de la luz, recogiendo las cosas de la mesa, llevándolas al fregadero y resbalando a punto de comerse la puerta. Cerró los ojos y gimoteó, esta chica iba a matarse solita.

—Tengo que salir pitando, peluche —se detuvo al escucharle—. Termínate la leche.

‹‹Bébetela tú››.

Gruñó viéndola salir corriendo de la cocina, miró el plato de leche y soltó un bufido muy canino.

‹‹Dos chuletas de ternera, Quinn. Y las quiero ya››.

La respuesta de su beta le llegó a través de sonoras carcajadas.

CAPÍTULO 21

—¿Tu compañera no te da de comer, lobito?

Odin arrancó con los dientes un trozo del sabroso chuletón de ternera que le había traído Savage. La mujer era menuda y curvilínea, con unos bonitos ojos verdes y el pelo corto trigueño, su indumentaria motera encajaba perfectamente con su actitud; rápida y ruidosa. Más cercana a su edad que a la de su joven alfa, era un verdadero grano en el culo, pero se tomaba su tarea de niñera muy al pie de la letra. Si a alguien se le ocurriera joder con su cachorro, iba a tener enormes y jodidos problemas.

Masticó lentamente, degustando el carnoso sabor, la forma en que la carne se deshacía en su boca era decadente. Dejó el hueso a un lado y se relamió antes de dar cuenta de la segunda chuleta. Necesitaba carne fresca, su lobo necesitaba la proteína que esta le proporcionaba y que, en cierto modo, ayudaba a calmar el hambre que sentía hacia cierta mujer pelirroja.

‹‹Leah no sabe cocinar››.

Ella enarcó una ceja y señaló lo obvio.

—Un par de chuletas crudas no necesitan demasiada preparación —se burló.

«Algo me dice que no las tocaría ni con un palo. Tenías que haber visto que cara le ponía al pollo».

Se limitó a gruñir y degustó otro pedazo de carne.

‹‹Gracias por hacerme la compra››.

Ella se echó a reír.

—De nada, encanto —le guiñó el ojo y se apoyó en el capó del coche que había traído con ella, un jodido deportivo—. Siempre es un placer hacerle la compra a un alfa.

‹‹No te burles››.

—Oh, déjame disfrutar de este momento, Odin —replicó risueña—. No todos los días una tiene la oportunidad de ver a un enorme y poderoso lobo comportándose como un cachorro. Lo de emparejarse es verdaderamente una putada, ¿eh?

‹‹Podría ser peor. Podría ser humana››.

La risa aumentó convirtiéndose en carcajadas.

—No sé, lobo, desde mi punto de vista lo tienes bastante jodido ya.

Y no podía replicar a eso, pues pensaba de igual modo.

—Y no eres el único —aseguró cruzándose de brazos—. Quinn también tiene su ración de problemas.

‹‹Sí, parece que nos hemos puesto de acuerdo››.

—¿Qué información estamos barajando?

Se terminó la segunda chuleta y sacudió la cabeza haciendo volar su pelo, se relamió el hocico y se levantó. Un instante después estaba gloriosamente desnudo a su lado.

—No estoy muy seguro —respondió en voz alta, estirando los músculos y enarcando una ceja al ver la mirada que le echaba—. ¿Te importa?

Sus labios se curvaron.

—En absoluto, siempre es un placer verte desnudo.

Puso los ojos en blanco, le dio la espalda, recuperó la bolsa con ropa que le había traído y empezó a vestirse. El pudor no era precisamente algo que le preocupase a su raza.

—Hasta ahora, todo lo que sé es lo que ha dicho Quinn —declaró poniéndose la ropa interior seguida de un pantalón—. Cree que las hermanas Álvarez forman parte de la extinta manada Daratraz, dos de los miembros que escaparon esa noche a la matanza.

Dejó escapar un profundo suspiro e hizo una mueca al notar la punzada en el costado. La venda se había aflojado alrededor de su torso dejando a la vista un par de apósitos ensangrentados.

—Espera, machote —lo detuvo Savage. Se acercó a él y, tras pedir permiso con la mirada, empezó a arreglar el vendaje—. No deberías hacer demasiados esfuerzos hasta que las heridas empiecen a cicatrizar.

—Un poco tarde para tales advertencias —rumió y agradeció la ayuda de la mujer con un gesto de la cabeza. Savage era una más de ellos, una loba con la que había compartido juergas, risas e incluso alguna borrachera. Era una buena amiga, sin más—. Gracias.

Asintió y dio un paso atrás.

—¿Alguna novedad sobre mis asaltantes?

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Encontré su rastro e incluso había manchas de sangre de una pelea —replicó con un mohín—, tu olor era definido pero los de ellos… es como si no hubiesen estado allí. Y el chaparrón tampoco ayudó gran cosa.

La loba era una de las mejores rastreadoras de los Estados Unidos, había sido entrenada por Arik, su Ejecutor y mentor y, por lo general, jamás se le escapaba una presa.

—Es como si fuesen fantasmas —replicó con un gruñido.

Hizo una mueca al abotonarse la camisa y notar el tirón de una de las heridas de bala.

—Te puedo asegurar que sus armas no lo eran, Save —aseguró con palpable ironía—. Y el repertorio de heridas y desgarros que colecciono obsequio de los dientes y garras de uno de los nuestros, te puedo asegurar que son muy reales.

Ella asintió.

—Detecté la presencia de dos lobos, pero uno de ellos, su aroma… no sé, hay algo que no encaja.

La vacilación en las palabras de la mujer capturó su atención al momento.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros con la misma despreocupación de siempre.

—Cuando lo sepa, te lo diré.

Gruñó, un sonido animal que emergió de su garganta humana, su lobo muy cerca de la superficie.

—No me gusta el rumbo que está tomando esto —rumió mirando a su alrededor—. El ataque no fue fortuito, pero ¿por qué yo y por qué ahora?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar, Odin —aseguró su amiga posando la mano sobre su hombro—. Y cuando lo haga, me encargaré de que paguen por ello. Nadie ataca a los míos sin llevarse una cuchillada de mi parte.

—No seas imprudente, Save —pronunció de nuevo su diminutivo—. El cachorro te necesita.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo que Brian necesita es un cinturón de castidad masculino —resopló—. De verdad, ¿cuánto puede aguantar un lobo follando?

Él se rio.

—Más de lo que te gustaría saber.

Hizo una mueca.

—Hombres… lobos… alfas… una combinación aterradora —se estremeció de broma—. Espero que tu compañera pueda andar cuando termines con ella.

Contuvo una sonrisa.

—Y yo vivir para verlo.

Ella se echó a reír, le palmeó de nuevo la espalda, metió las manos en el bolsillo de la chaqueta y sacó las llaves del deportivo.

—Cuida de este bebé, Odin, si le haces un solo rasguño, soltaré a Brian sobre ti.

Sacudió la cabeza, cogió las llaves y subió al coche.

—Esa es una amenaza en toda regla, lobita —gruñó y le guiñó el ojo—. Brian adora casi tanto a sus coches como a sus mujeres.

—Por eso lo digo, lobo, por eso lo digo.

—Y es una suerte que yo también —se burló. Una de sus pasiones eran los coches, la colección que tenía en el garaje era prueba de ello—. Ten cuidado ahí fuera, ¿de acuerdo? —le pidió antes de poner el coche en marcha.

—No te preocupes, pronto llegarán los refuerzos —le guiñó el ojo—. Tú vigila tu espalda, lobo y yo me encargaré de todo lo demás.

Dicho eso, dio media vuelta y desapareció entre el follaje escuchando a los pocos segundos el sonoro aullido de un lobo al que sintió la inmediata necesidad de responder.

Poniendo el coche en marcha, abandonó la zona cubierta y se dispuso a cubrir la distancia que lo separaba de Leah.

El lugar era tan impresionante como lo recordaba, no se trataba de una gran construcción, sino de la paz y la soledad que allí se encontraba. Las vistas de la reserva Red Rock Canyon en el horizonte era un bonus añadido que le había llevado a conseguir esa propiedad al precio que fuese.

Aquel sería su rincón. Había comprado la propiedad esperando formar un hogar con el tiempo, un lugar privado dónde poder estar a sus anchas y crear su propia familia. Ahora que tenía a Leah, sin duda podría dedicarse a ello. Allí podría ser el mismo, correr sin que alguien de la empresa de control de animales tuviera la tentación de cazar a un lobo, podría tener la libertad que deseaba su naturaleza lupina y, en cierto modo, él mismo.

Si bien le encantaba la ciudad y era un adaptado cosmopolita, de vez en cuando, la necesidad de liberarse del ruido y el estrés lo empujaba a las afueras y esta propiedad era precisamente lo que buscaba.

Cuando uno de sus contactos le avisó de la puesta a la venta por medio de la subasta de un banco, había pedido a Quinn que se encargase de conseguírselo. No dejaba de ser curioso que, la agencia inmobiliaria que llevaba sus asuntos fuese precisamente la de su compañera.

Condujo a través del camino principal y aparcó al lado del coche de Leah. El vehículo tenía ya unos años, a juzgar por su aspecto, pero era lo bastante seguro como para que su mujer pudiese arreglárselas bien.

Apagó el motor y dejó el vehículo haciendo una mueca ante la punzada del costado. Tenía que recordar que no podía hacer el ganso y que debía ir con cuidado, las proteínas que había ingerido estaban haciendo su trabajo, pero le llevaría todavía un par de días sanar

completamente, sobre todo si seguía haciendo tonterías; como la de seducir a su loba.

Y hablando de su compañera, su aroma era fresco en el aire, lo captó nada más descender, sin duda había estado correteando de un lado a otro durante el tiempo que llevaba allí.

Echó un vistazo a la propiedad y encontró una furgoneta con la parte de atrás abierta en la que se podía ver el logotipo de una empresa de seguridad y justo al lado de esta, un coche particular con un pequeño logo en las puertas que promocionaba un servicio de cerrajería. Sin duda esos eran los asuntos a los que Leah había hecho mención esa mañana, unos desperfectos que tenían que ver intrínsecamente con él mismo. Los pitidos de la alarma habían sido una tortura para sus sensibles oídos lupinos, por no mencionar que la puerta se había resistido a su propia incursión.

Poco a poco empezaba a recordar lo que había pasado la noche en que lo persiguieron, cómo les había dado esquinazo después de que lo hiriesen y cómo su lobo había optado por buscar asilo en un lugar en el que sentirse seguro.

Dejó los pensamientos a un lado y caminó hacia uno de los hombres que estaban bajando del porche.

—Buenos días —saludó—. ¿La señorita Álvarez?

El hombre se acercó a él y señaló hacia el interior de la casa.

—La encontrará en el interior.

Un leve cosquilleo atrajo su atención hacia la puerta principal y allí estaba ella, sus ojos se encontraron y la sorpresa, así como el reconocimiento, bailaron en sus facciones.

«Hola, compañera».

No pudo evitar hablarle a través del vínculo que los unía, el único que parecía seguir mudo por parte de ella.

La incipiente frustración empezó a hacer acto de aparición, pero no llegó demasiado lejos, pues la diversión ocupó pronto su lugar. La última de las reacciones que podía esperar, era verla salir corriendo.

Esa mujer iba a volverlo loco, literalmente.

CAPÍTULO 22

Leah empezaba a considerar seriamente el pedir que le pusieran una habitación al lado de la habitación de su hermana. Su cordura había estallado en pedazos y no había manera de volver a unirla, prueba de ellos era el sprint digno de un corredor olímpico que había protagonizado nada más verle. Se apoyó contra una de las columnas de la estructura, bajó la cabeza e intentó que sus pulmones volviesen a funcionar correctamente.

—Maldita sea, ¿qué hace él aquí? —siseó asomándose desde detrás de la puerta del establo, echando un vistazo hacia la parte delantera de la casa dónde lo había visto bajar del coche.

Ese hombre no era Quinn Reig. No podía serlo y, al mismo tiempo, recordó que el señor Reig había hablado de un jefe. ¿Podía ser el destino tan hijo de puta como para poner en su camino tal casualidad?

Si bien la última vez que lo había visto no llevaba tanta ropa encima, era imposible no reconocer ese pelo rubio y esa forma de moverse. Se mordió el labio, se apoyó contra la puerta de madera y empezó a patalear como una niña pequeña.

Odin. Maldita sea. Ese hombre era Odin Peters, el jodido empresario propietario del nuevo hotel casino Las Vegas Imperia. El mismo con el que se había ido a la cama y con el que no había dejado de fantasear desde entonces. Tenía que serlo, no había otra explicación a todo ese cúmulo de casualidades.

—Mierda, mierda, mierda… ¡Mierda! —siseó, levantó la mirada hacia el techo y resopló —. ¿Pero qué narices he hecho?

Esa sin duda era una buena pregunta. Especialmente cuando había hecho algo tan estúpido; salir corriendo al verlo.

—No es Dawn la que tiene que estar en esa clínica, soy yo.

Había perdido la cabeza por completo. No había otra explicación. Una persona cuerda no salía huyendo como alma que lleva el Diablo, atravesaba la casa sobre unos jodidos y altos tacones y terminaba escondiéndose en el establo.

Se llevó la mano a la cabeza, echó el pelo hacia atrás e intentó recuperar el aire que le había arrebatado la carrera. Diablos, no estaba acostumbrada a tanto ejercicio, su día a día no requería de tal mantenimiento y allí estaba ella, entrenando para las próximas Olimpiadas de atletismo sobre tacones.

—Lo mío no tiene nombre.

Había estado tan concentrada en su trabajo y en comprobar que todo quedaba exactamente cómo debía, que ni siquiera se había dado cuenta de su llegada. Solo había escuchado el sonido de un coche y, cuando se había asomado al porche para echar un vistazo, lo había encontrado a él hablando con uno de los empleados que venían a comprobar el sistema de seguridad. Un segundo después, el hombre señaló hacia dentro y sus miradas se encontraron. Las gafas de sol dejaron el rostro mostrando unos profundos y bonitos ojos azules que se clavaron en los de ella con abierto reconocimiento.

Curiosamente, no había sorpresa en ellos, solo caliente interés, como si encontrarla allí hubiese sido lo que esperaba.

El aire huyó de sus pulmones con tal velocidad que se encontró jadeando, su cuerpo lo

reconoció incluso en la distancia, borrando de su mente cualquier duda. Esos ojos no dejaban de mirarla, inclinó la barbilla en un gesto de saludo y lo próximo que supo fue que su cerebro había entrado en barrena y que corría a través de la casa como alma que lleva el diablo. Los tacones de sus zapatos resonaban en el suelo de madera mientras dejaba atrás habitación tras habitación y se precipitaba hacia la puerta de atrás. Cruzó el patio como una exhalación, perdiendo el equilibrio por poco un par de veces antes de ver el establo y precipitarse en su interior.

No. No había sido una reacción racional. Tampoco una decisión coherente. Ni siquiera sabía cómo catalogarlo, solo sabía que algo la había empujado a correr como si su vida estuviese en juego.

—Mierda, mierda, mierda y mierda.

Sacudió la cabeza, se enderezó y dejó escapar un resoplido antes de echar un vistazo por primera vez a la tosca construcción de madera. El bajo edificio tenía más pinta de granero que de establo, el polvo se había pegado a las paredes, los cristales estaban sucios y olía a cerrado, por lo demás, la estructura parecía bastante nueva. Deslizó los dedos sobre una de las tablas e hizo una mueca al ver la suciedad que le cubría ahora las yemas.

—Hace falta una buena limpieza —rumió, tomando ya notas de las cosas que tendría que comprobar y ver que se incluyesen en el contrato de compra-venta.

El pensar en el contrato la llevó inmediatamente de vuelta al hombre que acababa de irrumpir en la propiedad. No le podía estar pasando esto, ¿cómo iba a mirarle a la cara? Estaba claro que él la había reconocido, tenía que recordarla de la otra noche. ¿Cómo iba a enfrentarse ahora a él o hablar de negocios?

—Está bien, Leah, puedes hacerlo, eres una profesional, sencillamente actúa con profesionalidad —se insufló ánimos al tiempo que buscaba la manera de salir de este embrollo —. Sal ahí fuera con tu mejor sonrisa y ruega como una condenada para que no se eche atrás en la jodida venta.

Volvió a mirar a su alrededor e hizo una mueca.

—Esperemos que un poco de agua y jabón sea suficiente para arreglar esto.

—Posiblemente haya que impermeabilizar, pero es algo que podría incluirse en los documentos de compra-venta.

La inesperada y sexy voz masculina atravesó las tablas al otro lado de la puerta. Un delicioso escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza y su sexo reaccionó al instante humedeciéndose. Dios mío, ¿qué diablos le pasaba con ese hombre?

Retrocediendo por instinto, se acercó a la pared lateral, viendo únicamente sombras por debajo de la puerta del granero y una silueta cuando se acercó al edificio. En su prisa por echarse hacia atrás, no tuvo en cuenta los aperos y el cubo de latón que colgaban de una viga y se golpeó con ellos. El ruido fue ensordecedor.

—Auch… mierda —siseó llevándose la mano a la cabeza para luego girarse y fulminar con la mirada los objetos.

—Espero que eso no haya sido su cabeza, señorita Álvarez.

El tono grave y sensual fue como una tierna y caliente caricia. Las lágrimas le brotaron de los ojos involuntariamente por el inesperado porrazo y terminó frotarse la coronilla. Iba a salirle un chichón del tamaño de Nevada.

—¿Señorita Álvarez? ¿Leah?

Esa voz…

Cerró los ojos y apretó los labios evitando gemir. No quería salir ahí fuera, no quería verle la cara, no quería verlo.

—¿Está bien?

No se podía negar que era insistente.

—Sí, solo ha sido un… pequeño accidente —siseó la última parte.

Le pareció escuchar una ligera y ronca risa.

—Espero que siga teniendo la cabeza sobre los hombros y no se haya decapitado a sí misma.

Hizo un mohín y se giró en dirección a la puerta, dónde se apreciaba su silueta, pero poco más.

—De momento la conservo —masculló en respuesta, más para sí misma que para él.

—Me alegra saberlo —declaró él con sencillez, su voz le provocaba un delicioso estremecimiento de placer—. Y espero que siga así.

Demonios, ¿por qué tenía que sonar incluso ahora tan sexy y en cierto modo, tierno? Ciertamente, el hombre que había visto junto al empleado parecía un lobo, más que un tierno corderito. Uno muy, pero que muy sensual.

—Puedo… ¿Puedo ayudarle en algo, señor…?

Estaba decidida a mostrarse profesional y tan inocente como si su repentino sprint no tuviese nada que ver con su presencia.

—Peters, Odin Peters —declaró el aludido. Su voz parecía un poco más cercana o a lo mejor era imaginación suya, puesto que él no se había movido del sitio—. Soy el nuevo propietario del rancho.

¡Lo sabía! Maldita fuese su suerte. De todos los hombres existentes en el territorio de Nevada tenía que haberse liado con uno de los empresarios más prominentes de la zona. Y no en cualquier lado, no. Tenía que haberlo hecho precisamente en la inauguración de su jodido casino-hotel. ¿Dónde dejaba eso su profesionalidad?

—Maldita sea, yo no sabía que era él —siseó en voz baja, mordiéndose el labio.

No. No había tenido la menor idea de que se trataba de él. Aunque, si era sincera consigo misma, tampoco es que tuviese muy claro lo ocurrido aquella noche. Sus recuerdos sobre su encuentro eran todavía inconclusos, sabía que había alcohol por el medio, que había hablado con algunas personas y que, en algún momento de la noche, se habían conocido y habían terminado en la cama.

—Mi administrador, Quinn Reig, la llamó para concertar una cita para hablar de la propiedad que estoy interesado en adquirir.

Se obligó a respirar profundamente y responder en consecuencia.

—Ah, sí… sí, por supuesto.

Algo parecido a una risita llegó hasta ella.

—¿Y cree que sería posible que hablásemos de ello cara a cara?

Su respuesta fue instantánea e indeseada.

—Mierda.

CAPÍTULO 23

Odin sonrió para sí al escuchar el exabrupto que emergió de sus labios. Sentía su presencia tangible al otro lado de la puerta, una innecesaria barrera que lo mantenía separado de esa disparatada mujer. Su lobo estaba realmente divertido, había considerado un juego el que su hembra saliese corriendo. Él, por otro lado, no lo encontraba tan divertido, no después de haber escuchado el quejido de dolor de esa loquita al golpearse con algo en la cabeza.

Leah olía de forma deliciosa, a pesar de no verla su presencia era tan tangible que podía casi decir con exactitud lo que estaba haciendo. Estaba nerviosa y había un tinte de visible vergüenza y enfado para consigo misma. La muy ladina estaba decidida a fingir que no le conocía; bien, ese era un juego al que podían jugar los dos… por el momento.

Se apoyó contra el vano de la puerta haciendo que la madera crujiese, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y metió las manos en los bolsillos con gesto desenfadado. Necesitaba encontrar la tranquilidad que la inesperada fuga de esa hembra le había arrebatado. El alfa en él había despertado ante el juego de la caza —uno que le encantaba—, había sido un desafío en toda regla, uno que aumentó su adrenalina haciendo que se olvidase de sus propias heridas. Como loba y como compañera, se esperaba obediencia y sumisión por su parte, pero su lado humano era desafiante y ajeno a su otra naturaleza, haciendo que sus patrones fuesen completamente imprevisibles.

Y eso le gustaba, tanto a él como a su bestia.

Las hembras de su raza sabían qué esperar de un emparejamiento, comprendían su significado, estaban preparadas para ello. Si no conocían a su pareja, pasarían parte de su unión e incluso las primeras semanas o meses después de ese tenso momento primordial conociéndose y aprendiendo a convivir, pero con Leah, esas reglas no se aplicaban. No sabía cómo o por qué, pero ella no era consciente de su propia naturaleza y, mucho menos, de que ahora le pertenecía por completo.

Quizá había sido prepotente por su parte y poco reflexivo el reclamarla esa noche, pero sus instintos habían tomado el mando, el reconocimiento de que era ella y la necesidad de poseerla había nublado todo su buen juicio y dejado que el lobo siguiese sus instintos y reclamase lo que era suyo por derecho.

—Es mía, no hay vuelta atrás…

Pronunció el pensamiento en voz alta y no fue consciente de ello hasta que escuchó de nuevo sonidos en el interior y un nuevo exabrupto de su chica.

—Mierda, maldito caldero… —la escuchó sisear.

Sacudió la cabeza y refrenó las ganas de entrar ahí dentro y sacarla él mismo.

—Quizá sería mejor que saliese antes de que se lleve por delante alguna cosa más y se haga daño —intentó sonar razonable, tranquilo y tan profesional como ella pretendía hacer con él.

—Creo que la advertencia llega un poco tarde —la escuchó rezongar, de nuevo el sonido de los aperos y finalmente sus pasos acercándola a su posición.

—Lamento oír eso —respondió retrocediendo, dejándole espacio y al mismo tiempo, cubrir así cualquier posible ruta de huida.

Salió de la penumbra frotándose la cabeza, los ojos entrecerrados y molestos por la

repentina luminosidad antes de detenerse y alisarse la ropa.

—¿Está bien? —le costaba un mundo tratarla de usted cuando la conocía tan íntimamente. Aunque no dejaba de resultar divertido la forma tan fría y profesional en la que lo trataba ahora mientras que durante su convalecencia había sido tan tierna.

—Sí, sí… —respondió abriendo los ojos y sobresaltándose un poco al mirarle—. Yo… ah… no es nada.

La contempló sin disimulo, esperando a que ella diese el próximo paso.

—Err… ah… soy Leah Álvarez —le tendió la mano con gesto profesional—. Esperaba que se presentara el señor Reig, puesto que ha sido con el que he estado tratando hasta el momento.

Tomó su mano y correspondió al saludo, reteniéndola ligeramente sin apartar los ojos de ella.

—Sí, sé quién eres, Leah —respondió con segundas, entonces añadió—. Quinn me ha mantenido al tanto de todo el proceso.

Se tensó y tiró de su mano dispuesta a retirarla, su nerviosismo era aparente. No estaba segura de sí estaba jugando con ella o debía creer en sus palabras.

—¿Algo interesante ahí dentro?

Los ojos claros fueron de él al establo y viceversa, sus mejillas se sonrojaron ligeramente.

—La estructura está en perfectas condiciones —respondió adoptando un tono más serio—, quería asegurarme de ello personalmente debido a los recientes acontecimientos en la propiedad principal.

Se giró hacia el lugar que ella le indicaba.

—Sí, he visto a los empleados del sistema de seguridad y a un cerrajero en la puerta —declaró poniendo de manifiesto que estaba al tanto de lo ocurrido. Como para no estarlo, pensó, ya que él había sido quién había provocado los destrozos—. ¿Qué ha ocurrido?

Su sonrojo aumentó.

—Alguien pensó que sería divertido entrar en la casa —carraspeó—. Me temo que dañaron la alarma y la puerta principal, por lo demás, no se llevaron absolutamente nada. Me he estado cerciorando de eso.

Él asintió y volvió a contemplarla con abierto interés.

—Toda una profesional… gracias.

Ella se limitó a asentir, entonces extendió la mano en una invitación a acompañarle.

—Si me acompaña, le mostraré la propiedad y hablaremos del papeleo —le invitó—. La inspección se hará tan pronto terminen con los arreglos, está incluida en el contrato, así como…

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda contratarla para llevar a cabo algunas reformas?

Se detuvo en seco, se giró hacia él y lo miró con indecisión.

—Mi agencia trabaja con algunos contratistas, estoy segura de que podremos sugerirle algún nombre de confianza…

Sonrió de medio lado.

—No me ha entendido, lo que quiero saber es si está disponible para supervisar las reformas —declaró acercándose a ella—. Tengo algunas ideas que quiero llevar a cabo, si bien en un estilo más rústico y casero que el del *Las Vegas Imperia*… creo que podrás comprender la diferencia.

Dejó caer el nombre del hotel a propósito haciendo una velada alusión a su previo encuentro y sonrió interiormente al verla abrir los ojos y tragar con dificultad.

—Me gustaría contar con alguien de confianza —continuó sin dejar de mirarla—, alguien

que pueda estar en la misma sintonía que yo.

Si pudiese perder más color, Leah estaría ahora del color de la cal viva.

—Sin duda esta es una de las propiedades más impresionantes que he visto últimamente —continuó mirándola a ella directamente—, y me gustaría que quede a la altura de mis expectativas. Lo cual, no creo que sea difícil viendo las posibilidades que tiene para ofrecer.

Sus labios se cerraron entonces de golpe, esa mirada se volvió más afilada, intensa y algo en su actitud reservada cambió.

—El rancho Omega es una de las propiedades más grandes de la zona, su ubicación hace de él una auténtica joya, estoy segura que podrá adaptarse a sus necesidades —espetó. Un golpe directo, sin anestesia—. No estoy segura de poder decir lo mismo de mí disponibilidad… señor Peters.

Enarcó una ceja y gesticuló un «*auch*» con los labios sin dejar de mirarla.

—El mundo puede parecer a veces un lugar demasiado pequeño, ¿no crees? —optó por tutearla, queriendo dejar claro ya de una vez que sabía quién era, que la recordaba y que lo hacía de una forma que la invitaba a repetir—, dónde se producen encuentros inesperados.

Alzó la barbilla y lo miró de refilón.

—Sí, sin duda puede serlo —respondió—, pero no por ello tienen que ser precisamente agradables.

Dicho eso, dio media vuelta y lo dejó con un palmo de narices.

—Si me acompaña, le mostraré el edificio principal…

—Leah —la llamó.

—No me gustan esta clase de juegos, señor Peters —acertó a decir y parecía tan irritada como avergonzada.

—Creo que, dadas las circunstancias, puedes llamarme Odin y tutearme —ofreció dándole alcance, pero sin tocarla—. No hay necesidad de formalismos.

Se giró apenas lo justo para mirarle de refilón.

—Por esas mismas… circunstancias… seguiré llamándole Peters.

Odin contuvo una sonrisa, debajo de toda esa precaución y aspecto profesional había un carácter chispeante. El desafío brillaba en sus ojos junto con una modesta vergüenza que le decía lo incómoda que estaba.

—¿Yo puedo llamarte Leah?

Que se lo preguntase pareció cogerla por sorpresa.

—Dado que vamos a pasar tiempo juntos…

—¿Quién ha dicho que vamos…? —se aceleró ella.

—… profesionalmente hablando…

Hizo un mohín.

—Preferiría que las cosas se mantuviesen en un ambiente estrictamente profesional —declaró con tacto—, puesto que ha contratado los servicios de mi agencia inmobiliaria y tenemos un acuerdo entre manos.

Y aquel era sin duda un rasgo de lo obstinada que podía llegar a ser una mujer.

—¿Y cuando termine este acuerdo profesional nuestro? —insistió bajando la voz—. ¿Aceptarías cenar conmigo?

Sus ojos se encontraron y ahora el sorprendido fue él.

—No.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó caminando. Tenía que admitir que su pequeña loba era en realidad divertida, especialmente si pensaba que iba a sacárselo de encima con tanta

facilidad. La siguió con la mirada, disfrutando de la forma en la que ese traje de chaqueta y falda envolvía sus curvas. Le encantaba la forma en que la prenda enmarcaba ese bonito culo y se encontró salivando ante las ganas de pegarle un mordisco. Y esas piernas, largas y torneadas, no muy delgadas, pero tampoco demasiado gruesas, sencillamente perfectas para él.

Tenía una manera de caminar que lo volvía loco, esa seguridad que exhibía le daba un aire de profesionalidad y sensualidad que haría que se volviesen las miradas. Sin embargo, en el terreno en el que estaban, era realmente un milagro que sobreviviese con esos tacones.

Curiosamente, el pensamiento apenas acababa de cuajar en su mente cuando uno de los tacones se hundió, se oyó el crujido del zapato y su chica perdió el equilibrio precipitándose hacia el suelo cuan larga era.

CAPÍTULO 24

Leah parpadeó un poco sorprendida al encontrarse en el suelo. En un momento le estaba dando la espalda a ese hombre y alejándose con asombrosa profesionalidad y al siguiente estaba espachurrada en el suelo, comiéndose algunos hierbajos.

«Tierra, trágame y escúpeme lejos de aquí».

Quería morirse y quería hacerlo ya. Si se abría ahora mismo un agujero bajo sus pies no se quejaría. No señor. No lo haría.

Sin embargo, el suelo no se abrió, tampoco tuvo la fortuna de morirse y tuvo que hacer frente a su vergüenza delante de ese sexy e irritante hombre.

—Cariño, ¿estás bien?

Escupió el polvo que le acariciaba los labios y se giró de lado para ver que se había raspado las rodillas y el tacón de sus preciosos zapatos se había roto.

—No soy su cariño —rezongó haciendo una mueca mientras intentaba encontrar una posición menos vergonzosa—. Y sí, estoy bien.

Unos impecables zapatos se detuvieron delante de ella, seguidos de unas piernas enfundadas en un pantalón de corte italiano que le sentaba a las mil maravillas. Y su aroma. Demonios, ¿por qué tenía que oler tan bien un hombre?

—Me temo que ese no es el calzado más adecuado para pasear por estos terrenos —le informó acuclillándose junto a ella, sus manos recorriéndola incluso antes de que pudiese saber qué estaba pasando—. Si no vas con cuidado, te romperás el cuello y eso, dulzura, es algo que no pienso permitir.

Empujó sus manos, alejándole de ella.

—El romperme el cuello tampoco es algo que yo misma tenga en mente —replicó apartándole—. Y, ¿quiere hacer el favor de dejar de manosearme?

Esos ojos azules se clavaron en ella y no pudo hacer otra cosa que cerrar la boca. ¿Por qué demonios tenía que ser tan intimidante?

—¿Te duele algo?

—¿Además de mi orgullo? —La frase emergió de sus labios antes de poder contenerla. Se sonrojó y apretó los labios antes de sisear—. Estoy bien. Solo se ha roto el maldito tacón —se quitó el zapato y lo miró con gesto enfadado—. Espero que tengáis arreglo, bastardos.

—¿Tienes calzado de repuesto?

Alzó la mirada hacia él y ladeó la cabeza.

—Si le digo que no, ¿concertará una cita para otro momento?

La cogió en brazos, sin previo aviso, dio media vuelta y echó a caminar hacia la casa.

—No.

Jadeó.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Bájame ahora mismo!

Sus ojos se clavaron en los suyos, una perezosa sonrisa curvando sus labios.

—¿Ahora me tuteas?

Apretó los labios con fuerza al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

—¿Siempre eres tan arisca o es solo conmigo?

No se cortó en responder.

—Solo contigo.

La directa respuesta lo hizo reír.

—Bueno, nadie puede acusarte de falta de sinceridad —le dijo de buen humor—, pero no es necesario que saques las garras. Estás a salvo conmigo.

Sus ojos permanecieron con los suyos durante un momento, entonces los apartó.

—Tengo unas zapatillas de repuesto en el coche, si me deja en el suelo, iré a por ellas y podremos terminar con la visita que había concertado —declaró volviendo a tratarlo con extrema educación.

No solo no la dejó en el suelo, sino que la cargó sin esfuerzo hasta el frontal de la casa dónde había dejado su coche y estaba aparcado también un deportivo. En vez de acercarla a su vehículo, la sentó sobre el cálido capó del suyo.

—¿Dónde tienes las llaves?

Sus mejillas enrojecieron levemente.

—Están en el contacto —dijo en un susurro. Había llegado tan deprisa que prácticamente había saltado del coche.

—¿Has dejado las llaves puestas en el contacto?

La censura en su voz hizo que se sonrojara aún más, solo para enfadarse consigo misma. Decidió ignorar su respuesta e intentó bajarse solo para ver que él no le dejaba.

—No te muevas. —Una orden. Le quitó los zapatos, se los dio y rodeó el coche para incursionar en el de ella.

Resopló girándose para mirarle. Ese hombre era imposible, pero tenía un culo de primera. La sola idea la llegó a sacudir la cabeza y apartar la mirada, ¿qué diablos le pasaba? Él era su cliente, no debía verlo como nada más.

«Sí, claro. Como si fuese tan fácil olvidarme de lo bueno que está desnudo, por no mencionar lo jodidamente bien que mueve las caderas».

Un instante después, su amante de ensueño volvió con su par de zapatillas deportivas, unas rosas con estrellitas amarillas que le habían regalado unas navidades y que conservaba únicamente en el coche para casos excepcionales.

—Bien, Cenicienta, hora de calzarse.

Se echó hacia delante e intento quitarle las zapatillas, pero él las alejó de ella.

—No —la censuró—. Quietecita. Levanta la pierna.

No solo no hizo lo que le pedía, sino que recogió incluso más los pies.

—Puedo calzarme yo sola, gracias.

Se apoyó con la cadera en el coche, pegándose a ella.

—¿Por qué esa animosidad hacia mí? —le preguntó como si no pudiese comprenderlo—. La otra noche… parecía que nos entendíamos bien…

Resopló, enrojeciendo.

—Esa noche fue una equivocación —murmuró estirándose para coger su calzado, pero de nuevo le impidió recuperarlo—. Un error que no volverá a suceder.

Él chasqueó la lengua, se inclinó sobre ella, enjaulándola entre su cuerpo y el cálido capó del coche.

—Yo, por el contrario, considero que fue una noche de lo más interesante —le aseguró con voz sensual—, lo suficiente como para querer que se repita.

Le limitó a sostenerle la mirada durante unos instantes, entonces resopló.

—¿Piensa devolverme las zapatillas, señor Peters?

—Lo haré cuando acceda a comer conmigo, señorita Álvarez —declaró levantando el calzado en una mano—. ¿Qué te parece si me enseñas la propiedad, hablamos de las reformas que tengo en mente y luego nos vamos a comer? Puedes considerarlo una comida de negocios.

Le arrebató las zapatillas.

—Le mostraré la propiedad, tomaré nota de sus ideas para las reformas y después podrá irse a comer usted solito.

Dicho eso, se calzó rápidamente y se deslizó del capó, dejándole con la palabra en la boca.

Diablos, sin los casi diez centímetros extra de sus tacones, él parecía incluso más grande a su lado.

CAPÍTULO 25

Había algo único en la caza, en la emoción que corría por las venas cuando estabas tras la pista de tu presa. Cada decisión, cada pista, cada olor que te conducía en la dirección correcta era como un golpe de afrodisíaco que te animaba a seguir adelante. Podía saborear ya la sangre que había probado dos noches atrás y notar sus incisivos caninos hundiéndose en la carne de ese maldito alfa. Sí, esta vez no se le escaparía y tampoco lo haría la perra que había decidido unirse a él. *Él* la quería a ella con vida, estaba empeñado en recuperar a los supervivientes de la masacre, pero ¿de qué iba a valerle una perra que se había vinculado ya con uno de sus asesinos? Se merecía la muerte, solo así limpiaría sus propios pecados.

Había escogido la forma humana para rastrear los alrededores dónde lo había perdido, los aromas se habían extinguido, pero eso no era importante, no cuando lo tenías ya grabado en el cerebro y todo lo que tenías que hacer al respecto era encontrar ese nítido rastro y seguir el hilo. Y ese hilo lo había llevado a un rancho a las afueras de Paradiso, una amplia extensión que se encaminaba hacia el pedregoso desierto de Rock Canyon y que hacía de la zona el paraíso para un lobo.

El edificio estaba ocupado cuando llegó por varios humanos, ningún lobo a la vista y, a los pocos minutos había llegado ella, la perra que habían visto esa noche, la misma que él deseaba recuperar.

Se obligó a mantenerse en las sombras, a cubrir su olor y permanecer siempre en contra del viento de modo que la rastreadora que estaba vigilando la zona no pusiese sus peligrosas garras sobre él. Conocía la reputación de la hembra, una que estaba plenamente justificada y, si bien le encantaba enfrentarse con un buen contrincante cuando lo tenía a mano, hoy no estaba allí para divertirse, sino para dar muerte al alfa que se había atrevido a herirle.

Esto ya era algo personal por lo que dejó a los estúpidos humanos con los que había salido de caza la previa noche e inició la operación por su cuenta. Tenía suficiente autonomía para hacer lo que le placía, sin tener que responder ante nadie; *él* tampoco se opondría, no cuando pensaba entregarle la cabeza de ese perro y a su zorrita.

Su paciencia dio sus frutos una hora después de la llegada de la hembra, un deportivo oscuro apareció por el camino de entrada y aparcó frente a la casa. Su aroma lo golpeó incluso antes de confirmar su objetivo visualmente, se mantuvo inmóvil y observó sus movimientos; se movía con cierta lentitud y no con la fluidez acostumbrada. El muy cabrón seguía con vida, pero obviamente sus heridas habían sido lo suficiente graves como para que estuviese sufriendo las secuelas.

No cabía duda que se trataba de un alfa, su fortaleza física y mental lo habían mantenido en pie y esa hembra era lo que lo había hecho emerger de su guarida tan pronto.

Se pasó la lengua por los perfectos dientes como si ya pudiese saborear su victoria, la adrenalina bombeaba en sus venas y lo empujaba a entrar en acción, pero todavía no era el momento. Sus sentidos agudizados eran conscientes de que no era el único que vigilaba el lugar, un mal movimiento ahora y todos sus planes se irían al traste. No, tenía que ser cuidadoso, comprobarlo todo milimétricamente, solo así sería capaz de alzarse con su premio; la piel de ese maldito lobo.

—Esta vez no te escaparás —musitó, agazapándose dispuesto a esperar su oportunidad.

CAPÍTULO 26

¿Podía ser un hombre sexy como el infierno un grano en el culo?

Sí, podía.

Odin Peters era la prueba viviente de ello. Durante los últimos veinte minutos había cuestionado sus comentarios, hecho sugerencias propias y básicamente, la había conducido a la locura con su proximidad.

Diablos, estaba caliente, excitada y ese maldito era el único culpable.

No debía ser legal estar tan bueno, su presencia resultaba distractora, era incapaz de concentrarse al estar vigilándole al mismo tiempo. Sus movimientos pretendían ser casuales, pero el brillo en sus ojos lo desmentía. Había deseo y también una pizca de diversión en ellos.

—¿Crees que se podría añadir una segunda planta en esta zona? —le preguntó llamando su atención—. Una escalera de madera que lleve a una plataforma y varias estanterías cubriendo las paredes.

Siguió su mirada y las indicaciones de su mano hacia una zona del amplio salón y lo miró.

—¿Audiovisual?

Esos intensos ojos azules la miraron con diversión, chasqueó la lengua y le dedicó una mirada pícara.

—Biblioteca —echó por tierra sus suposiciones—. Los hombres no viven solo de los deportes…

«O el sexo».

Parpadeó varias veces ante lo que le había parecido su propia voz, pero él no había pronunciado, lo estaba mirando y había dejado la frase en el aire.

—¿Va todo bien?

Asintió un poco contrariada. Su propia mente había conjurado la idea que él había dejado en el aire, no le cabía duda. Optó por evitar su mirada y se concentró de nuevo en la sala.

—Habría que mover la lámpara y reestructurar esa parte —señaló la zona que quedaría bajo la plataforma que él quería—. El salón tiene un tamaño considerable, como no hay que mover la chimenea, esta zona podría utilizarse como…

—Ahí irá el bar —decidió señalando el lugar—. Una media barra americana, una nevera para vinos y un par de estanterías para licores.

Enarcó una ceja y lo miró.

—Y ese es un pensamiento típicamente masculino —declaró con abierta ironía.

Los sensuales labios se curvaron bajo la sombra rubia de un bigote en una perezosa sonrisa que le provocó un nuevo escalofrío de placer.

—Una cerveza fría es uno de los mayores placeres que se pueden dar en estos terrenos.

Dadas las temperaturas que se solían alcanzar en esa zona en los meses de verano, no iba a discutírselo.

—De acuerdo, un rincón típicamente masculino —murmuró anotándolo todo en la Tablet que llevaba con los planos de la casa—. Habrá que buscar una madera que sea igual a la del piso para el nuevo suelo.

Se acercó a ella desde atrás, mirando por encima de su hombro y derramando su cálido aliento en su mejilla al hablar.

—Quiero un suelo nuevo —declaró indicando los cambios sobre la pantalla—. Algo más oscuro y con vetas claras, eso disimulará los arañazos.

Su cercanía la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Se obligó a dar un paso adelante, rompiendo la intimidad, aunque todo su cuerpo gritaba que hiciera justo lo contrario y se pegase a él.

—¿Estás pensando arañar los suelos?

Esa enigmática y sexy sonrisa le iluminó los ojos.

—Quizá lo haga —le dijo y se encogió de hombros—, pero es mucho más probable que lo hagan mis… compañeros peludos.

Parpadeó.

—¿Compañeros peludos? —preguntó.

—Ya sabes, de esos que tienen dos orejas, cuatro patas, hocico y cola.

La descripción trajo a su mente la imagen de un precioso ejemplar blanco de proporciones enormes, uno que estaba bajo sus cuidados y del que se había olvidado completamente.

—¡Oh, mierda! —clamó en voz alta, miró el reloj y volvió a maldecir—. Mierda, mierda, mierda, mierda…

Su estallido pareció divertirle, ya que parecía estar conteniendo su hilaridad.

—Deduzco, por tan… efusiva respuesta… que has recordado alguna cosa.

Levantó la mirada y asintió.

—Mi compañero peludo —declaró. Ese animal era mucho más que un perro, lobo o lo que fuese. Sus ojos poseían una inteligencia que le había dado escalofríos—. Lo he dejado solo y está… convaleciente. Le prometí que volvería pronto…

Y eso había sido hace varias horas.

—¿Y siempre cumples tus promesas? —la acicateó él.

Su tono de voz contenía un rastro de ironía que le picó en lo más hondo.

—A él, sí —aseguró repentinamente molesta. Apagó la Tablet en la que había estado tomando notas y se la metió bajo el brazo—. Pasaré tus ideas al contratista y tan pronto tenga el plano con las reformas, te avisaré.

Asintió de acuerdo con ese plan.

—Estoy deseándolo.

Y, de algún modo, sabía que sus palabras no eran solamente palabras.

Optó por ignorarle, miró el reloj una vez más e hizo una mueca. El tiempo había pasado demasiado rápido, ¿dónde se había ido?

—Tengo que marcharme —murmuró más para sí misma que para su interlocutor, entonces levantó la mirada y añadió—. Si tienes alguna otra sugerencia que añadir al proyecto…

—Lo discutiremos durante la comida —le informó con sencillez—. Tenemos tiempo suficiente para que vayas a ver a tu… compañero peludo, hagas lo que tengas que hacer y vayamos a comer. Yo conduciré.

¿Era cosa suya o acababa de organizarle las próximas horas?

—Te agradezco el gesto, pero…

La melodía del teléfono la interrumpió. Frunció el ceño y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta buscando el fino dispositivo. Su sorpresa fue mayúscula al ver el nombre impreso en el identificador de llamadas y, con la misma rapidez, esa sorpresa se convirtió en incertidumbre y temor; en la pantalla podía leer Montevista Hospital.

—¿Leah?

El fuerte y grave tono de voz de Odin la sacó de su momentánea parálisis.

—¿Qué ocurre? —insistió él.

Sacudió la cabeza, levantó el índice pidiéndole un segundo y contestó al teléfono.

—¿Sí?

La voz del doctor Lorenzo atravesó la línea como una bala.

—¿Señorita Álvarez? Soy el doctor Lorenzo.

Se lamió los labios y asintió.

—¿Qué ocurre doctor? ¿Mi hermana está bien?

Sintió la presencia de su acompañante así como su mano posándose sobre su hombro casi al instante.

—Su hermana ha dejado las instalaciones.

La respuesta del médico fue como una bofetada. La dejó estática, incapaz de entender lo que acababa de decirle.

—¿Cómo? —graznó.

—Se ha escapado.

Se quedó sin aire, el miedo instalándose en sus células mientras veía el rostro de Dawn y la ansiedad que había habitado en sus ojos esa misma mañana.

—¿Señorita Álvarez? ¿Leah? ¿Sigue usted ahí?

La voz del psiquiatra le llegaba ahora como a lo lejos, su mente trabajando sola, reproduciendo la conversación de esa misma mañana mientras el temor empezaba a anular todo lo demás.

—¿Señorita Álvarez? ¿Hola?

No podía contestar, no podía dejar de pensar en Dawn, sola, perdida y todo era por su culpa.

CAPÍTULO 27

Odin sintió el cambio inmediato en su compañera, la culpa emergiendo de su interior como un olor ácido y desagradable. Le quitó el teléfono y contestó él mismo, informándose al momento de lo que había ocurrido y tomando las riendas de esa inesperada crisis.

—De acuerdo, gracias —respondió al teléfono—, manténganos informados.

Colgó, guardó el teléfono en su propio bolsillo y pasó a ocuparse de su compañera, a quién las noticias la habían golpeado con fuerza.

—Ven, siéntate un momento —la empujó hacia una de las pocas sillas que había disponibles—. Ahora, respira profundamente.

Ella no solo no lo hizo, sino que levantó la mirada y se la encontró al borde de las lágrimas.

—Lo he estropeado, lo he estropeado todo —musitó realmente angustiada—. Tenía que haberla sacado de allí esta misma mañana. Sabía que no estaba bien, que no la estaban ayudando y ahora… Oh dios mío, ¿dónde está? ¿A dónde se ha ido? ¿Y si le ha pasado algo?

—Tu hermana estará bien, dulzura, nadie le hará daño.

No. Nada le pasaría a esa hembra mientras Quinn estuviese a su lado y, a juzgar por la última comunicación que había tenido con su beta, estaba convencido de que Dawn estaba con él.

—Ella… ella está enferma —rompió a llorar, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—, y yo no he sabido cuidarla. La he dejado sola, la he abandonado y le prometí a mis padres que nos mantendríamos unidas.

Sacudió la cabeza, empezó a murmurar en voz baja y finalmente se levantó de golpe.

—Tengo que encontrarla —declaró con la decisión superando ahora al miedo—. Tengo que ir a buscarla. No puedo dejarla sola, tengo…

Su desesperación hizo mella en él. Odiaba verla así, su lobo aulló en consecuencia, irritándose, deseando llegar a ella y tranquilizarla.

—Leah, cálmate. —Fue el alfa el que habló, obteniendo su inmediata obediencia—. No puedes salir así y mucho menos voy a dejar que cojas el coche.

Las lágrimas y la desesperación volvieron a inundar sus ojos.

—Es mi hermana —gimió e intentó soltarse—. Y está sola, me… me necesita.

—Lo sé, pero estoy convencido de que ella estará bien —insistió, buscando la manera de calmarla—. Tienes que tranquilizarte y pensar con coherencia. ¿Qué vas a hacer? ¿Salir ahí fuera a buscarla cuando no sabes ni a dónde ha ido?

Su exposición la golpeó y sintió de nuevo esa ola de emociones batiendo contra ella, tambaleándola.

—Yo… no puedo quedarme así, sin hacer nada —replicó desesperada—. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si se ha hecho daño? ¿Si alguien le ha hecho daño? Maldita sea, tenía que habérmela llevado esta misma mañana cuando hablé con el doctor, pero él creyó que no era el momento, que podía hacerse daño a sí misma…

—Está bien, no podías prever lo que iba a pasar.

Sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo.

—¡Pues tenía que haberlo hecho! —declaró enfadada consigo misma—. Tenía que

habérmela llevado de nuevo a casa, cuidar yo misma de ella, quizá entonces toda esa locura que cree haber visto podría irse de una vez y por todas.

Le acarició el pelo y la atrajo contra él. Al principio luchó, pero pronto estuvo buscando el refugio de sus brazos, luchando con las lágrimas y la desesperación.

—Tengo que encontrarla, tengo que encontrar a mi hermana —sollozaba contra su pecho —. Dawn, dios mío, ¿qué he hecho?

La abrazó, sosteniéndola, convirtiéndose en su soporte como se suponía que debía ser. Le habló con tranquilidad, convenciéndola de que todo se arreglaría, de que encontrarían a su hermana y mientras tanto, acudió a su vínculo privado.

«¿Quinn? Dime que Dawn está ahora mismo contigo».

Envió la pregunta a través del canal privado, esperando escuchar la respuesta que deseaba oír, una que confirmase sus sospechas.

«Sí, está conmigo. ¿Va todo bien? ¿Leah está bien? A Dawn le preocupa su bienestar».

Un suspiro mental.

«No. No está bien. Está histérica porque acaban de llamar del hospital para decirle que su hermana ha desaparecido. ¿Qué mierda has hecho?».

Escuchó el resoplido del lobo.

«Coger lo que me pertenece».

Resopló. No podía llamarle la atención por hacer algo que él mismo habría hecho si se tratase de su compañera.

«Hay otras formas de hacer las cosas y que no incluyen un jodido secuestro. ¿Tienes idea de la que acabáis de montar?».

«No iba a dejarla allí más tiempo, Odin, ella me pertenece».

Siseó. Lobos y sus emparejamientos, eran un jodido dolor de cabeza y él lo estaba viviendo en primera persona.

«Y Dawn no quería quedarse».

Lo cual era un motivo de peso para que un compañero recurriese a hacer las más absurdas estupideces con tal de ver a su hembra feliz y libre de tristeza.

«¿Cómo está?».

«Confundida. Su mente es un caos, pero su loba está ayudándola a seguir adelante, está sosteniendo su parte humana y evitando que se desmorone. Necesitará tiempo para recuperarse por completo, pero lo hará».

Y la seguridad que había en la voz de Quinn decía que él no permitiría otra cosa.

«Quiere ir a la casa de sus padres, necesita enfrentarse con el pasado, dice que hay cosas importantes que debe recordar».

La casa de los padres adoptivos de ambas, una familia dentro de su propio clan que las había acogido y criado alejándolas de su lado lupino para protegerlas. ¿Por qué habían hecho que negasen su naturaleza? ¿Por qué habían permitido que perdiesen su verdadera identidad?

«¿Qué habéis averiguado sobre ellos?».

No le cabía la menor duda de que Quinn los había investigado a fondo, especialmente ante su desaparición.

«Al parecer, eran un matrimonio sin hijos y acogieron a sus sobrinos una vez que sus padres biológicos fallecieron en condiciones misteriosas. Las arrancaron del seno de la manada y las criaron como humanas. Dawn, que era la mayor, siguió visitando la manada, de hecho, estaba allí la noche de la masacre, pero sus recuerdos todavía son confusos. Dice que a partir de esa noche, sus padres de acogida le prohibieron volver a cambiar o mostrar signo alguno de

su verdadera naturaleza. Leah, por otro lado, era apenas un bebé cuando perdieron a sus padres, apenas podía reconocer su naturaleza lupina y, guiándome por lo que le pidieron a Dawn, tampoco la animaron a explorar a su loba, dejándola vivir en la ignorancia como humana».

Y eso sin duda explicaba que su compañera ignorase quién era y que su bestia hubiese despertado aún ahora, al reclamarla como su pareja.

Lo ocurrido aquella noche de hacía diez años empezaba a revelarse como algo cada vez más truculento y misterioso, un episodio olvidado que emergía cada vez con más fuerza y dejando un rastro de sangre y muerte tras ello.

«Aquí hay mucho más de lo que parece a simple vista». Comentó sin poder sacarse la sensación de encima. «Nadie masacra a una manada entera sin una buena razón y mucho menos desaparece solo para reaparecer diez años después».

Quinn estaba de acuerdo con esa línea de pensamiento.

«El ataque que sufrió Santana y ahora tú mismo tienen que obedecer a alguna causa en concreto, pero ¿a cuál? ¿Cuál es la conexión? ¿Quién está detrás de todo esto?».

«Eso es lo que tenemos que averiguar y la respuesta quizá se encuentre en los recuerdos de los supervivientes a aquella noche».

Quinn gruñó.

«Los recuerdos de Dawn son difusos. Su mente todavía no es suya, no puedo arriesgarme a que se pierda de nuevo».

Se lamió los labios y bajó la mirada sobre el tibio cuerpo que seguía pegado al suyo.

«Contacta con Arik, dile lo que has descubierto y que mantenga los ojos abiertos». Le pidió. Tal y como estaban las cosas, no podían darse el lujo de bajar los brazos. «Y pon el clan en alerta, os quiero cubiertos a Dawn y a ti».

El lobo asintió en respuesta, podía ver su imagen mentalmente.

«Y tú procura no salir de bajo la vigilancia de Savage o yo mismo te moleré a palos».

Puso los ojos en blanco ante la vacua amenaza.

«Lleva a Dawn a la casa de sus padres tal y como te ha pedido. Nos encontraremos allí en una hora».

Hubo una ligera risa en su mente, una acompañada por emociones que no correspondían a su relación con Quinn y que sin embargo venían de él.

«Dawn te da las gracias por cuidar de Leah y quiere que se la devuelvas inmediatamente».

Sonrió en respuesta al comentario. No le cabía duda de que el que el joven lobo y él mismo se hubiesen emparejado con dos hermanas, iban a poner su mundo del revés.

«Cuida de tu compañera». Pidió. «Nos veremos dentro de una hora».

Cortó la comunicación y se centró en la mujer que tenía entre sus brazos. Ahora tenía que ver cómo demonios se las ingeniaba para conducir a esta hembra hacia su hermana sin que sospechase de cómo sabía que estaría esperándola allí.

CAPÍTULO 28

Leah no podía dejar de pensar que todo lo ocurrido era culpa suya. Tenía que haberse impuesto al médico, haberle dicho a su hermana que iba a sacarla de allí, eso habría evitado que ella se marchase.

¿Y a dónde podría haberse marchado? La clínica estaba situada a las afueras, no había paradas de bus o de tren cercanas, si se había marchado andando no podía haber llegado muy lejos, pero nadie sabía de su paradero.

¿Había hecho autostop? ¿La habría recogido alguien? ¿A dónde la habían llegado? ¿Dónde estaba? Iba a volverse loca si no la encontraba pronto, si algo le pasaba…

—¿Dónde te has metido, Dawn? —murmuró mirando a su alrededor. El feo edificio del hospital a su espalda—. ¿A dónde demonios puede haber ido? ¿Y cómo? Aquí no hay ni una sola parada de autobús en kilómetros a la redonda. ¿Y por qué nadie se dio cuenta de que faltaba hasta esta mañana?

—Leah. —Levantó la mirada por encima del coche y se encontró con los ojos azules de Odin—. No puedes salir corriendo así sin más, eso no va a ayudarla.

Irracionalmente ese obstinado hombre había tomado las riendas desde el momento en que le dieron la noticia de la desaparición, le había impedido subir al coche —en realidad la había sacado casi arrastrándola y entre gritos—, para meterla en el suyo y traerla hasta el hospital.

—Los médicos ya han registrado los alrededores y la policía ha sido avisada —le recordó —. El salir corriendo sin destino alguno no va a ayudar a encontrarla.

Sabía que tenía razón, pero no podía quedarse allí de brazos cruzados y sin hacer nada.

—¿Entonces qué hago? No puedo sentarme a esperar —extendió el brazo hacia la carretera—. Dawn puede estar ahí fuera, en cualquier lugar, quizá incluso herida. ¿Y si alguien la recogió? ¿Y si le hacen daño? Todo esto es culpa mía…

—Las decisiones que tomen otras personas no son culpa tuya —le recordó—. No podías prever lo que haría.

Se pasó la mano por el pelo con gesto desesperado.

—No lo entiendes —negó con la cabeza—. Le dije que arreglaría las cosas, que la protegería. Esta misma mañana fui a hablar con el psiquiatra para sacarla de aquí. Sabía que no la estaban ayudando, ella volvió a hablar del incendio y de… dios, no importa.

Frunció el ceño, pero se contuvo de decir nada.

—¿Dónde puede estar? ¿A dónde habrá ido?

Dawn ni siquiera conocía el lugar en el que vivía, se había mudado después de que ingresase en el hospital. Si bien la clínica tenía su dirección, nunca se le había ocurrido dársela a ella. El único hogar que conocía su hermana era el mismo que había visto quemarse hasta los cimientos y el piso que había compartido con ella.

—Oh dios mío —jadeó cuando sus propios pensamientos se filtraron en su tumultuosa mente cobrando cierto sentido.

—¿Qué ocurre?

Se giró hacia él con renovadas esperanzas.

—Creo que sé a dónde puede haber ido —aseguró. Era la dirección más razonable a la que

podía llegar—. Es el único lugar, puesto que ella no sabe dónde vivo ahora.

Aferrándose a ese pensamiento, palmeó el techo del coche con impaciencia.

—Tienes que llevarme allí.

La miró como si estuviese considerando sus palabras.

—¿En qué has pensado?

Se lamió los labios.

—La casa dónde nos criamos —respondió—, la misma que se quemó hasta los cimientos la noche en que asesinaron a nuestros padres y Dawn terminó en el hospital.

Casi juraría que esos carnosos labios se curvaron en algo parecido a una sonrisa.

—Dime cómo llegar —exigió, abriendo la puerta del conductor y tomando asiento.

Asintió y saltó a su vez al interior del vehículo mientras rogaba que no se hubiese equivocado con sus suposiciones.

—Ya no queda nada.

La voz de Dawn era plana, carente de emociones, pero no pasaba así con su interior. Quinn podía escuchar el acelerado latido de su corazón, las rasgadas respiraciones mientras caminaba alrededor de lo que ya solo eran escombros. La zona estaba vallada, impidiendo el acceso a los peligrosos restos de lo que, en otra hora, debió ser una bonita casa de dos plantas.

—El fuego lo consumió todo, incluso el pasado.

No le gustaba la frialdad que encontraba en su tono, la disociación que parecía estar experimentando y que lo atravesaba como agujas de hielo. Esa no era su compañera. En las pocas horas que llevaba a su lado, sabía que era luminosa, dulce, inocente y tan tierna como una niña, pero no fría y carente de emociones.

Le posó las manos sobre los hombros y apretó, recordándole su presencia y anclándola a ella.

—Aquí fue dónde perdí todo lo que soy —murmuró ahora con voz quebrada, como si su presencia rompiese esa cáscara en la que quería meterse y no salir—, donde lo perdimos las dos.

Tomó una profunda bocanada de aire y se giró, envolviéndole la cintura con los brazos y ocultando el rostro contra su pecho. La tristeza en ella lo sacudió.

—El fuego, el humo, los gritos… —murmuró con la voz ahogada por su camisa—, todo fue como aquella noche en la manada.

Se estremeció apretándose más contra él, buscando la seguridad que le proporcionaba su presencia.

—Llegaron sin avisar, papá sabía que algo iba mal y nos hizo salir a mamá y a mí por la puerta de atrás —susurró—. Pero ellos estaban también allí y no eran humanos, eran como nosotros. Todavía escucho los gritos, la orden de mi padre, las palabras de mi madre, la sangre en su camisa, el olor del humo y entonces las llamas.

El dolor se mezclaba con el miedo y llegó a notarla temblar en sus brazos.

—Dijeron que les habían robado y venían a recuperar lo que era suyo —continuó—, pero ya no eran humanos, eran bestias con ojos brillantes. Eran… malos, muy malos.

Restregó el rostro contra él como si pudiese deshacerse de las imágenes que estaba viendo.

—Mamá me obligó a salir, yo quería quedarme, quería ayudarles, pero estaba Leah, tenía que proteger a Leah —tembló incluso más—. Gracias a dios ella había estado en clases, nunca supo qué pasó en realidad, no vio cómo ellos los desgarraron, los mutilaron y se reían mientras lo

hacían. Fue horrible, Quinn, toda esa sangre y entonces el fuego lo lamió todo, sin piedad.

Hizo una pausa y la mantuvo durante unos instantes, entonces se deshizo de su abrazo y volvió la cara hacia las ruinas.

—Ellos gritaron, gritaron sin parar y el olor, ese horrible olor —tembló y se frotó la nariz —, todavía puedo olerlo a pesar de todo…

Se envolvió con sus propios brazos, podía verla temblar, luchando con el miedo de sus propios recuerdos.

—Tenían ojos amarillos y los dientes manchados de sangre y se reían, mientras el fuego lamía la casa, ellos se reían… —se llevó las manos a los oídos como si todavía pudiese escucharlos—. Corrí tan rápido como pude, me escondí en el lugar secreto que teníamos Leah y yo. Él quería sacarme, me arañó —bajó la mano sobre la pierna y señaló la cicatriz que le marcaba la pantorrilla por debajo del camisón—. Quería morderme, decía que yo era… mala… que me habían…convertido en algo malo y sucio y que él lo arreglaría.

Vestida con el camisón del hospital, con su propia chaqueta como todo abrigo y el pelo rojizo suelto sobre los hombros, tenía un aspecto tan frágil que todo lo que quería hacer era abrazarla y llevársela de ese lugar.

—Le mordí —murmuró en voz baja, casi avergonzada—. ¡No quería hacerlo! Pero… me hacía daño y… yo quería irme, no quería que me tocase y… lo siento… lo siento, lo siento, lo siento…

La angustia en su voz lo llevó a abrazarla y resguardarla con su propio cuerpo.

—No quería que él me tocara, me hacía daño, no quería que se me acercara y le mordí —gimió aferrándose a él—, pero no era yo, era ella, la loba con la que hacía tiempo que no jugaba conmigo porque nuestros padres no querían que la dejase salir.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar los restos de la casa.

—Sé que fue real, que todo fue real y no producto de mi imaginación —insistió, entonces lo miró y había ansiedad en sus ojos—, pero no me creyeron, nadie me creyó, ni siquiera Leah.

Le acarició la mejilla, calmándola.

—Lo siento, cielo, lamento que hayas tenido que pasar por todo esto tú sola.

Sacudió la cabeza.

—Yo no prendí fuego a la casa —murmuró buscando su mirada—. Cuando nos dimos cuenta, ellos ya estaban dentro, no les vimos las caras, pero yo sabía que no eran simples ladrones. Los atacaron, Quinn y luego les prendieron fuego…

—Dawn…

—No fue solo la casa… ellos… mis padres… ellos… les prendieron fuego —su voz estaba teñida de dolor, de miedo y sobre todo rabia, una rabia roja, salvaje, con sello propio, el de su loba—. ¡Yo no inicié el fuego! ¡Fueron ellos! No quiero que vuelvan, no quiero que encuentren a Leah, no quiero que le hagan daño. Prometí a mis padres que la protegería, que no la encontrarían…

Escuchó la decisión en su voz y supo que lo haría, así fuese la última cosa que pudiese hacer, protegería a su hermana incluso de su propia naturaleza.

—Se suponía que, si no recordaba nuestra infancia, si no recordaba cómo jugar con su loba, como cuando éramos niñas, ellos no la encontrarían, nadie lo haría… pero él la encontró… —continuó, frunciendo el ceño, intentando asimilar sus propias palabras—. Supongo que no se puede escapar del destino. Todos tenemos un compañero, una mitad, eso decía mi madre y, antes o después, acabas encontrándolo. Tú me has encontrado a mí así que, supongo que eso no es tan malo.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y disfrutó de tenerla cerca, de su aroma y esa dulzura en sus labios.

—No, Dawn, no es malo —le aseguró con ternura—. Odin no va a dejar que nadie se acerque a ella, nadie le hará daño. Leah es ahora miembro de nuestra manada, al igual que tú.

Sus ojos verde mar se encontraron con los suyos y pudo ver en ellos la necesidad, el deseo que le inspiraban sus palabras.

—¿Lo somos?

Le ahuecó el rostro con las manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Sí, Dawn, ambas sois parte de nuestra manada, tú eres mi familia.

Se lamió los labios y asintió.

—Familia —musitó—. Gracias, Quinn.

Apoyó la frente contra la suya y aspiró su aroma. Ella era deliciosa y no podía esperar a tenerla por completo, a hacerla suya y que comprendiese cual era el lugar que iba a ocupar eternamente.

—No hay nada que agradecer, es el lugar al que perteneces —le aseguró—. Junto a mí.

Le envolvió con sus delgados brazos y se apretó contra él.

—Me gusta cómo hueles —murmuró mimosa—, y me gusta tu lobo, es divertido.

Se rio.

—Me alegra que lo encuentres divertido, yo te encuentro a ti refrescante —le mordisqueó los labios—. Y, aunque me encantaría mostrarte exactamente cuánto ahora mismo, hay alguien que necesita desesperadamente ver que sigues de una pieza.

La vio arrugar la nariz, entonces sus ojos se ampliaron, ladeó la cabeza y se giró hacia el camino mostrando una suave y genuina sonrisa.

—Es Leah, está cerca, puedo sentirla.

Aquello lo llevó a enarcar una ceja y asentir.

—¿La sientes?

Se giró hacia él y asintió.

—Cuando éramos pequeñas, podíamos comunicarnos en secreto, pero después ella dejó de jugar con su loba y… —negó con la cabeza—. Ya no puedo hablarle, no me escucha, pero sé cuándo está cerca.

Sin duda un vínculo sorprendente, aunque, siendo hermanas, era explicable. Ambas conservaban todavía la conexión con sus lobas, aún si su naturaleza lupina estuviese algo más ahogada.

—Y cuando está cerca, también sé si está triste o preocupada —continuó y se soltó de su abrazo—. Últimamente, siempre parecía estar triste cuando venía, pero cuando vino ayer, parecía también enfadada y frustrada… No entiende lo que le pasa y yo tampoco.

Su gesto de ingenuidad lo derritió, en ciertos aspectos su pequeña compañera le recordaba a su hermano. Pensar en su gemelo lo entristeció un poco, le hubiese gustado que la hubiese conocido, tenía la impresión de que iba a gustarle mucho.

—¿Estás bien, Quinn? —le preguntó, tocándole voluntariamente el rostro—. Tus ojos… el brillo se ha extinguido durante un momento. Estás triste.

Negó con la cabeza y le besó los dedos.

—Estaba pensando en Christian —respondió—. En cómo me has recordado a él y lo mucho que le habrías gustado.

—¿Quién es Christian?

—Era mi hermano gemelo —murmuró con voz llana—. Lo mataron hace algo más de año

y medio.

Asintió y posó la mano sobre su corazón.

—Tú también has perdido un trocito de ti —susurró acercándose más a él buscando consolarle—, por eso me entiendes.

Su pequeña lobita.

—Eres mi compañera —le revolvió el pelo—, es mi deber comprenderte.

Ladeó la cabeza como si barajase sus palabras.

—Supongo que, en ese caso, también será mi deber comprenderte a ti.

Dicho aquello, le sonrió, giró sobre las zapatillas que todavía llevaba y se quedó mirando hacia la carretera y el coche que ya entraba en la zona.

—¡Leah!

Odin apenas pudo detener el coche antes de que su compañera saltase del vehículo y se lanzase a los brazos de su hermana.

—Maldición, Dawn, ¿por qué te has ido sin mí?

CAPÍTULO 29

El tacón del zapato de una mujer podía convertirse en un arma de destrucción masiva. Leah estaba convencido de ello. De pie, delante de Dawn, escudaba a su hermana manteniéndola alejada del apuesto desconocido con quién la había encontrado.

Al verla allí de pie casi se le sale el corazón por la boca. Prácticamente había saltado del coche en marcha lanzándose para comprobar que estaba de una pieza y no le había pasado nada.

Vestida tan solo con un camisón, zapatillas, el pelo rojizo un tono más claro que el suyo suelto sobre los hombros y una americana que, obviamente pertenecía a ese hombre, debía tener una apariencia frágil, pero la sonrisa presente en sus labios, el color de sus mejillas y la asombrosa vivacidad en sus ojos decían una cosa muy distinta. La mujer que veía frente a ella, la que la había abrazado sin vacilar, no era ni la sombra de la que había dejado en su última visita en la clínica.

Y ese era el único motivo por el que no había emasculado todavía al desconocido que la acompañaba.

—¿Cómo has podido ser tan irresponsable? —la acusó todavía presa del nerviosismo y el miedo que había acusado a raíz de la noticia de su desaparición—. ¿Te das cuenta de lo preocupada que me has dejado? No puedes hacer estas cosas, Dawn.

—No quería quedarme allí más tiempo —replicó con una energía que la sorprendió—. Quinn vino y me fui con él. Esto es lo que quiero.

Jadeó y extendió la mano en una obvia respuesta.

—¿Quinn? ¡Ni siquiera le conoces!

Emitió un resoplido y se acercó más al hombre buscando obviamente una seguridad que no encontraba en ella.

—Es mi compañero, si hay alguien en quién confío es en él.

Eso fue una puñalada directa al corazón y, también, demasiado para ella. No se lo pensó dos veces, la cogió de la muñeca y tiró de ella, apartándola de su acompañante y escudándola, solo para empuñar el tacón del zapato que, en un alarde de absurdez, había guardado en el bolsillo de la chaqueta.

—Ni se te ocurra tocarla —lo previno—. ¿Quién eres y cómo has llegado a ella?

Antes de que el hombre pudiese decir algo, Dawn se inclinó sobre ella, apoyándose en su espalda y ladeó la cabeza.

—Es mi compañero —le informó con plácida sencillez—. Llegó a la clínica buscándote y…

—¿Cómo? —la interrumpió abruptamente—. ¿Cómo que buscándome…?

El aludido le dedicó una mirada que no pudo descifrar a Odin antes de girarse hacia ella.

—Temo que, si bien hemos hablado con anterioridad, no hemos tenido la oportunidad de coincidir en persona…

Esa voz… ¿Por qué le resultaba familiar?

—Un momento —parpadeó y miró a su hermana—. ¿Has dicho Quinn?

La chica asintió, la rodeó sin que pudiese hacer nada para detenerla y se acercó de nuevo al desconocido, quién no dudó en darle cobijo a su lado.

—Sí —aseguró apoyándose en él con una familiaridad que la escandalizaba—, y, como ya te he dicho, es mi compañero.

Si no creyese que era lo más absurdo del mundo, hubiese jurado que su hermana estaba orgullosa de proclamar aquellas palabras.

—No entiendo nada de lo que está pasando aquí —puso sus pensamientos en voz alta—. ¿Cómo puede ser… tu compañero? ¿Cuándo os conocisteis? ¿Dónde? Esto no tiene sentido. —Sacudió de nuevo la cabeza y se enfrentó ahora a él—. ¿Te das cuenta que ella está… enferma?

Dawn bufó y le pegó una patada al suelo.

—No estoy enferma, estoy bien, ¿por qué no puedes ver lo que vemos los demás?

—Dawn… —El aludido la rodeó con el brazo y la atrajo contra él, el ceño fruncido de su hermana se esfumó al momento.

—No estoy enferma, Quinn, no estoy loca —insistió y se giró hacia ella con una mirada que le dolió en lo más profundo. Dawn estaba decepcionada con ella, enfadada—. Sé lo que vi, pero tú no me crees… nunca me has creído…

Él se limitó a acariciarle el pelo a su hermana antes de girarse y mirarla a los ojos.

—Leah, puedo asegurarte que Dawn está perfectamente —le confirmó, pronunciando su nombre con una familiaridad que no compartía—. Es normal que esté algo desorientada y que tenga… momentos de confusión a raíz de lo que le ha pasado, pero es cuestión de tiempo que vuelva a ser ella misma. Solo necesita apoyo y comprensión, no…

Entrecerró los ojos sobre él, fulminándole con la mirada.

—No sé quién es usted, señor, pero no le beneficia en absoluto el hecho de que se haya llevado a mi hermana…

—Leah, guarda las garras —se adelantó Odin, impidiendo que siguiese hablando—. Le conoces, ya que has estado tratando con él todo lo referente a la venta del Rancho Omega. Es Quinn Reig, mi administrador.

Si la hubiesen abofeteado no podría haberse sorprendido más.

—¿Cómo? —se giró hacia él, entonces miró a Quinn y empezó a señalarlos a ambos—. ¿Tu administrador? Pero…

No podía dejar de mirar de uno a otro, de ver a Dawn cada vez más cerca de ese hombre, sencillamente, nada tenía sentido. Nada en absoluto.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —El recelo y la desconfianza fueron inmediatos, el corazón empezó a latirle más fuerte y sintió una inexplicable necesidad de tirar de Dawn hasta ella y escudarla de esos dos virtuales desconocidos. Después de todo, ¿qué sabía exactamente de Odin? Solo habían pasado una noche juntos, no le conocía de nada—. ¿Esto es alguna clase de juego?

Odin suspiró, su mirada fija en ella entonces sacudió la cabeza. Parecía decepcionado.

—Te diría que esto no es más que una absurda coincidencia, pero no me creerías.

—Tienes razón, no te creo —aseguró sin dejar de mirar a uno y a otro—. Y no soy persona que crea en las coincidencias, no de este tipo, así que dame una buena razón por la que no tenga que llamar ahora mismo a la policía y denunciaros a ambos por secuestro.

—Leah, nadie me ha secuestrado —rezongó su hermana. La chica dejó el lado del hombre y caminó hacia ella, enfrentándola con una fuerza en la mirada que le era extraña—. Estoy aquí por propia voluntad. Quinn apareció en el momento que más le necesitaba, es mi compañero, no puedo negarme a él y tampoco quiero hacerlo. ¿No lo ves? ¿No lo sientes? Tienes al tuyo justamente ahí.

Señaló a Odin y no pudo evitar sentirse atacada. No había motivo aparente para ello, pero

esa mujer, esa intensidad, la ponían nerviosa. Podía reconocerla, la tenía delante, la había visto así de orgullosa en el pasado, pero ahora había algo más, algo que hacía que se le pusiese el vello de punta y quisiese gruñir.

Optó por seguir otra vía, necesitaba desenmascararlos, tenía que llegar al fondo de todo esto y mostrarle a Dawn quiénes eran en realidad.

—Dijo que llegaste buscándome —replicó mirando a Quinn con abierto recelo—. ¿Cómo llegaste a la clínica? ¿Quién te dijo que estaría allí?

El hombre no dudó en responder, estaba mucho más tranquilo, casi incluso aburrido mientras la miraba y vigilaba así mismo a su hermana. Era como si tuviese miedo de que, si la perdía de vista, desapareciese. Un sentimiento que podía muy bien compartir.

—Visité la inmobiliaria que posees en el Art District —le respondió—. Una de tus empleadas comentó que esa mañana habías salido a visitar a un familiar…

Frunció el ceño. Sí, eso tenía sentido, David le había avisado de que el señor Reig había pasado por allí buscándola y había dejado recado de que la llamase. Pero ¿era en realidad este hombre? ¿Se trataba de una casualidad tal y como Odin sugería?

—Sí, mi socio me dio el aviso de que estabas interesado en ponerte en contacto conmigo —optó por tutearle, ya que él llevaba haciéndolo desde el principio—. ¿Qué era tan urgente como para que tuvieses que buscarme… con tanto ahínco?

El chico levantó el pulgar y señaló a Odin.

—En ese momento me urgía bastante dar contigo, ya que eras la última persona que había visto a mi jefe, aquí presente.

Frunció el ceño.

—¿Cómo? —Las cosas se estaban liando cada vez más.

—Es una larga historia —corroboró su acompañante, dando por terminado ese breve interrogatorio

Pues ya podía ir empezando a desgranarla, porque nada de aquello tenía sentido alguno. Miró a uno y otro, dos hombres distintos, atractivos y con un magnetismo sexual demoledor. Eso ya de por si era peligroso, si además le añadías toda la locura de las últimas horas, la cosa subía al nivel Expediente X.

No, aquello no era normal, todos sus instintos le decían que cogiese a Dawn y saliese corriendo, pero, dado que había venido con Odin, eso podía resultar un poco complicado. Además, su hermana no parecía demasiado dispuesta a irse con ella, si se acercaba un poco más a ese chico la engulliría. La cercanía entre ambos la ponía nerviosa.

—Leah, puedo asegurarte que Dawn ha estado protegida y vigilada en todo momento —le dijo él, como si le hubiese leído el pensamiento—. No ha salido de mi vista desde el momento en que decidió dejar voluntariamente ese lugar. Puedes estar tranquila, yo jamás le haría daño.

—El hecho de que no te conozca y que hayas secuestrado a mi hermana…

—Nadie me ha secuestrado, Leah —insistió ella.

—… no me inspira precisamente confianza o tranquilidad.

—Leah…

Sacudió la cabeza. No. Nada de eso tenía sentido. No se fiaba, no quería que su hermana estuviese cerca de ese hombre y así se lo hizo saber.

—Aléjate de él, ahora y ven aquí —ordenó, tendiéndole la mano. No estaría tranquila hasta que Dawn estuviese de nuevo a su lado—. No le conoces…

—Leah, estás sobre reaccionando —se inmiscuyó Odin, avanzando hacia ella—. No encontrarás un lugar más seguro para tu hermana que al lado de su compañero…

—No te metas —lo amenazó, su voz adquiriendo un borde afilado.

Estaba nerviosa, le picaba la piel y necesitaba… ¿qué coño necesitaba?

Sacudió la cabeza.

—Es mi hermana, mi responsabilidad y…

Un inesperado gruñido emergió de la garganta femenina interrumpiendo su discurso. Los dos hombres y ella misma se giraron hacia Dawn, pero la chica no estaba interesada en su defensa, algo en las viejas y quemadas ruinas había capturado completamente su atención.

—¿Eso ha…? —sacudió la cabeza y se llevó las manos a las caderas—. ¿Acabas de gruñir como un perro?

—Lobo —contestaron los dos hombres al mismo tiempo.

Quinn les dejó y caminó hacia ella, sus pasos lentos, silenciosos, al igual que su voz al hablarle.

—¿Dawn?

No se movió, parecía estática, su mirada fija en las ruinas entonces apareció un gato por entre los matorrales y la previa tensión se diluyó al momento.

—Tranquila, dulzura, solo es un gato —escuchó musitar al chico—. Tu loba está todavía en la superficie, tendrás que aprender a controlarla de nuevo.

¿Su loba? ¿De qué mierda estaban hablando?

—No me siento bien —la escuchó a ella, quién daba un paso atrás y se giraba hacia el joven—, estoy nerviosa… me pica la piel… y hay un olor… No me gusta, Quinn.

Dicho aquello se frotó los brazos, dio media vuelta y se refugió en sus brazos como si aquel hubiese sido su lugar por siempre. Y, aunque pareciese una locura, la escena de ellos dos encajaba, era como si debiese ser así.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor, estremeciéndose a su vez al ser consciente, por primera vez desde que llegó, del lugar en el que se encontraban. Su mente había estado ocupada únicamente en encontrar a su hermana y había pasado por alto el significado de esas ruinas.

De todos los posibles lugares del mundo, este era el último al que deseaba volver, el último en el que quería ver a su hermana.

—¿Por qué? —se escuchó murmurar a sí misma—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Es que no fue suficiente con una vez?

No pudo evitar que su voz trasluciese el dolor, la rabia y la desesperación que traía consigo ese lugar y los recuerdos.

Una fuerte y tranquilizadora mano se posó sobre su hombro, no necesitó girarse para saber que se trataba de Odin, ese hombre la encendía y calmaba con la misma facilidad que si tuviese un interruptor. Su mirada se encontró entonces con la de su hermana y vio la pérdida de brillo, el dolor y la vulnerabilidad que habían traído consigo sus palabras.

—Yo no tuve la culpa de lo que ocurrió, Leah —murmuró—. Te lo juro, yo no incendié la casa…

Su voz la atravesó como un dardo ardiendo, le picaron los ojos por las lágrimas que brotaron y se obligó a contenerlas al tiempo que sacudía la cabeza.

Sabía que no había sido ella, era imposible que lo hubiese sido pues la habían encontrado escondida en el lugar en el que solían pasar tiempo de niñas. Había sido un milagro que hubiese salido con vida de aquello.

—Te lo dije, os lo dije a todos —continuó sin darle opción a responder, a decirle que sabía que era inocente, que no era culpa suya, que todo había sido producto de un maldito robo y del jodido destino—. No fue un accidente, no se trató de un robo… venían a por nosotras, papá lo

sabía y mamá también. Los atacaron… les hicieron daño y entonces, el fuego… ellos todavía estaban vivos cuando…

Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—¡Basta! —alzó la voz desesperada. No podía escucharlo, no otra vez—. ¡Deja de decir esas cosas! Nada de eso fue real. Todo fue… un maldito robo que salió mal…

Su hermana negó con la cabeza, sus ojos llenos de dolor y rabia.

—¡No es verdad! —estalló ella—. ¡Sé lo que vi, sé lo que eran! ¡Eran bestias salvajes! ¡Lobos carentes de honor o raciocinio! ¡Por amor de dios, intentaron violarme! Le pegaron a mamá… acuchillaron a papá y los destrozaron… ¡Quemaron la casa mientras aún estaban vivos! ¡Yo los escuché gritar! ¿Lo entiendes? ¡Yo los escu…!

Una sonora bofetada reverberó en el aire, los dedos le dolieron al punto de darse cuenta de que había sido ella misma la que había levantado la mano. El horror la llenó al darse cuenta de su reacción, las lágrimas llenaban los ojos de su hermana y vidriaban su propia vista.

—Dawn yo…

Dios, ¿qué había hecho?

—Dawn, lo siento…

Su hermana dio un paso atrás cuando intentó tocarla y eso le partió el corazón.

—¿Por qué no quieres aceptar la verdad? —la acusó ella sin dejar de mirarla—. Sé lo que vi, ahora más que nunca sé que lo que vi es verdad. Todo ha cambiado, Leah, he vuelto a encontrarme, he recuperado a mi loba, Quinn me ha ayudado, él me ha guiado y…

No podía, no podía con aquello, no podía pasar otra vez por lo mismo, ya no le quedaban fuerzas.

—¡Basta! —estalló desesperada—. ¿Es que no puedes ver lo que tienes delante? ¿No ves dónde estás? Si no lo haces por ti, hazlo por ellos y respeta su memoria. ¡Basta de fantasías!

Estaba temblando, la rabia burbujeaba en sus venas, la hacía sentirse extraña, fuera de sí misma y eso la asustaba.

—¡Somos lobas! —clamó ella con la misma intensidad—. ¡Somos Daratraz! Masacraron a nuestros verdaderos padres, luego mataron a papá y a mamá destrozándolos y quemando nuestro hogar. Y nos hemos emparejado, tú misma tienes a tu compañero ahí mismo y ni siquiera le miras como deberías. Somos lobas, ¿por qué no lo ves? ¡Lo llevas en la sangre!

Las lágrimas descendieron por sus mejillas incapaz de evitarlas. Ella no había mejorado, esas alucinaciones, sus ilusiones y ahora la incluía a ella en todo eso, abriendo el horizonte de su imaginación. No, se había equivocado, Dawn no había mejorado, por el contrario, solo parecía haber empeorado.

—No puedo —musitó al tiempo que negaba con la cabeza—, ya no puedo con esto. Lo he intentado, Dawn, pero no puedo, no soy lo bastante fuerte para enfrentarme con esto y con tus fantasías.

Sus palabras la hirieron, pudo verlo en su mirada, en la manera en que retrocedió.

—¿Por qué la has abandonado? ¿Por qué has renunciado a lo que somos? —musitó Dawn, una silenciosa recriminación—. ¿Por qué no eres capaz de ver que digo la verdad?

—¡Porque todo esto es una fantasía y nada más! —clamó señalando la casa—. No hubo bestia alguna, ni lobos, ni perros, ni nada de eso. Fue un maldito robo con agresión, mamá y papá estaban en el lugar equivocado y en el momento equivocado, el incendio… los asesinaron porque estaban en casa cuando entraron a robar, todo fue una maldita y horrible coincidencia con resultados funestos…

Ella negó con la cabeza, miró a su acompañante y finalmente buscó a Odin.

—Díselo tú, por favor, hazla entender. Eres su compañero, a ti tiene que creerte —suplicó haciendo que le doliese el corazón—. Eres el único al que…

—Dawn, ya es suficiente.

El aludido dio un paso hacia ella.

—Leah, déjala, ella…

—No —se quitó su mano de encima, se alejó de él a pesar de lo que, irracionalmente, le dolía hacerlo—. Tú no te metas. Es mi hermana, mi responsabilidad y vosotros… no sé qué diablos habéis hecho, pero espero que tengáis un buen abogado porque pienso denunciaros por secuestro y ya veremos si no se me ocurre algo más…

—¡Leah! ¡Nadie me ha secuestrado!

—Leah, estás sacando las cosas de contexto —intentó razonar Odin. Sus palabras calmadas, intentando dialogar.

—Dawn está enferma —insistió señalando a su hermana.

—¡Yo no estoy enferma! —gritó ella a su vez—. ¿Por qué no puedes ver la verdad? ¡No estoy enferma, ni loca! Maldita sea, Leah, tú eres la única que se niega a ver la realidad, tú eres la que está enferma.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, la chica dio media vuelta y se internó en el sendero comido por la maleza que, tiempo atrás, había sido la acera que llevaba a la parte de atrás de la casa de su infancia, hacia el jardín.

—¡Dawn! —la llamó. ¿Cómo habían terminado así? ¿Cómo había sucedido todo esto?

—Dawn, vuelve aquí. —La voz de Quinn fue firme, dura e hizo que su hermana se detuviese en seco. Se giró hacia él y había lágrimas en sus ojos.

—No me cree, Quinn —musitó antes de dar media vuelta y alejarse a paso lento, alicaído —. Ella no me cree.

—Dawn…

No le permitió seguir, se interpuso entre él y su hermana y lo amenazó, sus ojos reflejando la rabia que bullía en sus venas.

—No te acerques a ella —lo frenó, interponiéndose en su camino—. Ya has hecho bastante daño. No sé qué mierda le has metido en la cabeza, porque sé que has sido tú, pero no vas a acercarte a ella.

Su gesto mudó, volviéndose crudo, peligroso e instintivamente, dio un paso atrás sintiéndose amenazada y deseando, al mismo tiempo, responder a esa amenaza. Le picaba la garganta, quería gruñirle, decirle que se metiese en sus propios asuntos.

—No eres nadie para interponerte entre mi compañera y yo —le dijo él con voz firme, fría y acerada—. Dawn ya no es tu responsabilidad. No debió haberlo sido nunca. Gracias a ti ha estado encerrada en ese maldito lugar, no tienes derecho alguno sobre ella, no cuando deberías haber estado allí para cuidarla y lo que hiciste fue abandonarla…

—Quinn, basta —gruñó Odin.

El hombre se giró hacia él.

—Dile de una maldita vez quién y qué eres —respondió en el mismo tono acerado, uno que no parecía precisamente humano—, sácala de una vez de las mentiras en las que vive y que se enfrente a la realidad.

Entonces se volvió de nuevo a ella.

—Si vuelves a hacerle daño con tus palabras, te juro que me la llevaré y no volverás a verla.

Se erizó, todo en su interior protestó ante la amenaza y sintió la necesidad de gruñirle a su

vez.

—No me amenaces, capullo —le enfrentó—. Es mi hermana y tú has cometido un delito al sacarla de la clínica en la que estaba internada sin potestad para ello.

—¡Basta! Los dos. —Odin se interpuso entre ellos, escudándola con su cuerpo—. Déjala, Quinn, o no respondo.

El aludido gruñó y esta vez su compañero respondió en consonancia.

—Dawn es mi compañera —le recordó el joven—. No tienes potestad para decirme…

—Y Leah es la mía —aclaró Odin con un tono de voz que no admitía réplica—. La compañera de tu alfa. Le debes lealtad y respeto.

Se estremeció al escuchar su declaración, no sabía qué quería decir con tal declaración, pero el oscuro y brusco tono de su voz la hizo estremecer. No tenía tiempo para pactar con los hombres y sus desmesurados egos, así que optó por alejarse de ellos y seguir el camino que había tomado su hermana.

—Si vais a sacarla a ver quién mea más lejos, hacedlo lejos de Dawn y de mí.

Sin una palabra más, se perdió por el camino en post de la única persona que le importaba lo suficiente como para hacer frente a su asco por los bichos.

CAPÍTULO 30

Hacía tiempo que no se acercaba a la propiedad, los recuerdos todavía la asaltaban cada vez que venía y eran demasiado dolorosos. No podía dejar de ver el humo, los bomberos refrigerando la estructura y a su hermana entubada y con quemaduras en el hospital. Su vida había cambiado por completo a partir de ese día. Dawn había enfermado entonces, el incendio se había llevado su cordura creando monstruos que no existían para justificar el horror que había vivido.

Serpenteó por el camino lleno de maleza casi agradecida de llevar zapatillas en vez de tacones, su memoria tiraba de ella llevándola en una única dirección. Casi podía verse a sí misma y a su adorada hermana jugando alrededor, ocultándose en su escondrijo y contándose toda clase de infantiles secretos.

—Siempre veníamos aquí cuando sentíamos que no nos comprendían, que necesitábamos estar juntas y sin nadie más alrededor, ¿lo recuerdas?

Levantó la mirada y se encontró con los ojos verde mar de la chica. Su antigua vivienda había estado cerca de una zona boscosa, con una amplia extensión de tierra y un jardín del que ambas habían disfrutado inmensamente.

—Sí, vagamente, pero lo recuerdo —aceptó. Era seis años menor que ella y había sido prácticamente una niña por aquel entonces.

Su hermana asintió y la miró.

—No quiero que nos peleemos, Leah.

Ella asintió.

—Yo tampoco quiero que lo hagamos —aseguró avanzando hacia ella—. Solo quiero lo mejor para ti, Dawny, pero… esto…

La chica levantó la mano pidiendo silencio, giró de un lado a otro mirando con intensidad los alrededores, ladeando la cabeza como si estuviese escuchando algo.

—¿Qué…?

—Hay algo ahí fuera —la interrumpió. Su mirada voló sobre los árboles y la maleza que rodeaba el lugar, la tensión en su cuerpo era evidente y, estúpidamente, la contagió a ella—. Creo que nos están vigilando.

Miró a su alrededor y agudizó el oído, pero no podía escuchar nada más allá de los típicos sonidos de las hojas bajo sus pies.

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño—. ¿Quién nos está vigilando?

Como si el lugar quisiese darle la respuesta, escuchó un claro crujido seguido de algo más. Sus sentidos despertaron al momento, un olor extraño apareció entonces de la nada, algo que reconocía pero que no podía situar. Su corazón empezó a latir más rápido al tiempo que un sudor frío le empapaba la piel, sus nervios se dispararon y ese temblor interior volvió a envolverla.

—Ese olor… —escuchó a su hermana.

Se giró hacia ella.

—¿Tú también lo notas? ¿Qué es?

No respondió, miró a su alrededor con una fijación que empezó a preocuparla.

—¿Dawn?

—Está aquí —murmuró ella, su voz mucho más gruesa, bordeada de un gruñido—. Él está aquí… está aquí de nuevo, Leah, puedo sentirlo, puedo olerlo… ¡es él!

Miró a su alrededor, contagiándose del temor que escuchaba en la voz de su hermana. Sus sentidos agudizándose, los nervios accionando la adrenalina que empezaba a bombear a través de sus venas.

—¿Quién? ¿De quién estás hablando? —preguntó volviéndose de un lado a otro—. Dawn, ¿qué es? Yo no…

Se giró a mirar a su alrededor una vez más, pero no llegó a completar la vuelta pues su hermana la había cogido del brazo y la arrastraba al interior de la maleza, mirando frenéticamente alrededor.

—Ay dios, Dawn, por aquí no —gimió al ver las telas de araña, sentir el blando suelo bajo sus pies—, sabes que odio apasionadamente los bichos…

Ella no le escuchó, de hecho, tiró con más ímpetu.

—Está aquí. —Había verdadero terror en su voz, uno que la contagió al momento—. Está aquí, Leah. Date prisa, no puedes dejar que te vea, que sepa de ti. Le prometí a papá y mamá que te protegería… ¡Quinn! ¡Está aquí!

Recorrió los alrededores con la mirada, fijándose en cada centímetro del camino, gimiendo cuando algo la rozaba y alzando la mano libre para evitar ser golpeada por las ramas o comerse alguna tela de araña.

«Leah. No dejéis de moveros. Estamos detrás de vosotras».

La voz de Odin resonó en su cabeza, se giró para buscarle, pero todo lo que veía era maleza y árboles.

—¿Odin?

Un nuevo movimiento a su izquierda y el destello de algún objeto metálico hizo que naciese un gruñido del interior de su garganta y empujase hacia delante, lanzando a su hermana al suelo cuando el sonido de un disparo resonó en el silencioso bosque.

—La madre que… —jadeó lanzándose también al suelo.

—¿Eso ha sido un disparo? —jadeó Dawn.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —siseó a su vez.

Su hermana se revolvió bajo, le echó las manos a la chaqueta y empezó a tirar de ella.

—Tenemos que correr, Leah, ¡corre! —la instó a ello, arrastrándola con una fuerza inusitada en alguien tan pequeño como la pelirroja.

Resbaló sobre el sucio suelo evitando caer por los pelos, las ramas se le prendían en el pelo, dándole tirones y azotándole el rostro en su alocada carrera hacia lo desconocido.

—Dawn… —jadeó—, ¿qué está pasando? ¿Por qué nos dis…?

Un sonoro aullido reverberó en el silencioso lugar, los pájaros que solían anidar en las copas de los árboles levantaron el vuelo aterrados cuando un nuevo sonido acompañó al primero. Se detuvo de golpe, soltándose de su mano y perdiendo a su hermana durante unos segundos cuando un borrón de pelo negro salió de la nada y la lanzó contra el suelo con tal fuerza que le arrancó la respiración.

—Jesús —jadeó, mirando frenéticamente a su alrededor, buscando la fuente de ese impulso—. ¿Qué…?

Las palabras murieron en su boca cuando se encontró frente a un animal colosal, con el pelo erizado, las fauces abiertas y unos peligrosos y malignos ojos dorados sobre ella.

—Oh, joder, joder, joder… —jadeó incapaz de hacer otra cosa—. ¡Dawn, corre! ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Empezó a reptar hacia atrás, luchando por levantarse sin poder evitar que el miedo les diese alas a sus pies y le arrancase el aire. Tenía que distraer a el enorme can negro, tenía que

hacer lo posible para darle ventaja a su hermana y que huyese de allí.

—Mira que eres feo —se encontró diciéndole al perro—, feo y baboso.

Le ardían los pulmones por la previa carrera y el corazón le tronaba en los oídos.

—Perro, malo, vuelve a casa… vamos… yo no te resultaré sabrosa, te lo juro…

El animal bajó la cabeza, gruñó y empezó a acortar la distancia con ella.

—¡No la toques, pedazo de mierda!

El grito femenino la llevó a desplazar la mirada del can a la mujer que corría ahora en su dirección, con la furia en los ojos y los dientes apretados antes de lanzarse como una loca sobre el animal.

—¡No!

El grito se congeló en su garganta y el aire abandonó sus pulmones cuando, delante de sus propios ojos, la mujer se disolvió, la ropa que llevaba cayó al suelo y al parpadeo siguiente un lobo color canela rojizo se lanzó con las fauces abiertas sobre el perro negro enzarzándose en una desesperada pelea de gruñidos, mordiscos y alaridos.

Sacudió la cabeza incapaz de procesar lo que había visto, jadeando incapaz de reaccionar a la cruda pelea que se saldó con un alarido del animal más pequeño cuando el perro negro lo agarró por una pata y tiró de él para sacárselo de encima.

—No, no, no, no…

El alarido de la hembra color canela resonó en su interior haciendo que su corazón sangrase y una rabia ciega y roja se elevase en su interior, haciendo que le doliese la garganta y los dientes.

—¡Déjala!

Sin pensar en lo que hacía, se levantó, buscó a su alrededor y cogió un palo para luego abalanzarse sobre el animal y enarbolar la improvisada arma como si fuese un bate de béisbol para golpearle con saña en la cabeza. El animal no se inmutó, se limitó a abandonar su gimoteante presa y se giró como un rayo hacia ella, sus dientes ahora manchados de sangre, la saliva goteando de las fauces mientras cargaba hacia ella como un tanque.

Levantó su improvisada arma dispuesta a darle un nuevo bateo cuando un borrón de pelo blanco atravesó la zona como una exhalación, derribándola y lanzándose sobre la bestia negra con una saña que la dejó temblando. Y no era el único, otro animal apareció como un rayo, golpeando a la bestia, lanzándole con la fuerza conjunta hacia el interior del bosque dónde todo lo que podía escuchar eran los gruñidos y alaridos de los contrincantes.

Un suave gemido atrajo su atención al lugar dónde había caído la hembra color canela, pero allí ya no estaba el perro, lobo o lo que fuese, en su lugar yacía su hermana, desmadejada, quejándose, desnuda, llena de arañazos y con una horrible herida en el muslo.

—Dawn…

«Leah, coge a Dawn y vete».

La cruda voz volvió a resonar en su cabeza, miró a su alrededor, pero no vio a nadie. ¿Dónde estaba?

—¿Odin? ¡Odin!

«Dawn, Leah. Ella te necesita».

La fuerte orden venía con una compulsión que hizo que se levantase de golpe y corriese hacia su hermana. Tropezó con sus propios pies, cayó y se volvió a levantar hasta quedar a su lado, mirando horrorizada la viciosa herida y toda la sangre que le manchaba ahora las piernas.

—Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío…

Se quitó de inmediato la chaqueta y cubrió a su hermana con ella antes de respirar

profundamente en busca de fuerza y recuperar el camisón y usarlo para envolverle el muslo herido.

—Ay dios mío —gimió, le temblaban las manos y no sabía qué hacer—. Ay dios, ay dios, ay dios… no se te ocurra morirte sobre mí, ¿me has oído? ¡Ni lo intentes!

Ella gimió, su pequeña mano de dedos delgados y frágiles se posó sobre la suya llamando su atención. Dios, estaba delgada, tan delgada, ¿cómo no se había dado cuenta antes de ello?

—Es él, Leah —la escuchó a través de los dientes apretados—. Reconocí su olor. Estaba allí la noche en que murieron papá y mamá… él estaba allí.

Un nuevo aullido penetró en el bosque, a lo lejos el sonido de la pelea continuaba y hacía que se estremeciera de terror. Cada vez le dolía más la garganta, sentía cómo se ahogaba y necesitaba hacer algo, pero ¿qué?

—Leah… me duele…

Las palabras de Dawn la devolvieron a la realidad, bajó la mirada y empezó a tomar las decisiones de manera metódica, una tras otra, comprobando que no tenía nada roto y que la única herida grave a la vista era el desgarrón en su muslo.

—Tenemos que volver al coche… —miró a su alrededor y sintió cómo crecía el temor al darse cuenta de que no tenía la menor idea dónde estaban, todo le parecía igual—. Tenemos que salir de aquí.

«¡Leah! ¡Marchaos!».

De nuevo ese grito en su cabeza.

—¡No me grites! ¡Ni siquiera sé cómo salir de aquí! —le envolvió la cintura con el brazo y tiró de Dawn para levantarla, el avanzar se convirtió en todo un desafío—. Dios mío, ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

«Cálmate. Savage va hacia vosotras».

—¿Savage? ¿Quién diablos es Savage?

—Quinn dice que es una amiga —murmuró su hermana, apoyándose en ella para caminar —. Tenemos que volver al coche. Él sigue ahí fuera y es peligroso.

Miró a la chica.

—¿Quién? ¿Qué demonios está pasando aquí? —la miró a los ojos y sacudió la cabeza al recordar lo que había visto—. Ay, Dawn, ahora soy yo la que tiene alucinaciones. Te vi… y entonces… ya no eras tú… había un perro…

—Loba, cariño —le sonrió su hermana—. Tú también puedes hacerlo.

Sacudió la cabeza.

—Esto no es real, Dawny, nada de esto es real.

La miró con palpable ironía.

—Pues la pierna me duele lo bastante como para pensar en que sí lo es…

Un inesperado sonido a su derecha hizo que cogiese el cuerpo de su hermana y lo pusiese tras ella, su mirada agudizada buscando de un lado a otro, su garganta rompiéndose en un bajo gruñido que la irritó tanto como asustó.

¿Acababa de gruñir como un perro? *Ay dios, me estoy volviendo loca.*

—¡Seas quién seas, estoy armada y soy peligrosa!

Tan pronto salieron esas palabras de su mente quiso pegarse una torta. ¿Acababa de decir lo que acababa de decir?

—Me alegra saberlo —declaró una voz femenina antes de dar paso a una preciosa mujer, vestida de cuero, que traía un rifle listo para disparar—. Vosotras debéis ser Leah y Dawn. Soy Savage.

—Un placer conocerte —la saludó su hermana—. Yo soy Dawn y ella es mi hermana. ¿Dónde está Quinn?

—Diría que zurrándole el culo al capullo que se atrevió a hacerte eso —declaró la mujer al tiempo que caminaba hacia ellas y se hacía cargo de coger a su hermana—. Se va a poner frenético cuando vea lo que te han hecho.

Leah parpadeó, ajena a toda aquella conversación irracional. No podía pensar, apenas sí podía respirar.

—Esto no está pasando, esto no es normal, esto…

«¡Cálmate! Tienes que salir de aquí. Ve con Savage y mete el puto culo en el coche. ¡Ahora!».

La sacudida de la voz masculina y grave en su cabeza la hizo gemir, se llevó las manos a las sienes y apretó al tiempo que negaba.

—Deja de gritarme, sal de ahí —gimoteó apartándose de las mujeres—. ¿Quién te crees que eres para hablarme de esa manera? ¡Capullo!

La mujer chasqueó la lengua.

—Algunas veces son como jodidas migrañas, ¿eh? —comentó—. Vamos, se le pasará el síndrome premenstrual cuando estés a salvo.

No le quedó más remedio que seguirla cuando empezó a desaparecer entre la maleza, pues se llevaba a su hermana con ella.

Los sonidos del bosque la sobresaltaban, los aullidos y gruñidos se hacían cada vez más lejanos, pero ella podía sentirlos en su interior, azotándola sin descanso, notando la rabia y la furia que corría por sus venas… pero no, no eran sus venas, era algo más. Las ramas la golpearon un par de veces y le arañaron los brazos. Tenía las manos manchadas de sangre, la blusa se había roto en un par de lugares y estaba manchada al igual que sus piernas, solo las estúpidas zapatillas con estrellitas parecían impolutas, burlándose de ella.

—Coge el botiquín —le pidió Savage nada más llegaron al coche—. Está en el maletero, en la parte de la derecha.

Se movió casi mecánicamente, cogiendo el material y volviendo al lado de su hermana, quién estaba medio tendida en el asiento de atrás. Se lo entregó a la mujer y subió al asiento de delante, echando el cierre y mirando a su alrededor como si fuese incapaz de pensar en nada.

—Esto es una pesadilla, estoy viviendo una pesadilla —murmuró para sí—, una enorme y horrible pesadilla.

—Leah…

—Nada de esto ha sucedido —continuó, ignorando la presencia de sus compañeras—, no es más que producto de mi imaginación y el estrés.

—Hermanita… —escuchó fugazmente la voz de Dawn—. Lo que has visto es real, ¿no te das cuenta, Leah? Siempre ha sido real.

—¡No! —declaró con un grito inesperado. Entonces se sentó derecha, respiró profundamente y cogió el teléfono que se había caído del bolso—. Nada de esto es real.

Marcó casi sin pensar, se lo llevó a la oreja y esperó.

—Sí. Páseme con el doctor Lorenzo, es una emergencia —pidió y esperó a que el hombre se pusiese al teléfono.

—Leah, no pienso volver… —rezongó su hermana.

—Odin va a montar un pollo como sigas con esa actitud, cariño —el extraño acento le indicó que esta vez no era su hermana la que hablaba.

—¿Doctor Lorenzo? Sí, soy Leah. He encontrado a Dawn, está bien, bueno, está herida,

aunque no sé si la herida es real, en realidad no sé si nada de lo que estoy viendo es real —declaró convencida—. Necesito que me prepare una habitación al lado de la de mi hermana. Creo que necesito que me haga un examen psicológico porque estoy viendo cosas que no deberían existir y…

—Mejor me quedo con esto.

Jadeó al ver cómo Savage le quitaba el teléfono de las manos, lo apagaba y se lo introducía en el bolsillo del pantalón.

—Leah, yo no pienso volver ahí y tú tampoco puedes…

—¿Me has quitado mi teléfono?

La mujer se limitó a sonreír de medio lado mientras atendía a su hermana.

—Sin duda vas a ser una polvorilla para Odin.

Entrecerró los ojos y extendió la mano.

—Devuélvemelo.

—Claro, cuando tu compañero esté de vuelta y pueda explicarte por qué no es una buena idea llamar a una clínica de salud mental para pedir una habitación —replicó con visible sarcasmo.

—No es mi…

Un agónico aullido reverberó a través del lugar haciendo que se sobresaltase, quitase el seguro al momento y bajase del coche con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¿Qué ha sido eso?

La respuesta no se hizo esperar.

—El final de la amenaza —murmuró la mujer en voz baja y fría. Terminó de atender a Dawn y la ayudó a colocarse en el asiento para luego rodear el coche y mirarla—. Sube, lobita.

Enarcó una ceja y la miró.

—No pienso irme de aquí hasta que ese imbécil que me trajo aparezca.

La mujer sonrió abiertamente.

—Sí, bueno, verás, ese imbécil me está taladrando el cerebro dándome órdenes como un general para que saque tu fino culo de este lugar y te ponga a ti y a la chica de Quinn a salvo —declaró—. Así que, si subes al coche…

—No pienso…

—Leah, sube —la llamó su hermana.

—Mira, tesoro, puedo suponer lo que esto resulta para ti, pero tu hermana necesita atención médica, esos desgarros necesitan puntos…

Aquello la sacudió. La sangre, la carne desgarrada, el estómago se le contrajo y antes de poder evitarlo estaba doblada sobre sí misma, vomitando.

—Fantástico —resopló Savage. Cerró la puerta y fue hacia ella, recogiéndole el pelo, apartándoselo de la cara—. Respira, chica, respira…

—Esto no está pasando, esto… esto no es real…

Y, solo para reforzar su irrealidad, el borrón de pelo marrón apareció entre la maleza, la sangre manchando su hocico y pelaje. La forma de un bonito y enorme lobo mutó para convertirse en un desaliñado y ensangrentado Quinn, cuya mirada fiera y rabiosa la llevó a retroceder, escapando de las tranquilizadoras manos de Savage.

—Quinn, cuidado... —El aviso provino de la mujer a su lado.

Lo vio detenerse, contener su rabia y odio el cual parecía directamente dirigido a ella y tomó una profunda respiración antes de volverse hacia el coche con gesto preocupado.

—¿Estás bien, pequeña?

—Me duele.

—Lo sé, pelirroja, lo sé —le acarició el rostro con dulzura—. Pero no durará mucho, te atenderán tan pronto lleguemos al Imperian Las Vegas.

Aquello hizo que diese un paso hacia delante, hacia ellos.

—No, tienes que llevarla a un hospital, ella…

Se quedó sin palabras al ver la mirada que le dedicó el hombre.

—No tientes a la suerte, dama alfa, no estás en posición de emitir una sola queja —siseó y señaló el coche—. Esto es culpa tuya.

El golpe fue frontal y directo.

—Yo no…

—Quinn, Leah no tiene la culpa —lo censuró su hermana—. Ella me dijo que corriese, pero no podía dejarla, no recuerda a su loba, no puede defenderse…

El hombre maldijo, se volvió a su compañera, la besó en los labios con una pasión que la hizo sonrojarse y sentirse como un *voyeur* y luego la miró a ella.

—Sube al maldito coche antes de que decida perder el respeto a mi alfa y haga lo que no ha hecho él todavía.

Dicho aquello, abrió por completo la puerta del copiloto y esperó a que ella subiese.

—No me voy a mover de aquí hasta que venga Odin —replicó luchando con las lágrimas que le atenazaban la garganta, pero se las arregló para levantar la barbilla con gesto desafiante—. Puedes irte al infierno, si no te gusta mi respuesta.

«Ve con Quinn, Leah. Me reuniré contigo tan pronto pueda».

La voz atravesó de nuevo su cabeza con fuerza, provocándole un estremecimiento.

—No quiero —murmuró en respuesta—. Solo quiero volver a casa, meterme en la cama y despertarme mañana para descubrir que nada de esto es real. Ay dios, Mr. Boots, le he dejado solo toda la mañana, no puedo ir, Odin… él me necesita, está herido…

«Ve. Con. Quinn».

Firme, metódico e imposible decirle que no. Antes de que se diese cuenta estaba sentada en el asiento de copiloto del coche y con el cinturón puesto. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y se derramaban por sus mejillas.

CAPÍTULO 31

Odin estaba furioso. La reciente muerte de ese malnacido no lo había aplacado.

¿Cómo podían haber pasado por alto su presencia? ¿Cómo no lo había sentido, olido o detectado?

Las hembras habían estado en peligro, esa escoria había ido a por Leah y su hermana. Dawn había detectado su presencia, había reconocido su olor y había dado la voz de alarma. Ese desgraciado se había jactado de ello, lo había hecho peligrosamente consciente de que ahí fuera había alguien dispuesto a llevarse por delante a los suyos como parte de una absurda venganza.

No sabía quién era, ni siquiera recordaba haberlo visto antes de esa noche, pero el viejo loco era lo suficiente despiadado como para vengarse completamente. No le había gustado perder, se lo había dejado muy claro, así como el que esta no sería la única incursión.

Él había sido la bestia viciosa que lo había atacado a traición, metiéndose en una pelea justa y desequilibrándola.

Olía a odio, a traición y maldad, casi juraría que había disfrutado con la tortura; su bestia se había vuelto loca.

Levantó la mirada y encontró a Quinn paseándose de un lado a otro. Estaba desquiciado, había estado desatado al sentir el miedo y el dolor de su compañera y ni siquiera había podido detenerlo. El lobo había querido sangre y no pudo hacer otra cosa que dársela.

Un lobo que encontraba a su pareja y no se vinculaba era inestable, su primer impulso sería para con su hembra, defenderla estaba en sus genes. Solo esperaba que ella fuese suficiente para domarlo y calmar a la bestia que vivía en el interior de su beta o las cosas se pondrían feas.

—Cálmate, enfureciéndote y perdiendo los papeles no va a hacer que se recupere antes —le habló con firmeza, recordándole su jerarquía. Necesitaba mantenerlo estable y centrado—. La amenaza se ha neutralizado…

—¿Lo ha hecho? ¿Durante cuánto tiempo? —gruñó, sus ojos reflejando al lobo—. Le has oído, esto es solo el comienzo.

—Motivo por el cual debemos buscar a los supervivientes y mantenerlos a salvo —declaró con frialdad—. Y averiguar quién diablos está detrás de todo esto.

—Sea quien sea lo va a pagar muy caro —siseó sin dejar de moverse de un lado a otro, estaba nervioso y no podía estarse quieto—. Lo que le he hecho a Dawn… No solo ahora, lo que le han hecho a lo largo de su vida…

El odio en su voz lo preocupó. Había visto una reacción así en él solo una vez y había sido con su hermano y la mujer que él pensaba lo había traicionado, una a la que había despreciado e insultado solo para darse cuenta más tarde de que era inocente. Hoy en día, esa mujer era la compañera del alfa de Manhattan y Quinn había tenido la oportunidad de disculparse adecuadamente.

—Dawn no ha sido la única que ha sufrido…

Sus ojos se encontraron con los de él y vio el desafío pugnando por salir, la bestia presente bajo su piel.

—Ella ha sido la única que ha estado ingresada en una clínica de salud mental, la única que fue tomada por loca por decir una verdad que su hermana no quería comprender —siseó con rabia—. Si no la hubiese encontrado…

—Pero lo has hecho —lo atajó con firmeza—, y eso le ha supuesto una nueva oportunidad para recordar quién es, para hacerlo al lado de alguien que la protegerá cueste lo que cueste, pero eso no es suficiente para acusar a otra persona por llevar una vida distinta. Tú mejor que nadie deberías saber eso, pues lo has vivido de primera mano.

La acusación obró el efecto deseado, acusó el golpe y abrió la boca solo para volver a cerrarla.

—¿Ahora vas a psicoanalizarme? —chasqueó, mirándolo de reojo. Si bien seguía furioso, su mente todavía estaba en su sitio.

—Ni se me ocurriría —declaró con un ligero encogimiento de hombros—, pero nunca está de más recordarnos a nosotros mismos que somos dueños de nuestras elecciones y por lo mismo, los únicos responsables de estas.

Bufó, pero a juzgar por la forma en que desvió la mirada lo había entendido.

—Bien, entonces no tendrás problema en poner en práctica tus propias palabras y poner en vereda a esa dama alfa.

Enarcó una ceja.

—¿Dama alfa?

—Es casi tan irreverente, insultante e irreflexiva que tú —le soltó hastiado—, y se niega a aceptar que lo que ha visto con sus propios ojos es real y no producto de su imaginación. Que sepas que Savage le ha requisado el teléfono. Estaba empeñada en conseguir una suite en el mismo hotel que ha estado Dawn.

Puso los ojos en blanco. Eso era algo que ya sabía, se lo había comunicado la rastreadora nada más llegar, así como el hecho de que su compañera se había encerrado en una habitación después de asegurarse que su hermana estaría bien atendida.

Si estuviese en forma lupina, andaría por ahí arrastrando la cola.

—Esa pequeña y salvaje hembra necesita saber en dónde se ha metido y, más importante si cabe, quién es en realidad.

Una misión que podía catalogarse como imposible, visto lo visto.

La puerta de la habitación se abrió y emergió el doctor Cassidy con la bolsa médica al hombro. Su mirada se cruzó al momento con la de su beta, señalándole la puerta con un gesto de la barbilla.

—Ve con ella y convéncela de que tiene que quedarse en la cama, descansar y tomarse la medicación —le informó con el mismo desinterés que mostraba siempre por todo—. Con el antibiótico y reposo, estará bien en poco tiempo. Es una chica fuerte.

Dedicándole una última mirada, Quinn palmeó el hombro del médico y se marchó cerrando la puerta tras él.

—Bien, ahora te toca a ti.

El médico señaló el pasillo en una obvia invitación a seguirle lo que lo llevó a levantar las manos solo para hacer una mueca.

—Yo estoy bien —declaró con un mohín—, además, tengo una reunión pendiente.

No se dejó intimidar, el lobo solía atender a toda su región y estaba más que acostumbrado a pactar con su gente.

—Sí, eso dicen también los pacientes que llegan a mi mesa de operaciones con varias costillas rotas y sin el bazo —le soltó y repitió el gesto—. ¿Vienes por tu cuenta o te llevo como a un cachorro díscolo de la oreja? Los demás pueden esperar a que sigas respirando.

Emitió un bajo bufido y sacudió la cabeza.

—Soy demasiado mayor para que me sientes en tus rodillas y me sueltes el sermón…

Bufó, se recolocó la bolsa e hizo un gesto con la mano.

—En ese caso, abre el camino, Odin.

Si había gente que no aceptaba un no por respuesta, era ese maldito médico.

—Míralo de este modo, lobito, cuanto antes acabe contigo, antes podrás asistir a tu reunión y antes volverás con esa hembra tuya.

En ese momento y tal y como estaban las cosas, no sabía si eso era un premio o un castigo.

Lo que había comenzado con la reunión de algunos de los alfas o emisarios de los diferentes territorios para celebrar la inauguración de su nuevo hotel casino, se había convertido en una mesa de guerra dónde cada uno de los presentes exponía su visión de los hechos. El repentino e injustificado ataque que había sufrido dos días atrás no había hecho más que confirmar las sospechas que habían dado comienzo seis meses atrás en el territorio del alfa de Nebraska. El ataque sobre Mikel Santana, el alfa de Texas y Cleo, la compañera de Jeremy había destapado un complot del que nadie había sabido nada hasta ese momento. Una venganza injustificada que ponía a los hombres de los distintos territorios lupinos de Norteamérica en serio peligro, especialmente, a aquellos que habían tomado parte, de algún modo, en la noche dónde casi toda una manada había sido erradicada.

—Esto empieza a volverse realmente preocupante —comentó Jonah en ese acento *cajun* que caracterizaba al alfa de Luisiana—. Los ataques que sufrieron Santana y la compañera de Jeremy no fueron algo aislado, los recientes sucesos así lo demuestran.

—No —aceptó suspirando con irritación—. Esos hijos de puta estaban esperando su oportunidad escondidos en las inmediaciones del hotel.

—¿Podrían estar al tanto de la reunión de varios jefes de la región por la inauguración?

Frunció el ceño. Eso era algo en lo que había pensado.

—De ser así, alguien tendría que haberles informado desde dentro —comentó Quinn, quién se había quedado al otro lado de la sala, apoyado en la pared y de brazos cruzados. El joven mantenía las distancias por una sencilla razón, todavía no se había vinculado con su compañera, lo que lo hacía ligeramente inestable. Hasta que la reclamase, marcándola, no estaría tranquilo—. Quiero decir, no era un evento exclusivo de nuestra raza, Odin tiene socios humanos que fueron invitados…

—¿Y no podría tratarse tan solo de una maldita casualidad? —preguntó Brian, el más joven de los jefes de región presentes—. ¿Y si estaban aquí por Leah? ¿Y si la buscaban a ella?

La atención se centró sobre el joven playboy.

—Tiene sentido —añadió Savage, corroborando las palabras de su alfa—. Los lobos que atacaron a Santana y a Cleo eran miembros supervivientes de los Daratraz a los que se les había lavado el cerebro.

—¿Piensas que la chica estaba haciendo de cebo? —preguntó Santana, quién había permanecido callado hasta el momento.

¿Leah? ¿De cebo? La sola idea de que estuviesen acusando a su compañera de algo como aquello lo llevó a gruñir.

—No —se adelantó Quinn y extendió la mano hacia Odin—. Abajo, lobo. Ella ni siquiera sabía, hasta hace cosa de unas horas, que existía nuestra raza. Tanto Dawn como ella, han vivido ajenas a todo esto, es imposible que trabaje para quien quiera que esté detrás de esto.

Hubo un coro de gruñidos y asentimientos.

Por no añadir, pensó Odin, que Leah no era consciente de que ella misma era una loba, no

quería aceptar aquella posibilidad.

—¿Cómo se encuentran vuestras compañeras? —preguntó Jim, el segundo de Jeremy, que se había reunido con él esa misma mañana.

—Sobrepasadas por todo esto —respondió sin evitar gruñir al recordar lo que había ocurrido—. Sebastian ha atendido a Dawn, la pequeña loba se lanzó a defender a su hermana y la hirieron.

Ahora fue el turno de Quinn de gruñir.

—Ha tenido que darle una buena cantidad de puntos para cerrar la herida, pero se pondrá bien —masculló el chico—. Ese cabrón hijo de puta iba a matarla, a matarlas a ambas…

—Tranquilo —ordenó, su voz fuerte, estable, pero sin alzar la voz—. Ya no podrá hacer nada nunca más.

—Maldito cabrón hijo de puta —siseó Brian.

—Me da asco pensar que pueda pertenecer a nuestra raza —masculló Jim.

—¿Cómo está tu compañera, Odin? —Jeremy había estado rastreando a los cuatro supervivientes del clan sin más éxito que alguna posible pista.

—Sus heridas son superficiales, pero está en shock —declaró. Intentó relajarse, necesitaba calmarse para poder pensar con raciocinio. Si se dejaba llevar por las emociones, no podría ayudar a Leah—. Al contrario que su hermana, ignora completamente quién y qué es.

—¿Cómo es posible que no sea consciente de su naturaleza lupina? —preguntó Jonah—. Es una loba.

Quinn retomó la explicación y les ofreció la información que le había transmitido su chica.

—Según sé, ambas fueron adoptadas de niñas después de la muerte de sus padres, por una hermana de su madre que se casó con uno de los nuestros. Se las trajeron aquí, dónde fueron criadas para mantener una apariencia humana, evitando así que su naturaleza pudiese delatarlas. Dawn le lleva seis años, de las dos hermanas es la única que se había mantenido cerca de su loba, implicada en su manada de nacimiento y estuvo presente la noche de la masacre.

Las palabras del chico atrajeron la atención de todos los presentes, incluida la propia.

—¿Sabe lo que pasó? ¿Podría arrojar algo de luz a lo ocurrido?

Negó con la cabeza.

—No lo creo —negó Quinn—. Ni siquiera sabe cómo empezó todo, solo que de repente todo estaba en llamas, la gente gritaba y corría por doquier. Muerte, caos… lo que ya sabemos.

Hubo varios sonidos de asentimiento.

—¿Y su familia adoptiva? —se interesó Jeremy.

—Asesinada —negó con la cabeza—. Mi compañera estaba presente, vio cómo se desarrollaron las cosas… esa noche asesinaron a sus padres y les prendieron fuego cuando aún estaban con vida.

Siseos, abruptos gruñidos, todos los presentes estaban conmocionados y rabiosos por lo ocurrido.

—No fue un ataque al azar, las buscaban a ellas, a las supervivientes —gruñó—, y se encargaron de que no quedase rastro alguno que pudiese delatarles en sus planes.

Había cierto tono de rencor en la voz masculina, una emoción que compartía, pues sabía que, si Leah no hubiese estado fuera esa noche, las cosas quizá habrían terminado de manera muy distinta. Su lobo gruñó en respuesta, en abierto desafío, no permitiría que nadie tocase a su mujer.

—Bueno, eso nos deja entonces con dos supervivientes a los que todavía hay que encontrar —comentó Savage rompiendo la tensión—, y un grupo de posibles lunáticos a los que

dar caza. Has dicho que la noche en que te atacaron, había varios de motoristas con armas.

Asintió volviéndose hacia la mujer.

—Tres humanos armados, uno de ellos con una puntería lo bastante certera para meterme dos balas y lo bastante mala como para no causar un daño importante —resopló, intentando quitarle hierro al asunto—, pero no eran los únicos. Tienen un rastreador, uno jodidamente bueno. No podía quitármelo de encima, de hecho, a él le debo tanto el resto de las heridas como el haberme permitido unos instantes de asueto para escapar, después de que ese otro cabrón apareciese de la nada y me atacase por la espalda. No pareció gustarle demasiado que nos interrumpieran.

—¡Hijo de puta sin honor!

—¿Entonces hay un lobo ahí fuera, un rastreador, que podría saber de qué va todo esto? ¿El artífice, quizá?

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—No lo creo —negó intentando rescatar algo útil de sus vapuleados recuerdos—. Al contrario que los demás, era callado, no se jactaba y su forma de pelear… era un soldado, uno que conocía el viejo código entre lobos.

—Eso hace un total de tres capullos a los que perseguir, patear el culo y reducir a cenizas —declaró Savage con un bajo gruñido lobuno.

—Intenta obtener primero algunas respuestas, vale, ¿amor? —le soltó Brian, mirando a su beta con gesto irónico—. Ya sabes, pregunta antes y luego acuchilla si quieres.

—¿Me estás dando permiso, cachorrito?

Su respuesta fue levantar el dedo corazón y agitarlo en el aire.

—Y después de esta muestra de amor pasional —repuso Santana—, me queda una duda. ¿Quién está detrás de estas escaramuzas? ¿Ese soldado que has mencionado? ¿Un lobo? ¿Un humano? ¿Una rata de alcantarilla?

Odin sacudió la cabeza.

—No estoy seguro, pero, a juzgar por las palabras y la jactancia de ese cabrón que atacó a nuestras hembras, esta vez vino exclusivamente a por mí —aseguró.

Quinn asintió ante su razonamiento y añadió.

—Pero tal y como dijo Odin, su manera de actuar, de moverse, son las de un soldado y como tal, alguien ha tenido que darle órdenes —comentó—, si volvió por venganza para atacar a Odin, habría salido a la luz mucho antes. El cabrón ha sabido mantenerse oculto e indetectable.

Y eso era algo que había cabreado y mucho a los dos lobos y a Savage. La rastreadora había estado verdaderamente cabreada al haber sido burlada.

—Ese hijo de puta era como una sombra —asintió ella—. No conseguí detectarle hasta que estuvo realmente cerca…

—Me preocupa realmente lo que puede pasar a partir de ahora —comentó Jonah con voz seria—. Ahí fuera hay alguien que está dispuesto a atacarnos, en cualquier momento y sin avisar y no tenemos la menor idea de quién es o cuál es la motivación que lo mueve.

—Daratraz —comentó Jeremy—. Todo gira en torno a la solitaria manada y su misteriosa existencia.

—Pues habrá que empezar por ahí —declaró Savage apoyándose en el respaldo de la silla de su alfa—. Arik está en Rumanía, con Velkan, pero vendrá en el primer vuelo si lo necesitáis.

Negó con la cabeza. La presencia del Ejecutor en su territorio no haría sino alertar a sus posibles atacantes.

—No, tenemos que manejar esto nosotros mismos —declaró tomando ya las riendas—. Y

puedes empezar buscando a esos humanos, quizá puedas arrancarle alguna respuesta.

—Recuerda, Sav, pregunta primero y pincha después —le dijo Brian, echando la cabeza hacia atrás para mirarla.

La mujer se limitó a enarcar una ceja, cualquier día le rompería algo en la cabeza, alfa o no alfa.

—Mientras tanto, doblaremos la vigilancia, especialmente sobre nuestras mujeres —comentó Santana—. Mantened un ojo sobre Leah y Dawn, algo que sé no os costará mucho dado que acabáis de emparejaros.

Hubo una serie de risas en la sala ante su comentario.

—Seguiré buscando y hablando con el resto de los jefes a ver si conseguimos acotar la búsqueda y encontrar, antes que quién quiera que esté detrás de esto, a los dos supervivientes que quedan.

—Si todavía están con vida —añadió Jim.

Jeremy asintió.

—Eso es lo que espero, Jim, eso es lo que espero.

Llegados a un acuerdo, cada uno de los presentes se fue despidiendo, era hora de regresar a sus respectivos territorios y ponerse a trabajar.

CAPÍTULO 32

Leah tenía todas las papeletas para ocupar una habitación al lado de la de su hermana en el Montevista o, dado el poco éxito de la clínica, quizá tuviese que buscar otro lugar, uno que no fuese tan agónico. La lista de imposibles que estaba escribiendo empezaba a hacerse demasiado larga y tan fantasiosa que no podía ser real.

—Sencillamente, lo que ha ocurrido es demasiado dantesco para que puedas procesarlo como un hecho real —se dijo mirando la libreta—. Demasiado… irreal.

No quería recordar lo ocurrido como un hecho verídico, no había escuchado un disparo, no había visto a Dawn convirtiéndose en un perro y tampoco a ese imbécil de Quinn.

—Te han drogado —resolvió, anotándolo en la lista—. Te han dado algo y todo lo que has visto son alucinaciones.

Pero las alucinaciones no habían podido sacarle la sangre de la ropa o de las manos, no podía borrar la cruda herida que tenía Dawn en el muslo y que le había costado un rosario de puntos.

—Un perro salvaje —resumió buscando desesperadamente una explicación racional para cada cosa—. Los hay, están hambrientos y puede que ese fuese su territorio.

Pero el animal, esa bestia negra, era demasiado grande para un perro, sus dientes y esa mirada… Se estremeció, no podía soportarlo, todo aquello era una locura. Si no estaba gritando y pataleando, era por esa jodida lista.

—Una manada de perros salvajes —anotó—, de ahí que hubiese varios.

Eso explicaría también el borrón blanco que la había derribado apartándola de la bestia, antes de caer sobre esta.

—Y no es Mr. Boots. Mi pequeño está en casa, está herido y no tiene… no, no es…

Se pasó la mano por el pelo y gimió.

Tenía que volver al rancho, dejar toda esa locura atrás y marcharse. Cogería su coche, volvería a casa y se olvidaría de todo.

—Punto número uno: Volver a casa.

Se llevaría a Dawn con ella, quizá un tiempo fuera de la clínica ayudaría a su recuperación.

—Punto número dos: Dejar de ver perros y sabuesos por todos lados, especialmente los que se convierten en humanos y viceversa.

Porque no eran reales, todo lo que había visto era producto de alguna droga.

—Punto número tres: Malditas drogas —murmuró mirándose los brazos—. Me han inyectado algo, seguro, posiblemente tenga incluso algún pinchazo.

Bajó la mirada a la lista y repasó sus conclusiones con el ceño fruncido.

—Estupendo, tengo material suficiente para escribir una novela fantástica.

Dejó escapar un resoplido, deslizó los pies fuera de la cama y se levantó.

La ropa que había traído puesta había desaparecido tras una merecida ducha que se llevó consigo la sangre que se negaba a aceptar, aunque no pudo borrar los arañazos y pequeños moratones que habían aparecido sobre su cuerpo. Vestida con unos shorts y una camiseta con el logo del hotel, con el pelo suelto, ya casi seco y sobre los hombros, tenía un aspecto fresco y vulnerable; un retrato que odiaba.

Dejando la libreta a un lado caminó hacia la ventana, las luces de la ciudad empezaban a encenderse dejando que la tarde diese paso a la noche.

—Las Vegas, el lugar dónde el ilusionismo entra en juego —murmuró, hizo una mueca y acarició el cristal mientras contemplaba su reflejo—, y una jodida noche de placer puede cambiarte la vida y fundirte las neuronas.

Le dio la espalda a su reflejo y resopló.

—No puedo seguir así —se mesó el pelo—, no puedo con esto… necesito….

Se rodeó con los brazos y se estremeció.

—Necesito mi vida de vuelta.

Un ligero golpeteo en la puerta atrajo su atención, esta se abrió para dar paso a Odin. Su sola presencia la calentó y la dejó suave y tierna al momento.

Entró y le pareció apreciar una ligera cojera. Al igual que ella se había aseado y vestido con vaqueros y camiseta, estaba igual de sexy que con traje. Sus movimientos seguían siendo fluidos, pero más lentos, como si le doliese algo.

—¿Estás bien? —La pregunta salió de sus labios antes de que pudiese contenerla. No pudo disimular la preocupación en su voz.

Sus labios se curvaron ligeramente pero no llegó a ser una verdadera sonrisa.

—Solo estoy un poco magullado —se encogió de hombros—. Nada que una buena alimentación y descanso no arreglen.

Ladeó la cabeza, estudiándole.

—¿Magullado?

Sus ojos se encontraron.

—No es nada —le restó importancia al tiempo que caminaba hacia ella—. Tu hermana se encuentra bien, Quinn va a quedarse con ella, así que no tienes de qué preocuparte.

Hizo una mueca ante sus palabras.

—El que él esté con ella no me reporta alivio alguno.

—Es su compañero, Leah.

De nuevo ese término, uno que insistían en vincular y cuyo significado era mucho mayor a cualquier cosa en la que podía pensar.

—No es más que un desconocido que la ha ayudado a abandonar la clínica cuando está claro que todavía no está bien —expuso e intentó que su voz no temblase ni trasluciese sus dudas.

Él se limitó a suspirar, miró alrededor de la habitación y encontró su libreta. No llegó a tiempo para evitar que la cogiese y ojease lo escrito por encima.

—Sin duda tienes mucha imaginación si has justificado de una forma tan absurda cada uno de los sucesos de hoy —comentó girándose hacia ella.

Enarcó una ceja.

—¿Llamas absurdo a una razón perfectamente lógica?

La miró con palpable ironía y señaló.

—Mi hermana convirtiéndose en un felpudo color canela rojizo —leyó en voz alta—, ha sido producto de alguna planta alucinógena en combinación con los residuos químicos resultantes del incendio. Sí, puedo ver que es perfectamente coherente.

—Claro que lo es…

—Por favor —chasqueó y agitó la libreta en el aire—, ni tú misma puedes creer en estas cosas. Está más allá de lo absurdo.

Se llevó las manos a las caderas y lo enfrentó.

—¿Y es más realista que una persona se transforme en un animal?

—En nuestro mundo, sí, lo es —declaró con la misma confianza que si hubiese dicho que estaba lloviendo—. De hecho, es lo normal.

—Oh, por favor, déjalo ya —se quejó y le dio la espalda—. Ya está bien de toda esta locura. Puede que hayáis conseguido convencer a Dawn, pero yo no soy tan ingenua.

Fue a ella, posó las manos sobre sus hombros y la obligó a girarse.

—No se trata de ingenuidad, nena, sino de quienes somos realmente.

Se libró de su contacto y dio un paso atrás, enfrentándole.

—¿Una secta de algún tipo?

—Esa opción también la has contemplado —indicó con ironía la página escrita en la libreta.

—Tienes que admitir que todo ha sido un cúmulo de extrañas coincidencias —lo acusó—. Extrañas e inconcebibles.

—Lo admito —aceptó con sencillez—, pero incluso las coincidencias, por muy extrañas que sean, tienen su razón de ser.

Resopló, ese hombre era igual que cabezón que ella misma.

—¿Como cuál?

Su mirada se encontró con la de ella y había una intensidad en sus ojos que la chamuscó con deseo.

—Recuperar a la compañera que encontré hace un par de noches.

No pudo evitar temblar ante el sexy tono de su voz.

—Habíamos quedado en que eso fue un error —rezongó, guardando las distancias.

—No recuerdo haber acordado contigo otra cosa que una agradable cena.

—No estoy interesada en cenar, sino en irme —le informó—. Como te dije esta mañana, tengo cosas que hacer. Tengo un pobre animalito a mi cargo y lo he abandonado todo el día. Está…

—Herido, lo sé —la atajó con gesto contundente—. Dos heridas de bala, una de consideración, pues la otra ha sido de entrada y salida, varias contusiones y desgarros —enumeró y chasqueó la lengua al añadir—. Y ahora, puede que incluso un par de costillas fisuradas o magulladas.

Frunció el ceño, el parte era demasiado exacto para su gusto, excepto por la última parte. ¿Cómo podía saber cuáles eran las heridas que tenía Mr. Boots?

—¿Cómo es posible que sepas…? —sus palabras se esfumaron cuando una imposible suposición penetró en su mente—. No, dime que no has hecho algo tan horrible como disparar a un pobre animalito… dime que no has sido tú…

—Difícilmente haría algo tan estúpido como dispararme a mí mismo.

Abrió la boca e hizo una mueca de incomprensión antes de sacudir la cabeza y resoplar.

—¿Dispararte a ti mismo? ¿Pero de qué demonios estás hablando?

—De que, de no ser por ti, es muy posible que hubiese muerto desangrado sobre el suelo de mi nueva casa —aseguró sin dejar de mirarla a los ojos—. Y, ¿Leah? La leche es para los gatos.

Estaba segura de que iba a ponerse a balbucear pues las palabras no daban emergido de su garganta mientras lo miraba entre sorprendida y recelosa, negándose a analizar sus palabras.

—Puedo llegar a considerarte cargante, Odin, pero no un perro… —se las ingenió para mascullar.

—Lobo, nena, el término que buscas es lobo —la corrigió.

Bufó, sacudió la cabeza y levantó las manos en un gesto de resignada rendición. No quería seguir discutiendo con él, no así.

—Mira, todo lo que quiero ahora mismo es que me lleves a coger mi coche para así poder encargarme de mi amigo —concluyó. Tenía que volver al rancho y ocuparse de su peludo chico, lo demás, podía esperar.

—No será necesario, tanto tu coche como tu lobo, están ahora aquí.

Sus palabras la noquearon durante un milisegundo. Su mente volvió a la carrera, elucubrando toda clase de disparatadas posibilidades y sacudió la cabeza.

—Si le has hecho algo a Mr. Boots…

Esa sonrisa enigmática volvió a curvar los labios masculinos, retrocedió y lo vio echar el cerrojo a la puerta para luego girarse de nuevo hacia ella.

—Tu lobo está perfectamente bien.

Ante sus ojos, se deshizo de la camiseta dejándole ver moratones, cicatrices y vendajes en los que no había reparado hasta el momento. Su suave y dorada piel salpicada de vello rubio estaba marcada por cicatrices blanquecinas y algunas marcas rojizas de arañazos.

—Odin, ¿qué te ha…?

No pudo terminar la frase, pues el hombre que había delante de ella terminó de desvestirse para, un segundo después desvanecerse, si podía llamársele de esa manera y que en su lugar apareciese ahora un enorme lobo de pelaje blanco; su lobo.

Mr. Boots estaba ahora de pie ante ella.

«Y aunque me resulta divertido que me llames Mr. Boots, prefiero Odin en cualquiera de mis encarnaciones».

Sacudió la cabeza al escuchar su voz perfectamente clara en su mente, volvió a negar con más fuerza incluso al ver que avanzaba hacia ella.

—Ahora ya es seguro que tengo un tumor cerebral —murmuró con voz ahogada, su mirada clavada en el lobo que había optado por sentarse sobre los cuartos traseros y lamerse el hocico.

«No tienes ningún tumor cerebral».

Sacudió la cabeza y lo acusó con el dedo.

—No me repliques, no tienes derecho a replicarme, eres un perro.

«Lobo. Lo-bo. ¿Quieres que te lo deletree?».

Gimió, se llevó las manos a las sienes y se giró, dándole la espalda.

—Mr. Boots no está en mi habitación, no me está hablando a la cabeza y, sobre todo *nooooo* es el cabrón hijo de puta y sexy de Odin Peters —se dijo a sí misma, marcando cada palabra y obligándose a creerlas.

«Error, error y error. Aunque te concedo lo de sexy, tú también me lo pareces a mí».

Se giró como un resorte y chilló.

—¡Cállate! No me dejas concentrarme.

«¿Quieres acariciarme? Te prometo que puede resultar una terapia fantástica para controlar el estrés».

Gimió, se mesó el pelo, le dio de nuevo la espalda y vio su libreta de nuevo sobre la cama.

—A la mierda las listas.

Recuperó el cuaderno, arrancó la página escrita y la hizo pedazos solo para precipitarse luego contra la puerta y, tras quitar el cerrojo, salir como una exhalación.

CAPÍTULO 33

La prisa y la falta de paciencia era lo que hacía que las cosas a menudo saliesen mal.

Su cazador había pecado de ambas y también de soberbia. Pensaba que estaba en disposición de terminar el trabajo que había iniciado dos noches atrás, vengarse de las heridas que le habían infringido y esa arrogancia lo llevó a la muerte.

Las hembras del clan estaban ahora protegidas en el interior de la manada de Nevada. Con los últimos acontecimientos los lobos de América se habrían vuelto más inestables y no preguntarían antes de romper cuellos.

Era hora de retirarse y esperar, la paciencia era sin duda una gran virtud y él llevaba practicándola desde hacía más de diez años.

Abrió el cajón de la mesa y bajó la mirada sobre la foto que guardaba allí, las manchas antiguas de sangre y humedad se habían hecho perpetuas, un mudo recordatorio de lo que había perdido esa noche.

—La recuperaré. No permitiré que él la tenga, así deba matarla para evitarlo —musitó acariciando la foto con los dedos—. Nunca será suya, nunca pertenecerá a su asesino.

Cerró el cajón, desvió la mirada hacia la ventana y barajó sus opciones.

Había perdido a su rastreador y esas escorias humanas se habían vuelto poco confiables. Les gustaba demasiado el caos, la sangre y la muerte, no tenían medida y eso, eso era sin duda un problema.

Había llegado el momento de sacar la basura, recoger la casa y retirarse para planear el próximo curso de acción.

CAPÍTULO 34

Leah sabía que algo no marchaba bien en su cabeza. La habitación del Montevista se le antojaba cada vez más apetecible, especialmente dadas las circunstancias, pues nadie que estuviese en su sano juicio estaría corriendo la maratón de Boston dentro de un hotel de Las Vegas con un lobo blanco persiguiéndola.

Y, mientras ella estaba al límite de sus fuerzas —su estado físico era un asco—, el maldito animal parecía más divertido que cansado mientras trotaba detrás de ella poniéndole la cabeza como un bombo.

Porque esa era otra, ¡ahora escuchaba voces!

Sí, sin duda estaba lista para ingresar en un psiquiátrico y que tirasen la llave.

«Leah, a la derecha o volverás a dar la vuelta a toda la planta por tercera vez consecutiva».

—¡Deja de hablarme! ¡Haces que me duela la cabeza!

«Pues deja de correr. No soy yo el que está a punto de echar los pulmones por la boca».

—Pues deja de perseguirme.

«¿Perseguirte? Me estoy limitando a acompañarte, ya que tu sentido de la orientación es nulo».

Se detuvo en seco, jadeando, se dio la vuelta y lo acusó con un dedo.

—Mi… sentido de la orientación… es muy bueno, el jodido hotel… es un puñetero… laberinto —acusó entre resuellos, entonces le dio una patadita al suelo—, ¿y por qué diablos… hablo contigo?

«¿Porque al contrario que otros animales de cuatro patas yo te contesto?».

—¡Ese es el problema! —exclamó desesperada—. No quiero que me contestes. No deberías contestarme. No deberíamos estar teniendo esta conversación.

«Pues la estamos teniendo».

—¡Y eso es otro jodido problema! —clamó ahogándose—. Tendría que estar chillando como una loca, corriendo en círculos…

«Llevas los últimos quince minutos corriendo en círculos, dulzura».

—…y no hablando contigo como si fuera de lo más normal.

«Acepto que te estás tomando las cosas mucho mejor de lo que me esperaba».

—Lo cual es un claro indicativo de que he perdido la cabeza por completo —extendió las manos y lo señaló por completo—. Estoy hablando con un perro…

«Lobo».

—… y me contesta.

«Pura suerte, lo tuyo».

—¡Deja de ser sarcástico! No me ayudas.

«¿Por qué no volvemos a nuestra habitación y hablamos civilizadamente?».

—No es *nuestra* habitación y no pienso hablar contigo, eres un perro.

«Lobo».

Casi le pareció escucharle resoplar al tener que hacer la aclaración.

«Y es nuestra habitación, desde que decidimos inaugurarla hace un par de noches».

—Oh, muérdeme —escupió.

«No me des ideas, nena, la idea podría resultar bastante apetecible».

Dejó escapar un chillido que hizo que el can echase las orejas hacia atrás como si le molestase el sonido.

«¿Te importaría dejar de hacer eso? Tengo los oídos muy sensibles».

—Pues cómprate tapones.

«Un lobo con tapones para los oídos. Sí, sin duda podría imponer una nueva moda, especialmente para miembros con compañeras psicóticas».

Lo miró ojiplática.

—¿Acabas de llamarme psicótica?

«¿No eres tú la que dice que está demente?».

Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Me agotas.

El lobo echó las orejas hacia atrás.

«Si yo te contara…».

—Oh, cállate de una maldita vez —pateó de nuevo el suelo, dio media vuelta y esta vez, ya sin fuerzas para seguir corriendo, se arrastró en dirección contraria. Le dolía el costado, le ardían los pulmones, el ejercicio no era para ella.

«Creo que voy a empezar a sacarte a correr conmigo por las mañanas».

Lo fulminó con la mirada.

—Si esperas que te saque a pasear, la llevas clara.

Sus fauces de abrieron y parecía incluso sonreír.

«En realidad estaba pensando en sacarte a pasear yo a ti».

Le dio la espalda y siguió cojeando a través del pasillo. Todo le parecía igual, exquisitamente decorado, con acabados de primerísima calidad, pero tan confuso como un laberinto.

—¿Dónde demonios está el jodido ascensor?

«Esa boca».

Enarcó una ceja y lo miró con palpable ironía.

—¿Qué? ¿Ahora vas a darme lecciones de modales?

«Estás especialmente irritante, ¿lo sabías?».

—Mejor irritante que desquiciada, créeme, no te gustaría verme hacer de Atila el Huno.

«No sé, compañera, sería todo un cambio».

Se detuvo de nuevo y puntualizó cada una de sus palabras señalándole con el dedo.

—No. Soy. Tu. Compañera.

Para su irritación y desquiciante sorpresa, él hizo otro tanto marcando cada palabra con un golpe de la pata delantera en el suelo.

«Sí. Lo. Eres».

—No —insistió y fue categórica—. Tú eres un perro y yo humana.

«Lobo, dulzura. ¿Puedes aprenderte la palabra? Canis Lupus. Y, mira por dónde, tú también».

—Lobo, perro, ¿qué más da? Eres un peluche andante —se quejó con un bufido—, y tienes mejor abrigo que yo, lo que deja claro quién es el chucho y quién la humana.

«Empiezo a pensar que te gusto un poco».

Había risa en su voz.

Se llevó las manos a la cabeza y apretó las sienes.

—De verdad, me estás dando dolor de cabeza —aseguró frotándose las sienes. Entonces se detuvo, levantó la mirada y apostilló—. Wow, espera. Eso es. Dolor de cabeza, vista cansada, alucinaciones… ¡Tengo un tumor cerebral! ¡Lo sabía! ¡Sabía que había una explicación coherente! Tengo que pedir cita al hospital y que me hagan un escáner.

El lobo resopló, no fueron imaginaciones suyas, realmente resopló.

«Desde luego nadie te puede acusar de falta de imaginación o perseverancia, Leah».

—Es una explicación mucho más loable que el aceptar que un tío cañón se ha convertido en un lobo delante de mis propias narices —aseguró rezongona—. Al menos eso explicaría por qué te escucho, por qué estoy manteniendo la conversación más absurda de mi vida con un perro y las cosas que he visto, las cuales desafían la razón y la realidad.

Se sentó sobre las patas traseras, se lamió el hocico e incluso le pareció oírle resoplar en medio de un gruñido.

«Nena, creo que eres la loba más cabezota que he conocido en mi vida. Qué suerte que seas mi compañera».

El sarcasmo goteaba de las palabras que hacían eco en su mente y eso la ofendió.

—Yo no pedí ser tu compañera, no pedí ser nada tuyo, ni siquiera sé cómo terminé en tu jodida cama.

«Una fiesta, champán, un encuentro inesperado y una atracción irresistible… así es como terminaste en mi cama».

—¿Atracción irresistible? ¿De verdad? —Ahora la sarcástica fue ella—. Bájate de tu pedestal, peluche, antes de que te despanzurres en el suelo.

«No estaba alardeando, solo exponía un hecho. Es algo natural entre compañeros».

Siseó, no pudo evitarlo, tenía ganas incluso de gruñir. ¡La sacaba de quicio!

—No soy tu compañera.

Se levantó y agitó la cola con lentitud.

«Sí, lo eres».

—Mira Sr. Boots…

«Ya te he dicho que prefiero Odin».

—Te llamaré Odin cuando estés sobre dos piernas y camines de manera tan sexy como él.

El lobo se detuvo ante ella y ladeó la cabeza.

«Eso tiene solución».

Dicho aquello, llegó hasta ella, pellizcó el bajo de su camiseta con los dientes y empezó a tirar para conducirla.

«Vamos, hay cosas que sencillamente no quiero hacer ante las cámaras».

Aquello rayaba lo absurdo, no había otra forma de interpretarlo. El ver como él la llevaba, tirando de la camiseta, era lo más estúpido que le había pasado en la vida.

—Dios, que nos graven y nos suban a *Youtube*.

«Por encima de mi cadáver».

Sacudió la cabeza y tiró al mismo tiempo de su ropa, clavando los pies en el suelo, obligándole a frenar.

—Basta, suéltame, no pienso ir contigo a ninguna parte y menos así —siseó, haciendo fuerza para que él la soltase.

«Empiezas a agotarme la paciencia».

Un ligero tirón acompañado de un gruñido.

—¿Qué yo te estoy agotando la paciencia a ti? ¿Yo? —jadeó y tiró a su vez hacia atrás, notando la tensión de las fauces del animal—. Perdona, bola de pelos, pero resulta que la que

está aquí, en plena crisis existencial, soy yo.

«¿Acabas de llamarme bola de pelos?».

—Mi hermana ha sido herida por mi culpa, he visto cómo se convertía en perro delante de mí y cómo una bestia horrible y rabiosa quería matarme —estalló desesperada—. Su novio me odia y ni siquiera estoy segura de sí Dawn quiere verme otra vez. Yo fui la que la metió en ese lugar porque no podía aceptar que lo que decía fuese verdad. ¡No podía serlo! Incluso ahora, sigo sin ser capaz de aceptar que lo sea. Y entonces… tú… eres Mr. Boots y también eres el hombre con el que me acosté y… y… ¡Y nada de esto tiene sentido!

Empezó a hiperventilar, todos los sucesos vertiéndose de nuevo sobre ella sin medida, traspasando las compuertas e inundando su mente.

—No puedo más, ¡no puedo más con todo esto! —tiró con fuerza de la prenda haciendo que la tela se desgarrase y terminase cayendo hacia atrás, de culo—. Todo esto me aterra… Dios, ¿cómo puedo seguir cuerda así? ¡Es imposible! ¿Cómo puedo aceptar que puedo oírte en mi mente, que eres… él? —empezó a hiperventilar—. ¿Y por qué, a pesar de todo, esto no me resulta tan chocante cómo debería? ¿Por qué no estoy gritando a pleno pulmón?

«Lo estás haciendo».

—No puedo con esto… no puedo… —jadeó, apenas conseguía meter suficiente aire en su garganta—. Oh dios, no puedo respirar…

«Estás hiperventilando, tienes que calmarte».

—No puedo. —Las lágrimas empezaron a desbordarse de sus ojos, sacudió la cabeza y se llevó las manos al pecho—. No puedo, no puedo, no… no puedo… Odin, no puedo…

«Cariño, estás entrando en shock. Tienes que calmarte».

Y mientras lo decía una suave y húmeda lengua abandonó sus fauces y empezó a lavarle la cara, su enorme cuerpo peludo pegado al de ella. Empezó a temblar, era incapaz de evitarlo, todos los sucesos volvieron de nuevo a su mente, repitiéndose como una película y algo en su interior cambio.

—No puedo respirar… no… no me siento bien…

La lamió una vez más, envolviéndose a su alrededor, empujándola, su voz parecía sonar incluso con más fuerza, demandante, exigiéndole con cada palabra.

«Déjala salir. No la retengas más y acepta quién eres, Leah. Sé que lo sabes, que siempre lo has sabido porque la sientes dentro de ti».

Sacudió la cabeza.

—No es real… yo… no quiero esto… no la quiero…

Nuevos lametones, su presencia tangible, sus gruñidos y gimoteos acicateando algo en su interior, despertándolo e instándolo a emerger.

«Respira Leah, todo va bien, solo respira».

Jadeó, intentó hablar, pero de su boca ya no salieron palabras, el sonido fue totalmente animal, angustiado y durante unos instantes que le parecieron eternos, todo su mundo empezó a girar y ya no sabía si estaba de pie, sentada o si estaba viva o había muerto.

«Eso es lobita, eso es. Respira. Deja que el aire entre en tus pulmones».

Sacudió la cabeza, esa pesada y masculina voz resonaba ahora con mayor intensidad y se mezclaba con otras, con algo remoto, demasiado lejano y olvidado.

«No se lo diremos a papá y mamá, ¿vale? Será nuestro secreto».

Dawn. Esa era la voz de su hermana y recordaba esas palabras, recordaba el momento en que fueron pronunciadas, así como su infantil respuesta.

«¿Por qué no puedo jugar con ella como tú? Quiero ser como tú, Dawny, quiero correr

como tú».

Habían sido unas niñas y ella estaba enfurruñada porque no podía hacer las mismas cosas que ella, porque no podía… jugar con su loba. Eran recuerdos confusos, lejanos, sacados de su infancia, momentos que había olvidado, guardándolos en lo más recóndito de su mente. Su loba, su amiga, su hermana, una parte indivisible de sí misma a la que había mantenido oculta para que nadie le hiciese daño, para que nadie descubriese jamás una naturaleza prohibida en su interior. Sabía que estaba allí, de niña, ella se había convertido en algo así como su amiga imaginaria, pero entonces creció y dejó de pensar en ello, dejó de sentirla para concentrarse en otras cosas, cosas de adultos.

«Leah».

La voz de Odin resonó de nuevo en su mente, intentando arrancarla del lugar en el que había caído, de la oscuridad que amenazaba con engullirla.

«Leah, respira conmigo, siénteme dentro de ti».

Inconscientemente se encontró haciendo eso, siguiendo sus órdenes, era como si llevase algo impreso en sus células que la instara a obedecer y eso la cabreaba.

«Odin… deja de darme órdenes».

Le escuchó reír en su mente, un sonido claro, limpio y salvaje.

«Muy bien, compañera, pero quédate conmigo. Sigue respirando».

Le costaba hacerlo, pero no iba a darle la satisfacción de saberlo.

«¿Y qué te crees que estoy haciendo?».

Podía sentirlo cerca, mucho más cerca que nunca, sabía que estaba a su lado, pegado a ella y, aun así, le costaba abrir los ojos, responder a su llamada.

«¿Hiperventilar? Algo que, dadas las actuales circunstancias, no es nada recomendable. Así que, respira lentamente, escucha mi respiración y acompásala con la tuya».

Aguzó el odio y se estremeció, podía escuchar su corazón como si estuviese apoyada sobre él, el ritmo de su respiración e incluso lejanos murmullos que le molestaban.

«Eres irritante».

Él se rio en su mente.

«Lo que tú digas, pero hazlo».

Resopló o al menos creyó haberlo hecho, entonces siguió sus directrices y empezó a respirar lentamente, acompasando su respiración a la de él.

«Muy bien, lobita, así, eso es».

Poco a poco el aire volvió a entrar en sus pulmones, los ruidos se fueron mitigando y la oscuridad empezó a dar paso a la luz. Colores vibrantes, un espectro totalmente distinto y un enfoque extraño.

«Me estoy… mareando».

«Respira lentamente». Su voz vino acompañada de un empujón, el calor de su cuerpo filtrándose al suyo, su presencia tan tangible como si la estuviese abrazando. *«No te muevas todavía, dale tiempo a tu cuerpo a acostumbrarse, adáptate a la luz y sigue respirando despacio».*

Se lamió los labios o creyó hacerlo, el aire sabía de repente extraño, su boca no se sentía como debería, bajó la mirada lentamente y se encontró con dos patas peludas, de un bonito color canela rojizo salpicado de hebras negras aquí y allá.

«¿Más chuchos?».

La pregunta trajo consigo un nuevo bufido y no pudo evitar sonreír, casi podía verle poniendo los ojos en blanco.

«Algo así». Murmuró y notó de nuevo cómo la empujaba. «Vamos, arriba. Tienes que levantarte».

¿Levantarse? ¿Seguía en el suelo? Eso sin duda explicaría la nueva perspectiva, tenía que estar casi a ras del suelo.

«Dime que no me he desmayado».

«No te has desmayado». Replicó empujándola, obligándola a levantarse. *«Has despertado a tu loba».*

Giró la cabeza para mirarle y se encontró con esos ojos lupinos a su altura, la enorme lengua rosada abandonó esas peligrosas fauces y la lamió repetidas veces, como si la estuviese besando. Sí, un beso, otro y otro.

«¿Nos vamos a poner ñoños ahora?».

Lo escuchó reír en su mente, una risa fuerte y clara.

«Lo dudo mucho».

Dicho aquello lo vio retroceder, moviéndose hacia un lado, dándole espacio y al mismo tiempo, sin perder la perspectiva que le daba esa altura.

«Espera, ¿qué has dicho sobre mi loba?».

Un nuevo empujón, como una tierna caricia.

«Míralo tú misma».

Se posicionó delante de ella e indicó con el morro una de las columnas acristaladas que había visto en su previa carrera por la planta. Dio un paso adelante, la descoordinación la llevó a tambalearse, parecía borracha. Se detuvo esperando que las piernas dejaran de temblarle pero había algo extraño, no podía sentir sus piernas, no como antes. Dio un nuevo paso, otro más, poco a poco empezó a sentirse más estable, pero seguía siendo extraño, aunque también liberador.

«Eso es lobita, despacio, muy despacio».

«¿Quieres dejar de hablarme como si fuese un bebé?».

Mentalmente lo vio levantar las manos a modo de rendición.

«Con sumo placer. Todo tuyo».

Complacida con su aceptación, se sacudió agitando el pelo, volvió a dar un par de pasos más, sintiéndole a él a su lado, pero sin estar encima de ella y llegó al espejo solo para quedarse, una vez más sin respiración.

El largo espejo le devolvía el reflejo de una imagen imposible, una que estaba viendo con sus propios ojos. Un lobo, algo más pequeño que el peluche blanco que permanecía a su lado, con vibrante pelo canela rojizo entretejido con hebras negras, pero eran sus ojos de un intenso y vibrante turquesa oscuro —sus propios ojos—, los que destacaban en medio de una peluda cara completamente lupina.

«Ay dios mío».

Las palabras surgieron de su garganta, pero no en forma humana, la respuesta fue un gemido muy canino.

«Ay dios mío. Ay dios, ay dios, ay dios».

«Respira, Leah, respira».

Sacudió la cabeza y vio el reflejo de la loba hacer lo mismo. Empezó a retroceder y se cayó hacia atrás, sentada, solo para ver los actos reflejados en el espejo.

«No, no, no, no».

Intentó levantarse, resbaló, volvió a empujarse hacia arriba y retrocedió sin evitar sentir cómo sus pulmones se negaban a ceder y la dejaban sin aire.

«Leah, cálmate».

Sacudió la cabeza sin poder dejar de ver sus movimientos reflejados en los de ese animal y con ello, su malestar aumentaba.

«No puedo respirar, no puedo respirar, no puedo respirar».

«¡Leah!».

La brusquedad con la que pronunció su nombre fue suficiente para que se congelase en el sitio y buscase su mirada.

«Ayuda… Ayúdame».

Una ola de ternura y tranquilidad la recorrió, sabía que procedía de él, pero no podía explicar cómo lo sabía.

«Cálmate. Cierra los ojos y respira conmigo».

Tembló, pero se obligó a hacer lo que había pedido impulsada por ese borde de compulsión que parecía poseer su voz.

«Respira profundamente. No te aferres a nada».

Acompasó su respiración a la de él, escuchó atenta y dejó que la paz se fuese extendiendo por su interior, volviendo a lanzarla a ese breve remolino que golpeó sus sentidos dejándola inconsciente de todo en una breve eternidad.

—Así, respira —la voz de Odin le acarició el oído, al igual que su aliento—. Muy bien, ya está, ya estás de vuelta.

Abrió los ojos muy lentamente y se encontró sentada en el suelo, totalmente desnuda, con cuerpo masculino pegado al suyo y sosteniéndola.

—¿Sigues conmigo, lobita?

Ladeó la cara y se encontró con sus ojos azules en un rostro completamente humano.

—¿Leah?

Empezó a temblar sin control, las lágrimas descendieron por sus mejillas sin previo aviso y el aire de sus pulmones se confundió con unos agónicos sollozos que emergían desde su garganta. Le dolía el cuerpo, le dolía la mente y, no sabía cómo explicarlo, pero su alma aullaba liberada.

Los recuerdos eran confusos, el pasado un galimatías para la niña que había sido entonces, pero no podía negar lo que sentía, lo que sabía a pesar de la locura que suponía aceptarlo. Las imágenes del reciente ataque volvieron a repetirse en su mente, Dawn cambiando ante ella, Odin apartándola del peligro, los gritos de su hermana cuando ese maldito la atacó, la acusación de Quinn, la rabia en su mirada… Todo a su alrededor dejó de existir, no sintió las fuertes manos que la sujetaron, tampoco escuchó las tranquilizadoras palabras que vertió en su oído mientras la sostenía, no fue consiente del abrazo que ahogó sus gritos contra un duro y cálido pecho.

Su mundo se estaba resquebrajando, lo que consideraba una fantasía cobraba forma real, una realidad para la que no estaba preparada.

CAPÍTULO 35

El vapor del agua caliente inundaba ya el baño, humedeciendo los azulejos que imitaban al mármol, el espejo que cubría la pared sobre el lavabo doble apenas reflejaba dos borrosas siluetas. Odin se inclinó a través de la puerta de la ducha, extendió la mano y comprobó la temperatura del agua. Su mirada volaba de la cabina a la mujer que permanecía apoyada en el mueble del lavabo con la mirada perdida y el rostro sonrojado por las lágrimas. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y esa pequeña nariz tan colorada que parecía destacar en su cara. El despertar de su loba la había golpeado con fuerza, había echado por tierra todas las negaciones que se había hecho, había desmontado esa maldita lista y la había enviado de cabeza en una espiral de aceptación que no había podido comprender.

El verla cambiar lo había llenado de orgullo, su lobo estaba extasiado ante la hermosa hembra color canela que sería su compañera de juegos, pero también sentía la dualidad en el interior de ese pequeño cuerpo lupino, las dos naturalezas intentando coexistir, comprenderse y aceptarse. Pero también había visto el miedo en sus ojos, la sorpresa y la incomprensión, el cambio de lobo a mujer la había agotado, rompiendo sus defensas y lanzándola de golpe contra el muro de la realidad.

Todavía tenía sus sollozos grabados en el alma, nadie debería de padecer de ese modo y mucho menos una cosita como ella.

Se giró hacia ella. Leah seguía con la mirada baja, mirándose los pies como si esperase que algo cambiase de nuevo.

—Por mucho que te mires los pies, no van a salirte alas.

Alzó esos bonitos ojos turquesa y sintió una inmediata punzada al ver la tristeza y la incomprensión en ellos.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad?

Ella se limitó a sostenerle la mirada, pero parecía como si no estuviese allí, sino muy lejos.

—Leah —pronunció su nombre paseando la mano por su cansado rostro. Le ahuecó la mejilla y le levantó la cara—. Háblame.

Se lamió los labios.

—¿Para qué?

Sonrió ante su respuesta.

—Para saber que sigues aquí, conmigo.

Parpadeó, deambuló con la mirada y frunció el ceño al ver el vapor que salía de la ducha.

—¿Te vas a duchar? —preguntó volviendo a mirarle.

Suspiró, su pequeña lobita estaba muy perdida ahora mismo.

—*Nos* vamos a duchar —declaró señalándolos a ambos—. Y puesto que parece que estás en cualquier otro sitio más que conmigo, será mejor que yo me ocupe de ello.

—Pero yo ya me bañé —murmuró mirándole a los ojos, las lágrimas volviendo a acariciarle las pestañas.

—Dulzura…

Se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Lo siento, es solo que… yo no sé…

—Shh —le puso un dedo sobre los labios—. Déjame a mí.

No podía negar que ella era exquisita, si bien no era precisamente un bombón con la piel cubierta de pecas, las redondeadas curvas y anchas caderas y llenos muslos, a él le parecía perfecta. Y esa cascada de pelo rojizo que hacía perfecto juego con el recortado parche entre sus piernas, lo volvía loco.

—Eres puro pecado, lobita.

Sus mejillas se colorearon ligeramente.

—No me llames así, no quiero… no entiendo… Odin, no sé…

—*Shh* —le cubrió de nuevo los labios—. Aquí solo estamos tú y yo, no tienes que pensar en nada si no quieres, no necesitas cuestionarte nada.

Lo miró a los ojos, estaba angustiada y tan perdida que no pudo evitar ceder a la necesidad de envolver los dedos en su melena y acercarla a él para darle un beso.

—Vamos, el agua está caliente —la engatusó, empujándola con suavidad.

—¿Y tú? —murmuró bajando la mirada sobre él.

—Estoy justo detrás de ti. —Y, para que no dudase, se llevó las manos a la cintura del pantalón que había vuelto a ponerse tras el cambio y se deshizo del botón y la cremallera.

—Oh señor, tus heridas… las suyas…

Se quedó inmóvil al escucharla jadear, su mirada fija en su pecho y no pudo evitar maldecir al olvidarse de ese pequeño detalle.

—No es nada dulzura, habrán sanado antes de que termine la semana.

—Tú… él… las heridas… —se llevó las manos a la cabeza y jadeó—. Ay dios, si llevé a Boots a un veterinario.

—Me llevaste a mí y gracias por eso, por cierto, como te dije antes, si no lo hubieses hecho, posiblemente me habría desangrado.

Su mirada decía que estaba recordando ese momento y sus palabras la estaban confundiendo aún más.

—Le dispararon…

—Me… Leah… me dispararon a mí —le recordó y señaló lo obvio—. Tu «peluche» soy yo…

Se lamió los labios, sacudió la cabeza y estiró la mano lentamente hacia el parche de gasas y esparadrapo que cubría la herida de bala más grave en su costado.

Sabía el aspecto que tenía, Sebastian se había encargado de hacérselo saber en cuanto le puso las manos encima. Su médico tenía especial predilección por echarle la bronca entre punto y punto. Tenía el torso, los hombros, el muslo derecho y el antebrazo lleno de arañazos y mordiscos, algunos habían necesitado puntos, pero dado su rápido metabolismo, las heridas cicatrizaban rápido y hacia finales de semana, posiblemente ya no serían más que rosadas cicatrices.

—Estás hecho un cristo —musitó y levantó la mirada—. ¿Por qué te han hecho esto? ¿Por qué te dispararon?

Posó la mano sobre la de ella.

—Por proteger lo más importante para mí.

La sombra de agotamiento en sus ojos lo empujó a enviarla a la ducha.

—Vamos, entra —la instó y terminó de desnudarse para seguirla dentro del habitáculo.

El agua se derramó sobre ella, acariciándola, calentando su piel y provocándole pequeños estremecimientos. La vio levantar el rostro y dejó que el chorro le golpease la cara, le empapase el pelo y siguiese el recorrido.

La dejó hacer, limitándose a servirle de soporte, acariciándola superficialmente, notando cómo se relajaba contra él, apoyándose en su cuerpo, piel contra piel. Sus pechos expuestos y llenos, los pezones deliciosamente rosados libres al masaje del agua, su vientre ligeramente redondeado y ese delicioso redondeado y firme trasero apretado contra él.

—No te vayas, ¿vale?

Resbaló las manos sobre sus brazos, masajeándola y acercándola más a él.

—No pienso hacerlo —le susurró al oído—. Estaré siempre pegado a ti, el lugar al que pertenezco.

Se derritió contra él con un suspiro, la previa tensión desapareciendo poco a poco, entregándose a su cuidado.

Tomó una generosa porción de gel de baño y, tras frotarse las manos hasta crear una capa de espuma, las deslizó sobre ella ejerciendo un suave masaje. Le moldeó los pechos con los dedos, le acarició los pezones y se obligó a mantener su polla a raya mientras descendía por su cuerpo. Intentaba mantenerse estoico, centrándose en ella y no pensar en la dura erección que empujaba contra el redondo culo.

Leah suspiró, echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra su hombro, todo su cuerpo laxo, relajado mientras la lavaba de aquella manera tan íntima, relajándose después de todo el estrés de las últimas horas.

—¿Puedes apoyar las palmas en la pared? —preguntó, instándola a hacerlo—. Eso es, buena chica.

Esperaba que sus palabras no sonaran tan jodidamente roncas como las oía él. Le apartó el pelo mojado por encima del hombro y vertió una pequeña porción de gel sobre su espalda siguiendo con sus hombros. La masajeó empapando su piel con el jabón, creando una suave capa de espuma para luego bajar por su columna en dirección a las prietas nalgas.

—Se te da bien bañar a una chica —musitó ella.

Hizo una mueca y evitó reír.

—Me alegra que lo pienses ya que eres la primera a la que baño.

Una concesión que hacía solo con su compañera, pues esta era una tarea casi tan íntima como el sexo, una que implicaba mucho más que lujuria y pasión; implicaba emociones.

Le enjabonó una pierna y luego la otra, envolvió sus manos alrededor de la pantorrilla, ofreciéndole un suave masaje que repitió en la rodilla y finalmente en los muslos, para terminar rápidamente con el aseo de la que se había convertido en su parte favorita en aquella pequeña loba.

—Esto es casi tan bueno como el sexo —ronroneó somnolienta.

Sonrió, le besó el hombro derecho y dirigió el chorro de agua sobre su espalda para aclarar el jabón antes de atraerla de nuevo contra él.

—No voy a discutírtelo —ronroneó y deslizó la mano por su cuello—. Echa la cabeza hacia atrás.

Terminó con la autoimpuesta tarea disfrutando de ella más de lo que había esperado en un principio. Cerró el agua de la ducha y le rodeó la cintura al notarla temblar.

—*Shh* —la besó tras la oreja—. Vamos a secarte y luego, a la cama.

La escuchó suspirar, su cuerpo volviéndose más pesado por momentos.

—¿Leah?

—¿Qué?

—No te duermas sobre mí —le mordió la oreja, espabilándola.

—Lo siento, es que eres un colchón de lo más cómodo.

Se rio, no pudo evitarlo.

La envolvió con una toalla y la secó con rapidez y eficiencia, para atraerla de nuevo contra él, entre sus piernas.

—¿Crees que puedes secarte el pelo tú sola mientras yo termino de asearme y me ocupo de los vendajes?

Asintió lentamente y él le señaló el aparato pegado a la pared.

—Sí, puedo hacerlo.

Comprobó que podía mantenerse en pie y que no iba a quedarse dormida sobre el lavabo antes de meterse de nuevo en la ducha y asearse rápidamente. Cuando salió, ella ya se había cepillado el pelo y lo tenía recogido en una trenza floja que le caía sobre el hombro. Envuelta en una toalla, con la piel rosada y la mirada limpia, era una visión deliciosa.

—A la cama, dulzura.

Antes de que pudiese protestar, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio, depositándola en el centro de la cama. Le quitó la toalla, la tiró a un lado y se acomodó a su lado, atrayéndola a sus brazos.

—¿Odin?

—¿Sí?

Ella se giró lo justo para poder mirarle a la cara.

—No dejes que me pierda.

La petición lo cogió por sorpresa.

—¿Perderte?

Asintió.

—No quiero volver a perderme a mí misma —susurró. Se giró por completo, acurrucándose contra él y dejó escapar un suspiro antes de entregarse por completo a los brazos de Morfeo.

—Nada te pasará mientras esté a tu lado, compañera, te protegeré incluso de las pesadillas. —La besó y se relajó, disfrutando del calor y el aroma de la mujer que estaba destinada a ser suya.

CAPÍTULO 36

Leah empezaba a pensar que nunca conseguiría salir del maldito hotel. Era como si su orientación se hubiese ido a la porra y todo lo que consiguiese hacer era dar vueltas. Entró en el ascensor solo para volver a salir de él al darse cuenta que ese aparato en particular funcionaba con una llave. Tan elegante y bonito como le parecía, empezaba a cabrearla de veras.

Tras una inspección más a fondo, encontró otro par de ascensores que debían ser de servicio, ya que estas sí contenían botones.

Bajar hasta la recepción pareció una odisea, demasiado trabajo para no despertar a su peluche en forma humana que dormía a pierna suelta.

Se había despertado acalorada, sobrándole la manta térmica que la envolvía, una hecha de carne y hueso.

Incluso ahora se preguntaba por qué había estado tan tranquila, cómo no reaccionó de la misma forma que la primera vez, especialmente dado todo lo ocurrido.

«Eres una loba».

Su mente volvió a repetir las imágenes que había visto, su propia imagen reflejada en el espejo, la irrealidad que traía consigo y, al mismo tiempo, también una respuesta a cosas que solo ella había sabido.

Sentirse diferente no llegaba siquiera a catalogar su vida. Sola, sin nadie más que sí misma, debió obligarse a seguir adelante y no bajar los brazos. La culpabilidad podía ser realmente jodida cuando te aguijoneaba sin piedad.

—No tienen idea —musitó mirando su reflejo en el espejo—. Ninguno sabe lo que es en realidad.

Nadie había estado allí cuando le dijeron que se había producido un accidente y sus padres habían muerto en un incendio. Nadie la había acompañado al hospital cuando llegó y vio a su hermana entubada e inconsciente. Ninguno comprendía lo doloroso que era ver cómo tu única familia se encerraba en su propio mundo, tan aislada que ni siquiera te veía.

Ellos no tenían idea de lo que era sacarse una carrera mientras luchabas para llegar a final de mes, cuidando de alguien inestable.

Podía ser muy fácil acusar cuando no sabías realmente lo que había detrás.

La adoraba, desde niña, Dawn había sido su modelo a seguir, por ello había sido doblemente difícil verla tan perdida y desvalida.

Pero ahora está bien, mucho mejor de lo que ha estado en años y parece feliz.

Lo suficiente como para que decidiese dejarla atrás, en el lugar que debía estar, dónde encajaba y sería cuidada. Le debía al menos eso por todo el tiempo que habían permanecido lejos la una de la otra, por haberle fallado cuando más la necesitaba.

Se apoyó contra la pared paneleada con un profundo suspiro, después de lo que había visto, nada volvería a ser lo mismo.

—No, nada puede volver a ser lo mismo.

Suspiró, cerró los ojos y esperó hasta que el ascensor anunció su llegada a la recepción y se abrieron las puertas.

—Vaya, no te hacía una persona madrugadora.

El inesperado comentario fue como una bofetada en la cara, abrió los ojos y allí estaba él; fresco como una lechuga, oliendo deliciosamente bien y vestido para matar.

Un bajo gruñido empezó a emerger de su garganta, una reacción que no pudo controlar.

—Tranquila, dama alfa —chasqueó Quinn—. No soy tu enemigo, Leah.

Se lamió los labios y no pudo evitar sonrojarse por el inesperado sonido.

—Tampoco eres mi amigo —farfulló saliendo del ascensor—. Solo espero que tu opinión sobre mí no influya en lo que pienses de Dawn. Ella no tiene la culpa.

—Dawn está a salvo conmigo, jamás le haría daño, es mi compañera y eso crea un vínculo ineludible —aseguró entonces ladeó la cabeza y la miró—, aunque no puedo decir lo mismo sobre ti.

Lo miró visiblemente ofendida.

—¿Crees sinceramente que le haría daño a mi hermana?

Se cruzó de brazos y señaló el ascensor con un gesto de la barbilla.

—Estás saliendo a hurtadillas, lo que me lleva a suponer que tienes toda la intención de marcharte y dejarla atrás.

Apretó los labios.

—Estará mucho mejor aquí, contigo, que conmigo —le soltó, sorprendiéndole con sus palabras—. Solo hay que mirarla. Has hecho por ella en un par de días más de lo que yo hice en tres años. ¿Cómo puedo no verlo cuando lo tengo delante? Aunque pienses lo contrario, Quinn, quiero a Dawn, la quiero lo suficiente para dejarla y que sea feliz con quién realmente pueda darle esa felicidad, me guste el cabronazo o no.

Sus palabras lo llevaron a resoplar.

—Dawn te necesita, Leah, eres importante para ella.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Y ella lo es para mí —confesó e insistió en lo obvio—, y por eso mismo, sé que estará bien contigo.

Dicho eso, se enderezó, dispuesta a batallar si hacía falta si le impedía marcharse.

—Iba de camino a la clínica.

El joven enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Espero que no para pedir una habitación, Odin se cabrería bastante.

Hizo un mohín y optó por ignorar sus palabras.

—Voy a firmar el alta —le informó—. Hace un par de días solicité su baja en la clínica, tengo su custodia tutelar.

Si estaba sorprendido por sus palabras, no lo dejó traslucir.

—Ibas a sacarla de ese lugar —comentó él en cambio.

—No podía soportar ver lo que le estaban haciendo, lo que se hacía a sí misma —aceptó en voz baja—. Y ahora sé que habría sido la opción correcta, una que debería haber tomado hace tiempo.

La contempló y entrecerró los ojos sobre ella, como si la estuviese midiendo.

—Odin no tiene ni idea de que vas a salir, ¿no?

Puso los ojos en blanco.

—No necesito su permiso, solo recuperar las llaves de mi coche…

Sus ojos reflejaron su propia bestia, fue extraño, pero no sintió temor, estúpidamente se encontró frunciendo la nariz y oteando el aire.

—Tu loba está muy cerca de la superficie, puedo notarla y es tan mandona como tú.

Parpadeó, algo a lo que Quinn acabó riendo.

—Dile a tu compañero que sales —pidió en cambio—, no quiero tener que oír sus lloriqueos…

No veía a Odin lloriqueando, precisamente.

«Y no lo hago».

La inesperada respuesta resonó en su mente haciendo que se sobresaltase.

—Joder.

Quinn sonrió.

—Lo siento, lobita, pero dado como está el panorama, no puedo dejar que te escabullas solita —le dijo el beta—. O sales con escolta o con tu alfa.

Gruñó, un sonido muy canino que emergió de su propia garganta.

—No tengo un alfa.

«Ahora sí».

—¡Deja de hacer eso! —chilló—. Me retumba la cabeza.

«No grites. Piensa en lo que quieres decir te oiré».

—No quiero.

Risas por ambos lados.

—Lo siento. Es que eres graciosa, un verdadero grano en el culo, pero graciosa —comentó Quinn—. Sube a verla cuando quieras, se encuentra mucho mejor, pero todavía no puede abandonar la cama.

Dicho aquello, entró en el ascensor que acababa de desocupar.

—Está preocupada por ti —continuó sin dejar de mirarla a los ojos—. Tiene miedo de que la repudies ahora que sabes la verdad.

Frunció el ceño.

—Es mi familia, mi única familia, ¿cómo podría hacer algo así? Siempre querré lo mejor para ella.

Ladeó la cabeza.

—¿Y crees que alejarte de ella ahora es lo mejor?

Sacudió la cabeza y señaló lo obvio.

—Intenté cuidarla y fallé —se encogió de hombros—. ¿Crees que no soy consciente de ello? Le fallé al no saber comprenderla, al no poder hacerme cargo de ella y volví a fallarle cuando la dejé en esa clínica.

Chasqueó la lengua.

—Todos cometemos errores, Leah, lo importante es aceptarlos y aprender de ellos —aseguró con voz llana—. Huir nunca es la respuesta. Os necesitáis la una a la otra, a veces la mutua compañía sin nada más puede ser la solución a muchos problemas y es una medida que puede aplicarse a más de una cosa en la vida.

Arrugó la nariz viendo cómo sacaba una llave y la insertaba en la ranura.

—Espera a Odin, estará aquí en un momento.

No pudo evitar gruñir ante el tonito de su voz, el momento de comprensión y tregua había terminado.

—No necesito a Odin, solo mis llaves.

—Esas te las traerá él —se despidió y le dedicó un guiño—. Pórtate bien, lobita.

Las puertas del ascensor se cerraron y ya no supo si quería estrangularlo o ignorarlo.

—Pórtate bien, pórtate bien… —rezongó en falsete—. A la porra el portarse bien, yo lo que quiero son mis llaves.

—Y yo una compañera obediente.

Pegó tal salto que casi se le sale el corazón. Se giró de golpe y allí estaba él, sexy y caliente como solo ese hombre podía estarlo, incluso con una vestimenta tan particular como la que llevaba esa mañana.

—Jesús, vas a matarme.

Sonrió de soslayo.

—Todavía no —declaró, se le acercó, le echó el pelo a un lado y la besó en el cuello—. Bueno días, compañera, ¿dormiste bien?

—Dormí… —sacudió la cabeza, cortando su propia respuesta y preguntó por lo obvio—. ¿Qué llevas puesto?

—Suele responderse con un: buenos días, cariño —se burló—. Y llevo un kimono.

Sí, las dos prendas de tela blanca ceñidas a la cintura con un cinturón de color negro con cuatro rayas doradas eran bastante reveladoras.

—¿Cinturón negro?

—Taekwondo, cinturón negro, 4º DAN.

Enarcó una ceja y lo recorrió con la mirada.

—¿Y eso significa?

Sonrió divertido.

—Soy maestro.

A este hombre había que sacarle las palabras con sacacorchos cuando decidía que no tenía interés en compartirlas.

—¿Compites?

—Ya no —negó y cambió de sujeto—. ¿A dónde ibas con tanta prisa que ni siquiera quisiste despertarme?

Puso los ojos en blanco.

—A trabajar.

Chasqueó la lengua.

—Estás de vacaciones.

Un recordatorio que no iba a dejar pasar.

—Lo que quiere decir que no voy a la oficina —le soltó—, pero sí a terminar con los pendientes, entre los que se encuentra la propiedad que has adquirido. Tengo que preparar el papeleo…

Asintió pensativo, sus labios se curvaron entonces en una perezosa sonrisa.

—Cierto, tenemos una comida de negocios pendientes.

Abrió la boca, pero no la dejó emitir ni un solo sonido.

—No lo intentes —la atajó—. No hay excusa alguna que puedas utilizar para negarte, ya no.

Frunció el ceño.

—Y un cuerno que no —rezongó—. Estás dando por sentado demasiadas cosas, Odin, cosas que no son.

La miró fijamente, ¿cómo diablos podía estar tan imponente y sexy con un jodido kimono? El blanco debería hacerle parecer incluso más pálido, pero demonios, lo lamería de arriba abajo si le dejase.

—Eres mi compañera, ahí fuera hay algún lunático que no dudaría en atacarte o algo peor —le recordó oportunamente—. Y eres una loba, una que todavía empieza a adaptarse ahora a su segunda naturaleza, la cual no es precisamente la mejor de las combinaciones. Además, estás emparejada conmigo, lo cual lo hace doblemente jodido, pues no tengo la menor intención de

perderte de vista en digamos… unas dos o tres semanas, mínimo.

La manera en que exponía las cosas no debería dejarla caliente y tierna, tenía que cabrearla porque le estaba quitando su autonomía. Maldito hombre.

—Todo lo que has dicho me suena a chino —le espetó ella—. Y como no sé chino, ni tengo intención de aprenderlo… pues estás gastando saliva inútilmente.

—Eres cabezota…

—No lo sabes tú bien.

—…pero no puedes vivir para siempre en la ignorancia…

—¿Quién te ha dicho que no? Solo mírame…

—…y cómo te ha tocado la lotería al tenerme como compañero…

—¿La lotería? Esa sería perderte de vista…

—…me haré cargo de enseñarte todo lo que ignoras y resolver tus dudas sobre lo que no comprendes…

—Odin, no me estás escuchando.

—No, Leah, eres tú la que no me escucha a mí —aseguró y concluyó con absoluta satisfacción—. Te recojo a las dos.

Bufó, ese hombre era imposible.

—¿Y si no quiero comer contigo?

Se encogió de hombros.

—Entonces cenaremos.

—¡Hablo en serio!

Empezaba a cabrearse de veras, su voz se había vuelto más grave y le picaba la garganta por las ganas de gruñirle.

—Yo también —concluyó con total tranquilidad y sin inmutarse—. Savage estará cerca, si la necesitas, llámala. Tienes su número en el móvil. Y el mío…

«Aunque puedes comunicarte conmigo así».

Lo dijo sin abrir la boca y, a pesar de ello, le escuchó perfectamente en su mente.

—Deja de hacer eso —gruñó, un verdadero gruñido canino que la sobresaltó—. Mierda.

Él sonrió y se inclinó sobre ella, acariciándole los labios con el aliento.

—Respira, pelirroja —la instó a ello—, y relájate. Todo irá bien.

Negó con la cabeza y lo miró.

—No, nada va a salir bien y lo sabes —resopló—. Mi vida se ha convertido en un circo y ni siquiera me dejan ser la maestra de ceremonias.

Suspiró y lo miró de nuevo. El tenerle tan cerca, sentir su calor y ese delicioso aroma masculino tan suyo la derretía por dentro.

—¿Mis llaves? —preguntó necesitando algo en lo que concentrarse o terminaría arrastrándole de vuelta al ascensor para comprobar lo fácil que podría resultarle desnudarle con esas ropas.

Se las sacó del cinturón y se las entregó.

—Baja en el ascensor, primer nivel, cerca de la puerta.

La besó suavemente en los labios, una breve caricia que la dejó deseando más.

—Primer nivel, cerca de la puerta —repitió, lamiéndose los labios y dando un paso atrás —. Lo tengo.

Se dio la vuelta dispuesta a continuar con sus planes.

—¿Leah?

Lo miró por encima del hombro, deteniéndose.

—Nadie es considerado un cobarde por pedir ayuda cuando realmente la necesita —la sorprendió con el comentario—. Tenlo en cuenta, pelirroja. Si me necesitas, solo tienes que llamarme y estaré a tu lado antes de que te des cuenta.

Respiró profundamente y sacudió la cabeza.

—¿Te das cuenta de que prácticamente no nos conocemos y ya he confiado en ti más que en mi misma? —dejó que las palabras brotasen de sus labios—. Eso es muy preocupante, chico, jodidamente preocupante.

—Es perfectamente normal dado el vínculo que nos une como compañeros.

Compañeros. De nuevo ese término el cual parecía ser la respuesta común a todas sus preguntas.

—Mencionas a menudo esa palabra, pero no sé si me gustan las implicaciones que parecen conllevar —confesó con un mohín—. A decir verdad, no creo que me gusten.

—A las dos en punto, en mi nueva propiedad —la citó—. Te recogeré entonces y podremos hablar de todo lo que te inquieta.

Enarcó una ceja y resopló.

—No sé, Odin, esa podría ser una conversación muy, pero que muy larga.

—Bueno, dulzura, tenemos toda una vida por delante.

Sus palabras la dejaron líquida y maleable. Demonios, ese hombre era demasiado bueno para ser real. Con la mezcla exacta de dulzura y dominación, una que le gustaba más de lo que debería.

Dawn supo en el mismo instante que Quinn entró en la habitación que había estado cerca de su hermana. Sus sentidos de loba estaban en la superficie, más en sintonía con su compañero que con su parte humana. Necesitaba esto, la libertad y claridad que su naturaleza le daba, la simplicidad y tranquilidad que le habían arrebatado los últimos tres años.

—¿Ya estás despierta, pelirroja?

Miró al hombre que caminaba hacia ella, el mismo que había pasado la noche a su lado, hablándole de su vida, de su hermano gemelo, de cómo lo había perdido, cómo le había fallado… No se había guardado nada, se había abierto a ella de una forma que intuía no había hecho con nadie y le había correspondido de igual manera, en la medida de lo que sus recuerdos se lo permitían.

El deseo era tan extraño y a la vez tan familiar que no temió ceder a sus brazos, a compartir los primeros besos y despertar su sensualidad. Se había negado a seguir adelante por ella, por el momento, las circunstancias y el dolor que paliaban los analgésicos; no es que hubiese ausencia de deseo por ambas partes.

Se llevó la mano al hombro y se estremeció al notar la tierna y abusada carne marcada; una declaración, una marca que los unía completamente.

—Me desperté al moverme —hizo una mueca y señaló el muslo vendado—, y vi que no estabas…

—No estaba demasiado lejos —comentó sentándose a su lado—, puedes llegar a mí siempre que lo necesites…

«Ya lo sabes».

Su aroma y su calor la atraían como un imán.

—Te sentí con Leah —comentó en voz alta—. ¿Está bien?

Quinn no vaciló, podía decirle las cosas con tacto, pero no le ocultaba nada.

—Creo que se siente asfixiada —comentó—, quiere huir y no se da cuenta de que hay cosas de las que no se pueden escapar.

—Era muy pequeña cuando tuvo que renunciar a su loba y después, su necesidad de adaptarse y de ser aceptada por la gente, la familia y los amigos… todo chocaba con su propia naturaleza. Es curioso como siempre ha vivido sola a pesar de estar rodeada de gente. Ha atacado para evitar que la ataquen, piensa en los demás antes que en ella misma así que no la culpo si necesita espacio…

—Es tu hermana —resopló contrariado por sus palabras—, tendría que haber estado a tu lado.

—Lo ha estado —le cogió la mano, le gustaba sentir su contacto, su presencia le daba la fuerza que necesitaba, la que había perdido por el camino—. Siempre lo ha estado. Fui yo la que se mantuvo distante, como ya te dije, temía que, si ella sabía lo que había ocurrido realmente, me abandonaría…

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y miró sus manos entrelazadas.

—Leah cree que no lo sé, pero la conozco bien. Se siente culpable por la muerte de nuestros padres, se culpa por no haber estado en casa, porque fui yo y no ella, la que acabó en el hospital. Incluso por tener que internarme en esa clínica cuando apenas podía mantenerse ella misma en pie después de todo lo ocurrido.

Su compañero le apretó los dedos y se los llevó a los labios para besarle las yemas.

—Eres demasiado noble.

Sonrió perezosa.

—Soy su hermana mayor, tendría que haber cuidado de ella y en vez de eso, la abandoné, dejé que se enfrentase con todo sola —musitó. Incluso perdida en su mundo, totalmente aislada, había sido consciente de la soledad de Leah y su lejanía.

Notó sus dedos jugando en su pelo, él parecía tener debilidad por su melena rojiza.

—No estabas en condiciones de ayudarla…

—Pero ahora, cuando sane esta herida y mi loba se calme, estaré justo aquí —comentó mirándole—, solo espero que no sea demasiado tarde. Me gustaría volver a verla sonreír, es algo que dejó de hacer desde esa noche.

La abrazó suavemente, envolviéndola con sus brazos.

—Esa noche ha quedado en el pasado —la acarició con ternura—, no pienses más en ello. A partir de ahora, todo será distinto para ambas.

Sí, sin duda sus respectivas vidas iban a cambiar, solo esperaba que fuese un cambio al que Leah pudiese acostumbrase.

CAPÍTULO 37

Leah arrancó la página que había garabateado y la lanzó sobre la mesa junto con las demás. Era incapaz de concentrarse y su mañana de trabajo había resultado infructuosa.

Les había gritado a sus empleados por algo que no era culpa suya, había rehecho los documentos del rancho tres veces y casi consigue que su contratista de confianza la mandase a la mierda.

¿Y cómo no hacerlo? ¡Le había gruñido!

No recordaba haber llorado tanto en su vida como esa mañana, la frustración consigo misma la había llevado al límite, enfadándose y destrozando algunas cosas; su casa se había convertido en una zona de guerra. Pero lo peor no era eso, lo peor era sentirse sola, abandonada y desear estar cerca de un hombre cuya existencia no había hecho otra cosa que joder la suya. Echaba de menos a Odin con tanta intensidad como quería aborrecerlo.

¡Y ella no lloraba! No era tan bipolar, podía mantener sus emociones bajo llave, al menos, había podido hacerlo hasta ahora.

Cerró la carpeta, lanzó el bolígrafo al otro lado de la habitación y hundió la cabeza entre los brazos.

—Quiero mi vida de vuelta —lloriqueó desesperada—. Quiero ser de nuevo yo misma.

Pero por más que protestara, sabía que eso no sería posible de ningún modo. Por mucho que quisiera ignorar lo que había visto, lo que había vivido, no podía borrarlo como si nunca hubiese existido.

—Ahora mismo podría mordisquear cualquier cosa —rezongó pensando en el regaliz que tanto le gustaba. Un pequeño indulto que solo se permitía de vez en cuando.

Cuando estaba nerviosa o las cosas no salían como le gustaría, se lanzaba sobre el regaliz y no paraba hasta terminarlo, pero desgraciadamente el doctor no tenía de eso en casa.

Había vuelto con intención de recoger, limpiar e irse a su propia casa para recoger el estropicio que había dejado más temprano, pero los recuerdos de la soledad que la esperaban allá hizo que cambiase de opinión.

Haciendo un último intento por despejarse, abandonó la mesa de trabajo y salió al porche. El sol de mediodía la recibió con meridiano calor, suspiró y se dejó caer en las escaleras sin más aspiración que ejercer de batería solar y recargar las pilas.

—Perspectiva —se recordó—, necesitas perspectiva…

Dawn estaba bien, se había encargado de dejar claro al doctor Lorenzo que se ocuparía de ella de ahora en adelante y que su alta era inmediata. La forma en que le respondió, la suficiencia y el hecho de que parecía creerse el único en posesión de la verdad, la crisparon aún más y, lo que comenzó con una conversación educada, terminó en un arranque de mala leche y zorrería que la llevó a salirse con la suya.

Su hermana no necesitaba de esa clase de tratamiento, a la vista estaba lo que la aparición de Quinn había obrado en ella. Ese hombre había hecho más por la chica en un día de lo que había conseguido ella misma en tres años.

Suspiró y se balanceó con los pies, moviéndose con suavidad.

—Compañeros —murmuró recordando el término con el que parecían dar explicación a

todo—. ¿Qué demonios quiere decir eso exactamente? ¿Qué implicaciones trae consigo? Todo esto… apenas tiene sentido.

Necesitaba respuestas, necesitaba entender dónde demonios se había metido y quién era.

Siempre había sabido que Dawn y ella eran adoptadas, sus padres no se lo ocultaron, su madre en realidad era su tía, pero ¿por qué ocultarle algo tan importante como su verdadera naturaleza? No recordaba muy bien su infancia, ni siquiera estaba muy segura de sí los vagos recuerdos que conservaba de su niñez eran reales o estaban teñidos con fantasías infantiles. Fuese como fuese, esa parte extra de la que quería huir, a la que había olvidado, vivía en su interior, era una tan profunda que nunca la había extirpado por completo, pero de algún modo, se había olvidado por completo de ella.

¿Cómo era posible? Era una loba, un chucho de color canela rojiza que había visto con sus propios ojos.

Se estremeció.

—Voy a volverme loca —suspiró y sacudió la cabeza—. Antes de que entienda algo de todo esto, estaré ocupando la habitación que era de Dawn.

El conocimiento era poder y ella necesitaba saber, entender, si aspiraba a conservar la cordura y encontrar la manera de salir de todo esto, tenía que armarse de valor y enfrentarse a aquello de lo que huía.

Dejó escapar un nuevo suspiro, frenó el balancín con los pies y se llevó la mano al bolsillo para sacar su teléfono. Repasó rápidamente la agenda y encontró el número que necesitaba.

No estaba segura de que fuese la persona indicada, pero ante la breve lista de posibles candidatos, era la única que podía darle una perspectiva adecuada.

—¿Savage? Soy Leah —comentó nada más escuchar la respuesta—. Odin me ha grabado tu número en caso de que necesitase algo.

La respuesta de la mujer sonaba tan sorprendida como preocupada.

—¿Qué ocurre, loba alfa? ¿Necesitas ayuda?

Loba alfa. ¿Eso era quién era? ¿Era como la veían los demás? Se lamió los labios y se armó de valor para seguir adelante y obtener las respuestas que necesitaba, unas que no estuviesen comprometidas por otras emociones.

—No, no, todo va bien o tan bien como puede ir dadas las circunstancias —respondió en el acto—. Estoy en el rancho de un amigo y… Diablos, no hay forma de decir esto de una manera sencilla. Necesito respuesta a algunas preguntas…

La respuesta femenina no se hizo esperar.

—¿No has localizado a Odin?

—Ni siquiera lo intenté —resopló con un mohín—. Necesito una respuesta neutral y femenina.

La mujer se rio, un sonido claro y divertido.

—Sí, Odin carece de ambas cosas.

Sonrió en respuesta.

—¿Cuál es la pregunta? —le preguntó.

Se lamió los labios y fue directamente al meollo del asunto.

—¿Qué es exactamente un compañero?

Savage estaba acostumbrada a las excentricidades de su alfa, incluso al difícil carácter de su

mentor, pero esta era la primera vez que la compañera recién emparejada de un lobo acudía a ella en busca de consejo.

Leah estaba perdida, su loba se mezclaba con la parte humana de forma vibrante, necesitada y desatada. Su naturaleza lupina quería tomar el mando, lo exigía con una necesidad que arañaba su interior y descompensaba su lado humano.

Esta dualidad solía ser común en los cachorros y jóvenes que empezaban a cambiar, pero no en adultos, especialmente no en una hembra como ella. Pero, entonces, tenía que recordar así mismo que ella no era una hembra como las demás, no se había criado en la cultura de la manada y, el que su compañero vinculado fuese un alfa, estaba derribando cada una de sus barreras.

—Un compañero es la pareja designada para un lobo —respondió a la pregunta que le llegó a través del teléfono. Puso el manos libres y se apoyó en la moto—. Nuestro pueblo puede tener relaciones con quienes deseen, pero al final, solo hay una persona que le complementa, que llama a nuestra naturaleza lupina y está por encima de todo lo demás. Una vez que la encuentras no hay vuelta atrás, nos pertenecemos el uno al otro hasta la muerte; no existe el divorcio en nuestro mundo.

La escuchó suspirar.

—¿Y cómo sabes quién es esa persona? ¿Quién dice que no te equivocas?

Sonrió, aquella era una duda que, si bien la mayoría de sus congéneres no tenía, ya que estaban preparados para lo que les deparara el destino, sí se lo planteaban antes o después.

—Cuando encuentras a tu compañero, lo sabes, tiene un olor característico con el que conectas —expuso intentando reunir la información de la que sabía intrínsecamente pero no había experimentado—. Es como si tu lobo tuviese un chip que se activa y no se apaga hasta el momento en que se lleva a cabo el vínculo entre parejas. Una vez enlazados, la primaria necesidad que te empuja a estar cerca de su compañero, el… ardor… empieza a remitir volviéndose más fácil con el tiempo.

La vibrante y natural curiosidad de los lobos surgió en la joven compañera del alfa de Nevada.

—¿Vínculo entre parejas? —Había curiosidad en su voz—. ¿Qué es eso? ¿Qué implica exactamente?

Su tono la alertó de que se estaba metiendo en terreno cenagoso.

—Eso debes preguntárselo a Odin —declaró, quitándose de encima el problema—, él está más cualificado que yo para darte una respuesta adecuada.

La escuchó resoplar.

—Si quisiese hablar con él no te habría llamado a ti —replicó y escuchó la loba en su voz. Estaba irritada y su bestia exigía una respuesta—. He visto la manera en que mi hermana se refugia en Quinn, un hombre al que conoce desde hace menos de cuarenta y ocho horas y, depender de una persona, de un virtual desconocido de esa manera, es aterradora.

—No es un desconocido para ella, es su compañero, sabe que estará bien a su lado, que la mantendrá a salvo.

—¿Cómo puede saberlo si apenas lo conoce?

Y ahí estaba, los celos bailando en su voz. Leah se sentía excluida de la vida de la única persona a la que consideraba familia, no comprendía que ahora Odin fuese también parte de esta, quizá la más importante, dado lo que cada vez le parecía la respuesta más razonable.

—¿Tú no te sientes segura junto a Odin? ¿Te ha dado tu compañero alguna razón para pensar que te acontecerá algún daño? —la instó a preguntarse—. Piensa cómo te has sentido al verlo herido y tendrás tu respuesta.

Hubo un momento de silencio, entonces la voz de la chica sonó más tenue.

—Ese vínculo, ¿qué implica exactamente y cómo sabes que se ha llevado a cabo?

La muchacha era insistente y demandante.

—Los compañeros vinculados tienen la facilidad de hablarse mentalmente, de sentir lo que siente el otro —comentó tirando de la memoria—, es como un canal de conversación privado, más allá del general de la manada. Si Odin y tú tenéis ese tipo de conversación…

La escuchó bufar.

—¿Te refieres a cuando parece que me está gritando dentro de la cabeza?

Sonrió para sí.

—Podría describirse así, supongo.

—Pues eso no es precisamente un beneficio —la escuchó rezongar—, podría pasar perfectamente sin esa clase de vínculo.

—Las cosas no funcionan así, como dije, no hay divorcio en nuestra raza.

El jadeo que escapó junto con sus palabras la puso alerta.

—¿Acaso consideráis el vínculo de emparejamiento un matrimonio?

¿Cómo responder a eso sin acabar embarrándose?

—Será mejor que hables con Odin, Leah —le sugirió y optó por cortar la comunicación—, él estará encantado de dar respuesta a todas tus preguntas… si no le matas antes.

Cortó la comunicación y dejó escapar un resoplido.

—Parejas… —resopló—. Alfas… No sé qué es peor.

CAPÍTULO 38

Había algo sexy y peligroso en una mujer que empuñaba un arma, si dicha mujer era además tu compañera, la cosa se complicaba un poco, pero no por ello dejaba de resultarle terriblemente erótico.

Si bien Savage lo había puesto en antecedentes, la insinuación de que debía tener una charla con su compañera, no lo había preparado para encontrarse a Leah apoyada en el escritorio de la oficina del doctor Santiago, el hombre que lo había operado, con una escopeta de caza en los brazos.

—Nena, dudo que te dejen entrar en el restaurante con armas de fuego.

Ella acarició el objeto y su voz fue engañosamente dulce.

—Antes de ir contigo a comer, hay algo que quiero preguntarte —respondió con exquisita suavidad—, y espero que me des una respuesta directa y honesta.

La recorrió con la mirada para finalmente indicar claramente el objeto en discusión.

—¿Y es necesario que lo hagas con una escopeta en los brazos?

Se encogió de hombros.

—Es por si no me gusta la respuesta.

Sonrió divertido. Oh, sí, realmente le gustaba esa loba.

—¿No te parece que ya me han agujereado bastante?

Le devolvió la sonrisa.

—Yo, de momento, no te he metido ninguno.

Chasqueó la lengua e introdujo las manos en los bolsillos con despreocupación.

—Esa respuesta me preocupa.

—Pues imagínate a mí la falta de ellas para todas las preguntas que han surgido últimamente —canturreó, sus dedos acariciando la madera de la culata.

—Pensé que habías dicho una pregunta, ¿hemos aumentado el conteo? —tanteó sin dejar de vigilarla. Tenía que admitir que no la conocía lo suficiente como para decidir si fuera capaz de utilizar esa arma o se trataba solo de postureo.

—Comenzaré con una, la que me resulta de carácter trascendental —le informó ladeando la cabeza, el pelo se lo había recogido en una coleta y le caía sobre el hombro.

—¿Y cuál es?

Sus ojos se clavaron en los suyos y le dijeron, sin necesidad de más palabras, que era importante para ella.

—¿Estamos casados?

Parpadeó, eso era lo último que esperaba escuchar de su boca.

—Hasta dónde sé, legalmente, sigo siendo soltero.

—Permíteme que reformule mi pregunta —le dijo reacomodándose—, ¿estamos vinculados cómo compañeros?

Le sostuvo la mirada, buscando aquello que no decían sus palabras.

—¿Qué te ha llevado a pensar que el matrimonio y un vínculo entre compañeros son lo mismo?

Ladeó la cabeza.

—¿No lo son? ¿No es el equivalente o algo similar en tu raza?

Y aquella era una omisión hecha adrede.

—Nuestra raza.

Ella no cedió, la sentía tensa, nerviosa, su loba acariciándole los ojos.

—Sí o no, Odin.

Arrugó la nariz y se rascó la mandíbula de manera distraída.

—El matrimonio no es más que un acuerdo entre dos personas que deciden unir sus vidas, el vínculo entre compañeros va más allá, es una comunión de almas.

No lo entendía, podía verlo en su rostro y sus palabras se lo confirmaron.

—No lo entiendo —rezongó y volvió a hacer hincapié en lo mismo—. ¿Estamos o no estamos casados o lo que sea?

Le dio la única respuesta que podía darle.

—Somos compañeros, Leah, compañeros vinculados.

Ella no cedió.

—¿Y cuál es la diferencia entre una cosa y la otra?

¿Cómo explicarle a alguien, que no había sido consciente hasta hacía poco de su naturaleza lupina, lo que significaba un vínculo como el que ahora compartían?

—Cuando encuentras a tu otra mitad puedes reclamarla o renunciar a ella —le dijo sin más —. Incluso en nuestro mundo hay posibilidad de elegir. Yo decidí reclamarte.

—¿Así? ¿Sin más? —bufó ella—. ¿Yo no tenía nada que decir al respecto?

Sonrió de soslayo, bajando el tono de voz, dejando que su lobo emergiese.

—Lo dijiste, lobita, alto y claro en la habitación del hotel en la que pasamos nuestra primera noche juntos.

—La primera y la única… —puntualizó ella.

Hizo una mueca, no quería mentirle, aunque decirle la verdad iba a resultar un pelín crudo por su lado. Quizá debiese considerar que tenía un arma en los brazos. Nah, era un suicida y, si algo odiaba eran las mentiras, así que no iba a mentirle a ella, ni siquiera por omisión o desconocimiento.

—No la única —confesó con total sinceridad—. Hubo… otro momento en el que… bueno, ya sabes…

Sacudió la cabeza y arrugó la nariz pensativa.

—No, tú y yo solo estuvimos juntos esa noche en el hotel —aseguró convencida.

Tenía que haberse traído un chaleco antibalas.

—No —insistió y señaló el edificio con un giro del dedo—. Aquí también.

Al principio pareció confundida, la duda y la negativa bailaban en sus labios, pero fueron sus ojos los que le dieron la pista, la comprensión penetrando en su mente, comprendiendo sin necesidad de más hacia dónde iban dirigidas sus palabras.

—No, no, no… eso no fue real… fue un…

—¿Sueño? —negó con la cabeza—. No, lobita. En honor a la verdad, no entraba en mis planes meterme en tu cama, pero estaba tan desorientado y tú eras tan dulce y cariñosa, olías tan bien y te deseaba tanto que…

Jadeó.

—¿Te metiste en mi cama?

Levantó la palma y asintió.

—Culpable.

El sonido del arma al amartillarse chasqueó como un disparo entre ellos.

—Eres hombre muerto.

La miró de reojo.

—No puedes matar a tu compañero…

Bufó como una gata.

—Claro que puedo, sobre todo cuando dicho compañero se comporta como un cerdo…

—Lobo —corrigió con descaro—, y mi única excusa es, que a pesar de no recordar nada en esos momentos, sabía que tú eras mía, mi compañera…

—Eso no te excusa…

—… y tú no me rechazaste.

Sus dedos se tensaron sobre el arma.

—Odin, no vas por buen camino…

Sacó las manos de los bolsillos decidido a quemar sus naves.

—Contigo nunca sé por dónde voy, Leah, eres un jodido enigma, nunca sé por dónde vas a salir...

—Ah, claro —resopló ella—. Y la culpa ahora será mía.

—No he dicho eso…

—No hacía falta —siseó con obvio enfado, pero no tan rabiosa como para decidir meterle un tiro en las pelotas—. ¿Cuándo lo hiciste?

Enarcó una ceja con obvia ignorancia.

—¿Cuándo hice el qué?

Ella estalló.

—Vincularnos, capullo.

Sí, un jodido chaleco antibalas. Si sobrevivía a este asalto, tendría que pedirle a Jeremy que le enviase uno de la policía.

—Nuestra primera noche juntos, en el hotel.

—¿Y yo no tenía nada que decir al respecto?

Aceptó la acusación.

—No es una excusa, pero no estaba pensando con claridad, es algo instintivo —intentó explicarle—, te vi, te reconocí y supe que eras mía.

—Eres un…

—Mira, sé que esto es una locura… —intentó dialogar con ella.

—No te haces una idea…

—Pero si bajas eso, podemos hacer las cosas de otra manera…

—¿Ese vínculo puede romperse?

El solo hecho de que hiciese esa pregunta, le dolió. Su lobo gruñó, tendría que despellejarlo para librarse de él.

—Solo cuando alguno de los dos muera —optó por continuar con la sinceridad. Leah se merecía saber la verdad sobre la relación que los unía y qué esperar de ella.

—Eso no es agradable…

No, no lo era, pero era la realidad.

—No existe el divorcio en nuestro mundo.

—Así que, es hasta que la muerte nos separe…

—Somos lobos, al igual que nuestros homónimos salvajes, nos emparejamos de por vida.

—Yo no soy…

Ahora fue él quien resopló.

—Sí, lo eres. Una loba —replicó y la miró con intensidad—. Y, si mis instintos no me

fallan, no eres solo una loba, eres una hembra alfa.

Frunció los labios en un coqueto puchero.

—¿Y eso que significa?

—Tu loba, su carácter, la manera en que me desafía abiertamente… —resumió reconociendo en cada una de sus reacciones el carácter de una hembra dominante—. Eres mandona, te gusta llevar la voz cantante y en la cama no eres precisamente sumisa, lobita.

—Nada de lo que dices tiene sentido.

—Mayor motivo para que me permitas estar contigo.

Le miró de reojo, al menos ahora ya no aferraba el arma con tanta fuerza.

—Necesitas disciplina, Leah.

Parpadeó como si creyese haberle escuchado mal.

—¿Perdona?

—Tu loba necesita saber quién está al mando —declaró con voz dura, sus ojos brillantes, con cierto gesto amenazante a pesar de no moverse del sitio. Una combinación que sabía la loba en su interior captaría al momento—. Necesita comprender que no puede revelarse cuando le dé la gana. Necesita compenetrarse con tu parte humana.

—No estoy interesada… —le gruñó y era su loba la que hablaba, adoptando el mando.

—Leah —gruñó en respuesta y vio cómo acusaba el golpe, su naturaleza lupina reflejada en sus ojos, confusa y dominante—. Además de tu compañero, soy tu alfa…

—¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Llevarme con el *Encantador de Perros* y que me adiestre?

La ocurrencia de su mujer lo hizo reír.

—No, nena, voy a adiestrarte yo mismo.

En un abrir y cerrar de ojos le quitó el arma, la tendió sobre el escritorio y la redujo, dominándola con su propio cuerpo.

—Dame una semana, Leah —pidió con voz sexy y profunda—. Dame siete días.

Ella se revolvió bajo él, luchando, sin someterse, haciendo que su lobo se relamiese y quisiese aullar. Deseaba tomarla, someterla, recordarle quién estaba al mando y, sobre todo, deseaba hacerla disfrutar.

—¿Para qué? —siseó, intentando soltarse.

—Para enseñarte a jugar, a aceptar lo que siempre fue tuyo, para domesticar y conquistar a tu loba y demostrarle que puede confiar en mí.

Su hembra no estaba dispuesta a bajar los brazos.

—¿Y quién va a domesticarte a ti, perro sarnoso?

Le mordió la oreja a propósito.

—Tú, lobita, tú viniste al mundo para domesticar a este alfa.

Dejó el arma a un lado, lejos de su alcance y se presionó incluso más sobre ella, haciéndola notar la dura erección que tensaba sus pantalones.

—Pero esta vez, fierecilla, las armas quedan fuera del menú —la aleccionó—. Y vas a empezar tu entrenamiento pagando una prenda por amenazarme.

Ella bufó.

—Sigue soñando, no pienso hacer…

—Vas a pasar el día conmigo —la interrumpió—, todo el día.

—¿Eso es un castigo?

—En lo que a ti respecta, estoy seguro que sí —declaró y le sopló al oído—. Y comenzaremos con esa comida que te prometí.

—¿Y si no quiero?

—Te llevaré igual —aseguró satisfecho consigo mismo—. De ti depende de si quieres ir andando o sobre mi hombro.

Gruñó, su loba dispuesta a protestar, pero no se lo permitió.

—Durante la comida podrás hacerme todas las preguntas que quieras —la engatusó—, pero el postre, ese lo elegiré yo.

CAPÍTULO 39

Leah quería enfurruñarse, protestar o aún mejor, dejarlo colgado, pero su deseo chocaba estrepitosamente con su educación. Dos podían jugar a ese juego y Odin estaba comprobando de primera mano lo irritable que podía llegar a ser con sus interminables y enrevesadas preguntas. Aunque, para su crédito, tenía que admitir que el hombre era jodidamente estoico. Daba igual qué le preguntase, pues se limitaba a responder y disfrutar de la comida.

El restaurante era muy hogareño, de diseño, pero agradable y la comida estaba riquísima. Le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir frente a él.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

Sus palabras atrajeron de nuevo su atención.

—¿El qué?

—Lo que sea que te está dando vueltas en la cabeza —le dijo, sirviendo sendas copas de vino—. Quizá, entre ambos, podamos encontrar respuesta.

Lo miró y chasqueó la lengua.

—Estaba pensando en que nos conocemos desde hace menos de cuarenta y ocho horas —declaró—, y conocer es una palabra muy grande. En realidad, todo lo que hemos hecho es follar y… luego todo ha sido un desastre.

Miró la copa.

—Dices que «esto» está escrito de alguna manera, pero ¿quién lo escribe? ¿Quién decide? ¿Quién nos pregunta si esto es lo que deseamos? —Sacudió la cabeza—. Creo que empiezo a entender algunas cosas, pero, al mismo tiempo, sé que ignoro muchas más. ¿Qué parte eres tú y qué parte el lobo? ¿Cómo me influye eso a mí? He estado… preocupada, angustiada por un jodido perro porque pensaba que se me iba a morir en los brazos y, la sola idea era… es… enloquecedora. Y no lo entiendo, porque mientras que él… tu lobo… lo que sea, es adorable… tú eres un auténtico capullo.

Sus labios se curvaron lentamente.

—Mi lobo conectó contigo a un nivel primario, tomó el mando cuando yo no podía, se acercó a ti y se mantuvo cerca, porque sabía que le pertenecías…

—Eso no explica…

—Leah, ¿no es acaso lo que sentías tú misma? ¿Me habrías cuidado como lo hiciste si no fuese así?

Y esa era una pregunta que solo tenía una respuesta.

—Sí, claro que sí —aceptó con sinceridad—. Odio ver a alguien sufrir, especialmente a los animales, yo… necesito hacer algo para ayudar… si está en mi mano.

—Esa es la naturaleza que compartes con tu loba —le explicó—. Incluso de manera inconsciente, siempre ha estado contigo y se ha visto reflejada en tus gestos, en tu forma de ser y actuar.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Mi vida era mucho más tranquila antes de que invitarais a mi inmobiliaria a la inauguración —rezongó—. Tenía que haber enviado a David e irme a casa.

—¿Por qué no lo hiciste?

Se encogió de hombros.

—Porque era el hotel de uno de los empresarios más influyentes del sector en el estado y yo soy empresaria, con una muy buena cartera de clientes que siempre estoy dispuesta a ampliar —confesó con sencillez—. Y, casualmente, la fiesta de inauguración del *Las Vegas Imperia* podía ser el lugar perfecto para conocer a futuros clientes.

—Eres una damita sagaz.

—Soy práctica —se encogió de hombros—. ¿Sabes qué es lo más curioso? Que apenas recuerdo esa noche, sé que estaba cansada, aburrida y que quería irme, entonces te vi… y lo demás es todo un galimatías de imágenes que no estoy segura de sí son realidad o ficción.

—Cada emparejamiento es distinto —comentó Odin, valorando sus palabras—. Supongo que influye el carácter, la clase de lobo, la jerarquía…

—¿Para ambos miembros?

—Sí. No es exclusividad de los machos. Si bien es más fuerte, lo que hace nuestra la potestad de ejercer una reclamación… no somos los únicos. Tú podrías hacerlo, iniciar un acercamiento… y lo hiciste. Luego, todo es cuestión de química.

—Química…

—Deseo, necesidad, lujuria, libido… —enumeró—. Nuestra naturaleza animal se impone, domina y reclama. Por eso resulta todo tan intenso y casi demandante…

—Eso explica algunas cosas —murmuró llevándose de manera inconsciente la mano sobre la curva del hombro—. En cierto modo tiene sentido… y al mismo tiempo ninguno.

—No le des demasiadas vueltas, Leah, limítate a disfrutar del momento, de la compañía y de lo que esté por venir.

Arrugó la nariz. ¿Dejarse llevar por la corriente? ¿Cerrar los ojos y dejarse ir?

—¿Eso es lo que haces tú?

—¿Por qué no?

—Porque podrías tener otros planes, podrías incluso amar a alguien antes de… esto… o podría muy bien hacerlo yo.

—¿Lo hacías? ¿Había alguien capaz de conquistar a una cosita revoltosa y exigente como tú? —Sonrió de soslayo, parecía demasiado confiado, casi juguetón y eso la ponía cardíaca y la cabreaba al mismo tiempo—. Te confesaré algo…

—¿Ya hemos llegado tan lejos?

—Cuando te vi en medio de ese puñado de gente y te olí, no solo supe que eras mía, también supe que no había ningún hombre importante, no desde hacía tiempo.

Lo miró de reojo.

—Tu olfato es único.

—Y si lo hubiese, bueno, habría sido una pelea interesante, sobre todo, porque no renunciaría a ti.

—Posesión —resumió todo en una sola palabra—. ¿A eso se reduce todo? Posesión, destino, pertenencia…

Dejó su copa a un lado, posó una mano sobre la mesa y la miró.

—¿Qué es lo que quieres, Leah? ¿Amor? —Fue muy directo—. No voy a hablarte de amor cuando está claro que es algo que todavía no hay entre nosotros. ¿Por qué no empezamos por lo que hacen todas las parejas? Nos conocemos, aprendemos a convivir y a ver a dónde nos llevan las cosas.

—Entonces, ¿todo se reduce a un *te veo y no meo*? —optó por seguir la vena irónica.

—El romanticismo puede venir después.

Lo repasó con la mirada.

—No te veo como un hombre de flores y bombones.

—No lo soy —negó con sinceridad—. Soy más bien de acciones.

Puso los ojos en blanco.

—No me lo recuerdes…

—No es tan malo, Leah, podría habernos ido peor.

—¿Peor aún? ¿Cómo? —bufó irónica—. Te han disparado, yo te he recogido, no recordabas ni tu nombre, te metiste igualmente en mi cama sin pedir permiso… Por no mencionar el hecho de que secuestran a mi hermana, casi nos matan a las dos, ella sale herida y descubro que tengo el culo peludo y todo eso en cuarenta y ocho horas. Odin, si eso no bate algún récord, no sé qué lo hará.

—Todo ha sido un cúmulo de acontecimientos que ninguno esperaba o para el que estábamos preparados —aceptó él—, pero encontraremos la manera de pactar con ello. Te lo prometo.

Sacudió la cabeza.

—Nada de promesas —pidió y dejó la servilleta a un lado—. Nunca se sabe cuándo se podrán cumplir.

Chasqueó la lengua.

—Necesitas relajarte, lobita, estás de vacaciones, ¿recuerdas? —La siguió con la mirada —. ¿No quieres el postre?

—Se me han quitado las ganas —resopló y echó un vistazo alrededor del local—. Necesito ir a dónde tú no puedes acompañarme.

Sonrió de soslayo.

—Me lo pones difícil.

—Sé que lo superarás, peluche —le soltó, cogió su bolso y se levantó—. Se bueno y no levantes la pata sobre los tiestos mientras estoy en el tocador.

—Oye, soy un lobo muy educado —le soltó con diversión—. Solo marco mi territorio.

Puso los ojos en blanco y se retiró.

Odin sentía su nerviosismo, la manera en que se movía, cómo respondía, todo era como un jodido infierno. Estaba nerviosa, enfadada y sobrepasada y su loba irritada por ello. Leah no se daba cuenta, pero su naturaleza lo estaba llevando al borde, su lobo quería doblegar a esa pequeña fierecilla, someterla y obligarla a claudicar y no era el único. Incluso él mismo estaba irritado.

Entendía la confusión de su compañera, pero ya era hora de que ella empezase a aceptar lo que era en vez de rezongar más.

—Y eres mi compañera. Mía —murmuró volviéndose hacia el lugar por dónde había desaparecido—, ya es hora de que lo aceptes.

CAPÍTULO 40

Leah se lavó la cara, se la secó con una toallita de papel y contempló su reflejo. Se había cambiado en tiempo récord, Odin le había concedido solo quince minutos por lo que apenas había podido maquillarse. Se había negado a decirle a dónde iban, así que se limitó a ponerse una blusa ajustada, una falda que dejaba a la vista sus piernas por delante y caía por detrás y unas sandalias de pulsera con suficiente tacón como para no parecer una enana al lado de ese hombre.

—¿Qué estás haciendo, Leah? —preguntó a su reflejo—. ¿Por qué sigues aquí?

Una pregunta que evitaba responder, pues la respuesta prometía ser tan mala como las acepciones que traían consigo.

«No voy a hablarte de amor cuando está claro que es algo que no hay entre nosotros».

¿Por qué había dirigido la conversación en esa dirección? No era normal, no tenía nada que ver con lo que sentía hacia ese hombre. Deseo, lujuria y pasión, sí, a raudales, podía notar la tensión sexual cada vez que estaba a su lado, una tensión que la estaba enloqueciendo, pero ¿amor? No, todo lo que sentía por él ahora mismo era lujuria.

Sacudió la cabeza y se miró en el espejo.

—Vale, sí, me apetece y mucho —aceptó para sí misma. Quería acostarse con él, todo su cuerpo no hacía más que despertar y ronronear en su cercanía—. Pero no es una buena idea.

Resopló y echó la cabeza hacia atrás.

—Me va a sacar canas verdes —gimoteó, cerró los ojos y respiró profundamente—. Canas jodidamente verdes…

¿Y cómo quedaba el verde con el color del pelaje de su loba? No precisamente bien.

—Una loba —hizo una mueca—. No. No pienses en ello, ni lo mentes siquiera.

Tenía bastante ya de lo que preocuparse sin tener que ahondar aún más en los misterios de su propio pasado.

«Debes acostumbrarte y aceptar lo que eres, Leah. No se trata de un capricho, se trata de una parte de ti».

Cerró los ojos al escuchar su voz irrumpiendo en su mente. Savage le había comentado que eso formaba parte de su vínculo como compañeros.

Una parte que me cuesta aceptar.

Suspiró, abandonó el baño y se encontró de frente con su sexy y deliciosa pesadilla lupina.

—Lo harás, pequeña loba, antes o después aceptarás lo que eres —le dijo ahora en voz alta, dando respuesta a su propio comentario—, y puedes empezar ahora mismo aceptando esto…

Antes de que pudiese decir algo al respecto, tiró de ella hacia el cuarto de la limpieza, cerró la puerta, la apretó contra esta y la besó con hambre.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó, apoyándose en su pecho, los labios hinchados por su beso y sus ojos brillantes de deseo—. Este no es lugar…

—Es el lugar perfecto —la interrumpió volviendo a besarla. La deseaba y su aroma de

excitación lo estaba volviendo loco—, cualquier sitio en el que pueda tenerte, será perfecto.

Gimió en su boca, su lengua salió al encuentro de la suya carente de timidez.

—Y si entra alguien…

Gruñó contra sus labios, arrancándola de la puerta, girando con ella para empujarla hacia una de las paredes.

—Tendrá un jodido espectáculo.

Sus gemidos lo excitaban, llevaba toda la maldita comida deseando meterse entre sus piernas, queriendo lamerla entera, tenerla de nuevo con él.

—No me vengas con…

El gruñido en su voz encendió a su alfa e hizo que se le erizase el pelo. No le gustaba el desafío, no lo permitía, esa loba necesitaba saber quién estaba al mando y estaba más que dispuesto a demostrárselo.

—Deja de rezongar, Leah —gruñó a su vez, su voz tomada por su bestia—, eres mía y yo cuido lo que es mío.

Ella gimió en respuesta reconociendo su tono de voz, plegándose a él.

—La maldita puerta está cerrada y nadie entrará —le informó, queriendo tranquilizarla al mismo tiempo—. Mientras no aúlles, todo irá bien…

Se revolvió contra él, podía notar su cuerpo excitado, sus pechos llenos, los pezones duros restregándose contra su torso.

—Yo no aúllo…

Sonrió travieso.

—Lo harás, lobita, te prometo que lo harás.

No esperó réplica, no quería escucharla rezongar así que se apoderó de su boca con un rabioso y húmedo beso que la llevó a gemir contra sus labios y restregarse contra él mientras alzaba los brazos y le rodeaba el cuello. Su lengua incursionó en su boca, lamiéndola, saboreándola, dejándole como única opción responder a su pasión. Era adictiva y perfecta para él, la única que había esperado y que superaba con creces todas sus expectativas.

La apretó contra él, acomodando su erección contra la uve de sus muslos mientras la sujetaba de las nalgas, magreándola, deleitándose con ese precioso y delicioso culo. Era única la manera en que se derretía contra él, la forma en la que respondía a sus besos, emparejando su hambre con la suya con una intensidad rabiosa que lo enardecía.

Rompió su beso para respirar, sus ojos se encontraron con los de ella, viendo el brillo de su bestia en ellos. La loba estaba tan cerca de la superficie como lo estaba el suyo.

—Tengo hambre de ti —murmuró bajando sobre su cuello, besándola, mordisqueándola mientras la arrastraba de nuevo, alzándola y sentándola sobre el borde de una pequeña mesa para tener las manos libres y explorarla a placer—, tanta hambre que no sé cómo he sobrevivido hasta ahora sin tu presencia.

La luz en sus ojos se dulcificó, sí, esta era la lobita que conocía, dulce y traviesa, suya, su mujer, su compañera y, con el tiempo, la madre de sus cachorros. Resbaló las manos hasta sus hombros, su mirada enfrentó la suya y supo que podía ver en ellos la pasión y la lujuria que ella le despertaba. La misma excitación corría por sus venas, podía sentirla, olerla, era como una prolongación de sí mismo, la yesca que necesitaba su fuego para prender y hacerse cada vez más intenso.

—No deberías de decir cosas como esas a una mujer a la que apenas conoces —murmuró ella sin apartar la mirada. Valiente, desafiante, su loba.

Le mordió los labios, le succionó el inferior y tiró de él hasta dejarlo escapar escuchando

un suave gemido en respuesta.

—Eso tiene solución, dulzura, solo tengo que aplicarme y conocerte muy, pero que muy a fondo —se relamió—, y este es tan buen momento como otro para empezar.

Se lamió los labios, acariciando el inferior con la punta de la lengua en una muda invitación que su sexo acusó al momento.

—¿Y a qué estás esperando? —lo acicateó—. ¿A qué te dé permiso?

Soltó una carcajada, no pudo evitarlo, el descaro y la travesura en su mirada y en sus palabras lo encendían y divertían al mismo tiempo. Su loba podía pasar de la ternura y timidez más absoluta a la pasión y descaro más arrollador.

—Me gusta tu descaro, pequeña, pero guárdalo solo para mí —se introdujo entre sus piernas y la mantuvo prisionera en su precaria posición—, todo lo que tienes, dámelo solo a mí, Leah.

Se lamió los labios, ese tierno sonrojo cubriéndole las mejillas.

—Siempre estás exigiendo —rezongó ella—, ¿cuándo pedirás algo para variar?

—Cuando crea que ha llegado el momento en que puedas amarme.

Las palabras la noquearon y lo sorprendieron a él mismo. No era un hombre romántico, por el contrario, prefería la practicidad, el deseo ya que era con el que solía lidiar, pero ella despertaba en él algo más, algo que no había sentido antes por ninguna mujer. No se trataba de su afán posesivo, de la necesidad de tenerla solo para él, deseaba, de una manera primaria e íntima, que ella se entregase por completo porque lo desease, no porque él se lo pidiese o se lo impusiese.

Sí, de una manera poco meditada e inesperada, quería que ella lo quisiera, que se decidiese a compartir su vida con él no por que fuesen compañeros, sino porque lo desease.

—Pero mientras tanto, haré lo que se me da mucho mejor —replicó, haciendo a un lado sus cursis pensamientos, deslizó las manos por debajo de la blusa, acariciándole las costillas hasta ahuecarle los pechos—, seducirte y follarte hasta que todo lo que puedas hacer es aullar.

Masajeó sus pechos, deslizando los pulgares sobre los endurecidos pezones, lamiéndole la oreja y jugueteando con la delicada carne. Le subió la blusa de un tirón por encima de ellos, desabrochó el broche delantero del sujetador y se zambulló en su piel, derramando su cálido aliento.

—Eres deliciosa y caliente, hueles tan bien —le aseguró susurrando contra la piel sonrojada de su cuerpo, deslizando la lengua sobre las duras cúspides—, que solo puedo pensar en devorarte.

—Una declaración muy acertada para ti, peluche.

Se rio por lo bajo y lamió de nuevo el pezón antes de succionarlo arrancándole un débil gemido.

—¡Odin! —gimió arqueando la espalda para acercarse más.

—Sí, mucho mejor —gruñó.

Se dio un festín con los pechos femeninos, sus breves jadeos eran un aliciente estupendo para obtener lo que quería, obtener más de ella y no se lo pensó dos veces. Sin abandonar su delicioso asalto, deslizó las manos hasta la tela de la falda, la recogió con los dedos hasta dejar a la vista unas breves braguitas de encaje realmente sexy.

—Nunca me ha gustado el encaje hasta ahora —confesó con un gruñido antes de incorporarse y alcanzar ahora su boca, bebiendo de ella como un hombre sediento y desesperado. Sus dedos se deslizaron entonces por dentro de tela, encontrando sus rizos y finalmente los húmedos pliegues que guardaban su sexo. Aferrándole la cadera con la otra mano dejó sus labios

para acercarse a su oído y susurrarle con voz entrecortada—. Y así es como te deseo, mi pequeña loba. Caliente y mojada.

Ella se mordió el labio para evitar gemir cuando los gruesos dedos empezaron a juguetear en su sexo, creando más humedad, enloqueciéndola con sus caricias, acercándola cada vez más al borde.

—Odin… por favor…

Satisfecho con la manera en que su cuerpo reaccionaba a sus caricias, volvió a acercarse a su boca, planeando sobre sus labios como si fuera a besarla, calentándola con su aliento mientras introducía uno de sus dedos en el húmedo y ya lubricado canal de su sexo.

—Eres realmente caliente —ronroneó sin llegar a tocar sus labios.

Leah le echó las manos al cuello, aferrándose de sus hombros, podía notar su tensión, la irritación que la envolvía, la necesidad y el deseo de su loba de tomar el mando.

—Deja de hablar y haz algo… necesito más… quiero más —gimió de forma lastimera, moviéndose contra aquel dedo invasor.

Deslizó la lengua suavemente por su labio inferior, como si lo delineara y entonces la introdujo en su boca, imitando el gesto que hacía su dedo en el interior de su apretado sexo.

—Y te lo daré —gruñó satisfecho—, cuando yo quiera dártelo.

Se revolvió contra él gimoteando, gruñendo a su vez, buscando tomar la batuta que él no soltaba.

—Ahora sería un jodido buen momento.

Suavemente, deslizó su dedo fuera, dejándola vacía y llorosa, rabiosamente necesitada, calmándola cuando empezó a protestar solo para volver a besarla y ahuecar nuevamente su trasero, alzándola con él para dejarla en el suelo y muy lentamente darle la vuelta de modo que quedó de espaldas a él.

Con el rostro sonrojado, el pelo cayéndole desordenado por los hombros, la blusa enrollada por encima de sus pechos desnudos era la viva imagen de la decadencia y la pasión. Cerniéndose sobre ella como una montaña de sensualidad y masculinidad, le apartó el pelo dejando su cuello al descubierto y le mordisqueó la piel. Mientras, se llevó las manos al cierre de los pantalones y subió a acariciarle el arco de la oreja.

—No estás en tu época fértil, pero de ti depende de si quieres que usemos preservativo o no —le susurró con gesto erótico. Aquel era uno de los beneficios de su condición lupina y su vinculación con ella, permitiéndole saber cuándo su compañera era receptiva para procrear—. Sé que has estado tomando algún tipo de anticonceptivo, pero ahora no puedo olerlo sobre ti.

Se estremeció y pudo ver casi el gruñido frustrado de su loba.

—Con todo el lío de estos días, se me olvidó… —Se detuvo en seco y se giró a mirarle—. Espera un momento, ¿acabas de decir que puedes saber cuándo… soy fértil?

Le besó la oreja, le pegó un mordisquito y gruñó.

—Preservativo ahora, charla después.

El papel plateado de un condón voló frente a ella antes de terminar tirado en el suelo a su lado, las manos masculinas volvieron a acariciarle la piel, deslizándose por sus caderas, llevándose en el proceso las braguitas. La sintió temblar, su excitación equiparando la suya mientras le acariciaba las nalgas antes de ascender por su columna, empujándola hacia delante.

—Las manos sobre la balda, Leah. —Una orden cruda y sexy que le arrancó un gruñido a su loba solo para verla obedecer—. Oh, sí, esta es sin duda una vista de la que disfruto inmensamente.

—Serás perro…

Se inclinó sobre ella y le mordió la base del cuello.

—Lobo, dulzura, lobo —le sopló el lugar del mordisco, le acarició la espalda con pereza y le masajeó el trasero mientras se le hacía la boca agua por probarla—. Y este lobo va a montarte duro y rápido —se coló entre sus muslos, acariciándola con su erección para luego empezar a penetrarla desde atrás, introduciendo nada más que la cabeza—, y lo disfrutarás tanto como yo.

De sus labios solo escapó un impaciente gemido, intentó echar las caderas hacia atrás pero no se lo permitió, por el contrario, le pegó un pequeño azote en la nalga.

—No. —La sujetó por las caderas, manteniéndola inmóvil—. Hoy y ahora mando yo, cariño. Si te portas bien, ya veremos si te dejo tomar luego la batuta.

Siseó, luchando contra él.

—Maldita sea, lobo, deja de hablar y fóllame.

Empujó otra pulgada introduciéndose un poco más, haciéndola jadear mientras su sexo se iba estirando para darle cabida.

—Y esa es tu loba hablando —se inclinó de nuevo hacia delante, hablándole al oído—. Puedo notarla en tu voz, en tu piel y quiere lo mismo que tú.

—No…

—No me mientas —empujó un poco más—, al contrario que tú, yo domino a mi lobo y lo entiendo.

—No quiere lo mismo que yo —siseó y jadeó—, ella quiere morderte, yo quiero que me folles…

Se rio y le besó el cuello.

—Pues tendrás que convencerla de que ambas queréis lo mismo.

Salió por completo solo para volver a penetrarla con duros y firmes golpes, sus jadeos le decían todo lo que necesitaba saber, que le gustaba el sexo de esa manera, que era lo que ahora mismo necesitaba, lo que ambos necesitaban. Sus jadeos inundaron el pequeño cuarto, los dulces y llenos pechos se balanceaban al compás de sus embestidas, ella se apretaba más contra él, saliendo a su encuentro, retirándose cuando se retiraba, rindiéndose por completo al placer e intentando contener los sonidos que salían involuntariamente de su garganta. Su compañera resplandecía bajo el placer, se encendía con la lujuria y su loba despertaba con un hambre que acicateaba la suya, emparejándose a la perfección en ese baile arcaico.

Las previas reservas se volatilizaron después de un par de embestidas, sus almas parecían haberse sintonizado durante un momento, sus bestias reconociéndose y aceptando la jerarquía de cada uno, dominando uno y sometiéndose la otra, una batalla de voluntades en la que solo podía alzarse un ganador; él.

La tomó con todo lo que tenía, la reclamó a un nivel primario, animal y humano, disfrutó de quién y qué era ella y la atesoró por lo mismo. Apretó el ritmo hacia el final, el sonido de la carne húmeda golpeando contra carne húmeda lo inundaba todo, en su mente ya solo existía su compañera, la mujer que estaba debajo de él, a la que debía su lealtad, su pasión y su propia vida.

—Leah —gruñó su nombre incapaz de contenerse, deseando que ella supiese que solo pensaba en ella, que solo existía ella.

—Odin —gimió ella a su vez, reconociéndole igualmente.

Buscó su boca, emparejó sus lenguas en un húmedo y jadeante beso sin dejar de poseerla, respiró en su boca, se bebió sus gemidos y gruñidos mientras la marcaba indeleblemente como solo un lobo podía hacerlo. La reclamó una vez más, deslizó la boca sobre su cuello, al hueco sobre su hombro y dejó que los incisivos de su bestia emergieran para morderla.

La sintió más que oyó aullar, un sonido primitivo, de absoluta rendición. Su loba, por fin

había aceptado el lugar que le correspondía a su lado.

—Oh dios mío… —escuchó su voz rasgada.

«Córrete para mí, lobita».

Un nuevo gemido, su cuerpo estremeciéndose cuando el orgasmo femenino la recorrió llevándole a él mismo al borde.

«Odin».

No dejó de montarla, no bajó el ritmo, siguió poseyéndola, surfeando el placer y contrayéndolo de nuevo en su interior.

«Odin, por favor».

«Una vez más, dulzura, una vez más».

Gruñó, un sonido que emergió de su voz, una queja, un ruego, su loba tan desesperada como ella.

«Córrete para mí una vez más, compañera. Dámelo, dame todo lo que eres».

Su cuerpo respondió a su asalto, plegándose a su voluntad, estallando en un nuevo orgasmo que lo apretó y catapultó a él mismo a su propia liberación.

«Mía, Leah, eres mía».

Lamió la herida que le había hecho, retirando la sangre, procurándole alivio mientras se vaciaba, sucumbiendo a su orgasmo.

—Mía —la reclamó en voz alta.

La notó estremecerse bajo él, luchando por mantenerse en pie bajo su peso mientras respiraba entre jadeos.

—¿Sigues conmigo, lobita? —Salió de su interior, se deshizo del condón y se arregló el pantalón, para luego ayudarla, bajándole la falda y tirando de su cuerpo hacia el suyo. Estaba temblando de pies a cabeza—. Leah, ¿estás bien?

Esos bonitos ojos turquesa se posaron en los suyos y estaban llenos de lágrimas.

—Cariño —se preocupó—. ¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

Sacudió la cabeza, su pelo rojo volando en todas direcciones.

—No… no puedo… no… —sacudió de nuevo la cabeza y se lamió los labios—, no puedo… respirar… y no me sostienen… las piernas.

Le rodeó la cintura y la apoyó contra él, sosteniendo todo su peso.

—Ella… la… la he sentido y… y creo que me habló… —continuó, apoyándose en él—. Yo… la he sentido… como cuando era niña… ella… soy yo…

La abrazó y bajó la boca sobre la de ella, besándola con ternura.

—Sois dos caras de una misma moneda, pequeña, no podéis existir una sin la otra —le acarició la mejilla—. Eres tú, no sois dos entidades separadas, ella es tú y tú eres ella.

Se lamió los labios y asintió.

—Pero sigue… seguimos… —sacudió la cabeza—. Sigo queriendo morderte.

Se rio, resbaló las manos sobre sus nalgas y se las apretó.

—Te enseñaré cómo hacerlo —se rio, bajó la cabeza y posó la frente sobre la de ella—. Entre otras cosas, te enseñaré cómo reclama una loba a su compañero.

—Bien —aceptó relajándose en sus brazos—. Pero antes, salgamos de aquí. No me va el exhibicionismo.

Deslizó la boca sobre su oído.

—A mí tampoco.

CAPÍTULO 41

Una semana después…

Sabía que había llegado el momento, la última semana había mantenido a esos estúpidos humanos entretenidos con lo que parecían preferir por encima de otras cosas: drogas y mujeres. Su razonamiento y vicio eran propios de la raza humana, les movía el dinero y tendían a comulgar con el salvajismo y el vandalismo. No les importaba atacar a aquellos que se les asemejaban, aunque fuesen lobos disfrazados en piel humana.

Eso había sido útil al principio, una manera de captar su atención y derivarla sobre aquello que le interesaba; la limpieza. Les había dado un propósito, los había inducido a creer que estaban haciendo un bien mayor librando al mundo de maltratadores y delincuentes reincidentes. Lobos viciosos y trastornados que disfrutaban infligiendo miedo y dolor, humanos que no merecían otra cosa que un escarmiento o la muerte. En poco tiempo se habían erigido como superhéroes, se habían creído el azote misterioso de una ciudad en la que vivía el pecado hasta que la muerte y el correr de la sangre, se había convertido en una sed maltrecha que empujaba al vicio y a la depravación.

Ni siquiera les había preocupado la ausencia de Carlos, para ellos, mentes simples, solo existía el ahora, cuando más vicioso mejor.

Todo había formado parte de su plan, uno cuidadosamente estudiado y puesto en marcha años atrás, una red que ir tejiendo poco a poco, aumentando el alcance y adaptándola para el golpe definitivo, uno que culminaría con su venganza.

Ahora, ese plan estaba en riesgo por culpa de esos imbéciles, era hora de deshacerse del lastre, de limpiar el rastro y cambiar de táctica. Necesitaba para deshacerse del último de los estigmas, uno que lo dejaba demasiado cerca de la zona de peligro. No se podía confiar en los humanos, una lección aprendida con sangre.

Dejó caer un sobre en la mesa, los billetes se derramaron esparciéndose y captando la inmediata atención de los presentes.

—¿Ey? ¿Ya es navidad?

—¿Qué hay que cazar ahora?

—Seguro que querrá que hagamos lo que el imbécil de Carlos no logró terminar.

Se giraron hacia él, ignorantes de su naturaleza. Pensaban que era un empresario, un multimillonario excéntrico al que no le importaba mancharse las manos.

—Ese viejo era un chalado —comentó otro—. Aunque un buen compañero de borracheras.

—¿Y qué tienes ahora en mente?

—¿Ya tienes organizado otro jueguecito, jefe?

Sonrió interiormente.

—Este os gustará particularmente —aseguró—, y no será más que el comienzo.

Sí, había llegado el momento de replegarse y quemar sus velas, unas que ya no le servían.

CAPÍTULO 42

—Ni se te ocurra.

Leah masculló por lo bajo y se detuvo, respiró profundamente y se giró para enfrentarse con la mirada de halcón de Quinn. Ese maldito lobo parecía tener un radar para encontrarla, al igual que su alfa. Durante la última semana había aceptado —a regañadientes— pasar las noches en el *Imperian*. Su compañero tenía la obligación de atender el Casino y dejarse ver al menos un par de veces y había convertido en costumbre el retirarse con ella a su suite.

Tenía que admitir que ese hombre tenía más paciencia que un santo, no rehuía sus preguntas, le explicaba lo que necesitaba y le fundía las neuronas en la cama. Incluso se había convertido en su instructor, enseñándole a cambiar, aunque dichas clases fueran tan frustrantes como irritantes. Su loba tenía mucho en común con ella misma y odiaba que le diesen órdenes.

Tenía que admitir que aceptar quién y qué era, fue en cierto modo liberador, el sentirse en la piel de su loba solía aterrarla tanto como excitarla.

La cercana presencia del beta de la manada la llevó a gruñir por lo bajo.

—Buenos días, Quinn.

El joven lobo se detuvo delante de ella, su gesto claramente un desafío.

—Si buscas a Odin…

—No necesito saber dónde está mi alfa, Leah —le soltó—, lo sé.

Y ahí estaba, tan encantador como siempre. Era un misterio cómo demonios no se habían matado todavía el uno al otro, porque ganas, no les faltaban.

—Entonces no te molesto…

—Ni se te ocurra dar un paso más, mocosa.

Se erizó, no podía evitarlo, ese hombre la sacaba de quicio.

—Ya veo que tus padres se olvidaron de enseñarte modales.

Se limitó a ignorarla.

—Al menos a mí me enseñaron algo —contraatacó—, y es enfrentarse a las cosas con valor.

Acusó el dardo con entereza, pero prefirió ignorarlo.

—¿Tanto miedo le tienes a tu hermana?

Resopló, no iba a permitir que la picase.

—Yo no le tengo miedo…

—Mira, aunque no lo creas, sé lo que es ser el hermano pequeño, lo que es idolatrar a alguien y fallarle —la interrumpió, sorprendiéndola ahora con lo que parecía sinceridad—, y créeme, es mucho peor cuando nunca tienes la oportunidad de disculparte y pedir perdón.

Sus ojos se encontraron y pudo ver el dolor y la pena en los ojos del lobo. Odin le había hablado del chico y de su hermano Christian, cómo este se había mezclado con quién no debía y terminó muriendo en sus brazos. El joven lobo había atacado además a la compañera de su hermano, la había culpabilizado y despreciado solo para descubrir entonces su equivocación.

Esa mujer resultaba ser ahora la compañera del alfa de Manhattan y, tras un par de explicaciones y una oportuna penitencia de su parte, se había convertido en parte de una manada reclamada. Su propio compañero pertenecía también a la misma.

—Dawn está preocupada —continuó—, te echa de menos y tiene tanto miedo o más que tú de acercársete por temor a que la rechaces.

Se lamió los labios. No podía negar que ese había sido también su miedo y uno de los motivos por el que la estaba evitando.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien —aceptó tranquilo—. Todavía cojea un poco y se desespera porque le pican las heridas, pero está bien. Es una loba fuerte.

Loba. Sí. Su hermana era un hermoso ejemplar, fiero y noble, dispuesta a sacrificarse por ella.

—Y echa de menos a su hermana —continuó él con el mismo gesto irreverente de siempre —, así que mueve el culo y sube a verla.

Arrugó la nariz.

—¿Qué os pasa a todos que no podéis resistiros a darme órdenes?

Ladeó la cabeza y la miró de arriba abajo.

—Que eres una hembra alfa muy irritante.

—Pues tú tampoco eres precisamente una joya.

—No tengo que serlo, solo necesito ser tu beta, hermanita —le soltó—. Ve a verla. Odin ha tenido que reunirse con unos empresarios. Se encontrará contigo a mediodía para ver cómo van las reformas.

Dicho aquello dio media vuelta y atravesó el recibidor con un aire elegante que la sacaba de quicio.

—Lobos —bufó, aquello era peor que decir «hombres».

—Entonces, ¿no tenemos ninguna pista de quién hay detrás?

Odin miró la pantalla del ordenador y sacudió la cabeza. Velkan lo había contactado a primera hora de la mañana para ver cómo iban las cosas.

—Es como si se hubiesen replegado.

—Diría más bien «esfumado» —añadió Savage—. No ha habido acercamientos ni rastro alguno o reclamación. Es como si ese cabrón estuviese solo con los dos motoristas humanos…

—Pero no es lo que piensas, ¿no Savage?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—No, *Voda* —le llamó príncipe en su idioma—. Sería demasiado sencillo teniendo en cuenta a quién tenemos con nosotros.

—¿Tu compañera se adapta, Odin?

La pregunta de Velkan pretendía ser educada, pero ambos sabían que su interés iba más allá, no todos los días se encontraban con una hembra alfa, no era algo usual.

—Lo intenta, lo cual ya es bastante.

—Es duro perder una parte de ti mismo —comentó pensativo—. Te cuesta volver a conectar…

Algo en la voz de Velkan sugería que sabía muy bien de qué hablaba.

—Lo está haciendo bien —aceptó, lo cierto es que así era. Leah podía ser cabezota, pero tenía interés por aprender, entre otras cosas—. Es una hembra que sabe lo que quiere.

—Una hembra alfa —asintió el joven príncipe con gesto pensativo—, es sin duda todo un desafío.

—No te haces una idea.

Sonrió en comunión con él.

—Espero poder conocerla pronto —comentó divertido—, quizá en la próxima reunión anual.

Puso los ojos en blanco.

—Tú quieres verme morder el polvo, ¿no?

—Ese sería Wolf —le recordó.

Sacudió la cabeza y añadió.

—No me hago responsable de sus propias palabras.

—Es sin duda… todo un personaje —añadió Savage.

Él asintió.

—Tenedme al tanto de las novedades —pidió el príncipe antes de cortar la comunicación.

—Dalo por hecho.

Tras las oportunas despedidas, miró a Savage.

—¿Me vas a contar a mí lo que no le has dicho al príncipe?

Sonrió de soslayo.

—¿Y estropear la sorpresa?

—Savage…

Chasqueó la lengua.

—No es nada —declaró—. He intentado rastrear a esos hombres, los motoristas de los que hablaste y no he encontrado ni rastro de ellos…

—¿Pero…?

—Pero sé a qué agrupación pertenecen o pertenecían —continuó coqueta. Le encantaba tener la razón y salirse con la suya—, una de la que no han formado parte desde hace un año. Dicen que alguien les ofreció un servicio privado, pero los rumores sobre «cacerías» llevan tiempo sonando.

Gruñó, tenían que ser ellos.

—¿Cómo no hemos sabido de estas prácticas hasta ahora?

Sacudió la cabeza.

—No creo que hayan estado nunca antes tan cerca del corazón de tu territorio —valoró ella—. He encontrado registros de algunas desapariciones, hechos aislados que no han levantado más preocupación que la ausencia de alguna persona por parte de una familia, pero, por lo general, casi habrían dado las gracias por perderles de vista.

Enarcó una ceja.

—¿Cómo es posible?

—Maltratadores, juerguistas desenfrenados… *crème de la crème*.

Bajas que no levantarían sospechas, pues serían incluso bienvenidas por el entorno en el que se daban.

—Hay que encontrarlos y hacerlos salir —declaró—. Quiero saber a quién siguen, a quién obedecen y quién demonios está detrás de todo esto y por qué.

Ella asintió.

—No dejaremos que se acerquen a las hermanas —le aseguró—, si lo hacen, no vivirán para contarlo.

Y eso era una fría promesa, una hecha por una loba salvaje y dura.

Poder hablar con su hermana como antes había sido un deseo siempre presente en su alma, pero tras los últimos acontecimientos las cosas habían cambiado. Sí, se sentía culpable por lo que le había hecho a Dawn, pero dadas las circunstancias, no había podido hacer otra cosa.

Ella era la única que era consciente de quién y qué eran, la única que había sabido que tenían un pasado que significaba mucho más de lo que pensaba.

En ciertos aspectos o quizá en muchos, su vida había sido un engaño, una mentira, pero no por ello podía dejar de querer a Nora y Jim Álvarez, pues eran los únicos padres que conocía. Fue a ellos a quienes lloró, a quienes echaba de menos en cada Navidad, habían sido parte de su vida, su pasado y, ahora comprendía, que también habían sido la razón de que tuviese un futuro.

Odin le había hablado de la familia Daratraz, un clan solitario, una comunidad que convivía con la naturaleza, muy cercanos a sus lobos y sin mezclarse con nadie. Su compañero había sido un lobo joven entonces y no estaba seguro de cómo había empezado todo, solo sabía que se inició un incendio y que todo el pueblo fue masacrado.

Solo había habido un puñado de supervivientes, la mayoría de los que se sabían eran niños o adolescentes que habían sido ocultados en el seno de los distintos territorios de los alfas de América para mantenerlos a salvo. La gran mayoría se habían olvidado de ellos hasta que, unos meses atrás, en el territorio de Nebraska, habían atentado contra Mikel Santana y la compañera de Jeremy, el jefe de la región centro noroeste.

Su procedencia no podía ser más extraña y truculenta, en honor a la verdad, no sabía siquiera si deseaba indagar en ello.

Recorrió el pasillo del área privada del hotel, el ala opuesta a la que ocupaban ahora Odin y ella. Dawn se había alojado desde el primer momento con Quinn y, al contrario que ella misma, según le comentó su compañero, se había metido al personal del hotel ya en el bolsillo.

Dawn era cálida o, al menos, lo había sido una vez. Era una mujer a la que todos adoraban, tierna y buena, dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano por los demás. Siempre había sido la favorita de todo el mundo, incluso para sí misma, que la idolatraba.

Se detuvo delante de la puerta, aspiró profundamente, soltó el aire y llamó.

—¡Está abierto!

El sonido de algo golpeando el suelo y pasos precedieron a la apertura de la puerta y una visión que hacía tiempo no veía; el rostro sonriente de su hermana.

El pelo recogido en una coleta alta, una bonita blusa y unos shorts a través de los que se veía un vendaje en el muslo, completaban un inesperado cuadro. Su hermana se apoyaba esporádicamente en una muleta, pero era tal y como la recordaba. Su mirada no estaba perdida, la palidez había desaparecido y tenía un saludable y vibrante color.

—Leah —le sonrió con la calidez de siempre y el reconocimiento en la voz—. Ven, entra —estiró la mano y la cogió de la muñeca—. Perdona el desorden, he estado buscando algo y no… ¿Leah? Cariño, ¿qué tienes?

No pudo responder, se le había cerrado la garganta, las lágrimas le inundaban los ojos y le era imposible hablar.

—Leah —se preocupó. Vio la preocupación, la impotencia en sus ojos y lloró aún más fuerte.

Ni siquiera supo cómo había llegado allí, cuando se había movido, pero lo próximo que supo era que Dawn la estaba abrazando, acariciándole el pelo mientras murmuraba palabras reconfortantes.

—*Shh*… Lo siento, cariño —murmuró ella—, siento haberte dejado sola tanto tiempo.

Su llanto arreció y volvió a ser la muchacha que se encontró sola ante el mundo, una niña perdida y huérfana que acababa de perder a sus padres y había visto a su hermana en el hospital.

CAPÍTULO 43

Había momentos en que las palabras sobraban, en que lo único que necesitas es la compañía, la presencia y el saber que no estás sola. Leah había llorado hasta quedarse seca, había dejado salir todo lo que llevaba dentro desde el día del accidente de sus padres, dónde todo el que significaba algo la había abandonado. Inconscientemente, había enterrado sus sentimientos y emociones para convertirlos en culpabilidad, porque era más fácil enfrentarse a la vida.

De la noche a la mañana, se había encontrado sola y responsable de la persona que siempre había cuidado de ella, un cambio que la había dejado en un limbo del que había emergido a fuerza de constancia.

Muchas cosas habían cambiado entonces empezando por ella misma, la necesidad de seguir a flote había sido decisiva. Y ahora, Dawn por fin estaba de vuelta, su hermana, su mundo… o al menos lo había sido hasta ahora, pues Odin había ocupado ese lugar de un modo intenso e inesperado.

La chica se acercó cojeando, le tendió un refresco y se sentó a su lado en el sofá del salón de la suite.

—No hay mucho más en la nevera, lo siento —se disculpó—. Creo que me he vuelto adicta al refresco de naranja. Le pedí a Quinn que me echase una mano para rellenarla, pero ha estado ocupado…

—Sí, echándome la bronca.

—Lo siento —se sonrojó—. Le he vuelto loco preguntándole por ti.

—Ahora ya no importa —se encogió de hombros—. Las cosas siempre suceden por un motivo. No sirve de nada buscar culpables a estas alturas. Además, alguien lo está pasando pipa enseñándome a ser una loba educada y sumisa.

Enarcó una ceja.

—¿Tú? ¿Sumisa?

Sonrió de soslayo.

—He dicho intentando…

Ella rio y ese sonido la calentó por dentro.

—Odin es un buen alfa —comentó—, no he oído más que elogios a su mandato.

—Es un mandón.

—Prerrogativa de ser alfa.

Puso los ojos en blanco.

—Eso no sirve de consuelo —aceptó—. Pero no es un problema, he encontrado la forma perfecta de hacerle perder la paciencia.

—¿Debo preguntar?

Le miró e hizo una mueca.

—¿Te das cuenta de que nunca hemos llegado a hablar sobre chicos?

Ella asintió.

—Sí, Leah. Me doy cuenta de que he estado perdida mucho tiempo.

—No quería decir eso…

La detuvo, levantó la mano y negó con la cabeza.

—Quinn también insiste en justificarme, de justificar lo ocurrido, pero… no es justo…

—No podías hacer otra cosa, Dawn —se encogió de hombros—. A ninguna se nos dio otra opción.

Negó con la cabeza, se recostó contra el sofá y suspiró.

—No, nunca tuvimos opción —musitó y la miró—. Pero la tenemos ahora, ¿verdad? ¿Crees que podemos seguir dónde lo dejamos?

Suspiró y duplicó su gesto.

—No. Eso es imposible —declaró con firmeza—. Mucho ha cambiado desde entonces. Pero podemos volver a conocernos y sin duda, podrás ayudarme a entender este mundo… mucho mejor…

Le cogió la mano.

—Eres mi hermana pequeña, no hay nada que no hiciera por ti.

Señaló su pierna.

—Limítate a enseñarme lo que sabes, a hablarme de nuestras lobas y mantente lejos de locos psicóticos y todo irá como la seda.

—¿Es una promesa? —le tendió el meñique.

Sonrió y enlazó su meñique como cuando eran niñas.

—Lo es —sonrió y la abrazó—. Me alegra tenerte de nuevo en mi vida, Dawn, no te vuelvas a ir nunca.

—Jamás, hermanita, jamás.

—¿Todavía aquí?

Leah se giró para ver a Odin en la recepción con Savage, hacía un rato que había dejado a Dawn y ahora intentaba buscar un modo de transporte alternativo, ya que su coche había decidido dejar de funcionar.

—Pensé que ibas a pasarte por la oficina.

—Iba es la palabra clave —hizo una mueca—. Me he entretenido con Dawn y ahora mi jodido coche no arranca.

Él asintió y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón.

—Llévate el mío —le dijo sacando las llaves y tendiéndoselas.

Miró el llavero y luego a él.

—¿El deportivo? Ni borracha —negó rotunda. No pensaba tocar ni con una uña ninguno de los coches de exhibición que había visto en el garaje, especialmente no el que solía usar su compañero, un jodido deportivo negro—. Si le hago un rayazo se me mueren las pulgas.

Puso los ojos en blanco ante sus palabras, aquello era una discusión que habían tenido hacía un par de días, cuando había empezado a picarle todo después de un paseo en forma lupina por la reserva y se había empeñado en que le diese un baño anti pulgas. La mirada que le había echado entonces el lobo había sido memorable.

—Ni caso —declaró Odin—. Aquí, tu chica-alfa, está empeñada en que le dé un baño desparasitario cuando está en forma lupina.

La chica la miró horrorizada.

—Es broma, ¿no?

—¿Tienes idea de lo difícil que resulta rascarse con una pata? —le dijo toda llena de razón —. ¿Quién sabe qué clase de cosas puedes pillar corriendo por ahí?

—Oh, pero eso no es todo, también quiere calzado para las patas.

La ironía en la mirada de uno y la incredulidad de la otra la hizo gruñir.

—¿Alguna vez has corrido por ahí descalza? —Se justificó con un bufido—. Las piedras son horribles, me lastiman.

—Eres la loba más extraña que he conocido en toda mi vida y es mucho decir.

Puso los ojos en blanco, le echó un vistazo al reloj y se giró hacia ellos.

—Si ya habéis tenido suficiente diversión a mi costa, pediré un taxi y me iré —declaró poniéndose a ello.

—Leah, espera —la detuvo Odin—. Te acerco yo a la oficina si no quieres llevarte mi coche.

—Prefiero correr… y a cuatro patas… antes que tocar el ego de un multimillonario.

—No soy multimillonario…

—Pues tus coches sí lo son —apostilló recordando los caros gustos del hombre.

—Eso es que no has visto los de Brian, mi alfa —intervino Savage—. Y cuidado no les alces la voz… son muy sensibles.

—¿Los coches?

—Ajá.

—No voy a preguntar.

—Haces bien.

Odin chasqueó la lengua, retomando la conversación al punto original.

—No vas a correr por mi ciudad a cuatro patas y mucho menos sola, te llevo yo —negó en rotundo, entonces se giró hacia la mujer—. Sav, cualquier novedad…

—Lo sé, lo sé —aseguró la chica—. Serás el primero en saberlo. Leah.

Correspondió a su saludo, en todo el tiempo que llevaba en el hotel había coincidido con la loba unas cuantas veces y le caía bien.

—Adiós Savage.

Esperó a que la chica se perdiese por el fondo y se giró hacia Odin.

—¿Alguna novedad de la que deba estar enterada?

Negó con la cabeza y le apartó un mechón de la cara.

—Nada que tenga que preocuparte —aseguró y frunció el ceño—. Dijiste que habías estado con Dawn, ¿no?

Le palmeó el hombro.

—Te alegrará saber que tu beta y yo no nos hemos arrancado la cabeza —le informó, sabiendo hacia dónde iba su pregunta—. Quinn tiene una manera única de exponer su punto de vista y hacerte sentir culpable.

—¿Cuándo vais a enterrar el hacha de guerra?

—¿Nunca? —sugirió, entonces chasqueó la lengua—. Creo que no seríamos nosotros si no nos estuviésemos amenazando cada vez que nos cruzamos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Todo bien con tu hermana, entonces?

Asintió.

—Sí, creo que sí —aceptó valorando su conversación con ella—. Hemos hablado, hemos compartido cosas y... ¿Sabías que va a dejar el hotel?

Aquella había sido una noticia inesperada, ella había estado tan ilusionada mientras hablaba de ello que no pudo hacer otra cosa que sonreír. Para ser sincera consigo misma, había sido un golpe, era como si le hubiesen devuelto a su hermana solo para volver a quitársela.

—Quinn tiene su propia casa —corroboró Odin—. El hotel es una vivienda itinerante, pero no nuestro hogar.

Sí, podía entenderle puesto que ella misma todavía echaba de menos un verdadero hogar, el cual no había tenido desde que se incendiase la casa familiar.

—¿Por eso compraste el rancho?

—Sí.

Arrugó la nariz al darse cuenta de un pequeño detalle.

—El hotel es de reciente construcción, ¿dónde has estado viviendo mientras tanto?

Sonrió con afectación, parecía divertirle su interés.

—Tengo un apartamento a las afueras —le informó—. Me mudé cuando me tocó encargarme de la manada. Nací en Idaho, mi padre era de aquí, mi madre Noruega, de ahí la mezcla.

—Déjame adivinar, has salido a tu madre.

Se rio entre dientes.

—Al contrario, soy el vivo retrato de mi padre —aseguró—. Él también era rubio y de ojos azules.

Era la primera vez que le oía hablar de su vida privada, más allá del momento actual.

—¿Tus padres viven?

—Mi madre, sí —asintió con gesto picaresco—. Y está deseando conocerte.

—¿Cómo? —El corazón le dio un vuelco.

—Tranquila, loba, ella vive ahora en *The Town Park,* en Ålesund, Noruega —la tranquilizó al momento—. Le gusta viajar, pero prefiere su tierra natal. Al parecer, Velkan tuvo una inesperada charla con ella y se le escapó el hecho de que me había emparejado.

Arrugó la nariz buscando en su memoria ese nombre, creía haberlo escuchado con anterioridad.

—Velkan es…

—Nuestro príncipe —se encogió de hombros—. Y él también quiere conocerte.

Y eso, damas y caballeros, le pasaba por preguntar.

—Tu madre, un príncipe… —negó con la cabeza—. Esto va demasiado rápido, ni siquiera estamos en esa base.

—Tranquila, dulzura, déjales que hagan sus propios planes, todo lo que tiene que preocuparte de ahora en adelante soy yo.

Ladeó la cabeza y soltó un pequeño resoplido.

—Y con eso ya tengo más que suficiente.

—Eso espero —le dedicó un guiño—. ¿Te llevo entonces al trabajo?

Suspiró y lo miró con cara de niña buena.

—Solo si me dejas a una manzana de distancia.

Bufó, un sonido lleno de risa.

—No me cabe duda que contigo nunca voy a aburrirme, compañera.

CAPÍTULO 44

Maldito lobo traicionero. La había dejado delante de la puerta de la inmobiliaria y le comió la boca delante de todo el que quisiese verlo. Y los habían visto, las sonrisitas, las miradas y las indirectas comenzaron a volar por la oficina de un lado a otro tan pronto entró y se extendieron durante la próxima hora.

—Entonces, ¿estáis saliendo? —canturreó David, su socio, si bien era un poco más discreto que las dos empleadas que trabajaban con ellos, disfrutaba como el que más de un buen cotilleo.

—¿Dónde está el informe de este contrato? —le ignoró y siguió con su trabajo.

—¿No vas a contarme ni un solo cotilleo?

Puso los ojos en blanco.

—No hay nada que contar.

—*Uh-huh*. ¿Estás saliendo con uno de los empresarios más exitosos de Las Vegas, el propietario del hotel a cuya inauguración asististe y no tienes nada que decir?

Lo miró de soslayo.

—Tú eres el adicto a los cotilleos, yo no.

—Odin Peters es… peligroso y sexy, Leah —comentó y había cierta advertencia en su voz —. Es esa clase de hombre que devora primero y pregunta después.

—En ese caso es una suerte que yo también sea ese tipo de mujer, ¿eh?

Su socio y amigo se echó a reír.

—Eres una perra…

Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Prefiero el término loba, pero vale —volvió a concentrarse en sus asuntos—. ¿Se le hizo la inspección a esta propiedad? El cliente ha estipulado la inspección técnica de la casa como una condición a constar en el contrato.

Se inclinó sobre ella para ver el informe.

—Sí, está aquí —le entregó una carpeta—. ¿Vas a echarle un ojo al edificio?

—Qué remedio —resopló pensando en la casa en cuestión y el cliente—. La condición del comprador ha sido siempre que solo pactará conmigo. Es una pena que no comprenda el término vacaciones.

—Ánimo, te quedan siete días más —le guiñó el ojo.

—A este paso, necesitaría toda una vida.

Su socio sacudió la cabeza y rio.

—¿Quieres que te lleve? —se ofreció—. A menos que prefieras llamar a tu nuevo compañero…

Chasqueó la lengua.

—Antes cojo un taxi —puso los ojos en blanco—. Me daba las llaves del maldito deportivo… Ni loca —se levantó—. Búscame ese maldito contrato y tenlo listo para cuando vuelva.

—Tus deseos son órdenes.

Ladeó la cabeza para mirarle.

—Si así fuese, no llevarías camisas tan horteras —le soltó—. De veras, David, te pago un buen sueldo como para que puedas comprarte ropa decente.

El hombre soltó una carcajada.

—Claro, cuando tú te pongas unos zapatos que no sean un arma de destrucción masiva —la acusó—, y no cuesten mi sueldo de un mes.

Sonrió coqueta y levantó una pierna, admirando sus nuevos zapatos, una indulgencia consigo misma que se había dado unos días atrás para sustituir los que se le habían estropeado.

—Eso nunca pasará —le guiñó el ojo, recogió su bolso y atravesó la oficina.

—¿Ya te vas? —la interceptó una de sus empleadas desde detrás de la mesa de su escritorio.

—David está al mando, yo ni siquiera he pasado por aquí —le dedicó un guiño y marchó hacia la puerta.

—Oh, quién fuera tú —suspiró ella—, disfruta de tus últimos días de asueto.

—Es lo que pienso hacer.

Abandonó la oficina, la mañana empezaba a encapotarse y casi podía oler la humedad en el aire por lo que no dudó en coger el primer taxi y que la llevase a su destino. Era extraño cómo sus sentidos se habían agudizado últimamente. Odin la había prevenido sobre ello cuando hizo suya la tarea de enseñarla a ser un lobo. No había exagerado en lo que había dicho su hermano, él quería convertirla en una loba obediente, la parte de sumisa, ambos sabían, era puramente imposible. Y no sería por falta de intención por su parte.

Tenía que admitir que era un buen profesor, paciente y divertido, había convertido en un proyecto personal el enseñarle a cambiar y aceptar a su loba.

—No puedo hacerlo, es imposible —se había quejado apenas una semana atrás—. No… no puedo imaginarme yendo a cuatro patas.

—Pues yo no tengo problema para imaginarte así.

Lo fulminó con la mirada e incluso le gruñó.

—No estás haciendo méritos precisamente, capullo.

Se cruzó de brazos y la indicó con un gesto de la barbilla.

—Deja de rezongar y empieza a quitarte prendas.

—¿Desvestirme? —se rio y señaló sus alrededores—. ¿Te das cuenta de que estamos en medio de ningún sitio?

La miró curioso e inocente.

—¿Preferías tener público?

—Joder, no.

—Entonces deja de protestar y hazlo —la empujó a ello—. Ropas fuera, compañera.

Y, por si todavía no le quedaba claro, él se quitó la americana, los zapatos y los calcetines y se quedó en camiseta y pantalón vaquero.

—El cambio será más fácil si no tienes que preocuparte por la ropa —la aleccionó—. Vamos, Leah, lo haremos juntos.

Se mordió el labio inferior.

—Empiezo a pensar que no es una buena idea.

—Yo, por el contrario, creo que es más que adecuado —le aseguró—. Necesitas aprender a dominar tus instintos, a entender quién eres y, para eso, necesitas estar en la piel de tu loba.

¿Por qué tenía que ser tan razonable con unas cosas y un completo hijo de puta intransigente con otras? La volvía loca.

—¿Y para eso tengo que despelotarme?

—Al menos que quieras terminar de nuevo envuelta en tu propia ropa…

Bufó.

—Tú no tienes ese problema.

—Ese truco te lo enseñaré cuando conozcas bien a tu loba —le guiñó el ojo—. Pero por ahora, ropas fuera.

Resopló y se quitó los zapatos, la camiseta y los shorts quedándose en ropa interior.

—Todo, Leah.

—Te lo estás pasando en grande, admítelo.

—Cielo, siempre disfruto viéndote desnuda, pero no es lo que tengo en mente en estos momentos —se quitó la camiseta—. Vamos, todo fuera.

—Capullo.

Se limitó a sonreírle y desvestirse él también por completo. Un hombre no debería estar tan bueno, especialmente si te empeñabas en estar cabreada con él.

—¿Lista?

—Si digo que no, ¿te rendirás?

—Nop.

Tiró de ella, la besó hasta dejarla sin aliento y la soltó dando un paso atrás.

—Ahora, cierra los ojos, respira profundamente e intenta visualizar a tu loba.

—¿Y cómo diablos hago eso?

—Cierra los ojos —le acarició las cejas—, ahora respira profundamente. Siente el aire, escucha los sonidos a tu alrededor. Escucha con atención, se van haciendo más nítidos, más cercanos, huele la tierra, siente su frescor bajo las patas, el aroma a naturaleza que transmite.

Se relajó, sus palabras eran como un bálsamo, la tranquilizaban dejando que sus sentidos despertasen y la sintiese, esa parte íntima, intensa, agresiva y salvaje que la envolvía deseando hacerse con el control. La dejó hacer, se bañó en la sensación de calor que crecía y crecía alcanzando el punto álgido solo para empezar a mitigarse.

«Creo que esto…».

«¿Funciona?».

Abrió los ojos de golpe, frente a ella un lobo blanco enorme, la alegría la inundó, pero no entendía el motivo y, al mismo tiempo sabía que esa felicidad era suya, emanaba de ella, era parte de sus emociones.

«Tranquila, todo va bien».

Le lamió la cara, el hocico, porque ahora tenía un hocico. Su visión era distinta, los sentidos se agudizaban y empezó a sentir miedo.

«Odin… no puedo respirar».

«Si puedes. Estás bien. Estoy contigo. Camina a mi lado».

Notó su cuerpo más grande empujando el suyo, obligándola a avanzar. Una pata delante de la otra, inestable al principio y más segura a medida que avanzaba.

«Auch».

Levantó la pata delantera, había pisado una piedra.

«¿Cómo puedes caminar por ahí sin zapatos? Me he clavado una piedra».

Lo oyó reírse en su mente.

«Me ha tocado una loba de ciudad como compañera».

Resopló y escuchó el sonido emergiendo de sus fauces, uno muy animal.

«Sigue avanzando, vamos, sube a la parte de tierra seca».

La empujó a ello.

«Es extraño, pero… también… no sé cómo explicarlo».

«Lo estás haciendo muy bien. Siéntela, escucha su latido, sois una, lo que tu deseas lo desea la bestia y sus deseos son también los tuyos. Piensa en ello como la parte más desinhibida y cruda de ti misma».

Se lamió la nariz, sacudió el pelo y buscó que siguiese a su lado.

«Me siento… libre… tan libre que quiero… ¿correr?».

«Entonces corre».

La adrenalina la inundó, sintió cómo la sangre se aceleraba y antes de saber lo que hacía emitió un sonoro aullido que reverberó en el lugar y empezó a correr.

No olvidaría jamás lo que sintió entonces, la libertad y comprensión que encontró. Odin la había dirigido en su carrera, guiándola, frenándola, obligándola a obedecer y mantener así el equilibrio.

Durante el resto de la semana había repetido sus salidas adaptándose a los horarios y disponibilidad de ambos, despertando su naturaleza, aumentando su excitación y culminando sus días en la cama dónde se encontró disfrutando de su compañía.

Sacudió la cabeza, ese hombre se había metido debajo de su piel y no parecía poder sacárselo, en realidad, ni siquiera estaba segura que quisiera hacerlo. ¿Podía estar enamorándose de él?

—No, no, no —sacudió la cabeza—. Eso sí que no. Solo es sexo, atracción y punto. Es todo culpa de ese vínculo, es… una auténtica locura.

Enamorarse de un lobo, de su lobo. Oh, sí, un desastre de proporciones épicas.

El taxi se detuvo en la dirección que le había indicado, pagó y bajó deleitándose con el nuevo barrio que empezaba a tomar forma. La mayoría de las casas eran de nueva construcción, edificios caros y exclusivos destinados a clientes de alto poder adquisitivo. Miró el reloj, había llegado temprano y, a juzgar por la ausencia de vehículos, su cliente todavía no había aparecido.

Echó a andar en dirección a la vivienda que iba a enseñar, una de las pocas que había sido completamente reformada, quería asegurarse de que todo estaba como debiese antes de enseñarla.

Apenas había caminado unos pocos metros cuando escuchó el rugido de una moto, el sonido, al principio lejano, empezó a hacerse ensordecedor a medida que se acercaba.

—Serán capullos…

Se giró para ver quién era el imbécil que veía armando jaleo, derrapando, dando gas y levantando polvo y suciedad. Su loba reaccionó al momento, detectando peligro, uno que ella no alcanzaba a comprender.

Hubo un disparo.

El rugido de las motos zumbó más cerca, alguien pasó como una flecha a su lado, invadiendo la acera, obligándola a saltar a la calzada al mismo tiempo que otra motocicleta aparecía por la vía amenazando con atropellarla.

No tuvo tiempo de ver sus rostros, el dolor le atravesó el cuerpo al golpear violentamente contra el suelo y la dejó sin aire. Parpadeó varias veces, asombrada, el miedo y la rabia inundando sus venas, una emoción intensa y fiera que procedía de su loba. Se impulsó sobre manos y pies, levantó la cabeza y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para evitar que las ruedas del vehículo le pasasen por encima.

Eso no era un accidente, ni de la falta de precaución de unos gilipollas o un peligroso juego, sus acciones estaban destinadas a herirla o incluso matarla. Se levantó como un rayo, giró, esquivando a una de las motos una última vez para luego iniciar una carrera a la desesperada en

dirección contraria. Tenía que salir de allí, dejar de ser un blanco fácil y encontrar un lugar dónde esconderse.

«¿Leah? ¿Qué ocurre? Siento tu miedo».

La voz de Odin atravesó su mente, estaba preocupado y el lobo asomaba en sus palabras. Se esforzó por formar las palabras en su mente y se las envió.

«Ayuda. Necesito ayuda».

Esperaba que la hubiese escuchado.

«Son dos motoristas. Han salido de ningún lado y han intentado pasarme por encima dos veces. No están jugando. Antes me pareció escuchar algo parecido a un disparo».

Escuchó un mortal gruñido, su loba se agitó en su interior, quería salir, quería enfrentarse a esos malditos.

«¿Dónde estás?».

Miró a su alrededor.

«En Shoalhaven Drive, Sun City. Tenía que enseñar una casa».

Apenas podía respirar ya, le dolía el pecho, le ardían los pulmones y notaba los pies en carne viva. No estaba hecha para correr y menos con zapatos nuevos y tacones.

«No puedo más. No puedo correr más».

El miedo la atenazó como nunca, se giraba cada dos por tres viéndolos cada vez más cerca, escuchando risas macabras mezclándose con el rugido del acelerador de las motos. La detuvieron, la obligaron a cambiar de dirección una y otra vez.

«Odin, tengo miedo… no sé qué hacer… no puedo esquivarlos».

«Cariño, escúchame. Tienes que cambiar. Tienes que dejar que tu loba asuma el control, deja que sus instintos te guíen y escóndete. Voy en camino».

Jadeó, obligándose a frenar de nuevo para no ser alcanzada.

—¿Que cambie? —jadeó sin aire—. ¿Y cómo coño esperas que lo haga cuando me están persiguiendo unos lunáticos?

Algo impactó cerca de ella, el suelo se despedazó levantando esquirlas que la arañaron. El sonido de un disparo fue seguido de inmediato por otro.

—Maldita sea, lobo, ¡date prisa!

«¡Tienen armas! ¡Me están disparando! ¡Odin, me están disparando!».

Sintió más que escuchó su presencia, como una mano tranquilizadora envolviéndose alrededor de su alma, calmándola.

«Leah, déjala salir, tienes que transformarte y dejar salir a tu loba, necesitas hacerlo ¡ya!».

No podía. Le había enseñado a mutar bajo el umbral de la tranquilidad, modulando su respiración, buscando esa conexión que la unía a ella, pero ahora era imposible. No podía.

Cambió una vez más de dirección, la rapidez y el terreno hizo que tropezase, uno de los tacones se rompió y terminó cayendo al suelo. El dolor le aguijoneó las rodillas, le saltaron las lágrimas y con ellas llegó una fría furia.

—¡Esos eran mis zapatos nuevos, cabrones! ¡Acababa de comprármelos!

La rabia la inundó, el miedo batallando con la desesperación. Se sacó el calzado y se lo lanzó a los hijos de puta que parecían divertirse rodeándola con sus motos.

—¡Me debéis unos zapatos nuevos!

Su loba aulló en su interior, una hembra alfa cabreada, el cambio se inició solo, activado por la rabia, la sed de venganza y fue instantáneo. Las ropas se aflojaron de su cuerpo y acabó a cuatro patas.

—¡Es uno de ellos! ¡La zorra es un engendro!

Esa fue la única advertencia que tuvo antes de que uno de ellos frenase, sacando una escopeta de la moto y dejando caer el vehículo para poder encañonarla con precisión.

—Maldito engendro, tendríais que ser exterminados por completo…

Gruñó, parte de su ropa todavía colgaban de su forma lupina, entorpeciendo sus movimientos. Luchó para liberarse de ellas mientras ese humano avanzaba en su dirección con mirada viciosa, la sed de sangre presente en sus ojos. Podía oler el alcohol y las drogas en él, la maldad y una fuerte sed de sangre que rozaba la locura.

«Odin».

Buscó su apoyo, sus directrices. Necesitaba guía. Su loba quería atacar, podía notar su pelo erizado, los dientes desnudos y no podía dejar de gruñir.

«Quiero morderle… destrozarle…».

«¡No!». La frenó él. *«No lo enfrentes. Corre, Leah. ¡Corre!».*

Retrocedió a medida que el hombre avanzaba, sus patas fuertes, mucho más de lo que habían estado sus piernas y no pudo evitar preguntarse quién era realmente la bestia allí.

—Voy a matarte —le decía—, te despellejaré y luego haré lo mismo con ese maldito lobo.

Desnudó los dientes y frenó su retroceso. Nadie amenazaba a su compañero. Su pelo se erizó incluso más y quiso sangre, su loba quería terminar con esa amenaza, solo quería sentir cómo se desgarraba la carne bajo sus fauces, la sangre chorreando de su boca…

—Vete al infierno, perra.

Levantó el arma y la encañonó dispuesto a apretar el gatillo.

El disparo reverberó como un fuerte estruendo, estallando cerca de uno de sus sensibles oídos. El dolor estalló y fue insoportable, aulló y sacudió la cabeza aturdida, retrocediendo a trompicones. Los sonidos se confundieron, gruñidos, alaridos humanos, nuevos disparos… Abrió los ojos y se encontró con un enorme lobo de pelaje oscuro agrediendo a uno de los motoristas, destrozándolo mientras gritaba en agonía.

«¡Corre!».

La voz resonó en su convulsa mente, potente, grave y contenía tal empuje que antes de poder analizar su propia respuesta, se encontró corriendo. El mundo se convirtió en un borrón a su alrededor y los sonidos se diluyeron entre más disparos, aullidos de dolor y el inequívoco sonido del acelerador de la otra moto.

«Correr, correr, correr».

En su mente no había otra cosa, la necesidad era tan primaria que no podía ignorarla. Tenía que correr, tenía que huir. Le ardían los pulmones, le dolía el cuerpo y le latía la cabeza, se sentía mareada pero no quería parar, no podía permitirse hacerlo.

—¡Maldita! ¡Malditos todos! ¡Voy a destrozarte, puta!

Las palabras se confundieron en el viento, el sonido de nuevos disparos y piedras saltando tras los impactos, saltó hacia un lado, esquivando el tiro y jadeó. El miedo le cerraba la garganta, su conciencia humana intentaba mantenerse a flote, pero estaba aterrada.

«Leah, sigue de frente».

Odin. La voz de su compañero fuerte y fría la estabilizó, la orden vibró en su ser e imprimió velocidad a sus ya cansadas y lastimadas patas y siguió adelante.

«Quiero… quiero unas… botas para las patas… ¿me has oído? Quiero unas jodidas… botas».

«Lo que desees, amor, pero sigue corriendo. No te pares».

Jadeó.

«¿Y eliges este momento para llamarme amor? ¿Estás loco?».

«Gira a la izquierda. ¡Ahora!».

Derrapó, las patas traseras perdieron sujeción y terminó cayendo. Se incorporó como pudo y volvió a la carrera para encontrarse a los pocos metros con un grupo de lobos que la sobrepasaron, dos de ellos se detuvieron, formando una barrera que nadie en su sano juicio se atrevería a traspasar. Los demás, con su *Mr. Boots* a la cabeza, avanzaron como relámpagos interceptando a su perseguidor.

«¡Odin!».

Jadeó, frenó en seco y volvió sobre sus propios pasos, pero los dos lobos que quedaban en la retaguardia le cortaron el paso.

«No, Leah. Tienes que quedarte aquí».

El lobo más claro se acercó a ella, cortándole el paso, apelando a las palabras.

«Tu alfa se ocupará de la amenaza».

Miró a ambos machos y retrocedió. Le dolían los oídos, le pitaban, sacudió la cabeza ante la molestia, con todo era incapaz de dejar de escuchar los sonidos que llegaron hasta ellos: el sonido de una moto derrapando por el suelo, el motor apagándose, aullidos de dolor, disparos, gritos humanos…

«¡Odin!».

Podía sentir la sed de sangre de su compañero, el odio, la desesperación. No había humanidad, solo una bestia que buscaba venganza y lo obtendría con metódica y fría precisión.

«Leah, ¿dónde está el atacante?».

Giró la cabeza en dirección al lobo que creyó le había hablado.

«Está muerto».

No lo había visto, pero algo le decía que esa extraña bestia que había aparecido en el momento adecuado, lo había matado.

«¿Quién…?».

Un nuevo grito, se encogió y sacudió la cabeza.

«No… no, no, no. Odin… no más… no más… ven… te necesito, por favor…».

—¡No! —Su voz emergió ahora de su garganta humana, el cuerpo latiéndole de dolor—. ¡Odin!

El silencio siguió a su propio grito, un mutismo ensordecedor antes de que un fuerte aullido lo rompiera, siendo contestado por sus dos acompañantes. No pudo hacer otra cosa que llevarse las manos a los oídos, no quería escucharlos, le dolía la cabeza y el oído derecho, no quería más de todo aquello, solo a su compañero.

—Odin, por favor…

«Te necesito. Por favor… te necesito…».

Apenas fue consciente de que alguien la envolvía con una chaqueta, de unas manos desconocidas posándose sobre uno de sus hombros y la consiguiente voz humana manteniéndola a flote.

—Leah, soy Jeremy Macoy. —Buscó su mirada y le sonrió con ternura—. Soy el alfa de Nebraska. Él es Jim, mi beta. Somos amigos de Odin.

El otro lobo cambió ante sus ojos, pero siguió dándole la espalda.

—Todo ha pasado, pequeña, ya ha pasado…

Sacudió la cabeza y se encogió sobre sí misma.

—Odin —musitó—. Quiero a Odin.

Jeremy parecía tan incómodo con todo aquello como ella misma.

—Ahora viene, lobita, tu compañero estará aquí enseguida —la tranquilizó—. Ya ha pasado todo.

Desvió la mirada hacia el camino y a los pocos segundos los vio doblando la esquina. Flanqueado por Quinn y Savage, su pelaje blanco manchado de sangre al igual que su hocico y la garganta, caminaba lentamente hacia ella. Intentó levantarse solo para volver a caer, las piernas no la sostenían y la angustia se apoderó de su cuerpo. Las lágrimas brotaron de sus ojos deslizándose por sus mejillas sin contenciones, los sollozos le cerraron la garganta y se encontró extendiendo los brazos hacia él, necesitando tocarle, necesitando de su presencia y de la seguridad que solo él había puesto en su vida desde el momento en que se cruzaron en su camino.

Ese peluche de pelo blanco había puesto su vida patas arriba, pero ya no la concebía sin él.

«Shh, amor, ya ha pasado todo. Nadie volverá a hacerte daño, Leah».

Se abrazó a él tan pronto lo tuvo a su alcance, ocultó el rostro en su pelaje y lloró dejando salir todo el dolor, la rabia y el miedo que llevaba dentro, uno que se remontaba demasiados años atrás, procedente de una vida llena de mentiras, de omisiones y de su ausencia.

—No me dejes, no me dejes, no me dejes —murmuró en una interminable letanía—. Tú no, por favor, no me dejes.

Entonces unos fuertes brazos la rodearon, un cuerpo mayor que el suyo la acunó y protegió y su voz, sexy y fuerte, le acarició el oído bueno.

—Nunca, amor mío, nunca te dejaré.

CAPÍTULO 45

Rodillas arañadas, magulladuras, raspones, un tímpano dañado, los pies destrozados y su nuevo par de zapatos rotos era el saldo con el que había terminado Leah. No era un mal recuento si tenía en cuenta que seguía viva.

Dos bajas, dos seres humanos corruptos, lascivos y drogadictos que le habían dado caza como si fuese un animal y una incógnita; el autor de la primera de las muertes.

Muerte. Asesinato. Palabras demasiado fuertes, aturdidoras y que ella misma había deseado con una pasión que la aterraba. Su loba había querido matar y mutilar, había sentido su sed de sangre, la había saboreado y sabía que, de no haber aparecido ese lobo extraño y a Odin sosteniéndola mentalmente, habría sucumbido y quizá muerto.

—…dos bajas y ninguna maldita pista que arroje luz sobre estos indiscriminados y viciosos ataques —la voz furiosa de su compañero hizo que diese un respingo. Odin y otros lobos de regiones colindantes a la suya se habían reunido en un intento de analizar lo sucedido y obtener alguna respuesta a sus muchas preguntas—. Primero han ido a por mí y ahora se han atrevido a atacar abiertamente a mi compañera.

Se estremeció ante su tono de voz y la intensidad que había en ella, era su lobo el que hablaba, podía sentirle tan nítidamente ahora como a su propia bestia.

—Leah, mencionaste que aparecieron una vez bajaste del taxi —la incluyó Jeremy en la conversación. Él insistió en que estuviese presente, el policía quería tener toda la información posible reunida en un mismo lugar—. ¿Te das cuenta de haberlos visto con anterioridad? ¿Quizá rondando por la manzana? ¿Cerca de tu zona de trabajo?

Sacudió la cabeza.

—No, nunca —negó—. Salí de mi oficina y llamé a un taxi en la calle. Tenía una cita para enseñar una casa, así que me fui con intención de llegar un poco antes. Mi cliente todavía no había llegado, de hecho, apenas había podido dar un par de pasos cuando escuché el rugido de las motos y ellos aparecieron de la nada.

Al principio había pensado que se trataba de los típicos idiotas dispuestos a hacer cabriolas y conducir de manera peligrosa, pero cuando pasaron tan cerca y escuchó el primer disparo…

—El sonido de sus motos era ensordecedor, uno de ellos llegó por la acera y me obligó a apartarme para no ser atropellada —recordó y se acarició distraída el oído lastimado, no podía evitar el malestar que sentía al escuchar su propia voz haciendo eco en su cabeza. Todavía tenía mareos y el equilibrio ligeramente afectado—. Entonces apareció el otro y escuché el primero de los disparos. A partir de entonces empezaron a cercarme con las motos, cortándome el paso, obligándome a dar la vuelta y correr en busca de refugio…

—Malditos bastardos —masculló Dawn, quien también estaba presente. Su loba se reflejaba en su voz y en sus ojos, estaba furiosa y su propia bestia concordaba con sus emociones —. Son unos jodidos y malditos bastardos…

Apretó los dientes, la vio luchar consigo misma, calmándose solo cuando Quinn sumergió la mano bajo su melena, presumiblemente acariciándole el cuello. Había tal grado de intimidad y complicidad entre ellos dos que se sentía avergonzada de mirarlos.

—Tranquila, pelirroja.

—¡Han podido matarla! —estalló señalándola—. Si ese desconocido no hubiese aparecido, ahora mi hermana estaría muerta.

—Estoy bien, Dawny —estiró la mano para coger la suya y apretársela brevemente—. Estoy bien.

O tan bien como podía estarlo alguien que acababa de vivir una experiencia como esa. Todavía temblaba, la forma en que le apretó la mano de vuelta decía mucho más que cualquier palabra.

Odin se apoyó en sus hombros, envolviéndola con su aroma y fuerte presencia, agazapado en su mente en todo momento sosteniéndola física y mentalmente.

—¿Tenemos alguna idea de quién es ese lobo? —preguntó Jim.

Su compañero negó con la cabeza.

—Fue un ataque limpio —añadió Savage, quién había recorrido el lugar rastreando en busca de pistas que pudiesen haber quedado atrás—. Una ejecución perfecta.

El estómago le dio un vuelco. La manera en que esa mujer hablaba de muerte era inquietante.

—¿Cómo puede ser perfecto algo tan horrible? —murmuró dando voz a sus pensamientos —. Han muerto dos personas…

—Yo no les consideraría siquiera personas —gruñó Quinn.

Ladeó la cabeza para mirarle.

—Pero lo eran, eran dos vidas —le recordó—. Si ellos son así de viciosos, asesinos y carecen de piedad, el que nosotros sigamos su estela, no nos hace mejores, sino los engendros que nos llaman. No hay nada perfecto en asesinar. Nada.

Su compañero apretó ligeramente sus hombros en un gesto calmante.

—Se trata de supervivencia, Leah, son ellos o nosotros —le dijo con fría aceptación—. No matamos por placer, ni por deporte sino para defendernos y defender lo nuestro. No nos han dejado otra opción. Es ley de vida, una norma no escrita que afecta a humanos, animales, cambiantes… a cualquier ser que tenga inteligencia y desee sobrevivir.

Y eso era lo único que evitaba que enloqueciese, el saber que ella habría hecho lo mismo en caso de necesidad. Su loba estaba dispuesta a defenderse o morir intentándolo.

—Si él no hubiese aparecido… —sacudió la cabeza. En cierto modo, la había salvado, la había salvado de manchar su alma eternamente—. Me dijo que corriera. Le escuché en mi cabeza. Fue… fue como cuando tú me mangoneas, cuando me ordenas algo en ese tono de voz que, por mucho que odie, no me da opción a negarme… Fue igual y al mismo tiempo distinto.

Sus palabras despertaron la curiosidad de los presentes.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Jeremy.

—Su voz… fue como si resonase en mi cabeza, como si encendiese algo y ya no pudiese apagarlo —frunció el ceño recordando el momento—. Ni siquiera me di cuenta de que estaba corriendo como alma que lleva el diablo hasta que me alejé. No… no era yo, mi loba era la que mandaba, no podía pensar en nada más que en correr, correr y correr. La voz de Odin rompió esa compulsión.

Se estremeció y se rodeó con sus propios brazos.

—No podía hacer otra cosa, es como si no pudiese pensar con coherencia, solo podía correr…

Dawn, quién todavía sostenía su mano, se la apretó.

—Tranquila, es lo que debías hacer, huir de allí.

—No tiene sentido —comentó Jim, quién hasta ese momento había permanecido callado

—. ¿Una compulsión de esa intensidad? ¿Sobre una hembra emparejada? ¿Una hembra alfa? Pensé que ese tipo de compulsión solo se daba entre compañeros… o con Velkan, después de todo, el Voda es el líder de la raza.

—Hay alguien más que puede empujar ese tipo de obediencia en un lobo, sobre todo si es en una hembra que todavía no está en completa sintonía con su naturaleza —añadió Odin pensativo, su mirada dirigida a Savage.

—Arik —aseguró la mujer, conforme con su resolución—. Pero él no está en la zona, ni siquiera está cerca.

—¿Llegó a decirte alguna cosa? ¿Viste algo particular en él?

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Ni siquiera fui consciente de su llegada. En un momento ese cabrón me estaba apuntando y al siguiente escuché el disparo y alaridos, mientras un enorme lobo negro se ocupaba de la amenaza y alguien me hablaba obligándome a correr.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado.

—No… no le escuché, no sé si dijo algo, yo solo… solo corrí, quería salir de allí y corrí —murmuró angustiada, empezando a temblar al revivir lo ocurrido, los recuerdos demasiado frescos, demasiado crudos.

—Está bien, dulzura, estoy aquí, ya ha pasado todo —la tranquilizó su compañero. Odin no dejaba de estar pendiente de ella.

Levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—¿Y cómo puedes estar seguro de eso? ¿Cómo sabemos que no hay alguien más ahí fuera dispuesto a hacer…?

La puerta de la sala de juntas se abrió al momento, interrumpiéndola. Un hombre de acento tejano entró sin llamar e indicó el monitor en una de las paredes.

—Enciende la televisión, pon el canal de noticias.

—¿Qué pasa? —se interesó Odin—. ¿Santana?

—Ahora lo verás.

Quinn cogió el mando y encendió el monitor.

«…los cuerpos se han encontrado en un edificio de las afueras. Todo parece indicar que se trata de un ataque de animales salvajes…».

Jeremy se levantó, sacó el móvil y se puso al teléfono.

—Soy Macoy —informó y dio su número de placa—, acabo de ver las noticias, ¿qué podéis decirme sobre el suceso?

Mientras el alfa de Nebraska se informaba, los demás siguieron atentos a las noticias.

«Según fuentes de la investigación, se han encontrado indicios de alcohol y otras sustancias estupefacientes en el lugar de los hechos. El estado de los cuerpos, los cuales corresponden a dos hombres de edades comprendidas entre…».

—No quiero escuchar más —negó cubriéndose los oídos—. No quiero saber nada de todo esto. No puedo más…

Odin hizo un gesto y Quinn bajó el volumen.

—¿Alguna idea de qué diablos está pasando? —murmuró Jim—. ¿Quiénes son ellos y qué tienen que ver con lo que nos ocupa?

Savage se había acercado a la pantalla y miraba las fotos que exponían ahora de las dos víctimas y sus nombres.

—Son dos de los miembros del club de motoristas que he estado investigando —comentó ella—. Podrían muy bien formar parte de la misma banda.

—Me da en la nariz que alguien está muy interesado en cubrir sus pasos —aseguró Quinn —, y la mejor forma de hacerlo es deshaciéndose de cualquiera que haya estado metido en el asunto o sepa de los planes que podría querer llevar a cabo.

—¿Y quién es ese alguien?

—¿Podría ser ese lobo misterioso? —insinuó Quinn—. No hemos podido descubrir de quién se trata, no tenemos ni una sola pista de quién es o de dónde ha salido.

Odin miró a Leah y sacudió la cabeza.

—¿Atacarme a mí y luego salvar a mi compañera? —replicó con palpable ironía—. ¿Por qué? No tiene sentido. Ha podido olerme en ella, saber que es mi pareja, la mejor manera de llegar hasta mí y terminar lo que empezó esa noche.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó mirando a su compañero y a los demás.

—De la noche en que a tu compañero le hicieron un par de agujeros —declaró el beta de Nevada—. Había un lobo, uno jodidamente fuerte y del que no hemos vuelto a saber.

Arrugó la nariz.

—Pero, si fuese el mismo individuo, ¿por qué habría de ayudarme?

Negó con la cabeza.

—Ojalá pudiese dar una respuesta a esa pregunta, Leah —aceptó Odin visiblemente ofuscado por carecer de información al respecto—. Ojalá pudiese.

Todos cayeron en un pensativo silencio el cual solo fue interrumpido por la conversación de Jeremy.

—Gracias —escuchó al policía—. Son ellos —dijo mirando a Savage—, y han tenido un final un poco más truculento de lo que dicen en las noticias.

Los hombres las miraron a su hermana y a ella.

—Ya lo estás soltando o tendré que quitárselo después a Quinn —declaró Dawn, quién no parecía sorprendida o sobrepasada por todo aquel truculento asunto.

Asintió también, podía no gustarle todo aquello, pero no quería que la dejasen en la ignorancia.

—Quiero saber —corroboró las palabras de la chica.

—Al parecer lo del ataque de animal solo es la punta del iceberg —continuó Jeremy tras pedir permiso con la mirada a sus respectivos compañeros. Hombres. Lobos. No había quién los sufriese y al mismo tiempo, no podías estar sin ellos una vez que los encontrabas—. Se encontró un buen alijo de drogas, algunas pruebas que los relacionan con varios delitos que estaban sin resolver y, lo que más le ha extrañado a la científica, era una frase que había… er… pintada con sangre… en una de las paredes.

—¿Cuál?

—*Ascultă cu urechile, vezi cu ochii, dar taci cu gura.*

—Escucha con tus oídos, mira con tus ojos, pero mantén el silencio con la boca —tradujo Odin—. Es un proverbio rumano.

—¿Qué significa?

—Oír, ver y callar —resumió Jim—, algo que, obviamente, ellos no hicieron y que se acerca más que nunca lo sugerido antes. No quieren que nadie se vaya de la lengua.

—Lo que da más peso al hecho de que alguien esté haciendo limpieza para cubrir sus huellas —concluyó Quinn—. La pregunta es, ¿para desaparecer o reagruparse?

—No podemos bajar la guardia, pero tampoco podemos permitir que esto nos condicione —declaró Odin—. Si vienen a por nosotros, nos encontrarán, pero no harán que nos ocultemos.

Los líderes de los otros territorios asintieron de acuerdo con su manera de pensar. Estarían

alerta, sí, pero harían hasta lo imposible por mantener la tranquilidad y la estabilidad en sus respectivos territorios.

—Informaré a Arik de todo lo que se ha descubierto y haré especial hincapié en encontrar a ese misterioso lobo —comentó Savage—, quizá él pueda darnos las respuestas que nos faltan.

—Hazlo —asintió. Entonces bajó la mirada sobre ella y enarcó una ceja—. ¿Tienes pensado echarte una siesta en esa silla?

Parpadeó y duplicó su gesto.

—Si la charla se va a alargar mucho más, creo que cogeré dos y me haré una cama.

Resopló y sonrió al mismo tiempo.

—Chicos, estáis en vuestra casa —declaró a modo de despedida, dirigiéndose a sus invitados—. Tengo que hacerme cargo de cierta loba y asegurarme de que descansa.

Ahora fue su turno para bufar.

—Estoy bien, no hace falta que me trates como si fuese de porcelana.

—Jamás se me ocurriría, lobita. Has demostrado que puedes cuidarte perfectamente tú sola —le aseguró complacido y con tono de orgullo—. Pero eso no quita que los pocos pelos negros de mi pelaje se hayan vuelto blancos. Canas lupinas, eso es lo que me sacas.

Chasqueó la lengua y lo miró con afectación.

—Pobre peluche, te estás haciendo viejo.

Los presentes, que iban a abandonando la sala, se rieron y su compañero la miró a través de esos intensos ojos azules prometiendo represalia a sus palabras.

—Sí, compañera, y te voy a enseñar exactamente lo viejo que me estoy haciendo.

Sin advertencia alguna por su parte, la levantó de la silla y se la echó al hombro como si fuese un saco de patatas para luego abandonar la sala.

Tras ellos quedó una miríada de carcajadas y vítores destinados a animar a ese maldito alfa que se había adueñado de su alma y que amenazaba con instalarse para siempre en su corazón.

CAPÍTULO 46

Leah no tenía ganas ni fuerzas de mover un solo músculo. Las últimas horas habían sido como una terapia de choque para ambos. La necesidad de confirmar que se tenían el uno al otro, había sido superior a todo lo demás. Se habían devorado, sexo duro, sudoroso, ardiente, necesitando someter antes de declararse vencido. La intensa sesión de intimidad los había dejado exhaustos, aplacados y necesitados tan solo del contacto de cada uno.

—¿Te duele?

La voz de Odin sonaba calmada, sus dedos le acariciaban el oído tapado con una gasa.

—No he pensado en ello hasta que lo has mencionado —murmuró y ladeó la cabeza hacia sus dedos—. Estoy bien, solo siento un poco de eco y, si me muevo rápido, el suelo se mueve.

Sus caricias se hicieron más tiernas.

—Si te hubiese pasado algo yo…

Se giró, empujándose sobre su pecho para mirarle a la cara.

—Ya me ha pasado —repuso con un mohín—. Me han arrollado, me han disparado, he salido corriendo a tal velocidad que podría presentarme a las Olimpiadas Caninas… De verdad, Odin, quiero unas botas o algo para las patas. ¡El maldito suelo resulta mortal para mis pobres pies!

Se rio, un sonido claro, aliviado, justo lo que buscaba con sus palabras.

—Dulzura, los lobos no usamos calzado.

—Esta loba sí —declaró y resopló—. Crearé tendencia. ¿Te puedes creer que se me rompió el tacón de uno de mis zapatos nuevos? ¡Estaban recién comprados! Estoy gafada, te lo juro…

Sacudió la cabeza y soltó una nueva carcajada.

—Te quiero, mi pequeña loba *fashionista*.

Se quedó sin aire, frunció el ceño y lo miró.

—Odin, te estoy hablando de mis zapatos ¿y eliges este momento para decirme eso?

Bajó la mirada sobre ella con gesto irónico.

—Me has llamado viejo en medio de la sala de juntas…

—¿Y? Eres mayor que yo, eso para mí es viejo.

—Te has quejado de que querías unas botas para las patas mientras un hijo de puta asesino te perseguía en una moto y apuntándote con un arma…

—Si tengo que correr, al menos quiero hacerlo con calzado cómodo —bufó y sacudió los pies bajo las sábanas, los cuales estaban llenos de pequeñas heridas—. Las piedras me lastiman…

—Y en vez de gritar o llorar por todo lo que te estaba pasando, como haría una mujer normal, te cabreas porque se te ha roto el tacón de un zapato…

—¡Eran nuevos!

Sus preciosos zapatos nuevos. Malditos cabrones.

—Y para rematarlo, permaneces estoica mientras se exponen los hechos acontecidos en ese lugar y en lo que ha derivado todo…

Suspiró, estirándose contra él.

—Nunca he dicho que fuese una mujer común y corriente. Mi vida no lo ha sido, así que es imposible que lo sea yo —declaró con absoluto convencimiento—. Y no es verdad que me haya mantenido estoica. Yo… quería matarle, Odin. Por primera vez, quise seguir los instintos de mi loba y despedazar a alguien. No se trataba de un pensamiento ajeno, era mío… éramos una…

—Es una reacción normal —la interrumpió, envolviéndola con el brazo—. Te lo he dicho, Leah, es cuestión de supervivencia. Eras tú o él…

Respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—No sé si puedo aceptarlo, no sé si quiero… ser… así…

—No busques más excusas —la empujó sobre el colchón, cerniéndose sobre ella—. No has hecho nada malo, no eres menos a mis ojos o a los de cualquiera por haber pensado o reaccionado así en un momento de extrema necesidad. Sé que estás irritada, que quieres gritar, pero al final del día, pase lo que pase, pienses lo que pienses, seguirás siendo mi loba, mi compañera y mi mujer.

Hizo un puchero.

—Dijiste que no ibas a hablarme de amor, ¿por qué tienes que cambiar de idea justo ahora?

Bajó sobre ella y le besó la frente, los ojos, la nariz y los labios para finalmente mirarla.

—Lo que dije es que no te ofrecería algo que no sentía y no existía entre nosotros —concretó—, que no te hablaría de amor cuando era algo que, todavía, no sentía por ti.

Su corazón se saltó un latido, pero se obligó a ignorarlo.

—Sigues sin sentirlo… —farfulló en cambio.

Él le sonrió con esa picardía que la volvía loca y la derretía.

—¿Vas a decirme lo que siento o no por ti? —le causaba gracia—. ¿Estás dispuesta a arriesgarte a averiguarlo?

Puso los ojos en blanco y emitió un bajo bufido.

—Eres un lobo cabezota y no piensas con claridad, admítelo.

Bajó sobre ella, besándole la nariz.

—Y eso se lo dice la sartén al cazo.

Quería chillar, patalear, pero ese hombre sexy no la dejaba ni moverse y la seducía con tan solo su presencia.

—¿Por qué yo? Solo soy…

Le posó un dedo sobre los labios, silenciándola.

—Mi dulce y traviesa loba, eres perfecta para mí —le aseguró acariciándole los labios con el dedo—. Respondona, valiente, cabezota, tierna, fiel… Mi vida estuvo en tus manos y la cuidaste con amor aún sin saber que estabas destinada a mí. Mi alma y la tuya han estado esperando por encontrarse y ser una, eres mi compañera y mi loba, así que estaba claro que antes o después, iba a enamorarme de ti.

—Te prefería como lobo, peluche —gimió envolviéndole el cuello con los brazos, ocultando su rostro en el hueco de su hombro, pegándose más a él—, es más fácil y absurdo quererle a él que estar enamorada de ti.

—En ese caso es una suerte que mi lobo tenga mí mismo corazón, mi misma alma y te quiera con la misma intensidad que yo —le susurró al oído.

—No sé, lobito, mi loba podría tener algo que decir al respecto —rezongó, dispuesta a resistirse a él hasta el final—. Eres un mandón con ella, la mayoría de las veces quiere morderte porque no le dejas salirse con la suya y te niegas a comprarle unas botas.

Él buscó sus ojos.
—Estás decidida a salirte con la tuya, ¿eh?
Asintió intentando retener una sonrisa.
—Claro que sí.
—Quieres unas botas.
—Oh, sí.
—Para tu loba.
—Sí.
Chasqueó la lengua, se levantó un poco para tener una mejor perspectiva de ella y le soltó:
—Leah, eres rara incluso para una loba.
Imitó su gesto y duplicó su chasquido.
—No soy rara, compañero, soy una edición limitada.
Aquello le arrancó una carcajada a su lobo.
—Mi propia edición limitada. —La besó en los labios—. Qué suerte la mía.
Correspondió a su sonrisa, le cogió el rostro entre las manos y lo miró.
—Mi propio lobo alfa —le acarició los labios con los suyos—, mío y solo mío.
Su mirada se oscureció, volviéndose sexy, erótica y tan cálida que se derritió.
—Siempre, amor, solo tuyo.

EPÍLOGO

Tres meses después…

Tenía que admitir que el cabronazo de su marido tenía razón, la reforma había quedado impecable. El rancho tenía un aspecto inmejorable y ya empezaba a sentirla como el hogar que era, uno al que se había resistido con uñas y dientes todo ese tiempo.

Una chica debía tener la oportunidad de alzarse con la revancha, una pequeña venganza después de que su obtuso compañero se hubiese salido con la suya en primer lugar.

Después de un mes entero volviéndola loca con sus irritantes y ocurrentes peticiones de matrimonio, Odin la había engañado de tal forma, que acabaron contrayendo matrimonio en una pequeña capilla de Las Vegas. Su hermana y su cuñado habían tenido mucho que ver en los preparativos. Dawn la había mantenido ocupada, incluso le había hecho probarse un maldito y delicioso vestido color crema muy sencillo para una imaginaria boda, que resultó ser tan real como ella misma.

No iba a negar que ese había sido uno de los días más locos, divertidos y especiales de toda su vida. Tras la ceremonia habían vuelto a su actual residencia —el hotel Las Vegas Imperia —, para encontrarse con una pequeña recepción en la que los alfas de los distintos territorios, sus esposas, compañeras y amigos cercanos, los felicitaban y les deseaban suerte en esta nueva etapa de su vida.

Su peluche le había entregado en su noche de bodas un juego de llaves del rancho como regalo, uno que le había devuelto a la mañana siguiente. Ese pequeño juego se convirtió en un continuo tira y afloja que consistía en devolverle al otro las llaves de las maneras más ocurrentes posibles.

—¿Y bien, señora Peters? ¿Conforme?

De pie a su lado, le mostraba orgullo su obra. Había nueva decoración elegante, pero sobre todo hogareña. No pudo pasar por alto las fotos que cubrían una pared, instantáneas de ella y su hermana, de la boda, de su peculiar viaje de novios —Odin podía ser realmente malvado—, incluso sus padres tenían un lugar en su nuevo hogar.

Notó los brazos rodeándola desde atrás, el firme y duro cuerpo pegado a su espalda.

—¿Te gusta?

Asintió, era incapaz de hablar.

—¿Leah?

—Esto ha sido cosa de Dawn, ¿no? —carraspeó.

Su hermana y Quinn se habían ido de viaje una semana antes. Velkan los había invitado a visitarle y su hermana estaba emocionada ante la perspectiva de poder visitar Rumanía y ver de nuevo al peculiar líder de su raza. El lobo puro había estado en su boda y había hecho muy buenas migas con ella, su frescura y descaro divertían y enternecían al solitario lobo viéndola como la hermana pequeña que había perdido hacía tanto tiempo.

Se alegraba especialmente por ella, el verla de nuevo con esa luz y vida en los ojos era el mejor de los regalos que la vida había podido darle, uno que tenía también mucho que ver con Quinn.

—Quería dejarte su regalo antes de irse.

Las cosas habían estado tranquilas los últimos meses, no había habido ataques, pero tampoco habían podido encontrar rastro o pista alguna que pudiese arrojar algo de luz sobre esa nueva amenaza que parecía cernirse sobre todos ellos. La búsqueda de los supervivientes del clan Daratraz seguía adelante, pero era una tarea nada sencilla dada la escasa información con la que se contaba. Mayormente era como buscar una aguja en un pajar.

—Pensó que te gustaría tener una parte de quienes sois contigo —continuó Odin, señalando el collage de fotos.

Se apoyó en él, su compañero, su lobo, el hombre al que cada día que pasaba se encontraba amando un poco más.

—Es perfecto —aceptó y se giró en esos fuertes brazos que la protegían para besarle.

Quería a ese lobo. Lo respetaba como el hombre que era, como el alfa que regía a los suyos y como su compañero. Sí, la sacaba de quicio, especialmente cuando se ponía en plan mandón, pero le quería.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí —murmuró, mirándole a los ojos—. Por no rendirte conmigo.

Su mirada era cálida, tierna y podía verse reflejada en ella.

—Uno nunca se rinde ante su propia vida, amor.

Asintió. Eso sin duda era una lección que había aprendido a su lado.

—Tienes más paciencia que un santo.

—Debe ser un síntoma de vejez.

Puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

—Bueno, tu apreciación sobre nuestra diferencia de edad y esa absurda petición que me hiciste en un momento en que deberías estar pataleando… no son fáciles de olvidar.

Sacudió la cabeza.

—Sigo esperando por esas botas para mis delicadas patas, Odin.

—Y yo a que me digas esas dos palabras que llevo meses esperando —aseguró con un bajo gruñido lupino—. Me mudo.

Se echó a reír, no podía evitarlo. Había estado dándole largas, volviéndole loco, jugando al gato y al ratón con las malditas llaves y, a pesar de todo, él nunca se había rendido. Era como un perro como un hueso… perdón, un lobo.

—De acuerdo, compañero, abre bien las orejas porque solo lo voy a decir una vez.

Puso los ojos en blanco.

—Tacaña.

Se rio entre dientes ante su obvio refunfuño.

—Me mudo —susurró acercándose a sus labios—. Pero tú serás el que cargue con las cajas.

Enarcó una ceja y le dedicó esa sonrisa de soslayo.

—No es que tengas muchas pertenencias, Leah, la mayoría son zapatos.

Suspiró y le echó las manos al cuello.

—Me mudaría contigo incluso debajo de un puente, pero ambos sabemos que, con lo sibarita que eres, terminaríamos en un hotel.

—El mejor de los hoteles —asintió y la besó de nuevo.

—Eres imposible.

—Pero me quieres igual…

—Oh, *Mr. Boots*, necesitarás más que eso para escucharme decir esas palabras…

Sonrió y sus ojos brillaron con una misteriosa picaresca que la hizo sospechar.

—Tengo justo lo que necesito al lado del sofá.

Parpadeó sorprendida y miró en la dirección mencionada, al lado del tresillo había un par de cajas de regalo, curiosamente no las había visto hasta ese momento.

—¿Estás pensando en comprarme, lobo?

Le enlazó la cintura con un brazo y la instó a caminar.

—Mi único pensamiento es que seas feliz, loba, eso y sacarte de quicio —aseguró indicándole el sofá—. Siéntate.

Lo hizo y esperó paciente mientras recogía una de las cajas y se la ponía sobre las rodillas.

—Ábrelo.

Lo miró mientras usaba la robusta mesa para sentarse en el borde y contemplarla.

—De acuerdo… —arrastró las palabras, abrió la caja y parpadeó al ver el contenido—. Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío… ¡Son los *Rivierina Pumps* de Christian Louboutin!

Su exaltación parecía causarle diversión, pero él no tenía la menor idea de lo que significaba ese regalo. O a lo mejor sí. Con ese hombre nunca podía saberse.

—De entre todas las mujeres posibles, tenía que casarme con una amante de los zapatos de marca.

Levantó la mirada de los exquisitos *Rivierina* rosas, con la pulsera dorada, el mega tacón negro y enarcó una ceja.

—¿He dicho yo algo sobre tus gustos en coches caros?

—No, solo que te niegas a conducirlos.

Le devolvió la sonrisa e hizo lo que haría una mujer inteligente ante un regalo así. Lanzó su calzado por encima del sofá y se puso su nuevo regalo.

—Oh dios mío… —Se llevó las manos a la boca emocionada.

—Eso ya lo has dicho.

Lo miró y sacudió la cabeza, pero era incapaz de dejar de sonreír.

—¿Por qué me consientes de esta manera? —preguntó mordiéndose el labio inferior—. No es necesario que gastes tanto dinero en comprarme unos zapatos. Son mi vicio, lo sé, pero sé lo mucho que cuestan y… yo no necesito esta clase de demostraciones, me basta con que te quedes a mi lado.

—Y eso es precisamente por lo que me gusta consentirte —declaró sin más y señaló la otra caja—. Ahora abre esa.

Miró la caja que quedaba y la cogió.

—¿Un bolso a juego?

Se limitó a mirarla y lo que vio en sus ojos solo confirmaba lo que ya sabía. Aunque la caja estuviese vacía, iba a adorar a ese hombre hasta el final de sus días.

—Ábrela, loba.

Se lamió los labios y abrió la nueva caja, esta estaba cerrada con un lazo y en su interior, había un montón de papel de seda en color negro. Buceó entre los pliegues y sus dedos tocaron el objeto oculto en su interior, sacó todo el papel hasta que, por fin, su nuevo regalo, quedó a la vista.

Se quedó sin palabras, volvió a lamerse los labios, incapaz de apartar la mirada del contenido. Tras unos segundos más, le puso la tapa y dejó el paquete a un lado.

—Eres un capullo.

—Lo sé —aseguró visiblemente complacido—, y me quieres por ello.

Sacudió la cabeza.

—Nunca te rindes, ¿eh?

Su mirada lo decía todo.

—Quiero oírtelo decir todos los días de mi vida —le aseguró con pasión—. Así que, dímelo, Leah. Dime lo que este lobo quiere oír.

Miró la caja que había dejado a un lado, le quitó de nuevo la tapa y sacó el contenido, totalmente conmovida de lo que ese hombre estaba dispuesto a hacer por ella.

—Llegaste a mí cuando no te esperaba, me conquistaste con ese pelazo y esos impresionantes ojos —y me refiero a los de tu lobo—, me volviste loca hasta el punto de hacerme gritar, decidiste que me querías y me conseguiste. Eres mi compañero, eres mandón y un jodido alfa en todos los sentidos…

—El burro hablando de orejas, cariño…

—Y tienes respuesta para todo —bufó.

—Leah, al grano —se impacientó.

—Por supuesto que te quiero, Odin Peters —aseguró con dulzura—. ¿Crees que me habría casado con un lobo si no estuviese locamente enamorada de él?

Se inclinó hacia delante, encontrándose con ella a medio camino y le quitó el objeto de las manos.

—No habrías tenido otra opción, dulzura, nunca te habría dejado escapar.

Sonrió traviesa y recuperó su segundo regalo.

—No sé, Odin, acabas de darme lo que necesito para correr —se rio, acariciando unos bonitos botines de cuero blando adaptados para sus patas lobunas.

—Si necesitas correr hazlo, amor —le susurró cerca de los labios—, siempre me tendrás aquí, esperándote.

Sí, lo haría. Su lobo era un hombre de palabra, uno que se había apropiado de su corazón para siempre.

THE ARABIAN WOLF -LIBRO 4-

El brusco e infernal suceso acontecido un año atrás empujó a **Brenda Santoro** a hacer las maletas y mudarse a Londres con su hermano. Lo que debía ser un arreglo temporal se convirtió en algo más permanente, un callejón sin salida que motivó una reacción por parte de Blake; enviarla a una pequeña región de arabia, al cuidado de un buen amigo suyo al que no conocía, esperando que la paz del apacible oasis la ayudase a encontrarse de nuevo a sí misma.
Khalid AlRashid supo que tendría problemas en el mismo instante en que aceptó la petición de su mejor amigo; acoger a su hermana pequeña y ayudarla a liberarse de las pesadillas nacidas del pasado ataque a la clínica veterinaria de Nebraska. Sin embargo, la mujer que encontró en el aeropuerto no era solo la hermanita de Blake… era alguien salida de una noche de pasión, una compañera que olía demasiado bien y una promesa que no estaba seguro de poder mantener.
Dos almas en conflicto, una pasión beduina y un oasis dónde los deseos pueden hacerse realidad.

CAPÍTULO 1

Brenda tenía ganas de darse de cabezazos contra la pared y quizá se hubiese puesto manos a la obra si con ello consiguiese algún cambio significativo.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —masculló mirando por enésima vez el mensaje que aparecía en la pantalla del móvil.

Su vida se había ido a la mierda hacía un año, dos meses y nueve días. Un día de trabajo en la clínica en la que hacía sus prácticas como auxiliar de veterinaria, se convirtió en una pesadilla de la que era incapaz de despertar por completo. Ante sus ojos, las fantasías y el material que solo existía en los libros se ficción cobró vida asustándola hasta la médula. Disparos, amenazas, la seguridad de que tu vida terminará, el miedo y la incredulidad al ver cómo un chalado se transformaba de hombre a lobo… Todo se fue a la mierda en ese preciso momento.

Dejó su trabajo. Ni siquiera los ruegos y las explicaciones de Cleo, su jefa en la clínica, habían conseguido convencerla de lo contrario. Sencillamente no podía concentrarse. Estar en ese ambiente esterilizado la dejaba temblando y nerviosa, demasiadas veces se había petrificado al ver a un nuevo paciente sobre la mesa de operaciones, en especial si dicho paciente pertenecía a la raza canina.

Ella, que siempre había sido una amante de los perros grandes, ahora les tenía un miedo atroz. Era como si esperase que se metamorfoseasen y la apuntasen con un arma de un momento a otro.

No. Ese episodio había destrozado su presente y su futuro, la había convertido en una criatura asustadiza, recelosa e insegura. En cierto modo, le había robado parte de la vida con la que siempre había soñado.

El último año se lo había pasado dando tumbos. Incapaz de quedarse mucho tiempo en el mismo lugar había optado por viajar a su Inglaterra natal con la excusa de visitar a su hermano Blake.

Blake Santoro no era un hombre al que se le podía engañar con facilidad. Era como un perro con un hueso, siempre alerta, siempre receloso y lo suficiente altruista y seguro de sí mismo como para dedicar su carrera como cirujano a la ONG Médicos del Mundo. Once años mayor que ella, el primogénito de la familia siempre había sido un nómada por naturaleza, no paraba demasiado en ningún sitio y, si bien tenía su domicilio en Londres, pasaba más tiempo viajando por el mundo que en su hogar.

Durante su infancia habían estado bastante unidos, él fue quien la apoyó durante el complicado divorcio de sus padres el cual derivó en una separación no solo de la pareja sino también de los hermanos. Mientras ella se quedaba con su madre, él se iba con su padre.

A pesar de la distancia, siempre había intentado mantenerse en contacto con ella, aunque fuese de manera esporádica, así que no le sorprendió el comentario que surgió de sus labios nada más cerrar la puerta de su casa en Tottenham Court Road.

—De acuerdo, Brenda Rose, desembucha.

Se había contenido hasta ese momento en hacerle preguntas. La había recogido en el aeropuerto y se habían limitado a charlar, preguntando por sus distintos padres, sus actuales vidas y cosas sin importancia. Pero sabía que aquello no sería más que un indulto.

—Siempre me alegra verte, hermanita, pero ¿qué es eso de que has dejado las prácticas? Y, cito textualmente «ha perdido la cabeza hasta el punto de no comer y se niega a tratar su problema de nervios».

Hizo una mueca ante las palabras que habían salido de la boca de su madre no hacía ni cuarenta y ocho horas.

—¿Mamá se fue de la lengua?

Solo había una persona que sabía que había dejado las prácticas en la clínica veterinaria. Al principio lo había justificado como la necesidad de disponer de un tiempo sabático, pero las pesadillas y los ataques de nervios no eran fáciles de ocultar; en especial a su madre.

—Permíteme que omita todo lo que dijo, no es políticamente correcto y me importa una mierda —aseguró poniendo los ojos en blanco. Ambos sabían que la relación entre madre e hijo no era ideal y no podía culpar a Blake por mantenerse al margen, ella intentaba hacer lo mismo —. Por otro lado, me tiene en ascuas el hecho de que te hayas hecho diez horas de avión de la noche a la mañana solo para venir a verme. ¿Qué ha pasado, Brenda?

Bajó la mirada a sus manos y se mordió el labio inferior. No podía contárselo, no era algo que pudiese decirle a otra persona sin que quisieran ingresarla en un psiquiátrico.

Lo había intentado, buscó ayuda allí dónde pensó que podía encontrarla, pero todo lo que encontró fueron vagas e irónicas miradas, una sugerencia para que se hiciese un escáner cerebral o ingresase en una clínica de descanso.

—Necesitaba un cambio de aires…

—¿Vas a empezar a torearme o vas a ir al grano?

Se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—No me creerías si te lo contase, Blake, pensarías que me he vuelto loca —aseguró con un resoplido—. Yo misma estoy dudando de mi cordura.

Ladeó la cabeza y la contempló, entonces chasqueó la lengua.

—Por mucho que lo digan, la locura no es contagiosa, así que por mucho tiempo que hayas estado al lado de nuestra madre, no te habrá contagiado —sentenció. Se tomó unos segundos para recorrerla de los pies a la cabeza y le soltó—. ¿Te has hecho lesbiana? ¿Es eso?

Hizo una mueca y optó por la vía rápida.

—Eso habría sido más sencillo de aceptar y explicar que el hecho de haber visto cómo un hombre se convertía en lobo delante de mis narices.

Ese día solo estaba haciendo su trabajo. Acababa de empezar con el recuento de los suministros y la comprobación de los medicamentos cuando se encontró, junto a su jefa Cleo, en el quirófano, con un lobo medio destrozado sobre la mesa, otro desangrándose en una esquina de la habitación y un lunático apuntándoles con un arma.

El asaltante había entrado a punta de escopeta, cargando con uno de los animales al hombro y arrastrando a otro para luego dispararle delante de ellas cuando este intentó soltarse.

Su reacción había sido inmediata, a pesar del miedo y las lágrimas que no podía evitar, se había lanzado sobre el animal, taponando la herida con las manos para evitar que se desangrase. Apenas pudo ver a Cleo ante la mesa de operaciones, atendía al otro animal mientras el hombre se deshacía en juramentos y amenazas.

El lunático pasaba de la rabia a la desesperación, de las amenazas a las dulces palabras dirigidas al can al cual se refería como «hermano». Su conducta no era más que la de un completo chalado, alguien lo suficiente loco y peligroso como para matarlas en un abrir y cerrar de ojos.

Toda aquella locura la superó, se olvidó de su paciente, el miedo se apoderó de ella y

terminó acurrucada en una esquina, empapada en sangre y cubriéndose la cabeza.

«Por favor, no nos mate, por favor, no nos mate, por favor, no nos mate…».

Pero lo peor todavía estaba por llegar y lo hizo con arrolladora fuerza. La puerta se abrió golpeando contra la pared, las luces titilaron y se apagaron arrancándole un grito que fue amortiguado por un nuevo disparo y un agónico gruñido perruno.

Incluso ahora se negaba a aceptar lo que había visto, a reconocer que el hombre que las había retenido a punta de escopeta había cambiado ante sus ojos. Se había transformado en un enorme lobo marrón que atacaba al recién llegado, solo para que un borrón de pelo blanco atravesase la habitación derribándolo y convirtiéndose después en una atractiva mujer.

Aquello había desbaratado su mente por completo, había sido incapaz de procesar lo que veía y terminó sucumbiendo a la negrura para despertarse horas después en su casa sin saber siquiera como había llegado allí.

Su hermano se limitó a parpadear, abrió los ojos y hubo un ligero cambio en su mirada.

—¿Cómo?

Se lamió los labios. No la creería, nadie la creería jamás.

—En realidad fueron dos, un hombre y una mujer —continuó. Necesitaba que alguien la escuchase, que no la mirasen como si estuviese loca—. Mira, sé lo que parece. No hace falta que me digas nada, ya se ha encargado de ello nuestra madre y el imbécil de su nuevo marido.

Ese idiota había sugerido internarla en una clínica de reposo. Estaba convencido de que sus episodios psicóticos y alucinaciones no eran más que producto del estrés.

Blake entrecerró los ojos al escuchar sus últimas palabras.

—¿El psicoterapeuta?

Se encogió de hombros. A su hermano nunca le había caído bien ese hombre.

—No quieras saber lo que le llamé yo —musitó, entonces sacudió la cabeza—. Mira, él piensa que… lo que vi ha podido ser causa del estrés, pero…

Levantó la mano interrumpiéndola.

—Explícame eso del hombre, la mujer y los lobos.

Respiró profundamente, iba a necesitar aire para dar salida a todo aquello.

—Vas a pensar que estoy loca y también querrás internarme.

—Cariño, a lo largo de mi vida he visto algunas cosas que habrían hecho que yo mismo me internase en un psiquiátrico, pero al mismo tiempo, si algo he aprendido, es que la mayoría de las veces existe una explicación —le aseguró, cogiéndole la mano, apretándosela—. Aunque a veces sean… difíciles de digerir.

Sacudió la cabeza y le contó todo lo ocurrido, haciendo las pausas necesarias para respirar al tiempo que agradecía que él no la interrumpiese.

—Estaba armado, decía que el lobo era su hermano y hablaba de cosas que no tenían sentido —comentó tras finalizar su relato—. Cleo se ocupó de la operación, yo no pude… no pude hacer nada. Estaba tan asustada, tan… dios… ese animalito podría haber muerto y yo no hice nada.

Y aquello era algo que también la atormentaba, el haber fallado en su trabajo, el haber permitido que el miedo se impusiese por encima de su deber como veterinaria.

—Estoy segura de que tuve que clavarme algún medicamento, o quizá me drogaron, eso explicaría por qué vi lo que vi.

Blake dejó escapar entonces un profundo suspiro, pero no se burló, su voz era… seria.

—Es una historia… rocambolesca.

—A mí me lo vas a decir.

—¿Tú estás bien? —empezó a examinarla como si esperase verla desangrarse o algo.

Le cogió las manos y lo obligó a mirarle.

—Estoy bien —le aseguró—. Lo suficiente como para haberme hecho esas diez horas de avión para venir a verte.

—Pues ya que estás aquí, ¿qué te parece si comes algo y luego te vas a descansar?

Ese era su hermano, no la juzgaba, no la interrogaba, se limitaba a apoyarla, a servirle de soporte y dejarla a su aire. No era de los que se entrometían en la vida de nadie, quizá, porque él mismo era bastante hermético con la suya.

Debido a su trabajo se pasaba gran parte del año viajando de un lado a otro, visitando zonas en conflicto o aldeas de necesidades primarias, así que no tuvo inconveniente en dejarle su propia vivienda por todo el tiempo que necesitase quedarse.

A pesar de ello, ese autoimpuesto cambio de aires no fue suficiente para alejar las pesadillas que parecían dispuestas a perseguirla hasta el fin de sus días. El dormir empezó a convertirse en una quimera, le cambió el humor, así como el carácter, al principio eran pequeñas cosas, pero a medida que pasaba el tiempo esas menudencias crecían hasta llegar al punto de rechazar cualquier posible puesto de trabajo que tuviese que ver con su profesión.

No se sentía preparada, de algún modo, aquel día, había perdido la confianza en sí misma.

Incapaz de quedarse con los brazos cruzados y vivir a expensas de su hermano, optó por dar un giro radical y aprovechar sus noches de insomnio para algo de provecho; bailar.

Había empezado a dar clases en la universidad, un trabajo con el que podía sacarse algo de dinero extra para sus gastos y pagar las matrículas. Si bien tanto Blake como su madre se habían ofrecido a costearle los estudios, quería depender de ellos lo menos posible, demostrarse a sí misma que podía salir adelante por sus propios medios y que las interminables y odiosas clases de ballet a las que asistió de pequeña, habían servido de algo.

Cuando consiguió sacarse el título y empezó las prácticas, su mundo se abrió a nuevas perspectivas; había dejado de lado la chica que había sido durante la universidad para adquirir nuevas responsabilidades y dirigir su vida hacia la profesión que había elegido. Pero su sueño se había truncado en el mismo lugar en el que deseaba hacerlo realidad.

Dejó escapar un resoplido y miró una vez más el mensaje que se reproducía en la pantalla del móvil, por más que lo miraba el contenido no cambiaba.

—Bren, te toca.

Alzó la mirada y se encontró con una de las bailarinas que había terminado su performance.

Aquello no era igual que dar clases, pero le ofrecía lo que necesitaba; aislarse completamente del mundo en el que vivía. Mientras estaba en el escenario su mente se vaciaba y las pesadillas dejaban de existir. Este era el refugio en el que se había ocultado los últimos seis meses, el único lugar que le había ofrecido algo de paz y ahora, tendría que dejarlo.

Apretó el móvil y rechinó los dientes al leer el texto.

> ***«Te he enviado el billete de avión y toda la información necesaria por correo electrónico.***
> ***Te vas quince días a Al-Hasa (Por si quieres buscarla en Google: región oriental de Mufasa, Arabia Saudí).***
> ***Mi amigo Khalid y su familia te acogerán en su hogar (Conocen las costumbres occidentales, así que no empieces a tirarte de los pelos).***

Estaré en la zona la última semana del mes,
nos veremos entonces».

Blake

El muy cabronazo ni siquiera le había contestado al teléfono cuando le llamó, llegó incluso a amanezarle con toda la creatividad de la que creyó posible, pero todo lo que obtuvo fue un nuevo mensaje contra el que no podía luchar.

«Tienes que dejar de esconderte, Brenda Rose, el mundo seguirá estando ahí fuera cuando salgas y te aseguro que será el mismo que dejaste.
La única manera en que puedes recuperar lo que has perdido es hacerle frente a tus temores.
Ya es hora de que dejes de huir».

Y por si todavía se le pasaba por la cabeza replicar, lo sentenció con:

«PD: Si me entero de que no has cogido el vuelo, iré a buscarte yo mismo, te depositaré en el umbral de Khalid y le diré que te ponga a ordeñar las cabras».

¿Y quién diablos era ese Khalid?

Le había escuchado a Blake alguna que otra vez hablar de él, lo había escuchado reírse cuando estaba al teléfono y siempre mostraba un profundo afecto y respeto hacia ese hombre, pero no tenía la menor idea de quién era.

Todo lo que sabía era lo poco que había dejado caer su hermano cuando estaba en casa y el árabe le llamaba.

«Es un viejo amigo, alguien que me da buenos consejos, aunque yo no los sigo. Es… parte de mi familia».

Mi familia. La manera en que lo había dicho le había escocido un poco, era como si ella no formase parte de dicha unidad. Por otra parte, debía tener ese tipo de confianza para haber decidido mandarla a un país extranjero, cuyo idioma y costumbres no conocía y al hogar de un hombre cuya única aspiración debía de ser cuidar unas cabras. La imagen de uno de esos ancianos pastores del desierto le vino a la mente e hizo una mueca. Sí, su hermano hacía amistad con toda clase de personas y no dudaba que un sencillo y humilde pastor de cabras entraría entre ellos.

Si no supiese que Blake nunca hacía las cosas al azar y con plena seguridad de sus posibilidades, estaría preocupada.

¿A quién quería engañar? ¡Estaba desquiciada! No le cabía la menor duda de que si no se subía a ese maldito avión, su jodido hermano se presentaría allí, así tuviese que coger dos aviones, y la llevaría él mismo.

Los primeros compases de la música y la atenuación de las luces le recordaron que le tocaba trabajar. Dejó el teléfono sobre uno de los muebles con una mueca y salió al escenario. Respiró profundamente e intentó concentrarse en su actuación.

Como cada jueves, el local estaba a rebosar, las mesas que rodeaban el escenario estaban todas ocupadas. Parejas, grupos, a la gente le gustaba salir, disfrutar de la cena y del espectáculo

de música, baile o teatro que se ofrecía después.

Al menos esto es más seguro que alternar en una fiesta de disfraces.

Su conciencia la aguijoneó trayendo el recuerdo de una bochornosa y lejana noche; una en la que se había ido a la cama con un completo desconocido. Eso no habría sido tan preocupante de no ser porque lo había hecho durante la jodida fiesta de disfraces a la que la arrastró su hermano y en la que terminó atando a su amante casual a la cama.

«Nunca sospeché que te gustasen esta clase de juegos».

Su voz emergió de un rincón de su mente con la misma intensidad que lo había hecho aquella noche y trajo consigo viejos recuerdos. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no perder el equilibrio y concentrarse en cada paso. Sus pies volvieron a posarse sobre el suelo un instante antes de ejecutar un nuevo giro, cayendo sobre el suelo con gracia mientras la música subía de intensidad, marcando que había llegado a la mitad de su actuación. Respiró una vez más y giró estirando los brazos, siguiendo con lo establecido en su número y aprovechando así mismo el escenario en su beneficio para cambiar de ángulo y sumergirse en la penumbra.

Diablos, ¿quién iba a pensar que su reciente celebración por obtener este trabajo y unas cuantas copas de champán la conducirían a la mayor locura de su vida? ¿Cómo podía tener alguien tan buen aspecto desnudo de la cintura para arriba y atado al maldito cabecero de una cama?

¿Por qué había aceptado ir para empezar? No es que Blake le hubiese dado otra opción, según él, quedarse un sábado por la tarde tirada en el sofá cuando podía salir y divertirse, no era una opción.

—Venga, Brenda, será divertido —la animó, instándola a cambiarse—. ¿Cuánto hace que no te corres una juerga como dios manda?

Sus palabras la hicieron parpadear. Sin duda aquella no era una pregunta que esperase escuchar de sus labios.

—No soy chica de juergas —rezongó en voz baja—, y no estoy de humor para fiestas.

—Demasiado tarde, tesoro —le aseguró y le indicó la habitación—. Tienes un par de disfraces encima de la cama, mira a ver si te sirve alguno.

Ladeó la cabeza.

—¿Tienes alguna afición que no me has contado?

Sonrió de medio lado.

—Son de una vieja amiga —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No le importará que los uses.

Entrecerró los ojos.

—Si es de alguna de tus conquistas…

—Ella no es una conquista… era… da igual —se quitó de encima la pregunta—. Cámbiate. Necesitas que te dé el aire y a mí también.

Y así había terminado acompañándole a dicha fiesta, se había relacionado con la gente e incluso había participado en algunos corrillos.

—Ese es material para un polvo-fiesta.

Se giró hacia la mujer que había hecho el comentario.

—¿Polvo fiesta?

La mujer le guiñó el ojo y bajó el tono al responder.

—Un polvo de reconocimiento, un polvo de diversión y un polvo de despedida.

Puso los ojos en blanco.

—Esos son demasiados polvos…

—¿Y? Eso es precisamente lo que lo hace interesante y toda una aventura —aseguró bajando el contenido de su copa para luego señalar con un gesto de la mano al objeto de atención —, y ese principito es la víctima perfecta.

Siguió su mirada con disimulo. Sabía de quién le hablaba, no había podido sacarle la mirada de encima desde el mismo instante en que lo había visto. No sabía quién era, pero todo en él gritaba sexo del bueno.

Había necesitado que un par de copas más le diesen fuerzas, que su hermano no estuviese a la vista para perder todo el sentido del ridículo e ir a por él.

La música cambió el tempo anunciando el trayecto final y adecuó sus pasos para dar por finalizada su actuación. Las luces se fueron atenuando de nuevo hasta terminar en total penumbra permitiéndole retirarse detrás del telón.

—Al-Hasa —leyó una vez más tras recuperar su teléfono—. ¿Y dónde demonios está eso?

Bufó, vaciló unos instantes entonces presionó el botón de grabación de voz y emitió su respuesta.

—Tú ganas —rezongó—. Más te vale que vengan a recogerme. Si me dejan en medio del desierto y me muero deshidratada volveré en forma de fantasma para atormentarte eternamente.

Hizo una pausa y añadió.

—PD: Más te vale que lo de las cabras sea algo metafórico.

Le dio a enviar y resopló. Una nueva respuesta entró casi al momento.

«Te recogerán en el aeropuerto internacional de Al-Hasa.
Procura no matar a nadie hasta que yo llegue, ¿vale?
Sé buena.
TQ Blake
PD: ¿Sabes de verdad lo que es una cabra?».

Siseó. Cuando le pusiera por fin las manos encima al gracioso de su hermano, iba a quedarle muy claro lo que opinaba de su sentido del humor y las encerronas que traían consigo.

—Más te vale que sobreviva a estos quince días, Blake Santoro, o serás hombre muerto.

CAPÍTULO 2

El hielo empezaba a diluirse mezclándose con el líquido lechoso de su vaso, el *mezza* que le habían servido seguía tan intacto como en el instante en que lo dejaron encima de la mesa. Había preferido dedicarse a beber y, tras dos vasos de *arak*, todavía no estaba seguro de sí buscaba emborracharse o aclararse las ideas.

Khalid se pasó una mano por el revuelto pelo negro y dio otro sorbo a la anisada bebida. Sobre la mesa, estaba el telegrama que le había enviado su mejor amigo desde algún punto de África, un occidental afincado en el Reino Unido al que quería como a un hermano y que le arrancaría la cabeza cuando supiese la manera en que había sido traicionado.

> ***«Al pomposo Sheikh Khalid Wadi AlRashid, de la tribu beduina AlRashid de Al-Hasa.***
> ***Brenda Rose va en camino, tiene previsto llegar el día 12 a las seis de la tarde. Aeropuerto internacional de Al-Hasa.***
> ***Juro que te compensaré.***
>
> ***Blake Santoro».***

El escueto contenido del mensaje no le había causado sorpresa, de hecho, era algo que esperaba después de la conversación que había tenido un par de semanas atrás con él.

—Tienes todo el derecho a mandarme a paseo y no te guardaré rencor, pero necesito tu ayuda.

Khalid había estado en casa cuando recibió la llamada, se había encerrado en el despacho y había puesto el manos libres.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, hermano, pero si se trata de ella…

Escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—No, no se trata de ella, Khal —negó—, aunque puede que lo encuentres bastante irónico. Se trata de mi hermana pequeña.

La aclaración lo cogió por sorpresa.

—Nunca me comentaste que tuvieses una hermana.

—Eso es porque hacía años que no la veía —explicó—. En el divorcio, mis padres lucharon por algo más que la piscina. Ella ha vivido con mi madre y yo con mi padre. Y ahora me doy cuenta de que tenía que haberme preocupado más por ella.

Frunció el ceño y pensó en algo tan común como una adolescente problemática.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco.

Bueno, estaba lejos de ser una adolescente lo que la llevaba al punto de tener que lidiar con una veinteañera. Teniendo uno en su propia casa, no sabía qué era peor.

—¿Qué necesitas?

Tenía la obligación de ayudarle, más allá de los problemas que pudiese haber entre Blake y su compañera, eran familia.

—Que la acojas unas cuantas semanas en tu hogar —pidió—. Necesito que comprenda

que tu pueblo no es como esos lunáticos que la asaltaron.

Se echó hacia delante al escuchar su tono de voz. Su lobo movió las orejas.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—Brenda Rose estaba haciendo unas prácticas en una clínica veterinaria en Nebraska cuando fue atacada por alguien de tu raza —le comunicó sin alterarse lo más mínimo—. He hecho algo de investigación y esa clínica está bajo la protección del alfa de Nebraska.

Blake estaba hablando del ataque ocurrido hacía algo más de un año a la compañera de Jeremy Macoy y dónde había resultado herido Mikel, el alfa de Texas.

—Conozco el episodio —replicó ahorrándole el tener que dar explicaciones al respecto—. Mi… El líder de mi raza nos mantiene al tanto de lo ocurrido en el mundo de los lobos.

En especial cuando al parecer, alguien había emergido de una sangrienta y horrible noche del pasado para cobrar algún tipo de malsana venganza. Velkan procuraba mantener a toda la red informada, si bien el problema se había instalado en territorio de los Alfas de América, nunca se sabía lo que podía desencadenar.

—Y ese ataque parece que no ha sido más que el principio.

Recientemente, Odin, el alfa de Nevada, había sido atacado, de hecho, de no ser por su compañera, ahora no estaría con vida.

—Brenda ha quedado tocada por lo ocurrido en la clínica —continuó Blake—. La ha afectado mucho más de lo que deja traslucir. Está aterrada, señor, tiembla incluso cuando ve un perro y salta con los ruidos fuertes. La muy tonta cree que no me doy cuenta, pero mis sentidos…

—Se han agudizado, lo sé —asintió consciente del significado—. Eso es lo que pasa cuando te emparejas, hermano.

Un silencio. Obviamente su amigo no quería hablar sobre ello.

—¿Quieres enviar a una niña al seno de una manada de lobos cuando ha pasado por todo eso?

—Esperaba que Zulema pudiese… acompañarla, explicarle… no sé…

Ahora fue su turno de resoplar.

—Ella tampoco sabe que tienes una hermana.

Su amigo optó por irse por la tangente.

—Tú eres el que lleva toda la vida lidiando con mujeres de la familia.

Sacudió la cabeza.

—Sí, pero son lobas y tú me estás pidiendo que me haga cargo de una criatura que lo más seguro es que se eche a gritar o a llorar en cuanto vea un culo peludo paseando por mi casa.

—Necesito sacarla de esa jaula en la que se ha metido, Khalid —insistió—. Antes no era así. Incluso cuando las cosas iban mal, se las arreglaba para poner buena cara y animarnos a los demás. Y es una auxiliar de clínica veterinaria muy buena, adora su carrera y estaba entusiasmada con las prácticas. Ahora no puedes mencionarle nada de eso sin que se ponga blanca o eluda el asunto. Necesita ver las cosas con otros ojos, encontrarse de nuevo a sí misma y si hay un lugar donde puede contribuir a ello es el oasis Al-Hasa.

Resopló, sabía que no iba a decirle que no, ambos eran conscientes de ello.

—Avísame cuando quieras que la reciba.

No, el problema no había sido aceptar a una completa extraña en su propio hogar, lo era la foto que le había enviado al teléfono, una que lo había llevado de vuelta a unos meses atrás, a la visita que había hecho a los Estados Unidos para asistir a un par de reuniones de negocios.

Durante su estancia en el país anglosajón había tenido tiempo para asistir a alguna que otra

fiesta y en una de ellas, la conoció.

—Que los demonios del desierto me lleven —murmuró mirando una vez más la instantánea que retrataba a una joven mujer, vestida con sencillez—, soy lobo muerto.

Había sido un encuentro fortuito que comenzó como un juego, propiciado por el ambiente festivo y el alcohol que corría sin medida, un momento que le había puesto en bandeja a una bonita y dispuesta hembra cuya identidad no se había molestado en descifrar.

El código de vestimenta de la fiesta le había permitido mezclarse sin levantar expectación por su forma de vestir, el color de su piel o su obvia ascendencia árabe y dar rienda suelta a una actitud que no tendría en circunstancias normales. Y ella había sido como la realización de sus sueños más eróticos. Vestida con un sensual corsé rojo que le apretaba y erguía los senos, una falda larga negra recogida en uno de los lados y una media máscara veneciana ocultando su identidad, lo había fascinado tanto o más que el aroma que la envolvía o la forma en la que contoneaba las caderas.

Su espíritu lupino había levantado las orejas, sacudido el pelo y la había visto a través de sus ojos con renovada curiosidad. En un principio pensó que era ella, su elegida, pues ver sus coqueteos y esa bonita sonrisa dirigida a otros hombres lo había hecho gruñir. Su malestar al verla restregarse en un sensual baile con uno de los invitados humanos había llevado al lobo a reflejarse en sus ojos, provocándole unas irracionales ganas de pegarle un puñetazo al idiota y arrebatársela, pero esas emociones habían sido pasajeras y no tan demandantes como para desear ponerse a desgarrar cuellos.

La vigiló como un cazador que vigila a su presa, correspondió a sus miradas y sostuvo su atención mientras confraternizaba con otros invitados y conocidos. Las mujeres para él eran algo secundario, un entretenimiento pasajero y estaba decidido a que siguiesen como tal mientras no apareciese su compañera predestinada. Tontear, divertirse, disfrutar del sexo, todo ello siempre y cuando no entrase en conflicto con sus deberes para con la tribu y todas las familias que dependían de él.

Los vínculos de sangre eran importantes en su cultura, tanto o más aun siendo lobos, pero teniendo hermanas que lo habían vuelto loco con sus lloriqueos y peticiones antes de que encontrasen a sus respectivos compañeros y pasasen sus quejas a estos, estaba decidido a dejar que las mujeres se quedasen en el lugar que debían; su cama o, en el caso de su compañera, bajo sus estrictas normas.

Sí, la honraría y protegería como correspondía, pero no permitiría que ninguna hembra lo gobernase como su madre había hecho con su padre, que se colase en su corazón al punto de dejarse morir cuando la enfermedad se la llevó de su lado.

No. Él no era su padre y sabía con exactitud el lugar que su compañera ocuparía en su vida.

Su deserción de la sala principal no le había pasado por alto, dejó la copa a medio beber en una bandeja cercana y salió tras ella. Apenas había deambulado por el hotel en el que se estaba llevando a cabo la recepción cuando notó su presencia.

—*Sayidd* —escuchó su suave y meloso tono de voz antes de notar la pequeña mano resbalando sobre su hombro—. Habéis abandonado la velada antes de que pudiese llegar a vos… ¡qué falta de cortesía!

Sus labios rojos por el carmín se habían curvado en un mohín mientras presionaba los comprimidos senos contra su pecho y alzaba el rostro hasta que sus ojos se encontraron a través de las máscaras que ocultaban sus identidades.

—Imperdonable por mi parte haberte descuidado, pequeña *kadi* —correspondió con media

sonrisa, rozando sin poder evitarlo esas llenas y sonrojadas mejillas—, pero ya veo que has decidido tomar cartas en el asunto para evitar que siga ocurriendo.

Se echó a reír, un sonido claro y musical, su aliento le llegó con un ligero olor a vino, el cual, unido a la manera en que le brillaban los ojos, el sonrojo de sus mejillas y la manera desinhibida en la que se comportaba, era obvio que había bebido más de la cuenta.

—Un beso y estáis perdonado, *sayidd* —ronroneó ella, sonrió nuevamente y se apoyó en sus antebrazos para alcanzar su boca.

No le dio tiempo para echarse atrás, tomó lo que le ofrecía y lo hizo a conciencia. Había pasado demasiado tiempo fantaseando con su sabor, en cómo sería tocar sus labios, hundir la lengua en su boca y ahora cualquier fantasía quedaba en pañales ante la caliente realidad. Su lobo alzó las orejas y gimió al unísono ante el pecaminoso placer que encontraba en su boca.

—Um… —se lamió los labios al separarse, sus ojos destellaban de deseo a través de los huecos de la máscara tan coqueta como traviesa—, quizá un beso no sea suficiente.

Enarcó una ceja con cierta diversión. Aquella era una reflexión que tanto él como su lobo sin duda compartían. Su espíritu lupino se relamió deseoso de probarla.

—Una opinión que sin duda comparto.

Ese primer coqueteo lo motivó a arrastrarla hasta la propia habitación que ocupaba en el hotel. Le devoró la boca, probó su cuello, mordisqueó cada centímetro de piel mientras sus manos la moldeaban, se deleitó con su sabor y con los pequeños ruiditos que escapaban de sus labios y la sedujo, del mismo modo que ella lo sedujo a él y a su bestia al conducirle a la cama y permitirle, en un caliente y arrogante insensato intercambio de poder, que lo atase con los cordones de las cortinas.

Había estado tan excitado, su erección empujando contra el pantalón mientras ella le miraba con esos ojos de gacela, su mente confusa por la necesidad que crecía en su interior, el aroma que le arrebataba el sentido y tiraba de su bestia, que había perdido la noción de todo excepto ella y el sabor de sus besos.

Ah, era una mujer realmente traviesa. La inteligencia y diversión bailaban en esos sensuales ojos que jugaban tras su propia máscara, la que no había dudado en quitarle desvelando su identidad.

—Deberías acercarte un poquito más para poder disfrutar de una visión mucho más cercana… pequeña.

Se acomodó y tiró una vez más de los cordones sonriendo al sentir cómo se aflojaban, su deliciosa presa podía ser una fantástica seductora, pero no tenía ni idea de cómo hacer un nudo decente.

—¿No quieres otro beso? —la tentó bajando el tono de voz, atento a cada una de sus respuestas.

Vio cómo vacilaba, su cuerpo parecía desear una cosa mientras su mente, todavía obnubilada, intentaba procesar otra.

—Solo… solo un beso más…

Reprimió una sonrisa, permaneció inmóvil y a la espera, cada movimiento femenino parecía contribuir a su excitación, una que no escondía ni se molestaba en disimular. El colchón se movió bajo el peso femenino, una de esas delicadas manos se posó sobre la almohada, lo suficiente cerca de él, pero sin llegar a tocarle. Sintió su aliento cuando acercó el rostro, los labios entreabiertos húmedos y dispuestos a escasos centímetros de los suyos eran una tentación demasiado grande para resistirse y él ya estaba cansado de hacerlo. La deseaba y esa mujer iba a ser suya.

—Eres pura tentación —murmuró lamiéndole los labios—, pero ya me he cansado de jugar bajo tus reglas. Ahora, lo haremos bajo las mías.

Cualquier posible gesto o respuesta por parte de ella quedó eclipsada bajo el asalto de su boca, la penetró con la lengua y degustó su sabor, librándose de sus ataduras y dándose un festín con esa provocadora hembra.

Khalid levantó el vaso y se bebió el resto de la anisada bebida de golpe. En honor a la verdad, hacía tiempo que no pensaba en aquella noche, se había obligado a hacerla a un lado, como todo lo innecesario en su vida, sobre todo porque el resultado de esta lo había dejado insatisfecho y bastante molesto.

Oh, ella había estado a la altura, un bocado delicioso, pero que no se había quedado dónde debería estar; allí dónde él la había dejado.

Recordaba haberse despertado por el sonido de su teléfono, un oportuno recordatorio de que tenía que atender unos asuntos esa misma mañana antes de coger el avión privado y volver a casa. Odiaba tener que abandonar el lecho después de una noche tan intensa y agradable, pero había cosas que no podían evitarse. Se había detenido al lado de la cama para contemplarla durante unos instantes en su apacible sueño. Desnuda, el pelo suelto sobre la almohada, el dulce y tierno cuerpo envuelto en las sábanas... era una hembra mucho más joven de lo que había pensado en un primer momento, demasiado joven. Se inclinó y le apartó el pelo del rostro despertándola, vio cómo parpadeaba, su mirada todavía somnolienta y negó con la cabeza.

—Shh, duerme —le ordenó—, hablaremos después.

Ella se revolvió contrariando su orden, se incorporó y la sábana resbaló de su cuerpo dejándole degustar una vez más esa adorable y apetecible visión mientras los somnolientos ojos se posaban en él.

—¿Tenemos que hacerlo? —La extrañeza en su voz le dijo que todavía estaba medio dormida. Le cogió la barbilla y le acarició el labio inferior con el pulgar.

Por norma general se habría levantado, vestido e ido sin más, pero esa jovencita se merecía más, no sabía muy bien el porqué, pero seguía teniendo ganas de ella y esas ganas le molestaban tanto como despertaban su curiosidad.

—Sí —respondió y le sujetó la cabeza para besarla de nuevo en la boca—, porque así lo deseo.

Pero ella no había estado allí cuando volvió a buscarla tiempo después, no había quedado nada más que la máscara tras la que se había ocultado.

Bajó la mirada a la foto que parecía burlarse de él, el retrato de la hermana de su mejor amigo, la misma con la que había tenido aquella inesperada aventura de una noche y a la cual tendría que recibir en pocas horas.

Sí, iba a pedir su pellejo como poco.

CAPÍTULO 3

—A ver si lo he entendido. ¿Vamos a recibir a una americanita, con perpetuo síndrome premenstrual y fobia a los perros porque necesita sacar la cabeza del culo?

Khalid ladeó la cabeza al tiempo que dejaba escapar un gruñido de advertencia. A su lobo le gustaba tan poco como a él que se hablase así de la mujer. Por otro lado, ese felpudo era el único que tenía permitido hablarle de manera irrespetuosa. El joven lobo pertenecía a su tribu, era algo así como un primo lejano con el que compartía una visión abierta del mundo y, recientemente, lo había nombrado su beta.

Al contrario que su padre, no creía que la edad fuese un indicativo de sabiduría, los tiempos cambiaban y era necesario avanzar. Sí, respetaba las tradiciones, pero también era muy consciente del progreso y de lo que esto podía significar para su ciudad.

Su pueblo era nómada de corazón, sus comerciantes seguían haciendo las rutas del pasado a través del desierto manteniendo viva la tradición, pero sabía que para mantener a su gente hacía falta mucho más que tradiciones.

Las casas, los nuevos sistemas de regadío, el cuidado de las cosechas, todo obedecía a mejoras, a avances en la maquinaria y a los nuevos conocimientos que aportaban los ingenieros agrónomos que se habían formado en el seno del clan. El que uno de ellos fuese su hermana pequeña, era un orgullo añadido, uno que había provocado al mismo tiempo una apoplejía entre los más ancianos.

Todo era cuestión de adaptarse y mantener la esencia de su cultura, una de las premisas que lo movían y que hacían de Hakim en el beta adecuado.

—No es americana, es británica —puntualizó al tiempo que volvía el rostro hacia la ventanilla del coche. Hoy el sol volvía a lucir en todo su esplendor lo que traería consigo un día bastante caluroso.

—¿Y eso supone una mejora porque…?

—¿Me estás incordiando a propósito o es tu nueva forma de exponer las quejas? —preguntó mirándole de reojo.

Sonrió de soslayo.

—Alguien tiene que hacer que mantengas el cargo, *sheikh* Khalid.

—Creía que eso lo hacía yo mismo.

—Sigue con ese optimismo, *sayyid*[4] y llegarás lejos.

Puso los ojos en blanco y continuó disfrutando del paisaje.

—Ahora en serio. Esa mujer tiene un jodido problema, no creo que meterla en una casa llena de culos peludos sea una buena idea. A menos que quieras llevar a cabo una jodida terapia de choque.

Y esa idea encajaba con los motivos que él mismo había alegado ante la llamada de Blake. Pero el caso era que la mujer que su amigo le había retratado no tenía nada que ver con el recuerdo que él mismo conservaba.

«Antes no era así. Incluso cuando las cosas iban mal, se las arreglaba para poner buena cara y animarnos a los demás. Y es una auxiliar de clínica veterinaria muy buena, adora su carrera y estaba entusiasmada con las prácticas. Ahora no puedes mencionarle nada de eso sin

que se ponga blanca o eluda el asunto. Necesita ver las cosas con otros ojos, encontrarse de nuevo a sí misma y si hay un lugar donde puede contribuir a ello es el oasis Al-Hasa».

Sabía que hablaba por experiencia propia. El oasis de Al-Hasa le había cambiado y para bien. Había llegado a su hogar en un momento crítico y allí había encontrado no solo la paz que necesitaba su alma sino un motivo para continuar adelante. Se había convertido en su hermano, en parte de su familia y ahora depositaba en sus manos algo de sumo valor; su hermana. Quería que cuidase de ella y su tierra la ayudase a sanar.

—Nuestra raza le mostró su cara más amarga —comentó pensando en lo que sabía del suceso—. Es hora de que vea la otra cara…

Hakim resopló.

—¿Vas a ejercer de niñera entonces?

Lo miró y sonrió de soslayo.

—No, vas a hacerlo tú.

Él se limitaría a darle la bienvenida, acogerla en su casa y dejaría que su místico hogar hiciese el resto. Y, por encima de todo, se mantendría alejado de ella, no deshonraría a Blake otra vez.

—¿Estás de broma?

—No.

—Pues no tiene la más mínima gracia.

—¿No me digas?

Sacudió la cabeza y se llevó las manos a las caderas.

—¿Y qué pasará si esa mujer te gusta más de lo que debería? —insistió—. ¿Tendré que prepararte un nidito de amor?

Le miró de soslayo. Ambos sabían el motivo de esa pregunta, aquel por el que llevaba chinchándolo meses.

—No lo hará.

No, ella no sería otra cosa que una invitada en su casa y la respetaría como tal.

—Un día vas a comerte esa seguridad con patatas.

Se encogió de hombros.

—Supongo que lo haré cuando esté delante de mi compañera.

Resopló, un sonido largo y cansado.

—Khalid, cuando esa mujer aparezca, me teñiré el pelo de azul —le soltó—. Te lo juro.

Lo miró con palpable diversión, pues el ondulado pelo castaño era su orgullo.

—Te lo recordaré llegado el momento.

Bufó y habría respondido de no ser por la interrupción del chofer que los llevaba al aeropuerto.

—Ya hemos llegado, *sayyid* —le informó entrando en el aparcamiento—. ¿Os llevo al lugar de siempre?

—Sí —asintió—. Gracias.

—¿A qué hora has dicho que llegaba la chica?

—Su vuelo debería estar aquí a las seis.

Asintió, abrió la puerta y bajó.

—Quédate aquí, te la traeré y podrás ejercer de gran jeque —se burló su amigo.

Puso los ojos en blanco y bajó también del coche.

—Te estás ganando un billete directo a los viveros…

Hakim se burló.

—No me lo digas dos veces, tengo repertorio más que suficiente —aseguró jocoso—. Cualquier cosa con tal de no tener que hacer de niñera.

Le ignoró, lo dejó atrás y entró en la pequeña terminal del aeropuerto internacional de la región.

Su lobo levantó las orejas nada más traspasar las puertas, algo captó su atención, algo que no había sentido antes y que prometía enormes problemas.

—¿Khalid?

—¿Qué?

—Abajo, chico, estás gruñendo.

Y aquello, no hacía sino aumentar su seguridad de que el infierno estaba a punto de desatarse sobre él.

Brenda no veía el momento de poder estirar las piernas. Después de nueve horas y media de avión y dos escalas, se le habían terminado los epítetos con los que insultar a su hermano y a todo el personal de los jodidos aeropuertos que había pisado. Estaba cansada, agobiada y de un humor de perros; el carácter perfecto para conocer a un pastor de cabras.

Dejó escapar un profundo suspiro cuando vio aparecer la maleta por la cinta transportadora, la recogió y se encaminó hacia la zona central en la que esperaba hubiese alguien para recogerla. La idea de quedarse varada en aquel lugar no era un aliciente para su actual cabreo.

Tonos suaves y mucha luz, con un ambiente menos estresante del que había encontrado en el aeropuerto de Dubái al hacer su primera escala —apenas sí podía recordar la segunda en Doha pues había tenido que correr como una loca para no perder el enlace—, la recibieron en el pequeño aeropuerto de Al-Hasa. Al igual que en sus paradas anteriores, el cambio de indumentaria, el idioma, así como los símbolos de los paneles informativos, aumentaban la sensación de haber recalado en otro mundo.

Arrastró tras de sí el maltratado *trolley* y buscó las pequeñas indicaciones escritas en inglés en cada uno de los enormes paneles. Dejó atrás la aduana sin incidencias y traspasó las puertas automáticas que permitían acceder a la parte central de la terminal. Un pequeño contingente de personas estiraba el cuello tratando de localizar a los pasajeros que venían a esperar, divisó algunos cartelitos con nombres, esquivó a algunos viajeros y buscó entre los presentes el suyo.

—Como no hayan venido a buscarme, me cargo a Blake.

Y lo haría despacio, muy despacio, para que sufriera y se enterase de una vez y por todas que no era una niña pequeña a la que pudiese manejar a su antojo. Si estaba ahora allí era porque confiaba en él y estaba tan desesperada que necesitaba una maldita alternativa a su actual vida.

Se detuvo para echar un vistazo alrededor y entonces lo vio, un cartel con su nombre en manos de un obvio residente del lugar. Aliviada, sorteó a los últimos pasajeros y caminó en su dirección levantando la mano al tiempo que se presentaba.

—Brenda Rose Santoro, esa soy… —su canturreo se detuvo en seco, al igual que sus pasos cuando reparó en el hombre que acompañaba al que sujetaba el cartel—. Yo.

El corazón se le paró casi en el acto para empezar a latir con mayor rapidez. Vestido con una túnica larga y pantalones de algodón, con una especie de guardapolvo por encima, un

pañuelo cubriéndole la cabeza y esos inquietantes y misteriosos ojos fijos en ella, estaba el último hombre que esperaba volver a ver.

—¿Señorita Santoro? —preguntó el que sujetaba el cartel.

Hizo un verdadero esfuerzo para arrancar la mirada de la de él y prestarle atención al otro hombre.

Aquel no era un pastor de cabras, ninguno de los dos parecía, ni remotamente, un jodido pastor.

—Soy yo —consiguió articular. Se lamió los labios y se obligó a concentrar su atención en el portador del cartel—. Soy Brenda, ¿trabaja para Khalid AlRashid?

El hombre enarcó una ceja con visible sorpresa ante la repentina interrupción, parpadeó un par de veces y sonrió con pereza al tiempo que levantaba el pulgar y señalaba a su acompañante.

—Sí, trabajo para el *sheikh* AlRashid —le soltó sin dejar de señalar a su acompañante—. Soy su… administrador. Bienvenida a Al-Hasa.

¿*Sheikh*? ¿Acababa de llamarle *«jeque»*?

Se giró de inmediato a su acompañante cuya intensa mirada podía notar sobre ella, sus ojos habían adquirido un tono claro, suavizando el castaño oscuro con pequeñas motas doradas.

—Pero… pero tú… tú no eres un pastor de cabras —afirmó con rotundidad—. Yo estaba esperando un pastor de cabras. Y… ¿*Sheikh*? No, aquí tiene que haber un error…

—No hay ningún error —respondió dando un par de pasos hacia ella para coger su mano con una firmeza que la estremeció—. Solo una inesperada sorpresa, creo que por ambos lados. Bienvenida a mi hogar, Brenda Rose.

Miró su mano y tiró de ella como si le quemase su contacto, sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Ah, no. Ni hablar. De eso nada —sacudió la cabeza—. Esto no formaba parte del acuerdo. Me vuelvo a casa…

Dicho aquello dio media vuelta con intención de acercarse a una de las ventanillas y pedir que le cambiasen el vuelo de regreso para ya mismo.

—¿No dijiste que no la conocías, *sayyid*? —Escuchó la diversión en la voz del hombre, una que no se molestó en ocultar. No parecía tener reparos en que ella lo escuchase.

—Nunca conocí a la hermana de Blake —declaró con lo que le pareció un gruñido—. Y ella no era su hermana cuando la conocí.

—Um, creo que eso de los lazos de sangre no son de quita y pon —se burló su compañero —. Si lo es ahora, lo era entonces.

—No para mí.

Carraspeó en un obvio tono de aviso.

—Khalid, estás gruñendo —canturreó el hombre antes de echarse a reír.

La respuesta fue emitir un nuevo gruñido, más animal que humano que la hizo saltar, la carne se le puso de gallina y un enfermizo miedo empezó a recorrerla por entero. Se giró hacia él como un resorte, con los ojos abiertos y temblando ya de miedo ante lo que solo podía haber imaginado escuchar.

—Bien —escuchó su respuesta y vio cómo esos ojos se aclaraban adquiriendo un tono inhumano—, así sabrás lo que no tienes que hacer.

—¿Vacilarte, *sheikh*?

—No tocar lo que me pertenece.

Sus palabras encerraban tal fuerza y contundencia que al instante reaccionó de la única manera en que podía hacerlo; soltó la maleta y echó a correr como alma que persigue el diablo.

CAPÍTULO 4

El ver salir corriendo a una mujer era una experiencia nueva para Khalid. No podía recordar un solo momento en su vida en el que una hembra hubiese huido de él; por lo general era siempre lo contrario. Las mujeres solían acercársele, buscaban captar su atención, por lo que ver huir a esa pequeña gacela lo había sorprendido tanto como indignado. Su lobo estaba irritado, casi podía verse a sí mismo alzando el hocico en modo altivo y resoplando. Quería pegarle un mordisco, aleccionarla y enseñarle cuál era el comportamiento adecuado en una loba.

Solo había un problema. Brenda Rose no era una loba. Se había acostado con ella y no había sentido la conexión y atracción que ahora lo empujaba a salir corriendo tras ella y morderla. La mujer que había despertado el hambre lupina en su interior le tenía un miedo atroz a su raza, uno que vio en sus ojos cuando le escuchó gruñir.

—Entonces, sí la conoces…

Dejó escapar un resoplido.

—No sabía que *ella* era la hermana de Blake cuando la conocí —gruñó.

Ladeó la cabeza.

—¿Y tampoco fuiste consciente de que esa mujer estaba destinada a ti?

Se giró hacia él y fue sincero.

—No.

Entonces señaló a la huidiza mujer con un gesto de la barbilla.

—Tráemela.

Hakim enarcó una ceja.

—¿Qué te la traiga? —se jactó—. ¿Después de haberte escuchado gruñir con solo verla? No es por nada, Khal, pero ¿hasta qué base has llegado con esa hembra? Solo para saber si debo comprarme una armadura o salir corriendo.

Lo fulminó con la mirada.

—Me tiene miedo así que tendrás que ir tú —gruñó de nuevo—. ¿Tengo que repetirlo?

Hizo una mueca.

—¿Tendré que teñirme el pelo de azul?

Respiró profundamente, dio media vuelta e hizo todo lo posible para no gruñir o aullar de frustración. El emascular a su beta tampoco le serviría de nada. Su lobo estaba de mal humor, quería salir en post de ella, darle caza y someterla, quería que comprendiese quién era el señor del desierto y se moría por hacerlo ya.

—Ve a por ella y tráela al coche —ordenó. Miró la maleta que la chica había dejado atrás y cogió el asa—. Le prometí a Blake que cuidaría de ella y eso es lo que haré.

—Yep. Le prometiste unas semanas, cómo vas a explicarle que dicho espacio de tiempo se ha alargado digamos… ¿hasta el infinito?

Se limitó a ignorarlo, la respuesta a esa pregunta era cuando menos complicada.

—Tráela, Hakim, no lo repetiré.

—Sí, sí, sí, mi *sheikh* —se inclinó con sorna—. Pero no te quejes si viene pataleando.

Ni siquiera se molestó en mirarlo, dio media vuelta y echó a caminar arrastrando consigo el exiguo equipaje que esa mujer había traído consigo. No necesitaba echar un vistazo para saber que la gente lo estaría mirando, la escena que habían presenciado era lo suficiente surrealista por

aquellos lares como para que pasase desapercibida. Acostumbrado como estaba a las mujeres occidentales, la actual situación no lo sorprendía en demasía, pero sí lo molestaba, especialmente porque la hembra que lo había desafiado en público estaba destinada a ser suya.

—¿Cómo he podido pasarlo por alto? Habría jurado que ella no… —resopló y sacudió la cabeza—. Nuestra lejanía no me ha causado mayor preocupación que una ocasional molestia cuando la he recordado…

La había tenido, su lobo la había probado y a pesar de ello en ningún momento había sentido la creciente necesidad que padecía ahora. Sí, la había deseado, se había sentido atraído por ella, le había gustado más de lo esperado, pero no de una forma especial, de esa manera única que le diría, al igual que ahora y sin necesidad de palabras, que esa mujer era suya.

Con cada paso que daba en sentido contrario le dolían las muelas, se le retorcía el estómago y sentía la absoluta necesidad de mandar el protocolo a la mierda e ir por ella él mismo. Esos eran los síntomas de un lobo que encontraba a su compañera y que todavía no la había reclamado, lo había visto en algunos miembros de su manada a lo largo de los años y casi había rogado porque no le sucediese a él.

«Eres el jefe de la tribu, no puedes mostrar debilidad jamás, especialmente no por una mujer. Si deseas consolar a tu hembra, hazlo en privado, quiérela en privado, hazla sentir como una auténtica reina para que permanezca a tu lado, pero recuérdale que su lugar está junto a ti, no por encima de ti».

Las palabras de su padre hicieron eco en su mente, trayendo a su memoria la estrecha relación que tenían sus progenitores la cual solo se apreciaba en privado. En público eran consortes, su esposa a su lado cuando el momento así lo requería, pero sin interferir, al menos no demasiado.

No podía permitirse perder la cabeza por una mujer, ni siquiera, aunque esta fuese su pareja.

—Una compañera.

Una mujer destinada a estar a su lado, a ser la madre de sus hijos, su consorte y, quizá, incluso su amiga. Una que había sufrido por la mano de su propia raza al punto de estar atemorizada de los suyos, de haber perdido el brillo que había visto una vez en sus ojos.

—¿*Sayyid*?

Sin darse cuenta había llegado ya al aparcamiento, el silencioso chófer le abrió la puerta del coche. Necesitaba recuperar la compostura, pensar con claridad su pequeño huésped…

Compañera.

Huésped, se inculcó a sí mismo y a su lobo. Necesitaba verla como un huésped, como la hermana de su amigo.

—¿Dónde demonios se ha metido? —rezongó Hakim olfateando el aire.

No podía haberse ido muy lejos, solo era una pequeña humana y el aeropuerto no tenía muchos recovecos en los que poder ocultarse. Siguió su aroma hasta la salida. La chica parecía correr sin rumbo fijo, algo lógico dadas las circunstancias.

Lo último que le apetecía era tener que hacer de niñera de una humana, especialmente de esa en particular, pero tal y como estaban las cosas no tenía muchas opciones al respecto.

Ignoraba que clase de relación la unía con su alfa, pero el reconocimiento había estado en ambos, lo que lo llevaba a una pregunta más interesante si cabía. ¿Cómo diablos no había

reconocido Khalid, en primera instancia, a su propia compañera?

Su mundo era un misterio, como lo eran sus emparejamientos. Él lo sabía muy bien, había pasado por toda esa crisis hacía poco más de dos años.

Sus sensibles oídos captaron un grito seguido del chirrido de las ruedas de un coche.

—Mierda.

«¿Hakim?».

Pudo sentir la preocupación y el enfado en la voz de su alfa, sabía que estaba atento, posiblemente había desnudado también los dientes y gruñía; su lobo estaba muy en la superficie.

«¿Dónde está ella?».

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Estoy en ello, jefe, estoy en ello.

«Encuéntrala. ¡Ya!».

No tuvo ni que responder, el ansioso lobo cortó la comunicación y él mismo terminó saliendo a la calle, buscando su rastro.

Salió corriendo, no miró atrás, no quería hacerlo y encontrárselo. Sus ojos, había visto el cambio en sus ojos, escuchando ese lupino gruñido y el terror había vuelto a toda velocidad.

La luz del día, el inesperado calor, todo contribuyó a sofocarla, tropezó con sus propios pies, esquivó a duras penas un solitario vehículo solo para ser casi atropellada por otro. Gritos en árabe, palabras que no entendía, giró sobre sí misma sin saber qué hacer o a dónde ir y entonces alguien la cogió del brazo y la sacó de la calzada.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Socorro! ¡Soy ciudadana británica! ¡Quieren secuestrarme!

—Eres muy ruidosa.

Las palabras tardaron en penetrar en su mente, porque esta vez las entendió.

—¿Acabas de hablar en inglés?

Él parpadeó, tenía unos ojos marrones color café impresionantes.

—Sí, eso creo —aseguró y tiró de ella una vez más—. Sería todo un detalle de tu parte si no saltas delante de los coches, lo normal es que te pasen por encima.

Siguió su mirada y sacudió la cabeza.

—Tengo que irme de aquí.

No podía volver a vivir algo parecido a lo ocurrido el año pasado. Sus ojos, esos ojos que la habían mirado no eran humanos. Tiró con fuerza para soltarse.

—Tengo que alejarme de este lugar, tengo que evitar que me encuentre, tengo que irme, tengo que…

—Tranquila, lobita —le habló con suavidad, calmándola. Le rodeó la cintura impidiéndole la huida y la empujó en sentido contrario—. Vamos, deberías sentarte un momento y aclararte las ideas.

—¡No! ¡Me matarán! ¡Ya lo han intentado! —batalló con él y empezó a vigilar sus alrededores, consciente de que no tenía la menor idea de hacia dónde debía ir—. La embajada británica, tengo que ir a la embajada…

Aquello pareció despertar su interés. Con algo más de un metro ochenta y complexión delgada, el chico debía tener su misma edad.

—¿Eres diplomática? —le preguntó—. ¿Trabajas allí?

Lo miró, parecía inofensivo y acababa de evitar que la atropellasen. Además, hablaba su

mismo idioma.

—Necesito llegar a la embajada.

Su vehemencia lo llevó a dar un respingo, pero asintió.

—De acuerdo, te llevaré.

No tenía opción, de todos los males posibles, parecía el más inofensivo, sobre todo en comparación a lo que podría pasarle si él la encontraba.

Aferró el bolso y, tras echar un vistazo a su alrededor, lo siguió hasta el coche.

«Vale. Nadie con un coche tan viejo secuestraría a una chica tonta y británica, ¿verdad?».

Como si necesitase un último empujón para decidirse, escuchó lo que sin duda era un sonoro aullido.

—Vámonos, ¡ahora!

No esperó, abrió la puerta del copiloto, se metió dentro, echó el cerrojo y se puso el cinturón. El corazón le iba a mil.

—Vamos, vamos, vamos —lo urgía—. Date prisa.

Frunció el ceño, chasqueó la lengua y echó un vistazo hacia atrás, como si buscase el origen del sonido.

—Tranquila, pequeña, la embajada no se va a mover del lugar.

No podía quedarse allí, no podía enfrentarse de nuevo con aquello.

—Arranca el puto coche —siseó golpeando el salpicadero con las manos.

Su nerviosismo lo llevó a mirarla como si se estuviese arrepintiendo de haberle permitido subir.

—Menudo lenguaje.

Le señaló la calle e insistió.

—Vámonos, por favor, vámonos ya.

—Eres un poco nerviosilla, ¿no? —insistió al tiempo que rodeaba el vehículo y ocupaba su lugar detrás del volante.

No le escuchó, todo lo que podía hacer era mirar por la ventanilla de un lado a otro rogando que él no apareciese.

—Vámonos pues.

El motor arrancó y el alivio empezó a filtrarse en su cuerpo.

Khalid no había sentido tal cantidad de estrés y desesperación en la vida. Sus sensibles oídos habían escuchado el chirrido de los neumáticos ahogado con el grito femenino y su lobo había tomado el mando. Se giró como un resorte, los dientes desnudos, su bestia gruñendo a través de su garganta y viéndolo ya todo rojo. En un instante estaba a punto de subirse al coche y al siguiente se adentraba de nuevo en la terminal, rodeando el edificio mientras contactaba con su beta para finalmente verla, al otro lado de la calle subiendo a un vehículo con la última persona que esperaba ver por allí.

—No me jodas —jadeó Hakim, apareciendo a su lado—. ¿Ese es…?

Dejó que el lobo se reflejase en su voz, replicando el creciente cabreo que nacía en su interior, uno que no tenía nada que ver con chiquilladas y sí mucho con el deseo de arrancarle los miembros al imbécil que se había atrevido a robarle lo que era suyo y hacerlo delante de sus narices.

—Un hombre muerto.

Hakim chasqueó la lengua.

—Alguien debería decirle a ese cachorro que no es sabio jugar con la comida del jeque.

Lo ignoró. No estaba de humor para su sarcasmo, su lobo estaba arañando la superficie, quería salir de su férreo control, deseaba correr detrás del maldito vehículo y destripar al incauto que se había atrevido a tocar a su compañera.

—¿*Sheikh*? ¿Khalid?

No contestó, no podía encontrar las palabras, su parte humana estaba desapareciendo bajo la fiebre lupina. La rabia era demasiado grande y que el culpable fuese ese molesto chico, lo hacía aún peor.

—Vuelve y dile a Zulema que, si quiere ver a su hermano pequeño con vida, se prepare para atender sus heridas.

Su beta se puso delante de él a sabiendas de que podía llevarse un mordisco.

—¿Tengo que recordarte que también es tu hermano pequeño? —canturreó su amigo—. Entiendo que estés cabreado, pero…

—No lo mataré —repuso en voz baja, mortal—, al menos no hasta que haya escuchado el motivo por el que ha subido a mi compañera a su coche sin mi consentimiento.

Sin más, se quitó el sobretodo que llevaba, al que siguieron los zapatos y el *thawb* y cambió allí mismo a su forma lupina, deshaciéndose con ello del pantalón y el slip. Se sacudió desde el morro a la cola, levantó la nariz y olfateó el aire antes de emprender una rápida carrera que lo llevase a interceptar al ladrón de su hembra.

—Lobos, jeques y sus mujeres —miró hacia el cielo y chasqueó la lengua—. *Alá* dame paciencia.

CAPÍTULO 5

Brenda estaba segura de que, con lo de hoy, había batido toda clase de récords. Había pisado el aeropuerto, se había encontrado con su último polvazo solo para salir corriendo como alma que lleva el diablo al escucharle gruñir. Su elección de hombres era sin duda memorable, ya no se limitaba a los gilipollas, no, ahora también se tiraba a engendros. Y por si eso no fuese suficiente, acababa de subirse al coche de un completo desconocido obligándole a llevarla a la embajada británica.

Pero ¿para qué? ¿Qué esperaba hacer? ¿Qué iba a decir en la embajada?

«Disculpe, señor embajador, pero necesito que me busque una escolta, a poder ser del ejército y me meta en un avión de vuelta a casa».

Sí, ya podía ver lo bien que le iba a sentar la camisa de fuerza.

—No me puede estar pasando todo esto, otra vez no.

Cogió el bolso y hurgó en su interior en busca del móvil.

—No me jodas, ¿sin cobertura? —rezongó y miró a su alrededor—. ¿Qué pasa? ¿No le ponéis antenas a las cabras o algo?

Su conductor se limitó a mirarla de soslayo y contener lo que sin duda era una carcajada.

—Somos un poquito más sofisticados que eso —replicó y la miró de nuevo—. Entonces, ¿qué te ha traído hasta Al-Hasa? ¿Una visita diplomática? ¿Tienes una reunión con el *sheikh* AlRashid?

Se giró en el asiento como un resorte.

—Ni siquiera menciones ese nombre —se estremeció y se frotó los brazos—. Voy a matarle, te juro que voy a matarle.

—¿Al *sheikh*? ¿Ha tenido tiempo de insultarte en tan poco tiempo? Eso sería un nuevo récord para él.

—No, a mi hermano —replicó con un siseo—. Él es el único culpable de que esté hoy aquí. El muy gilipollas pensó que sería una fantástica idea el que pasase una temporada de vacaciones en casa de su amigo el cabrero.

—¿Cómo? —Había cierto tono jocoso en su voz.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—El caso es que no existe ningún cabrero, el hijo de puta no es un pastor de cabras, es un puñetero demonio sacado de mis pesadillas —continuó con su discurso sin darse cuenta siquiera de que el coche había empezado a perder velocidad—. Maldito seas, Blake Santoro, cuando te ponga las manos encima… ¡te emascularé, hermano o no!

El coche empezó a frenar de golpe, la inercia hizo que se impulsase hacia delante, reteniéndola solo el cinturón.

—La madre que te… —jadeó volviéndose hacia el conductor—. ¿Dónde has aprendido a conducir? ¿En una carrera secundaria?

—En Yale —le respondió al tiempo que detenía el vehículo por completo en el inexistente arcén y se volvía hacia ella—. ¿Has dicho Santoro? ¿Blake Santoro?

Frunció el ceño, el repentino cambio en esa mirada y la seriedad que de repente adquirió su rostro, la puso sobre aviso.

—¿Qué pasa si he dicho ese nombre?

A juzgar por el juramento que soltó en árabe, la rapidez con la que se quitó el cinturón y bajó del coche, más de lo que ella podía suponer.

—Eres la hermanita de Blake —le escuchó farfullar un instante antes de que diese la vuelta y abriese la puerta del copiloto—. Eres la jodida invitada del *sheikh*.

Se aferró al cinturón como si fuese su tabla de salvación.

—¿Quién eres? No me has dicho tu nombre.

Y aquello era un punto bastante importante.

—Me llamo Malik —respondió al tiempo que se inclinaba sobre ella, le soltaba el cinturón y la obligaba a bajar—. Y acabas de meterme en un buen lío. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué no estás con Khalid? ¿No llegó a recogerte?

Se soltó de su agarre a la velocidad de la luz, dio un par de pasos atrás y se fijó en sus ojos, en sus facciones y en la manera en que hablaba.

—¿Quién eres? —insistió, pero no era eso lo que quería saber—. ¿Cómo sabes quién soy? ¿Conoces a mi hermano?

Resopló y se pasó la mano por el pelo, revolviéndolo.

—Sí, conozco a tu hermano —respondió con un bufido—, por supuesto que lo conozco. Él está emparejado con mi hermana.

Arrugó la nariz y frunció el ceño.

—¿Qué?

Decidió ignorar su pregunta.

—¿Qué demonios ha pasado en el aeropuerto? —Volvió sobre sus pasos—. Estabas huyendo. ¿Por qué? ¿De quién?

Se llevó las manos a las caderas.

—No me lo creerías aunque te lo dijese.

Parpadeó sorprendido por su respuesta o su pose, no lo sabía.

—Haz la prueba.

Optó por seguir el mismo camino que él e ignoró su pregunta.

—¿Por qué no me llevas a la embajada, me dejas allí y te olvidas siquiera de que me has visto?

Se echó a reír pero no parecía en absoluto divertido.

—Oh sí, por supuesto —resopló—. Si tuviese ánimo suicida quizás lo hiciese, princesa.

Abrió la boca para protestar pero él la calló con un gesto.

—Vas a decirme ahora mismo qué demonios ha pasado y por qué no estás con Khalid —declaró con voz seria, ya no había rastro del cálido y afable chico que la había auxiliado—. ¡Si no hubiese estado allí, habrías terminado bajo las ruedas de un coche!

Parpadeó y dio un paso atrás ante ese tono dominante y acusador.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡No puedo volver a pasar de nuevo por aquello! ¡Me matarán!

Su rápida y ferviente defensa lo frenó, la incredulidad y la incomprensión se reflejaron en su rostro.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Quién va a matarte?

—¡Los lobos! —estalló desesperada—. ¡Sé que pueden cambiar de forma a su antojo! ¡Lo he visto! ¡No estoy loca! ¡Los he visto! ¡Y me matarán! Sé que lo harán… sé que lo harán.

Y aquel era su mayor temor, el que alguien volviese a terminar con el trabajo de aquella tarde. Sabía que no era racional, nada de aquella pesadilla lo era, pero tenía pesadillas en las que volvían para matarla.

Empezó a temblar sin control, los recuerdos volvieron a hacer mella en ella y terminó abrazándose a sí misma con fuerza.

—Volverán a terminar con lo que empezaron, lo sé.

El tono masculino perdió dureza cuando posó con suavidad la mano sobre su hombro de manera reconfortante.

—¿Qué te han hecho? ¿Qué te ha pasado para que hables de esa forma de mi…?

«Malik, por tu propio bien y seguridad, retira ahora mismo las manos de mi compañera y da un paso atrás».

Si bien ella no fue consciente de ese rabioso aviso, sí captó al instante el profundo y bajo gruñido que retumbó en la solitaria carretera.

Giró con aire contenido y lo vio ante ella, enorme, peligroso y con unos profundos ojos dorados clavados en su persona.

Sacudió la cabeza, las palabras se le atascaron en la garganta y el miedo volvió a adueñarse de su mente.

—No, no, no, no…

La pesadilla estaba cobrando vida una vez más.

CAPÍTULO 6

«Malik. Retrocede. Ahora».

Khalid quería lanzarse a la yugular, destrozar a ese cachorro estúpido y darle una lección, pero no podía patearle el culo delante de Brenda por más que lo desease. Ella ya estaba bastante desquiciada en aquel momento sin tener que añadir sus ansias de sangre y desmembramiento a todo el estrés que estaba sufriendo.

Blake iba a matarle y tenía razones para hacerlo, su hermana no llevaba ni un par de horas en su país natal y ya la habían aterrado y secuestrado.

Y él se estaba coronando como compañero. El primer deber de un lobo era siempre para con su compañera, tenía que cuidar de ella y había fallado.

La sorpresa en los ojos de su hermano fue un pequeño indulto que evitó que se le lanzase a la yugular.

—Espera… ella… es la hermana de Blake —comentó intentando comprender la magnitud de sus palabras.

«Lo es».

—¿Y dices que además es tu compañera?

Su respuesta fue enseñar los dientes y gruñir en voz baja al tiempo que caminaba hacia ellos. El chico comprendió al momento la situación de peligro en la que se encontraba y dio un paso atrás, con todo, seguía pendiente de la mujer, como si no se fiase de él en esos momentos; no podía culparle.

—Khalid…

Lo ignoró, su atención y la de su lobo estaban en la muchacha que lo miraba aterrada, con lágrimas en los ojos y empezaba a perder la batalla para conseguir meter aire en los pulmones.

«Brenda Rose, respira profundamente y deja salir el aire despacio».

Fue una orden instintiva, que obedecía a su propia naturaleza como alfa, pero no fue consciente de las implicaciones que traían consigo y sobre esa hembra hasta que la vio sobresaltarse, emitir un pequeño gemido y llevarse las manos a los oídos. Lo había escuchado, un indicativo de que su vínculo de pareja se había instaurado. Pero ¿cuándo y cómo no se había dado cuenta?

—¡Sal de mi cabeza! —se encogió, podía oler su miedo así como sentirla temblar.

«No voy a hacerte daño, pequeña».

Gimió de nuevo, sacudió la cabeza y levantó la mirada con gesto angustiado y acusativo.

—¡No te creo! ¡Márchate! Oh, dios, márchate.

Un bajo gimoteo escapó de su garganta lupina. A su lobo no le gustaba verla así, su miedo le dolía tanto como a él mismo.

«Está aterrada. Nunca he visto una reacción así antes en una compañera. ¿Estás seguro de que ella…?».

El gruñido amenazador que surgió de nuevo de su garganta fue suficiente aviso para su hermano, pero también contribuyó a que la chica se echase a llorar.

—¿Era necesario que hicieses eso? —Lo censuró ahora en voz alta y dio un paso hacia él solo para que su bestia desnudase toda la dentadura en una abierta invitación a perder algún miembro.

«Tócala y te destrozo».

Sorpresa, vacilación y por fin la sumisión que esperaba en los miembros de su clan. El cachorro bajó la cabeza y dio un paso atrás.

—Está asustada, Khalid —continuó a pesar de todo, su voz suave, calmante como lo era su presencia lupina. Malik era un raro ejemplar, más pequeño que la media en su forma lobuna, poseía un aura de paz y tranquilidad que transmitía paz; era un sanador—. Y esa actitud tuya no le está haciendo precisamente un favor. Ha salido huyendo. Por todos los profetas, ¿qué diablos ha pasado?

Lo miró con sus ojos lupinos.

«La atacaron. En el atentado de hace más de un año al alfa de Nebraska y a su compañera. Blake me la envió para que cuidase de ella, para que le mostrase la otra cara de la moneda. No sabía hasta qué punto la había afectado ese episodio».

Ahora fue el turno de su hermano para gruñir. A pesar de hacerlo en su forma humana, la chica se sobresaltó y giró la cabeza en su dirección. La ansiedad recorría sus venas, manaba de cada poro de su piel, si no se calmaba empezaría a hiperventilar en cualquier momento.

«Respira. Profundamente. Hazlo».

Su voz se filtró en ella como una suave pero firme orden, un privilegio de ser alfa y de la conexión que tenía ya con esa mujer. Con dificultad siguió sus directrices, se atragantó, tosió y volvió a respirar. Podía ver en sus ojos la sorpresa ante su ciega obediencia, la incomprensión y la creciente irritación.

—Deja de hacer eso —lloriqueó, atragantándose con las palabras, buscando el aire que él le obligaba a recibir—. ¡Basta! ¡Sal de mi cabeza! ¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!

«Khalid, será mejor que cambies a forma humana o le dará una apoplejía».

Desplegó de nuevo los dientes y fulminó a su hermano. No le quería cerca de su mujer, no quería ningún otro macho cerca de su hembra, hermano o no.

«¡Retrocede!».

Su orden vino acompañada por un ladrido que hizo que la chica gimiese y trastabillase, retrocedió con tanta premura que terminó cayendo sentada en el suelo.

«Vete ahora, Malik. Sal de mi jodida vista o juro por Alá que derramaré tu sangre sobre este mismo suelo».

Su hermano tuvo el buen sentido común de no protestar, agachó la cabeza y retrocedió un par de pasos más. Con todo, seguía sin fiarse de él. En otras circunstancias probablemente se hubiese sentido ofendido por esa falta de confianza, pero ahora, incluso con su lobo dispuesto a destrozar a cualquiera que se interpusiese entre esa mujer y él mismo, agradecía su preocupación.

«Es mi compañera, cachorro, ella está a salvo conmigo incluso ahora. Tú, por otro lado, no lo estás».

Lo vio hacer un mohín pero dio un paso atrás, luego otro y asintió.

—Necesitarás un calmante para camellos con ella.

Su lobo optó por ignorarlo y proceder con una aproximación hacia esa aterrorizada niña. A su espíritu solo le preocupaba la mujer y su miedo. Quería lamerla, quería borrar a besos cada resquicio de temor de su cuerpo y mente, quería envolverse a su alrededor, sentir sus manos hundiéndose en su pelo, acariciándole, aceptándole…

—Por favor… —Brenda temblaba, las lágrimas resbalaban por su cara y mojaban el suelo. Sus ojos reflejaban el horror, el miedo atroz y desmedido, pero su lobo no cedió—. No te

acerques… no me hagas daño…

Se detuvo delante de ella, invadiendo su espacio personal, buscó su mirada y la sostuvo.

«Ya es suficiente. Deja de llorar ahora mismo».

La vio aspirar con fuerza, prácticamente retuvo el aliento cuando le vio levantar la cabeza y deslizar la lengua sobre sus temblorosas manos.

—Eres… eres como ellos —tartamudeó, las lágrimas bañándole el rostro, confundiéndose con sus palabras—. Quieres… quieres comerme, ¿no? ¡Pues hazlo de una maldita vez! ¡Ya estoy harta! ¡No aguanto más! No puedo más con…

La acalló a lametones. No le permitió retirarse, la avasalló, se restregó contra ella y siguió lamiéndola hasta que rompió a llorar como una niña; la niña que era.

Podía notar sus temblores, sentía su miedo y eso lo molestaba. Tenerla de nuevo cerca y oler su aroma le recordó a esa noche, a cómo había sido tenerla y lo que ahora significaba. Le prodigó un último lametón y se retiró solo para cambiar a su forma humana pues sentía la imperiosa necesidad de abrazarla. Quería acunarla, tranquilizarla, pues su dolor se reflejaba en su propia alma de una manera que lo asustaba y le dolía por igual.

—No quiero matarte, niña tonta —aseguró dejando que su lobo estuviese presente en su voz. Buscó su mirada y vio el miedo, pero también el reconocimiento—. Quiero devorarte, comerte entera otra vez.

La vio tragar, no podía dejar de temblar y estaba tan aterrada como indignada, algo que lo sorprendió. No algo que esperase encontrar en esa mujer al borde de la locura.

—¿Esa te parece una respuesta tranquilizadora? ¡Porque a mí no! Ni un poco —se quejó y tembló incluso más cuando le incrustó el índice en el pecho—. ¿Devorarme? ¡Devorarme! Le tengo un miedo atroz a los chuchos pulgosos, estoy a punto de volverme loca y… —miró su propio dedo y la piel que había debajo. Siguió descendiendo y emitió un ahogado jadeo—. ¿Y por qué coño estás desnudo?

—No esperaba que lo fuese, solo me limitaba a exponer un hecho —respondió a su primera pregunta, entonces se miró—. Y estoy desnudo porque estaba demasiado preocupado por ti como para formar algo de ropa durante el cambio.

Aquella sincera admisión lo sorprendió casi tanto como a ella. Ese no era el camino a seguir, no eran las normas que se había establecido.

—Tengo ropa de repuesto en el coche —comentó Malik, quién se había limitado a permanecer apoyado al capó del coche, lo suficiente lejos de la pareja como para que su lobo estuviese cómodo—. Te la traeré.

Se obligó a mantener la voz tranquila y a no gruñir.

—Déjala y vete —ordenó, dejándole claro que en esos momentos no lo quería cerca ni de él ni de su compañera.

—¿Quieres que te deje el coche?

Lo miró y su hermano levantó las manos a modo de rendición. Fue a la parte de atrás, abrió el maletero y sacó una mochila que le lanzó.

—Me largo.

Sí, eso era lo que quería que hiciese y a poder ser a la velocidad de la luz. No le quitó los ojos de encima y tampoco aflojó el agarre sobre esa temblorosa mujer hasta que el vehículo arrancó y se perdió por la carretera.

—Esto es una pesadilla —murmuró entonces ella. Su mirada vagaba a su alrededor, como si no quisiera posarla sobre él—, una maldita pesadilla de la que soy incapaz de despertarme.

—No es ninguna pesadilla, Brenda Rose, es la realidad —declaró con voz firme,

capturando su atención—, y es tu camino.

Frunció el ceño, sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—No es un hecho apreciable el que me lleves la contraria cuando estoy al borde del desmayo —lo acusó.

Alzó la barbilla con gesto desafiante.

—No te desmayarás.

La vio entrecerrar los ojos, estaba bastante asombrada y también irritada.

—¿Porque tú lo digas?

Asintió.

—Exacto.

La dejó sin palabras, justo lo que necesitaba para arrancarla de ese episodio psicótico en el que se había sumergido debido a los recientes acontecimientos.

—No me gusta tu actitud, pero es que no me gusta ni un pelo.

Sonrió de soslayo y cogió la mochila que había dejado a sus pies.

—Te acostumbrarás a ella —declaró con sencillez, se levantó y se vistió sin pudor alguno. Entonces le tendió la mano y esperó a que la cogiese—, como te acostumbrarás también a mí.

Esperó paciente su aceptación, pues sería la primera muestra de que esa joven mujer podía hacer frente a sus pesadillas, a sus miedos y emerger de la oscura pesadilla en la que había caído. Ya no podía mantenerse alejado de ella, tampoco lo deseaba.

Su respuesta fue lenta, cautelosa, pero su mano se posó sobre la suya concediéndole un gramo de confianza.

—Eres… eres como ellos… ¿por qué?

Era más una acusación que una pregunta.

—No soy como ellos, no soy un asesino —puntualizó—. No puedes condenar a toda una raza por los actos de algún psicótico.

Abrió la boca para responder, pero la calló poniéndole un dedo sobre los labios.

—No busques excusas, pequeña, tienes un largo camino por delante, así que empieza dando unos pasos.

CAPÍTULO 7

No podía hablar, apenas si podía pensar y por más que lo intentaba las manos le temblaban como estaba segura temblaba toda ella. El hombre que iba sentado a su lado en el asiento trasero del coche pertenecía a ese mundo de pesadillas que la había perseguido durante este último año y pico. Pero también era su encuentro de una noche, aquella inesperada locura que la había hecho sentirse más mujer que nunca, el único que había conseguido llegar lo suficiente lejos como para dejar una huella.

Un lobo.

Su amante de una noche.

El amigo de su hermano.

—Tenías que ser pastor de cabras.

Notó su movimiento más que verlo, vestido ahora con una sencilla camiseta negra y un pantalón de hilo del mismo color, parecía una sombra silenciosa pero totalmente humana.

—¿Cómo?

Sí, se suponía que Khalid AlRashid tenía que ser un pastor de cabras, un hombre mayor, con la piel ajada, larga barba y poco pelo, pero no el hombre que estaba sentado a su lado. Esa no era la imagen que se había formado del amigo de su hermano.

Ladeó la cabeza lo justo para mirarle, temiendo encontrarse con esa mirada inhumana que llevaba ahora grabada a fuego en la mente.

—Mi hermano… esa rata almizclera… me la ha jugado.

Ladeó la cabeza, un gesto bastante mono en alguien tan enorme y oscuro.

—Sé que hablamos el mismo idioma, Brenda Rose, pero no entiendo una sola palabra.

La manera en que pronunciaba su nombre «Brín-da Roux» la ponía nerviosa, su voz la estremecía lo que hacía que no supiese si era de miedo o de otra cosa, ya que no podía dejar de temblar.

Sacudió la cabeza, tampoco podría explicarle algo que ni ella misma entendía.

—Mi hermano, ¿cómo es posible que os conozcáis?

—Es un buen amigo de hace años —le informó, no tenía problema en ofrecerle las respuestas que requería—. Es… parte de la familia.

«Está emparejado con mi hermana».

Las palabras de Malik penetraron en su mente trayendo consigo aquel inesperado misterio. Ahora sabía que el joven que la había ayudado era el hermano menor del hombre sentado a su lado. Había estado por la zona de paso, no tenía la menor idea de quién era ella, al menos no hasta que escuchó el nombre de Blake.

Ahora se daba cuenta de que no sabía quién era su hermano. Una vez habían sido cercanos, sí, pero estaba claro que esa cercanía se había perdido, así como la confianza.

—Malik dijo que estaba… emparejado con su hermana… lo cual la hace también tuya…

La miró, esos ojos parecían contener tantos misterios como el hombre que los poseía.

—Hay cosas que deben ser explicadas por las personas involucradas, no me corresponde a mí hablar de algo que Blake ha decidido guardarse para sí mismo.

Arrugó la nariz, sus palabras trajeron consigo una verdad a medias, un recordatorio que no hacía sino todo aquello más rocambolesco y, al mismo tiempo, que ciertas piezas de un antiguo

puzle encajasen en su lugar.

Lo sabía. Siempre lo había sabido. Cuando le habló del ataque, del hombre que se convirtió en lobo, de la loba que se convirtió en mujer ante sus propios ojos… él lo sabía. Su falta de extrañeza, su paciencia mientras hablaba, su apoyo y esa inesperada paciencia… no se había comportado como los demás, no la había cuestionado su salud mental… Pero ¿por qué hacerlo cuando él estaba al tanto de toda aquella locura?

—¿Ella también es…? Es…

—Respira. —La inesperada mano en su espalda la hizo saltar, jadeó y habría huido de no estar atada con el cinturón de seguridad—. Tranquila, solo soy yo.

Sacudió la cabeza.

—Eso no es ningún consuelo —se las ingenió para farfullar—. No me toques, solo… no lo hagas…

Pero no retiró la mano, por el contrario, empezó a deslizarla de arriba abajo calentándole la piel.

—Te estás poniendo azul.

—No es verdad.

—Morada, entonces.

Apretó los labios y entrecerró los ojos.

—¿Quieres quitarme la mano de encima?

—No.

Alto y claro. No tenía la menor intención de hacerlo.

—Demonios, ¿siempre eres tan irritante?

—Siempre.

La respuesta llegó de la parte delantera del coche. El hombre que la había recibido en el aeropuerto y que había sostenido el cartel con su nombre, ocupaba el asiento de copiloto. Se había mantenido en silencio hasta ese momento.

—Hakim… —Un aviso a ser tomado en cuenta.

—¿Qué? Es verdad. Más le vale que se vaya acostumbrando, especialmente para no salir corriendo y terminar bajo las ruedas de un coche.

Él gruñó, un sonido muy lobuno que la sobresaltó e hizo que el corazón le fuese a mil.

—¡No hagas eso!

Sabía que había gritado, pero no podía evitarlo. Dios, estaba a punto de un ataque de nervios.

—Esto va a ser muy divertido —sonrió el tal Hakim y volvió a prestar atención a la carretera.

—El corazón te está latiendo demasiado rápido, estás asustada.

—Tú también lo estarías si hubieses pasado por el mismo infierno que yo —escupió. Le temblaba la voz, empezaban a picarle los ojos y estaba segura de que las lágrimas aparecerían de nuevo.

—Pronto estaremos en casa y podrás descansar —le dijo con ese tono suave, uno que le recordaba a esas breves horas que había pasado con él meses atrás.

Diablos, no había esperado volver a verle. Se había tratado de una sola noche, de un polvo y punto. Pero ahí estaba, entrando como una apisonadora en su vida, haciendo realidad sus demonios una vez más y disfrutando de ello.

—Preferiría que me pusieses en un avión de vuelta al Reino Unido —replicó con un mohín—. Nunca debí dejarme convencer…

—Estás en el lugar que tienes que estar —declaró sin más—, dónde necesitas estar, solo tienes que mantener la mente abierta y el corazón en calma.

Lo miró con palpable ironía.

—Sí, claro. Dame un *Valium* y es posible que lo consigas.

Enarcó una ceja en respuesta.

—No voy a drogarte, Brenda Rose, no será necesario.

Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—Yo no estaría tan segura.

—¿Ey? ¿Dónde te habías metido?

Zulema se detuvo en el trajín en el que estaba sumergida desde hacía horas al ver entrar a su hermano pequeño.

—¿Y qué haces todavía así? —lo miró de arriba abajo—. Ve, dúchate y cámbiate. Khalid llegará de un momento a otro con nuestra invitada.

Lo vio hacer una mueca.

—Espero que tengas agua fría de sobra.

—¿Para qué?

—El *sheikh* viene calentito.

Caminó hacia ella y la abrazó, para luego besarla en la frente. De los cuatro hermanos, él era el menor y, a pesar de tener ya veinticinco años, seguía siendo su bebé.

—¿De qué estás hablando?

Suspiró de manera cansada e hizo una mueca.

—De que tu compañero va a despellejar a nuestro hermano cuando se entere de que ha enviado a una dulce corderita a la casa del lobo feroz —canturreó. Entonces, ante la obvia sorpresa e incomprensión que se debía reflejar en sus ojos añadió—. Nuestro hermano acaba de conocer a su compañera… por decirlo de alguna manera.

Las palabras tardaron unos segundos en penetrar en su mente.

—¿Qué…? ¡Cómo!

Sonrió de soslayo, esa sonrisa rompía corazones y a ella la hacía querer salir corriendo pues sabía que implicaba problemas.

—Brenda Rose Santoro es la compañera de Khalid —le explicó al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo y la giraba en dirección al salón—. Y nuestro lobo alfa tiene un agudo síndrome premenstrual ahora mismo con ella. No conozco todos los detalles, de hecho, a ella la conocí por casualidad… o mejor dicho, evité que terminase debajo de las ruedas de un coche por casualidad antes de ofrecerme a llevarla a la embajada británica.

Empezó a perder el color.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado?

Se encogió de hombros.

—Le tiene miedo a Khalid o puede que a toda nuestra raza en general.

Sacudió la cabeza, lo que estaba diciendo era una completa locura. Pero entonces, desde que Khalid la había citado un par de semanas atrás para hablarle de la llegada de una invitada especial, todo lo había sido.

Blake tenía una hermana y jamás le había hablado de ella. Ni siquiera Khalid supo de su existencia hasta el momento en que se puso en contacto para pedirle un favor. Pero lo que más la había impactado no era que ese cabronazo le hubiese ocultado su existencia, sino lo que al

parecer había pasado la muchacha.

Siempre había creído en la igualdad, en que no importaba que fueses lobo o humano pues podía darse una comunión y amistad entre ambos. De hecho, ella misma se había visto sorprendida años atrás al conocer a un médico humano de la ONG Médicos del Mundo y descubrir que era su compañero predestinado. Un hombre malherido, un encuentro fortuito y la pasión desatada hicieron que un nuevo mundo se abriese ante ambos.

Su encuentro no había sido planeado, de hecho, Blake no había sabido nada sobre su raza pero la había aceptado, como lo hizo con ella al principio, antes de que las cosas cambiasen y sus vidas se separasen.

Y ahora, en cierto modo, la historia se repetía, pero había una salvedad, la humana no había llegado a su mundo de la forma adecuada y el lobo al que pertenecía era un alfa cuya vida estaba regida por unas normas muy estrictas.

—No sé muy bien qué ha podido pasar, de hecho, ni siquiera supe quién era ella cuando la vi pasar corriendo y prácticamente lanzarse delante de un vehículo —aceptó Malik con un ligero encogimiento de hombros—, la detuve a duras penas. Y la verdad, al escucharla hablar en inglés y con ese acento, cuando me dijo que necesitaba llegar a la embajada británica, pensé que sería una diplomática o algo que venía a tratar algún asunto con el *sheikh*. ¡No tenía la menor idea de que era la chica de Khalid, Zule! Ni siquiera me di cuenta de que él estaba en el aeropuerto.

Y había bastante vergüenza en aquella admisión, lo cual solo podía deberse al hecho de que, o había perdido la nariz o la había tenido en… otros asuntos.

—El caso es que la vi tan nerviosa y angustiada, que le dije que la llevaría —continuó con un ligero encogimiento de hombros.

Khalid iba a matarle. Fue el primer pensamiento razonable que penetró en su mente en ese momento.

—¿Te llevaste a la hermana de Blake sin decirle nada?

Hizo una mueca.

—En realidad, diría que él cree que rapté a su compañera delante de sus propias narices.

Se cubrió el rostro con las manos y gimió.

—Vete, emigra al norte, déjate crecer la barba y cambia de nombre —le soltó con profunda simpatía—. Pero ¿en qué diablos estabas pensando?

El joven lobo resopló.

—Ni siquiera sabía quién era ella —se justificó—. No lo supe hasta que dejó escapar el nombre de Blake Santoro mientras íbamos en el coche. En ese momento frené en seco y aparqué a un lado de la carretera.

—Oh señor —se cubrió la boca con los dedos—. Khalid va a matarte.

—Sí, eso pensé yo cuando escuché a nuestro hermano amenazar con arrancarme la piel a tiras y cortarme en juliana —canturreó—. Y la verdad es que a Brenda no le hizo mucha más ilusión. Casi se lo hace encima cuando el *sheikh* me gruñó. Esa chica tiene un jodido problema con los animalitos peludos de cuatro patas y que aúllan a la luna.

Se dejó caer en una silla, ya no podía mantenerse en pie.

—Así que te sugiero que pongas en la mesa mucha agua con hielo —continuó su hermano —. ¿Y podría sugerirte una habitación sin ventanas para la invitada? Por eso de que le dé por saltar desde el balcón y partirse la crisma.

—Dime que estás exagerando.

—Un poquito —juntó el índice y el pulgar—, pero sí estaba asustada, Zule, muy asustada y el origen de ese miedo era Khalid.

Suspiró, aquella no era la manera en la que había pensado que pasarían las cosas. A su previo enfado con Blake por ocultarle algo tan importante como el que tuviese una hermana, le había seguido la ilusión de poder conocerla, de conocer a alguien que quizá pudiese ayudarla a comprender por qué ese maldito hombre había aceptado con tanta tranquilidad su separación.

Sabía que la única culpa de que no estuviesen juntos era suya, si hubiese sido más fuerte y, sobre todo, más egoísta, todavía tendría a su lado a su compañero.

—Pues habrá que enseñarle que no hay motivo alguno para que deba temer a su nueva familia —decidió levantándose con gesto decidido—. Así que ve a ducharte, ponte presentable y…

—¿Quieres que Khalid me mate?

Puso los ojos en blanco.

—No te hará nada mientras mantengas las manos alejadas de tu nueva hermana —le aseguró, le palmeó la mejilla y lo besó—. Ve, tengo que terminar con los preparativos.

—¿Y Charisma?

Como si la hubiese convocado, la puerta principal de la casa se abrió y una cantarina voz femenina atravesó la casa.

—¡Zulema! ¡Ayúdame con esto! ¡Pesa una tonelada!

Ambos se miraron y suspiraron.

—Si es un camello relleno, la mando de vuelta con él —la previno Malik, saliendo delante de ella.

—Si lo es, te ayudaré a hacerlo.

CAPÍTULO 8

Y la imagen del pastor de cabras, con su casa de estilo sencillo y hogareño se fue a la mierda nada más aparcaron delante de una bonita casa de tres pisos lo suficiente grande como para dar alojamiento a todo un equipo de fútbol.

Ese hombre no era un pobre granjero, ni de lejos. El título de *sheikh* no era una broma como había rogado que fuese, era muy real y ahora estaba en el recibidor de su hogar, frente a dos mujeres desconocidas y silencioso Malik, quien a pesar de todo no dudó en guiñarle el ojo al verla.

—*Salamu aleikum* —la saludó una de las dos mujeres, una guapísima morena de ojos claros muy parecida a Khalid—. Bienvenida a nuestro hogar, Brenda Rose.

—*Wa aleikumu salam* —correspondió al saludo sorprendiendo a la mujer, quién asintió y le sonrió.

—Eres toda una caja de sorpresas, hermanita —canturreó Malik y se limitó a inclinar la cabeza a modo de respeto—. Bienvenida.

—Es la única frase que conoces, ¿no? —la pregunta llegó de Hakim. El hombre había bajado del coche el primero, le había abierto la puerta a Khalid y luego a ella.

Lo miró y luego a su acompañante, quién se mantenía a su lado en silenciosa expectación.

—Bienvenida a mi hogar —le dijo sin más, extendió la mano e indicó a la mujer que le había hablado. Al contrario que la que la seguía, vestía de forma actual y elegante—. Mi hermana Zulema te enseñará tu habitación, puedes asearte y descansar un poco antes de la cena.

Miró a la mujer, quién le sonrió a su vez. La forma en que la miraba era entre curiosa y cálida.

—Ella es Charisma, mi otra hermana —le presentó a la siguiente mujer en la fila, la cual vestía con el típico atuendo de la zona, pero a cara descubierta—. Y a Malik ya le conoces.

—Bienvenida —la saludó con calidez y, para su sorpresa y bufido de Khalid, la enlazó del brazo y asintiendo a Zulema, la secuestró—. Ven, deja que los hombres se maten entre ellos si quieres y cuéntanos todo sobre ti.

Gimió, por primera vez desde que toda aquella locura había dado comienzo, empezaba a pensar que estaría más segura con él que junto a esta mujer.

—Zule, no dejes que Char se la coma —pidió su anfitrión y, cuando se giró a mirarle con los ojos abiertos ante su tono de voz, lo vio sonriendo—. Te veré en la cena, Brenda Rose.

Dicho eso, los tres hombres continuaron por otro pasillo y se perdieron en una casa inmensa.

—No te preocupes, no se perdería esa cena ni aunque estuviese a reventar.

—Charisma.

La mujer chasqueó la lengua ante lo que solo podía ser una reprimenda.

—Mejor que se acostumbre cuanto antes al *sheikh* o la volverá loca —replicó y se volvió de nuevo hacia ella—. Khalid es un cacho de pan, pero puede ser jodidamente terco en según qué cosas.

—¿Por ejemplo?

La mujer la miró con cierto interés.

—Le encanta salirse con la suya.

Enarcó una ceja ante la respuesta y no pudo evitar responderle.

—Mira por dónde, a mí también.

La mujer se echó a reír.

—Sí, es sin duda hermana de tu compañero, Zulema —declaró palmeando el brazo de la otra mujer, quién pareció bastante incómoda ante el comentario—. ¿No es toda una ironía que haya ido a caer precisamente en esta casa?

La miró, no pudo evitarlo. Esa mujer era la pareja de su hermano, en cierto modo podría ser incluso su cuñada y no la conocía de nada.

—Supongo que no sabías de mi existencia.

Su directo comentario la llevó a sonrojarse. Se aclaró la voz, le sostuvo la mirada y negó con la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sé sobre mi hermano —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Y parece que cada momento que pasa son más.

La miró durante unos instantes y entonces asintió.

—En ese caso, creo que este es un buen momento para descubrir algunas.

—Genial, charla de chicas —añadió Charisma arrancándole una tímida sonrisa—. Me gusta un buen cotilleo como a la que más. Prepararé un té mientras tú le enseñas su habitación, Zulema.

Dicho eso, las dejó a solas y se marchó canturreando.

—Me disculpo por ella, puede ser un poco…

—¿Efusiva?

—Dicho con suavidad —aceptó con una sonrisa.

Le devolvió la sonrisa con cierto recelo.

—Sí, bueno. Creo que esto es, hasta ahora, lo más normal que me ha pasado en las últimas horas.

Ladeó la cabeza y le sugirió.

—¿Quieres hablar de ello?

Negó con la cabeza. No quería tocar ese palo todavía, sus nervios no lo soportarían.

—Preferiría hablar de otras cosas, como mi hermano.

Ella asintió y la invitó a seguirla.

—Sí, a mí también me gustaría.

Brenda estaba agotada. Los nervios, la tensión, la llegada a un lugar nuevo y, sobre todo, la enorme cantidad de emociones por las que había pasado le habían minado las fuerzas.

Zulema y Charisma la habían hecho bienvenida, un rico té y la ausencia de los hombres que habían vuelto a poner su mundo del revés contribuyó a que empezase a relajarse. La mujer de su hermano le habló brevemente de la relación que habían mantenido durante un tiempo y que ahora, por un motivo que solo ellos parecían conocer, se estaban dando un tiempo.

Pero si bien se aclararon algunas cosas sobre uno de los misterios que se había presentado ante sus narices, había otro que seguía siendo un enigma; Khalid AlRashid.

—Esto es una locura.

Ya a solas en el su habitación, se dejó caer sobre la cama y se giró de lado. Se encogió, subió las rodillas y se las rodeó con los brazos. Lo había visto cambiar de lobo a humano, había visto la mutación con sus propios ojos y había sentido su lengua acariciándola, activando su

miedo y llevándoselo también.

—Va a volverme loca por completo.

Sabía que lo haría, antes o después su mente se rompería y dejaría de ser consciente de todo a su alrededor.

Cerró los ojos y se obligó a respirar lentamente, recuperar la compostura para luego suspirar.

—¿Y ahora qué?

No tenía la menor idea de qué hacer, de si debía permanecer allí a merced de la locura o coger el primer avión de vuelta a casa.

—Esa sin duda sería la opción más razonable.

Le echó un vistazo al reloj que había dejado sobre la mesilla e hizo un rápido cálculo mental. Blake le había comentado que estaría esa semana en algún lugar de África. Buscó el teléfono móvil que se había acostumbrado a llevar consigo incluso al baño y marcó.

Lo que tenía que decirle no podía resumirse en un wasap ni en un mensaje de texto. Ninguna onomatopeya o emoticono podría explicar las emociones que la recorrían.

Buscó una posición más cómoda, se acurrucó contra los cojines y mantuvo el teléfono en la oreja esperando a que lo cogiese.

—Hola dulzura, ¿ya has llegado?

De fondo podía escuchar una especie de cánticos apagados, así como una voz hablando en francés.

Se obligó a respirar una vez más y responder con un tono que esperaba fuese al menos lineal.

—Llegué hace algunas horas —le informó echando un nuevo vistazo al reloj.

—¿Qué tal el viaje? ¿Se te ha hecho pesado?

Su hermano estaba tranquilo, casi contento a juzgar por su tono de voz. El muy maldito.

—Nueve horas y media de vuelo y dos escalas dan para mucho —le aseguró intentando no rechinar los dientes—. Y este sofocante calor… es agobiante…

—En un par de días te acostumbrarás —se rio—. En esta época del año es de lo más soportable.

—Si tenemos en cuenta que el calor es el mínimo de mis males, hasta puedo darte la razón. —No pudo erradicar la ironía en sus palabras.

—Vamos, vamos, un poco de calor seco no ha matado a nadie todavía —respondió con tranquilidad—. Y Khal tiene aire acondicionado en casa.

—Sí, el pastor de cabras y su sencilla casucha.

Una carcajada atravesó la línea de teléfono.

—Fuiste tú la que sacó tal conclusión, cariño, yo nunca te dije…

—¿Qué me enviabas con una manada de lobos? —soltó de repente—. Y no lo digo en forma figurativa.

Hubo un repentino silencio en la línea seguida de un jadeo y algo que podía interpretarse como «mierda».

—Brenda, ¿qué…?

Apretó el teléfono como si de ese modo pudiese hacer lo mismo con la garganta de su hermano.

—¿Sabes? He tenido un comité de bienvenida de lo más interesante —lo interrumpió—. Un antiguo amante, un perro… el hermano pequeño del perro… un coche que casi me hace un masaje exprés… Sí. Me emocioné tanto con la comitiva que no pude evitar salir corriendo.

Un nuevo siseo y unas cuantas palabras mal sonantes.

—Dime que te estás quedando conmigo —pidió. La diversión y el buen humor se habían esfumado de su voz, ahora solo había preocupación—. ¿Dónde estás? ¿Te han ido a recoger al aeropuerto? ¿Khalid está contigo?

—Si tengo suerte y mis deseos se hacen realidad, estará ahogándose en la arena de su jodido desierto —siseó incapaz de contenerse más—. Aunque dado que no tengo tanta suerte, lo más seguro es que ande por ahí, corriendo a cuatro patas… porque, ¿hola? ¡Es parte de mis pesadillas! ¡Un jodido lobo! ¡Cambió delante de mí! ¡Y eso fue después de llenarme de babas con una enorme lengua perruna!

—Brenda, ¿dónde estás? —su voz se tornó fría, seria—. Pásame con Khalid.

—Estoy en el infierno, en el caliente agujero en medio de ningún lado a dónde me has mandado —estalló—. ¡Me has enviado al seno de una manada de lobos! ¡Y lo digo de forma literal! ¡Tú lo sabías! ¡Lo sabías desde el principio! Por amor de dios, ¡si incluso tienes una novia peluda!

Vale, aquello era pasarse. Zulema no le había mostrado otra cosa que respeto y aceptación, pero estaba superada y Blake tenía la culpa de que hubiese acabado allí.

—¿Pastor de cabras? ¡Es un maldito s*heikh*! ¡Un maldito sultán! —le espetó. A estas alturas la conversación se había convertido en un monólogo a gritos—. ¡Eres un cabrón hijo de puta y mentiroso! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué callaste? ¿Tienes idea de lo que han sido para mí estos últimos meses?

—Claro que lo sé —alzó también la voz—. He visto cómo te has ido consumiendo, cómo enloquecías con tus pesadillas, cómo culpabas a toda una raza por los actos de dos únicos individuos… Y también he visto cómo te consumías ante mis ojos y te perdías a ti misma. Si te lo hubiese dicho, no me habrías creído, necesitabas ver que ellos son como tú y como yo y no…

—¡No son como yo! —gritó a viva voz—. ¡Yo no soy un maldito engendro! ¡Yo no asesino!

Una vez más se hizo el silencio, podía escuchar su propia respiración, los jadeos que emergían de su garganta.

—El miedo nunca ha sido un buen consejero —comentó Blake con suavidad—, y tú tienes demasiado miedo, Brenda. Miedo de lo que no conoces, miedo por lo que te ha pasado y que eres incapaz de dejar atrás.

Apretó los dientes.

—No lo entiendes ni lo entenderás nunca —murmuró a su vez, las lágrimas corriendo ya por sus mejillas—. No sabes lo que es que la muerte te mire a la cara…

Un bajo suspiro.

—En eso estás equivocada, hermanita —respondió con voz fría—. Sé lo que es y si estoy hoy aquí, es porque esa raza a la que desprecias evitó que no volviese a despertar.

Aquello la golpeó.

—¿De qué estás hablando?

—Trabajar en zona de guerra suele traer complicaciones y a menudo caen inocentes en medio del intercambio de fuego —replicó en voz baja, medida, no había ni pizca de diversión o broma en él ahora mismo—. No te he enviado a Al-Hasa para enloquecerte, Bren, sino para que veas con tus propios ojos quienes son en realidad aquellos a los que desprecias. De no ser por Khalid y su familia hoy ni siquiera estaríamos hablando.

Y esa admisión la desarmó por completo.

—Así que por favor, dime que estás bajo el techo del *sheikh* y no perdida en algún lugar

remoto…

Se lamió los labios.

—Voy a volver a casa —le informó—. Tan pronto pueda cambiar el billete, me iré al aeropuerto y volveré a *mi* casa. Ya no tendrás que preocuparte nunca más por mí… pues olvidar incluso que existo.

—Brenda Rose…

No esperó a escuchar su réplica, cortó la llamada y tiró el teléfono al otro lado de la habitación donde empezó a sonar.

—Esta vez no, Blake —farfulló, se secó las lágrimas y bajó de la cama—, esta vez no.

No quería escucharle, no quería que le diese argumentos convincentes, no quería saber de más misterios, todo lo que necesitaba ahora era aire y esperaba poder encontrarlo en alguna terraza de aquella enorme casa.

CAPÍTULO 9

La pantalla del teléfono se iluminó al tiempo que vibraba sobre la mesa. Khalid llevaba observándola unos segundos, preparándose mentalmente para lo que sabía sería una de las batallas de su vida. Ahora comprendía cómo se había sentido Blake, lo que significaba que un miembro de tu familia terminase en las manos de un amigo y las dudas que surgían cuando se trataba de vínculos interraciales.

Respiró hondo y se preparó para lo que sin duda iba a ser una conversación incómoda. Si bien había instalado a su invitada en el ala contraria de la casa que él habitaba, su fino oído había captado los gritos y el tono de su voz mientras hablaba por teléfono; dudaba que alguno de los miembros de la casa lo hubiese pasado por alto.

Estiró la mano y contestó a la llamada.

—¿Qué demonios le has hecho a mi hermana, maldito cabrón?

La pregunta surgió de manera inmediata y no había ni pizca de simpatía en la voz del compañero de Zulema.

—¿Quieres decir aparte de recogerla personalmente en el aeropuerto e instalarla para que esté lo más cómoda posible en mi hogar?

Un bajo siseo atravesó la línea.

—No me vengas con esa clase de respuestas, *hermano*, a mí no.

Suspiró al escuchar de su voz el parentesco que les unía, uno que ahora iba mucho más allá.

—Brenda Rose está sana y salva entre las paredes de mi casa —le confirmó—, de hecho, habrás podido confirmar tú mismo lo bien que funcionan sus pulmones por los gritos que te estaba pegando.

—¡Te transformaste delante de ella!

Puso los ojos en blanco ante la infantil acusación.

—Algo que no tenía planeado hacer de momento, pero tampoco me dejó otra opción —replicó tranquilo—. Debiste avisarme que tu… hermanita… tenía una encendida predisposición a salir corriendo a la mínima oportunidad.

—¿Qué demonios le has hecho?

—Nada.

—Si no le hubieses hecho nada no habría salido corriendo, Khalid —gruñó, un sonido humano que podía competir con el de su lobo.

—Tiene la sensibilidad demasiado a flor de piel con respecto a nosotros —declaró buscando las palabras adecuadas—, y mi lobo, bueno, digamos que… se alegró tanto al verla que no pudo evitar gruñir y mostrarse en mis ojos. Suma dos y dos y tendrás una pequeña hembra a la carrera.

Un nuevo resoplido, pero ahora parecía un poco más calmado. Solo esperaba que siguiese así un poco más para poder terminar esa conversación de la mejor manera posible.

—Quiere coger un avión y largarse…

«Por encima de mi cadáver».

—No se lo permitiré.

—No tienes la más mínima idea de la polvorilla que tienes entre manos.

—Será toda una aventura descubrirlo.

Una que la vida y el destino le había puesto delante sin posibilidad de retractarse.

—No me jodas, Khal, estamos hablando de mi hermana —rezongó su amigo y su voz adquirió un tono de advertencia que conocía a la perfección. Era el mismo que había adoptado él cuando supo que su Blake estaba interesado en Zulema—. Ni se te ocurra ponerle un solo dedo encima…

Puso los ojos en blanco y se preparó para la explosión que estaba a punto de caer sobre él.

—Un poco tarde para eso.

Lo oyó maldecir.

—La madre que… joder, Khalid. Ella es…

—Mi compañera.

—…mi hermana.

Se pisaron las palabras, pero a juzgar por el silencio que invadió la línea telefónica y tras comprobar que no se había cortado la llamada, escuchó una puerta que se cerraba y el ruido ambiental que había escuchado de fondo cesó.

—Dime que es una broma.

Su voz ahora sonaba clara, profunda y clara.

—No bromearía con algo así. Deberías saberlo.

Podía verlo sacudiendo la cabeza, mesándose el pelo, era un gesto que hacía a menudo cuando no sabía qué decir o cómo enfrentarse a un problema.

—No me jodas, Khalid…

—No tengo el más mínimo interés.

Lo escuchó resoplar y maldecir entre dientes.

—Te la envié para que la cuidaras y vigilaras mientras se recuperaba no para… *arg*… joder, es mi hermana, tío, mi jodida hermana.

Puso los ojos en blanco.

—No pienses en cosas que hacen que se te revuelvan las tripas, créeme, yo ya he estado ahí.

Resopló de manera audible.

—Debería matarte, de ese modo se acabarían mis problemas.

Bufó y sonrió, aquella era una broma a la que recurrían cuando las cosas se les iban de las manos y ya no sabían qué decir.

—No, tendrías mucho más —le recordó—, y tu hermana solo sería uno de ellos. Zulema te arrancaría los huevos…

Escuchó un chasqueo a través de la línea.

—Eres un lobo.

—Y tú humano, ¿cuándo ha sido eso un problema para nosotros o nuestras compañeras?

—No es lo mismo, mi hermana… —gimió—. Joder, esto se ha complicado de cojones.

—No tienes que preocuparte por ella, ese es ahora mi trabajo —aseguró con rotundidad—, esta es mi batalla.

Un nuevo silencio, el sonido del cuero de lo que sin duda era un asiento y finalmente su voz.

—Brenda no tiene la menor idea de cómo funciona vuestro mundo, no aceptará algo tan extraño e irracional como la vinculación de pareja. Lo que le ha pasado… su odio hacia tu raza…

—Es miedo lo que tiene, Blake, no odio —le aseguró. Lo había visto en sus ojos, la incomprensión, el miedo a lo desconocido, pero no había odio, no hacia él al menos.

—Es terca como una mula —le aseguró. Entonces dejó escapar un resoplido—. Joder, todo lo que yo quería era que volviese a ser la de siempre, que comprendiese que no puede volcar su rabia sobre todo el mundo por lo que le hizo una sola persona. Quería que conociese vuestras costumbres, que la ayudasen como me ayudaron a mí.

—Y eso es lo que va a aprender durante las próximas semanas —aseguró—, después tendrá tiempo más que suficiente para adaptarse a ello y luchar sus propias batallas.

—Ella es occidental, totalmente occidental, ¿has pensado en ello? —no se guardó ninguna de sus opiniones, algo que tampoco había hecho él en su momento. La barrera de la cultura estaba allí, ninguno de los dos podía ignorarla.

—Conoces nuestras costumbres, amigo mío y, por encima de todo, creo que me conoces a mí y a mi familia —le recordó, pues él mismo se había amoldado a ellas como ellos se habían amoldado a las de Blake—. El respeto es primordial entre mi pueblo, la familia lo primero y Brenda Rose es ahora mi familia.

—Esto no se trata de un cuento de hadas, *sheikh*, es la jodida realidad —le recordó su cargo y las responsabilidades que acarreaba—. Y tú tampoco eres un hombre libre, lo sabes.

—Cada escollo será tratado y superado a su debido momento —concluyó sin ambages—. Es mi compañera, Blake y siempre tendrá voz para expresar sus deseos. No considero que debas preocuparte…

—Por el contrario, Khal, eso es precisamente lo que me preocupa —aseguró con rotundidad—. Todavía no la conoces, no de verdad. Puede ser tímida, estar aterrada con todo esto que le ha pasado, pero tiene voz propia y sabe esgrimirla cuando realmente lo necesita.

—Me has enviado a Brenda Rose para que la cuide y la ayude a superar este escollo —le recordó—. Si acepté acogerla y ayudarla por ti, la amistad y el vínculo que te une a mi familia, ahora también lo haré por ella y por su bienestar.

—Si le haces daño…

Esa era una amenaza en toda regla, una que él mismo había pronunciado años atrás.

—No se le puede hacer daño a la propia alma, hermano mío —aseguró con firmeza—. Solo cuidar de ella como el más preciado de los tesoros.

Lo escuchó resoplar.

—Te va a sacar de quicio, lo sé —rezongó él—. No es una mujer beduina, no es como Zulema…

No pudo evitar enarcar una ceja ante lo irónico de su respuesta.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —se burló con palpable ironía—. Yo soy el hermano aquí… tú el que se resiste a ser compañero.

Y aquel era un secreto a voces, uno que mantenía a las dos personas que más le importaban separadas por decisión propia.

De nuevo hubo un momento de silencio.

—¿Por qué me ha dado a entender que ya os conocíais? —preguntó, no era algo que desease saber, pero la curiosidad podía con su amigo—. ¿Cuándo? ¿Y cómo es que…?

Ahora fue su turno de bufar.

—No voy a darte detalles que ni yo quiero compartir, ni tú quieres escuchar —atajó—. Pero sí te juraré que no sabía que era tu hermana cuando la vi la primera vez, ni ella sabía que yo era tu amigo.

Lo escuchó resoplar, un gesto que decía que no veía motivo para seguir con esa lucha.

—Solo voy a pedirte una cosa, por la amistad que nos une —concluyó Blake con un suspiro—. Sé paciente con Brenda y ten presente siempre que ella no pertenece ni a tu raza ni a

tu cultura.

Acogió las palabras con la misma diversión con la que las había pronunciado él una vez, la misma en la que se enteró que su mejor amigo era el compañero de su hermana mayor, el único que se resistía con uñas y dientes a reclamar lo que era suyo por derecho.

—Siempre tendré presente que esa niña es mi compañera y la honraré como tal —le aseguró con total sinceridad—. Ya no tienes que preocuparte por ella, Blake. Brenda Rose es ahora mi preocupación.

Sin deseos de alargar más aquella conversación, se despidió emplazándole a verle tal y como tenían previsto a finales de mes y cortó la llamada.

Era hora de empezar a dar voz a sus deseos y conocer los que ocultaba la mujer que había llegado a su vida para adueñarse de ella.

CAPÍTULO 10

El agobio y el cansancio de las últimas horas le habían afectado de tal manera que hacía que la tranquila cena estuviese resultándole incluso agradable. Tras la locura que se había desatado esa tarde y en la que había sido la protagonista principal, el estar ahora sentada a la mesa con todas esas personas resultaba incluso normal.

Pero no había nada normal en ese lugar, ni en esa gente, ni en el hombre que la miraba desde el otro lado de la mesa. Le costaba reunir todo lo que sabía de él en un solo cuadro. Por un lado, estaban sus recuerdos, la noche de pasión compartida y lo que solo había sido un momento de lujuria y, por otro, el aquí y el ahora, lo que representaba, quién era en realidad y lo que era.

—Brenda…

Parpadeó cuando el nombre penetró en su mente, despertándola de su ensoñación. Esos profundos ojos entre marrón y ámbar estaban clavados en ella, como si esperasen alguna respuesta a una pregunta que ni siquiera había escuchado. Esos eran los mismos ojos que había visto cambiar, las pupilas reducirse y su iris hacerse más intenso dotándole de un aura salvaje y animal.

—Brenda, ¿va todo bien?

Parpadeó para romper ese extraño hechizo y sacudió la cabeza.

—No —aceptó con sinceridad y frunció el ceño—. Nada va bien.

Una cálida y suave mano encontró la suya y la apretó con suavidad. Bajó la mirada sobre ella y luego la subió para ver a Zulema dedicándole un leve asentimiento.

—Y esto es el motivo por el que no va bien.

La sorpresa en los ojos de la mujer fue genuina. Retiró la mano de la de ella y la devolvió a su regazo.

—No debería estar aquí sentada, no debería estar disfrutando de la cena como si fuese algo… normal… —murmuró más para sí que para ellos. Entonces levantó la mirada y se encontró de nuevo con la de él—. ¿Me has drogado?

No se sobresaltó, ni siquiera acució sorpresa alguna, se limitó a mantener la misma expresión.

—¿Qué te hace pensar que podría haberlo hecho?

Miró a su alrededor, Malik y Charisma estaban sentados también a la mesa, sus ojos

puestos sobre ella.

—Que sigo aquí sentada y no me he puesto a gritar todavía —contestó volviendo a mirarle a él—. Y debería haberlo hecho, debería haber hecho algo cuando sé… sé lo que eres.

No se inmutó, mantuvo el mismo tono de voz.

—¿Crees que te haría daño?

Esa era una pregunta que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—¿Me lo harías?

—No —negó con gesto rotundo—. Pero no tienes motivos para creer en mis palabras o en las de cualquiera sentado a esta mesa, ¿no es así?

Buscó su mirada, sus ojos marrones fijos en ella, el pelo negro revuelto y ligeramente rizado. En la intimidad de su hogar no llevaba puesto el pañuelo, como tampoco lo hacían el resto de los comensales. Lo cierto es que parecían una familia como otra cualquiera, amable y hospitalaria.

Pero no lo son.

Ninguno de ellos lo eran. Especialmente él. Ese hombre de mirada intensa, ojos marrones, ensortijado pelo negro y recortado bigote y barba, era un lobo en toda la peluda extensión de la palabra. Lo había visto cambiar, había visto cómo todo ese pelaje color arena salpicado de negro desaparecía y en su lugar emergía el hombre.

Se estremeció sin poder evitarlo y él lo notó.

—Dime, ¿qué se te acaba de pasar por la cabeza?

La pregunta invitaba a ser respondida, hacía que desease decir lo que pensaba, sin medir las palabras, solo soltarlo y ya.

—Que no eres humano.

Ladeó la cabeza y entonces negó.

—Te equivocas, Brenda, soy tan humano como tú —declaró y le mostró la muñeca—. Toda la gente que está sentada ahora mismo en esta mesa, son igual que tú.

Negó.

—No es verdad.

Lo vio entrecerrar los ojos y, para su sorpresa y el jadeo de alguno de los comensales, cogió un cuchillo y lo deslizó sobre la muñeca haciéndose un pequeño arañazo.

—¡Khalid!

—Lo tuyo no tiene nombre…

—Sangre, roja —le dijo él ignorando a todos los demás—, exactamente igual que la tuya.

La visión de ese diminuto corte le encogió el estómago, no era más que un rasguño, pero le molestaba lo que acababa de hacer. No por ella, sino por él y el posible dolor que podría estar sintiendo.

No lo pensó, ni siquiera sabía por qué reaccionaba de esa manera. En un momento estaba sentada y al siguiente había rodeado la mesa, se inclinaba sobre él y presionaba una servilleta sobre el corte.

—¿Por qué haces esto?

—Porque necesitas hechos —respondió sin moverse, limitándose a permanecer quieto, respirando a su lado, embriagándola con su aroma—, necesitas ver con tus propios ojos.

Levantó la mirada.

—No necesito que nadie se corte en pedacitos para eso —protestó y se echó hacia atrás, repentinamente consciente de su proximidad y de la conducta irracional que estaba teniendo—. No lo necesito.

—¿Estás segura de eso?

Esa plácida aceptación la ponía de los nervios. ¿Es que no podía enfadarse, indignarse, cualquier cosa que indicase emoción? Sabía que era capaz de ellas, había visto su mirada llena de deseo, había escuchado sus jadeos al oído y…

Y ese no era un buen camino para sus pensamientos.

—Eres un lobo —lo acusó alejándose de él—. Eso es lo único de lo que estoy segura.

Era incapaz de sacarse de la cabeza esa imagen, la de ese enorme y aterrador ejemplar color arena y medianoche cambiando ante sus ojos para adoptar forma humana.

—Lo soy —no lo ocultó, bajó la mirada sobre la muñeca y utilizó la servilleta que ella había presionado para comprobar el corte. La sangre ya había manchado el paño, pero no era grave—. Soy el alfa de mi tribu.

Alfa. El dirigente de la manada. El patriarca. El responsable del clan. Esa era la jerarquía lupina.

—El responsable del bienestar y el sustento de los míos, de la manada que se cobija bajo mi mando y mi nombre en el territorio de Al-Hasa.

—Eres el cabeza de familia —aceptó, comprendiendo lo que quería decir—. El *sheikh* de la región.

Asintió.

—Una palabra que parece provocarte inquietud —comentó con un ligero tono aterciopelado y casi divertido—. No debería. Para ti, solo soy Khalid.

—En realidad, para mí no tendrías que ser otra cosa que un viejo pastor de cabras —le soltó—, pero ni eso ha salido bien.

Su comentario arrancó algunas risas alrededor de la mesa.

—Si tanto interés tienes en ver cabras, no tengo problema en mostrarte la explotación ganadera de la tribu. —Había risa contenida en su voz, así como en sus ojos—. Encontrarás una amplia variedad de ganado bovino.

Parpadeó ante su respuesta.

—¿Te estás burlando de mí?

Negó con la cabeza y señaló a su familia.

—Charisma es nuestra principal y experta criadora —le indicó—. Ella y yo somos ingenieros agrónomos, en mi caso poseo además un Master en Finanzas —señaló entonces a la mujer sentada a su lado—. Y Zulema prefirió dedicarse a la enseñanza, trabaja como maestra en la escuela de Al-Hasa.

Y aquello era lo último que podía esperarse. Su mirada fue de una a otra mujer para luego caer sobre Malik, quien levantó las manos a modo de rendición.

—Yo soy el lobo negro de la familia, las ovejitas y los camellos no son lo mío —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Por otro lado, soy vegetariano, así que…

—¿Un lobo vegetariano?

—No le hagas caso, le gusta un filete más que un risotto de setas —aseguró Charisma poniendo los ojos en blanco.

—La botánica es una de mis pasiones y la homeopatía mi profesión —la sorprendió el chico—. Junta las dos cosas y me tienes a mí, el sanador de la tribu.

Sanador, un término un poco arcaico y que, sin embargo, sí encajaba en aquel lugar.

Sacudió la cabeza, todo aquello era un poco rocambolesco y se alejaba demasiado de la idea que tenía en la cabeza, esa que la llevaba de vuelta a esa horrible tarde.

—Como dije, no somos muy distintos a ti, Brenda Rose —insistió Khalid.

Sus miradas se encontraron de nuevo a través de la mesa. Ni siquiera había vuelvo a ocupar su sitio, de hecho, estando de pie mientras los demás permanecían sentados; la hacía sentirse incómoda.

—Debería estar preocupada por todo esto, pero no encuentro las fuerzas para ello —aceptó y mantuvo su mirada sobre él—. Podrías… cualquiera de vosotros podría matarme y no podría hacer nada para evitarlo. Ni siquiera podría defenderme.

Alzó la barbilla, esos ojos marrones fijos en ella, como si la estuviese calibrando. Entonces bajó la mirada a la mesa y recuperó el cuchillo con el que se había arañado la piel, lo cogió por la hoja y se lo ofreció.

—Ten —le tendió el mango.

—Esto se pone cada vez más interesante —canturreó Charisma.

—Khalid, por favor…

—Cógelo, Brenda Rose.

Era una orden, una palabra firme y contundente que la empujaba a hacer exactamente eso.

—No.

Negó con la cabeza.

—Tienes miedo, no confías en mí, lo natural es que te protejas, ¿no es así? —insistió manteniendo la mirada en la suya y el cuchillo hacia ella.

Miró el utensilio y luego a él.

—Dijiste que no me harías daño.

Ladeó la cabeza y dejó de nuevo el objeto sobre la mesa.

—Y no lo haré, pequeña —aceptó con gesto serio—, pero no confías en mí ni crees en mis palabras o te habrías quedado dónde te indiqué.

Sus palabras traían consigo un doble significado, uno que hizo que se le encendieran las mejillas y se le secase la boca. Apartó la mirada, se movió inquieta y dudó entre marcharse o quedarse.

—No debías de ser tú.

Dicho eso, guardó silencio, momento que él aprovechó para intercambiar una mirada con los presentes. Sin más, cada uno de los comensales se levantaron y, para su sorpresa, se despidieron de ella.

—Se ha hecho muy tarde y mi compañero no está en casa con lo que me toca a mí vigilar el fuerte —declaró Charisma dirigiéndose a ella—. Me alegra mucho haberte conocido. Espero que vengas a hacerme una visita en mi hogar, Khalid puede traerte. Disfruta de tu estancia.

No le dio tiempo a más que despedirse rápidamente cuando Malik le dedicó un guiño y salió tras su hermana.

—Te llevo a casa, Char —la acompañó.

—Ahora siento que he dicho algo que no debía —murmuró cuando Zulema se acercó a ella.

—Él y tú necesitáis hablar —le dijo, entonces la besó en la frente y la abrazó—. Te veré por la mañana.

La mujer se despidió del cabeza de familia y se marchó dejándolos solos.

—Cuando Blake me pidió que me hiciese cargo de su hermana, lo último que podía imaginarme es que esa mujer sería la misma con la que pasé una interesante velada.

Se volvió hacia él y tuvo que darle la razón, pues eso era lo mismo que le había pasado a ella. No. La persona a la que tenía que encontrar, el hombre en quién confiaba Blake lo suficiente para enviarla a su hogar, no debía ser él. Su mente había recreado toda una escena, una muy

distinta de la que había ocurrido en realidad.

Optó por volver a sentarse. A pesar de haber estado de pie y paseándose de un lado a otro, se había sentido igualmente en inferioridad de condiciones ante ese hombre.

—Cuando Blake me habló de su amigo, pensé… —sacudió la cabeza—. No eres a quién estaba esperando encontrarme… y ahora me doy cuenta de que esto es mucho peor de lo que podría haber sido.

—¿Peor?

—Eres tú —señaló lo obvio, refiriéndose a su noche juntos—. Y al mismo tiempo, también eres… una pesadilla.

—¿Y eso te decepciona?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—¿Qué parte de todo ello?

—Dímelo tú.

Abrió la boca y se quedó así, sin saber qué decir o cómo responder a eso.

—La verdad es que no lo sé —aceptó entonces—. No tendría que haber sucedido nada de esto. Para empezar, ni siquiera debería haber viajado hasta aquí.

—El destino es todo un maestro con el azar —comentó con ese ligero acento que le provocaba suaves escalofríos—. Juega con las vidas, tira los dados y lo deja todo a la providencia.

Lo miró, pero él permanecía ahora con la mirada perdida a través de la ventana. Al estar abierta, permitía el paso al aire fresco de la noche, así como a los aromas típicos de la región.

—No sabía que eras amigo de mi hermano.

Volvió a mirarla y asintió.

—Ni yo que tú eras su hermana —aceptó con sencillez—. De hecho, jamás comentó que tuviese una.

Eso era algo que también le había dado a entender Zulema, pero no lograba entender el motivo por el que hubiese mantenido en secreto el hecho de que tuviese familia.

—¿Quieres que crea que Blake jamás te mencionó que tenía más familia?

Su mirada se agudizó y pareció ofendido por sus dudas.

—No gozo de la falsedad que traen consigo las mentiras —declaró con frialdad. Sí, lo había ofendido—. Su olor es acre, desagradable y nunca trae consigo nada bueno. No, Brenda Rose, mi amigo solo comparte aquello que necesita compartir y yo solo pregunto por aquello que creo que merezco saber.

—Él sabe qué eres.

Era casi una acusación, una que no debería esgrimir contra Khalid.

—Sí, lo sabe —aceptó sin más—. Y hubiese preferido que tú lo descubrieses de una manera menos… radical.

El gruñido que emergió de su garganta fue suave pero inequívocamente animal y la hizo saltar. El corazón se le aceleró y el miedo volvió rampante.

—No… no hagas eso… por favor.

Lo escuchó suspirar.

—Siéntate a mi lado.

Negó con la cabeza.

—No.

—Por favor.

La forma en que pronunció esas dos palabras la desarmó. No estaba siendo autoritario, era

una sencilla petición.

—No puedo.

Aunque no quería, le tembló la voz.

—¿Me tienes miedo?

—Sí.

La contempló en silencio durante unos momentos entonces asintió y le tendió la mano.

—Más razón entonces para que te sientes a mi lado.

Parpadeó.

—Lo tuyo es la psicología inversa, ¿no?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Solo quiero que veas que no tienes motivo alguno para temerme ni a mí ni a mi lobo —aseguró como si fuese una conversación de lo más normal—. Intentaré no gruñir.

A la luz de las velas, pues a pesar de que había electricidad, habían estado disfrutando de ese ambiente tenue, el aterrador lobo que la había asustado a la luz del día se estaba convirtiendo ante sus ojos en un sexy y peligroso hombre del desierto.

—Siéntate conmigo.

Su insistencia y ese tono de voz hicieron que abandonase su lugar, rodease la mesa y aceptase su mano, para sentarse a su lado.

—Relájate, no muerdo —le aseguró sin soltar su mano.

—Estoy relajada —replicó—. Tan relajada que podría caer en coma de un momento a otro.

Bufó y chasqueó la lengua. Le giró la mano y le rozó la parte interior de la muñeca con el pulgar.

—Puedo notar cómo se te ha acelerado el pulso, escucho el rápido latido de tu corazón, así como de tu respiración —le dijo mirándola a los ojos—. No me mientas. Estás nerviosa y asustada, pero no hay nada malo en ello. Es normal dadas las circunstancias.

Tragó, fue incapaz de hacer otra cosa, la fricción de su pulgar sobre su piel la ponía si cabía más nerviosa.

—Estoy demasiado cansada para discutir…

—Lo estás incluso para lidiar con el deseo que sigo despertando en ti.

Retiró la mano de golpe de la suya.

—Me disculpo si te han ofendido mis palabras —le dijo, pero no parecía en absoluto arrepentido—, es solo que no me gusta que me tengas miedo.

Lo miró de soslayo, consciente de su presencia, de la forma relajada que permanecía sentada a su lado.

—No te tengo miedo —comentó, entonces añadió—, ahora mismo no. Puede que cuando no esté tan cansada y mi cerebro vuelva a funcionar, levante a toda la casa con mis gritos, pero… ahora y en este momento, no te temo.

Inclinó la cabeza hacia ella y no sabía si le estaba dando la razón o se burlaba.

—El miedo que vive aquí —comentó acariciándole la sien—, es fácil de erradicar. Pero cuando se instala aquí —bajó la mano sobre su corazón—, la oscuridad se apodera del alma. No es un buen miedo, así que nunca le permitas entrar.

Tragó saliva, se quedó rígida, mirándole con los ojos abiertos.

—Y ahora noto cómo tu corazón se ha acelerado aún más —murmuró con voz profunda y suave, sus labios curvándose muy ligeramente.

—Si me quitas la mano de la teta, quizá se calme —le soltó sin pensar.

Él no solo no retiró la mano, sino que extendió la palma y la acarició con el pulgar provocándole una inmediata corriente eléctrica que le arrancó un jadeo.

—¿Y si no lo hago?

Sacudió la cabeza despacio.

—No me pidas respuestas coherentes ahora mismo porque no puedo darlas —cogió su mano y se la quedó mirando cómo hipnotizada. Su piel era oscura mientras que la suya era clara, eran las manos de alguien acostumbrado a trabajar y no a estar sentado detrás de un escritorio—. Deberíamos… er… deberíamos poner fin a esta cena… ahora.

Dejó ir su mano solo para verse de nuevo sujeta ahora por él.

—¿Ese es tu deseo?

Parpadeó e intentó retirar la mano, pero no se lo permitió.

—Mis deseos ahora mismo no son razonables.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —susurró inquieta—. ¿Puedes soltarme, por favor?

No lo hizo, de hecho, hizo todo lo contrario, le giró la mano, le extendió la palma y la lamió en el centro. El gritito que soltó y el salto que pegó a su lado la sonrojaron hasta la médula.

—No… no juegas limpio.

Sus ojos se oscurecieron, esas motitas doradas aparecieron de pronto y su mirada se volvió salvaje e inhumana durante unos segundos.

—Señor… esto es a lo que más temo —musitó sin dejar de mirarle—. Esto es a lo que tengo miedo, ¿por qué no habría de tenerlo? Puedes destrozarme, puedes despedazarme, puedes…

—Hacerte el amor muy lentamente hasta que todo en lo que pienses es en dónde empiezo yo y dónde terminas tú —musitó en voz muy baja, grave y tan sensual que sintió cómo se humedecía al instante—. Pero tienes razón, me tienes miedo, temes a lo desconocido, lo que no puedes controlar…

—Desde luego a ti no podría controlarte, aunque quisiera.

Sonrió de soslayo.

—La pregunta es, ¿quieres deshacerte de ese temor?

—Más que ninguna otra cosa en el mundo —respondió sin pensar. Era la verdad, la única que habitaba en su interior.

Volvió a llevarse su mano a la boca, pero esta vez se limitó a besársela.

—Y ese es un deseo que comparto, Brenda Rose —aseguró pronunciando su nombre con esa cadencia que la mojaba incluso más—, uno al que daremos forma poco a poco.

Dicho eso se levantó con gracilidad y tiró de ella arrastrándola consigo.

—Pero por hoy, dejaré que te retires y descanses —bajó la boca sobre la suave piel de su muñeca y le propinó un pequeño mordisquito—. *Laila Tiaba*[5], mi dulce huésped. Que duermas bien.

Sin más, se llevó la mano al pecho y se inclinó en un último saludo antes de retirarse en silencio dejándola sola y temblorosa por un hombre que no le convenía en absoluto.

CAPÍTULO 11

La noche había caído ya sobre la región, los sonidos nocturnos se mezclaban con los murmullos de las casas adyacentes y la brisa del aire del desierto. A Khalid le gustaba esa hora de la noche, la tranquilidad que encontraba y la soledad que le permitía sintonizar con su espíritu lupino. Estaba nervioso, excitado, deseaba volver sobre sus pasos, buscar a esa deliciosa criatura y cumplir su promesa. Darle las buenas noches y dejarla sin probarla siquiera lo estaba enloqueciendo. Su aroma, su presencia, todo lo llamaba a ella con una intensidad que lo asustaba.

Él no era así, sus pasiones estaban siempre bajo control, decidía cómo, cuándo, dónde o con quién y su lobo estaba conforme o al menos lo había estado hasta hoy.

Inspiró profundamente empapándose de la brisa nocturna y de la calma que envolvía la pintoresca ciudad. Empezó a barajar la idea de salir a correr, de internarse en el oasis y correr hasta que lo venciese el agotamiento. Su compañera necesitaba ese indulto, necesitaba sentirse a salvo entre esas cuatro paredes y comprender que nadie le haría daño, sobre todo a raíz de su estresante llegada. Sí, sabía que lo deseaba, lo había visto en sus ojos, lo había olido en su cuerpo, pero también existía el recelo y presionarla no era el camino correcto para hacer las cosas.

Inspiró una vez más y le dio la espalda a la ventana de la galería solo para encontrarse con Zulema apoyada en el dintel de la puerta. Tan morena como él, con el pelo ondulado y largo cayéndole sobre el hombro que dejaba al desnudo la blusa, vestía unos cómodos *legins* y zapatos de tacón tan alto que alcanzaba su metro noventa y dos. Su aspecto occidental había sorprendido tanto a Brenda como el oriental de Charisma.

—¿No puedes dormir? —la recibió, volviéndose hacia ella.

Su hermana hizo una mueca y avanzó hacia él.

—Hoy es una de esas noches en las que el sueño decide eludirme —aseguró con un encogimiento de hombros—. ¿Y tu compañera? ¿Todo bien con ella?

La preocupación que no se reflejaba en su voz bailaba en sus ojos. Zulema se sentía doblemente responsable por la mujer que ahora moraba entre esas paredes, no solo era la hermana de su compañero, sino que ahora también era su propia hermana.

—Brenda necesita una buena noche de sueño después de su aventura de hoy —se justificó —. Debo procurársela.

Caminó hacia él y se apoyó en el alfeizar de la ventana dejando que el aire de la noche la refrescase.

—Hay un aire de soledad a su alrededor que me conmueve —comentó entonces—, oculta quién es detrás de la ironía y la desconfianza, pero tiene un alma noble. No entiendo cómo Blake no le dijo la verdad en el momento en que acudió a él. ¿Cómo ha podido quedar impasible? ¿Cómo ha permitido que el miedo y lo sucedido se adueñasen de su alma de esa manera?

La mujer hablaba desde el desconsuelo, desde el dolor que habitaba en su propia alma y no era justo para ella.

—¿Cómo decirle a alguien a quién quieres, que las pesadillas que padece no son sueños y sí una inquietante realidad? —contestó con su practicidad de siempre—. ¿Cómo hacerlo si esa persona no quiere o no está preparada para escuchar?

Él mismo se había hecho esas preguntas cuando su amigo le contó lo ocurrido. Incluso teniendo toda la información de aquel asalto y el posible motivo que lo había generado, no era sino ahora, al ver a la mujer que había pasado por aquello, que comprendía el modo de actuar de Blake.

—Brenda es una mujer que necesitaba hechos, necesita comprobar las cosas con sus propios ojos para así poder aceptarlas —le dijo—. Tiene que ver por sí misma que los demonios que ha creado en su mente, son solo eso, demonios y que la realidad es otra.

Negó con la cabeza.

—A veces ni siquiera los hechos son suficientes —murmuró más para sí misma que para él.

Suspiró, pero optó por callar. No le correspondía meterse en sus asuntos, mucho menos cuando él mismo acababa de toparse con ese abismo y ni siquiera había empezado a ver el fondo. Pero eso no quitaba que le doliese verla así, que sufriese en silencio ante la infelicidad que padecían dos personas que deberían estar juntas y no separadas. Los compañeros vinculados pasaban por un verdadero infierno al estar separados, solo el profeta podía saber lo que tenían que estar padeciendo esos dos cabezotas.

—¿Has hablado últimamente con él?

Negó con la cabeza y soltó un bufido.

—¿Para qué? ¿Para escuchar las mismas respuestas que no quiero oír? —suspiró—. Este no es su mundo, Khalid, como el suyo tampoco es para mí.

No pudo evitar pensar en sí mismo y en la pequeña hembra que acababa de aterrizar en su vida.

—En ese caso tendrás que crear uno en el que encajéis los dos.

Los ojos de Zulema eran un duplicado de los suyos, la mayor de los cuatro hermanos era quién los había mantenido juntos tras la muerte de sus padres. En ellos vio ahora la culpabilidad, el desasosiego, pero también esa entereza y fuerza interior de una mujer beduina.

—Lo siento, no debería de hablar así cuando tú acabas de encontrarla.

Negó con la cabeza y la rodeó con el brazo atrayéndola hacia él. El emparejamiento de Zule con Blake le había llenado de dicha, había sido inesperado, sí, pero su hermana era una loba y sabía quién le pertenecía y a quién pertenecía. Además, solo un ciego sería incapaz de ver la química que había habido y que todavía existía entre ambos.

Como todos los comienzos, el suyo no había sido fácil, Blake acababa de recuperarse del atentado que había padecido el convoy humanitario en el que viajaba. Su amigo se había salvado solo porque alguien allí arriba estaba cuidando de él. Había sido trasladado a Al-Hasa más muerto que vivo, sin demasiadas esperanzas de que pudiese volver a ver la luz del día, pero se había obstinado en vivir.

No sabía si había sido la curiosidad o algo que su dios había dispuesto para él, pero empezó a visitarle y con esas visitas llegaron las conversaciones y el florecimiento de una buena amistad. Había sido una de las familias nómadas de su tribu quién lo había encontrado y lo había llevado con ellos hasta el núcleo urbano más cercano.

«Eran lobos, Khalid. Te juro que eran lobos. Y entonces, caminaban sobre dos piernas. No sé si eran ángeles, demonios o producto de mi imaginación, pero estaré eternamente agradecido porque me hubiesen sacado de aquel infierno».

La confesión de un Blake enfermo y agradecido lo había llevado a depositar su confianza en el humano y mostrarle a su propio lobo.

«Bien. Gracias. Ahora ya sé que no tengo un tumor cerebral del qué preocuparme».

Recordaba haberse reído a carcajadas ante el abierto alivio del joven médico y escucharle a continuación hacer un sinfín de preguntas sobre él, su lobo y su propio pueblo.

El hospital dio paso a una breve convalecencia en su propio hogar. Zulema se había hecho cargo de él, de hecho, no recordaba haber escuchado a su hermana maldecir tanto como con ese hombre, pero lo que empezó como una típica pulla entre hombre y mujer, acabó convirtiéndose en la atracción y el desquiciamiento de una pareja a punto de emparejarse.

Se había alegrado por ellos, sabía que se querían, era algo imposible de no ver, pero entonces un día algo cambió y Zulema regresó solo a casa. Se negó a responder a sus preguntas, se negó a hablar de su compañero y le pidió que no interfiriese.

A partir de ese momento la pareja comenzó a hacer su vida por separado.

Blake había sido el primero en dar el paso, se acercó a él y le pidió que cuidase de ella. No quiso dar explicaciones y él no las pidió. A día de hoy, sabía que ambos seguían en contacto, viéndose cuando la separación se hacía demasiado dura para una pareja vinculada, pero estaba claro que lo que quiera que los hubiese llevado a esa situación seguía interponiéndose entre ellos como un cáncer indisoluble.

—Todo camino empieza dando unos pocos pasos —comentó entonces—, supongo que ahora es mi turno.

Ella sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

—Esa criatura es una dulzura, pero tan cabezota como su hermano —le aseguró con cierta diversión—. Va a poner tu paciencia a prueba, lo cual te reportará diversión y frustración a partes iguales.

Ladeó la cabeza y la contempló. Había algo en su voz que no expresaban sus palabras.

—Tienes que buscarle, le necesitas.

Hizo una mueca.

—¿Cuándo no necesitamos a nuestros compañeros? —le besó la mejilla y se separó—. Cuida de la tuya y ten paciencia, la vas a necesitar.

Algo le decía que su hermana tenía más razón de la que pensaba.

—Iba a salir a correr, ¿quieres unirte a mí?

Le sonrió, dio un paso atrás y asintió.

—Sí —aceptó—. Creo que es una noche perfecta para hacerlo.

Lo era. La luna todavía no estaba llena, pero ya podía sentir los efluvios que su proximidad hacía a su lobo y a él mismo. Necesitaba correr, necesitaba abrazar su naturaleza lupina y salir al desierto que tanto amaba.

CAPÍTULO 12

Dos días después…

El sol se había levantado ya y brillaba con todo su esplendor, Brenda no podía evitar maravillarse con los aromas que llegaban a través de la ventana, la manta de edificios blancos de varios tamaños que se recortaba contra el verde de las palmeras en el horizonte. Había visto la peculiar urbe en fotos, pero ninguna hacía justicia con lo que veía por sí misma y tampoco la prepararon para el obvio calor que entraba por la ventana. El aire acondicionado dentro de la casa hacía que su estancia fuese más llevadera, pero no pudo mantener a raya las pesadillas.

Se pasó la mano por el pelo y suspiró, se había despertado en medio de la noche llorando, lo sabía cómo también sabía que había gritado al notar la garganta seca y rasposa.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda a la ciudad, llevaba horas despierta, se había vestido y remoloneaba dando vueltas y más vueltas. Se le había pasado por la cabeza marcharse, pero entonces, Zulema estaba allí, tan amable y cálida como también convincente y no podía decidirse.

Los últimos dos días se había negado a ir a ningún sitio, se limitaba a permanecer en esa habitación o recorrer la casa. Había admirado el jardín con sus solitarios bancos y los altos árboles que le permitían escapar del sol de la calurosa región. Había respirado aromas que no conocía, que evocaban lugares que solo pensabas que existían en los sueños, pero había sido incapaz de enfrentarse de nuevo a él y a las pesadillas que la asolaban cada vez que cerraba los ojos.

Le había evitado. Se había negado a abandonar su habitación mientras estaba en la casa, le había esquivado tanto como había podido y, cuando le era imposible, se limitaba a saludarle con un seco gesto y dar media vuelta.

—Espero que se haya ido a vivir con las malditas cabras.

Dejó escapar el aire y miró de nuevo hacia la habitación y a la maleta que tan solo se había limitado a abrir y sacar de ella lo que había necesitado. No quería deshacerla, no quería guardar las cosas en el mucho espacio que tenía disponible para ello, pero esa necesidad acuciante de recoger todo y marcharse, se había diluido un poco.

No podía negar que él tenía la culpa, sus palabras habían arañado esa primera noche la superficie lo suficiente como para afectarla.

Sacudió la cabeza y caminó hacia la mesilla, dispuesta a coger el teléfono y salir por la puerta a estirar las piernas, pero una suave, casi perezosa llamada la interrumpió.

Frunció el ceño y se giró en dirección al sonido, procedía desde la puerta principal y parecía como si estuviesen arañando la madera.

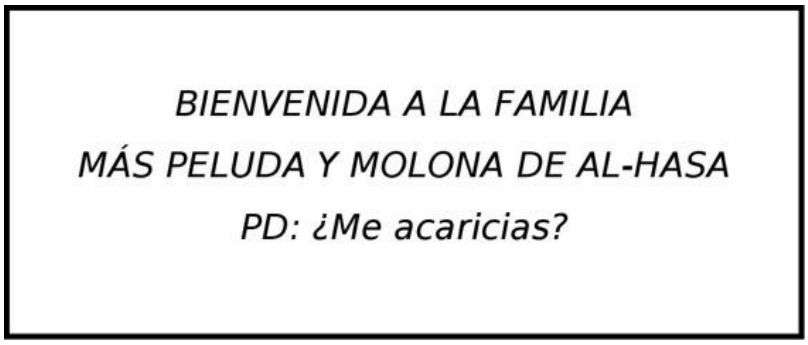
—Pero qué… —murmuró con cierto recelo—. Está abierto.

Esperó, pero el pomo no giró, la puerta siguió sin abrirse, sin embargo, el sonido volvió a escucharse.

Frunció el ceño, el sonido la ponía nerviosa pero la curiosidad era un mal extendido al que no era inmune. El ruido se hacía más intenso a medida que avanzaba, deteniéndose solo cuando abrió la puerta y miró hacia fuera sin ver a nadie.

—Pero…

No llegó a terminar la frase pues algo caliente y peludo la rozó al pasar por su lado. Se quedó sin respiración, su cerebro dejó de funcionar con coherencia cuando bajó la mirada y se encontró con un enorme can de pelo largo y gris claro, uno que llevaba al cuello una tablilla en la cual podía leerse:



El animal se sentó sobre los cuartos traseros, se lamió el hocico varias veces y empezó a mover la cola.

No podía dejar de mirarlo, ni a él ni ese absurdo cartel que llevaba colgado al cuello. Un sudor frío empezó a deslizarse por su espalda y perlarle la frente, no podía dejar de mirar esa enorme lengua colgando de unas fauces cuyos dientes podían cortar la carne como mantequilla. El corazón empezó a latirle en los oídos, no podía ni moverse, estaba petrificada y el miedo volvió a elevarse una vez más en su interior.

Intentó dominarse, se obligó a mirar a su alrededor, a comprender que no estaba en la clínica, que ese lobo no iba a matarla, que fuese quién fuese no era…

—Oh mierda…

No funcionaba, ese chucho la estaba mirando, se relamía y empezó a temblar.

—Oh joder, joder, joder… —gimoteó—. Otra vez no… tú no…

El animal ladeó la cabeza, echó las orejas hacia atrás y lloriqueó compungido por su reacción.

—¡No te muevas! —gritó. Sabía que su voz había salido como un agudo grito aterrado y, a juzgar por la forma en que ladeó las orejas, le molestó el sonido.

No la obedeció, de hecho, no le hizo el menor caso. Se levantó y no pudo evitar sentir que se quedaba sin aliento. El animal no era tan grande como el que le había lavado la cara dos días atrás, ni siquiera tenía el mismo color, así que sabía que no se trataba de Khalid. Lo vio echar las orejas hacia atrás, agachar la cabeza y mover la cola en una manera perruna de decir: *Hola, soy un buen perro, acaríciame.*

—No… no te acerques… no te atrevas… —lo amenazó con la mano al tiempo que retrocedía un paso, otro hasta terminar por subirse a la cama—. No… no lo hagas… ¡siéntate! Oh, ¡puñetas!

El agudo y desesperado grito femenino le atravesó los tímpanos, reverberó en toda la casa rompiendo la paz matutina e hizo que le diese un vuelco al corazón.

«¿Brenda? ¿Qué ocurre?».

Todo lo que sintió en respuesta a su pregunta fue miedo y adrenalina seguido de un nuevo grito físico.

Saltó del asiento que había ocupado tras su escritorio mientras leía el periódico y se precipitó hacia el pasillo para ver a su Zulema saliendo de otra habitación con la misma cara de sorpresa y preocupación.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—Creo que mi compañera…

Como si necesitase una confirmación a sus palabras, dicha mujer volvió a gritar, soltó algo parecido a un juramento, se oyó el sonido de algo al romperse y un gemido lobuno.

—Pero qué…

No tuvieron que dar más de dos pasos antes de ver a una desesperada muchacha corriendo descalza a través del pasillo y derrapando al girar la esquina. Estaba aterrada, tenía la cara roja por el esfuerzo de gritar y posiblemente por la inesperada carrera.

—Ay dios, ¡quiere comerme!

Detrás de ella venía trotando un peludo Malik, el cual no dejaba de rezongar y refunfuñar sin darse cuenta de que no podía escucharle.

«Que conste que lo he intentado. Hasta me he colgado una estúpida pizarra dándole la bienvenida y he hecho lo más denigrante que puede hacer un lobo, ponerse patas arriba para que le froten la barriga. Desisto. Tu compañera es caso perdido. No puedo con ella. Transfórmate tú y siéntatele encima hasta que deje de gritar, eso si no te perfora los tímpanos. Dios, qué pulmones».

Su hermano apenas acababa de decir las últimas palabras cuando esa pequeña y voluptuosa criatura impactó de golpe contra él, se aferró a su cintura y lo rodeó para ocultarse detrás.

—Él… él… ¡entró en mi habitación! —lo apuntó con el dedo desde la supuesta seguridad que le daba su espalda—. ¡Iba a atacarme!

«No atacaría ni esa horrible chaqueta de colorines que tiene encima de la cama. Puaj. Tendrás que comprarle ropa nueva, ¿has visto cómo viste?».

—Mi hermano tiene un extraño sentido del humor.

—¿Tú hermano?

Suspiró y lo señaló.

—Malik pensó que sería una buena forma de hacerte salir de ese estúpido encierro —declaró y tuvo que morderse la lengua para no decir nada más.

—No me jodas.

«No sé si darte las gracias o hacerte pedazos. Si no fuese porque estás ridículo con eso colgado al cuello, me inclinaría por la segunda opción».

El respondió bufando y alzando el hocico.

«De nada, hermanito. De nada».

Dicho aquello se transformó allí mismo, delante de ellos, haciendo que la chica le diese un nuevo ataque.

—Brenda Rose, respira, por favor —no se molestó en mirarla—. Y tú, deja de jugar como si fueses un crío.

El aludido señaló lo obvio.

—Tengo su misma edad, ¿qué esperas?

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿Un poco más de sentido común de tu parte?

—Vale, tiempo muerto, lobos —se interpuso Zulema entre los dos. Llegó a ponerse delante de su hermano pequeño, quién, había mantenido al menos los pantalones en el cambio—. Cada uno de vuelta a su esquina.

—Solo intenté hacerle ver que no somos peligrosos, que no somos animales salvajes, pero está claro que ella no ha apreciado el hecho —acusó sin más.

La acusación pareció hacerla reaccionar.

—¡Casi me matas del susto! —exclamó dando un paso adelante y enfrentándose a su hermano ahora que estaba en forma humana—. ¿No lo entiendes? No soporto a los lobos… ¡uno intentó matarme!

Él chasqueó la lengua y arrugó la nariz, entonces le señaló con un gesto.

—Pues, chica, tienes un problema así de gordo y peludo, porque eres la pareja de uno —le soltó sin más—. Y no todos somos los monstruos rabiosos con los que quiera que te hayas enfrentado.

La forma en que se tensó, en la que avanzó hacia su oponente no presagiaba nada bueno.

—¿Y qué esperas que piense cuando alguien rasca tu puerta, abres y te encuentras a un jodido chucho con una pizarra colgando al cuello?

—Pues lo normal sería que te pareciese mono o incluso que te echases a reír, niñata, no que gritases como una *banshie*.

—¿Acabas de llamarme niñata?

Y Malik acababa de cavarse su propia tumba, pudo verlo tan pronto ella hizo ademán de lanzarse sobre él. En otras circunstancias dejaría que se desquitase, pero a su lobo no le gustaba ni un pelo que otro hombre, aunque fuese un estúpido cachorro, estuviese cerca de su hembra y mucho menos la tocase.

Gruñó, un sonido que reverberó en el pasillo sofocando los ánimos y atrayendo la atención en su dirección.

—Ya basta —pronunció con voz lupina, profunda, su lobo al mando—. Los dos.

Su hermano hizo una mueca, pero levantó las manos y dio un paso atrás.

—No volveré a acercarme a ella, no te preocupes —le dijo harto—. Quiero demasiado mis tímpanos.

Se giró entonces hacia la muchacha, quién lo miraba con ojos entrecerrados, si bien no mostraba su miedo, estaba claro que estaba asustada. La forma en la que temblaba, la ansiedad en sus ojos y la manera en que parecía buscar ya una salida, lo puso incluso de mal humor.

Estaba harto de su encierro, de que lo rehuyese, de que todo el mundo anduviese de puntillas por culpa de ella y su actitud. La paz que solía haber en su casa se había trastocado por causa de esa pequeña mujer y ya era hora de que le pusiese remedio.

—Te lo dije el mismo día en que llegaste —le recordó y no se midió a la hora de matizar su tono—. Nadie te hará daño bajo mi techo.

—Khalid… —lo llamó Zulema, pero él la ignoró.

—¿Que nadie me hará daño? ¡Un perro salvaje ha entrado en mi dormitorio! —jadeó señalando lo obvio—. ¿Qué clase de protección es esa?

—No es un perro salvaje, es un lobo —le sostuvo la mirada, afrontando su cercanía sin ceder ni intimidarla—. Igual que lo soy yo.

No vaciló, podía notar su nerviosismo, oler su miedo, pero también estaba enfadada y eso, parecía ser la llave para diluir su temor y sacarla de esa estúpida actitud que hacía que los rehuyese a todos.

—Motivo más que suficiente para que quiera largarme de aquí —replicó desesperada—.

¡Y hacerlo ahora mismo!

No se lo permitiría. No cuando acababa de encontrarla. Era su compañera. Su lugar estaba junto a él.

—No.

Su rotunda respuesta la sorprendió.

—¿No? —jadeó parpadeando como un búho—. ¿Cómo qué no? ¿Quién te crees que eres para decirme si puedo o no hacer algo? Si quiero irme, ni tú ni nadie podrá impedírmelo.

Se obligó a mantener el mismo tono.

—No te irás a ningún lado sin mi permiso.

Se rio, la muchachita había dejado el miedo a un lado y se había subido al carro de la irritabilidad.

—Intenta impedírmelo, capullo.

Gruñó al ver cómo retrocedía y su advertencia hizo que se detuviese en seco, sus ojos se abrieron y el miedo volvió a acariciar sus pupilas.

—No es una buena idea que pongas a prueba mi paciencia en estos momentos, Brenda Rose —declaró intentando mantener a su lobo con la correa.

La vio tragar, estaba asustada, pero seguía lo suficiente irritada como para no dejar que el miedo pudiese con ella.

—Eres un…

—Khalid, por favor —se interpuso Zulema ahora entre ellos, un movimiento poco inteligente, pero siendo mujer, estaba más a salvo de su lobo que su hermano pequeño—. Esta no es la forma adecuada…

La miró a los ojos.

—Está desafiando mi autoridad… —le respondió en su idioma natal.

—Es humana Khalid y ha pasado por algo que ningún ser vivo debería pasar. La han dejado caer en el seno de una manada de lobos, no entiende nuestra jerarquía, no conoce nuestro mundo —le habló con suavidad y coherencia, apelando a su raciocinio—. Necesita que seas paciente, comprensivo… no un alfa mandón.

Se obligó a respirar profundamente y dejar escapar el aire con lentitud.

—No puedes pasarte toda la vida huyendo de tus pesadillas —se pasó de nuevo al inglés y fijó su mirada en ella—. ¿Es que no lo entiendes? Ante ti está el resultado. ¿Eso es lo que deseas?

Sus ojos se empañaron, pero no lloró. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo que deseo es ir al aeropuerto de modo que pueda coger el primer vuelo y largarme de aquí.

Aquella muchachita iba a sacarle canas.

—Respuesta incorrecta, compañera —gruñó. La cogió por la muñeca y la arrastró consigo por el pasillo.

No podía con los celos, no quería que ningún hombre, mujer o lobo estuviese cerca de ella, la quería para él y solo para él. Y esa misma necesidad lo cabreaba a un nivel que no reconocía.

Tiró de Brenda a pesar de sus protestas, la arrastró cuando intentó clavar los pies en el suelo para detenerse y terminó introduciéndola en la primera habitación abierta que encontró.

—No vas a irte a ningún lado —le informó al tiempo que la empujaba contra la pared, aprisionándola con su cuerpo, envolviendo la mano en su pelo para que no pudiese huir—. Hice una promesa y por todos los dioses de la antigüedad que la cumpliré, así tenga que atarte para mantenerte aquí.

La besó, poseyó su boca con dureza, como un castigo, pero su ira no fue demasiado lejos. El dulzor de sus labios, la calidez de su cuerpo, todo encajaba a la perfección y le recordaba sin necesidad de palabras que estaban hechos el uno para el otro. La quisiese o no, era su compañera, la mujer destinada a formar parte de su vida, convertirse en madre de sus hijos y pasar la eternidad a su lado.

Necesitaba quitarse de encima todo ese nerviosismo, el deseo y la irritabilidad que le provocaba esta nueva experiencia. Jamás se había sentido tan desesperado por una mujer, tan enfadado con el mundo y con él mismo, su aroma lo atraía como un imán, le aguaba la boca y lo ponía en jodida evidencia.

—¿Esta es la manera en que siempre arreglas las cosas?

Su pregunta lo sorprendió al punto de apartarse de ella, pero solo lo suficiente para mirarla a los ojos.

—No —negó con medida sinceridad—, pero evita que haga algo mucho peor, como arrancarte la ropa, separarte las piernas y follarte hasta que no puedas ni caminar.

Dicho eso dio un paso atrás, se recompuso y la miró de arriba abajo.

—Tienes veinte minutos para ponerte algo más cómodo y calzarte —le informó y no pudo evitar la tentación de acariciarle el pelo—. Cúbrete la cabeza con un pañuelo o…

Arrugó la nariz desafiante.

—No soy musulmana…

Enarcó una ceja ante su rápida réplica.

—No, pero puedes coger igualmente una insolación, por lo que busca un pañuelo o una gorra —le soltó, entonces dio media vuelta y empezó a alejarse—. Vamos a pasar el día fuera.

Aquello la sorprendió.

—¿Fuera? ¿Por qué?

—Porque ya es hora de que dejes este absurdo encierro y salgas a la vida que pareces haber dejado atrás en algún momento —aseguró mirándola de soslayo—. Se acabó el indulto, Brenda.

Entrecerró esos bonitos ojos con un gesto desafiante que le ponía.

—Si piensas que voy a…

Se giró una última vez y se llevó la mano a la muñeca señalando el reloj.

—Diecinueve minutos, Brenda —pronunció su nombre con intención—, no hagas que tenga que entrar a buscarte.

CAPÍTULO 13

Khalid no se detuvo hasta llegar a la biblioteca, estaba temblando, le dolían los dientes de tanto apretarlos y era incapaz de dejar de echar furtivas miradas hacia atrás. Su lobo no estaba de mucho mejor humor, quería volver a ver a esa hembra, devorarla lentamente hasta saciar su hambre y después, volver a hacerlo otra vez.

Se dirigió al mini bar y cogió lo primero que tenía a mano, se sirvió medio vaso y lo bebió sin más reservas.

—Wow, ¿vas a empezar a beber tan temprano?

Levantó la mirada para ver entrar a Hakim solo para quedarse con el vaso a medio camino.

—¿Qué demonios has hecho?

El aludido se pasó la mano por el pelo con gesto desenfadado. El profundo color azul brillaba con fuerza bajo la luz de las lámparas.

—Me he teñido de azul —señaló lo obvio—. Una apuesta es una apuesta y yo siempre cumplo la palabra dada.

Alzó la mirada al techo y se tomó el resto de su bebida de golpe.

—Tienes un serio problema, amigo mío.

—Y no soy el único por lo que pudieron escuchar mis oídos antes de estallar —aseguró sacudiéndose uno con el dedo—. ¿Tan poca paciencia te inspira tu nueva compañera que has tenido que matarla?

—No fui yo el responsable de sus gritos.

—Déjame adivinar, es la típica chica que grita al ver una araña.

—Me temo que la araña en cuestión era un poco más grande, con orejas y cuatro patas; Malik.

Hizo una mueca.

—Bueno, sí, yo también gritaría la mayoría de las veces al ver a ese cachorro —aceptó sacudiendo la cabeza—. Aunque nunca con semejantes pulmones. ¡Qué tía!

Puso los ojos en blanco.

—¿Y bien? ¿Se va adaptando? ¿Ha dejado ya su estúpido encierro? Espero que no tenga más episodios de «rompámosles los tímpanos a los lobos».

—Es pronto para saberlo.

—¿Pronto? —se echó a reír—. No tanto como para que te pongas en modo «humor de perros» o tendría que decir, ¿humor de lobos? —sacudió la cabeza—. ¿Te has dado cuenta de que, desde que la viste y oliste en el aeropuerto, estás un poquito más irascible de lo normal?

—No más de lo que lo estoy cuando la gente tiende a joderme una y otra vez.

Resopló.

—Eso no te lo crees ni tú.

Optó por ignorarlo y señalar algo que era imposible no tener en cuenta.

—¿Has venido solo a enseñarme el desastre que te hizo el peluquero o tienes algo que decirme?

—Esta obra de arte es cosa de mi loba, *sheikh* —le informó pasándose de nuevo la mano por el pelo—. Podría haber salido mucho peor. Amina quería raparme la cabeza.

Hakim llevaba dos años emparejado, su loba era una bonita chica que trabajaba como

asistente social en el vecino núcleo comercial de Al-Hofuf. Si había alguien que era capaz de hacer que un hombre bajase las orejas sin siquiera levantar la voz, era ella.

—No diré una palabra más.

—Chachi —replicó dedicándole un gesto con la mano—. Entonces, ¿qué vas a hacer con tu pequeña humana? ¿Vas a sacarla a paseo? Un poco de turismo quizá aplaque su garganta… más que nada por el bien de los oídos de esta familia y agregados.

Enarcó una ceja ante la abierta falta de respeto que contenían sus palabras.

—¿Y bien? —ignoró su mal humor—. ¿Necesitas alguna sugerencia? ¿Una ruta turística, quizá? Te sugeriría que la llevases al desierto, lo cual sin duda está bastante lejos, pero con la psicosis que tiene encima es capaz de pensar que quieres liquidarla o algo parecido.

—Y ese es el motivo principal de que mi interés por sacarla de estas cuatro paredes se centre en lugares más comunes y accesibles —resopló—. Necesita familiarizarse con su nuevo mundo…

—Por favor, grábamelo en vídeo, no quiero perderme ni un solo segundo —aleteó las pestañas, un gesto que se hacía más raro que de costumbre con ese vibrante pelo azul.

—No vuelvas a hacer eso. Jamás.

Sonrió de soslayo.

—Sabes, lo vas a tener muy difícil con esa muchachita —dejó el tono jocoso a un lado para hablarle con total sinceridad—, y, si bien no sé en qué punto estás —y tampoco me importa, todo hay que decirlo— en este emparejamiento, quizás fuese bueno para todos, y ten en cuenta que hago mucho énfasis en la palabra todos, que te la llevases un tiempo en plan…

Levantó la mano para detener su perorata, no quería escuchar nada en absoluto.

—Nos quedaremos dentro del territorio virgen del oasis, cerca del manantial —le informó. Cualquier cosa antes que escuchar sus rocambolescas ideas sobre cómo conquistar a una compañera o hacerle la cama.

—Tu coto de caza privado —canturreó—. Mola. Creo que pondré un enorme cartel al principio del territorio que diga: PROHIBIDO EL PASO. SHEIKH FOLLANDO.

Si tan solo pudiese matarlo… esconder su cadáver… decirle al pueblo que no tenía la menor idea de qué había pasado con el chalado de su beta… Pero era mucho trabajo, especialmente porque tendría que buscar a alguien que lo sustituyese.

—Hoy no es un buen día para que pongas a prueba mi paciencia, Hakim.

Chasqueó.

—¿Y cuándo lo es? —se burló—. De hecho, eso es por lo que necesitas unas vacaciones. Y las necesitas ya. Unas que incluyan a esa churri debajo de ti.

—Habla con respecto de mi compañera.

Chasqueó la lengua una vez más.

—Necesitas un buen polvo, Khalid, así que échatelo y vuelve a ponerte el turbante —lo aleccionó—. Tienes una tribu de la que encargarte, lo cual, no estás en condiciones de hacer ahora mismo. Tú lo sabes, yo lo sé… Suma dos y dos, lobito bonito.

Resopló. Las cosas no eran tan sencillas, había podido comprobarlo hacía pocos minutos en el miedo que había bailado en sus ojos.

—No has visto el miedo en sus ojos… —puso en voz alta sus pensamientos—. No es… Ella no es lo que me esperaba.

—Por supuesto que no, nunca lo son —le aseguró su beta—, y en tu caso es incluso peor. Pero si hay alguien que puede guiar a esa muchacha y derribar esas barreras que ha levantado a su alrededor para protegerse, eres tú. Así que hazlo.

Resopló.

—Una compañera como ella no era algo que entrase en mis planes.

—Por experiencia puedo decirte que nunca son lo que esperamos, pero sí lo que necesitamos.

Se giró hacia él, encontrándose con su mirada.

—No quiero terminar como él.

No había necesidad de explicaciones, ambos sabían a qué se refería. De toda su familia, si había alguien que comprendía su forma de actuar, sus prioridades y normas era Hakim. Más que un primo lejano, era como alguien de la familia, tan cercano como Zulema o incluso Blake.

—Pues no te enamores de ella —comentó en voz baja, dando respuesta al pensamiento que no se había ni atrevido a formular—. No serías el primer lobo que se empareja y no ama a su mujer. Todo lo que necesitas es que ella sí lo haga, de ese modo tendrás también su lealtad y una cama calentita en la que pasarlo bien.

No podía darse el lujo de enamorarse, no quería terminar como su padre, obnubilado por la voluntad de una mujer.

«Es el mayor de mis deseos, Khalid. Ni toda la arena del desierto podría secar mi amor por ella. Decidí entregarle mi corazón y será suyo para cuidarlo o destruirlo».

Eso lo había hecho débil, lo había dejado a merced del corazón de una mujer y cuando la perdió, su corazón murió con ella.

Su madre había sido una compañera leal, una amorosa madre para sus vástagos, pero desde su punto de vista, había ejercido una influencia en su padre que lo llevó a parecer débil ante sus ojos y los de su gente.

—Brenda está obligada a serme leal, es mi compañera —repuso, poniendo en voz alta lo que sabía, lo que siempre le habían inculcado, el corazón de sus raíces—, pero no necesito su amor. Ni tampoco lo quiero.

E incluso mientras pronunciaba esas palabras, la carita de esa niña aparecía en su mente y su cuerpo y su alma despertaba al deseo y una calidez y sentimiento de protección que se decía solo podía ser parte de ese extraño vínculo que envolvía a una pareja.

No se rendiría ante esa mujer. La conquistaría, derribaría sus defensas y la haría suya, le sería fiel y leal, pero no se enamoraría de ella.

Su amigo chasqueó en voz alta y le palmeó el hombro.

—Nunca digas de esta agua no beberé.

Lo miró de soslayo.

—¿Te das cuenta que te estás contradiciendo?

—No soy yo el que está de agua hasta el cuello —se encogió de hombros—, y solo para que lo tengas presente, la opción de tu hermana tampoco es la adecuada.

No, si tomaba a su compañera se quedaría con ella, la mantendría a distancia, pero bajo su mismo techo. No estaba dispuesto a pasar por lo mismo que estaban pasando esos dos cabezotas.

—Y, ya que estás pensando en seducirla…

—No estoy…

Lo apuntó con el dedo.

—Solo te falta dejar la lengua colgando …

Gruñó.

—Hakim, estás cruzando la línea de lo tolerable.

—Claro, como tienes tanta tolerancia…

Se obligó a respirar y recordarse, por enésima vez, que no podía matarle.

—¿Has venido a tocarme las narices, dejarme ciego con ese absurdo color de pelo o ardías en deseos de que te muerda?

—Te gusta mi nuevo pelo, aunque te niegues a aceptarlo —aseguró complacido—. Y, ni lo uno ni lo otro. Venía a pasarte el parte. Tenemos problemas en la explotación ganadera del sur.

Frunció el ceño.

—¿Qué problema hay?

—Jusuf no está muy seguro, pero algunos animales han empezado a perder peso, han dejado de comer y tienen síntomas de enfermedad.

Suspiró. Tendría que encargarse de ello personalmente. La explotación ganadera del sur era una de las principales fuentes de ingreso de la tribu, junto con el cultivo de la palma y la plantación de dátiles que tenían en Al-Hofuf.

—Teme que pueda tratarse de algo contagioso.

Si su veterinario de confianza estaba preocupado, la cosa tenía que ser grave.

—Me pasaré por allí esta tarde —aceptó montando la visita en su mente—, creo que alguien disfrutará viendo las cabras.

Hakim se echó a reír. La broma que había surgido a raíz de la errónea suposición de Brenda se había convertido en un secreto a voces.

CAPÍTULO 14

—¿Dónde estamos?

—En Gabal Al Gara.

—¿Perdona?

—Las cuevas de la montaña Al Gara —explicó deteniendo el jeep junto a un montículo de piedra caliza que se alzaba ante ellos. El sol se reflejaba creando sombras en las altísimas rocas que invitaban a escapar de ese asfixiante calor—. Más conocida por creer que podría haber sido el lugar que inspiraría el cuento de *Ali Babá y los Cuarenta Ladrones*.

Apagó el motor, quitó las llaves y bajó, invitándola a hacer lo mismo.

—Y también son famosas por ofrecer un lugar fresco en el que poder huir del asfixiante calor del verano saudí —las señaló con un gesto de la barbilla—. Frescas en verano y cálidas en invierno.

Bajó del coche e hizo una mueca al sentir la elevada temperatura, rodeó el vehículo y buscó la sombra bajo su divertida atención.

—¿Qué? —lo fulminó con la mirada—. Hace demasiado calor.

—Ni siquiera ha comenzado a calentar, Brenda Rose.

—Diablos, vives en el mismísimo infierno.

—En realidad, el infierno está un poquito más al sur —replicó irónico y comenzó a andar hacia la separación de las enormes piedras dónde había una cutre puerta de latón que invitaba a entrar a los turistas—. No te quedes atrás, el sol pronto se pondrá a calentar en todo su esplendor.

Echó un vistazo a su alrededor, la aridez de la zona contrastaba con el verde de las palmeras que cercaban Al-Hasa.

—Es un lugar extraño, bello, pero extraño —murmuró yendo tras él—. Toda esa zona de palmeras que hemos rodeado, la que bordea la ciudad…

—Forma parte del mayor oasis del mundo —le dijo, esperándola en la entrada—. Al-Hasa es la única ciudad que encontrarás en un emplazamiento similar, es única.

Sí, sin duda lo era. Se había asombrado al ver las apiñadas casas de arenisca que formaban una especie de laberinto, los aromas de las tiendas, el atuendo de las personas, todo era nuevo y mágico, como emerger en un mundo muy distinto, el mundo de ese maldito hombre.

—Sin duda, todo aquí es distinto —aceptó—, de un modo extraño y exótico… ¿podríamos incluir en este tour una parada en algún bazar?

La miró con esos intensos ojos marrones.

—Suenas como la típica turista.

Se encogió de hombros.

—Soy una turista, pero de típica no tengo nada —rumió—. Una no viene a hacer turismo a un país para que se la coman.

Puso los ojos en blanco.

—Empiezo a desear morderte solo para que tengas la razón, aunque sea por una vez.

—¡Ja! —se llevó las manos a las caderas—. Hazlo y te pongo la vacuna de la rabia.

—Podrás visitar algunos puestos de orfebrería durante nuestro viaje de regreso —concedió —. Ahora, ¿por favor?

Hizo una mueca, pero aceptó entrar, el calor fuera era sofocante y allí dentro se estaba tan

bien.

—¿No tienes trabajo o algo que hacer? —comentó deshaciéndose del pañuelo, le molestaba todo—. No quisiera interrumpir tu horario laboral.

—Eres mi invitada, es mi obligación atenderte, así que todo lo demás puede esperar.

—Eres tu propio jefe, ¿no?

Asintió.

—Y no trabajas en un despacho.

—Suelo llevar mis negocios desde casa, viajo cuando es necesario o tengo que hacerme cargo de algún asunto, pero hoy por hoy, con una buena conexión a internet o un teléfono vía satélite, se soluciona todo.

—Tienes todas las vías cubiertas.

—Es mi trabajo —se encogió de hombros y la instó a continuar—. Bienvenida a la cueva de Ali Babá.

Se quedó sin palabras, no solo había un cambio considerable de temperatura, sino que la estancia era como un gran salón, con columnas naturales.

Una estancia tras otra formaba un pequeño laberinto, había entradas imposibles de penetrar a menos que fueses delgadísimo o un ratón. Y su altura era imponente. Pequeños recovecos en las paredes o en el techo, grietas naturales, dejaban pasar la luz recordándoles el calor que los esperaba fuera.

Paseando de una estancia a otra se encontraron con otros turistas e incluso una familia que intercambió un efusivo saludo con su acompañante. Khalid le explicó que los habían invitado a compartir su mesa, pero rechazó agradecido la invitación.

—Es increíble —admitió—, ¿y suelen utilizarlo los lugareños?

—Sí, ya has visto a una familia disponiendo la comida, muchos vienen huyendo del calor.

—Eso puedo entenderlo —aceptó mirando hacia el techo—. Ahora mismo, ahí fuera, debe poder freírse hasta el beicon sobre una piedra.

—En realidad, solo si existiese de oveja, cabra o ternera —la corrigió—. Los musulmanes no comen carne de cerdo.

Lo miró curiosa.

—¿Tú tampoco?

—Yo soy un lobo —comentó en voz baja—. Me gusta demasiado la carne como para negarme a comer una buena chuleta de cerdo o un jamón.

Se estremeció, la naturalidad con la que aceptaba su naturaleza era inquietante.

—¿Naciste así?

Su pregunta lo sorprendió.

—¿Así como?

Se lamió los labios.

—Siendo… un lobo.

Le sostuvo la mirada.

—Sí, Brenda —aceptó y casi diría que parecía divertido—, nací siendo lobo. No es algo que se pueda contagiar. O lo eres o no lo eres.

Arrugó la nariz.

—Tienes suerte de que me haga dado incluso por preguntar —suspiró—, no es algo que me…

—Eres auxiliar de veterinaria —la interrumpió—. Cabría suponer que eres amante de los animales.

—Y lo soy —le soltó—. Amo los gatos.

Bufó.

—De entre todas las mujeres disponibles del mundo, tenía que tocarme una amante de los gatos —farfulló—. Tengo mucho trabajo contigo, ¿no?

Enarcó una ceja.

—Puedo liberarte de él ahora mismo, solo tienes que llevarme al aeropuerto.

—Ni lo sueñes.

Resopló.

—Eres muy terco.

—Eso me han dicho.

—Y te importa un comino.

—Tú lo has dicho, no yo.

Estaba más que dispuesta a decirle un par de cosas, pero una dulce y clásica melodía los interrumpió. Lo vio sacar el teléfono y fruncir el ceño al ver el nombre en la pantalla.

—Discúlpame un segundo —le pidió girándose hacia él—. Me han informado esta mañana sobre un problema y quiero asegurarme de que no se ha acuciado.

—Por favor —le concedió—, es tu trabajo, no quiero interrumpirte.

La miró a los ojos.

—No me interrumpes —le aseguró—. He sido yo el que te ha traído y el que ha dispuesto esta salida…

Levantó las manos.

—No he dicho nada.

Sacudió la cabeza.

—Me vas a dar guerra.

—¿Quién? ¿Yo?

—No te muevas de aquí.

—Como si pudiese ir a algún sitio —puso los ojos en blanco y suspiró—. Creo que investigaré por si Alí Babá se dejó algo detrás.

—Si lo encuentras, tienes mi permiso para quedártelo.

¿Se estaba riendo? No pudo ni comprobarlo, pues se había llevado el teléfono al oído y hablaba ya en árabe con su interlocutor.

—Hombres y sus juguetitos —puso los ojos en blanco y disfrutó de la fresca cueva natural, tratando de imaginarse hombres fornidos estudiándola, dividiéndose el botín y brindando por sus golpes de suerte.

Su mente activa compuso una imagen de Khalid en aquellas lides, esos enigmáticos ojos, la tez oscura, la ropa adecuada… no podía evitar ver la realidad; era un hombre muy atractivo y sexual.

Se le hizo la boca agua, el calor la sofocó y tuvo que obligarse a hacer esas imágenes a un lado. Demonios, ¿por qué, de entre todos los hombres existentes, tenía que ser él el amigo de su hermano?

Todavía le gustaba y era muy consciente de que ella también a él.

—Ni hablar. No en esta vida.

—¿Qué no piensas hacer en esta vida?

Dio un salo ante la inesperada voz. Ni siquiera lo había escuchado llegar.

—Dios, cuélgate un cascabel o algo.

—Soy un lobo, no un gato, Brenda.

Bufó.

—Lo que sea.

La miró con intensidad, pero optó por cambiar de tema.

—Al final tendré que acercarme antes a la explotación…

Se encogió de hombros y le indicó la salida.

—No hay problema, puedes dejarme en el aeropuerto de camino…

—…y vas a venir conmigo.

Se detuvo en seco.

—¿Qué? No, gracias.

Se inclinó sobre ella, lo justo para acariciarle los labios con su aliento.

—Claro que sí —ronroneó—, y podrás ver esas cabras en las que has estado tan interesada.

—Yo no estoy… —resopló y entrecerró los ojos—. Oh, a la mierda. Sigamos con la fauna autóctona.

CAPÍTULO 15

Desde luego, ese hombre no era nada común, cada uno de sus actos le rompía los esquemas. Agachado al lado del dueño de la explotación y el veterinario, examinaba las cabezas de ganado que presentaban problemas.

—¿Y han estado pastoreando en el mismo lugar?

—Sí, en el mismo que el año pasado, *sheikh*, pero estas dos empezaron a enfermar.

—Es extraño —se incorporó y miró el resto del ganado desde la empalizada—. Es la zona más rica del oasis, nunca ha dado problemas…

—No podré confirmarlo hasta tener los resultados, pero diría que es alguna clase de envenenamiento —comentó el veterinario.

—¿Envenenamiento?

El gruñido de Khalid la sobresaltó, pero ni siquiera estaba dirigido a ella. El ganado respondió inquieto a la presencia de un depredador y empezaron a balar y protestar.

Los dos hombres que estaban con él ni siquiera se inmutaron.

El lugar estaba protegido por palmeras, con unos refugios bastante modernos, pero el calor seguía siendo insoportable.

Miró a su alrededor y optó por aprovechar la sombra de una palmera, se sacó la gorra y se sacudió el pelo antes de volver a ponérsela de nuevo.

El ver al veterinario y la manera en que trabajaba le había traído nostalgia de sus prácticas. Añoraba su profesión, pero aquel episodio pasado la había convertido en una mujer insegura. Le temblaban las manos, era incapaz de entrar en un quirófano sin temblar y cada vez que recordaba a ese pobre animalito y toda la sangre que había perdido. Se abrazó. Le había fallado, se había fallado a sí misma y a su profesión.

—¿Hay alguna posibilidad de que haya sido intencionado?

—Es ridículo…

—¿Se ha revisado el terreno?

—Sí. Y no se ha encontrado nada ilegal —aseguró el hombre limpiándose el sudor con un

pañuelo—. Se ha empezado ya con la construcción del sistema de regadío, pero eso no tendría que afectar en absoluto al terreno en el que pastorea el ganado.

Brenda había perdido el hilo de la conversación hacía bastante tiempo, el más anciano no hablaba inglés por lo que Khalid tenía que hablar en su idioma natal y traducir. El veterinario, por deferencia a ella, había hablado en inglés, pero desde su punto de vista la que sobraba allí era ella y entorpecía el trabajo.

Dejó su lado y empezó a deambular por los terrenos, cada vez que se giraba para comprobar que los hombres seguían allí cruzaba miradas con él, era como si quisiera asegurarse de que no desaparecía.

Tenía que admitir que el paraje era precioso, un increíble vergel en medio del desierto y lo inquietante era que fuesen lobos quienes ejercían trabajos tan humanos como el pastoreo, la medicina o la ingeniería. Nada estaba resultando como debería, nada era lo que pensaba y eso hacía que todo lo ocurrido últimamente empezara a resquebrajarse.

—Esto es una locura.

Se alejó caminando, aprovechando las sombras de las palmeras mientras se sumía en sus propios pensamientos. Necesitaba paz, necesitaba un momento para sí misma, pero no sabía ni cómo obtenerlo.

—*¡Sayyida! ¡Sayyida!*

Los inesperados gritos le llamaron la atención, levantó la mirada y entrecerró los ojos ante la luz del sol, una figura menuda se acercaba en su dirección gesticulando y hablando en ese idioma que no comprendía. Poco a poco comprobó que se trataba de un niño de corta edad el cual se detuvo en seco solo para volver a decir algunas cosas de forma atropellada.

—No… no te entiendo…

Pero el crío parecía no darle importancia a eso, porque la cogió de la mano y tiró de ella, hablando al mismo tiempo que señalaba un punto más allá del horizonte.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué quieres? Yo no…

Se dejó guiar, acelerando el paso para poder igualar la carrera del niño. A medida que avanzaba las palmeras se hacían más escasas, el color verde desaparecida convertido en el dorado y seco desierto de piedra a dónde la conducía. No llevaba ni quince minutos caminando cuando escuchó un quejumbroso sonido, uno que la catapultó de nuevo a aquella tarde y a la horrible escena que había tenido que presenciar.

Se congeló, no pudo evitarlo, el sonido trajo ese horrible recuerdo a su mente y con él llegaron también los temblores. Ajeno a sus miedos, el niño empezó a tironear de ella sin saber por qué se había detenido. Gesticulaba en dirección a las piedras que había unos metros más adelante, a lo que parecía una grieta en el suelo, pero al no conseguir la respuesta que buscaba la soltó y corrió hacia allí. El sonido pareció incrementarse ante la cercanía del niño, un gemido de dolor que le atenazaba el corazón.

La desesperación infantil unida a ese dolor la obligó a dar un nuevo paso adelante, a seguir a pesar de los temblores, se acercó al muchachito y siguió hacia el lugar que señalizaba para ver que se trataba de una grieta, con arena y piedras removidas en cuyo fondo estaba tendido un pequeño perro pastor.

—Oh joder…

Se le partió el corazón al verlo. El animal no debía ser más que un cachorro y, a juzgar por la manera en que estaba tumbado y los quejidos que daba cuando intentaba incorporarse sin éxito, sugería que debía estar atrapado.

—¿Cómo diablos has terminado ahí abajo?

Recorrió la zona con la mirada, siguió al niño y encontró el paso por el que podría bajar. No era un camino propiamente dicho y, viendo dónde estaba el animalito, tendría que escalar para poder descender hasta el fondo y luego subir, pero esos lloriqueos… No podía dejarle allí.

Evitó que el crío siguiera adelante, tiró de él hacia atrás y negó con la cabeza.

—No. —Hizo hincapié en la palabra con la cabeza y pronunció un nombre que esperaba comprendiese—. Khalid.

El niño abrió los ojos y empezó a gesticular de nuevo al tiempo que hablaba sin saber lo que hacía.

—Escúchame. —Lo cogió por los brazos, manteniéndolo quieto, buscando su mirada—. Ve a buscar a Khalid.

Le hizo señales para que partiese con la mano y, tras unos momentos, el niño pareció comprender, pues asintió con la cabeza y salió disparado a la velocidad que le permitían sus pequeñas piernas.

—Maravilloso —resopló—, esperemos y haya entendido lo que he intentado decirle.

Volvió a mirar hacia el otro lado y comprobó que el cachorro seguía intentando moverse sin conseguir soltarse.

—Está bien, pequeño, ahora bajo en tu ayuda.

Comprobó por última vez la zona y empezó a bajar con cuidado, avanzando sobre pies y manos, arrastrándose y quedándose sin aliento cuando resbalaba y sentía como la gravedad tiraba de ella hacia abajo. Se arañó las piernas, se despellejó las rodillas, las manos y empezaba a pensar que no podría volver a tocar siquiera la pantalla del teléfono con el ardor que sentía en los dedos, pero eso no la detuvo. Los quejidos y gimoteos del animalito la impulsaban a seguir, tiraban de lo que era, de su pasión y su alma, la instaban a continuar.

«¿Brenda Rose? ¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido?».

La inesperada voz la hizo perder pie y terminó bajando el resto del camino de golpe y llevándose piedras y arena con ella.

—Joder… eso duele…

«¡Brenda!».

Se mordió un exabrupto y, tras comprobar que seguía de una pieza, se arrastró hasta el pobre animalillo.

—¡Estoy dentro de la grieta! —gritó levantando la mirada hacia arriba esperando verle, pero allí no había nadie—. ¿Khalid?

El eco de su propia voz resonó en el espacio al mismo tiempo que el animal a su lado intentaba responder y moverse al ver que ya no estaba solo.

¿Le había llevado tanto tiempo llegar hasta ahí abajo?

Sacudió la cabeza y se concentró en el perro.

—Espera, espera —le habló con suavidad—. No te muevas, cariño, tengo que ver cómo…

El can gimoteó y le lamió los dedos en un claro gesto de agradecimiento.

—Sí, pequeño, lo sé, sé que duele —lo tranquilizó mientras lo palpaba, examinándolo hasta encontrar una de sus patas delanteras atrapada en una abertura en el suelo—. De acuerdo, solo déjame ver…

Resbaló la mano entre la pata del animal, haciendo una mueca de dolor al rasparse con las dentadas paredes, usando los dedos para escarbar y liberarle.

—¡Sí! —exclamó aliviada.

El animal intentó retirarse, pero no se lo permitió.

—Despacio, amiguito, déjame ver cómo está esa pata.

Empezó a examinarla con las manos, palpando, buscando alguna posible factura, pero todo lo que encontró fue hinchazón.

—Bien, creo que has tenido suerte, no está rota —canturreó, calmando al excitado cachorro para evitar que se moviese por si acaso tenía alguna contusión interna o algo.

—Vamos a ver…

—¡Brenda! ¡Brenda Rose!

—*¡Sayyida!*

La voz de Khalid unida al del que imaginaba era el veterinario se oyeron por encima de su cabeza junto al sonido de pasos.

—¡Aquí abajo! —alzó la voz, levantando la mirada.

No tardó mucho en ver unas sombras y después a sus rescatadores.

—Brenda, ¿estás bien? —Khalid fue el primero en asomarse, buscándola con la mirada.

—Sí, sí, estoy bien —replicó—. Los dos lo estamos.

Escuchó unas cuantas frases en árabe y vio al niño, a quién él tuvo que sujetar para que no acabase cayendo de cabeza dentro de la grieta.

—Dime que tienes alguna buena forma de sacarnos de aquí —pidió entrecerrando los ojos. Le molestaba el polvo y la luz que entraba desde arriba—. Creo que puedo llevarlo hasta el saliente más cercano, pero no tendré la fuerza necesaria para izarlo.

La respuesta del *sheikh* fue un gruñido, pero ya no le importaba, estaba demasiado emocionada consigo misma como para preocuparse por un lobo gruñón.

—Ni se te ocurra moverte de ahí.

Bufó.

—¿Te parece que puedo salir corriendo?

Él no respondió, volvió a desaparecer y al momento siguiente lo vio acercarse por el mismo lugar por dónde había bajado ella.

Khalid había encanecido durante el breve paseo que separaba la granja del límite de la región. Había estado pendiente de ella en todo momento, había sido consciente de que se había apartado, la había visto deambular sumida en sus pensamientos y la dejó a su aire pues no detectaba peligro alguno.

Entonces algo cambió, sintió el nerviosismo, la ansiedad y el miedo ante alguna cosa ajena a él y a sus pesquisas. No había terminado de contactar con ella la primera vez cuando vio a uno de los cachorros del pastor llamándole a gritos.

No se detuvo a pedir más explicaciones que las justas, escuchó brevemente al niño y salió a toda prisa. Había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para mantener el control, para no cambiar a su forma lupina y volar a través del terreno, pero no quería matar de un susto a su compañera.

«Sayyida ha bajado a rescatar al cachorro, sheikh. Ve a ayudarla».

El pequeño había intentado explicarle lo ocurrido, pero apenas había escuchado que su compañera había empezado a descender por una grieta para rescatar a un perro para salir como alma que lleva el diablo. Y allí estaba ahora, sonriendo como una niña a la que habían concedido un premio, con un cachorro blanco y negro en el regazo y tan tranquila como solo podría estarlo alguien ajeno al tumulto que se agitaba dentro de él.

—Empiezo a acariciar la idea de dejarte ahí abajo un ratito.

Para su sorpresa, se encogió de hombros.

—Vale, pero sácalo a él y que lo vea el veterinario —pidió acariciando al cachorro—. ¿Está todavía contigo? Que le eche un vistazo. Creo que no tiene nada roto, pero si se ha caído es posible que tenga alguna contusión interna…

Esa mujer era increíble, estaba loca, no pensaba las cosas, pero era increíble.

—¿Cómo demonios ha terminado el perro ahí abajo? —preguntó buscando al niño con la mirada.

—Estaba persiguiendo un conejo y no vio la zanja —comentó el niño con aspecto un tanto culpable—, la otra vez no estaba.

—Gabal, ¿cómo se te ha podido ocurrir traer aquí a la compañera del *sheikh*? —lo amonestó su padre—. ¿Qué te tengo dicho sobre venir aquí tú solo? ¡Y cómo se te ha ocurrido traer al perro!

El niño se vio muy compungido y arrepentido.

—Es mi único amigo… —musitó con voz temblorosa—. Se cayó y estaba muy alto… — lo miró ahora a él y tenía los ojos brillantes, a punto de llorar—. Yo no quería que la dama se hiciese daño, *sayyid*, lo siento.

Contempló al niño, sacudió la cabeza y se agachó para quedar a su altura y hablar con él.

—Mi compañera ha podido hacerse mucho daño al bajar ahí, ¿te das cuenta?

Se mordió el diminuto labio inferior el cual empezaba a temblarle.

—Yo solo quería que alguien sacase a Flash del agujero —musitó con un puchero, las lágrimas acudiendo ya a sus ojos—. Es mi mejor amigo…

—Lo entiendo —le aseguró con suavidad—. Pero ella es una hembra y nuestra misión como hombres, es cuidar de ellas, ¿no?

Empezó a arrugar la nariz de manera pensativa, entonces asintió.

—Sí. Papá dice que no debo tirarle del pelo a Aisha porque es una chica y tengo que cuidar a las mujeres de la casa.

Sonrió ante el tono infantil y asintió.

—Y tienes que hacerle caso a tu papá.

El crío asintió.

—¿Vas a ayudarme a sacar de ahí abajo a mi compañera?

Asintió con fervor, ilusionado por poder hacer algo para arreglar su falta.

—Sí —asintió y miró a su padre quién se había quedado a un lado, dejando que él hablase con el niño.

Podía sentir su orgullo y agradecimiento porque el líder de su manada le hubiese prestado atención a un niño tan pequeño.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? ¿Vas a sacarnos de aquí o no?

—Su compañera es muy ruidosa y habla raro, *sayyid*.

Sonrió ante la respuesta infantil ante algo que desconocía o no entendía.

—Sí, es ruidosa —aseguró, le revolvió el pelo y miró a sus compañeros—. Aunque me inclino por dejarla ahí un rato, el cachorro puede necesitar ayuda.

Jusuf sacudió la cabeza y asintió.

—Es el encanto de tener compañera, Khalid, te acostumbrarás a ello.

—Habrá que buscar un arnés para subir al cachorro y a su señora, *sheikh* —añadió el pastor examinando el terreno—. Tengo herramientas en el cobertizo, las traeré.

Asintió.

—Por favor —pidió—, si no la sacamos de ahí pronto, empezará a protestar.

—¿Khalid? ¿Sigues ahí o te has ido?

Puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza y se asomó.

—Sigo aquí.

—Bien, ¿vas a sacarnos o no?

—Estamos en ello, Brenda, estamos en ello.

Les llevó algo más de veinte minutos reunir las cosas y sacar al perro accidentado y a la locuela de su compañera de la grieta. Su tranquilidad inicial empezó a esfumarse cuando le vio los dedos ensangrentados, los rasguños y pequeños cortes; parecía haber tenido un *têt a têt* con las paredes.

El cachorro tenía la pata delantera lastimada, los dos entendidos pensaban que no la tenía rota, pero el veterinario lo llevaría a la clínica para comprobar su estado.

Como agradecimiento, la familia los había invitado a un refrigerio tardío, la mujer del pastor se había encargado de curar las heridas y rasguños aplicándole un ungüento que conocía bien.

—¿Qué? —preguntó al ver que se la había quedado mirando.

—¿Siempre eres así de impulsiva?

—Si me estás preguntando si suelo meterme en grietas para rescatar perros, la respuesta es no.

—Me alegra saberlo —replicó con ironía—. Me dejas mucho más tranquilo.

Puso los ojos en blanco y se miró los dedos vendados.

—¿Son siempre tan hospitalarios?

—Somos beduinos, conocidos por nuestra hospitalidad —se encogió de hombros—. Es lo normal cuando recibimos invitados.

—¿Y también es normal que te hagan ojitos?

Enarcó una ceja.

—¿Quién me ha estado haciendo ojitos?

Sacudió la cabeza. Hombres.

—Ya veo que no te has dado ni cuenta.

—He estado demasiado ocupado asegurándome de que no te habías roto el cuello.

Suspiró, estaba cansada, podía verlo en sus ojos y en las bolsas bajo ellos, pero estaba disfrutando de este pequeño respiro sin pullas o insultos.

—Lo que me recuerda que no te he dado las gracias por sacarnos de ese agujero.

Le sostuvo la mirada y sacudió la cabeza.

—No debiste marcharte sin decirme nada —la amonestó con suavidad.

—No me perdonaría jamás interrumpirte a ti y a tus cabras —le soltó tan tranquila.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Blake siempre ha sido muy ocurrente.

Sonrió de soslayo.

—Me amenazó con enviarme a ordeñar tus cabras si no venía de manera voluntaria, ¿qué esperabas que pensase? Desde luego no que fueses tú.

—Parece que ambos nos encontramos con cosas que no sabíamos o esperábamos —aseguró sin dejar de mirarla—, aunque puede que no resulte tan mal después de todo.

Enarcó una ceja.

—En menos de cuatro días me he encontrado cara a cara con mis pesadillas, me ha perseguido un chucho con una pizarra al cuello y he terminado en el fondo de un agujero para rescatar un perro —resopló—. ¿Dime qué hay de bueno en eso?

—Te he visto sonreír —la desarmó por completo—. Dado todo lo que has enumerado, creo que es una buena señal.

Lo miró a los ojos.

—Tienes más confianza en mí que yo misma.

—Alguien debe tenerla, Brenda Rose —aseguró antes de dar media vuelta y dejarla sola.

—¿Khalid?

Él se giró.

—¿Sí?

Se mordió el labio inferior y esquivó un poco su mirada.

—Gracias por no habernos dejado ahí abajo.

Sonrió, ese gesto que no llegaba a iluminarle los ojos y que no sabías si se burlaba o era solo una mueca.

—Un placer, compañera, un placer.

CAPÍTULO 16

La noche ya había caído sobre la ciudad cuando por fin aparcó el coche delante de la casa. Había sido un día extraño, uno en el que había disfrutado de la compañía de esa mujer en otras lides que las que ya conocía. Con todo, no había dejado de desearla ni un poco, su lobo seguía revolviéndose en su interior, ansioso, deseoso de salir a la superficie y pegarle un mordisquito.

Apagó el motor y echó un vistazo al asiento del copiloto. Se había quedado dormida durante el trayecto. Recostada contra la ventanilla, con una expresión dulce y serena parecía incluso más joven y frágil de lo que era en realidad. Se permitió observarla durante unos momentos, concienciándose de que esa muñequita era suya.

—Brenda Rose, ya hemos llegado.

La oyó musitar alguna cosa para luego acurrucarse en busca de una posición más cómoda.

Dejó escapar un breve suspiro, le quitó el cinturón y bajó del coche. El frío aire nocturno lo despejó como siempre hacía, el cielo cubierto de estrellas le dio la bienvenida y no pudo evitar sucumbir a la tentación de admirar esa cúpula llena de luz. Le gustaba la noche, disfrutaba internándose en el oasis y en el desierto para contemplar esa inmensidad en silencio.

Rodeó el vehículo y abrió la puerta del copiloto dejando que el frescor nocturno la acariciase también.

—Brenda, es hora de entrar en casa.

Ella masculló alguna cosa al tiempo que arrugaba la nariz.

—Cierra la puerta y déjame en paz.

Sonrió ante el típico refunfuño femenino.

—Estarías mucho más cómoda en una cama —le aseguró. Y demonios, ya podía imaginársela extendida en la de él, desnuda y dispuesta—. Vamos, arriba…

—No quiero —rezongó de nuevo.

No pudo menos que reír ante su refunfuño.

—¿Piensas quedarte a dormir en el coche?

La vio abrir un ojo y mirarle.

—¿Hay algún lugar mejor?

La respuesta surgió antes de poder meditarla.

—Mi cama.

Abrió ambos ojos y lo miró, no pudo evitar un pequeño bostezo que escudó con la mano.

—Dudo que estés pensando en dormir.

—No, no estaba pensado en ello.

Se lamió los labios, casi le recordó a su propio lobo cuando paladeaba algo.

—Y dudo que tú pensases en ello.

Por Alá, olía tan bien y parecía tan dulce y tierna en esos momentos que se le hacía la boca agua.

—No es una buena idea dormir contigo.

—Como dije, no estaba pensando en dormir.

—Y esa es una idea mucho peor.

—No necesariamente —aseguró inclinándose sobre ella—, no cuando tú me deseas tanto como yo a ti.

—¿Te das cuentas de que te estás aprovechando de una mujer medio dormida?

—¿Lo dice la misma mujer que tuvo la osadía de atarme una vez a la cama?

Su respuesta le arrancó un leve sonrojo que le cubrió las mejillas y la hizo más apetitosa si cabía a sus ojos.

—Eso fue… un… pequeño episodio de enajenamiento mental…

Sonrió.

—Pues te aseguro que yo estoy en pleno uso de mis facultades al hacer esto.

Hundió la mano en el suave pelo, le sujetó la nuca y saqueó sus labios como llevaba deseando hacerlo desde la noche anterior.

—Te quiero en mi cama… —tiró de ella fuera del coche, sin dejar de besarla, apretándola entre su cuerpo y el vehículo—. Te quiero ahora…

—Sí… —jadeó en su boca—, por favor…

Sonrió contra sus labios, capturó el inferior entre los dientes y tiró con suavidad.

—Y esa es la respuesta que quería oír.

Volvió a besarla con más intensidad, disfrutando de su sabor y de la hembra que tenía debajo. La acercó más a él, permitiéndole notar su excitación y encendiendo en ella la propia.

—Quiero…

No llegó a terminar la frase pues la puerta principal se abrió y un inoportuno Hakim hizo acto de aparición.

—¡Al fin! —clamó el lobo de pelo azul descendiendo por las escaleras sin importarle un ápice que estuviese interrumpiendo algo—. ¿Dónde demonios has estado metido toda la tarde? ¿Para qué tienes el maldito teléfono?

Gruñó, un sonido de advertencia. Su lobo no quería a ningún hombre cerca de su compañera y él tampoco.

—Hakim, lárgate —siseó, su voz mucho más oscura, profundamente animal.

Escuchó el jadeo de su compañera y sintió cómo se ponía rígida en sus brazos, lo que contribuyó a enfadarlo aún más con su maldito beta.

—Lo siento, pero voy a tener que decir «ni lo sueñes» —declaró el lobo suicida caminando hacia ellos.

Y era suicida, en esos momentos no era una buena idea acercarse a él, no cuando tenía a su hembra entre los brazos.

—Si vuelves a hacer eso otra vez, duermes solo —apuntó también ella con tono tembloroso.

Se obligó a morderse un nuevo gruñido y le acarició la espalda hasta que empezó a relajarse de nuevo contra él.

—Me alegra saber que habéis progresado, pero vais a tener que dejar el polvo para más tarde.

Ella se apartó un poco de él para ver a Hakim.

—¿Eso es azul? —preguntó hablando de su pelo—. ¿En serio?

—Perdí una apuesta —le soltó con un ligero encogimiento de hombros antes de volverse a él—, y tú vas a perder las pulgas como no entres, pero ya. Tienes al *Voda* instalado en el salón de tu casa desde hace un par de horas.

Sus palabras obraron como un jarrón de agua fría.

—¿Qué?

—¡Ah! ¡Ahora me escuchas! —se jactó llevándose las manos a las caderas—. Bien, bien… ya era hora.

—¿Velkan está aquí?

Si le hubiesen golpeado con algo contundente no lo habría dejado tan fuera de combate como esas palabras.

—¿Quién es Velkan?

Preguntó ella con gesto curioso.

—Un lobo un poco bipolar, dicho, eso sí, con todo el respeto de la sangre que corre por mis venas —aseguró Hakim y se giró hacia el interior—. ¿Lo has oído, no Arik? ¡Soy muy respetuoso!

Escuchó un bufido procedente de la puerta de la entrada y cuando levantó la mirada se encontró con el último par de personas que esperaba ver en su hogar.

—Dime que no se acaba de desatar una guerra o algún cataclismo peor.

Velkan se limitó a sonreír de soslayo.

—No traería ante las puertas de tu casa algo como eso, *sheilkh* AlRashid —respondió con voz grave, con ese acento europeo tan característico de él—, solo he venido a pedirte un favor.

Dicho eso miró a su compañera y luego a él.

—Y en mi defensa diré, que habría llamado si tuviese tiempo.

Bufó, no pudo evitarlo, ambos sabían que eso no ocurriría ni en mil años.

—¿Quién es? —escuchó el susurro de Brenda.

—La mayor plaga de la historia —rezongó Hakim al tiempo que él añadía.

—Nuestro príncipe.

A Velkan no había cosa que le resultase más divertida que ver el rostro de sus alfas cuando se presentaba ante ellos sin avisar. Era una de esas pequeñas cosas de las que podía permitirse disfrutar, la libertad que el Ejecutor le obsequiaba sin terminar con síndrome premenstrual agudo.

Miró a los presentes y sonrió para sí. De todos, solo la hembra humana y el *sheikh* parecían conservar todavía cierto grado de espontaneidad; posiblemente porque el alfa del desierto todavía no había reaccionado a su presencia o estuviese más preocupado por su compañera que tenía entre los brazos.

—Espera, ¿has dicho príncipe? —Se giró hacia su compañero—. ¿Tenéis de eso?

Ahogó una sonrisa ante la incredulidad de la muchacha y acortó la distancia entre ellos para tenderle la mano. Sabía quién era ella y por lo que había tenido que pasar.

—Con Velkan es más que suficiente —le aseguró con respetuosa calidez—. Tú debes de ser Brenda Rose. Lamento que te hayas visto envuelta en el atentado de hace un año.

Miró su mano con abierto recelo, pero se la estrechó.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien que no sepa sobre lo ocurrido en Nebraska?

—Poca gente —declaró Arik, quién, hasta ese momento, había permanecido apoyado en el umbral de la puerta. Su guardián se tomaba muy en serio su seguridad, al punto de no importarle empezar una reyerta allí mismo.

«Empezarán a salirte canas como no empieces a relajarte, Arik».

«Claro. Lo haré cuando dejes de ponerte delante del peligro. Estás tocándole las narices a un alfa, en su propio territorio y sosteniendo la mano de su compañera, la cual todavía no ha reclamado».

Puso los ojos en blanco y soltó la mano de la muchacha para concentrarse en el motivo de

su visita.

—Me alegra ver que sigues gozando de buena salud.

—Lo hacía hasta hace cosa de dos minutos —declaró Khalid con un resoplido, entonces estrechó su mano e inclinó la cabeza con respeto—. Bienvenido a mi hogar, Voda.

A pesar de sus buenas intenciones, no podía dejar de notar que el lobo estaba incómodo y bastante inquieto por su presencia y la cercanía de su compañera.

—No he venido a revolver tu vida y sí a pedirte un favor —declaró sin más vueltas—. Necesito a tu joven sanador.

La sorpresa se reflejó en los ojos del otro alfa.

—¿A Malik?

Él asintió.

—Pero solo es un cachorro.

—Es un chamán —concretó Arik, quién había empezado a caminar hacia ellos—. Y necesitamos de su presencia y conocimientos.

Vio cómo pasaba de la sorpresa al recelo.

—Es mi hermano pequeño y necesitaré un poquito de información antes de dar una respuesta —sentenció dejando claro que no pensaba ceder ni un milímetro a menos que se le explicasen las cosas.

Velkan asintió y buscó la mejor manera de exponer lo que ni el mismo entendía bien.

La reciente estancia de Dawn y Quinn en su propio hogar había traído consigo una serie de descubrimientos que había removido el pasado; su propio pasado. La joven loba era una de las pocas supervivientes del clan Daratraz y, hasta dónde sabían, la única que recordaba aquella noche. Sin embargo, su juventud en aquella época y el extenso periodo que pasó en un hospital de salud mental habían hecho que su mente se volviese inestable y perdiese mucha de la información de la que había dispuesto entonces.

La loba había llegado a confundir realidad y pesadillas, el episodio del asesinato de sus propios padres, la necesidad de poner a salvo a su hermana pequeña, todo había contribuido a desestabilizarla y solo ahora, con la llegada de su compañero y la salida a la luz de la verdad, empezaba a recuperar la esencia de lo que había sido.

—Dawn es una de las lobas supervivientes de la masacre que exterminó al clan Daratraz —expuso en voz alta—, y es la única que puede arrojar un poco de luz real a lo sucedido aquella noche. Por desgracia, no era más que una niña en aquel entonces y, los sucesos vividos, así como otros posteriores han hecho que su mente se vuelva inestable.

—Se ha pasado más de dos años encerrada en un sanatorio mental —acotó Arik con su diplomacia y tacto de siempre.

Se giró para mirarle y el Ejecutor se limitó a enarcar una ceja.

—¿Qué? Por mucho que te guste esa lobita, es la verdad.

Optó por no responder y volvió a lo suyo.

—Ella piensa que hay más, que algunos de sus recuerdos están reprimidos de alguna manera —explicó—, y si hay alguien que puede ayudarla es Malik.

El joven lobo de la tribu AlRashid era un chamán, un sanador espiritual, una rareza entre los de su especie y que se atesoraba como a él mismo. Y ahora, más que nunca, era la única oportunidad que tenía para poder unir las piezas de ese rocambolesco puzle y descubrir si las sospechas de Dawn eran solo parte de sus confusos recuerdos o una minúscula y real posibilidad de que la mujer que estaba destinada a él desde su nacimiento, no estuviese perdida para siempre en las sombras.

—Hay una pequeñísima posibilidad de que… mi princesa esté viva y ahí fuera —le aseguró encontrándose con la mirada del otro hombre, una admisión que hacía por primera vez en voz alta, una esperanza a la que daba más eco que el de su propia mente—. Pero estamos totalmente a ciegas sin los recuerdos de Dawn.

El hombre acusó el golpe de sus palabras, la forma en que abrió los ojos, la imperceptible emoción en sus pupilas. Los lobos sabían lo importante que era una compañera, pero en este caso, era mucho más, la esperanza de que su línea de sangre pura tuviese continuidad.

—No me corresponde a mí disponer del destino de mi hermano —le dijo entonces Khalid —. Si alguien tiene que dar su consentimiento es él.

Dicho eso, señaló el umbral de su hogar y lo invitó a volver dentro. Su compañera temblaba a su lado, algo de lo que el alfa era muy consciente y estaba dispuesto a poner remedio de la forma más diplomática posible.

—Veamos qué tiene que decir.

CAPÍTULO 17

La reunión se había extendido hasta bien entrada la madrugada. Lo que había empezado como una pequeña introducción del motivo que había traído a Velkan hasta su hogar, se convirtió en un dossier bien elaborado en el que cada punto fue tratado y estudiado con cuidado. Había muchas incógnitas, mucho suspense y hechos que ni siquiera estaban probados, de hecho, se movían a base de esperanza. Pero ¿qué otra cosa le quedaba a alguien cuando el mundo y el destino se habían olvidado de él?

Malik había estado tanto o más sorprendido que él ante la inusual petición. Su hermano pequeño podía tener muchos defectos, ser demasiado joven y no tener todavía la cabeza sobre los hombros, pero cuando se trataba de la familia o su pueblo y la posibilidad de serles útil, jamás dudaba y eso hacía que se sintiese orgulloso del lobo en el que se había convertido.

No era una empresa fácil la que tenía por delante, ni siquiera estaban seguros de que los dones del joven lobo fuesen a ser útiles, pero no podían dejar de intentarlo; todos los lobos, desde los alfas hasta los omegas, tenían un vínculo especial con el príncipe.

Su hermano era un chico despierto, inteligente, pero hasta el momento esa habilidad que poseía no había sido explotada, no tenía un verdadero dominio sobre ella y ahora, la tarea que tenía por delante iba a ponerlo a prueba.

Se pasó la mano por el pelo y acarició el vaso con el pulgar. No sabía cuánto tiempo llevaba con él en la misma posición, dudaba incluso que hubiese dado un solo sorbo al líquido anisado, su mente seguía en otro lugar.

—Oh, sigues aquí.

Se giró y vio a Zulema apoyada en la puerta, su rostro evidenciaba el cansancio que él mismo sentía.

—He perdido la noción del tiempo —aceptó, se tomó la bebida de un solo trago y dejó el vaso en su lugar—. ¿Brenda ya se ha acostado?

La sonrisa compasiva que le dedicó su hermana decía mucho más que cualquier puñado de palabras.

—Hace un par de horas, por lo que pude escuchar —aseguró deteniéndose a su lado—. Ha tenido un día lleno de emociones.

No tantas como le hubiese gustado, pensó al recordar esos últimos momentos que habían compartido antes de ser interrumpidos por el cataclismo con nombre de príncipe. Se consumía por ella, incluso ahora, con tantos problemas en la cabeza, solo podía pensar en reunirse con esa mujer y perderse durante unas horas en las curvas de su cuerpo.

—Malik estará bien —le aseguró entonces posando la mano sobre su hombro, buscando su mirada y acariciándole la mejilla como solía hacer cuando era solo un niño y lo veía con el ceño fruncido—. Velkan se ocupará de que así sea y nuestro Ejecutor, bueno, dudo que alguien en su sano juicio tenga la intención de desafiarle.

Sabía que su hermano estaría en buenas manos, de eso no le cabía duda, pero no podía evitar preocuparse cuando un miembro de la familia dejaba su hogar.

—Es solo un niño.

Zulema se rio, le acarició la nariz y le revolvió el pelo.

—Tiene la misma edad que tu compañera.

—Y ella también es una niña —replicó con un resoplido—. Estoy jodido, realmente me han jodido por todos lados.

Chasqueó la lengua.

—Lo que necesitas es una buena noche de sueño, a poder ser junto a tu compañera.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Eso podría haber sido factible a primera hora de la noche —resopló—, pero no ahora. No voy a molestarla cuando he sentido su cansancio.

—Eres un buen hombre, Khalid, pero hay momentos en los que es necesario dejar a un lado las buenas intenciones y centrarse en uno mismo —lo sorprendió con aquel consejo—. Ve con ella, quizá así puedas mantener a raya los demonios que la atormentan en sus pesadillas y ambos podréis dormir una noche en paz.

Sin una palabra más, lo besó en la frente, le palmeó el brazo y salió de la habitación dejándole de nuevo solo.

«¿Brenda?».

La buscó a través del vínculo de pareja. Sabía que esa unión se había establecido ya, no tenía idea de cuándo o cómo, pero podía sentirla cuando estaba lejos, si bien, no había probado a hablar con ella de esa manera. Sí, era capaz de escucharle, lo había comprobado una vez más cuando estaba en el interior de la zanja, pero no creía que se hubiese dado cuenta de que no la había llamado en voz alta.

«¿Duermes, compañera?».

«Lo hacía hasta que una mosca cojonera me ha despertado».

La inesperada contestación se filtró en su mente de forma apagada, casi lejana. Su lobo levantó las orejas, interesado. Había somnolencia en su respuesta, no parecía estar despierta.

Movido por la curiosidad, contactó de nuevo con ella, tocó su mente y se encontró con el patrón propio del sueño.

«Brenda».

Abandonó la habitación, recorrió los pasillos y cambió de ala hasta detenerse finalmente delante de la puerta del dormitorio que le había asignado.

«¿Puedes oírme?».

No respondió, sin embargo, sus sensibles oídos captaron un profundo suspiro al otro lado de la puerta. Giró el pomo y empujó con suavidad la madera. Su compañera dormía con las lámparas encendidas, el aroma de la habitación ahora la representaba a ella, era su perfume, su calidez y antes de poder detenerse se coló furtivo en el interior.

Sus ojos se adaptaron a la penumbra, la figura femenina acurrucada en el centro de la cama captó su atención al momento y no pudo evitar relamerse como sabía que lo estaba haciendo su lobo. La deseaba, la deseaba de una forma enloquecedora e irracional, no soportaba que ningún hombre estuviese cerca de ella y cada vez que intentaba encontrar un poco de raciocinio a su conducta su lobo enseñaba los dientes y decía «mía».

Caminó hacia ella sintiéndose como un ladrón, excitándose por lo clandestino de la visita y encontrando objeciones al ir en contra de sus propias normas. No podía evitarlo, ella era como un faro en medio del desierto, esa luz que lo llamaba, que le prometía acogerlo en la paz de un oasis.

Dormía plácidamente, con las manos debajo del rostro y unos mechones de pelo cubriéndole la mejilla. Las largas pestañas parecían ahora abanicos oscuros que realzaban el rubor del sueño.

—Una niña —musitó, le dolían los dedos por tocarla, por retirar esos traviesos rizos y

deleitarse con la tersura de su piel—. Me envían a una niña como compañera y todo en lo que puedo pensar es en lo mujer que te sentí entre mis brazos esa noche.

Ese recuerdo lo perseguía, lo atormentaba, ahora más que nunca.

—Una niña solitaria y asustada —se inclinó, sentándose en el borde de la cama, cediendo a la tentación de tocarla—, contra una traviesa cortesana.

Se revolvió bajo su toque, arrugó la nariz y parpadeó abriendo un poco los ojos.

—¿Puedo dormir contigo?

La pregunta surgió sola. De repente volvía a sentirse como un niño, a necesitar la calidez de una mano amiga y amorosa que lo aceptase por él mismo y no por lo que era.

La vio parpadear como si no estuviese muy segura de sí estaba soñando o despierta.

—Solo si no roncas.

Dicho eso se desplazó bajo las sábanas, le dio la espalda y le dejó sitio.

—Creo que nadie se ha quejado todavía de eso.

Pero ella no contestó, estaba dormida, entregada a los brazos de Morfeo.

Más divertido que otra cosa, se quitó la ropa y se metió en su cama, atrayéndola a sus brazos, envolviéndola, respirando su aroma y dejando que el calor de su cuerpo penetrase en el suyo.

—Buenas noches, Brenda Rose —la besó en la cabeza y dejó que el sueño acudiese en su búsqueda.

—Buenas noches, Khalid —musitó somnolienta.

CAPÍTULO 18

Brenda no podía dejar de darle vueltas al café, la tostada a medio comer y las piezas de fruta que le había dejado Zulema delante seguían sin tocar. Esa mañana se había levantado tarde, descansada y con una extraña sensación que no podía quitarse de encima. Curiosamente no recordaba haberse despertado en medio de la noche, o bien sus pesadillas habían optado por concederle un respiro o la experiencia del día anterior la había agotado por completo.

Suspiró y miró el oscuro líquido. No era muy aficionada al café, pero no iba a declinar el amable trato y la deferencia que sus anfitriones tenían para con ella.

—Si sigues revolviéndolo así, terminará por marearse.

Parpadeó un par de veces y levantó la mirada para ver a Charisma. Al contrario que el día en que la conoció, hoy vestía un atuendo más occidental con pantalón y blusa.

Dejó la cucharilla a un lado y medio sonrió.

—Creo que ya lo está.

Al contrario que Zulema, la menuda mujer era mucho más directa, se conducía con un poco más de rudeza, pero sin ser ofensiva, como si necesitase hacerse oír.

—¿Y Khalid? —preguntó apoyándose en el respaldo de una de las sillas—. Esperaba que se tomase unos días sabáticos ya que estás aquí.

—Ha tenido que salir —le brindó la información que Zulema le había transmitido antes—. Velkan vino a buscar a Malik y él los ha acompañado al aeropuerto. Ha sido una visita relámpago.

La mujer abrió los ojos tanto que parecía que se le fuesen a salir de las órbitas.

—¿Cómo? ¿Velkan? ¿Velkan Voda? ¿Nuestro… Velkan?

Abrió la boca para decir algo, pero no hizo falta, pues la chica ya se había levantado como un resorte y empezó a hablar en árabe. De toda su perorara solo comprendió un nombre; Zulema.

—Vale, parece que el principito levanta pasiones —masculló para sí. Desechó lo que le quedaba de tostada, cogió un par de dátiles y abandonó la mesa.

Khalid no estaba, tal y como le acababa de informar, había salido y no tenía la menor idea de cuándo iba a volver y quedarse en casa encerrada tampoco era una cosa que le apeteciese, así que optó por salir a dar un paseo. Había prestado atención a los alrededores cuando salió el día anterior, sabía que no estaban lejos del núcleo comercial, si podía llamársele así a los puestos y pequeñas tiendas artesanales que había visto. De hecho, casi parecía que la casa estuviese en el centro de la ciudad, con todos los demás edificios ejerciendo de guardianes de la guarida del *sheikh.*

Cogió la chaqueta y la gorra, se colgó la pequeña mochila de cuero al hombro y echó un último vistazo al interior de la casa para finalmente encogerse de hombros y salir. Zulema le había pedido que esperase un par de horas, que él volvería y la acompañaría, pero necesitaba un respiro, ese hombre era demasiado intenso.

La mañana la recibió igual de soleada que el día anterior, los aromas a especias y una suave brisa hacían medio soportable el pegajoso calor. Se encasquetó la gorra, se puso las gafas de sol y echó a andar.

Tenía que admitir que, con excepción del pegajoso calor, el lugar era precioso. Era como sumergirse en otro mundo, uno en el que todos los problemas dejaban de importar y salían a la

luz cosa más importantes.

Deambuló con tranquilidad, sin ser molestada, aunque sí sintiéndose observada de vez en cuando. Era como si su aspecto de turista destacase en medio de todo lo demás.

—*Sayyida, sayyida*…

La voz infantil llegó acompañada de un par de bracitos rodeándole la cintura. Su sorpresa fue tal que se quedó helada sin saber qué decir o hacer hasta que ese chiquillo levantó la mirada y lo reconoció.

—Oh, pero si eres el niño de ayer —respiró tranquila, le sonrió y le revolvió el pelo—. Gabal, ¿verdad? ¿Cómo está el cachorro? ¿Lo estás cuidando bien?

Sabía que el cachorrito había vuelto con su familia, Zulema le había dicho que había llamado el veterinario y se había enterado de todo lo ocurrido.

El niño se limitó a mirarla, entonces la soltó, le cogió la mano y tiró de ella.

—Ay dios, ¿otra vez? —jadeó al ver que el crío quería que la siguiese a través del bazar —. Espera, espera… er… Gabal, espera.

El niño se detuvo solo para acercarse de nuevo a ella y señalarle uno de los puestos. Allí, comerciando y disponiendo productos sobre el expositor estaban dos mujeres y, una de ellas, era la esposa del pastor.

Un nuevo tirón la obligó a caminar, dejándose conducir a través de la muchedumbre hasta el puesto. La rápida perorata infantil atrajo la atención de las presentes e incluso de algún que otro transeúnte, su madre, al reconocerla acusó la sorpresa de verla allí, para entrar luego en un modo nervioso y sonreír sin saber qué decir; la barrera del idioma era un asco.

—Er… hola —saludó con una mano, después de todo aquello era como un símbolo internacional y reconocido.

La mujer respondió con una sonrisa y un asentimiento de cabeza, mientras que la chica que la acompañaba hacía lo mismo. Ari se había colado ya en el puesto y tiraba de la falda de su madre mientras parloteaba con esa rapidez que la mareaba.

Mientras ellos charlaban, la otra chica intercambió un par de frases con ella y se movió detrás del mostrador hasta tenderle por encima de la tabla en la que tenían dispuestos diversos productos típicos, un trozo de hoja seca en la que había una selección de quesos y otros productos.

Le dedicó algunas palabras que no acabó de comprender.

—No sé…

—Dice que es para ti, un obsequio por cuidar de su sobrino.

Se giró para encontrarse con un hombre de tez canela y vivos ojos azules.

—Err… —se giró hacia ella—. Gracias.

El hombre habló de nuevo en su idioma y ambas mujeres sonrieron y empezaron a asentir.

—Ah… —se giró entonces a ella—. Eres la compañera de nuestro *sheikh*.

—¿Su compañera? —negó con la cabeza—. No, más bien su indeseada invitada. Soy Brenda Santoro.

Enarcó una ceja, la miró y añadió.

—¿Eres pariente de Blake Santoro?

¿Es que allí todo el mundo conocía a su hermano?

—Su hermana.

La sorpresa se reflejó en sus ojos durante un breve instante.

—Vaya, el mundo es un pañuelo.

—Supongo… —murmuró, ladeó la cabeza y preguntó—. ¿Y tú eres?

Sonrió.

—Xavier Mosses —le tendió la mano—. Soy el marido de Charisma.

Hablando de coincidencias, esta era sin duda la más rocambolesca de todas.

—Bueno, parece que vamos a tener al menos unas semanas de libertad condicional sin el cachorro.

Khalid resopló, acababan de dejar a sus inesperados invitados en el aeropuerto junto con su hermano. No le había sorprendido que hubiesen viajado en avión privado, Arik no permitiría que el príncipe posara un pie fue de casa si no era bajo estricta vigilancia. En ocasiones le daba pena Velkan, una vida enjaulada no podía ser realmente una vida.

—Solo espero que no le saque canas verdes al Voda.

Hakim resopló.

—A mí me preocuparía más que se las sacase al Ejecutor —aseguró—. Aunque, bien mirado, quizá eso lo espabilase un poco.

—El que va a tener vacaciones eres tú como no empieces a controlar la lengua.

—¿Todavía no te has llevado a tu lobita al huerto?

Lo fulminó con la mirada, su lobo reflejándose en ella.

—Nos interrumpiste cuando estaba en ello —le soltó.

—¡Ey! Échale la culpa al que se acaba de ir, yo no…

La melodía del teléfono empezó a sonar concediéndole un tiempo muerto a su beta.

—Dime, Zule.

La voz de su hermana cruzó la línea con rapidez y cierto nerviosismo.

—¿Dónde estás?

¿Por qué todo el mundo quería saber últimamente de su paradero?

—En el aeropuerto, acabamos de dejar a Malik y a Velkan —le informó por inercia.

Hubo un suspiro, un momento de silencio y tal vacilación que a su lobo se le erizó el pelo.

—Zulema, ¿qué ocurre? —el recelo se instaló en su voz, al igual que la creciente preocupación—. ¿Brenda Rose está bien?

Una nueva vacilación.

—Lo estaba cuando la vi durante el desayuno.

¿Qué demonios quería decir con eso?

—Zulema… —No pudo evitar que su lobo tomase el mando, que el alfa respondiese ante el mal presentimiento que le erizaba el pelo—. ¿Dónde está mi compañera?

Un bajo resoplido. No le iba a gustar la respuesta.

—Me atrevería a suponer que en el bazar.

Y ahí era dónde empezaban los problemas.

—¿Sola?

—Charisma vino para invitarnos a una comida familiar, Xavier acaba de volver a casa y…

Un bajo y letal gruñido atravesó la línea telefónica. Su lobo había levantado las orejas y desnudado los dientes al escuchar ese nombre.

—Dime que no está en mi territorio.

La mujer resopló.

—Khalid, es nuestro cuñado… el compañero de nuestra hermana —le recordó como siempre.

—Eso solo hará que no lo mate, pero no que no le dé una paliza.

Ahora fue la loba la que gruñó.

—No estás siendo justo, *sheikh* —lo amonestó a pesar de que él era el cabeza de familia. Esa hembra no le tenía el más mínimo respeto cuando se trataba de ponerle los puntos sobre las íes—. Xavier siempre ha sido como un hermano para ti, incluso antes de que se vinculase con Charisma. Tendría que ser él quién te pegase a ti una patada en el culo por la actitud infantil que tuviste durante su emparejamiento y no lo hizo. Te respeta y te quiere.

Se obligó a apretar los dientes y contar hasta diez antes de responder. No quería gritarle a su hermana.

—Dile a Char que aceptamos su invitación —consiguió articular sin morderse la lengua.

Un nuevo suspiro y su tono cambió. El alivio en su voz era palpable.

—Estupendo, así podrás presentarle a Brenda —aseguró tranquila y confiada—. Se ha llevado toda una sorpresa al enterarse de que te habías emparejado y no le dijiste nada, deberíamos hacer una fiesta para presentársela a la tribu…

Entrecerró los ojos ante las palabras de su hermana.

—¿Quién le dijo que me había emparejado? —No pudo evitar sisear.

—Charisma, por supuesto, ¿acaso crees que podría callarse algo como eso? ¿Ante su compañero?

Gruñó y se pasó la mano por el pelo.

—Estás gruñendo mucho y muy alto, lobito —comentó Hakim—. ¿A quién vamos a dar caza?

No respondió, de hacerlo aullaría. Su lobo estaba deseoso de hacerse con el control.

—Zule, has dicho que Brenda se ha ido sola al bazar —rebobinó. Si bien no le hacía la más mínima gracia que su hembra estuviese ahí fuera sola, sabía que con su aroma sobre ella y el vínculo que detectaría cualquier lobo, estaría a salvo. Su gente la protegería—. ¿Todavía no ha vuelto?

—No. Por eso te llamaba, tengo miedo de que haya podido perderse —chasqueó la lengua —. Yo misma le dije que la acompañaría, pero obviamente, quería estar sola.

Dejarla sola no era una opción, no ahora, no en un lugar que todavía no conocía, con un idioma que ni siquiera hablaba. El saber que andaba por ahí ella sola le preocupaba más de lo que debería.

«Le hice una promesa a su hermano, eso es todo».

Su lobo bufó en disconformidad, lo que él deseaba no tenía nada que ver con su lealtad para con Blake, sino con el hecho de que esa hembra fuese suya. La quería bajo su estrecha vigilancia y punto.

—Brenda ha ido sola al bazar —comentó en voz alta, poniendo a Hakim al tanto de lo ocurrido, aunque ambos sabían que había escuchado la conversación alto y claro—, y aún no ha vuelto a casa.

—Se habrá perdido —aceptó el joven lobo—. Pondré la nariz en modo búsqueda.

Sacudió la cabeza y se dirigió a mi hermana.

—Iremos a buscarla y subiremos a casa.

—No seas duro con ella, no debe de ser fácil para ella enfrentarse con todo esto, como tampoco debe serlo el tratar contigo como compañero —le espetó—. Si me entero de que le has puesto una mano encima…

—Zulema, pienso ponerle algo más que una mano —le soltó hastiado—, le pondré las cuatro patas de modo que no pueda volver a caminar en una buena temporada.

Su hermana jadeó y empezó a insultarle, pero no quiso escucharle. Cortó la llamada y se volvió hacia su beta, quien tenía una beatífica sonrisa en los labios.

—¿Vamos a buscar a la niña de tus ojos?

No respondió, le dio la espalda y echó a andar.

CAPÍTULO 19

—Voy a hacerlo pedazos.

—Abajo, lobo, abajo —lo tranquilizó Hakim—. No puedes hacer pedazos a tu cuñado solo porque se ha llevado a tu compañera.

El recordatorio hizo que gruñese con más fuerza, atrayendo la atención de los comerciantes y su gente. Habían llegado al bazar solo para encontrarse de nuevo al hijo del pastor, quién le había hablado de su encuentro con Brenda y cómo ella se había ido con el jefe de policía.

Los dedos se le curvaron solos, casi podía sentir las garras emergiendo bajo sus uñas ante la necesidad de dejar salir a su bestia.

—Oh, puedo y lo haré —siseó, su voz dominada por el lobo—. Se ha atrevido a tocar lo que es mío, a quitármelo… esto ya no es un juego y él lo sabe; me lo advirtió.

Desde niños, Xavier y él habían mantenido una sana rivalidad, una que los llevaba a competir entre ellos y a defender al otro de cualquier amenaza que le sobreviniese. El que su mejor amigo de la infancia fuese además un lobo omega no hacía sino afinar su carácter hacia la despreocupación y el juego. Y, de cachorros, era algo que podían permitirse, pero de adultos, los juegos podían volverse peligrosos.

El mestizo ya había cruzado la línea una vez y se había ganado la cicatriz que le partía el mentón, un recuerdo al que hacían colación en cada reunión que tenían y que exhibía con orgullo, pues decía lo hacía todo un héroe a ojos de su compañera; su hermana pequeña.

Charisma había sido el motivo principal de esa cicatriz. Un malentendido añadido a la ignorancia y la falta de comunicación que le había llevado a defender el honor de su hermana ante el único hombre que, de manera absurda y pervertida, podía deshonrarla cuando quisiera; su compañero. No solo se había metido entre dos lobos en pleno emparejamiento, sino que había desafiado a su mejor amigo y lo había condenado por algo que solo ahora empezaba a comprender.

«Cuando encuentres a tu compañera, me aseguraré de estar ahí para robártela y mantenerla alejada de ti. Así verás lo divertido que resulta que te arranquen un pedazo de tu alma cuando ni siquiera eres consciente de que la tienes».

Lo había dicho entre risas, con la nariz sangrando, un ojo a la funerala y la barbilla cortada por una profunda herida después de que ambos se hubiesen enzarzado en una sangrienta pelea. Esta terminó con la aparición de su hermana que los insultó a ambos y lo amenazó a él con extirparle las joyas de la corona si volvía a tocar a su compañero.

Aquel episodio lo había llevado a jurar ante su familia y ante él mismo que nunca volvería a interponerse entre sus hermanos y las elecciones que hiciesen. Y lo había mantenido; el desastre entre Blake y Zulema era la prueba de ello.

Pero ahora, Xavier le estaba recordando su promesa y su falta. Se había llevado a su compañera para que probase en carne propia lo que él había sentido cuando, irracionalmente, le quitó lo que le pertenecía.

—Te has puesto blanco, Khalid —la voz de Hakim lo arrancó de sus peligrosas cavilaciones—. Y no creo que eso sea una buena señal. El blanco no es para nada tu color.

Sacudió la cabeza y se obligó a resoplar. Brenda estaría bien, sabía que ningún lobo que se

preciase, por muy cabrón que fuese, le haría daño a una hembra. Y Xavier, por mucha rivalidad que hubiese entre ellos, por mucho que quisiera castigarle con la misma moneda, la protegería con su propia vida si era necesario; era leal a él.

Además, Charisma se encargaría de que el idiota de su compañero durmiese en la caseta del perro si le tocaba un solo pelo a su nueva hermana. Pero eso no era suficiente para él y mucho menos para su lobo.

Su espíritu animal quería sangre, quería venganza, estaba rabioso, furioso porque le habían quitado lo que le pertenecía, pero no estaba furioso con su amigo, sino con él mismo por no haber hecho todavía lo que cualquier lobo inteligente haría; reclamar definitivamente a su hembra, marcarla para que nadie tuviese duda de a quién pertenecía.

Con toda la tranquilidad y el temple que pudo reunir cogió el teléfono y marcó el número de su hermana pequeña. La respuesta no se hizo de esperar.

—¿A ti te parece normal perder a tu compañera a las pocas horas de encontrarla? —el bufido de su hermana le quitó un poco de la tensión que lo llenaba—. Xavier la encontró en el bazar, más perdida que una almeja en el desierto. Tienes que empezar a enseñarle nuestro idioma, lobo idiota o la pobre chica no se enterará de nada.

Sintió cómo los colmillos le estallaban en la boca y se reflejó en su voz.

—¿Brenda está bien?

Un bajo suspiro y el tono enfadado de su hermana se diluyó.

—Sí, está perfectamente —lo tranquilizó—. Ahora mismo está sentada a mi lado tomándose un té y unos pastelillos. Ni siquiera ha comido.

Aquella admisión le provocó una punzada de culpabilidad, pero solo le duró un momento. Su lobo seguía queriendo destrozarle.

—Ha cruzado la raya al quitármela…

Su hermana bufó.

—Te lo juro, Khalid, sois como dos niños pequeños —resopló—. ¿Cuándo vais a comportaros como adultos serios y responsables?

—Cuando termine de pegarle una paliza por haberme robado a mi compañera.

Dicho aquello, apagó el teléfono y se lo tendió a Hakim que chasqueó la lengua.

—No, esto no va a gustarme, ¿verdad?

No perdió el tiempo en respuestas inútiles, se quitó parte de la ropa y cambió a su forma lupina. Sacudió el pelaje y emprendió un cómodo trote a través del bazar. Quería volar como el viento, atravesar el oasis, driblar el campo de tupidas palmeras y penetrar en la propiedad del hijo de puta sin darle tiempo siquiera a sentir su respiración, pero hacerlo significaría romper con todas las reglas y, sobre todo, lo llevaría a rasgarle la garganta primero y preguntar después.

Baladi Wahh era el rancho que la pareja poseía a las afueras de Al-Hasa. Xavier trabajaba como jefe de policía en la estación central de Al-Hofuf, pero prefería la tranquilidad de las afueras, al contrario que Charisma, quién era sin duda más cosmopolita. Su hermana pequeña siempre había sido muy occidental, si bien no renegaba de sus raíces, la joven loba era, posiblemente, la más liberal de todos sus hermanos y actuaba en consecuencia. Su preocupación por los demás, en especial por los niños, la había llevado a convertirse en profesora, de hecho, había sido en una manifestación por los derechos de los niños dónde la pareja se había visto después de mucho tiempo y descubrieron que había más entre ellos que una amistad de la

infancia.

Disminuyó la velocidad, emergió por la zona sur de la enorme casa de dos plantas y saltó el cierre. Su fino olfato le confirmó al momento lo que necesitaba saber; su compañera estaba allí y su amigo de la infancia le esperaba en su patio favorito.

—Veo que recuerdas el camino, Khal, aunque hubiese esperado que vinieses en coche y no… a patas.

Su respuesta fue desnudar los dientes y gruñirle. No estaba por la labor de escuchar sus malos chistes.

«No has elegido un buen día para tocarme las narices».

Chasqueando la lengua, el despreocupado policía dejó la bebida que estaba degustando sobre la bandeja de una mesa baja y señaló con un gesto de la mano el interior.

—De entre todas las mujeres disponibles del mundo, ¿tenías que elegir a una humana? —declaró con un mohín—. No negaré que es encantadora, aunque tan desconfiada como una llama.

«Es mía».

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua.

—¿Sabes? Tengo ciertas dudas sobre ello. Veamos, huele a ti sí, pero no de la forma en que debería hacerlo… vamos, que no te la has tirado, al menos no últimamente. Muy mal, lobo, muy mal. Eso significa que tampoco la has reclamado —empezó a enumerar como si le diese igual que estuviese allí, con el pelo erizado, los dientes desnudos y a punto de irle a la yugular—. Es bastante jovencita, sí, pero eso no quita que tenga un par de…

Gruñó amenazante.

—Vale, vale, eso ha estado fuera de lugar —levantó las manos—. Ya sé que no es asunto mío, pero ¿qué edad tiene? ¿Veinte?

«Veinticinco y es mía».

Se rascó el mentón, la pálida cicatriz le tensaba la piel.

—Cierto es que, en cuestión de emparejamientos, la edad no es el impedimento, cuando nos golpea el momento, no vemos más allá de nuestra nariz —continuó ajeno al peligro—. Así que o tienes la nariz atrofiada y no hueles un coco o la niña no te gusta lo suficiente como para…

«Es mía. Te acercaste a ella. Te llevaste lo que es mío. Lo mínimo que te mereces es un mordisco. Así que dime, ¿dónde lo quieres?».

El hombre se echó a reír, se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Bueno, ahora ya sabes lo mucho que jode que te toquen la fibra cuando se trata de tu compañera —declaró confiado—. No es agradable, ¿verdad? Escuece un poquito, o algo más que un poquito, dependiendo el caso.

Desnudó los dientes, echó las orejas hacia atrás y erizó el pelo.

«Y tú vas a saber exactamente lo que escuece el que le toques esa fibra a un alfa y a tu sheikh».

El aludido levantó ambas manos a modo de rendición.

—Ey, ey, ey… ¿No podemos hablarlo?

Tensó el cuerpo listo para saltar.

«No».

CAPÍTULO 20

Brenda dio un salto en la silla al escuchar el sonoro aullido que reverberó en las paredes de la casa. El té que estaba degustando saltó de la taza y casi se lo tiró encima mientras su anfitriona se limitaba a resoplar y empezar a frotarse la sien como si le doliese la cabeza.

—¿Qué… qué ha sido eso?

—Dos imbéciles dándose por culo.

—¿Qué?

Negó con la cabeza y se fijó en ella para darse cuenta de lo que había pasado.

—Oh, ¿te has quemado? —se levantó como un resorte y acudió a su lado—. Maldita sea, si te pasa algo, juro que los castraré a ambos.

Estaba temblando, los sonidos que venían del exterior despertaron en ella los gritos y la pelea que había presencia hace más de un año atrás.

—¿Qué… qué es eso? ¿Qué está pasando? —se giró hacia Charisma incapaz de dejar de temblar—. No van a entrar aquí, ¿verdad? No pueden entrar.

—Oh, diablos —jadeó la mujer y no se lo pensó dos veces, le cogió las manos y se las apretó—. No son más que Xavier y Khalid haciendo el idiota, no tienes que preocuparte por nada. Ninguno de ellos te hará jamás daño alguno. Nadie de esta familia o tribu te lo hará, darían su vida por ti.

Negó con la cabeza sin comprender.

—Pero, eso… se están peleando… pueden… pueden matarse… alguien puede morir.

Su compañera chasqueó la lengua.

—De lo único que pueden morir es de aburrimiento o de la paliza que yo les vaya a dar a ambos —siseó, su voz reflejó su propia naturaleza haciendo que retrocediese una vez más—. Oh, lo siento, es que no puedo evitarlo, me ponen de los nervios.

—No eres la única…

Un topetazo se escuchó por encima de sus cabezas haciéndolas saltar a las dos.

—¡La madre que os parió! —saltó de pronto la pequeña mujer mirando hacia el techo, su voz a gritos—. ¡Cómo rompáis alguna cosa juro que os esterilizo a los dos!

Se estremeció y no tenía idea si era por el miedo o por la humedad de la blusa. Por fortuna el té ya no estaba caliente cuando se lo echó encima.

—Si lo destripa, me lo cargo —continuó la mujer con su monólogo—. Y si no lo hace, lo mataré yo misma. ¿En qué demonios estaba pensando ese imbécil al traerte sin el permiso de Khalid? Y sobre todo después de lo que pasó la primera vez.

¿El permiso de Khalid? Sacudió la cabeza ante la absurda idea.

—No sé qué normas… culturales… tendréis por aquí, pero en mi país soy mayor de edad y hace tiempo que vivo sola —comentó intentando no sonar maleducada, aunque a la luz de los acontecimientos eso debería ser lo último que debía preocuparle—. No necesito el permiso de nadie… y ciertamente, no el suyo.

Los ojos castaños de la chica se posaron en ella, curvó los labios en una divertida sonrisa que enseguida le llegó a los ojos.

—Y eso hace que me gustes todavía más —aseguró sincera, entonces señaló hacia arriba —, pero el problema es que él todavía no entiende ese pequeño detalle y le va a costar aceptarlo.

Mi hermano es muy sobreprotector con los suyos, prueba de ello es que casi le arranca la cabeza a mi marido cuando nos emparejamos. Pensaba que me había deshonrado, él, su mejor amigo. El muy idiota siempre ha querido lo mejor para mí y mis hermanos, pero no se da cuenta de que crecemos y queremos hacer nuestras propias vidas. Fue todo un malentendido, no sabía que era mi compañero y… bueno… digamos que Xavier le tenía guardada la revancha y se la acaba de cobrar.

Parpadeó sorprendida por sus palabras y levantó la mirada cuando volvió a escuchar otro gruñido y el sonido de algo rompiéndose.

—¡Ay dios! ¡Mi jarrón! —jadeó—. ¡Ese era mi jarrón!

Se lamió los labios, era incapaz de dejar de temblar, sobre todo cuando escuchaba uno de esos gruñidos.

—Por favor, dime que esto no ocurre a menudo.

Sacudió la cabeza y señaló hacia arriba.

—Xavier y Khalid ha sido amigos desde la infancia, se adoran —aseguró y parecía muy convencida de ello.

—Pues cualquiera lo diría.

—Son como niños, aunque ellos digan lo contrario —chasqueó la mujer—. Han sido tan buenos amigos como rivales, siempre compitiendo el uno con el otro solo para echarse una mano si se caían y volver a levantarse. Aunque hoy, Xavier se ha coronado. ¿Cómo diablos se le ocurre y con un lobo alfa?

El sonido ahora parecía haberse desplazado a otra parte de la casa.

—¿Estás segura de que no deberías… er… pararlos? No sé, llamar a control de animales o algo.

Charisma se echó a reír.

—Aunque la idea es de lo más apetecible, dudo que ni mi marido ni mi hermano estén dispuestos a pasar por algo tan vergonzoso —aseguró risueña.

Marido. Hermano. Le costaba un mundo asimilar el hecho de que los sonidos que estaba escuchando, la batalla de lo que obviamente eran dos animales pudiese ser tomada como algo tan normal para un ser humano.

Pero ella no es humana, es una loba, como ellos.

Sí, ella era como ellos y, al mismo tiempo, parecía tan distinta… Todos ellos lo eran, no tenía nada que ver con lo ocurrido en la clínica, no habían poseído esa maldad, esa sed de sangre.

«Ni yo ni nadie de mi familia te dañará jamás, Brenda».

Sabía que había verdad en sus palabras, era un hombre recto, con fuertes ideales y grandes responsabilidades. No se tomaría la molestia de engañar a alguien tan insignificante como ella. Y entonces estaba Blake, quien la había freído a llamadas que no había atendido y a mensajes en los que le pedía perdón y le decía que confiase en Khalid, que estaba en buenas manos.

Sacudió al cabeza.

—Nada de esto tiene sentido —murmuró atrayendo la atención de su acompañante—. Lo intento, pero no puedo entenderlo. Esto me supera… no… Ni siquiera puedo dejar de temblar.

Ella asintió comprensiva.

—Pero sigues aquí —la sorprendió con sus palabras—. Sí, estás temblando y también tienes miedo, pero sigues aquí, Brenda. Y eso es lo que tiene que darte esperanzas. Todos hemos pasado antes o después por malas experiencias en la vida, algunas peores que otras, pero lo importante es sobreponerse y seguir adelante, enfrentarse con esos demonios que quieren destruirnos y decirles esto —levantó el dedo corazón–, «jodeos».

La expresión le resultó tan cómica que no pudo hacer otra cosa que reírse.

—Mira, te seré muy sincera —le dijo y se llevó las manos a las caderas—. Hace unos días pensé que no durarías ni un par de horas, que Khalid tendría que devolverte a tu hogar o terminarías enloqueciendo. Y mírate ahora, aquí de pie, escuchando cómo dos lobos idiotas se dan la paliza del año y lo máximo a lo que has llegado es a tirarte encima el té. Chica, creo que eso es un gran adelanto.

Y lo era, lo aceptase o no, lo era.

—Gracias. —No sabía qué otra cosa decir.

Negó con la cabeza.

—No me las des, todavía te queda un camino muy largo por delante —le aseguró—. Mi hermano tiene sus propios demonios, pero creo que tú puedes ayudarle a lidiar con ellos, que tu sola presencia está haciéndole mucho bien… ahora solo falta que él se dé cuenta.

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza.

—No sé por qué me da la sensación de que os estáis haciendo una idea equivocada.

La miró y suspiró.

—A veces se me olvida que eres una humana y que apenas estás aterrizando en mi mundo —comentó—. Pregúntale a Khalid, dile que te explique con pelos y señales qué significa ser la compañera de un lobo.

Parpadeó ante su respuesta.

—Yo no soy su compañera…

Sus labios se curvaron con palpable ironía.

—Oh, cariño, sí que lo eres y la de un alfa nada más y nada menos —asintió divertida—. Te daría el pésame si no fuese porque dicho culo peludo es mi hermano.

Abrió la boca para decir algo, pero no supo por dónde empezar.

—Mira, ¿por qué no te indico dónde está el baño y aprovechas para relajarte un poco? Te dejaré algo de ropa —la instó a ello—. Y mientras yo sacaré la escopeta y detendré esa estupidez machista.

La idea de desaparecer y evitar enfrentarse con esos inhumanos gruñidos la seducía demasiado, pero al mismo tiempo, de algún modo inexplicable, necesitaba saber si ese idiota que la volvía loca estaba bien.

—Creo que…

Antes de que pudiese formular una respuesta, las puertas del hogareño salón se abrieron de par en par y un hombre desnudo, arrogante y con lo que parecían algunos frescos arañazos en el pecho y muslos atravesó la habitación directo hacia ella.

—Por lo más sagrado, Khalid, ¿es que no te han enseñado a llevar la ropa puesta cuando visitas a alguien?

El recién llegado la ignoró por completo, su mirada estaba puesta sobre ella, inhumana, feroz, lo que estaba viendo era al lobo no al hombre. Intentó retroceder, pero se encontró con el sillón y terminó sentada.

—No, espera…

Pero no esperó, llegó a ella en un par de zancadas, la levantó de golpe y bajó sobre su boca mientras la estrechaba contra su cuerpo. Jadeó en sus labios, la sorpresa batallando con el miedo hasta que su lengua incursionó en su húmeda cavidad y se enlazó con la de ella. Su sabor era conocido, su aroma y la calidez que la rodeaba empezó a relajarla y con ello llegó también el aflojamiento de sus propios brazos.

—No vuelvas a hacerme esto —murmuró rompiendo el beso, acariciándole todavía los

labios.

—¿El qué? —Fue todo lo que se le ocurrió preguntar, su mente estaba hecha papilla.

—No dejes que nadie más te toque —gruñó sobresaltándola, sus ojos encontrándose de nuevo con los de ella—. Eres mía.

Parpadeó ante la agresividad de sus palabras.

—¿Te importaría dejar de hacer eso? —lo empujó—. Me… me está costando un mundo no ponerme a gritar…

No solo no cedió un milímetro, sino que gruñó otra vez.

—No vuelvas a salir sola de casa.

Aquello era el colmo.

—¿Por qué tú lo digas? —le espetó—. No soy una niña pequeña.

—Brenda Rose…

Un ligero carraspeo detuvo aquella extraña pelea.

—Khalid, hace tiempo que dejé de considerar mono ver tu desnudo culo ante mí —le soltó su hermana—, así que haz el favor de ponerte algo de ropa encima o vomitaré. —Dicho eso le entregó lo que a todas luces parecía una manta del sofá—. Espero, por tu propio bien, que Xavier no tenga peor aspecto que tú. Me llegó la primera vez, la cual, por cierto, también fue motivada por tu estupidez.

La fulminó con la mirada, pero ella ni se inmutó.

—Solo un poco más golpeado y ensangrentado —rumió, su voz empezaba a adquirir ya el tono normal—, sobrevivirá.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No puedo creer que hayáis caído de nuevo en lo mismo.

Su respuesta fue un gruñido.

—Se ha atrevido a quitarme lo que es mío.

Ella le dedicó una mirada del todo irónica.

—Pues qué casualidad, ¿no? —bufó, entonces se giró en su dirección—. Brenda, tesoro, ¿por qué no te das ese baño? Me encargaré de que estos dos estén presentables y listos para disculparse como corresponde cuando termines.

—Ella no se moverá de aquí.

Lo que a todas luces parecía una orden contribuyó a sacarla de quicio.

—¿Perdona? Yo hago lo que me da la santa real gana, especialmente cuando… —lo señaló de arriba abajo, intentando no mirar demasiado—. Estás así… Dios, me vuelves loca. Por tu culpa voy a terminar en un psiquiátrico.

—Ya, ya —la cogió Charisma del brazo, apartándola de él—. Ven, te enseñaré dónde está el baño y te dejaré todo lo que necesites. Ignora al lobo malo, está de un humor de perros.

Dicho eso, la pequeña mujer se giró por encima del hombro y miró una vez más a su hermano.

—Dile al imbécil de tu cuñado que te preste algo de ropa o juro que te dejaré yo algo mío.

Khalid hervía por dentro varios minutos después. Su lobo gruñía furioso y divertido a partes iguales con la mujer que lo había desafiado abiertamente; su compañera.

Cuando la vio solo pensó en tocarla, en tenerla, quería arrancarle la ropa del cuerpo y poseerla allí mismo, solo la pizca de dignidad que todavía conservaba le impidió dejarlos a ambos en evidencia.

Estaba desesperado, la pelea no había hecho más que enardecer las ansias del lobo, su aroma había sido todo en lo que había podido concentrarse y el hecho de que dicho aroma estuviese en la casa de otro lobo, emparejado o no, lo había vuelto loco.

Se estaba perdiendo a sí mismo en el febril estado del emparejamiento y no estaba preparado para pasar por semejantes trances. Él no era así, era cabal, juicioso, meditaba las cosas en profundidad antes de dar un paso, pero con esa mujer era todo a base de instinto y espontaneidad.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado. Ni siquiera se había movido del salón, seguía descalzo y con la manta de plaid rodeándole la cintura. No se sentía lo suficiente en calma como para moverse de allí, no todavía.

—¿Qué diablos se te ha metido en el cuerpo?

La voz de su hermana lo sacudió, se giró y levantó justo a tiempo las manos para evitar que le diese en la cara las prendas que le acababa de lanzar; una camisa y un pantalón de lino.

—Pensé que tendrías un poco más de sentido común a tu edad —le espetó ella sin detenerse hasta estar casi nariz con nariz—. Es una niña…

Bufó ante el reincidente recordatorio de su juventud.

—No es una niña y es mi compañera.

—Sí, una compañera humana a la que han vapuleado y desquiciado durante las últimas veinticuatro horas —resumió, dejando claro que se había enterado de todo lo ocurrido—. ¿Tienes idea de por lo que la estás haciendo pasar?

—No te metas en lo que no te incumbe.

—Estás en mi casa, le has pegado a mi compañero, así que si vuelves a decir que no me incumbe, te arranco las pelotas.

Gruñó, no toleraba que ninguna mujer le hablase así, ni siquiera su hermana.

—Te estás olvidando con quién hablas, Charisma.

Alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Eso se debe a que no estás actuando de acuerdo a tu posición, *sheikh* AlRashid —le espetó con toda intención—. ¡Te estás comportando igual que un chiquillo! Tu compañera está muy perdida, no entiende de la misa la mitad y tú, en vez de explicarle las cosas, como es tu deber, te lías a mordiscos con el primero que pasa por delante.

—¡No tenía derecho a tocarla! ¡Es mía!

—¡También yo era suya y eso te importó una mierda! —le espetó igualando sus gritos—. ¡Baja los pies a la jodida tierra ahora mismo, camello estúpido! ¡Es una chica humana! ¡Hu-ma-na! ¡Tienes que explicarle lo que significa ser una compañera, porque está claro que no sabe en qué circo se ha metido!

Se midieron con la mirada, ambos estaban exaltados, ambos tenían razones más que suficientes para querer sacarle los ojos al contrario, o al menos ella las tenía.

—No sé qué hacer con ella —confesó irritado—. Ni siquiera sé por dónde empezar, Char. Joder, no lo sé.

Aquella admisión pareció contribuir a bajar el nivel de intensidad de su hermana. De los cuatro, ellos dos eran los más parecidos, tanto en lo físico como en su forma de actuar. Charisma siempre había sido su debilidad, su cachorrita, su vena protectora se había volcado sobre ella incluso cuando sabía que debía hacerse a un lado y dejar que siguiese su propio camino.

—Ninguno lo sabemos cuándo nos llega el momento, Khal —contestó con voz calmada —. Las dudas son lo que más abunda en un emparejamiento, pero te aseguro que pueden disiparse, sobre todo si se ponen las cartas sobre la mesa y se hablan las cosas.

—Es humana, es joven, es irritante y dios, la deseo con toda el alma —confesó y le irritaba que así fuese—. Mi lobo la ansía…

—Entonces, ¿por qué no dejas que las cosas sigan su curso? —le recomendó—. ¿Por qué insistes en ponerte un freno? Sigue tus instintos, eres un lobo después de todo, deja que ese culo peludo que tienes guíe tus pasos. Porque si tengo que encontrarme otra vez con el desastre de la primera planta, no te salvará ni toda la tribu unida y armada hasta los dientes. ¿He sido clara?

Resopló.

—Se lo merecía, él…

—Khalid, a menos que quieres que te pegue en la cabeza con algo contundente, vístete y sal de mi vista —lo despachó—. Ya sabes dónde está tu mujer, así que ve a ella.

Resopló, aquello tenía que ser la cosa más denigrante que le podía pasar a un hombre; que su hermana pequeña le diese lecciones y le dijese qué debía hacer.

Como un buen lobo, agachó las orejas, le dio al rabo y siguió órdenes.

CAPÍTULO 21

¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? ¿Cómo se atrevía a hablarle de esa manera? ¿Y por qué demonios seguía deseándolo cuando lo único que había traído a su vida eran problemas?

Brenda dejó escapar un resoplido y salió de la ducha, se secó el pelo con brío y miró a su alrededor maravillándose, una vez más, con la opulencia a la que parecían inclinados por aquellas tierras. El cuarto de baño podía compararse con un caro spa en el que podía encontrar de todo, incluso una sauna.

Limpió uno de los espejos de cuerpo entero con la mano, dejó la toalla con la que se había estado secando el pelo y contempló su reflejo. Pequeña, curvilínea, con pechos grandes, ¿de verdad existían las mujeres de 90-60-90? El suyo era más bien el cuerpo de un reloj de arena.

—Un reloj de arena con tetas —se rio de sí misma y se deshizo de la toalla con la que se había envuelto. De tez clara, con algunos lunares aquí y allá y curvas generosas era una mujer real—. Bueno, está claro que no me parezco en nada a las nativas.

Su piel era más blanca, el pelo le caía ahora en húmedas ondas sobre los hombros y le acariciaba la parte superior de los senos, su color era terruño, con alguna que otra mecha aclarada por el sol.

Se llevó las manos a los pechos, levantándolos, posando ante el espejo y se rio de sí misma.

—No soy material para revistas de modas eso está claro, pero quién dice que las curvas no son sexis. —Con una perezosa sonrisa le dio la espalda al espejo y devolvió su atención a la línea de cremas y aceites que había visto al entrar. Charisma le había dicho que utilizase lo que necesitase, así que decidió indultarse a sí misma y mimarse un poco—. A él no le han molestado lo más mínimo.

La forma en la que la miraba no era la de un hombre ignorante de su presencia, el desnudo deseo que a menudo veía en los ojos marrones y el abierto deseo que le transmitían sus besos era prueba suficiente de que la deseaba.

Pensar en Khalid la llevó a fruncir el ceño. Ese hombre podía ser caliente como el desierto, pero su manera de actuar la confundía, hacía que añorase en cierto modo esa otra faceta suya que ya conocía.

—Ojalá volviésemos a encontrarnos detrás de una máscara —murmuró pensando en ese primer encuentro que la había hecho estremecer hasta los dedos de los pies—. Sí, está claro que lo mío son los deseos imposibles.

Chasqueó la lengua haciendo a un lado sus pensamientos y vertió un poco del contenido de un frasco en las manos, las frotó y empezó a deslizarlas por sus brazos.

—Algo solo se convierte en imposible cuando dejas de intentarlo.

La sexy y ronca voz resonó en el baño haciéndola dar un respingo. Parpadeó y se giró solo para encontrar su borroso reflejo en el espejo que ya empezaba a nublarse de nuevo con el vapor. Caminaba hacia ella con gesto perezoso, unos pantalones de lino blanco se aferraban ahora a sus caderas jugando al escondite con el rastro de vello oscuro que bajaba desde su ombligo, su forma de andar era cruda y sexual. Tan pronto como llegó a su espalda y posó una de sus manos sobre su hombro comprobó que ni era un espejismo ni parte de su imaginación, él estaba allí, parcialmente vestido, mientras ella permanecía desnuda a su mirada.

—Yo me haré cargo de esto. —Un ramalazo de deseo la atravesó ante el ronco tono de sus palabras y recaló en la uve entre sus piernas. Recuperó el bote de aceite que había empezado a utilizar y un instante después eran sus manos las que se deslizaban sobre sus hombros, masajeándole la piel.

—No recuerdo haberte invitado.

La ignoró, deslizó las manos por sus brazos y volvió a ascender solo para deslizarse ahora alrededor de su cuello y bajar por su clavícula.

—No necesito una invitación contigo, aunque no la despreciaré si decides dármela.

Notaba sus manos callosas sobre la piel, pero eso no la molestaba ni un poquito, por el contrario, hacía que sus caricias fueran incluso más eróticas.

—¿Se me permite decir algo al respecto?

Se inclinó sobre ella, rozándole la oreja con los labios.

—No —replicó de nuevo, su aliento le hizo cosquillas—. En estos momentos yo soy el que habla y tú la que escuchas.

—Estás dando por sentado que acataré esas órdenes —se lamió los labios y cerró los ojos cuando esas manos bajaron sobre su clavícula, surfeando sus pechos sin llegar a tocarlos—. Y siento decirte que estás muy equivocado si piensas que…

—Deja de hablar, Brenda —la amonestó al tiempo que esas codiciosas manos ascendían por sus costillas, le rodeaban los pechos y los masajeaban para luego deslizarse sobre sus duras cúspides dejándola temblorosa y jadeante—. No quiero discutir, ahora no.

—¿Quién está discutiendo? —protestó ella—. Yo no he sido la que entró en casa de su hermana y se puso a pegarle una paliza a su cuñado.

Sus miradas se encontraron a través del espejo, dos siluetas difusas que se encontraban en una inesperada intimidad.

—Se la merecía.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo?

Esas codiciosas manos volvieron a subir y le masajearon los hombros.

—Se atrevió a alejar de mi lado aquello que me pertenece.

Se giró para mirarle a la cara, pero esa caliente boca cayó sobre su cuello, mordisqueándola, arrancándole un quejido de la garganta mientras su cuerpo sucumbía apoyándose en el de él.

—No, no te entiendo.

—Eres mi compañera —musitó ascendiendo por la suave columna para mordisquearle la oreja—, y no soporto que nadie, que no sea yo, te toque.

Se estremeció bajo su contacto y sus palabras, parecía tan sincero, tan seguro y, al mismo tiempo, esa seguridad le provocaba un nudo en el estómago.

—No soy una propiedad y, por encima de todo, no soy tu propiedad.

Gimió cuando sintió sus dientes mordiéndole el lóbulo antes de continuar sobre su rostro en busca de su boca.

—No eres mi propiedad, eres mi compañera —declaró antes de tomar sus labios, uniéndolos a los suyos y penetrar en esa húmeda cavidad con la lengua—. Mi lobo te desea… yo te deseo… pero… tenerte es demasiado complicado.

Los duros dedos ascendían y descendían por su cuerpo expandiendo el aceite, la tocaban tan íntimamente que le estaba resultando muy difícil no gemir de placer, no rogarle y decirle que ella también lo deseaba.

—¿Por qué?

—Porque si cedo, después es muy posible que no quiera parar.

Su voz sonó ronca, su lengua le acarició los labios y lo escuchó gruñir antes de besarla una vez más, arrebatándole el aliento y la cordura.

—Y tú todavía no comprendes lo que eso significa.

Interrumpió el beso solo para volver a acariciarle los labios.

—Pues explícamelo, no puede ser tan difícil.

Le acarició la mejilla y la miró a los ojos como si estuviese decidiendo qué decir a continuación.

—Para ti puede que lo sea —declaró pensativo—, no por lo que significa, sino por lo que encierra, por lo que trae consigo.

—Khalid, cuanto más hablas, menos entiendo y juraría que ambos estamos comunicándonos en inglés.

—Quizá es porque este no es el momento adecuado para tratar estas cosas y sí para otras.

Cuando sus labios capturaron de nuevo los suyos, se dejó ir. Su cuerpo sucumbió al suyo, solo respondía a sus demandas y obedecía al hombre que sabía qué tecla era la adecuada para presionar. Dejó de resistirse, se restregó contra él, le rodeó el cuello con un brazo y le devolvió el beso mientras abría las piernas a esa dura mano que resbalaba ya entre ellas.

—Mi compañera —musitó abandonando su boca, resbalando sobre su cuello, lamiéndola y mordiéndola a placer para luego detenerse y susurrarle aquellas palabras al oído—, dilo, Brenda, di que eres mía…

Se lamió los labios y dejó escapar un quejido cuando los duros y largos dedos acariciaron su sexo y la penetraron sin previo aviso.

—Dilo —insistió en su oído, su voz ronca, oscura, animal.

No podía ni hablar, se estiró contra él, poniéndose de puntillas, deseando escapar de esa íntima posesión sin poder hacerlo.

—Khalid —pronunció en cambio su nombre.

Volvió a penetrarla una vez más, sus dedos la volvían loca, la excitaban y conducían al borde con eficiente pericia.

—Dilo —gruñó, bajando la boca sobre su hombro, arañándole la piel con los dientes, saboreándola—. Mía.

No dejó de masturbarla, el deseo escalaba en su interior y apenas podía contenerlo ya.

—Tuya —acabó claudicando.

Sus labios se presionaron sobre el hueco entre el cuello y el hombro, la beso allí y deslizó los dedos fuera de ella. Como una película a cámara lenta sus ojos se encontraron y vio en los de él esa hambre salvaje que lo dominaba. El color se había aclarado y contenía unos pequeños puntos dorados que los hacían resplandecer. Se llevó los dedos a la boca y los lamió sin dejar de mirarla, probando su sabor para luego recorrerla de arriba abajo.

—Recuérdalo —comentó rompiendo ese extraño momento—, tenlo muy presente cada vez que esté cerca de ti y también cuando esté lejos.

Parpadeó sin entender.

—¿Qué?

—Esto es lo que significa ser el compañero de un lobo —respondió dando un paso atrás, alejándose de ella—. El desearse sin remedio, el sucumbir el uno al otro y necesitarse incluso aunque en dicho momento queramos odiarnos.

Volvió a retroceder y supo sin necesidad de palabras que iba a marcharse.

—No, no puedes…

—Hakim te recogerá para llevarte a casa —le informó dejándola sin aliento, pasmada. La incredulidad batallaba en sus ojos—. Disfruta de este pequeño indulto, Brenda Rose, porque mañana, cuando salga el sol, este lobo reclamará lo que le pertenece.

Inclinó la cabeza a modo de despedida, dio media vuelta y se marchó tan rápidamente como había entrado dejándola sola, excitada y alucinada.

Ese hombre no podía haber hecho lo que acababa de hacer, ¿verdad?

—¡Será hijo de perra!

CAPÍTULO 22

Su llanto dolía y hacía que él mismo quisiera aullar, quería arrancarse el corazón y el alma para dejar de sentirse así de miserable y volver a ser el mismo hombre que había sido antes de conocerla. No se reconocía a sí mismo, no sabía quién era el hombre que le miraba desde el otro lado de un espejo o el lobo que veía reflejado en el estanque.

La necesidad crecía cada vez más fuerte en su interior como también lo hacía la desesperación, su parte animal empezaba a tomar el control y luchaba a mandíbula batiente con la humana.

El lobo la quería, la deseaba, la necesitaba y no entendía de momentos, de conveniencias o de paciencia. Era suya y como tal, deseaba reclamarla.

Se mantuvo agazapado, con el morro apoyado sobre las patas delanteras escuchando, acompañándola en silencio y deseando gruñir por el hecho de verla así.

No había dicho ni una sola palabra desde que Hakim la había traído de vuelta a casa a media tarde, no había respondido a los intentos de nadie por entablar conversación, por animarla e incluso se había negado a comer. Giró la cabeza y vio la bandeja en el mismo lugar en el que la había dejado su hermana; no la había tocado.

Desde el momento en que dejó el umbral de la casa de Charisma se había sumido en un silencioso e irritado mutismo, al principio había notado su furia, su frustración y el enfado que la había envuelto pero una vez que atravesó la puerta de su casa, fue como si toda esa fuerza se esfumase y en su lugar quedase tan solo la pena.

Estaba llorando, no había dejado de hacerlo desde el instante en que cerró la puerta de su alcoba. La había escuchado incluso desde el jardín y ya no había podido abandonarla.

Gimoteó y se frotó el hocico con la pata.

Había adoptado la forma lupina después de dejarla en el baño y no había vuelto a cambiar ni a comunicarse con nadie en ese tiempo. Sí, su familia sabía que estaba en casa, pero ni siquiera se habían molestado en contactar; todos estaban enfadados con él.

Y lo más gracioso es que él mismo también lo estaba, lo suficiente como para castigarse a sí mismo a contemplarla desde lejos, a vigilarla sin poder tocarla.

Esto era lo que había intentado evitar con todas sus fuerzas, lo que no quería repetir y sin embargo esa hembra no se lo permitía. Su presencia tiraba de él, sus lágrimas lo destrozaban y su mutismo alimentaba el suyo propio.

Escuchó el frufrú de la tela y levantó la cabeza. Se había dado la vuelta, solo se había tapado con la colcha y los suaves hipidos habían cesado hacía rato dejándole saber que se había dormido.

Se lamió el hocico una vez más, se incorporó y abandonó la oscuridad de su escondite para penetrar en el dormitorio. Sus patas amortiguaban el sonido de sus pasos, se sacudió por inercia y finalmente rodeó la cama, vigilándola a través de sus lupinos ojos.

«¿Brenda?».

No le contestó, ni a través de su vínculo ni con su voz.

«¿Duermes, compañera?».

De nuevo el silencio.

Se acercó hasta el cabecero y se incorporó sobre las patas traseras, posó las delanteras en el colchón y contuvo el aliento mientras la miraba. Había lágrimas en sus ojos, las mejillas mojadas como también lo estaban las sábanas allí donde habían caído. Apoyó la peluda cabeza sobre el colchón con un bajo quejido; él la había hecho llorar.

«Lo siento».

Gimoteó al compás de sus palabras.

«Nadie me dijo que esto sería tan complicado».

Levantó de nuevo la cabeza y la olfateó. Le gustaba su aroma, le gustaba su voz, la calidez que la envolvía, incluso le gustaba cuando le hablaba con esa palpable ironía.

Vaciló unos segundos, entonces se encaramó a la cama y se quedó quieto, esperando. Casi deseaba que abriese los ojos y lo mirase, que le gritase, que le dijese algo, cualquier cosa.

Ella no se movió, ni siquiera suspiró y tanta quietud le dolía.

«Soy nuevo en esto, compañera, entiéndelo».

Se acurrucó a su lado, pegando su cuerpo al de ella por encima de la colcha. Recogió el rabo y apoyó de nuevo el hocico sobre las patas.

«Te he hecho llorar».

Eso era lo que lo mortificaba, lo que lo hacía sentirse como un canalla.

«Lo siento, compañera, lo siento mucho».

Cerró los ojos y una solitaria lágrima brotó de sus ojos caninos.

Que él supiera, los lobos no podían llorar, ¿o sí?

CAPÍTULO 23

No quería despertarse, pero tenía calor. Las mantas la agobiaban, se sentía atrapada. Pataleó y solo encontró una ligera colcha, intentó girarse, pero no podía moverse hacia la derecha. Parpadeó, la luz inundaba ya la habitación, los aromas y el blando colchón le dijeron enseguida dónde estaba. Se quedó boca arriba, estiró los brazos fuera de la colcha y palpó lo que solo podía ser un mullido y cálido cojín. Solo había un problema, el cojín era enorme, de pelo largo, cálido y respiraba.

Abrió los ojos de golpe, luchó con las lágrimas que le provocaba la luz y se giró para encontrarse con una enorme mola peluda durmiendo plácidamente.

—Oh… oh, oh, oh, oh… joder —escupió, atragantándose con el aire—. Por dios… qué coño… oh, joder…

Se quedó helada, luchando por respirar entre toses y mirando alucinada al peluche que descansaba a su lado.

No era un perro. Un jodido perro no era tan grande y diablos, los lobos no eran tampoco tan grandes, ni siquiera los siberianos, ¿verdad?

Levantó la barbilla, husmeando y le pareció ver que movía las orejas de manera espasmódica, pero fue todo el movimiento que hizo.

El pelaje espeso y de color arena estaba espolvoreado con pelos negros, lo que le daba un aspecto curioso.

—Oye… —susurró temerosa de levantar la voz—… amiguito… —otro susurro.

El lobo volvió a sacudir las orejas haciendo que se tensase aún más. Dios, podía escuchar su propio corazón latiéndole en los oídos.

Deslizó la mano hacia todo ese pelo y se maravilló con la suavidad en la que se enterraron sus dedos.

Como si hubiese esperado esa señal, el animal levantó la cabeza, bostezó y giró para mirarla con unos ambarinos ojos.

«Buenos días».

Abrió los ojos de golpe e hizo lo que no había podido hacer hasta ahora; gritó.

Pateó la colcha, saltó en la cama y terminó cayendo al suelo por el otro lado solo para continuar gateando alrededor de la cama y encontrarse con él sobre sus cuatro patas.

«¿Esta es la manera en la que sueles despertarte?».

Lo miró a los ojos.

—No acabas de hablarme.

«Sí, lo he hecho».

Negó con la cabeza.

—No. Los lobos no hablan, aúllan.

El animal echó una de las orejas hacia atrás, parecía estar a punto de poner los ojos en blanco.

«Si eso es lo que quieres».

El aullido resonó en toda la casa, se tapó los oídos y empezó a hiperventilar.

—No, no, no y no —jadeó—. Deja de hacer eso.

El can suspiró.

«Será mejor que adopte forma humana antes de que empieces a hacer la ambulancia o algo peor».

—Yo no hago la ambulancia.

«Sí, la haces. Cada vez que gritas estás a punto de perforarme los tímpanos».

—No es verdad —se ofuscó. Entonces sacudió la cabeza—. ¿Pero qué demonios hago hablando contigo?

«¿Mantener una conversación?».

Aquello no era real, nada de aquello estaba pasando.

—No, voy a cerrar los ojos y cuando vuelva a abrirlos ya no estarás.

«Sí, claro, hagamos un poco de Hocus Pocus».

Se tapó los ojos y escuchó un resoplido muy masculino.

—Y esa es la actitud más infantil que he visto en una mujer adulta —escuchó su voz alta y clara—. Brenda, ya puedes quitar las manos.

Bajó los dedos y lo vio allí. De pie. Desnudo. Completamente humano. Se desató el infierno.

—¡Eres un cabrón hijo de perra! —chilló—. ¡Me has asustado! ¡Casi me matas de un ataque al corazón!

—Para… basta…

—¿Qué demonios hacías en mi cama? —lo acusó—. No tienes permiso para entrar, ¿y por qué tienes que estar siempre desnudo a mi alrededor? Diablos, Khalid, me vas a volver loca… ¡Me estás desquiciando!

—¡Basta!

La empujó sobre la cama y la inmovilizó con un gruñido.

—He dicho basta, Brenda.

Entrecerró los ojos, apretó los dientes y siseó.

—Te he dicho una y mil veces que no hagas eso.

—Pues deja de comportarte como una histérica —le soltó en el mismo tono—. Si quisiera morderte ya lo habría hecho.

—Hijo de perra…

No se lo pensó dos veces, ni siquiera lo meditó, sencillamente sucumbió al momento de enajenación mental que se apoderó de ella y cerró los dientes con saña sobre la carne blanda de su antebrazo.

Zulema no sabía a quién de los dos mirar. Sentados cada uno en una esquina de la mesa, parecían dos fieras enjauladas a punto de saltar la una sobre la otra.

Brenda no dejaba de llevarse la mano a la boca como si quisiera asegurarse que no se le había movido ningún diente, mientras que su hermano se dedicaba a desayunar en silencio, echando de vez en cuando furtivas miradas al vendaje que acababa de ponerle en el brazo; su compañera le había mordido.

Lo más absurdo de todo es que había parecido más incrédulo y divertido por el hecho que enfadado. Ella, otro lado, parecía estar hirviendo a fuego lento.

—Buenos días familia —se presentó Hakim. Cogió un par de panes de la mesa y se sentó al lado de Khalid—. Ya tengo listo lo que me has pedido, puedes cogerte esas vacaciones cuando quieras.

—¿Vacaciones? —se interesó ella.

—Ya es hora de poner las cosas en su sitio.

Parpadeó miró de uno a otro, pero Brenda los ignoraba.

—Bien, pues ya que te vas, ¿por qué no me dejas en el aeropuerto? Voy a cambiar mi billete y me marcharé…

—Tú vienes conmigo —lo atajó.

—Claro, cómo no, porque tú lo digas.

—Sí, exactamente por eso —replicó cortante—. Eres mi compañera y ya va siendo hora de que aprendas unas cuantas cosas sobre lo que eso significa.

—Te lo repito, no soy nada tuyo. Nada —silabeó la palabra—. Y si vuelves a hacer lo de esta mañana, te corto los huevos.

—Nos iremos en un par de horas —la ignoró—. Te sugiero que cojas lo que creas que puedes necesitar para unos pocos días.

—¿Te has vuelto sordo de repente o qué?

—Y empieza a controlar esa lengua, Brenda Rose —le advirtió—. Vamos a poner los dos de nuestra parte para solucionar esto.

—Haría falta un milagro.

—Pues empieza a rogar por uno.

CAPÍTULO 24

Blake estaba jodido, realmente jodido pensó al colgar de nuevo el móvil por enésima vez en los últimos seis días. Brenda seguía sin cogerle el teléfono y Khalid tampoco respondía a sus mensajes. ¿En qué estaba pensando al reclamar a su amigo cuando él no había hecho las cosas mucho mejor? No era quién para dar lecciones de moral u otra cosa, no cuando había dejado a su propia compañera, cuando la había alejado de él provocándoles a ambos este infierno en vida.

Zulema. Su pensamiento a menudo volvía a ella, no podía quitarse de la cabeza el aroma de su pelo, la suavidad de su cuerpo, el tono de su voz. La añoraba como si fuese una parte de sí mismo que había perdido y, a pesar de ello, seguía manteniéndose a distancia para no provocarle más dolor del que ya le provocaba.

Echó un vistazo a su alrededor y su resolución no hizo más que consolidarse. Este no era el lugar para una mujer, ni siquiera para una loba. La pequeña clínica era quizá el edificio más moderno en todo el poblado, era el único que se había hecho de ladrillo y que poseía, junto con la escuela, electricidad y agua corriente.

Niños corriendo descalzos, con ropas gastadas y una enorme sonrisa en sus flacos rostros, mujeres cargando a sus bebes y hombres dedicados a la caza o la agricultura, la pobreza era la consigna en esa parte de África, una que por más que se esforzaban las ONG no eran capaces de erradicar, solo de paliar y darles a los habitantes el conocimiento y los recursos necesarios para salir adelante.

Sacudió la cabeza. No, aquel no era lugar para Zulema, a su pequeña y tierna loba se le rompería el corazón al ver a los niños que trataban en la clínica o en el hospital de la ciudad, desearía ayudar, desearía quedarse junto a él y eso sería exponerla al peligro, a las zonas de conflicto por las que solía transitar; hoy por hoy ni los cuerpos humanitarios estaban a salvo de las milicias, los bombardeos o la estupidez colectiva de las guerras.

—No puedo arriesgarme a perderte así —murmuró para sí mismo. Dio la espalda a la ventana y pasó a hacer su primera ronda.

No tenían muchos pacientes en la clínica, apenas estaban ocupadas dos de las cuatro camas con las que contaban y ninguno de sus dos pacientes era de gravedad.

Intercambió un par de saludos con el anciano aquejado de insuficiencia respiratoria por culpa de un catarro y pasó a ver a la niña que había pasado la noche con fiebre. Por fortuna la temperatura le había bajado y poseía mucho mejor color, ajustó el gotero de suero y salió para respirar un poco de aire puro.

—Ey, Blake.

Se giró justo a tiempo de ver al misionero que solía viajar de tribu en tribu con su jeep.

—Padre O´Connor —lo recibió.

El hombre detuvo su premura al llegar a su altura.

—Te necesitan en el hospital —lo avisó casi sin aliento—. Ha habido un accidente en la carretera y hay varios heridos.

No esperó a escuchar más, recogió su bolsa con el material médico y salió con él.

—¿Cuántos cirujanos hay disponibles? —preguntó ayudando a caminar al hombre, que tenía una leve cojera hacia el jeep.

—Contigo, dos.

Juró por lo bajo.

Cuando había decidido cursar la carrera de medicina no pensó especializarse en cirugía, pero entonces había asistido a un seminario de Médicos del Mundo y tras escuchar las cadencias con las que solían encontrarse, supo que ese era el camino que quería seguir.

El trabajo había llenado su vida de muchas maneras, creía que no necesitaba nada más, pero entonces había sufrido el accidente y su mundo cambio por completo.

Zulema había sido la única capaz de hacer que sacase la cabeza del culo y se pusiese las pilas, ella le había mostrado que había mostrado que había mucho más ahí fuera de lo que había pensado jamás.

Lobos. Una raza auténtica y real que le había salvado la vida en más de una manera. Khalid era en gran medida responsable de ello, y el destino se encargó después de hacer el resto poniendo en su camino a una mujer indescriptible. Una loba, una hembra cálida, tierna, fiera que lo había seducido y reclamado sin que pudiese protestar siquiera.

El hombre que lo había tratado como un hermano le había asestado un puñetazo al enterarse y no lo había destrozado solo porque estaba vinculado con su hermana. Lo que había comenzado como una atracción irresistible, una acuciante necesidad de estar cerca de ella y tocarla, los condujo a la semana más excitante que había vivido en toda su vida y a una conexión tan intensa que al principio se vio incapaz de abandonar su lado.

—¿Quieres conducir, hijo?

Las palabras del misionero le sacaron de sus cavilaciones, cogió las llaves y subió al jeep. Posiblemente llegasen antes al hospital si conducía él.

Siempre que pensaba en su mujer perdía la noción del tiempo, hacía que la añorase cada vez más y pensase en el momento exacto en que todo cambió.

«¿Vas a marcharte otra vez?».

Nunca le había hecho un reproche, se limitaba a verlo partir con un tinte de pena en los ojos, pero sabía que cada separación le laceraba el alma, que cada vez que se negaba a hablar con ella de sus experiencias cuando volvía a casa, los separaba un poco más.

No quería cargar todo aquello sobre sus hombros, no quería que viese lo que él tenía que enfrentar cada día, quería protegerla y la única manera en que podía hacerlo era separándose de ella.

«Esto no funciona, Zule, no puede funcionar».

«¿Y ya está? ¿Esa es tu excusa?».

«No son excusas, es la realidad. No puedo pasarme toda la vida aquí metido. Soy médico».

«Puedes trabajar en el hospital de la ciudad».

«Ese no es mi sitio y lo sabes».

«¿Y cuál es, Blake? Dímelo para que lo entienda, para que podamos buscar una solución. No me cuentas nada, no me hablas, no…».

«¿Qué quieres que te cuente, Zule? ¿Cuántos niños han muerto hoy en mis brazos? ¿Cuántos han caído por los conflictos armados? ¿Cuántos miembros amputados he tenido que suturar?».

La había enfrentado con la realidad, se la había mostrado de la forma más cruel y las discusiones habían empezado sustituyendo cualquier muestra de cariño. Se limitó a estar allí, a usarla si la necesitaba y a abandonarla un momento después. Se había comportado como un auténtico hijo de puta, la había desilusionado, pero era preferible mantenerla a salvo que el que estuviese a su lado y acabase como sus compañeros del convoy.

La separación había sido la consecuencia natural a sus actos, una que lo había llevado a volverse loco en su ausencia, a necesitar de toda su fuerza de voluntad para no volver a buscarla y sufrir en silencio su ausencia.

Y lo había sufrido, vaya si lo había sufrido, le había faltado abrirse las venas y verter ácido en su interior para mitigar el dolor de la separación. Pero entonces Brenda había llamado a su puerta, su hermana pequeña lo había arrancado de esa espiral en la que estaba metido con su presencia y sus propios problemas solo para pagarle el favor dejándola sola durante meses y obviando el hecho de que la chica acababa de pasar por una pesadilla.

Había tenido que verla consumirse, convertirse en una sombra de lo que era para reaccionar y tomar medidas al respecto, unas medidas que habían resultado ser una solución peor que el problema; su mejor amigo había resultado ser el compañero de Brenda Rose.

Dio un volantazo para evitar atropellar a un par de ovejas y piso el acelerador.

—Hijo, la idea es llegar al hospital para encargarse de los heridos del accidente, no convertirnos nosotros en dos de ellos.

—No se preocupe, padre, llegaremos.

—De una pieza, espero.

Sonrió y miró al hombre de soslayo.

—Sí, padre, de una pieza —aseguró apretando el acelerador—. De lo contrario, mi mujer es capaz de cruzar el desierto para resucitarme de modo que pueda volver a matarme ella misma.

Y lo haría, sabía que Zulema lo haría.

—Mierda.

El hombrecillo se sobresaltó.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Que soy un gilipollas, padre, eso es lo que ocurre, que soy un gilipollas —aseguró cambiando de marcha—. Pero lo solucionaré, así tenga que hincarme de rodillas y arrastrarme como un perro, lo arreglaré.

Ya era hora de que sacase la cabeza del culo y arreglase las cosas. Sí, había llegado el momento de recuperar a su mujer.

CAPÍTULO 25

El oasis de Al Hasa era sin duda un lugar en el que, cada pequeño recoveco ocultaba una sorpresa y la que Khalid acababa de desvelarle la dejaba sin aliento. Siempre había sentido curiosidad por cómo era posible que, en medio de un hábitat inhóspito, pudiesen darse ese tipo de ecosistemas. Las palmeras rodeaban el terreno convirtiéndolo en un pequeño vergel, la vegetación se hacía más espesa a orillas de la desigual charca que reflejaba el azul del cielo, así como el verde de las copas y los desgarbados troncos. La temperatura parecía haber bajado un par de grados entre la ciudad y ese inesperado lugar.

Habían llegado hasta allí en todoterreno, un lugar situado a las afueras de la enorme ciudad saudita cuyas casas no eran visibles a menos que subiese la colina de piedra que servía de pared protectora. El viaje había estado cargado de hostilidad, silencios y miradas de reproche que parecían lanzarse el uno al otro.

—¿Por qué me has traído aquí?

Intentó que su voz sonase molesta, quería seguir enfurruñada con él, quería que supiese que no podía salirse siempre con la suya y quedar impune, pero la tranquilidad que se respiraba en ese lugar parecía de otro mundo.

—Necesitamos tiempo para hablar y hacerlo sin interrupciones —respondió mientras deambulaba por la enorme y tienda beduina semi abierta a la que la había conducido.

Esa era otra de las enormes sorpresas con las que se encontró tras unos buenos quince minutos de caminata entre palmeras. La tienda estaba anclada al suelo, emplazada junto a una zona de abundantes datileras y cerca de la charca. La comodidad de unos quinqués eléctricos contrastaba con las típicas alfombras y pieles que cubrían el suelo, las toscas mesas de madera o la plana cama ubicada en la zona más interior de la extraña vivienda nómada.

—Me comprometí con tu hermano a cuidar de ti, a ayudarte a superar el horrible episodio por el que habías pasado, el problema es que ya no se trata solo de una promesa a un amigo, sino de la salud de mi propia compañera.

Resopló.

—No hago más que escuchar esa palabra y no sé ni lo que significa —replicó—. No en el contexto que vosotros le dais.

Sacudió la cabeza y salió de la tienda, deteniéndose en el borde, contemplando el hermoso paisaje.

—Charisma me sugirió que te lo preguntase.

Escuchó el sonido de metal y otros objetos antes de que se hiciese de nuevo el silencio y fuese su presencia la que ocupase su atención.

—Parece que nos ha leído la cartilla a los dos —aceptó deteniéndose a su lado, contemplando también la charca—. Pero tiene razón —se volvió ahora hacia ella—, debes preguntarme lo que quieres o necesites saber, solo así podremos empezar a entendernos y terminar con este estúpido juego del gato y el ratón.

Lo miró y no pudo evitar preguntarse a sí misma si de verdad quería respuesta a esa pregunta y a otras que no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

—Ni siquiera estoy segura de querer saber la respuesta —expuso en voz alta.

Le sostuvo la mirada, parecía estar buscando algo en el fondo de sus ojos, quizá leyéndole

el alma.

—En ocasiones, yo ni siquiera quiero hacer las preguntas, pero es necesario hacerlas.

Desvió de nuevo la atención hacia el agua y la paz que le transmitía.

—Se me hace muy difícil reconciliarme con la idea de que… tú eres un lobo… cuando pareces tan humano que…

—Soy humano, Brenda —respondió tranquilo—. Piensa en mi pueblo como… una etnia diferente. Costumbres propias, una cultura distinta a la que conoces, un modo de vida… alternativo. Como todo pueblo, nos hemos adaptado al lugar en el que moramos, hemos adoptado una forma de vida diferente, pero eso no nos hace menos humanos que… no sé, los etíopes o los inuit por ponerte algún ejemplo que comprendas. Solo somos una nueva sociedad, con unas normas básicas y una cultura propia.

Y esa era una explicación que podía entender, un hecho aceptable y válido, pero al mismo tiempo, él, su gente, poseían una habilidad que los hacía distintos a los demás; podían transformarse en lobos, en auténticos animales salvajes.

—Pero tú puedes transformarte en un lobo —lo miró—, y no veo a un inuit transformándose en salmón.

Lo absurdo de su respuesta la llevó a componer una mueca.

—Vale, esa ha sido una réplica absurda.

—Bueno, no conozco a ningún inuit con esa capacidad, pero son un pueblo de chamanes, con su propia magia y creencias populares.

Y de nuevo hacía diana.

—No es lo mismo —insistió tozuda—. Tú eres un lobo, uno de verdad, un bicho peludo y enorme.

—Sí, soy un lobo alfa, solemos ser un poquito más grandes que la media en nuestra forma lupina —le informó como si estuviese acostumbrado a hablar de ello—. Es cuestión de genética.

Le miró de soslayo.

—Y el título de *sheikh*, ¿de dónde viene?

—Es mi herencia —se acuclilló, cogió una piedra y la lanzó haciéndola saltar un par de veces antes de que se hundiera—. Lo heredé de mi padre, él lo hizo de mi abuelo, este de mi bisabuelo y así sucesivamente unas diez generaciones.

—¿Todos eran como tú? —preguntó—. Quiero decir, ¿eran lobos?

—Mi linaje paterno sí —respondió girándose hacia ella—, aunque creo que hubo alguna compañera que, al igual que tú, eran humanas. El mío es un pueblo nómada, solían hacer grandes travesías por el desierto, se encontraban con otras tribus, formaban alianzas, vínculos y la raza empezó a extenderse hasta ser lo que es hoy en día por estas latitudes. Es posible que algunos de mis antepasados se hubiesen emparejado con humanas.

—Hablas de emparejamientos como si fuese algo concertado —arrugó la nariz—. Entiendo que por la época y la cultura se diese de ese modo, pero hoy en día…

—Hoy en día puedes llamarlo como quieras: matrimonio, pareja de hecho, novios, parejas que se van a vivir juntas… —enumeró—, el caso es que, dentro de mi pueblo, va mucho más allá de un simple vínculo de unión, es… como una comunión de almas.

Suspiró.

—Suena demasiado enrevesado para mí.

—Eres veterinaria —le recordó—. Tienes que conocer la conducta de ciertos especímenes, entre ellos la de los lobos.

Hizo una mueca.

—No estoy especializada en conducta animal, lobito, solo en cómo curarlos —señaló con un gesto de la mano—. Mi conocimiento sobre la conducta de los lobos se limita a… ver a tu hermano llamar a mi puerta con un cartel colgado al cuello.

—Corramos un tupido velo sobre ese episodio —pidió—. Mi pueblo tiene características muy similares a la de los lobos salvajes. Vivimos en manadas o clanes, si lo entiendes mejor. Existe un alfa que rige esa manada, que se encarga de la tribu o tribus que tenga bajo su cuidado, tenemos una jerarquía establecida adaptada a las normas de la sociedad de hoy en día y, al igual que nuestros homónimos, cuando nos emparejamos, lo hacemos de por vida.

Enarcó una ceja.

—¿Vas a decirme que entre tu… pueblo… no existe el divorcio?

—No de la manera en que tú estás acostumbrada a verlo —negó—. Piensa en esto. Dos personas pueden estar juntas o separadas si así lo desean, pueden decidir con quién desean estar o si esa relación ya no funciona. Nosotros también podemos vivir de esa forma siempre y cuando no estemos emparejados.

Arrugó la nariz.

—No lo entiendo, ¿cuál es la diferencia?

—Un lobo tiene una pareja predestinada —resumió—, una compañera. Él o ella han sido hechos solo para ese lobo en particular y solo encajan con esa otra mitad. Tú puedes elegir estar libremente con una persona, pero solo tu verdadero compañero te complementará y dará sentido a quién eres.

Creía entender lo que le estaba diciendo, pero sonaba demasiado a cuento de hadas no a la realidad de hoy en día dónde, el amor, no era para siempre.

—¿Conoces la leyenda del hilo rojo del destino?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Um… ¿no?

—Tu educación cultural deja mucho que desear, pequeña.

Abrió la boca y jadeó incrédula.

—Vaya, gracias, su Eminencia.

El muy canalla sonrió, se estaba burlando de ella.

—Venga, decano de la Universidad de Al-Hasa, si es que tenéis universidad, ilustra a esta pobre inculta.

—No te enfurruñes tan pronto, Brenda, no hemos hecho más que empezar —replicó en tono distendido—. Es una leyenda presente en la mitología china y en la japonesa, pero también puede encontrarse en otras culturas bajo distintas formas. En esencia, es lo que se conoce como almas gemelas —explicó—. Según el mito, los dioses ataban un cordón rojo alrededor del tobillo o del dedo meñique de aquellas dos almas que están destinadas a encontrarse y convertirse en amantes. El hilo invisible los conectará a lo largo del tiempo, sin importar el lugar, la época o las circunstancias, hasta que ambos se junten y, si bien puede estirarse o contraerse, nunca se romperá.

Enarcó una ceja ante su explicación.

—Estás hablando sobre la teoría de las almas gemelas —se encogió de hombros.

Asintió.

—Con mi pueblo ocurre algo similar —continuó sin dejar de mirarla—. Cada uno de nosotros tiene otra mitad, una que está ahí fuera, esperándonos y, si tenemos la suerte de encontrarla, la reconocemos al momento o, a veces, tardamos un poco más de la cuenta, pero no hay equivocación posible.

—¿Me estás diciendo que crees en eso? ¿En almas gemelas?

—Creo que lo que mi lobo reconoce, en lo que mi instinto me dice y mi cuerpo desea —respondió sin más ambages—. Deseo, necesidad, instinto sobreprotector, descontrol hormonal, bipolaridad… los síntomas siempre están ahí cuando encontramos a nuestra compañera, a veces varían pues ningún emparejamiento es igual a otro, pero sí hay siempre una misma conexión: el hambre por nuestra pareja.

Dio un paso atrás sin proponérselo.

—No estoy en ese menú.

Sonrió de soslayo, una sonrisa perezosa, traviesa y demasiado sensual.

—No es hambre de comida, Brenda, sino sexual —fue muy claro y directo—, y no es algo exclusivo de los lobos, afecta a ambos lados de la pareja.

Empezó a ponerse nerviosa, la forma en que la estaba mirando había dejado de ser inocente, si es que alguna vez lo había sido.

—Abajo, *sheikh*, abajo —replicó en voz baja—, estamos teniendo una conversación, aquí no cabe el sexo.

—Porque tú lo digas… —la recorrió con la mirada y no disimuló sus ganas de ella—. Me lo estás poniendo muy difícil, compañera, jodidamente difícil.

Optó por alejarse y caminar, al menos eso le permitía pensar con claridad.

—Entonces, dices que, como lobo, tienes una compañera predestinada, un alma gemela y que la reconoces porque, ¿te pone?

Bufó.

—Es un poquito más complicado que eso —aseguró con palpable ironía.

—¿Y cómo demonios puedes estar seguro que esa es tu… pareja?

—Porque cuando encontramos a nuestra compañera se establece entre la pareja un vínculo que se hace más fuerte con la intimidad —explicó—, este nos permite hablar sin necesidad de palabras…

«Tal que así».

Lo escuchó en su cabeza, era su voz, pero él ni siquiera había separado los labios.

—¿Cómo…?

«Es muy útil cuando estamos en forma lupina». Escuchó de nuevo y lo vio avanzar hacia ella. *«De ese modo podemos comunicarnos a pesar de no estar en el mismo lugar. La distancia depende de lo antigua que sea la pareja y de la sintonía que tengan»*.

Parpadeó, ahora lo tenía frente a ella, sacándole más de una cabeza como siempre.

—Así que no hay posibilidad de errores —dijo ahora en voz alta—. Cuando encontramos a nuestra compañera, lo sabemos.

Se estremeció, fue incapaz de evitarlo.

—Esto es… difícil de digerir.

—Sí, lo es —asintió—. Para ambos bandos, he de añadir.

Era cosa suya o había sonado un poco irritado.

—Eres mi compañera, mi pareja y eres la mujercita más irritante con la que me he cruzado en mi vida —le soltó sin más—. Eres humana, no tienes la menor idea de dónde has ido a caer y aquí estás, justo aquí. Sí, es jodidamente complicado.

—¿Complicado? ¿Para ti? —No pudo evitar reírse, pero no le veía la menor gracia—. Soy yo la que casi se muere del susto hace un año, a la que querían internar en una clínica de reposo y darme medicación para los nervios porque tenía alucinaciones y ahora, vas y me dices que, según tú y tu cultura, soy tu pareja predestinada… ¿Quién diablos es el loco aquí?

—Acabas de insultarme.

—No ha sido la primera vez, no sé si lo habrás notado, pero lo hago cada vez que puedo —entrecerró los ojos.

—No tienes respeto por tus mayores.

¿Se estaba burlando de ella?

—Oh, vuelve con tus jodidas cabras, Khalid AlRashid —le soltó pegando una patada en el suelo—. No puedes hacer siempre lo que te dé la gana y esperar que los demás nos pleguemos a tus deseos.

—Soy un lobo alfa, Brenda, estoy acostumbrado a que se haga exactamente eso —aseguró con abrumadora sinceridad—. Soy *sheikh* de mi tribu, ellos me reconocen como su cabeza de familia, reconocen mi autoría, me respetan y obedecen por ello, es su obligación, como lo es la mía el velar por su seguridad, su bienestar y que nunca falte nada a ninguno de los míos. No puedes echar por tierra las enseñanzas de toda una vida en unos pocos días. Esto es lo que soy, no esperes de mí otra cosa.

—El problema es, Khalid, que yo no soy tu gente —le recordó con firme rotundidad—. Mis patrones mentales no son los de las ovejas… o los lobos.

La miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Y con esa determinación y seguridad, sigo sin entender cómo puedes tener todavía tantos temores —comentó con palpable curiosidad—. Deberías haber podido dejar atrás todo lo que te asusta y condiciona mucho antes.

Lo fulminó con la mirada.

—Toda posible mejoría sin duda se ha ido al garete en los últimos dos días gracias a ti.

Le sostuvo la mirada, pero su tono ahora fue tranquilo, sosegado.

—Culpar a otros no hace menor tu culpa ni disminuye el problema.

—Lo hace cuando ese otro es el único responsable de todos esos problemas.

Sacudió la cabeza.

—No soy responsable de los actos de otros que han cometido otras personas, Brenda...

—No, pero sí de los tuyos —bufó y señaló lo obvio—. Y está claro que todo este escenario ha sido cosa tuya. La pregunta es, ¿qué demonios quieres de mí? ¿Volverme más loca de lo que ya estoy?

—Como ya te dije, hay cosas de las que debemos hablar y lo mejor es hacerlo sin interrupciones —admitió sin más—. Este es el lugar perfecto para ello, se respira la tranquilidad que ambos necesitamos.

—Mi tranquilidad se volatilizó en el momento en que bajé del maldito avión y puse los pies en tu país —replicó en tono acusatorio.

—Tu tranquilidad se esfumó mucho tiempo antes, Brenda Rose, y ahora es cuando tienes la posibilidad de recuperarla.

—A veces no sé si tú y yo hablamos el mismo idioma.

Lo vio resoplar.

—Hablamos el mismo idioma, solo hay que saber escuchar.

—Sí, claro —puso los ojos en blanco—. Abuelita, abuelita qué orejas más grandes tienes…

—Son para oírte mejor, querida —replicó, sorprendiéndola con ello.

Resopló. Quería pegarle, quería ahogarlo en esa dichosa charca, lo que fuese para borrar esa expresión satisfecha de su cara.

—Dime la verdad —sacudió la cabeza—. ¿Qué quieres, qué buscas realmente de mí?

No dudó en su respuesta.

—Lo quiero todo, lo busco todo, pero la pregunta correcta sería, ¿qué estás dispuesta a darme?

Le sostuvo la mirada, algo difícil, esos ojos la chamuscaban, la dejaban débil y temblorosa y deseando… ¿qué? ¿A él? ¿Más? No estaba segura de ello.

Sonrió, esos labios se curvaron y, para su sorpresa, lo vio regresar a la tienda y empezar a desvestirse.

—¿Qué estás haciendo?

Su mirada era sincera, caliente e hizo que se le hiciera el estómago un nudo cuando se volvió a mirarla.

—Darte tiempo para encontrar la respuesta a esa pregunta —le dijo sin más y continuó desnudándose—. Hoy promete ser un día bastante caluroso, en el oasis la temperatura suele bajar algunos grados con respecto a la general, pero aun así va a querer refrescarte antes o después. Y a mí me gusta empezar la mañana con un buen baño. ¿Te apuntas?

¿Hablaba en serio? ¿Iba a bañarse? ¿Allí? ¿En pelotas?

—No gracias, yo ya me he bañado…

Las palabras, así como cualquier pensamiento coherente, volaron de un plumazo ante la escena que se desarrollaba delante de sus narices. Se quitó la túnica dejando a la vista un cuerpo perfecto, salpicado de vello oscuro, sus manos descendieron al cordón del pantalón, deshicieron el nudo y se los quitó mostrando que no llevaba nada más que una orgullosa erección que ni se molestó en disimular.

Se lamió los labios, recordaba su cuerpo, recordaba cómo se sentía bajo sus manos, la manera en que se movían esas caderas y…

—¿Admirando las vistas?

Un instantáneo calor se instaló en sus mejillas, apartó la mirada en el acto, pero fue incapaz de moverse, estaba como petrificada.

—No tengo nada que no hayas visto ya —insistió en tono inocente—, y, como puedes volver a comprobar, no me diferencio en nada de un hombre normal.

Bueno, eso era relativo si juzgaba por la magnífica dotación que poseía.

—Si ya has terminado de exhibirte…

Lo oyó soltar un bufido, murmuró algo en árabe y se dirigió con paso decidido hacia el agua. No pudo evitar seguirlo con la mirada, se le secó la boca al ver la amplia espalda surcada por alguna blanquecina cicatriz y esas prietas nalgas. Sus manos se hundieron en el agua solo para deslizarse luego sobre su cuerpo, refrescándole. Las gotas le perlaban la piel mientras el sol se reflejaba en el agua convirtiéndolo en el rey de todos los espejismos, uno del que era incapaz de escapar.

Lo vio sumergirse y emerger de nuevo, las manos resbalando por su pelo, limpiándose la cara, los pectorales y los brazos.

Se licuó por dentro, se le secó la boca y su sexo empezó a palpitar de deseo. No podía dejar de mirarlo y él parecía ajeno a tal escrutinio.

Se removió inquieta. Él tenía razón, la mañana había empezado bastante pegajosa y el calor no había hecho más que aumentar con el paso de las horas. El viaje en coche había sido agotador y el verle ahora allí, bañándose, hacía que le apeteciese a ella también.

—Brenda, piensas demasiado las cosas —escuchó su voz—, no es necesario que busques la respuesta ahora. Sé que tienes calor, quítate la ropa y ven aquí. No hay nada que pueda morderte en el agua.

¿Qué no lo había? Él era un lobo.

—¿Te das cuenta de que te estás bañando en pelotas en un lugar que puede ver cualquiera? —intentó sonar razonable, convencerse a sí misma de ello.

Él se limitó a darle la espalda y continuó disfrutando del chapuzón.

—Este lugar es privado —le informó—. Mi gente lo sabe. No tienes que preocuparte por que alguien más que yo, te vea desnuda.

Se lamió los labios y contempló una vez más el agua.

«Vamos, compañera, un poquito de valor».

Dio un salto al escucharle en su cabeza.

—¡Deja de hacer eso! Me… me desconcentras.

La ignoró, ni siquiera respondió en voz alta y eso le dio tiempo para tomar una decisión. Se lamió los labios, volvió a mirar a su alrededor y suspiró.

—De aquí, directa al manicomio —musitó para sí.

Se quitó la camisa y los shorts, los dobló con cuidado y los dejó en un lado de la tienda. Le llevó un poco más de tiempo decidirse entre conservar o quitarse la ropa interior, al final, un nuevo vistazo a ese cuerpo hecho para el pecado la decidió por la desnudez total.

—No dejes que me arrepienta —musitó en voz muy baja, no sabía si lo decía para sí misma o para alguien más.

El agua estaba más cálida de lo que había pensado, pero se iba enfriando a medida que avanzaba dentro del charco. El frescor era un bálsamo sobre la caliente piel y disminuía la sofocante temperatura.

Se tomó unos instantes para disfrutar de la peculiar sensación del agua sobre su piel, nunca se había bañado desnuda fuera de la ducha, ni siquiera hacía topless y el estar ahora en cueros y al aire libre era una experiencia nueva y excitante, más aún en su compañía.

Se sumergió despacio, dejando que el agua le empapase el pelo para finalmente volver a salir escurriéndose el agua del rostro y encontrándose al momento con esos sagaces y misteriosos ojos puestos sobre su cuerpo.

—Te has quemado con el sol.

Su voz la sobresaltó, ni siquiera le había sentido acercase, había estado tan concentrada en sí misma y en la maravilla de poder refrescarse que no midió las distancias.

Bajó la mirada sobre sí misma y comprobó que tenía pedazos de piel más rojos que otros, un gran contraste contra sus pechos blancos y su trasero.

—¿Me he quemado?

—Aquí —deslizó un dedo sobre los hombros—, y aquí —le acarició la parte superior de sus pechos al tiempo que bajaba la mirada sobre su cuerpo para luego subir—, y tienes también la cara colorada.

—Tengo tendencia a quemarme con el sol y eso que me he echado protector —aceptó con un suspiro.

—Tienes una piel muy blanca, delicada —comentó recreándose en ella—. Tienes que ser más cuidadosa.

Le sostuvo la mirada.

—¿Qué puedo decir? No esperaba que fueses a arrastrarme por el desierto.

Sacudió la cabeza.

—El desierto está todavía a unos cuantos kilómetros y no es lugar para pasear.

—Coincido totalmente.

La miró con atención, deslizando las manos de sus hombros a sus brazos, acariciándola

con la mirada, pero sin tocarla como deseaba que lo hiciese.

Porque lo deseaba. Tanto como le temía en cierto grado, lo deseaba con una intensidad que la angustiaba. No había dejado de hacerlo desde la perrería que le hizo la otra noche, cuando la dejó excitada y sola en el baño.

—¿Qué está perturbando tu mente, Brenda?

—Tú —aceptó con sinceridad—. Y lo que quieres.

Sus caricias ascendieron, le acariciaron la clavícula, el cuello e hicieron que se quedase floja, deseando apoyarse en él.

—Ya sabes lo que quiero —le aseguró—, te lo he dicho hace unos minutos.

Se lamió los labios.

—Sí, quieres todo y no es algo que pueda darte.

Se acercó un poco más a ella, sus cuerpos ahora rozándose, pero todavía no era lo suficiente cerca para ella.

—Repito, ¿qué estás dispuesta a darme?

—¿Un día?

Chasqueó la lengua.

—Quiero más.

Sus ojos marrones se encontraron con los suyos, le acarició la cara con los dedos y se acercó a ella o quizá fuese su propio cuerpo el que se acercó al de él.

—¿Dos días?

Se rio, su palma le acunó la mejilla.

—No hay trato —la miró a los ojos—. Sigue, ¿qué más me ofreces?

—¿Qué es lo que quieres realmente?

No hubo vacilación en su respuesta.

—Todo el tiempo que estemos aquí —replicó en tono serio y sincero—, para empezar, te quiero durante todo el tiempo que permanezcamos en el oasis.

—Eso es demasiado —jadeó al sentir ahora su erección anidada contra su vientre—, es…

—Es lo que vas a darme —bajó sobre su boca—, lo que ya me has dado una vez y lo que quiero que me des de nuevo.

Respiró en su boca.

—¿Y si no puedo?

—Podrás, compañera…

La rodeó con los brazos, soportando su peso, pegando sus cuerpos de la misma forma que lo hacían sus bocas. Bebió de él tanto como él de ella y se sintió incluso más caliente al sentir esa gruesa erección frotándose contra ella.

—Eres la única que puede —ronroneó, le acarició las nalgas y la instó a rodearle con las piernas la cintura.

Volvió a besarla mientras se introducía en ella sin preámbulos, montándola, deslizándose de su interior solo para volver a salir, marcándola como lo hacía su boca. Fue un encuentro breve pero intenso, lo suficiente para que sus ganas aumentasen y continuasen con ese erótico juego en la tienda, mientras todo a su alrededor entraba en combustión.

CAPÍTULO 26

Khalid no tenía suficiente, probarla no había hecho más que despertar su apetito y desperezar a su lobo. Quería morderla, necesitaba reclamarla, cerrar ya el vínculo que los unía como compañeros, pero sabía que debía ir despacio y no precipitarse. La rendición de Brenda no era total, ni siquiera creía que fuese una rendición sino más bien una claudicación ante él y la necesidad que los superaba a ambos.

Troceó una nueva hoja de aloe y derramó el jugo sobre los quemados hombros allí dónde la camiseta dejaba al descubierto su piel. Extendió la salvia con cuidado, deleitándose en el tacto de su piel, resbalando por sus brazos, sus hombros y su espalda hasta las prietas y redondas nalgas. Jugó con ellas y continuó con sus piernas, las cuales habían sufrido también las inclemencias del sol abrasador de su tierra.

—Aunque disfruto mucho teniéndote desnuda, cuando salgas de la tienda, usarás una túnica —le informó—, tienes que proteger toda esta piel.

—*Hmmm*.

Su respuesta adormilada lo llevó a sonreír de masculina satisfacción. Así es como quería tenerla, saciada, junto a él, sin discusiones que los llevasen a encontrarse cada dos por tres en un campo de batalla.

Terminó con sus pies, provocándole cosquillas y haciendo que se girase regalándole una magnífica visión de su parte delante.

—Eso huele bien, ¿qué es?

—Aloe —le mostró la hoja de la planta y cortó otro trozo—. Disminuirá la rojez hasta que pueda embadurnarte en otra cosa. Gírate.

Lo hizo sin protestar, mansa, relajada, aunque el deseo todavía burbujeaba en sus venas respondiendo al suyo propio. Su compañera podía ser humana, pero respondía a su deseo y lujuria como lo haría una loba. Podía sentir su confusión, su hambre, oler su necesidad y su disponibilidad haciendo que se endureciese de nuevo.

—Tienes la mirada de un depredador.

Sus palabras lo devolvieron a la realidad.

—Es como me siento —aseguró mirándola sin subterfugios—. Tengo hambre de ti, tanta o más de la que guardas tú por mí. Pero lo primero es lo primero.

Continuó cuidando de sus quemaduras, observando cómo la caliente piel absorbía el líquido hidratándola y dotándola de la humedad que necesitaba. Se deleitó deslizando las manos sobre cada una de sus curvas, por cada recoveco de su cuerpo, en lo bien que olía y en la inesperada paz que encontraba en algo tan sencillo como cuidar de esa mujer.

—Un penique por tus pensamientos.

Bajó la mirada sobre ella y sacudió la cabeza.

—Ofreces muy poco por algo de tanto valor.

Le respondió con una tímida sonrisa.

—En ese caso, tú decidirás si merece que los compartas o no.

—Pienso en cómo te devoraré a continuación —la acarició, siguiendo las caricias de sus manos con la mirada—, en cómo deseo ver de nuevo la pasión en tus ojos, en cómo me apretarás cuando esté dentro de ti y en cómo jadearás pidiendo más mientras gritas mi nombre.

La sintió estremecerse bajo él.

—Y todo ello se ajusta a mis deseos y a lo que deseo de ti, lo que quiero de ti —aseguró bajando la boca sobre la suya, rozándole los labios, esperando a que abriese voluntariamente la boca para poseer su voluntad—. Eres una cosita fogosa a la par que obstinada.

Puso los ojos en blanco.

—Me viene de familia —declaró, entonces añadió—. Lo de obstinada, quiero decir.

Se rio entre dientes.

—Sí, puedo imaginarme de qué rama te viene —aseguró divertido ante la respuesta de la chica—. Blake es tan obstinado o más que tú.

—Más, sin duda mucho más —aseguró con una mueca, entonces se relajó, acercándose más a él—. Es curiosa la forma en que funciona la vida.

—Curiosa e incomprensible la mayor parte del tiempo —añadió deslizando de nuevo las manos sobre su cuerpo, aplicándole más aloe—. Pero esa es la manera en la que funcionan las cosas.

—Tiendes a creer en el destino, ¿no? —la sorprendió con su comentario.

—¿Qué te ha llevado a pensar en eso?

—La forma en la que hablas sobre la trascendencia de las cosas, la manera en que llegan —se encogió de hombros. Sus ojos se encontraron y le sonrió con tibieza, una sonrisa que había visto muy poco en sus labios—. Cuéntame algo de ti.

—¿Algo como qué?

No vaciló, tampoco lo hicieron sus ojos.

—Algo que nunca le hayas contado a nadie.

—Si no se lo he contado a nadie, ¿qué te hace pensar que te lo diré a ti?

Ladeó la cabeza y negó.

—No lo sé —aceptó—, supongo que necesito entender por qué eres cómo eres, por qué eres quién eres. Nadie puede actuar las veinticuatro horas. Te he visto con tu familia, con tu príncipe, con tu pueblo… pero ¿quién es realmente Khalid?

—El hombre que ves ahora mismo ante ti —respondió resbalando las manos sobre sus brazos, inclinándose sobre ella—, el que te está dando el mejor masaje de tu vida.

Se echó a reír y sonrió con ella.

—Sí, ego sin duda tienes para aburrir.

Sacudió la cabeza, la besó en los labios y giró la cabeza para indicarle el exterior de la tienda con un golpe de barbilla.

—Hay un motivo por el que me gusta este lugar, por el que me gusta salir a correr por la noche por las ya frías arenas del desierto y tenderme sobre las silenciosas y solitarias colinas a contemplar las estrellas —comentó extrayendo las palabras de sus recuerdos—, en ese momento, estoy conmigo mismo, la quietud que lo envuelve todo se adueña de mi lobo y calma la fiebre animal que vive en mi interior y deja que mi alma humana viaje a través del tiempo a lugares en los que solo moran mis antepasados. En momentos como esos, me siento libre de toda atadura y esa libertad me es un bien muy preciado, *habibity*.

Se detuvo en seco, parpadeó y bajó de nuevo la mirada sobre la mujer que permanecía a su lado, su compañera.

—Tienes muchas responsabilidades —comentó ella ajena a su inesperado e imperceptible sobresalto—. Tu familia, los aldeanos, tu… tribu… ¿dónde encuentras la fuerza para levantarte cada mañana y enfrentarte al mundo sabiendo lo que te espera en él?

—Porque toda esa gente que has enumerado cuenta conmigo, Brenda, creen en mí y en mi

liderazgo —le acarició el rostro—. Saben que si me necesitan, estoy justo ahí, que si están heridos, intentaré ayudarles, que si alguien los abandona, yo los acogeré… ¿No es lo mismo que sentiste tú cuando encontraste a ese pequeño cachorro desvalido y necesitado de ayuda?

Sabía que ese había sido un momento de inflexión para ella, un instante demasiado importante como para permitirle que lo olvidase o lo hiciese a un lado.

—Hubo un tiempo en que era así… pero ahora… ya no estoy segura de nada.

—Debes buscar esa respuesta —le aconsejó—. Quizá una vez que la tengas descubras que puedes aplicarla a más cosas de tu vida y le conceda esa seguridad que has perdido.

—Hablas como mi hermano.

—En ciertos aspectos nos parecemos mucho, en otros… somos como el día y la noche.

—¿Tú tienes un culo peludo y él no?

Se rio entre dientes.

—Principalmente.

Sacudió la cabeza y suspiró. Podía notar que empezaba a agobiarse, pero era capaz de salir del atolladero ella sola.

—Blake nunca me habló de Zulema —murmuró optando por cambiar de tema—. No es que haya tenido mucho contacto con él en los últimos meses, la verdad sea dicha, pero algo como esto es… importante y no lo compartió conmigo.

Y esa falta de confianza le escocía. Brenda era una muchacha necesitada de afecto, privada de confianza y a pesar de ello, era lo bastante fuerte como para seguir adelante con su vida y luchar contra monstruos y pesadillas.

—Conozco a tu hermano desde hace años, mi gente lo rescató tras un atentado al convoy médico del que formaba parte —le permitió conocer ese pequeño detalle de la vida de un hombre que, aunque ella no fuese consciente de ello, la adoraba—. Sé que no ha contado esto a nadie, pero deberías saberlo pues quizá así lo entiendas mejor el motivo por el que te mandó aquí. En ese atentado murieron varios compañeros suyos, de hecho, él fue el único superviviente, ni siquiera recuerda cómo consiguió llegar tan lejos de la zona siniestrada, pero allí fue donde lo encontraron. Blake se siente responsable de haber sido el único en salir con vida, dada la naturaleza de su espíritu es un hombre compasivo, siempre piensa en los demás antes que en sí mismo y eso, según creo, tiene mucho que ver con lo que quiera que esté afectando a su vínculo de pareja con Zulema. Hay algo que le impide reconciliarse consigo mismo y con la felicidad que tiene al alcance de la mano.

—Ese vínculo es como…

«¿El nuestro? Sí, en esencia, es lo mismo».

Se sobresaltó, lo notó por la repentina tensión que notó bajo sus manos.

—¿Y qué ocurre cuando no funciona? ¿Qué pasa si… no sé, no se llevan bien, descubren que no son compatibles, que ya no se soportan o se cansan el uno del otro?

La miró intentando ver más allá de sus palabras, porque sabía que había algo, lo intuía y su lobo estaba convencido de ello.

—¿Eso es lo que te pasó a ti?

La sorpresa y la culpabilidad atravesaron su mirada a la velocidad de la luz dejando claro que había dado en el clavo.

—No eras virgen cuando nos conocimos, ni tampoco inexperta —le soltó sin anestesia. No tenía intención de andarse por las ramas, era su compañera y, si bien no tenía el más mínimo interés en saber cuántos hombres habían pasado antes de él por su vida, sí quería conocer el motivo por el que le tenía tanto miedo al hecho de depender de alguien, de sentir algo más que

lujuria—, así que obviamente, has debido tener al menos un amante.

—Eres muy directo, ¿los lobos saben lo que es el tacto?

—Preferimos el gusto o el olfato —se encogió de hombros.

—No es eso lo que…

—Para saber a dónde vamos, tenemos que saber de dónde venimos —la interrumpió—. Yo quiero saber de dónde vienes tú para entender quién eres y hacia dónde vas.

—Todo lo que necesitas entender es que fue un auténtico capullo, me di cuenta de ello a tiempo y supe pasar página —sentenció de manera rápida e incómoda.

—Y esa es una forma inteligente de enfrentarse a la vida —la tranquilizó—. Lo inteligente es saber que se ha cometido un error, de ese modo, no vuelves a tropezar de nuevo con esa piedra… o a perseguir el mismo conejo.

—Me gustan tus metáforas lupinas —sonrió—, pero me gustaría aún más que me dieses una respuesta a la primera pregunta que te hice.

—Cuando se forja nuestro vínculo, se produce una especie de… unión entre la pareja —buscó la forma de dar explicación a algo que él aún empezaba a descubrir por sí mismo—. Una unión bastante intensa… —deslizó la mano sobre su pierna desnuda, subiendo hacia el muslo. No podía evitar desearla, ya estaba duro y la quería de nuevo—. Al principio, puede ser un poco intenso, la necesidad de estar… juntos, de tocarse, de saber que tienes a tu compañera cerca es bastante acuciante… pero con el paso del tiempo se va relajando la cosa y se hace más soportable seguir con la rutina de siempre.

—¿Por qué me da la sensación de que estás hablando de algo que has oído?

Sonrió, esa muchachita suya era muy avispada.

—Porque es la primera vez que me emparejo y, hasta ahora, creo que nos hemos saltado buena parte de las reglas básicas —se encogió de hombros—. Esta atracción —deslizó la mano en el interior del muslo haciéndola jadear—, el deseo, la fervorosa necesidad, debería haber estado en ambos desde el minuto uno… desde esa noche en la que una traviesa cortesana me ató al cabezal de la cama.

Se sonrojó, estaba avergonzada.

—¿Podemos correr un tupido velo también sobre eso?

Negó con la cabeza.

—El caso es que no fue así, no supe quién eras hasta que te vi en el aeropuerto —aceptó. Estaba confundido por ese pasado episodio—. Ni siquiera sabía que se hubiese creado ya el vínculo entre compañeros… No sé, Brenda, dicen que cada emparejamiento es distinto.

—Entonces, los resultados de las elecciones de cada pareja también podrían serlo, ¿no?

Sabía a dónde quería llegar o por lo menos lo intuía.

—No. La esencia al final es la misma, son dos mitades que se reúnen después de mucho tiempo —comentó—, con lo que separarlas… ya sea a la fuerza o por propia voluntad, es doloroso. Los lobos nos emparejamos de por vida, perder a nuestra compañera es como perder parte de nosotros mismos.

—Le estás dando un enfoque un tanto romántico a todo esto.

Se rio, no pudo evitarlo, que lo acusase a él de darle un enfoque romántico a algo tan físico y químico como un emparejamiento, era realmente divertido.

—¿He dicho algo gracioso?

—En realidad sí —confesó y deslizó la mano que tenía entre las piernas femeninas hacia arriba, acariciándola—. Nunca he mencionado el amor. Esto es más bien cuestión de química, deseo, lujuria…

Jadeó, su pequeño cuerpo se arqueó sobre la alfombra.

—Una pareja de compañeros ha de basarse en el respeto mutuo, en la lealtad y la fidelidad —defendió su postura, pero por la misma razón por la que antes había vacilado, ahora sus palabras no le sonaban tan firmes como siempre—. Es natural que el tiempo traiga consigo el cariño, pero no considero indispensable el amor.

—¿No crees en el amor?

Se inclinó sobre ella y le acarició el pezón con la lengua, sus dedos sumergiéndose ya en el calor entre sus piernas.

—Nunca me he enamorado —murmuró contra su pecho, la succionó en su boca y luego la soltó—, y no es algo que quiera hacer.

Brenda se contorsionó bajo él, gimiendo, deshaciéndose de placer en una contagiosa cadencia.

—No es algo que puedas decidir hacer o no, simplemente ocurre.

Abandonó sus apetitosos pechos y pasó a su boca.

—No si puedo evitarlo —declaró con firmeza, bajó sobre su boca y empezó a besarla con hambre—. Ahora deja de hablar y gime para mí.

No quería pensar en algo que no tenía intención de permitir que sucediese. ¿Qué era el amor sino una forma de ponerse en ridículo y hacer cosas estúpidas? La quería como compañera, iba a respetarla y serle fiel, eso tendría sería suficiente para ambos, ¿verdad?

Sacudió mentalmente la cabeza, le separó las piernas y la penetró, ya estaba más que listo para tomarla otra vez y perderse en esa mojada calidez que lo volvía loco.

Su lobo se desperezó dispuesto a compartir ese juego de placer, su lado salvaje quería más, quería que lo dejase salir a jugar y reclamarla como solo un lobo alfa reclamaba a una hembra, pero ese momento todavía no había llegado.

La poseyó una vez más, disfrutó de su cuerpo, de sus gemidos, de las uñas que se le clavaban en la piel y aulló de placer.

CAPÍTULO 27

—Entonces, ¿te marchas ya?

Blake levantó la cabeza del macuto y contempló a su compañera. La nueva doctora había hecho un magnífico trabajo en el quirófano después de haber puesto a caer de un burro a todos los presentes. No era muy querida por el resto de los voluntarios, probablemente por el carácter hosco y tajante con el que solía responder a la gente, pero por experiencia sabía que no había que juzgar a alguien por las apariencias.

—Mis primeras vacaciones de verdad en… ni siquiera lo recuerdo.

Sonrió, un gesto que no llegó a iluminarle los ojos. Miró alrededor y luego a fuera, el calor de los últimos días había sido agotador, pero eso no impedía que hiciesen el trabajo por el que habían decidido unirse a Médicos del Mundo.

—Yo ni siquiera conozco esa palabra.

Rio en respuesta y continuó con su tarea.

—¿Puedo preguntar quién es ella?

La pregunta lo cogió por sorpresa, ladeó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—¿Qué te hace pensar que se trata de una mujer?

Lo miró de arriba abajo con abierto descaso.

—Porque si fueses gay sería un verdadero desperdicio, Santoro —aseguró con profunda sinceridad.

Asintió divertido.

—Buen punto.

—¿Entonces?

Su interés lo puso alerta. No era la primera vez que alguna compañera de trabajo se interesaba en él, pero hacía tiempo que él había cerrado dicha puerta.

—Es una mujer —aceptó esperando que eso la disuadiese de intentar algo más—, una muy importante.

Se detuvo a su lado y asintió.

—Entonces no la hagas esperar —le dijo pasando por su lado—. Y recuérdale todos los días lo afortunado que eres por tenerla en tu vida.

Cerró la cremallera del macuto y la contempló en silencio, había una melancolía en ella que le llamaba la atención. Fijándose bien se daba cuenta de que era mucho más joven de lo que parecía, quizá de la edad que su propia hermana.

—Esa es mi intención —comentó sin saber siquiera por qué confesaba aquello—, eso y pedirle perdón por comportarme como un completo idiota y haberla hecho sufrir cuando no se lo merecía.

La mujer se giró entonces hacia él y cuando sonrió, pareció una persona distinta.

—Suerte —le dijo ella y desapareció por la parte de atrás de la tienda.

Blake se quedó mirando unos instantes el lugar en el que había estado la mujer con una sensación extraña. Sacudiendo la cabeza, recogió su macuto y se lo echó al hombro, comprobó que no le quedaba nada en lo que había sido su alojamiento de los últimos meses y salió para encontrarse con el misionero que se había ofrecido a llevarlo hasta el aeropuerto.

Sabía que había cometido una enorme lista de errores a lo largo de este último año, pero el

mayor de ellos era no darse cuenta de que por mucho que lo intentase, era imposible huir del amor.

Tenía una loba a la que recuperar, solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

CAPÍTULO 28

Después de la primera noche contemplando las estrellas, tuvo que admitir que Khalid tenía razón, no había nada más hermoso y relajante. Los tres días que llevaban acampando como nómadas en una tienda les estaba permitiendo conocerse en profundidad, dejar a un lado las pullas y las acusaciones y disfrutar de la vida en general.

Brenda nunca se había considerado una mujer rural, le gustaba bastante la ciudad, pero, no sabía si era por la compañía, por la gastronomía o porque no tenía que pensar en nada más que en el aquí y el ahora, esos días a solas con él se estaban convirtiendo en algo inolvidable.

El calor asfixiante del día empezaba a decaer hacia media tarde, para ese momento era necesario encender la fogata que les daría luz y calor mientras retozaban frente al fuego o en el suelo de la tienda. Otras veces se conformaban con estar uno al lado del otro, mirando el cielo estrellado, riendo y tratando de adivinar cuál era cada constelación. En esos momentos el mundo parecía detenerse, un momento durar una eternidad y los miedos que había arrastrado con ella dejaban de tener sentido.

—¿Estás muy callado?

Murmuró girando sobre sí misma para encontrarse con su mirada. Vestida con tan solo una túnica, pues había sido una tontería volver a ponerse la ropa interior cuando él no se la dejaba puesta demasiado tiempo, descansaba tranquila al calor de la lumbre.

—Estaba pensado.

Se apoyó en el brazo.

—¿Puedo preguntar en qué?

—En mi familia —aceptó con un suspiro—. En mis padres, en mis hermanas… en mi hermano Malik… en cómo cada uno de ellos tomaron sus propias decisiones y a dónde las han conducido estas.

—Zulema me dijo que perdisteis a vuestros padres cuando erais tan solo unos niños.

Aquella había sido una de las cosas de las que había hablado su cuñada en los momentos en que habían estado a solas en la casa, anécdotas que habían surgido en la comunión de dos mujeres.

—Zule es la mayor de los cuatro, pero al ser mujer, el que heredó el título de la tribu fui yo —contestó—. Ella tenía veinte años cuando perdimos a mi padre. Yo contaba con dieciséis y los más pequeños, Charisma y Malik, siete y seis respectivamente. Éramos unos críos y mi hermana tuvo que hacerse cargo de todos.

—¿Tu madre…?

—Murió dos meses antes de que lo hiciese mi padre.

La forma brusca con la que le dio aquella respuesta la dejó helada. Casi podía decir que había odio o rencor en sus palabras.

Como si se hubiese dado cuenta de su reacción, suspiró y se giró hacia ella.

—Lo siento, no es por ti, es solo, no me gusta hablar de esto —aceptó y parecía incómodo con ello—. Es algo… demasiado personal.

—No es necesario que digas nada, yo solo…

Negó de nuevo.

—No, está bien. Hay cosas que tienen que salir a la luz, que deben decirse para que dejen

de tener el peso que tienen —aseguró y la miró—. Y tú has demostrado ser buena oyente.

Sonrió de soslayo.

—Tengo un buen par de oídos.

Asintió y continuó.

—Mi padre era un lobo fuerte o eso creía yo. Siempre lo he visto como la figura perfecta, el modelo que quería seguir y, como *sheikh*, lo es —aseguró convencido—. Era un hombre sabio, justo, equitativo. Era capaz de quitarse hasta su propia camisa y dársela a alguien más si la necesitaba. Pero también estaba muy enamorado de mi madre. La adoraba por encima de todo, creo que incluso de sus propios hijos.

Se detuvo para encontrar una posición más cómoda.

—Ambos fueron buenos padres, no puedo reprocharle eso a ninguno de ellos —aceptó—. Nos quisieron a todos por igual, nos educaron y protegieron, pero…

Sacudió la cabeza.

—Para que veas que los lobos somos como cualquier otra raza, a mi madre le diagnosticaron leucemia en fase avanzada —comentó mirándola—. Ella era una loba fuerte, muy querida por su tribu, una mujer con voz y voto en el consejo, era la consejera perfecta y tan querida como mi padre. A veces, he llegado a pensar que tenía más voz ella que él en los asuntos de la tribu. Como fuese… esa fortaleza no pudo con la enfermedad.

—Lo siento mucho, Khalid —se sentó, le cogió la mano y se la apretó.

Él no la miraba, estaba sumido en sus propios pensamientos, en sus recuerdos.

—Mi padre no pudo soportar su pérdida —declaró ahora con voz fría, baja, casi carente de expresión—. Una vez le pregunté por qué lloraba… fue la primera vez en mi vida que lo vi llorar y me dijo que porque su corazón había dejado de latir el mismo día en que su compañera abandonó este mundo. Yo sabía que se habían querido, vi ese amor como lo vieron todos… Lo he visto en mi hermana Charisma y en Zulema… pero, el final siempre ha sido tan amargo que…

Sacudió la cabeza y la miró.

—Siempre he sabido que antes o después encontraría a mi compañera —continuó y se incorporó también, quedándose sentado—. La respetaría, la trataría con cortesía, la protegería con mi propia vida y le sería fiel, el tiempo traería el cariño… pero no la amaría.

No supo que decir ante esa admisión.

—¿Por eso dices que no crees en el amor?

—He visto lo que puede hacer en alguien que tiene una gran responsabilidad, lo que puede quitarle —negó con la cabeza—. No sé si yo podría enfrentarme a algo así, dejar a mis hijos solos… Mi primogénito varón será el próximo *sheikh* o, en caso de no tener hijos, esa responsabilidad caería sobre Malik. ¿Qué derecho tengo a dejar todo el peso de una tribu sobre los hombros de un niño?

Hijos. Khalid pensaba ya en los hijos que un día tendría con su… compañera.

—No tiene por qué ocurrir lo mismo.

Asintió, sabía que era una posibilidad.

—Lo sé —suspiró—. Pero también sé lo que ocurre cuando dos compañeros se separan, Brenda, y no es algo agradable.

Sabía que estaba hablando de su hermano y Zulema.

—Tú no eres responsable de las decisiones de los demás.

—No, pero lo soy de las mías —aceptó y fue muy franco—. Y tú eres mi compañera, lo que nos deja en el mismo punto muerto.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, ¿qué podía decir? Él parecía no esperar respuesta alguna,

pues se levantó y empezó a caminar hacia la charca.

—¿Khalid?

Lo vio empezar a desnudarse. No tenía intención de meterse en el agua ahora, ¿no?

—No estarás pensando en bañarte ahora.

Sonrió de soslayo y negó con la cabeza, pero se quitó los pantalones.

—No, compañera, pero necesito alejarme de ti un rato o todo esto se nos irá de las manos.

Levantó la cabeza al verle caminar hacia ella.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¿A dónde…?

Le cubrió un dedo con los labios.

—Cuando vuelva, serás mía —declaró, su voz oscura, sus ojos sobrenaturales—, y entonces entenderás lo que significa ser la compañera de un lobo y un alfa.

—Pero…

No la dejó hablar, la besó con fuerza y brusquedad, pero eso más que molestarla o asustarla la excitó.

Ante sus ojos, el hombre se convirtió en el enorme lobo, sacudió el pelaje, se restregó contra ella arrebatándole el aliento.

«No huyas de mí, Brenda, o tendré que darte caza».

Las palabras resonaron en su cabeza, sus ojos se encontraron con los del animal un instante antes de que girase sobre sus patas y se perdiese en la oscuridad.

Lo último que escuchó fue un sonoro aullido que le aceleró el corazón.

—¿Huir? —murmuró llevándose la mano al pecho—. Estúpidamente quiero correr hacia ti. ¿Cómo de loca me hace estar eso?

CAPÍTULO 29

Brenda no era capaz de quitarse esa imagen de la cabeza. Si cerraba los ojos la veía detrás de los párpados, el momento exacto en que lo vio cambiar y en lugar del hombre apareció el lobo. Si bien era un hecho que ya había presenciado con anterioridad, esta ocasión había sido distinta; el miedo que siempre acompañaba a esa presencia lupina no había hecho acto de presencia.

Oh, sí, se había tensado, ¿cómo no hacerlo si asistes a algo que solo podría existir en los libros o en el cine? ¿Cómo no contener el aliento cuando escuchabas una voz, su voz, en la cabeza y sabías que le pertenecía a él y solo a él?

El hombre se había convertido en un lobo, aquel cuyas caricias todavía recordaba su piel, aquel que había hecho suya la paciencia para explicarle quién y qué era, que había hecho hasta lo imposible por borrar el miedo de sus ojos e instarla a encontrarse de nuevo a sí misma.

Esos últimos días había conocido a otro Khalid, al hombre que estaba más allá del *sheikh*, más allá del lobo y que al mismo tiempo había representado a los dos. Sí, se habían pasado mucho tiempo jugando dentro y fuera del agua, había algo en él que la encendía, que la hacía arder y desearle con frenesí, pero también habían compartido momentos junto al fuego, paseando, recorriendo el oasis, charlando sobre sus respectivas vidas.

«No huyas de mí, Brenda, o tendré que darte caza».

No podía evitar recordar su mirada, el ansia predadora que había visto y le había provocado un estremecimiento de placer. Estaba loca, no había otra explicación para describir lo caliente que la habían puesto sus palabras, el miedo que le habían provocado solo parecía una muesca en todo el conjunto en comparación.

Esa era la otra parte de ese hombre, la que se convertía en ese impresionante ejemplar con el color del oscuro desierto, la única demasiado parecida a sus pesadillas y que al mismo tiempo la atraía con malsana locura.

Respiró hondo y alimentó el fuego. El agitar las cenizas hizo que se levantasen algunas ascuas, que la leña crepitase y la distrajese de sus pensamientos. Miró a su alrededor, aguzó el oído, pero no escuchó nada, sabía que estaba ahí fuera, quizá corriendo por el desierto, quizá vigilándola desde las sombras… La incertidumbre la mantenía al borde, atenta y nerviosa. Quería que volviese, quería que estuviese allí a su lado pues ese no era un tipo de soledad que desease.

Se levantó, era incapaz de mantenerse más tiempo quieta en el mismo sitio, empezó a caminar de un lado a otro, se acercó al borde de la charca y contempló absorta como la luz de la luz se reflejaba en el pozo oscuro que formaba ese espejo.

—¿Dónde estás?

Un leve sonido a su derecha, otro un poco más a su izquierda, los ruidos adquirían otra dimensión en plena noche y a la intemperie.

—¿Khalid?

Sintió su presencia incluso antes de escuchar un nuevo sonido y ver dos ojos amarillos emergiendo de las sombras. Se giró como un resorte, la silueta empezó a tomar forma bajo la luz de la luna y las danzarinas llamas de la lumbre hasta encontrarse con un enorme ejemplar lupino de color arena salpicada de negro caminando hacia ella.

Se quedó quieta, era incapaz de hacer otra cosa que mirarle. La rosada lengua emergió de entre sus fauces para lamerse la nariz, las orejas se movieron espasmódicamente, pero eran sus

ojos los que, fijos en los de ella, la mantenían presa de un extraño hechizo.

«Compañera».

Su voz sonó más ronca, más oscura, animal y le provocó un estremecimiento. Apretó inadvertidamente los muslos al sentir como su sexo empezaba a palpitar, empezó a respirar más rápido y juraría que incluso podía escuchar los latidos de su propio corazón en los oídos.

«Hueles tan bien».

Se estremeció ante sus palabras, pero no sintió miedo, todo lo que podía hacer era sostener esa mirada hasta que estuvieron cara a cara. Él le llegaba casi a la cintura, era un ejemplar grandísimo y sabía que si decidía atacarla no podría hacer nada.

«Mía».

Un susurro, una sencilla admisión tan oscura y erótica que la dejó sin aire. Y entonces ocurrió de nuevo, el lobo empezó a perder su forma y ante ella emergió de nuevo él. Sus ojos seguían siendo inhumanos, pero había inteligencia en ellos, poco a poco empezaron a aclararse y adquirir su aspecto normal.

—Deberías haberte quedado en la tienda…

—No creí que unos pocos metros supusiesen una diferencia —murmuró.

Era incapaz de apartar la mirada de él, con cada nuevo paso que daba hacia ella, su corazón se aceleraba, la sangre se le espesaba en las venas y se le hacía la boca agua.

—¿Qué te dije si salías?

Su voz era ronca, mucho más profunda de lo habitual.

—¿Khalid?

—¿Me tienes miedo, Brenda?

Negó con la cabeza.

—No.

Entrecerró los ojos y la recorrió con abierta mirada predatoria.

—Bien, porque te necesito —masculló acechándola—, tengo hambre de ti, mucha hambre…

Tragó.

—¿No podemos hablarlo?

Gruñó y no pudo evitar sobresaltarse.

—Ya hemos hablado bastante, compañera —declaró con voz rasgada—, es hora de poner punto y final a toda esta persecución sin sentido.

Retrocedió, era algo instintivo, especialmente cuando él daba un paso hacia delante por cada uno que ella daba hacia atrás. La acechó, la persiguió cuando empezó a correr solo para capturarla y empujarla contra el tronco de una palmera dejándole notar su rugosidad mientras la demandante boca descendía sobre la suya y se la devoraba.

No fue tierno, sus manos la ciñeron, se deshicieron de su ropa, tiraron, desgarraron, hizo a un lado todo lo que le estorbaba para llegar a ella. En un abrir y cerrar de ojos le había separado las piernas y se introdujo en su interior con fuerza. Sentía sus dedos hundiéndosele en las nalgas, sujetándole en cada embate y hundiéndose en ella una y otra vez, acariciándola con su cuerpo, follándosela sin más.

El pensamiento salió volando, cualquier posible negativa o reticencia se esfumó y le rodeó el cuello con los brazos, sujetándose a él,

envolviendo las piernas alrededor de su cintura para disfrutar de esa cabalgada delirante.

—Khalid —jadeó su nombre, reconociéndole, reconociendo al hombre que era, deseándolo sin trabas.

—Eres mía, Brenda —murmuró su nombre con esa suave cadencia, entonces deslizó la boca sobre su cuello, le besó el hueco del hombro y la mordió.

«Mía, compañera, solo mía».

El dolor fue ardiente y fugaz, se mezcló con su voz, pero sonaba más intensa y en su cabeza. Se excitó aún más, su cuerpo reaccionó al instante, su sexo lo aprisionó y gimió ante la dura sensación de tenerle dentro, empotrándola contra el tronco del árbol, buscando su placer al tiempo que lo ofrecía.

Se derritió, se entregó por completo, correspondió a su pasión y salvajismo con uno que ni siquiera era consciente de que estuviese en su interior. Sabía cosas sin siquiera preguntarlas, reconoció y sintió al lobo bajo su piel y no le temió, sino que sintió deseo por él. Nada tenía sentido y, al mismo tiempo, todo parecía asentarse.

—Khalid —pronunció su nombre.

Sintió su boca lamiéndola en el hombro, depositando un beso para luego continuar con su boca.

—Relájate —le susurró—, soy yo…

Se lamió los labios y lo miró a los ojos.

—Lo sé.

—Bien —replicó besándola de nuevo en los labios, succionándole el labio inferior antes de chuparle la lengua disfrutando del beso sin dejar de mecerse contra ella—. No necesitas más.

Empujó con más fuerza, podía notar cómo se empotraba contra el tronco con sus embestidas, la noche tiñéndose con sus jadeos y el aroma del sexo hasta que todo su mundo explosionó en un demoledor orgasmo.

No estaba segura del tiempo que pasó, ni siquiera de cómo terminó con los pies en el suelo, pero ese cuerpo la sostenía, entreteniéndose en sacarle los restos de la túnica por la cabeza sin que opusiese resistencia alguna.

—¿Qué…?

—¿Estoy haciendo? —terminó por ella—. Quitarte la ropa.

Sí, eso era obvio y, aun así.

—¿Por qué?

—Porque todavía no he acabado contigo, porque deseo empujarte al suelo sobre manos y rodillas y follarte desde atrás…

Su sexo palpitó, sus palabras obraban en su cuerpo como un maldito afrodisíaco.

—Cosa que haré tan pronto te tenga dentro de la tienda.

Abrió la boca, pero le tapó los labios con un dedo.

—Solo juega conmigo, compañera, por esta noche, no busquemos nada más.

La besó y ese fue solo el principio de una salvaje e inolvidable noche.

CAPÍTULO 30

—¿En qué piensas?

Ladeó la cabeza para poder mirarle, aquello era todo lo que pensaba hacer.

—¿Qué te hace pensar que estoy pensando en algo?

Se incorporó sobre un codo y la recorrió con perezosa mirada.

—El hecho de que no estés durmiendo, sigas tumbada a mi lado y no hayas protestado ni una sola vez por la… desinhibida forma en la que hemos follado.

Imitó su gesto y lo miró. Tan desnudo como ella, tibio, tranquilo y saciado se limitaba a servirle de colchón y acariciarla. Su placidez y relajación contrastaba con la rigidez y estirados modales que parecía exhibir cuando iba vestido.

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Tenías esto en mente desde el principio?

—No —aceptó con sinceridad—. No tenía pensado dejar salir a mi lobo, estaba tan desesperado por ti como yo mismo.

Deslizó la mano sobre su cuerpo, acariciándola, palpándola.

—¿Te sientes bien?

Se estiró y deslizó la pierna sobre la suya.

—Tan bien como puede sentirse alguien cuando le duele de una manera deliciosa partes del cuerpo que ni siquiera sabía que tenía —aceptó con cierta timidez—. Sí, estoy bien.

La miró como si estuviese dilucidando si le decía la verdad o le mentía.

—Soy lo que soy —declaró entonces—, y la de arriba, tiene bastante parte de culpa.

Frunció el ceño y levantó la mirada hacia el cielo. La noche ya iba terminando para dar paso al amanecer, pero la luna se veía en el horizonte.

—¿La luna?

Asintió.

—La luna llena suele tener cierto influjo sobre mi naturaleza lupina, digamos que… la dispara —carraspeó—. Me disculpo por mi conducta poco racional…

No pudo evitarlo, se echó a reír.

—Ay, Khalid, debes de ser el primer hombre…

—Lobo…

—…sobre la faz de la tierra que se disculpa por haber sido deliciosamente salvaje en la cama.

Resopló, un sonido muy masculino.

—No me estoy disculpando por follarte como un loco, sino por no haberte puesto sobre aviso —aclaró—. Esta es otra de esas cosas sobre el comportamiento del emparejamiento del que no tenía constancia.

No pudo evitarlo, parecía tan mono con ese gesto altanero que se inclinó sobre él y le besó los labios.

—No tienes que disculparte cuando yo también lo he disfrutado.

Sacudió la cabeza, hundió la mano en su pelo y profundizó el beso.

—Mi cometido y buenas intenciones se han ido al garete contigo, tu hermano va a matarme —comentó rompiendo el beso—. Le dije que cuidaría de ti.

Puso los ojos en blanco.

—Si quieres seguir, así como estás, conmigo como manta, yo que tú no mencionaría a mi hermano —replicó con un mohín.

La miró con gesto curioso.

—¿No has vuelto a hablar con él desde que llegaste?

Resopló y optó por acostarse a su lado.

—No he encontrado el momento.

—Mentirosa.

Resopló.

—Y tampoco he querido —aceptó con sinceridad—. La verdad es que no sabría qué decirle. Me mintió, Khalid, desde el principio sabía a dónde me enviaba y con quién.

—Hizo lo que hizo por tu bienestar —lo defendió él—, lo demás… ninguno sabía lo que iba a pasar y, puedo asegurarte que no le hizo demasiada ilusión que fueses mi compañera.

Se incorporó de nuevo.

—¿Le dijiste que yo era tu compañera?

Su tono indignado lo llevó a sonreír. Deslizó la mano sobre su hombro y la besó allí.

—¿De qué sirve ocultar una verdad que antes o después se sabría?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Eres mi compañera —insistió, empujándola contra la alfombra, cubriéndola parcialmente con su cuerpo—, estás emparejada conmigo y eso es todo lo que necesita preocuparte ahora mismo.

Sus palabras le provocaron un nudo en el estómago y optó por la salida fácil.

—Solo ha sido sexo… —replicó—. Vale, sexo del bueno, pero sexo a fin de cuentas… y eres un lobo.

—Algo que pareces haber superado —replicó acariciándole la cadera.

Hizo una mueca e intentó apartarse, pero él no le dejó.

—No me has dado otra salida —se quejó—. Este lugar parece una jodida reserva con lobos por doquier.

Bajó sobre ella, aprisionándola con su cuerpo.

—Tú solo tendrás que preocuparte de uno; yo.

Y él era una preocupación tan enorme como el jodido desierto, una que, a pesar de todo, encontraba sexy, caliente y muy atractiva.

—Las cosas no son tan sencillas como las planteas —puso sus preocupaciones en voz alta —. ¿La locura en la que me encuentro sumergida?

Aflojó su presión para permitirle cierta movilidad.

—Entiendo que necesitarás tiempo para adaptarte a este vínculo y a mí —le concedió sin más—. Que necesitarás de guía y que deberé tener paciencia contigo.

No pudo evitar reír ante la arrogancia presente en su voz y la seguridad con la que marcaba cada palabra.

—¿Te resultan graciosas mis palabras?

Le miró y se dio el lujo de deslizar los dedos por su pecho, jugando con el vello de su oscura piel.

—No entraré a catalogar tus palabras, *sheikh* —intentó ser políticamente correcta—. Pero sí diré que tu arrogancia me resulta graciosa, al menos, en este momento. He aprendido algunas cosas sobre ti estos días, pero el considerarte chistoso, no es una de ellas.

Sin mediar palabra, la atrajo hacia él, le separó las piernas y la penetró despacio dejándola

sin respiración.

—¿Y cuáles son esas cosas que crees haber aprendido sobre mí, compañera? —movió las caderas, clavándola al suelo—. Enuméralas.

Jadeó al sentirle de nuevo entrando en ella, llenándola, consumiéndola y despertando de nuevo el placer.

—No puedes esperar que… oh joder… no… ni hablar… ay dios…

Sonrió. Esa sonrisa traviesa, burlona y sexy que recién empezaba a asomar en sus labios.

—Sí, claro que puedo —empujó un poco más, sosteniendo su propio peso con los brazos —, y quiero que me lo digas ahora. ¿Cuál es la primera?

Gimió.

—Khalid, no puedes…

Se retiró casi por completo y la penetró de nuevo con fuerza.

—Habla, Brenda.

—¡Eres un mandón! —jadeó arqueándose bajo él—. No haces más que dar órdenes… ay dios…

Le acarició la oreja con los labios.

—¿Y qué más?

—Eso ocupa la mayor parte… oh dios…

«Concéntrate, Brenda Rose, ¿qué más?».

Se estremeció de placer, su voz resonando en el interior de su cabeza.

—Eres jodidamente sexy…

Se rio.

«Dime más…»

—Y arrogante, muy arrogante…

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—No lo negaré.

Gimió.

—Me estoy quedando sin aire.

—Pues respira —le acarició el arco de la oreja con la lengua.

—¡No me dejas! —chilló retorciéndose debajo de él—. Me consumes, eres demasiado… intenso.

Bajó por su garganta y empezó a mordisquearla.

—Tú también eres intensa —mordisquito—, respondona, terca —mordisquito—, liberal y me resultas muy atractiva y deliciosa.

La besó en la boca, succionando su lengua y enlazándola con la suya.

—Tú también me pareces sorprendente —jadeó desesperada—, y me gustarás mucho más aún si te mueves.

Lo escuchó reír contra su garganta antes de mordisquearla de nuevo.

—Te gustaré igualmente haga lo que haga —declaró empujando de nuevo en su interior —, tu cuerpo lo sabe…

La estaba volviendo loca.

—Tienes un morro que te lo pisas… —farfulló.

—No, no soy tan torpe…

—No hablo de tu culo peludo —chilló sin poder evitarlo.

—Lo sé… —la besó de nuevo.

—Eres irritante…

—No es verdad, solo que te molesta no poder salirte con la tuya —aseguró divertido. Ese maldito se lo estaba pasando en grande mientras la volvía loca manteniéndola al borde—. Y ahora no te saldrás…

—¿Quieres dejar la charla y follarme? —suplicó—. Por favor.

Chasqueó la lengua.

—Vamos a tener que hacer algo con tu impaciencia, Brenda Rose —la atrajo hacia él, sentándola a ahorcajadas en su propio regazo—, pero hasta entonces, vas a gritar para mí.

Y lo hizo, vaya si lo hizo, él se encargó de ello, de que gritase su nombre una y otra vez.

CAPÍTULO 31

—¿Esto es un mordisco?

Levantó la mirada de la bolsa en la que había estado buceando y la miró. De espaldas a él, vestida con sus shorts y una camiseta que dejaba muy poco a la imaginación, se contorsionaba intentando ver la herida que tenía sobre el hombro.

—¿Me… me has mordido?

Dejó la bolsa y caminó hacia ella, quedándose a su espalda, acechándola sin llegar a tocarla. Parecía tan frágil, tan inocente, tan pequeña que le daba miedo que se rompiese. Sin embargo, sabía que no era así. Ella era fuerte, se había enfrentado a su lobo y se había sometido a él con tanto placer como desafío.

—Si me dices que me puedes transmitir la rabia, te castro ahora mismo.

Tal insinuación lo llevó a gruñir, su lobo levantó la nariz ofendido.

—Mi pueblo no transmite ese tipo de enfermedades caninas.

—¿Y de otro tipo?

Acarició la marca que tanto le preocupaba, la que habían dejado sus colmillos sobre el hombro. La marca que la reclamaba como suya, su compañera y pareja alfa.

—No, Brenda Rose, no te transmitiré ninguna enfermedad que deba preocuparte.

Arrugó la nariz y volvió a mirar su hombro.

—¿Y otras cosas? —insistió mirándose la herida—. Como me salga también pelo y cola… juro que te mato.

Puso los ojos en blanco. Esa mujer poseía una imaginación desbordante.

—No has nacido loba, así que no vas a convertirte en una por arte de magia —bajó sobre su hombro, le lamió la herida y le sopló la enrojecida marca—. Eres y seguirás siendo una bonita e irritante muchachita humana.

Lo miró de soslayo.

—¿Irritante?

Se encogió de hombros con sencillez.

—Lo eres y mucho —corroboró—, pero es parte de tu encanto.

—Solo tú pensarías algo como eso —sacudió la cabeza y volvió a tocarse la herida—. ¿Por qué lo has hecho? Y espero una respuesta algo más extendida que un simple *«me apetecía»,* porque no es una costumbre que me guste. Duele, ¿sabes? Y me está volviendo loca el picor.

—Quería que llevases mi marca —declaró tocando la herida con la punta del dedo—. Algo que te recuerde a quién perteneces.

—Pertenecer es una palabra demasiado fuerte —rezongó incómoda.

—Y también tenía ganas de ti —se relamió, aspirando su aroma—. De hecho, sigo teniendo ganas de ti.

Esas mejillas se colorearon y la encontró atractiva, deseable. Sabía que esa atracción inmediata, el ferviente deseo obedecía a su reciente emparejamiento.

—Estás haciendo que mi vida sea más y más complicada por momentos —resopló—, y no sé si quiero o puedo afrontar este tipo de complicaciones ahora mismo.

«Ya no hay marcha atrás, solo podemos seguir hacia delante».

Hizo una mueca al escucharle en su mente.

—Corres demasiado —suspiró, parecía bastante sobrepasada, como si no fuese capaz de comprender que ella era suya—. Apenas estoy aceptando, y lo digo entre comillas, que eres un lobo y lo que eso supone.

—Que aceptes mi naturaleza, es un buen comienzo —aceptó. Sabía lo que eso significaba para ella, el paso que suponía—. Es mucho más de lo que habrías podido pensar que conseguirías cuando llegaste hace unos días.

Asintió lentamente, sabía que era un logro y lo veía como tal, pero había algo más que no le contaba, algo que parecía preocuparla.

—Algo te preocupa, ¿qué es?

Sus ojos le dijeron que había dado en el clavo.

—¿Qué te hace pensar que algo me preocupa?

Sacudió la cabeza.

—Conmigo no juegues a ese juego, pequeña —la amonestó con suavidad—. Te siento, te huelo, sé que estás preocupada y también molesta por algo… ¿qué es?

—Hay cosas que simplemente no están hechas para compartir —le dijo sorprendiéndole con su negativa—, o para las que todavía no es el momento.

Y tenía que aceptar sus palabras como válidas, pues era un hecho que él compartía.

—Me has arrastrado a algo para lo que no sé si estoy preparada…

—Lo estarás.

—…y que no tiene garantías para que salga… bien.

—Lo hará —le aseguró. Buscó su mirada y se la sostuvo—. Lo principal lo tenemos…

Ella enarcó una ceja con palpable ironía.

—¿Sexo?

Se rio. No podía culparla por suponer lo obvio.

—Es mucho más que deseo —le aseguró, pero el hecho de que se fijase en sus tetas no era de mucha ayuda.

Sus labios se curvaron con pereza y esa pequeña traviesa soltó un par de botones para recalcar su respuesta.

—Es sexo…

Se relamió. Ya podía imaginarse degustando uno de esos deliciosos pechos.

—Siempre es un buen comienzo el tener algo en común.

Sacudió la cabeza, pero eso no evitó que siguiese deshaciéndose de los botones hasta mostrar que no llevaba nada debajo de la camiseta.

—Eres mayor que yo —le soltó—, se acabaron las cosas en común.

Enarcó una ceja, estaba realmente divertido.

—Eso no ha parecido preocuparte lo más mínimo.

Se abrió la prenda y dejó sus pechos expuestos.

—Tu cultura no es la mía —replicó.

La miró.

—La mía es muy flexible en lo que a ti respecta.

Cuando intentó tocarla, se alejó de él, le dio la espalda y dejó que la camiseta cayese al suelo.

—Odio el calor.

La madre que… ¿Estaba intentando seducirle o sacarle de quicio?

—Yo creo que te hace gemir —se detuvo detrás de ella y le acarició la espalda con las manos.

—No ese calor… —le miró por encima del hombro y se apartó para girarse hacia él—. ¿Ves? A esto es a lo que me refiero. Deseo, lujuria, sexo… sí, nos llevamos genial en la cama, pero ¿es eso suficiente para lo que esperas de mí?

Se detuvo, sus palabras, el tono de su voz, la clave de todo estaba allí, pero qué… La comprensión lo golpeó.

—No quiero nada más.

La forma en que se tensó fue suficiente respuesta.

—Brenda…

Sacudió la cabeza, le dio la espalda, se quitó los shorts y se fue hacia la charca.

«Brenda, detente ahora mismo».

Vio cómo su paso vacilaba, obviamente lo había escuchado alto y claro.

—Tengo calor, voy a darme un baño.

No, no le permitiría escapar así. Caminó hacia ella, la cogió por el brazo y la detuvo.

—Mírame —le estaba evitando—. Pequeña, mírame.

Lo hizo y su mirada ahora estaba apagada, casi triste, pero no había ni una sola lágrima. Gracias a dios.

—No puedo ofrecerte algo que… no siento —le dijo con aplastante sinceridad—. Sé que te deseo, que eres lo que necesito y como mi compañera siempre me tendrás.

Levantó un poco la mirada.

—No te estoy pidiendo un romance…

—Bien, porque yo no sé nada de amor.

Se mordió el labio inferior.

—Pero no puedo decir que, si seguimos juntos, no pueda llegar a pedírtelo con el tiempo —le dijo con voz quebrada—, que yo no… que yo no me enamore de ti.

—No voy a prohibirte que lo hagas.

Bufó y utilizó la ironía para escudarse como solía hacer.

—Añadamos egocéntrico a la lista.

Le cogió el rostro entre las manos y se acercó a ella.

—Te has encontrado con un *sheikh* del desierto, el egocentrismo va con el cargo, al igual que la pasión —buscó sus ojos—. Y como dije, es una buena forma de empezar.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

Le acarició las mejillas con los pulgares.

—Porque soy, por encima de todo, un hombre que sabe lo que quiere —declaró con firmeza—, y tú eres lo que yo quiero, lo que deseo.

Hubo un momento de silencio, entonces dejó caer una losa sobre él.

—¿Y si esto no es lo que yo deseo?

—Entonces, con todo el dolor de mi corazón y a riesgo de la muerte de mi alma, te dejaré ir.

Y lo haría, era un lobo de palabra y si ella no era feliz a su lado, la dejaría ir. No sería como su padre, no ataría a nadie a su lado para verla languidecer. Intentaría conservarla y, si con el tiempo veía que ella no era feliz a su lado, que no podía darle la estabilidad que necesitaba, la dejaría ir.

—¿Puedes encontrar el valor necesario para intentarlo, Brenda Rose?

Respiró hondo y asintió.

—Tendré que hacerlo.

CAPÍTULO 32

Había algo delicioso y erótico en la manera en la que se movía una mujer, una elegante cadencia en los pasos que daba sobre unos altísimos tacones, pero todo aquello se hacía mucho más importante cuando veías su rostro y te dabas cuenta de que era la única que tenía el poder para salvarte la vida o condenarte al infierno.

Seguía de espaldas a él, lo que le dio la oportunidad de contemplar a placer a la mujer. Su compañera, su amante, su loba. Una hembra que le había sorbido el seso, que hacía que se pusiese duro con tan solo su presencia y a la que había alejado de su lado por miedo y egoísmo.

No había querido enamorarse de ella, si hubiese sido inteligente, se habría marchado nada más conocerla, pero el deseo había estado presente, un hambre desconocida y la sensación de que ella era todo lo que necesitaba en el mundo.

Tenía que haber sospechado, tenía que haber escuchado a Khalid, pero el destino era una perra dispuesta a morderle.

Se llevó la mano con gesto distraído al hombro, dónde conservaba una pequeña cicatriz que lo marcaba como compañero de una loba. Se relamió por dentro al verla, todo su cuerpo cobró vida y con él llegó también la intensidad y el dolor que provocaba una extensa separación.

Le dolían los dedos por tocarla, su sexo se hinchaba por ella y solo por ella y, antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, atravesó la puerta pronunciando su nombre.

—Zulema.

Notó su temblor, la esperanza en su mirada cuando la posó sobre él y ese dulce rostro le devolvió un poco de la vida que había perdido durante los últimos tiempos.

—¿Blake?

Hakim había cumplido con su palabra, no le había dicho que era él quien llegaba. Se había compinchado con el primo de su compañera y beta de la tribu para orquestar esta reunión, pues intuía que ella no aceptaría si no lo hacía de esta manera.

La había herido, en su ignorancia y egoísmo le había hecho mucho daño. Su separación casi acaba con él, pero tenía que haber sido mucho peor para ella.

Esos intensos y sorprendidos ojos marrones se clavaron en él. Estaba preciosa, con el pelo suelto sobre los hombros y vestida con esa manera occidental que tanto le gustaba. Era lo mejor de dos mundos en uno solo y era suya.

Acortó la distancia entre los dos hasta detenerse delante de ella.

—Tenemos que hablar.

Abrió la boca, miró a su alrededor y sacudió la cabeza. Estaba visiblemente confundida.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que no llegarías hasta dentro de un par de semanas.

¿Podía ser una mujer ser más bonita y tierna que esta? Si le preguntaban a él, diría que no.

—Khalid no está al tanto de mi visita, ha sido una decisión de última hora —comentó—. Supongo que ya has conocido a mi hermana.

La mujer parpadeó y asintió.

—Sí —aceptó y lo miró—. Sí, por fin la he conocido.

Una ligera acusación, una que se merecía al cien por cien.

—Te pediría perdón por habértelo ocultado, pero para eso debería empezar primero con otras cosas y…

Negó con la cabeza.

—Tú tienes tus motivos, como yo tengo los míos —lo atajó. No quería escuchar sus excusas.

—Zule…

Sacudió de nuevo la cabeza y lo miró.

—Enviaste a una niña asustada, marcada por el pasado y el terror al seno de una manada de lobos —era una acusación en toda regla—. No ha sido fácil para ella…

—Lo sé…

—Pero creo que se está adaptando.

—Me alegro.

—Khalid se la ha llevado al desierto…

Y aquello era algo que en verdad no quería saber. No quería pensar en su mejor amigo y en su hermana juntos, ni en un millón de años. Eso era otra cosa que tenía que digerir, algo que no había esperado que sucediese cuando envió a su hermanita a Al-Hasa.

—Zulema, no estoy aquí por Brenda —la atajó, cogiéndola de nuevo con la guardia baja —. Lo estoy por ti.

La expresión que vio en su rostro y las emociones que cruzaron por sus ojos le estrujó el corazón.

«¿Es demasiado tarde, Zule?».

Ella se sobresaltó, su mirada se fijó en la suya.

—¿Lo es? —preguntó ella en voz alta.

—Por tu dios y el mío espero que no, *habibity*, espero que no.

Una solitaria lágrima se deslizó por la tersa mejilla de su compañera, podía notar su incomodidad, su miedo en cierto modo e hizo lo único que podía, aquello por lo que llevaba tiempo muriéndose de nostalgia; la abrazó.

—¿Me dejarás volver a tu lado, lobita?

Ella le abrazó, rodeándole la cintura con los brazos, ahogando sus sollozos contra su pecho.

—¿Por qué has tardado tanto?

Porque había sido un cabrón egoísta, alguien que pensó que manteniéndose lejos podría solucionar las cosas y no se dio cuenta de que lo único que estaba haciendo era condenar su amor.

CAPÍTULO 33

Esa mañana juraría que el aire tenía un aroma distinto, el sol no brillaban con tanta fuerza y los sonidos ambientales parecían enmudecidos. Brenda bajó la mirada al suelo, a la arena bajo sus pies, a la línea de hierbajos que salpicaba los bordes de la charca y a las altas palmeras cuyas copas le hacían de techo. A su espalda estaba la tienda beduina en la que había pasado los últimos días y en cuyo interior se habían creados sueños imposibles de olvidar.

Levantó el rostro hacia el cielo y esperó que los rayos del sol la calentasen, que sacudiesen el temor que se había instalado en su interior ante esas palabras.

«Entonces, con todo el dolor de mi corazón y a riesgo de la muerte de mi alma, te dejaré ir».

¿Qué podía decir una mujer ante una declaración semejante? ¿Cómo esperaba que la interpretase?

«No puedo ofrecerte algo que no siento. Sé que te deseo, que eres lo que necesito y como mi compañera siempre me tendrás».

No se le podía acusar de falta de claridad, de no ser sincero, ¿pero era suficiente? ¿Lo sería a largo plazo?

Ni siquiera sabía si habría un a largo plazo, apenas si podía hacerse cargo del aquí y ahora como para pensar en el mañana.

—¿Por qué tuve que venir aquí? ¿Por qué he dejado que ocurriese?

Cerró los ojos y se obligó a respirar. Podía sentirle cerca, de una forma que no podía explicar sabía que no estaba lejos y que podría alcanzarle con tan solo un pensamiento a pesar de no estar físicamente con ella. Se llevó la mano al hombro que dejaba descubierto la túnica y tocó con los dedos la pequeña cicatriz desigual que le rompía la piel.

Sabía que esa pequeña marca era lo que marcaba la diferencia, lo que hacía las cosas incluso más complicadas, la que hacía que toda su vida hubiese cambiado por completo en un abrir y cerrar de ojos.

«Quiero volver a casa».

Las palabras se formaron en su mente antes de que pudiese pensárselo mejor.

«¿Qué ocurre, Brenda?».

Su respuesta fue inmediata, su tono más profundo que de costumbre, acariciado por la fuerza animal que vivía en su interior y que ahora ocupaba su alma.

«Necesito volver».

Necesitaba salir de ese oasis, dejar atrás los espejismos para intentar enfrentarse de nuevo a la realidad y ver si todavía era capaz de vivir en ella.

«Por favor».

Notó como una suave caricia en su mente y las lágrimas aparecieron en sus ojos sin invitación.

«Llegaré en unos quince minutos».

Ese extraño canal se enmudeció, pero no lo hicieron así sus oídos, los cuales escucharon el lejano sonido de un aullido lobuno. Se estremeció de los pies a la cabeza, se rodeó con los brazos y se obligó a respirar. Ya no le tenía miedo, al menos no de una forma irracional, pero todavía recelaba del lobo, en especial cuando le hacía perrerías como la de esa mañana.

Nunca le había parecido la tienda tan pequeña como cuando esa mole peluda entró en ella y la sorprendió todavía en la cama. Acababa de despertarse y se estaba desperezando cuando escuchó la voz de Khalid.

«Voy a salir a estirar las patas un rato. Si me necesitas, solo piensa en lo que quieres decirme y te oiré».

—Vale —había respondido somnolienta, pensando que estaría fuera de la tienda, tan sexy como podía serlo en su forma humana—. Ve a perseguir conejos un rato, sí. Lo que sea y yo dormiré otro poquito… buenas noches.

Se dejó caer de nuevo sobre las mantas dispuesta a hacer eso, dormir. La noche había sido tan intensa como las anteriores, llena de pasión, sexo y poco descanso.

«No deberías dormir por el día, se te descompensará el sueño».

—Pues por la noche cierto mosquito no me deja dormir.

Escuchó un fuerte resoplido bastante canino.

«¿Acabas de llamarme mosquito, compañera?».

Sonrió para sí, le encantaba cómo se ponía cuando le tocaba la fibra orgullosa.

—No te preocupes, me gusta que me piques…

Pero no era un mosquito, era un lobo, un lobo con muy malos modales como pudo comprobar cuando tiró de la colcha dejándola desnuda, y una enorme manta de pelo ocupó su lugar mientras una babosa y caliente lengua le lavaba la cara.

Habría jurado que lo dejó sordo con sus gritos, el temor se había mezclado con la sorpresa, el sueño se esfumó al instante bajo una nueva inyección de adrenalina que la llevó a revolverse debajo de él y chillar como una loca mientras esa suave y húmeda lengua le lavaba el rostro para toda la vida.

—Basta… oh dios… para… *puaj*… eso son babas… basta… ¡Khalid!

El asalto de lengüetazos se detuvo el tiempo suficiente para permitirle abrir los ojos y encontrarse con esa enorme cabeza peluda que le paró el corazón en el acto.

«Respira».

Sacudió la cabeza.

—No puedo.

«Sí, puedes».

Volvió a negar y empujó con las manos hundidas en toda esa caliente piel.

—No, no puedo cuando me estás aplastando —gimió.

La liberó de su peso, pero solo un poco, no salió de encima de ella.

«Buenos días».

Lo fulminó con la mirada.

—¿Buenos días? ¿Te parece a ti esta la manera de dar los buenos días? —protestó empujándole de nuevo—. Dios, quítate de encima. Sal. Ahora. Como me pique alguna de tus pulgas.

Un bufido, se incorporó y dio un paso atrás, liberándola de su peso.

«Esta mañana estás insultante».

—¡Y tú como un perro salido! —lo acusó con el dedo.

El lobo movió las orejas e incluso juraría que lo vio poner los ojos en blanco.

«El término correcto es lobo y no estoy salido. Estoy muy, pero que muy relajado».

Se incorporó sobre sus cuatro patas y se sacudió de la cabeza a la cola.

«Y ahora que ya estás despierta y no en coma, puedo irme a correr un rato».

—¡Serás hijo de… de perra!

Le dio la espalda, sacudió la cola y saltó fuera de la tienda para echar a correr y perderse más allá de su línea de visión.

Si todavía guardaba algo de miedo hacia los lobos, ese maldito hombre iba a quitárselo a base de ataques al corazón y lengüetazos.

Sacudió la cabeza y regresó a la tienda. Una vez pasado el susto inicial tenía que admitir que se había quedado maravillada, toda esa piel, ese calor, había sido una sensación indescriptible contra su cuerpo desnudo. Él era como un enorme peluche vivo y calentito y, mal que le pesara, le habría gustado estar lo suficiente lúcida para poder disfrutarlo un poquito más. Ahora sí, a poder ser, totalmente vestida.

—No sé cómo no me he vuelto loca todavía —dejó escapar un profundo suspiro—. Estoy segura de que, lo que me ha pasado a mí estos días, no le ha pasado a nadie. Pero que digo, si alguien lo cuenta, lo encierran y tiran la llave.

Deambuló por la tienda un rato para dejarse caer a continuación en uno de los almohadones y picotear un poco de fruta. Estaba cansada, pero se trataba de un cansancio que iba mucho más allá de lo físico. Necesitaba volver a la civilización, hablar con alguien más que ese pomposo *sheikh*, alguien que pudiese arrojar un poco de luz a esa amalgama de emociones que se agitaban en su interior.

Se dejó caer de espaldas y suspiró.

—Un lobo, de todos los hombres disponibles en el universo, he tenido que ir a medio enamorarme de un lobo.

Decirlo en voz alta le ayudaba a asimilar algo que le parecía tan imposible como absurdo. Apenas le conocía, solo habían convivido unos cuantos días y el sexo era casi el núcleo de su relación. Así que ¿cómo diablos podía sentir algo por él?

—No, no es amor —se dijo a sí misma en voz alta, dejando que las palabras resonasen en la tienda—. Una no puede enamorarse en un par de días. Es lujuria, sí, es lujuria y unas ganas locas de arrancarle la piel a tiras cuando se pone en modo capullo.

Cerró los ojos y se obligó a respirar, la herida del hombro empezó a cosquillearle de nuevo. Era como un vivo recordatorio de que su vida era mucho más complicada de lo que pensaba, que nada era tan sencillo de explicar.

—Su compañera —se acarició la zona—, la compañera de un lobo. Su pareja.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó con todas sus fuerzas. Necesitaba desahogarse, necesitaba liberarse de toda la tensión que llevaba en su interior.

«¿Brenda? ¿Qué ocurre?».

Resopló al escucharle en la cabeza.

«Tú. Tú eres lo que ocurre».

Casi podía verlo fruncir el ceño de esa manera tan suya.

«No lo entiendo».

No pudo evitar echarse a reír.

«Bien, porque yo tampoco».

Un nuevo silencio, pero él seguía allí, no había dejado esa vía de comunicación.

«Has gritado. ¿Estás bien?».

Resopló y se incorporó de golpe.

«He gritado porque no puedo aullar». Le soltó hastiada. *«Sí. Estoy bien. Necesito desahogarme, eso es todo»*.

Ahora fue él quien suspiró.

«Te agradecería que me informases de estas aficiones tuyas antes de que termine con más

canas negras de las que ya tengo».

Sacudió la cabeza y optó por ignorarle. No tenía ganas de continuar con esa conversación.

Se dio la vuelta y quedó ahora boca abajo, cruzó los tobillos y los levantó en el aire en un breve ejercicio. Hablar de aquella manera con él la ponía muy nerviosa, la forma en que sus palabras hacían eco en su mente le daba algo parecido a un dolor de cabeza; no le gustaba.

Dejó escapar un bajo resoplido y estaba a punto de cerrar los ojos cuando escuchó la melodía de un móvil.

Era la primera vez en casi una semana que escuchaba algo así. Khalid le había hecho apagar incluso el suyo, no quería interrupciones y no las habían tenido hasta ahora. Guiada por el sonido, buscó por la tienda hasta dar con el teléfono de su compañero.

«Khalid. Está sonando tu teléfono, ¿estás muy lejos?».

«A cinco minutos. ¿Quién es?».

Miró el identificador y frunció el ceño.

«¿Por qué demonios tienes un teléfono con letras árabes? No tengo ni idea de lo que pone».

Lo escuchó reír en su mente.

«Es el teléfono que tengo aquí. Responde y si no te hablan en inglés, cuelga».

Dicho eso, cortó la comunicación.

—Cojonudo, ahora también hago de secretaria.

Sacudió la cabeza y atendió a la llamada.

—Ha llamado usted al teléfono del *sheikh* AlRashid, acaba de decirme que, si no habla inglés, cuelgue y vuelva a llamar más tarde —soltó en su mejor tono de tele operadora.

Una carcajada atravesó la línea del teléfono.

—Me alegra oír que sigues viva, Brenda Rose —reconoció la voz de Hakim con ese marcado acento—. ¿Tu compañero no anda cerca?

—Está sacándose a pasear a sí mismo —respondió con palpable ironía.

—Um, eso me lo apunto —el chico parecía estar pasándoselo muy bien a su costa—. Le prometí que no os interrumpiría a menos que fuese algo importante.

Se tensó. Su primer pensamiento fue para la familia de Khalid.

—¿Zulema está bien? ¿Charisma? ¿Le ha pasado algo a Malik?

Se hizo un leve silencio en la línea antes de que volviese a hablar y, esta vez, parecía haber cierto orgullo en su voz.

—Tu familia está bien, mejor que bien en algunos aspectos —declaró de nuevo con ese tono jocoso—. De hecho, mi llamada era para los dos. Tu hermano ya ha llegado a Al-Hasa.

Blake estaba allí. La noticia la emocionó, pero también le provocó un inesperado ataque de ansiedad.

—Esa comadreja del desierto… —siseó—. Se suponía que no llegaría hasta final de mes.

—Alguien ha hecho que adelantase su viaje —canturreó—. Solo dile a Khalid que la paz ha vuelto a su hogar.

Dicho aquello cortó la llamada dejándola, escuchando la interrupción de la línea.

—Me ha colgado el teléfono…

Miró el aparato como si fuese un objeto extraño, sacudió la cabeza y lo devolvió a su lugar.

—Blake —murmuró el nombre de su hermano en voz alta, intentando asimilar lo que estaba pasando.

Su hermano estaba en Al-Hasa. Ese cabronazo estaba allí, en la casa de Khalid, donde

vivía su propia compañera, una mujer de la que no había sabido nada hasta que ella misma se presentó como tal.

«Alguien ha hecho que adelantase su viaje».

Si bien no le había cogido el teléfono después de esa primera conversación en la que se dedicó a gritarle de todo, creía conocerlo lo suficiente para saber que no adelantaría su visita si no fuese por una razón de peso.

—Zulema.

La respuesta era clara.

—¿Le ha pasado algo a mi hermana?

La inesperada aparición de Khalid la llevó a dar un salto en el lugar en el que estaba. Se llevó la mano al corazón y se giró para verlo, desnudo, cómo no, con el pelo revuelto y la sombra de su lobo todavía en los ojos.

—Era Hakim —le informó—. Me ha pedido que te diga que la paz ha vuelto a tu hogar.

Los ojos marrones de su compañero acusaron cierto grado de sorpresa.

—Y que mi hermano está en Al-Hasa.

Un enorme y aliviado suspiro emergió de los labios del recién llegado antes de que estos se curvasen en una sonrisa.

—Y parece que al fin nuestros antepasados han escuchado nuestras plegarias.

Enarcó una ceja ante su enigmática respuesta.

—¿Quieres explicármelo?

Caminó hacia ella y la abrazó, su boca se encontró a medio camino y la besó hasta dejarla sin sentido.

—Después —la bajó sobre la alfombra—. Ahora tengo ganas de ti.

Debería protestar, debería patalear, empujarle y decirle que no podía existir solo sexo entre ellos. Pero cuando la tocaba, cuando la besaba de esa forma, su cuerpo respondía, su cerebro se hacía papilla y solo podía gemir de placer.

CAPÍTULO 34

—Es increíble cómo todo puede cambiar en un instante.

Estaba lloviendo, lo que había comenzado como una soleada y calurosa mañana en un abrir y cerrar de ojos se había tornado en un increíble chaparrón que lo había mojado todo, realzando los aromas y dotando el aire de una ligera humedad que resultaba de lo más agradable. Apenas se habían dado cuenta de ello hasta que las primeras gotas empezaron a entrar en la tienda y su caliente amante se vio obligado a dejar los juegos y cerrar las cortinas que servían de puerta.

La tienda estaba construida para soportar tanto el calor como la lluvia, así que el agua se quedó fuera mientras ellos continuaban acostados, saciados y tranquilos en su refugio.

—Las tormentas estacionales son típicas en esta época del año —comentó girándose de lado para mirarla y dedicarle toda su atención—. Esta ha sido una de las más livianas.

—El aire huele distinto, los aromas parecen haberse agudizado…

—La tierra mojada tiene su propio aroma —respondió deslizando la mano sobre su espalda, acariciándola con pereza—. ¿Te gusta?

La pregunta la sorprendió, pero no era la primera vez.

Esa última semana había sido un continuo viaje de aprendizaje, uno en el que ambos habían aprendido a conocerse, dónde la sinceridad había sido la consigna y la paciencia la clave de todo. Khalid podía ser insoportable y arrogante, pero también era paciente, tierno a su manera y poseía una paz interior que resultaba contagiosa y a menudo le servía de apoyo para encontrar la suya propia y no terminar a gritos.

—Sí, la verdad es que sí, me gusta —aceptó apoyándose en él—. Prefiero con mucho este frescor al asfixiante calor.

Lo escuchó reír por lo bajo un segundo antes de sentirse rodeada por sus brazos.

—Lleva un tiempo acostumbrarse —aceptó con la practicidad de un hombre acostumbrado a salirse con la suya—. Te acostumbrarás si te quedas el tiempo suficiente.

Su comentario hizo que lo mirase, aquella no era la primera vez que hacía alusión a su continuidad en Al-Hasa o al hecho de que deseaba que se quedase junto a él.

Esos días también los habían dedicado a hablar y casi podría jurar que nunca había hablado con un hombre tanto como con él. A través de sus palabras conoció su infancia, lo que significaba su pueblo y, tras un poco de insistencia y algunos trucos femeninos, le había hablado también de su hermana, de la historia existente entre Blake y ella así como de la ignorancia del motivo por el que la pareja hubiesen elegido distanciarse.

—¿Crees que las cosas entre Blake y Zule se habrán arreglado?

Khalid la miró con esos exóticos ojos marrones y dejó escapar un suave suspiro.

—Solo sé que si alguien puede arreglar lo que quiera que se haya roto, son ellos dos —aceptó con sencillez—. No es natural entre compañeros el permanecer tanto tiempo separados.

—¿Por qué no?

—Porque la distancia duele —la miró a los ojos—, física y psicológicamente. Somos lobos, necesitamos de la unidad, de la familia, estamos acostumbrados a vivir en manada o al menos junto a nuestros compañeros. La separación, ya sea física o emocional, es como una barrera que siembra incertidumbre, temor e incomprensión.

—Pero mi hermano no lo es.

—No, pero está vinculado a una —se movió para poder mantener ese control sin el que parecía sentirse desnudo—. Y eso hace que sea uno de nosotros.

Bajó la mirada sobre su cuerpo, deteniéndose sobre su seno izquierdo.

—Una vez que nos emparejamos, que el vínculo se crea, somos dos mitades de un todo —deslizó los dedos sobre su pecho, acariciando la zona del corazón—, uno puede ser el lobo, pero el otro es su alma.

Levantó la cabeza y la miró.

—He visto en los ojos de Zulema e incluso lo he notado en Blake —comentó sin dejar de mirarla—, y no es algo que quiera experimentar, ni dejarte experimentar a ti.

—Mi vida se paró hace algo más de un año —murmuró poniendo en palabras la realidad a la que se enfrentaba—. El tiempo que he pasado aquí, me ha ayudado como nunca pensé que lo haría, pero no puedo… no sé si podría…

—Tu vida se paró hace un año y ya es hora de que vuelva a ponerse en funcionamiento —lo atajó él con total seriedad—. Esta no es más que una parada en medio del desierto, un oasis en el que descansar y sanar, en el que volver a conectar con quién eres, lo sé, Brenda. Pero también sé que está parada ha cambiado el ritmo de la mía y, cuando ambas vuelvan a ponerse en movimiento, tendré que buscar la mejor manera para encajar ambas.

Bajó la mirada.

—Pero no eres tú el único que tiene que hacer concesiones —negó, eso era algo que tenía claro. No quería que nadie se sacrificase por ella, que cambiase por ella—. Esto… este vínculo tuyo…

—Nuestro.

—…también me afecta a mí. Yo también estoy en este… oasis… —utilizó su misma metáfora—. Pero no sé si podré permanecer en él, no si quiero… retomar mi vida.

—Eres mi compañera —le recordó y lo decía como si eso lo explicase todo—, formas parte de mí como yo de ti. Ya iremos viendo las cosas a medida vayan viniendo.

Había muchas decisiones por tomar, mucho que sopesar. Su mundo era muy distinto al suyo, su cultura un salto de fe demasiado grande, ¿cómo podían llegar a encajar? Una cosa era disfrutar del ahora, de una aventura porque era algo finito, algo que no condicionaría a ninguno de los dos, pero ¿y si ella no podía quedarse? ¿Y si no podía adaptarse? ¿Y si deseaba volver a la vida que había tenido?

Necesitaba saberlo, aún si su respuesta acababa con sus sueños, debía tenerla.

—¿Y si decido irme? —se incorporó hasta quedar sentada, la colcha se escurrió formando un charco alrededor de la cintura, dejándola desnuda ante él, expuesta y no solo físicamente—. ¿Y si no puedo quedarme?

Se incorporó a su vez, pero no la miró, se sentó y contempló la suave lluvia que se veía a través de la rendija de la cortina.

—Lo que he hecho toda mi vida —respondió y se giró a ella—, seguir mis instintos. Soy nómada, Brenda, mi hogar está allá donde esté mi familia y mi corazón.

Parpadeó sorprendida por su respuesta. Sabía que era un hombre cabal y práctico, pero no podía olvidar que había toda una tribu que dependía de él.

—Pero, tendrías que renunciar a quién eres, dejar atrás a la gente que depende de ti.

Sonrió al tiempo que dejaba escapar un bajo resoplido y negó la cabeza.

—Todavía no lo entiendes, compañera —levantó la mano y le acarició la mejilla—. Soy quién soy porque así estaba escrito, porque esos son mis orígenes y estoy orgulloso de ellos, pero

el lugar en el que esté no cambia ese hecho, no cambia lo que soy y seré hasta el día de mi muerte.

No. Nunca dejaría de ser lo que era porque lo llevaba en la sangre. Era un dirigente por naturaleza, un hombre responsable de la gente a su cuidado. Poseía el mayor oasis de la tierra, uno en el que vivían infinidad de familias, dónde nadie era juzgado por sus creencias o por el tono de su piel, dónde un humilde pastor abría sus puertas a una completa extraña, dónde un jeque no dudaba en remangarse y ayudar en las tareas más insignificantes. Él era el oasis de los deseos de muchas personas, el lugar dónde las pesadillas se convertían en enormes lobos lametones o con tablillas que daban la bienvenida.

—Nunca renunciaré a lo que soy, Brenda —concluyó con sencillez—, pero tampoco renunciaré a ti. Tendremos que hacer algunas concesiones por ambas partes y ver a dónde nos conduce la vida.

Y esa era la concesión más grande que podía hacer alguien por ella.

—Yo tampoco quiero renunciar a lo que soy, si es que todavía puedo recordarlo…

Le acunó la cara con ambas manos, manteniendo así su mirada en la de ella, impidiéndole escapar.

—Lo recordarás, seguirás adelante y te convertirás en lo que quieras ser —le aseguró—. No importa el lugar que elijas, sabré conformarme si sé que estás cerca de mí.

Suspiró y tomó la iniciativa para besarlo, un gesto de agradecimiento por su paciencia y comprensión más que un acto de deseo.

—Quiero volver a casa.

Él asintió y la abrazó.

—Llevamos fuera una semana —contabilizó—, y, si bien prefiero esta tienda y el mundo que hemos creado para nosotros dos, me temo que si no volvemos a la civilización terminarán por venir a buscarnos. Y, dado el hecho de que pasas más tiempo desnuda que vestida, me inclino a pensar que no iban a ser muy bien recibidos por mi lobo.

Enarcó una ceja ante la tirante respuesta.

—Sabes, te inclinas demasiado hacia la violencia.

Chasqueó desechando la respuesta.

—De ninguna manera, es solo que no soporto que toquen lo que me pertenece —rezongó con el típico tono orgulloso con el que siempre se vestía—. Soy muy celoso de lo que es mío y tú, compañera, eres mía.

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza.

—Solo te ha faltado rematar la frase con un gruñido.

Enarcó una ceja.

—¿Quieres que gruña?

Sacudió la cabeza.

—No gracias —lo miró a los ojos e hizo una mueca—. Me pones de los nervios cuando lo haces.

Sonrió de medio lado.

—En ese caso, supongo que ha llegado el momento de recoger y volver a la civilización.

Asintió de acuerdo con él.

—Sí, ya es hora de enfrentarse a la realidad.

Y esa realidad la esperaba en Al-Hasa y quizá, más allá.

CAPÍTULO 35

Había recibimientos memorables y el que le pegasen un puñetazo a tu pareja, nada más traspasar la puerta de su casa, era sin duda uno de ellos. Khalid acusó el golpe con estoicidad, soltó un bufido y escupió al suelo.

—Eso por liarte con mi hermana.

No sabía que le sorprendía más, si el que su hermano le hubiese dado la bienvenida al lobo de esa manera o que este no hiciese ni un solo intento por devolverle el golpe.

—Y tú…

Levantó la barbilla cuando los ojos de Blake se posaron en ella, dio un paso a un lado sorteando a su compañero y se enfrentó con el imbécil que le había pegado.

—¿Yo qué, capullo integral? —siseó poniéndose de puntillas. Demonios, necesitaba sus tacones. Al igual que con Khalid, enfrentarse con un hombre de esa altura con su estatura, no surtía el efecto deseado—. Ese puñetazo debería de asestártelo yo a ti. ¡Me la jugaste!

El visible enfado dio paso a cierta expresión de culpabilidad.

—Brenda Rose…

No cedió un ápice, de hecho, dio otro paso adelante y le clavó el dedo índice en el pecho recalcando cada una de sus palabras.

—Me enviaste con una manada de lobos —siseó de manera acusativa—. Me ocultaste la verdad, me ocultaste que sabías que ellos eran reales, que existían y me enviaste con él —señaló a Khalid, quién se estaba limpiando la comisura de la boca. Debía haberse mordido la boca por dentro, porque estaba sangrando—. ¡Con un maldito lobo!

—Pensé que habíamos superado ya esa parte —se metió Hakim, que había permanecido en silencio al igual que Zulema.

—¡Cállate! —la orden llegó al mismo tiempo de ella y de su alfa.

—¡Ostia! Ya os ponéis de acuerdo y todo para gritarme, estoy emocionado.

Un bajo gruñido emergió de la garganta de su lobo.

—¿Tienes idea de lo que fue para mí llegar aquí y encontrarme con todo esto? ¿De lo que han sido esta semana y media? —lo acusó—. ¿En qué mierda estabas pensando?

Su mirada la recorrió, entonces levantó la barbilla y empezó a sonreír.

—En esto —aseguró con un tono tan satisfecho que la cogió por sorpresa—. Justamente en esto —entonces se giró hacia Khalid y su expresión cambió—, aunque sin la parte en la que tú te la cepillas…

Su amigo enarcó una ceja.

—¿Vas a pegarme otra vez?

Negó con la cabeza y acabó sonriendo también.

—No. Ahora estamos a mano.

Para su sorpresa Khalid se echó a reír.

—No puedo creer que hayas hecho eso —añadió entonces Zulema mirando a su hermano con las manos en las caderas—. ¿Era necesario?

—Él me pegó primero —le recordó—. Se lo debía.

La chica puso los ojos en blanco y empezó a soltar algo en árabe al tiempo que levantaba ambas manos.

—Bueno, supongo que me corresponde darte la bienvenida a casa —añadió al mismo tiempo Khalid abrazando a su hermano. Blake correspondió a su saludo.

—Gracias por haber cuidado de ella en mi ausencia —le dijo en voz baja—, de las dos en realidad.

—Una es mi responsabilidad —declaró y deslizó la mirada hasta encontrarse con la suya —, la otra, estoy más que encantado de entregártela. Y llegas tarde, por cierto.

Puso los ojos en blanco.

—Cómo se nota que sois hermanos.

El *sheikh* se rio.

—Diría lo mismo, pero… ella es incluso peor que tú y es mujer.

Aquello era demasiado, pensó Brenda con gesto irritado y, a juzgar por la mirada fulminante que les lanzaba Zulema, no era la única con ese pensamiento.

—Si ya habéis terminado con la competición de monos en pleno lanzamiento de cocos —les soltó mirándolos de uno a otro para finalmente recalar en Blake—. Tú y yo no hemos terminado.

—Demonios, ya no recordaba lo que era sentir este zumbido en la oreja —comentó el aludido echándole un vistazo a su compañero—. Buen trabajo.

Él puso los ojos en blanco, entonces volvió a su lado solo para terminar fulminado por su mirada.

—Abajo, lobita —le dijo en voz baja, divertido para luego girarse hacia su hermana con quién intercambió unas palabras en árabe.

Su animosidad empezó a bajar de intensidad, entonces miró a Blake, quién asintió y entonces a su hermano.

—Voy a llevármela —le informó dando respuesta a alguna pregunta que hubiese sido formulada—. Ya es hora de que cumpla con la palabra dada a mi compañera.

Zulema se limitó a sostenerle la mirada, pero incluso ella podía ver que había cambiado algo en su expresión. Ya no había esa tristeza, ni esa soledad, en su lugar había esperanza y se atrevería a decir que incluso amor.

Su compañero asintió.

—Mi hogar será siempre vuestro hogar, hermanos míos —dicho eso, acarició la mejilla de Zulema con la mano y se giró hacia ella.

«La sangre es difícil de quitar de las alfombras, habibity. No lo embadurnes todo».

Bufó al escuchar su voz en la cabeza.

—No soñaría con hacer tal cosa, me gustan demasiado estos trabajos artesanales para joderlos —declaró en voz alta, cogiéndolos a todos por sorpresa. Entonces miró intencionadamente a su hermano—. Lo mataré fuera.

Su compañero se rio entre dientes, la besó en la frente y se apartó.

—Pórtate bien, Brenda, ahora eres la señora de la casa —le anunció, se despidió con un gesto del otro hombre y se perdió por el pasillo seguido por Hakim.

—La madre que te…

No llegó a terminar la frase, pues Zulema la interrumpió.

—Me alegra tenerte de nuevo en casa y bien, Brenda —le sonrió su cuñada, entonces miró a su compañero—. Os dejaré para que podáis hablar.

—Gracias, Zule —le agradeció él y obtuvo una bonita sonrisa en respuesta.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio, era como si pasado el primer momento de impacto ninguno de los dos supiese muy bien qué decir y eso no hacía más que confirmar lo que

había pensado esos días. No conocía a Blake.

En realidad, ninguno de los dos conocía al otro. Podía haberle echado en cara mil cosas, reclamarle otras tantas, pero solo tenía que ver lo que acababa de darse delante de sus ojos para entender que no sabía gran cosa de su vida, como él tampoco sabía gran cosa de la de ella.

—Tienes buen aspecto —Blake rompió el silencio—. Incluso estás morena.

Levantó la mirada y resopló.

—Eso es porque no me viste hace unos días, parecía un cangrejo según el entendido en materia —señaló con la barbilla hacia el interior de la casa.

—De pequeña siempre te quemabas —comentó ciñéndose a una zona segura para ambos —, mamá tenía que embadurnarte en crema. Parecías…

—…un muñeco de nieve —dijeron los dos al mismo tiempo.

Volvieron a callar, el silencio cada vez más incómodo.

—¿Cuándo dejamos de tener contacto? —Ahora fue su turno de retomar la conversación —. ¿Cuándo dejamos de… ser una familia?

Lo vio suspirar, caminó hacia ella y, sin pedir permiso, la abrazó.

—Después de la separación de papá y mamá —aceptó él besándola en la cabeza—. Yo me fui a la universidad y todo cambió, supongo…

Se separó de él lo justo para poder mirarle.

—Y entonces me presento como si no hubiese pasado el tiempo en tu casa e invado tu espacio personal —resumió lo ocurrido durante el último año—. No pensé en lo que hacía, yo solo… necesitaba… ayuda.

La cogió de los hombros y la apartó a una distancia que pudiese mirarla a los ojos.

—Te habría pegado una paliza si no lo hubieses hecho —le aseguró.

No pudo evitar componer una mueca, no estaba segura de que fuese siquiera una sonrisa.

—¿Por qué me lo ocultaste? —Ahí estaba la verdadera pregunta, la que dolía, la que la había hecho sentirse traicionada—. Un año, Blake, estuve un año… Y tú…

Respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—Me temo que ha sido más por mi propia culpabilidad que por otra cosa —resopló—. No es fácil de explicar… lo de Zulema fue inesperado, yo acaba de tener un accidente y… ella fue mi motor para seguir adelante. Pero era una loba, una loba de verdad… fue un shock y al mismo tiempo. Bueno, qué diablos, estás emparejada con Khalid, puedes hacerte una idea de lo que ocurre.

Se sonrojó, sabía a qué se estaba refiriendo.

—Khalid me habló de lo que ocurrió, del atentado que sufrió tu convoy y…

Asintió, dio un par de pasos hacia atrás y le dio la espalda mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Eso… eso no debería haber pasado —aceptó con voz rota—. Éramos un convoy humanitario, estábamos bajo el mando de la ONU… —dejó escapar una risa sin emoción—. Dijeron que fue un error, que pensaban que se trataba de un objetivo hostil y todo lo que hicieron fue disculparse. Ese día murieron cinco personas incluyendo al conductor. Habrían sido seis si la gente de Khalid no me hubiese encontrado a unos cuantos metros más muerto que vivo.

Se acercó a él, le aferró por los brazos y lo obligó a enfrentarse a su mirada.

—No fue culpa tuya.

El dolor en sus ojos, la culpabilidad, le hizo daño.

—Sé que no habría podido hacer nada, que no habría podido evitarlo, pero no puedo evitar pensar en que, si hubiese sido yo, uno de ellos podría estar vivo.

Contuvo el aliento, las lágrimas le quemaban la garganta. Ese era el Blake que conocía, el que partía en misión humanitaria para salvar vidas a costa de perder la suya.

—Si hubieses muerto, Zulema estaría sola —le espetó, cosa que lo hizo mirarla con sorpresa—, y yo no habría tenido a nadie a quién acudir. ¿De verdad crees que mamá habría hecho algo por mí? ¿O papá? Ese gilipollas del nuevo marido de nuestra madre quiso internarme…

Gruñó, un sonido que le recordaba demasiado a Khalid.

—Si hubieses muerto, pedazo estúpido, yo no habría conocido a Khalid y no estaría muriéndome ahora mismo por encontrar la manera para que me quiera.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla.

—Brenda…

Aspiró con fuerza y se arrancó las lágrimas de la cara de una pasada de la mano.

—Así que deja de compadecerte y da gracias por lo que tienes, imbécil —lo acusó y señaló hacia el interior de la casa—. Tienes una compañera que es un cielo, me ha tratado mejor que mi propia familia cuando lo que debería haber hecho es darme una patada por tener siquiera relación contigo. ¿Cómo has podido dejarla sola tanto tiempo? ¿Es que no sabes lo que duele que la persona a la que amas no quiera siquiera pensar en el amor? ¿Qué no quiera enamorarse de ti? ¿No lo sabes?

Las lágrimas se revelaron y empezaron a escurrirse por sus mejillas sin control.

—Tú tienes suerte —volvió a limpiarse las lágrimas—, así que si me entero de que le haces algo a mi nueva hermana, de que tan siquiera la haces llorar, te arrancaré los huevos y se los daré de comer a las cabras.

Luchó con el dolor que le oprimía la garganta, con las lágrimas que una y otra vez le empañaban los ojos.

—¿He sido clara?

Él no respondió, se limitó a mirarla durante unos instantes, entonces chasqueó la lengua.

—¿Voy a tener que pegarle otra vez?

Resopló.

—No —protestó.

Un nuevo momento de silencio, entonces un pañuelo blanco apareció ante sus narices y lo cogió.

—¿Ha sido él quién te ha dicho esa majadería?

Se sonó la nariz.

—No es una majadería —replicó como una niña enfurruñada—, no cuando alguien lo dice alto y claro, sin dejarte lugar a dudas.

Suspiró y caminó hacia ella, le quitó el pañuelo y le secó la cara.

—Créeme, cuando se trata de lobos, eso es una enorme majadería —le aseguró—. Te lo dice alguien que está emparejado con una y que ha luchado con uñas y dientes para mantenerse alejado. Pensé que era lo mejor, que ella no sufriría viéndome partir, sin saber si volvería o no a entrar por la puerta. No quería que tuviese que enfrentarse a perderme y no me di cuenta que, con mi actitud, había sido yo mismo el que la estaba haciendo pasar por eso.

Negó con la cabeza.

—Te juro que no tenía la menor idea de que esto iba a pasar cuando le pedí a Khalid que te acogiese —sus palabras eran veraces, había incluso desesperación en ellas—. Me quedé sin ideas, hermanita, necesitaba hacerte reaccionar de algún modo para que salieses de ese bucle de pesadillas en el que estabas metida. Pensé que un cambio de aires te sentaría bien, que un shock

cultural sería bueno para que espabilases… pero mis buenas intenciones se han mezclado con las del diablo.

Terminó de sonarse y respiró hondo en busca de su propio dominio.

—No eres responsable de los actos de los demás, Blake.

—Khalid sabía que eras mi hermana, joder —maldijo en voz baja—. Tenía que haber…

—¿A ver qué, Blake? —lo miró—. A mí me la jugaste metiéndome aquí, pero a él lo pusiste entre la espada y la pared sin ni siquiera saberlo.

Y aquella era la verdad, había visto la dicotomía en los ojos de su lobo, la lucha interior que había batallado consigo mismo hasta que no le quedó más remedio que sucumbir al deseo propio de su raza.

—No se puede luchar contra la naturaleza —resumió—, y la suya era… la misma que la tuya con Zulema. Dios, ¿sabes lo raro que resulta todo esto y evitar hablar de sexo?

Se rio entre dientes.

—Sí, lo sé muy bien —aseguró con la misma cautela que ella—. Con lo que será mejor que corramos un tupido velo.

Asintió, sí, sin duda era la mejor opción.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó mirándola a los ojos—. ¿Vas a quedarte o vas a volver a casa? Zulema y yo nos iremos a finales de semana.

Se lamió los labios. ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarse con él, intentar… qué? ¿Conquistarle? ¿O volvería a casa? A la soledad, a las paredes vacías, al frío de Londres o incluso a Estados Unidos.

—Sabes que él no renunciará a lo que le pertenece por derecho, ¿verdad?

—Sé que no renunciará y tampoco quiero que lo haga —lo interrumpió—. Su gente lo necesita.

Su hermano sonrió de medio lado.

—En realidad me refería a ti.

Bufó.

—Yo no soy una pertenencia…

Se inclinó para encontrarse a su altura.

—Tampoco eras de las que se dejaba llevar por el corazón, siempre has sido muy juiciosa —le recordó—, pero quizá es hora de que empieces a hacer las cosas de otra manera.

Abrió la boca para rebatirle, pero no se lo permitió.

—Si quieres volver a casa, te llevaré de vuelta.

Ambos se miraron y sacudió la cabeza.

—Quizá no hayamos tenido mucho tiempo para conocernos bien, Blake, pero no lo estás haciendo tan mal como hermano mayor después de todo.

Él le sonrió y la atrajo a sus brazos, engulléndola.

—Todo va a salir bien, hermanita, solo mantén la mente abierta y deja que tu corazón guíe tus pasos.

Mantener la mente abierta era algo a lo que empezaba a acostumbrarse a hacer, lo otro, quizá le costase un poco más. El riesgo que correría su corazón era demasiado grande y no estaba segura de sí podría permitirse perderlo en el intento.

CAPÍTULO 36

Los días que siguieron le permitieron acercarse un poco más a Blake, hablar con él del pasado, de la familia y de sus miedos. Lo que no habían conseguido poner en palabras durante el pasado año, empezó a emerger por sí solo durante esos días y dejó una puerta abierta para el futuro. Decidiese lo que decidiese, sabía que lo tendría ahí cuando lo necesitase.

La vuelta a la realidad había requerido que Khalid abandonase su hogar durante buena parte del día, si bien seguía intentando pasar tiempo con ella y pasaban todas las noches uno en brazos del otro, la presencia de su hermano parecía actuar como un freno para la dignidad del *sheikh*; no deshonraría a su compañera con su hermano bajo el mismo techo.

Esa noche, su hermano y Zulema se marchaban. Blake quería tener a su mujer consigo durante algunas semanas, permitirles a ambos volver a encontrar lo que habían tenido y, como le había dicho, a partir de ahí ya verían. En la casa se había hablado de celebrar una reunión íntima, una fiesta de despedida, pero estaba claro que su concepto de algo íntimo no era el mismo que el de ella.

Zulema y Charisma, quién había llegado con su marido Xavier, se habían vuelto locas cocinando, toda la casa olía a especies y cordero, aromas a los que se había empezado a acostumbrar. Las mujeres habían intentado arrastrarla al fragor de la cocina, pero tras descubrir que sus dotes culinarias se limitaban a hervir agua, le habían permitido marcharse, no sin que antes su nueva cuñada le hubiese dicho que la enseñaría a cocinar.

Khalid es capaz de subsistir a base de carne cruda, pero no te veo despellejando un conejo.

Su rostro había mostrado tal desazón que las tres se habían echado a reír.

Charisma había sido igual de cálida y directa que la última vez que había estado en su casa y su marido le había plantado un beso en los labios solo para escuchar gruñir, de forma amenazadora, a Khalid.

Con todo, la confianza y la familiaridad estaban presentes en esa reunión, incluso su hermano parecía encajar en ese cuadro, como si siempre hubiese pertenecido a él.

Los observó desde la distancia, hablaban en árabe y Blake la había sorprendido ya días atrás desenvolviéndose bien con el idioma, con lo que escucharlo ahora no le resultaba tan extraño; con todo, seguía sin entender ni una sola palabra de lo que decían.

Tengo que tomar una decisión.

No podía retrasarlo más tiempo, tenía que tomar una decisión y debía hacerlo ya.

Son lobos. Una familia entera de lobos.

Y sin embargo nada tenían que ver con sus pesadillas, no eran los seres desalmados con los que se había topado más de un año atrás y que la habían dejado tocada.

Pero esta es su cultura y tú no encajas.

¿No lo hacía?

Miró a su alrededor una vez más. Ellos no seguían una estricta vida musulmana o beduina. En muchos aspectos, así como en la decoración de su hogar, eran muy occidentales, muy europeos. Khalid hablaba un fluido inglés y, si bien tenía algunos rasgos que la sacaban de quicio, había esgrimido una exquisita educación europea. Incluso Zulema, quién poseía una belleza típica árabe, era muy occidental y la unidad que había entre ellos hablaba de lo

importante que era la familia para ellos.

Podría llegar a encajar.

Quería encajar, quería hacerlo por él. Porque lo quería y no quería dejarle.

Al principio se había negado a considerarlo siquiera, se había negado a reconocer los sentimientos que despertaba en ella, se había empeñado en buscar la manera de alejarse de él, de marcharse. Khalid lo había cambiado todo, su presencia, su paciencia, esa pasión que la atraía inexorable a él y que hacía que le doliese hasta el pelo por tenerlo, había sentenciado todo.

Él es un lobo.

Sí, lo era. Un ejemplar que le quitaba el aliento. Un hombre que la dejaba sin respiración en su forma lupina y que la asombraba con cada uno de sus actos y la generosidad de ellos.

La había ganado al verle remangarse y no dudar un segundo en ayudar al pastor, al preocuparse por ella y por el cachorro que había caído en la zanja incluso después de haberlo dejado en manos del veterinario, la había sorprendido despojándose de su coraza elegante y cara para convertirse en un verdadero nómada del desierto y la había conquistado al retenerla en ese oasis particular. Allí le había permitido verle, conocerle y enamorarse de él.

—¿Brenda?

Se sobresaltó al escuchar su nombre. Se giró y allí estaba él, con los ojos del resto de los hombres puestos sobre ellos.

—¿Estás bien, compañera?

Se lamió los labios, se obligó a asentir y señalar hacia la puerta.

—Necesito tomar un poco de aire —declaró y le dio la espalda, intentando alejarse del lugar a la mayor brevedad posible—. La cocina no es lo mío…

—Bren… —se acercó su hermano—. Estás blanca como el papel, ¿qué pasa?

Negó con la cabeza e intentó recuperar su usual humor y parecer despreocupada.

—Creo que es por el olor —declaró acariciándose la nariz—. Voy a salir al jardín y que me dé un poco el aire.

Antes de alguno de ellos pudiese decir algo al respecto, enfiló por el pasillo. Necesitaba salir de aquellas cuatro paredes, necesitaba un poco de espacio para respirar, para dominarse o terminaría rompiéndose. Todas sus defensas, sus muros, amenazaban con venirse abajo, todo se le estaba viniendo encima de golpe y no era capaz de pactar con ello.

Se obligó a respirar lentamente, a meter aire en los pulmones y tranquilizarse, pero las lágrimas aparecieron para nublarle la vista.

¿Qué voy a hacer? ¿Qué?

No podía retrasar más esa decisión, no podía hacerle eso a Khalid. Si decidía irse, tenía que saberlo y si decidía quedarse, entonces se lo diría, le gustase o no, se lo diría. Necesitaba ser honesta consigo misma, continuar con esa vida que había quedado parada tiempo atrás.

No pudo luchar más tiempo con las lágrimas, le dolía el pecho y se estaba viniendo abajo poco a poco. Se cubrió la boca para ahogar sus propios sollozos y se dejó caer en uno de los bancos que adornaban el pequeño vergel interior.

«¿Brenda?».

El sonido de su voz se filtró en su mente con la misma fuerza de siempre.

«¿Qué es lo que pasa?».

No pudo responder, ni siquiera sabía qué decir al respecto. Le dolía el pecho, las lágrimas seguían cayendo y era incapaz de refrenarlas.

Se esforzó por dar una respuesta, pero ni siquiera estaba segura de que la hubiese escuchado o de que la creyese.

«Nada».

«No me mientas, compañera».

Sacudió la cabeza. No podía, no quería que la viese así, no quería parecer tan débil ante sus ojos.

«Brenda, respira profundamente».

Tembló, juraría que le temblaban hasta los dientes.

«Hazlo, pequeña, respira».

Abrió la boca, pero todo lo que salió de ella fue un sollozo.

—Despacio… así.

Su voz traspasó ahora sus oídos, su presencia se hizo tangible y sintió su mano posándose sobre el hombro, desenvolviéndola y atrayéndola hacia él.

Calidez, un aroma especiado, la dureza de su cuerpo, todo contribuyó a anclarla y la hizo sentir de nuevo como una niña pequeña, sola y aislada.

—Escucha el latido de mi corazón, siéntelo y respira despacio —la acarició con su voz, le cogió la mano y aplanó la palma contra su pecho. La había envuelto con su cuerpo, reemplazando su lugar para poder cogerla en brazos—. Respira, *habibity*, despacio.

Lo intentó, hizo un verdadero esfuerzo para meter aire en sus pulmones, pero apenas podía dejarlo pasar con sus sollozos.

«Está bien, puedes dejarlo ir, deja que salga».

Se aferró a él, dejó que el temporal avanzase y la consumiese mientras se aferraba a él, sintiéndole como una fuerte roca en medio de la tempestad.

—¿Qué te ha perturbado?

Se acurrucó contra él, necesitando tan solo su presencia.

—Brenda, contéstame.

—No… no quiero —escondió la cara en su pecho.

Sabía que era una respuesta infantil, pero no se sentía con fuerzas para enfrentarle ahora mismo.

—¿Y hay un motivo para que no quieras?

—No —lloriqueó de nuevo—. No me preguntes… no vete, Khalid… no… no puedo, ahora yo no…

La acunó, la sostuvo como si fuese un bien preciado y más lágrimas cayeron de sus ojos.

Ansiaba esto, lo deseaba a él, era una necesidad interna, un anhelo que solo se calmaba con su presencia, con sus caricias. ¡Era una locura!

—No lo haré, no lo haré, no lo haré.

No le haría eso, no cuando le había dejado claro que no quería su amor, que no podría dárselo a cambio.

«¿Conoces la leyenda del hilo rojo del destino?».

Recordó esa conversación, recordó la manera en que hablaba, la falta de empatía y la obvia falta de creencia en algo más allá que el simple vínculo que unía a los compañeros.

—Brenda…

—No lo haré… no me enamoraré de ti.

Notó como se tensaba y eso la partió por dentro. Intentó soltarse, bajar de su regazo, pero no se lo permitió.

—Brenda, Bren, espera…

—No, suéltame… lo siento, ¿vale? No lo haré, se me pasará y…

—Brenda…

Lloró y empujó con fuerza.

—Por favor, déjame ir ahora…

Pero no lo hizo, de hecho, la apretó contra sí.

—Basta —le susurró, su voz fuerte, dominante—. Para, no quiero que te hagas daño.

Se echó a reír, pero eran las lágrimas las que acompañaban sus risas.

—Llegas tarde, ya me lo he hecho, me lo he hecho yo solita porque te quiero y tú…

Le escuchó suspirar.

—Entonces, ¿sí te quedarás conmigo?

La inesperada pregunta tardó en filtrarse en su mente. Dejó de pelear y la miró.

—¿Qué?

Le escuchó gruñir.

—No hagas eso —le regañó—. Sabes que no me gusta.

—Y a mí no me gusta verte llorar y menos si el motivo de esas lágrimas y el dolor que hay en tu pecho soy yo —gruñó de nuevo—. Ahora dímelo.

—¿El qué?

—¿Te vas a quedar conmigo?

Más lágrimas siguieron a las primeras.

—Quiero hacerlo, pero si lo hago me dolerá, a la larga me dolerá que tú no… que no me quieras y…

Notó su mano en el rostro, levantándole la cara.

—¿Y si te quiero? ¿Dejaría de dolerte si te digo que te quiero?

Le empujó y le pegó con la mano.

—¡No juegues conmigo! ¡No es justo! —protestó—. Dijiste que no te enamorarías, que no tenías interés en hacerlo…

—En realidad dije que nunca me había enamorado —le recordó—, dije que no estaba interesado en el amor y lo dije porque no lo conocía, porque hasta entonces no te conocía a ti ni sabía lo loco que ibas a volverme.

Hipó un poco y lo miró a través de las lágrimas.

—Dímelo, Brenda Rose, dime lo que deseo escuchar —pidió con tranquilidad—, dime eso que no quieres que escuche, que no quieres que sepa.

Apretó los labios y negó con la cabeza.

—No.

—Dímelo, compañera.

Gimió.

—No me hagas esto…

Apoyó la frente en la suya y susurró en sus labios.

—Dime lo que jamás has confesado antes a nadie…

Ya no podía más.

—Oh, maldito lobo idiota, ¿por qué no puedes dejarlo estar? —lloriqueó—. No quiero decirlo, no quiero hacerlo… No quiero estar enamorada de ti.

—Pero lo estás.

Lo dijo con tal seguridad y satisfacción que quiso pegarle.

—Sí —le gritó enfadada—. Te quiero y ni siquiera entiendo el porqué. No he tenido tiempo, apenas si nos conocemos… no eres lo que necesito… no puedo ser lo que buscas… yo no…

Le cogió la barbilla.

—Eres la otra mitad de mi alma, esa otra punta del hilo rojo que está atado a mi corazón —le acarició la mejilla—. ¿Cómo no iba a quererte cuando estás hecha para mí y solo para mí?

—Pero tú dijiste.

Suspiró.

—He dicho muchas cosas, Brenda Rose, muchas de las cuales solo con el tiempo he venido a darme cuenta de lo equivocadas que eran —aseguró—. Ahora sé que no puedo responsabilizarme por las decisiones de otros, que no puedo dejar de sentir porque otros hayan sido heridos por ello. Yo no soy mi padre, pero sí amo a mi compañera tanto o más de lo que él amó a la suya.

Parpadeó entre lágrimas, intentando digerir lo que le estaba diciendo, lo que le estaba confesando.

—¿Lo estás diciendo de verdad o es otra de tus artimañas para que deje de llorar?

Se echó a reír, una risa limpia, real y muy suya.

—Es verdad, amor —le aseguró y se derritió al escucharle llamarla así—. Eres mi vida, mi compañera, mi sangre y mi aliento, el oasis de todos mis deseos y el único en el que quiero sumergirme para toda la eternidad.

Se echó a llorar de nuevo, ahora incluso con más fuerza, lo rodeó con los brazos y se apretó a él.

—Lo siento, lo siento, lo siento —musitó pegada a su cuerpo—, no quería, tú me lo advertiste, pero no he podido evitarlo… te quiero, no sé ni por qué, pero te quiero, Khalid.

Los fuertes brazos se cerraron a su alrededor.

—Nunca te lamentes por ello, mi dulce niña —le acarició el pelo—, nunca te lamentes por amar a aquel que a cambio te regala su amor.

La sostuvo cerca, murmurándole palabras al oído mientras le acariciaba el pelo y le besaba el cuello. Poco a poco la congoja fue remitiendo hasta que sus sollozos se convirtieron en un breve hipido.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó entonces, sus ojos reflejaban de nuevo a su lobo, esa otra parte que la asustaba, la excitaba y la enamoraba como nunca.

—Tienes invitados…

Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Zule y Charisma no nos necesitan…

—Es tu familia…

—Tú eres mi familia ahora —le acarició la mejilla—. Solo dilo, Brenda y nos iremos a dónde desees.

Se lamió los labios, miró más allá del jardín, a la pared que cerraba el recinto y susurró.

—Quiero volver al desierto —murmuró buscando de nuevo sus ojos—, a nuestra tienda. Quiero volver a dónde me siento libre, dónde nadie más que tú puede alcanzarme.

—En ese caso, amor mío, será allí a dónde iremos, al oasis de todos nuestros deseos.

EPÍLOGO

Seis meses después…

La vida a menudo daba muchas vueltas, había llegado a ese país seis meses atrás para pasar una temporada y dejar atrás sus pesadillas, solo para terminar siendo perseguida, seducida y enamorada por hombre al que ahora iba a unir su vida en un rito nupcial beduino.

Había sido un camino largo, un cambio para ambos y un proceso de adaptación y de hacer concesiones, pero lo habían conseguido y, con cada nuevo día que pasaba, su relación se iba consolidando hasta llegar a la decisión actual.

—¿Lista?

Zulema estaba sonriente y radiante al lado de Charisma. Blake y ella se habían instalado provisionalmente en Londres, pero solían viajar a menudo a visitarles.

El desierto se había convertido en parte de su alma. La paz que encontraba en aquel mágico lugar le había devuelto a la vida en muchas formas, si bien seguía odiando el calor, las temporadas que pasaba en Al-Hasa siempre resultaban inolvidables.

Y en Al Hofuf, el núcleo urbano más cercano al gran oasis, dónde tenían ahora su nueva residencia, había podido volver a sus prácticas; el veterinario de la tribu había estado encantado de acogerla bajo su ala y darle trabajo en la clínica que tenía en la ciudad.

Así mismo había podido ver también a ese otro Khalid, el cosmopolita, el ingeniero, el hombre que la volvía completa y absolutamente loca en cualquiera de sus facetas. Su compañero y prometido la había sorprendido con una escapada de fin de semana a su refugio particular y allí, en plena noche de luna llena, le había pedido matrimonio a la manera humana.

Se miró una última vez en el espejo y sonrió ante el tintineo de las monedas del tocado, la exquisita tela dorada de su vestido con bordados azules de su vestido y el intrincado diseño de *hena* que cubrían sus manos y sus pies. Ambos sabían que no era musulmana, pero había querido participar de los rituales típicos de una boda beduina, demostrándole así a su futuro marido que respetaba y apreciaba su cultura de la misma manera que él reconocía y aceptaba la suya.

—Estoy lista.

Ambas mujeres asintieron y la acompañaron fuera de la tienda nupcial hacia la orilla de la charca frente a la que ya esperaba su marido. Habían decidido casarse al atardecer, con tan solo un pequeño grupo de invitados, pero era difícil ocultar el hecho de que el *Sheikh Al Rashid* se casaba, por lo que no le sorprendió encontrar a buena parte de la tribu allí reunida.

Su hermano la interceptó al salir de la tienda, le tendió el brazo a la manera europea y ejerció de padrino.

—Todavía puedes echarte atrás, lo sabes, ¿no?

Se rio por lo bajo ante el tono mafioso de su voz.

—Es mi compañero.

Él asintió al escuchar el orgullo en su voz.

—Y mi mejor amigo —confirmó antes de añadir—, pero tú eres mi hermana, mi lealtad es primero para contigo y luego para con él.

Esas palabras le llegaron al corazón.

—Y ese es el motivo por el que estás ahora aquí y vas a entregarme con el hombre que amo —le sonrió y le echó la lengua por debajo del velo—, otra vez.

Puso los ojos en blanco, pero le cogió la mano y le besó los nudillos.

—Será todo un honor para mí.

El que Blake estuviese allí con ella era el mejor de los regalos. Esta era su familia, la que de verdad le importaba. Cuando le había dicho a su madre que iba a casarse, tras preguntarle con quién y decírselo, le había soltado una enorme retahíla de motivos por los que no sería el hombre indicado; no había llegado al final, después de la primera palabra despectiva le colgó el teléfono y no la había vuelto a llamar.

La respuesta de su padre, en cambio sí la había sorprendido tanto o más que el regalo que le había enviado por parte de Blake; se había disculpado por no poder asistir a su boda, le había deseado felicidad y le había enviado el intrincado tocado de estilo beduino que adornaba su frente.

Ese pequeño detalle la había hecho sentirse querida, no por el regalo, sino porque se había acordado de ella como para desearle felicidad en su nueva vida.

Apretó el brazo de su hermano y miró hacia adelante dónde le esperaba su lobo del desierto.

Khalid vestía de blanco, los bordados de su traje de bodas hacían juego con los de su vestido y el turbante azul del que escapaban algunos rebeldes mechones negros. Su mirada se encontró con la suya, serena, limpia y llena del amor y la pasión que corría por sus venas.

—¿Lista para unir tu vida a la mía? —le tendió la mano.

—Creía que eso ya lo habíamos hecho nada más conocernos.

Él le sonrió, la diversión se reflejó en sus ojos marrones mientras la acompañaba al lugar en el que pronunciarían sus propios votos.

De repente lo único que importaba era él, todo en lo que podía pensar o ver era él, a lo lejos escuchaba el murmullo de la gente, la voz del imán que los casaba y entonces, le descubrió el rostro, un gesto íntimo que la dejó temblorosa.

—Te encontré sin buscarte, te amé sin merecerte y ahora comparezco ante ti y ante mi pueblo, para entregarte mi vida, mi alma y todo lo que soy hasta que el desierto se inunde con las lágrimas de nuestros dioses y los mares que nos rodeen se sequen por tu partida —pronunció sus votos mirándola a los ojos—. Eternamente tuyo, *ia habibity*, *ia haiati, ia qalbi*.[6]

Se lamió los labios e hizo un verdadero esfuerzo para no echarse a llorar o, peor aún, romper con todo el protocolo y besarlo allí y ahora.

—Llegaste a mí cuando ni siquiera te esperaba, entraste en mi alma con la única llave que puede abrirla y te quedaste en mi corazón reclamándome para toda la eternidad —pronunció sus propios votos—. Eternamente tuya, *ia habibi*[7], *ia haiati, ia qalbi*.

Los cánticos se elevaron a su alrededor poniendo fin a la ceremonia, gritos de alegría y una lluvia de pétalos y almendras los inundaron hasta que sus labios se encontraron en un íntimo y delicioso beso que daba inicio al resto de sus vidas

—Hasta que la muerte nos separe, *habibity* —le susurró pegado a sus labios.

Sonrió al escucharle llamarla *«amada»* en su idioma natal.

—Hasta que la muerte nos separe, mi *sheikh*.

WITCHED WOLF -LIBRO 5-

Radu Alezandru supo que la guerra había llamado a su puerta en el momento en que se vio obligado a rescatar a su propia compañera. Los conflictos ocurridos en los últimos meses al otro lado del océano habían traspasado sus fronteras y estaban sembrando el caos en territorio europeo. Ahora ya no se trataba solo de ayudar a su príncipe a encontrar la mujer que constituía la esperanza de su raza, sino de mantener a los enemigos a raya y a su compañera lo suficiente cerca para no perderla.

Judith Stevens supo que su vida había cambiado para siempre en el momento en que él la salvó. Durante toda su vida le habían dicho que él aparecería, que la complementaría como ningún otro; su alma gemela… Quizá deberían haberle advertido también que dicho hombre era en realidad un lobo y el alfa de Praga

Unidos bajo una lluvia de adversidades, deberán descubrirse mutuamente y aprender a confiar el uno en el otro antes de que la muerte se interponga en su camino o en el de aquellos que han jurado proteger.

PRÓLOGO

El paraíso era un paisaje lleno de verdes, azules y arenas recortándose en el horizonte, un paraje en el que la mente se despejaba y los pensamientos fluían con la suavidad del viento que acariciaba las inamovibles rocas y el sabor de la libertad. El lugar al que Judith Stevens acudía siempre en busca de paz, aire puro y soledad. Para una mujer cuya herencia estaba labrada en la tierra que yacía bajo sus pies, el disfrutar del entorno del *Národny park Nizke Tatry*[8] era lo equivalente a descansar el alma y acallar las inoportunas voces que resonaban en su cabeza.

Pero incluso el más hermoso y tranquilo de los lugares puede ser corrompido en un abrir y cerrar de ojos. Un instante, eso era todo lo que se necesitaba para que una vida se extinguiese o comenzase de nuevo. Un breve momento fue todo lo que ella tuvo para darse cuenta de que estaba en el lugar y momento equivocados.

Quizá debió prestar atención a las nubes de color plomizo que se cernían sobre el parque, hacer caso a la inquietante sensación que llevaba horas notando en la boca del estómago, pero en el estado anímico en el que se encontraba, todas aquellas señales parecían ser simplemente incordios que no tenía ganas de atender. Había desoído las advertencias de la voz de *bunică* en su mente, había relegado a una esquina esa parte de sí misma que la conectaba a un padre desconocido y a unas raíces maternas de las que no podía escapar para limitarse a disfrutar por una vez de su fin de semana libre. Poco sabía entonces que, el ignorar las señales, la llevaría a asomarse a través de una puerta que ya no se cerraría jamás, a ver el mundo desde una perspectiva nueva, una en la que las más oscuras fantasías amenazaban su vida y su realidad.

Se había detenido como siempre para hacer una pausa después de las más de dos horas de caminata. Era una costumbre adquirida, un lugar fijo en el que posaba su mochila, sacaba su botella de agua y después de dar cuenta de un delicioso bocadillo, se permitía gozar del descanso y la tranquilidad que le obsequiaban las montañas.

Ahora, sonidos que nunca antes había escuchado en esos parajes hicieron eco entre las montañas, aullidos lupinos que no deberían pertenecer al parque natural y que sin embargo se hacían cada vez más intensos.

—¿Lobos?

La salvaje canción la llevó a fruncir el ceño, ponerse en pie y acercarse al risco desde el cual se veía la explanada de arena salpicada de verde por la que serpenteaba el camino. Un bulto de color oscuro parecía abrirse paso entre el verdoso suelo en la línea del horizonte, moviéndose a tal velocidad que pronto se convirtió en la silueta que correspondía al aullido que había escuchado.

—Un lobo.

Su primera impresión no fue más que un momento fugaz, no se trataba de un solo animal pues salidos de la nada aparecieron tres manchas más ganando terreno en una desesperada carrera. Pronto quedó claro que se trataba de cuatro animales y algo en su formación le advirtió que su presencia allí no era amistosa.

—¿Pero qué demonios…?

Inconscientemente se incorporó, buscando un mejor lugar en su precario observatorio, moviéndose con pasmosa facilidad entre las rocas hasta detenerse al borde de una importante caída. Sus pies desgranaron algunas piedrecillas que enseguida se deslizaron montaña abajo,

apartó un momento la vista de los inesperados visitantes para seguir su progresión cuando un agónico sonido volvió a atraer su atención y le sacudió el alma.

Crueldad. Un ataque vicioso y sangriento se llevó a cabo ante sus propios ojos. Dentelladas, gruñidos, aullidos, golpes… una lucha encarnizada se gestaba bajo sus pies y la sola visión empezó a provocarle una inesperada y desesperada ansiedad. Tres contra uno, una lucha desigual en la que habría un claro perdedor.

—¡No! ¡Dejadlo!

No sabía si era su propia estupidez, las desbocadas emociones que se elevaron repentinamente en su interior o si se trataba de las voces que volvían a murmurar sin orden ni concierto en su cabeza, fuese lo que fuese se encontró gritando en voz alta, haciendo partícipes a esos combatientes de su presencia.

—¡Dejadle en paz!

La desesperación en su propia voz la sobrecogió, hizo que todas y cada una de sus terminaciones nerviosas cobraran vida y sintió como la tierra bajo sus pies y el viento que soplaba en ocasiones respondiese a su inestabilidad.

Casi como si fueran uno, las enormes cabezas de los canes se elevaron en su dirección.

«***MUERTE***».

Una voz se alzó por encima de las otras, la única a la que se permitía escuchar, poniendo de manifiesto que la escena que estaba contemplando traía consigo el fin de la vida. Aguzó la vista e, incluso en la distancia, vio que esos ojos inhumanos hablaban de muerte, de horror y una sed de venganza que no se podía comparar con nada que hubiese visto antes.

«¡Corre!».

Una nueva voz se estrelló en su cráneo haciéndola tambalearse, dura, fiera, con un toque nada humano y demasiado oscuro. Se llevó las manos a la cabeza de forma inconsciente y jadeó por el dolor que empezaba a revolverle el estómago.

Esa no era una de sus perpetuas compañías, su ímpetu hablaba de vida, de presente y de una rabia tan salvaje que la sacudió hasta los huesos.

Un nuevo aullido resonó en el solitario paraje, algo como nunca antes había escuchado, una advertencia quizá de las maniobras que aquellos animales estaban llevando a cabo. Dos de ellos se habían separado de la pelea y corrían ahora en dirección al sendero que los llevaría directamente a ella.

—Ay Dios…

Se giró de manera automática aún sin un destino en concreto, la escena era tan irreal que no podía pensar con claridad. Por fortuna, sus instintos siempre habían sido lo suficiente buenos como para ponerla en movimiento antes de que ella misma se diese cuenta de ello. Retrocedió a toda prisa y buscó algo que pudiese servirle de arma, pero solo había piedras y no eran de un tamaño que pudiese hacer realmente daño. Cogió la primera que rozaron sus dedos y se giró justo a tiempo de ver a dos enormes canes con las fauces ensangrentadas y una sonrisa diabólica acechándola.

—Ni se os ocurra dar un paso más —advirtió con voz temblorosa.

Los animales no solo no hicieron caso alguno de su advertencia, sino que siguieron avanzando, abriéndose en abanico de modo que cada uno pudiese vigilarla desde un flanco, listos para atacar.

Un nuevo aullido, esta vez de profundo dolor, se hizo eco a través de las montañas. Los dos animales erizaron entonces el pelo incluso más, sus dientes se desnudaron al punto de ver cómo goteaban de saliva, pero su atención ya no estaba en ella, estaba en «él».

No podía darle otro nombre, no se parecía a nada que hubiese visto antes, ni siquiera en los documentales. El enorme can marrón oscuro con el pelo brillante de sangre y heridas abiertas cojeaba a través del camino, sus dientes desnudos y llenos de sangre y restos que le provocaron un vuelco al estómago.

«Huye, ahora».

Esa voz volvió a golpearla con fuerza. Sus ojos se encontraron brevemente con los del lobo y, por estúpido que pareciese, supo que la advertencia venía de él. Los dos canes empezaron a moverse ahora cambiando su atención hacia el recién llegado.

«¡Corre!».

Saltó cuando la orden se estrelló de nuevo contra su cráneo y la pelea que había tenido lugar abajo volvió a repetirse esta vez delante de ella. La bilis empezó a subirle por la garganta y contuvo a duras penas las ganas de vomitar, empezó a retroceder automáticamente, la mirada y su atención fija en los tres combatientes y no en lo que debería, el terreno.

Cuando el suelo bajo sus pies pareció temblar y este se volvió blando, desmenuzándose, supo que estaba en un problema mucho mayor.

—Oh Dios…

El terreno cedió y perdió todo apoyo durante unos interminables segundos en los que sus ojos se encontraron con los de aquel enorme can. La sensación de vacío bajo ella le arrebató el aliento y la mantuvo en un eterno momento de suspenso en el que sucedieron varias cosas inexplicables. El animal empezó a desvanecerse ante sus ojos, su forma se hizo difusa solo para volver a cobrar solidez, pero de una manera completamente distinta e imposible.

—Te tengo.

La sensación de caída se detuvo al momento cambiando por un horrible tirón de su hombro y la dureza de unos dedos masculinos hundiéndose alrededor de su muñeca. La mirada ambarina que le dedicaban unos ojos en un rostro completamente humano la sacudió hasta el alma. Ni siquiera cuando tiró de ella, lanzándola sobre el seguro suelo antes de volverse hacia la previa refriega, pudo hacer que su efecto se borrase de su mente.

—Habéis llegado muy lejos en vuestra persecución —creyó oírle murmurar entre dientes —, pero es inútil. Esto se acaba aquí y ahora.

Los animales atacaron al unísono y el hombre, en vez de esquivarlos se lanzó sobre ambos. Solo que el borrón que cayó sobre ellos ya no era humano y sus fauces destrozaron a uno de los insurrectos en un momento. Las fauces se cerraron sobre la garganta de uno mientras el otro atacaba por la espalda, pero eso no evitó que la mirase con esos ojos lupinos y le gritase:

«¿Es que quieres morir?».

Su voz la golpeó por enésima vez, haciendo que por fin se pusiese en movimiento y sus piernas, inestables, la trasladasen lejos de la matanza que se llevaba a cabo ante ella. Comenzó a bajar a trompicones, resbalando, cayendo y levantándose cuando escuchó de nuevo un sonoro aullido a lo lejos, uno que fue respondido a sus espaldas.

Se detuvo, miró hacia arriba, pero todo lo que vio fue al último atacante con el pelo erizado, gruñendo y lanzándose de nuevo hacia el interior.

—No —jadeó sintiendo una aprensión repentina.

Sus pies habían girado ya para desandar lo andado cuando se vio empujada hacia un lado por un oscuro borrón y salvada de una nueva caída por un par de brazos muy humanos. Un nuevo aullido agónico y el estertor de la muerte la impactaron una vez más, hundiéndose en su alma con tal peso que sintió que le faltaba el aire y se ahogaba.

—Respira, pequeña, respira.

El calor de un cuerpo la abrazó desde atrás, sintió una mano en su rostro, pero apenas fue consciente de ese gesto, su mirada seguía empeñada en buscar algo, lo que fuese, sobre ese risco.

—No… no… él… no…

—Radu, será mejor que te dejes caer por aquí o alguien se negará a seguir respirando.

Las palabras, pronunciadas con un fuerte acento, trajeron consigo la aparición del extraño hombre y con ello una calidez inexplicable que alejó de un plumazo el peso que le oprimía el pecho. Sus ojos volvieron a encontrarse y, a pesar de la sangre que le cubría la cara, manchaba sus labios y las horribles heridas que exhibía un torso desnudo o los desgarros de un pantalón negro, su mirada fue suficiente para que el aire entrase de nuevo en sus pulmones.

—Cuando te diga que corras, tú corres —replicó nada más detenerse ante ella—. ¿Está claro, *přítelkyně*[9]?

Le habría gustado responder, decir alguna cosa, pero su mente decidió que había tenido suficiente de cosas inexplicables y se apagó.

CAPÍTULO 1

—Justo lo que necesitábamos, una senderista inoportuna —comentó Arik, poniendo de manifiesto lo que significaba para él la presencia de aquella hembra—. Y humana, nada más y nada menos.

Velkan se guardó sus palabras, no había mucho más que decir dada la forma en la que Radu Alezandru —el alfa de Praga— miraba a la mujer que sostenía en brazos. La mujer se había desmayado y no podía culparla por ello, a él mismo se le revolvía el estómago con lo sucedido el día de hoy, con lo que llevaba ocurriendo desde hacía un año y tres malditos meses.

Demasiadas muertes sin sentido, demasiados lobos a los que habían envenenado mentalmente y despojos de la raza humana que se habían unido a una cacería que cada vez tenía menos sentido. Ya no se limitaban a territorio americano, hacía siete meses habían empezado a producirse inesperados accidentes en Europa, demasiado cerca de su propio hogar como para considerarlo algo fortuito o aislado. Y el único culpable parecía ser un lobo al que no había visto en muchos años.

Rumati.

El alfa de la manada Daratraz había sobrevivido. Supo que era él en el mismo momento en que Leah, la compañera de Odin, lo describió. Un lobo en el que su familia había depositado lo más preciado que tenía, el mismo que creyó muerto la noche de la masacre junto con toda posible esperanza y al cual llevaban varios meses rastreando.

Hoy habían dado con él por fin, habían podido echarle el guante si esos tres renegados no hubiesen surgido de la nada emboscándoles.

—Esperemos que haya sido la única con tendencias suicidas —gruñó su ejecutor mirando a la mujer de reojo—. Hoy no tengo el día humanitario

La respuesta de Radu no se hizo esperar. Sus ojos cambiaron y asomó su lobo tiñendo incluso su voz.

—Tócala y te arranco la garganta.

Su guardián y beta se cruzó de brazos y lo enfrentó. Ese lobo siempre había tenido un borde suicida.

—No deberías amenazarme cuando sangras como un cerdo.

Y aquello no era sino un recordatorio de que no había tiempo que perder en dar fin a aquella cacería.

—No es que tú estés mejor…

—Suficiente. —Los detuvo a ambos, miró una última vez a la mujer y luego al alfa—. Tu deber ahora es cuidar de ella, debe ser lo primero.

—Voda… —Sabía que se debatía entre su lealtad para con él y la compulsión que todo lobo soltero siente al encontrar a su pareja.

—Estás malherido y ella es humana, Radu —le recordó con total tranquilidad—. No estás en condiciones de seguir con el rastreo.

Y eso era realmente una enorme putada, aceptó, el alfa de Praga era uno de los mejores rastreadores que tenía.

—Debemos seguir, estos tres incautos no eran los únicos lobos que están en la región —comentó Arik mirando a su alrededor—. Ha sido una buena maniobra, atacar a uno de nuestros

alfas y apartar nuestra atención del objetivo principal.

—Le están dando caza —añadió el herido lobo—. Y no se detendrán ante nada, no les importará quién encuentren a su paso. —La forma en que apretó su preciada carga le dijo más de lo que lo harían las palabras—. En su mente solo hay ansia de sangre… ya no forman parte de una manada… No sé cómo lo han hecho, Velkan, pero… ya no son de los nuestros.

Y eso era otra de las cosas que hacía imperiosa la necesidad de terminar con ellos. No podían permitir que siguiesen abduciendo a buenos lobos y convirtiéndolos… en eso.

—Lo que dice, es verdad, Velkan.

Asintió y, con un solo pensamiento adquirió su forma lupina mucho más grande y estilizada que la de sus compañeros.

«Llama a Sorcha. Que os saque de aquí a los dos».

—Voda…

Desnudó los dientes y gruñó, advertencia más que suficiente para que el lobo bajara la cabeza.

—No discutas con el príncipe cuando está de mal humor, Radu, es peor que yo.

Dicho eso, el ejecutor cambió también a su forma lobuna y arrancó de inmediato a correr.

—Ten cuidado.

Se limitó a asentir con su enorme cabeza, giró sobre sus patas y pronto adelantó a su ejecutor, manteniendo un endiablado ritmo a través de la reserva natural. No había tiempo que perder, si los recuerdos que Malik había ayudado a Dawn a recuperar eran correctos, su compañera, la última loba de sangre pura que quedaba, estaba ahí fuera y el único que podía decirle su paradero, era el Alfa de los Daratraz.

Rumati se había equivocado. Lo sabía con tanta certeza como respirar. Había escogido el bando equivocado y ahora pagaba por ello. Él no iba a dejarlo con vida, no permitiría que alguien se entrometiese en sus planes, cualquiera que fuesen estos. Lo supo en el mismo instante en que envió a esos imbéciles tras él. No solo quería quitarlo de delante sino también deshacerse de esa escoria humana matando así dos pájaros de un tiro.

Se había dejado llevar por el dolor, por la necesidad de venganza y no había visto más allá, no vio que lo que buscaba ese hombre no era justicia sino exterminio. Alguien que pierde a su familia llora su pérdida y se resiente de su destino, pero no recuerda unos instantes tan precisos ni se recrea en la manera en que mueren ya que sería revivir esa muerte una y mil veces.

No. No había sido dolor por la pérdida sino rabia y un odio tan absoluto para el que no existía un único culpable. Para él no era solo un resarcimiento, era más, venganza por algo que empezaba a pensar nada tenía que ver con el exterminio de su propia manada.

¿Cómo podía haber estado tan ciego a la realidad? Tenía que haber visto lo primordial, la primera razón por la cual toda esa locura no tenía sentido. Todos los lobos habían perdido esa noche una esperanza de perpetuar la línea real lo que a la larga dejaría un vacío de poder que podría destruir su sociedad y poner en peligro el equilibrio de las dos razas: la humana y la lupina.

El mundo no estaba preparado para un cambio así, no cuando incluso entre los suyos había despiadados asesinos.

No. No podía seguir flagelándose a sí mismo durante más tiempo, tenía que pasar a la

acción y llevar a cabo la tarea que se había autoimpuesto. Debía encontrarla, cerciorarse de que estaba muerta o seguía con vida y, si sucedía el milagro de ser la segunda opción, solo había una manera de hacerlo: debía encontrar a su propia compañera.

Si tan solo no tuviese al ejecutor de su gente pisándole los talones desde hacía varias semanas posiblemente no tuviese tantos problemas para hacer lo que tenía que hacer.

«Los hay que no saben cuándo rendirse».

Tenía un cazador tenaz a su espalda y un grupo nada recomendable tomando la delantera, la combinación convertía la suya en una posición difícil para alguien que pretendía pasar desapercibido.

Sabía que venir a esa parte de Europa era arriesgado, pero necesario. *Él* había pasado a la ofensiva, ya no iba a por los alfas norteamericanos, ya no usaba su supuesta presencia en esa fatídica noche como escudo para llevar a cabo sus planes, ahora su mirada estaba puesta en esta región y solo había una posible razón por la que hubiese venido hasta aquí. Quería terminar con lo que quisiera tuviese en mente.

Los lobos a los que llevaba siete largos meses rastreando habían llamado su atención casi al momento de volver a poner los pies en su tierra natal. Había algo en sus movimientos, en la forma en la que actuaban y en su relación con humanos nada recomendables que pronto despertó su atención. Si a ello se le unía el hecho de que su modus operandi había sido prácticamente el mismo que había tenido el grupo con el que había trabajado en América, la cosa estaba clara. Ese grupo de canes estaba rastreando algo o a alguien y no parecían muy contentos de que se les siguiese, a juzgar por la manera en que se habían separado tres miembros del grupo principal al poco tiempo de cruzar la frontera. Mientras unos parecían regresar sobre sus pasos, otros siguieron encabezando la marcha a un ritmo cada vez más endiablado.

Esas prisas tenían que deberse a algo y él estaba decidido a averiguar a qué.

Un sonoro y lejano aullido lo detuvo en seco, sus congéneres estaban más cerca de lo que pensaba. Escuchó en silencio durante un rato y desnudó los dientes en su forma lupina.

Una parte de él quería volver sobre sus patas y atender al llamado de ayuda, pero otra le decía que dejase a aquellos lobos con sus cosas. Una inmediata respuesta lo hizo desistir, la ayuda iba en camino. No le necesitaban allí.

Imprimió fuerza a sus patas y aumentó el ritmo que llevaba corriendo en post de sus presas. Si él había escuchado el sonido no le cabía duda de que ellos también. No sabía qué clase de lealtad existía entre esos foráneos y tampoco tenía tiempo para sentarse a averiguarlo.

Había llegado la hora de averiguar que perseguían e impedirles hacerse con ello.

CAPÍTULO 2

«Eso ha sido un disparo».

Armas de fuego. Esos cobardes tenían sin duda secuaces cubriéndoles la espalda, humanos apostados en los límites listos para tender una nueva emboscada, pensó Velkan al tiempo que desnudaba el hocico mostrando los dientes y apretaba el paso obligando a su compañero a seguirle el ritmo.

«Si llego a saber que ibas a entrar en modo suicida, te habría dejado en casa, alteza».

Ignoró la réplica del ejecutor y obligó a sus patas a ganar terreno, forzando los músculos al punto del dolor. La urgencia primaba en sus venas y en su cuerpo, su mente estaba centrada únicamente en correr y alcanzar al único lobo que podía darle las respuestas que necesitaba. Para eso, era imperioso que lo encontrasen con vida.

Un nuevo disparo hizo eco en las montañas, el sonido parecía esta vez más cercano.

«Velkan, reduce la velocidad y cambia de dirección. Vamos a favor del viento».

No le escuchó. No podía. Su mente racional había quedado atrás y solo quedaba el lobo sediento de sangre, de venganza.

«¡Velkan!».

Sabía que estaba cabreando a su beta, pero ahora mismo no podía importarle menos. Las montañas parecían hablarle, le contaban la clase de veneno que había llegado a esas tierras para contaminarlas, para poner en peligro su hogar. Podía oler la perturbación en el viento, sentirla en la vibración bajo sus patas y lo odiaba, lo odiaba cada vez más.

«Maldita sea cachorro, frena ahora mismo».

Derrapó en el suelo cuando Arik se posicionó de un salto por delante de él de manera efectiva evitando que, en su loca carrera, acabase despeñándose por el desfiladero que se encontraba ante él. Chocó con fuerza contra el lobo negro rodando ambos por los suelos y su primera reacción, nada más detenerse, fue atacar.

«¡No te atrevas a…!».

El lobo entró en inmediata sumisión.

«No podrás salvarla si te haces matar, mi príncipe».

Sus palabras y la manera en que se sometió a su rango hicieron que su lobo refrenara sus ansias de sangre permitiéndole a su mente racional ocupar su lugar.

«No podemos dejar que lo maten».

El can se levantó lentamente y dio un par de pasos atrás.

«Por supuesto que no. El privilegio de acabar con su maldita vida es mío».

Bufó mentalmente, se sacudió de la cabeza a la cola y oteó el aire en busca de un rastro fresco.

«Debemos…».

Un sonoro y agónico aullido resonó unos segundos después de escucharse el cañonazo de un nuevo disparo.

«Malditos humanos». Masculló Arik desnudando los dientes. *«Hazme un favor y deja que haga mi trabajo. No tengo ganas de arrastrar tu culo herido hasta casa».*

Lo miró a través de sus ojos de lobo, dio un golpe en el aire con la cola y se puso en movimiento.

«Procura que no tenga que arrastrar yo el tuyo y el de él».

«No te prometo nada, Voda, no te prometo nada».

Reanudaron la marcha bordeando el desfiladero, internándose entre las piedras hasta dar con un sendero que bajaba por la pendiente. Fue a mitad de camino que vislumbraron por fin al grupo compuesto por dos hombres armados apostados en lugares elevados y la refriega que se gestaba en la meseta. Era una lucha desigual, cinco contra uno, pero eso no parecía amedrentar en absoluto al lobo negro como la noche que los mantenía a raya y se defendía con la decisión de alguien que no teme a la muerte.

Un nuevo disparo resonó entre las paredes lastimándole los sensibles oídos con su eco. El proyectil cayó cerca del solitario lobo levantando esquirlas en el suelo. Desnudó los dientes y gruñó, su pelo se erizó en consecuencia y buscó con su aguda mirada el lugar del que había procedido. La sombra negra que se movió entre las rocas fue suficiente para delatar su posición.

«Extermínalos a todos». Ordenó con crueldad, perdiendo toda compasión hacia los asesinos antes de salir en busca del humano y darle muerte él mismo.

«Valium. Cuando volvamos a casa, te daré una caja entera de Valium para que duermas una jodida semana».

Con aquel irritado comentario, Arik se perdió entre las sombras dejándole a él la tarea de dar muerte al francotirador.

«Antes tendremos que limpiar la tierra del veneno que la corroe».

E iban a empezar con ello en ese mismo instante.

Minutos. Segundos demasiado largos en los que todo lo que se oyó fue el eco de los gritos de un humano, el estertor de la muerte cuando la sangre dejó de manar de la herida abierta de su cuello y los aullidos de los lobos que habían osado interponerse en el camino de su Ejecutor.

Sangre. El sabor metalizado corrió por sus colmillos, tiñó sus garras e impregnó su piel. El dolor no fue otra cosa que una inyección de determinación para acabar con aquellos que se atrevían a oponerse a él y traer a sus pies el odio y la maldad de alguien más.

«Velkan… espera… necesitamos respuestas».

No hubo piedad, su lobo tomó el mando y desgarró gargantas, rompió espaldas y dio muerte a cuantos se opusieron a su supremacía. No hubo palabras, no hubo preguntas, no había justificación posible para lo que habían hecho, para las vidas inocentes que habían arrebatado en su paso por territorio europeo o las heridas que habían infringido a sus alfas de América.

«No hallarás en ellos otra cosa que muerte y eso es lo que obtendrán».

Demasiado pronto se encontró rodeado de cuatro cadáveres, ojos sin vida y sangre caliente abandonando los cuerpos animales que yacían destrozados. Su lobo todavía no estaba satisfecho, él no estaba satisfecho, esas muertes no le habían reportado otra cosa que una satisfacción pasajera, no llenaban en absoluto el corrosivo vacío que llevaba en su interior y que, con cada día que pasaba, amenazaba con consumirlo.

«Voda».

Se movió lentamente entre los restos hasta detenerse sobre el cuerpo moribundo del único lobo que importaba, aquel al que no había visto en más de diecisiete años y que había tenido a su cuidado lo más preciado para él.

«Dame una sola razón por la que no deba acabar con tu vida ahora mismo, Rumati».

El can estaba malherido, las heridas eran profundas, sangraba en abundancia y su respiración era cada vez más lenta. Al menos dos proyectiles habían entrado en su piel, uno en su pierna y otro en el costado, posiblemente tocando algún órgano.

«Dame tú una para no odiarte como lo he hecho estos últimos diecisiete años, mi

príncipe, para comprender por qué alguien mandaría exterminar a toda una manada».

Sus palabras hicieron que desnudase los colmillos y gruñese, su pelo encrespándose de nuevo.

«¿Qué te hace pensar que yo he pedido la muerte de mi propia gente, del clan en cuyo seno se ocultaba lo más preciado que puede tener un lobo? ¿Qué te ha llevado a creer que yo o cualquier otro lobo atacaríamos a nuestra propia compañera? ¿Qué, Rumati? ¡Dame una maldita razón por la que no deba desgarrarte el cuello ahora mismo! ¡Dámela!».

La peluda cabeza hizo un enorme esfuerzo para moverse lo justo y mirarle con esos ojos en los que una vez había confiado.

«No tengo razones, mi príncipe, ninguna otra que la pérdida de mi propia familia, de mi esperanza para el futuro y la sed de venganza que nació del dolor». Murmuró en su mente, su voz cada vez más agotada. *«Me equivoqué, Velkan, me equivoqué y ahora ellas corren peligro».*

Sus palabras lo dejaron sin respiración, la esperanza asomó tímidamente en su alma.

—¿Ellas? —Cambió inmediatamente a su forma humana, se aferró a él con desesperación —. ¿Está viva? ¡Dímelo, maldita sea! ¿Está…?

«Ambas… lo están… por ahora».

El animal cerró entonces los ojos y su conciencia se apagó dejándole con una amalgama de emociones que apenas podía procesar. Sintió a Arik moviéndose a su lado, también en su forma humana, mirando el cuerpo moribundo tirado a sus pies.

—Un golpe rápido y dejará de sufrir.

Sacudió la cabeza casi de forma imperceptible. El lobo negro que yacía ante él en un charco de sangre, con desgarros, cortes y una fea herida en el rostro no podía morir, no se lo permitiría.

—No.

La respuesta de Arik no se hizo esperar.

—¡No puedes dejar que viva! ¡No después de lo que hizo!

Se obligó a mantener la mente en el presente, en no viajar a los recónditos y oscuros lugares en los que la rabia y el dolor lo dominaban. Las últimas palabras pronunciadas seguían presentes en su mente.

—Está viva. —Incluso decirlo en voz alta costaba, pero esa certeza hacía que la esperanza creciese y ese vacío empezase a remitir—. Creo… que tanto su compañera como… mi princesa… están vivas. Dawn… esa pequeña y maravillosa loba tenía razón, sus recuerdos de esa noche. Alguien se llevó a los niños… Hay más supervivientes de la manada Daratraz de los que pensábamos.

Su compañero gruñó a pesar de estar en su forma humana.

—Era él quién debería haberla puesto a salvo, él quien tenía el deber de protegerla y falló estrepitosamente —siseó lleno de un rencor que solo él comprendía—. Le falló a toda la manada.

—Salvó a Leah —le recordó oportunamente. La joven alfa compañera de Odin había defendido a ese renegado y su actuación crucial—. Protegió a la compañera de uno de mis alfas.

El ejecutor sacudió la cabeza, podía notar su tormento, su necesidad de castigar.

—Era el encargado de velar por el futuro de nuestra raza y, ¿qué ha hecho últimamente? Se ha dedicado a darles caza…

—Nadie mejor que yo sabe lo que sientes en estos momentos, Arik, nadie desea más que yo terminar con su vida… Pero no somos como ellos —señaló los cadáveres en el suelo—. Esto no lo ha iniciado Rumati, pero sí puede decirnos quién está detrás.

—No confío en él.

Sus labios se curvaron lentamente, una mueca que no reflejaba lo que verdaderamente sentía.

—¿Crees que yo sí? —Negó con la cabeza—. No, amigo mío. Pero tampoco puedo dejarlo aquí empapando mis tierras con su sangre, si lo hago, me convertiré en lo mismo que nos está dando caza.

Y era algo demasiado oscuro, demasiado aterrador, especialmente porque al contrario de quien estuviese detrás de esos lobos, él no jugaría, iría directo a la yugular; no tendría piedad.

—Vas a perdonarlo, después de todo, le perdonas. —Su beta bufó con fastidio.

—Lo perdonaré cuando encuentre a Denali con vida y bien —declaró sacándose el abrigo que llevaba en forma humana para echarlo sobre el can y envolverlo con mucho cuidado en él—. Solo entonces, Arik, solo entonces volverá a ser mi hermano.

Lo cogió en brazos sin esfuerzo y miró a su compañero.

—Estás loco si piensas que te dejaré meterlo en casa, cachorro —siseó el lobo. Miró a su alrededor y compuso una mueca. Sabía lo que estaba pensando, comprendía lo que sentía en aquellos momentos—. Abandónalo en algún lugar, preferiblemente en una oscura cueva y regresemos a la fortaleza.

Fortaleza. Sí, ese era sin duda el nombre correcto para la casa de tres plantas y oscura piedra que era su hogar. Su antiguo exterior no era más que una fachada, casi como él mismo, que ocultaba las comodidades y modernidades de su interior.

—Malik se ocupará de sanar sus heridas —declaró poniendo punto y final a la discusión.

Frunció el ceño.

—Ese cachorro AlRashid me da escalofríos —replicó el ejecutor—. Sus facultades son… demasiado místicas para mi gusto.

—No son más que un reflejo de lo que serán cuando alcance la verdadera madurez de su poder —aseguró mirando su carga—. Será un muy buen médico y sanador, con un poquito de ayuda.

—Ayuda que tú piensas darle mandándole a la universidad —recordó sus planes con total claridad—. Aunque el Sheikh podría tener algo que decir al respecto.

Él sí lo sabía, ya lo había hablado con Khalid y ambos estaban de acuerdo en que el saber no ocupaba lugar y sería una muy buena oportunidad para el futuro del joven lobo.

—Todo eso puede esperar —declaró desechando la conversación—. Hay que llevarle a algún lugar en el que pueda sanar.

El Ejecutor torció el gesto.

—Sería más piadoso matarle ahora.

—¿Piadoso para quién?

—Si muere será un problema menos —repuso con un gruñido—. Es un traidor a los suyos, a su propia manada.

—Pues deberá ser su manada la que le imponga su castigo, no nosotros.

—Lo que queda de su manada —rezongó—. Y dudo que estén muy decididos a darle la bienvenida…

—Todos tenemos pecados que queremos mantener ocultos, vidas que se han convertido en una continua penitencia, pero yo todavía conservo la esperanza, Arik, es todo lo que queda cuando tu vida se convierte en una vacía existencia.

Apretó los dientes, su fino oído captó el sonido a la perfección.

—No lo quiero en tus dominios —sentenció cruzándose de brazos—. No cederé ante eso. Si quieres salvar su miserable pellejo, hazlo lejos de nuestro hogar.

Asintió buscando al momento una solución.

—De acuerdo —aceptó—. Llama a Mijaíl, si alguien puede manejarle es él.

Su beta lo atravesó con la mirada, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Como desees, *Voda* —declaró y miró de nuevo el moribundo lobo—. Solo espero que no tengas que arrepentirte de la decisión que has tomado.

Bajó la mirada sobre el peso muerto que llevaba en brazos y no pudo menos que estar de acuerdo con él.

—Yo también, Arik, yo también.

CAPÍTULO 3

—¿Qué quieres que haga con él? ¿Lo entierro?

Mijaíl vio como el joven príncipe ponía los ojos en blanco ante su comentario. Su petición había sido tan inesperada como lo había sido el hecho de que le pidiese permiso para incursionar en sus tierras para cazar a unos hijos de puta. Se hubiese unido a la caza de buena gana de no ser porque ya contaba con ayuda más que suficiente.

—Todavía está vivo y me gustaría que siguiese así —replicó el lobo.

Enarcó una ceja y echó un vistazo a su espalda, a la habitación tras cuya puerta cerrada se encontraba su reciente petición.

—¿Estás seguro de que todavía respira?

El bajo gruñido del ejecutor le advirtió de que su ironía no era bien recibida.

—Mijaíl, es importante…

—Debe serlo si estás dispuesto a perdonarle la vida —respondió encontrándose con sus ojos. Ambos sabían que el lobo que acababan de depositar en la puerta de su casa no era precisamente el más popular del planeta.

Con todo, no eran muchas las ocasiones en las que Velkan pedía un favor y, el que se hubiese dejado caer en su casa con ese inesperado invitado solo le indicaba lo delicada que se estaba volviendo toda aquella situación. Sabía perfectamente quién era ese lobo y compartía los sentimientos aniquiladores de Arik al respecto. Si bien era cierto que él poseía una vena menos sádica y había aprendido a dominar el arte de la paciencia en los últimos años.

—Melinka se encargará de sus heridas.

El joven lobo que llevaba sobre sus hombros el peso de toda una raza asintió con la cabeza en acuerdo.

—Te enviaré a Malik AlRashid, si hay alguien que puede ayudarle es él… —buscó entonces su mirada—, su presencia incluso puede que sea beneficiosa para ti.

Desechó su velada insinuación y llevó la conversación hacia terrenos más seguros.

—Yo no soy quién debe importarte ahora —le recordó—. Sino la nueva plaga que ha surgido de la nada y está causando estragos en nuestras respectivas regiones.

—Oh, me importa y también debería importarte a ti —aseguró y señaló lo obvio—. Han entrado en tu territorio…

Sonrió con desdén ante las palabras de Arik.

Como alfa que regía las regiones eslovacas y húngaras tenía terreno más que suficiente para que esos indeseables camparan a sus anchas, como ya lo habían intentado al meterse en su reserva natural. Solo el hecho de encontrarse en ese momento en la capital escocesa gestionando algunos negocios había impedido que echase a la escoria él mismo.

—Solo porque ese imbécil que has traído a mi puerta los ha empujado hasta aquí —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Soy de los que procura mantener en todo momento amigos indeseados y a enemigos fuera de mis lindes, Arik, ya me llega con lidiar con los vecinos… Y ni te digo el buen humor que me ha dejado el que uno de esos vecinos haya puesto sus sucias patas en mi parque natural.

—¿No os parece que ya es hora de enterrar el hacha de guerra?

Se giró hacia Velkan con gesto inocente.

—¿En su espalda? Dime fecha y hora.

Los ojos del lobo se clavaron en los suyos.

—Radu acaba de recibir una segunda oportunidad en su nueva compañera.

Las palabras tardaron unos momentos en penetrar en su mente y darles el lugar que les correspondía. La sorpresa y también la amargura lo golpearon, pero tuvo cuidado de no dejar traslucir ninguna de ambas.

—Así que el alfa de Praga ha encontrado una nueva mujercita —chasqueó la lengua—. Lo siento por la loba, no le ha caído precisamente el premio gordo.

—Es humana.

La carcajada resonó en la sala incluso antes que pudiese retenerla. Ninguno de los presentes ignoraba la relación que lo unía a Radu Alezandru, lo que habían sido antaño y lo que eran ahora. Si había dos alfas que no se podían ni ver, eran ellos. Algo irónico, dado que se habían pasado gran parte de sus vidas pendientes el uno del otro. Pero esta daba muchas vueltas y en uno de esos giros le había tocado a él apearse y hacer lo que ningún lobo debería afrontar jamás, una realidad demasiado oscura como para abrazarla sin obtener en el proceso algunas cicatrices eternas.

—Parece que el destino es justo, después de todo —comentó con palpable sarcasmo—, y da a cada uno lo que se merece.

Oh sí. Él había tenido también lo suyo. Ese cabrón llamado destino le había obsequiado con lo que todo lobo desea encontrar, una compañera, solo para quitársela de la manera más cruel e infame posible. La había querido y amado como se suponía debía hacer y la había llorado tras su abrupta partida, pero sus lágrimas no habían sido las de un lobo destrozado por la pérdida, sino las de un alma partida en mil pedazos.

Se subió las gafas oscuras que protegían sus sensibles ojos y mantuvo una actitud estoica.

—Le enviaré un ramo de flores a modo de felicitación —comentó manteniendo el tono irónico en todo momento—. Creo que los cardos van bien en esta época del año.

Velkan lo miró sin decir nada, no hacían falta palabras y ambos lo sabían. Las cicatrices que Mijaíl llevaba en su interior eran casi tan palpables como las externas.

—¿Tulipanes mejor?

—Cualquier día tendré que venir a separaros a los dos —irrumpió Arik mirándole con total conocimiento—. Y va a ser un jodido día, porque no sé si me disgustas tú más que él.

Sonrió con desdén.

—Apúntalo en tu agenda, ejecutor, quién sabe si ese día no esté más cerca de lo que cualquiera piensa.

—Ella puede volver, lo sabes, ¿no?

Las misteriosas palabras hicieron que prestase toda su atención al lobezno.

—Si el destino es inteligente no pondrá de nuevo ese lastre en mi camino —replicó con voz acerada—. Con una vez fue más que suficiente.

—Ekaterina no era la adecuada.

Apretó los dientes, la respuesta presta en la punta de la lengua.

—Era mi compañera…

Y una asesina. Una a la que él mismo había tenido que dar caza y presenciar su ejecución.

¿Cuántos lobos podían decir eso? ¿Cuántos podían decir haber amado a una mujer y tener que darle después muerte? La sangre que tiñó esas primorosas manos lo había manchado también a él, había infringido en su corazón las mismas heridas mortales que acabaron con una criatura inocente.

No. No quería esa maldición de nuevo en su vida. Ekaterina había sido la única y la había amado como había podido, incluso intentó disculparla en su incipiente locura, pero la muerte le concedió la libertad que él no había podido darle.

—Además, ya no tengo paciencia para reeducar a otra mujer.

—No te cierres al destino, Mijaíl, uno nunca sabe cuándo llamará de nuevo a la puerta o en qué manera.

Bufó y desecho la conversación con un gesto de la mano. No había necesidad de hurgar en el pasado.

—Me ocuparé de tu invitado e intentaré que siga con vida, pero deja de darme ya sermones —se quejó mirándole con gesto contrariado—. Sienta fatal que te los de alguien más joven que tú.

—Te cambio el puesto cuando quieras.

—¿Y tener que lidiar con lobos lloriqueándote cada día? —Hizo una mueca de espanto—. Desgraciadamente mi oído sigue en perfectas condiciones, Velkan, sino hasta lo pensaría.

—Al final cada uno tenemos lo que nos toca en suerte —acotó Arik.

El joven Príncipe miró a su subordinado, quien se limitó a enmarcar una ceja. No dejaba de asombrarme como alguien que apenas entraba en la treintena era el cabeza de su raza. La prematura muerte del Rey había dejado a un Velkan de 10 años al frente de su gente. Por fortuna tenía un buen consejero al lado y el lobo había madurado lo necesario para convertirse en un buen hombre, sabio y justo. Pero no dejaba de ser un chiquillo con una fuerte carga sobre sus hombros.

Era curioso que lo viese así cuando el mismo no había cumplido todavía los cuarenta y tres.

Con todo había algo que parecía haber cambiado en los ojos del muchacho, una luz que antes no había estado presente.

—Eres demasiado joven para quejarte.

—Es posible. Se me ocurre alguien que estaría incluso de acuerdo contigo, aunque este no es el momento de discutirlo. Necesito a ese lobo fuera de peligro, mucho depende de él.

Entrecerró los ojos ante su franca respuesta. Había escuchado rumores, pero no había llegado a darles demasiada importancia, especialmente viniendo de dónde venían. Ahora, sin embargo, parecía tener la confirmación de boca del principal interesado.

—Entonces, ¿los rumores sobre la princesa…?

Velkan asintió lentamente sin apartar la mirada ni un solo instante.

—No estaba del todo seguro, pero… sé que Rumati no mentiría, no en algo tan importante —aceptó dándole por fin nombre al lobo que había traído consigo—. Ella está viva.

El tono de su voz cuando pronunció esas palabras y el brillo en sus ojos le dijo todo lo que necesitaba saber. Ese era el cambio que había visto en él, la esperanza brillaba ahora en esas profundidades doradas.

—¿Qué piensas hacer ahora? —inquirió mirando a uno y a otro—. ¿Hay alguna pista sobre su paradero?

Negó con la cabeza y la frustración en el gesto era palpable.

—Rumati ha viajado de Estados Unidos a Europa, llevamos meses siguiéndole el rastro —añadió Arik—. No fue hasta hace unas semanas que dimos con él, lo que no esperábamos era que él estuviese siguiendo a su vez a esos lobos…

—¿Los estaba rastreando?

—Todo lo que puedo suponer es que lo hacía con la esperanza de que lo condujesen hasta

ellas.

—¿Ellas? —frunció el ceño.

—Nahara Daratraz, la joven compañera de Rumati, sería otra de las supervivientes de esa noche —le explicó el ejecutor—. Todo apunta a que la adolescente huyó esa noche con la princesa…

Y, si esa joven loba había conseguido escapar, haría hasta lo imposible para proteger a la niña, cualquier lobo de su raza daría hasta su propia vida para proteger a los lobos puros, la línea real.

—Pero ¿cómo ha aparecido esta información ahora? ¿Cómo no se ha sabido nada antes?

El lobo se pasó la mano por el pelo con gesto agotado.

—Dawn fue junto con Leah, la compañera del alfa de Nevada, una de las supervivientes de aquella noche —expuso de manera resumida—. Por azar del destino, ha estado internada en una clínica de salud mental hasta hace relativamente poco. Sus recuerdos de aquella noche no son muy fiables, tiene lagunas, no ha sido sino hasta la llegada de Malik, el joven sanador de la tribu AlRashid, que entre ambos han podido rellenar esas lagunas y darnos una versión lo más fiel posible de lo ocurrido.

—Atacaron sin previo aviso. Se desató el infierno —continuó Velkan—. Intentaron reunir a los niños, pero no estaban todos. Dawn está casi segura de haber visto a una mujer adulta guiando a algunos niños por en medio del fuego, conduciéndolos a través de las casas en llamas hacia uno de los molinos, el único que tenía una vía de escape subterránea.

—¿Una vía subterránea?

Su compañero asintió.

—Lo hemos comprobado —explicó al tiempo que apretaba los dientes—. Era uno de los conductos del agua, una acequia hecha de piedra lo bastante grande para que unos niños pudiesen atravesarla sin ser vistos y que desembocaba algunos metros más abajo, en el río.

—La pelirroja está segura de que vio a una mujer, no recuerda con exactitud su rostro o quién era, pero jura y perjura que guio a un puñado de críos a través del fuego mientras ella y los supervivientes que se encontraron esa noche, huían hacia los bosques. Entre ellos cree recordar a una jovencita que llevaba una niña de cinco años con rizos color azabache con ella.

Y esa era toda una declaración, pensó atónito, especialmente cuando todos se habían vuelto locos buscando a la heredera de sangre. Había sido un infierno el ver ese lugar y no hallar rastro alguno de la niña u otros supervivientes. Él había viajado escoltando al príncipe y lo sabía bien.

Si había algo que nunca podría olvidar era el dolor en los ojos de un joven lobo como Velkan y su estoicidad ante los acontecimientos. Había perdido a su compañera incluso antes de poder reclamarla.

—No hemos tenido noticia alguna de su paradero en estos últimos diecisiete años. Si ha estado viva, ¿por qué no se ha dado a conocer? ¿Por qué no ha buscado a algún miembro de su raza?

—Solo podemos suponer que quien quiera que se la llevó ha querido mantenerla oculta por algún motivo —repuso Arik, aunque no parecía muy convencido.

—Demasiadas suposiciones, demasiadas incógnitas y tan solo una certeza, Denali está viva —atajó Velkan.

Y eso le daba fuerza para soportar la separación, comprendió.

—La pregunta es, ¿dónde? —Miró a los dos lobos.

—Lo averiguaremos —repuso el ejecutor—. Levantaremos cada maldita roca hasta dar

con ella.

—Esos lobos, los recientes ataques… no creo en coincidencias —admitió finalmente. La presencia del alfa de la diezmada manada Daratraz era prueba de ello.

—Ni nosotros tampoco —corroboró Arik—. Habrá que poner sobre aviso a todos los alfas de las regiones circundantes. Rastrearemos la zona, vigilaremos los perímetros, si se atreven a respirar lo sabremos.

Velkan miró hacia el otro lado de la sala, casi podía adivinar lo que estaba pensando.

—Todavía estamos a tiempo de sacarlo de su miseria.

Las palabras del ejecutor eran toda una declaración en sí misma.

—No. Quiero que viva —declaró con franca decisión—. Me lo debe.

—Dudo que se atreva a morirse sabiendo que irías al infierno a patearle el culo —le aseguró—. Es lo que hacemos aunque no nos guste especialmente la familia.

—Y tú lo sabes mejor que nadie, ¿no?

Se encogió de hombros y no contestó. Aquello formaba parte del pasado.

—Es hora de reunir a los alfas —resumió finalmente—, y que se sepa toda la verdad.

—A quien no le gusta una buena fiesta en esta época —chasqueó intentando aligerar el ambiente—. Pero no me mandes hacerla a mí, apesto en sociedad.

—A ti te necesito aquí.

La firme convicción que escuchó en su voz fue suficiente para él, después de todo, era una petición del jefe de su raza, no podía negarse a ayudar y tampoco quería hacerlo.

—Estoy a tu servicio, Voda.

—Hablaré con Savage —añadió Arik—. Ella pondrá sobre aviso a Odin y a los demás alfas de territorio americano.

El joven asintió.

—Que así sea.

Mijaíl no se perdió la mirada y el gesto en ese rostro cuya madurez no conseguía disimular su juventud. Solo esperaba que Velkan no hiciese nada estúpido, rogaba por ello.

CAPÍTULO 4

Una compañera. Después de tanto tiempo, de haber perdido a la dueña de su corazón, el destino le otorgaba una segunda oportunidad en la forma de una mujer humana.

Era extraño y excitante a la vez, pensó Radu, la había reconocido al momento, no se lo había cuestionado o lo había rechazado, por otro lado no es que hubiese tenido tiempo para ello.

Según los documentos que encontró en su mochila, su nombre era Judith Stevens, nacida en Praga y con residencia en el 10 de la calle Donatellova, Strasnice.

Era una muchacha, una jovencita en lo que a él respetaba, su pelo tenía un intenso tono rojizo tan irreal que parecía artificial, pero no había ningún olor químico en él. Conocía el color de sus ojos, la forma de su mirada y había podido hacerse una idea de su cuerpo al cogerla en brazos, pero eso era todo lo que sabía de ella.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta y ladeo la cabeza. Ella seguía inconsciente, su cerebro se había apagado por la sobrecarga de estímulos y la sorpresa de que algo que, posiblemente creyese irreal, se hubiese materializado ante sus ojos.

Sabía las dificultades que tenían los humanos para lidiar con lo sobrenatural, llevaría algo de tiempo, pero terminaría acostumbrándose así como él a ella.

Con todo, no podía evitar preguntarse cómo había llegado hasta allí, que llevaba a una mujer como ella a buscar la soledad de las montañas. Era un misterio para él como lo era todo lo relacionado con ella.

Había decidido llevarla a su propio hogar, tal y como estaban las cosas ahí fuera, no se sentiría tranquilo teniéndola lejos de él y, por extraño que pareciese, ese sentimiento había sido algo completamente ajeno a él cuando se había emparejado la primera vez.

Ahora mismo su lobo parecía dividido entre su nueva compañera y su lealtad hacia el príncipe. Sabía que Velkan estaría bien mientras tuviese a Arik a su lado, el ejecutor no le perdería de vista y evitaría que se metiese en cualquier problema que pudiese presentarse. Con todo, la reciente persecución y la pelea en la que se había visto inmerso no abandonaban su mente. La manada se había divido a propósito, habían buscado dividir su atención y dividir así el peligro. Su ritmo era vertiginoso, sabiéndose perseguidos por alguien más y no había manera de que se equivocase sobre la identidad de ese cazador.

Su aullido le había puesto los pelos de punta, pero Velkan había actuado sabiamente enviándole a casa con ella, no habría podido mantener la atención necesaria en el rastreo con Judith inconsciente y lejos de él.

—¿Radu?

Levantó el índice y se lo llevó a los labios mientras daba un paso atrás volviendo al pasillo. La atractiva loba rubia enarcó una ceja ante su silenciosa advertencia y caminó hacia él.

—¿Qué...?

Le indicó con un gesto de la cabeza el dormitorio.

—Ella es Judith.

La réplica no se hizo de rogar. Esa mujer mantenía con mano firme tanto su casa como su vida en orden.

—¿Ahora metes a tus amantes en tu cama? —le soltó con su vena irónica de siempre—. Aunque es un pelín jovencilla para tus gustos, ¿no? Y... es humana.

—Es mi compañera.

Melinka giró muy lentamente en su dirección con los ojos como platos.

—Me estás tomando el pelo.

—Todavía no he caído en ese tipo de suicidas tentaciones.

Mel era una guerrera, una rastreadora y su mano derecha. La loba beta era algo así como su voz de la consciencia además de su mejor amiga y estaba emparejada, curiosamente, con el beta de la última persona a la que soportaba.

—Pero... ¿ella? —Miró hacia la habitación y de nuevo a él—. ¿En serio?

—Lo juro por mi honor —aseguró siguiendo su mirada hacia el dormitorio—. Aún ahora no entiendo cómo ha pasado esto. Reconocí su aroma, mi lobo la reconoció... Alguien, ahí arriba, debe tener un sentido del humor muy retorcido para decidir enviarme otra mujer, una nueva compañera.

Los ojos claros de la loba cayeron sobre él.

—Lo único que encuentro extraño es que no estés meando a su alrededor para marcar territorio.

Ahora fue él quien enarco la ceja ante su pobre elección de palabras.

—Oh, ya sabes lo que quiero decir. —Lo desecho con un gesto de la mano—. Esta sí que es una enorme y grata sorpresa. Una compañera. Después de tantos años una segunda oportunidad. Bendita sea la deidad que se ha acordado de ti. Ahora procura no meter la pata.

No pudo más que suspirar y decir lo que sentía en ese momento.

—No sé qué hacer con ella —confesó y señaló el dormitorio—. Este no es un buen momento para volver a emparejarse.

—El momento no se elige, solo llega, acéptalo.

—Es humana —le recordó.

—Humanas, lobas, no notarás la diferencia, lobito.

La miró de nuevo.

—Desnudas somos todas iguales —le soltó a modo de aclaración—. ¿Lo pillas?

Puso los ojos en blanco.

—Ahora, la parte importante, ¿cómo diablos ha llegado hasta aquí y porque está vestida si está en tu cama?

Sin duda una interesante pregunta para la que no tenía una verdadera respuesta.

—La caza nos reportó más premios de los esperados.

—Siempre igual, me dejas en casa cuando las cosas se ponen interesantes —bufó ella.

—Te necesito para proteger el fuerte.

—Excusas, exc...

—¡Deja a ese lobo ahora mismo!

Ambos se giraron hacia el dormitorio a tiempo de ver a la bella durmiente despertándose de golpe, con el brazo extendido y señalando con el dedo hacia el frente.

—Vaya, parece que la cosa pinta bien. —Le palmeó el brazo con cuidado, incluso ella debía haber olido sus recientes heridas—. Que te diviertas, querido.

—Mel...

—Esto es algo a lo que debes enfrentarte tú solito —le recordó y se despidió con la mano —. Buena suerte.

—Será perra… —gruñó para sí, entonces se giró hacia el dormitorio y se encontró de nuevo con esos inquisitivos y sorprendidos ojos azules, los más hermosos que había visto en sus cuarenta y dos años de vida.

Judith no podía apartar la mirada de ese hombre. Rojo. Ese era su color, el color de su aura y de un alma que ocultaba secretos a los que no se atrevía a acercarse. Era más de lo que parecía a simple vista, mucho más de lo que el ojo humano comprendía y también mucho más de lo que ella podía afrontar ahora mismo.

Cerró los ojos con fuerza y se llevó la mano a la cabeza.

—¿Te sientes mal?

Su voz le provocó un escalofrío, su sangre golpeó en sus venas y la temperatura creció en su interior. Era él, había aparecido por fin, las voces la habían avisado de esto hasta el cansancio y, aunque había hecho todo lo posible por ignorarlas, al final había ocurrido.

—¿Judith?

Su nombre le provocó otra ráfaga de calor y se inclinó rauda hacia un lado de la cama para vomitar.

Casi sin darse cuenta él estaba allí, una mano grande tocándola, acariciándole la espalda.

—Respira.

Lo hizo, su cuerpo se alivió bajo su contacto, extrayendo de él lo que necesitaba.

—No deberías tocarme.

—Por el contrario no veo motivo alguno por el que no deba hacerlo.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y lo miró. Esos ojos color ámbar parecieron jugar al escondite durante unos segundos con los mechones de pelo negro que le bailaban por la frente.

—Estás pálida.

Su mente no registró sus palabras. Su presencia, esa forma de mirarla, su aroma, todo ello abrió una compuerta cerrada hasta el momento y los recuerdos se vertieron en forma de cascada. Revivió lo que había ocurrido, los aullidos que habían resonado en el parque, el vicioso ataque, su caída y él, esos ojos mirándola y entonces ya no eran los suyos, sino los de un lobo.

Lo imposible se había hecho realidad ante sus ojos, un animal que tomaba forma humana y un humano que adquiría forma animal.

—Eres un lobo.

¿Había sonado a acusación? Demonios, lo que tenía que preocuparle no era su tono, sino la estupidez que había pronunciado en voz alta.

—Lo soy —admitió tranquilo, echando por tierra cualquier posible explicación que quisiese encontrar su cerebro—. Soy el Alfa de Praga. Radu Alezandru.

Bajó la mirada sobre sus propias manos y tragó al ver los rasguños en las palmas. No había sido un sueño, no lo había imaginado. Volvió a mirarle con gesto acusatorio.

—Me salvaste.

Su tono pareció hacerle gracia a juzgar por la ligereza con la que respondió.

—Era mi deber.

—Tu deber.

—Eres mi compañera.

Sus palabras no significaban nada y al mismo tiempo tenían sentido. Al final su abuela había tenido razón, no podía escapar a sus raíces, no podía negar quién era y el que él estuviese allí, mirándola, era prueba de ello.

—Nada de lo que digo tiene sentido para ti.

Negó con la cabeza. Si él supiera…

—No... Y sí.

Se limitó a sonreír.

—Han sido demasiadas emociones para procesarlas en tan poco tiempo.

Oh, no se hacía una idea de cuántas.

Miró a su alrededor para evitar fijar la mirada en él, solo entonces fue realmente consciente de dónde se encontraba o dónde no.

—¿Dónde estamos? —preguntó volviéndose de inmediato hacia él.

—En mi casa —respondió con total tranquilidad—. En Nove Mesto.

—¿Nove Mesto? ¿Estamos en Praga?

—Sí.

—Vaya.

Miró de nuevo a su alrededor y vio su mochila. Entonces frunció el ceño y se volvió hacia él.

—Espera, has dicho mi nombre, ¿cómo...?

—Sí, abrí tu mochila —aceptó sin más—. Puede no haber sido educado, pero sí necesario.

Lo miró unos segundos y decidió que decía la verdad. No era un acosador, ni un lunático, su aura era limpia y eso ya era tranquilizador en medio de esa inesperada locura.

—Bueno, eso me sitúa un poco lejos de casa —murmuró—. Supongo que si estoy aquí es porque es aquí donde debo estar.

—Tienes una forma bastante interesante de afrontar las cosas —comentó él—. En tú lugar otros no dudaría en, al menos, preocuparse.

Sí, bueno, no había muchas personas capaces de estar en sus zapatos.

—Me preocupa estar en Praga, no sabes cuánto, pero soy de las que opina que si he llegado aquí es por algo y lo mejor que puedo hacer es averiguar el motivo.

—Un pensamiento inteligente y que comparto, *přítelkyně*.

Compañera. La palabra encerraba mucho más de lo que parecía a jugar por la manera en que la había pronunciado y su reacción.

Volvió a mirarse las manos y compuso un mohín.

—Um, ¿puedo pedirte un botiquín o algo para desinfectarme las manos?

—Puedes pedirme lo que necesites —aceptó dando un paso atrás y señalándole una puerta al otro lado de la habitación—. En cuanto al botiquín está en el baño.

Siguió su indicación con la mirada y no pudo evitar mirarle de nuevo.

—Has dicho que te llamas, Radu, ¿no?

Él asintió y ladeó la cabeza como si esperase a que tuviese más preguntas que hacerle.

—Así me bautizaron —replicó con bastante desinterés.

Enarcó una ceja y expuso lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Bien, Radu, ¿por qué tengo la impresión de que estamos aquí y que yo soy la única que no sabe algo que parece ser de vital importancia?

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Estamos aquí porque fue el lugar más seguro en el que pude pensar para traerte —le dio una rápida respuesta—, y en el que yo me siento tranquilo sabiéndote en él. Posiblemente nada de lo que esté mencionando ahora tenga sentido para ti, solo puedo prometerte que todo tendrá sentido a medida que las cosas se vayan aclarando. Por ahora, creo que lo justo es que sepas que eres mi compañera.

Arrugó la nariz. Ese hombre era muy perspicaz.

—¿Y qué significa exactamente eso?

La mirada que le dedicó la sacudió de los pies a la cabeza, encendió terminaciones nerviosas que no recordaba ni tener.

—Creo que el significado que conozco, contigo será muy distinto —le dijo en un tono de voz ronco, sexy que le provocó un escalofrío de lo más placentero.

Si esto no era una jodida señal de dónde se había metido, no sabía qué lo sería.

—¿Por qué?

La recorrió con la mirada.

—Porque eres distinta —parecía estar buscando su alma o algo más profundo—, a un nivel que todavía no entiendo, eres distinta.

Ese hombre, lobo, lo que fuese, era muy perspicaz.

—Pero no tiene mayor importancia, por uno u otro motivo aquí estamos —continuó—. Con el tiempo, puede que sepa darte una respuesta a la pregunta que acabas de hacerme.

Dio un paso atrás y se disculpó.

—Por el momento… —le indicó de nuevo el baño—, te dejaré para que puedas asearte y después quizá puedas explicarme tú a mí qué hacías en una reserva natural tú sola.

La facilidad con la que eludió su pregunta y le dio la vuelta la dejó pasmada durante unos segundos.

—Claro —murmuró sin dejar de mirarle—. Cuando tú me digas qué era toda esa masacre.

Su gesto se oscureció y sus ojos, de un bonito tono dorado adquirieron un brillo extraño y amenazador.

—Me temo que mi pueblo está en guerra, Judith, y eso que viste, solo ha sido el comienzo.

Tembló, no pudo evitarlo. Si eso era solo una escaramuza, le horrorizada pensar en que se convertiría todo lo demás.

CAPÍTULO 5

Nahara se despertó de golpe con esa angustiosa sensación de nuevo en la boca del estómago. Se obligó a respirar a través de la nariz y deshacerse de los rescoldos del intempestivo sueño. Afuera, la oscuridad de la noche había dado paso ya a las primeras luces del amanecer, las cortinas de la habitación estaban corridas y la manta de la cama contigua a la suya hecha a un lado. Miró a su alrededor con presteza y la aprensión con la que había despertado se incrementó durante unos enloquecedores instantes.

—¿Dena? —Hizo su manta a un lado y bajó de la cama. Ni siquiera se había desvestido. Su intención había sido dormir un poco después de que su protegida se hubiese quedado traspuesta sobre su propia cama—. ¿Denali?

El silencio fue la única respuesta.

Luchó con la ansiedad que se elevaba en su interior, obligándola a replegarla de nuevo. Dejó el lecho y extendió la mano hacia la mesilla de noche sobre la que descansaba un arma de fuego. Comprobó que tenía el seguro puesto y se la introdujo en la parte de atrás de la cintura del pantalón. No detectaba peligro, pero en los tiempos que corrían ya no podía arriesgarse.

Dejó el dormitorio y atravesó rápidamente el área de la cocina y salón que conformaban la casita que habían alquilado a las afueras de Liptovské Revúce, un pequeño pueblo en la región de Zilina. Solo tuvo que abrir la puerta principal para detenerse en seco, enmarcada por las primeras luces del amanecer que se elevaba en el horizonte encontró lo que había perdido.

Sus pulmones volvieron a recuperar su función, el corazón se esforzó por bombear de nuevo con normalidad y procuró mantener un tono neutral en su voz.

—Tienes un don único para provocarme un ataque al corazón.

La joven veinteañera giró el rostro en su dirección, unos amables ojos turquesa estaban enmarcados por unas negrísimas pestañas. Su pelo, recogido en una larga trenza de la cual habían escapado algunos rizos, parecía refulgir como el ónix bajo la luz del sol.

—No podía dormir.

Y aquello no era una novedad. En los últimos años apenas habían sido capaces de descansar, siempre vigilantes, siempre mirando por encima del hombro mientras vivían en una continua huida. Su vida se había visto truncada de una manera radical obligándolas a iniciar esa vida nómada en la que parecían dos fugitivas.

—¿Las pesadillas otra vez?

Volvió a darle la espalda, la vio estirarse, alzando el rostro hacia la luz que se colaba entre los árboles y una vez más fue consciente de que la niña había quedado atrás para dar paso definitivo a la mujer. Sus curvas se habían acentuado, su cuerpo se había moldeado a base de entrenamiento y no era solo belleza lo que exhibía, sino un aire letal y salvaje que hablaba de la loba de sangre pura que vibraba debajo de su piel. Los días en los que podía correr libre y jugar de forma despreocupada se habían terminado hacía tiempo, primero le había sido arrebatada su infancia y ahora era su vida la que corría peligro.

—Nunca se han ido por completo.

Una verdad que ambas compartían, un fantasma del pasado que volvía en los momentos más bajos para atormentarlas. Recuerdos de fuego, sangre, gritos y la muerte royéndole los talones. Si bien los suyos, dada su edad, eran más fieles que los de su amiga, ninguna podía

borrar de su piel la noche en la que perdieron sus vidas y su identidad.

—Están ahí fuera —comentó entonces, un puntual recordatorio de lo que las había hecho refugiarse allí, de lo que las mantenía en constante alerta desde hacía algo más de un año—. Han vuelto a la caza… si es que la han dejado alguna vez.

Salió de la casa y se detuvo a su lado oteando los alrededores, extendiendo sus agudizados sentidos para cerciorarse de que no fuesen emboscadas.

No, dudaba que alguna vez se hubiesen detenido. Él los había adiestrado bien, los había empujado a tener presente una única consigna: recuperarlas.

—No nos cogerán, no dejaré que te tenga.

La joven loba desvió la mirada en su dirección y sacudió la cabeza.

—No, Nahara, no nos tendrá a ninguna de las dos —la corrigió.

Enarcó una ceja y trató de darle un tono cómico al asunto para restarle esa seriedad que tan a menudo parecía cubrir últimamente el rostro femenino.

—¿En serio piensas que ese vejestorio podría siguiera olerme el culo? No le darían las patas para alcanzarme.

La chica esbozó una renuente sonrisa, un intento por complacerla, uno que solo le recordaba lo mucho que parecía haber envejecido en tan solo quince meses.

—Le harías morder el polvo, de eso no me cabe la menor duda —respondió, su voz carente del optimismo que solía vibrar en ella.

Denali no era así, su vitalidad, la luz que parecía irradiar en todo momento siempre le había dado esperanzas, había hecho que cualquier problema se esfumase, pero ahora… la mujer de veintidós años que tenía delante parecía haber envejecido de repente perdiendo todo lo que le daba esencia.

—Le necesitas…

Las palabras escaparon de su boca incluso antes de que pudiese refrenarlas y consiguieron lo que siempre conseguían, que su protegida se endureciese incluso más.

—No.

Sacudió la cabeza.

—Dena…

Se giró hacia ella y vio en sus ojos ese brillo incandescente que ardía en su interior.

—No lo pondré en peligro —se negó de forma categórica—. No puedo permitir que se acerque a él, no mientras sigan persiguiéndome sin descanso.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes profesar tal lealtad por alguien que nunca ha hecho nada por ti? ¿Alguien para quién seguramente estés muerta?

—¿Cómo no puedo hacerlo? ¿Cómo negar el vínculo que todo lobo tenemos con nuestro líder? —se justificó.

Sus palabras la hicieron rechinar los dientes, omitía algo importante a propósito, como si el solo hecho de aceptarlo y tenerlo en cuenta pudiese costarle caro.

—Él no solo es nuestro líder, es tu compañero, princesa.

Volvió a darle la espalda, sabía que no deseaba discutir, posiblemente no volviese a dedicarle una sola palabra en la próxima hora con tal de no tener que volver de nuevo sobre lo mismo.

—¿Y no protegerías tú a tu compañero si estuviese con vida?

Su inesperada réplica fue como una puñalada en su corazón. Un recordatorio que hizo que su loba se revolviese inquieta y aullase con un agudo lamento. Rumati. Demasiados años habían

pasado desde aquella aciaga noche, demasiado dolor al verse separada del hombre destinado a ser su compañero, demasiados años creyéndole muerto y ahora…

«No. Tu corazón te engaña. No es él, Nahara. Si estuviese vivo, si llevase todo este tiempo con vida te habría buscado, te habría encontrado y nada de esto habría ocurrido».

Si su compañero estuviese con vida, lo sabría, ¿no?

Miró a la niña que se había convertido en una hermana, en una amiga y se preguntó, no por primera vez, como soportaba estar lejos del lobo que había nacido para ella aun sabiéndolo con vida.

«Me enseñó a odiarle, a negarle, creí en sus mentiras, en sus engaños… pero una parte de mí se resistía con uñas y dientes a tal sino».

Habían sido engañadas, las habían hecho creer mentiras tan reales que terminaron viéndolas como la única verdad y eso no hizo más que hacer la traición si cabía más amarga una vez que la verdad salió a la luz. Solo Denali había mantenido una brizna de esperanza, siguió fiel a su compañero, su odio jamás había sido tal, siempre había dejado una puerta abierta al «y si», incluso cuando las cicatrices que llevaba ocultas bajo la ropa le recordaban cada día lo que ocurría cuando confiabas ciegamente en alguien.

—Si estuviese con vida, nosotras no estaríamos aquí ahora —replicó finalmente, obligándose a creer en sus propias palabras—. No habría ocurrido nada de esto.

—Eso no lo sabemos —negó paciente—. Nunca sabremos que podría haber pasado si las cosas hubiesen sido distintas, solo podemos intentar buscar la mejor manera de actuar cuando sabemos cómo son.

—Él no se detendrá —le recordó consciente de ello—. Nos ha perseguido sin descanso los últimos cuatro años. No parará.

Los ojos turquesa de la muchacha se encontraron con los suyos.

—Y ese es el motivo por el que debemos pararlo nosotras.

Sus palabras no eran las de una adolescente, ni siquiera las de una mujer joven, eran las de una guerrera.

¿Dónde había quedado su infancia? ¿Dónde su juventud e inocencia? ¿Cuándo se había convertido en la persona que tenía ahora ante ella? No podía dejar que siguiese ese camino, no podía permitir que echase a perder su vida o que volviese a mancharse las manos como se había visto obligada a hacerlo ella misma.

—No puedes pasarte toda la vida luchando, Dena —aseguró—. Tienes que saber cuándo bajar las armas, cuando dejar que otros luchen por ti.

Negó con la cabeza.

—No quiero que nadie muera por mí.

Caminó hacia ella y la cogió de los hombros.

—Ese es el deber de cada lobo, mientras tú y nuestro príncipe viváis, cada miembro de nuestra raza vivirá y morirá por vosotros —insistió en el credo que se negaba a aceptar a sabiendas de que era el correcto, el que cada lobo llevaba impreso en los genes—. Le prometí a Rumati que cuidaría de ti cuando te puso en mis brazos y se alejó de nosotras, se lo prometí a mi compañero y no hay nada en este maldito mundo que haga que rompa esa promesa.

—En ese caso, esperemos que él vuelva a ti para liberarte de ella —declaró con firmeza—. No quiero tener tu muerte en mi conciencia y tu sangre tiñéndome las manos, Nahara, antes prefiero morir yo…

La abrazó con fuerza. Era tan fuerte y frágil al mismo tiempo, una pequeña guerrera que siempre tendría su corazón además de lealtad.

—Deja que te lleve a casa, Denali, deja que te lleve con él.

La notó temblar, supo el momento exacto en que esa coraza empezó a desprenderse.

—No puedo…

—Es hora de volver al hogar.

Negó con la cabeza contra su hombro.

—Ya no tenemos un hogar, él lo destruyó.

Y ese era otro pecado por el que ese malnacido estaba sentenciado a muerte.

—Velkan te dará uno.

Negó de nuevo con la cabeza y la empujó con las manos, sus ojos estaban brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar, sus labios apretados en un duro rictus.

—No —negó de nuevo y esta vez había rabia en su voz—. No hasta que sepa que ese maldito está muerto.

Suspiró.

—No puedes matarle, princesa, no puedes matar a tu propio padre.

Levantó la barbilla con terquedad, un gesto que no hacía más que recordarle la clase de loba que era.

—Entonces es una verdadera suerte que ya no lo considere como tal.

No podía culparla por sentirse así, por hacerse eco de sus propios pensamientos y emociones. El hombre que las había recogido, quién las había protegido y ocultado para su propia protección durante años había sido como un padre para ellas, especialmente para alguien tan pequeña como lo era Denali en aquellos días. Nunca, ni en sus más salvajes pesadillas habrían pensado de él que no era otra cosa que el amable granjero que las había criado, protegido y querido, nunca imaginó que debajo de esa fachada existía un monstruo capaz de diezmar a toda una manada para llevar a cabo su propia venganza.

No. No podía permitir que lo asesinaran, ese placer era únicamente suyo, una cuenta pendiente de la que ese malnacido ni siquiera era consciente.

—Pagará por todas y cada una de las muertes que ha provocado, Dena, pero no te corresponde a ti esgrimir el arma que acabe con su vida.

La chica dio un nuevo paso atrás y se pasó la mano por el pelo con gesto alterado haciendo que su trenza se balancease.

—No podemos dejar que siga matando, que siga embaucando y trayendo la desgracia sobre lobos y humanos inocentes —se quejó y extendió el brazo como si quisiera enfatizar sus palabras—. Ya has visto lo que ha hecho a los alfas de América, las muertes que ha dejado tras de sí… es como si quisiera decirme *«mataré a cada lobo hasta que salgas a la luz»*.

Sacudió la cabeza.

—No —negó con rotundidad—. Ninguna de esas muertes ha sido culpa tuya…

—Pero es a mí a quién quiere…

—¡No! —Insistió con mayor vehemencia—. No te tendrá. Jamás. No lo permitiré, Denali. Te llevaré a casa, te dejaré con el príncipe y…

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza con fuerza.

—No —negó con la cabeza—. No sabemos a quién tiene a su lado, a quién más ha contaminado. No podemos arriesgarnos a ponerle lo que desea en bandeja de ninguna manera.

—Oh, loba cabezota —resopló. No había manera de hacerla entrar en razón y empezaba a pensar que nunca lo conseguiría. Al final, tendría que actuar por sus propios medios y hacer lo mejor para ella—. Entonces, adviértele. Déjame que lo busque, que hable con él y le diga lo que ocurre. Su alteza debe saber a qué se enfrenta.

La vio morderse el labio, indecisa, y volvió a negar.

—No puede saber que sigo con vida, no puedo… ir a él todavía… no puedo.

Resopló, extendió los brazos a modo de rendición y sacudió la cabeza.

—Juro que me provocas dolor de cabeza.

Su respuesta fue mirarla con gesto culpable.

—Lo siento.

Volvió a resoplar y sacudió la cabeza.

—No es culpa tuya, Dena, lo de mi dolor de cabeza sí, pero no todo lo demás —optó por cambiar de tema—. Imagino que no has estado aquí de pie todo el tiempo, ¿has salido a rastrear?

La conocía lo suficientemente bien para saber que no se quedaría quieta, no con el revuelo que se había estado generando últimamente entre las fronteras de los países. La gente de los pueblos había estado hablando de ataques furtivos, de extranjeros haciendo preguntas extrañas… Las estaban buscando, no habían dejado de hacerlo y no lo harían hasta dar con ellas.

Demasiadas muertes sin sentido habían tenido lugar en los últimos quince meses a causa de su huida. El continuo ataque sufrido en los últimos tiempos por los alfas de Norteamérica no era más que una pantalla de humo, una vendetta personal aderezada con mentiras y falsos testimonios, algo en lo que mantener ocupados a los miembros más poderosos de su raza y alejar así la mirada de cosas más pequeñas y con mucha más importancia, como era el buscarlas a ellas.

Un descuido, un estúpido descuido que ha costado tanto a tanta gente.

No podía permitir que volviese a pasar, no podía dejar que volviese a acercarse a Denali y destruyese todo lo que era.

—He echado un vistazo a los alrededores, la zona es segura, pero… —comentó girándose hacia la izquierda y señaló el horizonte—. Anoche, las montañas se tiñeron de rojo. Se ha derramado sangre, pero creo que no ha sido sangre inocente.

Entrecerró los ojos hacia la zona que le indicaba y arrugó la nariz. Desde que podía recordar, Denali siempre había tenido una sensibilidad especial con la tierra y los elementos de la naturaleza que la rodeaban. Era capaz de escuchar cosas que los demás no podían, como si el suelo le hablase y le contase lo que allí había ocurrido.

—Iré a echar un vistazo y tú te quedarás aquí.

El gesto que le dedicó lo decía todo.

—Dónde tú vas yo voy, ¿recuerdas?

—Deberías empezar a escuchar a tus mayores.

Sonrió de soslayo.

—Ya lo hago, te escucho a ti.

Sacudió la cabeza y dio media vuelta para volver a entrar en la tienda de campaña.

—Ten preparadas tus cosas en caso de que tengamos que marcharnos de aquí a la velocidad de la luz.

Hubo un momento de silencio, entonces escuchó su voz.

—¿Crees que esto terminará alguna vez?

Se giró hacia ella y respondió con total sinceridad.

—Lo hará tan pronto ocupes tu lugar junto al príncipe —le recordó—. Y dejes que otros peleemos tus batallas.

Sonrió.

—Algún día, *Naharita*, algún día tu deseo se hará realidad.

Sacudió la cabeza y volvió a darle la espalda. No iban a esperar tanto, algo le decía que ese día estaba más cerca de lo que ninguna esperaba.

CAPÍTULO 6

Judith se miró al espejo e hizo una mueca al ver el tono rojo intenso de su pelo. Si todavía albergaba alguna duda al respecto aquella era prueba más que suficiente. Su intensidad iba acorde a su propia aura la cual había ido mudando hasta adquirir el mismo tono del de la de Radu Alezandru.

Un lobo. Sus ancestros habían decidido que ella, la última romaní de su clan encontrase su equilibrio en un lobo.

—De verdad, abuela, preferiría que me hubieses dejado una escoba en herencia y no está maldición.

Suspiró, se salpicó la cara con agua e hizo una nueva mueca cuando está le escoció en las palmas.

—Tenía que haberme quedado en casa, viendo la tele y comiendo helado, así no estaría en semejantes problemas.

Echó un vistazo a la habitación adyacente y típicamente masculina. Todo olía y le recordaba a ese monumento de hombre que había conocido en circunstancias más bien peculiares.

Moreno, con unos bonitos ojos dorados, hombros anchos y una elegancia innata, era un hombre de lo más interesante. No era un niño, cosa que le había llamado la atención y le gustaba de una forma que no esperaba. Según el estado de su aura debía estar alrededor de los cuarenta y tantos, lo que le otorgaba unos quince años más que ella.

—No creo que eso me convierta en una cría, no con veintiséis años encima.

Sacudió la cabeza y empezó a buscar en los armarios hasta dar con el antiséptico y las gasas.

—Lo que esto me convierte es en una estúpida e imprudente mujer que se ha metido dónde no debía y estaba en el sitio menos oportuno.

Y a pesar de todo, aquello había resultado también en un inesperado encuentro destinado a cambiar su vida.

Eres mi compañera.

La seguridad en su voz vino acompañada de esa mirada en sus ojos, una que decía más de lo que seguramente él querría dejar traslucir.

—Compañera —repitió para sí.

¿Su propio equilibrio? ¿Era tan solo una forma distinta de englobar lo mismo?

Sacudió la cabeza y se aseó rápidamente antes de volver a la habitación y encontrarla ahora vacía. Echó un vistazo a su alrededor, no cabía duda de que se trataba de una estancia puramente masculina, con un toque elegante, moderno y también con un poco del viejo mundo.

—Praga —murmuró acercándose a la ventana y suspiró—. Un poquito lejos de tu zona, Jud.

Especialmente dado la ubicación de la casa en la que se encontraba como pudo ver a través de la ventana.

Los edificios de la antigua urbe parecían un campo de guardianes dormidos, seres a la espera de ser despertados para defender la ciudad.

Aquel era sin duda un escenario privilegiado, una localización en la que poca gente podría

permitirse tener una vivienda y sin embargo ese hombre disfrutaba de una impresionante.

Agitó la cabeza y le dio la espalda a la ventana para volver a comprobar el masculino dormitorio. Era el suyo, no tenía duda alguna al respecto, el lugar poseía su misma energía, una que la inquietaba a niveles que apenas podía empezar a comprender.

Se miró las manos y suspiró, un poco de agua, jabón y desinfectante y estaba como nueva, no podía decir sin embargo lo mismo del resto de su persona o de sus pantalones favoritos los cuales habían sufrido las inclemencias de su accidente.

—30€ a la basura —resopló e hizo una mueca—. Bueno, al menos estás viva. Eso bien vale un par de pantalones.

Un dato importante a tener en cuenta dadas las circunstancias.

Se fue directa a la puerta con intención de salir —y comprobar así mismo que no la habían encerrado—, pero tan solo llegó a tocar el pomo. Él estaba allí, al otro lado, en algún lugar cercano. El pensamiento le aceleró el corazón e hizo que diese un inmediato paso atrás y mirase ese objeto inanimado como si esperase que la atacara.

—De acuerdo, cálmate, sabes que esto pasaría antes o después, la abuela te lo advirtió —empezó a murmurar—. Aunque debería haber añadido que podías volverte loca en el proceso. ¡Por amor de Dios! ¡No tengo ni la menor idea de quién es este tío! ¡Si hasta tiene cola y pelo!

Se obligó a respirar profundamente un par de veces y contó mentalmente hasta veinte.

—Mierda, no todos los días una bruja romaní encuentra a su pareja de vida —negó con la cabeza y atacó finalmente el pomo—, tendría que haber un manual para esto.

El pasillo estaba vacío aunque bien iluminado, algunos cuadros cubrían las paredes y se quedó atónita al reconocer a algunas de ellas. Dado que no era ninguna entendida en arte, aquello ya era de por sí acojonante.

Contó varias puertas, alguna de las cuales estaban abiertas, pero fue la situada al final y cerca de las escaleras la que atrajo su atención. Reconoció su voz, profunda y a la vez preocupada, a juzgar por la manera en que hacía pausas parecía estar al teléfono.

—¿Sobrevivirá?

La inquietante pregunta la llevó a pensar en toda clase de horribles probabilidades.

—Entiendo —escuchó de nuevo—. Esas son noticias inesperadas aunque esperanzadoras. Sí ella está ahí fuera, es necesario encontrarla.

¿Estaban buscando a alguien? ¿Por eso había sido conducida hasta allí?

No empieces a pensar en cosas raras, Jud, él ni siquiera sabe quién eres y mucho menos qué es lo que haces.

Muy poca gente lo sabía, en realidad, no era algo que pudiese contar a la gente sin que esta la mirase ya de manera distinta.

Continuó acercándose hasta quedarse delante del umbral. Sus ojos se encontraron y él la saludo con un gesto de la cabeza.

Ha sabido todo el tiempo que estaba ahí.

Del mismo modo que ella había sentido su presencia, él había sentido la suya. No encontraba una explicación para semejante certeza, pero así era.

—Me temo que yo tengo ahora mismo las manos atadas, pero puedo enviarte a Melinka. Es una buena rastreadora.

La llamó con un gesto de la mano y se encontró caminando hacia él.

—Lamento la interrupción —murmuró en voz baja, no queriendo molestar.

Negó con la cabeza.

—No hay nada que lamentar —respondió y volvió con su interlocutor—. Le diré que te

llame y quede a tus órdenes. Sí.

La miró mientras escuchaba, sus ojos cayeron sobre sus manos y levantó las palmas para mostrárselas diciéndole sin palabras que había encontrado lo que buscaba. Su gesto se ensombreció por un momento como si estuviese preocupado.

—No. Judith está bien, está aquí conmigo —comunicó a su interlocutor—. Mayormente rasguños, su mente es tan lúcida como la mía.

Uff, podría diferir con él en eso en estos momentos.

—Intuyo que es mucho más que una simple humana, Arik —no dejó de mirarla—. Dile a su alteza que no se precipite y no lo pierdas de vista.

Con eso apagó el teléfono y lo dejó sobre una mesa de madera. La habitación era un lugar totalmente masculino, con un aire hogareño y muy personal. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, solo el enorme escritorio contra el que estaba apoyado le confería un aire de sobriedad y modernidad.

—¿He elegido mal mis palabras?

Le sostuvo la mirada, pero no se atrevió a darle una respuesta directa. Todavía no sabía quién era él en realidad y la facilidad con la que había despertado su alma no hacía otra cosa que ponerla nerviosa.

—Entiendo —respondió a su silencio—. Tendré que aprender a ser paciente y ganarme tú confianza.

Sus palabras contribuyeron aumentando su nerviosismo e incomodidad.

—Siento si parezco arisca, pero… hay cosas que todavía me estoy esforzando por comprender —replicó intentando darle un voto de confianza—. No… no te conozco, me has salvado de romperme el cuello o, peor aún, de que me comiesen viva… y me he despertado a kilómetros de mi casa sin saber cómo he llegado aquí.

—Son muchas incógnitas, ¿no?

Asintió.

—Unas pocas, sí —aceptó y miró de nuevo hacia el teléfono—. No he podido evitar escuchar parte de tu conversación. ¿Estáis buscando a alguien?

No cabía duda de que se estaba metiendo dónde nadie la llamaba, pero dado su propia naturaleza y la de su trabajo, una desaparición era algo que siempre le llamaba la atención.

Esos ojos dorados se mantuvieron fijos sobre ella durante unos instantes, entonces asintió.

—A alguien a quién creíamos pérdida desde hacía mucho tiempo.

El tono de su voz la tomó por sorpresa, pero más allá de la esperanza que parecía haber subyacente, fue la manera en que volvió a mirar el teléfono lo que la hizo indagar un poco más.

—¿Tiene que ver con lo que pasó en el parque nacional?

Esa mirada inquisitiva se clavó en ella atravesándole el alma, algo había cambiado motivado por sus palabras. Su aura acusó el golpe cambiando, adoptando un tono más oscuro e intenso.

—Tiene que ver con mi raza y la supervivencia de la línea de sangre pura —su voz parecía un poco más dura a pesar de que se esforzaba en mantener la compostura—. Me temo que has visto una de las caras menos amables y grotescas de mi gente.

Y eso parecía preocuparle. Interesante.

—Entre los humanos también hay maldad. —Y ella lo sabía mejor que nadie.

—Cierto.

El silencio se instaló finalmente entre ellos durante unos segundos solo para ser roto por su poco oportuno estómago.

Los labios masculinos se curvaron ligeramente.

—Ya que has abandonado la habitación, quizá te apetezca conocer la casa, empezando por el comedor…

No pudo evitar que sus mejillas se tiñeran brevemente.

—Depende, ¿yo soy el desayuno?

Una pregunta estúpida dónde las hubiera, pero el premio fue una sonrisa más amplia que lo hizo si cabía más atractivo.

—No, compañera, tú serías… el postre.

Le señaló la puerta.

—Después de ti.

Educado, atractivo y con una atracción animal que la estaba poniendo en serios apuros, así era el hombre que a todas luces le pertenecía. Su otra mitad, el que complementaría su alma para siempre.

Pasó delante de él y lo miró de soslayo.

—Tienes una casa bastante impresionante, sobre todo por las vistas.

Correspondió a su mirada y caminó a una distancia prudencial, como si quisiera que se acostumbrase a su presencia.

—Es un buen lugar para vivir —la acompañó hacia las escaleras—. El comedor, la cocina, la sala de estar y otras habitaciones están en la primera planta. Aquí ya has visto que están los dormitorios y mi despacho y hay un sótano terminado y amueblado además de plaza de garaje. Lamento comunicarte que no quedó sitio para la mazmorra.

—Te estás burlando de mí. —Su réplica la cogió por sorpresa.

—Tu forma de mirarme dice mucho más que tus palabras.

—Lo mismo digo. —No pudo evitar replicar—. Supongo que ambos tenemos cosas que callar.

—Muy cierto.

La acompañó al comedor y no pudo evitar notar como se le hacía agua la boca al notar los aromas y ver una mesa con un pequeño bufete. Su estómago rugió otra vez.

—Siéntate, Judith, lo último que quiero es matarte de hambre.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Imagino que estoy dando una imagen bastante peculiar.

—Me gusta lo que veo.

—Entonces es que no eres muy exigente.

—Los hay que no opinan de la misma forma.

—¿Amigos o enemigos?

—Digamos que un poco de cada.

Bueno, él tenía respuestas para todo.

Echó un vistazo a las fuentes que había sobre un mueble bajo y lo miró de soslayo.

—Um, esto va a sonar grosero, ¿pero tú comes de esto?

—Tengo especial predilección por los huevos revueltos.

—De acuerdo, pregunta estúpida donde las haya.

—¿Puedo preguntar yo ahora qué hacías en el *Nizke Tatry*?

La pregunta no la cogió por sorpresa, casi podía decir que se la esperaba.

—Me gusta escaparme de la civilización para estar más cerca de mis raíces.

—¿Tus raíces?

Volvió a callar. No era fácil abrirse con la gente, pero él no era como los demás, ¿verdad?

Su mente permaneció en silencio, las voces que siempre solían inmiscuirse en sus pensamientos estaban sorprendentemente silenciosas, algo que no había reparado hasta ahora mismo.

Volvió a callar. No era fácil abrirse a la gente, sabía cómo reaccionaban, sabían lo que pensaban de ella y eso hacía que le costase relacionarse. Sin embargo, con él, que no era otra cosa que un virtual desconocido, estaba hablando más que con su propio jefe.

—¿Qué sientes cuando hay luna llena? ¿No notas su influjo?

Su pregunta pareció causarle verdadera gracia, sus labios se curvaron solos y sus ojos brillaron de diversión.

—Mi lobo sí, yo soy más de cantar en la ducha que aullar a la Luna.

Su respuesta la llevó a sonreír a su vez.

—De acuerdo, corramos un tupido velo sobre la estupidez que acabo de decir —musitó—. Hoy mi boca parece ir por libre.

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Es natural sentir curiosidad por lo que se desconoce —comentó—. De hecho, estoy encantado de que sientas esa libertad para hablar. No sé si sabría actuar con una mujer que corriese en círculos después de ver lo que tú has visto.

Sus palabras la llevaron a rememorar ese momento en su mente.

—Estoy haciendo un enorme esfuerzo por no hacer precisamente eso —confesó y sonrió a pesar de todo—. Pero no soy nadie para juzgar quién es alguien en su interior…

—Para que nadie te juzgue a ti.

Sus palabras fueron tan certeras como un dardo que diese en plena diana.

—Supongo que podrías decirlo así.

Volvió a crearse un cómodo silencio entre ellos.

—Tu lobo... —murmuró entonces levantando la mirada—. ¿Cómo es?

Los ojos claros se encontraron con los suyos.

—Eso ya lo sabes.

Tragó, si recordaba su forma Lupina.

—Quiero decir, qué se siente.

—Libertad, una conexión especial con lo que me rodea —se encogió de hombros—. El lobo no tiene que preocuparse de cuentas, pagarés y empresas, solo de correr y eso es liberador en muchos aspectos.

Igual de liberador que resultaba para ella el poder estar en contacto con la naturaleza.

—Suelo pasar tiempo en la reserva porque allí las voces se acallan y puedo oír mis propios pensamientos.

Las palabras emergieron de su boca antes de poder detenerlas siquiera.

—¿Qué tipo de voces?

A juzgar por el gesto de su rostro estaba preocupado, pero no había ni un solo rastro de burla.

—No ese tipo de voces que debes estar pensando —se rio y se encogió de hombros—. Soy… cómo decirlo sin que parezca extraño… Aunque bien mirado, tú eres un lobo, no puede haber nada más extraño que eso.

Lo escuchó bufar.

—Te sorprendería...

—Comprendo lo que dices sobre esa sensación de libertad y comunión —continuó intentando encontrar un camino a medias entre la confianza y el rechazo—, porque corre también

por mis venas aunque yo no tengo un culo peludo. Soy romaní, de hecho la última *čarodějnice*[10] de mi familia.

—Una bruja.

Asintió y se miró las manos.

—Tengo una conexión extraña con la tierra, me ayuda a despejar mi mente y acalla las voces.

—¿Y de quién son esas voces?

No pudo evitar mirarle. Cada vez que hablaba sobre quién y qué era la respuesta automática eran risas o acusaciones de locura, nadie se había parado a preguntar o interesarse de verdad. Este hombre no se estaba burlando, había un interés genuino.

—No tienen rostro para mí, solo escucho su lamento, su rabia, es como si buscasen a alguien que las escuchase y me encuentran a mí en el medio. —Se encogió de hombros—. No... No es agradable. Algunas son... tan oscuras que me producen jaquecas o... otras molestias.

Ya está, ya había dicho suficiente.

—¿Y el agreste paraje del Tatry lo calma?

Asintió con la cabeza.

—Hasta ahora era lo único...

Hasta ahora. No sabía por qué, pero desde que se había despertado en esa cama y él estaba a su alrededor, las voces se habían callado por completo dándole el mayor respiro de su vida.

—¿Hasta ahora? —Su curiosidad era genuina.

—No se te escapa una.

—Eres mi compañera, quiero saber lo que te aflige y si está en mi mano ponerle remedio.

Eso era dulce. Diablos, ¿de dónde había salido este tipo o, aún más, como no había llegado antes?

—De una manera que desconozco ya lo has hecho —aceptó—. Desde que me he despertado no he tenido a ningún duende irlandés zapateando en mi cabeza.

—Interesante —aceptó y señaló la comida al escuchar de nuevo su estómago—. Creo que sería una buena idea si nos sentamos y seguimos con esta interesante conversación desayunando.

Se lamió los labios y asintió.

—Es una idea que apoyo al cien por cien.

Retiró una de las sillas de la mesa y la invitó a tomar asiento.

—Por favor…

—Creo que es la primera vez que alguien me retira la silla —sonrió—. Gracias.

—Eso es que no te has encontrado con ningún hombre que merezca la pena —le susurró al oído mientras la empujaba ligeramente hacia la mesa—. Me alegra ser el primero.

CAPÍTULO 7

Una bruja. Una romaní con conexiones con la tierra. A Radu no le sorprendía que la mujer se hubiese tomado su presencia con tanta tranquilidad o que incluso sintiese esa inexplicable conexión cuando todavía no se habían vinculado. Era una joven con un poder espiritual propio, uno que posiblemente no le hubiese dejado ver todavía. Judith era muy precavida, medía sus palabras y se sorprendía ante sus propias respuestas como si solo pudiese recibir de las personas palos o malas contestaciones.

Su compañera era una de las pocas cosas que siempre había admirado y respetado, miembro de una sociedad que había estado muy unida a los suyos en la antigüedad y que, como tantas otras cosas, se creía ya extinta.

Solo llevaba unos minutos con ella y se había encontrado a sí mismo riéndose, agradeciendo su compañía como solo puede hacerlo alguien cuya alma lleva años añorándola.

—¿Puedo hacer otra pregunta?

Le fascinaba la forma en que tanteaba el terreno, preparándose por si recibía una negativa.

—No recuerdo haber impuesto un tope de ellas.

Se sonrojó, no lo hacía a menudo, pero esas pocas veces era realmente encantador de ver.

—No, pero hasta ahora has evitado responderme a ello.

Quizá lo había hecho porque no tenía una respuesta que darle. Nada era como debía, nada era como había sido la primera vez, todo era diferente de un modo visceral, de una manera única y asombrosa.

—No dejas de llamarme *compañera*, ¿vas a decirme que implicaciones tiene eso exactamente para mí?

—Las mismas que para mí —aseguró buscando la forma de explicárselo a alguien que no formaba parte de su raza—. Ser compañero de otra persona significa que tienes una conexión que no puedes explicar, te encanta su aroma, sientes calor en su cercanía, se vuelve una necesidad, como una línea de vida de la que no quieres soltarte. De repente todo cobra sentido a pesar de que parece no tenerlo y, en mi caso, entraría también un poco de territorialidad.

—Vaya, eso es mucho equipaje.

—No tanto —negó—. Algunos se pasan la vida esperando por ello.

La vio entrecerrar los ojos, la curiosidad llamando a la puerta.

—¿Tú no?

—Yo he obtenido más de lo que podía haber imaginado.

Y ella era prueba de eso.

—¿Más preguntas?

Su cara de sorpresa era encantadora.

—¿Vas a dejar que te interrogue?

—Serías la primera a la que permitiría hacer tal cosa —confesó.

Era un hombre muy celoso de su privacidad, especialmente desde que perdió a Ekaterina, pero Judith le inspiraba una confianza que no sabía de dónde salía, quería hablarle, quería que supiese cosas de él, que le conociese como él deseaba conocerla.

Sonrió un poco y siguió comiendo.

—Has dicho que tu... gente está en guerra, ¿por qué?

—No lo sabemos —negó e hizo una mueca—. Y el único que parece ser capaz de proveer una respuesta está más muerto que vivo.

—A ver si lo entiendo. ¿Estáis en guerra, no tenéis ni puta idea del porqué e igualmente la emprendes a dentelladas con una manada de perros rabiosos?

Apretó la mandíbula al recordar a esa manada de bastardos y lo que habría podido costarle a él mismo.

—Eran lobos, aunque no se merecen tal calificativo.

—No lo entiendo.

Se obligó a respirar y replegar a su lobo, quién estaba más que deseoso de salir de nuevo y dar caza a cualquiera que quedase vivo.

—Antes te dije que estábamos buscando a alguien.

Ella asintió.

—Se trata de la compañera de nuestro príncipe —explicó sintiendo que era correcto compartirlo con ella—. Alguien que perdimos la pista hace 17 años.

Sus ojos brillaron con un extraño fulgor, pero tan rápido como apareció desapareció.

—Así que, ¿también tenéis realeza?

—Sí, aunque a Velkan no le guste el título que ostenta.

—¿Y qué le pasó a la chica? —insistió—. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿La habéis encontrado ya?

—Es algo que estamos intentando averiguar.

Solo esperaba que Rumati viviese lo suficiente para dar ese tipo de respuestas y sobre todo hablar de su paradero.

—Quizá yo pueda echar una mano… —vaciló—. Digamos que… se me da bien encontrar gente, es a lo que me dedico.

Negó con la cabeza, lo último que quería era meterla a ella en medio de esta batalla.

—Me temo que has aterrizado en un momento complicado y no sé si podré estar a tu lado todo el tiempo que requiera está primera etapa como compañeros —optó por ser sincero en la medida de lo posible.

—¿Y eso sería contraproducente?

Se lamio los labios, el deseo despertaba poco a poco cerca de ella.

—Eso tendrás que decírmelo tú, *přítelkyně*.

Se lamió los labios y odió su nerviosismo y deseo por él.

—Creo que este sería un buen momento para volver a mi casa y cambiarme de ropa, darle de comer a Wanda y dejar que corra el aire.

Deseaba escapar y eso ni a él ni a su lobo les gustaba un pelo.

—Preferiría que te quedases aquí conmigo.

Se tensó, fue algo imperceptible, pero estaba allí.

—Pero sería egoísta de mi parte si te arranco de la seguridad que conoces por mi propio interés. —No le quedó otra que claudicar. No quería amedrentarla, quería que confiase en él.

Pareció meditar unos instantes su respuesta.

—Supongo que ya que mi coche estará todavía en el aparcamiento de la reserva, podrías llevarme a casa —lo sorprendió una vez más. Aquella era sin duda una enorme concesión para una mujer que acababa de ser lanzada en su regazo.

—Tu coche está ya en su lugar, pero te llevaré, de hecho, será un placer.

El trayecto se le hizo más corto de lo esperado, antes de que su mente pudiese rebelarse contra la absurda angustia nacida de la nada abrió la puertezuela y se bajó.

—Bueno, ahora ya ves dónde vivo —indicó el portal número diez—. Donatellova no es uno de los barrios más lujosos de Strasnice y es tranquilo. Algo muy importante a tener en cuenta.

Sí, el edificio de color tierra y ventanas blancas no era precisamente el Rich, las plantas y arbustos del breve jardín delantero necesitaban arreglo urgente, pero la comunidad hacía tiempo que se había desentendido de ello. Solo la parte de su portal conservaba cierto arreglo del cual se encargaba ella misma, más que nada porque la idea de que algún animalillo no deseado saliese corriendo de entre los arbustos a primera hora de la mañana o última de la noche no era algo que le apeteciese volverse a encontrar.

Echó un vistazo a ambos lados de la calle de dirección única y reconoció algunos de los coches aparcados, entre ellos el suyo.

—¿Ese es mi coche?

Radu siguió su mirada y asintió.

—Ya te dije que lo encontrarías en su lugar.

Se acercó al viejo cacharro y lo examinó como si esperase que con un solo toque se cayese hacia los lados.

—Deberías cambiar de vehículo. —Escuchó la sensual voz a su espalda—. El día menos pensado te dejará tirada en la carretera.

Le miró por encima del hombro e hizo una mueca.

—Claro, cuando mi jefe me conceda un aumento de sueldo.

Sus ojos se entrecerraron, un gesto de concentración o especulación.

—Dijiste que trabajabas… buscando personas.

Sí, eso había dicho, ¿no?

—Mi trabajo es, quizá, tan peculiar como yo misma.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—Soy consultora de asuntos «especiales» para la policía —se encogió brevemente de hombros. Eso sonaba mejor que decir que actuaba como médium, como a menudo le recordaba el detective Damek, encargado del departamento de desapariciones—. Ayudo en la medida de lo posible a localizar a gente o… cosas que ya no son gente… no sé si me entiendes.

Sus ojos se clavaron en ella de tal forma que se quedó sin aliento y el corazón empezó a latirle todavía con más fuerza.

—Ejerces de médium.

¿Por qué tenía que ser capaz de leerla tan bien y con tanta facilidad?

—Algo así —le restó importancia—. Ya te dije que no era un trabajo… convencional.

—Al igual que tú misma —asintió y se giró lo justo para mirar de nuevo el edificio.

No pudo evitar sonreír, casi podía adivinar lo que estaba pensando, su rostro era bastante expresivo.

—Llevo toda mi vida viviendo aquí, créeme, no es tan malo como parece.

Radu se giró entonces hacia ella y asintió.

—Te pido disculpas si te he ofendido, es solo… no me gusta que estés tan lejos de mí.

Y aquello era toda una declaración de intenciones, pensó sintiendo una inexplicable calidez. Nadie se había preocupado así de ella, no desde que faltaba su abuela y que lo hiciese un virtual desconocido era extraño. Como también lo era el que le diesen ganas de abrazarlo y darle

las gracias.

Sacudió la cabeza quitándose esas peregrinas ideas de la mente y señaló la puerta.

—No me has ofendido, después de haber visto tu casa, puedo entender tu postura —aceptó sin más—. ¿Quieres pasar y así te aseguras que no me atacará ninguna cucaracha?

—¿Cucarachas?

El gesto de espanto que puso la llevó a romper en carcajadas.

—Estaba bromeando. Te prometo que el control de plagas está al día —murmuró entre risitas—. Pero si quieres subir, te adelanto que son cuatro pisos sin ascensor.

Ahora fue él quien sacudió la cabeza.

—Eres una caja de sorpresas —replicó y acabó sonriendo a su vez—. Te agradezco tu invitación, pero sé que ahora mismo necesitas conservar tu santuario para ti misma, al menos un día más.

Y aquello era algo que no podía rebatir. Los recientes sucesos la habían dejado extenuada y descolocada, necesitaba su espacio y sobre todo tiempo para meditar en el cambio radical que había dado su vida en apenas unas horas.

—Te dejaré hoy aquí, en tu hogar, para que puedas descansar y solucionar tus cosas —continuó con total tranquilidad.

Todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza, pero el claro indicio de la despedida empezó a caerle como un jarro de agua fría.

—Gracias por traerme y… —Se le quebró la voz y tuvo que esforzarse por respirar y pasar el nudo que había salido de la nada para instalarse en su garganta—. Joder…

—Respira, Judith, solo respira.

La mano grande y fuerte empezó a frotarle la espalda, ni siquiera se había dado cuenta de que estaban tan cerca.

—Dime que esto… no es cosa tuya.

Sus labios se curvaron en esa perezosa sonrisa que empezaba a conocer.

—No estoy haciendo nada —le dijo sin dejar de acariciarla—, solo ofrecerte consuelo.

—Es que no quiero consuelo. —La voz volvió a temblarle y casi escuchó en ella las lágrimas—. Oh, fantástico, era ya lo que me faltaba.

—Inspira profundamente y concéntrate en lo que te rodea, en lo que es familiar para ti —la instó él—. Estás en casa, estás en terreno conocido, puedes manejarlo.

Sacudió la cabeza y se obligó a hacerlo, a inspirar profundamente y soltar luego el aire al tiempo que reparaba en su calle, sus plantas, la puerta de su edificio, su hogar. Poco a poco la familiaridad fue tomando su lugar y desbancó la inesperada ansiedad que había hecho mella en ella.

—La abuela nunca dijo que esto sería tan malo —farfulló para si—. Tan jodidamente malo.

—¿Estás bien? —le preguntó finalmente, buscando su rostro, levantándoselo con tan solo un par de dedos.

—No. —La respuesta salió sola y era verdad, no se sentía bien—. Pero no es como si pudieses hacer algo al respecto, ¿no?

Los dedos sobre su barbilla resbalaron hacia su mejilla, acunándole el rostro.

—En eso te equivocas, pero requeriría que me invitases a algo más que reconocer tu hogar y, ahora mismo, lo que necesitas es estar en tu terreno, con tus cosas y la familiaridad que te da estabilidad y no en mis brazos… o en mi cama.

Ese hombre era como un jodido oráculo.

—Radu...

Pronunciar su nombre fue tan extraño como liberador.

—Te veré mañana por la mañana. —La emplazó sin dejarle opción—. Hasta entonces, piensa en esto...

La besó en los labios, suave, cálido hasta que su lengua traspasó la línea de sus dientes y degustó su boca. Toda ella se convirtió en gelatina y le devolvió el beso con el mismo ardor.

—Te he grabado mi número en el teléfono, si me necesitas...

Jadeó. Le necesitaba, vaya que le necesitaba, pero no podía permitir que un completo extraño, ni siquiera aquel que estaba destinado a ella, entrase en su vida de esa manera y la pusiese patas arriba. Todavía no.

—…te llamaré.

La miró a los ojos y asintió.

—Espero que lo hagas, compañera —aseguró, le rozó la mejilla con el pulgar y dio un paso atrás—. Mañana por la mañana volveré a por ti.

Con esa promesa, dio media vuelta y se alejó, subiendo a su coche y dedicándole una última mirada antes de arrancar y dejarla allí.

CAPÍTULO 8

—No puedo creer que hayan estado tan cerca —comentó Nahara observando detenidamente los alrededores. Desde aquella posición tenían una buena vista del pueblo en el que se estaban alojando, unas tres horas de viaje a pie en forma humana y mucho menos sobre cuatro patas—. ¿Cómo demonios no nos hemos dado cuenta de que venían pisándonos los talones?

Su compañera permanecía agachada a un lado del sendero, observando todo a su alrededor.

—Porque no nos perseguían a nosotras —murmuró levantando la mirada—, no los individuos que tomaron esta ruta.

Se incorporó y arrugó la nariz como cuando le molestaba algo.

—Huían de algo o alguien y, a juzgar por las marcas de pelea, parece que ese alguien los encontró.

Continuaron por el sendero, ascendiendo entre las dos bajas colinas cuando un aroma penetrante y desagradable captó su agudo olfato.

—Sangre —murmuró la joven loba incluso antes de que ella pudiese decir algo—. Ha sido cruel e inmisericorde… Los sonidos que escuché ayer no eran truenos, eran disparos…

La chica se volvió en su dirección, pero ya no la escuchaba, apenas sí podía respirar.

—¿Nahara?

Echó a caminar hacia una zona en concreto dónde el olor se hacía más intenso, dónde la tierra aparecía teñida de un color parduzco y la marca de la muerte lo impregnaba todo.

—¿Va todo bien?

No la escuchaba, apenas sí podía respirar a medida que se acercaba a ese pedazo de terreno y reconocía la huella impresa en ese lugar, una más sutil que la sangre y que había guardado con llave en su mente diecisiete años atrás.

—¡Nahara!

Fuego, gritos, una explosión. La gente corría en todas direcciones y no sabía qué hacer. Llanto de niños, gritos de moribundos y entonces aparecieron unos demonios vestidos de negro y empezaron a matar a los supervivientes.

—¡Nahara!

Su grito se oyó por encima de todo el tumulto y finalmente lo vio. Grande, fuerte, abriéndose paso entre el horror para llegar a ella.

—¡Rumati!

Por primera vez desde que sabía que él era su compañero la besó. No como lo hacía siempre, la besó como si quisiera respirarla, como si no pudiese creer que estuviese allí y necesitase asegurarse de que no era un espejismo.

—Gracias a Dios —lo escuchó murmurar mientras la abrazaba—. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Estoy bien, yo... estoy bien.

—¡Rumati! ¡La niña!

Ambos se giraron hacía la voz, su hermana Cala estaba agrupando a los lobeznos, pero faltaba alguien.

—Dena —comprendió empezando a palidecer—. Estaba conmigo... oh, Dios...

—Donde, nena, dime dónde.

Se giró como ausente, ya nada era como debería, la aldea estaba en llamas.

—Nahara.

Asintió.

—El... El molino.

—No te muevas de aquí.

La besó en la frente y desapareció dejándola sola en medio de ese infierno. La gente se moría a su alrededor, lloraban y ella no pudo evitar hacer lo mismo. Mirará donde mirará la gente huía. Vio a un grupo de niños siendo conducidos hacía el bosque, los hombres que habían vuelto con Rumati enloquecidos ante lo que presenciaban sus ojos.

—Dios mío…

Se giró y empezó a mirar de un lado a otro hasta que lo vio de nuevo. Traía a la pequeña princesa en brazos y se la entregó.

—Llévatela —la empujó—. Protégela, no dejes que nadie la toque.

—Pero... ¿Tú no vienes? No, no quiero irme sola.

—Busca a Cala, vete con ella, os sacará de aquí —la empujó una vez más—. Os encontraré, Nahara. Te lo juro.

—Rumati —lloriqueó. No quería irse, no quería dejarle allí.

—¡Vete! ¡Ahora!

Apretó a la niña que se aferraba a ella aterrada y se movió a duras penas.

—No puedo...

—Por mí, amor, llévatela. Te necesito a salvo, os necesito a salvo a las dos. Te encontraré. Lo juro.

Y su beso fue el último contacto que tuvo de sus labios antes de verlo desaparecer entre el humo y las llamas.

Trastabilló, el suelo pareció moverse bajo sus pies mientras que el mundo giraba a su alrededor. Cayó de rodillas, temblaba como una hoja cuando posó las palmas sobre el suelo y las levantó para encontrarlas manchadas.

—Nahara, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Al momento tuvo a la pequeña loba a su lado, mirándola entre asombrada y preocupada. Ella no solía comportarse así, era fuerte, nunca se derrumbaba, nunca permitía que el peso del pasado la derribase.

Se miró las manos una vez más, ladeó la cabeza y repasó la zona sin saber muy bien qué buscaba, qué esperaba encontrar y, sabiendo al mismo tiempo con absoluta certeza a quién pertenecían los restos de esa sangre.

—Oh Dios…

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Levantó la mirada, la angustia que la había despertado horas atrás volvía ahora a atenazarle el estómago y le apretaba la garganta impidiéndole incluso respirar.

—Estuvo aquí. Esta… esta es su sangre, Denali. Es suya.

La chica frunció el ceño.

—¿Su sangre? ¿De quién? ¿De quién estás hablando?

Las palabras brotaron solas de sus labios.

—Rumati… —Pronunció su nombre sintiendo que al hacerlo se rompía por dentro—. Es… es su sangre. Su olor… su olor está por… por todo…

La sorpresa la golpeó con tanta fuerza como a ella misma. Su compañero había estado en

ese lugar, a unos cuantos kilómetros de ellas. Tan cerca, tan cerca como para poder sentir su presencia y, aun así…

—¿Estás segura de lo que dices? —insistió la chica con precaución.

Dejó escapar una agria carcajada.

—Tan segura como puedo estarlo, Dena —replicó con un quejido—. Tan segura como lo estoy de reconocer su aroma. Estuvo aquí… Y la sangre… Oh, señor. Es demasiada sangre… incluso ahora puedo olerla.

Igual que la había olido la primera vez en su cuerpo, en su ropa, manchándole el rostro y las manos en medio de aquel incesante griterío. Era él, no tenía duda alguna al respecto, no había lugar para ello.

Cerró los ojos y luchó con la amalgama de emociones que se generaba en su interior, podía escuchar su propio corazón latiéndole en los oídos y a su loba aullando de dicha, pero había algo que no podía pasar por alto y era el lugar en el que estaba parada, el color de la tierra bajo sus rodillas.

No está muerto, no puede estarlo.

No podía volver a perderlo otra vez, no podía volver a pasar por ello de nuevo.

—No, él no ha muerto…

—Dicen que no ha habido supervivientes, ha sido una masacre...

—No. Él está vivo y vendrá a buscarme.

—Aprende a olvidarle, pequeña, es lo mejor que puedes hacer.

Cuantas veces había insistido en lo mismo hasta hacerle dudar de sí misma, cuantas veces había minado su confianza en el transcurso de los años. Él, el único culpable, un lobo disfrazado de cordero.

Otra mentira más que añadir a la larga lista de ese hombre, otro engaño que la había convertido en una loba muerta en vida. Si no tenía suficientes motivos para querer destrozarle la yugular, acababa de darle el mejor de todos.

Se levantó de golpe y miró a su alrededor. Tenía que centrarse, no podía sucumbir al frenetismo.

—Ha estado aquí y no hace mucho de eso. —Se obligó a ser analítica y fría—. Su olor es fresco todavía… creo que puedo seguirle el rastro.

Levantó la mirada para pedir la confirmación de su compañera, pero esta le había dado la espalda y deambulaba por el lugar, su rostro había adquirido un gesto indescifrable.

—¿Denali?

Dio un respingo al escuchar su voz, levantó la cabeza de golpe y juraría que jamás la había visto tan blanca como en ese momento.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

Su aprensión creció exponencialmente.

—Hay… hay algo que… —se estremeció y se rodeó con los brazos—. Hay… hay otros dos rastros en el terreno… no son… no son nuestros perseguidores. No. Ellos tienen otro aroma y… apenas ya si queda su hedor.

Y eso la llevó a percatarse, y no sin retraso, de la ausencia de los cuerpos. Alguien había hecho limpieza en el lugar. Había notado esas sutiles diferencias al penetrar en esa parte del valle, pero no había tenido tiempo para clasificarlos, por otro lado, no reconocía ninguna de esas huellas.

—Él estaba ahí… —Empezó a enumerar señalando un punto a sus pies—. Vino desde allí… le emboscaron… los otros olores vienen de aquí… es como si supiesen que estaba en la

zona y viniesen en su ayuda…

Sacudió la cabeza y giró sobre sí misma, recreando en su mente la posible forma en la que había ocurrido todo.

—Yació ahí… y ellos… —se estremeció—. No tuvieron piedad. Solo había muerte en la mente esos lobos, muerte y castigo. Sin compasión.

Volvió a mirar hacia el lugar en el que estaba ella, los ojos fijos en el suelo.

—Yo… no puedo estar segura, pero… —Se llevó la mano al pecho y aferró la tela de la chaqueta con los dedos—. Es… dolor… dolor y rabia… impotencia…

Al ver que empezaba a temblar caminó de inmediato hacia ella. Jamás la había visto en ese estado. Sabía que tenía una sensibilidad especial, que era capaz de canalizar las emociones que quedaban impresas en un lugar, pero esto iba más allá.

—Denali, ¿qué…?

Se apartó de un salto, levantó las manos manteniéndola alejada y miró a su alrededor con gesto tenso, casi aterrado, como si esperase que de un momento a otro saltase alguien sobre ella.

—No… no me toques… yo… ha estado aquí… *él* ha estado aquí.

Sus palabras iniciaron un fuego rabioso en su interior, gruñó y su loba se reflejó al momento en sus ojos.

—Ese malnacido…

—No, Nahara…

Negó con la cabeza y se giró hacia ella, las lágrimas caían de sus ojos sorprendiéndola si cabía aún más. No recordaba cuál había sido la última vez que la había visto llorar.

—No —gimió abrazándose a sí misma—. Es… es… el príncipe. No sé explicarlo, pero… él ha estado aquí. Sé que ha estado aquí.

Y por segunda vez en unos instantes, se quedó sin saber qué decir.

—Le he visto una única vez, cuando era pequeña, pero sé que es él.

Sacudió la cabeza una vez más, se limpió las lágrimas con las manos y saltó hacia un lado, moviéndose ahora con una rapidez e inquietud que le resultó contagiosa.

—Y… y no estaba solo —insistió señalando el suelo—. Había… había otros dos lobos… dos más y otro herido.

Giró como una peonza, yendo de un lado a otro, subiendo, bajando, hasta que su forma humana cambió de golpe a la lupina. En un abrir y cerrar de ojos su loba había tomado el mando, el ejemplar de lustroso pelaje negro era bastante grande para ser una hembra y poseía los pelos de las patas blancos, como unos delicados calcetines.

«Se lo llevaron. Uno de ellos cargó con él».

Su vagabundeo se convirtió en una emprendedora carrera que la llevó a cambiar al momento y unirse a ella. El rastro de su compañero seguía fresco en su mente, pero el hecho de que existiese tal cantidad de sangre la enfermaba, así como el no saber con exactitud de quienes eran esos otros tres rastros.

¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Habían estado persiguiendo al grupo de rastreadores que iban tras ellas? ¿Qué hacía el príncipe con ellos? ¿Qué hacía Rumati en ese lugar?

«Te encontraré, lo juro».

Las palabras resonaron una vez más en su mente prendiendo una tibia mecha de esperanza, de que no hubiese muerto, de que no se hubiese conformado y por encima de todo, que no la hubiese olvidado.

Por favor, que esté bien.

¿Cuándo había sido la última vez que se había detenido a pedirle algo al de arriba? Ni

siquiera podía recordarlo, ni siquiera estaba segura de sí tendría su atención, pero no podía dejar de intentarlo.

Corrió para mantener el paso de la ágil loba, sabía que Denali estaba persiguiendo el rastro correcto, la había enseñado bien.

«El rastro se bifurca aquí». Le informó deteniéndose en una zona despejada. *«Se separaron… Uno de ellos partió desde este punto hacia la izquierda y… los otros dos siguieron en esa dirección».*

Siguieron un poco más y fueron dejando atrás las montañas para enfilar por las rutas de senderismo humanas y llegar a la pista por la que solía transitar algún vehículo. Oteó el aire en busca de algún inesperado senderista, pero los rastros humanos eran bastante débiles, quizá el encontrarse ya de nuevo a principios de semana reducía la posibilidad de disfrutar de tiempo al aire libre.

—El rastro muere aquí.

Denali había recuperado su forma humana, sus ojos escaneaban el lugar como si pudiesen ver todavía lo que veía su loba. Deambuló de un lado a otro, nerviosa, inconforme, una sensación que conocía de primera mano.

—Han tenido que seguir en coche —chasqueó, le pegó una patada al suelo y se pasó la mano por el pelo—. Y no sé qué dirección han podido seguir… ¡Mierda!

La loba empezó a maldecir y a gruñir sin dejar de dar vueltas.

—Es culpa mía —masculló—, nunca debimos haber venido aquí. Teníamos que haber viajado a Italia, seguir hacia abajo. He sido una estúpida pensando que… Mierda, mierda, mierda.

—Nos habrían seguido tomásemos el camino que tomásemos, Dena —le recordó en modo conciliador—. Lo sabes tan bien como yo.

Resopló con obvia frustración, una que ella misma sentía. Pero no iba a permitirle tomar la culpa de algo que había sido fortuito y de la secreta necesidad que tenía esa joven loba privada de todo de estar cerca de su hogar.

Ella había nacido aquí, en Europa, sabía que su hogar era este, la cuna de su raza, el lugar en el que moraba su compañero. Durante toda su infancia no había oído hablar de otra cosa, ella misma había alimentado sus ganas de conocer la zona al hablarle durante su adolescencia del hogar de su compañero. Su necesidad de conocer sus raíces, de encontrar ese rincón en el que poder descansar y dejar por fin de huir era lo que las había traído hasta aquí.

—Los he conducido a su puerta, Nahara. —Extendió el brazo en dirección al Nizke Tatry —. Ya no se trata de ataques fortuitos al azar para recabar información, han penetrado en territorio de los lobos Europeos y han derramado la sangre de tu compañero.

No pudo evitar sentir como se le encogía el estómago al escuchar sus palabras, su loba se erizó y gruñó en protesta. Quería sangre.

—Ya no podemos seguir jugando al despiste, ya no puedo… —Se quebró—. Maldita sea. No puedo dejar que haga más daño, no puedo permitírselo... no puedo ser de nuevo la causa de tantas muertes.

—Denali…

—Ya te quité a tu compañero una vez, Nahara, no quiero hacerlo una segunda —negó rotundamente y se volvió hacia ella—. Tienes que buscarlo. Tienes que buscar al Alfa Daratraz y decirle que sigues con vida.

Y aquí estaba la princesa que era, la muchacha que se convertiría en mujer, en soberana y sería un ejemplo para muchos lobos.

—Jamás me arrebataste a mi compañero, Dena.

—Sí, lo hice —repuso con agónica firmeza—. Cuando me sacaste de aquel lugar, te obligaste a dejarle atrás, cuando te quedaste conmigo todos estos años, te obligaste a dejar de buscarle… Me has dado tu vida en más de una manera, no voy a pedirte nada más.

Respiró profundamente y la sujetó por los hombros, impidiéndole escapar.

—Pues yo si te pediré algo, mi princesa, de hecho, lo exijo —declaró con voz firme—. Dejemos de huir y enfrentémonos a él con todo lo que tenemos.

—Lo he intentado, Nahara, de verdad que lo he intentado pero…

Negó con la cabeza.

—Nada de peros, alteza. Enfrentémonos de nuevo a él, pero esta vez, usemos toda la artillería. —No cedió en su empeño—. Ocupa tu lugar al lado del príncipe Velkan y demuéstrale a ese bastardo que ya no eres una niña asustada, sino una loba de sangre pura dispuesta a defender a los suyos con uñas y dientes.

Fue perfectamente consciente del brillo de desesperación en los ojos turquesa y de cada una de las líneas de expresión que hablaban de una batalla interna. Denali no dejaba de ser una niña en muchos aspectos, una muchachita que necesitaba el cariño y el amor que la vida le había negado. Solo esperaba que el príncipe de los lobos fuera capaz de dárselo.

De lo contrario… se las vería con ella.

CAPÍTULO 9

Prescindibles. Todos aquellos que caían como bajas probaban ser prescindibles para sus planes. Era una pena que el único lobo útil hubiese decidido hacer examen de conciencia y desertar de su vendetta, pero era algo igualmente previsible. Desde el momento en que llegó a él supo que debía ser sacrificado, su supervivencia era peligrosa, no solo había sobrevivido al exterminio de su propio clan sino que se había fortalecido en el proceso.

Él vivía por un código, para un único propósito el cual era tanto opuesto como favorecedor para sus propios planes.

Oh sí, sabía la importancia que tenía una compañera y lo que significaba perderla, conocía la penitencia que exigía seguir viviendo cuando ella ya no estaba y el dolor perpetuo que laceraba el alma. Pero el destino era lo suficiente maquiavélico como para proveer de nuevas oportunidades si sabías verlas y aprovecharlas.

—¿Señor?

Odiaba su voz, era como el chillido de una rata cuando se sentía acorralada, igual de temblorosa e inestable. Levantó la mirada del informe que estaba leyendo y cruzó las manos sobre la mesa.

—Asumo que siguen corriendo —dijo sin más—. Han demostrado poseer una energía encomiable y un arte natural para la lucha, pero eso no las ha hecho más inteligentes.

No cuando estaban siendo dirigidas por su experta mano, empujándolas hacía el lugar que quería, dejando qué pensarán por sí mismas, que viesen aquello que deseaba que viesen de la manera en que debía ser compuesto el cuadro.

—Sí —respondió al momento—. Han retrocedido sobre sus pasos y enseguida han vuelto a ponerse en marcha.

—Bien, bien.

Sabía que incursionar en esos terrenos era arriesgado, pero a veces necesitaban tomarse ciertos riesgos si se quería obtener resultados.

Sí. Cada uno de los peones se estaba moviendo como él había previsto, el tablero estaba tomando la forma que deseaba, preparándolo todo para la última partida, una en la que él sería el único ganador.

—¿La pequeña Daratraz sigue en la fortaleza?

Conocía cada uno de los movimientos que estaban ejecutando, se mantenía al tanto de todo aquello que le interesaba, especialmente porque estaban haciéndole un favor incluso sin ser conscientes de ello.

—Así lo parece —respondió—. En los últimos seis meses han estado ya tres veces en la fortaleza. Su última visita fue hace dos semanas y todavía no se han marchado.

Prácticamente había sido una suerte que no hubiese matado a esa joven loba cuando tuvo oportunidad, el sobrevivir al incendio había sido algo que le molestaba y mucho, pero cuando terminó en la clínica psiquiátrica le pareció justicia poética. Ahora la chica formaba parte del círculo cercano del príncipe y, según sabía, lo había puesto sobre la pista de la princesa a la que creía muerta. Sin que hubiese tenido que mover un dedo estaba obteniendo los resultados que quería.

—Bien —asintió complacido—. Que sigan vigilando la vieja casa principal, quiero saber

quién entra y sale en cada momento.

Necesitaba estar al tanto de cada uno de sus movimientos de modo que no entorpeciesen los suyos y sus propios planes.

—A ellas seguidlas de cerca, pero que no os detecten —ordenó—. Presionadlas, ponedlas en movimiento, dejad que se acerquen a las grandes ciudades y que los valientes alfas encuentren su rastro. Dejemos que hagan el trabajo por nosotros.

Sus dos pequeñas lobas, su orgullo y su mayor fracaso. Se había descuidado, había visto cosas que creía podía cambiar sin darse cuenta de que el destino solo tenía un camino para lobos emparejados. Sí, dejaría que su niñita se reuniese con el príncipe, así todo sería mucho más dulce cuando diese el golpe final.

—Sí, señor.

Ladeó la cabeza, girándose hacia la ventana y contempló la ciudad que se extendía a sus pies, el próximo escenario de su obra teatral.

—¿Cómo va el nuevo escenario?

Sus labios se curvaron solos al pensar en lo fácil que había sido emboscar a los lobos más jóvenes, en el premio que había traído consigo la casualidad y una vigilancia bien planificada sobre el territorio. Necesitaba una nueva distracción, algo que hiciese que ese puñado de bestias que regían esa zona de Europa pusiese su atención en otro lado durante algún tiempo.

—Según lo establecido —contestó, pero hubo una ligera vacilación en su voz que lo puso de inmediato en guardia.

—¿Qué?

Dio un respingo, si seguía así, terminaría meándose en los pantalones y odiaba el olor del orín. Odiaba a los cobardes, no servían para nada, ni siquiera para morir.

—Ese hombre es una bestia…

Sonrió lentamente.

—Esa es la belleza de la humanidad —contestó—. Nos llaman a nosotros bestias, porque compartimos nuestra alma con una pasión animal, pero la verdadera bestia habita también en esos estúpidos y débiles humanos. Su crueldad puede ser equiparable a la de un animal salvaje, su viciosidad incluso mayor.

Clavó los ojos en su subordinado y bajó el tono de voz una octava.

—Déjalo que haga su trabajo, que disfrute dando rienda a su creatividad… —ordenó con la voz preñada de oscuridad—. Pero siempre dentro de nuestros planes…

Lo vio estremecerse. Escoria. Solo era un lobo abandonado, sin familia, sin patria, un paria entre los suyos propios, una presa fácil para sus necesidades e igual de prescindible.

—Son… cachorros…

Entrecerró los ojos sobre él.

—Son el enemigo —sentenció entre dientes—, trozos de carne prescindibles… Si crees que no puedes hacerlo, encontraremos a alguien que lo haga por ti.

Una amenaza que supo captar al momento, no en vano llevaba el tiempo suficiente para saber cuál era el precio por desobedecer sus órdenes.

—Encárgate de que todo salga como debe o el que terminará colgado y desollado de un gancho serás tú.

El sudor prendó su cara y ese ácido aroma a orín empezó a perfumar el aire al mismo tiempo que salía a marchas forzadas de su oficina.

Sí, él era prescindible… pero antes de darle muerte, vería a los lobos de Europa aullar de rabia y dolor.

Era hora de dar rienda suelta a su rabia y asestar un nuevo golpe que lo aproximara todavía más a su venganza, al movimiento definitivo, aquel que le daría lo que injustamente le había sido arrebatado.

CAPÍTULO 10

La luz del contestador automático estaba parpadeando. Ese viejo cacharro todavía no había tenido la decencia de morirse, era como si las cosas de su abuela fuesen a durar para siempre, cosa que no había sucedido con ella.

Miró a su alrededor y suspiró. Este era su hogar, su refugio y sin embargo ahora lo encontraba más extraño que nunca.

—Falto de casa veinticuatro horas y parece que llevo fuera una eternidad.

Esa era la sensación que tenía ahora mismo, junto con una de abandono, algo ajeno a ella y no precisamente agradable.

Ignoró el insistente parpadeo y fue hacia el mueble que había en el otro lado de la sala. La superficie está llena de fotos y recuerdos entre los que destacaba uno en particular.

—Hola *babička* —sonrió ante su foto—. Al final tenías razón. Él existía, existe de hecho y le he encontrado… o me ha encontrado él a mí. Es difícil de explicar aunque no tanto como lo que te voy a decir ahora. Vas a alucinar. Es un lobo.

Todavía tenía problemas para asimilar ese hecho. Era como si a pesar de haberlo visto, a pesar de saberlo y reconocerlo en su aura, todavía luchase con el hecho de que algo imposible se hubiese hecho realidad.

—Cuando crees haberlo visto todo te pasan estas cosas y... —suspiró y miró a la mujer del retrato a los ojos—. Y no tengo la menor idea de cómo enfrentarme a ello.

Por suerte, Radu Alezandru no parecía tener tal conflicto interno. Era su compañera, algo así como su pareja de vida, la había reconocido como tal y no parecía albergar duda alguna al respecto. Poseía tal seguridad en sí mismo que llegaba a ser envidiable.

—Es un hombre del viejo mundo, parece tener siglos en vez de cuarenta y dos —sonrió para sí—. Quizá debería advertirle que soy capaz de leer la edad de una persona en su aura.

Dejó escapar un suspiro mientras rememoraba su momento juntos, esa mirada fija en ella, sus cálidos y educados modales, la inextinguible fuerza de su masculinidad y lo que esta provocaba en ella. Se estremeció, un escalofrío de placer la recorrió de los pies a la cabeza despertando su dormida sexualidad.

—He estado apenas unas horas a su lado y lo más incomprensible de todo es que me parece que fue toda una vida. —Una sensación que no lograba procesar—. Es como si hubiese encontrado por fin el lugar al que pertenezco, allí dónde debo estar… pero quedarme con él sería renunciar a todo de golpe y porrazo, *babička*, no estoy preparada para ello.

Y sin embargo, ahí estaba ahora, en su casa, rodeada de cosas que conocía, de las que había disfrutado toda una vida y echándolo de menos.

—Mi cerebro ha entrado en cortocircuito. —Se rio de sí misma—. Prácticamente me eché a llorar delante de él porque se iba… y yo no quería que lo hiciese. Si he de ser sincera, lo que quería era volver a subirme en su coche e irme con él.

Sacudió la cabeza.

—Este es el imán del que me hablabas, ¿verdad? —insistió en su monólogo—. La fuerza que te atrae sin remedio y ante la que no puedes hacer nada, ante la que no quieres luchar…

Y el deseo. Su cuerpo parecía haber despertado de un largo letargo ante su sola presencia. Cada pequeña caricia había sido como una lengua de fuego sobre su piel, como una cerilla que

prendía fuego a sus terminaciones nerviosas y la excitaba sin remedio.

—Sus ojos... Esa mirada...

Tenía que concederse una medalla por haber conseguido que no le colgase la lengua y mantener las bragas en su sitio. Si él le hubiese hecho alguna insinuación o petición más íntima, se habría ido a la cama con él en ese mismo instante y a la porra todo lo demás.

Él también la deseaba, no lo había ocultado ni un solo instante, por lo que era realmente sorprendente que, a pesar de todo se hubiese portado como todo un caballero y guardase las distancias. El tono de su aura hablaba de una profunda pasión, de un instinto animal personificado en parte lupina, pero también había visto oscuridad, algo que se remontaba atrás en el tiempo y que generaba un dolor agónico.

—Secretos… cosas que ocultar… incluso en eso nos parecemos.

Cada persona tenía sus propios fantasmas, sus propios demonios, algunos de ellos podían ser exorcizados con el tiempo y una mano delicada, otros, permanecían en tu alma para siempre.

—Me espera por delante una larga carrera de obstáculos, ¿eh? —preguntó a la foto y dejó escapar un resignado suspiro.

Bien mirado, su vida siempre lo había sido, de un modo u otro nada le había resultado fácil.

Contempló el retrato un rato más e hizo una mueca al fijarse en algo tan trascendental como el color de pelo de su abuela.

—Ahora es incluso más intenso que el tuyo, *babička*.

En la foto se apreciaba todavía un bonito tono caoba, rasgo identificativo de sus antepasados, pero el suyo era mucho más rojo ahora, casi en llamas, como si quisiese proclamar a los cuatro vientos que una bruja romaní había encontrado por fin a su otra mitad.

—Esperemos que se quede así y no se ponga más rojo o pareceré un jodido tomate.

Siempre había pensado que todo el tema del color de pelo y su grado de intensidad tenía más que ver con el champú, el sol y esas cosas, pero sus esperanzas se acaban de ir por el desagüe.

—A Radu no ha parecido molestarle en absoluto.

Pensar de nuevo en él le provocó una cierta melancolía.

—Ah, no. Ni hablar. Nunca he lloriqueado por un hombre y no voy a empezar ahora.

Le dio la espalda a los recuerdos con decisión y se dirigió al contestador. No tenía ni que adivinar quien la había llamado, su ausencia de amigos y familia le dejaba únicamente a los tele operadores queriendo venderle algo o al cabronazo de su jefe.

—¡Judith! ¿Dónde diablos estás?

Sí. Esa voz ronca y llena de masculina arrogancia era la de su jefe, el detective Mirco Damek.

—Es la cuarta vez que te llamo y empiezo a cansarme de oír el maldito pitido del contestador. Joder, cómprate un maldito móvil y pásate al siglo XXI —le soltó con toda la ausencia de diplomacia y arrogancia masculina que tenía ese hombre en su casi metro noventa—. Llámame en cuanto oigas el mensaje y hazlo de una puta vez. Tenemos trabajo.

La comunicación se cortaba ahí.

—Típico de Damek —resopló—. Ni un hola cómo estás, ni un qué tal el fin de semana. Precisamente por eso me niego a decirte que tengo móvil y darte mi número, capullo.

Sacudió la cabeza y comprobó el resto de los mensajes. Sí, tal y como había dicho, aquel había sido su cuarto mensaje, los anteriores habían sido un poco más apaciguados aunque con la misma carencia de modales.

Sacudió la cabeza y pasó al último.

—Señorita Stevens, le llamo desde las galerías Ekate, soy la secretaria del señor Jelinek. —No reconocía la voz ni el nombre de la mujer la cual hablaba un checo con profundo acento británico—. Espero no molestarla, pero mi jefe está muy interesado en sus… facultades.

Arrugó la nariz ante la elección de palabras de la voz.

—La señora Callahan le ha hablado de lo que usted hizo por su hijo Anthony y quiere saber si puede concertar una cita la semana que viene. Mi jefe lleva un tiempo buscando a su hija, la cual lleva desaparecida diez años y está convencido de que usted podría ayudarle.

Su petición la tomó por sorpresa, así como también el hecho de que mencionase al pequeño Anthony.

El nombre trajo a su mente el primer caso de desaparición en el que había participado ayudando a la policía. Había sido el año pasado, a principios de octubre. Un niño de seis años que había desaparecido en un parque, presumiblemente secuestrado, y que luego había ido a dar a una vieja mina abandonada.

La desaparición había salido en las noticias, había visto la desesperación de la madre, la impotencia del padre y en cuanto el policía salió ante la cámara, supo que él era el enlace que necesitaba para poder ayudar a la familia. Llevaban una semana en una desesperada búsqueda que no arrojaba luz alguna al caso, nadie había pedido un rescate y tampoco se habían puesto en contacto con los padres lo que hacía que cada hora que pasara fuese un océano de desesperación para los implicados en el caso.

«Creo que puedo ayudarle a encontrar a ese niño».

Recordaba perfectamente la cara del policía, como la había mirado a los ojos y, en vez de despacharla como lo haría cualquier persona razonable, había tenido una única respuesta:

«Si puede hacerlo, hágalo, sino, le sugiero que no se vuelva a poner jamás en mi camino».

El color de su aura y las emociones que fluctuaban en ella había sido lo que la había impulsado a hacerlo, a demostrarle que no era ninguna farsante y que podía ayudarle.

Habían encontrado al niño escondido en una vieja mina abandonada seis horas después. Desde el momento en que vio la foto del pequeño en televisión pudo escuchar su angustia, sus suplicantes gritos de ayuda, las voces de sus antepasados la habían guiado hacia él, hacia el lugar en el que se había escondido.

Después del rescate el niño había explicado cómo había podido que se había escapado de un hombre malo, que había aprovechado la puerta abierta de una furgoneta para marcharse y que, al no conocer la zona se había perdido.

El culpable había sido encontrado una semana después a las afueras de Pilsen, un hijo de puta con antecedentes que, con un poco de suerte, no volvería a ver la luz del sol en muchísimo tiempo.

Desde ese momento su labor para con la policía había sido puntual, un último recurso al que echar mano cuando las vías «normales» resultaban inútiles y siempre bajo la dirección y supervisión del detective y su equipo.

Sabía que en comisaría se hacían bromas a su costa, había escuchado murmullos a su alrededor, sabía lo que pensaban de ella y su don, pero no se atrevían a decirlo en voz alta cuando el policía o su equipo estaban delante.

Por ello, esa llamada era ya de por sí inquietante.

¿Cómo había conseguido su teléfono? No dudaba de que la señora Callahan hubiese mencionado su nombre, pero sus colaboraciones para con la policía eran todo lo discretas que

podía ser, este tipo de filtraciones no deberían darse. Nadie, a excepción de Damek, tenía su teléfono o dirección, nadie más.

—Le ruega que por favor lo tenga en consideración —continuaba la voz—. Diez años sin saber si un hijo está vivo o muerto, es una agonía interminable para un padre.

Sus palabras la hicieron estremecer, empatizando con ellas.

—Así mismo le ruega que mantenga todo esto en la más estricta discreción, no quiere que su nombre se haga público, solo le pide ayuda porque ya ha agotado todas las vías que tenía a su alcance sin alcanzar éxito alguno —declaró la mujer—. Le ruega que se ponga en contacto con él lo antes posible en el teléfono…

Buscó un papel para anotar el número. Todavía no estaba segura de sí aceptase ponerse en contacto con él, pero anotar las cosas ya era un gesto adquirido.

Miró el contestador una vez más cuando la grabación llegó a su fin y frunció el ceño. Tenía una sensación extraña con esa llamada, no conseguía descifrar que era exactamente, pero había algo que no parecía encajar del todo.

—¿Qué quieres decirme? —musitó para sí, contemplando los números garabateados en un papel.

«CUIDADO».

La suave voz que acarició su mente la hizo dar un respingo y girar de inmediato la cabeza en dirección al mueble dónde estaban las fotografías. Reconocería esa voz en cualquier lugar, daba igual el tiempo que hubiese transcurrido desde la última vez que la escuchó en vivo, nunca la confundiría.

—¿Qué estás intentando decirme, *babička*?

La suya era una de las voces que menos oía y a la que no le importaría escuchar más a menudo, pero desde que se había ido, solo parecía visitarla cuando había algo realmente importante que tuviese que saber. Se quedó mirando su retrato hasta que sus ojos se desenfocaron y tuvo que parpadear.

Lo mejor sería llamar al detective y preguntarle directamente cómo era posible que esa persona hubiese conseguido su teléfono, ya que ni siquiera aparecía en las guías.

Respiró hondo, buscó el número en los papeles que tenía sobre la mesa y marcó.

—Soy Judith y, antes de que digas nada, que sepas que el fin de semana libro, capullo.

CAPÍTULO 11

—Buenos días, señor Alezandru.

Radu asintió al saludo de su secretaria y se metió en la oficina. Necesitaba hacer algo, lo que fuese para evitar conducir de vuelta y reclamar a su compañera. No se reconocía, la ansiedad que le provocaba su ausencia lo estaba volviendo loco, el deseo que le inspiraba su compañía si bien no era rabioso era lo bastante fuerte como para que estuviese con una puñetera erección ahora mismo.

Se dejó caer en la butaca tras su escritorio y echó la cabeza hacia atrás.

—Odio ser un jodido caballero.

En momentos como aquel le hubiese gustado ser un poco más despreocupado, mandar la prudencia al diablo y reclamar lo que le pertenecía. Por más que le molestara admitirlo siempre había envidiado eso en Mijaíl.

¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en él sin rencor, sin dolor, sin sentirse traicionado? Había pasado tanto tiempo odiándole que ya no recordaba siquiera lo que era quererle, compartir una amistad firme e irrompible. No, su traición había roto para siempre cualquier tipo de conexión que hubiese existido entre ellos.

—Lo último que necesito son más problemas de los que ya tengo —murmuró para sí pasándose los dedos por el pelo, rastrillándolo hacia atrás.

Velkan había dejado caer en la puerta del alfa de Bratislava un encargo que no le deseaba ni a su peor enemigo, por otro lado, posiblemente si había alguien que pudiese empatizar con Rumati y no quiera matarlo por fallar en su principal tarea era él.

No. Ya tenía suficiente ahora mismo lidiando con todas esas emociones como para pensar siquiera en la posibilidad de dar alojamiento a ese lobo y desentramar sus intrigas.

El solo pensamiento de que la princesa pudiese estar ahí fuera y viva era una noticia que implicaba a toda la raza, recuperarla y traerla a casa tenía que ser una prioridad. Pero el único que podía aclarar y dar respuestas sobre tal milagro había estado tan malherido cuando lo habían recogido que no sabía si sobreviviría.

Echó un vistazo al despacho que poseía en la empresa. Como director de una de las primeras y más importantes fábricas del famoso cristal de Bohemia del país, tenía un cargo que traía consigo mucho trabajo, dedicación y esfuerzo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo estéril e impersonal que parecía la oficina. Sí, poseía una decoración moderna y elegante, pero, aparte de algunos títulos colgados en las paredes y sus cuadros favoritos, no había ni una sola foto, planta o lo que fuese que lo hiciese más suyo.

Llevaba más de diez años trabajando en esa habitación, dirigiendo esa empresa y nunca se había tomado siquiera un momento para echarle un vistazo a los muebles.

—Rojo —murmuró pensando en su pequeña pelirroja.

Antes de poder pensar dos veces en lo que estaba haciendo, cogió el teléfono y llamó a su secretaria.

—¿Sí, señor Alezandru? —La respuesta fue inmediata.

—Rojo.

Hubo una ligera vacilación, como si no estuviese segura de lo que le había dicho.

—¿Disculpe?

—Busque un buen decorador y que añada algo de rojo brillante a esta oficina —le pidió—. Nada demasiado estridente y traiga una planta con flores en ese mismo color, algo natural, para darle un poco de vida a este lugar.

Escuchó el rasgueo de un bolígrafo sobre el papel mientras iba tomando nota de sus encargos.

—Sobre esos tulipanes —continuó pensativo—. Que envíen dos docenas a la atención de la señorita Judith Stevens, en Strasnice.

Le dio la dirección exacta y añadió una pequeña cita que debería ir escrita en la tarjeta.

—Sí, señor.

El tono de su secretaria había cambiado, no podía ocultar la sorpresa que había en su voz y eso le arrancó una perezosa sonrisa que terminó guardándose para sí.

—Es todo, Natascha, gracias.

Con un rápido murmullo, la mujer que llevaba años trabajando para él, colgó el teléfono y se dedicó a sus tareas.

—Parece que las cosas van a cambiar por aquí y la única culpable es una deliciosa *ryšavý*[11].

No estaba seguro de si podría soportar pasar todo un día sin verla, no cuando había probado sus labios y había encontrado en ellos la promesa de mucho más.

Sacudió la cabeza y rescató el móvil de la esquina de la mesa pensando en la breve información que le había brindado sobre ella. Lo último que podía haber esperado era que su compañera trabajase con su contacto en la policía, así mismo, le resultaba realmente irónico que Judith no se hubiese percatado antes de la verdadera naturaleza de Damek.

El pensar en el detective lo llevó a gruñir, su lobo no estaba feliz con la noticia y, para ser sinceros, él tampoco. No le gustaba precisamente la idea de que su compañera hubiese confraternizado con el poli desde hacía tanto tiempo.

Es mía.

Todo en él gritaba esa verdad, la única que había, una que generaba unos celos que le eran extraños y lo hacían sentirse inquieto. Acostumbrado a tener siempre el control de la situación y de su vida, el momento actual lo sobrepasaba.

Miró la pantalla del teléfono y, tras vacilar unos segundos, sacudió la cabeza y marcó el número que le interesaba.

—Damek —escuchó la rápida respuesta al otro lado del teléfono—. ¿A quién has matado ahora que necesitas de mis servicios?

Sonrió ante la rápida respuesta de su amigo.

—A nadie todavía, Mirco, a nadie todavía, pero acabo de enterarme de que mi nueva compañera… trabaja para ti.

El exabrupto que escuchó del otro lado del teléfono lo hizo sonreír.

CAPÍTULO 12

—No dejas de mirarme como si quisieras un bocado de mí, Rumati.

Sonrió, no podía hacer otra cosa que admirar a la pequeña hembra que tenía ante él, su compañera, su otra mitad, la única a la que no podía reclamar todavía.

—¿Es así como te miro, Naarita?

Hizo un puchero, sabía que lo haría en el momento en que pronunció el diminutivo de su nombre.

—Odio ese nombre y lo sabes.

—Te llamaré Nahara cuando hayas crecido un par de centímetros más —replicó divertido. Le encantaba ver cómo se sonrojaba, cómo esos ojos brillaban de emoción contenida. Ella era como un espejo abierto para él, una criatura soñadora que pasaba más tiempo con la cabeza en las nubes que los pies en la tierra.

Esa pequeña mujer de tan solo quince años era suya, su compañera y no podía reclamarla. No la privaría de la inocencia de la juventud, de las experiencias que le daba la vida. Esperaría paciente, tanto como un lobo solitario podía serlo y, llegado el momento, la haría suya.

—A veces no sé si eres nuestro nuevo alfa o el lobo omega de la manada —chasqueó ella —, hay una muy fina línea entre ambos, ¿sabes?

Se rio, no pudo evitarlo. Ella sabía ser hartera, tenía ese puntito de travesura que lo encandilaba y lo dejaba en un estado de embobamiento absoluto.

—Procura que el resto de la manada no te oiga decir eso —pidió en fingida confidencia —, mi reputación se iría al garete.

Y ella sonrió, su rostro se iluminó y tuvo que aferrarse al caído tronco para no cogerla entre sus brazos y besarla como deseaba hacer, probar esos labios que se le antojaban dulces y cálidos.

«Todavía no es la hora, Rumati, todavía no lo es».

Esperaría. Por ella esperaría lo que hiciese falta.

Rumati empezó a parpadear, dejando atrás el sueño que hacía tiempo no tenía, uno de los recuerdos más dulces que guardaba de la niña que con el tiempo sería su compañera de pleno derecho.

—Nahara.

Pronunció su nombre y notó la garganta seca. Poco a poco su dolorido cuerpo volvió a la vida, empezó a ser consciente de cada uno de sus miembros y de cada herida o laceración que había sido infringida a su cuerpo. El sueño se alejó cada vez más, robándole ese momento de consuelo y enviándole de una patada a la fría y yerma realidad.

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos de nuevo, la claridad lo hacía lagrimear. Insistió en el proceso unas cuantas veces más hasta que fue capaz de mantenerlos abiertos y enfocar correctamente. Lo primero que vio fue una antigua lámpara colgando del techo por encima de su cabeza y no pudo conjurar en su mente un solo lugar que correspondiese a ello.

—Ah, ya te has despertado.

La acentuada voz lo llevó a ladear la cabeza hacia su izquierda, un gesto que hizo que le estallase y se viese obligado a cerrar los ojos y ahogar un quejido.

—Despacio, Rumati, despacio. —Escuchó de nuevo la voz—. No te he sacado de ese pozo de oscuridad para que vuelvas a meterte en él.

Se obligó a respirar a través del dolor y abrir de nuevo los ojos. El propietario de la voz era un joven de veintipocos años de tez oscura y ojos claros con obvia ascendencia árabe, su aspecto era el de cualquier muchacho, pero había algo en él, en el aura que lo rodeaba, que aportaba un aire de madurez que contrastaba con su juventud.

—¿Quién eres?

Él sonrió.

—Malik AlRashid —se presentó—. Hermano del *sheikh* AlRashid, lobo alfa de AlHasa.

AlHasa. AlRashid. Su mente tardó en reunir la información, en comprender quién era ese muchacho y a quién se refería. El *sheikh* AlRashid era uno de los alfas de los Emiratos Árabes.

—¿Y qué haces aquí? —Conocer su identidad no explicaba su presencia o la propia, para cualquier caso, en aquel lugar—. O mejor dicho, ¿dónde demonios estoy?

Intentó incorporarse, pero su cuerpo protestó al instante. Las manos del joven acabaron entonces sobre él para su eterna incomodidad, pero el alivio que empezó a extenderse por sus venas palió tal molestia.

—Estás en una cama y vas a permanecer en ella más tiempo del que te gustará si no te quedas quieto en este mismo instante —lo regañó—. Has perdido tal cantidad de sangre que para mí es un misterio el que estés todavía aquí. Pero lo estás, el príncipe Velkan no admitía otra cosa, así que será mejor que guardes reposo y dejes que haga mi trabajo.

La mención del joven príncipe atrajo al momento a su mente los últimos sucesos acontecidos. El rastreo de aquellos renegados, la emboscada y las balas perforando su carne.

Nahara. Su compañera estaba viva, lo sabía con tanta certeza como que estaba respirando. Ella se había salvado, de algún modo había escapado aquella noche.

—Tengo que encontrarla —murmuró más para sí que para el chico. Intentó hacer las sábanas a un lado, pero los brazos le pesaban demasiado—. Tengo…

—No, señor, nada de eso. —Las manos del chico lo anclaron a la cama, sus ojos se encontraron con los de él—. No le harás ningún bien a ella si te matas a ti mismo ahora. No estás en condiciones de salir de esta cama, mucho menos de dar un solo paso. No hemos trabajado las últimas veinticuatro horas a marchas forzadas para mantenerte con vida como para que decidas suicidarte ahora. Relájate, lobo, no es el momento…

Apretó los dientes, quería pelear, quería destrozar a ese mocoso por impedirle salir en busca de su compañera, pero apenas podía mover un solo músculo, su mirada era hipnotizante.

—¿Qué estás… haciendo?

—Obligarte a descansar —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Si me prometes que te quedarás quietecito y tumbado, quizá deje que muevas las manos.

Abrió la boca, listo para replicar a sus palabras, pero el sonido de una puerta al abrirse, seguido del conocido olor y la voz del nuevo e indeseado invitado se lo impidió.

—Se quedará justo dónde está. —Escuchó a Velkan unos momentos antes de verlo por fin entrar en su rango de visión—. Gracias, Malik. Ve a descansar, yo me quedaré con él.

El joven le miró y luego hizo lo mismo con el príncipe.

—No dejes que se levante —le pidió—. Prácticamente es un milagro que esté consciente después de todo por lo que ha pasado.

Velkan se giró para mirar al muchacho.

—Lo sé y tienes mi eterna gratitud, sanador —declaró el príncipe.

El muchacho se sonrojó, carraspeó incómodo y señaló la puerta con el pulgar.

—Solo… asegúrate que no se mueve de esa cama o lo que hemos hecho no servirá de nada.

El silencio se instaló entre ellos hasta que escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, solo entonces se permitió hablar.

—¿Es ahora cuando vas a poner fin a todo esto?

La respuesta se hizo esperar, lo siguió con la mirada hasta que se detuvo a su lado de la cama, lo suficiente cerca para acabar con él si lo deseaba y mirarle a los ojos.

—¿Piensas de veras que habría pasado tanto trabajo para mantenerte con vida si quisiera quitártela?

Su voz era lineal, fría, tan inexpresiva como su propio rostro. El hombre que estaba ahora ante él era el príncipe, no el hermano al que había abandonado años atrás. Había cambiado, no solo físicamente, la mirada tras esos ojos dorados decía mucho sin necesidad de palabras y era un claro reflejo de lo que existía en aquellos momentos en su alma.

—Necesito respuestas… las exijo… —insistió inclinándose brevemente sobre él—. Necesito saber si ella…

Entendía su necesidad porque era también la propia, comprendía el dolor que había en el fondo de sus ojos porque era el suyo propio.

—¿Si se ha producido el milagro por el que llevo rezando toda mi vida? —Resumió con sus propias palabras—. Quiero creer que es así, que tanto Nahara como Denali están vivas, que lo que escuché no fue producto de mi imaginación y que esa maldita noche de hace diecisiete años no perdimos parte de nuestras almas.

Notó más que vio el momento exacto en que Velkan perdía esa coraza, que el aire volvía a entrar en sus pulmones devolviéndole el aire del que voluntariamente se había privado.

—¿Qué ocurrió esa noche? ¿Quién fue el responsable de la masacre? ¿Quién demonios es la cabeza de la serpiente que está sembrando el caos entre nuestra gente? —Las preguntas llegaban sin cesar, pero fue la última de ellas la que pronunció con rabia—. ¿Qué te llevó a ponerte en contra de tu propia raza? ¿Por qué no has venido a mí desde el principio?

Porque el fracaso era una mancha en su alma y la culpa un lastre del que nunca había podido deshacerse. Fallarle a su príncipe ya era malo, hacerlo a un hermano, mucho peor.

—Tú perdiste esa noche tanto o más que yo, ¿cómo podía volver a mirarte a la cara cuando me confiaste lo más preciado para un lobo y lo perdí? —Negó con la cabeza—. ¿Cómo hacerlo cuando durante tantos años te consideré responsable de lo acontecido a mi tribu? La semilla fue plantada y germinó, creció fuerte regada por el odio y la desesperación de la pérdida. ¿Qué pensar cuando la justificación que te dan apunta a la única persona en quién confiarías tu propia vida?

Movió la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos durante un segundo.

—Sus palabras eran demasiado convincentes, presentó unas pruebas que parecían poner en el punto de mira a los alfas de Norteamérica y su dolor y sed de venganza eran equiparables a los míos —confesó reconociendo para sí mismo ese hecho—. Envenenó las mentes de lobos inocentes que todo lo que buscaban era vengar a sus familias, encontrar una explicación a esa noche.

—¿Quién es? ¿Quién hay detrás de todo esto?

—No lo sé, juro que no lo había visto jamás hasta que se presentó un día en el bar en el que solía parar y puso sobre la mesa pruebas suficientes para que creyese que su camino y el mismo eran uno y el mismo —declaró—. Se hace llamar Armitage, desconozco su procedencia o a que manada o región pertenece, pero su odio era muy real. Ha perdido algo o a alguien y te

culpa directamente a ti de ello.

—Armitage. —Escuchó como repetía el nombre, como si buscase de esa manera que surgiese algún recuerdo, encontrar algo que se le hubiese escapado—. No reconozco el nombre…

—Es un hombre de mediana edad, con el pelo entre negro y gris, pero son sus ojos, de un profundo color acerado, los que parecen clavársete en el alma cada vez que te mira —le dio una parca descripción del hombre—. Posee un acento que parece ir y venir y que por momentos juraría que es… como el tuyo.

Lo vio fruncir el ceño y finalmente negó con la cabeza.

—No puedo recordar a nadie así, pero haré las averiguaciones pertinentes.

—No tiene honor, Velkan, su único código es incitar al odio y al fanatismo, provocar el mayor caos posible para alcanzar su meta la cual solo empiezo a sospechar cual puede ser —aceptó. Hizo una pausa para tomar aliento, su cuerpo parecía revelarse contra él, el dolor aumentaba exponencialmente y todo lo que deseaba era cerrar los ojos y ceder al olvido. Pero no podía, no hasta que le dijese al príncipe todo lo que sabía—. Te busca a ti. Quiere infringirte el mayor daño posible, ese fue el motivo por el que ordenó la masacre de aquella noche.

Le había llevado tiempo comprenderlo, había estado tan cegado por la rabia, por sus plausibles razones que no había visto que el culpable de que su gente fuese asesinada aquella noche había sido él.

—Arrasó mi aldea solo para crear una distracción —apretó los dientes ante el odio que le suscitaban sus formas—, mató a mujeres y niños inocentes solo para provocar el caos y tomar lo que quería. No fue un ataque contra mí o mi manda, fue contra ti, contra la línea de sangre pura de nuestra raza. Esa noche buscaban a la princesa.

El cambio en él fue palpable, su lobo se asomó a través de sus ojos con una silenciosa advertencia.

—¿Qué ocurrió esa noche? ¿Cómo pudieron mutilar a toda una aldea?

El dolor que siempre habitaba en su corazón por la pérdida de su gente salió a la superficie mezclado con la impotencia y la rabia por no haber podido evitar tal masacre.

—Llevábamos semanas sufriendo pequeños ataques, empezaron matando en nuestro territorio de caza, pero no se llevaban a las presas, luego un par de nuestros exploradores fueron asaltados y casi dados por muertos. —Reunió todos los recuerdos de aquellos días poniéndolos en palabras—. Empezamos a formar patrullas y salíamos casi cada tarde para comprobar los lindes de los terrenos y buscar a los culpables, pero los rastros siempre llevaban a algún lugar sin salida.

Hizo una pausa para recuperar el aliento que empezaba a faltarle.

—El día en que se produjo el ataque había salido a explorar con algunos de los hombres mientras otro grupo hacía de nuevo un barrido del perímetro —apretó los dientes al recordar cómo había pasado la tarde, su despreocupación hasta que sintió el miedo y oyó el grito de su compañera en su cabeza—. Nahara gritó en mi mente, era tan solo una niña y no estábamos emparejados, pero su grito de horror llegó hasta mí. Escuchamos la primera explosión casi al mismo tiempo, entonces una segunda y una tercera y las columnas de humo empezaron a elevarse en el horizonte.

Apretó los dientes y notó la inesperada mano masculina sobre su hombro, un silencioso apoyo que le dio fuerzas para continuar.

—Arrasaron la aldea, salieron de todas partes apestando a humanidad e hicieron saltar por los aires todo lo que encontraban a su paso. —Siseó entre el dolor físico y el que traían los

recuerdos—. Prendieron fuego, pasaron por el cuchillo a quienes estaban desorientados o heridos, no hicieron distinciones entre los pocos hombres que habían quedado, las mujeres o los niños. Humanos, Velkan, no eran lobos, eran humanos y acabaron con toda una manada.

Tomó una profunda bocanada de aire y luchó por encontrar las palabras.

—Ni siquiera sé cómo llegué allí ni cuánto tiempo me llevó —murmuró—. Dejé a mis camaradas atrás y me lancé a la carrera con una única preocupación en mi mente; Nahara. Mi niña, mi compañera, su grito todavía resonando en mi mente. Solo cuando la vi entre el fuego y la destrucción, desorientada, pero viva, pude respirar otra vez.

Buscó su mirada y deslizó la mano hasta posarla sobre la del joven lobo.

—Le puse a la princesa en los brazos y la alejé de mí —relató con profundo dolor—. Las empujé lejos de la aldea, la mandé con mi hermana Cala sabiendo que ella se encargaría de sacarlas de allí, que las protegería a ambas con su vida y le di la espalda a todo lo que tenía, a todo lo que me importaba para unirme a mi grupo y salir en post de los humanos que intentaban escapar.

Dejó caer la mano, ya no le quedaban ni fuerzas.

—Solo recuerdo sangre, muerte y haberme despertado lo que resultó ser casi una semana después lejos de allí. Unos granjeros me habían encontrado tirado y medio muerto en mi forma lupina, conocían a nuestra raza e hicieron lo posible para salvarme. —A ellos les debía el seguir hoy con vida—. Volví allí, pero ya no quedaba nada, ni mi gente, ni mi familia… todo lo que quedaba era el hedor de la muerte y frías cenizas. Lo único que escuchaba a quién me acercase, a quién preguntase era lo mismo que me había dicho esa buena gente y que me negaba a creer; todos habían muerto.

Cerró los ojos y dejó que una solitaria lágrima cayese por la comisura de su ojo derecho.

—Sabía que Cala había escapado, tenía que haberlo hecho y la rastreé con la esperanza de encontrar a Nahara y a Denali con ella. Sabía que ella no estaría entre los otros niños que habían conseguido escapar y que los clanes habían ocultado para ponerlos a salvo —se lamió los labios —. La encontré. Encontré a mi hermana… o más bien su cadáver en el paso subterráneo del molino. Sabía que las sacaría por allí, era el lugar más seguro y que prácticamente nadie conocía. Había quedado atrapada por el derrumbe del túnel, posiblemente provocado por las explosiones, pero no había señal alguna de las niñas. Las rastreé, conocía a la perfección el olor de mi compañera y lo seguí hasta que desapareció. Allí, en el linde del bosque, en una carretera de paso su rastro se extinguió por completo.

Volvió a abrir los ojos y lo miró.

—Las busqué a ambas durante casi un año entero, viaje de un lado a otro como un desquiciado sin encontrar ni una sola pista de ellas —apretó los dientes llevado por la cruda emoción—. En ese momento te odie, hermano, te odié por entregarme algo tan precioso para ti y por haber fallado en protegerlo, me odié a mí mismo por no haber podido proteger a mi compañera y a mi familia… No era capaz de razonar, dejé que la rabia y el dolor me consumieran y que el lobo tomase mi lugar… Debo confesar que no sé qué hice en los próximos tres años, ni a dónde se encaminaron mis patas. Él me mantuvo con vida porque renuncié a mi humanidad…

Respiró de nuevo filtrando sus emociones.

—No he parado de buscar a Nahara desde entonces, maldiciendo al mundo y maldiciéndote a ti —confesó—. Así que cuando él me encontró y me ofreció venganza, la tomé sin vacilar. Pero eso no era venganza, no había honor en la lucha ni en el asesinato de inocentes. No era lo que yo buscaba, nada de eso haría que ella volviese…

—Fuiste tú el que acabó con esos humanos en Nevada —comentó Velkan, haciendo el primer inciso en todo ese tiempo.

Asintió lentamente.

—Se lo debía a tu alfa —respondió sin remordimiento alguno—. Se lo debía a esas dos jóvenes lobas de mi manada. No supe quién eran hasta que reconocí a la más joven.

—Leah, es la compañera de Odin.

Volvió a asentir.

—El caso es que él no se tomó bien que lo dejase sin activos y ha intentado darme caza desde entonces. Sus órdenes son deshacerse de mí —esbozó una irónica sonrisa—. Lo que no sabía es que dicha caza se volvería contra él y que su insistencia iba a despertar mi curiosidad. Ese día en el parque nacional, no me estaban persiguiendo a mí, estaban siguiendo un rastro… el de dos lobas de una exagerada importancia.

No. No estaban interesados en él, el grupo al que había seguido desde los Estados Unidos hasta Europa estaban tras la pista de alguien más, alguien de suma importancia como descubrió una noche en la que acamparon a las afueras de un pueblo. Siempre procuraban mantenerse lejos de los humanos, a pesar de que solían llevar a uno o dos con ellos.

—Las quiere de vuelta. —Había escuchado a uno de ellos—. Las dos perras han debido de hacerle algo gordo si quiere que se las busque hasta debajo de las piedras.

Uno de los lobos de mayor edad resopló.

—Deberíamos haberlas matado como al resto de los supervivientes de ese clan —gruñó lanzando algo al fuego ante el que se calentaban—. Especialmente a esa sangre pura.…

En ese instante había sabido que si la princesa estaba viva, la otra loba solo podía ser su compañera.

—Le pedí a Nahara que la protegiese —concluyó su relato—, y ella ha cumplido con su palabra. Pero ya es hora de que la libere de ella, ya es hora de que me reúna con mi compañera y traiga a la princesa al lugar dónde pertenece y del que jamás debió salir. Están vivas, Velkan, ellos las estaban rastreando. Tu compañera y la mía están vivas y algo me dice que no están demasiado lejos de aquí.

Solo esperaba que permaneciesen en el lugar y ocultas el tiempo suficiente para que él pudiese encontrarlas y no se le adelantase ese hijo de puta.

—Las encontraremos, hermano —aseguró Velkan apretándole el hombro—. Levantaré si hace falta cada maldita piedra del mundo hasta dar con ellas.

Y lo haría, si algo tenía ese joven príncipe, era honor.

CAPÍTULO 13

Si había algo que la gente no era capaz de disimular era sus emociones, la mayoría ni siquiera eran conscientes de ello, lo que lo hacía si cabía más incómodo para Judith. Miradas, cuchicheos, cada vez que ponía un pie en ese edificio pasaba lo mismo. Daba igual que la hubiesen visto en más de una ocasión en compañía de la policía, la curiosidad y la crítica siempre estaban presentes.

Ignoró a los vecinos y volvió a echar un vistazo a la calle. Damek llegaba tarde, lo cual no dejaba de ser irónico después de la insistencia que había puesto en cada uno de los mensajes que había dejado en el contestador o, más aún, en la breve conversación que habían mantenido después. Él sí podía ordenarle que no llegase tarde, pero el detective si podía demorarse los veinte minutos que ya llevaba esperándole.

Resopló y volvió a asomarse desde el portal justo a tiempo de verlo cerrar la puerta de su coche y cambiar el teléfono de oreja.

—...tranquila, aparecerán antes o después —escuchó que decía, su tono era mucho más suave que el que solía emplear con la gente—. Son dos chicas responsables, habrán cambiado de opinión en el último momento o puede que se hayan quedado sin cobertura… No llames a la Guardia Nacional todavía, no han pasado ni veinticuatro horas para que pensemos en una desaparición… —insistió. Entonces hizo una pausa mientras escuchaba—. Sí. Tengo que terminar aquí con algo y después saldré para allá. Cancelaré mi cita con Merry. Bien. Si llaman, avísame inmediatamente.

Cortó la llamada, devolvió el teléfono al bolsillo trasero de su pantalón y se quitó las gafas de sol que le cubrían los ojos pardos. Sus cejas empezaron a juntarse al tiempo que arrugaba el ceño y la apuntaba con el complemento.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Resopló. Se lo había recogido en una trenza para disimular un poco la intensidad de su actual color rojo, pero al policía no se le escapaba ni una.

—No es asunto tuyo —zanjó el asunto al momento y señaló el reloj—. Llegas tarde, por cierto.

Asintió, él nunca se molestaba en negar lo evidente.

—Sí, acaba de surgir algo…

El tono de su voz unido a la fluctuación de color en su aura fue una advertencia mayor de sus emociones que sus propias palabras.

—¿Le ha pasado algo a tu prometida?

El detective iba a casarse en poco más de un mes, si bien no conocía a la chica en cuestión, había oído por los compañeros que era una mujer muy agradable.

Negó con la cabeza al tiempo que se quitaba las gafas.

—No, no, Merryna está bien.

Y a pesar de todo la intranquilidad seguía presente.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó y señaló el teléfono que había guardado—. Me ha parecido escuchar la palabra desaparición…

Volvió a restarle importancia con un gesto.

—Lo más seguro es que no se trate de nada —comentó avanzando hacia el portal del

edificio—. Las hijas de una amiga se fueron de acampada este pasado fin de semana a *Horní Slavkov*, uno de los pueblos en las inmediaciones del bosque Slavkov. Se suponía que volverían anoche, pero no han aparecido todavía por casa y su teléfono da desconectado o fuera de cobertura. Dado que no es la primera vez que deciden salir y vuelven uno o dos días después de la fecha prevista, no debería ser motivo de preocupación.

Enarcó una ceja ante su tono distendido.

—¿Estás seguro?

Asintió y la miró con esa suspicacia que ponía siempre que sus palabras despertaban su lado policiaco.

—¿Hay algo que te haga pensar o… sentir lo contrario?

Negó con la cabeza. En realidad no, sus voces estaban tan silenciosas como si hubiesen acudido todas a la iglesia.

—En ese caso, ocupémonos de lo que tenemos entre manos —declaró y le dedicó al mismo tiempo una mirada un poco extraña—. Me gusta tu pelo, extremo, pero te pega bastante.

Puso los ojos en blanco y bufó.

—Deja en paz mi pelo.

Para su sorpresa levantó la cabeza y se acercó unos centímetros a ella, como si… ¿la estuviese oliendo? Sus labios se curvaron y sacudió la cabeza.

—Así que es cierto —le escuchó murmurar al tiempo que le daba la espalda y traspasaba el umbral del edificio—. Una médium humana es la nueva compañera del alfa de Praga.

Su comentario fue como una bofetada. Se quedó quieta en el otro lado del umbral mirándole, haciéndolo como no lo había hecho hasta el momento, reconociéndole por lo que era, comprendiendo qué era ese halo extraño que siempre había visto en él.

—Oh, con un demonio —siseó en voz baja—. Tú también eres como él. Eres… un lobo.

¿Cómo demonios no lo había visto antes? Esa oscuridad y dualidad de su aura era su parte animal.

Sacudió la cabeza y lo miró con nuevos ojos, buscando aquello que ahora conocía, pero en el caso del detective era algo más sutil, no tan fuerte y fiero como en Radu.

—Soy un lobo, pero no como él, no tengo en el cuerpo un solo pelo de alfa, aunque no negaré que soy dominante por naturaleza —le soltó con un ligero encogimiento de hombros y la miró por encima de uno de ellos, sus labios curvándose con diversión—. Te confieso que casi me caigo de culo cuando me llamó para hablar amistosamente sobre su nueva compañera.

Parpadeo de nuevo, su cerebro parecía incapaz de hacer otra cosa que hacerla parecer un búho.

—No deja de resultar divertido especialmente porque pensé que nunca volvería a encontrar a alguien con quien compartir su vida y entonces, aquí estás tú —chasqueó—. Por lo que he oído te ha salvado el culo. ¿No te he dicho en más de una ocasión que acabarías metiéndote en problemas con esas escapadas tuyas?

Su pregunta hizo que se diese cuenta de su lapsus.

—Has dicho volvería —comentó sin quitarle la mirada de encima—. ¿Ha estado… um… casado?

Sus ojos se encontraron con los suyos.

—El matrimonio no siempre se da entre los de mi raza —comentó e hizo una mueca, posiblemente pensando en sí mismo y en su futura esposa—, no en la misma forma en que lo entendéis vosotros. Pero… para que lo entiendas, sí, podría decirse que un lobo emparejado está… casado… con su pareja, a nuestro modo.

Arrugó la nariz y dejó su pregunta a un lado para concentrarse en lo que acababa de decirle.

—Espera, ¿estás insinuando que se ha casado conmigo?

La miró de arriba abajo y sonrió con pereza, parecía estar pasándolo muy bien a su costa.

—Digamos que todavía estás en esa fase de compromiso…

Entrecerró los ojos.

—Te lo estás pasando muy bien a mi costa, ¿no?

Se rio, no ocultó su diversión.

—No te enfades, Judith —le guiñó el ojo—. No te haces una idea del alivio que supone el no tener que andar de puntillas a tu alrededor, mi equipo estará encantado de saber que te has emparejado con el alfa.

—¿Tú gente también es...?

Sonrió de soslayo y aquello fue suficiente respuesta.

—Cuatro culos peludos a tu entera disposición —aseguró—. Reave es el único humano en mi equipo. Y por supuesto, está el resto de la comisaría.

Sacudió la cabeza.

—Genial, así que he estado formando parte de un zoo sin saberlo.

—Se dice manada. —La corrigió y caminó hacia el edificio—. Y supongo que ahora que estás con Alezandru formas parte de ella. Deduzco que no has notado nada raro por aquí, ¿eh?

Miró el edificio y sacudió la cabeza.

—No, nada que me haya hecho pensar que el episodio: hombre metido a la fuerza en un coche, sea algo más que una fantasía de nuestra querida señora Lourdes.

Lo escuchó gruñir, un sonido que hasta ahora nunca le había oído y caminó hacia las escaleras.

—Lo que suponía —aceptó y empezó a subir—. A ver si esta vez la convencemos de ello y deja de llamarnos para contarnos cada escena detectivesca que se le pasa por la cabeza.

Arrugó la nariz.

—Si sabes que está como unas maracas, ¿por qué narices vienes? Es más, ¿por qué narices me arrastras a mí contigo?

—Porque cada vez que venimos aquí, tú acabas notando algo raro y terminamos con un nuevo caso resuelto a los pocos días —aseguró sin molestarse siquiera en mirarla mientras alcanzaba el segundo piso—. Eres algo así como mi talismán de la suerte.

—La madre que te…

Llamó al timbre y la puerta se abrió al momento interrumpiéndola.

—Buenos días, señora Lourdes. —Saludó a la madura señora que habitaba el segundo B.

Optó por comerse su propia indignación y se mantuvo un par de escalones por debajo de ellos, ni siquiera le interesaba saber que se le había ocurrido ahora a la loca mujer, en su mente había cosas más importantes.

Lobos. Su jefe desde hacía casi un año era un lobo y parecía tener una relación bastante próxima con Radu. Por otro lado, ese hombre parecía haber estado casado, emparejado o lo que fuera antes. Damek no lo había asegurado, pero tampoco lo había desmentido. Eso la llevaba a preguntarse si en ese mundo existía el divorcio o a la anterior compañera del alfa de Praga le había pasado algo.

Eran muchas las preguntas para las que carecía de respuestas y tampoco estaba segura de si quería descubrirlas. La sola idea de que Radu hubiese tenido otra mujer le provocaba una punzada de celos y no podía evitar preguntarse cómo habría sido ella, si la habría querido, si

todavía la quería o la echaba de menos…

Sacudió la cabeza y suspiró, lo último que necesitaba ahora era esa clase de pensamientos, ya tenía suficiente con intentar comprender lo que estaba pasando y no acabar enloqueciendo en el proceso.

Levantó la cabeza y vio cómo su jefe había adquirido de nuevo esa actitud estoica mientras escuchaba la interminable cháchara de la mujer. No sabía cómo lo hacía, cómo era capaz de soportar el agudo tono de su voz o esa aura amarillenta que a menudo era típica de las personas absorbentes.

Si había algo que no soportaba era la inmovilidad, la pérdida de tiempo y el estar allí de pie como una estatua escuchando estupideces. Comprobó el reloj varias veces, se perdió en sus propios pensamientos hasta que el hastío empezó a hacer mella en ella y en su necesidad de moverse. Se desplazó por el corredor, contemplando el edificio, buscando algo, cualquier cosa que le indicase que podría sacar algo de aquella visita, pero allí no pasaba nada.

Damek no estaba mucho más cómodo, el normalmente paciente policía empezaba a impacientarse y ello repercutía en miradas de superioridad y respuestas secas las cuales ni siquiera perturbaban a la mujer.

—De acuerdo, señora Lourdes —llegó el momento de poner fin a aquella charada, pensó aliviada. Cuando su jefe empezaba con esa frase es que iba a dar pasaporte y rápido—. Pasaremos a la comisaría todos los datos que nos ha facilitado y cotejaremos el número de la matrícula para ver si ese coche está registrado. Gracias por su cooperación.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y la fulminó con la mirada. Casi podía oírle decir: «¿Por qué coño estoy perdiendo el tiempo aquí?» mientras bajaba los escalones que los separaban y se unía a ella en una rápida y aliviada retirada.

—Esa mujer tiene tanta imaginación que podría crear su propia serie de crímenes sin resolver —masculló tomando la delantera, bajando las escaleras de dos en dos, algo sencillo para sus largas piernas—. Recuérdame que sea la última vez que responda a cualquier llamada de este lugar.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—No soy tu secretaria y tampoco paso tanto tiempo contigo como para poder recordarte las cosas…

—Gracias a Dios —masculló al mismo tiempo haciéndola parpadear como un búho ante su poco acertada respuesta.

—Eres un capullo, Damek.

—Tú lo sabes, yo lo sé… eso nos hace dos personas inteligentes.

Puso los ojos en blanco y le dio alcance saliendo ya por la puerta.

—Oye, hay algo de lo que quería hablarte.

La miró de soslayo.

—Si tiene que ver con Radu Alexander, te sugiero que hables tú con él —la interrumpió —. Es tu compañero.

¿La arrestarían si le pegaba una buena patada en el culo a ese hombre?

—No, tiene que ver con la persona a la que le has dado mi número de teléfono, gilipollas.

La acusación hizo que se dejase de andar a zancadas hacia la calle y bajase el ritmo.

—¿De qué me estás hablando?

—Alguien me dejó un mensaje en el contestador automático. —Lo obligó a detenerse—. Era una mujer, la secretaria de un tal Jelinek. Según dice en el mensaje, alguien le dijo que participé en la búsqueda de Anthony Callahan y me solicita ayuda para dar con su propio hijo, el

cual lleva diez años en paradero desconocido.

Su acusación hizo que se detuviese en seco y negara con la cabeza.

—Yo no le he dado tu número a nadie, Judith, ni siquiera a mi equipo —le aseguró. Parecía un poco ofendido porque pensara siquiera en ello—. Tu trabajo conmigo es confidencial, ni siquiera las personas a las que has ayudado a encontrar o sus familias tienen acceso alguno a tus señas.

Aquello la hizo fruncir el ceño.

—Entonces, ¿cómo demonios ha dado con mi teléfono y cómo ha sabido que yo ayudé a encontrar a ese niño?

Se había negado a aparecer en las noticias, no quería esa clase de inserción mediática y las víctimas y sus familias siempre habían estado de acuerdo en mantener su anonimato cuando la prensa estaba de por medio.

—No lo sé, nena, pero si realmente te preocupa, puedo intentar averiguar quién es ese tal Jelinek.

Sacudió la cabeza.

—Posiblemente esté sacando todo esto de contexto, pero es que no me gusta este tipo publicidad, ya lo sabes.

Lo sabía y siempre había sido consecuente con ello.

—Envíame esa grabación a mi teléfono —pidió, entonces hizo una mueca—, o grábala en altavoz… lo que sea. Dios, dile a Radu que te compre un móvil a ver si por fin podemos unirte al club del siglo XXI.

Puso los ojos en blanco. Las continuas referencias a su compañero empezaban a molestarla.

—Si quiero un móvil me lo compraré yo, con mi dinero, ese que tú me pagas al final de cada mes —le soltó con palpable ironía.

Sonrió ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—Vas a ser una compañera realmente interesante para un…

No llegó a finalizar la frase pues su teléfono empezó a sonar de nuevo. Lo sacó del bolsillo y frunció el ceño al ver el identificador de llamada.

—Dame un segundo —pidió, recibió la llamada y le dio la vuelta—. Damek.

No llegó a escuchar la conversación pues el policía empezó a alejarse por la acera. Sin embargo, tampoco le hacía falta para comprender que había pasado algo que lo estaba alterando. Su aura, la cual poseía siempre un tono azul claro empezó a oscurecerse, a hacerse más intensa y sus emociones empezaron a bailar de la misma manera.

—¿Estás seguro? —Oyó ahora que se acercaba de nuevo hacia ella—. Sí, sí, por supuesto. Lo que necesites.

Continuó paseando, dándole de nuevo la espalda, iniciando unas idas y venidas completamente ajeno ya a su presencia.

—Sí, sí. Lo sé, de hecho, ya me han advertido sobre ello —le escuchó decir y había cierta risa en su voz—. Bien, estaré atento y avisaré a mi gente. No, no lo creo… Bien. Estaremos en contacto.

Colgó el teléfono y se giró entonces hacia ella, mirándola de nuevo con la misma intensidad que cuando llegó.

—¿Va todo bien?

Asintió y guardó el teléfono.

—Noticias inesperadas, muy inesperadas, de hecho, pero buenas —aceptó y realmente

parecía sentirlo así—. Parece que las próximas semanas van a ser un poco movidas.

—Si puedo ayudar...

Volvió a mirarla de esa manera que empezaba a ponerla nerviosa, entonces sacudió la cabeza.

—Por el momento concéntrate en arreglar las cosas con tu compañero —le dijo—, cuanto antes… formalicéis… antes estará a salvo mi pellejo.

Arrugó la nariz ante su enigmática respuesta.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió de soslayo.

—Ya lo verás —le soltó y señaló su coche aparcado al otro lado de la carretera—. ¿Has venido en tu coche? ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Negó con la cabeza.

—No hace falta, he venido con mi coche —aceptó y señaló el final de la calle en sentido contrario al suyo—. Y me iré de nuevo en él. Tengo algunas cosas que hacer antes de volver a caerme por el agujero de conejo.

—Si te sirve de consuelo, no eres la única que se ha caído por él —le aseguró—, esa madriguera empieza a estar saturada.

Bufó a modo de risa.

—Sí, creo que eso podría resultar creíble, Damek, realmente lo creo.

—Veré que puedo averiguar sobre la persona que te dejó el mensaje en el contestador —la tranquilizó—, si encuentro algo te avisaré.

Eso sería suficiente por ahora.

—Esperaré esa llamada —aceptó y su respuesta hizo que él pusiese los ojos en blanco.

—Estoy empezando a considerar seriamente el regalarte yo mismo un teléfono móvil.

Ahora sí que se rio.

—Olvídalo, me gusta seguir incomunicada en lo que a ti respecta.

Sacudió la cabeza.

—Alezandru va a tener las manos llenas contigo —chasqueó la lengua—. Algunos tienen suerte.

Sin más, le dedicó un guiño, dio media vuelta y se metió en su coche, saliendo al escape a los segundos de encender el motor.

—Es un milagro que no tenga un montón de multas acumuladas por exceso de velocidad.

Suspiró y le dio también la espalda, era hora de continuar con su vida e intentar buscar un poco de paz.

CAPÍTULO 14

Maldita fue la hora en la que había accedido a acompañarla en esta absurda aventura, maldito el minuto en el que cedió a esos ojos iguales a los suyos y a la voz dulce y zalamera de su hermana pequeña. Todo esto era culpa suya, tenía que haber supuesto que algo no iba bien en cuanto Cora le anunció, tras su segundo día de acampada que había quedado allí con alguien.

Podía ser la mayor, llevarle cinco años a esa pequeña intrigante, pero al final la que se salía siempre con la suya, la que actuaba como si el mundo fuese suyo y los demás sus súbditos era Cora. No debería haberle sorprendido que la hubiese utilizado para sus escapadas, para verse con alguno de sus nuevos ligues, pero lo último que había esperado es que su hermana de diecisiete años hubiese quedado con un hombre que aparentaba unos treinta.

Debió haber seguido entonces su instinto, debió haberla cogido del brazo y obligarla a correr, debió dejar que su loba tomase el mando y le desgarrase la garganta al grupo de lobos que habían surgido de la nada y que obedecían las órdenes de ese humano.

Pero no pudo, había sido incapaz de detenerla cuando se lanzó a sus brazos y lo besó en la boca, tampoco había podido evitar acudir en su ayuda cuando la vio abrir los ojos presa de la sorpresa y el aroma de la sangre fresca llegó hasta ella. La mirada azul de Cora bailando entre la incredulidad y el horror fue lo último que vio antes de que las metiesen a ambas en una furgoneta amarilla y las trasladasen allí.

«¿Qué he hecho, Anezka? ¿Qué he hecho?».

«Shh. Tranquila. Todo irá bien. Saldremos de esta».

«He sido una estúpida. Él dijo que me amaba. Fue siempre tan… amable, tan mundano… He cometido un terrible error, Anez, un terrible error».

«No hables. Reserva tus fuerzas».

No recordaba el tiempo que habían estado en esa furgoneta, apenas era consciente de todos los baches y los sonidos a su alrededor pues su atención estaba puesta en la herida de su hermana, en la sangre que le manchaba el vestido a la altura del vientre y sus propias manos.

«Tengo miedo, quiero volver a casa».

Una y otra vez había rogado por volver a casa, por volver al hogar, pero sus súplicas no habían tenido otra respuesta que sus palabras de aliento, el calor de su cuerpo pegado al suyo y los silenciosos ruegos que se repetían una y otra vez en su cabeza.

Un ensordecedor grito volvió a replicar entre esas cuatro paredes, no había luz, no había ventanas a excepción de una pequeña claraboya en el lejano techo y el conducto del aire a través del cual le llegaban los sonidos de la sala contigua.

Volvió a lanzarse contra la pared, aporreando el frío metal, desgañitándose hasta que su garganta quedó en carne viva, rogando y maldiciendo mientras su hermana gritaba y llenaba su lúgubre y oscura celda con el eco del horror, el dolor y la desesperación. Ni siquiera podía alcanzarla ya de otra manera, sus súplicas de ayuda habían dejado de invadir su mente, sus lazos se habían cortado de alguna manera y todo lo que podía llegar a ella ya solo era el horror de los golpes y el sonido de herramientas que solo podía imaginar.

—¡Dejadla, malditos! ¡Dejadla! ¡Os mataré! ¡Juro que os mataré a todos! ¡Cora! ¡Cora, resiste!

Pero su hermana ya no pronunciaba su nombre, de su boca solo salían salvajes gritos,

alaridos que le atravesaban el alma hasta convertirse en los gorjeos que venían siendo últimamente.

Dos días. Dos largos e interminables días que contaba únicamente por la claraboya que había en el techo, un minúsculo círculo a través del cual veía la luz del día y la oscuridad de la noche, dos días en los que la muerte no hacía otra cosa que rondarlas.

—¿Por qué nos hacéis esto? ¡Qué queréis! ¡Quién sois! Por dios, es solo una niña, ¡dejadla en paz! ¡Dejadla!

Se echó a llorar, ya era lo único que podía hacer en ese lugar de negrura y olor a sangre que parecía haberse impregnado a su piel y adherido a sus fosas nasales.

La muerte estaba cerca y en lo más profundo de su ser sabía que no sería rápida.

—Señor Alezandru, tiene una visita.

Se volvió desde la ventana de su despacho para ver junto a su cohibida y sonrojada secretaria a Arik

—Gracias, Natasha, ya me encargo yo.

La mujer asintió y se marchó al instante volviendo a su propio escritorio.

—Tienes un efecto interesante en las mujeres, ejecutor-

El lobo optó por ignorar su comentario y entró en la oficina cerrando la puerta tras de él. Su semblante serio y el hecho de que estuviese allí, en su oficina, era ya suficiente sorprendente para empezar.

—¿Qué ha ocurrido? —Dejó el tono distendido y caminó hacia él.

—Rumati ha despertado y se está recuperando.

—Y la noticia parece que no te hace mucha ilusión.

—Sabes lo que opino al respecto, pero no es eso lo que me trae hasta aquí.

Asintió y lo invitó a tomar asiento, pero él lo declinó.

—Entonces, ¿ha podido arrojar algo de luz sobre…?

—Están vivas.

La respuesta tuvo el efecto de un proyectil en su pecho.

—¿Qué quieres decir?

Resopló.

—La princesa Denali y Nahara, la compañera de Rumati, están vivas y ese loco cree que pueden estar aquí, en el centro de Europa, posiblemente en alguna de las regiones de Bohemia.

La noticia no dejaba de ser impactante.

—¿Está seguro de ello?

Asintió y a juzgar por el nerviosismo que traía consigo, no le cabía duda alguna.

—Velkan ha hablado con él nada más despertar y el maldito lobo cree que esa manada de lobos en realidad estaba siguiendo los pasos de las dos mujeres —le informó—, que su presencia aquí obedece a esa persecución y que esta ha sido ordenada por el mismo culpable que está detrás de la destrucción de la manada Daratraz.

Demasiadas conjeturas, pensó para sí, pero bastante plausibles a juzgar por el empeño que habían puesto esos lobos en separarlos cuando les estaban dando caza.

—Si están ahí fuera tenemos que encontrarlas —aceptó, sabiendo que esa sería a partir de ahora la prioridad de todos los lobos de la región.

Arik asintió y dejó escapar un resoplido.

—Su alteza ha convocado a una reunión a los alfas de Norteamérica y quiere que tanto Mijaíl como tú estéis presentes…

Sonrió de soslayo, la ironía goteando de sus labios.

—¿En la misma habitación? ¿Quiere ver sangre?

—Mijaíl está al tanto de sus deseos y, para que quede claro, le ha advertido, y esto va para ti también, que el primero que ponga una sola pega, se quedará sin una oreja o lo que le apetezca arrancar en ese momento.

—Como que está un poquito alterado, ¿no?

—¿Alterado? —bufó Arik—. Está histérico y nos está poniendo histéricos a los demás.

—Ya veo.

Sacudió la cabeza.

—Durante diecisiete años hemos pensado que ella estaba muerta, que la línea de sangre se iba a extinguir si no aparecía una nueva compañera… y ahora… ahora se ha producido un jodido milagro.

Uno que ninguno de ellos podía pasar por alto.

—Tenemos que encontrarla y traerla a casa, llevarla al lugar que corresponde —concluyó Arik—. Con un poco de suerte eso cortará de raíz el síndrome premenstrual que tiene el príncipe ahora mismo.

—Si están en nuestros territorios, las encontraremos —aseguró pensando ya en la mejor manera de abordar esa búsqueda.

—Lo prioritario ahora será dar con ellas y evitar que quien quiera que esté detrás de sus pasos, las alcancen antes que nosotros —explicó, miró el reloj y bufó—. Tengo a Savage y a Melinka recorriendo los perímetros en busca de algún rastro, pero por ahora no han encontrado nada.

Asintió.

—¿Damek? —preguntó. Sabía que el ejecutor tenía potestad suficiente para recurrir a los rastreadores de las distintas regiones y coordinar sus servicios siempre que los necesitase.

—Lo he puesto al corriente —corroboró sus sospechas—. Al igual que a Nikolae. Necesitaremos tejer una red de seguridad por lo que pueda pasar.

—Toma todos los recursos que necesites —concedió—. ¿Cuándo tiene pensado celebrar la reunión?

—Mañana por la mañana, Odin llegará sobre las once, así que a las doce deberían de estar todos reunidos ya bajo el techo del alfa de Bratislava.

—De acuerdo —aceptó y tendió la mano a su compañero—. Allí estaré.

Correspondió a su saludo.

—Le diré a Velkan que puede morderle el culo si quiere a Mijaíl, es el único de vosotros que ha protestado.

Lo raro, pensó, es que ese irritante lobo mantuviese la boca cerrada incluso si se estaba muriendo.

Con un último gesto, el ejecutor se marchó dejándolo a solas con sus pensamientos. Al parecer iba a tener que cambiar su cita de mañana con Judith, retrasarla o aplazarla y la sola idea hacía que le doliesen los dientes.

—Mierda.

CAPÍTULO 15

Lluvia. Había pocas cosas que le gustaban tanto a Judith como la lluvia. Debía de ser una de las pocas personas que disfrutaban tanto paseando bajo el agua, que encontraba en el repiqueo de los charcos e incluso sobre el paraguas una melodía calmante. Ni siquiera estaba segura porqué había dejado el coche en el centro comercial al que había ido a comprar algunas cosas para luego ir a dar un paseo por la ciudad en vez de irse a casa. La idea de meterse de nuevo entre cuatro paredes le había resultado asfixiante, así que antes de darse cuenta se había encontrado callejeando hacia la calle Gogolova que daba acceso al Parque Letná, el pulmón natural de Praga. El parque lleno de superficies verdes, grandes árboles y la construcción de estilo modernista, el pabellón Hanavský, un hermoso edificio de hierro colado que albergaba el restaurante y que ofrecía una de las mejores vistas de los puentes sobre el río Moldova.

Muchos eran los praguenses y turistas que se acercaban allí a pasear, hacer deporte, ver el metrónomo o descubrir el famoso *Beer Garden* dónde podían disfrutar de una pinta de cerveza mientras disfrutaban de un ambiente distendido y grandes vistas de la zona vieja de la ciudad.

En su caso, todo lo que buscaba era alejarse de la intensidad del día, de las aglomeraciones de gente, quitarse de la piel el estrés del día e intentar dejar de pensar en él.

¿Cómo demonios podía alguien obsesionarse de tal manera con alguien al que acababa de conocer? ¿Cómo podía llegar a añorarle cuando hacía escasas horas que se habían visto? Nada de aquello tenía sentido y, al mismo tiempo, encajaba bastante bien con lo que solía contarle su abuela.

—¿Vas a decirme que es un te veo y no meo?

—No meas, no comes, no respiras... Imagínate que te quitan el corazón y entonces te lo enseñan de nuevo. ¿No lo anhelarías? ¿No pensarías en dónde está? ¿Qué hacen con él? No deja de ser tu otra mitad y, mientras si bien sabes que la tienes y que está ahí fuera, una vez que la ves, que la reconoces, no podrás alejarte por mucho que lo desees.

—Eso parece demasiado extremo, es como si te robaran tu propia vida.

—No, Judith, es como si te la devolviesen.

—¿Fue así para ti con el abuelo?

—Para cada una es distinto, pero la conexión que sientes siempre está ahí.

Se había resistido a creerlo, había querido probar que estaba equivocada saliendo con otros hombres, pero en ellos siempre parecía faltar algo, la conexión que tenía con Radu.

Un hombre que había surgido de la nada, alguien de quien prácticamente no sabía nada y que la había hecho sentir con solo unas palabras, una caricia y su sola presencia más que en toda su vida.

Se sentía segura en su cercanía, se había descubierto ante él como no lo había hecho ante nadie más y el tener su aceptación había sido casi tan importante como el respirar.

No sabía que pensar ahora, como proceder, le había aliviado que le permitiese irse, darle espacio, pero al mismo tiempo hubiese preferido que la atase y la mantuviese cerca de él.

—Ay Dios, ahora mismo sería un gran desafío para el señor Freud.

La manera en que Damek la había mirado, la forma en que había hablado, la hacía pensar que Radu posiblemente le hubiese hecho alguna clase de advertencia. Su mente no dejaba de dar vueltas a las posibilidades y ello no hacía otra cosa que enfurecerla por un lado y hacer que se

derritiese por otro.

Ningún hombre había sentido la necesidad de cuidarla de esa manera, de protegerla como si fuese una flor de porcelana que pudiese romperse en cualquier momento o marcar su territorio ante otros hombres, como creía que podía haber sido el caso.

—No quiero ser solo una posesión.

No quería que le pasase como a su madre. Su padre había sido un buen hombre, pero entre ellos no había visto ese amor del que le hablaba la abuela, no había ese anhelo ni ese deseo de unirse con el amor perdido. Se habían tenido cariño, se habían cuidado y respetado y esa era la clase de amor que conocía.

—Yo no sé amar, babička. No he podido enamorarme ni una sola vez.

—Eso es porque no has encontrado todavía al hombre adecuado —le había dicho—. Cuando lo hagas, todo será distinto. Ya no verás sombras, todo será luz.

Deseo. Si cerraba los ojos y pensaba en él, rememorando sus besos, era deseo lo que despertaba en su cuerpo, un deseo tan intenso que la dejaba sin aliento y palpitando. Una necesidad tan arrolladora que si él la llamaba iría sin dudar.

Suspiró. La había convertido en una mujer que no reconocía y la necesidad de él la asustaba más allá de lo imaginable.

Echó hacia atrás el paraguas y dejó que unas pequeñas gotas le mojaran el rostro. El chaparrón había pasado y pronto quedarían solo unas tímidas nubes cubriendo la ciudad. Deambuló entre las mesas de madera ahora vacías y se apoyó en la barandilla que cercaba el *Beer Garden* y se tomó unos momentos para contemplar la ciudad. Los puentes surcaban el río mientras los tejados de la vieja Praga se alzaban como silenciosos testigos del paso del tiempo. Cerró los ojos y aspiró profundamente antes de soltar el aire de nuevo.

—¡Que alguien me muestre el camino!

Gritó al aire, a la lluvia y a cualquiera que desease escucharla.

—Que alguien me enseñe cómo caminar —musitó ahora en voz baja—, y qué dirección tomar.

«SIGUE EL LATIDO DE TU CORAZÓN».

La voz se filtró en su alma, casi podía sentir su presencia, su cariño, pero cuando se giró no era su abuela la que avanzaba por el camino con unos patines al hombro.

Mojado de los pies a la cabeza y tan sexy e intenso como la primera vez que lo había visto se encontró con el hombre que daba forma a sus pensamientos y la dejaba sin respiración.

—Radu.

Sus labios se curvaron lentamente, asintió y caminó hacia ella.

—Una ciudad tan grande y venimos a encontrarnos de manera fortuita —la saludó—. ¿Qué haces por aquí y con este tiempo?

—Pasear.

—¿Bajo la lluvia? —Se apoyó en la barandilla.

Sí, podía ser un deporte un tanto extraño, sobre todo cuando se hacía sin paraguas.

—Puedes considerarla otra de mis extrañas aficiones.

—No creo que el que te guste la lluvia sea extraño, *přítelkyně*. —Estiró la mano y le apartó un mechón de la cara—. Ahora, llevar un paraguas y no haberlo abierto a pesar de la que está cayendo, eso sí podría entrar en dicha categoría…

—Podría equipararse a que lleves unos patines contigo y estés chorreando.

Sonrió e inclinó la cabeza en respuesta.

—Concedido —aceptó—. Supongo que a mí también me gusta la lluvia aunque no sea

demasiado compatible con las ruedas.

—Un lobo sobre patines —sacudió la cabeza—, me ganas en rarezas.

Se rio, una carcajada limpia que la calentó por dentro. Prefería ver esa luz en su aura y no la tristeza que parecía robársela.

—Visto así —se rio—. Mejor que sea nuestro secreto, mi imagen iba a quedar seriamente dañada si se supiese de mis extrañas aficiones.

Sonrió contagiada por su tono burlón.

—Hecho —aceptó y miró de nuevo sus patines—. ¿Haces esto muy a menudo?

—Todavía no, pero es algo que sin duda podría añadir a mi agenda diaria.

¿Por qué tenía la sensación de que no hablaba del patinaje?

—En cuanto a patinar... Hay a quien le gusta correr, la bicicleta y esas cosas, yo prefiero los patines.

—¿Por algo en especial?

—Me desafiaron y perdí, así que aprendí a patinar y, como le cogí el gusto seguí haciéndolo.

Parpadeó ante su sinceridad.

—Creo que es una de las pocas cosas que tengo que agradecer a ese desgraciado.

Su aura fluctuó y salieron a la luz un antiguo rencor y el dolor. Aquello traía consigo recuerdos amargos, posiblemente alguien de su pasado.

—A veces es necesario dejar atrás el pasado para poder arrojar algo de luz al presente.

Esos ojos verdes se encontraron con los suyos.

—No siempre funciona de esa manera, a veces el pasado está tan arraigado que cuesta dejarlo marchar.

—Lo sé, lo sé mejor que nadie —aceptó—. ¿Pero de qué sirve mantenerlo vivo si eso te hace daño?

—Porque matar a mi propio mellizo no es algo que pueda contemplar realmente —suspiró —. Ganas no me faltan, no lo negaré, pero es mi hermano pequeño y una vez fue todo lo que tuve.

—Lo siento mucho.

Negó con la cabeza.

—Ahora te tengo a ti —le acunó el rostro entre las palmas—, y eres la luz de la que hablas, la que hace que quiera vivir anclado en el presente. Gracias por eso, compañera.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

—De nada... Creo.

Le miró los labios y no pudo evitar contener la respiración.

—Dios, deseo tanto besarte.

—¿Y por qué no lo haces?

La miró.

—Porque luego querré más y más de ti. —Le acarició el labio inferior con el pulgar—. Y ni siquiera entonces se si sería suficiente.

Un resumen perfecto de lo que sentía ella ahora mismo.

Para su sorpresa no la besó en los labios, sino en la frente.

—Eres una condenada tentación ahora mismo —confesó dando un paso atrás—. Pero soy un hombre fiel a su palabra. Te prometí tiempo y te lo daré.

No sabía si sentirse halagada o insultada por ser privada de su contacto, pero si algo sabía era que ese hombre ya la tenía en sus manos.

—¿Y si yo quiero que me beses? —murmuró—. ¿Sería egoísta por mi parte pedírtelo?

La miró con tanto anhelo que dejó de pensar e hizo lo que deseaba, fue hacia él y tiró de su empapada chaqueta para atraerle hacia ella.

—No sé qué clase de hechizo has tejido sobre mí, Radu Alezandru, pero no sé ni quiero luchar contra ello. —Lo besó por propia iniciativa y él respondió envolviéndola y atrayéndola contra su cuerpo, dejando que notase la excitación de su cuerpo y prendiese fuego a la suya.

El paraguas, todavía cerrado, cayó de su mano mientras nuevas gotas volvían a hacer acto de presencia trayendo de nuevo la lluvia.

Se separaron jadeantes, la lluvia empapándolos, pero nada de eso parecía importarles a ninguno.

—Te deseo —le susurró al oído y le mordisqueo el cuello—, te necesito... —le besó el pulso—, quédate conmigo... por favor.

Una súplica, una angustia oculta en sus palabras y en su alma.

—Sí —asintió y se separó lo justo para mirarle a los ojos—. No dejes que me arrepienta.

Le acunó de nuevo el rostro.

—No lo harás, te lo prometo.

Asintió y lo abrazó, solo un abrazo, pero que llevaba escrito toda clase de súplicas y promesas.

CAPÍTULO 16

La vida podía dar mil vueltas en un solo segundo, una elección cambiar el rumbo del destino y convertir un día bajo en una nueva oportunidad de disfrutar de aquello que deseaba.

Cuando cogió los patines, se puso la ropa deportiva y salió a quemar su frustración no pensó que podía encontrarse con ella, de hecho había luchado con todas sus fuerzas para no tenerla presente a cada minuto y evitar así añorarla. Se había obligado a concentrarse en las recientes noticias, en cómo enfrentarse a ello y dar con la forma más efectiva de conseguir resultados. No se trataba de un capricho, sino de una misión de máxima prioridad para todo lobo vivo y que hubiese jurado lealtad ante su príncipe.

Quería ser egoísta, quería dedicarle tiempo a su compañera, pero para ello debería dar la espalda a su propio honor y no podía afrontar algo así, su orgullo no lo permitiría

Y entonces la había visto, disfrutando de la lluvia de una forma que nunca había visto, demando que el agua la empapase. Su lobo la había olido, sabía de su presencia incluso antes de que él pudiese darse cuenta de que estaba allí. Verla había alegrado su espíritu, pero no había sido nada comparado a probar de nuevo su sabor, a tenerla en sus brazos y saber que era suya.

La deseaba como nunca, anhelaba probar esa piel y convertirse en uno solo con ella, quería amarla y conocer todos sus secretos y, por encima de todo, necesitaba reclamarla y dejar que el mundo supiese que él era su lobo, su compañero y la mitad de su alma.

—Y está es mi casa, no es ni moderna ni sofisticada, pero sus paredes han visto ya tres generaciones de mi familia.

Judith se hizo a un lado y lo invitó a entrar. Había sido ella la que había sugerido ir a su casa, sabía que estaría más cómoda, menos tensa y a él le daba igual el lugar mientras pudiese pasar tiempo junto a esa mujer.

Su hogar era como ella, una mezcla de estilos y de colores, auténtica y única y emanaba una calidez y misticismo que hablaba de su herencia.

—Eso ya de por sí le da más valor que cualquier decoración moderna —aseguró cerrando la puerta tras él.

—El baño está por aquí —le indicó—. Dame un segundo y te doy un par de toallas...

—Judith —la detuvo—. Solo te necesito a ti.

Encontraba adorable la manera en que se sonrojaba, le mostraba esa inocencia que existía bajo esa fachada de mujer autosuficiente, algo nuevo para él.

No, esta dulce niña nada tenía que ver con su anterior compañera y no la compararía, no sería justo para ninguno de los dos.

La acechó dejando que su lobo hablase por él, que su compañera lo conociese tal cual era, la empujó suavemente hasta una pared desnuda y se lamio los labios.

—¿Alguna vez deseaste algo con tanta intensidad que te daba miedo obtenerlo?

Se lamió los labios.

—¿Cuenta este preciso momento?

Sonrió y le acarició el rostro.

—Sí, cuenta tanto o más que cualquier otro —aceptó—. Te deseo, Judith, tanto que no quiero detenerme.

—Bien, porque yo no quiero que te detengas, te ruego que no lo hagas.

—En ese caso, no lo haré.

La besó suavemente, apenas un roce de labios quería degustar esa blandura que encontraba bajo los suyos, respirarla como si de ese modo pudiese tenerla dentro y hacerla incluso más suya.

Resbaló las manos por su cuerpo y sintió como su lobo gimoteaba encantado, esto era lo que deseaba, lo que quería; a ella. La ropa húmeda estaba pegada a su cuerpo, como también lo estaba al propio, no había querido detenerse, ninguno de los dos parecía estar pensando con claridad y eso podía ser peligroso.

—¿El cuarto de baño? —preguntó separándose de ella lo justo para ver esos bonitos ojos azules brillantes de deseo—. Nos vendrá bien a ambos librarnos de la ropa mojada y entrar en calor. No quiero que pilles un resfriado por mi negligencia.

Su mirada se suavizó, parecía sorprenderse con cada muestra de ternura o cuidado que tenía para con ella, cómo si no pudiese imaginarse que fuese para ella. ¿Quién la había descuidado tanto? ¿Quién se había atrevido a dejarla sola, desamparada de tal forma que un simple momento de cortesía le resultase ajena?

—Tú estás igual de mojado o más que yo —murmuró bajando la mirada a sus pies, contemplando el charco que se había formado allí dónde estaban ambos.

Gruñó, un sonido muy lupino, parte impaciencia parte recordatorio para sí mismo.

—Nos encargaremos de eso después, pero ahora…

—El único baño que hay en la casa es el de mi habitación —le indicó el camino.

—Nos servirá.

Su mano parecía la de una niña engullida en la suya, pero ahí quedaba toda posible comparación. Las curvas que apreciaba bajo la húmeda ropa eran las de una mujer y ardía en deseos de perderse en ellas.

El baño resultó ser un pequeño cubículo en el que difícilmente cabían los dos, la antigüedad de su decoración rememoraba el resto de la casa, solo una ducha de nueva construcción parecía ser lo bastante nueva como para desentonar.

La despojó capa a capa de la ropa que llevaba, una forma única de descubrir sus secretos y encontrarse con esa bonita y suave piel blanca y con el pequeño y recortado nido de rizos rojizos entre sus piernas. Se lamió los labios de anticipación, pero no hizo nada más, tenía que concentrarse en su actual tarea, ir paso a paso o se perdería por completo.

Se despojó de sus propias ropas dejándolas en un montón junto a las de ella y dejó que Judith lo guiase en el manejo de la ducha. Pronto el agua caliente empezó a crear una cortina de vapor a su alrededor, probó la temperatura con el brazo y finalmente los arrastró a ambos a su interior.

—*Uff*… eso duele…

Sabía lo que provocaba el chorro del agua caliente sobre la piel helada pues lo sentía sobre sí mismo, mil agujas parecían picotear sobre la piel hasta que esta iba recuperando la temperatura y al principio podía resultar doloroso. La atrajo hacia sí, piel con piel, su cuerpo menudo apretado contra el suyo en perfecta armonía. Sus cremosos pechos ejercían una tibia presión contra la parte inferior de sus pectorales y sus caderas se ajustaban de forma única y perfecta al hueco de su pelvis.

Su sexo, ya erecto parecía encontrar realmente apetecible esa intimidad, pues se endureció incluso más en contacto con la húmeda piel. Ni siquiera el frío de la ropa húmeda le había afectado lo más mínimo, la presencia y el aroma de su compañera, ahora incluso más presente, hacía que su deseo aumentase sin tapujos.

Deslizó las manos sobre su espalda, bajando por sus brazos, acariciándole los hombros,

masajeándola suavemente hasta que sintió como se relajaba contra él.

—¿Mejor?

Su respuesta fue un asentimiento con la cabeza, su mejilla permanecía ahora apoyada contra su pecho, su pelo rojo cayéndole sobre la espalda como una cortina de brillantes rubíes. Estaba fascinado, todo en ella lo fascinaba de una manera que nunca había sentido antes.

—Podría quedarme así toda la noche.

Sonrió ante su respuesta, deslizó una vez más las palmas por su espalda y recaló en sus glúteos, apretándoselos, empujándola contra su erección al tiempo que le acariciaba el oído con los labios.

—Aunque la sugerencia me resulta de lo más atractiva, me muero por estar dentro de ti —le lamió el arco de la oreja con la punta de la lengua—. Quiero lamerte entera, aprenderme tu sabor, descubrir qué es lo que te enciende, lo que te hace gemir… Quiero descubrir todos tus secretos, pelirroja.

Siguió por su barbilla, mordisqueándosela para finalmente reclamar sus labios en un beso profundo y húmedo, totalmente carnal. Su naturaleza lupina quería más, necesitaba más de esa hembra y él no podía estar más de acuerdo con ello.

Se demoró lo justo para procurarles a ambos un rápido enjabonado y aclarado y no pudo evitar reír para sí al oler sobre sí mismo ese aroma a fresas que conocía en ella. Salieron de la ducha entre besos y arrumacos, desplegó una toalla para secarla y, mientras la envolvía y dejaba que ella se hiciese cargo de escurrirse el pelo, se sacó de encima todo rastro de humedad.

Ella era una cosita sexy, una mujer realmente deliciosa y con un pequeño grado de timidez que la hacía si cabía más interesante. Le fascinaba esa manera en la que mantenía las distancias, como si quisiera darle tiempo para retirarse o arrepentirse de algo, nada más lejos de lo que quería en realidad.

Tiró la toalla a un lado y arrancó la suya con decisión, dejándola desnuda de nuevo a su vista, permitiéndose apreciar ahora esa piel rosada por el agua caliente.

—Nunca te cubras ante mí —murmuró con voz ronca—, no hay nada más bonito en estos instantes que tú así.

Su incomodidad seguía presente, la vergüenza le teñía las mejillas, pero no apagaba ese ardor que oscurecía sus azules iris. La sujetó de la cintura, sus dedos hundiéndose suavemente en la blandura de su carne.

—No hay nada de ti que no desee ver, recordar y llevar siempre en mi memoria —aseguró atrayéndola hacia él, hacia el calor de su cuerpo, necesitando de su contacto—. Estás hecha para mí, pelirroja, como yo lo estoy para ti.

Volvió a besarla y encontró en sus labios el alivio para su solitaria alma, sus brazos le rodearon la cintura y el suspiro de rendición que bebió de ella lo hizo aullar de placer. Esta era su mujer, su compañera e iba a dedicarse en cuerpo y alma a amarla como se merecía.

La alzó en brazos como si no pesase nada, como la niña que parecía a sus ojos y los trasladó a ambos al dormitorio. Este, al contrario que la casa, ya poseía un estilo más personal, más suyo, todo allí dentro hablaba de la mujer que llevaba en brazos, de la hembra que depositó sobre la cama y veneró como se merecía.

—¿Hablo demasiado o a ti te ha comido la lengua el gato?

Sus labios se curvaron en una perezosa sonrisa, sus ojos se velaron un poco más y se estiró como una dulce gatita sobre la colcha.

—Me gusta oírte hablar, me gusta ese acento tuyo que parece marcar cada palabra —respondió con un tono de voz somnoliento—, no hay necesidad de decir nada más, ¿no?

La siguió a la cama y admiró la dulce figura que tenía bajo él, se deleitó con los pechos llenos y los rosados pezones que apuntaban hacia arriba. Su respiración aumentaba por momentos, la forma en que se elevaban y bajaban sus pechos, la ligera fricción que ejercían sus muslos eran muy reveladores. Estaba excitada, nerviosa y había incluso un punto de temor en esos bonitos ojos.

—No hay fuerza humana o sobrenatural sobre la tierra que me llevase a hacerte daño jamás, Judith —le dijo acariciándole el rostro, manteniendo todavía una distancia prudencial entre ambos—. Eres demasiado preciosa para mí, como también lo eres para mi lobo, estás a salvo.

Su mirada se suavizó e, impulsándose sobre los codos, se incorporó lo justo para acercarse a su rostro.

—Lo sé, no me preguntes cómo, pero es algo que he sabido desde el primer momento —asintió con una tímida sonrisa—, pero no puedo evitar sentirme nerviosa y ansiosa ante lo desconocido, Radu. Eres el primer hombre al que invito a mi cama…

Su declaración lo dejó en shock durante unos eternos segundos, su lobo aulló de dicha, pletórico por el regalo que le estaba haciendo su compañera, ser el primero para ella, su primer amante, su primer compañero, su primer hombre.

—Se te ha mudado el gesto, señor lobo —murmuró ella y parecía divertida por ello.

Sacudió la cabeza saliendo de ese momentáneo aturdimiento e hizo lo único que podía, la besó.

Tomó sus labios con pasión y agradecimiento, la acarició como deseaba hacerlo desde que la vio por primera vez, desde que se le paró el corazón al verla resbalar por el borde y respiró aliviado al sentir su cuerpo bajo el suyo.

—Acabas de noquearme, pelirroja —consiguió contestar por fin—. Me estás haciendo un regalo del que no sé si soy merecedor.

—Eres mi otra mitad, eres el único merecedor de ello.

—Tú también eres mi otra mitad, Judith, la única para mí.

Bajó sobre su cuerpo deleitándose en la curvatura de sus senos, tomando los pezones en su boca, succionándola y aprendiendo junto a ella qué la hacía gemir, que la llevaba a retorcerse o arquear las caderas bajo su cuerpo. La lamió a placer, se grabó su sabor en la mente y en el corazón, descubrió los secretos de su piel, dónde tocarla para hacerla gemir y se dio un merecido festín entre sus piernas llevándola a su primer orgasmo de la noche.

Sabía tan bien como se lo había imaginado, respondía a sus caricias y a sus besos como ninguna otra había hecho antes, lo hacía sentirse poderoso y humilde al mismo tiempo. La amó como deseaba, como quería que ella le amase a él y se vio recompensado por su generosidad y la curiosidad innata de esa mujer.

—No… no puedo más… —La escuchó jadear, su pecho subiendo y bajando por el esfuerzo de llevar aire a sus pulmones, su piel transpirando de sudor después de un segundo orgasmo proporcionado por sus dedos—. Por favor… un poquito de piedad por aquí… necesito respirar…

Se rio entre dientes y ascendió por su cuerpo, abriéndose paso entre sus muslos, guiándose a la entrada de su sexo y acariciándola con la punta del pene.

—Estás respirando, pelirroja, esos bonitos pechos tuyos me dicen que estás respirando —anunció inclinándose sobre ella, haciéndose sitio, acariciándole los muslos e instándola a rodearle con ellos—. Ahora quiero que cojas aire muy profundamente y lo sueltes…

—¿Piensas darme ahora una clase de yoga?

—Respira Judith —le mordisqueó el cuello, distrayéndola—, respira profundamente ahora.

Para su buena suerte lo hizo y aprovechó el momento para empujar en su interior, llenándola, notando como sus paredes cedían y le permitían alojarse completamente en su interior. Su sensible olfato notó el aroma de la sangre fresca, el de su virginidad y sintió una mezcla de orgullo y arrepentimiento al mismo tiempo. Orgullo porque ya era suya y arrepentimiento por el daño que pudiese haberle hecho al arrebatársela.

—Oh… Dios… —su jadeo lo tranquilizó, la sentía temblar a su alrededor, pero no detectaba ningún dolor extremo, solo la tensión propia de la iniciación—. Eso… se avisa…

Procuró mantenerse quieto, algo difícil dado que deseaba moverse más que ninguna otra cosa, deslizó una mano sobre su costado y la acarició suavemente, buscando al mismo tiempo sus labios para regalarle un beso hasta que poco a poco su cuerpo se fue aflojando bajo el suyo.

—Si te hubiese avisado, habrías estado incluso más tensa —murmuró a puertas de sus labios—, no deseo hacerte daño, siento no haber podido evitarlo.

Se movió bajo él y esa breve fricción fue increíble. Su lobo gruñó de placer, quería más deseaba más, quería a esa hembra, necesitaba reclamarla.

—Radu.

—¿Dime?

—Deja de hablar y muévete —gimió—. Por favor… sabía que iba a doler… ahora haz algo para que lo olvide.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Será un placer, compañera, será un placer.

Salió de ella lentamente y volvió a entrar con suavidad, dejó que su cuerpo se adaptase a su tamaño, a las nuevas sensaciones y la acicateó un poco con besos, pellizcos y mordisquitos que sembró sobre su clavícula.

—Oh… señor.

Sonrió para sí e imprimió un ritmo pausado al principio y mayor a medida que su deseo tomaba el mando y la necesidad propia crecía en su interior. Su lobo empezó a moverse de un lado a otro en su interior, su espíritu traspasó su piel reflejándose en sus ojos y alargando sus colmillos en la boca en una obvia reclamación del vínculo de un lobo con su compañera.

—Eres mía, pelirroja, tanto o más como yo te pertenezco a ti.

Sin más advertencia empezó a bombear más fuerte en su interior, dejó que su lobo participase de la cópula y le lamió el hombro antes de clavarle los dientes, marcándola y hacerla gritar con un nuevo orgasmo.

«Mía».

Nuestra.

Le lamió la herida del hombro degustando de nuevo su sangre, sintiendo ya como sus caninos retrocedían y su lobo se quedaba totalmente saciado, tranquilo, orgulloso de la mujer que el destino había decidido poner una vez más en su camino. No había vuelta atrás, ya nada evitaría que ella fuese suya hasta que la muerte viniese a reclamarla y, esta vez sabía, que no la dejaría irse sola. Se iría con ella.

CAPÍTULO 17

Judith nunca había tenido problemas en saber qué decir, pero ese hombre de pie, desnudo y bañado por la luz que se filtraba ya a través de la ventana le secaba la boca e incluso el cerebro.

Radu era un lobo en toda la extensión de la palabra, su posesividad, su magnetismo animal, esa natural dominación... todo ello salía a relucir cuando se despegaba de su parte humana, de su refinada educación y dejaba que su alma tomase el mando.

No era un hombre que se dejase manipular, sabía lo que quería y no tenía inconveniente en ir a por ello como había demostrado en las deliciosas horas que acababan de pasar juntos.

La conexión que había entre ellos se había intensificado, de un modo que no podía explicarse, sus almas se habían fusionado en una sola y eso hacía que se sintiese más cerca de él.

—Pareces estar perdido en tus pensamientos.

Se giró hacia ella y sonrió, su mirada la recorrió con desnuda hambre haciendo que su cuerpo reaccionase al momento. Parecía tener la clave para conseguir todo lo que deseaba de ella, incluso cuando pensaba que se moriría si no le daba un respiro.

Era un amante atento, entregado y muy pasional, había sido cariñoso, cuidadoso y la había mimado de tal forma que no podía imaginarse ya sin él.

—Intento mantenerlo al margen, pero no siempre es fácil —comentó—, están pasando demasiadas cosas ahora mismo y... En cierto modo me siento dividido.

Sabía que era así, lo había sentido en él y visto en la turbulencia de su alma. Su abuela había estado en lo cierto una vez más, en la intimidad del lecho, las almas estaban más desnudas que nunca.

—Entiendo que las cosas no están bien por ese lado —comentó sabiendo que estaba preocupado por su gente, por su príncipe y lo que había ocurrido apenas el día anterior—. Si puedo ayudarte de alguna manera…

Caminó hacia ella, subió a la cama y la abrazó, tirándola sobre el colchón.

—Lo más importante ahora para mí eres tú —declaró clavando sus ojos en los de ella—, eres mi prioridad.

—Yo no soy la que está en peligro y tú necesitas estar en contacto con tu gente, especialmente ahora.

Enarcó una ceja, parecía divertido por su respuesta.

—¿Me echas ya de tu lado?

Negó con la cabeza.

—Es tu casa, en todo caso me echarías tú.

—Mi hogar es tu hogar —declaró y miró a su alrededor—. Esta casa se merece tener un poco de alegría por una vez.

Sus palabras la llevaron a pensar en él y todos esos oscuros lugares que todavía habitaban en su alma.

—¿No la tuvo con tu primera compañera?

La pregunta abandonó sus labios antes de poder evitarla e hizo que él se tensase durante un momento. Su aura fluctuó y empezó a perder un poco del cálido brillo que había ganado esas horas entre sus brazos.

—Lo siento, Radu, he hablado sin pensar...

Empezó a sentirse incómoda, desnuda bajo él. Acababa de estropear una bonita noche por su necesidad de saber, de buscar la forma de aliviar esa carga que parecía inmersa en su alma.

—No debería haber…

Lo oyó suspirar y, para evitar que pudiese abandonar la cama o a él, la besó en los labios para luego apoyar su frente en la de ella.

—Es alguien de mi pasado, alguien que ya no está y cuya partida causó mucho daño —confesó.

Esa era una respuesta que no se esperaba, especialmente no esperaba el rencor en su voz.

—Lo siento, no pretendía insinuar que...

Lo escuchó tomar aire, masculló algo ininteligible y la liberó. Saltó de la cama con pasmosa agilidad, atravesó la habitación desnudo y abrió el armario a su derecha de la que sacó un par de batas.

—Póntela, por favor —pidió mientras hacía lo propio.

El gesto hizo que se sintiese rechazada, sucia y más avergonzada que nunca de estar allí. Cogió la bata e intentó por todos los medios esconder su mirada de él, pero sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca y en un abrir y cerrar de ojos la habían engullido sus brazos, su barbilla posándose sobre su cabeza.

—No te alejes de mí, Judith. —Era una súplica, el dolor en su voz la sacudió con fuerza—. No ahora.

Aflojó su agarre sobre ella y se encontró con sus ojos.

—Necesito que entiendas algo —le pidió mirándola a los ojos—. Sí, he tenido una compañera y la perdí. El destino quiso darme una nueva oportunidad y me envío una pequeña y preciosa pelirroja. He sido lo bastante afortunado para tener dos compañeras, pero en este momento tú eres la única en la que pienso, la única a la que deseo acariciar, eres mi presente, no un fantasma del pasado. Tú eres todo para mí, *přítelkyně*, mi compañera y quiero que te sientas como tal.

Sus palabras eliminaron un poco de la aprensión que vivía en su alma, pero no era suficiente. Él seguía anclado en el pasado, podía ser que no de manera consciente, pero algo ensombrecía su alma.

—Sé que no tengo derecho a preguntar y no quiero que pienses que deseo causarte daño con mis palabras, pero me gustaría saber qué ocurrió, saber por qué todavía pareces llevar luto por ella.

—¿Eso es lo que crees?

Negó con la cabeza.

—No lo creo, Radu, es lo que veo en ti.

Se la quedó mirando un poco, entonces asintió.

—Ekaterina fue mi compañera, de hecho, fue mi mejor amiga durante buena parte de mi infancia y adolescencia —empezó a relatar—, creo que ninguno se dio cuenta hasta más tarde que nos pertenecíamos, que estábamos destinados a estar juntos el resto de nuestras vidas y cuando por fin llegó ese momento, sencillamente nos unimos y empezamos nuestra vida en pareja.

»Vivimos juntos algo más de tres años, nos entendíamos, nos esperábamos y supongo que nos queríamos Como debíamos querernos. Todo fue bien hasta que mi hermano se emparejó y su compañera empezó a cambiar. Kata y ella se hicieron amigas, empezaron a llevarse como hermanas por ello nadie pudo sospechar lo que ocurriría después.

Hizo una pausa y respiró profusamente.

—Mi antigua compañera fue asesinada por la persona a la que quería como una hermana, murió salvando la vida de una niña humana en la propia casa de mi hermano; le asestó cinco puñaladas antes de que pudiesen reducirla.

El horror se filtró en el rostro de Judith y sintió la necesidad de callar, pero ahora que las compuertas se habían abierto era difícil detenerse.

—Zuzanka había perdido la cordura, lo que durante todo un año parecían episodios aislados emergió en un brote de psicosis que costó demasiado a todo el mundo —continuó—. Mijaíl casi enloquece al mismo tiempo, cuando los encontré, Kata estaba muerta, su cuerpo ensangrentado en el suelo y mi hermano acunaba a una inerte Zuzanka en su regazo. El cuchillo todavía estaba a su lado, estaba herido también y no dejaba de repetir *«perdóname»* a su mujer.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

—Si me hubiese escuchado, nadie habría muerto y él no tendría que haber ejecutado a su propia compañera.

—Oh Dios mío.

—Su propio egoísmo llevó a Ekaterina a la muerte, privó a una joven loba de la vida que todavía tenía por delante, de formar una familia... le arrebató la vida y terminó también con la suya.

Había rencor en su voz, dolor y ahora empezaba a ver de dónde venía esa oscuridad. No solo había perdido a la persona con la que se suponía que iba a compartir su vida, lo había hecho de la peor manera posible y en el proceso había perdido también esa otra mitad con la que había nacido.

Ignoraba si Radu se daba cuenta de ello, pero esa rabia que escuchaba en su voz no era por la pérdida de la mujer amada, sino por una amiga, alguien que había ocupado el lugar que antes había ocupado su mellizo. Su odio era hacia el destino, la oscuridad que veía en su aura era el dolor que le producía no poder solucionar sus problemas. Había decidido odiarle porque era mucho más fácil que compadecerse de él y de lo que la vida les había hecho a ambos.

—No esperaba tener una nueva oportunidad, no esperaba volver a emparejarme y desde luego no pensé que sería de esta manera.

Negó con la cabeza.

—Nada es como pensé que sería, todo es más... intenso contigo, eres... simplemente sé que eres lo que deseo, lo que no sabía ni que estaba buscando, pero alguien sin la que no deseo vivir —le acarició con el pulgar—. Hay cosas que son difíciles de dejar ir y sé que ya es hora de que pase página, por ti y por mí mismo. Eres mi presente, pelirroja, eso es todo lo que me importa ahora mismo.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

—Yo... ah... también estoy agradecida de tenerte en la mía —murmuró y se mordió el labio—. Aunque… podía haber sobrevivido sin el pedazo mordisco que me has metido en el hombro. Duele, ¿sabes?

Se inclinó sobre ella y deslizó la lengua sobre la fresca herida provocándole un breve estremecimiento.

—Me disculpo por mi efusividad, mi lobo te necesitaba también y, bueno, es la manera en que reclamamos a nuestras hembras —le aseguró al tiempo que le tendía la muñeca—. Muérdeme.

Parpadeó un par de veces.

—¿Qué?

Le acercó la muñeca a la boca.

—Es lo justo —comentó con voz ronca—. Te he mordido, así que puedes morderme a cambio.

—Yo no tengo colmillos, perro dentudo.

Se echó a reír, no pudo evitarlo, era el insulto más ingenioso que había oído nunca.

—No los necesitas —le acarició la mejilla con los nudillos—, no necesitas hacer nada más que lo que estás haciendo.

—¿Y qué es según tú?

Se acercó a sus labios.

—Mirarme como si no existiese nadie más para ti.

Vio cómo sus mejillas adquirían un tono rosado y la vergüenza burbujeaba en su interior.

—Um… en este momento, puede que sea así… ya que no hay nadie más en la habitación que…

—No hables, Judith, no hables.

La besó y la atrajo hacia él, disfrutando de su presencia, su aroma y de la mujer que empezaba a convertirse en todo para él.

CAPÍTULO 18

Radu empezaba a ver las cosas distintas bajo la luz de un nuevo día. La noche anterior había vivido uno de esos episodios que quedan grabados para siempre en la vida, un momento revelador y no solo por el regalo que le hizo Judith, sino por la libertad que obtuvo al dejar que el pasado saliese a la luz y los fantasmas empezaran a desvanecerse bajo otra niebla. Nunca se había parado a pensar en la pesada losa que llevaba sobre el pecho, en lo que la inesperada y horrible muerte de Ekaterina había significado verdaderamente para él. Su nueva compañera había despejado con tan solo su presencia y las cosas que le hacía sentir algo que siempre había pensado, pero nunca se había atrevido a aceptar; no había amado a su primera compañera.

Durante demasiados años había querido guardarse para sí parte de la culpa de lo que había ocurrido, se había flagelado por no estar allí e impedirlo, por dejar que ella se sacrificase por su hermano… por permitir que Mijaíl se viese obligado a dar muerte a su propia mujer… Un compendio de desastres que los habían llevado a los tres a perder todo lo que tenían y, en su caso, a perder también a su hermano.

Odiaba a su mellizo solo porque él había estado en el lugar que debía ocupar él, su rabia había crecido porque no había podido hacer nada para salvarlos a ambos, en vez de mantenerse a su lado y ayudarse mutuamente a superar la pena, Mijaíl había seguido un camino demasiado oscuro a través del que nunca podría acompañarle.

Miró la durmiente figura en su cama y no pudo evitar preguntarse qué habría hecho si le hubiesen arrebatado a Judith de la manera en que Zuzanka le fue arrebatada a su hermano.

¿Qué podía ser más doloroso que tener que dar muerte a la mujer que amas? ¿Qué más podría marchitar tu alma, matarte en vida y hacer que subsistieses como un fantasma a pesar de que tu corazón seguía latiendo?

No. Él no había podido protegerla, ni a ella ni a Ekaterina, no había podido salvar la vida de aquellos que había seccionado en su extrema locura y su condena no tendría fin, nunca podría perdonarse a sí mismo lo que había hecho. Nada podía ser peor para un lobo que verse obligado a terminar con la vida de su propia compañera.

Su dulce pelirroja se revolvió sobre el colchón, la sábana con la que la había arropado se desprendió de su cuerpo dejando a la vista la suave y blanca piel de la curvatura de su espalda y el nacimiento de esas perfectas nalgas. Se lamió los labios inconscientemente, su lobo levantó las orejas y olfateó el aire sabiendo que ella era suya y que podía unirse a esa cama si así lo deseaba.

Ahora no. Dejémosla descansar.

Sacudió la cabeza y dejó la habitación, no quería despertarla todavía, le gustaba verla allí, saberla a salvo en su propia cama, la misma que había decidido compartir con él.

Entrecerró los ojos cuando llegó al salón, las persianas estaban todas levantadas dejando que el pequeño lugar se llenase de luz. En muchos aspectos aquel era como un oasis en medio de una tormenta de arena, un paréntesis que le habían concedido con ella, pero no podía evitar pensar en que ahí fuera, en algún lugar de esa ciudad, había una hembra de sangre pura que debía ser devuelta a su hogar.

Volvió a mirar hacia atrás, a la puerta cerrada de la habitación y se tranquilizó a sí mismo. La había reclamado, estaba vinculada a él como cualquier compañera y eso le proporcionaba una tranquilidad y estabilidad que no había tenido antes.

Un ligero cosquilleo en la parte posterior de su mente le alertó de su despertar.

«¿Radu?».

Sonrió a pesar suyo. Su voz cálida y somnolienta le parecía de lo más sexy, la timidez con la que le tocaba en su mente hacía que quisiese girar sobre sus talones y volver a ella.

«Duerme tranquila, pelirroja, tengo que hablar con mi gente».

«¿Qué hora es?».

«Hora de que sigas durmiendo». Le aseguró. «Estoy en tu salón, espero que no te importe que ocupe tu espacio».

«Ocupa lo que quieras, no creo que le importe tener visitas si eres tú».

Sus palabras lo hicieron fruncir el ceño, no estaba seguro de si se trataba de una equivocación y de su somnolienta mente o acababa de decirle que había alguien más.

«¿Importarle a quién?».

«A babika».

Su abuela. Miró a su alrededor y sus ojos se toparon con un retrato encima de un mueble. La mujer que lo miraba con unos ojos muy similares a los de su nieta parecía sonreír.

—Espero no le importe que haya invadido su casa —murmuró mirando la foto—. Me he propuesto cuidar de su nieta, mi compañera, por lo que es posible que me vea muy a menudo por aquí.

Su lobo levantó las orejas al momento, se agitó como si sintiese algo y esa sensación penetró también en su alma. Era cálida, tranquila y con un aroma a flores.

Echó un vistazo a su alrededor y sonrió para sí.

—Gracias por la bienvenida.

Dándole la espalda a la foto se acercó a una de las ventanas, contempló a imagen de la tranquila calle y cogió el móvil para llamar a su beta.

—Vaya, al fin decides dar señales de vida. —La voz de Melinka se entremezclaba con los sonidos típicos de la cocina—. Habría salido a buscarte de no ser porque lo más seguro es que hayas dormido muy a gusto y calentito en brazos de tu compañera. ¿Me equivoco?

Hizo una mueca, aquella mujer era peor que una vidente en lo que a él respetaba.

—Más o menos. —Optó por no dar detalles—. ¿Alguna novedad que deba tener en cuenta?

La escuchó resoplar y machacar algo. Posiblemente estaba haciendo la masa para los bollos de canela. Pensar en ellos se le hizo la boca agua.

—No. Solo frustración a raudales —aseguró—. Hemos peinado toda la reserva varias veces, incluso nos hemos extendido hacia los pueblos circundantes sin demasiado éxito. Y ya sabes de qué humor me pone que no me vaya bien en la caza.

Lo que quería decir que esos renegados habían dejado la región a toda velocidad o estaban escondidos, jodidamente bien escondidos.

—Imagino que Arik ya te ha puesto al corriente de la reunión de esta mañana.

—Sí —aceptó con un suspiro—. Algunos se van a caer de culo con las noticias, Nicolae ya lo ha hecho.

Y no era el único, pensó.

—Me reuniré contigo allí, a menos que quieras que vaya a buscarte a algún lugar —sugirió con voz petulante.

Puso los ojos en blanco.

—No es necesario —replicó—. Estoy con Judith.

—El mejor lugar para un lobo que acaba de emparejarse, sin duda —canturreó—. ¿Y

bien? ¿Vas a traerla contigo o la dejarás guardada bajo llave?

—No voy a encerrarla. —Aunque cierto era que ganas no le faltaban, sin duda eso aliviaría cualquier malestar al verse privado de su presencia y no saber dónde estaba—. Y no creo que este sea el momento indicado para hacer una presentación en sociedad.

—Bien, la haremos en la próxima reunión anual de la raza —continuó con su acostumbrado buen humor—. Procura no llegar tarde.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó sabiendo que la que era por naturaleza impuntual era ella—. Estaré allí en dos horas.

—De acuerdo, jefe.

Sin más, cortó la comunicación dejándole con el teléfono a la oreja antes de que pudiese incluso decir adiós.

—Lobas… —negó con la cabeza—. Menos mal que esta está ya emparejada y no tengo que aguantarla yo.

Judith no era capaz de quedarse quieta y en la cama, no cuando sentía la frustración de Radu en su propia piel. Se llevó la mano a la línea del hombro y tembló al notar la piel enrojecida y los contornos de un mordisco. Una marca de propiedad, de unión, la misma que él le había invitado a hacerle en la muñeca cuando se quejó de que le mordiese. La manera en que le había presentado el brazo y la muñeca la sacudió con fuerza.

Él deseaba llevar su marca de la misma manera en que había dejado la suya en su piel. Ese lobo no hacía nada a medias, cuando se entregaba, lo hacía por completo y exigía lo mismo por su parte.

Se lamio los labios y se llevó la mano al convulso estómago. Los nervios volvían a hacer acto de presencia ahora que la luz del sol desvanecía la sensualidad de la noche, con todo no era solo su propio malestar el que sentía, sino el de su compañero. Algo lo había perturbado, posiblemente alguna noticia que acaban de darle.

Hizo a un lado las sábanas y bajó de la cama. El rostro volvió a teñírsele de color al ver las manchas rojizas ya secas manchando la tela, su sexo eligió ese momento para recordarle los excesos de la noche anterior y el placer compartido.

Sacudió la cabeza y pasó al baño. Se dio una ducha rápida y se puso lo primero que encontró antes de atarse el pelo rojo en una coleta y buscarle en el salón.

—No hacía falta que te levantases —la recibió al lado de la ventana. Su semblante había vuelto a adquirir un poco de la dureza del día anterior, pero sus ojos eran amables cuando se posaban sobre ella.

—Cuando despierto ya no puedo dormir —confesó con un ligero encogimiento de hombros y acortó la distancia que los separaba. Por extraño que pareciese, necesitaba estar cerca de él, quería darle consuelo.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que le preguntó, cogiéndole la mano y depositando un beso en su palma. Ese hombre era extremadamente tierno.

—¿Lo estás tú? —preguntó a su vez.

No se molestó en disimular, algo que sin duda le agradeció.

—Todo lo bien que puedo estar con una posible guerra a las puertas de mi casa —aceptó con un profundo suspiro—. El príncipe ha convocado una reunión en dos horas y tengo la

obligación de estar allí.

Asintió comprensiva.

—¿Alguna noticia sobre esos lobos que estáis buscando?

Negó con la cabeza.

—Ninguna por el momento. Velkan ha decidido reunir a sus activos más cercanos e íntimos para ponerlos al corriente de la supervivencia de Denali —compartió la información con ella—. Hay que dar con ella y traerla a casa lo antes posible.

«Búscala».

La voz se hizo eco en su mente incluso antes de que hubiese podido conjurar un solo pensamiento. Esta vez sonó tan clara, tan nítida que no pudo evitar volver la mirada hacia el cuadro.

—¿Ella es una de las voces de tu cabeza?

La pregunta vino de su compañero. Radu permanecía repentinamente alerta, su mirada escaneando la sala, casi podía ver a su lobo en la superficie, asomándose a través de sus ojos.

—¿Qué?

La miró.

—Hay algo extraño en tu casa… como una presencia, no sé definirlo mejor… es como si te guardase las espaldas.

Su percepción era asombrosamente fiel y cercana a las suya propia.

—Es una huella similar a la tuya… pero distinta… ella huele a flores.

Ese pequeño detalle la noqueó.

—¿Cómo sabes que es ella?

Los ojos claros del lobo se clavaron en ella y finalmente en el mueble sobre el que descansaban los retratos.

—Tú me dijiste que posiblemente no le importaría tener visitas, a tu abuela —respondió con un ligero encogimiento de hombros y señaló el retrato de la mujer pelirroja—. Me presenté, le dije quién era y que estaba aquí para cuidar de ti. Eso debió ganarme su favor.

Y posiblemente ese era también el motivo por el que las voces no le atronasen la cabeza cada dos por tres, ahora parecían asomarse a su mente solo cuando lo necesitaba.

Siguió su mirada hacia el retrato y se lamió los labios.

—Ella fue quién me crio, quién me explicó lo que era y me enseñó a tener una mente abierta ante las cosas que para la gran mayoría no tienen explicación —aceptó y se volvió hacia él—. Ha sido mi guía desde que no está… y una de las voces que oigo en mi cabeza.

—¿De quiénes son las otras voces?

Negó con la cabeza.

—No sé sus nombres, solo que son mujeres de mi línea de sangre, mis antepasadas. —Se encogió de hombros un poco avergonzada—. Esas son las que me guían… las otras, solo gritan… O lo hacían hasta que apareciste tú.

—¿Es así como trabajas con Damek?

El nombre del detective la hizo suspirar.

—En cierto modo —aceptó, le cogió de la muñeca y tiró de él hacia el sofá—. Ven, deja que te dé un curso acelerado sobre la mujer que te ha tocado en la lotería.

La siguió manso, divertido, casi curioso y se sentó a su lado.

—Soy algo así como un pescador que echa la caña en medio de un banco de niebla, ¿vale? —intentó explicárselo—. Puedo oír a los peces chapotear, pero no puedo verlos, no hasta que alguno se acerca lo suficiente y decide hablarme.

Se pasó la mano por la frente y lo miró.

—Es como cuando tú me hablas aquí —señaló la sien—. Escucho tu voz, pero también tus emociones, es como si pudiese tocar tu alma y supiese que hay en ella. Pues con los… peces… que contactan conmigo pasa igual. Otras veces soy yo la que los busca, la que establece… digamos una especie de llamada a larga distancia… Una foto, una imagen, un objeto… soy capaz de rastrear a la persona y, en ocasiones muy contadas, he llegado a ver a través de sus ojos… o esa es la sensación que me ha dado.

Se volvió hacia él y se encontró con su mirada fija en la de ella.

—Ya te dije que no era… una persona que entrase en la categoría de normal.

—Ninguno entramos en esa categoría, Judith, yo mismo podría encabezar la lista de cosas extrañas —aseguró con sencillez—. No te avergüences de lo que eres, porque es lo que hace que seas especial.

Sus palabras la calentaron. El poder hablar con tanta sinceridad con alguien y que no se riese o la tachase de loca, era algo que no había tenido desde la partida de *babika*.

—Me ha tocado la lotería contigo, ¿eh, lobo?

Sonrió de soslayo.

—Y yo que pensaba que era a mí a quién le había tocado —le rozó la mejilla como solía hacer cada vez que deseaba su total atención—. No deseo que cambies, quiero que seas tú, siempre, sin importar las circunstancias.

Una ligera brisa la acarició y le revolvió el pelo, una caricia llegada desde el más allá junto con la más clara de las voces.

«Cuida de mi niña, lobo, protégela con tu vida y ella vivirá solo para ti».

No se le escapó la forma en que las pupilas de Radu se dilataron, el cambio en su respiración y en el color de su aura.

—Lo haré —murmuró entonces sin dejar de mirarla—, hasta mi último aliento.

Sus palabras no hacían sino confirmar sus sospechas, había escuchado las palabras de su abuela.

—¿Ves lo que tengo que aguantar?

Sonrió y sacudió la cabeza.

—No es tan malo, pelirroja, tendrías que estar en la posición de Velkan para ver lo que son un millar de voces retumbado al mismo tiempo a través del vínculo de la manada, el teléfono, fax e incluso por video conferencia.

Hizo una mueca.

—Pobre hombre —lo compadeció—. Me gustaría poder hacer algo para ayudar. No sé si podría servir de algo, pero si estáis buscando a alguien, quizá yo pueda dar con ella.

La contempló durante unos momentos y asintió.

—En estos momentos toda ayuda es bienvenida —aceptó sin vacilar—. Déjame que hable con Velkan, necesito saber todos los pormenores de lo ocurrido y si es viable la clase de ayuda que puedes prestarnos.

Asintió. Sabía que la respetaba por lo que era, que respetaba su trabajo y lo que hacía, eso ya era suficiente por ahora.

«Ayúdales a encontrar lo perdido, vnučka».

La voz se hizo más y más lejana hasta desaparecer dejándole una sensación de paz y determinación que le dio las fuerzas que necesitaba para enfrentarse al mundo.

—Haré lo que pueda para ayudaros —asintió, entonces señaló hacia la cocina americana con el pulgar—. ¿Tienes tiempo para desayunar antes de irte?

No dudó en asentir.

—Sí, puedes apostar a que siempre tendré tiempo para ti.

Y esa era toda una declaración para un hombre tan ocupado como parecía serlo él.

—No he tenido ocasión de preguntarte a qué te dedicas.

Sonrió de soslayo.

—Soy empresario —aceptó levantándose con ella—. Poseo una de las fábricas más importantes de cristal de Bohemia del país.

Parpadeó ante su inesperada respuesta.

—Vaya —No se esperaba algo así, pero, por otro lado, sí, Radu encajaba perfectamente en una oficina, vestido de traje y atendiendo el teléfono y sus negocios—. Me encanta el cristal de bohemia.

Se echó a reír, una carcajada limpia y muy masculina.

—Lo tendré en cuenta, compañera, lo tendré en cuenta.

Sonrió a su vez y lo guio hacia la cocina, su pequeño territorio.

—Gracias por haberte quedado esta noche conmigo.

Unos brazos la rodearon desde atrás, sintió sus labios contra el cuello y su aliento cerca de su oído.

—No me lo agradezcas, pelirroja, quería ser un caballero, quería darte la libertad que necesitabas, tu espacio, pero he descubierto que cada vez que te veo, cada vez que capto tu aroma, no puedo pensar en otra cosa que no sea en ti —le susurró haciendo que todas sus terminaciones nerviosas se pusieran firmes y su sexo se humedeciese—. Sabes Judith, eres el tipo de compañera de la que podría llegar a enamorarme, algo nuevo para mí.

Sus palabras la dejaron sin aire durante unos breves segundos, el corazón latiéndole a toda velocidad.

—¿No estabas enamorado de *ella*?

No hubo vacilación en su voz.

—No lo creo. —Fue sincero—. La quería, pero no de la forma en la que tú me haces sentir —la giró en sus brazos para poder mirarla de frente—. Supongo que es algo que con el tiempo tendré que descubrir contigo.

Enamorarse de ella… Enamorarse de alguien como él. Quizá. Algún día… si llegaba a descubrir que era el amor…

—Si ese día llega, ¿me lo dirás? —Odió la vulnerabilidad en su propia voz, pero no pudo evitarlo—. Yo no... No sé si sabría reconocerlo.

Le acunó el rostro como solía hacer.

—Ya te deseo y te anhelo como nunca he deseado y anhelado a una mujer. En apenas un par de días has conseguido que sonría y que mi alma pese menos... No sé si eso quiere decir que voy en la dirección correcta, si te quiero o todavía debo aprender a hacerlo, pero te puedo jurar algo y hacerlo ahora mismo. Siempre sabrás como me siento contigo, Judith, solo tienes que meterte en mi alma para verlo.

Y su alma era de un vibrante y maravilloso color rojo, el color de la pasión, del fuego y de su propio pelo.

—Entonces, ¿desayunamos?

El inoportuno timbre en su puerta le impidió contestar. Miró hacia el lugar en cuestión y frunció el ceño, no era de las que recibían visitas.

—¿Quieres que abra yo?

Lo miró y negó con la cabeza.

—Será alguna vendedora de Avon madrugadora o uno de esos misioneros en busca de conversos —suspiró, le dedicó una media sonrisa y fue a la puerta, echó un vistazo a través de la mirilla y frunció el ceño.

—Pero qué…

Abrió la puerta y se encontró con una repartidora a domicilio que traía en los brazos un ramo enorme de tulipanes rojos.

—¿La señorita Judith Stevens?

Asintió.

—Sí, soy yo.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró con aquel precioso *bouquet* en los brazos.

—Genial, firme aquí —le acercó una tabla con un recibo—. Que tenga buen día.

—Pero…

La mujer dio media vuelta y se marchó tan rápidamente como había llegado.

—Tendrían que haberte llegado ayer, aunque supongo que este momento es más que adecuado. —Radu se presentó a su lado y cerró la puerta, apoyándose luego en ella—. Con todo, no son tan intensos como tu pelo.

Parpadeó y miró las flores.

—¿Son tuyas?

—Te dije que era un caballero.

Se quedó sin palabras. Jamás nadie le había regalado flores. Miró los tulipanes una vez más y luego a él.

—Eres un hombre extraño, Radu Alezandru —murmuró escondiendo el rostro entre los tulipanes—. Gracias por los tulipanes.

—No hay de qué, pelirroja, no hay de qué.

Sí, ese hombre era extraño, pero era precisamente en su extrañeza dónde radicaba su atractivo, uno que empezaba a descubrir que le gustaba más de lo que debería.

—Vamos, prepararé el desayuno —le indicó la cocina—. Te lo has ganado.

Se rio, una carcajada sincera, masculina, libre de ataduras.

—Siempre que seas tú quien venga con el premio, estaré más que encantado de ganar lo que haga falta.

CAPÍTULO 19

Horas más tarde…
Bratislava, Eslovaquia

—Bueno, ¿vas a contarnos ya el motivo por el que nos has metido tanta prisa y a qué viene tanto secretismo?

Velkan miró a Luke, el alfa de Manhattan estaba de pie a su lado, visiblemente interesado por saber qué lo había hecho coger un vuelo a la velocidad de la luz y trasladarse junto con otros alfas de Norteamérica a Europa.

—Sí, lo haré.

Comprobó que todos y cada uno de los convocados habían asistido sin demora, incluso Mijaíl y Radu estaban presentes en la misma habitación, si bien permanecían cada uno en una esquina. El primero mantenía una sonrisa maquiavélica en los labios, un intento por disimular su obvia incomodidad mientras que el segundo seguía con esa mirada tosca con la que había entrado. Casi podía considerarse un milagro que ambos estuviesen en el mismo espacio sin matarse, especialmente cuando dicho espacio era el nuevo hogar de Mijaíl.

Había conflictos que debían enterrarse para permitir que la vida siguiese su curso, pero en el caso de esos dos, el pasado no era sino un arma para atacarse infinitamente.

—Bien, porque reconozco que estoy intrigado con tanta celeridad —añadió Odin, quien, acompañado de Quinn y las compañeras de ambos, flanqueaban su izquierda junto a Santana y Jeremy—. Como también me intriga el hecho de que Mijaíl esté dando refugio a un jodido asesino.

La acusación no tardó en tener réplica por parte del mencionado.

—Me limito a cumplir las órdenes del principito, Odin —se encogió de hombros—. Considérame el mensajero.

El irritado alfa de Nevada clavó los ojos azules en él con un bajo gruñido.

—Y eso me cabrea aún más —replicó intentando mantener una actitud relajada delante de él—. Una explicación iría maravillosamente bien ahora, a menos que me permitas devolverle el favor.

Y esto era algo que sabía pasaría antes o después. El lobo tenía una cuenta pendiente con Rumati, una que no podía permitirle saldar.

—Me permito recordarte que salvó a tu compañera aquí presente —apuntó oportunamente.

—Sí, pero antes casi acaba conmigo —le recordó empezando a perder la paciencia—. Perdona si le guardo un poquito de rencor.

—Wow, un momento —intervino Leah—. ¿Estáis hablando de ese lobo negro? ¿Él está aquí?

El interés en la joven loba alfa era genuino, como también lo era el gruñido de advertencia por parte de su compañero.

—Leah. —La frenó con tan solo una advertencia—. Que ni se te pase por la cabeza, compañera.

La chica se giró hacia él con total naturalidad.

—¿El qué? ¿Darle las gracias por evitar que me convirtiesen en carne para hamburguesas? —le soltó tan tranquila—. Si no quieres oírlo puedes taparte las orejas y cierra los ojos ya de paso, así no tendrás que verlo.

Dicho eso se giró hacia él.

—Intuyo que, de los aquí presentes, solo Dawn y yo somos las únicas que no le iremos al cuello —comentó poniendo en palabras lo que él mismo había supuesto—. Y hablo en serio, me gustaría darle las gracias por su oportuna intervención.

—Dado que ella y tú sois las únicas lobas originales de su manada, estoy seguro de ello —le dijo y eso captó la atención de ambas.

—¿De su clan? ¿Te refieres al clan Daratraz? —se interesó Dawn cuya mirada empezó a iluminarse—. ¿Ha sobrevivido? ¿Rumati está con vida?

—A duras penas —comentó Mijaíl con su usual sarcasmo.

—Sobrevivirá. —Intervino entonces Malik, quién guardaba un discreto puesto junto la puerta—. Y, si quieres saber mi opinión, Voda, a él podría venirle bien el ver con sus propios ojos que esa noche no pereció toda su gente.

Las miradas de Dawn y el jovencísimo sanador se cruzaron en un silencioso entendimiento.

—¿Es peligroso?

Esta vez la pregunta vino de parte del beta de Odin.

—Quinn… —lo avisó su alfa.

El lobo negó con la cabeza.

—No has estado aquí estos últimos seis meses, Odin, no has visto lo que estos dos —señaló a su compañera y a Malik—, han sido capaces de hacer. Los recuerdos que Dawn reprimía han vuelto y se han despejado varias incógnitas de lo ocurrido entonces. El más importante de todos es por el que Velkan nos ha hecho llamar a todos, ¿me equivoco?

—Rumati Daratraz —añadió entonces Santana. El alfa de Texas era uno de los lobos que había sufrido en sus propias carnes uno de los ataques que se habían producido en los Estados Unidos. Había sido Cleo, la compañera de Jeremy, la que había obrado el milagro de que hoy Santana estuviese con ellos y pudiese disfrutar viendo crecer a su hijo—. Pensé que había perecido con el resto del clan. Esa noche fuimos incapaz de dar con él, algunos de los supervivientes lo vieron salir detrás de los asesinos… Al no encontrar su cuerpo, pensamos que sucumbiera también.

Su mirada fue entonces sobre Odin.

—¿Y él fue el lobo que te atacó? —chasqueó la lengua—. Tienes suerte de estar vivo, compadre.

—Si el recién resucitado jefe de los Daratraz no es el tema de conversación aquí, ¿cuál es? —preguntó Jeremy sin andarse con rodeos—. ¿Por qué nos has hecho venir con tanta prisa, Velkan?

—¿Se lo decimos ya o seguimos manteniendo el velo de tensión sobre todos los presentes? —preguntó Mijaíl descruzando los brazos y adquiriendo una pose más relajada—. No es por echaros, pero preferiría estar haciendo algo útil, como buscarla, a tener que ser partícipe de esta charla a la hora del té.

—¿Buscar a quién? —preguntó entonces Luke. El alfa de Manhattan estaba visiblemente tenso en espera de las noticias que lo habían arrastrado allí—. ¿Velkan?

—La princesa Denali está viva.

El aire pareció ser succionado de repente de la habitación. Cada uno de los presentes se quedó inmóvil, sus rostros adquiriendo gestos de incredulidad e incluso negación.

—Pero… eso no es posible.

—Tienes que estar de broma —chasqueó Odin—. ¿Esto va en serio? ¿Está viva?

—Pero ¿cómo es posible? —añadió entonces Luke.

Se preparó para lo que estaba por venir, para explicarles lo que él mismo seguía sin comprender y el milagro que significaba al mismo tiempo.

—Si lo que apunta Rumati es cierto, y no tengo motivos para dudar de ello, Denali y Nahara Daratraz, su compañera, habrían escapado esa noche de la matanza —explicó y miró a Dawn con una agradecida sonrisa. Le debía a esa mujer mucho más de lo que jamás podría pagarle—. Tenías razón, Dawny, tus recuerdos de esa noche… coinciden con los de él.

La chica abrió la boca y asintió, al momento saltó y empezó a deambular de un lado a otro presa de su propio entusiasmo.

—Nahara… ¡Sí, por supuesto! —jadeó y levantó la mirada—. Ella era a quién vi esa noche, ella llevaba a la princesa en brazos e iba con… con otra mujer.

—Cala, la hermana pequeña de Rumati.

—¡Sí! ¡Eso es! Oh, te dije que la había visto, Quinn, te lo dije —declaró volviéndose a su compañero—. No podía recordar su nombre, pero era ella. Ahora estoy segura.

—Buen trabajo, dulzura. —La premió su compañero.

—Pero ¿cómo es posible? —Para algunos todavía era difícil de aceptar—. ¿Dónde ha estado hasta ahora? ¿Por qué no ha venido a ti?

—Desconozco la respuesta a esa pregunta, Luke. —Y era una que no había dejado de hacerse desde el primer día en que Dawn le dijo que su princesa podría haber sobrevivido a aquella noche—. Todo lo que sabemos al respecto es que les están dando caza.

Aquello indignó al instante a los alfas. Nadie en su sano juicio, especialmente nadie que se preciase de ser un miembro de su raza, atentaría jamás contra esa pequeña loba prometida.

—¿Quién? —Varios gruñidos secundaron la pregunta del alfa de Manhattan.

—El mismo que ordenó la destrucción de mi aldea y ha dirigido varios ataques contra vosotros y vuestros territorios.

La inesperada respuesta procedente de la puerta atrajo la atención de los presentes e hizo que Odin gruñese en voz alta y se moviese como un rayo directo al recién llegado. Los demás cerraron filas de inmediato ante él, solo Mijaíl parecía encontrar divertido el asunto mientras Radu se limitaba a llevarse los dedos al puente de la nariz como si le doliese la cabeza.

—Tú... —Siseó el alfa de Nevada.

—Te dije que esto iba a pasar —añadió su anfitrión y señaló a los dos hombres con un gesto de la barbilla—. ¿Quieres que los separe?

—¿Por qué nadie me escucha cuando le digo que guarde reposo? —protestó al mismo tiempo Malik girándose de inmediato hacia el moribundo lobo que a duras penas era capaz de mantenerse en pie.

—¡Basta!

La voz de la joven loba alfa se elevó por encima de los hombres. Sin pensárselo dos veces había pasado al lado de la barrera que resultaba el cuerpo de su compañero y se había interpuesto entre ellos.

—Leah, apártate de ahí.

Negó con la cabeza.

—Joder, me gusta esta loba —masculló Mijaíl entre risitas.

—Qué bien. Otra loba suicida en la familia —añadió ahora Nicolai. El beta de Mijaíl había permanecido en silencio al lado de Melinka, su compañera.

—Si alguno dais un solo paso que no sea en son de paz, os muerdo y a la mierda los gérmenes.

Desafió abiertamente a su compañero y a cualquier alfa que se atreviese a interponerse en su camino.

—Lo digo muy en serio.

—Te dije que la dejaras en la habitación —le soltó Luke con gesto divertido. Él también había venido con Shane, su compañera, pero la joven humana estaba en su primer cuatrimestre de embarazo y había preferido saltarse la reunión para echarse una siestecita.

—Lo habría hecho si el principito no hubiese exigido que ella debía estar también presente —gruñó Odin sin apartar la mirada de su mujer—. Te estás pasando, lobita, te estás pasando y mucho.

Su respuesta fue echarse el pelo por encima del hombro y darle la espalda. Si estuviese en forma de loba, no le cabía duda que habría sacudido las patas en el suelo, echándole la basura a los pies.

—Um… bueno, hola. —Saludó entonces al recién llegado—. Um… cómo te lo digo… —Empezó a darse golpecitos en el labio mientras lo contemplaba—. Estás hecho un asco… y hueles… Dios, odio el olor de la sangre. —Se frotó la nariz, entonces sacudió la cabeza como si necesitase centrarse—. Estoy divagando, perdona. Soy Leah, la chica a la que le salvaste el pellejo hace unos meses en Nevada. Yo no tuve la oportunidad entonces de darte las gracias por ello. Gracias, de verdad. Oh, y Malik dice que quizás deberías saber que tanto mi hermana Dawn como yo, nacimos en el seno de la manada Daratraz. Eso nos hace familia, creo.

Entonces la joven loba hizo algo que quizás no debiese dadas las circunstancias, le tendió la mano.

En un abrir y cerrar de ojos Odin invadió el lugar que había ocupado ella, atrapándola contra su cuerpo y girándola de lado de modo que no pudiese llegar ni a tocar un solo pelo de ella. No es que Rumati fuese tan estúpido como para aceptar el saludo con su compañero allí y dispuesto a despellejarlo vivo.

—Yo, por otro lado, no tengo tanto aprecio por tu pellejo como mi mujer —gruñó con la voz tomada por el lobo—. Tócala y eres lobo muerto.

—Um… yo que tú no proferiría contra él tales amenazas —intervino una vez más Mijaíl. Empezaba a recordarle a su propio beta, Arik, pero su compañero estaba ahí fuera con Savage, intentando encontrar alguna pista sobre el paradero de las dos mujeres. El lobo se giró hacia él—. ¿Se lo digo? Di que sí, porfa. Déjame dar un notición en mi propia casa.

Puso los ojos en blanco ante las palabras escogidas.

—¿Más sorpresas? —preguntó Jeremy mirando a Velkan.

—Solo una más —murmuró Radu, echándole un fugaz vistazo desde el otro lado de la habitación—. Y no es algo que pueda ocultarse así como así… solo hay que mirarles a la cara.

—Rumati es el hermano del príncipe Velkan —atajó Dawn cansada de aquella medición de egos masculinos.

—Ey, esa línea era mía, pelo zanahoria.

La chica ladeó la cabeza y lo miró.

—Lo siento, Mijaíl —respondió con voz suave—, prefieres que les presente a tu…

—Wow, parad este tren que yo me bajo aquí —intervino Santana recuperando el hilo de lo que allí sucedía—. ¿Tu hermano? ¿Desde cuándo?

—Medio hermano —especificó Rumati, desde la puerta, visiblemente cansado—. Nací antes de que el rey se emparejase con su compañera y naciese Velkan. Él es quién sigue la línea de sangre, yo soy…

—Un bastardo —acotó Odin—. Sí, el nombre perfecto para ti.

—¿Y es el jefe del clan Daratraz o lo era? —comentó Jeremy—. Pero eso te haría…

—El guardián de la princesa —canturreó Mijaíl.

—Bien, esto se pone cada vez mejor —aseguró Odin—. ¿Algún otro crimen más que añadir?

—Ninguno que vaya a imputarle —negó Velkan poniendo punto y final a aquella disputa unilateral—. Le debo la vida de mi compañera.

—¿Me sueltas ya o te muerdo a ti? —masculló Leah, quién miraba a su compañero con cara de pocos amigos—. Te estás comportando como un lobo con sobredosis de testosterona.

El alfa entrecerró los ojos y sonrió.

—Prometiste dejar los desafíos en casa.

—Y tú las pataletas. —Esa lobita no se amilanaba.

—¿Todavía quieres esos zapatos nuevos?

La pregunta debía de tener alguna connotación privada ya que su respuesta fue bufar. Se soltó de sus brazos y volvió a acercarse a Rumati, pero manteniendo esta vez una prudente distancia.

—Gracias, de verdad.

Él se limitó a mirarla detenidamente, después hizo lo mismo con Dawn y volvió a ella con un imperceptible asentimiento de la cabeza.

—Oh, por amor de Dios —exclamó entonces la mayor de las dos hermanas moviéndose hacia el herido lobo—. Quinn, una silla.

Antes de que pudiese dar un paso, Mijaíl se hizo cargo del lobo y lo llevó a una butaca en la esquina que él había ocupado.

—No quiero que te mueras en mi suelo, y procura no sangrar que Nicolai se pone de morros cuando le toca limpiar.

—Genial, esta reunión va cada vez mejor —rezongó Radu obteniendo al instante una mirada de su antagonista.

—Volviendo al tema de la princesa —intervino Luke—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos —negó a pesar de que era una respuesta que él mismo aborrecía—. Llevamos las últimas cuarenta y ocho horas rastreándola sin rastro. Arik está ahora mismo ahí fuera haciendo un nuevo rastreo con la ayuda de Savage.

—Lo que si se ha registrado es una inusual entrada de extranjeros a través de las fronteras —añadió Melinka, la loba le había hecho partícipe de sus pesquisas nada más entrar—. Humanos bastante turbios.

—Las están buscando —declaró Luke.

Asintió.

—Y ellas deben estar escondidas en las entrañas de la tierra, por lo menos —convino Mijaíl.

—¿Qué necesitas? —insistió el alfa de Manhattan.

—Quiero hacer salir a esos lobos o a quién quiera que esté actuando en contra nuestra —declaró apretando los dientes—. Están aquí por orden de un tal Armitage y quiero saber qué órdenes son esas, así como dónde demonios se esconde esa sabandija. Por encima de todo, quiero destripar a ese desgraciado.

—Y ahora hablas mi idioma —aceptó el alfa neoyorquino.

—Ellas no darán ni un solo paso hasta que no vean que es seguro salir —murmuró Rumati con obvia dificultad—. Y carecerán de esa seguridad mientras tengan a esos malditos siguiéndoles… la pista.

—En ese caso habrá que hacer limpieza —declaró Radu sin más vueltas—. Procurarles un lugar seguro y en el que puedan moverse con la suficiente soltura como para que demos con ellas.

—¿Y ese lugar sería? —preguntó Luke, quién tenía cierta forma de pensar parecida al alfa checo.

—Mi ciudad —sonrió el lobo.

—Praga. —Aclaró para todos los presentes y asintió.

—Bien, ¿pero qué seguridad tenemos de que irán hacia allí? —preguntó Odin—. ¿De qué no elegirán otro lugar otro país?

—Nahara.

Se volvieron hacia Rumati.

—Si puedo dar con ella, si puedo hacer que me escuche, irá a Praga.

—¿Es tu compañera? —preguntó Dawn todavía a su lado—. Pero ella… era una niña entonces…

—No la has reclamado —comprendió Quinn.

—Hay muchas formas de reclamar a una loba cuando no está en edad de vincularse con su pareja —intervino. Él y Denali lo estaban, era un vínculo débil, místico incluso, el mismo que le hizo mantener, a pesar de todo, la esperanza de que no la había perdido. Ella había sido apenas un bebé cuando la vio por primera vez, pero había sabido que era suya como ella que él era suyo.

—Marcaste a una niña. —La voz de Odin era acusadora.

—Protegí lo que es mío —replicó con el mismo tono de voz—. Lo mismo que haría cualquier lobo con sangre en las venas y una compañera.

Esos dos parecían más que dispuestos a protagonizar una nueva pelea, algo que no podía permitir, no en ese territorio y no bajo el techo de otro alfa.

—Suficiente, vosotros dos —gruñó, una advertencia que ninguno pasaría por alto—. Dejad las peleas para otro momento. Hay asuntos mucho más apremiantes que atender.

Radu decidió aprovechar entonces el momento para dar un paso adelante.

—Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien —declaró mirándole—. La reunión anual iba a celebrarse de todas formas este año en Europa. Hagámoslo en Praga. Seremos un faro mucho más efectivo tanto para llamar la atención de la compañera de Daratraz y de la princesa, como para que ese *sviňa*[12] salga por fin a la luz.

—Radu tiene razón —aceptó Luke, apoyando la idea del lobo checo—. Si quieren tocar a nuestras mujeres, que lo intenten bajo la mirada de los alfas.

Aceptó aquel acuerdo, podía ser la mejor opción de reunirse por fin con su compañera, posiblemente, su única opción.

—Está bien. —Miró al alfa de Praga—. Abusaré de tu hospitalidad, si no te importa.

—Mis puertas siempre están abiertas para ti —asintió respetuoso y miró a los demás—. La invitación queda así mismo extendida al resto de los presentes.

Mijaíl se rio entre dientes.

—¿Vas a devolverme la invitación de hoy?

El lobo entrecerró los ojos, centrándose solo él.

—Claro, ¿cuándo quieres morir?

No le cabía duda de que eso o algo peor podrían pasar con esos dos bajo el mismo techo. La tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo.

—Suficiente —clamó empezando a perder la paciencia. Los fulminó a ambos con la mirada y recularon al momento—. Ya va siendo hora de que empecéis a comportaros como lo que sois… El próximo que intente herir al otro, se las verá conmigo. ¿He sido claro?

—Le quitas toda la gracia a las cosas, Velkan —se quejó Mijaíl, pero dio media vuelta y se alejó.

Optó por ignorarlo y centrarse en el otro alfa.

—¿Tu compañera estará bien con ello?

Ante la mención de la humana que acababa de encontrar, su rostro perdió parte de su dureza.

—Judith está resultando ser una sorpresa en muchos aspectos —le informó—, es mucho más de lo que se ve a simple vista. Es una romaní.

—¿Una gitana?

—Más que eso —replicó callando cualquier posible insulto hacia su mujer—. Es la última de su estirpe y una vidente.

Su comentario sorprendió a más de uno, empezando por él mismo. Sabía que Radu quería hablarle sobre algo con relación a su compañera, pero no sabía que iban por ahí los tiros.

—Sabe lo que soy, lo que somos y está convencida de que sus dones pueden servirnos de ayuda.

—Bien —asintió y se giró hacia los demás, quienes estaban a la espera de sus palabras—. Hagámoslo. No se pierde nada con intentarlo.

No, no perdía nada y sí tenía mucho que ganar.

CAPÍTULO 20

A Nahara le dolían los pies. Llevaba toda la mañana caminando de un lado a otro, había perdido la cuenta de las veces que había regresado al parque nacional *Nizke Tatry* con la esperanza de encontrar alguna pista que la acercase a su compañero, pero todo lo que había descubierto hasta ahora era lo cerca que estuvo de ella las semanas anteriores.

Sus primeras sospechas habían sido correctas. Rumati había estado rastreando a los lobos que las habían estado siguiendo. Posiblemente se había acercado demasiado o algo les alertó de su presencia pues el grupo se dividió y, mientras una parte continuaba el camino, la otra lo había obligado a seguirle y caer en una trampa.

Las huellas hablaban de una lucha cruel, intensa y también de la mano humana. Las marcas de impacto de proyectiles sobre el suelo y arrancando esquirlas de las rocas eran señales inequívocas de disparos; habían apostado un tirador en la zona más alta para tener ventaja.

—Cobardes.

Siempre actuaban como cobardes, asesinos a sangre fría a los que solo movía el dinero y la malsana diversión.

Volvió a cubrir las huellas que había seguido con Denali, pero la carretera parecía dispuesta a convertirse en una barrera imposible de franquear. Había intentado diferenciar olores, pero el paso del tiempo no ayudaba y el no saber el tipo de vehículo utilizado no hacía más que mermar sus esperanzas.

La ignorancia era frustrante, la zona demasiado grande como para poder cubrirla con la suficiente rapidez. Nunca le habían parecido tan grandes las ciudades y las regiones por las que pasaban como en aquel momento y la ansiedad que anidaba en su pecho no era una buena compañera de fatigas.

—Maldita sea, ¿dónde estás?

Su desesperación era palpable, tanto que le había cambiado el carácter e hizo que su amiga adoptase una actitud pasiva. Su compañera de viaje se limitaba a asentir a sus comentarios y aceptar todo lo que le ponía sobre la mesa. Sabía que tenía miedo, la conocía demasiado bien como para comprender que se escondía detrás de esa forzada sonrisa. La manera en que miraba sutilmente hacia los lados, en la que vigilaba por encima del hombro no era otra cosa que el síntoma de alguien que se sentía acorralado e indefenso, a la espera de ser atacado en cualquier momento.

—No va a volver —murmuró para sí con la certeza de algo que sabía hasta en lo más profundo de sí misma.

La joven princesa de sangre pura no deseaba volver a casa y esa era una realidad que pesaba demasiado. La presencia de su compañero en el lugar la había trastocado, pero no en la dirección que debería. No era una loba deseosa de dejar de vagar, de cobijarse debajo del brazo de aquel que podía protegerla. Denali había olvidado lo que significaba dejar que otros luchasen sus batallas, que cuidasen de ella como debía haber sido desde el principio. Tenía demasiado arraigado su propio credo, aquel que la empujaba a guardar lealtad al príncipe y protegerle como lo haría cualquier miembro de su raza.

No podía dejar que esa línea de pensamiento siguiese su curso, no podía permitir que su vida se convirtiese en una continua huida, había llegado el momento de llevarla a casa, de

entregarla a aquel que debía cuidar de ella y que la protegería. Tenía que llevarla con el príncipe Velkan y frustrar así cualquier posible oportunidad que tuviese Armitage de ponerle las manos encima.

—Rumati, Velkan… es más fácil de decir que de hacer —resopló, se pasó la mano por el pelo y miró a su alrededor—. ¿Por dónde diablos empiezo?

Habían dejado su anterior alojamiento para trasladarse a Ruzomberok, un pueblo al norte de Eslovaquia, en la región de Liptov. Estaba lo suficiente alejado y era lo bastante tranquilo como para que pudiesen pasar por dos simples turistas de paso por el país. Habían decidido permanecer de momento cerca del parque natural, sabía que no era probable que regresasen a la zona, pero no perdían nada por esperar unos días.

Sin embargo el tiempo iba pasando y no tenían ninguna pista que le ayudase. Los nervios volvían a emerger de su escondite y la necesidad de recoger sus cosas y volver al camino era cada vez más acuciante.

—De acuerdo. —Cerró los ojos y respiró profundamente. Entonces echó mano a la pequeña mochila que llevaba con ella y extrajo de su interior un gastado mapa de la zona y los países vecinos—. Estamos aquí… y esto es jodidamente grande. Si fuese el alfa de esta zona, ¿dónde tendría mi base de operaciones? ¿Y lo soy solo de esta zona? Oh… joder. ¿Por qué demonios no se me ocurrió preguntar quién rige cada territorio?

Porque hacerlo habría levantado más sospechas de las que ya se creaban con su presencia y las inocentes preguntas que deslizaban en busca de información. Las gentes de la región eran bastante desconfiadas con los forasteros, especialmente en los pequeños núcleos, más aún los lobos, capaces de reconocer a alguien de su propia raza.

—Supongo que lo más obvio sería la capital —murmuró para sí al tiempo que desplegaba el mapa en el suelo—. Tiene que ser algún punto cercano, los rastros de sangre evidenciaban heridas de grave consideración, no han podido trasladarle demasiado lejos. Han tenido que buscar refugio en algún lugar o con alguien de confianza. Pero ¿dónde, maldita sea? ¿Dónde?

Agudizó la mirada y recorrió cada centímetro del papel esperando encontrar algo que hiciera saltar sus alarmas, que le diese alguna pista, lo que fuese.

—¿Por qué tiene que ser todo tan jodidamente difícil? ¿Por qué sencillamente no puede haber una puñetera guía telefónica lupina a la que llamar?

Alzó la mirada y recorrió las llanuras y montículos con la mirada.

No, no podían seguir esperando a que alguien llamase a su puerta, no podían seguir despertando la curiosidad y desconfianza de la gente del pueblo, había llegado el momento de trasladarse de nuevo y esta vez quizá optar por una de las grandes urbes aunque eso significara arriesgarse a exponerse a la mirada de ese asesino.

—Pero ¿a dónde? —Resiguió el mapa con el dedo, subiendo y bajando, barajando sus opciones—. Deberíamos dejar el país, cruzar la frontera o hacerle suponer que la hemos cruzado.

Lo más sensato era alejarse del lugar en el que habían ocurrido esas muertes, dejar que el maldito pensase que simplemente se habían topado con los dirigentes de la región y que no les había sentado bien la intrusión.

—Oh vamos, dame una pista, una jodida pista… —acercó el rostro incluso más al mapa como si esperase que este le hablase—. A dónde ir ahora…

Praga.

Sus ojos cayeron sobre el nombre de la capital checa y sintió como un escalofrío le recorría la columna y esa conocida sensación de incomodidad y angustia se instalaba en su pecho.

Praga.

El nombre parecía repetirse en su cabeza, un susurro salido de lo más profundo de su alma, una caricia.

—Praga —pronunció en voz alta. Se llevó la mano al pecho y aferró la chaqueta como si se hubiese quedado sin aire, como si todo el peso del mundo hubiese caído de repente sobre sus hombros y la empujase contra el suelo.

Un nuevo escalofrío la sacudió, levantó la mirada y recorrió una vez más sus alrededores, sintió la caricia del viento, pero eso fue todo.

—¿Rumati? —murmuró el nombre de su compañero sintiendo las lágrimas tras sus ojos —. ¿Has sido tú?

Era una idea loca, una tontería, algo totalmente imposible dado que no estaba vinculada a él, no la había reclamado todavía como compañera y, sin embargo, aquella noche…

«Te escuché en mi mente, sentí que me llamabas».

«¿Cómo es posible?».

«¿Cómo no serlo si tú y yo nacimos para pertenecernos?».

Cerró los ojos y lo buscó, trató de encontrar algo que le dijese que él estaba allí, esperándola, buscándola, dispuesto a cumplir con su promesa.

—De acuerdo, compañero —murmuró para sí y abrió los ojos con una completa y nueva decisión bajo sus manos—. Que sea Praga.

Recogió el mapa, lo guardó de nuevo en la mochila y echó un último vistazo a las colinas que empezaban a teñirse con el tono anaranjado del atardecer. Era hora de ponerse de nuevo en marcha, no podía seguir demorándolo por más tiempo, no quería seguir haciéndolo, había llegado el momento de iniciar el camino a casa.

Dale a un perro un hueso que perseguir e irá a por él hasta el fin del mundo, pensó con abierta satisfacción. Sus perros habían sido bien entrenados y ahora seguían las órdenes de su amo aunque este no estuviese presente. Pobres incautos, huyendo solo para dirigirse al lugar exacto donde los quería.

—La ciudad está tomada por los alfas —le informó uno de sus hombres apostados en las inmediaciones.

Sí, ya suponía que lo estaría. El príncipe no dejaría nada en manos del azar cuando se trataba de recuperar algo tan precioso. No podía bajar la guardia, no podía permitirse un solo fallo ahora.

—Es prácticamente imposible dar un paso sin que lo sepan —explicó con voz tensa—. Se habla de la reunión anual que tendrá lugar en unos días.

Oh sí. La reunión anual de la raza.

—Un movimiento inteligente aunque peligroso —murmuró para sí.

Cada año se celebraba en una localización distinta, durante décadas había sido una forma de mantener al pueblo unido a su líder, un momento para que se reuniesen los cabezas de las manadas más importantes de cada región y ponerse al día.

Pero él no era tonto. Ese movimiento obedecía a un único motivo: protección y, posiblemente, una absurda invitación para hacerle salir.

—¿Y ellas? ¿Están localizadas?

Asintió de inmediato, no era un lobo capaz de darle una sola mala noticia, sabía cuál sería

su suerte.

—Se han refugiado en un pueblo en la región de Liptov —le informó con rapidez—. Las tenemos localizadas y son monitorizadas en cada momento.

Ah, la dulzura de la caza y la confianza de las incautas presas.

—Continuad con la monitorización, si se mueven, seguidlas —ordenó—, lo más seguro es que lo hagan, que se muevan hacia una de las grandes urbes. Si ese es el caso, dejaremos que se confíen, que piensen que van un paso por delante. Bajarán la guardia, antes o después lo harán y será en ese momento cuando deberéis atrapar a la princesa. Matad a su compañera si es necesario, solo necesito a su alteza.

—Sí, señor —asintió al momento.

Poco a poco cada cosa iba encajando en su lugar, las piezas de un rompecabezas perfectamente diseñado. Deslizó la mano sobre una de las carpetas amarillas que tenía sobre la mesa y la abrió. Sus labios se curvaron con displicencia un segundo antes de levantar de nuevo la mirada hacia su subordinado.

—¿Cómo va nuestra operación especial?

La forma en la que tembló era suficiente respuesta, una que le provocaba una inesperada emoción.

—Tal y como ha ordenado que se ejecute.

Su voz había bajado una octava, su rostro perdió el color sin duda recordando lo que debía haber visto en ese almacén abandonado que en otra hora sirvió como matadero de carne.

—Bien, muy bien —se reclinó en su asiento y cruzó las manos sobre el vientre—. Es hora entonces de que vayamos preparando el terreno para nuestros anfitriones y dedicarles el mejor escenario para una obra de tal sensibilidad…

El hombre no respondió y lo despidió con una mano.

Sabía lo que había hecho, sabía lo que sentía ese petimetre, pero nada podía ser equiparable a lo que serían las cosas cuando por fin estuviese el tablero dispuesto a su conveniencia y la reina lista para el Jaque.

CAPÍTULO 21

¿Podía arrancarse los ojos y dejar de ver el horror? ¿Podía perforarse los oídos para dejar de escuchar los gritos? ¿Podía alguien tener la suficiente misericordia para quitarle la vida? Una tras otra las respuestas eran no, no y no.

Anezka sabía que seguiría viéndola allí colgada como un animal llevado al matadero, recordando el horror con el que sus pupilas habían reconocido esa masa sanguinolenta, el olor nauseabundo de la carne libre de piel y el horror en un rostro que una vez había sido una versión más joven del suyo. Nada, ni siquiera la muerte evitaría que su alma siguiese gritando por aquel crimen, que su mente recuperará la cordura que le había arrebatado el horror.

Ya no era nada, ya no era nadie, su corazón había dejado de latir, sus pulmones de aceptar oxígeno, solo sus dedos seguían curvándose con desesperación alrededor de la barra de hierro a la que se habían aferrado, la misma cuya pinta goteaba por la sangre de un cadáver.

La he matado.

Había terminado con su sufrimiento concediéndole su último deseo.

«Si me quieres, mátame».

Y la quería, la quería tanto que no podía concebir el hecho de que ya no estuviese, de que ese desfigurado y desollado pedazo de carne fuese ella y había atravesado su corazón matando en el proceso el suyo.

Había pasado días oyéndola gritar en soledad y solo unos minutos en comprender el horror ante el que se encontraba.

—Tú serás la siguiente... —Le había dicho el humano nada más abrir la puerta de su celda.

Una única frase, un par de segundos en los que su loba había tomado el mando arrancándola de la humanidad, destrozando a ese pobre malnacido y llevándola en una carrera incierta hacia ese matadero.

Un aroma, un recuerdo y un aullido que se convirtió en un desgarrador grito que perforó su alma.

¿Intentaron reducirla? ¿La atacaron con armas de fuego? ¿Por qué se quedó él mirándola? ¿Por qué mantuvo esa sonrisa todo el tiempo en su cara? ¿Por qué parecía deleitarse en su sufrimiento?

«Siempre supe que tú eras la adecuada».

Odio, crudo y visceral, extendiéndose por sus venas, tomando su humanidad y dejándole solo furia animal.

Ante ella quedaba el horror de sus acciones, la crueldad de su loba, cadáveres humanos mutilados y él riéndose a carcajadas.

«¿Gritarás de la misma manera que lo hizo la pequeña perra?».

Un helado escalofrío le recorrió la columna como si fuese la mano de la muerte quién la había acariciado.

«Corre, Anezka. ¡Corre!».

No sabía de donde salió esa voz o de quién era, pero la sacó de ese círculo vicioso y la devolvió a la realidad.

Correr, tenía que correr. Huir de allí. Buscar ayuda.

—Oh Dios mío. —Dejó caer la vara, cambió a loba y empezó a correr.

—Dios no está aquí, querida. No hay lugar al que escapar… ¡La función no puede dar comienzo sin la artista principal! ¡Eres la musa de mi próxima obra! ¡Mi *Prima Donna*!

Su locura y la enfebrecida mirada que había tras esas horribles gafas le dieron alas a sus pies. Esquivó todo lo que se interpuso en su camino, aulló de dolor cuando las balas impactaron en su cuerpo, pero no se detuvo y corrió con desesperación alejándose del infierno.

¡AYUDA! ¡POR FAVOR QUE ALGUIEN ME AYUDE!

CAPÍTULO 22

Judith empezaba a odiar el contestador automático y esa intermitente lucecita. Nada más despedirse de Radu lo había visto, parpadeando, diciéndole sin necesidad de palabras que había pasado la noche en su propio mundo, inalcanzable para aquellos que pudiesen necesitarla.

—No son los únicos, Judith, él también te necesita, más que ninguna de esas caras anónimas a las que siempre tienes que atender —se dijo a sí misma.

No podía dejar de pensar en lo duro que era el destino, en lo cruel que podía llegar a ser la vida como para arrebatarle la mujer a un hombre y obligar a otro a dar muerte a la suya propia. Radu había tenido su buena cuota de desastres y ya era hora de que alguien le pusiese freno.

Accionó el contestador e hizo una mueca al escuchar la voz del detective.

—Judith, soy Damek. —Su tono de voz era mucho más oscuro y serio que de costumbre, ni siquiera gritaba, parecía incluso… desesperado—. Te necesito en mi oficina lo antes posible. Por favor. Ven en cuanto oigas este mensaje.

Nunca lo había escuchado tan tenso, casi podía decir que estaba asustado y el detective no era precisamente de los hombres que mostraban miedo o temor.

Un inesperado escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, giró el rostro en dirección al aparador dónde estaban las fotos y se fijó en el retrato de su abuela; esta parecía haber perdido la sonrisa.

—¿Qué es abuela? ¿De qué se trata esta vez?

No obtuvo respuesta, pero tampoco la necesitaba. Algo no iba bien y lo sabía, una extraña urgencia empezó a coletear en su interior y no se lo pensó dos veces, cogió el bolso y la chaqueta y salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

La comisaría estaba a treinta minutos de su barrio, aparcó el coche y entró sin prestar atención a las miradas y falsas sonrisas que sabía se encontraría antes o después. Dejó el área de recepción, metió su bolso y llaves en la bandeja del detector y pasó al interior con rapidez.

—Ey, Judith, ¿y tú por aquí? —La saludó el policía a cargo de la seguridad.

—¿Dónde está Damek?

Su sequedad cogió al hombre por sorpresa, se volvió y señaló la oficina del detective con el pulgar.

—En su oficina, lleva toda la mañana ahí encerrado —replicó y su tono la advirtió al momento. Recogió sus cosas y lo miró.

—¿Qué ha pasado?

El hombre vaciló, no era del equipo de su jefe y siempre había tenido algo de respeto hacia ella y su presencia.

—Algo sobre la desaparición de unas niñas, parece que son parte de su familia o conocidas. —Se encogió de hombros—. No conozco los detalles, parece que llevan más de cuarenta y ocho horas en paradero desconocido.

Asintió, le agradeció la información y pasó directamente al fondo de la comisaría. A través de los cristales que no tenían las persianas bajadas pudo ver a su jefe moviéndose de un lado a otro con el teléfono en la oreja y revolviéndose el pelo con la otra.

Llamó con los nudillos y nada más verla la hizo entrar con un gesto de la mano.

—Tranquilízate... van a aparecer te lo aseguro...

El policía parecía hoy un poco más viejo que ayer, tenía unas profundas ojeras y su aura se había oscurecido hasta tal punto que empezaba a preocuparse de veras.

—Las encontraremos, Cora, te lo prometo —insistió—. Quédate cerca del teléfono y dile a Petrov que me llame tan pronto sepa algo.

Cortó la llamada y la miró, la forma en que arrugó la nariz le recordó por un momento a su compañero.

—Oh, joder… lo siento, no sabía que… Espero que tu compañero no quiera arrancarme el cuello por hacerte venir tan de repente.

Enarcó una ceja ante su comentario y entonces empezó a enrojecer.

—No es asunto tuyo…

Levantó las manos al momento.

—No, no lo es y ahora mismo tengo mierdas más importantes de las que ocuparme —aseguró visiblemente alterado—. Necesito tu ayuda. Quizá no sea nada, Dios, espero de verdad que no sea nada, pero llevan dos días desaparecidas y ellas no son así.

Caminó hacia él y se encontró con su mirada.

—Dame todo lo que tengas al respecto y ponme al día.

El policía asintió y la acompañó a su escritorio dónde había un par de carpetas abiertas.

«Encuéntrala».

Las voces decidieron hacer acto de presencia en ese mismo momento, pero ya no era una cacofonía como antes, ahora parecían haberse unido en un solo eco, diciendo todas lo mismo al mismo tiempo.

Se obligó a respirar profundamente y mantener la calma, no podía dejar que se impusieran, necesitaba concentración.

—Son Cora y Anezka Petrescu —le indicó su jefe, poniendo nombre a las dos fotos que presentó ante ella—. Son hermanas, dieciséis y veintiún años respectivamente.

Miró las fotos y una brutal sensación de frío y oscuridad se cernió sobre ella. Tuvo que obligarse a tragar el nudo que se le alojó en la garganta, buscar de nuevo el aire que una de las fotos le había robado.

«Encuéntrala».

—Se suponía que iban a pasar el fin de semana en Horní Slavkov, un pueblecito cerca del bosque Slavkov, llamaron al llegar, se comunicaron esa misma noche y entonces cesó todo contacto con la familia.

Tragó, sus dedos se deslizaron sobre una de las fotos y notó las lágrimas agolpándose detrás de sus ojos.

—Al principio pensamos que habrían hecho un alto en el camino, para visitar otro pueblo de la zona, pero hace veinticuatro horas encontramos su coche abandonado en las inmediaciones de Praga.

Negó con la cabeza.

—No están allí.

El murmullo en su cabeza empezó a crecer, de nuevo un batiburrillo del que no podía extraer ni una sola respuesta.

—¿Cómo que no están?

Negó con la cabeza incapaz de hacer otra cosa que mirar la foto de una coqueta adolescente con una preciosa sonrisa. Pero no era su sonrisa lo que veía, no era la vivacidad de su sonrosada cara lo que tenía ante sus ojos.

«Encuéntrala. Fue mi culpa. Me equivoqué».

—¿Judith?

Sus ojos empezaron a desenfocarse por las lágrimas y la oscuridad que se interponía ante su visión. Se lamió los labios y apartó el rostro en un intento de recomponerse.

—Son lobas… las dos, son lobas.

Él asintió y su mirada empezó a oscurecerse, sin duda a causa de su propio semblante.

—¿Qué has visto?

Negó con la cabeza, las piernas empezaban a temblarle y tuvo que aferrarse a la mesa antes de caerse.

—Tengo que sentarme.

Antes de que terminase la frase tenía su brazo alrededor de la cintura y la bajaba sobre el asiento más cercano.

—¿Qué es Judith? ¿Dónde están?

Las lágrimas que había estado reteniendo empezaron a caer por sus mejillas, volvió a mirar la fotografía más cercana y la atrajo hacia ella. Angustia, dolor, miedo, desesperación, horror… esa y muchas otras emociones demasiado oscuras para que se atreviese a echarles un vistazo parecían palpitar detrás de una cortina hasta que esta se descorrió y solo encontró negrura.

Se levantó de golpe, jadeando en busca de aire, dando manotazos a la nada hasta que alguien la sujetó y se encontró dejando escapar un grito de dolor.

En toda su vida jamás había sentido nada como eso, nunca había sido tocada por la muerte de esa manera.

—Ella... ella... —Las palabras se le atascaron varias veces, tuvo que obligarse a respirar, a jadear incluso antes de poder musitar—. Está muerta.

Su declaración hizo que el detective palideciese de manera inmediata, el dolor cruzó sus ojos y pudo incluso oír el grito de su alma un segundo antes de que esta adquiriese una oscuridad inmediata. Su rostro se contrajo formando una máscara libre de emociones.

—¿Estás segura?

No había equivocación posible. Esa muchacha, una niña, estaba muerta.

—Completamente.

El silencio se instaló entre ellos haciendo el ambiente incluso más opresivo.

«¡Encuéntrala!».

Las voces se hicieron más y más insistentes, golpeando dentro de su cerebro, provocándole un repentino dolor. Se obligó a abrir los ojos, a mirar de nuevo la superficie de la mesa y fijarse en la otra foto.

—¿Y Anezka?

La pregunta la estremeció, su tono de voz era demasiado oscuro, demasiado animal, su lobo estaba en la superficie y había algo personal allí.

—No… yo no…

Gruñó, un sonido muy animal que llegó acompañado de un fuerte golpe en la mesa.

—¿Está muerta?

Su actitud la hizo sobresaltarse, sintió miedo y terminó levantándose de golpe del asiento.

«¿Judith? ¿Qué ocurre, pelirroja? Te noto muy agitada».

La voz de Radu en su mente la acarició con suavidad, calmándola, arropándola.

«Es… estoy en comisaría. Damek… unas niñas desaparecidas… Una de ellas… una de ellas está muerta. La… la he sentido. Radu, son lobas y son niñas».

«No te muevas de ahí, pelirroja, voy a por ti».

Sacudió la cabeza y miró al detective.

—Judith, por favor —suplicó él intentando parecer lo más fuerte posible, pero algo lo había turbado a niveles incomprensibles—. Anezka… Necesito saberlo.

Se lamió los labios y volvió a mirar la foto, la cogió entre los dedos y las voces la golpearon al momento.

«AYUDA». «ESTÁ MUERTA». «LA HAN MATADO Y NO HE PODIDO HACER NADA POR EVITARLO».

La agonía que había detrás de la petición de súplica la aturdió. Horror, dolor, locura, ruegos, llantos, gritos… todo se mezclaba en una coctelera demasiado grande, demasiado ruidosa.

«AYUDA». «POR FAVOR, QUE ALGUIEN ME AYUDE».

—Dios mío…

—¿Qué? ¿Qué es? —La asedió Damek—. Por lo que más quieras, ¡habla!

Lo miró a los ojos entre incrédula y aliviada.

—Ella... Ella vive... creo... creo que vive. Damek, ella está viva… tienes que ayudarla… tienes que ir… tienes…

El policía dejó escapar un profundo suspiro aliviado, fue como si le hubiesen sacado un enorme peso de encima.

—Dios... gracias.

Pero ella no estaba tan aliviada. Algo no estaba bien. Había tanto dolor, tanta desesperación y un miedo tan intenso que no sabía cómo alguien podía seguir respirando.

—No… no sé cómo llegar a ella… no… no puedo verla… no puedo llegar a ella.

Al momento él estaba allí, sus manos apretando las suyas, esos ojos que conocía clavados en los suyos. Su jefe siempre había creído en ella.

—Si hay alguien que puede hacerlo, eres tú —le aseguró con una fe en ella que no compartía consigo misma—. Háblame, Jud, dime algo, lo que sea, dame algo que pueda utilizar...

Sacudió la cabeza, estaba sobrepasada, no podía pensar, no podía hacerlo.

«Respira, Judith. Puedes hacerlo, pelirroja, si hay alguien que puede ayudarle eres tú».

Radu volvió a acariciar su mente, su voz apagando las demás y dejándole unos instantes de calma.

«Necesito que hagas un esfuerzo, pequeña, esas niñas… son nuestra familia».

Las palabras de su compañero le arrancaron lágrimas, sacudió la cabeza e intentó concentrarse de nuevo en lo que tenía delante, pero no podía, no podía sacarse de la cabeza lo que había visto.

«Ha muerto, Radu. He sentido su muerte. He sentido la muerte de una de las niñas».

Sintió la caricia del lobo alfa así como su dolor por la pérdida de alguien a quien conocía.

—Judith, sé que lo que te estoy pidiendo es una putada, que es mucho para ti ahora mismo, pero nos quedamos sin tiempo, lobita, te necesito… Anezka te necesita —insistió el policía mucho más comedido ahora, enfocado en ayudarla, en sacar algo en claro.

Tragó y miró a su alrededor. No sabía qué hacer, no era nada a lo que se hubiese enfrentado antes...

—No... No sé ni por dónde empezar...

Dios, no podía hacerlo, ni siquiera podía escuchar sus propios pensamientos...

«ENCUÉNTRALA. NO LA DEJES MORIR A ELLA TAMBIÉN. SÁLVALA».

Se llevó las manos a la cabeza y se oprimió las sienes. Las voces seguían rugiendo,

hablaban todas al mismo tiempo, gritos inconexos y otros sonidos que creaban una ininteligible cacofónica en la que apenas podía escucharse a sí misma.

—Callaos... callaos todos...

«Judith».

«Las voces, el ruido, no puedo... No puedo hacerlo».

«Céntrate en mi voz, escúchame solo a mí, compañera. Háblame, pelirroja, ignóralas y quédate conmigo».

Sus palabras la calmaban, hacían que las otras voces pasarán a un segundo plano, desvaneciéndose y devolviéndole de nuevo la cordura.

«Necesito...».

Sacudió la cabeza y miró al detective.

—Necesito... papel.

En un abrir y cerrar de ojos tuvo papel y boli delante de ella.

—No... No sé si esto... funcionará.

A él no parecía importarle.

—Intentémoslo.

Asintió y cerró los ojos.

«Radu, necesito que te quedes cerca de mí, es la única forma en que puedo oír algo claro».

Sintió una instantánea caricia en respuesta.

«Estoy pegado a ti».

Inspiró hondo y aguzo el oído, buscando comprender lo que decían las voces, buscando algo que les ayudase a encontrar a esa chica. Sabía que estaba viva, asustada, muy asustada y que algo muy malo había ocurrido.

Háblame, maldita sea, háblame ahora, dime dónde estás.

Frío, calor, oscuridad, retazos de luz, el sonido del correr del agua, la dureza y la frialdad del acero... una sensación de impotencia, la necesidad de huir, culpabilidad, arrepentimiento... Correr… el viento golpeando la cara, la necesidad de aire en sus pulmones…

«¡AYÚDAME!».

Abrió los ojos de golpe y miró el papel que había garabateado. La mayoría eran cosas inconexas, pero algo le llamó la atención, un símbolo.

—¿Reconoces esto? —Se lo enseñó.

Damek se acercó, entrecerró los ojos y su cerebro pareció hacer clic ya que saltó y empezó a dar voces al momento.

—Es el viejo matadero de Pilsen —aseguró aliviado—. Buen trabajo, nena, buen trabajo.

Se giró y se precipitó contra la puerta llamando a voces a su equipo y empezando a impartir órdenes.

—Están en Pilsen —anunció ahora más comedido—. Os quiero a todos armados y con los ojos bien abiertos. —Hizo una pausa, se giró hacia ella y finalmente volvió a los suyos—. Es posible que tengamos una baja.

Hubo respuestas y maldiciones de parte de los suyos.

—Vamos, vamos, en marcha.

Se levantó de golpe y acudió rápidamente a la puerta.

—Voy contigo —anunció.

El detective la miró y negó con la cabeza.

—Esta vez no, Judith. Radu estará aquí en un momento, espérale.

—Pero...

Negó con la cabeza y le dedicó un pequeño gesto de agradecimiento.

—Bienvenida a la manada —le dijo antes de deslizarse hacia la puerta—. Chels, quédate con Judith hasta que llegue Alezandru.

—¿Las tenemos?

La miró y algo pareció pasar entre ellos.

—Quédate con ella.

Salió sin decirle nada más.

«¿Radu?».

«No te muevas de ahí».

La orden de su compañero fue clara, casi inamovible.

«Pero».

«La encontrarán, Judith, no te preocupes, la encontrarán».

Sintió su calor y supo que así como ella notaba sus emociones, él podía notar perfectamente la suyas. No había manera de negarlo, él era su otra mitad.

«Ve con ellos, ve con Damek. Ha dicho que era el viejo matadero de Pilsen. Ve, por favor, encontradla».

Su respuesta fue una y la única que sabía iba a darle.

«No dejes la comisaría hasta que vaya a buscarte».

Sacudió la cabeza, volvió a mirar la fotografía sobre la mesa y se estremeció.

—Por favor, encontrad a esa niña.

CAPÍTULO 23

—Una niña… ¡Maldita sea! ¡Solo era una niña!

Radu guardó silencio, su lobo estaba tan frenético y horrorizado como el propio detective. El dolor por la pérdida de una criatura tan joven e inocente le laceraba el alma y lo convertía en un ser peligroso, pero el haber presenciado lo que habían presenciado ellos, no había mente que pudiese resistirlo. No podía quitarse de la cabeza lo que había visto nada más llegar, el grotesco cuadro que alguien había representado en su propia tierra y que hablaba de una maldad y una falta de compasión abrumadoras. No había sido una buena muerte, las señales de tortura, el sadismo y la locura impresa en cada centímetro de la escena del crimen había vaciado sus estómagos y los había dejado a todos en shock, incapaces de creer que alguien pudiese haber perpetrado tales acciones y en una niña de dieciséis años.

Y esto lo había visto su compañera. Sabía que Judith había experimentado la muerte, el horror de forma indefinida, las huellas que habían quedado impresas en ese lugar, eso solo le proporcionaba un vago consuelo ya que no había presenciado lo mismo que él.

El equipo de forenses se estaba encargando de llevarse el cuerpo, habían programado una autopsia que arrojaría un poco de luz sobre la hora y la causa de la muerte… Aunque no había dudas al respecto de lo que la había causado.

—¿Qué clase de monstruo ha podido hacer esto? ¿Qué clase de ser diabólico ha podido perpetrar una atrocidad semejante? —La furia de Damek equiparaba a la suya, pero en su caso había también un tinte de desesperación—. ¿Y dónde está Anezka? ¿Qué han hecho con ella?

Dos hermanas, dos jóvenes lobas sin conexión aparente con nadie que pudiese querer lastimarlas de esa manera, dos miembros de la manada de Praga y bastante cercanas a la familia de Damek.

—Judith dijo que Anezka seguía con vida, ¿pero dónde diablos está?

Miró a su alrededor con gesto inexpresivo a pesar de que por dentro estaba rabioso.

—Sabemos que ha estado aquí —murmuró apretando los dientes. La suciedad del lugar y los restos de la carnicería que se había llevado a cabo no habían podido disimular otros aromas, como tampoco el hecho de que la cámara que había contigua a la que habían utilizado para su fechoría, hubiese estado ocupada por alguien en algún momento de los últimos dos días—. Pero no hay un rastro claro que seguir, es como si de repente se hubiese esfumado en el aire.

Gruñó y no pudo reprenderle por ello, él mismo tenía ganas de gruñir y de aullar por lo que había visto.

—Hay que dar con ella. —Giró sobre sí mismo y salió a paso firme del almacén en el que habían encontrado a la menor—. Moviliza a quién haga falta, pero hay que dar con esa chiquilla antes de que corra la misma suerte que su hermana.

—Quiero la sangre de ese bastardo en mis manos… quiero bañarme en su sangre —masculló el policía con voz oscura—, quiero oírle gritar mientras muere.

No lo censuró, esas eran exactamente sus mismos deseos.

—Ese es un deseo que comparto, Damek, ahora, hagámoslo realidad.

Judith no podía dejar de pasearse de un lado a otro de la oficina, las voces en su cabeza eran más atronadoras que nunca, apenas le dejaban pensar y no conseguía entender lo que decían. Algo no iba bien, todo su ser gritaba que algo no iba bien, pero no era capaz de dar con el motivo exacto de aquella urgencia.

—Maldita sea. —Se apretó la cabeza con las manos—, parad ya. Si tenéis que decir algo, hacedlo de manera que lo entienda.

El murmullo volvió a intensificarse haciéndola gemir, apenas podía mantener ya los ojos abiertos y el respirar empezó a costarle cada vez más. Se obligó a llegar hasta el escritorio y apoyarse en él, se frotó las sienes e hizo un esfuerzo para abrir de nuevo los ojos.

«¡AYÚDA! ¡POR FAVOR, QUE ALGUIEN ME AYUDE!».

Su mirada cayó sobre la carpeta con las fotos que seguía abierta sobre la mesa, evitó mirar la de la muchacha más joven sintiendo el dolor todavía presente en su alma y se concentró en la otra.

Tenía que haber alguna forma de dar con ella, de ayudarla.

—¿Dónde estás?

Se inclinó sobre la instantánea llena de angustia, con el corazón latiéndole a mil por hora y los pulmones ardiendo por la falta de aire. Le dolía el pecho, las piernas de correr… pero no era ella la que corría, era… esa niña.

«Abuela, necesito tu ayuda».

No podía hacer esto sola, no podía rastrearla sin un punto de partida y, desde el momento en que había visto las fotos sabía que en esta ocasión no bastaría con sus trucos de siempre. Esto era importante, peligroso… quién estaba detrás de ese velo de sombras era maldad pura, un asesino sin conciencia de ningún tipo.

Se obligó a respirar a través del dolor, a hacer a un lado las voces y encontrar ese lugar de soledad interior, el único en el que podía obtener respuestas.

«Compartes su alma, vnučka».

El eco llegó del más lejano pasado, de un lugar al que todavía no podía ir, el mismo en el que se encontraban sus antepasados.

«Deja que tu voz vuele dónde no puede llegar tu cuerpo».

El silencio empezó a ahogar todo lo demás permitiéndole encontrar solaz en ese íntimo lugar, dejó ir las voces, dejó ir cada uno de sus sentidos y se concentró en buscar a alguien, alguien que la necesitaba, que gritaba pidiendo ayuda.

«POR FAVOR. QUE ALGUIEN ME AYUDE. LA HAN MATADO. ME LA HAN QUITADO. MI HERMANA. POR FAVOR. QUE ALGUIEN ME AYUDE».

Su desesperación se hizo presa de su propio ánimo, de su alma y su corazón, buscó esa conexión que traía su voz y gritó con todas sus fuerzas.

«¡Corre!».

Su voz se hizo eco en la inmensidad de la nada, proyectándose hacia esa presencia aterrada y horrorizada que alcanzó su mente.

«Están detrás de mí. Sé que viene. Quiere que sea la siguiente. Dios mío. La mató. La he oído gritar, pedir ayuda y no pude hacer nada. No he podido hacer nada más por ella».

Su dolor y desesperación se unía a un horror inimaginable, a algo que ahora habitaba en su alma y que dudaba que pudiese erradicar algún día. Horror. Culpabilidad. Muerte. Rabia. Sus emociones eran crudas, demasiado para un ser humano. Su lobo. Había tomado las riendas y era el que la guiaba hacia la libertad.

Judith se obligó en seguir esa estela, en ver más allá del velo que protegía su mirada.

«Corre, por favor, no dejes de correr».

Un sollozo en su mente, una presencia tan palpable que le recordó la presencia de Radu.

«¿Quién eres? Por favor, ayúdame. Necesito ayuda. Él la ha matado, ha matado a Cora. Lo que le ha hecho. Dios mío. No puedo recordarlo, no quiero. Mi pobre Cora».

Su voz se hizo más presente, casi podía ver su imagen atravesando… ¿qué?...

«¿Dónde estás? Necesito que me digas dónde estás».

«No lo sé, no conozco este lugar».

Los sollozos se traslucían en sus palabras, en su desesperación, pero era incapaz de ver más allá y sin más datos no podía hacer otra cosa que acompañarla.

«Dime lo que ves, qué hay delante de ti».

La respuesta llegó tras unos momentos de silencio en el que pensó que la había perdido.

«Árboles, bosque, montañas en la lejanía».

Asintió para sí e insistió. Necesitaba más datos, necesitaba saber dónde estaba exactamente.

«El sol, ¿puedes ver su posición? ¿Está delante de ti? ¿Detrás?».

Un nuevo sollozo y la amarga desesperación volvieron a penetrar en su mente a través de la de ella.

«No lo sé, Dios mío, no lo sé».

Apretó los dientes y luchó por respirar a través del dolor que no era suyo, del miedo y la desesperación.

«No van a dejar que huya. Él no dejará que me vaya. Seré la siguiente. Me lo dijo».

Sacudió la cabeza negando mentalmente. No podía perderla ahora, no podía dejar que pensara en lo que quiera que venía detrás, tenía que hacerla correr, obligarla a huir, ganarle todo el tiempo que podía.

«Corre, hagas lo que hagas no dejes de correr».

Su mente empezaba a alejarse por momentos.

«Va a matarme. Me matará como lo hizo con Cora. Lo siento, oh dios, dile a mamá y a papá que lo siento mucho. Es todo culpa mía».

«No voy a dejar que te haga daño, te lo prometo, Anezka, no se lo permitiré».

No podía permitir que le hiciesen daño, solo era una niña asustada, como lo había sido ella misma hacía mucho tiempo cuando el mundo le había dado la espalda y su único apoyo la había dejado para siempre.

«Babička, necesito que me ayudes, necesito saber qué puedo hacer para llegar a ella, necesito encontrarla».

«Sus ojos son tus ojos».

Apenas terminó de comprender sus palabras cuando se encontró viendo ante ella un paraje lleno de árboles, matorrales y naturaleza, pero no de una forma humana, sino desde otra perspectiva, la de un lobo. Sintió la fuerza de sus patas galopando sobre la tierra, el aire golpeándole el pelo a la velocidad terminal a la que corría y también como sus reservas de energía se iban agotando.

Y entonces lo vio, una luz en medio de la oscuridad, el reconocimiento de un lugar conocido.

—El bosque Český.

Se encontró mirando las fotos, la sala a su alrededor seguía como siempre, solo su corazón, latiendo a un ritmo frenético daba cuenta sobre lo que acababa de pasar.

«¿Judith?».

La intensidad de la voz de Radu en su mente la hizo llevarse la mano a la cabeza.

«Český. Es el bosque Český». Respondió en su mente. *«La están persiguiendo, no podrá seguir corriendo durante mucho tiempo. Por favor, ayúdala, Radu, le prometí que él no la tocaría»*.

«El bosque Český. Sí, sé dónde está». Escuchó su confirmación. *«Mi gente se ocupará de ello, no te muevas de ahí»*.

Sacudió la cabeza y se giró como un relámpago hacia la puerta.

—Y una mierda que lo haré.

Sabía que eran al menos dos horas de viaje por autopista, no había forma humana en la que pudiese estar allí en forma corpórea, pero todavía tenía trucos en la manga y cualquier zona que estuviese dominada por la naturaleza, estaba conectada a ella.

CAPÍTULO 24

Judith saltó de coche nada más apagar el motor, había conducido como una loca y prácticamente había aparcado de la misma manera antes de precipitarse hacia la torre de piedra que ejercía de mirador en el parque natural Košíře-Motol. Aquella era la zona de vegetación más cercana que podía encontrar en Praga y poseía el poder ancestral de todo bosque bohemio. Dejó el puñado de casas a sus espaldas y se dirigió hacia el otro lado del mirador, el que permitía la visión de una amplia extensión de bosque. En otras circunstancias se había adentrado allí, pero no tenía tiempo, si hacía algo, debía hacerlo ahora.

—De acuerdo, de perdidos al río —murmuró para sí.

Extendió las manos por delante de ella y se visualizó a sí misma en medio de aquella extensión arbórea, rodeada de vegetación y calma, con el aroma de las plantas y el aire puro conectándola con sus raíces.

«Ayudadme». Murmuró para sí misma, buscando ese lugar en el que se reunían las voces. ***«Guiad mi mano, guiad mi alma y dejadme llegar a aquella que necesita de mí».***

La brisa se levantó a su alrededor, acariciándola, reconociéndola mientras las copas de los árboles empezaban a agitarse mostrándole su propia respuesta. Poco a poco empezó a sentir la llamada de la madre tierra, la energía que mantenía el equilibrio del mundo y permitió que penetrase en su alma.

«¿Radu?».

La voz de su compañero no se hizo esperar, no parecía nada contento, de hecho.

«Tú y yo vamos a tener una larga charla sobre las repercusiones de desobedecerme y ponerte en peligro».

Ignoró su gruñido y lo buscó a través del viento y de la tierra, sintiéndole en su corazón y viéndole en su alma con la forma de un enorme lobo marrón oscuro y negro.

«Ya me sermonearás después, ahora no hay tiempo». Se concentró en encontrar a la chica, en buscar su huella a través del territorio que cubría el alfa. *«Siento su desesperación, sus patas rozando la tierra… Está… a tu izquierda, algunos kilómetros en la dirección del sol».*

Y no era lo único que había en esa zona, un inesperado escalofrío la recorrió por entero y sintió el malestar de la tierra, su repulsa hacia lo que quiera que la estuviese pisando.

«No está sola… le están dando caza y a la tierra no le gusta su presencia».

Y a ella tampoco, pensó dejando que su poder se filtrase a través de su vínculo con la tierra, sanándola, calmándola.

«No tendrá que volver a preocuparse de su presencia, porque no volverá a sentirlos caminando sobre ella».

Su respuesta fue dura, oscura, rabiosa, no era algo que encajase con el hombre que conocía y, al mismo tiempo, era sin duda él.

Sacudió la cabeza.

«Ayuda. Por favor. Ayuda».

Su petición se antepuso a todo lo demás, podía sentir como se quedaba sin fuerzas, como poco a poco iba perdiendo velocidad.

«No te rindas ahora, Anezka, casi estás a salvo. Solo un poco más, aguanta un poco más, ya llegan los refuerzos».

«Por favor, no me dejes».

Se concentró en ella hasta que pudo prácticamente acariciarla.

«No me iré a ningún sitio hasta que sepa que estás a salvo, cariño, te lo prometo».

Escuchó más que vio en su mente un sonoro aullido secundado por otros y la tierra respondió a esa primitiva llamada invitando a los animales a dar caza a aquello que la contaminaba.

«Protégela, Radu, por favor».

Sintió una caricia en respuesta a su súplica de parte de su lobo un instante antes de que cortase toda comunicación con ella, arrancándola de golpe de su propia conexión.

Judith jadeó y terminó cayendo de culo sobre el suelo, estaba sudando a mares y algo húmedo le caía de la nariz, goteando sobre su mano; sangre.

—Por favor, abuela, protege a mi lobo y a esa niña y que la justicia caiga sobre esos que se han atrevido a profanar nuestra tierra.

Radu no pudo evitar gruñir de rabia mientras veía la forma en la que la exhausta muchacha se abrazaba entre gritos y sollozos a Damek. La habían empujado al límite de su resistencia, la habían perseguido como a un conejo y eso solo después de haberla obligado a presenciar el brutal asesinato de su hermana.

El policía estaba tan desesperado como él mismo o más aún, si bien la muchacha pertenecía a su clan, el lobo conocía a sus padres, lo que hacía aquella tragedia incluso más cercana para él.

El desgarrador lamento de la joven los tenía a todos sobrecogidos, incapaces de hacer otra cosa que reclamar venganza como ya habían hecho sobre aquellos que la habían perseguido.

El terreno había quedado sembrado de cadáveres, tres lobos y un despojo humano que apestaba a locura y maldad. Sus ojos febriles, las estruendosas carcajadas y el olor de la víctima impregnada en él fue suficiente prueba de su condena y su ejecución equiparable a la horrible muerte que había orquestado.

Ya solo quedaba un lobo en pie, todavía en forma humana, un despojo de bestia que no hacía otra cosa que reírse como si no se diese cuenta que enfrentaba la muerte.

—¿Quién lo ha ordenado? ¿Quién está detrás de todos estos ataques?

Uno de los hombres del equipo de Damek se enfrentaba ahora con él. Todos habían quedado tocados por el horror que habían presenciado hoy, su rabia era equiparable a la de su jefe, quería sangre, quería desgarrar a su presa y su propio lobo estaba deseoso de secundarlo.

—¿Qué monstruo ordena algo semejante? ¡Contesta!

Una cínica y enloquecida sonrisa curvó unos dientes sucios y manchados de sangre. No había ni una sola brizna de cordura en esa mirada.

—Un buen Daratraz es un Daratraz muerto.

Antes de que el lobo pudiese asestarle un buen puñetazo, el maldito empezó a convulsionar y a espumar por la boca. Segundos después yacía muerto con los ojos en blanco.

—Joder —masculló el hombre apartándose del cadáver de un salto—. Ojalá te pudras en el infierno, cabrón.

—Daratraz —repitió él y negó con la cabeza—. Ellas no pertenecían a ese clan extinguido.

El lobo lo miró entre pensativo y afectado.

—Nadie emplearía tal sadismo en una simple equivocación, señor.

No, él tampoco lo creía, pero últimamente, con la cantidad de cosas que estaban ocurriendo ya no estaba seguro de nada.

—Son ya demasiadas las muertes, demasiadas las desapariciones que están asolando nuestra ciudad y las regiones de los alrededores —añadió otro más—. ¿Quién diablos está detrás de esto? ¿Por qué no podemos ponerle freno?

Miró a los chicos y negó con la cabeza.

—Algo me dice que es el mismo que va tras la princesa —aceptó poniendo de manifiesto ante esos jóvenes lobos que la muchacha estaba viva.

—¿La princesa Denali?

—¿Está viva?

—¿Cómo es posible?

Demasiadas preguntas para las que las respuestas deberían esperar.

—Ahora no es el momento —indicó a Damek—. Hay que sacarla de aquí. Tiene que verla un médico y habrá que dar la noticia a sus padres.

—Yo lo haré —contestó el policía cogiendo a la muchacha en sus brazos. La pobrecilla había sido incapaz de seguir consciente, no después de todo lo ocurrido—. Es mi deber… y ella mi responsabilidad.

Posó la mano en su hombro y asintió. No había mucho más que decir, en momentos así no había palabras que pudiesen ofrecer consuelo alguno.

—Diles que este crimen no quedará impune —declaró con fiereza—. Levantaremos cada maldita piedra hasta dar con el responsable y entonces, se hará justicia.

Asintió y le dio la espalda alejándose mientras su gente se ocupaba de la limpieza del lugar.

«Pelirroja, la niña ya está a salvo».

Su compañera había sido un infierno de ayuda en ese momento, no sabía cómo demonios lo había hecho, pero los había dirigido a la perfección a pesar de estar a cientos de kilómetros de distancia.

«La ha visto morir, Radu, la ha visto... morir».

No había necesidad de preguntar nada más, sus palabras lo decían todo.

Apretó los dientes y cerró los ojos.

«Pagarán por lo que han hecho, pequeña, pagará hasta el último de ellos».

Volvió a mirar a su alrededor y apretó de nuevo los dientes ante las huellas que quedaban de la masacre, se habían atrevido a entrar en su territorio y cometer una atrocidad tal que se le revolvía el estómago.

—Esto tiene que acabar —murmuró para sí.

Sacudió la cabeza y cambió a su forma lupina con solo un pensamiento. Necesitaba volver al lado de su compañera, necesitaba borrar de su mente el horror que había vivido ese día y ella era la única que podía ofrecerle tal consuelo.

Ella era su presente, su futuro, solo esperaba que fuese también lo bastante fuerte como para borrar su pasado.

CAPÍTULO 25

Denali miró la ciudad sin saber muy bien qué sensaciones le transmitía. Era una gran urbe, patrimonio de la humanidad, lugares de los que habían aprendido a huir. Sabía que sus nervios nada tenían que ver con la ciudad y si con el hecho de que su compañero estuviese cerca. Ya no era algo inanimado ni un objetivo futuro y eso hacía todo si cabía más aterrador.

¿Cómo enfrentarse a alguien a quién pertenecías desde que eras un bebé, pero con el que no habías interactuado jamás? ¿Qué sabía de él, de su carácter o de cómo se relacionaba con otros lobos? Su experiencia con los hombres era escasa, limitada a unos cuantos besos robados y a la obsesión de un individuo que no deseaba otra cosa que usarla como herramienta para su venganza.

No. No podía enfrentarse todavía a algo así, no cuando había alguien ahí fuera decidido a robarle cualquier atisbo de felicidad que pudiese encontrar al lado de un compañero. No podía conducir a ese lunático hasta Velkan, no mientras el maldito estuviese vivo y dispuesto a hacerles daño.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

No quería robarle a Nahara la oportunidad de reunirse con Rumati. Sabía que su ausencia era algo que la loba siempre había llorado en silencio y penado en soledad, ya era hora de que obtuviese recompensa a su abnegación y a la renuncia a la que se vio obligada a causa de ella. No le quitaría otra vez la vida para atarla a la suya.

Suspiró y se apoyó ligeramente contra el bajo muro de piedra del Puente San Carlos, desde allí podía ver la ciudad llena de edificios en tonos arena y blancos con techos rojizos que parecían extenderse sin fin a los pies del castillo. Solo esperaba que la antigua urbe europea fuese suficiente para mantener su anonimato.

«Siempre nos hemos inclinado por lugares poco poblados, no imagina que podamos estar escondidas delante de todo el mundo».

Las palabras de su amiga tenían sentido. Él no sabía lo que su implacable persecución les había hecho, como las había obligado a agudizar el ingenio e idear la manera de mantenerse siempre por delante.

No. Él seguía pensando en ella como la dócil niña que había salvado de la muerte, como la estúpida criatura a quien podía manipular a su antojo. Jamás sabría lo que sus mentiras habían causado o lo que sus despiadados subordinados le habían obligado a hacer para mantenerse con vida. La niña que fue murió con las manos manchadas de sangre y un grito de dolor rasgándole la garganta. Nunca comprendería que la loba de sangre pura que habitaba en su interior lo quería muerto. Nunca sabría que, por encima de todo, tenía honor.

Y ese honor la obligaba a darle caza, a teñir de nuevo sus manos de sangre y vengar las vidas de aquellos que habían muerto solo por protegerla.

Suspiró, acarició la piedra del famoso y antiguo puente y volvió sobre sus pasos a través de las calles adoquinadas de la vieja ciudad. Había dejado a su guardiana sola en el hotel en el que habían decidido alojarse en Praga y sabía que no le sentaría nada bien despertarse y descubrir que había salido a reconocer el terreno; al menos esta vez le había dejado una nota.

Se movió con presteza, manteniendo la mirada baja y la cara oculta bajo el ala de la gorra que llevaba puesta, dejó atrás las zonas llenas de turistas y callejeó en busca de lugares menos

concurridos. El trasiego y las aglomeraciones de gente que se daban en los sitios más emblemáticos la ponían nerviosa. Siempre había preferido la calma de los bosques, la tranquilidad de los pueblos a las grandes ciudades. Era una loba reservada, tímida en muchos aspectos y posiblemente pueblerina.

Hizo una mueca ante la poco favorable enumeración de cualidades que había hecho sobre sí misma.

—Espero que eso no sea un problema para él.

Él. ¿Por qué le venía ahora de forma continua a la mente? ¿Por qué no podía dejar de pensar en el príncipe cuando nunca había sido otra cosa que una sombra en su mente o en su corazón? Hasta ahora no lo había considerado nada más que algo que había en su vida, algo a lo que tarde o temprano debería enfrentarse, pero no lo había visto como un compañero, alguien real hasta ahora.

Nunca lo consideraste como algo real hasta que volviste a captar su aroma después de tanto tiempo. Ya no es un mito, ni un sueño, es algo tangible y eso te aterra.

Y esa era una gran verdad, pensó. Su loba aulló en su interior totalmente de acuerdo. Su lupino deseaba entrar en acción, dejarse de tantos pensamientos y tomar la delantera. Ella no tenía dudas, había encontrado el rastro de su compañero y todo lo que deseaba era seguirlo.

—Quizá eso es lo que me ha llevado a dejar la habitación de hotel y recorrer la ciudad —murmuró en voz alta. Se sentía nerviosa, inquieta, necesitaba moverse y no podía evitar echar vistazos cada dos por tres a su alrededor y por encima de su hombro como si esperase que alguien estuviese al acecho y saltase sobre ella.

—Estás viendo fantasmas dónde no los hay, Dena, fantasmas.

Solo esperaba que esos fantasmas se quedasen como espectros y no cobraran vida poniéndole un cuchillo bajo el cuello.

—Necesito moverme y dejar de pensar en estas tonterías.

La ciudad vieja se abrió poco a poco ante ella con sus antiguos edificios, sus suelos adoquinados y la afluencia de gente empezó a crecer y decrecer según las zonas por las que transitaba. Dejó atrás la vía principal y se desvió hacia una calle llena de artesanía de la zona, de alegres vendedores que salían a la puerta invitando a entrar y de turistas despistados que buscaban la manera de salir de allí. Se bajó la gorra un poco más sobre los ojos y se dispuso a dejar atrás la zona cuando algo la alertó.

Era un aroma, algo sutil, pero inequívocamente conocido. Levantó la mirada y se encontró con la de una mujer de edad avanzada que la miraba a su vez. Era una loba y parecía regentar el puesto de artesanía al final de la calle. Vaciló durante unos instantes entre dar media vuelta y huir o seguir adelante. Nunca había sido de las que huían, pero esta vez había algo que la molestaba y no sabía que era.

Avanzó lentamente y echó un fugaz vistazo por el rabillo del ojo a las cosas que exponía en su tienda y entonces se detuvo en seco. Entre los típicos suvenires de figuras de cristal de Bohemia, granates engarzados, *matrioskas* y juguetes de madera, estaban expuestas unas preciosas marionetas. Una de ellas captó su atención de manera particular. La forma de su rostro, el color de sus ojos, su vestido… la había visto hacía mucho tiempo en otro lugar, en otra vida.

«Creo que se sentirá a gusto contigo».

Dos palabras y una sonrisa. Él era mayor y no sabía porque quería jugar con una niña, pero le caía bien. Había algo en el lobo que le gustaba y la hacía feliz. Cogió la marioneta en las manos y le devolvió la sonrisa.

—Velkan.

Al pronunciar su nombre sintió un nudo en el estómago, su nerviosismo se tornó en ansiedad y las lágrimas empezaron a picarle en los ojos. Se obligó por respirar a través de la angustia que se instaló en su pecho y a apartar la mirada de ese eco del pasado que la contemplaba desde el escaparate.

—Sí, hay cosas que no se pueden ocultar —pronunció la mujer en checo—. Oh sí, lo supe cuando te vi. Eres de los nuestros.

Sus palabras hicieron que se girase de inmediato hacia ella, la sonrisa afable en una cara surcada de arrugas dotaba su rostro de un gesto dulce que contribuía a tranquilizar su exaltado ánimo.

—Pasa, pasa. —La invitó indicando con la mano que la siguiese al interior de la tienda—. Todos los días llegan extranjeros a la ciudad, pero no son muchos los lobos… Debe ser por la próxima reunión, ¿no? Ah, nuestro príncipe ha venido a la ciudad y eso es un motivo de celebración.

Palideció ante su parloteo.

—¿El príncipe?

La mujer se giró hacia ella y asintió emocionada.

—Sí, sí… ¿No lo sabías? No se habla de otra cosa en la vieja Bohemia —asintió emocionada—. El señor de Praga será el que ejerza de anfitrión este año. Es todo un honor para esta vieja ciudad.

—Anfitrión… —Las palabras se confundían en su mente.

—La reunión anual, chiquilla —aseguró con una risita—. ¿No es a eso a lo que has venido? ¿A ver a nuestro príncipe Velkan?

Empezó a hiperventilar.

—Oh señor…

—Sí, sí, es emocionante, ¿verdad? —continuó la mujer ajena a su indisposición—. He oído que será una recepción fastuosa, que se hará un anuncio. Me pregunto cuál será. —La anciana loba siguió con sus propias ideas—. Algunos de los invitados ya están en la ciudad. Oh sí, han estado paseando por algunas calles según me han dicho. Me hubiese gustado que viniesen a mi tienda, serían bien recibidos…

Dejó de escuchar, sus oídos se concentraron únicamente en los latidos de su corazón y como retumbaban en ellos de manera atronadora.

Velkan estaba en la ciudad, allí, en Praga y no era el único. Sus alfas, los jefes de las distintas regiones se iban a reunir para la reunión anual.

Giró sin previo aviso y echó a correr como si la persiguiese el mismísimo demonio, su loba arañó la superficie desafiante, haciéndose eco de su necesidad de escapar, pero la dominó.

Lobos. La ciudad tomada por alfas. Una fiesta. ¿Había un faro más brillante para alguien como Armitage? Tenían que salir de allí, pero la idea de que más gente de su pueblo sufriera por la locura de un demente le corroía las entrañas. No podía permitir que se llevasen a cabo más matanzas, que otros inocentes acabasen heridos o como daños colaterales de esa locura, pero lo cierto es que tampoco tenía los medios para evitarlo.

«Ve con él».

Su loba tenía las cosas muy claras. No había término medio para ella, sabía que la fuerza estaba en la unidad, en la manada. Como loba alfa su instinto era dominar, guiar y proteger, esencialmente a su pareja y a aquellos que dependían de ella. Pero ¿cómo volver cuando el peligro le pisaba los talones? ¿Y cómo no hacerlo si con ello podía parar todas esas muertes?

Había estado sola toda la vida, incluso con Nahara, su soledad había sido interna pues

sabía que no podía anhelar lo mismo que su amiga, ella no tenía esa libertad.

«Volvamos a casa, volvamos con nuestro compañero».

Apretó los dientes evitando aullar en su forma humana y redujo el ritmo de su frenética carrera para ver por dónde iba. No podía sucumbir al miedo o a la desesperación, tenía que centrarse y vaciar la mente para poder pensar con claridad. Se detuvo resollando, apoyó las manos sobre las rodillas y luchó para normalizar los latidos de su corazón.

—Basta, Dena, tienes que centrarte, tienes que pensar. No puedes...

Algo la hizo levantar la cabeza, era una sensación extraña, de peligro, algo que había notado ya otras veces y que no traía consigo nada bueno. Escaneó los alrededores con la mirada fijándose en la gente, buscó en el aire esos olores que conocía y contuvo el aliento cuando sus ojos se toparon con un individuo que pensaba podía pasar desapercibido.

—Mierda.

Miró a su alrededor en busca de algún lugar en el que ocultarse y se deslizo tras el saliente de un edificio.

Chaqueta negra, pantalones gastados, botas manchadas y pelo rapado, la forma despreocupada con la que se inclinaba contra la esquina de un restaurante no podía ocultar a sus ojos la clase de despojo canino que era. A su olfato desprendía un olor de maldad y crueldad que los incautos humanos no podían captar.

Lo vio llevarse la mano al bolsillo y extraer un teléfono que emitía una sorda vibración.

—Todavía nada. Los perros se han desplegado, pero no haya rastro de las presas.

Había escuchado demasiadas veces a escondidas su jerga para saber a qué se refería.

—¿Qué ha pasado con el řezník[13]? —gruñó por lo bajo, pero no se inmutó. Desde donde estaba no podía escuchar a su interlocutor y no se atrevía a acercarse más por si detectaba su olor o su presencia—. Entonces todo va de acuerdo al calendario.

Hubo un nuevo momento de silencio mientras él escuchaba.

—Él estará contento, los tiene dónde los quiere, lejos del plato principal, concentrándose en las sobras.

Él. La sola mención del culpable de esos dos años de continua huida hizo que se le acelerase el corazón. Nunca mencionaban su nombre, siempre que se referían a esa escoria lo hacían con el temor presente en la voz.

—Sí. Todo ha de quedar listo dentro del plazo —continuó—. Pronto llegará a la ciudad.

La comunicación se cortó, devolvió el teléfono a su sitio y tras echar un vistazo a su alrededor, abandonó su posición y continuó calle arriba.

«Todo debe quedar listo dentro del plazo. Pronto llegará a la ciudad».

Las palabras seguían resonando en su mente, calentando la sangre en sus venas y haciendo que su loba despegase los labios mostrando una afilada fila de dientes. Iba a venir a Praga, iba a aparecerse en la ciudad. Apretó la mandíbula y luchó con el odio que habitaba en su interior, no podía precipitarse, descubrirse no era una opción, pero tampoco podía dejarle ir. Sus palabras habían despertado toda clase de sospechas y su loba no iba a ignorarlas.

Esperó a que se perdiese entre la multitud, dejó su escondite y empezó a seguirle a través de las transitadas calles de la ciudad.

CAPÍTULO 26

El ser humano podía ser realmente carroña, maldad en estado puro, pensó Judith, no hacía falta ser un animal para carecer de conciencia, para dejar que los instintos dominasen la parte racional de algo. Quien quiera que estuviese detrás del secuestro y brutal asesinato de una niña era un auténtico monstruo demente.

—Es la muerte en sí misma, el lado más oscuro de la Parca —murmuró en voz baja, sobrecogida por los rescoldos de unas emociones de las que no conseguía liberarse—. En su alma solo habita oscuridad, una tan grande que lo devora y contamina todo. No hay compasión, carece de empatía, es maldad pura... la oscuridad definitiva y eso es aterrador.

Notó las manos de Radu cerrándose sobre sus hombros, su cuerpo un escudo vivo protector que hacía que se mantuviese anclada al presente. Era incapaz de dejar de temblar, desde que la había recogido a los pies del torreón del parque no había podido dejar de hacerlo, no había podido drenar la maldad que había sentido a través de la tierra y que solo era un eco de lo que en realidad había detrás.

—Su muerte… no significó nada para él, solo… solo fue un grotesco pasatiempo. —Levantó la mirada y se encontró con los ojos dorados del hombre que se había presentado a las pocas horas en casa del alfa—. No había nada. Ningún fin. Nada.

Su presencia la tranquilizaba de una manera extraña, era como si el hecho de ser el cabeza de su raza no fuese otra cosa que un hecho autoimpuesto y no dejase de ser otra cosa que un lobo joven y amigable.

Bajó la mirada hacia sus manos las cuales habían cogido las suyas, apretándolas suavemente, permitiéndole vislumbrar una conexión nueva y especial; la misma que los lobos tenían con él.

Su aura era de un impresionante color blanco, casi plateado, era como un faro que atrajese a la gente, a su gente, pero incluso el blanco más impoluto se mancha, se corrompe y su alma tenía vetas grisáceas que hablaban de un pasado doloroso, de decisiones y arrepentimientos y de una agonizante soledad que lo había estado carcomiendo poco a poco.

—¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Quién está detrás de esta atrocidad? —preguntó en un bajo susurro—. ¿Quién mueve los hilos de esta locura?

Su mirada se estrechó, sosteniendo en todo momento la suya.

—¿Por qué estás tan segura de que hay alguien?

Retiró sus manos de golpe y se levantó.

—Porque lo vi.

Sus palabras parecieron aspirar el oxígeno de la biblioteca.

—¿Lo viste?

La voz atronadora y oscura del así llamado Ejecutor hizo que se girase en su dirección. Era la mano derecha del príncipe, un hombre con un aura tan oscura como clara era la de Velkan, pero no había maldad en él, ni una sola brizna, solo determinación, una arraigada lealtad y la sabiduría de que era el único que podía cargar con el peso que cargaba.

Sacudió la cabeza y deslizó la mirada por la habitación hasta encontrarse con el tercer invitado no deseado de esa reunión. Él fue quien más le impactó, el dolor que habitaba en su interior era suficiente para matar un alma. Su espíritu se iba apagando poco a poco, era como si

la vida ya no le importarse, como si él mismo hubiese muerto mucho tiempo atrás y lo más preocupante de todo era que ese hombre era Mijaíl, el hermano de Radu.

Cerró los ojos y volvió a mirar a Arik.

—No de la manera en que ves con los ojos —explicó. Había sido un momento inesperado, una conexión que no se había seccionado por completo, pero estaba allí, agazapado en algún lugar y la tierra lo había descubierto.

—No sé quién es, no he visto su rostro, pero su mente es caos y horror, su sed de venganza es oscura e hiriente —se lamió los labios mientras se paseaba de un lado a otro incapaz de mantenerse quieta en un lugar—. Obsesión. Rabia. Dolor. Determinación. Anhelo. Lo que sea que desea lo desea con todas sus fuerzas y carece de alma.

Dejó que su mirada se encontrase de nuevo con la de Velkan.

—Y un hombre sin alma, es la más peligrosa de las criaturas.

El príncipe le sostuvo la mirada, pudo ver en sus ojos y en el color de su aura como sus palabras le afectaban, pero hizo un buen trabajo para no mostrarlo ante su gente.

—Desea algo… —se estremeció al recordar la sensación que la había recorrido, el miedo que sintió y la desesperación que la llenó y que al principio pensó se trataba de la de Anezka—, y no puedes dárselo… ninguno podéis dejar que lo obtenga… no… no podéis.

Empezó a temblar sin control, sintió un inexplicable frío envolviéndola, una neblina oscura cerniéndose sobre ella y las fuerzas empezaron a abandonarla mientras las voces irrumpían en su cabeza en un enorme griterío sin sentido.

«¡Judith!».

El grito en su mente la sacó de golpe de la oscuridad y las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas mientras su cuerpo colapsaba en los brazos de su compañero.

—Lo vi, Radu, vi su mente… —rompió a llorar—. Sabía lo que ocurriría, sabía lo que ese monstruo les haría… ¡y no le importó lo más mínimo! ¡Las envió como se envía un animal al matadero!

—Shh, ya, tranquila, estoy aquí. —La apretó contra él.

Se aferró a él con fuerza, necesitando su contacto, sabiendo que era el único que podía mantenerla estable en esa locura.

—Ellas… ellas no iban a ser otra cosa que una distracción… —concluyó levantando la mirada, buscando sus ojos y finalmente los del príncipe—. No las quería a ellas… no le servían para otra cosa que distraer tu atención de aquello que desea… La busca a ella para poder destruirte a ti.

Las facciones del joven lobo se endurecieron y sus ojos ardieron.

—Necesito encontrarla antes de que alguien más lo haga, Judith —pronunció su nombre con un tono de súplica—. ¿Podrías encontrarla? Si estuviese en la ciudad, ¿podrías dar con ella?

Más lágrimas se deslizaron por sus mejillas reuniéndose con las primeras.

—No lo sé… —negó con la cabeza. A estas alturas del partido ya no estaba segura de nada.

—Inténtalo a través de mí.

Los presentes se volvieron al unísono hacia la voz que apareció en el umbral de la biblioteca acompañado de Melinka.

—Te dije que deberías haberlo atado.

El comentario de Mijaíl iba dirigido a Velkan, pero este no parecía interesado en sus consejos.

—Era mejor mi primera propuesta —añadió Arik al mismo tiempo con un bufido.

«Ayúdale».

La voz de su abuela le acarició la mente, un susurro sutil, pero cargado de intención. Dejó el lado de Radu y caminó hacia el recién llegado. Su aura estaba fragmentada, no había un solo lugar que estuviese intacto y eso la mantenía fascinada. Ni siquiera sabía cómo se mantenía en pie con el dolor que sentía, pero el color verde esmeralda que la dominaba parecía hacerse incluso más brillante en esas grietas, era como si alguien o algo las estuviese uniendo.

Esperanza.

Siempre había asociado el color verde a la esperanza, a la tierra y a sus antepasados y, algo en este hombre le daba eso, esperanza.

Extendió la mano y la posó sobre el corazón, notando su latido y su propio lobo bajo la palma.

—¿Podrías encontrarla?

Las palabras hicieron que alzara la mirada para encontrarse con la de él y negó con la cabeza.

—Yo no, pero tú sí —aseguró sin dejar de mirarle a los ojos—. Puedes encontrarlas a ambas… solo necesitas escuchar el alma que ya compartes.

Él asintió y levantó la mirada hacia Velkan con gesto decidido.

—Haré lo que sea necesario —aceptó mirando al joven lobo—. Las traeré.

El príncipe asintió y la miró a ella.

—Estoy en deuda contigo Judith.

Sacudió la cabeza con energía y señaló lo obvio.

—Nada de deudas, por favor —pidió retirando la mano del lobo. Podía sentir a Radu en su interior, intranquilo, nervioso, tratando de dominarse. No le gustaba que tocase a otros lobos—. Solo rezad para que esto funcione y podamos dar con ellas.

Se volvió entonces hacia su compañero.

—Voy a necesitarte cerca de mí —susurró a Radu—. Más cerca que nunca. No creo que pueda hacerlo de otra manera.

—Me sentirás en cada respiración, pelirroja, en cada latido de corazón y en cada aliento que tomes —le prometió caminando hacia ella con la mano extendida.

—Extremo, pero me sirve —aceptó y se aferró a la mano que le tendió—. Hagámoslo antes de que pierda el valor.

—Eso nunca lo perderás, Judith, forma parte de ti al igual que yo.

Había llegado el momento de enfrentarse a la prueba de su vida, una en la que no podía fallar, no si quería evitar esa guerra de la que todos hablaban.

«Por favor, abuela y demás antepasados, ayudadme a reunir a mi nueva familia».

CAPÍTULO 27

Nahara empezaba a pensar seriamente en esposar a su compañera cada vez que decidiese echarse una siesta, eso evitaría que tuviese que envejecer diez años con cada salida intempestiva de la muchacha. Al menos esta vez le había dejado una nota aunque como siempre era parca en explicaciones.

Se puso la chaqueta, comprobó que su arma estaba cargada y la introdujo en la funda oculta bajo esta. Aquella era una costumbre adquirida y no iba a dejar de hacerlo hasta que supiese que sus días de guardián hubiesen llegado a su fin.

La recibió el ajetreo propio de aquellas horas matutinas, las calles empezaban a llenarse de transeúntes y de tráfico, la mayor parte turistas que venían a disfrutar de la emblemática ciudad. Se subió las solapas de la cazadora y se apretó la coleta, un estudiado e inocente movimiento que le permitía hacer un rápido barrido de los alrededores.

Se lamió los labios y dejó la calle del hotel para doblar a la derecha y bajar hacia la principal. El olor del café recién hecho le hizo la boca agua.

Había algo en esa ciudad que le gustaba, no sabía si era la vida que parecía respirar o las antiguas calles, pero disfrutaba del cambio tras tanto tiempo escondiéndose.

Se tomó unos segundos para empaparse de esas diferencias, de la vida que nunca había llegado a vivir realmente y volvió a su tarea. En las urbes era mucho más complicado seguir un rastro, pero habiendo pasado tanto tiempo con Denali seguirla era prácticamente un juego de niños.

—A veces me pregunto si no lo hará a propósito.

Sacudió la cabeza y estudió la zona buscando el lugar por el que seguramente habría tirado su compañera. No era aficionada al turismo, así que lo más seguro era que huyese de las zonas concurridas, por otro lado, el solo hecho de que hubiese decidido salir sola hablaba del nerviosismo interior que venía aquejándola últimamente.

«Más te vale que tengas una buena razón para haberte marchado sin más, señorita. ¿Tantas ganas tenías de conocer la ciudad?».

Envió la pregunta a través del vínculo privado que compartían, uno que había nacido de la camaradería, la lealtad y la necesidad de estar en contacto. La respuesta no se hizo esperar.

«Mis ganas se han esfumado de golpe». La escuchó con total nitidez, pero fue su tono y la irritación que había en su voz lo que la puso en guardia. *«Están aquí, Naha, están aquí y no se traen nada bueno entre manos»*.

Un breve escalofrío le recorrió entera haciendo que se le pusiese el vello de punta. Empezó a avanzar con mayor rapidez, agudizando la vista y sus otros sentidos mientras caminaba.

«¿Dónde estás?».

«No conozco el nombre de la calle, pero veo el castillo por encima de los edificios».

Se detuvo para orientarse, giró sobre sí misma y maldijo al darse cuenta de que estaba yendo en sentido contrario. Se apresuró a atravesar la calle y cruzar el paso de peatones antes de que el semáforo cambiase de color. Fue entonces cuando lo vio, un hombre vestido de manera informal y ropa oscura, con gafas de sol y el pelo lo suficiente corto para no tener ni que peinarse. Llevaba una pequeña bandolera de cuero cruzada sobre la cadera, podía pasar por un

turista cualquiera, pero su aroma lo delataba. No era humano, era un lobo y la manera en que lanzaba furtivas miradas hablaba por sí misma.

«Tengo uno justo delante de mí. Parece que están buscando algo… o a alguien».

«Él sabe que estamos aquí. He escuchado una parte de la conversación que mantenía uno de ellos por teléfono. Y, Nahara, no son los únicos que se han trasladado a la capital checa. Acabo de saber que va a celebrarse una recepción en algún momento de la próxima semana y que los jefes de las distintas regiones americanas y europeas ya están aquí. La ciudad ha sido literalmente tomada por los lobos o lo será en breve. Y el príncipe también está implicado».

Las palabras de la joven loba hicieron que se le acelerase el corazón y su sangre bombease incluso con mayor rapidez a través de sus venas.

«Llámame loca, pero creo que todos ellos saben que estamos en la ciudad o lo sospechan».

Y eso era sin duda lo último que necesitaban ahora. Sacudió la cabeza y mantuvo su atención dividida entre el hombre al que perseguía y su amiga.

«¿Te han visto?». Aquella era su mayor preocupación.

«No. He tenido mucho cuidado de que ni siquiera se percate de mi presencia, aunque parece tener prisa, está serpenteando entre las callejuelas… No sé… Um… esta debe ser otra zona turística, es una calle estrecha llena de esas pequeñas y coloridas casas adosadas al muro norte del castillo».

El callejón del Oro, una callejuela en la que se encontraban ahora las tiendas de suvenires más cercana del castillo de Praga.

«Denali, no sigas. Esa calle no tiene salida».

«En ese caso debe tener en mente reunirse con alguien en algún lugar y necesitamos saber dónde y con quién».

«Princesa…».

No obtuvo respuesta y eso solo hizo que su corazón latiese más deprisa.

—Maldita sea —masculló y apretó el paso cuando su objetivo se perdió por detrás de un grupo de turistas japoneses.

Siseó en voz baja, dobló el grupo de parlanchines visitantes y maldijo al ver que el lobo había desaparecido.

—Esto no me gusta. —Miró de un lado a otro y finalmente optó por una de las calles que dirigían al lado este del castillo.

«Nahara, no te acerques al castillo, es una trampa».

Las palabras de la chica la dejaron sin respiración y le congelaron la sangre.

«¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí ahora mismo!».

La ausencia de respuesta de su amiga la puso en un estado frenético. No le gustaba lo que estaba pasando, no le gustaba ni un pelo. Apretó los dientes y sorteó a algunos transeúntes arrancándoles improperios por la premura y brusquedad de su paso. No tenía tiempo para disculparse, necesitaba llegar a ella, tenía que ayudarla, su misión era protegerla, se lo había prometido…

Si le ponen una sola mano encima, los mataré, los mataré a todos.

Gruñó furiosa y casi derrapa al girar en una esquina solo para encontrarse de frente el castillo. Se obligó a aminorar el paso, a su loba se le erizo el pelo en abierta señal de peligro, pero había algo más, una seguridad que le hizo flaquear las piernas y golpeó su alma y su corazón con fuerza.

«Nahara».

La inesperada y deseada voz se filtró en su tumultuosa mente robándole el aliento durante unos preciosos segundos, desestabilizándola y haciendo que perdiese brevemente de vista su prioridad.

—No, ahora no puedo —siseó para sí misma, apretó los dientes hasta que notó la sangre en su propia boca e hizo lo único que podía hacer en tales circunstancias, correr.

«Rumati, si eres tú y puedes escucharme, ayúdame. No puedo fallarle ahora, no después de todo lo que me ha costado el traerla hasta aquí. Está atrapada, le han tendido una trampa en el callejón del oro».

Si la información de Dena era correcta y los lobos del príncipe estaban en la ciudad, no era casualidad, no podía serlo y ahora más que nunca necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir.

«Soy Nahara Daratraz, guardiana de la princesa Denali y necesitamos ayuda en el área del castillo de Praga».

Dejó la llamada en el aire y corrió a toda la velocidad que le daban sus dos piernas humanas. Tropezó un par de veces con los adoquines del suelo, sorteó una valla que estrechaba el callejón y atravesó el portal de reja que, junto con una pequeña garita blanca y rayas grises daban la bienvenida al callejón que en la antigüedad había sido ocupado por joyeros y alquimistas.

«Aguantad, prietenă, estamos cerca».

Su voz nunca fue tal bálsamo para su maltrecha alma como entonces, una caricia que penetró en su mente y la envolvió en calidez y fuerza.

Rumati. Su compañero. Estaba vivo e iba a por ellas.

Resuelta a cumplir su promesa, sobrepasó a algunos de los humanos que vagaban por el callejón mirando las tiendas y se dirigió hacia el final de la estrechísima callejuela.

CAPÍTULO 28

Después de todo seguir a ese maldito no había sido una buena idea, pensó Denali al ver cómo había sido atrapada al final del estrecho y colorido callejón. Tras ella, la pared verdosa de un pequeño negocio le cerraba el paso, en el umbral de la puerta estaba el hombre al que había seguido mirándola con una socarrona sonrisa mientras dos individuos más le cortaban el paso por dónde había entrado y otro la vigilaba desde las alturas, apostado sobre el tejado oculto por el desnivel de alturas de dos casas, con un rifle de asalto con silenciador encañonándola.

—Eres una perra escurridiza, de eso no cabe duda —comentó el tipo al que había estado persiguiendo—, pero no muy lista.

—¿Y quiénes lo dicen? —Le soltó mirándole a él y señalando a los demás con el dedo—. ¿Tres burros y una mula?

El insulto hizo reír al francotirador, pero ofendió a los tres que estaban a su misma altura.

—Disfruta ahora que puedes de esa lengua tuya, princesa, con un poco de suerte te la cortará —aseguró con un tono de voz que evidenciaba que le encantaría hacerlo a él.

—Para eso tendría que llegar a mí, pero es tan cobarde que ni siquiera se atreve a dar la cara y manda a sus chacales a hacer el trabajo sucio —declaró en voz baja y carente de simpatía alguna.

«Tienes una forma única de entretener a tu público, Denali».

Luchó por no poner los ojos en blanco ante el comentario de su amiga, la había olido incluso antes de escucharla y sabía que estaba cerca.

«Sí, bueno, te agradecería que me echases una manita. Tengo un pequeño problema de overbooking».

«Tres burros y una mula, creo haberte escuchado decir, ¿dónde está la mula?».

«Arriba, a mi izquierda. Tiene un rifle de asalto y me da que es de gatillo fácil». Levantó ligeramente la mirada y luego volvió a recorrer a los demás. *«¿Cómo lo hacemos?».*

«Cae de rodillas y empieza a lloriquear. Ya sabes, como una princesita desvalida en apuros y nosotros haremos el resto».

«¿Nosotros?».

No esperó a obtener respuesta, hizo exactamente lo que le había dicho y cayó de rodillas y empezó a gemir como si el mundo se hubiese acabado y no quedase más chocolate.

—Oh, por favor, no me matéis… ¡No me matéis! ¡Soy demasiado joven para morir! ¡Todavía no he dado la vuelta al mundo, ni he montado en globo, ni he probado los nuevos *Kisses* de *Hershey*!

—Mira que eres exagerada.

El sonido de su voz confundió a los presentes, quienes no dudaron en girarse, listos para atacar mientras el hombre al que ella misma había seguido emergía de la tienda y se abalanzaba sobre ella. Solo tuvo tiempo a ver el brillo de algo metalizado dirigiéndose hacia su cuerpo antes de que un borrón de pelo negro la sobrepasara y se lanzase con las fauces abiertas sobre el desgraciado.

Al momento supo que el tirador apuntaría al lobo, pero este no pudo hacer más que emitir un grito y dejar que el arma se disparase errando en el tiro cuando otro lobo apareció por encima de los tejados y se lanzó a su yugular.

—Oh Dios…

Los gritos empezaron a confundirse con los gruñidos de los animales y el murmullo de los turistas que asistían atónitos a lo que pensaban era algún tipo de representación teatral en vivo.

—¿Están rodando alguna película?

—Será uno de esos espectáculos improvisados que están de moda, como aquel de la orquesta que vimos por la red.

El arma del tirador cayó entonces al suelo con un estruendo que la hizo incluso más consciente de lo que estaba pasando, mientras otro de sus perseguidores cambiaba delante de todos a su forma lupina para atacar a su contrincante.

—No… —Tanta rabia y salvajismo la estremeció, se obligó a cerrar los ojos y respirar profundamente, pero el aroma a sangre empezaba a perfumar el aire.

—¡Nahara, sácala de aquí!

No tuvo tiempo de registrar de quién era la voz humana que oyó, ni quién la empujó a los brazos de su amiga, quién no dudó en tirar de ella hacia los atónitos espectadores que empezaron a aplaudir a su paso.

—¿Qué has hecho? —No pudo evitar que su voz se tiñese de reproche.

Los dedos de su compañera se cerraron con fuerza sobre su brazo y, por primera vez desde que la conocía, fue implacable en su respuesta.

—Llamar a la caballería —declaró con frialdad—. Se ha acabado, Denali, no más huir, no más estar a su merced. Es hora de volver a casa así que voy a llevarte con Velkan y me da igual que grites, patalees o decidas dejar de hablarme en lo que me queda de vida.

Parpadeó, no pudo hacer otra cosa.

—¿He sido clara, princesa?

Su voz también se endureció aunque sabía que no tenía motivos para hacerlo.

—Como el agua, Nahara, como el agua.

Antes de que pudiese añadir algo más, se soltó de su mano y se abrió paso entre los entusiastas humanos que aplaudían y no dejaban de preguntar cuando se estrenaría la obra. Volvió a hacer el mismo recorrido, pero a la inversa hasta que su amiga la detuvo atravesándose delante en actitud protectora. Solo entonces se dio cuenta de que había ido caminando con la mirada puesta en el suelo y no había reparado en la presencia de los dos enormes lobos en forma humana y en la mujer que les cortaban el paso a la entrada del callejón.

—¿Nahara Daratraz?

La aludida se tensó y adoptó una pose defensiva.

—¿Quién lo pregunta?

Uno de los hombres se llevó una mano al corazón e inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo.

—Radu Alexander, soy el alfa de Praga.

La tensión se suavizó un poco, pero no bajó la guardia mientras deslizaba la mirada sobre el otro hombre. Eran como el día y la noche, luces y sombras en medio del caos que habían dejado a la espalda.

—Ya puedes relajarte, pequeña Daratraz, la princesa está ahora a salvo.

Su mirada se encontró entonces con la suya y, durante un brevísimo instante, creyó haber visto esos ojos con anterioridad.

—¿Nos hemos visto antes, señor?

El hombre esbozó una irónica sonrisa y ladeó la cabeza.

—Mijaíl será suficiente, jovencita y, me sorprende que me recuerdes cuando no eras más

que un bebé.

Su mirada fue entonces hacia la menuda mujer, una curvilínea pelirroja con el rostro pálido y cálidos ojos azules. Había algo en ella que le procuró tranquilidad.

—Soy Judith, la compañera de Radu —se presentó con un acento propio del lugar—. Me alegra haber podido conducirlos a tiempo hasta vosotras.

Frunció el ceño ante el ambiguo comentario de la muchacha, pero lo dejó pasar. Su mirada fue entonces hacia su compañero, el lobo alfa parecía mucho más serio que su congénere, su rostro era más adusto aunque no por ello menos atractivo.

—Bienvenida a Praga, alteza.

Antes de que pudiese responder a su bienvenida, notó una nueva presencia a su espalda y, a juzgar por la forma en la que se movió su guardiana, no fue la única. Frente a ellas estaba el hombre que la había empujado, uno cuyos ojos estaban fijos en su amiga y no en ella.

—Lamento la tardanza, *prietenă,* pero eres difícil de localizar.

Nahara empezó a temblar y, por primera vez en los últimos años, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Rumati.

El hombre se limitó a asentir y abrir los brazos para ella, quién no se lo pensó dos veces antes de refugiarse en ellos mientras estallaba en llanto.

—Sabía que eras tú, sabía que antes o después vendrías a por mí. —La escuchó musitar y apartó la mirada ante la intimidad que solo les correspondía a los compañeros recién reunidos—. Oh, Dios, pensé… cuando encontré tu rastro y toda esa sangre… pensé… pensé que te había perdido.

—Eso nunca, *fata mea*[14], eso nunca.

Se arriesgó a echar un fugaz vistazo, sintiéndose inexplicablemente sola y despojada de todo y se encontró con la mirada de él y un «gracias» formándose en sus labios antes de pronunciar en voz alta.

—Me alivia sobremanera veros bien, alteza. —La reconoció como lo que era—. Bienvenida a casa.

Apretó los labios y apartó la mirada mientras luchaba con las lágrimas, sus ojos se encontraron entonces con la de los otros dos hombres que asintieron en acuerdo con el lobo.

—Llévalas con el Voda, Rumati, yo tengo que hacerme cargo de lo de ahí dentro —pidió Radu antes de volverse a su compañera—. Ve con ellos. Me reuniré contigo tan pronto termine aquí.

Judith asintió.

—Ten cuidado.

Mijaíl chasqueó la lengua y siguió al hombre por el rabillo del ojo.

—Me ocuparé de que no destripe a nuestros compatriotas, aunque, pensándolo bien, no me importaría verlo pelearse con Arik. —Sacudió la cabeza y miró al lobo que seguía abrazando a Nahara—. Has recorrido un largo camino, lobo, ya es hora de que descanses de tu deber.

Con eso, caminó hacia ella y se la quedó mirando a los ojos durante unos segundos.

—Velkan te espera, Denali, nunca ha dejado de hacerlo —le dijo en voz baja, casi únicamente para sus oídos—. Tenlo presente cuando te encuentres con él.

El hombre se dio la vuelta y se alejó en la misma dirección que el alfa de Praga y no vio como las lágrimas empezaban a caer de sus ojos.

—¿Princesa?

Levantó la mirada y se encontró con la compasión y la comprensión en los ojos de la

humana Judith, pero fue la expresión en los de Nahara la que hizo que se echase a llorar como una niña.

—Shh, ya está, Denali, ya está. —Escuchó el susurro de su amiga al oído y notó sus brazos envolviéndola—. Se ha acabado. Volvemos a casa.

CAPÍTULO 29

Si había alguien que conocía a la princesa como la palma de su mano era ella. Nahara sabía con aplastante seguridad que su amiga estaba al borde de un ataque de pánico. Su silencio no venía dado por la timidez, su nerviosismo mal disimulado no era expectación sino ansiedad y sabía perfectamente a qué se debía.

—Denali…

Su amiga traspasó las puertas de la habitación que le habían asignado sin decir una palabra, sin esperar o mirar hacia atrás. No quería estar allí, no quería que la molestasen, deseaba estar sola, pero no era soledad lo que necesitaba ahora.

—Dena…

La falta de respuesta por su parte hizo que se detuviese en el umbral de la puerta con gesto vacilante.

—Ve con ella. —La voz de Rumati se coló en sus oídos, apenas un susurro. No tenía que girarse para saber que estaba allí, a escasos pasos de ella—. Te necesita. Solo confía en ti y tiene motivos más que suficientes para hacerlo.

Ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada de su compañero. Sabía que estaba herido, había vuelto a oler la sangre, pero él no había dicho una sola palabra al respecto. Había sido un joven lobo de facciones árabes la que había confirmado sus sospechas al detenerle en la entrada y mencionar que sus heridas se habían abierto.

—Más de los que cualquiera pudiese pensar —musitó, hizo una mueca y lo miró—. ¿Vas a estar bien?

Le sonrió lentamente, con la calidez presente en sus ojos.

—Si he aguantado hasta ahora, no hay manera de que no lo haga unos minutos u horas más, especialmente sabiéndote bajo mi mismo techo.

Se sonrojó ante sus palabras, pero asintió.

—Te veré en unos momentos.

Inclinó la cabeza a modo de aceptación y señaló el largo pasillo con un gesto.

—Estoy al final de ese largo e interminable pasillo —le informó y miró a Malik—. Te sigo, sanador.

El joven lobo se limitó a enarcar una ceja y echar a andar siempre vigilante de su paciente.

Solo cuando los perdió de vista al final del corredor, se dio la vuelta y entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—Estás teniendo una actitud de lo más infantil. —Fue directa al grano—. Se han jugado el cuello por nosotras, por ti, lo mínimo que podrías hacer es…

—Marcharme de aquí, alejarme lo más posible para que ese malnacido no me encuentre y no les haga daño a ninguno.

La respuesta fue pronunciada con tan desasosiego y ansiedad que no pudo mantener el tono duro y de reprimenda. Denali estaba angustiada, lo transmitía su voz y su lenguaje corporal, ella no veía lo que significaba esa casa, no podía quitarse de encima esa eterna sensación que había tenido ella misma en más de una ocasión.

Habían estado huyendo demasiado tiempo, siempre alerta, durmiendo a breves intervalos y sobresaltándose con el menor ruido. Era como participar en el juego del gato y el ratón siendo

siempre las presas.

—No puedo evitar pensar que esto es lo que él quiere —continuó sin dejar de pasearse de un lado a otro—, que es lo que siempre ha buscado. Me ha mantenido lejos de mi hogar, de mi gente... intentó ponerme en contra de mi propio compañero, me empujó a culparle, a sentir que cada una de sus palabras eran verdad y a odiarme todavía más a mí misma al descubrir que no era así, que nunca fue así. —Levantó la mirada y vio en sus ojos el dolor que habitaba en ellos—. Él me destruyó desde la cuna, Nahara, volvió a hacerlo cuando nos arrebató nuestro hogar, ¿quién puede asegurarme que no vendrá otra vez y se llevará lo único que me queda?

—Respira, vamos, respira. —Caminó hacia ella y la sujetó por los hombros—. Nadie va a quitarte a tu compañero, nadie se acercará a él ni a ti, ninguno de los hombres que has conocido hoy dejaría que os ocurriese algo a alguno de los dos. Por no mencionar, hermanita, que para llegar a ti primero tienen que vérselas conmigo.

—Y eso es algo que también me preocupa, no quiero que te hagan daño, especialmente no ahora que le has recuperado —aseguró con voz más calmada—. Pero no puedo evitar tener esta sensación de desasosiego. Sé que está planeando algo, se lo oí decir a ese lobo y el no saber que se trae entre manos me pone enferma. Ya ha matado antes, Naha, no quiero tener que ver como más gente inocente muere por mí.

—Descubriremos que es y le detendremos antes de que pueda hacer algo —le aseguró con toda la firmeza de la que era capaz—. Habla con Velkan sobre esto, cuéntaselo todo y deja que el príncipe te ayude.

La mención de su compañero la llevó a dar un paso atrás, luego otro, soltándose de sus manos y empezando a pasearse de nuevo.

—No puedo verle, Nahara, todavía no. —Negó con la cabeza haciendo volar su trenza de un lado a otro—. No… no lo he visto desde que era una niña, apenas tengo un vago recuerdo del chico que era y han pasado más de diecisiete años… ¿Y si no soy lo que espera? ¿Y si lo defraudo? Acabo de traer un maldito conflicto a sus puertas…

—Para, Denali, para. —La detuvo en el acto—. Respira profundamente.

—No puedo.

—Claro que puedes, solo coge aire y luego suéltalo. —Le frotó los brazos—. Respira lentamente, no causarás precisamente buena impresión si te caes redonda al suelo.

—No sé, podría ser una excusa endiabladamente buena para retrasar este… encuentro —replicó con un mohín, entonces sacudió la cabeza. Empezaba a recuperar ya el dominio sobre sí misma—. Y aquí estoy yo, quejándome de mi suerte cuando es lo último que necesitas ahora mismo. Ve con tu compañero, has estado esperando demasiado tiempo y no voy a robarte un solo minuto más.

Sonrió ante sus palabras y pegó su frente a la de ella.

—Rumati no se irá a ningún lado y tú me necesitas ahora. —La abrazó, manteniéndolas a ambas juntas—. Lo que dije antes lo dije en serio, princesa, ya estamos en casa.

E iba a hacer hasta lo imposible porque sus palabras se hiciesen realidad, su pequeña loba merecía tener por fin un lugar dónde quedarse, dónde poder refugiarse y dejar de huir.

CAPÍTULO 30

Denali era incapaz de permanecer sentada y había perdido la cuenta de las veces que había recorrido aquella habitación de un lado a otro. Los amplios ventanales que dejaban entrar la luz hacían que tuviese unas irrefrenables ganas de abrirlos y salir por ellos, el problema era que no estaba segura de sobrevivir a la caída.

Estaba en tal estado de alteración que incluso su loba se paseaba de un lado a otro en su interior, aunque en su caso era de impaciencia. Nada más traspasar las puertas de aquella casa reconoció su aroma y este se hizo incluso más palpable en esta habitación, como si fuese un lugar en el que había pasado algo de tiempo.

Se apretó las manos y las retorció como llevaba haciéndolo los últimos minutos. Diez, para ser exactos, no demasiado tiempo como para volverse una loba psicótica, pero los suficientes como para tener ganas de echarse a llorar una vez más o asomarse a la ventana y cometer la estupidez de intentar bajar por el balcón.

Todo en ella gritaba ante la necesidad de escapar, de huir de aquel encuentro con el que había fantaseado en la soledad de su cama y el cual ahora veía como una ineludible realidad y, al mismo tiempo deseaba salir por esa puerta y buscarle, decirle que le había añorado aún sin conocerle y que siempre había conservado la esperanza de reunirse con él.

Sí, se estaba convirtiendo en una auténtica perra bipolar.

—Ni siquiera sé que decirle —se encontró hablando sola—. No le he visto en…

—Diecisiete años y todo encuentro empieza sin duda con un hola.

Las palabras la golpearon al mismo tiempo que su presencia, su loba levantó de inmediato las orejas y empezó a mover la cola ansiosa, reconociéndole como lo que era, el hombre para el que había nacido. Se giró como un resorte y, por primera vez en mucho tiempo, se quedó sin habla.

El hombre que la miraba desde el vano de la puerta nada tenía que ver con el chiquillo que recordaba, aquel que le había regalado una marioneta a una niñita de cuatro años. Sus ojos dorados estaban fijos en ella, había calidez en su mirada y también un profundo anhelo que la estremeció hasta la misma alma. Con el pelo negro ligeramente ondulado sobre los ojos dorados y las orejas, facciones juveniles y amables y un desenfadado atuendo compuesto de vaqueros, camiseta y americana, el príncipe de su raza imponía tanto como si llevase puesto un traje de batalla.

—Ho… hola… —Consiguió decir por fin y no pudo evitar sonrojarse ante la forma en que le tembló la voz—. Alteza.

Esos sexys labios se curvaron entonces en una perezosa sonrisa que le daba un aire de pilluelo y le devolvió la exploración que ella había hecho de él.

—Hola Denali. —Pronunció su nombre con ese acento rumano que hizo que se le pusiesen todos los pelos de punta y las piernas se le convirtiesen en gelatina. Sus ojos volvieron a posarse en los suyos cuando terminó con su escrutinio—. No hace falta lo de alteza, a menos que quieras que te trate de igual modo, princesa.

Se sonrojó incluso más, algo que no le ocurría nunca. Se sentía torpe e incómoda en esos momentos, muy fuera de su elemento.

—No… no, yo… lo siento, es solo que… esto es…

Las palabras volvieron a atascarse en su garganta cuando vio que se movía hacia ella y se detenía a escasos pasos, respetando su espacio personal.

—Algo inesperado.

Asintió con la cabeza.

—¿Extraño?

Ladeó levemente la cabeza antes de asentir de nuevo.

—Sí.

Extendió la mano y no pudo evitar dar un paso atrás. Eso hizo que volviese a bajarla y ella se sintiese como una completa idiota.

—Lo siento. —Se disculpó de inmediato—. Me está costando… un poco… darme cuenta que estás aquí.

Lo vio llevarse las manos a los bolsillos haciendo que sus hombros se arqueasen ligeramente.

—No te disculpes —respondió él y negó con la cabeza—. Ha sido un descuido por mi parte. Es solo que… apenas sí puedo creer que estés aquí, delante de mí y seas… real.

Sus palabras se acercaban mucho a sus propias emociones.

—Prometo comportarme —concluyó con ese interesante y sexy tono—. Mantendré las manos en los bolsillos.

No pudo evitar sonreír ante la manera en que lo dijo y la mirada pícara que le dedicó. Su actitud despreocupada contribuyó a calmarla y hacerla sentirse menos torpe.

—Eso estaría bien para empezar —aceptó y miró de nuevo a su alrededor—, y no eres el único que tiene una extraña sensación de irrealidad en estos momentos.

—Es perfectamente comprensible —aceptó al tiempo que sacaba las manos de los bolsillo y la invitaba a acompañarle a la zona de estar de la habitación—, dadas las circunstancias que nos han traído hasta este momento.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Estás siendo condescendiente conmigo?

Su respuesta fue arrugar la nariz, un gesto que en él quedaba muy mono.

—No, no lo creo —negó y prosiguió—. Pero no he pasado por alto el hecho de que tanto Nahara como tú habéis sido perseguidas, asediadas y recientemente os han disparado… según he sido informado.

Um, ¿estaban pisando terreno peligroso? No conocía al hombre que tenía ante ella, no sabía cómo solía reaccionar, si era violento o por el contrario sosegado.

—Es algo que no hemos podido evitar y eso que hemos puesto todo de nuestra parte para que así fuese —replicó en cambio—. No soy una niña indefensa o una damisela en apuros, si eso es lo que te preocupa, Voda, sé cuidarme y muy bien yo sola.

Sus labios volvieron a curvarse ligeramente, parecía genuinamente divertido.

—Puedo haberme hecho alguna que otra imagen de ti a lo largo de estos años, *prietenă*, pero créeme, palidecen ante la realidad que tengo delante.

Prietenă. *Compañera* en rumano. La estaba reconociendo como suya en su idioma natal.

—¿Y esa realidad te molesta?

Negó con la cabeza.

—En absoluto, Denali, la encuentro… interesante.

Extendió la mano a modo de invitación hacia uno de los asientos.

—¿Te sentarías conmigo unos minutos más? Presumo que estás deseando salir corriendo por esa puerta —dijo con gesto desenfadado, pero más bien parecía estar burlándose de ella—, y

asegurarte que tu guardiana está bien.

—Es mi hermana. —Lo corrigió, dejando claro lo que Nahara era para ella—. Puede que no lleve mi misma sangre, pero ha hecho por mí lo que nadie hizo.

Sus ojos se encontraron ante lo que sabía había sido un golpe bajo, un reproche hacia él.

—Y nadie le está más agradecido de ello que yo —aseguró con suavidad, como si estuviese midiendo sus palabras—. Te ha devuelto a mí cuando pensé que ya nada lo haría.

Bajó la mirada durante unos instantes, entonces volvió a encontrarse con él.

—No soy la princesa que esperabas, Velkan, lo sé.

Si le sorprendió su respuesta no dio muestras de ello, al contrario, no dudó en darle réplica.

—No, Denali, eres la loba por la que he estado esperando toda mi vida —aseguró con voz firme, sincera—, y seguiré esperando lo que haga falta ahora que sé que estás con vida y a salvo.

Sacudió la cabeza.

—Puedo estar todavía viva, pero ¿a salvo? —Negó con la cabeza—. No, mi príncipe. No lo estoy. Y eso te pone a ti también en peligro.

—Deja que yo me preocupe por ambos, princesa, es mi trabajo y mi privilegio. —La sorprendió con un tono que evidenciaba que su lobo estaba cerca de la superficie—. Y el tuyo, por ahora, es descansar y dejar que te conozca.

Su petición la tomó por sorpresa.

—¿Quieres conocerme?

Ladeó la cabeza.

—¿Tú no?

Sí, curiosamente sí quería conocerle y el que le estuviese dando esa oportunidad decía mucho del hombre que tenía ante ella.

—Supongo que… sí —aceptó sin tenderle todavía esa mano. Se sentó en uno de los sillones y lo miró—. Después de todo, no es como si pudiésemos renunciar a lo que somos, ¿no?

Él se sentó frente a ella, a pesar de que había espacio de sobra en su sofá.

—Oh, no tengo la más mínima intención de renunciar a lo que es mío, *prietenă* —aseguró mirándola a los ojos—, especialmente ahora que voy descubriendo qué es lo que me ha enviado el destino.

Optó por no responder a esa abierta insinuación, cosa que no pareció importarle demasiado, ya que retomó la conversación con facilidad.

—Bueno, qué te parece si para ir conociéndonos un poco, me dices por qué estabas intentando bajar por el balcón cuando nadie ha cerrado tu puerta.

Parpadeó sorprendida por esa apreciación, entonces entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante.

—Me viste.

Velkan sonrió ligeramente, se cruzó de brazos y se puso cómodo.

—Y qué vistas, *prietenă*, qué vistas.

Su insinuación la llevó a sonrojarse y desear lanzarle algo a la cabeza. Si este era el hombre que el destino había decidido que fuese su compañero iba a tener serios problemas para controlarse con él.

CAPÍTULO 31

Había momentos como aquel en que las heridas dejaban de tener importancia, en que el haber estado al borde de la muerte no era más que un momento pasajero… todo quedaba atrás y en el olvido cuando la tenía a su lado, viva y la escuchaba respirar.

Rumati le apartó el pelo de la cara para ver su rostro apacible durante el sueño, una imagen que si bien había formulado infinidad de veces en su mente no tenía comparación con la realidad. Ahora que se sentía a salvo el cansancio acumulado en las últimas jornadas la había vencido, su necesidad de contacto era tan apabullante que se había negado a perderle de vista más tiempo que el necesario para asegurarse de que su protegida estuviese bien. Y esa necesidad no hacía otra cosa que alimentar la suya propia despertando en él un deseo que a duras penas podía apaciguar.

Se dedicó a contemplarla sin reservas, aprovechó su inconsciencia para poder verla como era ahora, una mujer, una loba adulta perfecta en todos los sentidos. Su pelo seguía poseyendo esas vetas rubias en medio del color castaño, sus ojos verdes conservaban la misma intensidad, era su rostro el que se había llenado, sus curvas las que se habían acentuado, incluso juraría que había crecido un par de centímetros al recordar cómo se había amoldado ese cuerpo al suyo cuando la abrazó después de tanto tiempo. Poco quedaba de la adolescente que recordaba, la muñequita que lo había vuelto loco de mil maneras, de la pícara inocente que lo había encandilado.

—Una transición que debería haber vivido contigo y sin embargo…

Intentó no pensar en ello, en todos los años que habían permanecido alejados, en los momentos en los que pensó que la había perdido para siempre cuando la verdad era que había sobrevivido a la prueba más dura de todas: mantener la promesa que le había hecho esa noche y proteger a aquella que debería haber protegido él.

Nadie estaba más orgulloso de la mujer en la que se había convertido que él, de la guerrera que había enfrentado el mismísimo infierno para sacar adelante la preciada compañera del príncipe y que había luchado por volver a su lado.

—Nahara.

Le acarició el pelo una vez más, disfrutando de su suavidad, impregnándose de su aroma, conociéndola otra vez. Ella se había presentado en su habitación cuando Malik terminaba de cambiarle los apósitos de las heridas que se habían abierto de nuevo, había llamado a la puerta como si esa fuese su casa y le había pedido con inusual timidez permiso para quedarse con él unos momentos.

«No es necesario que finjas delante de mí». Le había dicho ella sentándose en la cama mientras le daba la espalda y se abrochaba de nuevo la camisa. *«Aunque lejano, siento tu dolor y he visto con mis propios ojos las huellas de la pelea. No hay necesidad, no tienes que seguir protegiéndome como lo hacías cuando era una mocosa»*.

«Supongo que deberemos acostumbrarnos al paso del tiempo, a que no somos las mismas personas que éramos y a conocernos por lo que somos ahora».

Ella había asentido y, tras un momento de vacilación, había levantado esos bonitos y limpios ojos verdes para hablarle de algo que todavía le hacía apretar los dientes.

«Deja que me acostumbre primero al hecho de que estás vivo, algo de lo que me privaron

desde el primer momento».

Las palabras de Nahara habían sido una puerta a todo lo que vendría después. Un poco incómodos al principio y con mayor confianza a medida que pasaban las horas, fueron desgranando sus respectivos pasados. Por su boca conoció la fortuna que sufrieron dos niñas después del derrumbe del túnel, cómo logró salir de allí arrastrándose y tirando de una infante como era entonces Denali, cómo habían escapado junto a otro puñado de chiquillos solo para separarse de ellos ante la promesa de un *«te encontraré».*

La culpabilidad y los remordimientos serían algo que no lo abandonarían en mucho tiempo, quizá nunca se desprendiese de ellos, pero haría hasta lo imposible para compensarle a esa dulce criatura por todo lo que había tenido que pasar.

«Cuando él nos encontró llevábamos dos días andando, escondiéndonos cada vez que pasaba alguien. De hecho, solo dio con nosotras porque yo ya no podía caminar más y Dena tenía hambre». Le había contado con voz tensa, dura, matizada por las emociones que habían generado todo lo sucedido después. *«Olía a lobo, o eso fue lo que llevó a mi loba a reconocerlo, pensé que no habría nada malo en pedirle un poco de agua o leche para la niña. Le pregunté por la aldea, necesitaba saber si había supervivientes, si tú estabas con vida y su respuesta fue tan categórica que, aunque me negué con todas mis fuerzas a creerlo, acabé por aceptarlo. Cuando te repiten una y otra vez que no te queda nadie, que tienes suerte de estar con vida y te ofrecen un techo y cuidados, ¿cómo no aceptarlos y agradecer que te den cobijo? Pero incluso las mejores mentiras salen algún día a la luz y las suyas surgieron hace cuatro años destruyendo todo a nuestro paso».*

Cuatro años, habían estado huyendo, viajando de país en país, subsistiendo con lo poco que tenían, trabajando cuando se les agotaban los recursos, siempre huyendo…

«Huir, esa era siempre la clave, la consigna por la que nos regíamos». Su voz había cambiado al llegar a ese punto del relato. *«Mantenernos ocultas, buscar el anonimato y huir de las grandes urbes… Jamás habríamos venido a Praga si no fuese por… ti. Yo, de alguna manera creo que sentí que eras tú quién me metía la idea en la cabeza».*

Había asentido en confirmación de sus sospechas.

«Lo intenté. Cuando les oí hablar a esos desgraciados de las dos mujeres que estaban siguiendo, supe que teníais que ser vosotras y que estabas cerca. Intenté que me escuchases, sí tú habías conseguido comunicarte conmigo como esa fatídica noche… tenía que intentarlo, tenía que hacerte saber que iba a por ti».

No, su compañera no había tenido una vida fácil, había aprendido a sobrevivir por necesidad, había aprendido a disparar un arma para poder protegerse y proteger a su amiga, de alguna forma, le había sido robada su juventud para fortalecerla ante lo que estaba por venir.

—Um… —Se revolvió de nuevo, desperezándose, musitando alguna cosa antes de escuchar claramente su nombre—. ¿Rumati?

Incluso somnoliento su nombre sonaba erótico en esos rosados labios que lo incitaban con demasiada facilidad.

—Estoy aquí. —Se inclinó sobre ella, acariciándole la mejilla con los dedos.

Parpadeó hasta que consiguió enfocar y se quedó mirándole durante unos segundos, reconociéndose mutuamente.

—Temía que hubieses sido…

Le tapó los labios con un dedo y negó.

—Estoy aquí, Nahara, estoy aquí y no voy a perderte de nuevo de vista.

Una suave sonrisa curvó su boca.

—¿Puedo hacer yo lo mismo?

Correspondió a su gesto con uno propio y tono confidencial.

—Te ruego que lo hagas, compañera, no hace falta que me pidas permiso.

Ladeó la cabeza y ese bonito cuello lo llevó a tener pensamientos de lo más entretenidos, pensamientos que tuvo que obligarse a hacer a un lado.

—¿Nunca?

—En lo que nos atañe a los dos, no.

—Bien.

Para su sorpresa se incorporó y capturó sus labios en un beso tierno que le llegó al alma. Así era ella, bajo esa coraza de mujer independiente y guerrera seguía existiendo la suavidad y dulzura de una chiquilla, un tierno y dulce regalo.

—Ya veo que lo has entendido —comentó lamiéndose los labios, rememorando su tacto. Le acarició la mejilla y buscó de nuevo su mirada aunque le costaba no fijarse en esa deliciosa boca—. Pero solo para asegurarnos…

La besó con lentitud, probando sus labios antes de envolverla en su abrazo y trasladarla del colchón a su regazo, solo entonces se permitió besarla cómo debía, como el compañero que era. Probó su boca, la persuadió de abrir los labios e incursionó en su interior degustando el sabor en su lengua y la blandura de su cuerpo contra el suyo. No reculó, no le empujó, por el contrario, le devolvió el beso con el mismo ardor que ya le quemaba las venas, pero no se aprovecharía así de ella, no era el momento, cuando la reclamase por completo como su compañera, lo haría de modo que nunca pudiese olvidarlo. Se lo debía, le debía toda una vida a esa mujer.

—Eres mi vida, Nahara, ahora y siempre.

Apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos degustando el momento de camaradería y unión que le había sido arrebatado a ambos durante tanto tiempo.

—Y tú la mía, Rumati, tú siempre has sido la mía.

El silencio se instaló entre ellos, cómodo, cálido, un momento íntimo solo para los dos, una forma más de permitir a dos compañeros largo tiempo separados volver a encontrarse.

CAPÍTULO 32

La noche había caído una vez más sobre la ciudad de Praga, Judith podía ver las luces que se encendían a lo largo de la ciudad desde la ventana y no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido en las últimas horas.

Estaba agotada, física y anímicamente, su alma gritaba continuamente y solo encontraba solaz en la silenciosa presencia que permanecía inalterable junto a ella.

—¿Cómo logras mantenerte cuerdo en medio de toda esta vorágine? ¿Cómo logra alguien no caer en la desesperación?

Sacudió la cabeza sin esperar respuesta. Radu estaba justo a su lado, apoyado en el alfeizar de la ventana, mirándola y contemplando también la ciudad a sus pies.

—Tantos años, tanto dolor, tanta pena... Han pasado por un infierno, de un modo u otro, los cuatro han paseado por la vida dejándose en el camino parte de sus almas —murmuró y sacudió la cabeza lamentándose por ello—. Tanto tiempo separados cuando deberían estar juntos... y todo por la inusitada rabia de alguien que habita en las sombras y envía a otros a hacer el trabajo sucio.

Se estremeció, paseó la mirada por la nocturna ciudad y sacudió la cabeza.

—Él está ahí fuera, Radu —aseguró, con cada segundo que pasaba estaba más segura de ello, la tierra gritaba por la maldad que paseaba sobre ella—, y sea lo que sea que se trae entre manos no es nada bueno.

—Le encontraremos, *pelirroja*, le encontraremos y haremos hasta lo imposible por detenerle.

Se giró hacia él y suspiró.

—Hasta hace unos días, todo en lo que podía pensar era en hacer mi trabajo y no parecer un bicho extraño para los demás...

Extendió la mano y le rozó la mejilla con los nudillos.

—Tú no eres ningún bicho extraño.

Enarcó una ceja.

—No soy precisamente normal.

—Eres lo que eres, Judith, no hay nada malo en ti, te lo dice alguien que tiene una mascota peluda propia.

Sacudió la cabeza y se lo quedó mirando, preguntándose tantas y tantas cosas.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Seguir adelante a pesar de todo lo que te ha hecho la vida. —Que siguiese en pie a pesar de todo lo que había pasado era admirable—. Después de todo lo que te ha quitado...

—Porque antes o después el tren tiene que detenerse y, si tienes suerte, como ha sido mi caso, la vida te tiene preparada una segunda oportunidad.

Se acercó a ella y le acunó el rostro entre las manos.

—Si me hubiese rendido, si hubiese bajado los brazos, no te habría conocido y tú seguirías estando sola —aseguró mirándola a los ojos—. Y esa idea es incluso más dolorosa que cualquier batalla en la que tenga que intervenir. Soy un lobo, un alfa, el único responsable de las regiones checas y austríacas, soy súbdito de mi príncipe y siempre honrare su nombre... —Le acarició las

mejillas con los callosos pulgares—. Pero también soy tu compañero, un lobo que tiene una segunda oportunidad junto a una magnífica mujer y no pienso desperdiciarla. Mi deber es también para contigo, eres mi primera prioridad, Judith y lo serás siempre.

Lo miró sin saber qué decir, sin saber cómo reaccionar a esa declaración y deseando al mismo tiempo poder hacerlo.

—Pareces tan seguro de todo y yo... —negó con la cabeza—. Hay cosas que nunca he sabido decir o expresar, Radu.

—¿Cómo cuáles?

Se libró lentamente de sus manos y lo miró a los ojos.

—Te quiero —respondió con tristeza—. Sé lo que somos juntos, sé que formas parte de mí, que mi alma siempre te ha estado esperando, pero ¿es eso amor?

—Yo a eso le llamo destino.

—Entonces, ¿qué sería el amor?

—Algo que tendremos que descubrir juntos.

—¿Podremos hacerlo?

—Como bien has dicho, somos uno, tú me complementas como yo te complemento a ti. —Le acunó de nuevo la mejilla y no pudo evitar girar el rostro contra su palma para recibir su calor—. ¿Siento cariño por ti? Sí, por supuesto. ¿Te deseo? Creo que no he dejado duda alguna de ello, ¿te amo? Siendo sincero conmigo mismo, es posible que todavía no, no de la manera en que un lobo ama a su compañera. Pero hay algo que sí sé, Judith, y es que cada día que despierto a tu lado doy gracias por tenerte, cada sonrisa que curva tus labios, me hace querer sonreír, cada vez que te siento en mi mente, calmas mi espíritu. No esperaba volver a tener una compañera, no me creía merecedor de tal regalo, pero ahora que te tengo sé que nunca podría dejarte ir.

Se lamió los labios y preguntó con timidez.

—¿Estás seguro de que eso no es amor?

Sonrió con esa tranquilidad suya que la calmaba y encendía al mismo tiempo.

—Si es lo que necesitas, puede serlo.

Lo que ella necesitaba…

—Lo necesito, por encima de todo y de todos, es a ti.

—A mí ya me tienes, pelirroja, me tendrás hasta mi último aliento —aseguró sin dejar de mirarla.

—Creo que puedo conformarme con eso —murmuró agradecida por haberle encontrado.

Dejó que su mano resbalase hasta su barbilla y, tras alzársela, la besó en los labios.

No, podía ser que ninguno de los dos supiese sobre el amor, pero sin duda lo descubrirían juntos.

—¿Puedo pedirte algo más, compañero?

—Lo que desees, pelirroja.

—Echa el cerrojo a la puerta. —Echó un vistazo en esa dirección—. Aunque solo sea durante unas horas, deseo encontrar la calma que solo hayo en tus brazos.

Sonrió de esa manera preciosa que hacía que se le acelerara el corazón y cumplió con su petición.

—Puerta cerrada —anunció, la rodeó por la cintura y la apretó contra su cuerpo—. Ahora, veamos si puedo contribuir a que encuentres una vez más esa… calma.

Lo haría, no le cabía la menor duda, ese lobo era uno que siempre cumplía sus promesas.

EPÍLOGO

Todo duelo lleva consigo un proceso, un periodo de adaptación, a unos puede llevarles meses a otros años, pero al final la meta era la misma, arrancar el dolor enraizado en el alma y que ennegrecía el corazón. Los había que acudían a terapia, que se dedicaban a rezar, el prefería con mucho la venganza.

La paciencia era así mismo una virtud, no precipitarse, dar pasos medidos, controlar cada segundo, cada movimiento en ese estudiado tablero de ajedrez y mover las piezas con suma inteligencia. Qué importancia tenía perder algunos peones cuando podías dar jaque al Rey, cuando habías tenido en tu poder a la reina tanto tiempo que ya era más tuya que de él.

Sí, el momento de hacer el movimiento final se acercaba, pero no había necesidad de precipitarse, los conejos podían haber conseguido escapar de nuevo del incendio de su madriguera, pero no podrían huir eternamente.

—Déjalos que corran, que golpeen la tierra con sus patas y se crean a salvo entre los matorrales mientras los acechan los lobos.

Eso los mantendría alerta, en continuo movimiento, conducidos hacia donde él quería, hacia la muerte.

Dejó que sus labios se curvaran en una satisfecha sonrisa, a través del cristal de la ventana que devolvía su reflejo veía la ciudad a sus pies, aquel era el lugar elegido para el movimiento final.

Volvió a mirar la mesa sobre la que estaban las herramientas para su plan, todo perfectamente estudiado y listo para ser ejecutado.

El mal del género humano era la confianza. Siempre confiados, bajaban la guardia en cuanto obtenían lo que querían y se olvidaban de que el diablo podía seguir acechando en cualquier esquina. Con algunos lobos pasaba igual, era una debilidad inherente a su raza, una que pensaba erradicar muy pronto como un cáncer de raíz. Y empezaría con él, el único culpable de toda una vida de tortura y desesperación.

—La venganza es un plato que se sirve frío.

Y él la serviría a temperaturas bajo cero.

LONELY WOLF -LIBRO 6-

Que la plantasen en el altar era algo que **Merryna Chimpandale** no había previsto. Lo que prometía ser el día más hermoso de su vida desembocó en un verdadero infierno, uno del que quizás no saliese con vida.
Salir a cazar y terminar con una mujer moribunda en brazos no era la forma en la que **Mijaíl Čech Alezandru** pensaba concluir una cacería. Llevaba un mes en Praga colaborando con otros alfas intentando dar con el hombre que había sembrado el caos entre los suyos sin haber tenido éxito.
Ahora, el destino parecía dispuesto a concederle una segunda oportunidad. Todo lo que tenía que hacer era convencerse a sí mismo y a su nueva compañera, de que juntos podrían superar cualquier cosa, incluso el más doloroso y oscuro pasado.
En una ciudad convulsa, dónde incluso aquellos en quienes confías pueden resultar ser el enemigo, el **Príncipe Velkan** y los **Alfas** de varios territorios tendrán que unir fuerzas. Ya no se trata sólo de proteger a su princesa y convencerla de que su lugar está a su lado, sino de cazar al monstruo que amenaza sus vidas, su posición y la supervivencia de su raza.

Únete a los lobos en el desenlace más trepidante de la serie American Wolf.

PRÓLOGO

Había pocas cosas en la vida que Merry Chippendale encontrase imperdonables. Al fin y al cabo, todo se trataba de una cuestión de puntos de vista, de escuchar a las dos partes implicadas y sacar conclusiones propias, decidiendo si merecía una sentencia de culpabilidad o inocencia.

Pero hoy ya no estaba tan segura de que ese método pudiese aplicarse a este caso en concreto, no cuando el suelo a sus pies estaba lleno de los pétalos despojados de su ramo de novia, cuándo el corpiño del vestido blanco que había elegido con exquisito cuidado parecía oprimirle las costillas y la pequeña iglesia decorada para el evento se había vaciado ya de invitados.

Hoy no habría boda.

Hoy no se casaría.

Hoy su prometido le había enviado a su padrino para decirle que no podía casarse con ella porque había encontrado a su propia compañera.

Hoy debería tener el corazón roto, sentir como las lágrimas brotaban de sus ojos y empapaban sus mejillas, como se le encogía el estómago por la congoja, pero todo lo que sentía era alivio y unas enormes ganas de tomarse un par de cervezas frías.

Tiró el resto del ramo al suelo, cruzó una última mirada con el pastor y abandonó la Iglesia de San Enrique con el velo en la mano barriendo el suelo tras ella.

No, no iba a llorar, no iba a montar un escándalo, había mejores formas de arreglar las cosas e iba a hacerlo a primera hora del lunes.

Cruzó el umbral de la capilla y se sorprendió de que la radiante luz del sol se hubiese oscurecido ya para dar paso a la noche. Había perdido la noción del tiempo, cuando había llegado, la tarde había sido brillante, soleada, perfecta para una boda.

—Maldita sea.

Hizo un guiñapo con el velo y lo tiró en una papelera cercana. Estaba harta de representar un papel, de fingir ante todo el mundo, de las críticas de su madre y la mirada de superioridad de su padre. Según ellos, aquello había sido culpa suya.

Le dio la espalda a la iglesia, le echó un vistazo de refilón a la Torre *Jindrisska* situada al otro lado de la calle y se perdió entre las viejas calles de la ciudad nueva. Por suerte, a esas horas los turistas ya se habían retirado a sus hoteles y la calle estaba prácticamente desierta; no tendría que enfrentarse a las curiosas y sorpresivas miradas de la gente.

Suspiró y continuó andando, podría haber pedido un taxi, pero necesitaba moverse, hacer cualquier cosa que no fuese quedarse sentada preguntándose por qué había pasado aquello.

—Porque eres estúpida, Merryna, ¿por qué sino?

Resopló y levantó la cabeza cuando una de las viejas farolas empezó a titilar hasta finalmente apagarse. Incluso el alumbrado parecía estar en su contra.

—Bien, estupendo, eso, tú apágate —rezongó—. Qué más da. Ya nada puede empeorar.

Como si estuviesen esperando a que dijese esas palabras para demostrarle lo contrario, una serie de petardazos resonaron en las silenciosas calles haciendo que se detuviese en seco. Si en ese momento le hubiese dado tiempo a pensar o su mente no fuese ya un galimatías, el sonido la habría llevado a dar media vuelta y volver a la iglesia o al menos ponerse a cubierto.

Pero tal pensamiento nunca llegó, no hubo tiempo. En un momento estaba buscando la

procedencia del ruido y al siguiente algo impactaba en su cuerpo. La opresión que había sentido toda la tarde por culpa del corpiño del vestido creció y, cuando se llevó la mano al abdomen y bajó la mirada, se encontró con un crisol rojo creciendo y empapando la tela.

Las piernas le fallaron entonces, el aire dejó de entrar en sus pulmones ante la realización de lo que había pasado y el dolor hizo por fin acto de presencia.

—Oh señor…

Deambuló con la mirada por la calle débilmente iluminada, intentó dar un par de pasos, pero todo lo que consiguió fue acabar finalmente en el suelo. El color rojo cubría cada vez más tela, el dolor era lo suficiente cruel como para que empezasen a danzar unos puntitos negros delante de los ojos y hacerla dudar de lo que veía subiendo por la calle en su dirección.

Primero uno, luego otro, dos figuras surgieron de aquella boca oscura mientras que se repetían el sonido de lo que solo podían ser disparos —ahora ya no tenía duda al respecto—, silbando por encima de ella. Extendió la mano por instinto, buscando ayuda, algo que la librase de ese dolor, pero apenas pudo articular una sola palabra antes de ver como una de esas figuras, un hombre, tropezaba a pocos metros de ella. Al perder el arma su rostro se contrajo en un gesto de horror y unas milésimas de segundo después un enorme lobo apareció de la nada, saltó sobre él y le arrancó la yugular de un mordisco.

El terror se instaló en su cerebro, lo que estaba viendo apenas siendo procesado ante la falta de aire y la cercanía de la muerte. El animal dejó a su presa y sus ojos brillaron en la noche, un par de gemas doradas que se encontraron con los suyos e hicieron que el tiempo se detuviese.

No sabía de dónde vino esa repentina necesidad, cómo hizo para que sus labios pronunciasen las palabras o la fuerza que la instó a levantar la mano hacia él en busca de ayuda.

—Por... favor...

El animal abandonó el cuerpo sin vida a sus pies, ignoró los disparos que cada vez parecían sonar más lejos en sus oídos y avanzó lentamente hacia ella.

Estiró los dedos una última vez, como si de esa manera pudiese llegar a él, tocarle y encontrar el alivio que necesitaba, parpadeó intentando mantener los ojos abiertos y entonces contempló lo imposible. El lobo empezó a desvanecerse ante su mirada y en su lugar apareció una forma humana, un hombre alto, de pelo rubio oscuro y una mirada tan azul que parecía refulgir incluso en aquella oscuridad.

Lo vio mover los labios mientras avanzaba hacia ella, agachándose, llegando a su lado con un gesto de horrorizada incredulidad.

—No. No he pedido una segunda oportunidad, no la quiero.

No sabía a qué se refería, no entendía porque esas palabras le dolieron casi tanto como la herida que tenía en el abdomen, pero tampoco tuvo tiempo para pensar en ello pues sus ojos cedieron por fin y la oscuridad la reclamó.

CAPÍTULO 1

Mijaíl estaba a punto de enloquecer. No había otra explicación para su desesperación y los aullidos de su propio lobo atravesando su garganta.

Otra vez. El pasado se repetía otra vez delante de sus ojos, su penitencia continuaba y se cobraba ahora otra vida.

—No, no, no.

La recogió en sus brazos, un peso muerto, la sangre manchando de rojo el blanco de un vestido de novia.

No, no, no.

«Es mía».

—No puedes hacerme esto, otra vez no.

Buscó su corazón encontrando un débil latido bajo la palma de su mano. Se estaba muriendo, desangrándose en sus brazos, ella, la última que esperaba encontrar esa noche o cualquier otra.

—No, ni hablar.

Estaba frenético. Jamás se había enfrentado a una situación igual y no sabía qué hacer, todo en lo que podía pensar es que no quería que se fuera, no podía permitirse verla morir, no podía volver a perderla de esa manera.

«Nicolae. Necesito ayuda».

La respuesta de su beta fue inmediata. Estaba cerca. Habían pasado buena parte de la tarde rastreando a tres individuos solo para verse emboscados por ellos hacía poco más de una hora. Las cosas se habían puesto feas cuando sacaron armas de fuego y empezó una cacería que los había llevado hasta esa zona de la ciudad nueva.

«¿Estás herido?».

Negó con la cabeza aun sabiendo que no podría ver ese gesto.

«Mi compañera se muere».

Decirlo en voz alta hizo todo más real, más increíble y lo llevó también a tomar la decisión final. Cortó la comunicación mental con su beta, ignorando la sorpresa e incredulidad de este, desnudó los labios y dejó que su lobo tomase el mando.

«Salvémosla».

Ya se preocuparía después de las implicaciones de lo que estaba haciendo, de lo que eso le acarrearía a él y a esa pequeña humana, pero ahora necesitaba mantenerla con vida. No iba a ver morir a nadie más, no permitiría que ella se fuese ahora cuando el destino la había puesto en su camino. ¡Al infierno todo lo demás!

Hundió los dientes en la tierna carne entre su hombro y el cuello, vinculándola y reteniendo su alma atada a la de él.

«No se te ocurra morirte o juro por Dios que esta vez nada evitará que te siga».

El zumbido en sus oídos dejó espacio para el sonido de la muerte, su beta y los dos rastreadores que formaban uno de los grupos de patrulla que se habían constituido en el último

mes, aparecieron cerrando filas ante ellos.

—Esos hijos de puta se han escapado —siseó Rumati.

Eran como ratas surgiendo de cada cloaca. Desde que habían conseguido poner en custodia a la princesa y a la compañera del alfa Daratraz, los ataques furtivos se habían incrementado. De una punta a la otra de Chequia, con especial hincapié en la ciudad de Praga, no habían dejado de sucederse ataques, la mayoría de ellos absurdas persecuciones que se saldaban con algún que otro hijo de puta menos en el mundo.

«¿Mijaíl?».

Cerró los ojos con fuerza al escuchar esa voz en su mente. Inadvertidamente sabía que lo había llamado, a pesar de todo lo ocurrido en el pasado, él seguía formando parte de sí mismo, conectados como solo dos lobos mellizos podían estarlo.

«Se muere, Radu. Está muriendo otra vez…».

Se obligó a respirar a través de los recuerdos, a apretar los dientes para no gritar y aferrarse con fuerza a ese moribundo cuerpo al que no quería dejar marchar.

«No puedo perderla… Así no. Otra vez no».

No podía volver a pasar por eso, no podía enfrentarse de nuevo a un dolor semejante, a una soledad tan abrumadora y envuelta por la culpa.

—Mierda, pensé que estabas de coña.

La voz de Nicolae penetró en su mente, abrió los ojos y allí estaba su beta, intentando tocar a su compañera. Sin pensarlo desnudó los dientes, su lobo estaba demasiado cerca de la superficie y gruñó de manera amenazante.

—Tranquilo, amigo, solo quiero ayudar.

El hombre llevaba mucho tiempo a su lado, le conocía muy bien, pero en esos momentos apenas sí podía responder en su forma humana, su lobo estaba en modo protector, concentrado en mantener con vida a su compañera.

—No te acerques a ella… —siseó y sabía que no era su voz habitual, que era el lobo el que hablaba por él—. No la toques…

—Nicolae, atrás…

Era la voz de Rumati, él y Nahara habían formado parte de su partida de caza. El alfa sabía perfectamente a qué se enfrentaba y no estaba dispuesto a perder a nadie más.

—Mierda. Si no me deja atenderla… se desangrará.

Nuevos pasos entraron en su rango de audición, dos personas más se unían a aquella inesperada reunión, una de ellas jadeando audiblemente por el esfuerzo de la carrera.

—Mijaíl.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la de su hermano, de todos los presentes era el hombre a quién menos estima tenía y, al mismo tiempo, sabía que era el único que podría acercársele sin poner en riesgo su vida.

—Oh Dios mío.

La voz de la compañera de este, Judith, penetró también en su mente. De alguna manera la presencia de esa mujer lo calmaba, era como un enorme sedante embotellado en forma humana.

—Tenemos que llevarla a un hospital.

Se aferró a ella aún más y gruñó.

—Judith, quédate detrás de mí.

El alfa de Praga retrocedió también, manteniendo a su compañera fuera de su alcance. Entonces miró a su alrededor.

—¿Dónde está Melinka?

Era su beta y una de las mejores rastreadoras de la región.

—Cerca —añadió Nicolae. Él mejor que nadie debería saber dónde se encontraba en esos momentos su compañera.

La pequeña pelirroja sacudió la cabeza e hizo algo muy estúpido, evitó a su compañero y se acercó a él, arrodillándose a su lado.

—Déjame ayudarte.

La voz suave de la chica lo arrancó poco a poco de ese estado de salvajismo animal devolviéndole su conciencia humana.

—Despacio, pelirroja, despacio.

Sabía que su hermano lo atacaría si se le ocurría hacer un movimiento en falso en contra de la muchacha.

—Ella es una de las pocas personas que siempre estará a salvo conmigo —musitó en voz baja, mirando a la mujer a los ojos.

—Lo sé —respondió la aludida en el mismo hilo de voz y señaló su preciada carga—. Hay mucha sangre, necesitamos detener la hemorragia y llevarla a un hospital.

Le sostuvo la mirada.

—No voy a dejarla…

Ella asintió de nuevo y miró hacia atrás, buscando algo o a alguien.

—Melinka.

La loba emergió de la oscuridad, cambiando de forma lupina a la humana y caminando hacia él con la elegancia propia de una mujer que se sabe segura de sí misma y su entorno.

—Nicu me ha dicho lo que ha pasado —comentó la loba agachándose muy lentamente a su lado, sin romper en ningún momento el contacto visual—. Pero veo que se ha quedado corto.

Sin pedir permiso, se agachó sobre el cuerpo de su compañera y esperó hasta que apartó las manos para dejarla ver el charco carmesí que empapaba el corpiño de su vestido.

—Espero que hayáis destripado al hijo de puta que ha hecho esto —siseó la loba.

Él señaló el cadáver a pocos metros.

—Le arranqué la garganta.

—Me vale —replicó sin dejar de revisar el cuerpo moribundo entre sus brazos—. Presiona aquí.

Guio su mano y empujó el menudo cuerpo haciendo que su lobo se revelase y gruñese.

Melinka lo miró sin temor, de hecho, parecía a punto de darle un sermón.

—Necesito saber si la bala salió o sigue dentro.

«Deja que te ayude, Misha. Ya he avisado a Malik, viene de camino».

La voz de Radu resonó en su cabeza, serio, tranquilo, manteniendo el equilibrio por él.

—No le hagas daño —pidió mirando a la loba.

Ella pareció sorprendida por su petición, sus rasgos se dulcificaron durante un segundo y asintió.

—No lo haré.

La tocó con cuidado, examinándola y acabó emitiendo un siseo después de mirar la espalda de la chica.

—Sigue dentro. —Miró por encima del hombro hasta encontrarse con su alfa—. Hay que sacársela, necesito a Malik y lo necesito ya. —Entonces lo miró a él—. Tenemos que llevarla al refugio…

—No.

La negativa surgió al momento de sus labios. El refugio era como habían empezado a

llamar a la casa de Radu, la cual se había convertido en algo así como el cuartel general durante ese último mes. Los príncipes se encontraban allí, custodiados por los alfas de las distintas regiones que se turnaban la vigilancia del lugar.

No pondría en peligro a los cabezas de su raza.

—No, Velkan y su compañera están allí y esa debe ser vuestra prioridad —añadió encontrándose con los ojos de su hermano.

Radu asintió, entonces miró a Judith, quién asintió al momento.

—Enviaré a Malik a nuestra propiedad en *Ke Karlovu* —le informó, entonces se volvió hacia Melinka—. Rumati os escoltará hasta allí. Me encargaré de que nadie os siga.

Ambos asintieron de acuerdo con sus planes.

—Me quedaré con ellos para ayudar al sanador —aceptó ella y se giró de nuevo hacia él —. Y tú, no la sueltes.

No hacía falta que se lo dijese, no tenía intención de dejarla marchar.

—Traeré el coche —anunció Rumati, mirando a su compañera—. No te metas en líos en mi ausencia.

La joven loba se limitó a sonreír y él sacudió la cabeza.

—No sé para qué te pido cosas imposibles.

Sin más, el lobo desapareció entre las sombras para ir a buscar el vehículo que necesitaban para sacarles de allí.

Volvió a mirar a su hermano, quién se encontró de nuevo con su mirada.

—Encuentra a esos hijos de puta que se han escapado y mátalos.

No iba a perdonar ni una sola vida, no esa noche, no después de lo que le habían hecho a ella.

Radu enarcó una ceja ante sus palabras.

—Empieza a asustarme el que estemos de acuerdo en tantas cosas.

Con ese pensamiento se volvió hacia su compañera.

—¿Puedes seguir, pelirroja?

La mujer asintió con un profundo suspiro.

—Debo hacerlo.

Su compañero la atrajo contra su costado, protegiéndola y proveyéndole soporte.

—Estaré a tu lado en todo momento. —La besó en la cabeza y miró a Nicolae—. Necesitaré asistente si Mel se queda con Mijaíl.

El lobo sonrió de soslayo.

—No me lo digas dos veces, ardo en deseos de arrancar algunas cabelleras, gargantas… ya sabes, lo que pille por delante.

Ignorando la réplica del lobo, miró a su compañera y mutó a su forma lupina antes de echar a correr con el otro lobo detrás de él.

—Radu no tiene la culpa de lo que ocurrió y tú tampoco, Mijaíl —lo sorprendió entonces Judith, inclinándose sobre él—. No desperdicies está segunda oportunidad.

La chica miró entonces a Nahara, quien asintió y ambas se marcharon caminando mientras la humana murmura algo sobre un parque y tierra fresca.

Bajó de nuevo la mirada a su carga y se inclinó sobre el blanco rostro.

—No te irás sin mí, *prietenă*, no lo harás.

Una segunda oportunidad. No se la merecía, no la deseaba, pero no iba a dejarla morir, así tuviese que dar su vida para que esa desconocida sobreviviera.

CAPÍTULO 2

Judith podía sentir el malestar de su compañero como si fuese el suyo. Con cada día que pasaba su vínculo se hacía más fuerte y les permitía tener una unión fuera de lo común. Había empezado a adaptarse a él, a sus costumbres y a esa dominación típicamente común a su raza. Si bien, Radu siempre anteponía su propio bienestar ante el propio, le gustaba la forma en que compartía sus inquietudes sin dejarla fuera.

La caza de esa noche había sido más cruenta que de costumbre, sabía que era necesario, había visto demasiadas veces ya con sus propios ojos lo que esos desgraciados hacían, pero no podía evitar sentir que con cada nuevo avance estaban dirigiéndose al lugar equivocado. De un modo que no podía explicar y mucho menos comentarle a su compañero, sentía que estaban haciendo exactamente lo que ese demente esperaba de ellos. Algo absurdo, dada la cantidad de bajas que se estaban dando en su lado.

Lo de esa noche había sido un trago amargo para todos, en especial para su lobo. Él podía seguir culpando a su hermano de algo que había ocurrido en el pasado y que ninguno había podido evitar, pero hoy había visto algo en él que no había visto antes; el miedo a perder a Mijaíl.

—¿Estás bien?

Incluso ahora sabía que estaba preocupado y que esa preocupación lo enervaba al mismo tiempo. Radu, al igual que el alfa de Bratislava, debía permitir que el pasado se quedase allí, en el pasado y encontrar un presente y futuro que pudiesen tener en común.

—No puedo concebir un destino tan cruel. —Las palabras, susurradas le dijeron mucho más de lo que cabría esperar—. Darle a alguien un hálito de esperanza y arrebatársela al mismo tiempo es...

Negó con la cabeza y la miró.

—¿Crees que sobrevivirá?

Le sostuvo la mirada.

—Si no lo hace lo perderemos también a él.

Esa sencilla frase lo estremeció visiblemente.

—He pasado tanto tiempo odiándole que ya no recuerdo lo que es verlo como esta noche, sentir ese desgarrador grito de ayuda… —aseguró y se llevó la mano a la sien—. Hoy por primera vez sentí que lo perdía... Y, habiéndolo hecho una vez, no sé si podría soportar una segunda.

Se sentó a su lado, sin tocarle, sabiendo que necesitaba su espacio.

—No tienes que perderlo, lobo, no es necesario —le aseguró—. Siempre me ha parecido cruel que nos demos cuenta de lo que nos falta solo cuando somos conscientes de que podemos perderlo. Es como si el alma despertara y nos recordara que todos los problemas del mundo no son nada sin esa persona a nuestro lado.

Negó con la cabeza.

—He sentido como la vida se escapaba de esa muchacha, pero también he visto lo que la determinación puede hacer en un alma. —Se lamió los labios y se inclinó sobre él—. Y conozco de primera mano lo que puede hacer la determinación de un lobo. No la dejará ir sin luchar.

—Pero ¿y si se va?

Le miró.

—Dejemos que el destino decida y no adelantemos acontecimientos —le sugirió—. Pero ve a verle, haced las paces antes de que sea demasiado tarde.

Lo vio apretar los dientes.

—Es difícil perdonar y ya no digamos olvidar.

—¿No sería incluso más difícil perder una parte de ti mismo?

La miró y suspiró.

—Por momentos no sé si he ganado una compañera contigo o una terapeuta.

Se echó a reír ante la ocurrencia.

—Es posible que un poco de ambas cosas.

Le acarició la mejilla.

—¿Vas a poder con esto? —Su preocupación estaba presente—. Si es demasiado dímelo y nos detendremos. Tú eres lo primero para mí, *prietenă*, siempre.

Le acunó el rostro entre las palmas y lo besó en los labios.

—Te dije que no iba a sentarme de brazos cruzados a ver cómo ese ser infecto destruía mi tierra —le aseguró—. Si tú sales ahí fuera, yo salgo contigo. Ese es el trato compañero.

La abrazó, levantándola y sentándola en su regazo.

—Lamento haber cedido nuestro nuevo hogar —aseguró un poco culpable—. Te prometo que encontraremos otro.

Parpadeó y sonrió.

—No quiero otro hogar, Radu, quiero esa casa —declaró con firmeza—. Quiero un lugar en el que pueda refugiarse nuestra gente, un lugar en el que el futuro brille con tanta fuerza que opaque el pasado. Además, mi abuela le dio el visto bueno. No quiero ningún otro lugar.

Y sabía que ese era el acertado, el que debía conservar pues allí se encontraba la felicidad que les había sido tan esquiva a ambos.

—Cada día que pasa siento que te vas metiendo un poco más dentro de mí, Judith —comentó él envolviéndola con sus brazos.

—Un sentimiento que comparto y al que creo que ya podemos ponerle nombre.

Su admisión pareció sorprenderlo.

—¿Estás segura?

Sonrió ante el recelo en su voz.

—De lo que estoy segura es que este es mi sitio y que tú posees mi alma y mi corazón —aseguró completamente convencida de ello—. Puede que a veces me saques de quicio, pero eso es lo que se espera de una pareja.

—Ah, *prietenă*, se espera mucho más, pero ese es un gran comienzo.

—Sí, sin duda lo es. —Lo besó de nuevo y esta vez él se hizo con el mando.

Su compañero necesitaba despejar la mente durante un rato, dejar de pensar en el pasado y comprender que tenía un maravilloso futuro esperándole justo en frente.

La primera vez que había estado aquí había sido con su compañera. Después del trajín que se estaba generando en su hogar, el lugar en el que había vivido con su antigua pareja supo que quería dejarlo atrás, que necesitaba dejar atrás el pasado y construir el futuro con la mujer que el

destino le había enviado. Esta casa había sido la elegida para ello y, ahora que estaba allí, comprendía lo que había querido decir Judith.

Empezar de nuevo, dejar el pasado atrás... Ojalá fuese tan fácil.

—¿Radu?

Levantó la mirada para ver a Melinka. Su beta había estado atendiendo a la muchacha y ayudando a Malik. Ambos parecían tener un talento especial para la sanación y se entendían bien.

—¿Cómo está?

La loba enarcó una ceja.

—¿Tu hermano o su compañera?

La miró, le conocía muy bien.

—Ella está luchando por su vida y él haciendo lo posible para que lo consiga —le informó sin más—. Malik es optimista... en la medida de lo posible.

—¿Y tú?

Suspiró.

—Yo desearía estar en un bosque desierto, alejado de todo este sin sentido y tener a Nicu conmigo.

Sí, era un sentimiento que conocía muy bien.

—Pero no siempre podemos obtener lo que deseamos, ¿no? —insistió y señaló hacia atrás —. Los he puesto en la habitación de invitados, deberías hacer lo que has estado evitando hacer hasta ahora y escucharle.

Apretó los dientes y se obligó a hacer a un lado sus emociones. No era el momento para traer de nuevo el pasado.

—No puedes pretender borrar toda una vida en un instante.

Negó con la cabeza y lo miró

—No, no puedes, pero un instante es suficiente para empezar de nuevo.

Dicho eso se acercó a él y le puso la mano en el brazo.

—No dejes pasar la oportunidad ahora que la tienes o tendrás que cargar con el arrepentimiento toda la vida.

Le dejó y siguió su camino. Mel era de la misma opinión que Judith y, al igual que su compañera, sabía que teclas debía tocar para hacerle pensar.

Respiró profundamente y se dirigió hacia el final del corredor. Incluso llevando años distanciados el uno del otro, roto el vínculo gemelar que poseían, pudo sentir la angustia de su hermano.

La puerta estaba medio abierta y los vio, a ella mortalmente pálida y a él aferrado a su mano.

Inadvertidamente una imagen cobró vida en su mente, la de Mijaíl sosteniendo el cadáver de su primera compañera. Pero ahora no lo veía con rabia, lo veía como lo que había sido, una tragedia que les había impactado a ambos.

Levantó los nudillos para llamar, pero la voz del lobo lo interrumpió.

—Si no tienes algo importante que decir, no digas nada y márchate.

Incluso su voz sonaba apagada, agotada. Se estaba matando a sí mismo con tanta lentitud como le concedía la vida.

—¿Si te matas a ti mismo que le quedará después a ella?

—Quizá es mejor que no le quedé nada de mí, ni siquiera el recuerdo —murmuró—. Eso evitaría que sufriese por mi culpa.

Chasqueó la lengua.

—No te veo en el papel de mártir.

—Eso es porque nunca lo he sido, sólo fui un estúpido egoísta.

Entró en la habitación.

—Misha...

—Prométeme una cosa. —Lo sorprendió con su petición—. Prométeme que si yo no estoy cuidarás de ella.

Lo miró y se encontró con los ojos azules, un duplicado idéntico de los suyos.

—¿Te atreves a pedirme eso?

Dejó escapar un bufido que podría pasar por una desencantada risa.

—Me atrevo, sí, podrías considerarlo justicia poética.

Sacudió la cabeza.

—Estás perdiendo la cabeza.

—Posiblemente —aceptó y miró a su compañera—. Prométemelo, Radu.

Suspiró. Quería mandarlo a la mierda, recordarle que no eran ya los mismos, pero entonces, ¿qué hacía allí?

—Lo prometo —aceptó y añadió por costumbre—. Después de todo ella no es más que otra inocente en manos del destino.

—Sí, lo es.

Se quedaron un rato en silencio, era como si ninguno de los dos supiese exactamente qué decir.

—No deseo esto para ti —confesó finamente—. No lo desearía a nadie.

Mijaíl se limitó a asentir.

—Lo sé.

De nuevo el silencio y aquello ya fue demasiado para él.

—Escúchame bien, Misha, si dejas que se vaya o te vas con ella, iré al mismísimo infierno a buscarte, ¿me oyes? —lo amenazó con fiereza, su lobo presente en su voz—. No voy a pasar de nuevo por lo mismo, *bratr*[15], no me harás eso otra vez.

Lo oyó resoplar antes de girarse hacia él.

—En ese caso, tendré que esforzarme en que ambos nos quedemos aquí —replicó y vio en sus ojos lo que no decían sus palabras, lo que él tampoco se atrevía a decir.

—Más te vale —aceptó, se enderezó y le sostuvo la mirada—. Mantente al tanto.

Él se limitó a asentir.

Por primera vez en muchos años, volvía a ser él, el niño con el que había compartido su infancia, el lobo con el que había crecido y el hombre que formaba parte de sí mismo.

No había muchos lobos que naciesen como gemelos o mellizos, de hecho, su parecido era tan distante que nadie que no les conociese o supiese de su parentesco podía imaginarse que eran familia.

Asintió ante su mirada y le dejó hacer aquello para lo que había nacido, conservar a la mujer que el destino le había traído para salvarle al fin.

CAPÍTULO 3

«No te mueras, por favor no te mueras, no te mueras».

La voz resonaba en su mente una y otra vez, como una incansable y agónica letanía que no hacía otra cosa que ponerla de los nervios.

Si tan sólo tuviese algo a mano le pegaría con ello, pero por no tener no tenía ni luz, todo estaba a oscuras.

«No te mueras».

«No tengo la más mínima intención de hacerlo. No soy partidaria del suicidio y no tampoco soy la primera novia a la que dejan plantada en el altar. Soy demasiado egoísta para morirme. Prefiero seguir viviendo, eso tiene que joder mucho más. Y él me debe la mitad del dinero de la boda, que no piense que porque ha encontrado a su supuesta churri se va a ir de rositas. ¿Qué demonios les pasa a los lobos y toda esa gilipollez de casarse para toda la vida? Si no me quieres pues no me pidas matrimonio».

«Parloteas tanto que tienes que estar viva».

Había alivio y también diversión en esa voz masculina.

«¿No te acabo de decir que lo estoy? ¿Por qué coño se ha ido la luz?».

«Hay luz, prietenă, estamos a pleno día».

«No. Está oscuro. Y no puede ser ya de día… la boda se celebró por la tarde… iba a celebrarse… lo que sea».

«De ahí el traje de novia, supongo».

Le hubiese gustado poner los ojos en blanco.

«Muy bien, Einstein, eres un verdadero genio».

Se echó a reír. Y sí, desde luego, era alivio lo que sentía procedente de él.

«Dios, eres incluso más irónica que yo».

«Porque tú lo digas. Joder, enciende la luz».

Su hilaridad empezó a remitir por algo más cálido, una paz interior que se extendió también a ella.

«Abre los ojos, es todo lo que tienes que hacer».

—No. Ya los tengo... abiert…

Merry se detuvo a media frase, bizqueando, mientras la luz la hacía lagrimear. Apenas sí podía enfocar lo que veía y tuvo que parpadear varias veces antes de escuchar como algo se arrastraba por el suelo y, un momento después le bloqueaba la luz; Él.

No lo había visto en su vida y, al mismo tiempo tenía la sensación de conocerlo. Esos profundos ojos azules, el pelo rubio oscuro con mechones más claros ondulándose sobre su frente y acariciándole el cuello, una barba de un par de días… era un hombre impactante y un completo desconocido.

—¿Quién eres tú?

Le salió la voz tan agónica que se sorprendió a sí misma.

—Mijaíl Čech Alezandru.

Entrecerró los ojos. No, ese nombre y apellidos no le sonaban lo más mínimo.

—No te conozco.

La afirmación no pareció molestarle.

—Me sorprendería si así fuera.

El peculiar papel pintado de una pared le llamó la atención. Al desviar la mirada comprendió que tampoco tenía la menor idea de dónde estaba.

—Um… ¿Dónde se supone que estoy?

—En *Ke Kalovu*, en el distrito de la Ciudad Nueva.

—¿Cómo?

Le estaba costando seguirle el hilo.

—Sigues en Praga si es eso lo que te preocupa.

¿Preocuparle? Lo que le preocupaba era qué hacía allí y cómo había llegado.

—¿Me he emborrachado?

Aquella no era una posibilidad muy descabellada, desde luego, era lo que tenía en mente hacer después de que ese hijo de puta la hubiese dejado plantada.

—No.

Arrugó la nariz, lo miró detenidamente, haciéndole una revisión de pies a cabeza y se aventuró a preguntar.

—¿Nos hemos acostado?

—No.

Su sincera respuesta le arrancó un suspiro de alivio.

—Menos mal, no he metido la… —Se cayó una vez más y se fijó en que llevaba tan solo la combinación que evitaba que el vestido se transparentase—. Dime que no me he desnudado en medio de la calle.

Esbozó una sonrisa que contenía tanta ironía como agua el río Moldavia.

—Estabas vestida cuando te encontré.

—Bueno, eso es sin duda un gran comienzo —aceptó sin dejar de mirarle—. Entonces, ¿qué demonios hago aquí?

Su respuesta vino acompañada de un movimiento de las sábanas retirándose de su pecho y su índice señalando una zona abultada en el abdomen.

—Te dispararon.

Bajó la mirada sobre la tripa y observó a través de la liviana tela de su combinación el parche de gasas. Como si de una presa que abre sus puertas se tratase, los recuerdos acudieron en tropel a su mente.

El dolor volvió como un ramalazo acompañado por el miedo, en sus oídos volvió a resonar el cañonazo de los disparos y revivió el momento en el que algo la había atravesado.

—Me… me dispararon…

Su vestido de novia se había empapado con su sangre, había levantado el rostro en busca de ayuda y entonces… Las imágenes de aquel momento se replicaron en su mente, viéndolo todo de nuevo como si fuese una película a cámara lenta. El hombre corriendo en su dirección… el enorme lobo negro jaspeado saltando sobre el pobre incauto, la sangre manando de la herida cuando le desgarró la garganta, sus ojos encontrándose y… él avanzando hacia ella.

—Tú...

No pudo continuar pues el dolor le recordó al instante que no debía moverse, que no era buena idea dar saltitos en la cama.

—Quédate quieta.

Sintió sus manos sobre su cuerpo, las vio allí, sobre ella y no pudo evitar estremecerse.

—Sácame las manos de encima a menos que quieras que te muerda.

Para su sorpresa le sonrió divertido.

—Si crees que puedes devolverme el mordisco.

Entrecerró los ojos y dobló el brazo sobre su vientre de manera protectora.

—Quizá no, pero retorcerte los huevos hasta hacerte cantar como un castrati...

Sus ojos se encontraron de nuevo, parecían buscarse incluso a pesar de que ella lo evitaba.

—¿Puedo saber el nombre de tan vengativa muchachita?

Entrecerró los ojos.

—No soy una muchachita.

—No has negado lo de vengativa.

Enarcó una ceja, era todo lo que podía hacer.

—No se me da bien mentir.

—Asombroso en una humana.

Su afirmación la estremeció ligeramente.

—¿No me digas que eres de los que se cree que viene de una raza superior?

Se inclinó sobre ella, su rostro lo suficiente cerca para ver ese asombroso tono en sus ojos.

—¿Sabes lo que soy?

—¿Además de gilipollas?

Se echó a reír, dio dos pasos hacia atrás y terminó doblándose en dos por la risa.

—El destino tiene un sentido del humor muy retorcido.

—¿No me digas?

Sacudió la cabeza y la miró.

—A pesar de todo es un alivio saber que no tengo que cargar con tu muerte en mi conciencia.

Sus palabras la hicieron sospechar.

—¿Me disparate tú?

—Esta vez no ha sido cosa mía.

—¿Esta vez? Esa respuesta no me inspira confianza —aseguró.

Pero no era verdad, inexplicablemente no lo encontraba sospechoso, no sabía por qué, pero ahora, en este preciso momento se sentía a gusto cerca de él.

Pero bueno, también había congeniado con Mirco y ya veía cómo había terminado todo.

—Teniendo en cuenta que llevas en mi compañía casi una semana y estás viva, yo me lo pensaría de nuevo.

—Una... ¿Una semana?

Tenía que ser una broma. Era imposible que llevase allí una semana y que no se hubiese dado ni cuenta.

—Seis días para ser exactos.

Eso era imposible.

—Te estás quedando conmigo.

Su respuesta fue sacar el móvil y enseñarle el calendario. Las 12.14h del 19 de septiembre.

—¿Es suficiente o necesitas ver también el periódico del día?

Sacudió la cabeza e hizo una mueca al notar un aguijonazo en el vientre.

—Quédate quieta. No hemos pasado tantos esfuerzos para mantenerte entre los vivos como para que ahora te desangres —le advirtió—. Tienes un tipo de sangre de lo más raro, ¿lo sabías?

Se contuvo de responderle cómo se merecía porque el dolor empezaba a restarle fuerzas.

—¿Quién diablos me disparó? —Se las ingenió para protestar—. ¿En qué estás metido?

¿En una guerra de bandas?

—Podría verse de esa manera…

—Eso no es una respuesta aceptable.

—Empiezo a pensar que hay muchas cosas que no encuentras aceptables. —La miró fijamente—. ¿Qué hacías vestida de novia y bajando por *Jindrisska* a esas horas?

—Lo que hacen todas las mujeres a las que abandonan en la iglesia el día de su boda —espetó con renovado mal humor—. Buscar un pub en el que poder tomarse unas copas y con suerte emborracharse.

—¿Te dejaron plantada?

Lo fulminó con la mirada.

—¿No sabes el significado de la palabra *tacto*?

—La verdad es que es una palabra que hace tiempo que ha desaparecido de mi vocabulario —respondió sin más con un encogimiento de hombros—. Pero es bueno saberlo, eso hará las cosas más fáciles.

—¿Disculpa? —Se revolvió otra vez y terminó gimiendo.

—¿Vas a dejar de moverte o tengo que atarte a la cama?

Aferró las sábanas y lo miró con cara de pocos amigos.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

—No, no te gustaría —aseguró y parecía divertirle que le replicase en cada comentario—. Así que, por qué no te quedas tranquila, descansas y...

—¿Por qué estoy aquí y no en un hospital? —Lo interrumpió de nuevo.

Sus ojos se encontraron.

—Ya sabes el porqué.

Ladeó la cabeza.

—No, te equivocas —negó—. No perdería el tiempo preguntando algo que ya sé.

—En ese caso permíteme que te refresque la memoria —le dijo y dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de la cama—. Estás aquí por esto.

El ver a ese hombre de casi metro noventa esfumarse ante sus ojos y aparecer en su lugar un enorme lobo negro salpicado de pelos blancos habría sido sin duda el motivo perfecto para un ataque al corazón. Por suerte o por desgracia, no era la primera vez que asistía a tal cambio, pero volver a presenciarlo tampoco era algo que le hiciese especial ilusión.

CAPÍTULO 4

Esa mujer no tenía botón de apagado ni tampoco filtró, pensó Mijaíl viendo a la hembra a través de sus ojos de lobo. A pesar de ello a su parte animal le gustaba, reconocía su aroma y su sabor, empezaba a verla como un suculento solomillo y no estaba muy seguro de si eso era bueno o malo.

La última semana había estado demasiado preocupado por esa desconocida como para pensar en algo que no fuese evitar su partida. No podía soportar la idea de perderla, de dejar que la desgracia se repitiera.

Maté a mi primera compañera, no puedo perder a está.

Ni siquiera sabía por qué se la habían enviado, por qué el destino había elegido esta vez a una humana en vestido de novia, pero ella estaba ahí y viva.

Estos seis últimos días había tenido tiempo para pensar en toda clase de conjuras, de posibilidades y todas ellas terminaban con su novio, prometido o esposo muerto y ella libre de cualquier otro vínculo que no fuese el suyo.

El divorcio también habría sido una opción válida, aunque no tan efectiva a ojos de su lobo.

Y ahora, todo lo que al parecer podía hacer era pegarle una paliza al estúpido hijo de puta que la había abandonado en el altar vestida de novia, no porque no se hubiese casado con ella —por eso lo invitaría a una copa—, sino por haberla dejado sola en la ciudad y a esas horas.

Sabía que no estaba siendo racional, pero pocos lobos recién emparejados lo eran. No podía echarle la culpa a nadie más que a sí mismo —y a esas malditas ratas a las que habían estado dando caza—, de lo sucedido, pero eso tampoco lo exoneraba del miedo y el horror que había sentido nada más reconocerla y ver que la vida se escapaba de su cuerpo.

De hecho, podría considerarse una suerte que hubiese estado en Praga y no en su hogar. Esa pasada semana había llegado a un acuerdo tácito con su hermano para encargarse de la patrulla de su propia ciudad mientras algunos de los alfas de américa volvían a sus respectivos territorios creando una sensación de normalidad en su comunidad.

Judith se había convertido en un GPS para los rastreadores. La compañera de Radu era capaz de localizar lo que ella llamaba «manchas en la tierra» o en sus propias palabras, «hijos de puta que se divertían sembrando el caos en la ciudad».

Así era como se había encontrado pasando tiempo en la ciudad, viajando de su territorio al del alfa colindante, formando parte de una red interna de seguridad y rastreo alrededor de los príncipes.

Él era de la opinión de mandar a los dos lobos pura sangre a casa, a la fortaleza de Rumanía o esconderlos en un agujero, pero Velkan se había negado en rotundo. La aparición de su propia compañera le había impedido moverse de la zona, por otro lado, el joven líder de la raza estaba decidido a encontrar al culpable de aquella debacle que venían sufriendo desde hacía ya algo más de un año y ponerle fin de una vez por todas.

Se sentó sobre los cuartos traseros y la miró. Sus ojos estaban clavados en él, ni siquiera pestañeaba y su respiración era tan lenta que en cualquier momento la vería dejar de respirar. Se lamió el hocico y probó esa vía única que existía entre compañeros vinculados.

«Bueno, al menos has dejado de parlotear. Es todo un adelanto».

Vio cómo se sobresaltaba, escuchó el jadeo al retener el aliento y como lo soltaba luego poco a poco.

«Tienes que seguir respirando. No he pasado tanto trabajo para mantenerte aquí como para que decidas suicidarte ahora».

Se levantó y sacudió el pelo, en esta forma sobrepasaba el colchón por unos cuantos centímetros.

—Eres... enorme.

«Gracias. La estatura viene con el cargo».

La vio parpadear de nuevo, bastante lúcida y coherente para estar delante de alguien de su raza por primera vez.

«Conoces de la existencia de mi gente».

Siguió mirándole, casi como si lo estuviese midiendo.

—Sí, la conozco… si se le puede llamar así.

Esos bonitos ojos parecían medir cada parte de su anatomía canina, algo que le resultaba curioso y divertido a su lobo.

—¿Corro el riesgo de perder el brazo si te toco?

Movió una oreja y ladeó la cabeza ante semejante pregunta. Acabó soltando un canino resoplido.

«¿Con qué clase de lobo pirado has tenido contacto?».

—Con el mismo con el que suponía iba a casarme ayer... er... hace seis días.

«Cristo».

Gruñó sobresaltándola, entonces se acercó a la cama y saltó sobre el colchón con toda la delicadeza que pudo. La manera en que abrió los ojos habría resultado cómica si no estuviese también muerta de miedo.

«¿Qué te he dicho sobre suicidio por falta de oxígeno?».

Se acomodó a su lado, pegado a sus piernas y apoyó la enorme cabeza en su regazo con sumo cuidado.

El olor del antiséptico y la sangre lo hicieron arrugar el hocico y tener ganas de arrancarle la ropa y lamerle la herida. No dejaba de pensar como un lobo, para su animal todo era así de simple.

«¿Duele?».

Sabía que estaba incómoda pero no detectaba en su cuerpo un grado intolerable de dolor. Su presencia hacía que su cerebro se olvidase de una cosa para centrarse en la otra.

Negó con la cabeza y notó el temblor de su mano cuando la acercó a su cabeza. Antes de tocarle, se detuvo.

—No me has respondido.

Levantó la cabeza y le lamió la mano, su sabor era embriagador y le provocaba ganas de cerrar los ojos y disfrutar de ella.

«Acaríciame. Me lo merezco después de la semanita que me has dado».

Sus dedos cayeron entonces sobre él y fue la gloria. Cerró los ojos y disfrutó de los mimos y de la tranquilidad que le transmitía el gesto femenino.

«Gracias».

Sus dedos fueron más allá, hundiéndose en el pelo de su cuello mucho más espeso.

—Eres un peluche.

«Difícilmente».

—Te comportas como un cachorro.

Ahora bufó, levantó la cabeza y la miró.

«Que sepas que me siento insultado».

Se echó a reír. Para su sorpresa rompió a reír, pero su risa duró lo que tardó en volver el dolor y con él las lágrimas.

Cambió de inmediato a su forma humana para atenderla.

—Esto es una locura, nada de esto me está pasando... —Lloró retorciéndose ligeramente bajo la sábana—. Iba a casarme, por fin iba a demostrarles que puedo ser independiente, que no necesitaba de ellos y ahora... ahora me han disparado y me duele mucho.

Le apartó el pelo de la cara y le secó las lágrimas con los pulgares.

—*Shhh*. Estás viva, pequeñita, eso ya de por si te concede una segunda oportunidad.

Ella hipó y lo miró a través de las lágrimas.

—No me llamo pequeñita —gimoteó—. Sino Merryna.

Le apartó el pelo de la cara con ternura.

—De acuerdo, Merryna, entonces.

Siguió llorando y eso lo ponía sumamente nervioso, ya no recordaba lo que era lidiar con ese tipo de cambios femeninos.

—Vamos, deja de llorar, no se ha acabado el mundo.

—A ti no te han dejado plantado en el altar, no te han disparado alegremente y no te has pasado seis días quién sabe dónde…

No, yo tuve que matar a mi primera compañera cuando perdió la cabeza y mató a inocentes, pensó con amargura.

—Quien te manda deambular por las calles sola y en plena noche.

Resopló a través de las lágrimas.

—Estaba atardeciendo y se supone que Praga es una ciudad segura.

—No en estas semanas, *prietenă.*

—Sí, he podido constatarlo por mí misma.

Hizo un gesto de dolor y supo que había llegado el momento de pedir refuerzos.

—Voy a pedirle al sanador que te de algo para el dolor.

Empezó a retirarse sólo para tener esos delgados dedos aferrados a su brazo.

—No te vayas.

La miró y suspiró.

—Estoy demasiado viejo para esto.

Se inclinó sobre ella y tomó sus labios. Fue un beso breve, pero a él le supo cómo una eternidad.

—No vas a deshacerte de mí —le aseguró cerca de su boca, sus ojos clavados en los suyos —, cuando te dispararon contraje contigo un contrato que es para siempre.

—No existen ese tipo de contratos.

—Conmigo sí, compañera, conmigo es hasta que la muerte nos separe —le informó—. Puede que un idiota te haya dejado plantada en el altar, pero has salido ganando con el cambio. Te acabas de emparejar con el alfa de Bratislava. Así que eso me convierte a mí en marido y a ti en esposa. Después de todo, parece que si te has casado.

La mezcla de sorpresa y horror en su cara lo hizo sonreír, no podía evitarlo, le parecía de lo más divertido.

—Voy a buscar a alguien que te administre algún calmante.

No esperó respuesta, en esos momentos, lo único que deseaba era borrar el dolor de ese

rostro.

CAPÍTULO 5

Casada con un lobo.

Uno que no era Mirco.

Ese cabrón la había dejado plantada en el altar.

Y ahora este otro la había reclamado para sí mismo.

Se había casado, sí, solo que no con el hombre que se lo había pedido.

—De acuerdo, es el dolor, te hace oír cosas que no son verdad. No hay más.

Eso era más plausible que el hecho de haberse metido en aguas mucho más profundas de lo que le hubiesen gustado.

Se llevó la mano al estómago e hizo una mueca, de verdad que le dolía.

—Demonios.

Levantó la cabeza en dirección a la puerta, dispuesta a llamar a Mijaíl cuando está se abrió.

—Me han dicho que te has despertado y que tenías dolor. —Se asomó un joven de facciones árabes—. Hola, soy Malik, el médico personal e intransferible de los lobos de la región. Creo que ha sido un milagro que haya podido asistir a la boda de mi hermano. Me dais un trabajo de órdago. A este paso cumpliré las prácticas obligatorias incluso antes de empezar en la Universidad.

Se acercó a ella, dejó el maletín que traía consigo a un lado y le sonrió. Tenía algo que resultaba calmante, hacía que su ansiedad disminuyese y volviese el buen humor.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiesen metido en una coctelera y la hubiesen agitado hasta que mi cerebro explotase.

—Buena definición —asintió y la miró de nuevo—. Te daré algo para el dolor y te limpiaré la herida. Posiblemente no sirva de nada para tu coctelera, pero tu cuerpo lo agradecerá.

No quería confiar en él, no deseaba estar a merced de extraños, pero algo en su forma de actuar, de moverse, le transmitía serenidad y confianza. Con el paso de los minutos comprobó que Malik resultaba ser de trato fácil y amigable, dispuesto a responder a sus preguntas sin evasivas.

—Has tenido mucha suerte de que Mijaíl te encontrase, aunque los demás están un pelín molestos con él por lo que hizo para mantenerte aquí.

Enarcó una ceja ante su sincero comentario.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—Según mi hermano, lo que cualquier lobo inteligente haría, proteger su alma.

Y esa era una respuesta ambigua donde las hubiera.

—Después de todo no es algo que no fuese a pasar antes o después, eres su compañera.

Su mirada fue hacia el hombro y se encontró llevándose los dedos al lugar. Otro pequeño apósito cubría el hueco.

—¿Y esto…?

Su respuesta fue inclinarse sobre ella con los guantes puestos y empezar a levantar el

apósito.

—Eso ya podemos quitártelo.

Una vez fuera vio de refilón una desigual cicatriz rosada.

—Te daré un analgésico para el dolor, por lo demás deberás tener paciencia y descansar —le informó él—. Pronto podrás levantarte de la cama.

—¿Cómo de pronto?

—Un par de días más —la calmó—. No quiero que te hagas daño por la impaciencia.

Dos días más en ese lugar, con ese hombre, lobo… Sí, claro. Como no.

Sacudió la cabeza y lo miró.

—Necesito un teléfono.

Necesitaba contactar con su psicótica familia antes de que mandasen al ejército tras ella, si no lo habían hecho ya. Su madre estaría encantada de echarle en cara su falla una vez más, se mostraría indignada por el hecho de que la hubiesen dejado plantada, pero no por ella, sino por lo que dirían sus amigas.

La miró a los ojos y sonrió.

—Claro, se lo diré a Mijaíl —aceptó el joven con calidez—. Querrás ponerte en contacto con tu familia.

Su percepción era realmente buena.

—Gracias.

El asintió recogió sus cosas y ya se dirigía hacia la puerta cuando se detuvo.

—¿Sabes, Merry? A veces no siempre obtenemos lo que deseamos porque el destino nos tiene preparado algo mucho más importante. —La sorprendió con aquellas palabras—. Si Mirco no se presentó, fue porque tu destino no era caminar de la mano del suyo. Dale una oportunidad al lobito de Bratislava, él necesita que alguien le devuelva lo que perdió.

Malik salió por la puerta antes incluso de que pudiese preguntarle cómo demonios conocía su diminutivo o del nombre de su prometido cuando no le había dicho ninguno de los dos. Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza. Aquello era cada vez más raro.

No bien hubo salido el chico, escuchó un rápido intercambio en el pasillo y a continuación vio a Mijaíl entrar de nuevo en la habitación.

—¿Qué has querido decir antes con lo de que conmigo es hasta que la muerte nos separe? —Lo interrogó nada más verle entrar—. ¿De qué estabas hablando?

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a la cama.

—Que eres mi compañera.

—¿Y? —Negó con la cabeza—. No dejo de escuchar esa palabra y juro que no sé qué narices significa.

—Piensa en ello como un matrimonio lupino.

—¿Un qué? —Jadeó.

—No tienes la menor idea de nada, ¿no? —resopló haciendo que se crispara al instante.

—Mira, lo único que sé es que iba a casarme, estaba esperando en la iglesia cuando apareció el padrino para decirme que el novio no asistiría porque había encontrado a otra —le soltó—. Y yo, según tú, he terminado con una bala en el estómago.

—Tienes un agujero en el vientre que lo demuestra y una anemia producida por la pérdida de sangre —le recordó con total tranquilidad—. No es algo que me haya inventado.

—No dije que lo hicieses, duele lo suficiente como para saber que es muy real —protestó —, pero todo eso del matrimonio lo que sea... me parece excesivo.

—¿De verdad ibas a casarte con un lobo y no tienes la menor idea de nada?

Su tono traía consigo explícito un «no sabes dónde te estás metiendo», lo que dejaba claro que no había tenido la menor idea de dónde se estaba metiendo.

—¿Necesito acaso un Master?

La manera en que la miró lo decía todo.

—Un poquito de información, no te vendría mal.

—Pues informarme. —Se cruzó de brazos haciendo que la herida le tirase de nuevo—. Está claro que eres el gurú de la información canina.

Se la quedó mirando durante unos eternos segundos, entonces chasqueó la lengua y negó.

—Temo que cualquier cosa que pueda decirte me la replicarás, así qué dejaré que te vayas familiarizado con ello tú misma —le dijo en el último momento—. A veces la única manera de creer en las cosas es experimentándolas.

Abrió la boca para protestar, pero él la interrumpió.

—Querías hablar por teléfono.

Dejó escapar un resoplido y asintió.

—Si llevo seis días aquí y sin dar señales de vida, posiblemente mi familia haya pensado que me he suicidado o que me han raptado —replicó mirándole a los ojos, caí esperando que se negase—. Quiero contactarles.

—Por supuesto. —Le tendió el teléfono—. Tómate el tiempo que necesites.

Miró el aparato, luego a él y suspiró. Era hora de llamar a casa y aguantar el chaparrón.

—Te dejaré sola y…

—No —replicó antes incluso de poder detenerse—. Quiero decir, no es necesario.

Hablar con sus padres después de llevar casi una semana en paradero desconocido era lo equivalente a someterse a un consejo de guerra. No había defensa posible frente a semejante tribunal y las ganas de retractarse y devolverle el aparato crecían con cada segundo que lo retrasaba.

Él se limitó a mirarla, asintió y se alejó hacia la ventana, apoyándose allí para permitirle al mismo tiempo algo de privacidad.

No tenía la menor idea de qué le pasaba, jamás había sido dependiente, de hecho, odiaba tener que pedir algo, pero su presencia en ese momento se le hacía necesaria.

Marcó el número antes de perder el valor y, nada más escuchar que contestaban del otro lado, suspiró.

—Mamá, soy Merry…

Los próximos minutos fueron un torrente incesante de quejas, acusaciones y lloriqueos de su madre, ni siquiera la dejó hablar y empezaba a perder la esperanza de poder meter baza.

—Seis días sin noticia alguna, llamando a hospitales. ¿Sabes lo preocupado que está Mirco? ¿Lo culpable que se siente?

Puso los ojos en blanco ante la cuarta o quinta mención de su ex prometido.

—Ya puede, fue el quien me dejó plantada.

—Si hubieses hecho lo que debías...

Típico en su madre.

—¿Has terminado? Si es así quizá te interese saber que llevo seis días desaparecida porque me han disparado y casi no lo cuento —le soltó a bocajarro—. De hecho, acabo de despertarme, pero empiezo a ver que me hubiese salido más rentable pedir una pizza que llamarte.

—¿Es Merry? Pon el altavoz…

Aquella era la voz de su padre quien, al parecer, tenía también bastante que decir al respecto.

Se obligó a respirar. Con esos dos siempre era igual, lo único que les interesaba era su estatus y lo que dirían de ellos o de ella la sociedad. En gran parte era el motivo por el que había procurado vivir siempre lejos, estudiando en el extranjero y obteniendo becas que impidieran que tuviesen que mantenerla.

Sí, eran sus padres y los quería, pero les conocía demasiado bien como para saber qué quería esperar de ellos.

—¿Qué es eso de que te dispararon? ¿En dónde estás? ¿En qué te has metido ahora?

Puso los ojos en blanco ante el interrogatorio paterno, levantó la mirada y se encontró con la del hombre que la había salvado.

—Me han disparado y tengo un agujero en el vientre que lo demuestra, estoy con… mi marido, el cual se ha encargado de que no estirase la pata —soltó sin anestesia—. Parece tener bastante aprecio por mi vida, la verdad. Pero tranquilo, lo que esperas todavía no se ha producido, no me he metido en absolutamente nada de lo que tú tengas que sacarme.

Una lenta y divertida sonrisa empezó a curvar los labios masculinos.

—¿Tu marido? —La confusión en la voz de su padre la hizo sonreír—. Pero ¿no cancelaste la boca?

Típico. Echarle la culpa a ella de todo lo que le pasaba.

—No, papá, yo no cancelé la boda, el novio me dejó plantada en la iglesia, ¿puedes entender la diferencia? —le soltó—. Pero no te preocupes, es algo que solucionaré tan pronto pueda levantarme de aquí, iré a buscar a ese capullo…

Un bajo gruñido atrajo de nuevo su atención hacia el hombre que permanecía en su misma habitación.

—Por encima de mi cadáver.

—...y haré que me devuelva cada moneda que he invertido en esta maldita ceremonia —continuó sin sacarle los ojos de encima.

—Dame su nombre y dirección y lo haré por ti —replicó Mijaíl.

—Tentador, pero no quiero matarlo, sólo retorcerle los huevos —aseguró apartando el teléfono de su boca.

—No pondrás tus manos cerca de esa parte de la anatomía de ningún hombre, compañera, salvo la mía, claro.

Enarcó una ceja ante la seguridad en su voz.

—Ya te gustaría…

—No tienes idea de cuánto.

—¿Merry? —Volvió a escuchar la voz de su madre—. ¿Quién está contigo?

—¿Con quién te has liado ahora?

Como siempre, su padre pensaba lo mejor de ella. Apretó los dientes, abrió la boca.

—¿Escuchas cuando hablo? Acabo de decirte que me he casado con… —No pudo terminar pues él le quitó el teléfono y se lo llevó al oído.

—Soy Mijaíl Čech Alezandru. Mi esposa no está en estos momentos en disposición de recibir visitas —le soltó en frío, sin dejar de mirarla a los ojos mientras hablaba—. Merryna necesita descansar. Si quieren verla estaré encantado de darles la dirección de mi residencia. También pueden encontrarme en *Tower Vlk*, en Bratislava, sólo pregunten por mí.

Con eso cortó la llamada y se guardó el teléfono.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

—Acabo de hacerlo.

—Les has dicho que soy tu esposa.

—Lo eres. —Él no tenía ninguna duda al respecto—. Lo que nos lleva a otro punto importante. ¿Cómo has terminado a punto de casarte con un lobo si no era tu compañero?

—Porque desconocía todo ese asunto de los compañeros, de hecho, sigo sin estar muy segura de su significado y ese capullo no me dio tiempo a preguntárselo cuando me envió a su padrino para decirme que no iba a venir.

Su rostro decía a las claras lo que opinaba.

—Cualquiera con un poco de sentido común, a punto de casarse y con alguien de una raza distinta, tendría un poco más de… curiosidad o al menos preguntas…

Su insulto le picó y reaccionó al instante.

—Un año me parece tiempo más que suficiente como para que esa persona de distinta raza tenga a bien poner en conocimiento a su novia y prometida sobre los entresijos que traen consigo… esto… —Los señaló a ambos—. Y créeme, pregunté, vaya si pregunté… justo después de gritar como una histérica la noche en la que se emborrachó y me dio el susto de mi vida. Todavía considero un milagro el que no me hubiese dado un ataque al corazón o él terminase intacto.

Nunca había gritado tanto en su vida como aquella noche. Se habían encontrado por casualidad en una de las pocas fiestas a las que solía asistir, él había acudido allí con otra mujer y, después de lo que pareció una discusión entre ambos, ella se había largado dejándolo solo. Ni siquiera sabía cómo habían llegado a terminar los dos encerrados en el mismo ascensor o qué fue lo que propició la inusual conversación que siguió. Estaba claro que él había bebido, posiblemente incluso antes de venir y entonces ocurrió. De un momento a otro dijo algo sobre estar mareado y al siguiente había un enorme lobo atrapado con ella.

Sí. Se había puesto histérica. Se había negado a creer lo que veían sus ojos y había aporreado las paredes sin descanso, gritado hasta quedarse afónica mientras ese chucho parecía empeñado en taladrarle el cerebro con su lloriqueo.

Al final no le había quedado otro remedio que acostumbrarse, que aceptar que lo que vivió durante las dos horas que estuvieron encerrados era realidad y que esos cambios de hombre a lobo y de lobo a hombre realmente se habían producido.

Oh, después de eso él la había buscado para disculparse una y mil veces. La había invitado a comer, a cenar, siempre con la necesidad de disculparse y compensarla. Le había enseñado poco a poco un mundo que no había sabido ni que existiese, le presentó a sus amigos, a sus compañeros de trabajo en la comisaría en la que estaba destinado, pero nunca le explicó nada sobre medias naranjas, almas gemelas o matrimonios lupinos.

—¿Un compañero de trabajo? —sugirió él.

Negó con la cabeza.

—Nos conocimos por casualidad en la inauguración de una galería de arte. —Se encogió de hombros—. Lo nuestro sin duda empezó en un ascensor.

Sí, sabía cómo sonaba eso. Sabía lo que se decía de ella en la empresa y también podía imaginarse la de cosas que se estarían diciendo ahora.

—¿E ibas a casarte con él sin saber nada de su mundo?

Su tono la molestó.

—La próxima vez pediré un dosier con credenciales y puede que un resumen de la cultura lupina.

—No habrá próxima vez, no para ti.

Puso los ojos en blanco.

—Si piensas que voy a aceptar esa estupidez de no sé qué matrimonio canino la llevas

clara… —resopló—. Ni siquiera te conozco…

—Y eso pone de nuevo de manifiesto que no sabes absolutamente nada de mi raza ni de mis costumbres —continuó, parecía estar psicoanalizándola y eso la ponía de mal humor—. Sencillamente te dejaste seducir y fuiste abandonada.

Su acusación la llevó a enrojecer.

—Yo no me dejé seducir.

—¿Eres virgen?

Ese hombre se estaba ganando una bofetada a pulso, si tan solo lo tuviese un poco más cerca, le presentaría su mano derecha.

—¿Y a ti que te importa?

—Más de lo que entiendes —aseguró y caminó hacia ella, quedándose a un lado de la cama—. La compañera o el compañero de un lobo no se elige, se encuentra. Cada miembro de mi raza se empareja con su otra mitad a la que solemos reconocer por su aroma, por su presencia... Lobos o humanos han demostrado ser compatibles, lo que hace que tú y yo lo seamos. Tu prometido no era libre, no completamente, como para ofrecerte matrimonio. Sé que hay lobos que lo hacen, cansados de esperar, deciden adoptar un tipo de relación más… humana, pero… sencillamente, no se hace.

Negó con la cabeza.

—Te diría que lamento lo que te ocurrió, pero no sería cierto —continuó con total tranquilidad—. Hubiese preferido que se diese en otras circunstancias, hacerlo de otra manera, pero no tuve opción. Te encontré, te reconocí y te estabas muriendo. No tuve otra opción que reclamarte. En otras palabras y para que lo entiendas, a la manera de mi pueblo, somos marido y mujer.

Se lo quedó mirando un rato.

—Y pensar que empezabas a caerme bien —chasqueó—. De verdad, te agradezco que me echaras una mano, pero esto... No me lo creo.

—Pues créetelo porque no hay vuelta atrás —le informó sin más—. Con el tiempo vas a darte cuenta de que lo que digo es verdad. Pero estoy dispuesto a dejar que lo descubras por ti misma, Merryna.

Dicho eso dio media vuelta y salió de la habitación dejándola sola con sus pensamientos.

Casada con él. Compañera de un lobo. Ese hombre necesitaba terapia y urgente.

CAPÍTULO 6

Praga. Una ciudad llena de turistas, gente de diferentes etnias que se daban cita cada día en los mismos lugares siguiendo un patrón inquebrantable. Posó su taza de café en el platillo y sacudió el periódico, abriéndolo por la página de sucesos. Una tras otra las noticias recordaban la pertinencia del género humano y sus carencias, la miseria de sus prescindibles vidas y ello reafirmaba su propina opinión.

Miró el reloj con gesto aburrido, todavía faltaban un par de horas para su cita, una de las que había confirmado esas últimas semanas.

Las cosas se iban moviendo poco a poco, cada pieza iba encajando en ese tablero de ajedrez a la espera de hacer un próximo movimiento.

Sí, estaba perdiendo peones, pero eran fácilmente sustituibles, podía permitirse sacrificarlos ahora sí con ello conseguía lo que deseaba después.

Miró por encima del periódico y entrecerró los ojos ante un grupo de jóvenes que hablaban en otro idioma. Se jactaban de la agradable noche que habían tenido el día anterior y de sus conquistas. Típico de la contaminada juventud.

Ella también había sido así, joven, voluntariosa, fácilmente corrompible. Debería haberla separado de la loba mayor desde el principio, incluso matarlas a ambas, pero eso habría levantado sospechas y habría dejado constancia de que el culpable seguía ahí fuera.

No, había sido un movimiento hábil, una casualidad que se había presentado como una nueva oportunidad para llevar a cabo sus planes y hacer de su venganza algo mucho más íntimo y personal, con unas metas mayores. Cuando las vio allí supo que debía verse como un dócil ranchero, un hombre que había perdido a su familia años atrás —una verdad en medio de las mentiras—, y que las echaba tanto de menos que había volcado sus atenciones en un par de huérfanas.

Después de todo, las casualidades podían traer consigo premios inesperados, prueba de ello era lo que había ocurrido tres días atrás. No lo había planeado, se limitaba a mantener a esos estúpidos lobos entretenidos y a sembrar el caos suficiente para tenerlos activos.

Pero al parecer, en una de esas persecuciones inútiles, además de dar caza a esos desechos de la sociedad, se habían llevado por delante a una humana, nada más y nada menos que a la compañera destinada al alfa de Bratislava.

La humana había sido un daño colateral y no estaban seguros de que saliese de tal encuentro con vida.

Sin duda era justicia poética.

Dobló el periódico y continuó con su alto matutino. Buenas vistas y un ambiente bohemio contribuían a aligerar su humor.

El teléfono empezó a vibrar al momento, la luz de la pantalla se encendió y sonrió para sí al reconocer el número. Aquel iba a ser sin duda otro golpe de efecto, uno bastante personal y único con su propio sello.

No había nada tan gratificante como darse a conocer delante de todo el mundo sin que se supiese quién era en realidad.

Había un poder embriagador y extraño en manipular los hechos sin el conocimiento de

aquellos que intervenían poniendo en marcha su propio plan.

—Ah, mi querida Ángela, pero qué agradable escuchar tu voz.

Su interlocutora le comunicó en pocos minutos el éxito de la transacción, así como el nombre del elegido.

—Bien, bien. ¿Toda la colección? Espléndido. Soy muy afortunado.

Escuchó la cháchara de esa estúpida mujer cuya única valía residía en sus contactos y, prometiéndole hacer futuros negocios, colgó el teléfono dejándolo de nuevo sobre la mesa.

Las cosas ya estaban en marcha, todo fluía con la suavidad y delicadeza que debería, una teñida del rojo de la sangre vertida tantos años atrás.

Miró el aparato y esbozó una ligera sonrisa.

Había llegado el momento de la calma, de hacerles pensar que sus inútiles esfuerzos habían dado sus frutos, dejaría que se confiaran y mientras ellos recuperaban el aire, él empezaría con el acto final.

Se terminó el café, le dio la vuelta al pocillo dejándolo sobre el plato y recogió el periódico y el móvil.

Era hora de volver al trabajo y seguir siendo el hombre anodino que fingía ser ante el resto del mundo.

CAPÍTULO 7

Un mes. Treinta malditos días allí metida y vigilada como si fuese una niña, como si no hubiese pasado los últimos años buscándose la vida, cuidándose sola, huyendo de aquel que pretendía darle caza. Necesitaba su libertad, la quería más que nada y era algo que no podía encontrar en ese asfixiante lugar.

Denali golpeó el saco de arena con furia, las vendas de las manos eran la única protección que llevaba pues necesitaba sentir cada golpe, recordarse a sí misma que seguía viva o enloquecería.

Se movió con la soltura de siempre, conectó un par de patadas y un nuevo gancho antes de detenerse jadeando, el sudor chorreando de su cuerpo, empapándola.

—No soy una damisela en apuros —masculló y golpeó el saco con rabia—. No soy una maldita flor de invernadero. —Otra patada—. Y odio a ese mentecato más que a la vida misma.

La última patada la falló, acabó perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo de espaldas. Jadeante y rabiosa, tenía unas enormes ganas de llorar.

¿Quién le iba a decir que podría echarle tanto de menos? ¿Quién habría podido suponer que, en apenas un par de semanas, habría pasado de ser un desconocido a alguien tratable?

Velkan se había tomado la promesa de conocerla a pecho, no se apresuraba, ejecutaba cada movimiento con precisión milimétrica, era como si se estuviese haciendo un retrato de su persona mientras le dejaba a su vez ver algunas cosas de él.

Su compañero, el príncipe de la raza, un hombre que despertaba en ella emociones intensas que se obligaba a mantener a raya, alguien a quien no acababa de ver en realidad como si el hecho de mostrarse a sí mismo pudiese vulnerar su poder.

Su reserva natural la volvía loca de una manera desquiciante, era como si no estuviera completamente seguro de a qué bando pertenecía y quisiese mantenerla al margen.

Y, a un nivel íntimo, lo había hecho.

Se estiró sobre el suelo y luchó con las lágrimas. No iba a llorar, no permitiría que nadie viese sus lágrimas o la frustración que la corroía. Tenía que mantenerse fuerte para Nahara, no quería que su mejor amiga dejase de disfrutar la alegría y la dicha que había encontrado junto a su compañero para preocuparse por ella.

Se limpió la cara con los dedos y se frotó la nariz.

—Soy una tonta.

Se incorporó hasta quedar sentada y entonces lo vio, apoyado en el umbral de la puerta del gimnasio, vestido todavía de traje y con su abrigo colgando del brazo.

—No creo que nadie en esta vida se atreva a llamarte nunca tonta, *prietenă*.

Su loba se revolvió extasiada, reconociéndole y dándole la bienvenida.

—Alteza —masculló—. Bienvenido de nuevo.

Lo vio chasquear la lengua. Entonces, sin mediar palabra, dejó el abrigo a un lado, se quitó la americana, la corbata y los zapatos para pasar a continuación a las colchonetas remangándose las mangas de la camisa en el proceso.

—¿Alteza? ¿Tanto hemos retrocedido, princesa?

Llegó hasta ella y le hizo un gesto con la mano para que se levantase.

—Ni siquiera soy consciente de que hayamos avanzado, mi príncipe.

—Me lo merezco —aceptó abriendo los brazos—. Ahora, veamos si puedo drenar un poco esa frustración que lleva taladrándome el cerebro toda la semana.

La alusión a su vínculo de pareja la puso del mal humor. Él no la había reclamado todavía, pero tenían una conexión especial que iba más allá y les permitía una cercanía particular desde el momento en que se encontraron.

—Tú desconoces siquiera el significado de esa palabra.

Sonrió, dio un par de pasos atrás y la llamó.

—Ven, Denali. —La llamó—. Veamos si soy capaz de ponerle remedio.

Se levantó como un resorte, acicateada por la rabia.

—Te voy a hacer daño...

Se rio y su sonido la estremeció completamente.

—Correré el riesgo, compañera. —La llamó de nuevo—. Vamos... estoy esperan...

No le dejó terminar, su loba gruñó sintiéndose desafiada y como buena alfa, atacó.

Apenas si fue consciente de haber lanzado el primer puñetazo, cuando se vio derribada con fuerza sobre la colchoneta.

—Sé que puedes hacerlo mejor. —Dio un paso atrás y esperó—. Vamos.

Apretó los dientes, se levantó de nuevo y conectó una serie de golpes que él no tuvo dificultad en bloquear antes de mandarla de nuevo al suelo.

—Mejor, mucho mejor —le aseguró al tiempo que daba de nuevo un paso atrás y recuperaba la posición—. Vamos, otra vez, dejaré incluso que me ganes.

Aquello ya era el colmo, se estaba riendo de ella, dominándola sin esfuerzo, llevándola a su terreno y burlándose de su frustración.

Su orgullo se resintió y con ello llegó la insensatez. Se lanzó al ataque sin medir las consecuencias, dejó que su loba asumiese el mando y, antes de meditar lo que hacía, cambió a su forma lupina y lo derribó.

«Deja de reírte de mí».

Para su sorpresa le cogió la cabeza lupina con ambas manos y hundió los dedos en su pelaje, apretando el rostro contra su cuello y aspirando su aroma.

—Eres adorable, lobita, pero no muy lista.

Al momento se había zafado de ella y, en forma lupina la dominaba con su estatura y presencia. Su loba retrocedió al instante, reconociendo su liderazgo y supremacía.

«Nunca te metas en algo que no puedas ganar, compañera».

Caminó hacia ella y la empujó con su cuerpo de manera juguetona, restregándose contra su costado para finalmente darle un lametón en el morro.

«También pones morritos en forma de loba, que mona».

Aquello fue demasiado. Cambió al momento y lo apuntó con el dedo.

—Yo no pongo morritos.

—Sí, Dena, si los pones. —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Y eso te hace tremendamente adorable.

Afirmó las palmas sobre su pecho para mantenerse alejada de él.

—Suéltame ahora mismo, no tienes derecho a tratarme así después...

—¿Después de haberte dejado sola los últimos quince días? —sugirió y asintió con la cabeza—. Regañina merecida, princesa, ahora, ¿me dejarás arreglarlo a mi manera?

Se llevó las manos a las caderas y le señaló la puerta.

—¿Cómo? ¿Largándote de nuevo?

—Ambos necesitábamos espacio, muchachita, no habría sido honrado de mi parte hacer lo que quería hacer cuando apenas nos acabamos de encontrar.

Gruñó.

—No me llames muchachita.

—Oh, Denali, lo eres, una loba demasiado joven... —aseguró sin dejar de mirarla—. Si las cosas hubiesen sido de otra manera...

—Pero no lo fueron.

—Razón de más para tomarnos todo esto con calma y analizar la situación.

—¿Qué maldita situación?

—La de ti estando desnuda y en mi cama. —La empujó haciéndola caer para seguirla él—. Mi aroma marcando tu piel. —Se lamió los labios—. Y mis colmillos hundiéndose en esa tierna carne...

Se quedó suspendido en sus labios, mirándola a los ojos.

—Y eso es justamente lo que quería ver...

Empezó a retirarse.

—¿El qué? —No pudo evitar preguntar.

—La curiosidad —aseguró poniéndose en pie y tirando de ella al mismo tiempo—. Y no el miedo o el recelo que tenías en tus ojos la primera vez que estuvimos a solas en la misma habitación.

La miró detenidamente.

—Es un buen comienzo —declaró complacido consigo mismo—. Ahora ya puedo hacer lo que tenía en mente.

Entrecerró los ojos.

—¿Volverme loca?

Le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Seducir a mi compañera.

Ahogó un jadeo cuando la cogió de la cintura y la atrajo hacia él, apretándola contra su cuerpo para besarla hasta robarle cualquier brizna de aliento.

—Siento haber estado ausente, no volverá a pasar.

Dicho eso le acarició de nuevo la cara, recogió sus cosas y la dejó.

CAPÍTULO 8

Velkan se relamió y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dar media vuelta, coger a la hembra y llevarla a su dormitorio para acabar lo que había empezado.

Esas dos últimas semanas habían sido una verdadera tortura, nada había conseguido sacársela de la cabeza, sus tumultuosas emociones se mezclaban con las de ella y formaban juntas un remolino que a duras penas podía contener. Arik había amenazado incluso con encerrarlo y tirar la llave, sólo la investigación que habían llevado a cabo por su lado había evitado que volviese a ella antes.

Denali necesitaba tiempo para acostumbrarse a él, a lo que significaba su presencia y a que su vida ya no sería la de antes. Ya no tenía que ser una loba nómada y eso le costaría, lo sabía por experiencia.

Verla descargar su frustración con el saco de boxeo lo hizo sonreír; era un verdadero torbellino. Estaba frustrada y enfadada con él, podía sentir su tumulto interior, lo que generaban en ella las inesperadas emociones creadas por su vínculo de pareja y que no sabía cómo enfrentarse a ellas.

Y tenía que admitir que no era la única, daba igual la de veces que había visto emparejamientos, lo cerca que unirse estado de esas nuevas familias de dos, él llevaba toda la vida esperándola y ahora que la había recuperado tampoco sabía muy bien cómo enfrentarse con esas emociones.

Sabía que una vez que la reclamará la necesidad se aplacaría poco a poco, con la cercanía se irían entendiendo y sus lobos se relajarían, pero lo que le faltaba ahora mismo era tiempo.

Atravesó la casa habitación tras habitación agradeciendo interiormente a uno de sus alfas que hubiese tenido a bien darles cobijo. Sabía que Radu quería dejarle a sus anchas, pero todo lobo echaba de menos su casa y él no era una excepción.

Optó por subir a su dormitorio, necesitaba darse una ducha, a poder ser fría, antes de bajar y encontrarse con sus alfas y escuchar las novedades.

—Ah, ya estás aquí, bien.

Se detuvo en seco al escuchar la voz del alfa de Praga, se giró y le vio caminando hacia él —. ¿Qué tal el viaje?

—Tal y como se suponía que iría —respondió esperando a que el lobo se reuniese con él —. Ha habido alguna novedad en mi ausencia.

El rostro del lobo se oscureció y eso activó algo en él.

—¿Qué ha pasado?

—Han vuelto a atacar —le informó, negó con la cabeza y suspiró—. Y han herido a la compañera de Mijaíl.

La noticia lo cogió por sorpresa.

—¿A la compañera?

Asintió y se pasó una mano por el pelo.

—Sí, nos ha pillado a todos por sorpresa, a él el primero —aceptó con gesto contrariado —. Especialmente porque el encuentro ha sido de todo menos… normal.

En pocos minutos le había relatado lo ocurrido seis días atrás. Una mujer humana, una

muchacha inocente que había sido alcanzada por una bala perdida y que casi muere en los brazos del alfa de Bratislava.

No eran noticias alentadoras y no pudo evitar gruñir de furia ante lo sucedido.

—¿Por qué no se me informó? —Era una obvia acusación. Había estado fuera, sí, pero dejó órdenes estrictas de que se le mantuviese al tanto de todo.

—Arik estaba al tanto.

Masculló una vez más en su idioma natal y sacudió la cabeza. Su beta en ocasiones se tomaba atribuciones en su nombre, decidiendo lo que era importante y lo que no.

—¿Dónde están?

—Están alojados en Ke Karlovu.

Enarcó una ceja.

—¿No es ahí donde has comprado una nueva propiedad para tu compañera?

—En el estado en el que estaba no podíamos trasladarlos y no quisimos arriesgarnos a traerlos aquí con Denali bajo este techo —aseguró e hizo una mueca—. Él fue el primero en negarse.

Sí, suponía que lo haría. Lo que sí le sorprendía era la manera en la que Radu hablaba de su hermano. No le gustaba lo que había pasado, pero si servía para que los mellizos limasen asperezas, bienvenido fuese.

—¿Cómo está ella?

—Malik y Melinka la han estado atendiendo —le informó—, y parece que esta mañana se ha despertado por fin. Mijaíl… se vinculó con ella para mantenerla con vida…

Un movimiento peligroso, pensó, pero no culparía al lobo alfa por algo que habría hecho él mismo en caso de necesidad.

—Es su compañera…

—Es humana.

Sonrió de soslayo.

—Tu Judith también lo es…

Resopló.

—Mi compañera es… un caso aparte.

Sonrió y posó una mano sobre su hombro.

—Procura no decir eso cuando ella esté presente, amigo mío —le aconsejó—. Gracias, Radu.

Se despidió y continuó hacia su propio dormitorio pensando en todo lo que había pasado el último mes, en cómo se había trastocado la vida de cada uno de sus lobos y lo que la aparición de su propia compañera había suscitado.

Maldito fuese ese hombre.

Los ataques destinados a probar sus fuerzas y a mantenerle alerta habían sido continuos, un acoso que había traído consigo demasiadas bajas. Sabía que Denali estaba nerviosa, odiaba sentirla de esa manera, inestable, preocupada, rabiosa por no poder poner remedio a algo que ni siquiera era culpa suya.

Tenían que encontrar a ese desgraciado, quería que pagase por todas las muertes que había ocasionado y, aun así, sabía que no sería suficiente. Lo que les había hecho a esas jóvenes lobas le había destrozado el corazón, dos niñas inocentes, dos víctimas a las que iba a vengar así les llevase toda la eternidad.

Habían tenido una extensa charla con Nahara y Denali nada más llegaron, pero la información que le brindaron no acababa de esclarecer quién era ese individuo y porqué iba

detrás de él. No podía sacarse de la cabeza la manera en la que su compañera hablaba de él, cómo había narrado los sucesos y los precisos detalles que recordaba.

«En su voz sólo había rabia, rencor y pretendía que yo sintiese lo mismo, pero no podía, no era algo... natural».

Ella misma parecía atrapada en esas palabras, con ese sentimiento, como si lo tuviese tan interiorizado que tenía que repetirlo para no olvidar cuál era la verdad.

Su compañera había sido prácticamente abducida, criada para odiar a su propia raza, había confiado en alguien al que creía su salvador solo para darse cuenta de que había estado viviendo con el mismísimo demonio.

«Nos traicionó de la peor de las maneras y cuando se dio cuenta de que sabíamos la verdad, no se molestó en negarlo... nos recordó que le debíamos lealtad».

Su voz había sido dura, cruda…

No, ese perro bastardo tendría que salir antes o después, por alguna razón que desconocía lo quería a él, lo buscaba a él y cada día que pasaba tenía más ganas de salir y buscarle.

Lo encontraría, antes o después lo haría y entonces, pagaría con sangre todo el horror que había creado.

CAPÍTULO 9

Mijaíl se encerró en la habitación, no podía pensar, no podía hacer otra cosa que intentar respirar a través del nudo que tenía en el pecho. Extendió la mano sobre la mesa y apretó los dientes, estaba temblando, no podía dejar de hacerlo, no podía quitarse de encima el miedo, porque eso era lo que sentía, miedo.

Se pasó ambas manos por el rostro, hundió los dedos en el pelo y se obligó a respirar profundamente.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez? ¿Cuánto que no venía el pasado a robarle las fuerzas?

—Ella está viva. No la has perdido. Está viva.

Se obligó a meterse eso en la cabeza, a recordar su rostro, sus gestos al hablar, su peculiar ironía, su sabor... Su compañera estaba bien, un poco confundida con respecto a él y a lo que significaba su presencia, pero algo subsanable con el tiempo.

Respiró de nuevo, un par de inspiraciones profundas y poco a poco consiguió dominar la crisis.

Dios, él no rezaba jamás y esos últimos seis días había rogado de todas las formas posibles por su recuperación, porque le permitiesen disfrutar de esa segunda oportunidad y, por encima de todo, mantenerla a salvo.

Y lo más absurdo de todo es que era una completa desconocida, alguien que tenía pensado casarse con otro hombre.

Gruñó, su lobo no quería otro macho cerca de ella. Siempre había sido bastante territorial y ello le había traído problemas en el pasado.

No, no podía cometer el mismo error de nuevo, no podía volver sobre sus pasos y arriesgarse a pasar de nuevo por aquello.

—Es humana no una loba psicótica.

Un extraño consuelo, uno que no ocultaba la cantidad de conflictos que sin duda les esperaban.

Merryna no tenía idea de nada. Él sabía que su intención era recuperarse y volver a su vida, pero estaba muy pero que muy equivocada al pensar que todo sería como antes. La había marcado, estaba reclamada y su lobo la atraería, su sangre llamaría a la de ella y no iba a ser sencillo si estaban separados.

Pero algo le decía que no le escucharía dijese lo que dijese, era una mujer que tenía que ver para creer, experimentar las cosas por sí misma. Oh sí, iba a ser una aventura de lo más interesante y también frustrante, de eso no le cabía duda.

Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Quería volver a casa, necesitaba volver a su hogar, a su territorio y ponerse de nuevo al servicio del príncipe.

—Cuando el diablo no tiene que hacer, mata moscas con el rabo —masculló para sí.

Y el diablo parecía estar muy aburrido.

Cerró los ojos y se permitió sentirla, reconocerla como lo que era. No dejaba de ser un lobo y su primer instinto era para con la mujer que reconocía como suya, le daba igual que fuese una desconocida, que no supiese de su vida, en lo que creía, lo que le gustaba o lo que odiaba…

Todo ello llegaría a descubrirlo con el tiempo.

Y ella necesitaba ese tiempo, ese espacio y comprender el significado que traía consigo para una mujer humana y los cambios que su reclamo conllevaba.

Sí, sería duro y no sólo para la muchacha, él no iba a estar mucho más cómodo lejos de su compañera de lo que lo estaría la hembra, pero intuía que sería la única manera de que comprendiera lo que sería su vida a partir de ahora.

Eso también le daría tiempo para poner sus asuntos en orden, para solucionar lo que el disparo había interrumpido... Y le permitiría a él indagar también sobre el capullo que la había dejado plantada en el altar.

Si pertenecía a la manada de Radu iba a tener unos cuantos problemas, por otro lado, se trataba de su propia compañera así que el asunto era completamente suyo.

Sintió como poco a poco el nudo empezaba a remitir, ahora que tenía claras sus metas, podía respirar un poco más tranquilo y centrarse en descubrir quién era la muchachita que el destino había puesto en su camino.

—Una nueva compañera —murmuró para sí y no pudo evitar pensar en su hermano y en las palabras que le había dedicado su compañera.

—Ojalá las cosas fueran tan sencillas.

Suspiró y se levantó del asiento al mismo tiempo que llamaban a la puerta y se abría al momento.

—Al fin. —Apareció Nicolae—. ¿Tienes idea de la cantidad de habitaciones que tiene esta choza? A Judith le va a dar un ataque si tiene que limpiarlas ella.

Miró a su beta.

—No podría importarme menos, no tengo intención de usar ninguna más que esta o la que ocupa Merry.

—Así que Merry, bonito nombre.

Gruñó y eso lo hizo reír.

—Oh, estaba deseando oír eso de nuevo —aseguró divertido—, pero tendré que dejar mi disfrute a un lado porque tengo noticias y no son precisamente buenas.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba revisando el correo y los mensajes de la torre y me he encontrado con uno bastante preocupante de Braden.

Frunció el ceño al escuchar el nombre del lobo.

Braden Virnikof era uno de sus mejores amigos, en cierto modo había ocupado el lugar de su hermano después de la muerte de Zuzanka, y era también el rastreador número uno de su manada.

—¿Lo ha enviado a la Torre?

Eso ya de por sí era extraño. Él sabía que iba a pasar una temporada en Praga, con Nicolae haciéndole de escolta, Brad era el único en quién confiaba lo suficiente para cuidar de su territorio.

—Sí, y no te va a gustar lo que dice.

Le pasó su teléfono y puso el manos libres de modo que pudiese escuchar el contenido. La voz masculina con un profundo acento se dejó notar de inmediato, hablaba de forma agitada, como si hubiese estado corriendo o persiguiendo algo.

—Misha. —Él era uno de los pocos que utilizaba el diminutivo de su nombre—. Sé que tienes cosas que hacer en territorio checo, pero no estaría de más que te pasases por casita en cuanto oigas este mensaje. Está ocurriendo algo raro en los límites de tu territorio. Han reportado

ya varias desapariciones en los pueblos de *Čierne* y *Hrčava*, al parecer se han visto forasteros. Dado lo que está pasando ahí, no me sorprendería descubrir que la cosa se esté extendiendo. Voy a echar un vistazo a la zona y volveré a casa. Saludos al culo peludo de Nicu.

—Le he devuelto la llamada, pero no contesta —añadió Nicolae, quien mantenía un semblante serio—. El mensaje es de hace dos días.

Aquello hizo que su lobo erizase el pelo. Su amigo no estaría tanto tiempo sin dar señales de vida o sin volver a comunicarse para informarle de sus pesquisas.

—¿Lo has intentado en su casa?

—En su casa, en la torre, incluso he llamado a la perra de Gloria —aceptó serio—. Ninguno lo ha escuchado o visto en los últimos dos días.

Siseó. No le gustaba, no le gustaba ni un pelo.

—Tengo que volver a Bratislava.

Su compañero levantó el pulgar y señaló por encima del hombro.

—Tu compañera no está todavía en posición de viajar…

Miró a la puerta y gruñó de nuevo.

—No lo hará —negó y sintió como el peso de su decisión se hundía en su estómago. Dios, eso iba a ser un jodido infierno—. Se quedará aquí.

Nicolae no tardó en protestar.

—Pero, es tu compañera...

—Merry tiene cosas que solucionar —lo atajó.

—Acabas de emparejarte, Mijaíl —le recordó oportunamente—. Y no solo eso, la has vinculado a ti.

Asintió lentamente.

—Y ella necesita saber qué significa eso.

El lobo sacudió la cabeza.

—Tío, eres un cabronazo —gruñó a su vez—. No, no me gustaría estar en tu pellejo, pero ni un poco.

—A veces hay que hacer sacrificios...

Bufó, obviamente no estaba conforme con ese tipo de sacrificios.

—Te estás volviendo masoquista con el tiempo —le soltó convencido—. Te han dado una nueva oportunidad y, ¿qué haces? Decides dar un paseo por el infierno, descalzo y sin agua.

Lo miró de soslayo.

—Algo que hasta el momento se me ha dado de puta madre, ¿no?

Sacudió la cabeza, ya sabía que nada de lo que dijera haría que cambiase de opinión.

—Odiaría estar en tu pellejo.

Sonrió de refilón.

—Por suerte para ti, no lo estás.

Dicho eso, le dio una palmadita en la espalda y abandonó la habitación. Había llegado el momento de darle las buenas noticias a su protestona compañera.

CAPÍTULO 10

Denali no podía más. Tenía que salir de allí de un modo u otro y la manera más rápida era sin duda diciéndoselo a su compañero. El numerito que habían protagonizado en el gimnasio la había dejado incluso más volátil, su loba estaba tan inestable que sería capaz de morder al primero que pasase por delante con tal de tranquilizarse. Necesitaba moverse, necesitaba correr e iba a hacerlo con o sin su permiso.

Llamó a la puerta y entró sin más encontrándose al príncipe recién salido de la ducha. El pelo negro mojado, toda esa piel morena a la vista, músculos bien definidos, hombros anchos y un rastro de vello que descendía desde su ombligo perdiéndose bajo la línea de la toalla oscura que le envolvía las caderas. Sus piernas eran largas y fuertes, salpicadas apenas por alguna que otra vieja cicatriz, al igual que en el costado.

Enarcó una ceja y se llevó las manos a las caderas, enfatizando todavía más el hecho de su presencia allí y que estuviese prácticamente desnudo, cosa que obviamente parecía importarle muy poco.

—¿Necesitas alguna cosa, Denali?

Su pregunta fue como una bofetada. Sintió como empezaba a aumentar el calor en la habitación, las mejillas se le enrojecían y tuvo que obligarse a fijar la mirada en sus ojos, el único lugar medianamente seguro de toda aquella anatomía masculina.

—Necesito salir de aquí, de estas cuatro paredes.

Chasqueó y le dio la espalda sin más miramientos.

—Ahora mismo no es aconsejable que vagues por ahí fuera.

—No soy tu rehén, me he cuidado perfectamente sola durante estos últimos años, no es…

La miró de soslayo, callándola al momento, sus ojos contenían una lupina amenaza que la hizo querer gruñir, pero era su alfa, por encima de todo, era quien mandaba sobre ella y sobre todos los lobos. Un instinto primario la obligaba a agachar la cabeza y obedecer, pero era uno contra el que luchaba con todas sus fuerzas.

—La nueva compañera del alfa de Bratislava ha sido atacada por los renegados a los que se está dando caza y se ha pasado los últimos seis días debatiéndose entre la vida y la muerte —declaró con voz fría, letal—. No voy a dejar que salgas ahí fuera y corras su misma suerte.

La noticia la impactó y voló de un plumazo toda su animadversión.

Sabía que los ataques se habían ido repitiendo a lo largo de las últimas semanas, Nahara se aseguraba de mantenerla al tanto y de tranquilizarla. La mayoría, le había dicho, eran escaramuzas, como si saliesen a propósito de sus escondites solo para que los persiguiesen. Se habían limitado a jugar al gato y al ratón con bajas únicamente por lado de esos indeseables, eso cuando las había. Pero atacar a la compañera de un alfa, eso eran palabras mayores, era una declaración de guerra en toda su extensión.

—Te dije que solo era el comienzo… —murmuró recuperándose, pensando en todos los motivos por los que no deseaba estar allí, con él, con todos esos lobos—. Que solo era un truco, una manera de manteneros entretenidos mientras seguía maquinando sus planes. ¿Y si ahora va a por las compañeras de los dirigentes de las regiones? No tendría más que atacar este lugar para dar un gran golpe y… Oh Dios. Sabía que esto no era buena idea, sabía que no podía volver

hasta que ese maldito estuviese muerto y…

En un par de zancadas estaba frente a ella, sus manos aferrándola de los hombros, calmándola con su sola presencia.

—No, Denali, no le des lo que quiere —la enfrentó—. Esto es lo que desea, la disidencia, el conflicto, especialmente entre nosotros.

Sacudió la cabeza.

—La han herido por mi culpa, Velkan, ¿es que no lo entiendes? —protestó empezando a desesperarse—. No cejará en su empeño hasta tenerme y llegar finalmente hasta ti.

—¿Por qué estás tan segura de ello? ¿Quién es, Denali? ¿Quién puede tener tanto poder como para enfrentarse a mí?

Negó de nuevo. Aquello era algo de lo que ya habían hablado hasta el cansancio, pero hasta el momento nada había servido siquiera para acercarse a dónde permanecía oculto y sembrando el dolor y el miedo.

—Como ya te dije, todo lo que sé es que te odia y lo hace con una pasión enfermiza —sacudió la cabeza—. Nunca entendí el motivo, cada vez que le preguntaba… su respuesta venía acompañada de una advertencia para que no volviese a preguntar. Todo esto es por ti, solo por ti, pero tú no eres suficiente, necesita más… es como si necesitase…

—Castigarme.

Asintió. Sí, esa era la sensación que le daba, que siempre le había dado pero el motivo seguía siendo una incógnita.

—Ojalá pudiese decirte más, pero todo lo que sé es lo que nos ha dejado ver a Nahara y a mí durante toda mi infancia, solo se le cayó la máscara una vez —murmuró en voz baja, fría, tan mortal como lo había sido ese momento—. Y fue la vez en la que vi la cara del diablo.

—Está bien, *prietenă*, antes o después lo descubriremos.

Levantó la mirada para encontrarse de nuevo con la de él.

—Necesito salir ahí fuera, Velkan, tengo que hacer algo, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras Nahara se enfrenta a toda clase de peligros dando caza a esos indeseables —declaró con fiereza—. Me necesita.

Su mirada se suavizó.

—Nahara está ahora bajo la supervisión de su compañero —le recordó con tacto—. Rumati no la perderá de vista, no ha esperado tanto tiempo para reunirse con ella como para dejar que le toquen un solo pelo de la cabeza.

Apretó los labios. Sabía que eso era verdad, la pareja se había ido uniendo cada vez más en ese último mes y eran prácticamente inseparables. Eso hacía que se hubiese sentido incluso sola, acostumbrada como estaba a tener solo a la loba con ella, el verse relegada de esa manera, dolía. Por otra parte, sabía que era como debía ser, esto era lo que siempre había deseado para su amiga, la felicidad que ella misma le había robado sin saberlo siquiera.

—No puedes retenerme aquí eternamente, no puedes mantenerme prisionera, Velkan. —Se libró de sus brazos—. Soy una loba, necesito contacto con la naturaleza, necesito el cielo sobre mi cabeza, me sofoco entre cuatro paredes… ¡Voy a volverme loca si no salgo de aquí!

—¿Es así como te dominaba él?

La inocente pregunta la azotó como un látigo, sintió frío y sus brazos no parecían ser suficientes para abrigarla. Cerró los ojos y luchó contra los recuerdos, contra el angustioso pasado.

«No saldrás, Denali. No hay nada ahí fuera que debas ver. Tu lugar está aquí, en este mismo sitio, hasta que yo decida qué es suficiente».

Había sido autoritario, irracional en su celo, al principio pensó que solo era sobreprotección, pero con el paso de los años las cosas fueron a más.

—Háblame, *prietenă*, ayúdame a entenderte.

Abrió los ojos de golpe, era la única forma de escapar de los castigos, del eco de las palizas que estaban destinadas a quebrar su espíritu y obtener su lealtad.

—Él nunca consiguió doblegarme y eso lo enfurecía —murmuró en voz baja, presa de aquellos recuerdos—. Su furia traía consigo consecuencias.

—¿Qué clase de consecuencias?

Se giró de nuevo para mirarle, para recordarse a sí misma que estaba con su príncipe, su compañero y no en manos de ese desgraciado.

—¿Cómo puede alguien decir que te quiere, hacerte sentir ese amor y al mismo tiempo castigarte con tanta fuerza, diciendo que lo hace por tu bien y que debes aceptarlo sin rechistar? ¿Cómo no vas a odiar a esa persona, como no vas a confundirte y pensar que, si eso es amor, qué será entonces el odio?

—El amor, el cariño, no vienen de la mano de la violencia, Denali.

No le pasó por alto la voz del lobo tras sus palabras, su fiereza, sus ganas de venganza.

—Lo sé. Nahara me lo enseñó. De no ser por ella… —Sacudió la cabeza—. Si no fuese por ella, quizá nunca habría conseguido liberarme de su yugo, de su influjo.

Sacudió la cabeza una vez más y luchó contra las lágrimas, no quería llorar, no había tiempo para hacerlo.

—Ese hombre es un monstruo, Velkan, un ser abominable de la peor clase —murmuró y sintió como su loba reaccionaba, como desnudaba los dientes alimentando su propia rabia—. Y lo quiero muerto. Quiero matarlo con mis propias manos, destrozarlo como ha destrozado a tanta gente inocente, quiero vengarme por aquellos que no han podido vengarse… ¡Quiero su sangre tiñendo mis manos! ¡Él me ha convertido en lo que soy, en otro monstruo!

Estaba temblando, solo fue consciente de ello al mirar sus manos y ver cómo se agitaban.

—Él me ha convertido… en esto.

Unos brazos la alcanzaron desde atrás, engulléndola en un abrazo. Su aroma impactó contra su nariz, su desnuda calidez penetró en su cuerpo, en su alma y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no llorar.

—Eres lo que eres porque lo has necesitado —le dijo al oído, acariciándole el cuello con la nariz—. Porque tu sangre lo ha demandado, porque tu loba quería que sobrevivieses. No eres un monstruo, Denali, eres mi compañera, mi princesa y solo puedo sentir orgullo por ello.

Sus palabras eran como un bálsamo para las heridas y dejó que cayesen allí donde era necesario.

—Esa mujer, la compañera del alfa de Bratislava, ¿cómo está? ¿Sobrevivirá?

—Le han quitado la bala y al parecer ya se ha despertado, con lo que es un síntoma de que está mejor —le dijo al tiempo que aflojaba su agarre y le permitía apartase—. Mijaíl no le iba a permitir marcharse, no ha estado solo tanto tiempo como para rendirse ahora.

Algo en su voz le dijo que no hablaba solo del alfa de Bratislava.

—No quiero que muera nadie más…

—Nadie lo quiere.

—…pero habrá más —concluyó volviéndose hacia él—. Hasta que le paremos los pies habrá más víctimas. Está ahí fuera, en algún lugar de esta ciudad. No me preguntes cómo lo sé, pero así es. Estará a la vista de todo el mundo y oculto al mismo tiempo, riéndose de nuestros esfuerzos mientras él envía a otros a hacer su trabajo.

Se lamió los labios y empezó a caminar de un lado a otro.

—Nunca nos escondió, Velkan, cualquiera pensaría que era lo que habría hecho, especialmente después de rescatarnos, pero no lo hizo —negó—. Es como si quisiese que todo el mundo supiese que estábamos en sus manos, que yo estaba a su merced. Era cauto, sí, pero ni siquiera nos cambió los nombres, solo utilizábamos su apellido y nos permitía una… considerable libertad, al menos al principio. Nos proporcionó educación. Fui al colegio como cualquier niña, empecé el instituto y habría ido a la universidad si… si no hubiese descubierto la verdad.

Sonrió a pesar suyo y le miró de soslayo.

—Quería ser maestra, ¿sabes? —confesó. Era la primera vez en años que decía aquello en voz alta—. Una vez tuve un sueño… pero él lo truncó.

—Todavía estás a tiempo de hacer realidad ese sueño, Dena, no te cierres las puertas todavía, eres demasiado joven —aseguró mirándola—. No dejes que un demonio del pasado decida tu futuro.

Asintió y lo miró.

—Tú habrás tenido tiempo de sobra para estudiar y formarte, ¿a qué te dedicas, por cierto? —No podía evitar sentir curiosidad, querer saber más—. Imagino que el cargo de príncipe no es lo único en lo que ocupas tu tiempo.

Sonrió de soslayo y negó.

—Me consume bastante más tiempo del que me gustaría, pero no, no es lo único a lo que me dedico —aceptó—. Cursé la carrera de Ciencias Políticas y Comunicación, hice también una de Historia y tengo por ahí un par de masters en gestión de empresa. Mi trabajo, sin embargo, es más… mundano. Curiosamente, muy cercano a tus propias aspiraciones.

Desde luego, él no había perdido el tiempo.

—Soy profesor, imparto algunos seminarios en la Universidad de Bucarest, lo que me permite disponer así mismo de tiempo suficiente para dedicárselo a mi… otro trabajo. Ya sabes, con culos peludos.

Profesor. Si había casualidades en la vida, esa era sin duda una de ellas, una que le decía lo que siempre había sabido, que dos lobos nacen para estar juntos el resto de su vida por una razón más allá del destino; la compatibilidad.

—Sé que no has tenido una vida fácil, pequeña, pero todavía tienes un gran futuro por delante y haré hasta lo imposible para que puedas disfrutar de él.

Se lamió los labios y suspiró, ojalá ella tuviese su misma fortaleza y optimismo en el mañana. Le dio la espalda y caminó hacia la ventana, desde allí podía verse la ciudad de Praga a sus pies.

—Si está ahí fuera, estará a la vista de todo el mundo, disfrutando del espectáculo sin que nadie sea consciente de su presencia —comentó pensativa.

—En ese caso, deberemos darle algo para que se acerque aún más y llame a nuestra puerta —le dijo y, cuando se giró para mirarle, se encontró con un gesto decidido en su rostro—. He retrasado la reunión anual durante estas últimas semanas, pero quizá sea ya hora de ponerle fecha y anunciarlo.

—Ten cuidado, mi príncipe, es astuto y muy cauto.

—En ese caso, deberemos ser mucho más astutos y cautos que él —convino sin más—. Y ahora, si no te importa, voy a vestirme…

Su referencia y la mano que bajó a la toalla fueron suficiente para que recuperara la consciencia de la semi desnudez de su compañero. Le dio la espalda y empezó a caminar hacia la

puerta con decisión, solo para ver la toalla que había cubierto su cintura cayendo a pocos centímetros de sus pies y su risa burbujeando cuando salió y cerró de un portazo.

CAPÍTULO 11

—¿Puedo saber qué demonios estás haciendo?

La sexy y gutural voz masculina le produjo un inesperado y placentero escalofrío, pero incluso aquello era demasiado para su dolorido cuerpo. Merry se aferró a las sábanas de la cama y apretó los dientes, sentía las piernas de gelatina, nada comparado al soportable temblor que había tenido antes de poner los pies en el suelo.

—Algo que ninguno puede hacer por mí —le soltó—. Ir al baño.

Le escuchó mascullar algo entre dientes y acto seguido estaba junto a ella, demasiado alto, demasiado ancho, demasiado todo, sus brazos levantándola como si no pesara nada.

—¿Por qué no pides ayuda?

Jadeó al sentirse levantada.

—Porque no la necesito.

—Y una mierda que no.

Antes de que pudiese recuperar el aliento para decirle que la pusiera en el suelo se encontró delante del W.C.

—No puedes hacer lo que te venga en gana, estás herida. —La regañó como si fuese una niña pequeña—. ¿Es que no sientes tu propio dolor?

La rabia en su voz la cogió por sorpresa. No le daba miedo, por absurdo que pareciera, sabía que no la lastimaría. De hecho, casi podía suponer que su enfado era hacia él más que hacía ella misma.

—Claro que sí —siseó—. Por eso llevo diez minutos arrugando las sábanas y aguantándome las ganas de hacer pis.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que un hombre podía ser mono si se sonrojaba.

—Avísame cuando termines.

Comprobó que no iba a caerse al suelo, dio media vuelta y salió cerrando tras él la puerta hasta dejar una rendija.

Le entraron ganas de reír, todo aquello empezaba a parecer una comedia y no tenía la menor idea de qué hacer para salirse de ella.

Miró a su alrededor y suspiró, al menos podría por fin encargarse de sus necesidades sin morir en el intento.

Terminó de lavarse las manos y se aferró al lavabo, la habitación empezaba a dar vueltas y le dolía el estómago.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad?

—¿Por qué debería?

Ni siquiera lo oyó entrar, pero allí estaba de nuevo, impidiendo que cayese redonda al suelo.

—No te he pedido nada, te agradezco la ayuda, por supuesto, aunque el hecho de me trajeras a tu casa y no me llevarás a un hospital dice mucho.

—No es mi casa y, a tenor de lo que has visto, sería un poquito difícil de explicar en un hospital lo que ha pasado.

Lo que había visto, apenas si recordaba verlo a él y poco más.

—Así que preferiste meterme en la casa de alguno de tus secuaces.

—Es la casa de mi hermano y su compañera, estás teniendo el honor de estrenarla.

—Peor aún, le quitas el nidito de amor...

—¡Suficiente! —bramó, su lobo asomándose a sus ojos—. Te vas a quedar en esa maldita cama y descansarás. No te moverás de este cuarto hasta que puedas valerte por ti misma y esperarás a que vuelva.

Enarcó una ceja.

—¿Vas a darme la alegría de perderte por fin de vista, señor lobo marido?

Entrecerró los ojos y la miró.

—No crees ni una sola palabra de lo que digo, estás convencida de que no eres mi compañera, bueno, pues voy a demostrarte lo contrario. Antes de que termine la semana estarás suplicando que vuelva a tu lado, necesitarás mi compañía... entre otras cosas...

—Y ahora pasamos de lobo a Dios con ego desmedido.

Se estaba pasando, lo sabía, pero él tenía la culpa por empujarla y tratarla de esa manera.

La llevó a la habitación y la dejó en la cama con sumo cuidado.

—Siento de veras que nuestra relación comience así, Merryna, pero no tengo tiempo ahora mismo para demostrarte lo equivocada que estás. No sabes nada, chiquilla, y lo vas a averiguar de la más jodida de las maneras.

Dicho eso se inclinó sobre ella y la besó en la boca, bebiéndose sus protestas y cualquier pensamiento razonable que todavía le quedase.

—Si me necesitas... sólo llámame.

Se lamió los labios y lo miró.

—Yo que tú no contendría la respiración.

Sonrió y la besó de nuevo con rapidez.

—Que empiece pues la guerra, *prietenă*.

Le dio la espalda y se marchó igual que había venido.

Mijaíl no sabía si sentirse aliviado u ofendido, esa mujer era la viva imagen de la negación, su pasatiempo era llevarle la contraria y Dios, como le gustaba un buen desafío. Salió y miró a Nicolae, cuyo rostro decía lo que callaba su boca.

—Y ahora esperarás también que te lo agradezca —chasqueó él—. ¿No sabes que es el tacto? ¿Seducción? ¿Flirteo?

—No —le soltó—. Y tampoco lo necesito, a ella le gusto.

—Cualquiera lo diría.

Le posó la mano en el hombro.

—Sólo necesita entender cuál es ahora su lugar y lo que significa tener un lobo por compañero —resumió—. Y va a entenderlo... aunque sea por el camino difícil.

Sacudió la cabeza.

—Y yo pensando que Radu era el cortito... al final mi Mel va a tener razón —suspiró—. Le diré que le eche un vistazo y se asegure de que este bien mientras estamos en casa.

Asintió. Confiaba en la compañera de Nicolae.

—Hazlo. Y que me tenga al tanto de cualquier cosa que necesite Merryna.

—Lobo idiota... Bienvenido al club.

CAPÍTULO 12

La sensación de libertad que encontraba en aquel pequeño balcón no podía equipararse a correr al aire libre, a acampar bajo las estrellas, pero era lo mejor que tenía. Había convertido el rincón en una improvisada acampada cada noche que el cielo se mostraba despejado, eso le permitía ver las estrellas o al menos imaginarse que veía algo más que las luces de la gran urbe.

Echaba de menos los días al aire libre, el rocío de las mañanas y la tranquilidad de los núcleos pequeños. La ciudad le iba grande, la hacía sentirse insegura y alerta en cada momento.

Era increíble cómo podía echar de menos la granja en la que se había criado, un lugar que le traía amargos recuerdos y en los que también guardaba momentos inolvidables.

—Sólo pido un día de libertad, poder salir de este lugar...

Pero era un deseo por el momento inalcanzable.

Se llevó la mano detrás de la cabeza y la usó de almohada, a su alrededor podía escuchar los murmullos de la noche, el trajín que había traído consigo las recientes noticias. Radu y Judith habían vuelto hacía ya unas cuantas horas, lo sabía pues había escuchado a su anfitrión reunirse con el príncipe para ponerle al día de lo sucedido en su ausencia.

Dejó escapar un suspiro y se incorporó al escuchar por fin la voz de su amiga. Su corazón se alivió al momento, no podía evitar sentirse intranquila cada vez que salía y no respiraba hasta que la escuchaba volver. Sabía que se estaba volviendo paranoica, especialmente porque Nahara no salía ahí fuera ella sola, desde que se habían reencontrado, su compañero salía con ella.

—No puedo creer a qué extremos están llegando —la escuchó—, lo que le han hecho a esa muchacha humana no tiene perdón.

—Me temo que eso fue algo fortuito, ni siquiera ellos se esperaban verla allí.

La voz de Rumati se elevó por encima de la de ella, el lobo no la había dejado ni un momento desde que se encontraron de nuevo y era más que claro para ella que ambos se habían vinculado ya.

—Dios… es un alivio saber que ya se ha despertado y que se pondrá bien —comentó con voz afectada—. Nunca había visto tal desesperación en un lobo, Rumati, estaba dispuesto a irse con ella.

Escuchó un profundo suspiro que no le cabía duda a quién pertenecía.

—Vosotras, nuestras compañeras, sois lo más importante para nosotros —aseguró—. La sola idea de vivir sin ti compañera era...

—Lo sé —lo interrumpió—. No vayas por ahí... ahora estamos juntos y es todo lo que importa.

Durante un momento se hizo el silencio, ambos seguían allí, al pie de las escaleras.

—Tengo que ir a ver a Dena —comentó entonces la loba—. Creo que no hice bien en ocultarle lo ocurrido con Merryna, pero últimamente parece tan encerrada en sí misma que temo que de haberle comentado lo ocurrido, se habría culpado de nuevo por algo que no habría podido hacer o evitar. No consigo llegar a ella, no como antes.

Su comentario la sorprendió y ofendió. ¿Encerrada en sí misma? Era ella la que la había apartado por su compañero.

—Y el príncipe ha estado fuera estás dos últimas semanas. De verdad, te juro que no lo

entiendo. Son compañeros.

—Son dos personas que apenas se conocen, Nahara, no son muy distintos de tú y yo ahora mismo —le recordó—. Hace falta tiempo para descubrirse de nuevo.

—Tú no es que hayas esperado precisamente...

Se rio.

—¿Lo dice la loba descarada que no me dio otra opción?

—Soy una loba... eres mi compañero, es como se supone que tiene que ser.

—Cada emparejamiento es único, dulzura, y esos dos son de sangre pura. —Casi podía verlo encogerse hombros—. Velkan solo hace lo que cree mejor para ella.

—Si tan solo hubiésemos encontrado ya a ese malnacido o supiéramos de su paradero… —siseó ella—. Me hierve la sangre al pensar que está ahí fuera, en algún lugar, a salvo…

—Antes o después daremos con él —le aseguró—. Y entonces pagará con creces cada una de las atrocidades que ha cometido.

Hubo un nuevo momento de silencio, tan solo roto por el roce de la ropa y unos suspiros.

—Ve con la princesa, lo necesitas tanto o más que ella.

La petición de Rumati pronto tuvo respuesta.

—¿Tan transparente soy?

—Habéis pasado media vida juntas, apoyándoos mutuamente, tienes un vínculo con ella que sólo tendría un beta con su alfa, Nahara.

—¿Y eso es malo?

—No, rubita, no es malo, es todo un honor.

Lo próximo que oyó fue la puerta abriéndose y cerrándose. Suspiró y empezó a levantarse cuando escuchó la voz del alfa Daratraz.

—Buenas noches, Denali.

Apretó los dientes y se asomó al balcón, los ojos del lobo refugian en la oscuridad a pesar de estar en forma humana.

—Sabías que estaba aquí. —No era una pregunta—. Podías haberla advertido.

—Tú necesitabas escucharlo y ella decirlo —le dijo con un encogimiento de hombros—. A veces es la única manera de comprenderse mutuamente cuando se tiene miedo de afrontar la realidad.

La acusación causó el efecto deseado.

—No tengo miedo a...

—A mí no tienes que darme explicaciones, princesa, he estado ahí antes que tú —le soltó —. Sé exactamente qué se siente.

Se lo quedó mirando en silencio mientras le dedicaba un último saludo y entraba en la casa. Hizo un mohín y volvió al dormitorio cerrando la puerta tras de sí para esperar a su amiga.

Ambas habían estado jugando al juego del gato y el ratón, puede que no fueran conscientes de ello, pero era lo que Rumati acababa de darle a entender.

—Maldita sea.

Necesitaba encontrar pronto el equilibrio o se volvería loca y no era bueno contar con una loba desquiciada en sus filas.

Respiró profundamente y se volvió hacia la puerta, apenas había dado dos pasos cuando llamaron a ella.

—¿Dena? ¿Estás ahí?

Abrió la puerta.

—Lo que queda de mi cordura, lo está.

La mirada de su amiga lo decía todo.

—Tenemos que hablar.

Asintió y la dejó pasar.

—Siento haber estado distante... —aceptó en voz alta—. Supongo que... que no soy capaz de adaptarme a todo esto.

—Yo también tengo mi parte de culpa, he pasado tanto tiempo huyendo, que ahora que por fin nos hemos detenido, que Rumati está conmigo... me he olvidado un poco de todo a mi alrededor.

—Nahara, estás saliendo ahí fuera cada noche, estás haciendo aquello que yo no puedo... No soy quién para decirte nada.

Sacudió la cabeza.

—No tienes la culpa de que ese capullo de ahí al lado se haya largado dos semanas, no tienes la culpa de que me esté volviendo loca con este encierro —resopló—. Y sí, llevo estos días comportándome como una maldita perra.

Enarcó una ceja.

—Muérdele, cariño.

Resopló.

—Antes casi lo hago. —Hizo una mueca—. De hecho, mi loba lo atacó.

—¿Queeeee?

Le tapó la boca.

—*Shhh* —la silenció—. ¿Quieres que se entere toda la casa?

—Nena, me acabas de decir que has atacado al jefe de la raza, ¿cómo quieres que reaccione?

—Al menos no como él —rezongó—. Se rio de mí, después de darme una paliza.

—¿Cómo?

—Estaba descargando mi frustración en el saco y llegó él, me dijo que era mejor que descargarse mi frustración sobre él y acabé más veces con el culo en el suelo que cuando me lo pateas tú.

Ahora sí que se echó a reír.

—No te rías.

—Perdona, princesa, pero es lo mejor que he oído de tu boca en estas semanas.

Posiblemente lo era, pensó sonriendo también, se había olvidado de lo que era pasar estos momentos de risas y compañerismo entre ellas, las preocupaciones se habían llevado su alegría y le habían dejado sólo frustración.

—Venga, cuéntamelo todo.

Suspiró.

—Si se lo cuentas a alguien eres loba rapada.

—Lo juro por mi culo peludo. —Levantó la mano—. Esto se quedará entre tú y yo.

Suspiró y le contó el reencuentro que había tenido con su compañero hasta que ambas terminaron riendo a carcajadas.

Escuchar su risa era algo que no había hecho desde que eran niños, los recuerdos que tenía de ella eran tan vagos que no podía compararlos con nada. Esa mujer, su compañera, era todo un misterio para él.

Sintió a Rumati antes de verlo, su medio hermano era un lobo sigiloso y se había mantenido todo ese último mes a una prudente distancia. Ambos sabían que tenían un largo camino que recorrer por delante pero ya habían empezado a dar los primeros pasos.

—Así que ya estás de vuelta —le dijo—. ¿Alguna novedad?

Negó con la cabeza.

—Por ahora nada que arroje luz sobre su identidad o dónde demonios está escondido —aceptó—. Radu me ha puesto al corriente de lo que ha pasado.

Asintió.

—Por fortuna ya está fuera de peligro —corroboró y lo miró—. Fue algo fortuito… ese disparo… el que ella estuviese allí… —sacudió la cabeza—. No pensé que lo consiguiera… Pensar que todo esto es a causa de un solo hombre…

—Uno que parece tener un don único para ocultarse.

Lo escuchó gruñir.

—Le encontraremos Velkan, antes o después daremos con él.

Sólo esperaba que fuese antes.

—No había escuchado reír así a Denali desde que era una niña —comentó dando voz a sus pensamientos.

Su hermano lo miró.

—Posiblemente la oirías más a menudo si pasases tiempo con ella.

No le pasó por alto la leve acusación.

—Es lo que tengo pensado hacer a partir de ahora.

Aquello pareció complacer al lobo.

—Bien.

Dicho eso siguió por el pasillo de camino a su habitación.

—¿Rumati?

El aludido se detuvo y se giró de nuevo hacia él.

—Gracias.

Negó con la cabeza.

—Nahara la quiere, no desea que sufra y yo tampoco —contestó con sencillez—. Y tú has pasado demasiado tiempo solo, ya es hora de que le pongas solución.

Con eso, se despidió y siguió adelante.

Sí, había esperado suficiente, ahora tenía que idear la mejor forma de seducirla.

CAPÍTULO 13

Llamar a la puerta cuando aún no había salido el sol tenía que ser un crimen, pensó Denali poniéndose la almohada sobre la cabeza para aplacar los golpes. La noche anterior apenas había sido capaz de pegar ojo y ahora llamaban a su puerta como si quisieran echarla abajo.

—Vamos, princesa, has dicho que no querías pasarte el día encerrada entre cuatro paredes —escuchó su voz—. Esta es tu oportunidad para respirar aire fresco. Arriba, Denali, la oferta tiene fecha de caducidad...

¿Acababa de oír salir a fuera?

Hizo la manta a un lado y se incorporó. El aporreamiento seguía y también su incesante réplica.

—Última llamada, compañera, me voy a correr sin ti.

—¡No!

Las palabras habían salido de su boca antes de poder frenarlas siquiera.

—Ya veo que estás despierta, levántate y ponte ropa cómoda —le informó—. Tienes diez minutos.

Se preguntó si era una broma suya, pero no tenía tiempo para preguntárselo. Saltó de la cama, se deshizo del pijama y se puso uno de los conjuntos de deporte que le había comprado recientemente Nahara. Ambas habían llegado prácticamente con lo puesto y, si bien habían dejado sus escasas pertenencias en el hotel, sus respectivos compañeros habían preferido prescindir de ellas y proporcionarles todo lo que necesitaban.

Ella no había tocado ni una sola de las prendas que había en el armario de su habitación, lo poco que tenía había salido de la tarjeta que guardaban para las emergencias y de las salidas de Nahara a la ciudad.

Se vistió rápidamente, se ató el pelo en una coleta y salió por la puerta nueve minutos después. Apoyado de espaldas a la pared, de brazos cruzados y vestido de negro de los pies a la cabeza, la esperaba un satisfecho Velkan.

—Buenos días, *prietenă*.

—Si esto es algún truco tuyo...

—Ningún truco, lo prometo —aseguró y se incorporó—. Me dijiste que necesitabas salir, así que, te acompañare.

Miró a su alrededor esperando a que alguien le dijese que era una ilusa.

—Confía un poquito en mí, Denali, demos un paseo.

La necesidad de dejar aquellas cuatro paredes era demasiado grande como para ignorarla.

—De acuerdo —aceptó caminando hacia él—. ¿A dónde vamos?

—Al otro lado de la ciudad, al parque *Letná*, o como lo conocen los checos, el *Letenské sady*

—¿Piensas atravesar Praga corriendo?

—Sí. ¿Por qué? ¿No crees poder seguirme el ritmo?

Entrecerró los ojos.

—Quizás seas tú el que no pueda seguirme a mí.

—No sé, princesa, ir a tu espalda también tiene sus ventajas.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No te imaginaba tan retorcido.

—Ni yo a ti tan respondona, pero al final ninguno podíamos ser perfectos, ¿no?

—Cierto.

—¿Vamos, entonces?

Lo miró a los ojos y luego a su alrededor.

—¿Dónde está tu sombra?

Sonrió abiertamente.

—Eres muy perspicaz.

—Han sido muy pocas las veces que lo he visto lejos de ti.

—Arik se encargará de nuestra seguridad con Savage.

Esa era la rastreadora que había conocido hacía poco, una mujer tan letal como el mismo Ejecutor.

—Mantendrán el perímetro y se asegurarán de que estemos bien.

—Poner a otros en peligro para que yo esté a salvo no es mi definición de una salida en libertad —replicó—. Praga no es segura.

—Me temo que ahora mismo no hay un lugar realmente seguro, pequeña.

Y tenía razón, lo sabía.

—Quiero hablar con ellos, con los dos. No pondrán su seguridad por encima de la mía.

Se rio.

—Buena suerte con eso, princesa, yo he perdido la batalla en ese sentido.

Hizo un mohín.

—No quiero que nadie más salga herido.

—Lo sé, Denali, ese es también mi deseo, pero ¿vas a soportar seguir aquí encerrada más tiempo?

Dios, no.

Negó con la cabeza.

—En ese caso hagamos una cosa, tú me cubres las espaldas y yo te cubro la tuya —le propuso—. Esos dos no van a retirarse, pero estarán tranquilos.

Entrecerró los ojos, sorprendida por su aceptación.

—¿Confiarías en mí de esa manera?

La mirada que apareció en su rostro perdió toda esa diversión.

—¿Qué te han hecho, *fata mea*[16]? ¿Qué ha conseguido que dudes hasta de ti misma?

Demasiadas cosas, pensó, *demasiado tiempo huyendo sin saber hacia dónde.*

—Algún día quizá te lo cuente, pero ese día no es hoy.

Asintió, no hizo más, solo aceptó sus palabras.

—¿Vamos, lobita?

Vio su mano tendida, le hormiguearon los dedos por tocarla, por aferrarse a ella y rogarle que nunca la dejase sola. Pero no podía, era entregar una parte de sí misma, una que todavía no merecía.

Pasó a su lado y lo miró.

—Quiero correr, así que espero que puedas mantener el paso.

Sonrió de soslayo y se inclinó ante ella.

—Soy tu humilde siervo, mi señora.

Sacudió la cabeza y continuó. La mañana iba a ser muy larga.

Velkan no había conocido a nadie que tuviese más reservas que esa mujer, ni que se muriese de tantas ganas de echarlas abajo y permitirse confiar al fin. Era cautelosa, de una manera meticulosa y dura, no dejaba que nada o casi nada escapase a su visión o a su control. No le había pasado por alto la forma en que comprobó cada pedazo de parque, como olfateaba el aire hasta estar conforme, eran tics propios de un rastreador, de alguien acostumbrado a huir continuamente. El pensar en lo que había pasado, en cómo había sido la vida de esa jovencita lo enervaba y hacía que su propio lobo pidiese sangre.

Dejó que se saliese con la suya los primeros minutos, que ganase confianza sobre el terreno, troto a un buen ritmo, siempre manteniéndose a la par que ella y finalmente empezó a aumentar la intensidad, probándola, empujándola hasta hacerla despertar. Denali estaba acostumbrada a ser puesta a prueba, a empujarse hasta el máximo, pero dudaba que supiese jugar.

—Te echo una carrera.

—¿Qué?

La inesperada interrupción en su silenciosa cabalgada la hizo dar un pequeño traspiés.

—Corre, lobita, corre y atrápame si puedes.

Cambió en plena carrera a su forma Lupita, escuchó el siseo de su beta, lo ignoró y empezó a hacer requiebros por el parque el cual solía estar vacío a horas tan tempranas. Saltó con agilidad de un punto a otro y sonrió para sí al ver que ella había aceptado el desafío corriendo tras él sobre sus patas de calcetines.

Diablos, era tan bonita en su forma lupina como en la humana, su lobo estaba encantado con aquel juego de persecución y permitió que le diese alcance sólo para evitarla de nuevo.

«Eres muy lenta».

Una mentira como una catedral, la loba era tan rápida como ágil.

«Habla por ti, abuelito».

Se echó a reír en su mente.

«¿Abuelito? ¿En serio? Tú y yo vamos a tener una larga charla sobre la edad de un lobo, cachorrita».

Ahora fue ella la que rio y no era forzado, se estaba divirtiendo, sabía que lo hacía.

«¿Puedes seguirme hasta el Beer Garden?».

«¿Puedes seguirme tú a mí?».

Sin aviso previo saltó por encima de él, derrapó y continuó a toda velocidad hacia la zona de merenderos que había al otro lado del parque.

«Buen truco, cachorro, buen truco».

«Le dijo el viejo al joven lobato».

Esa inocente travesura en su voz lo calentó por dentro, está era la verdadera Denali, la lobita que existía bajo esa dura coraza defensiva. Apuró el paso, saltó por encima de uno de los macizos y aterrizó cerca de ella para acompañarla en el tramo final.

—Vale... lo admito... no eres viejo... y sabes correr —comentaba minutos después entre jadeos. Estaban de nuevo en forma humana, apoyados en una de las mesas y ella estaba colorada por el ejercicio.

—Te voy a lavar la boca con jabón.

Se rio entre dientes, sus ojos chisporroteaban y mantenía una bonita y sincera sonrisa en los labios.

—Dime que eso que huelo es el desayuno.

—¿Ya tienes hambre?

—Siempre tengo hambre —se rio de nuevo—. Nahara dice que es más fácil cazar lobos que darme de comer.

—¿Y eso?

—Soy alérgica a la lactosa, al gluten y a los frutos secos —confesó en un hilillo de voz—. Ya te dije que no habías ganado mucho conmigo en la lotería.

—Um... en ese caso es una suerte que ella preparase el almuerzo.

Se lo quedó mirando.

—¿Cuánto le pagaste?

—Será mejor no decirlo en voz alta.

Se rio de nuevo.

—Sí, esa es mi hermana.

La forma en la que hablaba de la compañera de Rumati lo decía todo.

—Me alegra que la hayas tenido a tu lado todo este tiempo, al menos no has estado sola.

Lo miró y ladeó la cabeza.

—Supongo que en eso sí he sido afortunada.

Los próximos minutos discurrieron en cómodo silencio, ella se hizo cargo de las reparticiones y desayunaron mientras veían salir el sol tiñendo los edificios de la vieja urbe bohemia.

—Después de todo está ciudad puede no haber sido tan mala elección —murmuró ella mirando al horizonte—. Tiene... sus encantos.

Al decir eso lo miró a él.

—Siempre la he encontrado como a una vieja amiga, es como si a pesar del paso del tiempo, aquí nada cambiase y conservarse ese aire antiguo que atrae a los lobos solitarios.

Esos bonitos ojos azules se encontraron con los suyos.

—Has estado mucho tiempo sólo, ¿verdad?

No se molestó en negarlo.

—Lo suficiente como para que ahora no quiera separarme de ti.

Arrugó la nariz.

—Has estado fuera dos semanas. —Un leve reproche.

—¿Me has echado en falta ese tiempo?

—No. —Le dio la espalda.

—Mentirosa.

—No puedo echar de menos a alguien que apenas empiezo a conocer, príncipe Velkan —refutó de espaldas a él todavía.

—¿Denali?

Se giró para mirarle.

—Quiero conocerte, quiero saber todo de ti y que tú lo sepas todo de mí, pero quiero hacerlo despacio y saborear cada uno de esos instantes.

Se levantó del banco y echó a andar hacia el balcón desde el que se veía toda la ciudad.

—Quizá no haya tiempo para ir despacio.

Se acercó a ella desde atrás, le apartó el pelo a un lado y la besó en el cuello.

—Si no lo hay, lo fabricaremos, *prietenă.* —Le besó la mandíbula al tiempo que le aferraba la cintura y la volvía hacia él—. Te juro que lo haremos.

Separó los labios buscando replicar o respirar, no lo sabía, pero tampoco le importó cuando ella buscó su boca y lo besó por iniciativa propia.

—Gracias por sacarme de allí, aunque sea durante unas horas —le dijo buscando su mirada—. Yo... gracias por... esto.

Le acarició los labios.

—Nunca me des las gracias por besarte, Denali, sólo devuélveme los besos.

Volvió a probarla y ella no dudó en cumplir su petición.

CAPÍTULO 14

Merry solía pensar las cosas detenidamente antes de llevarlas a cabo. Hoy sin embargo actuaba movida por el instinto, por la necesidad de cerrar un capítulo y pedir unas explicaciones que pusieran algo de sentido a su caótica vida. Se llevó la mano al vientre e inspiró profundamente, hacía tan sólo dos días que se había levantado de la cama, los mismos desde que Mijaíl se había marchado, y su humor se había convertido en un veleta.

Dado que su estado anímico no era precisamente una maravilla y si bien la herida se estaba curando a la velocidad de la luz, no podía pasar por alto el hecho de que le habían disparado. Eso alternaba los nervios hasta al más pintado.

—Deja de ponerte excusas y entra ya —se ordenó a sí misma—. Cuanto antes termines con esto, antes te irás a casa.

Esa era otra de las cosas que quería hacer, irse a su casa, con sus cosas, meterse en la cama y ya sí dormir una semana completa.

—De acuerdo. —Inspiró y expiró, subió los peldaños que conducían a la comisaría y entró como lo había hecho alguna vez acompañando a su ex prometido.

Había cosas que podían resultar tan cómicas como incómodas y el ver cómo las conversaciones cesaban repentinamente era sin duda una de ellas.

Se vistió con su traje impermeable, puso su mejor sonrisa y fue directamente hacia uno de los agentes que conocía, el mejor amigo de Mirco Damek y que iba a hacer de padrino de su boda.

—Hola Bilko —lo saludó—. ¿Qué te parece si quitas esa cara de besugo y me dices dónde puedo encontrar a Miroslav?

El nombre completo de Mirco le daba más peso a su presencia y sin duda jodería más al detective. No había cosa que odiase más que el ser llamado así.

El hombre carraspeó y, como buen agente, recuperó al momento la compostura.

—Merry —la saludó—. El jefe no...

Antes de que pudiese mentirle se abrió la puerta de la oficina y apareció él. Su rostro serio, impertérrito, pero sus ojos decían otra cosa.

—Está bien, Bilko, no hace falta. —La miró y algo fue cambiando paulatinamente en su rostro—. Por favor.

Miró al policía y luego pasó delante de él o lo habría hecho si sus dedos no se hubiesen aferrado a su muñeca.

—Estás...

—¿Herida? ¿Con un disparo en el vientre? —sugirió con fingida inocencia—. Ya veo que al menos tu olfato funciona bien...

—Oh joder…

Las palabras surgieron de la boca del policía.

—¿Eras tú? —La sorpresa en sus ojos se hizo mayor—. ¿Eres la compañera del alfa de Bratislava?

Levantó la cabeza y miró de nuevo a su alrededor, casi sin pretenderlo muchas cosas empezaron a encajar.

—Eso me han repetido los últimos días hasta la saciedad —replicó en voz alta extrayendo algunos jadeos a su alrededor—. ¿Quieres que hablemos de ello aquí?

La soltó como si le quemase y le permitió entrar en su oficina.

Todo seguía igual que la última vez, no había efectos personales a excepción de la misma foto con sus compañeros y otro retrato más que no había visto antes.

—¿Es ella?

Adiós al tacto, pensó, *ya he sido más que educada al venir a hablar con él de manera civilizada.*

—Lo es.

Cogió la foto y no sintió lo que esperaba; celos o algo que le dijese que él había cometido un error al dejarla marchar. No sintió nada, nada en absoluto y eso lo hacía todo más irreal.

—Es… casi una niña.

—Es mi compañera. —Un sordo gruñido acompañó a sus palabras—. Algo que me negué a ver hasta que fue demasiado tarde.

Sacudió la cabeza.

—Debí personarme en la iglesia y decírtelo en persona, debí habértelo dicho incluso antes —aceptó su culpa—. No es una excusa, pero no podía hacer otra cosa. Si me hubiese presentado la hubiese perdido para siempre.

El dolor en su voz la sorprendió. El detective no era un hombre que mostrase sus emociones, así como así.

—Y al no hacerlo y mandarme a tu padrino, fue mi destino el que cambiaste. —Se encogió de hombros—. Un disparo fortuito y un hombre arrancándome de las garras de la muerte no es tan mal saldo según parece.

—Jesús —masculló—. No tenía la menor idea de que la mujer que habían herido eras tú. Sólo nos comunicaron que era la compañera del alfa de Bratislava.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Y tampoco se te ocurrió que sería un bonito gesto después de dejarme plantada, llamarme y disculparte?

—Lo intenté. —Se defendió—. No contestabas al teléfono, tus padres no sabían dónde estabas... Pensé que lo mejor era darte tiempo. Merry, lo siento de veras...

Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Sabes? Venía con intención de mandarte a la mierda. Esperaba sentirme ultrajada, abandonada y encontrarle sentido a todo este disparate y ahora me doy cuenta de que no siento nada. Nada en absoluto.

—Estás emparejada con Mijaíl —le dijo—, es cómo debe ser. Quizá no fue el método adecuado, Dios, sé que no lo fue, pero este era nuestro camino.

Enarcó una ceja ante su réplica.

—¿Y era necesario que me disparan por ello?

—No, por supuesto que no.

—Bien, al fin estamos de acuerdo en algo. —Se apoyó en la silla y se sentó. Estaba muy cansada.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

—¿Dónde está tu compañero? —Dirigió la mirada hacia la puerta—. Me cuesta creer que te haya dejado sola...

Lo miró y soltó un bufido.

—Le ha costado, pero al final entró en razón y se ha ido a su casa, creo.

—¿Y te ha dejado aquí? —Su incredulidad rivalizaba con esos gruñidos perrunos que subyacen en su voz.

—Soy mayorcita, no necesito canguro —le soltó—. Es mi vida, no voy a permitir que nadie la maneje a su antojo.

—Merryna...

—Ahórratelo —lo interrumpió—. Sólo vine para decirte, entre otras cosas que quiero que pagues tu parte de la boda que no se celebró. A estas alturas dudo que me devuelvan el dinero de nada...

—Ya está todo pagado. —La sorprendió—. Fue mi culpa, es mi responsabilidad.

Y ante eso no podía objetar nada. Después de todo lo ocurrido, se había comportado como un hombre. Eso le devolvía un poquito la confianza en el único amigo de verdad que había tenido el último año y, posiblemente, siempre.

—Gracias. —Se levantó con esfuerzo—. Espero que ella sí pueda darte lo que esperabas.

—Merry, eso no es...

Negó con la cabeza.

—No quiero saberlo, no quiero saber nada de ninguno de vosotros —aseguró decidida, no quería saber ni una sola palabra—. Esto ya se acabó, sólo... dejémoslo así.

Lo escuchó resoplar, su aspecto distaba mucho de ser el de un hombre seguro de sí mismo, parecía abatido, superado por los acontecimientos, unos que no tenían que ver con ella.

—No tienes ni idea de dónde te has metido y es culpa mía.

—Pues mira, en eso tienes razón, es culpa tuya.

Lo vio sisear.

—Merry...

—Mira, me está empezando a doler la herida, sólo he venido a decirte lo que ya te he dicho y ahora me marcho a mi casa, de dónde nunca debí salir para empezar.

Sacudió la cabeza.

—¿Cuándo vuelve Mijaíl?

—En una semana o eso dijo hace ya dos días.

Enmarcó una ceja y asintió para sí.

—Eso lo explica.

—No tengo idea de lo que hablas.

—¿Tienes forma de contactar con él?

—Lo intentaré con señales de humo cuando realmente necesite a ese perro idiota.

La sorpresa ante su respuesta pasó a convertirse en un resoplido.

—De acuerdo, si algo he aprendido es a no meterme en el camino de un alfa y su compañera, así que me haré a un lado —replicó de mala gana, pero con total sinceridad—. Sólo quiero que sepas que, si me necesitas, si necesitas un amigo, seguiré aquí para ti.

Apretó los labios, había cosas que era mejor callárselas, meditarlas y no decir algo en caliente de lo que podrías acabar arrepintiéndote.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Negó con la cabeza.

—No. —Se lamió los labios—. Pero gracias por todo lo demás.

Le dedicó un gesto de despedida y salió de la comisaría mucho más ligera de lo que había entrado.

—Bueno, una cosa menos que tachar en mi lista.

CAPÍTULO 15

—Recuérdame por qué estamos entrando a hurtadillas en la casa.

Mijaíl contuvo un gruñido mientras maniobraba para abrir las puertas francesas que llevaban a la biblioteca de la propiedad de su amigo. Sostuvo una de las ganzúas entre los dientes y habló con un extraño tono confidencial.

—Porque el entrar por la puerta principal puede no ser la mejor de las opciones dada la extraña desaparición de Braden —replicó—. Por no mencionar el hecho de que es más rápido y menos engorroso este método que pedirle permiso a esa loba temperamental.

—Esto es lo que ocurre cuando te lías con quién no debes.

—Ahora ya no debes preocuparte más por eso, estoy prácticamente castrado.

—Sí, puedo suponerlo por el asesinato que ha sufrido el edredón y las almohadas de plumas —replicó con palpable ironía—. Llegué a pensar que te había dado otra crisis perruna por la falta de sangre… al cerebro.

Gruñó de nuevo y lo fulminó con la mirada. Posiblemente la advertencia habría dado mejores resultados si no fuese verdad. Esa maldita separación lo estaba poniendo de los nervios, en su vida se había sentido así y la culpa era toda de ella, de su nueva compañera.

—Me temo que la crisis no fue más que un reflejo de la de mi puñetera compañera.

—Te dije que era mala idea… pero no escuchas.

—Escucho, otra cosa es que haga caso —rumió antes de escuchar el delicado sonido de la cerradura que estaba forzando—. Al fin. —Empujó ligeramente y las puertas se abrieron—. ¿No te encanta tener un buen juego de ganzúas a mano cuando más las necesitas?

—No —replicó serio—. No tengo las inclinaciones de guante blanco que al parecer heredaste de tu padre.

Asintió pensando en el hombre que llevaba tanto tiempo bajo tierra.

—Fue un buen profesor.

Nicolae no era de la misma opinión.

—Fue un completo gilipollas y tú lo sabes.

Sonrió de soslayo.

—¿No es lo que acabo de decir?

Su compañero se pasó una mano por el pelo, revolviéndolo.

—Tu falta de sentido común no se debe a la ausencia de inteligencia, Mijaíl, sino a la absurda necesidad que tienes de mantenerte siempre en el filo de la navaja.

—Exageras.

—¿De verdad? Estás entrando a hurtadillas en casa de tu mejor amigo, uno que lleva algo más de cuatro días desaparecido y del que no hemos sabido nada desde que dejó el mensaje en el contestador.

—Conoces a Braden, ¿te sorprende?

—No, pero sí me preocupa —aseguró y sacudió la cabeza—. Y como esa loba psicótica de Gloria se entere de que acabas de entrar en esta casa sin su permiso... prepárate.

—No se enterará, Nicu, habremos entrado y salido de aquí antes de que sienta siquiera una corriente de aire —lo tranquilizó—. Además, a juzgar por la cantidad de mensajes que hay suyos

en el buzón de voz, no es la única preocupada por la ausencia de Braden.

Sacudió la cabeza.

—Estás de ánimo suicida, Misha —siseó pronunciando el diminutivo de su nombre, algo que solo hacía cuando quería llamar su atención—. Vas a conseguir que nos maten.

—Solo si sigues hablando. —Le indicó que guardase silencio mientras se deslizaba entre las sombras, sintiéndose en su elemento—. Veamos si podemos descubrir dónde se ha metido nuestro amigo y salgamos de aquí.

—Tienes diez malditos minutos —gruñó a modo de advertencia, señal inequívoca de que estaba cabreado—. Si no hemos salido para entonces, me pensaré seriamente el hacerme un abrigo con tu piel.

—Y luego dicen que yo soy el alfa aquí. —Se rio para sí y desapareció antes de que su beta pudiese decir algo más al respecto.

La casa estaba completamente a oscuras, pero eso no era impedimento para su visión lupina, podía moverse perfectamente en la oscuridad y su nariz funcionaba sin luz.

Se detuvo unos segundos frente a las puertas y oteó el aire.

«Algo no está bien aquí».

Continuó hacia la puerta y frunció el ceño al ver la habitación literalmente patas arriba. Muebles tirados en el suelo, libros fuera de las estanterías, era como si hubiese pasado un huracán por la habitación.

«¿Qué ha pasado aquí?».

No lo sabía, pero sin duda algo había ocurrido. Braden era un grano en el culo en lo tocante al orden, ese lobo tenía un auténtico TOC[17] con esas cosas, si veía algo como esto, le daría una apoplejía.

«Parece que alguien ha estado buscando algo. No somos los primeros en aventurarnos en esta casa».

Dejó atrás la biblioteca y salió al pasillo. Conocía la distribución de la casa al dedillo, había estado las suficientes veces como para saber que su amigo no estaba en ella y que algo malo había pasado.

«Humanos. El rastro es intenso en esa habitación».

Apestaba, era el mismo olor que desprendían los secuaces del hijo de puta al que llevaban un mes buscando, pero había algo más, algo que le resultaba conocido, un aroma que no conseguía identificar.

«Hay algo… un olor… sé que es un lobo, pero… no logro identificarlo».

Nicolae se adelantó y siguió su propio camino a través de la casa, dividiéndose abarcarían una zona mayor y terminarían antes.

«Definitivamente aquí han estado también lobos, pero ninguno que reconozca de nuestra manada».

Apretó los dientes y continuó mirando habitación tras habitación. La casa estaba prácticamente patas arriba, no había nada en su lugar, era como si hubiesen entrado a buscar algo y no lo hubiesen encontrado.

—No hay nadie —avisó Nicolae volviendo al pasillo principal—. Ni rastro de Braden o signo alguno de lucha.

—No estaba en casa cuando vinieron —aceptó pasando también a la comunicación verbal —. La pregunta es, ¿dónde demonios está?

El lobo se rascó la barbilla.

—Habló de los pueblos de *Čierne* y *Hrčava*.

Frunció el ceño.

—*Hrcava* está en territorio checo —caviló—. Cerca de la frontera, pero no se molestarían en llamar la atención de Radu, no cuando parecen concentrarse en Praga.

—*Čierne* entonces.

Asintió, por ahora era la única pista que tenían para empezar a buscar a ese lobo y descubrir que estaba pasando. Solo esperaba llegar a tiempo.

CAPÍTULO 16

Merry no sabía por qué cada vez que venía aquí le entraban unas ganas irrefrenables de dar media vuelta y salir huyendo, suponía que por eso mismo había cambiado de idea el día anterior al salir de la comisaría y había esperado a hoy para hacer esa visita.

Odiaba apasionadamente esa casa y gran parte de la culpa de ello era de su madre. De niña prácticamente le había estado prohibido tocar hasta las paredes, por no hablar de los *«no te manches»*, *«ponte recta»*, *«no respondas fuera de turno»*. Si viviese en el siglo XVIII su madre habría sido una magnífica duquesa.

El haberse casado con su padre la había sacado de la pobreza, le había dado un estatus y había hecho que entrase en la sociedad de los ricos y elegantes, pero ambos tenían el lustre de una moneda vieja de cobre. Ninguno era noble, su padre no era otra cosa que un emigrante americano que había tenido suerte en los negocios y había conseguido una considerable fortuna y su madre, ella había nacido aquí, en Praga, en el seno de una familia media, pero sus aspiraciones siempre habían sido más grandes.

Al final, eran la pareja perfecta.

Sí, tenía razones más que suficientes para odiar esa casa y precisamente por ello estaba incluso más encantada que nunca con su atuendo bohemio.

Oh, le gustaba la ropa fina como a la que más, poseía un par de vestidos y zapatos que eran su tesoro y armadura, pero siempre recurría a un aspecto más casual y bohemio cuando se trataba de pisar esa casa. Su pequeña muestra de rebeldía.

Llamó al timbre y se encogió interiormente ante el sonido.

—Dios, hasta el timbre es horrible.

Volvió a pulsar un poco más sabiendo que eso molestaba a sus progenitores y esperó.

Tenía llaves, por supuesto, pero después de la actitud de esos dos al teléfono no venía con ánimos familiares.

—Es una pena que uno no pueda divorciarse de los padres.

Adelantó el dedo para volver a llamar, pero la puerta se abrió dejándole ver el rostro arrugado de Janos.

—Señorita Merryna.

La alegría de dibujó en los rasgos enjutos del hombre y lo recompenso con una sonrisa y un cálido abrazo.

—Hola viejo gruñón.

Él le devolvió torpemente el abrazo, como siempre, pero resplandecía.

—¿Cómo se encuentra? —Había preocupación en su mirada—. Lamento muchísimo lo ocurrido.

Hizo una mueca.

—¿Lo dices por la boda cancelada o por el disparo?

Su rostro padeció.

—Dis... ¿Disparo?

Así que sus padres no habían dicho nada. Típico.

—No te preocupes, viejo, todo está bien. —Posó la mano sobre su hombro—. Al parecer

no era mi sino casarme ese día con el poli, ni tampoco desangrarme sobre el suelo.

El hombre padeció todavía más, se persignó y su tono pronto se cubrió de la desaprobación que sentía hacia sus patrones.

—Por el amor de Dios, ¿es que no hay piedad en ese par de rocas?

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Tú y yo sabemos que no son tan malos, sólo que han nacido en una época equivocada.

El mayordomo negó con la cabeza.

—Y les han concedido una hija demasiado buena para ellos.

Se hizo a un lado y la hizo entrar.

—Vamos, entre, señorita Merry, le diré a Mirta que le prepare algo. Ha de tener hambre.

Se llevó la mano al estómago y negó.

—No, en realidad estoy bien. —Le apretó la mano—. Sólo he venido a ver a los señores de la casa.

—Su madre está en el salón pequeño, organizando su próxima reunión.

—Y mi padre en la biblioteca fumando, ¿no?

—Ni el médico consigue que lo deje.

—Yo ya desistí —aseguró poniendo los ojos en blanco—. Si quiere morirse pronto, es problema suyo.

Sacudió la cabeza y miró hacia el salón.

—Iré a ver a mi madre. —Le informó y dejó al hombre que había sido más padre para ella que sus dos progenitores.

La casa seguía tan impoluta como siempre, muebles relucientes, incluso había alguno nuevo pensó al no reconocer un par de sillas y una estantería.

Dejó atrás la primera planta e hizo una mueca cuando le tocó subir a la primera planta. Malik le había quitado los puntos, pero todavía le tiraba bastante y eso hizo que esa visita la pusiese incluso de peor humor.

El día anterior había llegado a su casa después de su incursión en la comisaría y se había metido en la cama, abrazándose a su almohada. Estaba agotada, se sentía agitada y abandonada por todos. Suponía que era una reacción normal, el momento que su cuerpo elegía para hacerla consciente del shock que atravesaba.

Había sido una noche de fiebre y ansiedad que la despertó empapada en sudor un par de veces. El malestar había empezado a remitir por la mañana, cuando sonó el teléfono y su médico privado la llamó para preguntarle qué tal había dormido.

Se había ahorrado los detalles limitándose a decirle que estaba perfectamente antes de colgar.

Se sentía mal tratando de esa manera al chico que la había curado, pero el mal humor había venido solito y sin invitación y no parecía tener ganas de irse.

Dejando su extraña dicotomía a un lado enfiló el pasillo hacia su derecha. Al final de este estaba la puerta abierta y escuchaba a su madre hablando en voz baja. No le sorprendería saber que estaba hablando consigo misma.

Dejó que los nudillos entrasen en contacto con la madera y anunció su presencia.

La mujer sentada en un sillón, vestida con un bonito conjunto de blusa y pantalón, tacones de vértigo y el pelo recogido en un sobrio moño no parecía tener problemas con la edad. A sus sesenta y tres años era la viva imagen de la elegancia y vitalidad, nadie adivinarla jamás su verdadera edad.

—Merryna.

Ni alegría, ni alivio, quizá un poco de sorpresa, pero aquello era todo.

—Vaya. Hasta que al fin te dignas a visitarnos —replicó y casi tuvo ganas de echarse a reír—. ¿Y tú marido?

Enarcó una ceja y miró detrás de ella a propósito.

—Juraría que no llegué a casarme con Mirco, mamá —le dijo con profunda ironía—. Él no se presentó en la Iglesia, ¿recuerdas? Tú estabas allí, deberías de saberlo.

Desestimó su respuesta con una mano.

—Siempre te dije que te conformabas con poco, afortunadamente recapacitaste a tiempo. Mijaíl es un gran partido. Pero no os perdonaré a ninguno que no hayáis organizado una boda como Dios manda. Qué dirán ahora nuestras amistades.

—Son tus amistades, no las mías, no puede importarme menos lo que diga un atajo de cacatúas —le soltó—. Y Mijaíl no es mi marido, sólo es el hombre...

—Que evitó que te murieses en plena calle —asintió ahora con desacostumbrado apasionamiento—. Estuvo aquí hace un par de días. Habló con tu padre y nos explicó la situación. Podías haber muerto...

¿Qué Mijaíl había estado allí?

—Er... creo que eso ya os lo dije y os importó un pepino.

—¡Pensamos que era otra de tus tonterías! —se exaltó—. Te dejaron plantada en el altar, tenías derecho a tener una rabieta.

—¿Una rabieta?

—Lo último que podíamos suponer es que te verías envuelta por casualidad en un asalto.

Dios, empezaba a encontrar aquello demasiado absurdo incluso para ella.

—Créeme, no fue algo que buscase a propósito.

—Ni siquiera tú serías tan estúpida, hija —le soltó y la miró de arriba abajo con una mueca—. Ahora que vas a formar parte de la familia Cech Alezandru deberías empezar a vestirte acorde a tu posición.

Puso los ojos en blanco.

—No voy a formar parte de ninguna familia, así que no necesitaré nada que...

—No seas testaruda —chasqueó—. Incluso tú no querrás avergonzar a tu marido.

—No es mi marido, mamá, no es más que un lobo arrogante que porque me ha mordido piensa que ya soy de su propiedad y tengo que hacer su voluntad.

—Por algo se le conoce como el lobo de Bratislava.

Parpadeó.

—¿Cómo?

—Oh, vamos. Tu Mijaíl es el dueño de un imperio empresarial —le aseguró—. ¿Sabías que tu padre lleva años intentando hacer negocios con Tower Vlk? ¡Y ahora el presidente y dueño es su yerno! Es sencillamente providencial.

Genial, aquello era justo lo que le faltaba, iba a matar a ese lobo.

No tenía la menor idea a qué se dedicaba, ni siquiera le había importado, sólo quería perderle de vista y él, mientras tanto, se había dedicado a complicarle la existencia a sus espaldas.

—Me da igual a que qué se dedica, mamá, no podría importarme menos.

—Pues debería, quizá él pueda darte un trabajo decente y así dejarías esa galería.

Resopló.

—La dejaré cuando mi jefe me despida y no veo yo al Profesor Jelinek con ganas de hacer nada de eso.

Su jefe era un hombre bastante extraño, un filántropo y especialista en arte con unos gustos un tanto peculiares. Había empezado a trabajar con él años atrás y la mayoría de las veces lo coordinaba todo por teléfono. Habría visto al hombre unas cuantas ocasiones en todo ese tiempo.

—Desperdicias años de buena educación en trabajos de poca relevancia —siguió con su acusación—. Tu padre habría podido meterte en la *Vetruska*.

Y esa había sido la razón de que se hubiese negado. No quería nada de ellos, no lo había querido desde que se independizó por fin.

—Mira, no he venido a escuchar un discurso, sólo quería que vieses que estoy bien, aunque eso te importe un pepino.

—Merryna…

—Ahórratelo, mamá, ambas sabemos cuáles son tus prioridades y yo no estoy entre ellas.

La dejó con la palabra en la boca y salió del salón, tenía que enfrentarse a otro dragón antes de poder emprender la retirada y matar a un jodido lobo.

CAPÍTULO 17

Merry se dejó caer en uno de los asientos del parque Letná y echó la cabeza hacia atrás. Dios, enfrentarse a su familia era como alistarse en el ejército y querer combatir en primera línea. Hablar con su padre no resultó mejor que con su madre, aunque él al menos sí se interesó por su salud y se ofreció a que la viese su propio médico. La noticia del matrimonio parecía haberlo consternado también y eso hacía que sus ganas de matar a Mijaíl fuesen en aumento.

—Maldito lobo, ¿dónde hay una escopeta cuando se la necesita?

Quería hacerle un agujero, un bonito agujero a juego con el suyo. ¿No decía que eran compañeros? Pues que sufriese un poco.

Rebuscó en el bolso hasta encontrar el móvil. Se había encontrado su número grabado, sin duda por él mismo. Lo localizó en la agenda y resopló.

—Aquí está —sonrió para sí—. Lobo puñetero.

Marcó y puso el manos libres. No tenía fuerza ni para sostener el cacharro.

—¿Ya me echas de menos, compañera?

Escuchar su voz fue como si le hubiesen dado un sedante inmediato.

—Ni un poquito —rezongó. Una mentira como una catedral, pero la verdad era algo que todavía no podía comprender. Apenas conocía a ese tipo y la necesidad que tenía de escuchar su voz no era nada razonable.

Él pareció ignorar su respuesta, pues le pareció escucharle reír antes de responder.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal la herida?

Su inesperada amabilidad y preocupación la removió por dentro.

—Estoy lo suficiente bien como para ir a visitar a mis padres y enterarme de que mi supuesto *marido* estuvo allí ya.

—Nada de supuesto, para mi pueblo, estamos casados, ya te lo dije —replicó con sencillez —. Pero si necesitas una ceremonia humana para legalizarlo, no tengo inconveniente en celebrar una boda…

—Dime que no le has insinuado algo así a mi familia.

—Yo no insinuó, Merry, sólo digo lo que hay de verdad —le soltó—, en la medida de lo que puedo.

Bufó ante su respuesta.

—Hazme un favor y no digas nada más y sobre todo no a mis padres.

—Tienes unos progenitores que no te merecen.

Si él supiera…

—Bueno, en eso estamos de acuerdo, pero siguen siendo mis padres.

—Sí, no hay forma de divorciarse de la familia... y matarlos tampoco es una opción.

Parpadeó y miró el teléfono. Era broma, ¿no?

—Eso sería un pelín drástico.

—Depende de qué haya en juego.

Sus palabras le provocaron un escalofrío, la forma en que lo decía no era algo casual.

—¿Vas a decirme que te dedicas a cargarte a la familia que no te cae bien?

—Claro que no —negó rotundo—. Mi hermano sigue vivo.

Bufó. Hombres.

—Bueno, lobita, si no me llamaste porque me echabas de menos, ¿Qué necesitas?

—Que dejes de meterte en mi vida.

Y a poder ser, lo antes posible.

—Sólo acabo de empezar, Merry, sólo acabo de empezar.

Resopló y volvió a mirar el teléfono, el sonido ambiente que escuchaba por detrás hablaba de gente, de corrillos, parecía que estuviese en una celebración.

—¿No te parece que es un poquito temprano para estar ya de fiesta?

Lo oyó reír.

—Qué más quisiera, pequeña, qué más quisiera que estar de fiesta en vez de recorriendo un pequeño pueblo en busca de… algo que hemos perdido.

¿Por qué aquello no sonaba tan cierto como debería?

—Si no quieres decírmelo, no hace falta que me mientas.

—No te he mentido, Merry, si algo puedo prometerte es que siempre habrá sinceridad entre nosotros —aseguró sin rodeos—. Sencillamente, ahora mismo no puedo darte los detalles. Tengo que dejarte, compañera, gracias por esta sorpresa.

Le colgó y se quedó mirando el teléfono como si no pudiese creérselo.

—Que sorpresa ni que sorpresa, capullo —gruñó y dejó el móvil a un lado.

Con todo no podía negar que a ella le había sentado bien escuchar su voz.

Sí, estaba perdiendo el norte cada vez más rápido.

—Estas empiezan a ser las vacaciones más estresantes de mi vida, si no cogen a ese maldito hijo de puta, saldré yo misma ahí fuera y le patearé el culo.

—No es tan fácil, Leah, llevamos casi un mes rastreando toda la ciudad y, si bien estoy cada vez más segura de que está aquí, se oculta tan bien que empiezo a dudar de mí misma.

—Él está aquí, en eso no te equivocas —murmuró Denali.

No tenía mucho contacto con las hembras que llevaban habitando la casa desde incluso antes de que ella hubiese llegado. Las compañeras de los alfas que se habían quedado para salvaguardarles a ella y al príncipe, mujeres muy distintas que, si bien la habían recibido con calidez, también habían guardado las reservas. Al menos dos de las presentes eran humanas, solo las dos pelirrojas Daratraz eran lobas.

Judith, la compañera del alfa de Praga y su anfitrión, se levantó del asiento que estaba ocupando y caminó con decisión hacia ella.

—Lo sé, pero no soy capaz de encontrarlo y eso me frustra —aseguró deteniéndose a su lado—, como también te frustra a ti.

Su acertada valoración la hizo pensar en lo que sabía de ella, en lo que se le había dicho. La chica era una romaní, una gitana con conexiones a la tierra capaz de sentir la maldad o el daño que la contaminaba, un vínculo que conocía bien.

—Entre otras cosas más —murmuró en tono más bajo, recorriéndola con la mirada—. Tu aura está mejorando, eso me alivia.

—¿Mi aura? —Enarcó una ceja.

—Judith es capaz de ver el aura de las personas y de las no personas, es decir, los culos peludos —intervino una embarazada Shane—. Entra y siéntate, anda, Leah y yo estábamos

haciendo apuestas para ver quién iba a sacarte a rastras de esa habitación.

Parpadeó ante la directa respuesta.

—¿Disculpa?

—Si pasas más tiempo encerrada, empezarás a perder el color, te deshidratarás como una pasa y terminarás convertida en una ermitaña —le soltó la pelirroja, quién estaba apoyada en la silla de su sonriente hermana, Dawn—. De vez en cuando incluso nosotras necesitamos un poco de luz, ya sabes, como las plantas.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—¿Me estás comparando con una planta?

—No te preocupes, la comparación es apta para todas las presentes —aseguró encogiéndose de hombros.

Sacudió la cabeza y miró a Judith, quién le sonrió en respuesta.

—Si te preguntas por el color, es azul, como tus ojos —le informó—. Podría ser un poco más intenso, pero tienes demasiadas preocupaciones encima, demasiada… frustración.

—Frustración.

—Algo común últimamente por estos lares —suspiró Dawn, que se había mantenido en silencio hasta el momento—. No te veía desde que eras una niña pequeña, posiblemente no te acordarás de mí.

Negó la cabeza.

—Sí, te recuerdo —aseguró. Recordaba a dos muchachas pelirrojas en la aldea, siempre le había llamado la atención el color tan vibrante de su pelo, aunque ahora, el de Judith era incluso mucho más fuerte—. Vagamente, pero… os recuerdo a las dos.

Ella sonrió en respuesta.

—Me alegra que estés aquí para Velkan. —La sorprendió con esa afirmación—. Ha estado muy solo, nadie merece pasar la vida pensando que ha perdido a su otra mitad.

—Dawny, despacito, no la apresures.

La pelirroja miró a su hermana y sonrió con tranquilidad.

—No hay nada de malo en decir la verdad, Leah, a menudo es lo único que nos da la libertad.

Judith la enlazó entonces del brazo y tiró de ella.

—Ven, siéntate con nosotras, tú también has pasado demasiado tiempo sola y ya es hora de que le pongamos remedio —le susurró al oído, solo para que lo escuchase ella.

Se detuvo en seco, repentinamente incómoda, tímida ante esa abierta muestra de aceptación.

—¿Por… por qué haces esto? ¿Por qué lo hacéis?

Leah chasqueó la lengua, dejó el puesto tras el sillón y acabó enlazándola del otro brazo.

—Porque, *alteza*, necesitas amigas, unas que no vayan por ahí con una pistola en la cadera y puedan hablar de algo más que de desmembramientos —le soltó la loba—. Que no me malinterpretes, en el mundo en el que vivimos y visto lo visto, estoy más que feliz de que existan mujeres como Nahara, sin duda Rumati también la necesitaba. Pero no puedo evitarlo, me he criado como humana, no recordé que era una loba hasta hace relativamente poco, así que mi mente… funciona como la de un humano.

La miró a los ojos y vio la fuerza de su loba, una alfa.

—Es más fácil enfrentarse a todo esto cuando tienes gente con la que hablar, Denali, y aquí tienes cuatro pares de oídos a los que se le da de miedo escuchar y aceptar a todo tipo de bichos raros en su círculo de amigos.

Amigos. Una palabra tan extraña y al mismo tiempo anhelada.

Siempre había deseado tener amigas, formar parte de un grupo. Al principio lo había hecho, había tenido compañeras de clase, pero dada su naturaleza y su natural reserva, la tomaban por alguien rara y terminaban alejándose. Solo había contado con Nahara, ella era su amiga, su hermana, su confidente… pero ahora todo había cambiado otra vez. Si bien sabía que la tenía, que siempre la tendría, su prioridad era su compañero, como también debería serlo el suyo para ella.

Velkan había dado el primer paso allanando el camino, presentándole una vía por la que poder transitar, un camino por el que acercarse a él, ser la compañera que él necesitaba y ella deseaba ser. La pregunta era, ¿se atrevería a iniciar la marcha?

Y ahora este grupo de mujeres le abría los brazos dispuestas a acogerla en su círculo, a brindarle su amistad y compañía. Humanas y lobas, todas ellas entendiéndose a la perfección, sin recelar, sin tener miedo… Era algo que, en su pequeño mundo, no había creído posible.

Sí, él le había robado muchas cosas a lo largo de esos años que estuvo bajo su yugo, pero no permitiría que le robase el futuro, ni el suyo ni el de estas personas.

Lucharé con todo lo que tengo para evitarlo y si tengo que matar de nuevo, que así sea.

—¿Y bien? —insistió Leah. Parecía estar esperando una respuesta a alguna pregunta.

—¿Qué?

La loba sonrió de soslayo.

—Te decía si estás dispuesta a unirte al club.

—¿Qué club?

—El de compañeras intrigantes y psicóticas dispuestas a mover el jodido mundo con una palanca si eso hace que sus compañeros sigan a salvo.

Parpadeó ante sus palabras, especialmente por la fiereza que escuchó en ellas. Las miró, a todas y cada una y encontró esa misma pasión y determinación en cada par de ojos. Esas mujeres no se escondían, no se sentaban en un rincón a lamentar su suerte, ellas luchaban y lo harían hasta el último aliento por aquellos a los que querían.

—Sí, yo… lo intentaré.

—Y ese es el primer paso, Dena —aseguró Shane con una amplia sonrisa—. Intentarlo.

Sí, lo era, sin duda era el primer paso para todo.

—Gracias. —Miró a Leah y ella asintió satisfecha.

—No hay de qué, lobita, no hay de qué.

CAPÍTULO 18

Cada vez que se sentaba allí, en esa vieja silla y contemplaba la estantería plagada de recuerdos y de vidas perdidas no podía evitar preguntarse el porqué. ¿Por qué tanto odio? ¿Por qué tanta maldad? ¿Por qué tanta sangre derramada?

Allí yacían los restos de su alma, del hombre que había sido una vez, del compañero, del padre, del hijo y de todo lo que le había sido arrebatado.

No era sólo su vida la que allí vivía, no era sólo su venganza la que demandaban esas paredes, era más, mucho más y él era el único encargado de administrarla.

—Vida, sangre y eternidad.

Un lema que llevaba a la espalda como una losa, un credo que había sido grabado en sus ojos y en su mente a través de la destrucción, un perenne recordatorio de que debía terminar con los últimos descendientes de ese linaje. Era todo o nada, vencer o morir y ya llevaba muerto demasiado tiempo, había llegado el momento de reclamar su verdad.

Un ligero golpe en la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Sólo había una persona que se arriesgaría a tocar a esa puerta, la única que se arriesgaría a entrar en aquel lugar y la única en el mundo que estaría a salvo junto a él.

Su belleza iba a la par que su inteligencia y eso la convertía en el caballo de Troya perfecto.

—Sabía que te encontraría aquí.

La miró, vestía de manera recatada, con el pelo recogido y sin maquillaje, una versión muy distinta de la rastreadora que llevaba casi toda la vida cerca del príncipe y su gente.

—¿Me traes novedades?

Sonrió y se acercó a él, depositando un beso en su mejilla.

—No me hubiese arriesgado a venir si no fuese así, padre.

Su dulce niña, la única que había sobrevivido, alguien a quién había renunciado tras la muerte de su compañera para ponerla a salvo. Sangre de su sangre.

—El príncipe ha vuelto de su viaje a casa, se ha pasado prácticamente toda la primera semana en la fortaleza y la siguiente recorriendo los pueblos. Algo extraño dado que la princesa ya está bajo su propio techo.

—Interesante.

Ese joven lobo no solía hacer las cosas sin un motivo por lo que dicho viaje debía obedecer a algo. La pregunta era, ¿a qué?

—¿A traído alguna cosa con él?

—Frustración a raudales. —Se encogió de hombros—. Y la típica necesidad de un lobo emparejado. Dudo que pase mucho más tiempo antes de que los príncipes consoliden su vínculo. Se han aventurado incluso a salir por la ciudad con su escolta de siempre.

—¿Se sabe algo sobre la reunión anual?

La celebración anual de los clanes se había retrasado, pero dada la estancia de los alfas en la ciudad no podía ser pospuesta indefinidamente.

—Nada oficial —aceptó—. Los alfas empiezan a impacientarse, demasiado tiempo fuera de sus territorios. Algunos se han ido turnando y es previsible que haya una nueva reunión a final de este mes.

—Se sienten inseguros, tienen a sus dos lobos de sangre pura prácticamente secuestrados en Praga y sus propios estados desatendidos —murmuró—. Necesitan volver a ponerse en movimiento, algo que agite el avispero.

Ella lo miró ansiosa, sabía que estaba deseosa de colaborar.

—El alfa de Bratislava todavía no ha regresado, su compañera se está reponiendo poco a poco, pero podría sufrir una recaída...

Levantó el dedo y negó.

—No. Nada debe ser hecho para que sospechen de ti o de alguien cercano a ellos, todo debe seguir su curso —la aleccionó—. Deberíamos inculcarles el valor por el arte, la admiración por las obras inmortales.

Los labios femeninos se estiraron lentamente hasta que su sonrisa se reflejó en sus ojos.

—No sé si sabrán apreciarlo después del obsequio que ese sádico les hizo el mes pasado.

—Pensaba en algo más terrenal, contemporáneo... y que ya debería estar expuesto allí dónde sin duda será admirado.

Le devolvió la sonrisa y miró de nuevo la pared.

—Es hora de agitar de nuevo el avispero —comentó y entonces la miró—. Pero esta vez mantente al margen, ciertas obras se admiran mejor con poco público.

—Como prefieras, padre —aceptó de buen grado—. Lo que haga falta para que paguen por lo que han hecho a nuestra familia.

Su preciosa hija, la única que entendía su visión.

—Acompáñame a cenar, quiero que me cuentes todos y cada uno de los secretos que has descubierto bajo su techo.

CAPÍTULO 19

Denali no esperaba encontrar a Velkan en el gimnasio, por otro lado, tampoco le sorprendía demasiado. Cuando la había enfrentado se dio cuenta de que estaba en perfecta forma física y dominaba el juego a la perfección. Ahora, viéndole moverse, viendo la ejecución de cada patada, de cada puñetazo y movimiento sabía que no era un amateur. Su agresividad mostraba a su lobo en la superficie, la camiseta sin mangas estaba oscurecida por el sudor y los pies descalzos parecían haber pateado incansablemente ese saco.

—¿Has venido para admirar las vistas o para entrenar?

Su jadeante pulla la llevó a dar un respingo.

—¿Y tú? ¿Me esperabas para lanzarme de nuevo al suelo?

Vio cómo se curvaban sus labios, pero no la miró, siguió golpeando de manera metódica.

—No negaré que me ha gustado sentirte debajo, pero no, necesitaba soltar un poco de frustración y esto es tan bueno como otra cosa. Al menos por el momento.

Se lamió los labios y miró a su alrededor, estaban solos.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No. —Se detuvo tras el último golpe—. Y eso ya es de por sí solo frustrante. Han atacado a mi gente y no puedo hacer una mierda para evitarlo. Eso es frustrante.

Sí, conocía esa sensación.

—Podría salir ahí fuera e intentar rastrearle.

La miró por encima del hombro.

—Por encima de mi cadáver —gruñó, su lobo presente en su voz—. No te expondré a él.

—¿Y si es la única manera de hacerle salir o de llegar al menos hasta él?

Dejó escapar un resoplido.

—Encontraremos otra. —Se giró hacia ella y la recorrió de arriba abajo—. Sé que quieres salir ahí fuera, pero es demasiado peligroso...

—Ya lo era cuando estaba por mi cuenta y sobreviví.

—¿Lo hiciste? —caminó hacia ella—. Estás asustada, llena de rencor e ira, la supervivencia te ha minado a muchos niveles... tienes incluso miedo de estar cerca de mí...

—No quiero que te haga daño, ¿es que no lo entiendes? —se desesperó—. Tú eres la esperanza de nuestra raza, yo soy prescindible, pero tú...

—¿Prescindible? —gruñó con fiereza—. Tú eres lo único que me importa en este maldito mundo, es por ti que he soportado esta vacía existencia hasta ahora. He pasado toda mi jodida vida resistiéndome a perderte, Denali, convenciéndome a mí mismo de que estabas con vida. Y ahora... ahora aquí estás y lo único en lo que puedo pensar es en el infierno que desataré sobre esta maldita ciudad si te pasa algo.

Su compañero acababa de poner las cartas sobre la mesa.

—Así que no vuelvas a decir que eres prescindible —concluyó y, para su sorpresa volvió a emprender su ataque contra el saco.

Estaba furioso, dolido y ella era la única culpable. Se sintió herida, pero no por ella, sino por él y sus decisiones.

—No puedes encerrarme en una urna de cristal, Velkan, no soy tan frágil, no voy a

romperme —intentó que comprendiese—. Déjame hacer algo para ayudar, déjame sentirme útil.

Volvió a detener el saco y la miró.

—No pretendo saber lo que has pasado ahí fuera, pero te siento, Dena, sé lo que esto te ha costado —aceptó y sin apartar la mirada la llamó—. ¿Quieres ayudar? Bien... entrena conmigo.

Enarcó una ceja.

—Tú sólo quieres volver a patearme el culo.

—Ya sabes cuál es la solución, patéamelo tú a mí.

Entrecerró los ojos.

—Vale. Muy bien. Tú lo has querido.

—Pero nada de truquitos como el último, ¿eh?

Sonrió maliciosa y lo atacó.

Durante casi media hora estuvieron lanzándose uno contra el otro, aprendiendo a bloquearse, a atacar y evitar llevarse algún golpe a cambio. Si bien Velkan había sido cuidadoso con ella al principio pronto se dio cuenta de que esta vez ella estaba en guardia y no le iba a ser tan fácil derribarla. Quizá debió haberle advertido que le había escocido la humillante lección y estaba dispuesta a devolverle el favor.

Él era un luchador formidable como lo demostraron las innumerables veces que la derribó entre risas.

—Voy ganando, *Denita*.

Resopló y se escabullo sólo para volver a atacarle y terminar ahora sobre él, lanzándolos a ambos sobre las colchonetas.

—Eres más grande que yo, no es justo.

Sus manos fueron a sus costillas y le hizo cosquillas, desarmándola e invirtiendo una vez más los papeles.

—Tengo que ser más más grande que tú, privilegio de ser el macho de la especie.

Bufó.

—Hombres, siempre alardeando.

Sonrió.

—Compañeras, siempre con una queja en los labios.

—Privilegio de las mujeres, como el de hacer más de una cosa a la vez sin lloriquear.

—Tienes una manera única de insultarme.

—Ah, ¿pero era un insulto? Juraría que sólo estaba citando una verdad universal.

Volvió a hacerle cosquillas y terminó pidiendo clemencia.

—Tú ganas, tú ganas, no puedo más, tú ganas.

Se inclinó sobre ella, sentado a ahorcajadas parecía una montaña que la hacía incluso más pequeña.

—Bien, ya que he ganado, quiero mi premio.

—Deberías comentarte con haberme machacado durante media hora.

—Eso sólo ha sido ejercicio, divertido, pero ejercicio.

—¿Un paseo?

Se rio entre dientes.

—Ese sería un premio para ti, no para mí.

—¿Y no puedes incluirme en ello? Lo disfrutaríamos ambos.

—Ah, pero mi premio vamos a disfrutarlo ambos. —Se inclinó sobre ella—. Te lo prometo.

—Vamos, habla, odio que se le den tantas vueltas a las cosas.

—Haré algo mejor —le susurró—, te lo demostraré.

Bajó su boca sobre la de ella y la besó. Su lengua incursionó en su cavidad y se encontró devolviéndole el beso y disfrutando de su contacto. Con las manos a ambos lados de la cabeza y acertadas contra el suelo por las suyas no podía tocarle, pero eso no evitaba que gran parte de su cuerpo siguiese en contacto. Sus muslos aprisionaban los suyos, su pelvis se alineará contra la suya y podía notar su excitación rozándose contra su estómago a pesar del cuidado que ponía en no tocarla.

Se movió bajo él, arqueándose, pidiendo más sin ser consciente de ello.

«Estás jugando con fuego, prietenă, se buena».

Su voz fue una caricia en su mente, casi tanto como lo era su lengua contra la suya.

«No sé cómo serlo».

Él gruñó y profundizó el beso, una de sus manos soltó la que retenía suya y la deslizó por su costado, acariciándola, sus dedos acercándose peligrosamente a su pecho y a la dura protuberancia que empujaba contra la tela. Su toque, apenas un roce, la hizo jadear, sintió como todo su cuerpo cobraba vida y su sexo se humedecía demandando atención. La sangre parecía licuársele en las venas y se encontró agarrándose a él con la mano libre.

Velkan rompió entonces el beso, tan anhelante como ella, sus ojos se habían oscurecido y parecía tener algunos problemas para respirar.

—Creo que deberíamos parar... ahora.

Lo miró confusa.

—¿Por qué?

Se rio entre dientes y apoyó su frente contra la de ella.

—Cristo, compañera. Porque si no paramos ahora, te voy a follar sobre la maldita colchoneta del gimnasio —gruñó—. Y me gustaría tener un poquito de privacidad y sobre todo tiempo para disfrutar de ti.

Sus palabras accionaron por fin su cerebro.

—Visto así, te daré la razón.

—Que considerada.

—Intento serlo.

—Y una mierda. —Se rio—. Diablos, necesito una jodida ducha fría.

Se incorporó y tiró de ella en el proceso.

—Tienes media hora para ducharte, cambiarte y prepararte para salir.

Parpadeó confusa.

—¿A dónde?

—A visitar la ciudad —le soltó—, y hacer un poco de investigación en el proceso.

Abrió los ojos como platos.

—Oh... grac...

Le puso un dedo sobre los labios.

—Me obedecerás. —La calló, impidiéndole replicar—. Al menor indicio de peligro, nos retiramos. No cederé ante eso, ¿entendido?

Asintió, no iba a discutir con él.

—Y otra cosa. —Su dedo recorrió sus labios—. La próxima vez que inicies algo... tendrás que terminarlo. No habrá nuevos indultos, no puedo, Dena, te deseo demasiado.

Se lamió los labios.

—Entonces asegúrate de escoger un mejor lugar a la hora de reclamar tus premios.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Lo haré, princesa, lo haré.

CAPÍTULO 20

Denali nunca pensó que iba a volver a ver Praga con otros ojos, ni tampoco que lo haría con una estúpida peluca roja y gafas de sol. Miró a su compañero que paseaba tan tranquilo a su lado con las manos en los bolsillos. Unos vaqueros, una camiseta del grupo *Metálica* y una gorra era todo el disfraz que se había atenuado. Y a ella prácticamente la había hecho vestirse como una hippie.

—Lo estás pasando bien a mi costa, admítelo.

Se limitó a mirarla de soslayo y disimular una sonrisa. Llevaba unas gafas de cristales sin graduación que no hacían otra cosa que realzar sus ojos dorados.

—Creo que estás muy mona –aseguró guiñándole un ojo—. Encajarías muy bien en Rumanía.

Aquello le llevó a pensar en su tierra natal y en los pocos recuerdos que tenía de ella.

—¿Cómo es?

La miró.

—¿El qué?

—Nuestro hogar —admitió aquello en voz alta—. No lo recuerdo.

No podía, era una bebé cuando la mandaron a los Estados Unidos.

—Viejo y nuevo al mismo tiempo —aceptó—. Sus bosques son mágicos en sí mismos, poseen una magia ancestral que siempre me ha llamado a casa. Te gustaría correr por ellos, no hay nada igual.

Intentó imaginárselo a través de sus palabras, pero sabía que no le haría justicia a la realidad.

—Me gustaría volver algún día, volver a casa.

Asintió.

—Lo haremos, Denali, lo haremos y una vez allí, dejaremos que venga el futuro.

Sonrió y asintió. Miró hacia abajo, entre ellos y deslizó la mano en su bolsillo en busca de la de él.

La miró, pero no dijo nada, enlazó sus dedos y siguieron caminando en silencio de la mano.

Ni siquiera sabía cuándo había tomado esa decisión, pero esto era lo que quería, lo que siempre había deseado, terminar con su soledad y volver al hogar.

Él se lo había arrebatado todo, especialmente aquella última noche, cuando la máscara le cayó por fin.

—¿Podemos acercarnos a alguna iglesia?

Su petición lo tomó por sorpresa, pero asintió. Miró a su alrededor e indicó una de las calles paralelas.

—Al final se encuentra la Iglesia del Týn.

Siguió su mirada y vio las torres de aspecto gótico.

—Te sonará extraño, pero él nunca nos buscó allí, era como si no deseara entrar, como si sus pecados fuesen tantos que tuviese miedo a que las gárgolas bajasen a llevárselo. No entraba en el campo santo y al final terminé considerándolo un vampiro de emociones y no sólo de sangre.

Sacudió la cabeza.

—Esa noche, la última, mientras blandía esa infesta vara, habló de mis padres, de mis verdaderos padres y dijo que se merecían su muerte.

Se detuvo ante la fachada de la catedral, respiró hondo y se sacó la chaqueta antes de darle la espalda sabiendo que vería a través de las tiras cruzadas de la camiseta.

—Hijo de puta.

—Él me odiaba porque era para ti, en ese momento lo supe, supe que él era de quien debía huir, no de ti.

Sin mediar palabra atravesó las puertas de la catedral dispuesta a decirle por primera vez a alguien lo que había pasado esa noche. Nadie, ni siquiera Nahara, sabía toda la verdad.

Velkan no podía quitarse de la mente las cicatrices que había vislumbrado en la espalda de Denali, su lobo había aullado de rabia dispuesto a destrozar a quien quiera que le hubiese hecho eso a ella. Miró hacia arriba cuando traspasó las puertas de la catedral, no recordaba cuando fue la última vez que puso los pies en una iglesia para otra cosa que no fuese hacer turismo, sabía que había entrado antes en esta pero no podía recordar el momento. Contempló las bóvedas, la disposición de los capiteles, los distintos altares e imágenes y acompañó a Dena en silencio hasta uno de los bancos de madera en el que se sentó.

Se sacó la gorra e hizo lo mismo.

—No soy precisamente muy creyente, ni siquiera creo ser católica, pero cuando te han perseguido durante tanto tiempo, incluso el último lugar en el que esperarías entrar se convierte en un refugio —musitó en voz baja.

Una solitaria lágrima discurrió por su mejilla y se la secó. Sus ojos se encontraron.

«Cuéntamelo».

Asintió lentamente y, aferrándose a su mano, volvió de nuevo la vista al frente. Cualquier persona que los viese sólo repararía en dos personas que estarían cavilando o rezando para sus adentros.

«Esa noche había una fiesta. Una compañera de clase celebraba su cumpleaños y me había invitado. Habría chicos, toda una novedad para mí, estaba deseando ir, pero él no me lo permitió. Desde un tiempo a esa parte parecía haberse vuelto celoso, egoísta, yo siempre era la mala, la que se llevaba los castigos, se centró en mí y se olvidó de Nahara. Y bendito fue después ese olvido».

Se lamió los labios y notó como se tensaba a su lado.

«Él me disciplinaba, decía que era por mi bien. Nunca fue más allá de un par de azotes con la vara, por lo general en las manos, pero esa noche...»

Negó.

«Entré a escondidas y él estaba en mi habitación. Había destrozado todo, sus ojos parecían los de un demente, empezó a gritarme, a llamarme toda clase de cosas que en su momento no entendí. Y mientras lo hacía me golpeaba con un bastón».

«Me dijo que llevaba la misma sangre de mis padres, de tu estirpe y que debería haber muerto cuando él los mató. Quería que yo fuera tu caída, su propia venganza. No podía moverme, no podía siquiera esconderme y él continuó golpeándome sin cesar hasta que me desmayé. Cuando volví en mí él seguía allí, me miraba y me decía que había sido una niña mala, que lo había desobedecido...»

«Por primera vez en mi vida me revelé, le llamé monstruo y le dije que él no era nada mío.

Intentó volver a golpearme, pero el golpe nunca llegó. Mi loba tomó el mando, reunió las fuerzas que a mí ya no me quedaban y lo atacó. Fue la primera vez que sentí la sangre de alguien en mi boca y lo odié, lo odié por eso mucho más que por haberme pegado. Intentó sacarme de encima a base de bastonazos y hui. Corrí como nunca y me refugié en la Iglesia. Debí haber llamado a Nahara en algún momento porque ella se presentó tan rápido como pudo. Quería matarlo, quería hacerle daño, pero la convencí para que nos fuésemos. Me sacó de allí y no sé ni cómo. Estuvimos casi una semana ocultas, esperando a que me recuperase un poco, pensando que lo había matado... Y entonces, aproximadamente un año después nos encontró. Decía que yo le pertenecía, que tenía que volver a su lado, que me perdonaría... pero yo ya sabía lo que había hecho. Nahara lo había descubierto y huimos. Desde ese momento siempre huimos».

Apretó los dientes y mantuvo la compostura, sabía qué era lo que necesitaba, que no era el momento de dar rienda suelta a su rabia e indignación. Eso llegaría después, cuando le pusiese las manos encima y diese cuenta del hijo de puta que se había atrevido a golpear a una niña, a su compañera.

—Hay muchas cosas que no encajan con ese hombre —continuó ahora en un murmullo, sus ojos encontrando los de él—. ¿Quién es en realidad? ¿A qué se dedica? Investigamos como pudimos, volvimos sobre nuestros pasos tiempo después y en aquel lugar dónde nos habíamos criado no quedaba nada. Todo había sido reducido a cenizas.

Negó con la cabeza.

—Armitage fue el apellido que llevamos durante el tiempo que estuvimos con él, una vez que escapamos, Nahara se las ingenió para conseguirnos documentos falsos y nos puso el apellido *Valaco*. Era como justicia poética —suspiró—. Pero nunca pudimos descubrir más sobre su identidad o sus planes, nada que no quisiera que supiéramos.

Escucharon un *«shhh»* y miraron ambos hacia la señora de edad un par de bancos por delante de ellos que les llamaba la atención.

Estúpidos humanos, ajenos a la muerte que rondaba por sus calles.

«Déjala, tiene razón en quejarse».

«Ni la más mínima».

Sonrió con pesar y señaló el pasillo.

—Vamos.

Continuaron paseando uno al lado del otro, su mano más pequeña, hundida en la de él mientras se mezclaban entre los turistas.

—Fue cuando empezó a ir detrás de los supervivientes de nuestra manada que supimos que nos estaba dejando un aviso tras otro, era como si nos estuviese diciendo *«esto es culpa vuestra, venid a detenerme»*.

—Hijo de puta. —No pudo evitar emitir entre dientes.

Ella le apretó la mano y lo miró.

—Siento no haber podido evitar esas muertes, que no hayamos podido detenerle de alguna manera. Quería mantenerle alejado de ti, de nuestra gente, pero al final, tengo la sensación de que esto es exactamente lo que quería. Reunirnos a todos en un mismo lugar. —Sacudió la cabeza—. Cuando llegamos a la ciudad escuché algo, sé que está tramando alguna cosa y de grandes proporciones. Si es así, él tiene que estar aquí, Velkan, tiene que estar en esta ciudad.

Miró hacia la puerta.

—No podemos dejar que se derrame más sangre, ninguna que no sea la suya.

—Le encontraremos, Denali, si está ahí fuera, vamos a hacerlo salir.

Asintió y miró hacia la puerta.

—Pues empecemos ya —murmuró—. Me niego a seguir teniéndole miedo.

Le sostuvo la mirada.

—Recuerda lo que te dije.

Se giró hacia él por completo.

—Tú mandas y yo obedezco, señor, sí, señor.

—Así me gusta, lobita, así me gusta.

Se rio.

—Si me das unas palmaditas en la cabeza, te morderé —aseguró y tiró de su mano, arrastrándose de nuevo a cielo abierto—. Vamos, alteza, rastreemos un poco.

CAPÍTULO 21

La semana iba de mal en peor, su lobo estaba de mal humor, Nicolae estaba de mal humor, él estaba de mal humor, de un modo u otro si las cosas no mejoraban pronto iba a morder a alguien y no de una forma cariñosa.

Mijaíl estaba subiéndose por las paredes o los árboles en el caso de hoy. Había recorrido la maldita reserva de norte a sur al menos dos veces, se habían separado para cubrir más terreno sólo para volver a reunirse y compartir su mutua frustración.

Cada día que pasaba sus esperanzas de encontrar a ese lobo con vida se desvanecían un poco y al mismo tiempo sus sospechas de que aquello no era lo que parecía se hacían cada vez más intensas.

No había un rastro que seguir, ningún olor extraño, ajeno, que implicase la presencia de otros lobos o esos apestosos humanos sin escrúpulos. Y, dada la situación de Praga, era simplemente extraño.

«Terminemos este barrido y continuaremos al este». Informó a su beta. «Si seguimos sin encontrar ni una sola pista de su paradero, tendremos que replantearnos la búsqueda».

Sacudió la peluda cabeza y se lamió el hocico.

«No pudo pasar más tiempo fuera, no con Merry taladrándome la cabeza cada cinco minutos».

«Sí, recuerdo esa sensación... aunque yo le encontré solución de forma rápida y satisfactoria».

Gruñó en respuesta.

«¿Qué? El sexo siempre lo es».

No quiso ni escucharle, echó a correr.

«Si escuchó una palabra más, te arranco la garganta».

«Pero que sensible te... ».

Su humor murió al momento.

«Mijaíl, al oeste».

No tenía que decirle nada, ya había girado sobre sus patas traseras y aumentaba su velocidad al escuchar un agotado susurro en su cabeza.

«Misha... llegas... tarde».

—Nunca me he alegrado más que hoy de ver tu peludo culo, amigo.

Mijaíl apretó los dientes mientras luchaba con la furia. Su primer instante de alivio se había esfumado en el momento en que llegaron a un viejo cobertizo y el aroma de la sangre mezclado con otros igual de indeseables para su fino olfato. No sabía que iba a encontrarse, pero sabía que no era nada que fuese a gustarle ni lo más mínimo, cuando Nicolae cambió precipitándose contra la puerta seguido de él se le hizo un nudo el estómago y su lobo gruñó con fiereza.

Había visto crecer a su lobo, se había convertido prácticamente en su hermano ante la

distancia del suyo propio y verle colgado de las muñecas, con el torso lleno de heridas sangrantes, cortes y quemaduras lo enfureció hasta lo más hondo.

No dijo nada, miró a Nicolae, quién asintió y juntos procedieron a liberarle.

—¿Quién ha sido? —Siseó, no podía evitarlo. Lo sujetó con cuidado y buscó su mirada.

—Aparecieron de la nada —murmuró—, en un momento estaba disuadiendo a un par de cabrones que rondaban a unas lobas jóvenes de *Ĉierne* y entonces salieron de la nada. Al menos a ellas no las siguieron... prefirieron pasarlo bien conmigo.

—Hijos de puta —masculló Nicolae.

El joven lobo lo miró.

—Eso sería ofender a las putas, Nicu.

—Voy a cazarlos y...

—No. —El tembloroso jadeo de Braden le sorprendió.

Sus ojos se encontraron con los suyos. Apenas podía ocultar el dolor, era un milagro que estuviese vivo... o algo hecho a propósito.

—No... Tenéis que volver... Había alguien, no la vi, pero capté un ligero aroma y me he estrujado el cerebro intentando saber dónde la había olido. Tenemos un topo, Mijaíl, y está cerca del príncipe.

Las noticias le provocaron un escalofrío.

—¿Quién es?

Negó con la cabeza.

—No lo sé todavía, pero la he olido antes... es sólo que no sé...

Empezó a temblar.

—¿Braden?

—Hay que sacarle de aquí, llevarle al hospital.

Siseó y se echó el moribundo y desmayado cuerpo sobre el hombro.

—No hay tiempo —aseguró—. Tendremos que tirar de alguien más cercano y que no pida explicaciones.

—Tenemos que abrir nuestra propia clínica.

—Y eso haremos... por ahora, llevémosle con Eva. Ella sabrá qué hacer.

La joven cursaba enfermería en la capital, pero vivía en *Oščadnica*, lo cual estaba cerca de ellos.

«¿Radu?».

No se lo pensó, buscó a su hermano, era el único en quién se atrevía a confiar.

«¿Qué ocurre?».

No hubo comentarios jocosos, ni secos, sólo una rápida respuesta.

«Tienes un topo bajo tu propio techo».

«¿De qué demonios estás hablando?».

«Vigila a Velkan de cerca, todavía no sé de quién se trata, pero lo averiguaré. No te fíes de nadie».

«De acuerdo».

Salió a la fresca noche y apretó los dientes.

Eso explicaba muchas cosas, ahora sólo debía saber quién lo había hecho y para ello debía ocuparse de que ese lobo llegase vivo a la aldea.

CAPÍTULO 22

El parque *Vysehrad* podía considerarse un oasis de paz en medio de toda la agitación que había estado viviendo esa semana. Su nombre, Castillo en lo Alto en checo, hacía referencia al recinto amurallado medieval con vistas sobre Moldavia y el barrio del castillo. Sin duda, lo que más agradecía de aquella inesperada escapada eran los senderos empedrados que discurrían entre zonas verdes en el interior de la fortaleza, si bien no era bosque abierto, para Denali era como un soplo de aire fresco en aquella asfixiante carrera de fondo que no parecía tener fin.

—Ah, ya te ha cambiado la cara.

Se giró para mirar a su compañero. Velkan había caminado tras ella durante todo el trecho que hicieron a pie en silencio, dejándola empaparse de la tranquilidad del lugar.

—¿Me han salido arrugas?

Resopló, sacudió la cabeza y le acarició la mejilla.

—Difícilmente podrías tener arrugas a tu edad —aseguró pasando a su lado, rozándole la mano con la suya sin más—. Pero llevabas un par de días un tanto apagada, eres como una plantita a la que se le ha privado de sol.

Enarcó una ceja y lo miró.

—Así que una planta.

Le guiñó el ojo y siguió caminando, dejando que se tomase su tiempo. Desde su visita a la catedral, parecía mucho más callado, silencioso, como si hubiese algo que le daba vueltas en la cabeza. Habían paseado por la ciudad sin notar nada extraño y eso, ya de por sí, podía considerarse bastante extraño. Era como la calma que precedía a la tormenta, una que amenazaba con borrar todo del mapa.

Optó por desterrar los oscuros pensamientos y concentrarse en ese momento, en esas pequeñas escapadas que Velkan planeaba para ambos y que le servían para conocer un poco más al hombre que había nacido para ser su compañero.

Este no era el príncipe, no era el lobo alfa que permanecía a la escucha de las opiniones de sus hombres, el que analizaba la situación minuciosamente y hablaba solo si tenía algo que decir. No era el que se preocupaba sobremanera por el destino de los suyos, por lo que pudiese pasarles, este era Velkan, un joven lobo que podía tomarse unos momentos para descansar de esa responsabilidad y disfrutar con el simple hecho de pasear.

Y este era un hombre al que empezaba a encontrar cada vez más y más atractivo, no solo físicamente.

Se reunió con él. No dejaba de sorprenderle lo bajita que parecía siempre a su lado, era como si fuese una montaña junto a la que cobijarse y, para alguien que se había pasado tanto tiempo huyendo, era una seguridad inesperada.

—Has dicho que eras profesor —comentó sacando un tema de conversación neutro—. ¿Por qué escogiste esa carrera?

La miró y sonrió de soslayo, un gesto que hacía bastante a menudo cuando estaba con ella.

—Fue mi año sabático, por decirlo de algún modo, había terminado con las obligaciones que me habían impuesto desde la cuna y pensé que ya era tiempo de hacer algo por mí mismo, algo que me llamase la atención —contestó con sencillez—. Recordaba a mis profesores de la

universidad, a mis maestros particulares antes que a ellos y pensé que yo podía hacerlo igual de bien o mejor.

Parpadeó ante la típicamente masculina arrogancia.

—Si les preguntas a mis alumnos, te dirán que soy uno de los profesores más… extraños que han tenido y eso que desconocen mi naturaleza —sonrió y había algo nuevo en sus ojos. El pensar en esos alumnos era algo que lo hacía feliz, que lo saciaba en algún nivel—. Supongo que mis métodos de enseñanza se alejan bastante del manual, pero oye, dan resultados. Un 90% de aprobados al semestre no está nada mal.

—Sería interesante verte dar clases. —Las palabras se escaparon de su boca antes de poder retenerlas. Solo había sido un pensamiento propio.

Sus ojos se suavizaron al posarse sobre ella.

—Cuando volvamos a casa, te dejaré asistir a una de las clases como oyente, pero solo si no alborotas el aula.

Ahora fue su turno de reír.

—¿Tan problemática te parezco?

Sus labios se curvaron y la recorrió muy lentamente con la mirada.

—En absoluto, *prietenă*, pero difícilmente iba a poder concentrarme en lo que digo o hago si te tengo de público —aseguró con voz ronca—. Además, no está bien visto que la esposa del profesor asista a su misma clase.

Esposa. La palabra le provocó un pequeño escalofrío y no precisamente incómodo. Era un término humano, uno que no terminaba de englobar por completo lo que significaba su emparejamiento, pero escucharlo le provocó mariposas en el estómago.

—Podría conservar mi propio apellido…

—Por encima de mi cadáver —le soltó, su tonillo ofendido la hizo reír.

—Utilizas demasiado esa frase, Velkan, no sé si te saldrá rentable —aseguró mirándole también de arriba abajo—. Serías un desperdicio como cadáver.

—Me alegra que opines de esa manera —sonrió a su vez.

No era difícil hacerlo cuando el hombre en cuestión tenía el físico, el atractivo y el magnetismo de ese príncipe lobo.

—Y dime, ¿no hay ninguna alumna que haya captado tu atención en especial?

La miró y dejó escapar un bufido muy canino.

—La primera regla para una buena conciliación laboral es no liarse con una alumna —le soltó—. Y ya puestos tampoco con profesoras. Aunque estas a veces no cogen las indirectas.

Parpadeó.

—No me digas que te hacen insinuaciones.

—No te lo diré, no es un tema que quiera discutir contigo —aseguró con sencillez—. Todos hemos tenido un pasado, relaciones, sencillamente ya no tienen cabida en nuestro presente.

Su respuesta la cogió por sorpresa.

—¿Tan poco han significado para ti?

Suspiró y negó con la cabeza.

—Creo que acabo de dar justamente la impresión que quería evitar —comentó—. No considero que una mujer sea un objeto, se merece todo mi respeto y mi atención, pero hablar de relaciones pasadas con la mujer con la que deseo compartir mi futuro no sería ni inteligente ni educado de mi parte.

Y acababa de sorprenderla una vez más.

—He tocado un tema que no debía, lo siento —se excusó y continuó el paseo.

—Denali.

La detuvo y no le quedó más que enfrentarse con su mirada.

—¿Qué pasa? Dímelo.

Sacudió la cabeza.

—No es nada —negó—. Supongo pasé demasiado tiempo con Nahara y olvidé lo que es interactuar con otras personas.

No le creyó, lo vio en sus ojos.

—Inténtalo otra vez —sugirió.

Resopló.

—¿Sabes por qué me golpeó esa vez? —murmuró. No tenía que explicar a quién se refería —. No fue por escaparme e ir a la fiesta, eso sólo fue una parte... fue porque lo olió en mí. Un idiota que me robó un beso. Sólo fue un beso... pensó que había sido mucho más y casi me mata por ello.

Apretó los dientes.

—Cuando salí de su yugo, estaba tan rabiosa, tan furiosa que... hice cosas que no... En las que ya no me reconozco.

Estaba tan sereno que le costó interpretar su expresión.

—Eras libre en ese entonces.

Dejó escapar un pequeño jadeo irónico.

—Por favor, dime que ahora ya no lo soy. —Quería sonar irónica pero la voz se le quebró —. Mierda.

La cogió por los brazos y la enfrentó.

—No, ahora ya no lo eres —aseguró con lupina fiereza—. No lo has sido desde que me devolviste el beso la primera vez. —Le acarició el oído con los labios—. Y te prometo que no lo serás después de hoy.

Se estremeció.

—El concepto de hoy es muy subjetivo.

Se rio en su oído.

—Bien, eso evitará que pienses en otra cosa el resto del día.

Sintió que las piernas se le hacían gelatina, pero no insistió y dio un paso atrás y la miró satisfecho.

—Sí, mucho mejor —aceptó complacido—. Ya tienes de nuevo ese bonito rubor.

Siseó.

—Es culpa tuya.

Se rio a carcajadas.

—Bien, Dena, me habría preocupado que no fuese así.

Le dio la espalda, se metió las manos en los bolsillos de los *jeans* rotos que llevaba y echó a andar.

—¿Vienes?

Se tomó unos segundos para respirar y recuperar el ritmo normal de su corazón, estaba segura de que si no lo hacía le daría un infarto. Ese hombre era letal, que el cielo la asistiera porque no podía esperar a que cumpliese con su insinuación.

—¿Alguna otra confesión que quieras hacer? ¿Tu color favorito? ¿Tú plato favorito? ¿Un lugar que te gustase visitar?

—La tumba de mis padres —respondió cogiéndolos a ambos por sorpresa—. Ni siquiera

recuerdo si hay una.

La miró y asintió.

—Sí, la hay —aceptó—. Está situada junto a la de los míos.

Se quedaron mirándose en silencio.

—Las dos semanas que estuve fuera, hice un alto para visitarles y decirles que te había encontrado, que estabas bien.

Se le hizo un nudo el estómago.

Ella no les recordaba, no tenía ninguna foto pues todo había sido quemado en el incendio, tampoco sabía si les habían enterrado. Había muy poco que supiese de esa época y, aunque había intentado averiguarlo, no se había atrevido a acercarse a casa sabiendo que el hombre que ahora la miraba habría estado allí.

—Yo... Ni siquiera recuerdo la cara de mi madre.

La tristeza se instaló en sus ojos.

—Las fotos que tenía de ellos se quemaron en la masacre de esa noche —sonrió a pesar de todo—. Y ha pasado tanto tiempo que mi memoria se ha desdibujado.

Se lamió los labios.

—Cuando todo esto termine... —Usó sus propias palabras—. ¿Me llevarías a verles?

Le acunó el rostro entre las manos.

—Sí, Denali, cuándo esto termine, te llevaré a ellos para que vean que cumplí la promesa que les hice —le acarició las mejillas—, proteger a su hija hasta mi último aliento.

Sonrió y tuvo que esforzarse para retener las lágrimas.

—Gracias, Velkan.

Negó y apoyó su frente en la de ella.

—Eres mi vida, Dena, si respiró, si estoy vivo es y será siempre por ti.

Se miraron a los ojos en silencio y, como aquella vez en el gimnasio, alcanzó sus labios.

En ese momento había pensado lo fácil que sería para él hacerla suya, ahora deseaba desesperadamente que lo hiciera.

CAPÍTULO 23

Había días en los que ni siquiera la luz brillante del sol parecía ser capaz de borrar el frío que se llevaba dentro, de aliviar los síntomas del cansancio y de una mala noche. Hoy Merry tenía la misma sensación con los cuadros de la galería Ekate.

No podía negar que adoraba su trabajo. Se había especializado en historia del arte después de unas vacaciones en Florencia y a partir de ahí su sueño de tener una galería propia empezó a ocupar sus metas. Por lo general traspasar las puertas de la primera sala la llenaba de paz, encontraba serenidad y su mente se aclaraba dejando a un lado sus problemas, cualquiera que fuesen estos.

Hoy, sin embargo, era incapaz de concentrarse en las obras, de encontrar dicha tranquilidad. Sus fiebres nocturnas habían vuelto de nuevo, sus sueños empezaron a tornarse pesadillas y revivió de nuevo el atormentado episodio en el que recibió una bala.

Se mordió los labios y giró sobre sus altos tacones, había cambiado su apariencia bohemia por el traje de batalla en un intento de dejar a un lado esos caóticos días y recuperar su vida tal y como debería ir.

Pasó a su oficina, el lugar desde dónde controlaba todas y cada una de las operaciones mercantiles, dónde se ocupaba del papeleo y de los extraños encargos de su jefe. Sobre la mesa tenía varios *stikers* de notas con los recados que había dejado el señor Jelinek ya fueran llamadas telefónicas en su contestador o emails con instrucciones para las compras y adquisiciones que había cerrado en el extranjero.

—Um... Pues no, no hemos tenido respuesta por parte de la señorita Stevens.

Sacudió la cabeza. Aquel había sido uno de los extraños encargos del filántropo, sabía que llevaba tiempo buscando a su hija desaparecida sin obtener, que ella supiese, pista alguna sobre su paradero. Había llegado incluso a sospechar que posiblemente la chica hubiese desaparecido por voluntad propia, pero sólo eran suposiciones ante la falta de respuestas. Según le había contado en una de sus esporádicas visitas, la policía había llegado a considerar también esa posibilidad, pero él se resistía a creer en ello.

«Mi niña nunca se habría marchado por voluntad propia, alguien se la ha llevado».

El contactar con aquella médium que al parecer trabajaba para la policía había sido su última idea, pero al parecer la mujer no debía tener consultorio fuera de su ámbito laboral.

Barajó la idea de contactar otra vez con ella, pero desechó la idea. Un sólo mensaje, esas habían sido las palabras exactas de su jefe.

—Y con lo rarito que es, mejor seguir todo al pie de la letra.

Cogió el papel y lo guardó en la carpeta que tenía para los archivos, un pequeño portafolios en el que dejaba esos encargos por si acaso luego necesitaba algún teléfono y se puso a mirar el correo electrónico.

Nuevos encargos, un par de facturas que pagar... Lo de siempre.

Imprimió los correos y revisó cada factura cuidadosamente. Tendría que pasarse por el banco para hacer efectivos los pagos y escanear los justificantes para mandárselos después.

—Bueno, al menos tendré en que mantenerme entretenida el resto de la mañana.

Ya había colocado las últimas piezas que habían llegado a la galería en uno de los rincones

vacíos, una colección demasiado grotesca para su gusto y que encajaba con los movimientos filantrópicos de su jefe, así que recogió sus cosas, apagó la luz y se giró con intención de abandonar la oficina hasta que vio la luz parpadeante del sistema de seguridad.

Alguien había abierto la puerta principal.

—No es posible —murmuró para sí.

Ella misma había cerrado todas y cada una de las puertas, siempre se aseguraba de ello cuando estaba sola en la galería, pero esa luz indicaba que la principal estaba abierta.

—Pero no puede ser, no han saltado las alarmas.

Un escalofrío le recorrió la espalda, miró a su alrededor y desechó la idea de encender de nuevo la luz. Si había alguien dentro, no sería tan tonta de alertarlo. Tenía que moverse con cautela, comprobar las cámaras de seguridad y asegurarse de que no era una falsa alarma.

Dio un par de pasos y frenó en seco al ver un haz de luz jugueteando por el corredor antes de escuchar unas voces.

—Mierda…

Aquel era el peor de los momentos para vérselas con ladrones u ocupas. Se volvió como un rayo buscando frenéticamente a su alrededor, la oficina no tenía mucho mueble tras el que ocultarse y la única salida era aquella a través de la que se asomaban los juegos de luz sobre la pared. Si conseguía salir por la puerta y ocultarse en el recoveco que había tras una columna, podría poner pies en polvorosa tan pronto como ellos entrasen en aquella habitación y llamar a la policía.

Se quitó los zapatos y los metió bajo el brazo antes de moverse con sigilo hacia la salida.

—...empiezo a tener mis dudas sobre la viabilidad de este asunto. —Escuchó una voz ronca con un acento que no era del país—. No me gusta el rumbo que va tomando...

—Lo único que me preocupa en estos momentos es no cabrearla —comentó una segunda voz—. He visto lo que le hizo al último que la cabreó y no quiero estar en ese pellejo. De hecho, no quiero quedarme sin mi bonito pellejo.

—Pues encontraremos esa dichosa cosa y salgamos de aquí —dijo el primero—. Me pone nervioso esta ciudad, esos hijos de puta están en cada esquina, dispuestos a saltar a la yugular.

—Malditos engendros.

Se quedó sin respiración al sentirles tan cerca, el olor corporal que desprendían era nauseabundo, como si llevasen tiempo sin tocar el agua.

—¿Dónde está esa cosa?

—Ni siquiera sé qué aspecto tiene, para mí todo es igual —rezongó el otro—. Probemos por allí.

Empezaron a alejarse de cara a la galería principal y aprovechó el momento para deslizarse fuera de la oficina.

«¿Merryna?».

La inesperada voz en su cabeza la hizo respingar, a duras penas consiguió ahogar un gritito.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—He oído algo.

—Yo no escuché nada, esto está tan silencioso que me pone los pelos de punta.

«Merry. Estás aterrada. ¿Qué ocurre?».

Cerró los ojos con fuerza y se contuvo incluso de respirar.

«¡Sal de mi cabeza! Casi haces que me descubran».

«¿Dónde estás? ¿Qué diablos está pasando?».

Le ignoró a propósito.

«O me contestas en este mismo instante o te llamo por teléfono».

«¡No! ¡Ni se te ocurra! Sabrían dónde estoy».

«Explícate».

Apretó los dientes y avanzó un poco más escuchando el murmullo alejándose en dirección contraria.

«Ladrones. En la galería en la que trabajo».

«¿Estás sola?».

«Estaba cerrando cuando entraron. La alarma no saltó. Ahora si te callas la boca y me dejas en paz saldré de aquí cagando leches y llamaré a la policía».

«Hazlo. Sal de ahí ya».

Detectaba un ligero cabreo en su voz.

Lo ignoró y siguió con su plan original, corrió tan rápido como pudo de una sala a otra, ocultándose cuando los escuchaba merodeando cerca y finalmente corriendo hacia la entrada, atacando la clave de seguridad para salir, activándola en el proceso. Al momento la alarma empezó a sonar en alto, alertando sin duda a los indeseados inquilinos y, si nada fallaba, enviando el aviso a la policía.

Salió disparada a la calle, vaciló unos segundos y echó a correr hacia la esquina solo para verse detenida por unos brazos. Gritó, pataleó y fue solo la mano en su boca y la voz conocida de Melinka la que evitó que se debatiese como una gata.

—Merry, soy yo. ¿Estás bien?

—Oh Dios... —Jadeó, se lamió los labios y señaló hacia el edificio que contenía la galería —. La galería... alguien ha entrado... La alarma no sonó...

Siguió su mirada y frunció el ceño, dos personas corrían ahora atravesando la calle mientras su teléfono empezaba a sonar. Los del sistema de seguridad estaban reportándose.

—Sí, sí... alguien ha entrado... manden una patrulla... Sí, estoy bien... envíen a alguien. Si se han llevado alguna cosa tendré que dar parte al seguro.

Colgó y miró a la mujer rubia cuya atención estaba en el otro lado de la acera.

—No te muevas de aquí hasta que llegue la policía.

—Pero...

«No te muevas de ahí». De nuevo su voz y parecía bastante irritado. *«La policía ya ha sido avisada y estarán ahí en poco tiempo. Tan pronto hables con ellos, te vas a ir derechita a casa y no te vas a mover de ahí hasta que yo llegue»*.

Sintió la absurda necesidad de echarse a reír.

«Baja a la tierra y despierta, lobo, o te darás un enorme batacazo».

«Merryna...».

¿Le estaba gruñendo?

Sacudió la cabeza.

«Obedecerás. Es por tu seguridad».

—Ven a ponerme tú el candado si te atreves —masculló.

Se puso los zapatos y miró a su alrededor nerviosa, sólo el sonido de las sirenas empezó a calmarla.

Cogió de nuevo el teléfono y marcó con mano temblorosa.

—Señor Jelinek, soy Merryna, lamento tener que informarle que han entrado en la galería —dejó aviso en el contestador—. La policía está ya aquí, tan pronto sepa si se han llevado algo

le avisaré para dar parte al seguro.

Colgó y suspiró profundamente.

—Si esto sigue así, no llegaré al final de la semana viva.

«Que no te quepa la menor duda, compañera, te acabas de ganar una zurra».

Bufó y puso los ojos en blanco.

«Tendrías que estar aquí para cumplir tal amenaza, Mijaíl, y no lo estás».

«Es culpa tuya, te dije que me llamases y te resistes a ello».

Y seguiría haciéndolo, ese hombre ya era bastante malo a distancia, si volvía sería imposible resistirse a él.

CAPÍTULO 24

En ocasiones hablar con la policía era igual que hablar con la pared, pero hacerlo con Mirco, después de todo lo que había pasado entre ellos, era como masticar cristales.

—¿Qué pasa? ¿No había más policías que tenéis que mandarlo a él? —protestó al ver al enorme lobo hablando con sus compañeros.

—¿Le conoces?

La pregunta vino de Melinka, la bonita rubia parecía realmente interesada.

—Más de lo que me gustaría en estos momentos.

Sus ojos se encontraron y vio al policía, no a su ex prometido.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Todo lo bien que puede estar alguien cuando está dentro de la galería cuando la están robando.

—¿Se han llevado algo?

Y eso era lo más absurdo de todo.

—No. Nada que haya podido echar en falta en un primer momento. Quizá se asustaron con la alarma y salieron corriendo.

—Nadie se tomaría la molestia de entrar aquí si no es para llevarse algo —comentó y miró a Melinka—. ¿Estás cubriendo la zona?

—Estoy haciendo de niñera —la señaló a ella—. Es peor que Judith.

Él sonrió de medio lado.

—No sé, Mel, Judith asusta...

—Ella también —le soltó.

No pudo evitar fruncir el ceño.

—Estoy delante, gracias.

Él la miró.

—¿Has podido verlos? ¿La cámara de vídeo estaba activada?

Resopló y esta vez no era por él.

—No sé cómo narices lo hicieron, pero la alarma y la video vigilancia fueron desconectadas nada más entrar. Es como si conociese las claves. Y no, no los vi, pero si los escuché hablar y tenían un acento muy fuerte. Parecía que estaban buscando algo en particular.

—¿Dijeron algo que te llamase la atención?

Sacudió la cabeza.

—Es como si alguien los hubiese enviado a buscar algo, pero ignoro el qué.

Él asintió y miró la galería.

—Parece un caso de allanamiento normal.

—Lo sería si no hubiese captado antes ese olor —comentó Mel—. Por eso les dije a tus chicos que te llamasen.

Aquello captó también su atención.

—¿Qué olor? ¿De qué hablas?

—¿Ellos?

—Juraría que al menos uno. Es el mismo rastro que perdimos en Praga hace un mes.

—¿Me lo explicáis? ¿Tenéis idea de quiénes son los que han entrado a robar?

—Me temo que no son simples ladrones —replicó el policía y entró en el edificio.

—¿Y qué son? ¿Traficantes?

—Algo mucho peor.

Dicho eso la chica le indicó la galería.

—Es muy posible que tengan también relación con los que te dispararon.

Aquello la dejó sin respiración.

—Ven, prefiero que estés conmigo hasta que la policía haya terminado aquí.

Se detuvo en seco.

—¿Por qué?

—Porque ahora eres la compañera de un alfa y si te pasa algo a ti también, no habrá forma humana de salvar esta vez a Mijaíl.

—¿Está vez? ¿Salvarle? —Sacudió la cabeza—. ¿Podrías hablar de una manera que te entienda?

—Prueba a hablar con tu compañero, para variar, podrías descubrir cosas bastante interesantes... y otras que no lo son tanto.

—Está claro que tú sabes de qué se trata.

—Sí. Pero no me corresponde a mí decírtelo —le soltó—. Ahora, si eres tan amable de entrar, quizá podamos descubrir que estaban buscando.

Resopló, arrugó la nariz y la acompañó. Sin embargo, lo que le acaba de decir no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

Encontraron al detective y a dos de sus compañeros investigando por las distintas salas.

—Cuando los oí yo estaba en la oficina principal— le avisó en voz alta—. Se limitaron a pasearse por allí —señaló la zona—. Si entraron después aquí, no lo sé. Las cámaras se habían apagado.

Damek paseó la mirada por los alrededores y negó. Su índice señaló en dirección al ala de cuadros contemporáneos.

—Su rastro se hace más fuerte por allí —la miró—. No creo que hayan entrado siquiera en esa habitación.

Frunció el ceño.

—Pero ahí sólo están las nuevas piezas de arte que llegaron el mes pasado —aseguró—. Son las últimas adquisiciones de mi jefe.

Sus ojos empezaron a oscurecerse y, por un momento, creyó ver cómo le cambiaban las pupilas.

—Enséñamelas.

Su actitud era cada vez más desconcertante.

—Nunca te imaginé un amante del arte contemporáneo.

Lo guío hasta la galería y le invitó a pasar.

—Son sólo cuadros...

—Por Cristo...

El jaleo de Melinka le llamó la atención.

—Hijo de puta...

Se quedó clavada en el sitio cuando lo vio volverse hacia ella. Antes de poder darse cuenta de lo que ocurría la tenía sujeta por la blusa, su rostro furioso contra el suyo y la levantaba unos centímetros del suelo.

—¿Quién ha hecho esto? ¿De dónde han salido? ¿Dónde está ese hijo de puta?

—Damek...

Sacudió la cabeza incapaz de decir nada y él la sacudió de nuevo.

—¿Dónde está, maldita sea? ¿Eres uno de ellos? ¿Estás con él?

—Damek, suéltala o tendrás problemas y gordos.

Él la empujó sin contemplaciones, cayó al suelo y desde esa posición su altura era todavía más aterradora.

—¡Mira eso! —Gritó señalando las pinturas—. ¡Míralas bien! Ese hijo de puta casi acaba con mi compañera y sólo después de haberla hecho presenciar atrocidades. ¡Esas atrocidades!

Se volvió hacia él y todo lo que pudo hacer fue arrastrarse hacia atrás.

—¡No te acerques a mí! ¡No te atrevas!

Melinka, quien parecía seguir serena, se acercó a ella y se acuclilló.

—Los cuadros, has dicho que es una colección de tu jefe.

La miró a duras penas.

«Merry, ¿qué ocurre?»

Jadeó y se sobresaltó al escuchar a su compañero, pero su voz actuó como un bálsamo.

«¿Merry?».

Se lamió los labios.

«Él... Él... Oh dios...»

«Compañera, escúchame, respira lentamente y dime quién está ahí contigo».

«Tu... tu niñera... y un hijo de punta con placa de poli».

Le oyó reír en su mente y eso la calmó también. Tardó unos segundos en hablar, pero cuando lo hizo demostró estar enterado de lo que ocurría.

«¿Qué pasa con esos cuadros? ¿Puedes darles una explicación?».

—¿Qué explicación? —dijo en voz alta—. Esos cuadros los envío mi jefe. Son grotescos, sí, pero así es el arte contemporáneo. Se los compró a un artista novel, como lo ha hecho con muchas de las obras de aquí

Melinka le puso la mano encima y retrocedió de un salto.

—No... No me toques. —Su miedo empezó a mudar en rabia, entonces miró al lobo—. No sé qué demonios has visto ahí, pero no tienes ningún derecho a tratarme así. Vuelve a tocarme y juro por Dios que te arranco los huevos.

Él no se amilanó.

—¿Ves ese maldito cuadro? ¡Lo ves! —Lo señaló—. Es real, el retrato de una salvaje y enfermiza verdad.

Negó con la cabeza, eso no podía ser verdad.

—Mi compañera lo escuchó, lo vio, por culpa de un enfermo hijo de puta que las raptó, ha intentado quitarse la vida dos veces. —Apretó los dientes—. Por eso no me presenté ese día y ahora mismo doy gracias por no haberlo hecho.

Sus palabras la impactaron.

—Esto no son imágenes grotescas, es la recreación del infierno por el que estamos pasando todos nosotros, y tú estás... aquí... exponiendo está atrocidad como si fuese arte —escupió con veneno—. Eres una enferma.

Sus palabras le provocaron asco, repulsa, a medida que comprendía lo que decía se negaba a creerlo.

«Dime que no es verdad. Dime que miente».

Rabia contenida, odio, dolor, todo ello la golpeó sin piedad.

«Es verdad, Merryna».

Jadeó, negó con la cabeza mientras buscaba el aire que empezaba a faltarle, miró los cuadros y el horror tomó otra dimensión muy distinta, lo que había considerado unas obras extremas se convirtieron en maldad pura y las lágrimas empezaron a caer.

—Oh dios... Oh señor, no... Por Dios no...

Rompió a llorar, no ni siquiera supo quién la abrazó, sólo que las compuertas se abrieron y terminó desgañitándose como una niña.

Mijaíl no podía dejar de caminar de un lado a otro, necesitaba volver con Merry, asegurarse de que estaba bien. Casi le había saltado el corazón del pecho al sentir primero su miedo y ahora, esa congoja que la asfixiaba y lo dejaba a él sin respiración lo estaba matando poco a poco. Necesitaba estar con ella, era su deber cuidarla, procurar que nada le ocurriese, pero para poder hacerlo primero tenía que hablar con Braden y descubrir el nombre del topo.

—Misha...

Levantó la mirada para ver a Nicolae llamándole.

—Es Braden, está despierto.

Se levantó de un salto y atravesó el pasillo para entrar en la habitación y a punto estuvo de llevarse por delante a la enfermera.

—Cinco minutos y no lo agotes o juro por Dios que...

La hizo a un lado con suavidad y entró.

—Tío, ¿por qué tenías que traerme a ella?

—Porque es la única lo suficiente cabezota como para traerte de vuelta —aseguró y se inclinó sobre él—. Ahora céntrate, Bran, has dicho que hay alguien en nuestras filas, un traidor.

Se lamió los cuarteados labios.

—Es una traidora, Misha, era una mujer y… su aroma, sé que lo olía antes, pero no podía relacionarlo, no creía que fuese posible que le perteneciese…

—Un nombre, hermanito, dame algo para que podamos proteger a la pareja real.

Lo miró a los ojos y lo pronunció.

—Juraría que ha sido Savage, Misha, ella fue la loba a la que olí cuando me torturaron.

CAPÍTULO 25

La maldad podía llegar de formas muy distintas, encontrar caminos que ni siquiera conocías y el saber que habías ayudado a extenderla, aún sin ser consciente de ello, era como una puñalada en el alma.

Levantó la mirada y se encontró de nuevo con la de Damek. El policía había perdido su guerra al verla llorar, habían abandonado ese lugar y se habían refugiado momentáneamente en la oficina.

—Quiero saberlo —dijo después de algún tiempo—, quiero entender en qué demonios estoy metida.

—Deja que llegue Mijaíl y...

—¡Ahora! —gritó—. No puedo esperar más... no después de eso...

No quería volver allí, no quería volver a ver esos cuadros en su vida.

—Hay cinco cuadros en la galería que gestiono, obras que ha enviado mi jefe, y vosotros decís que esas... horribles imágenes, son reales. ¿Cómo es posible?

El policía estaba más sereno pero había algo en su forma de mirarla ahora que no se parecía en nada a lo de antes.

—Una mejor pregunta sería, cómo demonios terminó eso en las manos de tu jefe. ¿Quién es él? ¿Lo conoces bien?

Una pregunta peligros.

—Llevo trabajando para el señor Jelinek, cuatro años —le informó—. Es un hombre de unos sesenta años, con fuerte acento checo, tiene unos gustos un tanto peculiares en cuanto al arte como ya habréis advertido... Pero nunca ha dado muestras de ser algo más.

—Pocas veces los asesinos y psicópatas se dan a conocer como tal —argumentó—. ¿Por qué no está aquí? ¿Dónde tiene su domicilio?

Empezó a bombardearla a preguntas y la ansiedad empezó a crecer.

—Él... viaja mucho, yo soy su asistente en la galería. —Lo frenó—. Me envía la documentación por e—mail, los pagos, todo es legal...

—¿No lo hace personalmente?

Se sonrojó.

—No con asiduidad.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

Negó con la cabeza.

—Hará cosa de un mes más o menos.

Ambos se miraron.

—¿Tienes alguna foto, la dirección de su vivienda o cómo localizarle?

Enarcó una ceja.

—Te parece que iría por ahí con una foto de mi jefe en el móvil.

—No estoy para bromas, Merryna.

—¿Y crees que yo sí? —Se levantó de golpe—. ¡Me has atacado! Me acusas como si yo fuese una criminal y no tengo ni idea de nada de lo que quiera que os pase.

Rodeó la mesa.

—Yo no formo parte de lo que quiera que le pase a tu gente —lo acusó—. En realidad, nunca has querido que lo hiciese o habrías sido sincero desde el principio, me habrías advertido de lo que pasa cuando eres un lobo, de lo que significa el tener una compañera y no me habrías utilizado simplemente como comodín. Si alguien tiene que estar cabreada y decepcionada aquí soy yo, Mirco, no tú.

Resopló.

—No sé qué le ocurrió a ella, y... Dios... ojalá nunca lo sepa porque la sola idea es horrible... pero yo no tengo la culpa.

—Merry... es posible que tu jefe tenga relación con la persona que ha estado haciendo daño a nuestra gente —añadió Melinka—. Si es así, sería la pista más cercana que tenemos al respecto.

—Ese cabrón hijo de puta está escondido bajo tierra, llevamos un mes enfrentándonos a sus secuaces...

—Ellos son los mismos que te dispararon.

—¿Pero por qué? ¿Por qué yo?

—Tú no fuiste más que un daño colateral —aseguró la rubia—, pero ahora las cosas han cambiado. Ya no eres una simple humana, eres la pareja de un alfa.

—¿Por qué seria eso diferente?

—Porque, te guste o no, ahora eres parte de la manada de Bratislava —declaró el detective —. Y eso podría ser realmente ventajoso para ese hijo de puta si tiene alguna forma de llegar a ti... y muy jodido para nosotros.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Mijaíl ya perdió a una compañera...

—Damek.

El aviso fue claro.

—Alguien debería decirle donde se ha metido ya que no para de apuntar que no lo sabe, especialmente con el compañero que le ha tocado.

—Pero no es tuya para verter tal información —lo acusó—. ¿No es así?

Gruñó y miró la oficina.

—Quiero todo lo que tengas de ese hombre —le dijo entonces—. Nombre, documentación, teléfono, números de cuentas...

—¿Estás de broma no?

La fulmino con la mirada y no pudo evitar sacudir la cabeza.

—No puedo darte información confidencial, así como así, no es legal ni ético.

—Su nombre y teléfono, Merry, ahora.

—Empiezas a cabrearme y mucho... y no soy de las que se cabrean.

—No eres tú —comentó la loba y parecía divertida—. Estás experimentando lo que sucede con una pareja recién emparejada que está separada. Los cambios de humor, la inestabilidad, gestos que no son propios... Es un reflejo de tu compañero.

Parpadeó incrédula.

—Es broma, ¿no?

—No —negó ella—. ¿Por qué no le das a Dame lo que necesita y te llevo a casa? Mijaíl volverá mañana, si lo que me dice Nicu no cambia... entonces podrás hablar con él y pedirle que te ponga al día antes de la recepción. Te vendrá bien estar al tanto de algunas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Como la de no morir a manos de tu propio compañero —siseó el policía.

—Eres un cabrón hijo de perra —gruñó Melinka.

—Quiero esa información y la quiero ahora —declaró él—. De lo contrario me vas a obligar a volver con una orden de registro.

Lo enfrentó.

—Bien, porque no te daré nada sin esa maldita orden —escupió con visible irritación—. Y si intentas algo, te denunciaré por abuso policial.

Entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada.

—No puedes proteger a un ser como ese...

—No lo estoy protegiendo, Damek, pero no te daré nada hasta que tenga toda la información que necesito sobre este asunto.

Respiró hondo.

—Merryna…

—Si no tiene nada más que hacer aquí, detective, le sugiero que busque a las personas que entraron aquí —le recordó—. Quizá entonces encuentre las respuestas que busca.

Sin más le señaló la puerta.

Él siseo.

—Te estás equivocando, Merry.

—Quizá, pero si es así, podrás decir que me lo advertiste y que esta estúpida humana no te hizo caso —le soltó—. Hablaré con mi jefe y ya veremos si tienes razón.

Sin más esperó a que saliese por la puerta.

—Merry...

Negó ante Melinka.

—Si lo que decís es cierto, haré hasta lo imposible para ayudaros, si no lo es, le defenderé.

La miró durante unos instantes.

—Esperaré y luego te llevaré a casa.

Asintió.

—Bien.

CAPÍTULO 26

Agotada. Así era como se sentía Merry física y anímicamente, hecha polvo. Su vida parecía haberse ido para siempre, todo había cambiado en apenas una semana... pero una infernal.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Mi vida de vuelta.

—Esa volverá en cualquier momento —le aseguró tranquila—. En cuanto tu lobo esté de vuelta las cosas irán mejor.

La miró con cara de pocos amigos.

—Él fue el único que me la destrozó para empezar.

—Tendrás que dar el brazo a torcer en algún momento, Merry, es el destino.

—No creo en esas cosas.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas.

Sin más, le recordó su teléfono y la dejó sola de nuevo. Miró el teléfono e hizo una mueca.

¿Por qué demonios no responde a mis llamadas para variar?

No pudo evitar estremecerse, lo que estaba pasando no era normal, su jefe no estaba metido en esas cosas, no podía ser uno de ellos... y a pesar de todo el germen de la duda empezaba a rascar la superficie.

¿Qué sabía exactamente de él? Nada, absolutamente nada. Sus negocios eran legales, al menos en la parte que le correspondía a ella. Todo estaba al día, las cuentas, los pagos, las retenciones, todo, absolutamente todo se había hecho conforme a la ley, así que jamás había existido sospecha alguna sobre él o su afición.

Sabía que tenía gustos peculiares, solía comprar obras extrañas y contribuir a dar a conocer a artistas emergentes... Los grotescos cuadros no habían sido más que otro pedido de los extraños gustos de su jefe... Hasta que se había revelado la verdad.

Había decidido cerrar la galería bajo su propia responsabilidad hasta que todo aquello se aclarase.

—Maldita sea —siseó.

Tenía unas ganas enormes de ponerse a gritar, de golpear algo y eso también era extraño para ella. Su semana estaba resultando una verdadera mierda, no daba pie con bola y pasaba de la euforia al llanto a la velocidad del rayo. Lo peor sin duda eran las noches, en ellas se despertaba sudando, ardiendo en fiebre y con una sensación de agobio que la dejaba sin aliento. Temblaba de pies a cabeza y lloraba como si fuese el fin del mundo antes de quedarse dormida de nuevo.

Y en medio de todo aquello siempre había un pensamiento, un hombre y una añoranza que le estrujaba el alma.

—Capullo —masculló mirando el teléfono una vez más, pero ya no estaba pensando en su jefe, su mente había derivado de nuevo a ese lugar en el que todo se volvía una locura—. Ni lo sueñes…

Luchó una vez más con la compulsión de llamarle, de escuchar su voz... Y gritarle hasta quedarse afónica. Le había hecho algo, estaba segura de ello, él era el único culpable de todo y no estaba allí para poder decírselo.

Se acurrucó en el sofá, podía sentir ya las lágrimas picándole en los ojos, listas para

escurrirse por sus mejillas.

«Si sigues llorando así cada noche, vas a deshidratarte».

Su voz fue como una tibia caricia, parecía tener un don único para meterse en su cabeza cuando menos lo necesitaba.

«Vete al diablo».

«Me mandas con demasiada frecuencia allí, al final vamos a hacernos íntimos».

«¿No lo sois ya?».

Lo escuchó suspirar en su mente. Esa conexión era tan íntima que le provocaba escalofríos.

«No es plato de buen gusto para un lobo que su compañera sufra».

«No estoy sufriendo... Y desde luego no por ti.

«¿Quieres que vaya a ti?».

«No».

«Tan testaruda como siempre».

«Déjame en paz, me duele más cuando hablo contigo».

«No es verdad».

«Sí lo es, no estás aquí para saberlo».

«Podría estarlo si me lo pidieses. Pídeme que vuelva a ti y estaré contigo. Nadie más que yo aborrece sentir tu dolor».

«Nada de esto tiene sentido, ni siquiera el hecho de hablar contigo de esta manera».

«Es lo más normal entre compañeros, Merry».

Compañeros, esa palabra trajo a su mente el extraño intercambio con Damek.

«Yo no soy tu primera compañera, ¿no?».

Hubo un momento de mortal silencio que la estremeció.

«¿Sigues ahí?».

Casi pudo verlo suspirar.

«De todas las mujeres en el mundo tenías que tocarme tú».

«Lo siento si saliste perdiendo en el sorteo, a mí no me ha ido mucho mejor». Rezongó. No pudo evitarlo. *«¿Y bien?».*

Un nuevo silencio.

«No. No lo eres».

Había tal pesar en su voz que las lágrimas volvieron a discurrir por su voz y se vio obligada a borrarlas de un manotazo.

«¿Qué le ocurrió?».

De nuevo el silencio.

«Preferiría hablar de ello cara a cara. Te mereces al menos eso».

Su respuesta la hizo recelar.

Las palabras de Mirco volvieron a su mente y no pudo evitar estremecerse.

«¿Murió?».

Sólo le respondió el silencio.

«¿La mataste tú?».

Casi al mismo tiempo el timbre de la puerta sonó, sobresaltándola. Se acercó a la puerta y miró por la mirilla antes de abrir la puerta y encontrarse con esos ojos verdes.

—Sí, la maté.

La manera en que lo dijo hizo que el alma se le cayese a los pies, que el corazón dejase de latir durante un segundo hasta que se recobró.

—¿Por qué?

La pregunta pareció cogerlo por sorpresa y no fue al único. Casi podía ver en sus ojos que no entendía como no le llamaba asesino y le cerraba la puerta en las narices.

—Mató a la compañera de mi hermano y me hubiese matado también a mí sí no la hubiese reducido entonces.

Esa no era una respuesta que esperase y tampoco la frialdad en sus palabras.

«Como ves, tienes un monstruo como compañero».

Enarcó una ceja y se hizo a un lado sorprendiéndolo de nuevo.

—¿Por qué lo haces?

Se encogió de hombros.

—Puede que el disparo me haya afectado al cerebro y no sólo al abdomen —dijo—. Sin demasiadas las preguntas y muy pocas las respuestas, si tengo que entender esta locura no me queda más remedio que confiar en el culpable de que esté aquí. Vamos, entra, preparare café. Presiento que va a ser una noche jodidamente larga.

No juzgues el libro por su tapa, era uno de los pocos consejos que le había dedicado su padre alguna vez y era uno por el que a menudo se regía.

Mijaíl era mucho más que el lobo dominante que tenía ante sí, más que el hombre que me sacaba de quicio y con el que siempre discutía. Pero no era un mentiroso, podía verse a ella reflejada en él en esa parte, como dos mitades que se encontraban y se entendían.

Tenerle en su casa era extraño. Aquella vivienda de una sola planta era una de las pocas confesiones en las que se permitió derrochar, su refugio particular y él era el primer hombre que atravesaba su puerta. Ni siquiera con Mirco había sentido la necesidad de invitarle a pasar y él tampoco insistía, ahora se daba cuenta de que, a excepción de algunos polvos, habían actuado más como amigos con derechos, que como amantes o una pareja a punto de casarse. No le amaba, no le provocaba las emociones viscerales que surgía en compañía de ese lobo, unas que apenas podía comprender.

Hizo una cafetera de líquido oscuro y sirvió dos tazas, había visto en su casa que lo tomaba prácticamente sólo y con muchísimo azúcar, así que le dejó el tarro de azucarillos delante. Su expresión era cauta, pero también distante, estaba tenso como si no pudiese aceptar tocar el tema que los había llevado allí en primer lugar.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana —respondió—. He estado atendiendo unos asuntos con el príncipe.

—¿Has conseguido solucionar ese problemilla tuyo?

—Sí, al menos el que me llevó a casa el otro lo he estado evitando toda la semana como ella a mí.

Se llevó el café a los labios para no responder y tomó un sorbo.

—Si vas a hacerlo, hazlo ya, Merryna, la espera no es mejor que la especulación.

Dejó la taza sobre el plato y lo miró.

—¿Por qué tengo la sensación de que esperas que te clave un cuchillo en el corazón o te seccione la yugular?

—Tienes a un asesino sentado en el salón de tu casa.

—Tú eres el único que emplea esa palabra.

—La maté, Merry, y debí haberlo hecho mucho antes.

La crudeza de sus palabras la estremecieron.

—¿Tanto la odiabas?

La sorpresa y el dolor en sus ojos dijo todo lo que era necesario.

—Quererla fue lo que evitó que abriese los ojos a la realidad —respondió con frialdad—. Nunca supe que significaba para un lobo el emparejamiento y lo que traía consigo hasta que la conocí. Era de mi raza, un alma afín o así me lo creí durante un tiempo.

Sacudió la cabeza.

—Es sorprendente como los celos pueden hacer que pierdas perspectiva, que la comodidad de una vida en común evita que lo que para otros es una conducta anómala para ti sea normal. Hasta ese punto es que te ciegas y permites que el diablo despliegue las alas en tu propia casa.

Había dolor y también rencor en su voz.

—Me han dado una segunda oportunidad, una nueva compañera y ni siquiera la quería.

—Vaya, gracias.

Hizo una mueca.

—Ambos sabemos que el sentimiento es recíproco, Merry, estamos atascados aquí porque yo lo hice así, pero no por propia voluntad.

—Cierto —aceptó—. Y por eso mismo me debes unas cuantas explicaciones. Me has metido en un mundo que pensé que conocía y que descubro que no es así. He pasado una semana infernal a muchos niveles, algunos ni siquiera los entiendo. Joder, me estoy volviendo bipolar total. ¿Y ahora me sales con que has matado a tu anterior esposa? Dios, lobo, necesito comprender todo esto o seré yo la que va a cometer un suicidio.

—Nunca te lo permitiría y lo sabes.

—No, Mijaíl, el problema es que yo ya no sé nada —aceptó pues aquella era la realidad—. Y no lo entenderé hasta que me lo expliques.

Suspiró y asintió.

—Estás dispuesta a enfrentarte a la oscuridad, ¿por qué?

—Posiblemente por el mismo motivo por el que siento que tengo que hacerlo, algo me impulsa a ello y creo que ese algo eres tú.

—Estamos irremediablemente jodidos.

Se encogió de hombros.

—Creo que ese ha sido mi sino durante buena parte de mi vida —contestó—. Háblame de ella, que pasó ese día en el que todo cambió, que te llevó a matar a la mujer que amabas.

—La muerte de otra mujer, una a la que quería como a una hermana.

CAPÍTULO 27

Mijaíl no podía evitar preguntarse cómo habían llegado a ese punto, como había pasado de morirse por ver a esa irritante mujer a desear estar a kilómetros de distancia de ella y de los recuerdos que le estaba obligando a desenterrar. Cuando le había contactado por voluntad propia había estado pletórico, sabiéndose el vencedor de esa inútil contienda, pero entonces le había hecho la única pregunta que no deseaba contestar. Había esperado su rechazo, estaba preparado para ello, pero no para esa actitud desafiante, para esa necesidad que veía en sus ojos y su disponibilidad para escuchar.

Merry no era solo un contrincante verbal formidable, era también capaz de dejar los prejuicios a un lado y sentarse a escuchar. Deseaba hacerlo, deseaba entender, un gesto que no había tenido su hermano Radu, quien cegado por el dolor y la rabia había preferido odiarla. Y él se lo había permitido, había dejado que ese odio lo sostuviese, lo había alimentado con su natural ironía de modo que el lobo no siguiese a su compañera. Algo que sí debió haberle dejado hacer a él.

«No te irás, ¿me oyes? Quiero que la recuerdes, quiero que vivas para recordarla y que lo hagas sabiendo que yo no te dejé morir. Si has de espiar tu culpa, lo harás viviendo con su recuerdo y sabiendo que fuiste el único que debió haberlo evitado».

Poco sabía Radu que esa culpa era incluso más profunda, pues Ekaterina había muerto para salvarle a él y que ese había sido el motivo por el que había terminado matando a su propia mujer.

«No le dejes sólo, Mijaíl, no dejes que me siga y si dile que viva».

Ella había muerto en sus brazos, con una sonrisa en los labios y esperanza en los ojos. Ella había creído en él incluso a pesar de que era culpa suya. Le había perdonado sin saber siquiera que había vengado su muerte.

Radu tenía ahora a Judith en su vida, alguien que le había devuelto la esperanza y el destino parecía decidido a hacer lo mismo con él.

Miró a la mujer que tenía ante él y dijo en voz alta lo que jamás le había contado a ningún ser vivo. Le habló de aquella fatídica tarde de octubre.

—No hay antecedentes de demencia en mi raza, ninguna más allá que la generada por la codicia, la maldad, los celos y todo ese despliegue de emociones que caracterizan a los humanos. Nuestra naturaleza animal es... simplemente más resistente a ciertas enfermedades, especialmente a los trastornos mentales. —Le explicó cómo podía recordarlo—. Quizá si lo fuesen, podría haber hecho algo antes o quizá no. En aquel entonces estaba... absorbido por la novedad que suponía tener una compañera y lo que el vínculo traía consigo. Ambos éramos lobos, muy cerca de nuestra naturaleza y nuestros caracteres eran igual de volubles.

Se lamió los labios, necesitaba respirar y hacer una pausa.

—El caso es que no vi lo que otros vieron, no vi cómo se volvía más arisca, más celosa, no noté esos episodios psicóticos a pesar de que Radu me lo dijo y también Ekaterina. —Se pasó la mano por el pelo—. Dios. Adoraba a mi hermana de vínculo, los tres nos conocíamos desde niños y saberla unida a mi mellizo fue todo un regalo.

Hizo de nuevo una pausa y apretó los dientes.

—Ella era joven, tenía toda una vida por delante, tenía la ilusión de darle un hijo a Radu... pero esa tarde sus sueños se triunfaron en favor de la muerte y no fueron los únicos. —El dolor de los recuerdos era agonizante—. Tenía que haber estado allí para recibirla, para estar con ella, pero salí. Cuando volví ya había algo oscuro en mi casa, algo malo... y entonces llegó el olor de la sangre y de la muerte, vi lo imposible, cuerpos mutilados en el suelo, el servicio, personas que llevaban años conmigo y con ella yacían muertos, acuchillados con desacostumbrado sadismo.

Negó con la cabeza.

—Grité su nombre, corrí como un loco rogando que ella estuviese bien, queriendo destrozar a los que habían hecho aquello... pero lo que encontré fue la muerte en sus ojos y a mi hermana gritando que me marchase tan pronto me vio. Estaba ensangrentada, había luchado y se aferraba el costado mientras extendía la mano hacia mí.

No pude llegar a ella, no pude evitar que la acuchillase a ella de nuevo por la espalda. Sus carcajadas eran el sonido más horrible que escuché en mi vida. Se reía, sus ojos eran los de alguien trastornado. Volví a Ekaterina dejando que las dos siguientes cuchilladas me alcanzasen a mí y eso pareció cambiar algo en Zuzanka.

Soltó el cuchillo, me miró sin verme y empezó a gritar cosas sin sentido.

Se abrazó ante el horror de aquel día.

—Ekaterina murió en mis brazos, sus últimas palabras eran de perdón y de promesas. Sólo puedo decir que he hecho todo lo posible por cumplirla y eso me ha dado algo de paz.

—¿Qué le pasó a ella?

Escuchar su voz lo ancló al presente.

—Deambuló de un lado a otro, canturreando una canción de cuna, la misma que quería que escuchase nuestro hijo —negó con la cabeza—. Pero el destino no nos había dado descendencia hasta entonces... Volvió hacia la sala y me miró. Parecía una niña pérdida, no mi compañera. Llevaba el cuchillo en la mano goteando sangre, no dejaba de mirarme mientras cantaba y entonces se abalanzó sobre mí.

Todo había pasado tan deprisa, la hija de puta le cortó la palma, su propia sangre cubrió la empuñadura mientras el filo se clavaba hasta el fondo en su corazón y su alma gritaba de dolor.

«Perdóname, compañera, perdóname por no haberlo comprendido antes».

La sostuvo en sus brazos, empapándose con su sangre hasta que notó su flacidez y la muerte se apoderó de ella.

—Radu llegó entonces, había venido a buscar a su esposa como ella le había pedido y... ni siquiera pudo despedirse de ella.

Miró la taza de café ante él, pequeñas gotas de agua enturbiaron la superficie, pero no era agua, eran sus propias lágrimas.

—No podía dejar que tú te fueses igual que ella, no podía soportar otra muerte sobre mi conciencia. —Se secó la cara avergonzado—. Si te ibas, me iría contigo. No hay más, Merry, no volveré a cometer de nuevo el mismo error.

La vio levantarse, dio la vuelta al sofá y lo miró.

—Sabes que tú no tuviste la culpa, ¿verdad? —preguntó seria—. Tú no fuiste más que otra víctima ese día, Mijaíl, quizá la más dolorosa de todas.

—Si hubiese llegado antes...

—¿Y si no hubieses llegado conmigo?

Lo obligó a mirarla.

—No tuviste más culpa antes de la que crees tener ahora.

—Te he atado a mí sin darte opción.

—Cierto, pero me habría muerto si no lo hubieses hecho, ¿no?

Asintió.

—Pues entonces es mi problema afrontarlo y aceptarlo. Fue mi decisión la que me hizo caminar por esa calle, no tuya.

—La maté, Merryna.

¿Es que no podía verlo?

—La liberaste, lobo, le diste lo que nadie podría darle, paz para su alma —aseguró—. No puedes llevar un sudario toda la vida, Mijaíl, estás vivo y... tienes a gente que te necesita, obligaciones. Deja de ser un capullo egoísta y vive de una puñetera vez.

La miró y suspiró.

—Tienes que ser siempre tan mal hablada.

Se encogió de hombros.

—Ya te dije que llevo una semana totalmente bipolar.

—Lo siento.

—No es culpa tuya...

—En realidad sí —aceptó—, porque yo he estado igual.

—Y estas son las cosas que más me molestan. No quiero tus pajas mentales.

—Hay una manera de deshacernos de ellas.

—¿Cuál?

Se lamió los labios.

—Déjame quedarme contigo esta noche y te lo enseñaré... por favor.

—Esto es inevitable, ¿verdad?

—Sólo mientras sigas resistiéndote a ello con uñas y dientes.

—Estoy cansada de hacerlo.

—Gracias a Dios —musitó y la abrazó sintiendo así su cuerpo contra el suyo—. Ojalá pudiese darte la libertad, Merry, pero aunque pudiese, empiezo a pensar que ya es demasiado tarde. No quiero dejarte ir.

—No lo hagas —negó ella—. No soportaría otra semana de locura como esta.

—Con suerte, no la tendremos ninguno de los dos.

CAPÍTULO 28

Que el cielo la asistiese, pero esto era lo que había estado deseando desde el primer momento, incluso cuando se resistía a él con uñas y dientes, deseaba esto. Sus caricias la encendían y calmaban al mismo tiempo el secreto anhelo que desesperaba en su cuerpo. Se bebió su aliento en un beso, deleitándose con su sabor, su humedad y calidez, con ese toque especiado y masculino tan suyo.

—Nunca esperé un milagro, no me creí digno de merecerlo, pero tú eres el mío, Merry, uno al que no soy capaz de renunciar.

Sus palabras le acariciaron los labios, había tal desesperación en ellas que sintió ganas de llorar por él.

—No te estoy pidiendo que renuncies, solo espero que lo aceptes…

Ni siquiera pensó en lo que significaban sus palabras, pero era algo que sabía internamente, algo que llevaba en su alma y que era el momento de dejarlo salir.

La declaración se ahogó una vez más bajo sus labios, un segundo antes de que su lengua incursionara entre ellos y se enlazase con la suya. No pudo evitar gemir ante el placer del contacto, reconociendo su sabor y la sensación de su cuerpo aprisionando el suyo contra el colchón. Ni siquiera sabía cómo habían pasado al dormitorio, pero no le importaba, todo lo que deseaba era abrazarle y sentirle, quería borrar la febril desesperación de esa última semana y los agónicos recuerdos que lo torturaban. Deseaba hacerlo por él, necesitaba hacerlo y, si debía ser sincera consigo misma, ni siquiera comprendía el motivo. Dejó sus labios para continuar mordisqueándole la mandíbula, depositando pequeños mordiscos y besos que se fueron desplazando por su garganta, pellizcándole el pulso y lamiéndole el pequeño hueco de piel antes de rozarle la clavícula con la nariz.

—Hueles muy bien, Merry, tan bien que no puedo encontrar mejor pasatiempo que pasarme la noche lamiéndote.

Y sus palabras no hicieron más que confirmar sus intenciones. Se estremeció cuando sintió como descendía sobre ella, deshaciéndose de los últimos vestigios de su ropa, desnudándola y deleitándose en su piel. Le besó los senos y lamió los pezones, deteniéndose en ellos como si hubiese encontrado de pronto su juguete favorito. Le acarició el estómago con los dedos provocándole nuevos estremecimientos, el aire golpeaba las zonas que había humedecido su lengua provocándole suspiros y escalofríos de lo más placenteros. Estaba en llamas, sentía que ardía y que todo lo que deseaba era a él, su piel pegada a la suya, su cuerpo encajando a la perfección contra el propio sin nada más entre ellos.

Su lobo sabía cómo volverla loca, cómo hacer de una caricia algo eterno e interminable, parecía no tener suficiente de ella y su cuerpo reaccionaba en consecuencia, buscando más, igualando su pasión y encendiéndose cada vez más.

—Sí, eres deliciosa… un verdadero manjar solo para mí.

Sus ojos se encontraron a través de su cuerpo y el tiempo pareció quedarse en suspenso, era como si todo lo que había pasado hasta ahora empezase a tener sentido, como si las piezas de ese extraño puzle encontrasen por fin el lugar correcto en el que encajar, como si efectivamente ella le hubiese pertenecido siempre y él fuese el que debía haber esperado.

—Misha…

Pronunció el nombre que acudió a su mente, el que le susurró su alma, aquel que veía en sus ojos, el del hombre que era con ella. Este era su lobo, no era un alfa, no era un guerrero, no se vestía con sarcasmo, era solo Misha, un hombre que la deseaba como a ninguna otra, un lobo dispuesto a entregar su vida si con ello ella vivía.

Lo vio parpadear y sonreír ligeramente.

—Hacía tiempo que no escuchaba ese diminutivo saliendo de los labios de alguien —comentó bajando sobre ella, sus ojos más oscuros de lo normal, más salvajes y, a pesar de ello, no sintió miedo—, y me gusta escucharlo en los tuyos.

Se lamió los labios.

—Entonces, te llamaré así.

Sonrió y rozó de nuevo sus labios, arrancándole el aliento con un beso.

—Si ese es tu deseo, estoy conforme.

La besó una última vez antes de bajar de nuevo por su cuerpo con la mirada, degustando lo que veía y decidiendo desde dónde continuar con esa erótica tortura. Volvió a sus pechos, los sopesó en las palmas, la volvió loca con su lengua hasta tenerla retorciéndose sobre la cama, solo entonces se permitió retomar el camino y continuar hacia su ombligo. Lo rodeó con la punta de la lengua, la succionó y le provocó cosquillas, una treta para mantenerla entretenida mientras hacía desaparecer de su cuerpo las últimas prendas de ambos.

Volvió a mirarla a los ojos, era como si desease que supiese en todo momento que era él quien la tocaba, quién la acariciaba y, cuando esas grandes manos resbalaron por sus muslos, separándole las piernas con suavidad y decisión, supo que estaba perdida. La recorrió con los dedos, jugando sobre su piel, esquivando a propósito su sexo sin darle la atención merecida, una que su cuerpo demandaba a gritos.

—Eres mía, Merry, solo mía —reclamó sin romper el contacto visual, su voz más oscura, más brusca y, aun así, sabía que seguía siendo él quién estaba al mando.

Jadeó al ver cómo sus ojos descendían sobre la uve de sus piernas, centímetro a centímetro empezó a descender sobre ella hasta que esa rubia cabeza se enterró entre sus piernas, su aliento le acarició el desnudo sexo y su lengua resbaló a lo largo de los hinchados y húmedos labios dejándola sin respiración.

—Misha.

Echó la cabeza hacia atrás, los dedos se envolvieron en las sábanas y aferró la tela en sendos puños mientras el placer explotaba en su cuerpo acicateado por ese hombre y su perniciosa lengua.

Se sentía totalmente expuesta a él, incapaz de cerrar las piernas mientras la mantenía abierta a su antojo, bebiendo de su cuerpo como un hombre sediento, degustando su sabor. Cada caricia estaba destinada a enloquecerla, cada pasada de su lengua le arrancaba un poco de cordura convirtiéndola en un cuerpo sollozante de placer. Aventuró un vistazo y el verle allí, entre sus piernas, disfrutando de ella hizo que empezase a sentir los pechos más pesados, los pezones más duros y demandando la previa atención.

Hervía. De una y mil maneras distintas su cuerpo era como una caldera en ebullición. Se calentaba más y más, deseándole, anhelándole, llevándola a la absurda necesidad de suplicarle que no se detuviese y que acabase con esa locura.

—Por favor… oh, por favor…

Su respuesta fue una divertida risa, pero no la escuchó con sus oídos, sino en su mente.

«Dime que es lo que quieres, Merry, dímelo y te lo daré».

Sacudió la cabeza sobre la almohada, se llevó el puño a la boca y gimió.

«Dímelo, Merry, quiero darte lo que necesitas, dime que es».

Gimió, arqueó las caderas y perdió todo contacto con la realidad.

«A ti, te necesito a ti. Por favor, Misha. Por favor».

Volvió a reírse en su mente mientras deslizaba las manos por sus piernas, deteniéndose solo al llegar a las rodillas y se las separó, abriéndola aún más mientras la succionaba una, dos, tres veces antes de introducir la lengua en su interior.

«Tus deseos son órdenes para mí, prietenă».

No podía responder, apenas sí podía pensar en una respuesta coherente y cuando notó sus dedos jugando en el lugar que había estado su lengua y esta pasando a su clítoris, dejó incluso de respirar.

—¡Oh, señor!

Se arqueó sobre el colchón, alzando las caderas por voluntad propia, deseando más de lo que le daba. El placer era intenso y crecía a pasos agigantados amenazando con arrasarlo todo y dejarla hecha pedazos. Tenía los sentidos saturados, solo había éxtasis y ese hombre que se lo proporcionaba a raudales.

Arqueó las caderas al sentir un nuevo relámpago de placer disparándose por su cuerpo, su lengua dejó de atormentar la pequeña perla y se sintió penetrada por sus dedos, mientras su lengua jugaba con los bordes de su sexo.

«Córrete para mí, dulzura, déjame ser partícipe de tu éxtasis».

Su voz era como un afrodisíaco y manejaba su débil cuerpo a su antojo. Nada más pronunciar esas palabras, el ritmo de sus dedos se incrementó y pronto se encontró experimentando un fiero orgasmo.

«¡Misha!».

Sus dedos se hundieron un par de veces más, extrayendo hasta el último temblor de su cuerpo mientras la besaba en el pubis y volvía a ascender por su cuerpo, cubriéndola ahora con el propio. Notó la dureza de su erección acariciándole la cadera, una de sus rodillas se abrió paso entre sus muslos y con el solo roce su cuerpo se reavivó una vez más. El sexo le latía de necesidad a pesar de esa primera liberación, era como si el orgasmo no hubiese hecho otra cosa que avivar su hambre por él y esa necesidad era abrumadora. Quería tenerlo dentro, necesitaba sentirlo profundamente en su interior y, como si estuviese en su mente viendo sus pensamientos, la complació posicionando la punta de la pesada erección en la húmeda entrada y empujando con suavidad.

—Respira, *prietenă*, respira y relájate —le escuchó murmurar al oído—. Estás hecha para mí, estamos hecho el uno para el otro. Déjame entrar, llévame a casa.

Gimió al sentir como entraba en ella, sus caderas se arquearon por sí solas dándole la bienvenida, su sexo cedió a la intrusión acogiéndole en su interior hasta que fueron uno solo.

—Adoro sentirte a mí alrededor, tan ceñida, tan húmeda —ronroneó en su oído al tiempo que reclamaba de nuevo sus labios y le acariciaba el costado, esperando, dejando tiempo a su cuerpo para que se adaptase al suyo—. Tan mía…

Su lengua incursionó de nuevo entre sus labios, exigiendo una respuesta de la propia e iniciando una retirada que acompasó a la de su dura verga. Cerró los ojos y se entregó al éxtasis de sentirle moviéndose entre sus piernas, disfrutando de su cuerpo y haciéndola disfrutar al mismo tiempo de ese desnudo y abierto placer.

Cada movimiento de sus caderas estaba destinado a volverla loca, a acercarla más y más a él y no podía hacer otra cosa que acompañarle, que agradecer esa cercanía que poco a poco iba

derribando cada una de sus barreras.

El dormitorio pronto se llenó con los gemidos de los dos, con el sonido de la carne húmeda chocando contra la carne. Empezó lento, un ritmo pausado y agradable que poco a poco fue incrementando en velocidad, adaptándose a las necesidades de sus cuerpos hasta que todo lo que pudo hacer fue rodearle con las piernas y hundir los dedos en su pelo y acercarlo más a ella.

—Misha… por favor… Misha…

Le gustaba llamarle así, era como si él le hubiese dado una parte de sí mismo, una solo para ella y algo en su interior deseaba conservarlo, deseaba hacerlo suyo y no soltarlo jamás. Se entregó a él sin reservas, dejó de pensar y permitió a su cuerpo tomar las riendas y disfrutar de una nueva liberación que se llevó consigo los últimos rescoldos de sus reservas.

En ese momento era suya, como él era de ella y Merry no podía pensar en algo más hermoso y correcto que ese pensamiento.

CAPÍTULO 29

El teléfono empezó a sonar y a vibrar saltando sobre la mesilla de noche, el traqueteo unido a la cantarina melodía hizo que se revolviese en la cama, restregándose los ojos y sacando el brazo de debajo de las mantas para callar el barullo.

—Demonios, cállate ya de una vez. —Se balanceó sobre el borde del colchón al punto de inclinarse hacia el suelo.

—Tienes una manera muy rara de salir de la cama. —La somnolienta voz masculina la hizo consciente de algo que había olvidado.

Se giró y lo miró, estaba tan sexy en su cama, desnudo de cintura para arriba, con un brazo detrás de la cabeza que se olvidó durante unos segundos del motivo de su despertar.

—Tú teléfono sigue sonando, Merry.

Parpadeó y se lanzó de nuevo a por el aparato sólo para terminar, ahora sí, terminando espatarrada, con las manos apoyadas en el suelo.

—Ay Dios.

Le escuchó reírse, el colchón se movió y acto seguido era izada por la cintura.

—¿Estás intentado demostrar algo, compañera?

Se sonrojó y sacudió la cabeza para mirar finalmente quien era la persona que se atrevía a despertarla y jadeó al ver el identificador.

—Ay Dios, es mi jefe.

Aquello le puso alerta al momento, su rostro perdió su diversión y se enfureció.

—Atiéndelo —pidió.

Habían hablado largo y tendido de esas pinturas y se había horrorizado aún más al saber todo lo que había pasado. Si su jefe era el hombre que estaba detrás de aquellos crímenes y persecuciones había estado trabajando durante x años para un asesino y eso era sencillamente aterrador.

Respiró profundamente y contestó.

—Señor Jelinek, gracias por devolverme la llamada. —Miró a Mijaíl quien asintió en silencio—. He intentado contactar con usted, pero...

—Merryna, ¿qué ha pasado? Acabo de llegar de viaje y me he encontrado con tu mensaje, querida —aseguró—. ¿Qué es eso de que han entrado en la galería? ¿Falta alguna cosa? ¿Cómo han podido desactivar la alarma y el vídeo? ¿Y qué es eso de que hay problemas con las nuevas obras? Todos los papeles deberían estar al día.

Carraspeó, era la primera vez que escuchaba a su jefe tan cabreado. Por lo general era muy comedido.

—Señor Jelinek.

—Um... me temo que no tengo idea, yo estaba en la galería cuando entraron y le juro que la alarma estaba conectada.

Lo oyó mascullar.

—¿Estabas en la galería cuando entraron? Pero ¿no deberías estar ahora mismo de luna de miel?

Miró a Mijaíl, quien la miró divertido y escuchó a su interlocutor.

—Dios mío, niña, espero que llamases de inmediato a la policía.

—Sí, lo hice, de hecho... ese es el motivo por el que lo llamé —continuó—. A simple vista no parece faltar nada, pero el detective Damek... los nuevos cuadros que me envió parece que podrían ser testimonio de un horrible crimen.

—¿Cómo?

Su indignación era palpable, no había nada que indicase que estaba al tanto o que él fuese el hombre que su compañero buscaba.

Miró al hombre a su lado y asintió, la estaba apoyando en silencio.

«Pregúntale cómo obtuvo ese material y dile que forma parte de una investigación policial. Que es indispensable que venga a Praga y se ponga a disposición de la policía».

Asintió y empezó a transmitir su petición recibiendo indignación y resoplido a partes iguales. Estaba atónito por el curso de los acontecimientos.

—Esto es inaudito —aseguraba el hombre—, las obras han sido adquiridas a través de la galería Truro, de Londres, como he adquirido otras antes. El papeleo está todo al día. Eran una muestra de un nuevo artista cuya obra estaba expuesta y en disposición de venta, puedes poner todos los papeles en manos de la policía si es necesario, te autorizó a ello, querida. Ya he reservado un vuelo, te avisaré tan pronto aterrice. No hay nadie que desee esclarecer esto más que yo, odiaría ver a Ekate metida en algo turbio.

Y no era el único, esa galería no era sólo su trabajo, era parte de su vida, de quién era.

—Mantenme al corriente de todo lo que ocurra, dejo Ekate en tus manos como siempre.

Sin más cortó la comunicación y ella dejó escapar el aire que no sabía que no estaba ni conteniendo.

—Él no está detrás de esto, ¿verdad?

Mijaíl estiró el brazo y la atrajo a sus brazos, pegándola a su pecho, a su calor y eso contribuyó a eliminar la tensión que le había provocado la llamada.

—Me gustaría poder decirte que no, Merry, pero después de lo que he visto ya no doy nada por sentado. Quien quiera que esté ahí fuera moviendo los hilos, es un auténtico demente, un verdadero monstruo.

Se estremeció ante sus palabras.

—¿No sabéis todavía quién es? ¿Su verdadero nombre?

Le acarició el pelo.

—Tenemos un nombre, pero sencillamente no existe —aseguró—. Vasile Armitage no existe como tal y las dos únicas personas que podrían conocerle si lo viesen, son demasiado preciosas para ponerlas en peligro.

Negó.

—Judith está convencida de que está aquí, en Praga y los furtivos ataques que llegan perpetrando las últimas semanas, también apuntan a esa posibilidad.

—¿Judith es...?

—Mi cuñada —Sonrió—. La compañera de Radu.

—¿Y por qué está tan segura?

—Es una médium.

Parpadeó, no podía ser, pero…

—¿De casualidad estás hablando de Judith Stevens?

—¿La conoces?

—No personalmente. —Negó sorprendida por la coincidencia—. Mi jefe me pidió que contactarse con ella por un tema personal.

Su mirada hablaba sola.

—¿Qué tipo de asuntos podría querer con Judith?

—Según sé, ella busca gente... —Se encogió de hombros. No estaba muy al tanto del currículum de la mujer. De hecho, el encargo le había llegado por email, como muchos otros del filántropo—. Mi jefe está buscando a alguien a quien perdió hace años.

Sacudió la cabeza.

—De todas formas, nunca me devolvió la llamada.

Frunció el ceño con gesto pensativo.

—¿Y cuándo dices que sucedió eso?

—Hará cosa de un mes.

—Demasiadas coincidencias, demasiadas casualidades… —Negó con la cabeza—. No me gusta.

Y no podía culparle por ello, a ella tampoco le gustaba un pelo.

—Quizá no sea más que…

Se vio interrumpida de nuevo por el sonido del teléfono, pero esta vez se trataba de un mensaje entrante. Lo miró e hizo una mueca.

—Bueno. Parece que ha encontrado vuelo y llegará aquí a mediodía —suspiró—. Tendré que recogerlo en el aeropuerto y llevarlo a la galería.

Gruñó, un sonido muy lupino que la estremeció.

—Avisa a Damek. —Su gruñido se hizo más intenso—, si lo hago yo le arrancaré la cabeza por dejarte plantada… Aunque, por otro lado, quizá tenga que agradecérselo.

Parpadeó.

—¿Cómo has…? —La respuesta vino sola—. Melinka.

Se limitó a mirarla y un segundo después la tenía de nuevo debajo de él.

—Nunca me ha caído demasiado bien el poli, podría morderle, si me lo pides.

Puso los ojos en blanco.

—No, gracias, conozco tus mordisquitos y no son precisamente algo nimio —le aseguró.

—A ti te muerdo con cariño… a él… bueno, el cariño está de sobra.

Sacudió la cabeza.

—No le hagas nada, por lo que sé, está pasándolo bastante mal con su propia compañera —aceptó—. Ese ya es bastante castigo.

Gruñó y bajó el rostro hacia su cuello.

—Sí, esa muchachita ha visto cosas que ningún ser vivo debería conocer —aceptó con cierta tristeza, entonces la besó en el hueco de la clavícula—. No quiero seguir hablando de esto, no servirá de ayuda a nadie.

Lo envolvió con los brazos.

—¿De qué quieres hablar entonces?

—De nada —aseguró subiendo por su garganta—. Quiero pasar el tiempo lamiéndote, mordisqueándote y hundiéndome de nuevo en ti.

Y una palabra tras otra, fue haciéndolas realidad.

Quizá no fuese tan malo ser la compañera de un lobo, desde luego, podía acostumbrarse sin problemas a pasar el resto de su vida así.

CAPÍTULO 30

Una llamada telefónica que no esperabas nunca era una buena señal. No era de los que dejaban las cosas al azar, no podía permitírselo, cada uno de sus pasos requería una planificación milimétrica, casi obsesiva, era el precio que debía pagar para permanecer indetectable.

Miró el móvil que seguía danzando sobre la mesa con el identificador de llamada parpadeando y optó por dejar que saltase al buzón de voz.

Repasó mentalmente cada conversación y contacto que había tenido con ella en los últimos meses, la última vez que lo contactó había sido al correo anónimo que mantenía únicamente para sus transacciones con ella. Le había enviado el correspondiente recibo y los papeles firmados. Una venta perfectamente legal y limpia a nombre de un artista *freelancer*.

Esperó los cinco minutos de rigor y accedió al buzón de voz.

—Tiene usted un mensaje del número... —anunció la voz electrónica—. Mensaje número 1.

Al momento saltó la melosa voz de la marchante de arte.

—Señor Green. Le llamó para comunicarle que el último comprador del lote 83 está interesado en futuras obras. Le pide encarecidamente que le llame, pues dice tener algo que podría ser de su interés. Le envío por correo electrónico la fotografía que me ha adjuntado —anunció—. Espera que pueda ponerse en contacto con él a la mayor brevedad posible.

El mensaje terminaba ahí. Lo reprodujo un par de veces más analizando la inflexión de su voz y llegó a la conclusión de que no había nada que le pudiese alertar.

A pesar de ello, tenía una sensación que no podía quitarse de encima.

Rodeó la mesa, abrió el portátil y tamborileó sobre la superficie de madera hasta que el dispositivo se encendió. Al momento le saltó el aviso de correos entrantes, desechó un par de ellos y fue directo al que le interesaba.

El cuerpo del mensaje reproducía más o menos lo que acababa de escuchar y añadía una frase que aumentó esa sensación de peligro. Abrió el archivo adjunto y entrecerró los ojos mientras la imagen se iba abriendo.

—No es posible...

Se apoyó en la mesa y abrió los ojos todavía más a medida que la imagen se iba desvelando y aparecía en la pantalla algo que no había visto en muchos años.

Un sudor frío empezó a perlarle la frente, su mente retrocedió en el tiempo, a su niñez y al lugar en el que había estado puesto ese diseño el cual no era otra cosa que un pedazo de tela de un crespón mucho mayor.

Estimado señor Green.

Estaría interesado en cualquier información que pudiese aportarme sobre el símbolo que aparece hábilmente incluido en sus inquietantes cuadros.

Y firmaba con el nombre y título del filántropo que había adquirido las obras para la galería Ekate.

¿Casualidad? ¿Una trampa bien elaborada por sus enemigos?

Negó con la cabeza. No. Ninguno de ellos lo relacionaría con esas obras, Malakias Green era el nombre de un *yonkie* que vivía en los suburbios de París, un artista callejero que exponía en la calle y que recientemente había tenido la fortuna de exponer en algunas galerías de segunda. El profesor estaría esperando un muchacho desaliñado, un alma bohemia y ni a alguien de su intelecto.

Sí, las obras habían causado el efecto deseado, mayor aún a sus expectativas a tenor de las últimas informaciones, ya que las sospechas habían empezado a rondar también a la insulsa humana a cargo de la galería; la compañera del alfa de Bratislava.

El avispero había sido agitado convenientemente, pero no era suficiente, necesitaba que las ratas empezaran a correr en todas direcciones, sin saber realmente a dónde dirigirse.

Respiró profundamente y sopesó sus opciones. Necesitaba recuperar ese pedazo de tela de la foto, descubrir qué información podía poseer el anciano y asegurarse de que no interfiriese con sus planes. El momento ameritaba una puesta en escena especial, algo que volviese locas a las avispas y las empujase al fin a tomar acciones.

La paciencia era siempre una virtud que se había obligado a cultivar y ahora más que nunca debía tenerla presente.

Volvió a mirar la imagen y reenvío el correo con los datos del profesor a su única persona de confianza adjuntando un par de frases.

Recupéralo.
Sânge, viață și eternitate.

Borró todo rastro del email de su portátil e hizo lo propio con el mensaje. Sacó la tarjeta del teléfono y se dispuso a deshacerse de ella. Eso era lo bueno de los teléfonos de prepago.

Abrió uno de los cajones del escritorio y eligió otro de los dispositivos que todavía permanecían operativos. Marcó el único número registrado y esperó hasta que respondieron al tercer toque, tal y como esperaba.

—Tengo un nuevo trabajo para ti y tus muchachos.

Escuchó la réplica de siempre y puso los ojos en blanco. Tan pronto terminase con aquello iba a matarlos él mismo.

—Sí, de acuerdo —aceptó con gesto aburrido—. Destruidlo todo, hasta los cimientos... Y no, ninguna víctima está vez... Quiero que lo vea, que el mensaje sea transmitido.

Tras escuchar la confirmación del otro lado de la línea, colgó.

Había llegado el momento de mover sus piezas y obligar al rey y a la reina a trasladarse sobre el tablero de ajedrez.

CAPÍTULO 31

Mijaíl no podía pasar por alto la ironía que le producía su presencia en esa casa. En el último mes había pisado ese lugar más veces que en los últimos diez años de su vida, lo cual, dado el motivo de tal ausencia, no dejaba de ser realmente irónico.

El Refugio, como ya llamaban a la casa de su hermano en la ciudad nueva, se había convertido en la sede de todo movimiento lupino, el hecho de que estuviese dando posada a los príncipes y a los distintos alfas de las regiones europeas y americanas que se dejaban caer de cuando en cuando, era además otro de los motivos por los que el lugar parecía haberse convertido en una fortaleza.

Dejó atrás el área principal y atravesó los pasillos que tan bien conocía hasta recalar en la biblioteca, dónde encontró justamente lo que estaba buscando.

—Señoras. —Saludó al grupo de hembras que acompañaban a la compañera de su hermano—. ¿Os importa si os robo un momento a vuestra anfitriona?

—Depende, ¿nos la vas a devolver? —preguntó Leah mirándole con gesto divertido—. Es solo para saber a qué atenerme.

Le gustaba esa loba, no solo era divertida, sino que carecía de respeto alguno hacia su alfa y compañero.

—¿Estás pensando en empezar tú misma la próxima revuelta?

La chica resopló y sacudió la cabeza.

—Vosotros sois los que os perseguís la cola, Mijaíl, yo utilizo técnicas un poco más… sutiles.

—Recuerda que castrar a tu compañero no es una opción, Leah.

La esposa del alfa de Manhattan permanecía arrellanada en un sillón, su vientre redondo e hinchado con el embarazo. Si bien era humana, llevaba ya un tiempo emparejada con el lobo y ahora esperaban a su primogénito.

—Lo sé, lo sé —aseguró la chica—. Sería una pérdida de tiempo… por no decir que me perdería toda la diversión.

Judith, quién no había dejado de mirarle desde que se había detenido en el umbral, se levantó del asiento y caminó hacia él. La compañera de su hermano era una mujercita extraña, con un poder que escapaba a su comprensión y que les había salvado el culo varias veces las últimas semanas.

—Me alegra ver que ya estás de vuelta —le dijo ella, su mirada fija en la suya—, y que has dejado el equipaje detrás de ti.

Enarcó una ceja ante su comentario y se hizo a un lado para dejarla pasar antes de despedirse de las presentes.

—Señoras.

Acompañó a la joven hembra a lo largo del pasillo, sumidos ambos en un cómodo silencio que solo fue interrumpido por las palabras de la chica.

—¿Cómo se encuentra tu compañera?

—Merry está bien, gracias —aceptó con educación.

—Deberías traerla, tenemos sitio de sobra para dos personas más.

Enarcó una ceja.

—Claro, cuando esté seguro de que mi hermano no se encuentra en el país.

—Ahora mismo está con Velkan.

—Motivo por el que estoy aquí solo.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Cuándo pensáis enterrar el hacha de guerra? ¿No te parece que ya es tiempo más que suficiente para que hagáis las paces?

—Te diría dónde me gustaría enterrar esa hacha, pero temo que no te iba a gustar.

—Estás cargando con una culpa que no es tuya, Misha —le dijo girándose lo justo para mirarle—, Radu debería saberlo. Ambos estáis sufriendo y no hay razón para ello…

Negó con la cabeza.

—No te ofendas, hermanita, pero métete en tus asuntos y deja que yo me encargue de los míos.

Ella levantó las manos a modo de rendición.

—No insistiré —aceptó—. Pero luego que ninguno me venga llorando. No hay más ciego que aquel que no desea ver lo que tiene delante de los ojos. Bueno, si no vienes por Radu, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—¿Te suena el nombre de Jelinek? —le preguntó—. ¿Quizá de una llamada telefónica de hará cosa de un mes? ¿Una petición por medio de su secretaria?

Arrugó la nariz y asintió casi al momento.

—Sí, sí… No sabía cómo podía haber conseguido mi teléfono, se lo dije a Damek, pero entonces, con todo lo que ha estado pasando… ¿Por qué?

—Merryna —explicó con sencillez—. Fue ella la que hizo la llamada en nombre de su profesor. El mismo propietario de las galerías Ekate, dónde han aparecido esos escabrosos cuadros.

La chica parpadeó un par de veces.

—¿Tu compañera?

Asintió, la sorpresa en sus ojos era genuina. No se le había ocurrido contrastar los nombres.

—Vaya —murmuró y se quedó pensativa—. Quizá por eso me parecía tan extraño…

—¿Llegaste a devolverle la llamada?

Negó con la cabeza, lo cual confirmaba las palabras de su mujer.

—No, como ya te dije, le pasé el aviso a Damek y prometió investigarlo, pero… —Extendió las manos con gesto de impotencia—. Las cosas han cambiado mucho desde entonces y él tiene ahora la cabeza en otras cosas…

Sí, el policía tenía su buena cuota de problemas entre las manos, ese era el único motivo por el que no le había dado una paliza… todavía.

—¿Y dices que ese tal profesor Jelinek es el dueño de la galería en la que aparecieron las obras?

Asintió. Ella estaba al tanto de las últimas novedades, al igual que el resto de los implicados más directos.

—Así es —confirmó—. Está de camino a Praga. Llamó a mi compañera esta mañana y… la verdad es que no creo que sea él, su tono no evidenciaba nada extraño, nada… oscuro… Con todo, no me gustan las casualidades, mucho menos de este tipo.

Sacudió la cabeza y le acarició el brazo a modo de apoyo.

—Se lo diré a Radu, avisará a Velkan y mientras yo hablaré con mi jefe, si todavía no ha

investigado al profesor, este es tan buen momento como otro para hacerlo —dijo convencida—. Te avisaré con lo que averigüe.

Asintió.

—Gracias, Judith.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Ahora somos familia, lobo, no lo olvides.

Lo sorprendió con un beso en la mejilla antes de dar media vuelta y marcharse con total tranquilidad. Se llevó la mano a la cara y suspiró, al menos había alguien de la *«familia»* que no quería sus tripas en bandeja.

Sacudió la cabeza y volvió sobre sus pasos. Empezaban a tener demasiadas piezas e iba a ser complicado colocarlas en la posición correcta para dar vida a ese extraño y caótico puzle.

La sala parecía asfixiante, las pocas personas que había allí reunidos estaban en mortal silencio, tensos e incluso incrédulos con las noticias que Mijaíl acababa de verter sobre ellos. Velkan aventuró una mirada a Arik, el hombre estaba en silencio, su rostro inexpresivo, pero él sabía que era todo fachada. La rabia luchaba con el dolor a partes iguales, una intentando imponerse sobre la otra, dos emociones crudas que hacían de su ejecutor el más peligroso de los lobos ahora mismo.

No se lo había creído, le parecía imposible, una equivocación que podía terminar con la vida de una loba que él prácticamente había criado y educado. Pero ambos sabían que ninguno de los mellizos mentiría, no sobre algo así, no a ellos, no con ese maldito ahí fuera, listo para atacar.

Ahora empezaban a encajar algunas cosas, algunos movimientos y al mismo tiempo seguía existiendo un vacío, una ignorancia que era si cabía mucho más peligrosa.

Miró a su compañera, Denali estaba tan sorprendida como los demás, había intercambiado un par de miradas con Nahara, quién se mantenía alerta a todo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé... Apenas si puedo procesarlo, estuve ahí fuera con ella —aseguró Nahara—, ambos lo estuvimos.

Judith sacudió la cabeza, la pelirroja se había puesto pálida con las noticias y no había dejado de negar con la cabeza desde entonces.

—No... No lo entiendo —negó la pelirroja—. He estado cerca de ella y... No, no, no, no. No tiene sentido. Su aura no está contaminada, no más allá de la oscuridad que puede habitar en cualquier cazador lupino... No lo entiendo. —Se volvió hacia su compañero—. *Babika* no me ha advertido...

Le posó la mano sobre el hombro, tranquilizándola y miró a su mellizo. La hostilidad entre esos dos parecía haber remitido un poco, aunque todavía había un obvio distanciamiento entre ellos.

—Braden dice que era ella y sé que no acusaría a nadie si no estuviese seguro al 100% —aseguró con tacto—. Y menos después de lo que le han hecho.

—¿La vio?

La pregunta vino de Arik.

Negó con firmeza.

—No. Pero está seguro de haber captado su rastro...

—Eso no es suficiente...

—Y está convencido de que ella estaba presente cuando lo torturaban —insistió—. No es un lobo que se invente algo así y lo sabes.

Aquello fue suficiente para desestimar cualquier comentario que pudiese venir a mayores.

—¿Cómo ha podido... traicionar así a su propia familia? —La pregunta salió de los labios de Nahara—. ¿Cómo puede tener que ver con él? ¿Cómo puede ayudarle?

—Nahara...

—No. —Negó, apartándose de su compañero—. Ha estado saliendo con nosotros, ha estado cerca de Denali y Velkan... ha podido...

—Pero no lo hizo —comentó su princesa y le miró—. Nunca me he sentido amenazada por ella...

—Y ese es el principal motivo que la hace peligrosa.

Las palabras vinieron de Arik.

Asintió, esa era la única verdad.

—Y repitiendo lo que ya se ha dicho, ¿qué hacemos con ella?

La pregunta vino de Radu. El alfa de Praga no estaba cómodo con los recientes acontecimientos, especialmente con su compañera en medio del huracán.

—Por ahora mantendremos esta información en secreto —declaró—, cuanta menos gente lo sepa, mejor. No queremos alertarla...

—La vigilaremos...

—No —negó Arik—. Yo lo haré. Si ve alterada las rutinas sin motivo, sospechará. Si efectivamente está metida en esto...

—Arik...

—La utilizaremos en nuestro beneficio —concluyó y le miró—. Odin volverá a finales de semana. Él más que nadie podría alertarla, es necesario que se mantenga al margen.

—No le va a gustar —aceptó y miró a Denali—, pero lo entenderá.

—Quizá sería buena idea que Luke no trajera a Shane... —añadió Judith.

—Estáis hablando de no alertar a esa loba y estáis tomando toda clase de medidas para hacer exactamente eso —intervino Denali—. Si empezamos a cambiar las rutinas...

—Sí, la princesa tiene razón...

—La princesa responde por Denali.

Sonrió, le gustaba verla tan tranquila y a gusto entre los suyos.

—Denali tiene razón.

—Gracias.

—Un placer —replicó Mijaíl y continuó—. Como decía, tiene razón, tenemos que mantener la rutina, hacer como si no hubiese ocurrido nada, por eso, cuanta menos gente lo sepa, más fácil será tender esta red.

—Estaremos alerta —aceptó, aunque su primer instinto, con su compañera al lado, era matar a esa maldita zorra y preguntar después.

Una serpiente en su propia casa, sentándose en su mesa todo ese tiempo, había heridas que no se veían y que escocían tanto o más que las que sí.

CAPÍTULO 32

Merry estaba segura de que nunca había escuchado hablar tanto a su jefe como ese día. El hombre parecía totalmente eléctrico, moviéndose de un lado a otro, lanzando datos a diestro y siniestro, comprobando él mismo los registros y confirmando lo que ella misma había dicho a la policía, que no faltaba nada. Jelinek se había mostrado totalmente colaborador con la policía, le había hecho entrega a Damek de toda la documentación de las obras y le había dado carta blanca para llegar al fondo del asunto; de hecho, se lo había exigido.

Solo hacia el final de la tarde se había permitido reducir la intensidad de su jornada y la había mandado a casa. Se alojaría en uno de los hoteles de la ciudad, pensaba quedarse en Praga hasta que todo aquel asunto se solucionase, lo que significaba más días agobiantes como aquel.

Con todo, se encontraba más tranquila, como si el haber visto la preocupación de su jefe borrase de un plomazo todas las posibles sospechas que habían caído sobre él en primer lugar.

Dejó atrás la última de las calles antes de dirigirse hacia la suya, el cielo empezaba a mudar a un luminoso anaranjado que parecía más intenso hacia la zona en la que estaba su casa, no fue sino hasta que llegó a la esquina que se dio cuenta de que no se trataba del atardecer.

«¿Mijail?».

La respuesta en su mente no se hizo esperar.

«¿Qué ocurre, Merry?».

«Mi casa». Jadeó incapaz de apartar la mirada del dantesco incendio que devoraba el unifamiliar de planta baja. *«Se la están comiendo las llamas»*.

«¿Qué?».

Las lágrimas empezaron a discurrir por sus mejillas. Aquello no podía ser verdad, no podía estar viendo lo que estaba viendo, sencillamente no podía ser real.

—Oh Dios mío…

Era incapaz de ver otra cosa que no fuese eso, ni siquiera los chillidos de los vecinos o las sirenas de los bomberos podían penetrar en su convulsa mente. Humo, llamas lamiendo las paredes, saliendo por las ventanas, devorándolo todo a su paso.

—No, por favor, no…

Empezó a avanzar, pero se quedó clavada en el lugar al escuchar el estallido de los cristales.

—¿Dónde están los bomberos? —Escuchó entonces, dándose cuenta que había gente en la calle, vecinos y curiosos que asistían a aquel horrible teatro junto a ella—. ¡Qué alguien los llame otra vez!

—¿Hay alguien dentro de la casa?

Nuevos murmullos, unos superponiéndose a otros.

—Oh, gracias a Dios que estás aquí —le dijo alguien cuya voz le resultaba conocida—. Empezábamos a temer lo peor.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó otra.

—¿Está usted bien, señorita Merryna? —Se adelantó otro de sus vecinos con la preocupación escrita en el rostro—. ¿Qué ha pasado?

Sacudió la cabeza, no podía hablar, no podía hacer otra cosa que mirar aquello. Sintió como le fallaban las piernas y se encontró mirando aquel infierno desde una perspectiva distinta, de rodillas.

«Es mi casa, Mijaíl, mi hogar… el fuego… se lo está llevando…».

Una inesperada explosión la sobresaltó, apenas sí fue consciente de que estaban demasiado cerca, de que era peligroso. Las sirenas se intensificaron precediendo la entrada de los camiones de los bomberos que empezaron a tomar posiciones al tiempo que desalojaban la zona y

establecían un perímetro seguro.

—Señora, tiene que retroceder, no es seguro estar aquí.

—¡No! —Se rebeló cuando intentó sacarla de allí—. ¡Es mi casa! ¡Déjeme! ¡Es mi casa!

—No puede quedarse aquí. —La arrastró sin miramientos al tiempo que llamaba a un compañero—. ¡Borj! ¡Échame una mano!

Empujó contra su pecho, pero era inamovible, un bloque de puro hormigón.

—Mi… Wanda… mi pececito…

Nuevas lágrimas se unieron a las primeras y por fin toda resistencia cedió ante el llanto. Todo lo que era, todo lo que tenía estaba en esas cuatro paredes y estaba siendo pasto de un incendio. Dejó que la arrastraran al otro lado de la calle, a la acera contraria y se dejó ir, sentándose en el suelo, viendo aquello como si se tratase de una película y no de la realidad.

Deslizó la mirada por el terreno, el vapor de humo creado por las mangueras empezaba a salir por allí dónde enfocaban las mangueras, cada nuevo desprendimiento enviaba un temblor por su cuerpo. Y entonces lo vio, una silueta inmóvil a unos cuantos metros del incendio, de pie, mirando en su dirección. No podía verle bien la cara con el humo, de hecho, ni siquiera estaba segura de que se trataba de una persona hasta que lo vio dar media vuelta y alejarse por la calle.

Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, algo que no podía explicar se apoderó de su mente e instaló una seguridad que no podía ser real.

—¡Merry!

Su voz hizo que apartase la mirada de aquel lugar y se volviese hacia su lado de la calle. Mijaíl y Nicolae bajaban del coche del primero, sus expresiones bailaban entre la sorpresa y el temor. Empezaron a mirar a su alrededor como si esperasen que el dragón que había hecho aquello saliese de su cueva y crease un nuevo incidente como aquel.

—Misha…

Su nombre se le atascó en la garganta, las lágrimas continuaron cayendo por sus mejillas y se hicieron imparables cuando él llegó a su lado y la abrazó. Se aferró a su abrigo, se pegó a su cuerpo y rompió a llorar como cuando era solo una niña.

—Mi casa, lobo, mi casa…

—Shh. —Le cubrió la cabeza con la mano—. ¿Tú estás bien?

Asintió contra él y lo sintió respirar aliviado.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta vino de Nicolae.

—Él lo hizo —contestó sorprendiéndolos a ambos. Le daba igual si pensaban que estaba loca, pero sabía que había sido él, el hombre al que todos perseguían—. Estaba allí, mirando cómo se quemaba todo…

—¿De qué estás hablando, Merry?

Se apartó lo justo para poder mirarle.

—Era él —insistió haciendo hincapié en sus palabras—. Sé que era él… No me preguntes como lo sé, pero es así.

Ambos hombres se miraron.

—Iré a investigar.

—Ve con cuidado.

El lobo le lanzó las llaves y señaló el coche.

—Llévala al refugio —declaró—. Rumati y Nahara están fuera rastreando, me pondré en contacto con ellos y echaremos un vistazo.

Asintió y la ayudó a levantarse, tirando de ella y sosteniéndola contra su cuerpo.

—Mi pobre Wanda —musitó derramando nuevas lágrimas—. Solo… solo era un pececito…

La rodeó con el brazo y la guio hacia el coche.

—Mi casa… mis cosas… todo lo que soy está ahí dentro… todo…

Le cogió la barbilla y la giró en su dirección.

—Todo lo que eres está aquí. —Le acarició el pecho a la altura del corazón—. Descubriremos quién ha hecho esto y lo detendremos de una vez, Merry, te lo juro.

Asintió y dejó que la arrancase de aquel lugar de desolación, del pasado y de una vida que no había estado completa hasta que apareció.

Por favor, Dios, pase lo que pase, no dejes que a él le pase algo. No lo alejes de mi lado ahora que lo he encontrado.

Era un lobo arrogante, mandón y casi tan cabezota como ella misma, pero empezaba a comprender lo que significaba ser una compañera y deseaba seguir experimentando ese extraño regalo al menos un poco más.

CAPÍTULO 33

Había cierto poder en mirar a los ojos del miedo y saber que eres el único que no lo siente, en saber que ese temor no es otra cosa que un obstáculo vencido y una meta alcanzada. Como también lo había en permanecer allí de pie, viendo las llamas consumir el edificio, a los bomberos intentando apagarlo y a los vecinos persignarse por lo ocurrido. Pocos eran los que estaban allí para ayudar y sí demasiados para contemplar el morbo de la destrucción y la agonía de otros. Era como cuando ocurría alguna desgracia y los medios se afanaban en mostrar las noticias en su más cruenta realidad, ajenos al dolor de aquellos que habían perdido la vida o habían dejado a alguien atrás.

Nadie reparaba en un simple espectador, nadie se daba cuenta que había alguien que no pertenecía al vecindario, todo lo que importaba ahora era ver las llamas y dar gracias porque no les había pasado a ellos.

La miró, no pudo evitarlo, su miedo, su parálisis y la incredulidad en sus ojos era el premio que necesitaba. Ver a sus contrincantes cara a cara, saberlos indefensos y al mismo tiempo creyéndose a salvo.

Sonrió para sí y se dio la vuelta.

Ahora sólo faltaba que alguien susurrase en sus oídos de manera inadvertida y la última de las decisiones fuese tomada.

Pronto Praga sería escenario de su acto final, uno que recordaría el mundo entero.

CAPÍTULO 34

Su hogar había desaparecido, todo lo que tenía perdido, convertido en cenizas y en medio de todo aquello un grotesco espectador. Nadie iba decirle lo que había visto o dejado de ver, no le importaba que los dos lobos no hubiesen encontrado a nadie. Él había estado allí contemplando su obra, recreándose en su innata maldad. No, nunca había odiado a nadie, no creía que valiese la pena, pero hoy eso había cambiado por completo.

—Ten, te sentará bien.

Levantó la mirada para encontrarse con los ojos azules de Judith, esta era la compañera de Radu, el lobo que los había recibido en su hogar. Miró a su alrededor, Mijaíl estaba hablando en voz baja con el príncipe, un joven que debía rondar los treinta y cinco, a su lado permanecía una guapa morena, la princesa. Aquello era como un extraño cuento de hadas con toques tétricos.

Cogió la taza y el delicado platillo de aspecto inglés y murmuró un bajito gracias. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuese la destrucción de esa noche y la forma en que temblaba lo dejaba perfectamente claro.

—Tranquila, aquí estás a salvo.

Sacudió la cabeza. Nadie podía estar a salvo con alguien como él allí fuera, nadie podía saber en qué momento elegiría volver a atacar y quién saldría perjudicado otra vez.

—Nadie estará a salvo con él ahí fuera.

Sabía que sólo eran susurros, pero fue suficiente para que varios pares de ojos se centraran en ella.

—Ella tiene razón.

La afirmación llegó de parte de la morena, sus ojos se encontraron y vio en ellos tanta rabia que la estremeció.

—Si no damos con él pronto seguirá torturando a gente inocente. —Se giró ahora a su compañero—. Más personas perderán su hogar, sus vidas... No puedo seguir aquí de brazos cruzados, Velkan, no puedo.

Dicho aquello abandonó la habitación y salió. Su compañero se disculpó por ella.

—Lo siento...

Negó con la cabeza.

—No ha dicho nada que no sea verdad —aseguró y miró a Mijaíl—. Yo no soy nada, no soy nadie... Si me hace esto a mí, ¿Qué no les hará a los que si tienen algo que perder?

—Eres mi compañera, Merry, eso te hace invaluable para mí y parte de mi manada. Nunca vuelvas a decir que no eres nadie.

Sacudió la cabeza, agradecía su apoyó, sabía que sería incondicional, pero eso dejaba la realidad en otra parte.

—Sabes qué digo la verdad.

—Y tú qué yo también —la avisó—. Lo encontraremos y haremos que pague por todo lo que ha hecho.

—¿Por qué no te la llevas a descansar? —sugirió Radu—. Ha sido una tarde infernal para todos.

Se limitó a mirarle, pero no dijo nada, la tocó en el hombro y simplemente asintió. Estaba cansada de intentar permanecer entera, ya no podía soportarlo más.

—Es una buena idea.

Sólo asintió y la sacó de la habitación, guiándola a través de la casa como si la conociese de siempre.

—Has estado antes aquí, ¿no?

La miró y contempló también sus alrededores.

—Hace algunos años paraba aquí casi tanto como en mi casa, después de la muerte de Zuzanka, no volví a pisarla hasta hace poco más de un mes. Pero nada ha cambiado, o muy pocas cosas, a parte del overbooking de gente. Esta era la casa familiar, me crie aquí, pero quitando algunos recuerdos buenos, no le guardo mayor cariño.

Sí, ese era un concepto que conocía bien.

—Sé lo que quieres decir, yo recuerdo criarme en prácticamente un museo. —Hizo una mueca—. No podía tocar prácticamente nada.

—Está claro que no tienes muy buena relación con ellos.

Negó con la cabeza.

—Los has visto, les conoces, ¿puedes culparme por ello?

—No es culpa tuya que sean como son, es única y exclusivamente suya.

—Y eso hace que me caigas ya un poco mejor —aseguró, pero fue incapaz de sonreír.

—Está bien, Merry, todo a su debido tiempo.

Asintió y se lamió los labios. Quería llorar, quería gritar de nuevo, pero no encontraba las fuerzas.

—¿Y tus padres? ¿Dónde viven? ¿Se parecen en algo a los míos?

Hubo un sutil cambio en él.

—Mis padres murieron cuando Radu y yo teníamos 16 años —comentó—. Su muerte nunca estuvo nada clara. Unos dicen que fue un accidente y otros que se mataron a propósito. —Se encogió de hombros—. Crecimos aprendiendo que la vida viene y va, que nunca sabes cuánto tiempo tienes o cuando se termina. Supongo que de una manera u otra hemos aprendido eso de la manera más difícil posible.

—Lo siento, lo último que quería era sacar a la luz un recuerdo amargo.

Negó con la cabeza.

—Pensar en mis padres no es un recuerdo amargo, ellos se querían y querían a sus hijos —aseguró—. Conservo una grata imagen de ellos en mi memoria.

Y ella se alegraba de eso, bastante le habían quitado ya, no necesitaba más equipaje de ese tipo.

—Ven, es aquí.

Se detuvieron ante la puerta del segundo pasillo que recorrieron, prácticamente al otro lado de la enorme casa.

—Esto es inmenso.

—Motivo por el que Judith quiere algo más modesto como la casa en *Ke Karlovu.*

Una casa, un hogar, ella también lo deseaba y hasta esa tarde había tenido algo parecido. Las lágrimas empezaron a caer solas por sus mejillas, entró en la habitación sin mirarle, pero era imposible ocultarle nada a ese hombre.

—Ya, *prietenă*, ya...

La abrazó y aquello hizo que las compuertas de abriesen.

—Era mi casa, mi hogar...

—Lo sé, Merry. —La besó en la cabeza—. Sé que no puedo devolverte lo que te quitaron, pero haré todo lo que esté en mis manos para darte un nuevo hogar.

Sus palabras la hicieron llorar aún más, se aferró a él y pensó en la de vueltas que daba la vida, desde que se había cruzado en su camino había perdido muchas cosas, pero siendo sincera consigo misma, había ganado muchas más, lo había ganado a él.

Denali no podía soportarlo, no podía seguir de brazos cruzados mientras él acababa con todo a su alrededor y la destruía de una forma que sólo él conocía. La había calado muy bien, había pasado media vida inculcándole unos valores que casaran con sus propios planes, aleccionándola, moldeándola para ser aquello que necesitaba que fuese.

Era increíble cómo un hombre que no tenía compasión se la había inculcado, alguien que carecía de empatía había sacado a la luz la suya y todo ello lo había hecho a base de crueldad, una de la que no había sido consciente hasta el día en que decidió esconderse de sus «castigos» y terminó penetrando en el santuario dónde nunca debía estar.

Aquella habitación estaba prohibida para ambas, a simple vista no era otra cosa que un despacho, pero cuando mirabas con detenimiento cada pared, te dabas cuenta de que era un santuario de sus propias fechorías.

Recortes de prensa, fotos que nunca se publicarán en un álbum o periódico, incendios que nunca salieron a la luz, aldeas que quedaron desiertas de la noche a la mañana, imágenes que tenía grabadas en la retina de su clan siendo masacrado y que encontró en un cajón. No se molestaba en ocultarlo, en negarlo, porque sabía que ninguna de ellas entraría en aquel lugar, porque sabía que siempre temería el castigo que acompañaría a tal dantesca infracción.

Sacudió la cabeza e hizo a un lado esos recuerdos, no podía seguir viviendo en el pasado, tenía un presente y deseaba rabiosamente coger el futuro en las manos ahora que sabía lo que le ofrecía.

—No huiré, no me esconderé, no dejaré que un fantasma rija mi vida desde las sombras —murmuró para sí—. Soy una Vasilescu y mi sangre es la vida de mi pueblo.

Aquel era un lema que había escuchado una vez, un recuerdo muy lejano en las palabras de un lobo adulto, el mismo lobo en el que se convertiría Velkan un día. El rey de la raza lupina.

—*Sânge, curaj și nobilitate.*

Se giró para ver a su compañero en el umbral de la puerta, sus ojos fijos en ella y un enorme orgullo tiñendo sus pupilas.

—*Sangre, valor y nobleza* —tradujo—, es el lema de la casa Vasile, la primera familia lupina de sangre pura.

—Lo sé —asintió lentamente—. Es algo que recuerdo de pequeña. Pero nunca pensé… nunca pude imaginarme que él…

—Nadie podía, Dena, a ninguno se nos habría ocurrido que todo esto viniese de tan atrás, de algo que ni siquiera tiene sentido.

Le dio la espalda y caminó hacia una de las ventanas. El cielo estaba encapotado, eses nubarrones gris oscuro le provocaron un leve estremecimiento.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza, sus ojos escanearon el cielo y se obligó a darle la espalda a la ventana y enfrentarle a él.

—No, la verdad es que no —aceptó sin vacilar—. Pero eso no va a cambiar nada, el que esté bien o mal no hará que cambien las cosas.

—Saldremos de esta, princesa, te lo prometo.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Quería pedirle que se quedase, quería mandar todo al demonio y decirle que no se marchase y sabía que él podía verlo en sus ojos.

—Te dije que esta noche se acababa el tiempo —le recordó, como si le estuviese leyendo la mente—, y soy un lobo que cumple sus promesas.

Le dio la vuelta a la mano y le besó el pulso.

—Espérame.

Con eso, le besó de nuevo los nudillos y abandonó la habitación, aunque Daneli sabía que solo era un indulto temporal, ella era suya y estaba dispuesto a hacérselo entender.

CAPÍTULO 35

Odiaba las tormentas y esas nubes grises que había estado contemplando un par de horas atrás desde la ventana, trajeron consigo todo un despliegue de relámpagos y truenos que la mantenían en un inestable limbo. Jamás había temido la furia de la naturaleza, desde que podía recordar le había gustado pasar las noches asomada a la ventana mientras Nahara la regañaba y le pedía que cerrase los postigos, pero como todo en aquellos días, él acabó contaminando sus anhelos convirtiéndolos en una pesadilla.

Aquella ya lejana noche también había empezado con tormenta, los rayos las habían encontrado corriendo, intentando escapar de la inesperada emboscada que les habían preparado. Llevaban tanto tiempo vagando de un país a otro sin rastro de él que se habían sentido seguras y había sido esa seguridad lo que casi acaba con ellas.

Para entonces ya no era la niña que había sido, no era una cría llena de sueños y esperanzas, era una loba rota, desesperada y algo salvaje. Su última correría la había llevado a una fiesta muy poco recomendable, sabía que Nahara estaría trabajando en el bar y la noche era lo suficiente turbia como para hacer juego con su humor.

Escuchó la explosión casi al mismo tiempo que el fuego se elevaba en medio de la ciudad, su mente no consiguió procesar lo que veían sus ojos, durante un momento se quedó allí, inmóvil, atónita, hasta que su voz reverberó en su mente como un cañonazo.

Lo que había ocurrido con el hogar de Merry había traído de nuevo esas imágenes a su mente, a medida que explicaban lo ocurrido se vio de nuevo en aquel lugar, alguna gente vagando de un lado a otro sin saber que les había golpeado, otros tirados en el suelo, heridos e incluso muertos, las llamas consumiendo el edificio de planta baja en el que su amiga y compañera había estado trabajando como camarera la última semana. Todo consumido por el fuego.

«¡Nahara!».

Había corrido hacia el incendio, buscándola, sabiendo que había sido su grito lo que había escuchado en su mente y, cuando estaba a punto de entrar a buscarla la vio salir cojeando al tiempo que arrastraba con ella a un compañero.

«Nos ha encontrado, Dena, tenemos que irnos. Ya».

Habían huido bajo la lluvia, con el furor de la tormenta sobre sus cabezas, los relámpagos iluminando el cielo, proveyendo de una horrible banda sonora a aquella horrible noche. El incendio no había sido otra cosa que una excusa para hacerlas salir, para enviar a un grupo de desgraciados tras ellas para darles caza…

Se encogió ante el sonido de un nuevo trueno, la luz del próximo relámpago iluminó al momento la habitación y soltó un agónico grito.

—¡No! —gimió. Giró sobre sí misma, miró con terror las luces y sombras que se conjuraban al otro lado de la ventana, la lluvia que la azotaba y salió de la habitación en busca del único que podía ofrecerle la seguridad que buscaba.

La noche era infernal, pensó Velkan viendo la furiosa tormenta por la ventana, el tiempo se había oscurecido hacia el final de la tarde y era obvio que esto vendría antes o después. Le habría gustado haberse reunido ya con Denali, la necesitaba con una desesperación que rayaba la obsesión, pero después de todo lo que había pasado durante el día de hoy, apenas había tenido tiempo de cambiarse de ropa.

Le dio la espalda a la ventana con un suspiro y entonces lo escuchó, un grito femenino, sintió el terror desatándose en Denali y no pasaron ni un par de segundos antes de que la puerta de su dormitorio se abriese de golpe y ella entrase como una exhalación yendo directa a sus brazos.

—Haz que pare, por lo que más quieras, haz que pare.

Se apretó a él como si fuese un salvavidas y, antes de que pudiese pensar en algo coherente, cerró la puerta con el pie y capturó su boca con la misma desesperación y frenesí que habitaba en ella.

«Dena, ¿qué es?».

«Fantasmas. Haz que se vayan, por favor Velkan, haz que se vayan, aunque sólo sea por esta noche».

Sus brazos le rodearon el cuello, su cuerpo se pegó al suyo y lo único en lo que puedo pensar fue en ella y en cómo la deseaba.

Velkan se encontró disfrutando de su sabor, de la sensual hembra que había traspasado las puertas de su habitación llevada por el miedo a la tormenta y la natural necesidad con la que ambos llevaban luchando. Deslizó las manos hacia abajo rodeándola y acunando sus nalgas, atrayéndola hacia él, mostrándole lo bien que encajaban. Su sexo, ya erecto de necesidad y frenesí se rozaba contra su plano vientre en una íntima invitación. Le devoró la boca y ella correspondió a su pasión. Se deseaban, simple y llanamente, podía sentirlo en su compañera, podía sentir la necesidad que tenía de ser tocada, de sentirle cerca, piel con piel y es una necesidad que cobraba vida también en él.

Apenas se separó de sus labios unos segundos, respirando en su boca, antes de reclamarla una vez más. Abandonó el bonito culo y subió por su espalda, moldeando su cuerpo por encima del breve pijama que llevaba puesto. Sus dedos se hundieron entonces en la espesa mata de pelo, soltó la goma que mantenía sujeta la trenza y la deshizo con los dedos. Le encantaba su tacto, su olor, quería restregar el rostro contra su pelo negro y aprenderse de memoria su textura y su aroma.

Podía sentir como su cuerpo se sobresaltaba con cada lejano trueno, como la tormenta seguía estando presente en su mente y procedió a borrarla de inmediato.

«Nadie podrá entrar aquí a hacerte daño, Dena. Somos solo tú y yo».

La besó de nuevo, no se cansaba de su sabor, de la textura de sus labios, tenerla en sus brazos era todo lo que podía desear. Deseaba arrancarle la maldita ropa, resbalar las manos sobre su piel y deleitarse con los cremosos senos de piel blanca que llenaban la camiseta de tirantes. Los pezones ya se marcaban contra la tela, erectos, duros, llamándole a jugar.

La empujó lentamente y empezó a desvestirla mientras ella hacía lo mismo con él. No perdieron el tiempo en palabras, sus ojos decían todo lo necesario, en esos momentos no eran otra cosa que dos lobos rabiosos necesitados de consuelo. La pared pintada de la habitación detuvo sus avances, la atrapó allí, entre esta y su propio pecho sin permitirle otra salida que no fuese entregarse por completo al placer y a su dominio. Podía sentir su excitación como también su necesidad de pelear, no se doblegaba con facilidad, ni siquiera con él, no cuando era una loba alfa acostumbrada a obtener lo que deseaba en el momento en que lo deseaba.

—No vas a rendirte con facilidad, ¿verdad, lobita?

Su respuesta fue un gruñido, lo rodeó con los brazos y lo atrajo de nuevo hacia ella, hasta que ambos estuvieron a escasos centímetros.

—No se me da bien rendirme —musitó, lamiéndose los labios, sus ojos azules oscuros, tomados por su loba—. A estas alturas ya deberías saberlo.

Podía sentir su excitación, su cuerpo temblando contra el suyo, la palpable necesidad que no hacía otra cosa que acicatear la propia. Deslizó las manos por su piel ahora desnuda, desprovista ahora de ropa que lo estorbase, le acarició los senos, deslizó los pulgares sobre los duros pezones escuchando su gemido y notando su temblor por el contacto. Sentía su piel caliente bajo sus manos, podía notar a su propio lobo relamiéndose mientras su pene pulsaba ya de rabiosa necesidad empujando contra la cremallera de los pantalones que todavía se obligaba a mantener.

—Pues alguno de los dos va a tener que ceder, prietenă, antes de que esto se salga de control —rumió, lamiéndose los labios, sintiendo como su lobo asomaba a sus ojos y luchando al mismo tiempo para mantener el control.

Se aventuró a dar un paso atrás, buscando la estabilidad que ambos necesitaban y su separación le provocó frío. La recorrió con la mirada, sabiendo que las líneas blancas de las antiguas cicatrices que asomaban por uno de sus costados no eran nada más que una nimiedad en comparación a lo que había visto ya antes en su espalda.

Su lobo gruñó, reflejándose en su garganta humana y la notó temblar al momento, algo en ella respondió a ese sonido y se encogió, apartándose.

—No. —La empujó contra la pared, sus ojos clavándose en los suyos, su voz tomada por su lobo—. No huyas de mí. Nunca.

Lo miró a los ojos y algo volvió a cambiar, suavizándose, el miedo que había asomado en ellos al principio se había diluido y ahora solo quedaba anhelo.

—No hay necesidad, Denali, soy tuyo, como tú eres mía.

Volvió a besarla, reclamando esos bonitos y sensuales labios y se vio recompensado por su cálida y pasional respuesta. Esa loba no deseaba luchar, no eternamente, quería desafiarle sí, pero solo para que él mostrase su supremacía y le asegurara de que era el único que la dominaría. Como lobo, comprendía esa línea de pensamiento, como humano, no podía evitar preguntarse cuán hambrienta estaba de atención y afecto para mantenerse siempre en un punto defensivo. Para ella atacar era una manera de defenderse.

Continuó deleitándose con la piel desnuda, le arrancó varios gemidos y jadeos antes de resbalar los dedos hacia abajo, encontrando la suave piel de sus muslos y recreándose en ella.

—Velkan…

—Estoy aquí —le susurró al oído, lamiéndole la oreja, haciéndola partícipe de su presencia, sin permitirle que pensase en nada más.

Ella se tensó brevemente contra su cuerpo cuando deslizó un dedo por su recortado vello púbico y desaparecer entre sus piernas, acariciando su ya húmedo sexo.

Podía sentir a través de su vínculo como respondía a sus caricias, como se derretía en sus brazos y deseaba más de aquello, con todo, las defensas que esgrimía seguían en su sitio, como muros que debían ser derribados.

—No luches más contra ello, no luches contra nosotros. —Le mordisqueó un punto entre el cuello y el hombro que le arrancó un nuevo estremecimiento, su lobo levantó las orejas y notó un molesto dolor en sus colmillos, quería morderla, quería marcarla para que todo el mundo supiese que ella era suya y solo suya.

Le acarició el punto una vez más con la nariz y continuó volviéndola loca con sus caricias, descendiendo sobre ella y sembrando pequeños besos aquí y allá hasta que su boca se encontró con las duras cúspides de sus pechos. Se amamantó de ella como un niño hambriento, jugó con las duras protuberancias como un lobo travieso, todo con tal de enloquecerla, de hacerla comprender que él era el único que tenía la batuta y que todo lo que podía hacer por el momento era rendirse al placer.

Abandonó un seno para dedicarse al otro, sus manos le ciñeron las caderas, empujándola de nuevo contra la pared un instante antes de incursionar de nuevo entre sus piernas, acariciándola allí, notando como sus dedos se empapaban por la excitación que manaba de su sexo.

—Te deseo, Dena, te necesito…

Ella se estremeció, sus manos habían subido a sus hombros, deslizándose por su cuerpo con ansiosas caricias, deseando más de lo que le hacía. Se arrancó de sus pechos para besarla de nuevo, la empujó con las caderas y la apretó contra la pared haciendo que notase todo su cuerpo contra el suyo y su dura excitación.

—Quiero estar dentro de ti.

«Sí… por favor».

Una suave súplica llegada de lo más profundo de su alma, una capitulación ante la desgarradora necesidad que los consumía a ambos que no pudo ignorar.

Se apartó lo justo para deshacerse de los pantalones y la ropa interior y volvió a ella para devorarle de nuevo la boca y sentir esas manos sobre su cuerpo. Se abrió paso entre sus muslos, separándose las piernas con una de las suyas, permitiendo que el aire acariciase sus labios vaginales en un silencioso aviso. Deslizó una mano sobre su cadera, le acarició el culo y el muslo y tiró de él hasta enredar la pierna en su cadera.

Sus ojos se encontraron una vez más, ella jadeaba, estaba excitada, tan necesitada como él y, antes de darse cuenta de lo que hacía, ladeó la cabeza desnudando el cuello ante él; una rendición lupina en toda regla.

—Mía, princesa, ahora y siempre, mía.

Le acarició el cuello con la nariz, la lamió justo en el punto en el que latía su pulso y bajó hasta la curvatura de su hombro. Se posicionó en la entrada de su sexo y, cuando hundió los dientes, reclamándola como suya, la penetró con fuerza, alojándose por completo en su interior, reclamando su vida, su vínculo y a la hembra que tenía entre los brazos.

Empezó a retirarse lentamente, quedando unido a ella solo por la punta de su pene para volver a introducirse de nuevo en una asombrosa y agónica tortura para ambos. Aumentó el ritmo de sus embestidas mientras la mantenía sujeta contra la pared, sujeta a su carne y a su alma. Los jadeos se mezclaron con el sonido de sus cuerpos durante la cópula, con sus propios gruñidos de placer y el ciego frenesí que los había alcanzado a ambos desde el primer momento. Le lamió el mordisco y siguió impulsando sus caderas, sujetándola, dominándola con su estatura y su poder, bombeó en ella hasta que notó que su cuerpo empezaba a temblar y tras un par de empujes más fue recompensado por los espasmos de su primer orgasmo.

Ahogó su grito con la boca, bebió su quejido y recibió sus temblores interiores, su sexo le aferró con más fuerza e hizo que perdiese finalmente la cordura, enviándose a sí mismo en un duro galope hasta encontrar su propia liberación.

—¡Velkan!

Gritó de nuevo, estaba vez pronunciando su nombre y uniéndose a él en un segundo orgasmo que la dejó débil y flácida bajo su cuerpo.

La sostuvo sin esfuerzo, disfrutando de ese momento de satisfactorio placer, para finalmente salir de ella, cogerla en brazos y llevarla a la cama.

—Los relámpagos…

Sus trémulas palabras lo llevaron a sonreír de soslayo, bajó sobre su cuerpo, cubriéndola y le rozó la mejilla mientras veía esos ojos azules volviendo a la vida.

—No entrarán aquí dentro, Denali. —Se acomodó para no aplastarla, ella era mucho más menuda que él y parecía tan condenadamente frágil ahora—. Te prometo que de la única tormenta que serás consciente las próximas horas, es de la que desataremos tú y yo sobre esta cama.

Sin darle tiempo a replicar, volvió a bajar sobre ella y reclamó su boca en un húmedo y profundo beso, el primero de los que esa noche iba a pedir de su compañera.

—¿Quieres hablarme ahora de esos fantasmas?

Daneli sabía que antes o después tenía que hacerlo, el lobo que la abrazaba no era de los que se conformaba con una sesión de cama y ya, menos cuando dicha sesión había empezado precisamente a causa de ello.

—Maté a alguien.

Esperaba condena, que dijese o hiciese algo, pero permaneció en silencio.

—Y si hoy se repitiese la misma situación, volvería a hacerlo. —No había nada de lo que estuviese más convencida que de aquello—. No quería hacerlo, nunca había quitado una vida, pero era ella o él. Decidí que sería ella. Se lo debía. Nahara había sacrificado todo por mí.

Tomó una profunda bocanada de aire y volvió a aquella noche, a la tormenta, a la explosión, a las llamas y a cómo se desató el infierno.

—Llegué justo a tiempo de verla salir ayudando a uno de sus compañeros —murmuró—, y entonces ellos salieron de la nada. Sonido de motos, sombras oscuras con armas de fuego y con cuchillos, humanos, Velkan, malditos y corruptos humanos que no dudaron en pasar a cuchillo a cualquiera que tuviesen delante.

Hizo una pausa, se lamió los labios y continuó.

—Fue como volver a vivir la matanza de nuestra gente —negó con la cabeza—. No sé cómo pasó, qué me pasó por la cabeza, pero cuando vi que uno de ellos levantaba el cuchillo para atacarla… mi loba tomó el mando y se lanzó sobre él arrancándole la yugular.

Se cubrió la cara con las manos.

—No he podido olvidar el sonido de su frágil carne cediendo, el estertor que salió de su garganta y los ojos sin vida que quedaron detrás —tembló—. Nahara me miraba todavía en forma humana, no dijo una sola palabra, se limitó a caminar hacia mí, me empujó y me ordenó que corriese, que moviese el culo de una puta vez para salir de allí. Y lo hice, corrí y corrí sin descanso, sentía que los pulmones me iban a estallar cuando ella me dio alcance.

Cerró los ojos con fuerza.

—Ambas volvimos a nuestra forma humana, nos miramos a los ojos y nos abrazamos —musitó abriendo de nuevo los ojos—. En ese momento supe que moriría por ella como ella moriría por mí.

Sacudió la cabeza y lo miró.

—Te dije que no era buena, he hecho muchas cosas que…

La besó en los labios.

—Ninguno de nosotros es completamente bueno, completamente blanco, Denali, la vida a veces nos obliga a elegir un camino —le aseguró—. Es como te mantienes en dicho camino que marcará la clase de persona en la que te convertirás. No hiciste nada que yo o cualquier otro lobo o ser humano, no hiciese para sobrevivir.

Le acarició el rostro.

—Solo lamento que te vieses obligada a enfrentar la oscuridad porque yo no estaba allí —le aseguró—. Ojalá te hubiese encontrado antes.

Negó con la cabeza y ladeó el rostro contra su mano.

—Me has encontrado, eso es lo único que me importa, me has encontrado y estás aquí conmigo —musitó ella—. No hay nada que pueda reprocharte, compañero, nada en absoluto.

Se tumbó sobre él, cubriéndole con su cuerpo y volvió a besarlo. Aquella noche solo quería tenerle cerca, aliviar su alma en su compañía, ya se enfrentaría a todo lo demás mañana.

CAPÍTULO 36

Merry colgó el teléfono y resopló, llevaba dos horas intentando contactar con el profesor sin suerte. Ese hombre podía ser realmente exasperante y ella no estaba precisamente de ánimo para quedarse de brazos cruzados. Cogió el bolso y abrió la puerta de la habitación, en la mente tenía todavía el atentado contra su hogar de hacía dos días, no podía quitarse de la cabeza a aquel hombre que había visto, el que parecía haber desparecido de la faz de la tierra como si nunca hubiese existido.

—Sé lo que vi.

No había sido producto del estrés, ni una alucinación, había estado allí y cuánto más pensaba en ello más creía haberle visto en otra parte.

Salió por la puerta de atrás, evitó mirar a los ojos a los lobos que pululaban por la zona y actuó con total normalidad. Mijaíl estaba ocupado con el príncipe y los otros alfas, se suponía que esa noche se celebraría la recepción, algo demasiado arriesgado en opinión de unos y una oportunidad para enfrentarse a ese mal en opinión de otros. Ella se había abstenido de decir una sola palabra, no quería estropear esa recién descubierta relación con cosas que no conducían a ninguna parte. Pero tampoco podía quedarse encerrada en una habitación como si fuese una flor de cristal.

Fue directa a la puerta, pero está se abrió incluso antes de que tuviese oportunidad de llamar a ella.

Alto, de hombros anchos y mirada oscura, la miraba con cierto tono de curiosidad.

—¿Escabulléndote por la puerta de atrás?

Su tono acusatorio la molestó.

—No me escabullo, salgo.

Se rascó la mejilla, dio un paso atrás y la dejó pasar.

—Deduzco que Mijaíl no tiene idea de lo que estás haciendo.

—Tus dotes detectivescas son la leche, ¿eh?

Sonrió de soslayo y le indicó que saliese.

—No. Pero estoy acostumbrado a tratar últimamente con compañeras revoltosas.

—¿La tuya?

—Esa es la peor de todas —aseguró—. ¿A dónde quieres ir?

—A la galería Ekate. Mi jefe lleva sin dar señales de vida desde hace dos días —le informó—. Temo que esté encerrado en la galería buscando alguna pista sobre esas obras.

—Ah, sí. El profesor de arte —aceptó acompañándola hasta un coche—. Sube. Te acompañaré. Nahara sigue descansado y no me echará de menos. Soy Rumati, por cierto.

Nahara era la chica rubia que solía acompañar a la princesa.

—Merry.

—Lo sé —sonrió de lado—. Eres la compañera de Mijaíl. ¿Vamos?

Había algo en ese hombre que le resultaba agradable y perturbador al mismo tiempo, pero eran sus ojos los que le llamaron la atención. Idénticos a los del príncipe.

—¿Y bien?

Respiró hondo y subió al coche.

—Supongo que si te digo que no llamarás a la caballería.

Se rio.

—La caballería acaba de advertirme que si te pasa algo iba arrepentirme de que me hubiese salvado —le soltó—. Deberías saber que los lobos emparejados sabemos dónde están nuestras parejas en todo momento.

—¿Le leéis la mente?

—Considéralo un buen GPS.

Resopló.

—Genial.

El trayecto hasta la galería fue rápido, Rumati tenía algo con la velocidad y no se alegró tanto de poner los pies en el suelo como al llegar.

Las luces estaban encendidas lo que la alivió sobremanera, tal como había supuesto su jefe estaría dentro perdiendo la moción del tiempo.

—Típico —resopló y se dirigió hacia la puerta principal.

Abrió la puerta con su clave y la recibió el sonido de la sexta sinfonía en fa mayor de Beethoven, uno de los compositores favoritos del profesor.

—¿Profesor Jelinek? —Lo llamó mientras se quitaba el abrigo—. Espero que no se haya quedado pegado a la silla...

Un bajo gruñido de advertencia la sobresalto, al momento Rumati estaba allí, delante de ella, impidiéndole continuar.

—Pero que...

—Quédate aquí.

No la dejó objetar, su tono no admitía réplica. Tomó la delantera y se perdió por la sala principal de la galería. Apenas podía oír sus pasos en contraste con sus tacones.

Otra vez no, por favor, rogó pensando en la vez en la que ella había estado dentro cuando vinieron los ladrones.

No se lo pensó, avanzó pensando en el anciano y Rumati no tuvo tiempo a detenerla antes de que se detuviese en seco ante la galería principal y sus ojos mirasen con horrorizado estupor la escena que se desarrollaba ante ella. Ni en las más grotescas exposiciones de arte había visto algo así, un horror extraído de un libro de torturas de la edad media.

Todo a su alrededor cobró un sepulcral silencio que sólo se vio interrumpido por un insistente y agónico sonido. Hasta que Rumati no la abrazó, sacándola de allí y llevándosela de nuevo a la entrada no se dio cuenta de que eran sus propios gritos.

El profesor estaba muerto y lo habían convertido en una grotesca muestra de arte.

No podía pensar, no podía articular palabra, sentada en el sillón del despacho el cual estaba patas arriba era incapaz de borrar de sus ojos lo que había presenciado una hora antes.

La policía ya estaba allí con un equipo de forenses, Damek encabezaba el grupo lo que la hacía suponer que eran su gente. Mijaíl había llegado con Radu y el alfa de Nebraska, quien también era policía.

—Merry. —Le cogió el rostro entre las manos—. Lo siento.

¿Por qué lo sentía? Él ni siquiera le conocía, no sabía quién era y, por más que le doliese, ella tampoco. Había sido su patrón durante cuatro años, pero no sabía nada de él.

—Merryna.

Levantó la mirada para encontrase con la de él.

—¿Por qué le han hecho eso? ¿Por qué?

Negó con la cabeza.

—Su... su expresión... Oh Dios mío...

Se echó a temblar, las dimensiones de lo ocurrido empezaron a penetrar en su mente.

—Es un monstruo... Misha, quién ha hecho esto es un monstruo.

—Lo atraparemos, pequeña, va a pagar por todas estas muertes.

—Sí, pero ¿cuándo? —se impacientó—. Lleváis más de un mes tras de él... más incluso...

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor.

—Ha destrozado todo... hay cosas que ni siquiera...

Se detuvo en seco, su mirada fija en un cuadro, algo que estaba fuera de lugar y colgado en la pared.

—¿Merry?

Lo ignoró, se levantó con dificultad y caminó sobre los papeles hasta ese cuadro.

—Esto no es de aquí —negó—. Esto no es de aquí.

—¿Qué es?

Miró la pintura con detenimiento y señaló algo en el cuadro, un símbolo que apenas se apreciaba, uno que había obsesionado a su jefe durante más años del que lo conocía.

—Sé que se trata de una orden secreta, algo muy concreto. Su procedencia podría venir de Rumanía, un antiguo blasón o el símbolo de una orden.

—*Viața sângelui și eternitatea*

—¿Qué acabas de decir?

Mijaíl la giró hacia ella y estaba pálido.

—Vida, sangre y eternidad —tradujo—. Es el lema de una antigua orden valaco.

Lo vio sisear, miró el cuadro y maldijo entre dientes.

—¡Rumati!

El lobo apareció al momento.

—¿Qué?

Descolgó el cuadro y se lo enseñó.

—Oh Dios mío.

Se llevó las manos a la boca y señaló la parte posterior.

—Jesús.

Allí, escrito con sangre, estaba el mismo símbolo y una palabra.

Peligro.

—No puede ser.

El recién llegado también padeció.

—Es imposible... ellos ya no existen.

Los miró a ambos.

—¿Quiénes?

—Una rama oscura de la familia real, una que pereció bajo el fuego después de intentar asesinar al príncipe heredero cuando no era más que un bebé.

La memoria suele conservar aquellos recuerdos que se necesitan y borrar con el tiempo los menos útiles, pero sí había algo que no podría borrar nunca era la imagen de ese símbolo, el que parecía querer saltar del cuadro y traer consigo el más oscuro episodio de su vida.

—Lo has visto antes.

Miró a Denali y asintió.

—Hace mucho tiempo, el mismo día que te alejaron de mí —La miró—, y perdí a mis padres.

Sintió su presencia fuerte y reconfortante.

—Díselo, Dena.

Las palabras vinieron de Nahara.

—Yo... Nosotras también vimos ese emblema... en el despacho de Armitage —murmuró —. Lo tenía enmarcado en un cuadro, era una pintura de algún tipo.

La miró confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca pensé que fuese importante, no era más que un blasón. —Se justificó—. No volví a pensar en ello hasta que Rumati volvió con ese cuadro.

—Merry, ¿qué?

Ante la atónita mirada de todos, la chica cogió el cuadro, le dio la vuelta e hizo lo impensable. Lo rompió contra su escritorio.

—¿Te has vuelto loca?

—Pero qué coño...

—Merryna.

Ella no les escuchó, hizo los cristales a un lado y desarmo el cuadro hasta que las dos partes se separaron y algo cayó al suelo.

—Creo que esto era lo que buscaban las dos veces que entraron en la galería.

Allí, en el suelo había un viejo pedazo de tela con un emblema y lo que a todas luces parecía un árbol familiar antiguo.

—¿Alguien tiene unas pinzas?

—Retiro lo dicho, no estás loca, eres la puta ama.

—Nahara…

Ella asintió.

—Ese es el blasón, justo ese.

Delante de sus ojos apareció la respuesta a la gran incógnita que venían intentando desentrañar el último mes, una en la que no había pensado pues todos los miembros de esa familia habían muerto por la mano de su padre.

CAPÍTULO 37

—Sabes lo que es.

No era una acusación sino una sencilla pregunta. Levantó la mirada y se encontró varios pares de ojos clavados en él. Asintió lentamente y volvió a mirar el pedazo de tela sobre la mesa.

—Lo he visto en algunos viejos documentos de mi padre —aceptó inclinándose sobre la tela para poder comprobar que la heráldica que estaba mirando era la misma—. Se trata del escudo de armas de una familia que ya no existe… o de la que pensé estaban extinguidos todos los miembros.

—¿Estás hablando de la Familia *întunecată*?

El término utilizado por Rumati era el que había quedado para referirse a la brutalidad acometida hacía muchos años, cuando solo era un bebé, en retribución a una imperdonable amenaza.

Asintió y miró a su medio hermano.

—La familia oscura. —Tradujo para los presentes.

—¿Quiénes eran?

Se giró a su compañera, quién había formulado la pregunta.

—El hermano de mi padre, su esposa, sus hijos… —negó con la cabeza—. Ocurrió cuando yo era solo un bebé… no tengo más recuerdos de esa época que ese blasón tachado en una pared y presente en la biblia familiar.

—La familia fue borrada de la faz de la tierra —añadió Rumati—, por cometer un crimen contra la sangre pura.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la suya.

—Soy unos años mayor que tú y, si bien no recuerdo todos los detalles, sí viví la agitación de ese momento.

—Vale, bien, para los que no somos tan viejos como vosotros —intervino de nuevo Denali —. ¿De qué estáis hablando?

—Del intento de asesinato del heredero y lo que trajo consigo esa traición —respondió Rumati.

Los ojos azules de su compañera se encontraron con los suyos.

—¿Intentaron matarte?

Asintió.

—En la cuna —asintió—. Mi tío, el hermano más querido de mi padre, intentó matarme cuando solo tenía tres meses de edad.

Necesitaba sentarse, no había vuelto a pensar en ese episodio desde hacía mucho tiempo, prácticamente desde la muerte de su padre, así que encontrar ahora ese blasón en un pedazo de tela era incluso más extraño.

—Según recuerdo, tal y como me lo contaron en su día, Dumitru Vasilescu, era el hermano mayor de mi padre. Se decía que era un hombre estudioso, culto, que se pasaba más tiempo entre libros que interesado en los asuntos de la manada —relató según se lo habían contado—. Cuando nació mi padre y empezó a crecer se dieron cuenta que la línea dominante había pasado a él, al segundo hijo, con lo que le correspondía la línea sucesoria y lo prepararon

para ello.

Denali se sentó en el borde de la silla, cerca de él, tocándole con el cuerpo, un silencioso apoyo.

—Que yo recuerde, nunca se habló de ninguna rivalidad entre ellos, nada hizo presagiar los sucesos que ocurrieron en un mes de octubre…

—Ese fue el mismo mes en el que destruyeron nuestra aldea —comentó Nahara, la pena apenas oculta en su voz.

—Empiezo a pensar que la fecha elegida no se trató de una coincidencia —añadió también Rumati.

Ante la prueba que tenía sobre la mesa, empezaba a sospechar lo mismo.

—Yo tenía entonces unos tres meses —continuó relatando—. Al parecer alguien entró en el cuarto donde dormía, mataron a mi niñera y me sacaron a escondidas de la fortaleza. Fue mi madre la que dio la voz de alarma al ir a verme al dormitorio y encontrar a la joven loba degollada y mi cuna vacía. No conozco todos los detalles, no es una historia precisamente agradable y hasta hoy, siempre pensé que toda esa rama de la familia había perecido bajo la furia de mi padre.

—Has mencionado una extinción… —El comentario vino de Merry, quien junto a Mijaíl, Radu y su compañera Judith, estaba también presente en aquella reunión—. ¿Qué ocurrió?

Se estremeció, no era algo que hiciese a menudo, pero todavía recordaba cómo le habían contado la historia cuando era solo un niño y la prohibición de pronunciar el nombre de su desaparecido tío.

—Sangre y fuego —murmuró recordando las palabras de su propia madre—. Mi propio tío me había sacado de mi cuna para matarme, para evitar que yo sucediese a mi padre y lo hiciese su propio hijo. De algún modo siempre le había guardado rencor a mi padre por ocupar él el puesto que, en su propia mente, le correspondía. Le habían usurpado su lugar, su vida y hasta mi nacimiento, puesto que Rumati no pertenecía a la línea de sangre pura, había pensado que, si mi padre moría y yo no estaba para sucederle, él podría recuperar lo que le había sido usurpado y con el tiempo sería su hijo el que ocuparía la posición de líder de la raza.

Sacudió la cabeza. Todo aquello habían sido historias, sucesos demasiado antiguos para que hubiese pensado en ellos, un capítulo demasiado grotesco en su historia familiar como para desear recordarlo.

—Dicen que cuando mi padre me encontró lo hizo en el preciso instante en que su hermano levantaba un cuchillo de plata para quitarme la vida —completó el breve relato—. Mi madre creía que la furia había cegado momentáneamente su juicio, que la venganza que todo lobo lleva en su interior lo hizo obrar de tal manera y lo condujo a exterminar a toda una familia cuando quizá solo hubiese un único culpable.

Notó la forma en que Denali cambió sutilmente el cuerpo de posición, la repentina tensión en sus hombros y sonrió para sí. Debajo de esa coraza, no era más que una niña.

—La casa que había pertenecido a mi tío, fue quemada hasta las cenizas, decían que la sangre había teñido las paredes, que incluso se oían los aullidos de la gente quemándose viva, pero… —negó con la cabeza—. Razvan no era un lobo sanguinario. Sí, querría justicia, pero creía en una justicia rápida y no en el ensañamiento. No sé qué pasaría exactamente, pero ese día una rama de mi familia de sangre fue totalmente erradicada y se prohibió volver a mencionar su nombre, pasando a conocerse como la familia oscura.

—Pero, si no hubo supervivientes, ¿por qué estaba esto en manos de ese monstruo? —preguntó Denali—. ¿Por qué esa absurda y rabiosa inquina hacia ti?

—¿Y si esa noche no murió toda la familia? —murmuró Judith mirándole—. Has dicho que tu padre no era un hombre despiadado, tú tenías tres meses… ¿qué edad tenía el hijo de tu tío? Debería ser un niño por entonces, ¿no? ¿Quién mataría a un niño inocente?

Las palabras de la compañera de Radu tenían sentido.

—Él debía tener unos… catorce o quince años cuando pasó aquello —calculó y sacudió la cabeza—. Su fecha de nacimiento tiene que estar escrita en la biblia familiar.

Judith empezó a tocarse la barbilla con el dedo mientras se movía de un lado a otro de la sala.

—Entonces, ahora mismo él debería rondar los cincuenta, ¿no?

—Eso encajaría con la edad de Armitage —asintió Nahara—. ¿Existe alguna fotografía de antaño de esa familia?

Negó con la cabeza.

—No, nada sobrevivió —la miró—. Como dije, todo se quemó hasta los cimientos.

—Todo menos eso —señaló ahora Merry, indicando el trozo de tela.

—Entonces, ¿podría ser él? —preguntó ahora Denali, levantándose—. El hombre que nos recogió a Nahara y a mí, el que destruyó nuestro hogar, el clan Daratraz, el que nos ha estado dando caza durante estos últimos años e hizo todo lo posible por arrebatarnos todo lo que teníamos incluso antes de que supiésemos que era nuestro, ¿podría ser él? ¿El hijo de ese hombre buscando venganza?

Se levantó de inmediato, sintiendo su malestar, la agonía en su corazón y la atrajo a sus brazos.

—No lo sé, Dena, pero podría ser una posibilidad.

—Necesitamos salir de dudas, ¿no?

Los dos se volvieron al escuchar la voz femenina seguida del gruñido del alfa de Praga.

—Judith. No.

La pequeña pelirroja se giró hacia su compañero.

—Te dije que estamos juntos en esto lobo, que haría lo que pudiese para ayudar. —Se encogió de hombros—. Quizá no sirva de nada, pero no puedo dejar que vuelva a suceder lo mismo otra vez, no podemos dejar que le hagan a otra niña lo mismo que le hicieron a Cora y a Aneska.

El alfa apretó los dientes y desvió la mirada hacia él.

—Por más que no me guste la idea, mi compañera tiene razón.

Asintió. Necesitaban respuestas, no podían seguir caminando a ciegas y movidos por la especulación.

—De acuerdo, Judith. —Se dirigió a ella—. Inténtalo… pero si resulta demasiado…

—Seré la primera en retirar la mano, alteza, lo prometo.

Su sonrisa no llegó a iluminarle los ojos, estaba asustada, lo sabía, como también lo sabía Radu, quien no dudó en apoyarla.

—Estoy aquí. —Escuchó murmurar al alfa, recordándole su presencia—. No hagas ninguna tontería.

Asintió lentamente y caminó hacia la mesa, posando la mano sobre la tela y quedándose al momento inmóvil, con la mirada fija en el blasón, ajena a todo lo que había a su alrededor.

CAPÍTULO 38

Judith no estaba segura de lo que esperaba lograr, pero la desesperación y la impotencia estaban tan arraigadas en esa habitación que si no hacía algo iba a salir corriendo. Se había resistido con todas sus fuerzas a ese trozo de tela desde el primer instante en que lo había visto, era como si tirase de ella, como si deseas que descubriese la verdad y era una petición que no podía ignorar.

Las voces volvieron a resonar como una cacofonía en su cabeza, sus gritos eran de tal magnitud que le estaban provocando jaqueca y Radu lo sabía.

«Si no puedes con ello, te retiras. Nadie te culpará por ello. Llevas todo el mes esforzándote sin parar».

«Si ves que empieza a darme vueltas la cabeza, sácame de aquí».

«No le encuentro la gracia».

Eso es que no lo miraba desde su punto de vista.

Respiró profundamente y se concentró en el patrón que tenía delante buscando alguna sensación, pero lo que encontró fue algo muy distinto.

«Llévatelo, ahora».

Un hombre con un palpable parecido al príncipe empujaba a una mujer morena con un bebé en brazos, un infante de pocos meses con el pelo negro y unos penetrantes ojos verdes. No conseguía ver su cara, pero sus emociones eran crudas, rabiosas, alguien había atentado contra él, contra su hijo y deseaba sangre por ello.

Era el rey Razvan y el bebé que había visto el príncipe heredero.

Tan pronto como vino, la imagen cambió. El rey caminaba ahora con paso firme, podía sentir su decisión y la tortura que está le provocaba. No daba crédito a lo ocurrido, se negaba a aceptar lo que había visto como realidad, pero no podía quitarse de la mente la locura en esos ojos, la maldad asomando en ellos mientras levantaba esa hoja plateada sobre la cuna de su hijo.

«¡Solo es un bebé inocente!».

«¡Es el hijo de una perra! ¡De una traidora! ¡No es más que un bastardo!».

«Es un lobo de sangre pura, el primero que ha nacido en décadas».

«¡La sucesión no es suya!¡Yo soy el verdadero príncipe! ¡Yo!».

Solo era un chiquillo, pensó Judith mirando con horror al causante de tanto dolor. Él no dejaba de moverse de un lado a otro, ignorante del asesinato que había protagonizado en la habitación infantil. Estaba enloquecido, aferraba con fuerza el cuchillo mientras se mesaba el pelo como si tuviese algún conflicto interior.

«No eres nada». Escuchó la rabia en su voz. «Nunca lo serás. No eres más que un bastardo al que acogieron por caridad».

El muchacho se rio como un loco, ajeno a sus palabras.

«Has perdido el juicio por completo».

«Oh no. Lo he recuperado. Por primera vez en mucho tiempo lo veo todo muy claro». Aseguró el muchacho. «Todos sois unos traidores. Queréis quitarme lo que es mío con engaños, pero no os dejaré».

La habitación cambió de nuevo, el frío y el horror la recorrió y se encontró mirando a los ojos verdes de una mujer, un rostro dulce y tranquilo que despertó toda clase de emociones en su

interior.

«Protégelos».

Entonces vio cómo se giraba y extendía la mano haciendo que su visión se abriese, llevándola a otra escena.

Muerte, sangre, horror... El rey gritando con el cuerpo de ella en los brazos, a su alrededor una verdadera masacre y en el centro, teñido de sangre, con una mueca de horror y lo que sólo podía describir como alucinación en su cara, estaba él, un simple crío. En la mano apretaba un cuchillo y a sus pies estaba el cuerpo del que sabía era el hermano del rey.

«¿Qué has hecho?».

La acusación del rey se perdió en la habitación. No le respondió, dejó que sus labios se curvaran y viese en sus ojos un brillo malsano.

«Recolectar lo que es mío». Su voz sonó ahogada y le produjo un intenso miedo. *«Es lo que ella siempre me repetía, que recolectase lo que era mío»*.

Alegría camuflada con falta de empatía, locura, desesperación, todo formaba un puzle que encajaba en su lugar.

«Todo es mío, nadie me quitará mi derecho de nacimiento, ¿verdad madre?».

Pero ella nunca le respondió, nunca pudo decirle que no era su madre, que él no era su hijo y no era heredero de nada, comprendió Judith con una claridad que le daba miedo.

«¡Te he hecho una pregunta, perra inmunda!».

No vio como pateaba el cadáver de esa mujer, solo escuchó el fiero gruñido de un lobo y el sonido del cuchillo cayendo al suelo. Cuando volvió a mirar, el muchacho se cubría la mejilla con una sangrante herida mientras se enfrentaba con el lobo más grande que había visto en su vida.

«Está muerta. Mataste a las dos únicas personas a las que debías proteger con tu inmunda vida. No eres nada, no eres nadie... tu herencia está lejos de ser pura. ¡Eres un mestizo!».

Cerró los ojos pues no deseaba seguir viendo aquella crueldad. Pero en la oscuridad nacieron otras imágenes, recuerdos que se encadenaban uno tras otro y que tenían un único protagonista; ese muchacho.

Ya no era un niño, su alma parecía haberse apaciguado de algún modo, la locura en su interior se había quedado dormida y al momento supo que se debía a ella, a la mujer que amaba, la única que desperraba el pasado de su mente. Pero esa felicidad fue efímera, el calor lo abandonó y la oscuridad volvió a adueñarse de su alma.

Gritos, aullidos, muerte, una mujer sin vida cuya sangre teñía la tierra bajo ella empapándolo todo. Lo vio a él, con su cuerpo entre los brazos, acunándola, gritando de rabia y desesperación. No había estado allí para protegerla, no había estado para impedir que la matasen y se llevasen la única luz de su vida.

La escena cambió al momento y lo encontró ahora de pie ante una tumba, dos niñas pequeñas permanecían de pie mientras él se arrodillaba sobre la yerma tierra.

«No descansaré hasta que hayan pagado por cada uno de sus pecados, Evelin, recuperaré lo que es mío, lo que heredarán Mirabella y Savage. Y él pagará con su vida por el tiempo que nos ha quitado. Le robaré lo que más anhela, como él te robó de mí».

«Mira más allá, entiende lo que pasó. Protégelos».

Esa no era la voz de su abuela, no era nada suyo y sin embargo tiraba de ella hacia delante, hasta la noche en que se perdió toda una manada.

Lo vio aleccionando a sus hijas, dejándolas en manos de conocidos, prometiéndoles que

un día volvería a ellas y les daría el lugar que les correspondía. Asistió al ataque de una aldea, vio cómo se originaba el fuego, cómo surgían de la nada para matar a los supervivientes. Vio como recogía a una adolescente y a un infante y sus planes cambiaban al instante pasando de la sed de sangre a la de venganza. Sintió como resurgía la rabia y la locura, más brutal que nunca al darse cuenta de que la había perdido, de que la niña a la que había criado como a una hija lo había traicionado para unirse a su enemigo. Lo vio gritando a viva voz con el cuerpo desgarrado de lo que parecía una especie de perro lobo más pequeño entre sus brazos.

«Pagarán por ello, Mirabella, te lo juro. No descansaré hasta que el último de ellos tiña el suelo de sangre. Y él será el primero, el que te ha hecho esto, será el primero en caer».

Uno tras otro vio fragmentos cada cual más horrible y lúgubre, más imperdonable, su locura en estado puro…

«Detenlo. Ayuda a mi lobo valiente a entender el pasado y a detener está interminable locura».

La conexión se rompió y cuando volvió a enfocar seguía mirando el trozo de tela.

—¿Judith?

Levantó la mano y sintió que se mareaba. Sólo los brazos de su compañero impidieron que terminase en el suelo.

—Es él... Siempre fue él... —Levantó la mirada hasta encontrarse con la de Velkan—. No fue tu tío... él y su compañera intentaron protegerte de su propio hijo. Perdió la razón...los asesinó a todos sin sentir remordimiento alguno… Incluso a ella, a tu madre.

El príncipe frunció el ceño.

—Te equivocas, Judith —negó Velkan—. Mi madre no murió esa noche.

Negó de nuevo.

—La reina no fue la que te dio la vida, no era la compañera de tu padre —Aquello era lo que necesitaba comprender, lo que tenía que saber—. No sé cómo llegó a ocurrir algo así, no me ha enseñado todos los detalles, pero tu madre, la que te trajo al mundo… ella te llamaba mi lobo valiente.

La sorpresa bailó en sus ojos, estaba claro que sabía de quién le estaba hablando.

—¿Qué es? —preguntó Denali.

Miró a su compañera.

—Eso es algo que solía decirme Ruxandra —respondió mirándola—. Es el significado de mi nombre.

—Pero no es posible —negó al momento Rumati, su rostro plagado por la sorpresa y la incomprensión—. Ella era... mi madre.

Judith asintió mirando al jefe del extinto clan.

—La historia de vuestro padre se repitió de nuevo —explicó—. El lobo de sangre pura se saltó una generación...

Ambos se quedaron en silencio y dejó caer la parte más importante.

—Fue él quien mató a toda la familia, no el rey Razvan —le comunicó—. Supongo que su majestad orquestó el incendio y proscribió su nombre para evitar que aquello saliese a la luz. De todos modos, no es eso lo que lo ha traído hasta aquí y hasta este momento.

—¿Qué más podría ser?

—Un cúmulo de acontecimientos. —Miró a Radu y volvió a centrarse en el príncipe—. No sé cómo ocurrió o quién lo hizo, pero asesinaron a su compañera, a su esposa. Su convencimiento es que fueron lobos… como también lo era el que… asesinó a su hija mayor.

—¿De qué estás hablando? —intervino Nahara—. No tenía esposa o hijas...

—Sí, tuvo familia, vi cómo enterraba a su esposa, como ponía a salvo a sus hijas, lo vi gritar de dolor por la pérdida de su hija… hará unos… dos años. Y hay una cosa más. No es un lobo… no completamente.

Velkan arrugó la nariz, pensativo, entonces pareció comprenderlo.

—Un coyote —murmuró—. Hace dos años… en los Estados Unidos… alguien quiso acabar con la compañera del alfa de Manhattan. Ella… era un coyote.

—Eso concordaría con las fechas.

—Has dicho que tenía dos hijas —preguntó ahora Denali—. ¿Quién es la otra?

—Déjame adivinar, ¿Savage?

Miró a Mijaíl, quién había gruñido al hacerlo.

Asintió, ese era el nombre que había escuchado, la mujer que había traicionado a su gente.

Hubo un coro general de jadeos y muestras de incredulidad. Sabían que los había traicionado, pero no sabían el motivo hasta ahora.

—Joder, esto es una locura —aseguró el alfa de Bratislava.

—Y hay una cosa más, algo que vengo sintiendo desde hace más de un mes y que creo que ahora sé a qué se refiere —concluyó—. No sé cuándo o cómo planea hacerlo, pero su resolución, todo lo que tiene en mente es algo oscuro, retorcido y a gran escala. Quiere vengarse de los lobos, hacer daño al mayor número posible de ellos…

—La reunión anual —convinieron los alfas a la vez.

—Por eso no se ha movido hasta ahora —aceptó Radu.

—¿Y todo eso lo has descubierto tocando un trozo de tela?

La voz de Merry y la incredulidad en sus palabras hizo que todos se volviesen hacia la recién llegada. Al verse el foco de las miradas se revolvió nerviosa, miró a su alrededor y se puso a la defensiva.

—Disculpad si soy la nueva aquí y todavía no estoy al tanto de todo lo que se supone que para los lobos es normal y para mí no.

—Esto tampoco es normal para nosotros, compañera.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—No importa, entiendo que puede resultar… extraño.

La chica se la quedó mirando unos instantes, su aura era intensa, en sintonía con la de Mijaíl.

—Y, ¿serías capaz de encontrar a una persona de ese modo?

Su pregunta la tomó por sorpresa.

—Es posible…

Asintió de nuevo.

—¿Podrías ayudarme entonces con una búsqueda? —La petición la tomó por sorpresa—. De hecho, no es una petición nueva, te la hizo mi jefe.

—Merryna, no creo que este sea el mejor momento para jugar a los médiums. —Mijaíl la miró—. Dicho con cariño, Jud, que conste.

Enarcó una ceja y vio cómo su compañera replicaba.

—Se lo debo al profesor.

Ahora ya comprendía a qué se refería. Se trataba del hombre que había sido asesinado, el mismo que se había puesto en contacto por medio de ella para pedirle ayuda.

—La buscaremos —aceptó mirando a la chica.

Merry asintió en respuesta y articuló un silencioso *«gracias»*.

—Creo que todos necesitamos un tiempo para digerir esto y unas cuantas explicaciones

más —añadió Velkan después de unos minutos—. ¿Os importaría dejarnos a Denali y a mí a solas con Judith y Radu?

Todos se levantaron dispuestos a dejarles ese momento.

—Avisaré a Arik sobre el nuevo descubrimiento que hemos hecho sobre Savage —le comunicó Rumati alejándose ya con su compañera.

Ambos se miraron, tenían mucho de lo que hablar, pero ya habría momento para ello. Velkan se giró entonces hacia ella.

—Sólo te retendremos unos minutos.

Sacudió la cabeza.

—No importa, tú más que nadie, los dos, debéis saber de dónde viene todo esto —aceptó —. Solo así podréis detenerlo.

CAPÍTULO 39

El silencio se instaló en la sala después de la salida de la joven romaní, la pelirroja había puesto sobre la mesa una serie de pruebas que eran imposibles de refutar, que no podía saber a menos que hubiese vivido aquellos hechos. Incógnitas que habían sido desveladas, secretos que salían por primera vez a la luz, las piezas empezaban a encajar en su sitio trayendo consigo una claridad que nadie había podido ver de otra manera.

—Siempre ha estado ahí, inadvertidamente y de una manera que nadie podía prever, siempre ha estado ahí y ni siquiera hemos sido conscientes de ello —sacudió la cabeza—. Ya no sé si se trata de una conspiración o simplemente casualidad que esas dos muchachas hayan terminado en manos de Arik.

—¿Desconfías de tu beta?

Negó con la cabeza.

—Si hay alguien en quien confiaría mi vida, además de ti, es él —aseguró—. Ha estado a mi lado desde que me vi obligado a ocupar el lugar de mi padre, en cierto modo, eso es también lo que fue para mí.

Dejó escapar un resoplido.

—Tantas muertes y todo, ¿por qué? —Negó con firmeza—. ¿Qué venganza puedes exigir cuando eres el único culpable de tus desdichas? ¿Cuándo has destrozado la vida de cientos de personas?

—La que está en su mente, la que le hace pensar equivocadamente que su camino es el único y que él es un salvador mientras los demás estamos condenados —comentó su compañera, entonces sacudió la cabeza—. Nunca supe que había tenido compañera, menos aún hijas, pero el hombre que yo recuerdo no era alguien que echase de menos una mujer o una familia, era alguien que necesitaba tener el control. Fue el hombre que nos mintió durante casi quince años —puntualizó, en su voz se apreciaba una rabia demasiado latente—, que nos manipuló, que intentó inculcarnos unas ideas equivocadas…

Deslizó el brazo por su espalda y la atrajo hacia él, acurrucándola contra su costado.

—Es un hombre peligroso, Velkan, ha demostrado que carece de compasión —aseguró con voz dura, fría—. No le ha importado masacrar a lobos inocentes, a humanos, todo para alcanzar una… meta… que solo él parece conocer.

La besó en la cabeza, dejando que su presencia la reconfortase como a él le reconfortaba la suya.

—Ahora ya sabemos con quién estamos tratando en realidad, Denali, no dejaremos que siga sembrando el caos.

Se recostó contra él y abrió la palma sobre su pecho.

—No puedo evitar preguntarme si él tuvo también algo que ver con el asesinato de mis padres —murmuró con voz queda—. Si he estado viviendo durante una parte de mi vida con el asesino de mi propia familia.

—Denali…

—Apenas recuerdo el rostro de mi padre o la voz de mi madre —su voz se iba apagando cada vez más—, ni siquiera sé si les dije que los quería antes de que fuesen encontrados muertos.

Su compañera había sido poco más que una niña de tres años cuando su propio padre hizo que la sacasen de Valaquia y la ocultasen en el seno del clan en el que estaba su hijo mayor. Era extraño como un lobo podía reconocer a su compañera, podía sentir esa conexión especial incluso si esta era un bebé, pero él la había sentido con ella. Denali había sido una niñita cuando la vio por primera vez, había algo en ella que le provocaba ternura y unas inexplicables ganas de protegerla, así que cuando decidieron llevársela para ponerla a salvo su lobo había pillado una rabieta infantil épica; toda una declaración de intenciones para un adolescente de casi dieciséis años.

Sí, su familia había sido asesinada, sus padres habían sido encontrados muertos, sus cadáveres en forma lupina prácticamente despedazados. Ella se había salvado únicamente porque la habían escondido en un compartimento secreto de la casa familiar. Era como si ellos supiesen que iban a ir a por ellos incluso antes de que cualquiera en los círculos más cercanos supiese que ella estaba destinada a ser su princesa.

—Nunca se supo quién estaba detrás de esas muertes —aceptó, confirmando sus palabras —, pero aquello ocurrió casi quince años después de que él destruyese a su propia familia…

Empezó a apartarse de él, pero no se lo permitió.

—Denali…

Los ojos azules se encontraron con los suyos.

—No puedo afirmarlo con seguridad, Velkan, pero de algún modo mi loba intuye que fue él—. No tengo pruebas, no tengo recuerdos, pero sabiendo todo lo que sabemos ahora… no puedo albergar dudas.

Se lamió los labios.

—Creo… creo que su intención era matarme a mí también y, como ese día no lo consiguió, lo intentó de nuevo durante el ataque a la manada Daratraz —argumentó con calma—. Su forma de actuar, todo lo que me decía, todo en lo que insistía en que tenía que hacer o ser… Quería moldearme a su imagen, intentó por todos los medios sembrar en mí la desidia y el rencor hacia mi pueblo, hacia mi propio compañero… —sacudió la cabeza—. Cuando vio que no podía, fue el momento en que empezaron las palizas, los encierros… y teñí mis manos de sangre.

—Sobreviviste, Dena, te limitaste a sobrevivir.

Lo miró y asintió.

—Sí, lo hice. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Es hora de detenerle de una vez por todas, Velkan, es hora de acabar con un sufrimiento que dura ya demasiado tiempo.

Asintió.

—Reuniremos a los alfas y pondremos las cartas sobre la mesa —aceptó—. Ha llegado el momento de luchar por lo que nos pertenece.

Arik estaba dispuesto a admitir que era endiabladamente buena, no en vano la había entrenado él. Llevaban las últimas dos horas jugando al perro y el gato, evitándose mutuamente y buscándose al mismo tiempo. Era un juego arriesgado, pero a estas alturas era consciente de que ambos sabían que las máscaras habían caído y sólo era cuestión de tiempo llegar al final.

Ella era artera, siempre inteligente, con la mente bullendo de actividad y mil ideas con las que salirse con la suya, la conocía muy bien, tanto que se limitaba a seguirle el juego.

«Arik».

La inesperada llamada a través del vínculo común de los lobos lo obligó a detenerse.

«¿Qué ocurre?».

«Hay noticias. Hemos descubierto quién está detrás del apellido Armitage y no es la única cosa. Es necesario que estés al corriente».

Gruñó al verse privado de su juego de cacería, pero sí había salido a buscarle, la cosa debía ser importante.

«No te nuevas, voy para ahí».

Tendría que perderla de vista, pero era necesario.

Rumati no era precisamente un lobo de muchas palabras, su silencio, unida a la manera en que solía permanecer atento a todo lo convertía en alguien inteligente. Su compañera era una loba con la que posiblemente llegase a encajar, su forma de pensar era la de una guerrera y había demostrado ser más que competente ahí fuera.

—Acabas de joderme casi dos horas de persecución —anunció caminando hacia ellos—. Espero que las noticias merezcan la pena.

—Te sorprenderán... o quizá no, todo depende de lo bien que conozcas a la rastreadora.

Enarcó una ceja.

—Ella no sólo está trabajando con el enemigo, es su hija.

Las palabras de la joven loba lo golpearon.

—¿Qué?

Miró a Rumati y el asintió.

—Y eso sólo es la punta del iceberg.

Antes de que pudiese recuperarse de la sorpresa, le fue vertida toda una serie de sucesos que lo dejaron incapaz de pronunciar palabra alguna.

CAPÍTULO 40

Velkan entró en la habitación y cruzó la mirada con Denali. Necesitaba actuar con naturalidad, no debía levantarse ninguna sospecha, después de las recientes revelaciones debía andar con mucho cuidado, cualquier paso en falso daría como resultado un fatal desenlace.

Miró a cada uno de los presentes mientras avanzaba hacia su compañera, habían optado por incluir en esa reunión a las mujeres de los alfas, para que hubiese uniformidad. Las chicas habían hecho una buena piña incluyendo en su círculo a Denali, cosa que hacía que su princesa estuviese más tranquila y mantuviese su peculiar humor a raya.

—Gracias por responder una vez más a nuestra llamada —incluyó ahora a su compañera y miró a Khalid y Adam, los únicos que no habían estado presentes en previas reuniones.

Sabía que el *sheikh* estaba al tanto de las novedades por su hermano y Adam tenía una buena relación con Luke, los dos eran conscientes, al igual que el resto de los presentes de lo que estaba pasando en la actualidad en Praga, si bien, desconocían el resto de la información y debía ser así al menos durante un tiempo más.

—Algunos ya la conocéis y para los que no, está morenita es mi compañera, la princesa Denali.

Ambos hombres la saludaron ligeramente, mientras sus compañeras le sonreían en respuesta.

—Ya era hora, Voda —comentó Adam.

Enarcó una ceja en respuesta.

—Ni caso —añadió Bryony llevándose la mano al redondeado vientre—, son las hormonas del embarazo. Le afectan a él más que a mí.

Sonrió y miró a su compañera quien frunció el ceño.

«A mí no me mires, todavía me estoy acostumbrado a ser compañera».

«Y lo estás haciendo muy bien».

«Céntrate, compañero, céntrate».

Se volvió hacia Bryony y sonrió.

—Felicidades por el nuevo miembro de la manada.

Ella sonrió.

—Gracias, Velkan.

—Parece que empiezan a llegar las nuevas generaciones —comentó Santana atrayendo su atención—. Es una buena señal para la raza.

Asintió.

—Sí, lo es.

—Entonces, ¿ya tenemos fecha para el congreso?

Luke estaba apoyado en la silla que llenaba su embarazada compañera, sus sagaces ojos se encontraron con los suyos. Le gustaba ese lobo, era un buen hombre y estaba seguro que sería un gran padre.

—¿Tan ansioso estás por asistir? —se burló—. Si mal no recuerdo te emparejaste en el último.

—En realidad lo hizo después, tenía tal alergia que no olía ni su propio culo —aseguró

Odin divertido—. Aunque eso no fue impedimento para llevarse el premio gordo.

—Deja de meterte con Shane, o te juro que duermes en la caseta del perro.

—No tenemos perro, pelirroja.

—Me compraré uno solo para que puedas dormir en su caseta.

Se rio entre dientes.

—Sigue manteniéndole a raya, Leah. —La animó Shane—. Le va muy bien.

—No veas lo que cuesta educar a estos lobos —aseguró ella arrancando risas de todas las mujeres.

—¿Crees que es una buena idea seguir adelante con la reunión anual con la que está cayendo?

La pregunta vino de Jeremy.

Miró al policía y asintió.

—Ya la hemos retrasado demasiado. No podemos dejar que un chalado como el que está ahí fuera condicione nuestro comportamiento —anunció con toda intención—. Ahora más que nunca es importante que nuestro pueblo sepa que estamos unidos. Al mismo tiempo, aprovecharé para presentar a Denali como mi compañera y consorte, desmintiendo así cualquier posible rumor que haya generado su ausencia hasta ahora.

—¿Consorte? —lo interrumpió ella mirándole curiosa—. Eso es nuevo.

Nuevas risitas, esta vez de los chicos.

—Es la tradición, *prietenă* —le aseguró divertido—. Es lo que trae consigo la sangre pura. Estás atada a mí por toda la eternidad.

Puso los ojos en blanco.

—¿Tendré que vestirme también de novia?

—No te lo recomiendo, las ceremonias nupciales están sobrevaloradas —intervino Merry, quien también estaba presente. Había insistido en que así fuese. Esa pequeña humana tenía tanto derecho como los alfas a estar presente, especialmente después de lo que había tenido que presenciar.

—Todo lo que tendrás que hacer durante la reunión, es quedarte cerca de mí.

—Eso puedo manejarlo.

Le guiñó el ojo y pasó a lo importante.

—La recepción se celebrará el próximo viernes —les informó y miró a Radu—. Al final hemos optado por el *Art Deco Imperial Praga*.

Él asintió. Judith estaba a su lado, más silenciosa que de costumbre, pero no por ello menos atenta.

—Es uno de los mejores lugares para celebrar eventos de la ciudad y será fácil cubrir la seguridad si se alquila todo el edificio y se monitorean las calles adyacentes.

Arik soltó un bufido.

—Eso lo decidiré yo.

—Es el edificio que está en *Na Poříčí*, en la ciudad nueva —comentó el alfa de Praga—. Tiene una de las mejores vistas de la ciudad y los accesos son restringidos solo desde un lado de la calle.

—¿Puertas abiertas? —preguntó Odin.

Lo miró y negó con la cabeza.

—Era algo que había contemplado…

—Por encima de mi cadáver.

Arik había estado inusualmente silencioso desde su conversación con Rumati. Ambos

lobos habían regresado y habían tenido una breve charla en la que reunieron toda la información de la que disponían sobre Savage. Si había alguien para quién todo aquello había sido un duro golpe era su amigo. El ejecutor iba a perder algo más que su alma en esta etapa de su vida, lo sabía, y era algo que no podía perdonarse.

—Y ese es el sentido común que a ti te falta —intervino Luke poniendo la acotación que aligeró el momento—. Nadie va a entrar en las instalaciones si no es con invitación. Con todo lo que hay ahí fuera, no os arriesgaremos a ninguno.

—Aunque no lo parezca, se cuidarme sola.

Sonrió ante el resoplido de su compañera.

—No lo pongo en duda, princesa, pero con un príncipe que de problemas tengo suficiente.

No pudo evitar reír ante el comentario del alfa de Manhattan.

—Ya veo que me tienes en alta estima.

—Altísima —chasqueó y miró a Arik—. Ni se te ocurra perderle de vista... A ninguno.

—No lo he hecho ni un solo instante, a pesar de que se empeñan en exponerse, pasear por la ciudad… —Los miró a ambos—. Todo lo necesario para decirles a aquellos que los quieren, aquí estamos.

—Denali tiene razón —declaró confiado—. No podemos pasarnos toda la vida encerrados por el miedo a un fantasma…

—Especialmente cuando ese fantasma ha dejado de serlo.

Sus palabras hicieron que los presentes lo mirasen, sabían que había algo que todavía no les había dicho.

—¿Puedo suponer entonces que ya tenemos un nombre? —sugirió Luke.

—Tenemos más que eso, me temo —respondió Arik, le miró y asintió dándole el permiso que pedía—. Tenemos un traidor en nuestras filas, ha sido confirmado por Braden, un lobo de Bratislava que fue capturado y torturado y, recientemente hemos descubierto algo todavía más inquietante sobre ese traidor.

Varios gruñidos siguieron a su descubrimiento. Los alfas que no habían estado presentes en la reunión anterior guardaron silencio mientras que los recién llegados expresaron su desagrado.

—¿Quién es? —preguntó Odin entre dientes.

Tanto él como Arik se giraron hacia el alfa de Nevada.

—Savage.

El silencio se instaló al momento, la incredulidad visible en varios rostros.

—Tienes que estar de broma… —murmuró Luke.

—¿Has perdido el juicio por completo? —bramó Odin.

Clavó la mirada en la suya y habló con fría determinación, imprimiendo en su voz su rango.

—Nadie mejor que Arik o yo sabemos lo que esto significa —declaró con fiereza—, lo que implica una declaración de tales proporciones. Pero ello solo es la punta del iceberg. Hay más, mucho más y vas a quedarte ahí y escuchar —se volvió hacia el resto—. Lo haréis todos.

Toda manada conllevaba una jerarquía, si bien ellos eran jefes de distintos territorios, por encima de su poder estaba el suyo, el del líder de la raza y respondieron a él con sumisión.

—Sería buena idea que empezases a explicar todo desde el principio en vez de comértelos uno a uno, mi príncipe —murmuró Denali, a quién tal despliegue de temperamento le importó un comino—. Los necesitarás después.

La miró y enarcó una ceja a lo que ella correspondió con un encogimiento de hombros.

—Solo es una sugerencia.

Dicho eso tomó asiento también y esperó.

—Como bien acaba de apuntar vuestra princesa. —Hizo hincapié en su rango—. Lo mejor será empezar por el principio.

Puso al corriente de los recientes descubrimientos a cada uno de los presentes, sus rostros iban alternando las emociones a medida que progresaba y llegaba al final.

—Maldito bastardo…

—¿Cómo ha podido traicionarnos así?

—¿Su hija? —Odin sacudió la cabeza. Era quién tenía más problemas para aceptarlo, quizá, porque era, junto con Arik, uno de los más cercanos a Savage—. No… no puedo creer que ella… que haya participado en algo como esto.

—Lo hizo —intervino Mijaíl, quién se había mantenido en un segundo plano junto con su hermano—. Te puedo asegurar que Braden no se equivoca. Dice que no intervino… pero sí estuvo allí, escuchó su voz… y no decía cosas agradables.

El alfa de Nevada apretó los dientes.

—Dios, ha estado todo el tiempo debajo de nuestras narices, cerca de nuestras compañeras. —Miró a Leah y con cada nuevo segundo las dimensiones de lo ocurrido se hacían más grandes.

—No puedo creer que esa coyote loca que me atacó fuese una de sus hijas —murmuró Shane llevándose la mano al abultado vientre, su rostro había palidecido ligeramente.

—Al menos ahora sabemos quién hay detrás de todas esas muertes y el posible motivo que le llevó a perpetrar tanta maldad —añadió Jeremy—. Todo lo que necesitamos es encontrarlo y hacerle pagar por sus crímenes.

—Encontrarlos a los dos —murmuró Santana en voz baja, teñida de la rabia. Él había sido uno de los primeros afectados en esa guerra interna.

—¿Sabemos dónde murió su esposa? —preguntó de nuevo el policía de Nebraska—. Me gustaría saber quién estuvo detrás de ese ataque, si fue verdaderamente un ataque.

Tanto él como Arik miraron a Judith, quién estaba callada como un ratón.

—Podría intentar averiguarlo —comentó la chica en un hilillo de voz—, al menos daros una descripción del lugar, por si a alguno os suena.

El lobo asintió.

—Si Radu está de acuerdo, trabajaré contigo en ello —aceptó Jeremy pidiendo permiso a su compañero.

—Os ayudaré —aceptó el alfa.

—Yo cazaré a Savage.

El silencio volvió a instalarse ante la declaración de Arik.

—No deberías ser tú quién…

—Es mi responsabilidad —atajó el lobo, cortando de raíz la réplica de Odin—, ha sido mi fallo.

Velkan sacudió la cabeza. No era verdad, solo había sido una jugarreta del destino, pero no era culpa de él o de nadie.

—Ella era libre de elegir su camino —intervino Denali, adelantándosele—. Durante gran parte de mi vida han intentado ponerme en contra de mi gente, de mi compañero… elegí seguir mis instintos, mi camino. Solo yo soy responsable de mis elecciones.

El ejecutor asintió y le dedicó una profunda reverencia a modo de agradecimiento, pero eso no lo disuadió de su tarea. Sabía que nada lo haría ya.

—Si ese demente va a por ti, Velkan, ahora más que nunca es necesario que te mantengas a resguardo —añadió Luke—. Tanto tú como la princesa.

—No voy a agachar la cabeza, esconderme en un rincón y temerle, eso es lo que quiere, lo que siempre ha buscado de mí —siseó Denali en respuesta—. Lo que busca que hagamos tanto su alteza como yo. —Negó una vez más—. No voy a darle tal satisfacción… entre otras cosas porque para poder matarlo, necesito tenerlo delante.

—Wow… eso ya son palabras mayores, lobita —intervino Odin, intentando calmar los ánimos.

—¿Le perdonarías la vida a un ser semejante después de todo lo que ha hecho? —La pregunta surgió de la garganta de Nahara. Ella y Rumati se mantenían en una esquina, callados, silenciosos, esperando.

El alfa de Nevada negó con la cabeza.

—No, Nahara, lo que ha hecho no tiene perdón —aceptó y se vio un halo de tristeza en sus ojos cuando concretó—. Ninguno de los dos tiene perdón.

Ella asintió.

—Denali tiene más motivos que ninguno de los que está aquí hoy para desear su muerte y es un deseo y un destino que he compartido y comparto con ella —aseguró mirando a su amiga —. Nadie puede pasarse la vida huyendo, eso no es vivir, a duras penas es supervivencia.

—Hay que encontrarle, hacerle salir, atraerlo hacia nosotros si hace falta —intervino tomando de nuevo la batuta de la conversación, mirando a sus alfas—, y cuando esté ante nosotros, pagará por todo el dolor y las muertes que han causado.

—Para ello tendremos que librarnos antes de toda esa escoria que parece brotar de las alcantarillas cada dos por tres —añadió Mijaíl—. Mermar sus apoyos, dejarlo sin efectivos. No hace más que dejarnos la basura en la puerta de casa y aspira a que nos hagamos cargo de ello. La verdad, empiezo a cansarme de barrer las calles que no son mías.

—Puedes irte cuando quieras, lobito —añadió Radu, aunque no había la animosidad de siempre en su voz.

—No me dejan. —Le señaló con un fingido puchero.

Se llevó la mano a la cabeza.

—No empecéis, niños, no empecéis.

El alfa de Bratislava sonrió de soslayo y alzó las manos a modo de rendición.

—Nos portaremos bien, ¿verdad?

Su hermano resopló.

—Habla por ti.

—Radu... —Lo avisó su compañera.

—Sabiendo todo esto, ¿vas a continuar con el congreso? —preguntó Khalid enlazando sus dedos con los de su esposa Brenda Rose.

Asintió.

—Ahora más que nunca debemos demostrarle que estamos unidos, que somos una manada y que no importa lo que haga, nunca será suya —declaró con fiereza—. Denali y yo somos los cabezas de esta raza y se lo haremos saber a todo aquel que desee escuchar.

El *sheikh* asintió en común respeto. Sabía que él pensaba de la misma manera.

—En ese caso, solo queda concretar el tema de la seguridad y evitar que la reunión se convierta en un baño de sangre.

—Nos ocuparemos de que cada lobo sepa a lo que se enfrenta —añadió. Había llegado el momento de decir la verdad, de avisar a la población y rogar que eso fuese suficiente para

detener a ese maldito—. Se acabó el esconderse. —Miró a su compañera—. Lucharemos por lo que es nuestro.

—Sé que lo haréis, la seguridad de todo el mundo… está en vuestras manos.

Se miraron a los ojos y, por primera vez desde que la conocía, se inclinó ante él.

—Tus deseos, serán siempre los míos, mi príncipe de los lobos.

Con esas palabras y ante los alfas de distintas regiones del mundo, Denali acababa de jurarle lealtad.

CAPÍTULO 41

Merry no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido en tan solo unas horas. El incendio que le había arrebatado su casa, sus cosas y su vida parecía demasiado lejano, como si hubiese ocurrido hacía meses o años y no tan solo dos días atrás. En un abrir y cerrar de ojos se había encontrado metida en un enorme conflicto y había levantado la mano para presentarse voluntaria. Sabía que no lo hacía por ella, sino por el hombre imposible que le había tocado por compañero, el único que parecía ser capaz de encontrar algo bueno en medio de tanta maldad y enseñárselo para que ella también lo viese.

Mijaíl —su Misha—, se había convertido en pocos días en algo importante en su vida, lo que experimentaba a su lado nada tenía que ver con lo que había sentido con Damek o con cualquiera de sus anteriores parejas. Odiaba darle la razón, pero el vínculo del que hablaba hacía que se sintiese como una parte de él, que supiese que cada palabra que decía era verdad y que siempre estaría allí para ella. Por primera vez en toda su vida, no se sentía sola, se sentía arropada, querida… y empezaba a pensar que ese sentimiento podía ser recíproco. ¿Enamorarse de un lobo? ¿Por qué no? ¿No decían acaso que ellos se emparejaban para toda la vida? Un amor para toda la vida no parecía ser tan malo.

—Debería llamar a mi madre y decirle que voy a buscar algunas de las cosas que ha guardado en el desván —comentó en voz alta. Su compañero se había ido hacía ya un rato a la ducha y, a juzgar por la falta del ruido del agua, ya debía haber terminado—. Pero eso daría pie a preguntas que no sé ni quiero responder.

—Pues no las respondas.

Se giró para verle salir del cuarto de baño tan fresco como una lechuga, ese hombre le provocaba palpitaciones, especialmente cuando andaba a su alrededor con poco más que una toalla.

—No hay necesidad de molestar a tu familia, si necesitas algo iremos a comprarlo a la ciudad —le dijo deteniéndose a su lado, alzándole el rostro con los dedos—. Sé que duele, Merry, pero con el tiempo ese dolor se irá aliviando y mientras tanto, seguirás adelante porque estás viva y eso, *prietenă*, es lo más importante de todo.

Desvió la mirada de la suya a la muda de ropa que tenía sobre la cama y sintió como los ojos empezaban a llenarse de lágrimas. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por retenerlas y recordarse a sí misma lo que él acababa de decirle, que estaba viva, que no había estado dentro cuando destruyó su hogar. No sólo había salvado la vida, había evitado que su compañero sufriese un destino no merecido. Nadie debería pasar por el tormento que había vivido él, no quería ser ella la que lo iniciase de nuevo.

—Hay cosas que no pueden reponerse materialmente, Misha —aceptó. Respiró profundamente y sacudió la cabeza—. La ropa puede esperar, tenemos cosas más importantes en marcha que reponer mi guardarropa. Sólo necesito algunas cosas para los próximos días y creo que Denali y Judith podrán prestármelas. La princesa prácticamente me ha cedido todo su nuevo guardarropa. —Hizo una mueca al recordar el momento en que la arrastró a su dormitorio—. Es solo que… no me gusta depender de los demás…

—Lo sé. —Se deshizo de la toalla y empezó a vestirse.

Demonios, ese lobo tenía un culo espectacular y carecía de vergüenza, verle desnudo borraba de un disparo cualquier otro pensamiento o preocupación.

—Siento cada una de tus emociones, especialmente tu agitación interior.

Suspiró ante sus palabras. Hablando del vínculo que los unía…

—Que sepas que no me gusta un pelo eso.

Sonrió.

—Te acostumbrarás y con el tiempo la cosa se calmará.

Negó con la cabeza y echó un fugaz vistazo al material que tenía sobre la mesa de la antesala.

—El profesor tuvo que haber descubierto algo importante, algo que lo haya puesto sobre aviso —murmuró. No había podido dejar de pensar en ello a raíz de lo ocurrido—. Y si lo ha alertado es que ha llegado a contactar con él, sabía dónde encontrarle.

El colchón se hundió a su lado, con el pantalón desabrochado y una camisa negra abierta, era de lo más sexy.

—Siento mucho lo que le ha pasado a tu profesor, Merry —aseguró con rostro serio—. De un modo u otro haremos que pague por su asesinato.

Se lamió los labios y asintió.

—Nunca pensé que me vería envuelta en algo semejante, ni siquiera sé si puedo enfrentarme a ello.

—Puedes. Lo estás demostrando a cada paso. —Señaló los papeles—. Si crees que ahí puede haber algo que nos ayude a dar con él, no te detengas hasta encontrarlo.

Miró de nuevo los papeles.

—No sé si tendremos tiempo suficiente… ni siquiera sé si Judith podrá ayudarme a encontrar a su hija… si es que está con vida.

—El plan de Velkan es arriesgado, pero hoy por hoy es lo mejor que tenemos —aceptó sin pensárselo mucho—. Hay que pararle los pies y erradicar la raíz podrida que ha terminado germinando en ese invernadero. Una vez hecho eso, tendréis tiempo más que suficiente para cumplir con la última voluntad del profesor.

Asintió. Tenía razón.

—Necesitaré revisar las cuentas, los correos y la agenda del profesor —enumeró—. Si hay algo que pueda servirnos, lo encontraré.

—Sé que lo harás, Merry, no tengo duda alguna.

—Pues entonces ya confías más que yo. —Hizo una mueca—. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir un termo con café?

—Veré que puedo encontrar. —La besó en los labios y se levantó dejando la habitación.

Miró de nuevo el montón de papeles y se levantó.

—Ya es hora de hacer algo más que sentarse de brazos cruzados —masculló trasladándose a la mesa—. Vamos, profesor, deme algo con lo que pueda ayudarles a vengar su asesinato. Le juro que haré todo lo que esté en mi mano para darle descanso y después… encontraré a su hija.

Le debía al menos eso al viejo y peculiar anciano que había confiado en ella lo suficiente para permitirle trabajar a su lado los últimos cuatro años.

Con esa meta en la cabeza, inició su particular búsqueda.

—¿Cómo lo soporta?

Velkan no necesitaba preguntarle a su compañera de quién hablaba, era una pregunta que, honestamente, también se había hecho él mismo.

—No lo sé. —Se limitó a mantener el tono bajo, sólo para sus oídos—. A mí todavía me cuesta entender cómo ha podido pasar, cómo hemos llegado a este punto, cómo no nos hemos dado cuenta antes de lo que se estaba gestando... Y, cuanto más pienso en ello más me doy cuenta de cómo han sido las cosas en realidad, de que todo ha estado siempre ahí y nunca me preocupé en verlo.

Negó con la cabeza.

—Rumati ha sido el único que ha estado cara a cara con él y sigue sin explicarse cómo no se dio cuenta de que era un mestizo —comentó—. Aceptó que siempre había encontrado algo raro, algo que no estaba bien en él, pero no se imaginaba todo lo que había detrás de ese maldito.

El alfa de Daratraz había tenido una breve conversación con él después de la reunión y había puesto en palabras sus dudas de que el hombre que le había reclutado fuese el mismo al que estaban dando caza. Su hermano estaba convencido de que había algo que no terminaba de encajar.

«Es como si fuesen dos personas en una, Velkan, como si tuviese dos personalidades y yo hubiese visto la más humana».

Todo era muy extraño, especialmente porque hasta dónde él sabía toda la rama había sido extinguida por orden de su padre después del intento de infanticidio que habían llevado a cabo contra él siendo sólo un bebé. Pero ahora que la verdad había salido a la luz, sabía que su padre no había sido quién había terminado con su propia familia, que la reina no era realmente su madre y que la compañera de su padre, su nodriza, había estado a su lado hasta el final.

Demasiadas cosas que procesar y muy poco tiempo para hacerlo.

—No puedo evitar preguntarme si estamos detrás de la misma persona o ahí fuera hay alguien más a quién no esperamos.

Ella lo miró y asintió.

—Ojalá pudiese decirte más de lo que ya te he dicho, pero por más que intentó recordar, no encuentro nada más —suspiró—. Yo sólo conocí una cara, la que nos mostraba a Nahara y a mí. Y la persona en la que se convirtió cuando descubrí que él estaba detrás de lo que siempre pensé que eran accidentes fortuitos. Pero sí puedo confirmar lo que comentó Judith sobre la herida en su cara, pues tenía una enorme cicatriz que se perdía bajo su barba.

Se lamió los labios y añadió.

—El mismo blasón que está en ese pedazo de tela colgaba de una de las paredes de su despacho, era una de las cosas en las que reparé cada vez que entraba allí para esconderme o simplemente para desafiarle —confesó—. He leído ese lema, se lo escuché alguna que otra vez, pero nunca reconocí su procedencia. Si lo hubiese sabido, si tan solo lo hubiese recordado…

—No es algo por lo que tengas que disculparte Dena.

Sacudió la cabeza haciendo que su trenza se sacudiese a la espalda.

—No es una disculpa, Velkan, es rabia e impotencia.

Sí, lo era. Podía sentirla bullir en su interior igual que burbujeaba en el suyo.

—Pues es mejor dejarla salir a que siga corroyéndote por dentro.

Se levantó y tiró de ella.

—Me temo que ahora mismo golpear un saco de arena o a mí no iba a servir de mucho, lo que necesitas es gritar.

—¿Gritar?

La arrastró tras de sí por los pasillos de la casa, subieron escaleras y dejaron atrás la parte principal de la casa hasta llegar al solitario desván.

—¿Me puedes explicar qué demonios estamos haciendo?

Sonrió de soslayo, tiró de ella hacia el fondo de la larga habitación llena de muebles y cajas y la encaminó hacia una ventana. La abrió y le indicó la ciudad.

—Cuando quieras.

—Tiene que ser una broma.

Negó con la cabeza, le guiñó el ojo y emitió un sonoro grito que hizo eco en las inmediaciones.

Parpadeó, miró hacia la ciudad y se asomó para encontrarse abajo con algunos de los miembros de la manada de Radu que patrullaban la casa.

—Disculpad la interrupción, no hay peligro, el príncipe me está mostrando un nuevo método para liberar el estrés.

Recibiendo risitas de alguno y meneos de cabeza de otros, se incorporó, llenó los pulmones de aire y gritó con todas sus fuerzas.

Su lobo sintió ganas de aullar al unísono y, tras unos buenos cinco minutos, ambos terminaron jadeantes y riéndose.

—¿Mejor? —le preguntó jadeante.

Sonrió y por primera vez en mucho tiempo su sonrisa se reflejó en sus ojos.

—Sí, Velkan, mucho mejor, gracias.

—Siempre a tus pies, Dena, siempre a tus pies.

CAPÍTULO 42

Cuando habías bajado al infierno y jugado con el diablo, llevabas su marca para siempre. Savage era consciente de la posición que ocupaba, sabía que estaba en un limbo muy delicado y que cada paso que daba podía ser el último. No le había pasado por alto la intensidad con la que Velkan la miraba últimamente, al principio lo achacó a su nerviosismo y el hecho de que hubiese ahí fuera alguien dando caza a los suyos, pero la aparente tranquilidad de Arik unido al hecho de que las mujeres hubiesen estado convenientemente apartadas, la había alertado.

Sí, la mirada de Mijaíl cuando había vuelto con su compañera después de haberse declarado el incendio decía mucho, la confirmación a sus sospechas le llegó después, al escuchar que Braden había sido encontrado.

Ella había visitado al imbécil días atrás, había sido un error y lo sabía, pero cuando esos inútiles la habían contactado para decirles que había alguien persiguiéndoles, pensó en que podría ir a echar un vistazo. Por entonces todavía estaban concentrados en patrullar la ciudad y no estaban pendientes de sus movimientos.

Pero ahora, las cosas eran muy distintas. Algo los había alertado y estaban tras su pellejo, lo sabía tan bien como el que ya la estaban rastreando.

De un modo u otro había llegado el momento de quitarse la máscara, de dejar de ser la obediente loba, la fiel rastreadora y la beta de un niñato. A partir de ahora podría ser ella misma, sin necesidad de esconderse, de vivir mirando siempre por encima del hombro… Si es que llegaba a vivir más allá de un par de días.

Praga era una ciudad que siempre le había gustado, era todo lo contrario a la cálida y ajetreada California y desde luego, carecía del niñato lobuno al que había tenido que secundar. Brian era un verdadero crío, un playboy que apenas podía mantener la polla dentro de los pantalones, le habría gustado estrangularlo, eso como poco, pero deshacerse del joven alfa no era una buena idea.

Echó un vistazo a su espalda y sonrió para sí.

Sí, la estaba siguiendo, lo sabía con sólo sentir el vello de su cuello de punta. Él, quien la había acogido en su seno sin saber que estaba metiendo al enemigo en casa, quién la había moldeado, quién le enseñó lo que necesitaba saber en esas lides le seguía ahora la pista.

—Entrenaste a la mejor, Ejecutor —musitó para sí—, deberías saber que no te lo pondré fácil.

En otro momento posiblemente considerase jugar con él, divertirse un poco, pero ahora no tenía tiempo. Los vientos habían cambiado y era hora de ponerse en marcha. Tenía que llegar a él, advertirle que la habían descubierto y que posiblemente estuviesen cerca de dar con él.

Sonrió para sí y echó un fugaz vistazo a su alrededor antes de iniciar un elaborado juego del gato y el ratón.

—Veamos qué tan lejos puedes llegar.

Arik sabía que ella sospechaba algo. Puede que no supiese los detalles, pero su instinto siempre

había sido certero y eso la había librado en el pasado de muchas encerronas en las que habría caído de otra manera.

Por más que pensaba en ello no encontraba un motivo que explicase el que hubiese cambiado, el que siempre hubiese sido una traidora. Cuando llegó a él era una niña solitaria y arisca, carecía de disciplina y control. Había sido víctima de un brutal ataque en el que había perdido a sus padres, o los que en ese momento se había pensado que eran sus padres. Ahora, esa era una incógnita más.

Una pareja masacrada, una niña sola, señales de pelea, de agresiones y el horror tiñendo sus ojos. Hoy ese cuadro tomaba otro cariz, uno más violento y grotesco, uno que lo estremecía hasta la médula y que se hacía más y más oscuro a medida que se daba cuenta lo que había hecho sin saberlo.

El sólo pensamiento de que él hubiese contribuido a crear una cruel y efectiva asesina era lo que más lo atormentaba.

Y ahora, ella parecía dispuesta a jugar al gato y al ratón con él.

—¿No has aprendido nada? —murmuró para sí.

Podía ser realmente buena en lo suyo, pero él era quién se lo había enseñado, no se le escaparía a menos que quisiese que lo hiciera y no lo haría, no cuando el líder de su raza había dado una orden.

Esta persecución terminaría con uno de los dos y no sería él.

CAPÍTULO 43

Había momentos que deberían estar inscritos en la historia, instantes que merecería la pena inmortalizar y el que se avecinaba era sin duda uno de ellos. Cada paso estaba dirigido a una meta, cada sacrificio de los últimos años estaba dirigido a ese momento, a esa revancha en la que por fin conseguiría vengar la muerte de su adorada esposa y de su hija mayor. Y allí, sobre el escritorio de su oficina, estaba todo lo que necesitaba para dar el último golpe.

Contempló los diminutos explosivos con secreta satisfacción, unos aparatos tan diminutos y de aspecto tan inofensivo y que sin embargo encerraban un considerable poder destructivo. Siempre había sido sencillo obtener ese tipo de cosas si tenías dinero y él se había encargado de crear una fortuna a lo largo de los años.

—¿Señor? —Llamaron a su puerta y cuando levantó la mirada vio a su secretaria. La enjuta mujer mantuvo su semblante inexpresivo—. Tiene usted una visita.

Acto seguido apareció la única hembra a la que tenía en verdadera estima. La puerta se cerró tras ella y, solo entonces, se permitió hablar.

—Querida, no esperaba tu visita hasta esta noche.

Le tendió la mano y la besó en la mejilla.

—No traigo buenas noticias —murmuró al instante—. Temo que deberé espaciar mis próximas visitas y contactar contigo de otro modo, al menos durante un tiempo.

Sus noticias no le sorprendieron.

—Así que esos inútiles se han vuelto más sagaces…

Negó con la cabeza.

—Ha sido simplemente un golpe de suerte y otro error de esos buenos para nada —replicó ella al momento—. Tendría que haberle matado yo misma.

Le acarició el rostro y negó con la cabeza.

—No, tú hiciste tu parte, tal y como esperaba que hicieses —la tranquilizó—. Nunca te culpes por los errores de otros, tú estás muy por encima de ellos.

Suspiró. Estaba nerviosa, lo suficiente como para acercarse hasta la ventana y mirar hacia abajo.

—Me han descubierto y él está tras mi rastro.

Sus labios empezaron a estirarse en una extasiada sonrisa.

—Llevo tanto tiempo esperando este momento, deseando probarle que soy mucho mejor que él —aseguró y se giró para mirarle—. Y demostrarle a ese usurpador quién es la verdadera princesa.

Le sonrió en respuesta.

—Todo a su debido tiempo, querida, la meta ya está muy, muy cerca.

Asintió y le cogió las manos, besándoselas.

—Terminaré con esto y volveré a tu lado definitivamente, padre, el lugar en el que siempre he deseado estar.

Le devolvió el beso y asintió orgulloso.

—Ve con mi bendición, pequeña mía, pronto nos sentaremos juntos a celebrar nuestra revolución.

Sí, pronto ambos vengarían lo que le habían hecho a su esposa y a su hija mayor.

CAPÍTULO 44

—Vale. A lo mejor me equivoco, pero ese hijo de puta debe tener dinero, el suficiente para pagar a todos esos imbéciles así que se me ha ocurrido hacer un rastreo sobre las cuentas a las que ha estado contactando el profesor y, tras pedir un par de favores creo que tengo un nombre.

Merry se detuvo en seco cuando los dos hombres que tenía ante ella levantaron la mirada mientras entraba en la biblioteca con la tableta en la mano.

—Um... Hola.

Se sonrojó un poco al ver que se trataba del príncipe y de Radu. Su compañero no estaba.

—Supongo que buscabas a Misha.

La sorprendió escuchar al alfa de Praga pronunciar el diminutivo del nombre de su hermano.

—Sí —aceptó, entonces sacudió la cabeza y caminó hacia la puerta—. Pero vosotros me servís también. ¿Os suena el nombre de Kostya Kurchenko?

—Es el propietario de uno de los conglomerados más grandes de Rusia —asintió Radu—. Tiene sedes en Europa e India, si mal no recuerdo.

—Y recientemente en los Emiratos —añadió Velkan—. ¿Qué pasa con él?

—Creo que es nuestro hombre, al menos, la identidad tras la que se oculta.

Ambos se giraron y le prestaron toda su atención.

—¿En qué basas tales suposiciones?

—Las dos últimas transacciones de mi jefe se hicieron a una cuenta extranjera, una situada en un paraíso fiscal.

—¿Y?

Los miró como si fuesen idiotas.

—Que es la misma firma no comercial con la que las empresas Kurchenko hacen negocios... digamos poco legales.

Velkan se echó hacia delante para ver los datos en su tableta.

—Estos no son datos que se puedan obtener de manera legal.

Miró al príncipe.

—Si tú no se lo dices a Damek, yo tampoco.

Sonrió.

—Eres una caja de sorpresas.

—Eso dice Misha.

—Y lo digo con razón —añadió el susodicho entrando por la puerta—. ¿Qué tenemos aquí? Um... interesante. Estas cuentas corresponden a los suburbios.

—¿Suburbios?

—El lado oscuro de la fuerza —le soltó—. Ya sabes, mercenarios, compra y venta de armas, mercado negro... Desde luego, toda esa escoria que está lanzando sobre nosotros, especialmente la humana, no están a su lado por lealtad.

—Dudo que esos lobos tampoco —negó Radu—. Está claro que tiene que haber un intermediario, alguien que le suministre lo que necesita y a quién va dirigido ese dinero.

—Si es así, sabrá cómo contactarlo —asintió su compañero—. Y posiblemente incluso

sabrá cómo llegar a él o enviarle un recado. Bien hecho, Merry.

Lo miró de soslayo.

—Si me das una palmadita como a un perro, cobras.

Su respuesta fue enlazarla por la cintura y levantarla del suelo para besarla hasta dejarla sin aire.

—Prefiero hacer esto —aseguró y la dejó con un guiño—. Malik acaba de estar con Braden, se pondrá bien.

—Me alegro —aceptó Radu—. Me haré cargo de esto —le quitó la *tablet* y miró detenidamente los datos—. Creo que sé quién puede tener alguna idea sobre esto.

Mijaíl enarcó una ceja.

—¿Costa todavía no se ha suicidado?

—Sigue amenazando con hacerlo, pero de momento respira.

Sacudió la cabeza.

—Me maravilla como hace ese idiota para seguir con vida después de tanto tiempo —aseguró y, antes de saber lo que hacía se encontró siendo arrastrada hacia la puerta—. Y tú ya has trabajado bastante por hoy. Ni siquiera has comido...

—Tenía café.

Se limitó a gruñir y sacarla de allí.

—Eso no es comida, Merryna, ni de lejos.

No valía la pena ni discutir.

—Parece que ella le hace bien.

Radu miró a Velkan.

—Sí, eso parece.

CAPÍTULO 45

—Lo prometo, lo juro, te lo firmo ante notario si hace falta, Alezandru, si supiese algo de lo que mencionas habría ido a llamar a la puerta de tu oficina para comunicártelo.

Radu no creía ni una sola palabra de lo que le decía, podía oler una mentira a legua y este apestaba a embustes.

—Inténtalo otra vez, Costa, y esta vez procura decir la verdad, para variar.

Se llevó la mano al corazón fingiendo una herida profunda en el pecho.

—¿De verdad piensas que mentiría?

Se limitó a cruzarse de brazos y mirarle.

—Tienes diez segundos, después, perderé la paciencia, y si pierdo la paciencia no será agradable para ti, de hecho, no quedará nada de ti que pueda volver a molestarme.

Dejó que su lobo se asomase a su voz y a sus ojos, conocía bien a ese raterillo y ambos sabían que cumpliría sus promesas sin parpadear.

—Alezandru me estás poniendo entre la espada y la pared —resopló—. No estás preguntando por nada nimio. Esto es muy chungo, si fuésemos inteligentes miraríamos para otro lado y no lo mencionaríamos otra vez.

—En ese caso es una suerte que tú no seas inteligente, pero que tengas el suficiente sentido de supervivencia como para hablar en este mismo instante o callar para siempre.

La forma en que abrió los ojos fue suficiente para saber que entendía sus palabras a la perfección.

—Tío, esto es muy oscuro, no es trigo limpio. No se andan con vueltas. Están buscando lo peor, reclutando mucha mierda que hacen cualquier cosa, sin preguntas, si hay suficiente dinero.

—Un nombre, Costa, quiero el jodido nombre.

Miró a los lados, realmente tenía miedo, un temor que le impedía hablar.

—Me matará, tío, me matará y no de una buena forma.

—No si lo mato yo primero.

Sus palabras lo cogieron por sorpresa.

—No te manches las manos, tío.

—Un nombre, Costa, dámelo y no tendrás que preocuparte nunca más por tu culo.

Aquella era una propuesta muy atractiva, pero estaba acojonado.

—Si te lo digo tendré que esconderme debajo de una roca.

—Y si no me lo dices no saldrás jamás de debajo de ella.

Tragó.

—Mierda, Alezandru, esto va a ser una pura mierda muy grande.

Aguardó, lo vio resoplar y se acercó a él.

—Su nombre es Pavel Pashenka y no es un tío con el que se pueda dialogar —aseguró—. Ningún ruso lo es.

Lo miró.

—¿Dónde lo encuentro?

—Joer...

—Me estoy cansando.

—En *Vinohrady*, en el distrito 2, —le informó—. No se esconde, vive bien y es peligroso.

Sonrió.

—Corre la voz —lo avisó—. Quiero a todo el mundo fuera de mi ciudad. Si alguien acepta tratos con él, haré una purga.

—Te repito que no es como los demás, Alezandru, él no...

—Y yo que no quedará ni un solo individuo si tengo que hacerlo a mi manera.

Con eso, zanjó cualquier otra posible réplica de su parte. Se había terminado el juego, no iba a permitir que siguiesen campando a sus anchas por su ciudad. Era hora de terminar con aquella lacra y dejar a ese maldito sin efectivos.

Estaba claro que había un reclutador, alguien que se encargaba de darle a ese cabrón los operativos que necesitaba y le daba lo peor de lo peor. Tenía que recibir unos ingresos más que desorbitados y la mejor manera de darles salida sin que nadie lo supiera era entrando en el mercado negro.

Había seguido las pesquisas que había iniciado Merryna y había buceado un poco más hasta dar con un nombre que desconocía. Ese era el individuo al que Costa tenía tanto miedo, alguien con unas conexiones que iban más allá de lo legal.

Cogió el teléfono y llamó a Mijaíl.

—Misha. —Habló tan pronto descolgó—. Tengo un nombre y una ubicación.

—¿Qué necesitas, hermanito?

Puso los ojos en blanco.

—Tu mala conducta y el poco respeto que tienes por la vida.

Escuchó como se reía.

—Dame la dirección y estaré allí en veinte minutos.

Colgó y le mandó un mensaje con la dirección, era hora de ponerse manos a la obra.

Había cosas que no había esperado vivir en estos días y el colaborar con su hermano era una de ellas. La actual situación a la que se enfrentaban todos los había unido, los había hecho dejar el pasado a un lado y aliarse ante un mal común. No sabía si ese momento duraría, pero ya era hora de que ambos pasasen página y continuasen con sus respectivas vidas. Le debía a Merry el hacerlo, su compañera necesitaba vivir, necesitaba ser querida y atesorada como la preciosa mujer que era y estaba decidido a darle todo, incluyéndose a sí mismo.

Ella había llegado en el momento que menos se lo esperaba, pero ahora sabía que era el correcto para ambos.

—Bien, ¿cuál es el plan?

Enarcó una ceja y señaló el edificio con un gesto de la barbilla.

—¿Entrar y disuadir a ese individuo de seguir con sus negocios?

Sonrió de soslayo.

—Siempre tan correcto —chasqueó—. Después de ti, hermano.

Empujó la puerta y penetró en su interior. Entonces se detuvo y lo miró.

—Si le cuentas a Judith algo de lo que pase ahí dentro...

—Te haré a ti lo mismo si se te ocurre compartirlo con Merryna.

Su sonrisa se duplicó en los labios de Radu.

—Me alegra ver que todavía nos entendemos.

—Todo un milagro, pero sí —aseguró—. Después de ti.

Ambos entraron en el hotel en el que se hospedaba, había llegado el momento de que dejasen claro a quien pertenecía la región Checa y sus alrededores.

CAPÍTULO 46

Savage sonrió y miró al hombre que estaba ante ella, el que la había perseguido sin descanso los últimos dos días. Había sido una magnífica carrera llena de desafíos, una que les había llevado a ambos a evadirse mutuamente. Siempre le había admirado, había encontrado extasiante la manera en que se movía, en que impartía justicia y entregaba la muerte a sus presas. Incluso había admirado el limpio asesinato de su hermana, lo suficiente como para pensar que él podría ser un buen compañero para ella, un igual.

Hoy, esa idea desaparecía bajo el peso de los pecados de otros, de los suyos propios y no pudo evitar sonreír.

—Siempre has sido mi favorito —confesó mirándole a los ojos—. En cierto modo te pareces a mí o yo a ti. Debería darte las gracias por acogerme y enseñarme, por todos los años en los que me cubrirste las espaldas sin saber qué mi único cometido en la vida era matar al único que proteges.

Chasqueó la lengua.

—Oh, incluso admiré la manera en que te deshiciste de mi hermana —aseguró en voz alta —, una muerte limpia para alguien que se merecía mucho menos. Siempre fue un poco veleta, no entendía realmente el lugar que ocupaba, se conformaba con tan poco... y ni siquiera fue capaz de enmascararse.

Extendió los brazos.

—Media loba y medio coyote, tengo lo mejor de ambos mundos —confirmó—. Y lo sabes.

—Lo único que sé es que lamento haberme equivocado tanto —respondió en voz lineal, sin inflexiones—. Lamento no haber sabido antes lo sola que has estado siempre, lo frustrante que ha sido la vida para ti. Soy culpable de no haberlo visto a tiempo e impedir que fueses contaminada de esa forma.

Se echó a reír.

—Eres demasiado noble, incluso en la distancia que siempre mantienes, en la soledad con la que te rodeas, eres recto, no dejas que nada te afecte, ni siquiera la muerte —asintió y le dedicó una reverencia—. Sí, habrías sido un contrincante perfecto. Pena que lo nuestro tenga que terminar aquí y ahora.

—Ríndete y tendrás una muerte rápida.

Se llevó la mano a la cadera y se tocó el labio con un dedo.

—No me la darías si supieses quién soy en realidad —aseguró—. O que he hecho, pero esos pecados irán conmigo hasta que tenga que rendir cuentas con mi creador. Y no será hoy, no será ahora.

Sonrió y sacó de la cintura del pantalón su arma, apuntándole.

—Eres más coyote que loba.

Aquella sencilla afirmación la cabreó, al contrario que su hermana ella no se había molestado en negar lo que era, pero su parte loba era la dominante, la que se reflejaba en su piel al cambiar a su naturaleza animal.

—Quizá no en apariencia, pero tu corazón no entiende el significado de manada.

Quitó el seguro y levantó el cañón.

—Mi corazón es el único que sabe a dónde pertenezco y no es a un grupo de idiotas y lloriqueantes lobitos que pierden el pelo cuando encuentran a sus compañeras. Y humanas, nada más y nada menos, tu raza va en declive... Ya es hora de que alguien más le enseñe a esa manada tuya cuál es la sangre más fuerte.

Negó con la cabeza.

—No tienes redención —replicó con frialdad—. No eres nadie y no lo serás nunca.

Se rio, entonces entrecerró los ojos y enderezó la espalda.

—Soy tu princesa, Ejecutor, y estoy deseando ver tu sangre a mis pies.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras escuchaba el sonido del disparo y sus fosas nasales captaban el olor de la pólvora, embriagándola.

—No en esta vida.

Las palabras fueron susurradas en su oído, abrió la boca con genuino asombro, pero cualquier palabra murió al darse cuenta de que no solo había esquivado el proyectil, sino que él iba a ser el vencedor en esa contienda dual.

—Adiós, Savage.

CAPÍTULO 47

La tarde se estaba encapotando rápidamente, no había lluvia en el aire, pero no me sorprendería que volviese a llover. El tiempo era imprevisible como muchas otras cosas. Echó un nuevo vistazo a su escritorio, el teléfono seguía inactivo y eso estaba empezando a ponerlo nervioso. Era una sensación extraña, como la que había sentido años atrás, una desconexión, una pérdida, pero no. Esta vez era improbable.

Savage le había dicho dos días atrás que el hombre que le había enseñado a luchar, a rastrear, la estaba siguiendo para darle caza. La conocía lo suficiente para saber que jugaría con él antes de darle muerte, los genes de su madre corrían con fuerza en ella y la convertían en una criatura intrépida y letal, pero no en alguien descuidada. Nunca se arriesgaría sabiendo que ya estaban cerca del final.

Ah. Ya estaba todo preparado. Sí, esos lobos pensaban que podían cortarle los suministros, que podían disuadirle ahora que no contaba con efectivos, pero se olvidaban de algo importante. La codicia humana estaba en todas partes y unos billetes bien empleados bajo un acto aparentemente inofensivo, podía ser todo lo que un solo hombre necesitaba para destruir sus objetivos.

Y él era ese hombre.

Ya sólo faltaba que las piezas ocuparán el lugar que les correspondía en el tablero y se accionase el cronómetro. En el momento en que llegase a cero, habría dado el jaque mate.

El teléfono vibró, se giró hacia la mesa y vio un mensaje entrante. Ese sólo hecho añadió recelo a su ya de por sí actual nerviosismo. Era su número, pero sabía que ella sólo le enviaba textos cuando tenía información, para citarlo en un lugar. Debería haber llamado, esa era la consigna, lo que esperaba que se hiciera.

Cogió el aparato y abrió el mensaje.

Sí, era su remitente, pero no eran sus palabras.

«Baja a la recepción y encuéntrate con tu destino».

Un inmediato escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió más que escuchó un grito en su mente.

«Papá».

Se giró mirando de un lado a otro de forma paranoica, sintiendo el aliento de la parca en su cuello. Miró de nuevo el mensaje. Sabía que era su teléfono, pero no sus palabras, nunca sus palabras.

Llegó a la puerta de la oficina y la abrió, fuera se encontró con la soledad típica del edificio fuera de su horario laboral. Incluso la estúpida humana que tenía como secretaria se había marchado ya. No había nadie y sin embargo se sentía observado.

Cogió el ascensor y se obligó a mantener la calma, a guardar la paciencia de la misma forma que había hecho todos estos años. Uno tras otros los pisos fueron cambiando, el timbre sonó y las puertas se abrieron.

Lo primero fue captar su olor y luego el de la sangre. El corazón empezó a latirle con más fuerza, sus fosas nasales se ampliaron y casi resollaba cuando llegó a la recepción y vio una caja negra envuelta con un lazo rojo.

Con cada paso que avanzaba sabía que estaba cerca de la Muerte, cerca de una insufrible verdad, pero no se detuvo. Llegó al mostrador y miró la cartulina que colgaba de uno de los lazos en la que se podía leer:

«Amenaza a mi familia una sola vez más y cumpliré el decreto de mi Rey, hasta que todos los Vasile hayan sido eliminados de la faz de la tierra».

Le temblaban las manos cuando la arrancó y la tapa superior de la caja cayó descubriendo el grotesco presente que había alojado en su interior.

El aire escapó de sus pulmones, sus ojos se abrieron más allá de lo posible y su mente dejó de funcionar con coherencia mientras su mano extraía del interior del cubículo una cabeza cercenada de mujer con una expresión de incredulidad y muerte en unos ojos sin vida.

El grito que rasgó su garganta resonó en todo el edificio y no se detuvo en mucho tiempo.

Le habían arrebatado lo que le quedaba y con ella se fue también el último vestigio de cordura en una mente oscura y enferma.

CAPÍTULO 48

—Está hecho.

Dos sencillas palabras que encerraban un significado demasiado grande y oscuro, la resolución de una orden impartida, de una revancha meditada y tan grotesca como el hombre al que iba dirigida.

Tuvo que obligarse a respirar, a endurecer el corazón y recordarse a sí mismo que había decisiones que sólo él podía tomar, que era el único que podía proteger a los suyos. Se obligó a rememorar los asesinatos perpetrados contra inocentes, contra niños y que cada una de sus elecciones estaba basada en ese horror, en vengar a las víctimas y aquellos que habían dejado atrás.

Apretó los dientes y recordó así mismo que era por su padre, por su tío y por una madre a la que había querido incluso sin saber que era la suya. Por una reina que lo había criado como a un hijo y por tantos años en que la verdad yacía sepultada.

Había tenido que decidir sobre la vida y la muerte, sobre cómo proceder a esa justicia y la manera en la que sería entregado el mensaje.

Cerró los ojos y rememoró el momento exacto en el que había dado la orden, la frialdad de su propia voz y la calmante y estable presencia de su compañera.

«No tomarás esta decisión sin mí. No llevarás el peso que nos corresponde a los dos. Deja de tratar de protegerme y veme por lo que soy, tu loba, tu compañera, tú igual. Tienes mi lealtad, Velkan, ten también mi corazón».

No podía echarla, sencillamente su futura reina era tan cabezota como él y lo suficiente valiente como para compartir el peso de sus pecados.

Lado a lado habían permanecido frente al ejecutor de su raza, ante su mano derecha y la orden fue dada.

«Su sentencia es la muerte. Imparte justicia sobre aquella que ha traicionado a su raza, a su familia y a mí».

Arik se había inclinado ante él.

«Oigo y obedezco».

«No alargues su agonía». Había añadido Denali. *«Nosotros no somos monstruos».*

Asintió y ambos agradecieron en silencio su compasión.

«Cuando la justicia se haya ejecutado, preséntale nuestra invitación. Mañana por la noche terminaremos lo que empezó hace tantos años».

Había sido cruel, despiadado... un lenguaje que él conocía a la perfección, uno que identificaría y al que respondería.

—Bien —pronunció en voz alta, asimilando el hecho.

Notó su mano sobre el hombro antes de verlo a él a su lado.

—No puedes permitirte flaquear —gruñó serio—. Ahora más que nunca tienes que ser quien has nacido para ser.

Lo miró y asintió.

—Ojalá nunca hubiésemos tenido que llegar a esto —respondió permitiéndose un segundo de vulnerabilidad.

—Has hecho lo que tenías que hacer, has tomado las decisiones que eran necesarias, Velkan, tus padres habrían estado orgullosos. Como lo estoy yo.

Sus palabras significaban mucho para él, no sólo había estado a su lado desde que era un niño, sino que había sido como su hermano o incluso un padre. Nunca podría agradecerle lo suficiente lo que había hecho todos estos años por un lobo joven y solitario como había sido él.

—Cerremos este maldito capítulo de la historia de una vez por todas, ya es hora de dejar esto atrás y abrazar el futuro —declaró—. Avisa a los alfas, que se preparen y si rezas, Arik, hazlo por todos nosotros.

—Nunca he estado demasiado cerca del de arriba, pero nunca es tarde para empezar —concluyó. Señaló la ropa que estaba sobre la cama y le recordó—. Esta noche vas a dejar de ser el cachorro que fuiste para convertirte en el lobo que serás.

Echó una rodilla al suelo e inclinó la cabeza.

—Larga vida al rey de los lobos.

Sí, esa noche todo cambiaría.

—Quédate a mi lado, amigo mío, quédate por muchos años más.

—Será un honor, majestad.

—¿Crees que vendrá?

Nahara levantó la cabeza del recogido que estaba haciéndole y la miró a través del espejo.

—Lo hará —aseguró su amiga—. No pasará por alto la invitación que le ha sido lanzada, nada lo detendrá y ambas lo sabemos.

Sí. Era una invitación que no sólo lo llevaría hasta ellos, despertaría también su ira, la entendería hasta límites insospechados y sabía más allá de toda duda que estaría dirigida a Velkan.

—Nunca me imaginé que está sería nuestra vuelta a casa.

Su hermana de vida posó las manos sobre sus hombros y se los apretó ligeramente.

—Yo llegué a pensar que nunca veríamos este día, Denali, que nunca llegaríamos a encontrarnos con nuestros compañeros. —La sorprendió con esa confesión—. Pero aquí estamos, hemos sobrevivido y seguiremos haciéndolo para proteger a aquellos a los que amamos.

Amor. Una palabra demasiado esquiva, una que no había conocido realmente, no hasta encontrarle a él.

—El vínculo de un lobo va mucho más allá de cualquier posible entendimiento —murmuró—, una vez que te atrapa, es imposible huir.

—¿Querrías hacerlo?

Negó con la cabeza.

—No. Quiero correr hacia él, una y otra vez deseo huir, pero el sólo pensamiento es tan doloroso que... sólo deseo volver a refugiarme en él. ¿Tiene sentido?

—No, hermanita, pero las mujeres enamoradas nunca tenemos mucho sentido.

Sacudió la cabeza.

—No lo digas todavía en voz alta, Nahara, todavía estoy intentando, acostumbrándome a ser compañera —suspiró—. Déjame vivir en la ignorancia un poco más.

Se rio y apoyó su mejilla contra la de ella.

—Te guardaré el secreto, princesa —le guiñó un ojo—. Ahora. ¿De verdad te vas a poner

eso?

Giró sobre el tocador para ver el vestido que había sobre la cama y el que habían colocado a su lado.

—Sí— asintió. Se levantó y cogió la blusa blanca bordada en sus manos—. Soy Valaco, soy rumana, es mi legado y ya va siendo hora de que lo abrace.

Miró el resto del atuendo y esbozó una pequeña sonrisa.

—Pero también soy una loba alfa y si he de luchar, lo haré en mis botas y tacones, no en bailarinas.

—Me gusta cómo piensas.

—Será porque tú piensas igual.

—Exactamente —asintió—. Todo saldrá bien, está noche será la última en la que tengamos que pensar en él.

Asintió. Sí. Esa noche iba a borrarla de su memoria para siempre.

CAPÍTULO 49

La primera vez que la vio la impactó su belleza. Cuando la conoció, lo impactó su coraje y esa boquita que no se callaba ni debajo del agua, cuando por fin la hizo suya supo que sería la única hembra a la que amaría y ahora, al verla vestida con un modificado traje regional rumano, adaptado a su silueta y comodidad, supo que era la mujer por la que haría cualquier cosa.

—¿Qué? —le preguntó al ver que se la quedaba mirando—. ¿Demasiado para ti?

Sonrió, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—En absoluto, *prietenă*, eres toda una visión y una declaración de intenciones —aseguró recorriéndola una vez más con la mirada—. Muy guapa, Dena, me gusta.

Lo miró de reojo y asintió satisfecha con sus palabras.

—Y esa es la respuesta adecuada —replicó y lo miró de reojo. Entonces chasqueó la lengua y se giró hacia el para alisarle la chaqueta cosa que llevaba sobre el hombro—. Rindes tributo a tus dos familias.

—A nuestras dos familias. —Apoyó su mano sobre la de ella—. Todo cambiará a partir de ahora. Me hubiese gustado poder tener más tiempo, pero...

Le tapó los labios con un dedo.

—También es mi pueblo, Velkan, y *tú* eres mi príncipe —le aseguró—. No te dejaré enfrentar la vida solo. Somos dos, lobo, ahora somos dos.

Besó su dedo, le cogió la mano y se la giró para depositar otro beso en su palma.

—Te quiero, lobita, pase lo que pase esta noche, recuerda eso.

La besó fugazmente en los labios, la cogió de la mano y no le dio opción a replicar, pues ya la arrastraba consigo al salón dónde se celebraba el evento.

Había algo sobrecogedor en tener a casi cien personas pendientes de tus movimientos, de tu presencia y ver la alegría y satisfacción en sus rostros, especialmente al mirar a la mujer cuya mano descansaba en la suya. A decir verdad nunca se acostumbraba a estas multitudes y era él quien las convocaba, Arik solía decirle que era como una terapia de choque, para recordarse a sí mismo que formaba parte de algo, que no estaba solo en el mundo. Ahora, con Denali a su lado, sabía que no lo estaría, pero más que liberación no podía evitar sentir un nuevo miedo, el de perder no sólo a su compañera, sino a la mujer que amaba.

Puede que hubiese sido apresurada su confesión, pero con lo que estaba en juego está noche prefería que lo supiese desde ya.

—Bienvenidos a Praga —los saludó—. Os damos las gracias por haber acudido a nuestra llamada especialmente en tiempos tan tumultuosos como a los que nos enfrentamos estos días. Sé que cada uno de vosotros ha sido puesto al corriente de la amenaza a la que nos enfrentamos, una que no sólo ha caído sobre mí, sino sobre mi compañera y sobre todos vosotros. —Miró a Denali, quien asintió—. Hoy os reúno aquí con especial alegría, para haceros partícipe de que he unido mi vida a la de esta mujer. Mi compañera, mi princesa y también la vuestra, su alteza Denali Valaco. Bienvenida a mi manada, *prietenă.*

Se inclinó ante ella como correspondía hacerlo a un súbdito y uno a uno todos los presentes lo imitaron, mostrando pleitesía y lealtad a la loba de sangre pura.

«Respira, Dena, respira».

«Es lo que intento».

La sintió hacerlo, le dio un tironcito a su mano y lo miró.

«Si no te levantas, te mato».

Ocultó una sonrisa y se levantó.

—Puedes hablar, Dena, no muerden.

Se escucharon varias risitas en respuesta y el momento se aligeró.

—Si son como tú, tendría mis dudas, Velkan.

Las carcajadas se repitieron.

—Gracias a todos por la bienvenida y por haber cuidado del príncipe en mi ausencia —declaró ella mirándolos a todos—. Ahora hago mía esa responsabilidad.

—¡Larga vida a su alteza!

Como una sola voz, se alzaron en vítores repitiendo la frase.

—Ahora que ya hemos hecho las presentaciones y que la princesa no puede ponerse más roja —añadió guiñándole un ojo—. Necesito de nuevo vuestra atención. Esta tarde, justo antes de la apertura de puertas, los alfas de varias regiones de América y Europa han escuchado una petición que les presenté y votaron en consecuencia. Ahora, deseo presentaron también a vosotros cómo será presentada a cada uno de los alfas de todo el mundo.

Aquello captó la atención de todos una vez más. Arik tomó posición a su lado mientras Nahara lo hacía al de su compañera.

—Hoy se ha sometido a votación interna el hacer valedor el derecho de sucesión al que todo príncipe valaco accede una vez encuentra a su compañera —anunció Denali, tomando parte en aquella teatral representación—. Los líderes de nueve territorios han dado ya su conformidad y beneplácito. ¿Aceptáis la ley antigua cómo vuestra?

La respuesta fue unánime.

—Sí.

Se lamió los labios y prosiguió.

—¿Reconocéis al hombre que está ante vosotros como vuestro líder?

De nuevo hablaron como uno.

—Sí.

—Somos una manada y como manada elegimos —pronunció ella y se arrodilló ante él—. El pueblo ha hablado. *Trăiască regele!*[18]

Al unísono todos y cada uno de los lobos presentes se arrodilló, inclinaron la cabeza y proclamaron la misma salva.

Velkan Voda Valaco acababa de ser aceptado como rey de los lobos.

Le tendió la mano y la tomó en la suya, levantándola.

—Arriba, mi reina —le sonrió divertido—. Te dije que no sería más que palabrería.

—Payaso —replicó sólo para sus oídos.

—*Trăiască regele!* —gritaron en rumano—. *Trăiască regina!*[19]

Arik y Nahara les rindieron pleitesía y los demás hicieron lo mismo.

—Nahara —la llamó entonces Denali—. Tengo algo que pedirte, más bien que agradecerte. Has sido más que una guardiana, que una amiga y compañera, eres mi hermana y sé que no hay en el mundo ninguna loba a la que podría considerar mi mano derecha que no fueras tú. Desde este momento, si es también tu deseo, quiero que seas mi beta.

La chica no sabía lo que Denali había tramado se quedó sin habla. Parpadeó, se señaló a sí misma y paseó la cabeza.

—¿Estás segura de querer aguantarme tanto tiempo?

—¿Y tú a mí?

Inclinó la cabeza y se llevó el puño al corazón.

—Será un honor, *majestad.*

—Bien, pero nada de *majestad* o te patearé el culo.

—Hazle caso, pequeña, puede hacerlo.

Ambas se echaron a reír y se abrazaron, la tensión desapareció por completo y pasaron la próxima hora entre presentaciones y felicitaciones.

Acababa de empezar una nueva era.

CAPÍTULO 50

Denali no podía recordar ni la mitad de los nombres, había estado dividiendo su atención entre unos y otros, pero no podía quitarse de encima la sensación de tensión que le producía esa espera.

«¿Estás Bien?».

«Estoy nerviosa. Él debería estar ya aquí. Sé que está aquí».

Era una sensación que no había sentido en mucho tiempo, una de la que no podía desprenderse y que evocaba traumáticos momentos de su juventud.

«Algo no termina de encajar en este ambiente, está enrarecido y ha sido desde el momento en que las manadas eligieron».

Las palabras de Nahara resonaron en su mente, la buscó por la sala y cuando sus ojos se encontraron asintió.

«Él está aquí».

Se movió hacia derecha e izquierda, sonriendo y escaneando el lugar al mismo tiempo.

«Está aquí dentro, Velkan, está en algún lugar».

Su nueva loba beta apareció al momento a su lado, acompañada por Rumati quién asintió en tácito acuerdo.

«Está aquí, Velkan, la reina tiene razón».

El rey permaneció impertérrito, atendiendo a los invitados y buscando al mismo tiempo.

«Pero ¿dónde?».

Empezó a moverse lentamente hasta llegar a Shane, la compañera del alfa de Manhattan estaba resoplando junto a una columna.

—Shanelle.

—Te lo juro, Dena, en vez de un lobo voy a tener un burro. Patea como un asno.

Sonrió para no alarmarla.

—¿Dónde está tu alfa?

Señaló al otro lado de la enorme sala.

—Allí, creo, rescatando al idiota de Brian.

—Eso haría dos idiotas juntos, ¿no?

—No me hagas reír que me hago pis.

Le devolvió la sonrisa, pero la chica debió ver algo en su rostro que se enderezó y se puso sería.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza.

—Ve a sacarle de su miseria.

Entrecerró los ojos y asintió. No necesitó decirle nada más para que comprendiese que había peligro.

Volvió a mirar a su alrededor hasta encontrar a Velkan junto a Arik, el Ejecutor se había ido moviendo sutilmente, siempre protegiendo a su nuevo Rey.

«¿Puedes rastrearle?». Escuchó la voz de su compañero.

Asintió con la cabeza.

«Puedo hacer…».

Se detuvo y se giró al momento. Un inesperado escalofrío le recorrió la espalda, no supo exactamente qué era, pero algo la alertó. Y no fue más que el preludio, comprendió en el mismo instante en que escuchó gritar a Judith desde el otro lado de la sala.

—Tenéis que sacar a todo el mundo de aquí.

La mujer parecía estar envuelta en una especie de aura rojiza, algo que crepitaba como el fuego y agitó su cabello como si hubiese una corriente de aire.

—¡Ahora!

«¿Qué es?».

La chica no tuvo tiempo a responder, pues en el mismo instante empezaron a sonar una serie de explosiones procedentes de distintos puntos, fuera de aquella sala.

—¿Qué ha sido eso?

Al momento tanto ella como Velkan estaban rodeados por sus escoltas.

—Los ascensores, los han volado —anunció Arik empujando a su protegido, escaneando los alrededores—. Nos han encerrado.

Velkan siseó, sus ojos se encontraron y supo que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Puedes hacerlo, Dena?

El que confiase en ella de esa manera, sabiendo lo que significaba para un lobo, sobre todo para un alfa, poner en posible peligro a su compañera, la llenó de orgullo.

—Puedo.

Giró sobre sus talones y empezó a sortear a los confundidos asistentes.

—¡Nahara! —La llamó sin girarse siquiera, moviéndose más rápido a medida que se lo permitía el espacio.

—Te sigo, lobita.

Ese maldito estaba allí, sabía que les había escuchado, sabía que había rabiado al ver la ceremonia y si no había actuado todavía era por ella. La quería a ella, su último as en la manga.

—¡Arik, conmigo! —Escuchó a Velkan—. Radu necesito una vía de escape y la necesito ya. Hay que sacar a toda esa gente de aq...

Sus palabras fueron ahogadas por una nueva explosión. Esta vez una de las paredes del fondo se hizo pedazos, los extintores de incendios que cubrían la sala saltaron al mismo tiempo haciendo que la nube de polvo que se generó se hiciese más espesa. Los escombros habían golpeado a los más cercanos, soterrando a algunos de ellos.

Su primer pensamiento fue para su compañero, se detuvo en seco y lo buscó.

«¡Velkan!».

«¡Encuéntralo, Dena! ¡Hazlo!».

Apretó los dientes, gruñó y cambió a su loba sorteando a la gente y saltando hacia el pasillo principal, moviéndose con rapidez y agilidad, dejando que su animal la guiase para encontrarlo.

Y lo hizo.

Estaba sentado en la barra del bar. Se estaba tomando un vino y justo a su lado, sobre la barra, estaba la cabeza decapitada de Savage. Ahogó una arcada y cambió a su forma humana al mismo tiempo que extendía la mano para detener a Nahara quién acababa de darle alcance y poseía las mismas ganas de matarle que ella misma.

—Al fin la princesa y su mascota deciden volver con papá.

Se giró en el taburete y las miró. Tenía los ojos inyectados en sangre, su rostro salpicado

de sangre y no necesitó mirar al suelo, a los cadáveres que allí había dejado, para ver su procedencia.

—Tú podías haber evitado esto, Denali —le dijo centrándose en ella—. Tú eras la única que podía haberlo evitado, pero decidiste huir.

Apretó los dientes mientras lo veía inclinarse de nuevo contra la barra y acariciar tiernamente la cercenada cabeza.

—Ella me dijo que no confiase en ti, quería que nos marchásemos, pero ¿cómo renunciar a lo que es mío? —Se volvió a ella y levantó una mano señalándola con un dispositivo.

«Tiene un control remoto». Murmuró su amiga en su mente.

«¿Cuándo ha podido colocar esas cargas sin que nadie se diese cuenta?».

Nahara negó sutilmente.

«No ha podido hacerlo, no ha tenido tiempo. Solo se me ocurre que alguien le haya ayudado o que las haya colocado antes».

Entrecerró los ojos.

«Avisa a Rumati, que encuentre a quién le ha ayudado. Tiene que estar todavía aquí, a menos que sea uno de esos que están a sus pies. Sé que he visto a un montón de gente, pero…».

«Son camareros del hotel, ni siquiera deberían estar aquí».

Apretó los dientes e intentó no mirar los desafortunados humanos que habían perdido sus vidas a manos de un lunático.

—Eres un monstruo.

Se echó a reír como un demente.

—No soy nada más y nada menos que lo que los lobos han querido que fuese —respondió entre carcajadas—. Dales las gracias a ellos... —su risa se apagó casi al momento, sus ojos inyectados en sangre la estremecieron—. Si puedes...

Sus labios se curvaron y una nueva explosión llegó antes de que pudiese dar la voz de alarma. Esta vez la explosión creó también un pequeño conato de incendio provocado por los cables seccionados de las instalaciones.

Dio un paso hacia él sin pensárselo. Su loba quería desgarrarle la yugular, quería matarle.

—¡Basta! —gritó furiosa—. ¡Juro por Dios que te mataré!

Se levantó.

—Y ahí está la loba a la que crie, a la que eduqué, mi preciosa princesa... mi futura compañera.

La locura se reflejaba en sus ojos. Había perdido la cabeza por completo, no había nada en él que le recordase al hombre que las había acogido.

Sacudió la cabeza.

—No soy ni seré jamás nada tuyo…

«Denali».

La voz de Velkan la apaciguó, templándola, recordándole que no podía actuar por impulso, pero era tan difícil contenerse.

«Quiero matarle, quiero que pague por todo lo que ha hecho, por lo que me ha quitado».

Quería borrar todo ese miedo que él le había inspirado, todo el rencor y la desesperación, quería hacerlo bañándose en su sangre, pero eso la llevaría a convertirse en el monstruo que él deseaba.

«No quiero ser como él».

Una ligera caricia le tocó el alma. Él. Su compañero. Siempre presente, siempre a su lado.

«Nunca lo serás, Dena. Tú tienes corazón, tienes alma y compasión, nunca serás como

él».

Apretó los puños y lo miró a los ojos.

—¿Nahara? —Preguntó sin atreverse a apartar la mirada de ese lunático.

—Empiezo a hartarme de las malditas explosiones —siseó la loba, que se había apartado a tiempo evitando la mayor parte de la explosión. Pero estaba herida, olía su sangre, no parecía grave, pero aquello la enfureció todavía más—. Y sobre todo empiezo a hartarme de él.

—Siempre he admirado ese amor fraternal entre ambas —murmuró él y la miró de nuevo —. Pero ¿de qué te ha servido? Dejaste mi lado para irte con el enemigo.

Levantó la cabeza y lo miró como la orgullosa loba alfa y reina de la raza lupina que era.

—Volví al lugar al que pertenezco, con mi manada, con mi Rey.

Sus palabras lo hicieron estallar.

—¡Él no es tu rey! —Se pegó en el pecho—. ¡Yo soy el legítimo heredero! ¡Yo! Tú me perteneces a mí, mi loba pura, mi futura consorte...

—Lamentó comunicarte que ya está emparejada conmigo.

La voz de Velkan inundó el lugar, podía sentirle tras ella, pero no se atrevió a moverse. No iba a quitarle el ojo de encima.

—Ah, al fin das la cara, bastardo traidor.

Sus palabras hicieron que el lobo riese. Se detuvo a su lado y le rozó la mano con la suya.

—El único bastardo presente en esta derruida habitación, está ante mis ojos —le soltó—. Y es el único que se ha atrevido además a amenazar a mi gente y a mi reina.

Aquello lo encendió de tal modo que empezaba un ataque de un momento a otro.

—No será tuya, nada será tuyo, nunca debió haberlo sido —chilló de nuevo haciendo gala de su irreparable locura—. Pero hoy terminaré lo que empecé esa noche hace años. Culminaré mi venganza.

Levantó la mano y abrió al mismo tiempo su chaqueta para revelar un cuchillo enjoyado de largas dimensiones que sacó entre risitas.

—¿Lo recuerdas? —dijo mirando la hoja con absurda reverencia—. Chillaron como perros, suplicaron por sus vidas, especialmente esa niñita loba.

Aquello hizo que ambos se tensasen, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—¡Bastardo! —chilló dando un paso adelante, siendo retenida al momento por Velkan—. ¡Sólo era una niña!

Sus labios se curvaron y parecía disfrutar más que nunca.

—Y tú serás el siguiente —apuntó a Velkan con el arma—. Me rogarás clemencia y puede que te maté rápido.

Su compañero negó con la cabeza y le dio una orden mental antes de responder en voz alta a ese asesino.

—No te concederé clemencia, ni siquiera morirás por mi mano, ni por la de aquellos a los que has destrozado la vida, serán tus víctimas las que cobren su cuota con tu vida.

En un abrir y cerrar de ojos cambió de forma humana a la lupina y saltó sobre él, esquivando el cuchillo y mordiéndole en la mano para quitarle el detonador.

Atenta a la maniobra, corrió para hacerse con el detonador y alejarlo de él.

Se echó a reír, una risa macabra.

—Ni siquiera eres capaz de ir a la yugular, maldito engendro —se burló partiéndose de la risa—. No eres más que un perro.

Velkan saltó hacia atrás, volviendo a su lado manteniendo la forma lupina.

—Te mataré… te destriparé y haré que hagan una obra de arte con tus vísceras…

—No si aquellos a los que mataste, te destripan primero.

La voz de Arik surgió de la nada, en un momento ese psicópata estaba de pie y jactándose y al siguiente había caído de rodillas, jadeando y con los ojos abiertos como platos mientras de su garganta salía un grito de dolor.

El Ejecutor lo había desarmado y le había seccionado ambos tendones antes de situarse frente a ella y tenderle el cuchillo.

—Un corte por cada una de sus víctimas.

Hundió todavía más los dedos en el pelo de su lobo y ladeó la cabeza.

—Nahara…

La muchacha no vaciló, tomó el cuchillo de manos del ejecutor y en un casi imperceptible movimiento le asestó el primer corte.

—Por mi reina —la oyó sisear.

Él bajó la mirada sobre el corte que tenía en el pecho y se echó a reír. De rodillas y con la sangre empapando el suelo a sus pies y su pecho, no dejaba de reír.

—Ha perdido el juicio.

Nahara avanzó ahora hacia ella, cogió su mano derecha y depositó la empuñadura en su mano.

—Tú decides.

Aferró los dedos alrededor de la empuñadura y el pelo de su compañero con la otra.

«Líbrate del pasado, amor mío».

Caminó hacia él sin dejar de mirarle.

—Siempre supe que serías…

No le permitió continuar, levantó el cuchillo y descargó el corte.

—Por mi Rey y nuestras familias.

La sangre manó de la herida abierta en su otra mejilla, el horror reflejándose en esos ojos, como si dentro de su locura comprendiese que estaba perdiendo la batalla.

Le dio la espalda y levantó la mano con intención de dejar caer el cuchillo, pero apenas había abierto los dedos cuando lo escuchó gritar a su espalda, se giró lista para matarlo, pero Velkan le arrebató el arma en un único movimiento y se lo hundió en el hombro, empujándolo lejos de ella.

—Por mi madre.

Le dio la espalda y la enlazó a ella por la cintura, arrastrándola con él mientras Rumati y Arik cerraban filas tras ellos antes de tomar sus propias venganzas en nombre de sus víctimas.

—Por todas las cosas que te llevaste esa noche de mi clan.

Un quejido audible.

—Por Savage.

Su grito aumentó.

Más y más lobos fueron pasando, cada uno en nombre de una víctima. Denali perdió la cuenta de los que se presentaron allí, dejó de escuchar alaridos hasta que todo lo que oyó fue el ulular de las sirenas a lo lejos.

—Se terminó, pequeña, todo ha acabado.

Esas palabras cayeron en su alma aliviándola, liberándola del pasado y las lágrimas y el llanto aparecieron por fin ahora que la pesadilla había terminado.

CAPÍTULO 51

Un mes después…

Merryna dejó unas flores ante la nueva tumba. Una sencilla lápida con el nombre del profesor marcaba su lugar de descanso. Había sido lo único que había podido hacer por él, su pequeño homenaje a un hombre que sorprendentemente le había dejado todo lo que tenía en su testamento.

La noticia había llegado casi un mes después de que se declarase su muerte, la versión oficial había sido un ataque al corazón mientras estaba trabajando en su galería. Como no tenía familia conocida, a nadie le había dado por investigar.

La citación para la lectura del testamento llegó a su nuevo hogar, el de su compañero. Una bonita casa de líneas modernas en Bratislava y de ahí terminó sentada ante la mesa de un notario escuchando como el hombre que le había dado empleo le había dejado en herencia su galería y una casa en Viena cuya existencia desconocía. El grueso de su fortuna había sido destinado a asociaciones que ayudaban a buscar a personas desaparecidas, lo que sin duda era el mejor acierto.

Judith y ella habían pasado tiempo intentando encontrar alguna pista de la hija desaparecida del hombre, pero tras varios intentos, su nueva amiga había anunciado con tristeza que la muchacha había muerto hacía algunos años. No había querido darle detalles, pero sólo había tenido que mirarle la cara para hacerse una idea. Ese día había ido a la Iglesia en la que la habían plantado y había encendido una vela por su alma. No era una persona religiosa, pero sabía que, si el profesor lo hubiese sabido en vida, sería lo que habría hecho.

—Hola profesor. —Se acuclilló ante la lápida y acarició con los dedos el nombre del hombre—. Espero que se haya encontrado con su hija y se estén poniendo al día.

—Sin duda lo harán.

Levantó la cabeza y sonrió. Mijaíl estaba de pie a su lado, vestido con un abrigo sobre el traje ejecutivo con el que había salido de la oficina.

Después de todo lo que había ocurrido la noche del Congreso en Praga, de las explosiones, el incendio y los muertos y heridos con los que se saldó el convite, su compañero le pidió que lo acompañase a su hogar, un «a ver cómo nos va», para poder dejar atrás el horror que habían vivido y aprender a convivir sin un psicópata sembrando la muerte a su alrededor. El experimento no había salido del todo mal, prueba de ello era la alianza que llevaba en su dedo a juego con la de su marido, una boda que se había celebrado en una pequeña capilla con tan solo Radu y Judith como testigos. Sí, sin duda iba a ser divertido decirle a sus padres que se había casado sin ellos, se lo dejaría a su marido, después de todo se le daba de lujo domar a las fieras.

Los hermanos seguían teniendo sus desavenencias, de hecho, estaba convencida que su marido fastidiaba al alfa de Praga a propósito, pero ya no había esa previa tensión que había visto entre ambos. Por otro lado, su cuñada estaba convencida que era cuestión de tiempo que ambos volviesen a ser lo que fueron una vez.

—Sólo quería darle las gracias —murmuró volviendo a mirar la lápida—, y decirle que la

galería Ekate ha vuelto a abrir y está funcionando bien. Me he encargado de hacerle un lavado de cara completo y tengo a una encantadora ayudante que se encarga de que todo fluya como debe.

Judith se había apuntado a echarle una mano al principio y al final le había cogido el gustillo lo suficiente para alternar con ella los días de apertura.

—Encantadora se le queda corto...

Enarcó una ceja y le miró, cosa que hizo que le guiñase el ojo.

—Admitámoslo, Merry, tiene que ser mucho más que encantadora para soportar y aguantar a Radu.

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—El burro hablando de orejas —miró de nuevo la lápida—. ¿Ya ve lo que tengo que aguantar?

—Merry quiere darle también las gracias por la propiedad que le ha dejado en Viena —añadió él—. Es el mausoleo más viejo e interesante que he visto en mi vida. Me recuerda a un museo.

—Misha.

—¿Sí, compañera?

Sacudió la cabeza.

—Contigo no se puede.

—Al contrario, mi Merry, tú eres y serás siempre la única que podrá conmigo. —La abrazó, besó sus labios y la giró en sus brazos para que pudiese despedirse—. Gracias por darle trabajo estos años y cuidar de mi chica, profesor. Ahora ya no tendrá que preocuparse por ella, ese es mi trabajo, hasta que la muerte nos separe.

—Eso fue lo que prometiste cuando me arrastraste a la Iglesia.

—Bueno, *prietenă,* no podía permitir que el amor de mi vida fuese plantado otra vez. —La miró a los ojos—, tenía que llegar hasta el final.

—Ah, lobo. —Le aferró las mejillas y sonrió—. Yo también estoy loca por ti.

Y sí, lo estaba. Porque sólo una mujer loca y enamorada podría enfrentarse al mismísimo infierno para quedarse con el lobo que la había conquistado.

Rumati nunca había pensado en volver a ese lugar, no después de haberlo dejado hacía ya tanto tiempo de la manera en que lo habían dejado. Sentía a Nahara a su lado, silenciosa, guardando un respeto por las almas que se habían perdido y las cuales esperaban que ahora que habían sido vengadas encontrasen el descanso. Había sido ella quién le había pedido hacer ese viaje, Denali y Velkan habían vuelto a Rumanía y ellos todavía no habían decidido qué camino tomar.

Demasiado tiempo separados y muy poco para reencontrarse. Quería poder darle más opciones, que le conociese y hasta el momento apenas habían podido hacerlo. Ambos arrastraban tras de sí un lastre en forma de pasado que los había obligado a dejar sus vidas a un lado para dedicarse en cuerpo y alma a otros.

Ahora había llegado su momento y en cierto modo, eso era también un gran salto que dar.

—Nunca creí que volvería a pisar este lugar —dijo permaneciendo de pie a su lado—. No después de aquel día... y no contigo.

La miró, su rostro estaba pálido, sus ojos se habían clavado en un punto y parecía incapaz de arrancar la mirada.

—Nahara.

Su voz la sacudió. Dio un respingo y lo miró. El dolor, la desolación, incluso el odio estaba presente en sus ojos, entonces su mirada empezó a aclararse y le vio a él, no al pasado.

—Necesitaba cerrar este círculo, saber que este último par de meses no he estado entre el cielo y el infierno —dijo con voz entrecortada—, que tú de verdad has vuelto a mí...

La abrazó, necesitaba sentirla como ella lo necesitaba a él. Estaban hambrientos de afecto, de compañía, de ellos mismos y la única manera de reencontrase completamente era haciéndolo solos, apoyándose uno en el otro y aprendiendo a convivir.

—Estoy aquí, siempre lo he estado, siempre esperándote —aseguró—. Ese día, no pude ir tras de ti, pero no he dejado de intentar encontrarte y ahora que te tengo, no hay fuerza humana o sobrenatural que haga que te abandone.

Sus brazos le envolvieron a su vez.

—Mi Rumati —murmuró su nombre, atrayéndole contra ella—. Mi compañero, mi amor, no dejaré que te marches de nuevo y si debes hacerlo, me iré contigo.

La separó para poder mirarla a los ojos, acuñar su rostro y sonreírle.

—Esta vez nos iremos de aquí juntos, iniciaremos la vida que debíamos haber estado viviendo desde hace años y construiremos el futuro que te prometí —le acarició las mejillas—. Sólo tenemos que elegir un lugar... Dime, ¿hay algún lugar en el que quieras vivir en particular?

Se lamió esos preciosos labios y respondió.

—Siempre he querido ver tu hogar, el lugar en el que naciste —aceptó, era algo de lo que habían hablado esos últimos dos meses—. Y puede que este sea el momento perfecto para hacerlo.

Apoyó su frente en la de ella.

—Volvamos entonces a casa —asintió, conforme con su elección—, y ya veremos si es el lugar que necesitamos o sólo la primera parada en el camino.

—Sea cual sea, lo veremos juntos.

Una promesa que sabía lo obligaría a cumplir hasta el final de sus días y que estaría más que feliz de llevar a cabo.

Nahara lo era todo para él, lo había sostenido incluso cuando no estaba con él y sabía que lo sostendría hasta que expirase su último aliento.

CAPÍTULO 52

Daneli había sido muy pequeña cuando abandonó su hogar, tanto que apenas recordaba la región, sin embargo, nada más volver a poner los pies en Brezoi, una ciudad en el distrito rumano de *Vâlcea*, en la región de Oltenia, supo que ese era el sitio al que pertenecía. La pequeña urbe rural estaba rodeada por bosques de coníferas, situada en el mayor valle entre los Cárpatos, el *Ţara Loviştei*, lo que hacía que mirase hacia dónde mirase siempre se encontrase con sus amadas montañas. La proximidad del Parque Natural Cozia hacía de este el emplazamiento perfecto para su espíritu salvaje, mucho más apetecible que la bulliciosa capital situada a más de doscientos kilómetros. No era de extrañar que Velkan estuviese deseoso por volver a casa.

Echó un vistazo al hombre que dormitaba sobre la cama de matrimonio que compartían desde que habían llegado en la enorme casa. Ahora entendía porque se habían referido a ese lugar como «La Fortaleza». La arcaica y estoica construcción situada en lo alto de la colina ponía la pequeña urbe a sus pies, su aspecto exterior le había recordado al principio a un castillo medieval, pero su interior era pura modernidad mezclada con unos toques rurales que lo hacía hogareño.

Abrió las puertas francesas que daban al balcón y salió recibiendo el aire frío de la mañana. El otoño empezaba a dar ya paso al invierno, pronto empezarían a llegar las primeras nevadas; estaba ansiosa por ver la nieve, aunque su compañero le había avisado que, si se quedaban en invierno allí arriba, estarían prácticamente aislados.

Quizá debió advertirle que la idea le parecía de lo más apetecible. Eso le daría tiempo para conocer en profundidad al lobo con el que se había emparejado, a olvidar todo el horror y las persecuciones que habían quedado a su espalda. Un nuevo comienzo al lado de aquel al que había estado esperando toda su vida.

Cerró los ojos e inspiró profundamente, quería llenarse de esos maravillosos aromas, sentir que la libertad que había descubierto durante este último mes sería eterna, pero no podía engañarse a sí misma. Antes o después tendría que dejar atrás ese interludio y volver a la realidad.

Su lobo valiente seguía disfrutando de la excedencia que había solicitado en la Universidad de Bucarest, pero sabía que no podía aparcar su vida para siempre. Ni ella tampoco. Antes o después el mundo volvería a ponerse en movimiento y tendría que empezar a caminar con él.

Levantó la cara hacia el cielo y suspiró. Había muchas decisiones que tomar y cuanto antes empezase a elaborar una lista, antes podría ponerse con ello.

El frío aire que precedía al invierno la envolvió, tirando de ella, susurrándole hasta que su mirada se dirigió más allá de la línea del horizonte, a los bosques, a un punto en concreto que, si bien no se veía desde aquí, sabía que estaba allí.

Sus padres habían sido enterrados allí, un par de viejas lápidas acompañaban a las de los reyes y a la compañera del Rey, la madre de Velkan. Estaban emplazadas en un risco, con los bosques de coníferas alrededor, un lugar de peregrinación que no había dejado de visitar desde el primer día en que la llevó allí, cumpliendo su promesa.

—Os dije que os la traería. —Había dicho él, apretando su mano, mientras contemplaban, uno al lado del otro, las lápidas de sus seres queridos—. Que volveríamos ambos para que

supieseis que estábamos bien y juntos.

Se agachó, llevándola consigo y acarició una de las lápidas en las que solo estaba escrito un nombre y nada más.

—Te he visitado tantas veces sin saber realmente lo que eras para mí. —Su voz se había quebrado, por primera vez vio el niño que había sido, el lobo joven y abandonado a su suerte y quiso llorar—. Pero ahora lo sé y te prometo que nadie lo olvidará, madre.

Apretó su mano y le sonrió, obteniendo una tibia sonrisa en respuesta.

—Mamá, papá… —musitó ella acariciando a su vez ambas lápidas—. Ya estoy en casa. Estoy en el lugar al que pertenezco y con el hombre destinado a mí. Descansad en paz ahora y sabed que siempre os he llevado en mi corazón.

Su pecho pareció aligerarse, la realización de que efectivamente estaba en casa, de que estaba con quién debía estar y nadie los separaría le trajo una calma que no había sentido en mucho tiempo.

Se volvió entonces a su compañero y lo miró a los ojos.

—Gracias por rescatarme, por traerme a casa…

Se echó a sus brazos, sintiéndose reconfortada entre ellos.

—Tenía que mantener la promesa que te hice, *prietenă*, no podía ser de otra manera.

Sonrió y le cubrió el rostro con las manos.

—Y gracias por amarme, mi rey —musitó cerca de sus labios—. Ojalá el tiempo me permita devolverte ese amor multiplicado por cien, por mil, hasta hacerlo infinito.

—El tiempo está en nuestras manos, mi Denali, como lo ha estado todo este tiempo nuestro destino.

Su beso la había calentado por dentro, había descongelado poco a poco su corazón permitiendo que volviese a latir solo por él.

Parpadeó y dejó escapar un suspiro. Parecía que había pasado una eternidad y solo habían sido cuatro semanas, treinta y un días de tranquilidad, dulzura, travesuras, batallas y diversión. Él no dudaba en demostrarle su amor cada día, de mil maneras distintas y con cada segundo que pasaba sabía que no había nada que temer, que unas palabras jamás se lo llevarían de su lado.

Le dio la espalda a las vistas de su ciudad y entró de nuevo en la habitación, cerró las puertas tras ella y correteó hasta la cama.

—Madrugas demasiado —lo escuchó decirle con voz somnolienta, sin molestarse en abrir siquiera los ojos—. Métete debajo de la manta y duerme un rato más.

Sonrió, apartó las mantas y se pegó a él haciéndolo sisear.

—Cristo, Dena, estás helada —masculló, pero no se apartó, por el contrario, la envolvió atrayéndola con su cuerpo, templándola—. Todavía no es hora de salir a jugar con la nieve…

—Aún no hay nieve —replicó apoyando la mejilla en su pecho, extendiendo la mano sobre su corazón para sentir su latido—, y estoy impaciente por verla.

La besó en la cabeza y se acurrucó contra él.

—Velkan.

—¿Dime?

—*Te iubesc.*[20]

Sintió como su cuerpo empezaba a temblar y pronto escuchó una risita saliendo de sus labios.

—Ya era, hora, *prietenă*, ya era hora.

Ella se echó a reír también, se incorporó y lo miró.

—Te digo que *te quiero*, ¿y te ríes? —le pellizcó—. ¿Qué clase de rey de los lobos eres

tú?

Le cogió la mano y se la llevó a los labios, besándole los nudillos antes de clavar esa mirada ambarina en la suya.

—Uno completa e irremediablemente enamorado de su reina.

Y se lo demostró en su beso, en sus caricias y en cada una de las respiraciones que daba por ella y solo por ella.

EPÍLOGO

Un año después…

Costaba imaginarse que había pasado ya un año desde la última vez que se reunieron allí, que las paredes que ahora volvían a estar levantadas habían sido destruidas por una explosión y que el demonio que había asolado sus tierras y las de otras regiones lupinas había dejado de existir. Habían sido doce meses largos, un tiempo de readaptación, de felicidad, de descubrimientos, de reencontrarse a sí mismo y a los suyos y todo ello se lo debía a la pelirroja que le hacía carantoñas al primogénito del alfa de Manhattan. El bebé de ocho meses estaba empezando a dar sus primeros pasos y tenía a todas las hembras pendientes de él.

No por primera vez se imaginó a su Judith con su propio hijo en brazos, pero era algo para lo que tendrían que esperar todavía un poco. Ambos deseaban descendencia, pero lo primero sería disfrutar de su mutua compañía.

—Los niños siempre han sido un símbolo de alegría y prosperidad en la manada —comentó Velkan, reuniéndose con él—. Karen y Dylan son sin duda una muestra de ello.

La mención de la pequeña hija de Adam y Bryony lo llevó a mirar hacia el otro lado de la sala, la pareja charlaba animadamente con Khalid y Brenda mientras está última aprovechaba para coger en brazos a la bebé.

—Hace un año temíamos no ser capaces de presenciar esto y ahora, aquí estamos, celebrando la vida y las nuevas uniones de la manada.

Siguió su mirada hacia el policía. El y Judith habían trabajado sin descanso para que Aneska, la compañera de este pudiese superar el trauma vivido. Todavía quedaba mucho que hacer por delante, pero él mejor que nadie sabía que un lobo haría lo que hiciese falta por su compañera.

—Es esperanzador ver como la vida continúa y nuestra gente sale incluso más fuerte de los conflictos.

—Somos lobos, Radu, nuestro instinto es sobrevivir y para ello lucharemos dónde y cuándo haga falta —le aseguró apretándole el hombro—. ¿Y Mijaíl? ¿Cómo es que no está aquí?

Puso los ojos en blanco.

—Nunca ha conocido el concepto de puntualidad.

—Te he oído.

Ambos se giraron para ver a la pareja de Bratislava caminando hacia ellos.

—Llegas tarde.

—Llegó a tiempo —replicó y miró a Velkan—. Majestad.

—Parafraseando a mi reina, dilo otra vez y te muerdo.

Él se rio entre dientes.

—Ya veo que el puesto te sienta bien.

—Ignoradle, por favor, acaba de descubrir que ha perdido su llavero favorito y está con una rabieta.

—No sólo era mi llavero favorito, tenía las llaves de la cabaña nueva.

Ella optó por ignorarle y saludó a los presentes.

—Hola Radu. —Lo abrazó y pasó al rey—. Me alegra verte de nuevo, Velkan, ha pasado mucho tiempo.

—Aceptó la regañina —le sonrió—. Denali ha empezado este año en la Universidad y nos hemos pasado casi todo el curso en Bucarest.

—¿Y qué tal le va?

—Lo bien que cabe esperarse en una loba cabezota como ella —puso los ojos en blanco —. Se enfurruña solita cuando las notas no son lo que deberían ser, según mi reina, claro.

Todos se rieron.

—Que sepas que sólo me enfurruño cuando tengo razón —declaró, rodeándole la cintura con el brazo—. Me alegra veros a los dos. Hemos recogido tu invitación, pero he estado de exámenes.

—Ahora tendrás vacaciones en Navidad, esperamos veros entonces.

—Prometido —aceptó y miró a Velkan quien asintió.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Eso equivale a un ya veremos, Merry.

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

Sí, el mundo volvía a girar en el sentido adecuado, las generaciones siguientes disfrutarían de él y ellos también mientras estás llegaban.

«Te veo muy pensativo lobo».

—Si me disculpáis... —Se excusó con los presentes para reunirse con su mujer.

«Estaba pensando en lo fuertes que somos, lobos y humanos, en los profundos lazos que forjamos y que se forjarán con el tiempo. Hemos formado una manada propia dónde no importa quién seas, sólo el respeto, el cariño y el aprecio por lo que compartimos».

—Somos luchadores —aseguró llegando hasta él, enlazando los dedos en los suyos cuando le tendió la mano—, y somos familia.

Asintió de acuerdo con ella.

—Sabes Judith, hace un tiempo te dije que no sabía si lo que teníamos era amor, pero que estaba dispuesto a descubrirlo. Hoy sólo sé que eres mi alma, mi corazón, que mi vida es verte despertar cada mañana a mi lado, verte sonreír y murmurar esas cositas cuando te enfurruñas o las voces no te dejan pensar.

Le cogió la mano, tomó aire y se arrodilló ante ella.

—Hoy sé que es el verdadero amor gracias a ti, sé que será tan duradero como nuestras vidas y que con cada nuevo amanecer te amaré un poco más. Así qué, Judith Stevens, ¿le harías el honor a este pobre lobo solitario de aceptar ser su esposa?

Ella jadeó, sus ojos se abrieron de par en par y gimió al verle sacar una caja del bolsillo con un bonito anillo con un granate en el centro.

—Oh lobo tonto, sí, por supuesto que sí.

Dejó que le pusiera el anillo y luego saltó a sus brazos, lloriqueando.

—Te quiero, mi lobo, siempre te he querido, aunque no siempre haya sabido que esto que tenemos era amor.

—Lo es, mi pelirroja, es amor.

A su alrededor estallaron los aplausos y pronto se unieron las felicitaciones.

Sí, el mundo estaba lleno de lunáticos, de luces y sombras, había sido como bailar al son de un infernal rock ante roll, pero al final, un lobo sabía que, sin ella, sin su compañera, sin su amor y esperanza, no existía la eternidad.

CHRISTMAS WOLF -NOVELA CORTA-

Bryony comprendió que había sido una muy mala idea aceptar la invitación de su mejor amiga, en el mismo momento en que traspasó el umbral de su casa y lo vio. Los ojos azules de Adam se clavaron en su alma, despertando sus sentidos y una arrolladora pasión que amenazaba con consumirlo todo… empezando por su propia cordura.
Emparejarse la noche de *Acción de Gracias* no era algo que entrase en los planes de **Adam Blake**, pero cuando esa pequeña y dulce humana entró en su casa, todo en lo que pudo pensar era en hacerla suya; una apresurada y nada meditada decisión que lo obligaría a renunciar a lo que más deseaba… para poder recuperarlo una vez más.
Nunca un juego de persecución fue tan caliente… y divertido.

PRÓLOGO

Adam echó un vistazo a través de la ventana del restaurante en el que estaba cenando, uno de tantos ubicados en el *Downtown Crossing* de Boston. La calle poseía el aire festivo propio a las semanas previas a Navidad, las luces decoraban las casas, los escaparates empezaban a llenarse de guirnaldas y figuras de Santa Klaus, incluso el mantel de la mesa era típicamente navideño. En otra clase de circunstancias habría disfrutado de la decoración y de los villancicos que sonaban por doquier, pero su estancia en la ciudad obedecía a un motivo que nada tenía que ver con el turismo y sí con una maldita mujer.

En vez de estar en su cálido hogar de Toronto, supervisando los preparativos del Día de Acción de Gracias que reuniría a buena parte del clan, estaba aquí, en Boston, dispuesto a zanjar de una vez por todas, el estúpido pacto que selló con su compañera la misma maldita noche en que se emparejó con ella.

Una jodida noche de borrachera.

—Adam, creo que la muerte de Sharon te está nublando el juicio.

Se giró al escuchar la profunda voz de su Ruan, el Beta del clan lupino que regía la Región Noroeste. En circunstancias normales, habría sido Wolf Deveraux, el alfa del clan el que lo habría recibido en su territorio, pero el lobo parecía ser víctima de la enfermedad que afectaba al más común de los mortales; la gripe.

—Su partida no cambia lo que ya debí haber hecho desde hace mucho tiempo.

El muchacho, el cual no había cumplido todavía los treinta, entrecerró sus agudos ojos verdes y frunció el ceño.

—No soy quién para cuestionar tus decisiones —continuó. No pudo evitar sonreír interiormente ante la natural osadía del joven beta, no le cabía duda de que ese era el motivo por el que Wolf lo envió a él y no a otro para recibirlo e intentar aplacar su genio—, pero… tu compañera… um… bueno… ella…

—Es humana —concluyó por él. No era un secreto para nadie, aunque sí fue un bonito golpe de efecto en su momento.

—Lo que iba a decir, es que parece poco —o nada— dispuesta a escuchar palabra alguna de ti —resopló el chico, dedicándole una mirada precavida.

El comentario traía consigo mucho más de lo que suponía deseaba dejar traslucir el joven lobo. Sabía que Deveraux se había comprometido a mantener un ojo sobre Bryony mientras estuviese en su territorio. Quizá debió ser un poco más explícito ante su petición y advertirle que cualquier lobo no emparejado que pululase a su alrededor podría resultar… emasculado.

—Y esa seguridad obedece a… —lo miró directamente, con gesto desafiante. No era común que su especie tuviese los ojos azules, de hecho se trataba de una mutación genética que lo diferenciaba de los demás miembros de su raza, cuyo tono oscilaba entre el verde y el castaño oscuro, casi negro.

Las manos del chico se alzaron en rápida defensa, casi podía verle agachar las orejas y la cola en señal de sumisión.

—No me eches todavía los perros, tío —se dio prisa en defenderse—. Seguí las órdenes dadas por mi alfa, la he vigilado y cuidado a distancia. No le he tocado ni un pelo, le tengo

demasiado cariño a mi pellejo como para perderlo.

Un bajo gruñido le hacía cosquillas ya en el fondo de la garganta, su naturaleza lupina solía anteponerse a la humana cuando se trataba de marcar el territorio.

—Además, ella a duras penas soporta la presencia lupina —esbozó una mueca—. Recela de todo lobo que se le acerque. Sharon era la única excepción.

Algo de lo que él era el único culpable, pensó irritado.

Bryony no formaba parte del círculo de humanos que conocían o tenían vínculos con su raza, ella había ignorado totalmente tal existencia hasta las pasadas navidades.

Su hermana pequeña le había comentado una semana antes del Día de Acción de Gracias que iba a invitar a una amiga a pasar las fiestas con ella en casa. Era algo que solía hacer a menudo —Eve era la abogada de las almas perdidas— y que hasta entonces, nunca le había reportado otra cosa que crías ruidosas armando alboroto en su pacífico hogar. Pero con ella fue diferente. Desde el mismo instante en que la vio perdida y sola en el recibidor de su casa, vestida con unos ajustados vaqueros y un flojo suéter rojo bajo el chaquetón, sus sentidos se concentraron por completo en la muchacha.

Tenía que haber previsto que aquello era una señal, especialmente cuando el deseo empezó a hervir en sus venas con una fuerza inusitada y comentó a pasarse gran parte del día empalmado. Cuando estaba cerca de ella —ocasiones que había forzado a pesar de las protestas de su hermana—, cuando podía oler su aroma a menta fresca… bueno, era una suerte que no se hubiese coronado a sí mismo corriéndose en los pantalones.

Bryony Evans se convirtió en una obsesión para él.

Eve le advirtió una y mil veces que fuese con cuidado, que su amiga no era para él, que no se parecía en nada a sus tórridas conquistas. Su dulce hermanita amenazó incluso con cortarle los huevos si le hacía daño, pero se olvidó mencionarle lo más importante; la pequeña y voluptuosa humana que lo estaba volviendo loco con su presencia, no tenía la menor idea de que se había metido en la guarida de un lobo; literalmente.

Su impaciencia precipitó las cosas. El deseo entre ambos era palpable y sabía que a ella no le resultaba indiferente su presencia, podía oler su excitación, sentir como se convertía en dulce rendición bajo sus manos y al final… pasó lo que tenía que pasar.

Una perfecta velada de Acción de Gracias que terminó con ambos enredados en el suelo del salón, entre varias botellas de vino vacías y la más que visible marca de emparejamiento visible en la suave curvatura del hombro femenino.

—Tiene motivos para recelar —comentó, volviendo a la conversación—, yo se los di.

El joven lobo hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Cuando se entere de tu presencia en la ciudad, saldrá huyendo.

Se encogió de hombros.

—No me molestan las persecuciones —aseguró—, de hecho, las encuentro interesantes.

—Estás enfermo.

—Y tú olvidas por momentos con quien estás hablando. —Esbozó una irónica sonrisa.

El joven lobo se limitó a poner los ojos en blanco y depositar sobre la mesa una carpeta llena de papeles.

—Sí, lo sé, soy un poco suicida —murmuró por lo bajo al tiempo que empujaba la carpeta hacia él—. Esto es lo que le pediste a Wolf.

Asintió y atrajo la documentación hacia él. Ya habían dejado atrás el postre, por lo que solo tuvo que apartar la taza de café a un lado para poder ojear el contenido. Una serie de fotografías actuales cogidas *infraganti* mostraban a su pequeña y curvilínea mujercita ante el

departamento de floristería del centro comercial, había empezado a trabajar allí después de abandonar el puesto de camarera en un miserable restaurante. El espeso y oscuro pelo negro destacaba contra su pálida piel, sus ojos marrones brillaban con dulzura, libres del temor y la desconfianza que le había dedicado a él en sus últimos momentos juntos.

Acarició la fotografía, sintiendo en su interior una absoluta nostalgia y el insaciable deseo de ella, uno que se había hecho mayor y más doloroso con su ausencia.

—Es el nuevo centro comercial, ¿no?

El chico asintió.

—Lo abrieron hace unos meses —aceptó—, y a juzgar por la afluencia está resultando ser todo un éxito. Si te gustan las aglutinaciones…

—No me gustan…

—Mala suerte —chasqueó la lengua y prosiguió—. Ella suele hacer una pausa para comer a eso de la una. Sharon solía recogerla entonces y se iban a comer juntas. Sierra, la otra chica que trabaja en el departamento, entra a esa esa hora y ambas cubren juntas el turno de tarde. Es el refuerzo de la campaña de navidad. Una muchacha espeluznante, si me lo preguntas. Va siempre cubierta hasta el cuello, aunque haga un calor de mil demonios.

Adam ojeó otra de las fotos dónde una muchachita delgada y con mirada cautelosa parecía charlar con Bryony. Su postura y lenguaje corporal daban a entender mucha más edad de la que aparentaba, pero una edad psicológica, la misma que había visto en personas o lobos que habían sufrido alguna clase de maltrato.

El gruñido que estaba conteniendo surgió solo, si había algo que detestaba era el maltrato a una mujer, y ni que decir a una niña.

‹‹Te emparejas con ella, ¿y ahora la dejas ir? ¿La echas sin que sepa siquiera que su vida ha cambiado para siempre? Si no fueras más alto que yo, te pondría sobre mis rodillas y te zurraría, Adam››.

Eve se había puesto como una fiera cuando se enteró del desastre que había originado. En realidad, se había enterado toda la maldita casa, llena como estaba en ese momento, con varios miembros del clan con quienes habían celebrado la noche anterior.

‹‹Ella es humana, hijo. No puedes pretender que de la noche a la mañana acepte que hay un mundo más allá del que conoce y que, además, se ha emparejado contigo. No lo comprende. Tienes que darle tiempo, y sobre todo, enseñarle lo que significa ser la compañera de un lobo››.

Sharon había sido la única voz de la cordura en todo el jaleo que sobrevino a la fatídica noche. La única con el tacto, la ternura y la paciencia suficiente como para sacar a su nueva compañera del mutismo en el que se había sumido.

Durante el mes que pasaron juntos bajo el mismo techo, Sharon había sido su nexo de unión, gracias a su antigua niñera pudo acercarse a Bryony y ella pudo comprender el mundo en el que había caído sin invitación.

‹‹¡Estoy atrapada, Adam! ¡Atrapada en una maldita pesadilla de la que no soy capaz de despertar! ¡Déjame ir! ¡Deja que me vaya! ¡Libérame!››.

Esas palabras fueron el comienzo de todo. Estaban solos en casa, él estaba sentado tras el escritorio de la biblioteca, terminando unos papeles y ella había entrado hecha una fiera en sus dominios. La tensión que ya venían acumulando las últimas semanas decidió explotar y entre gritos, arañazos y mordiscos, terminaron rodando por la alfombra como dos animales en celo. La poseyó con fiereza, la marcó al puro estilo lobuno y la hizo llorar, por primera vez en toda su existencia, hizo llorar a una mujer.

‹‹Puedes irte, Bryony. ¿Quieres libertad? Te daré un año de esa preciada libertad, pero ni

un día más. Así que, aprovéchalos bien, compañera, porque cuando termine el plazo, iré a por ti››.

La había dejado marchar y Sharon se había ido con ella. La mujer decía tener un deber para con él y era cuidar de su futuro.

‹‹Solo necesita comprender el mundo que has puesto a sus pies. Cuando lo haga, cuando entienda qué significas en su vida, regresará. Es tu compañera, Adam, la única para ti››.

—Ya es hora de que regrese a casa —murmuró, mirando todavía la foto. Ahora que Sharon se había ido, no podía permitir que Bryony estuviese sola—, al lugar al que pertenece.

Ruan se rascó la barbilla, un movimiento pensado para dilatar su respuesta.

—Esto va a ponerse realmente interesante.

Lo fulminó con la mirada, pero tenía que estar de acuerdo con él, pues la empresa en la que estaba a punto de embarcarse no sería precisamente sencilla.

CAPÍTULO 1

—¿Estás bien?

Bryony levantó la mirada del ramo que estaba preparando y la dirigió a su compañera de trabajo. Sierra llevaba en la floristería poco más de un mes, era una muchacha reservada, pero capaz de conectar con la gente. Se limpió las manos en el delantal verde que protegía la ropa de la suciedad y le dedicó una sonrisa.

—He tenido días peores —respondió con una mueca, al tiempo que levantaba el pulgar por encima del hombro y señalaba la cortina que separaba el mostrador de la trastienda—. Al menos la mercancía ha llegado a su hora.

Los sagaces ojos, demasiado viejos para un rostro tan joven, se clavaron en ella con escepticismo.

—No me refiero a eso y lo sabes —puntualizó, dándole la espalda para volver a sus quehaceres.

Resopló para sus adentros. Sabía muy bien a que se refería Sierra, pero no quería pensar en ello. Si lo hacía, se echaría a llorar allí mismo y se había prometido casi un año atrás, que no volvería a derramar ni una sola lágrima delante de nadie.

—A veces es necesario llorar a las personas que queremos cuando estas nos dejan —continuó la muchacha, en apenas un susurro de voz—, es nuestra forma de decirles adiós y seguir adelante.

Sharon se había ido. El fugaz recordatorio hizo que los ojos se le empañasen los ojos y le picasen con las lágrimas.

—Voy a desempaquetar las nuevas flores que llegaron —anunció con voz queda—, hazte cargo del mostrador.

Sin una palabra más desapareció tras la cortina, una solitaria lágrima se escurría ya por su mejilla, la primera de muchas más que sabía le seguirían.

La vieja loba se había ido durmiendo. Esa certeza era lo que la había despertado en medio de la noche, eso y un sonoro aullido resonando en su alma fue lo que la sacó de la cama y la catapultó a través del coqueto apartamento que compartían en Boston. Tenía un rostro tan pacífico, tan dulce, durante unos breves instantes se negó a plantearse la posibilidad, una que podía sentir a un nivel primario.

Pero ella se había ido. Su mentora durante ese último año, la mujer que la había acogido bajo el ala cuando todo se desmoronó a su alrededor un año atrás, acababa de morir dejándola nuevamente sola.

¿Cuánto daño más podía hacerle el destino? ¿Cuántos escollos deseaba ponerle en el camino?

Las lágrimas brotaron sin nada que las detuviese, se llevó la mano a la boca y ahogó un sollozo que amenazaba con reverberar en el reducido lugar. Deseaba gritar, desgañitarse hasta dejar la garganta en carne viva, pero no podía permitirse tal flaqueza.

‹‹Eres la compañera de un alfa, tienes que ser fuerte, pues de tu fortaleza, él extraerá la suya y tus debilidades se convertirán en sus debilidades››.

Se llevó las manos a los oídos como si así pudiese acallar esa trillada frase que Sharon nunca dejaba de repetirle. La loba —parecía mentira que por fin se hubiese acostumbrado a ese

término— había caído en su destartalada vida una semana después de que él le hubiese concedido aquella breve libertad. Sharon la arrancó de la habitación de hostal en la que se había instalado provisionalmente para alojarla en su actual vivienda, un departamento de nueva construcción en un bonito y seguro barrio de Boston.

De qué manera había protestado. Cómo le había gritado y rogado que volviese con él y la dejase en paz. La loba no le hizo el menor caso, por el contrario, la obligó a sentarse en el maldito sofá y escuchar cada una de las historias que guardaba de la niñez de su compañero.

Un compañero.

Un maldito lobo.

El alfa de su clan.

Un jodido engendro.

Se llevó la mano a la mejilla con gesto instintivo, recordando el dolor y la laceración en el interior de la boca que le impidió comer algo más que sopa durante una semana. Una mujer tan menuda como Sharon y de su edad, le había girado la cara de una bofetada. Sus palabras habían sido tan serenas y llenas de emoción cuando la miró que había terminado llorando a moco tendido.

‹‹El que no comprendas su mundo, no te da derecho a insultarlo. Ahora tú también formas parte de él, así que en vez de quejarte y lamentarte, intenta aprender de él. Escucha tu interior y piensa que cuando le insultas, te estás insultando a ti misma››.

Lo había hecho, incluso a regañadientes, dejó que la mujer la llevase de la mano a través de un mundo que hasta esa mañana después de Acción de Gracias, ni siquiera sabía que existía.

—¿Por qué has tenido que irte ahora, *nana*? ¿Por qué?

Nana. Así era como le había pedido que la llamase. Cómo había llegado a verla. Como esa cariñosa y paciente nodriza que velaba por ella en todo momento, incluso cuando se ponía de luna.

Se abrazó a sí misma durante unos instantes, sorbió por la nariz y miró a su alrededor con nostalgia. No necesitaba que nadie se lo dijese, el tiempo de gracia que le fue concedido estaba llegando a su fin y él la reclamaría de nuevo.

‹‹Tu lugar está a su lado. Tú lo sabes y yo lo sé. Así como también él. Nada se interpondrá entre un lobo y su compañera, recuerda mis palabras, Bryony. Nada››.

Se estremeció. Tendría que renunciar a este trabajo, a la ciudad de Boston y marcharse a cualquier otro lugar en el que él no pudiese encontrarla.

Adam.

El hermano mayor de su —entonces— mejor amiga. Incluso eso había perdido con ese fatídico encuentro.

Eve la había invitado a pasar unos días con ella en la casa familiar. Le aseguró una y otra vez que sería bienvenida, durante más de una semana parloteó una y otra vez de lo bonita que era la ciudad, de lo diferente que era, de la gran casa en la que vivía y lo bien que estarían las dos.

‹‹¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte de nuevo sola en esa choza? Ven conmigo a Toronto, pasaremos Acción de Gracias juntas››.

Y aceptó. Habiendo sido abandonada a las puertas de un hospital nada más nacer y pasar la mayor parte de su infancia entre hogares de acogida, dónde se sentía más una extraña que parte de la familia, la idea de poder celebrar esa significativa fiestasen compañía de alguien querido, fue un aliciente poderoso.

Pero todas sus ilusiones y fantasías cambiaron de la noche a la mañana en el preciso momento en que posó sus ojos sobre Adam Blake.

‹‹Bienvenida a Canadá, señorita Evans››.

Desde el mismo momento en que cogió su mano y se la llevó a los labios, su vida cambió. La atracción fue inmediata, el deseo ocupó todo el espacio, uno nacido de la necesidad y que la atraía irremediablemente hacia él. Debía haberle hecho caso a su amiga, Eve la previno en cuanto se dio cuenta de lo que ocurría, pero ¿por qué escuchar a su mejor amiga cuando un hombre como Adam se fijaba y mostraba tanto interés en alguien tan simple como ella?

A sus ojos, él había sido entonces su caballero de brillante armadura. Un hombre adulto, seguro de sí mismo, elegante y educado, uno que mostraba abiertamente su atracción por ella y que la conquistó con tan solo un chasquido de los dedos. No importaba que fuese casi once años mayor que ella, él la quería e hizo todo lo que estuvo en su mano para seducirla y retenerla a su lado… y en su cama.

—Maldito seas, Adam Blake —masculló en voz baja, borrando el rastro de lágrimas del rostro con los puños de la camiseta.

Adam había cambiado su vida por completo, la ató a él sin preguntarle siquiera si estaba de acuerdo, la persiguió sin dejarle saber quién era en realidad y cuando finalmente sucumbió, vertió sobre su cabeza toda una vida de tradiciones y de rarezas que estuvo a punto de hacerla perder la cabeza.

Ella, una insulsa humana de veinticinco años, acabó emparejada con un lobo, miembro de una antigua raza sobrenatural que solo existía en el folclore y los mitos, y que aún encima, tenía sobre sus hombros el peso de ser el jefe del clan lupino que custodiaba la región este de Canadá.

Sí, su vida se había ido al infierno en el transcurso de la noche de Acción de Gracias, una que no podía borrar por más que quisiera.

—Mierda, mierda, mierda, ¡mierda! —empezó a mascullar en voz baja, al tiempo que se ensañaba con el cordón de tanza que envolvía uno de los paquetes de rosas que recibieron a primera hora—. ¡La culpa es toda de ese maldito lobo!

Siguió rezongando en voz baja, maldiciendo aquellas fechas y los tempraneros villancicos que no habían dejado de sonar desde hacía casi una semana, algo de admirar teniendo en cuenta que faltaba casi un mes para navidad; una cantidad de tiempo considerable para volverse loca.

—¡Bry! ¡Tienes visita!

Hizo una mueca, ¿otra vez el idiota del departamento de videojuegos? ¿Cuántas veces tenía que decirle que no estaba interesada en salir con él?

—En horario laboral no atiendo a nadie que no sea un cliente —respondió, alzando la voz —. Dile que vuelva con sus juguetitos y me deje en paz o la próxima vez que le vea, le presentaré al *Lobo Feroz.*

No escuchó la respuesta, pues continuó rezongando al tiempo que se deshacía del envoltorio y se tomaba un momento para aspirar el delicioso aroma de las rosas.

—Quizá debiese hacerlo —murmuró para sí, pensando en el *Lobo Feroz* que ella conocía —. Oh, *Caperucita,* pero que mala leche tienes…

—Algo de lo que sin duda, yo puedo dar fe.

Se quedó helada, apretó con fuerza el tallo que tenía en las manos y solo reaccionó cuando se clavó la espina en la palma.

—Mierda… joder… —gimió, dejando caer la flor para llevarse la mano a la boca al mismo tiempo que alzaba la mirada y lo veía—. ¿Qué diablos haces tú aquí?

De pie, vestido con traje y corbata y un caro abrigo, con el pelo negro revuelto y esos profundos y vivos ojos azules clavados en ella, su atractivo compañero era sin duda el vivo retrato del *Lobo Feroz.*

—He venido a buscarte, *Caperucita* —declaró, al tiempo que sacaba las manos de los bolsillos del abrigo y tras cogerle la palma y examinar por sí mismo el daño, se la llevó a los labios y lamió la herida—. Ha sido un año muy largo, Bryony, ¿lista para volver a casa?

Retiró la mano de inmediato de la suya, la apretó contra su pecho y retrocedió.

—No se ha cumplido el plazo —replicó, sin saber qué otra cosa decir en ese momento. Su presencia ya era de por si bastante perturbadora.

Había esperado verlo en el funeral de Sharon, se había mentalizado para ello, pero él no solo no había aparecido si no que había enviado en su lugar a Eve. Su amiga la había saludado y se había quedado después a su lado sin decir nada, como si fuesen dos extrañas y no las mejores amigas que habían sido un año atrás. Ese distanciamiento le había dolido, pero no era tan egoísta como para no saber que ella tenía también parte de culpa. Si hubiese escuchado sus palabras, si hubiese estado dispuesta a sentarse con ella y hablar… Sí, Eve le había ocultado la verdad, pero era una verdad que no habría sido fácil de explicar y que, si era sincera consigo misma, no era más importante que perder a una buena amiga.

—Acordamos un año —le recordó, sintiendo como le temblaban las piernas al tenerlo por fin ante ella. Su corazón empezó a latir con fuerza, como si se alegrase de verle, como si fuese todo lo que había estado esperando durante esos largos meses.

Él se limitó a encogerse de hombros, sus ojos siempre fijos en ella, impidiéndole escapar.

—Me he cansado de esperar.

CAPÍTULO 2

La expresión en el rostro de su compañera casi lo hace sonreír. Casi. Estar de nuevo ante ella, después de diez meses sin más contacto que el de los informes y fotos facilitados por la persona que había contratado para mantener un ojo sobre Sharon y ella, despertaba un anhelo que permanecía dormido, agazapado a la espera de esa nueva oportunidad.

Ya no olía a menta fresca, su desarrollado olfato captó una mezcla floral mucho más suave unida a la de las rosas con las que había estado jugando. Ya podía sentir como la saliva se le acumulaba en la boca obligándole a tragar. Si en aquellos momentos estuviese en su forma lupina, no albergaba duda alguna de que tendría la lengua colgando.

Céntrate, Adam. Céntrate. Ya… la comerás después.

Su aire juvenil había desaparecido en el transcurso de este último año, la dulzura en su mirada se convirtió en profunda desconfianza, su rostro, carente de maquillaje cuando la conoció por primera vez, ahora contenía una capa que la convertía en alguien que no era. Gruñó, no pudo evitarlo, no le gustaba ese cambio, no le gustaba que se enmascarara tras una fachada.

—Llevas demasiado maquillaje —declaró con firmeza. Se mojó la yema del pulgar con la punta de la lengua y lo frotó sobre su mejilla, la cual poseía un sonrojo artificial.

El contacto fue como un latigazo para sus sentidos, quiso gimotear de placer y sobre todo alargarlo, pero ella se lo impidió.

—No me toques —jadeó, dando inmediatamente un paso atrás. Sus labios se abrieron brevemente, su pecho empezó a subir y bajar como si acabase de terminar una maratón y sus ojos… en ellos pudo ver su misma reacción reflejada en ella.

—Soy el único que tiene derecho a hacerlo.

Si fuese un gato, ahora mismo tendría erizada hasta la cola, pensó con cierta ironía. Sus ojos eran como dardos marrones llameantes clavándose en su piel, algo que más que fastidiarle, aumentaba su deseo.

Demonios, la abstinencia prolongada no era buena para un lobo, especialmente cuando estaba emparejado y su compañera olía tan bien.

—¿A qué has venido?

La pregunta directa, formulada en un siseo lo obligó a centrarse una vez más.

—A llevaros a casa.

Bryony parpadeó varias veces, como si no pudiese comprender el significado de sus palabras.

—A Sharon y a ti —explicó con esa pacífica actitud que sabía sacaba de quicio incluso a sus contemporáneos—. Ella debe descansar en casa.

Notó el breve estremecimiento que sacudió su cuerpo, un gesto que habría pasado por alto para cualquiera con excepción de él mismo. El brillo en sus ojos, la forma en que apretaba suavemente los labios, la tensión en sus hombros… Había dolor en ella, dolor por la pérdida, uno que también habitaba en su propio interior y en el de su clan. Sharon había sido una gran loba y era querida por todos.

—No estuviste en el funeral.

El reclamo era palpable en su voz, un reproche que no esperó encontrar en ella y que sin embargo le transmitió ciertas esperanzas.

—Envié a Eve.

Ella entrecerró los ojos, como si quisiera decir algo, pero cambiase de idea en el último momento.

—No es lo mismo.

—¿Me necesitabas a tu lado, Bryony?

Sacudió la cabeza en una firme negativa y le dio la espalda.

—No he necesitado ni necesito nada de ti —declaró con firmeza—. Pero a ella le habría gustado que estuvieses allí.

—Sharon no tenía problemas en decir lo que quería —comentó, conociendo la actitud de la vieja loba—. Si ese hubiese sido su deseo, me habría convocado mucho antes. En cambio, eligió permanecer a tu lado y cuidarte para mí.

Se giró hacia él como un resorte, su mirada puro fuego.

—Decidió quedarse conmigo por su propia tozudez, nada más y nada menos —siseó, temblando ante la intensidad de su presencia—. Y nunca dijo ni una sola buena palabra de ti.

Ah, una profunda y fragante mentira. Arrugó la nariz ante el ácido aroma y casi se imaginó a sí mismo sacudiendo el pelaje.

—No habrá mentiras entre nosotros, compañera —le recordó, clavó sus ojos en los de ella y le sostuvo la mirada—. Recuerda quien soy, Bryony y lo que puedo hacer. No me mientas, pues lo sabré, como tú también sabes que no me gustan lo más mínimo las mentiras.

Sus manos cayeron sobre la pequeña mesa que se interponía entre ambos, un fuerte golpe que resonó en el pequeño reservado que hacía la función de trastienda y que envió algunas de las rosas al suelo.

—Lo único que sé es que has roto tu palabra —declaró, ahora con total sinceridad—. Acordamos un año y este todavía no se ha cumplido. Lo único que sé a ciencia cierta, es que no quiero verte. No te quiero cerca de mí, no quiero…

—Demasiada verborrea sin sentido —declaró, rodeando la mesa para finalmente actuar al modo *alfa* sobre ella—. Demasiadas palabras saliendo de esta bonita boca y que no hacen más que retrasar lo que deseo.

Alzó la mirada, enfrentándose a él con esa mezcla de timidez y decisión que era nuevo en ella. No se amilanaba y eso le gustaba, le gustaba a un nivel muy profundo. Diablos, se sentía orgulloso de ella y también lo estaba su lobo, aunque desease la inmediata sumisión de su pareja.

—Y lo retrasarán aún más —murmuró ella, sin apartar la mirada. Su voz temblaba, pero estaba lo bastante decidida a continuar—, porque si me pones una sola mano encima, voy a gritar hasta quedarme afónica y echar sobre ti a todo el equipo de seguridad de este jodido sitio.

Chasqueó la lengua.

—Esa boquita —le acarició los labios con el pulgar y tuvo que retirarlo de inmediato cuando los blancos dientes se cerraron de golpe. Se rio, no pudo evitarlo—. Ten cuidado, Bryony, acabarás por lastimarte si sigues así.

—No me toques y no tendré que repetirlo.

Enarcó una ceja y se acercó un poco más, obligándola a retroceder hasta que la tuvo enjaulada entre la mesa su cuerpo y la estantería que había tras ella.

—Te has convertido en una bonita y fiera loba, compañera.

Alzó de nuevo la barbilla, desafiándole abiertamente, algo que hacía que todos sus instintos empujasen por la supremacía y la doblegación de su pareja.

—No. Soy. Una. Loba —siseó una vez más, marcando cada palabra con un golpe de aire.

Asintió.

—No, físicamente no lo eres —aceptó al tiempo que la recorría con la mirada y se relamía ante lo que veía—, pero estás emparejada con uno, lo que te convierte en una loba, una a la que he echado muchísimo de menos.

Su afirmación la golpeó, pudo notarlo en la forma en que tembló, en la manera en que su cuerpo reaccionaba a su presencia. Le dolían los dedos por acariciarle los pechos, por deslizar el pulgar sobre las protuberancias que ya se marcaban contra el delantal. Estaba excitada y él podía olerlo con meridiana claridad.

—Es hora de que vuelvas a casa y ocupes el lugar que te corresponde —sentenció, cogiéndole la barbilla con los dedos—. A mi lado… y en mi cama.

Se estremeció una vez más, pero sus palabras no borraron la furiosa rabia que ahora reflejaban sus ojos.

—Vete al infierno —articuló palabra con palabra, dotándola de pura rabia—, y haznos un favor a ambos quedándote allí.

Chasqueó la lengua, deslizó la mano por su mandíbula hasta hundir los dedos en su pelo y aferrarla de la nuca. Le echó la cabeza hacia atrás, sometiéndola, intimidándola con su cuerpo y su presencia.

—Quizá necesites un pequeño recordatorio de lo que nos une —le respondió, vertiendo el aliento en su oído—, así que permíteme ponerte al día.

No le dio tiempo a pensar, apretó los dedos en su delicada nuca y la atrajo hacia su boca penetrando sus labios con la lengua y obligándola a responder. Ella no lo defraudó, correspondió a su beso y enlazó la lengua con la suya con esa misma urgente necesidad que habitaba en él.

—Podremos pasarnos media vida peleando, Bryony —le susurró, lamiéndole ahora los labios—, pero no hay duda dónde pasaremos la otra mitad.

Volvió a besarla con ganas, las de un lobo hambriento de su compañera.

CAPÍTULO 3

Bryony estaba segura de que ese hombre tenía la capacidad de hacerle papilla el cerebro. Todo su cuerpo había reaccionado ante la presencia masculina, poniéndose a bailar como una bailarina en la barra de una discoteca a pesar de lo que su mente se esforzaba en advertirle.

No lo hagas. No dejes que te embauque otra vez. No sucumbas.

Pero era mucho más sencillo decirlo que hacerlo, especialmente cuando la tenía entre la espada y la pared; o lo que era lo mismo, entre ese magnífico y apetitoso cuerpo y la estantería. Sabía que tenía que odiarle, resistirse con uñas y dientes, pero todas las neuronas de su cerebro parecían haberse fundido al unísono convirtiéndola en una muñeca de trapo.

—No tienes derecho a hacerme esto —se encontró farfullando, luchando por escapar de sus labios y esas manos que la dejaban temblando y deseando más—. No puedes aparecer y pretender que… que…

Le puso los dedos sobre los labios y se inclinó hasta que sus miradas quedaron a la misma altura.

—Tengo el derecho que me da el que seas mía —aseguró, sus ojos azules más oscuros que de costumbre, casi sobrenaturales—, el que me da el haber estado lejos de ti durante estos malditos meses que me obligaste a darte. He sido todo lo paciente que he podido, Bry, pero nunca he sido un santo y no voy a empezar ahora, ni siquiera por ti.

Volvió a besarla, acallando cualquier respuesta que su vapuleado cerebro hubiese podido conjurar. Para su propio asombro, se encontró apretándose más contra él, devolviéndole los besos y luchando al mismo tiempo por recuperar el espacio que su sola presencia le arrebataba.

¿Podía acaso caer más bajo? Durante meses y meses se había prometido que no caería en sus garras, intentó incluso citarse con otros hombres pero el resultado había sido más que desastroso. Los besos de otros no la hacían arder como los de Adam, las caricias de esos otros la enfermaban más que la encendían, había sido incapaz de ir más allá, rompiendo en descontrolado llanto después de cada episodio. Él la había contaminado, la había marcado para siempre y ya nunca volvería a tener libertad.

‹‹Estás marcada, ¿qué esperabas? Eres su compañera, los lobos se emparejan de por vida. Le perteneces como él te pertenece a ti, no habrá otro igual en todo el universo, nadie que te llene y te haga sentir de esa manera. ¿Fidelidad? Los lobos llevan esa palabra al extremo una vez encuentran a su pareja, pequeña, no hay nadie más para ellos››.

Sharon le había dado aquella charla una noche, después de que volviese a casa hecha un mar de lágrimas y maldiciendo a todos los hombres existentes en la faz de la tierra. Había estado tan enfadada y se había sentido tan herida que nada podía consolarla.

‹‹Estás reaccionando igual que una loba furiosa, posiblemente me haría gracia si no sintiese tanta pena por lo que tú misma te estás haciendo. Vuelve con él, Bry, vuelve con tu compañero. Deja de sufrir››.

No lo había hecho, como tampoco volvió a salir con ningún otro hombre y ahora, aquí estaba él, despertándola de un largo letargo al que él mismo la había sometido con su reclamo aquella noche de navidad.

—No es justo —musitó, sin saber muy bien si lo decía para consigo misma o para él—. No es justo.

—La justicia está sobrevalorada en nuestros días —le susurró al oído, entonces le mordió suavemente la oreja—, a estas alturas deberías ser más que consciente de ello.

Sacudió la cabeza, intentó apartarse solo para que él la sometiese de nuevo, empujándola contra la estantería.

—No luches contra mí, Bryony, no vas a ganar.

Se mordió el labio inferior, solo para sentir como sus manos obraban por si solas, empujándole.

—No puedes hacer esto —declaró con firmeza, al menos toda de la que fue capaz—. No puedes aparecer así y pretender…

La silenció con un nuevo beso.

—Sí, puedo —aseguró, totalmente complacido consigo mismo.

Intentó desembarazarse de él, se revolvió en sus brazos pero todo lo que consiguió fue sentir la dureza de su cuerpo contra el suyo.

—No, no puedes —insistió, fulminándole con la mirada—. Estamos en un establecimiento público, hay una jodida cortina que separa la zona principal del almacén y…

—Y hablas demasiado —aseguró, devorando una vez más su boca, arrancándole un gemido de frustración—. Tengo hambre de ti, tanta como tú tienes de mí y no soy tan caballeroso como para retirarme ahora, no sin una satisfacción.

Resopló y descansó ambas palmas contra su pecho. La tela del traje era suave al tacto y él olía tan bien que su mente se encontró naufragando por momentos.

—Sierra podría entrar en cualquier momento… por favor —cambió de táctica.

Él gruñó, se separó lo justo de ella para mirarla a los ojos y no pudo hacer otra cosa que contener el aliento cuando vio como estos reflejaban al lobo. Si bien no era la primera vez que veía algo así, gracias a la compañía y enseñanzas de Sharon, sí que era la primera que lo contemplaba en los de Adam.

—No entrará —murmuró, su voz era muy profunda, casi animal—, es una muchacha inteligente y sabe captar una indirecta sin mucho esfuerzo.

Sus palabras la pusieron alerta, no pudo evitar indignarse al pensar en este maldito hombre avasallando a su compañera.

—¿Qué le has hecho? —siseó—. Como la hayas asustado, juro por dios que…

Se rio en voz baja.

—Dudo mucho que una manada entera de lobos consiguiese asustar a esa criatura —aseguró y había verdadero orgullo en su voz—. Si hace que te sientas mejor, te diré que amenazó con castrarme si te hacía daño.

La sorpresa que implicaba tal afirmación la noqueó. ¿Sierra haciendo amenazas? ¿A él? Si no fuese porque sabía que no le estaba mintiendo, se habría reído de buena gana ante tal absurdo.

—Y ahora, si dejas de hablar y respondes como debes hacerlo —insistió, acariciándole el cuello con la nariz—, nos harás a los dos mucho más felices.

—¿Quién dijo que tengo la más mínima intención de contribuir a tu fel…?

A duras penas pudo ahogar un gemido cuando le acunó los pechos. Los pulgares rozaron los pezones por encima del delantal endureciéndose aún más bajo sus caricias.

—Hay demasiada tela entre mis manos y tu piel.

Las grandes manos se hicieron eco de sus propias palabras y atacó su ropa, pero para su sorpresa, lo hizo con tranquilidad y no con el frenesí que proclamaba cada uno de sus movimientos. El delantal terminó encima de la mesa, los botones de la blusa fueron cediendo uno tras otro hasta dejar a la vista el sujetador de algodón y la suave piel de sus pechos los cuales

no se privó en amasar.

—Ah, esto está mucho mejor —murmuró, deslizando los dedos por la cálida piel expuesta.

Gimió y se aferró a las solapas de la chaqueta del traje al tiempo que apretaba los muslos bajo la falda.

—No puedo creer que estés haciendo esto —musitó, luchando por mantener los sonidos del deseo a raya—. No puedo creer que *yo* te lo esté permitiendo.

De nuevo esa profunda risa resonó en sus oídos.

—Si es lo que quieres creer, no seré yo quien lo desmienta.

Cada una de sus palabras estuvo acompañada por caricias, su boca pronto abandonó su rostro para prodigarle pequeños besos y lametones a los hinchados pechos, llegando incluso a morderla con suavidad a través de la tela.

—Eres despiadado —rezongó.

—Soy el *Lobo Feroz*, ¿no fue eso lo que murmurabas?

—Es una verdadera pena que esta *Caperucita* no tenga un arma a mano en estos momentos —repuso, con un resoplido.

Como respuesta, apretó su pelvis contra ella, haciéndola plenamente consciente de la gruesa erección que ocultaba el pantalón.

—Yo puedo ponerte una…

—Eres un ca…

El aire se esfumó, dejándola jadeante cuando deslizó una de las manos por encima de la falda de lana y apretó sin compasión su sexo por encima de la tela.

—Esa boquita… —le susurró al oído, al tiempo que arrugaba la tela con los dedos, tirando de ella, izándola hasta hacerla sentir el aire sobre sus piernas desnudas—. Veo que sigues teniendo la misma inclinación al insulto que cuando nos conocimos.

Bufó, no merecía otra respuesta, menos cuando su mano estaba incursionando en territorio hostil.

—Cuando nos conocimos no te insulté —le recordó, luchando por meter aire en sus pulmones y hablar al mismo tiempo—, lo hice después… cuando… cuando… joder…

—Prefiero el término *hacer el amor*.

—Nosotros no hicimos el amor, *follamos* —replicó enfurruñada. La manera en que se enrollaron sobre la alfombra no podía considerarse hacer el amor, había sido un encuentro carnal intenso y bestial en toda regla—. Te recuerdo que me mordiste.

—Me dejé llevar —aceptó, recogiendo la tela alrededor de la cintura—, es lo que suele provocar el hambre entre compañeros.

—Yo no te mordí —siseó en respuesta.

—No, me pegaste en el hombro con la base de la lámpara —le recordó oportunamente—. Todavía tengo la cicatriz.

—Estaba apuntando a tu cabeza.

—Por suerte para mí, tu puntería no es muy buena —gruñó en voz baja, frotándose contra su cadera, haciéndola partícipe de su propia excitación—, pero ya habrá tiempo para hablar… después. Ahora… separa las piernas.

Deslizo los dedos entre sus muslos, acariciándole la delicada piel de la cara interior mientras le mordisqueaba el cuello.

—Hazlo, Bry —susurró con dulzura—, muéstrame que estás tan excitada por mí como yo lo estoy por ti.

Se estremeció, sus palabras eran como un dulce néctar en sus oídos, pero se negó a caer de

nuevo en esa red. Apretó los muslos y lo dejó fuera.

—Será mejor que lo dejemos aquí y…

Le cogió la barbilla, enfrentándola una vez más.

—Se me está agotando la paciencia contigo —aseguró, su voz espesa y demasiado profunda—. Estoy intentando ser comedido, pero no me lo estás poniendo nada fácil.

—No te he pedido que lo fueras, no te he pedido que vinieses, no te he pedido… ¡Nada!

—Lo sé, por ello, es una suerte que yo tenga mucho mejor criterio y sea lo suficiente egoísta como para desear tenerte a mi lado a pesar de todo —concluyó con fiereza—. Ahora puedes elegir, lo hacemos a tu manera o lo hacemos a la mía.

Apretó los labios y lo fulminó con la mirada, no estaba dispuesta a ceder ante él, si lo hacía ahora, estaría perdida.

—De acuerdo, que sea entonces a la mía.

Atravesó la barrera de sus labios y se sumergió en su boca con una intensidad tan fiera como la de su primera unión. Su sexo respondió en consonancia, humedeciéndose todavía más, dispuesto para recibirle y disfrutar con sus atenciones.

¿Por qué su cerebro y su cuerpo no podían ponerse de acuerdo por una sola vez? ¿Por qué no podía rechazarle con el mismo ímpetu que lo hacía en su mente? El caer de nuevo en su red no traería nada bueno, no le reportaría si no nuevos dolores de cabeza.

Eres su loba.

¡No soy una loba!

Eres su compañera.

No lo soy.

Le deseas.

Maldita sea, conciencia. Cállate la boca.

Cuando él rompió el beso ambos jadeaban, sus ojos volvieron a encontrarse y tuvo que luchar por contener las lágrimas que ya le picaban. No iba a llorar delante de él. Nunca. Jamás.

—Déjame tenerte, Bry —le susurró, seduciéndola con su voz—. Sé que lo necesitas tanto o más que yo, déjame darnos a ambos lo que necesitamos.

No pudo sostenerle más la mirada, las lágrimas seguían allí, torturándola. Terminó por ocultar el rostro en el hombro de su abrigo, su cuerpo se aflojó contra el suyo y le permitió deslizar la mano entre las piernas. Se mordió los labios y cerró los ojos con fuerza cuando sintió sus dedos acariciarla por encima de la empapada ropa interior. En maldita buena hora se le ocurrió ponerse un tanga.

—Suave y mojada —musitó. Su sola voz la hacía estremecer—, tan dulce…

Un rápido tirón y el sonido de la tela rasgándose fue el único aviso de que el lobo había decidido tomar el control. Se estremeció y para su mortificación se mojó incluso más, todo su cuerpo se licuó de necesidad.

—Mía. —Un gruñido más que una palabra. Sus dedos la penetraron sin más, obligándola a alzarse de puntillas ante la repentina invasión—. Eres mía, Bry. Solo mía. ¿Lo entiendes?

Apretó los labios incluso más, casi podía sentir como se quedaba sin sangre.

—¿Lo entiendes, Bryony? —insistió, penetrándola una vez más con los dedos, con fuerza, tan profundo que resultaba molesto y a pesar de todo seguía encendiéndose por él—. Eres mi loba, mi compañera… dilo.

Gimió, las lágrimas se escurrieron de sus ojos, absorbidas de inmediato por la tela del abrigo, pero mantuvo el silencio.

—¿Conseguiré algún día que lo admitas? —suspiró, tratándola ahora con mayor suavidad

un instante antes de abandonarla.

Se lamió los labios y se separó lo justo para poder hablar.

—No soy una loba.

Sintió, más que escuchó, como suspiraba. Su pecho se expandió bajo ella y notó sus manos entre ellos, haciéndose cargo de la cremallera de su pantalón.

—No, Bry, no lo eres —respondió, acariciándola ahora una vez más con la dura longitud de su pene—. Eres *mi* loba.

La penetró muy lentamente, llenándola con su miembro y su presencia al mismo tiempo. Desde la primera vez que estuvieron juntos, cada nueva unión había resultado incluso más intensa y no solo en el terreno sexual. Había algo que los conectaba, algo que iba mucho más allá de lo que podía entender, una conexión mística que la unía irremediablemente a ese hombre, la misma por la que había necesitado huir.

—Sí, justo así —gruñó él, enterrándose profundamente en ella, manteniéndola en ese borde que rozaba el cielo y el infierno, sin moverse todavía—, la funda perfecta. La única para mí.

Gimió, dejó de luchar, su cuerpo se había rendido hacía ya tiempo y la inmediata posesión no hacía más que recordárselo. Ahogó las quejas de su mente, retuvo las lágrimas y enlazó los brazos alrededor de su cuello al tiempo que él la levantaba y la instaba a cruzar las piernas en su cintura.

No la soltó ni siquiera cuando barrió el contenido de la mesa, lanzando las rosas, cintas y demás utensilios al suelo. La posó sobre el borde, inclinándose sobre ella y buscar su mirada.

Quería que la follase sin más, que bombease en su interior como un loco mientras la hacía gemir y se retorcía bajo él, quería que borrase ese momento y al mismo tiempo lo hiciese eterno.

No quería desearlo, no quería anhelarlo y sin embargo, durante todos esos meses separados, se había estado muriendo sin él.

—Dilo, pequeña —insistió, sus ojos azules presos de los de ella—, di que no está todo perdido.

Se lamió los labios y respiró hondo antes de apretarse contra él y reclamar ella misma su boca en un hambriento beso.

—Eso tendrás que preguntárselo a *Santa* —musitó, rompiendo el beso, sus ojos encontrándose con los suyos—, él fue el culpable de todo.

Sonrió, una sonrisa abierta y sincera. Entonces chasqueó la lengua y se retiró solo para volver a penetrarla.

—No volveré a ponerme ese maldito traje ni por todo el oro del mundo.

No la dejó responder, se limitó a poseerla como la primera vez, con hambre y fiereza, acallando sus gemidos con su boca y llevándolos a ambos a una liberación febril que le dejó la cabeza dando vueltas.

CAPÍTULO 4

—¿Entonces? ¿Cuál es vuestra historia? —preguntó Sierra, alternando la mirada entre él y Bryony.

—No hay historia —declaró su compañera.

—En realidad sí la hay.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Vete al infierno.

Adam no pudo evitar sonreír para sí satisfecho. Con el pelo despeinado, la ropa de nuevo puesta y ese estúpido delantal envolviéndola, su mujer olía a él y a sexo; una combinación del todo deliciosa.

—Esperaba que estuvieses de mejor humor —declaró, recorriéndola con la mirada—. Nos conocimos el año pasado, una semana antes de Acción de Gracias. Mi hermana estaba empeñada en que le echase una mano y me obligó a probarme un estúpido traje de Santa Klaus.

Sierra parpadeó y lo miró de arriba abajo con disimulo. La chica había estado atendiendo a una clienta cuando Bryony atravesó la cortina como una exhalación rumiando en voz baja algo sobre las jodidas hormonas. Su pequeña y adorable compañera se había detenido en seco, todo su cuerpo se había tensado en el mismo momento como si acabase de recordar dónde estaba exactamente.

La mirada que le dedicó cuando atravesó la cortina tras ella, era suficiente para hacerlo desaparecer, o en su caso, aumentar su deseo de quitarle ese maldito delantal, lanzárselo a su compañera y decirle que no la esperase ni mañana ni nunca en el trabajo.

—Sí, puedo ver lo horrible que debías estar, sí —murmuró la muchacha.

—Casi me dio una apoplejía cuando mi hermana Eve dejó el traje encima de la cama y me dijo que como… cabeza de la familia, tenía que hacer los honores y vestirme para la ocasión —aseguró, recordando aquél horrible momento.

Apenas se había probado el traje y las botas, dispuesto a decirle a su querida hermanita que no se pondría la peluca y la barba, ni por todo el oro del mundo, cuando la vio a ella de pie en el recibidor.

En ese momento se olvidó de todo excepto de la joven mujer que había entrado en su casa, una que olía a las mil maravillas y que captó toda su atención.

—Entonces la vi —continuó, cogiéndole la mano y llevándosela a los labios solo para besar el aire—, y decidí que no iba a escapárseme.

—Sí, puedo comprender esos arrebatos —comentó la muchacha—, en mi familia… se han dado mucho los últimos años.

—¿Tienes hermanos, Sierra? —preguntó, observando atentamente a la precavida muchacha. A primera vista no debía tener más de veinte años, su rostro juvenil estaba así mismo marcado por la experiencia y algo le decía que ese suéter de cuello alto y el suave guante que cubría una de sus manos, no era una cuestión de moda, si no para ocultar viejas cicatrices.

La chica parpadeó, sorprendida por su pregunta, entonces se encogió de hombros.

—No de sangre, de hecho mi hermano mayor es más bien, algo así como un padre de acogida, barra tío —chasqueó la lengua—. Me negué a que me adoptase, así que me libré de él solo para ganarme el apellido de uno de sus amigos más cercanos, quien se casó… um…

recientemente, si le preguntas a él y tiene un precioso bebé de dos añitos.

—Sin duda una historia interesante.

La chica asintió y se giró hacia Bryony, quien seguía manteniendo una mirada precavida y medio enfurruñada en su rostro.

—Si quieres irte, no hay problema —declaró mirando a su alrededor—, creo que podré arreglármelas para seguir vendiendo las *Flores de Pascua*. Es lo único que parece estar saliendo hoy.

—De ninguna manera, no voy a dejarte sola en la tienda la víspera de Acción de Gracias.

La rotundidad con la que pronunció aquella frase atrajo la atención de la chica y le provocó una risa.

—Y esa es una sutil manera de decirme que me vaya —comentó, posando los ojos en su compañera—. Tengo entendido que acabas a las siete. Te recogeré entonces y tendremos una… agradable charla.

Ella enarcó una ceja.

—¿Otra más? Pensé que nos habíamos dicho todo lo que podía decirse.

Se pasó la lengua por el labio inferior y ladeó la cabeza.

—Obviamente no todo, Bry —aseguró, utilizando a propósito esa abreviatura de su nombre—. Ni mucho menos, todo.

No pidió permiso, tampoco es que lo necesitara, la enlazó por la cintura y la atrajo hacia él para darle un rápido beso en los labios.

—No hagas ninguna estupidez, *lobita* —le susurró al oído—, no te gustarán las consecuencias.

Se apartó de él enseñándole casi los dientes, una mueca de lo más divertida, sobre todo para alguien empeñada en decir que no era una loba.

—Sierra, ha sido un placer.

La chica asintió, sin perderse el intercambio entre ellos.

—Lo mismo digo.

Con un último gesto de la cabeza, dio media vuelta y se marchó, dejando a ambas mujeres una vez más solas.

—Tu novio es… sorprendente —escuchó tras de sí.

—No es mi novio.

—Pues para no serlo, te ha follado a base de bien.

No escuchó el resto, fue incapaz de dejar de reír hasta abandonar el centro comercial.

CAPÍTULO 5

—A ver si lo he entendido bien —murmuró Sierra, al tiempo que empaquetaba una de las *poinsettia* de hojas amarillas para una cliente—. Es algo así como tu marido, pero no es tu marido, lo conociste el año pasado durante las vacaciones de Acción de Gracias y no has vuelto a verlo hasta ahora.

Bryony sabía lo absurdo que sonaba esa excusa, pero más allá de absurda, era la realidad, una de la que había estado huyendo todo este tiempo solo para darse de morros ahora con ella; en toda su gloria.

Suspiró, cobró a la cliente y echó un vistazo hacia la tienda. Faltaba poco más de una hora para cerrar, las ventas habían ido mucho mejor de lo que esperaba, quizá debido a la creciente fiebre navideña que instaba a los bostonianos a decorar sus casas con plantas propias de las fechas.

—Ese sería un buen resumen de la situación, sí.

La chica silbó por lo bajo.

—Y yo pensando que la manera en que se han conocido los miembros de mi familia era rara, pero chica, la tuya lo supera —aseguró, entonces frunció el ceño pensativa—, o quizá no. A ti no te ha disparado tu esposa, por no recordar siquiera que estaba casado contigo.

Enarcó una ceja ante el inesperado comentario.

—¿Debo preguntar?

Se encogió de hombros.

—Mi tutor. Él y sus compañeros son un poco… peculiares, pero son muy buena gente —aceptó, con una amplia sonrisa que rejuveneció su rostro—. Son mi familia, después de todo. Como no puedes deshacerte de ella, la quieres.

Sonrió ante la respuesta de la chica.

Familia.

Su sonrisa empezó a morir al recordar a la mujer que había sido eso, su familia, durante este último año, una que ya no estaba con ella. Sintió el conocido nudo en la garganta, las lágrimas amenazando con acudir una vez más y se obligó a tragarse la pena y mantenerse estoica. No podía derrumbarse ahora, no podía permitirse llorar su pérdida, no cuando estaba a menos de una hora de que su vida cambiase por completo.

Si algo sabía de Adam, era que no hablaba en vano. Volvería a buscarla a la hora acordada y se la llevaría, así fuese a rastras, de regreso a Toronto. ¿Y qué había allí para ella? ¿Cómo podría enfrentarse a todo un clan y a la censura que sin duda vería en sus ojos por su deserción?

Sharon no se lo dijo con palabras, pero era obvio que la loba no había aprobado su intención de mantenerse lejos de su pareja, especialmente cuando este era el alfa y jefe de una de las regiones más importantes del país.

‹‹Adam tiene un deber para con su clan, uno que se extiende ahora a ti también. Como líder, se espera de él fortaleza, sabiduría y justicia. La manada quiere un líder que no retroceda, quiere a alguien a quien poder seguir, a quien poder pedir consejo cuando las cosas se tuerzan. —Le había dicho Sharon en una ocasión, cuando se había negado, una vez más, a escuchar nada que tuviese que ver con ese hombre—. Y entonces, el líder se empareja. El alfa tiene una

compañera, una que no es capaz de aguantar a su lado ni dos días sin desear escapar. Tu partida ha sido un duro golpe para él en muchos más sentidos de los que crees, Bry. Le has obligado a mostrarse incluso más duro, más frío y menos piadoso para que el clan pueda seguir confiando en su juicio. Y ese no es el verdadero Adam, no es el lobo que yo crie desde que iba en pañales››.

Aquel juego de poder no podría durar mucho más, era perfectamente consciente de ello, aunque saberlo no ayudaba a su propia causa.

—Tengo que marcharme —musitó.

Sierra, quien había terminado con su tarea la miró y consultó al mismo tiempo el reloj.

—Es víspera de Acción de Gracias, la gente está ultimando los últimos preparativos pero no creo que haya mucho lío de aquí a la hora de cierre —le dijo con una divertida sonrisa—. Vete y mañana no se te ocurra madrugar, recuerda que es tu día libre.

Sí, había escogido el día de mañana libre ante la imposibilidad de venir a trabajar sin que los recuerdos se agolpasen en su mente, especialmente ahora que Sharon no estaba allí para hacerlos a un lado. Por desgracia, el causante de esos recuerdos sí estaba allí, en la ciudad, dispuesto a reclamar lo que, según la ley de los lobos, le pertenecía; Ella.

Tengo que irme. Tengo que salir de aquí. Ya no puedo esperar más.

Esa idea había vivido en su mente desde el principio, con cada nuevo pedazo de información que descubría sobre el mundo en el que había caído, su necesidad de huir se había acrecentado hasta el punto de que lo intentó una vez, pero no llegó mucho más lejos de la estación de autobuses; fue incapaz de subirse en uno.

Sharon se había reunido con ella por la noche, se había sentado a su lado en la soledad de la estación y le había acariciado el pelo durante minutos.

‹‹Uno puede huir de los problemas o intentar dejarlos atrás, pero no puede huir de sí mismo, Bryony. Da igual lo mucho que corras, tú seguirás ahí››.

Esa noche había llorado en sus brazos, dejó que la consolara bajo el arrullo de su voz, alejando los miedos hasta que solo quedó una silenciosa rendición.

Pero las cosas habían cambiado, Sharon ya no estaba allí para detenerla y el único con suficiente poder para hacerla cambiar de opinión había aparecido antes de tiempo en la ciudad. Era hora de emprender el vuelo.

—¿Estás segura de que podrás arreglártelas? —preguntó, mirando a su compañera. Iba a echarla de menos.

—Claro que sí —aseguró, haciendo el signo de la victoria con los dedos—. Vamos, vete y diviértete.

No se lo pensó, simplemente la rodeó con los brazos y la apretó con suavidad.

—Te echaré de menos.

La chica parpadeó, visiblemente sorprendida.

—Nos veremos pasado mañana, Bry —se burló—. No se me termina el contrato hasta después de navidad.

Ella asintió, dio un paso atrás y sonrió.

—No dejes que nadie te diga que hacer, Sierra.

La chica hizo una mueca, un gesto que le había visto alguna que otra vez y que contenía mucha amargura para alguien tan joven.

—Hace tiempo que dejé de seguir órdenes —aseguró, con un ligero encogimiento de hombros—. Venga, vete.

Ella asintió.

—Feliz día de Acción de Gracias, Sierra.

La chica asintió.

—Feliz Acción de Gracias, Bry.

Se quitó el delantal, cogió sus cosas y echó un último vistazo al que había sido su lugar de trabajo los últimos meses. Iría a casa, cogería la maleta que aguardaba ya lista debajo de la cama y volaría.

Y que dios la ayudase si la encontraba el lobo, pues de todo el reino animal, era sin duda uno de los mejores cazadores.

CAPÍTULO 6

—No puedo creer que me estés obligando a helarme el culo aquí fuera —rezongó Ruan—. ¿Dónde ha quedado la vieja escuela? Llamar a la puerta, tocar el timbre, esas cosas, ya sabes…

Adam no contestó. De pie al otro lado de la calle, vigilaba el portal del edificio por el que había entrado Bryony hacía poco más de veinte minutos. No fue una sorpresa verla abandonar el trabajo antes de su hora de cierre, como tampoco lo era la forma en la que se mantuvo en guardia durante todo el trayecto a pie que separaba el centro comercial de la vivienda que había compartido con Sharon. Desde el primer momento fue consciente de que aquel reencuentro no iba a ser sencillo, nada de flores y bombones para ella, no hasta que la hiciese ver que huir no era la solución.

—¿Todos los lobos de vuestra región tienen los mismos problemas para someter a sus compañeras o es algo intrínseco en las humanas? La pareja de mi alfa también es un grano en el culo la mayor parte de los días, ¿y su hija? Oh, ella no es mucho mejor… Esa princesita nos trae a la manada de cabeza, literalmente.

Se giró hacia él y su verborrea y enarcó una ceja.

—No puedo imaginarme como un cachorro de seis años puede hacer eso.

El joven lobo chasqueó la lengua.

—Está claro que no estás acostumbrado a los críos, si no, no opinarías de la misma manera —respondió y señaló el edificio con un gesto de la barbilla—. Solo espera a que ella te dé los tuyos, se te reblandecerá el cerebro.

Hijos. Con Bryony. Solo esperaba vivir el tiempo suficiente para presenciar tal milagro, pues en estos momentos la mujer estaría más dispuesta a arrancarle las pelotas que a hacerle padre.

—Muy posiblemente me lo reblandezca ella antes —musitó. Especialmente si seguía desafiándole de esta manera.

Por un lado, su naturaleza lobuna quería someterla, llevarla de vuelta a casa y encerrarla a cal y canto si era necesario para impedir que huyese, pero por otro, acostumbrado como estaba a vivir entre los humanos y a ver sus temores, podía comprender la necesidad que tenía la mujer de mantenerse al margen; esa era su vía de escape.

Todavía recordaba sus lágrimas, la desesperación en sus ojos cuando le había suplicado que la dejase ir. En ese preciso momento, más que en ningún otro, fue muy consciente de que no podía retenerla; si lo hacía, posiblemente la perdiese por completo.

Una pequeña e inocente humana empujada de golpe en el seno de un clan lupino, alguien totalmente ignorante de su mundo y de las maravillas que existían en él; habría sido imposible que no ocurriese aquello.

‹‹Has podido perderla, si Eve no la hubiese detenido, habrías podido perderla ahí mismo››.

Todavía se le helaba la sangre ante el recuerdo, ante lo que sintió al verla huir en plena ventisca y lo que esa loca escapada había traído consigo. Estaba tan enfadado con ella, tan ofuscado ante su falta de cooperación, ante su negación a entender las cosas que se había negado a salir tras ella. Le debía a su hermana que hoy su compañera estuviese viva, si Eve no hubiese

salido tras ella, Bryony podría haber muerto bajo aquel maldito muro que se desprendió por las inclemencias del tiempo.

Cómo le había gritado cuando despertó, cómo se enzarzaron en una pelea verbal que derivó en una lucha mucho más carnal que lo llevó a marcarla una vez más al puro estilo del lobo. Le había clavado los dientes, sometiéndola, reclamándola para sí solo para dejarla marchar al día siguiente con la promesa de entregarle un año para ella misma.

Alzó la mirada hacia la fachada, la noche ya había caído sobre la ciudad y la luna llena iluminaba todo con su luz. Le entraron ganas de aullar, de gritar a pleno pulmón. Esta vez ella no escaparía, se acabaron los juegos, era hora de recuperar lo que era suyo y enseñarle a su díscola compañera, que su lugar estaba a su lado.

—No sé, tío, pero sigo creyendo que llamar a su puerta es una buena idea… —se interrumpió al ver como la puerta de la entrada volvía a abrirse y ella aparecía con una pequeña maleta de mano—, o quizá no.

Y ahí estaba, tal y como había sospechado. Su pequeña loba no iba a esperar mansamente su llegada. Si algo había aprendido sobre ella durante el mes que compartieron antes de que emprendiese el vuelo, era que siempre tenía la última palabra y una rápida inclinación por huir.

—De acuerdo, tu chica promete más diversión que la pareja de mi alfa —aseguró, con tono divertido.

Gruñó por lo bajo, no tenía las más mínimas ganas de ponerse a charlar en esos momentos con el sobreexcitado beta.

—Ruan, cierra el hocico y ve a la otra manzana.

El joven lobo sonrió.

—Ah, vamos a jugar a cazar a la lobita —ronroneó el lobo—, siempre me ha gustado esa clase de juegos.

Lo fulminó con la mirada, una que obtuvo la inmediata obediencia del lobo.

—Lo sé, lo sé, no tocar a tu chica bajo pena de muerte —alzó las manos y empezó a retroceder—. Yo estoy aquí únicamente como enlace político, Adam, considérame el chico de los recados.

—Vete.

No tuvo que repetírselo dos veces, en un abrir y cerrar de ojos ya había desaparecido entre las sombras. Lo último que vio fue una peluda cola marrón girando la esquina.

—De acuerdo, Bry —murmuró, entrecerrando los ojos, sintiendo ya la adrenalina que le proporcionaba el juego de la caza—, juguemos un poquito.

Con un pensamiento abandonó su forma humana, adquiriendo la lupina. Sacudió el pelo de la cabeza a la cola y olisqueó el aire, el aroma de su compañera era incluso más nítido ahora y a él ya se le estaba haciendo la boca agua por probarlo otra vez.

CAPÍTULO 7

Bryony no podía quitarse de encima la sensación de ser observada, más aún, de que alguien la seguía. Se detuvo y echó un vistazo alrededor, intentó escuchar entre los sonidos nocturnos de la calle pero ella no tenía el fino oído de su mentora.

Se estremeció, prefería no pensar en la posibilidad que pasó fugaz por su mente, sin embargo su cuerpo encontraba la idea de lo más atrayente a juzgar por cómo se le humedecía la entrepierna. Se lamió los labios, aferró con fuerza el asa de la maleta y tiró de ella con renovadas prisas.

—Este no es un buen momento para jugar a las hormonas salidas —murmuró para sí—. Concéntrate en el Plan A: Poner tierra de por medio.

Una opción sin duda muy apetecible, especialmente si podía llevarla lejos de allí a la velocidad de la luz. Sin embargo, la velocidad tuvo que adecuarse a la que podían imprimir sus pies sobre los tacones de sus nuevas botas, sumado al lastre de la pequeña maleta que llevaba con ella.

—Mochila, Bry, la próxima vez piensa en comprar una jodida mochila —rezongó, arrastrando el *trolley*. Las ruedas traqueteaban contra el suelo de adoquín provocando un ensordecedor sonido que empezaba a crisparle los nervios.

Acabó por llevar el equipaje en volandas, apurando el paso todo lo que podía y rezando a todos los dioses, ángeles o bichos raros que quisieran escucharla, que le dejasen alcanzar su destino sin incidentes.

Estaba claro que esa noche debían estar en huelga, pues el primer escollo se presentó ante ella en la forma de un hermoso, impresionante y jodidamente aterrador lobo pardusco que saltó desde la esquina provocándole un susto de muerte.

—¡Oh, joder! —clamó, incapaz de ahogar el grito que emergió de su garganta mientras soltaba la maleta de golpe y dada un inmediato paso atrás.

Para completar la absurda secuencia propia de una peli de *Serie B*, su siempre confiable equipaje —nótese la ironía—, decidió abrirse allí mismo, mostrando su contenido como si se tratase del puesto de restos de boutique en un mercadillo.

—Fantástico —siseó, entrecerró los ojos y fulminó al lobo—. ¡Mira lo que has hecho, chucho estúpido!

El enorme can se limitó a mover las orejas como si le importase más bien poco —o nada — su ropa, se lamió el húmedo botón que tenía por nariz y aposentó sus cuartos traseros en el suelo.

Quédate ahí quietecita y no te muevas. Eso era lo que parecía estar diciéndole sin necesidad de emplear una sola palabra. En otro momento y en otras circunstancias, posiblemente estaría gritando, suplicando y sollozando por su vida, pero dada la terapia de shock a la que la había sometido Sharon durante el último año, lo sorprendente era que no lo hubiese mandado ya a la mierda.

La mujer había considerado un hábito de lo más divertido el despertarla por las mañanas en su forma lupina, y cuando un animal de casi ochenta quilos se lanza sobre tu cama, te ladra y llena la cara de babas, empiezas a ver esos enormes dientes que podrían destrozarte enterita,

como la sonrisa de un payaso. Si a eso le sumaba tener una manta de pelo gris pegada a ella mientras veían alguna película o una enorme cabeza peluda sobre su regazo mientras se enfadaba y gritaba al mundo la injusticia de su propia vida, al final o te morías del susto o terminabas acostumbrándote.

Y oh, sí. Ella se había muerto del susto muchísimas veces, Sharon había sido fiel testigo de ello.

‹‹Si vas a lloriquear como un bebé cada vez que me veas en forma de lobo, tendremos un verdadero problema. Yo soy la hembra de mi especie, mucho algo más pequeña que los machos y bueno, tú misma has podido comprobar que tu compañero, nuestro alfa, no es precisamente un pigmeo››.

No, no lo era. Ni. Mucho. Menos. El alfa era un pedazo bicho que, en circunstancias normales, haría que te hicieses una bolita en el suelo y rodases de lado a lado suplicando que no te coma.

Dejó a un lado toda esa tormenta cerebral y tras respirar profundamente se dedicó a recoger las cosas e intentar cerrar de nuevo su maleta.

—No te conozco —comentó entonces—, aunque puedo tener una ligera idea de dónde has salido o mejor dicho, de quien es el gilipollas que te ha enviado.

El chucho se limitó a lamerse una vez más la nariz, no parecía estar muy interesado en nada más que permanecer allí sentado.

—¿Dónde está él? —preguntó, al tiempo que luchaba por recolocar la cremallera de aquella inservible cosa—. Está ahí fuera, lo sé.

Resopló, se puso en pie y comprobó de nuevo la maleta. En esta ocasión optó por llevarla del asa. Sin embargo, estaba claro que el dulce y colmilludo animalito no tenía la menor intención de dejarla avanzar ya que le mostró una impresionante piña de dientes cuando lo intentó.

—Vuelve a hacer eso, chucho y te tiro todos y cada uno de los dientes de una patada —lo amenazó, apuntándolo con el dedo.

El can se limitó a levantarse, su mirada pasó entonces más allá de ella y supo sin lugar a dudas quién estaba a su espalda.

—A ver qué adivino —soltó en voz alta—. Grande, feo y malo. ¡Es el *Lobo Feroz*!

‹‹¿Grande, feo y malo? Tendré que llevarte al oculista, compañera››.

Se estremeció al escuchar su voz en la cabeza. Sharon había hecho aquello muy a menudo, sobre todo cuando estaba en forma lupina, pero no tenía nada que ver con lo que la voz masculina provocaba en ella. Le temblaban las piernas, se le puso la carne de gallina y se vio obligada a apretar los muslos al sentir como se excitaba con su sola presencia.

Maravilloso, ese lobo era como un paquete de feromonas concentrado.

Giró muy despacio en su dirección, preparándose mentalmente para el shock que suponía reconciliar esa voz con su forma lupina. Ambos sabían que nunca podría ganar un concurso de mentirosos. Sí, él era grande, enorme de hecho y con esa perfecta y blanca dentadura al desnudo, podía parecer amenazante y malo pero ¿feo? La criatura que tenía frente a ella era un hermoso lobo blanco, con unos intensos y raros ojos azules, una mutación genética que no hacía sino aumentar la magnificencia de ese ser. Unos pocos pelos grises le salpicaban las orejas y el lomo, como si fuesen hilos de plata, el espeso pelaje actuaba como una invitante alfombra en la que te morías por hundir las manos; eso cuando se te pasaba el susto de encontrarte ante tremendo animal. Si Sharon le había parecido enorme en su forma lupina, Adam no se quedaba atrás.

Sacudió la cabeza, miró a su alrededor y se echó a reír. Sí, la situación era motivo de risa.

Allí estaba ella, con una maleta rota a su lado y dos lobos flanqueándola en medio de una calle iluminada y decorada con motivos navideños.

—Y ahora solo falta que aparezca Santa Klaus —declaró.

Ese episodio debía ser grabado para el programa de *La Otra Dimensión*, pensó muriéndose de la risa. No podía estar sucediendo aquello, era demasiado bizarro, especialmente cuando un grupo de borrachísimos Santa aparecieron abrazados y cruzando la calle cantando a voz en grito «*A Mi Manera*».

—Luke, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Una chica y dos perros.

—Sí, vale. Estás viendo lo mismo que yo.

—¡Feliz Navidad, señorita! ¡Feliz navidad, perros!

—Will, todavía falta un mes para navidad.

—¿Y por qué vamos vestidos de Santa?

—La despedida de soltero del cabrón de tu cuñado.

—Ah, ya… vale, vale…

El quinteto siguió un serpenteante camino, al tiempo que agitaban la campana y entonaban ahora el *Adeste Fideles*. Mañana iban a despertarse con una enorme resaca.

—Adam, creo que a tu compañera le ha dado un ataque.

Una desconocida voz masculina penetró a duras penas el brote de risa psicótica que había crecido en su interior y que la mantenía ahora arrodillada y abrazada a su maleta sin poder dejar de reír y llorar al mismo tiempo.

—Esto no está pasando, esto no está pasando, esto no está pasando —musitaba sin parar, intentando convencerse a sí misma de ello.

—Créeme, no sería la única. —La voz masculina sonó ahora totalmente clara, emitida por una garganta humana. De hecho, fueron sus manos —y no sus patas— las que se cerraron sobre sus hombros y sus labios los que le acariciaron el oído—. Acaban de desearnos feliz navidad y llamarnos perros.

—Lo sois, unos malditos chuchos —se las ingenió para articular entre risas. Le dolía el estómago de reírse y sentía el rostro mojado por las lágrimas—. Por qué tienes que aparecer justo ahora, ¿por qué? Yo estaba bien sin ti, lo estaba haciendo jodidamente bien.

—No, no lo estabas haciendo nada bien —le reprochó él, tirando de ella, intentando separarla de la maleta—. Te estabas limitando a sobrevivir. Eso no es estar haciéndolo bien, Bryony.

Sacudió la cabeza, se aferró con más fuerza a la maleta como si esa fuese su mejor ancla.

—Márchate y déjame en paz.

Chasqueó la lengua, un gesto que sabía tenía mucho que ver con su pérdida de paciencia.

—No iremos mañana a primera hora —anunció, dejándole claro que su decisión era inamovible—. Ahora, suelta la maleta y deja de llorar.

—¡No estoy llorando! —exclamó y se aferró incluso más al equipaje. Sorbió por la nariz y recostó la mejilla contra el duro plástico—. No estoy llorando… me estoy muriendo de la risa, que no es lo mismo. Dios… esto es de locos. Quiero irme a casa. Quiero que todo vuelva a ser como antes. Quiero que *nana* esté allí, quiero…

Las lágrimas que decía que no estaba derramando volvieron en tropel a sus ojos.

—Pero ella no va a estar allí, ¿verdad? —continuó rumiando—. Ella ya no va a volver a nuestro apartamento… se ha ido y me ha dejado…

—Bryony… —su voz era suave y profunda, paciente.

—La extraño —musitó—. La extraño muchísimo y solo hace una semana que ella… que ya… y no voy a volver a verla. Estaré… estaré sola otra vez…

Unas fuertes manos la obligaron a soltar la maleta, en un instante su ancla se perdió para siempre y al siguiente, tenía otra mucho más cálida y firme, con un delicioso aroma a campo y hombre.

—Se ha ido, Adam —musitó, ocultando el rostro contra su pecho, aspirando el aroma de su colonia en el jersey de cachemira que llevaba puesto y sintiendo como todo su mundo se desmoronaba poco a poco a su alrededor—. Ella se ha ido.

—Lo sé, Bry —sintió sus brazos rodeándola, apretándola contra él—. Todos vamos a extrañar a esa vieja loba. Pero no vas a estar sola, compañera, me tienes a mí, tienes un clan entero deseando tenerte en casa.

Sus palabras la hicieron temblar. Su cercanía, todo en él resultaba tan familiar y al mismo tiempo tan extraño, su presencia hacía tambalear cada una de sus decisiones, cada uno de sus deseos pues había otros mucho más fuertes que querían ser antepuestos. Su corazón quería regresar con el hombre que se había adueñado de él en el transcurso de una navidad, pero su mente, esa quería que huyese, que se evitase mayores complicaciones.

—Deja que me vaya, Adam —musitó entonces, apretando las manos en la tela de su jersey —. Deja que recoja mi maleta y me vaya.

Perdió el calor de su cuerpo solo para encontrarse con el de sus ojos.

—Cometí ese error una vez, Bryony —le dijo con firmeza—, pero no ocurrirá de nuevo. Eres mía, compañera, tu lugar está a mi lado, en Toronto, en casa.

Ella sacudió la cabeza.

—Ese es tu hogar, no el mío.

La enorme palma masculina le cubrió la mejilla.

—No Bry, es también el tuyo —declaró—, pero te niegas a verlo como tal.

Se lamió los labios y tembló, pero no sabía si por el frío o por su proximidad.

—No puedo escapar, ¿verdad? —se las ingenió para preguntar algo que sabía en lo más profundo de sí misma—. De esto… de todo… jamás he podido escapar, ¿no?

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Tendrás que preguntarte a ti misma si tan siquiera has querido hacerlo —le dijo—, pues eres la única que puede dar respuesta a esa pregunta.

Una respuesta para la que todavía no estaba preparada.

—¿Puedo quedarme con mi maleta?

Adam asintió en silencio y permitió que abandonase sus brazos, recuperando su propio espacio.

—Mañana volaremos a Toronto —le informó sin dejar de mirarla—, por esta noche, nos quedaremos en mi hotel.

Asintió, ya no tenía fuerzas para seguir luchando, por esta noche, al menos, él ganaba la batalla. Miró a su alrededor y vio entonces al dueño de esa otra voz, un joven bastante atractivo y con una amable sonrisa en el rostro.

—¿Y tú eres…?

—Ruan es el beta del clan que rige el territorio de la región Noroeste de los Estados Unidos —se adelantó Adam—. Es nuestro… enlace político en la zona.

Entrecerró los ojos y lo observó atentamente.

—¿No nos hemos visto antes?

El joven se sonrojó, dando así respuesta a la pregunta formulada. No necesitó mirar a su

compañero para saber que él tenía algo que ver con ello.

—Me has vigilado —declaró, sin mirarle—. Dime, ¿alguna vez estuve realmente fuera de tu alcance?

—Eres mi compañera, tengo un deber para contigo…

Levantó la mano, interrumpiéndole.

—No quiero saberlo, ahora no —murmuró. Respiró profundamente y recogió su maleta—. Y bien, ¿dónde vamos a quedarnos?

CAPÍTULO 8

—¿No puedes alojarte en un hotel de segunda como el más común de los mortales?

Adam ignoró su comentario y la hizo traspasar las puertas del famoso y exclusivo *Four Season Hotel* de Boston, un hotel de cinco estrellas que le hacía rechinar los dientes.

—¿Por qué hacerlo cuando puedo permitirme alojarme aquí? —respondió, mirándola con interés—. El trato es agradable, el lugar impecable y tiene unas habitaciones amplias con unas vistas estupendas.

—Eres un sibarita.

Sacudió la cabeza y sonrió de medio lado.

—Ni mucho menos, Bryony —contestó—. Sencillamente disfruto del fruto de mi trabajo.

No dijo una sola palabra, cualquier comentario inteligente se volatilizó en el mismo instante en que se vio reflejada en el lustroso suelo de baldosas negras atravesadas con franjas amarillas y blancas que lo convertían en un desigual tablero de ajedrez.

—Adam, ¿te has dado cuenta que nos reflejamos en el maldito suelo? —murmuró, bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro.

Él sonrió y se inclinó sobre ella para susurrarle al oído.

—Si te gustan los suelos, te encantará el techo.

Fue involuntario, alzó la mirada y frunció el ceño al ver la enorme lámpara de araña dorada en medio de un techo abovedado decorado en tonos blancos y arena.

Sacudió la cabeza y miró con ojo crítico a su alrededor, la recepción del hotel hablaba de lujo y mucho, pero que mucho dinero. Sillones tapizados, mesas auxiliares de delicada madera con lámparas a juego, vitrinas… se sentía totalmente fuera de lugar.

—¿Por qué estoy aquí? —clavó los pies en el suelo, sintiendo como empezaba a temblar desde los pies a la cabeza. No era una pregunta dirigida a él si no a ella misma. Volvió a preguntarse, y no por primera vez en todo el trayecto, porque estaba allí.

Sus defensas se habían ido al traste, de eso era más que consciente. La ausencia de Sharon, el verse de nuevo sola, la aparición de Adam, todo había sumado para convertir su vida en una enorme bomba nuclear que no estaba segura por dónde estallaría.

—¿Bryony?

Giró la cabeza ante el tono de su voz, esos intensos ojos azules la miraban con estudiada curiosidad. Lo recorrió por entero, reconoció en él al hombre con el que compartió algo más de un mes de su vida, aquel que se había convertido de la noche a la mañana en un símbolo de su cautiverio, motivo por el cual decidió volar. Él sí encajaba en aquel ambiente, su postura, su forma de hablar, su ropa, no solo era un lobo acostumbrado al poder, era el poder en sí mismo.

Se lamió los labios y dio un paso atrás, las dudas volvieron a asaltarla, dudas que la habían perseguido durante cada uno de los meses pasados. Ella era humana, era una simple chica que tuvo la mala suerte de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. No podía atar su vida de esa manera a alguien como él, no podía dejar que él cambiase solo por ella.

—Quiero irme a casa.

Asintió.

—Lo haremos, mañana a primera hora cogeremos un avión para Toronto.

Sacudió la cabeza con energía y dio un nuevo paso atrás.

—No, Adam, quiero volver a *mí* casa —declaró, haciendo hincapié en el posesivo—. Yo… déjame aquí… hasta que se cumpla el año.

La respuesta fue categórica.

—No.

El tono de mando en su voz la hizo estremecer, pero no agachó las orejas ni escondió la cola. No iba a someterla por muy alfa que fuese. Ella no era una loba.

—Sí —declaró, dando ahora un paso adelante—. Voy a quedarme aquí, en Boston, pasaré el jodido tiempo que me queda de libertad como a mí me plazca y…

—No vas a quedarte en la ciudad y mucho menos ahora que Sharon no está para cuidarte —declaró al tiempo que se cruzaba de brazos.

Apretó los dientes.

—No necesito que nadie me cuide —siseó—. Estaré perfectamente bien mientras tú y tus… tentáculos peludos… os mantengáis lejos de mí.

Sus ojos se entrecerraron y adquirieron ese brillo animal, propio de su naturaleza.

—Eres mi compañera…

—¡No soy tu propiedad!

Ya está.

Lo había dicho.

Desde que se habían conocido todas y cada una de las personas que estaban a su alrededor le recordaban que ella pertenecía a Adam, que su lado estaba junto a él, que era su compañera, su loba… Él. Siempre él. Nadie se molestó en preguntar qué pensaba ella al respecto, qué quería ella, todos la veían como una propiedad, la del lobo alfa canadiense.

—No… soy… tu maldita… propiedad —insistió, haciendo un alto después de cada palabra—. No soy un objeto… no puedes ponerme una etiqueta y decidir dónde ponerme, dónde soy mejor para tu conveniencia.

No apartó la mirada de la suya. Alto, silencioso, con un brillo peligroso en esas inmensidades azules… si le alzaba la voz se acobardaría, acabaría sucumbiendo, claudicando y no podía permitirse ese sometimiento. Él no le haría daño, lo sabía con tanta seguridad como sabía que ella moriría antes de hacérselo a él. Estúpidamente estaba enamorada de un lobo al que no podía querer, uno que podía arrancarle todo con un par de palabras; las únicas que jamás le había dicho.

—Durante todo este tiempo solo he escuchado: Eres su compañera. Tu lugar está a su lado. Es tu obligación. Le perteneces… —resopló, entonces hizo un mohín—. Nadie me preguntó si esto era lo que yo quería. Tú no preguntaste, solo… solo cogiste lo que querías y al diablo con todo lo demás.

—¿Y qué es lo que quieres?

A ti.

—Irme.

Él negó con la cabeza.

—Inténtalo otra vez, pequeña y esta vez, no me mientas.

Ese maldito lobo y su detector de mentiras.

—Quiero quedarme aquí, en esta ciudad, quiero… quiero poder elegir por mí misma —declaró entonces—. Me diste un año… el plazo todavía no ha terminado.

—El plazo se extinguió en el mismo momento en que huiste de mí —le aseguró—. Me gusta la caza como al que más, pero no estoy dispuesto a recorrer todo el jodido estado para

encontrarte, Bryony.

—¿No soy lo suficiente importante para ello?

Acortó la distancia entre ambos y la miró.

—Eres la cosa más importante en mi vida, *lobita* —aseguró, acariciándole el rostro.

Se separó de él.

—No soy una loba.

Sus labios se separaron en una amplia sonrisa.

—Si no lo fueses, no me estarías desafiando, princesa —aseguró, acariciándole el labio inferior—, pero ya que tienes dudas, permite que las disipe para ti.

Sin una palabra más, le poseyó la boca, comiéndosela allí mismo solo para arrastrarla con él hacia el ascensor situado a un lado de la recepción.

—Y si mañana sigues pensando lo mismo, de acuerdo —concluyó él—, dejaré que huyas… pero ten presente, que nunca voy a dejar de cazarte.

CAPÍTULO 9

Bryony gimió al ver que las puertas del ascensor se abrían y Adam la empujaba hacia el interior. Sus ojos azules brillaban con inusitada intensidad, reflejando un hambre que empezaba a crecer con la misma intensidad en su interior.

—Estás loco, no puedes pretender… —jadeó al sentir sus manos sobre ella, su boca acallándola una vez más. Él sabía a libertad y a bosque, todo su cuerpo cobraba vida bajo sus atenciones, como si despertase de un largo letargo—. Adam… —se las ingenió para evitar sus labios al tiempo que echaba un fugaz Lo sé —gruñó en voz baja, profunda y la atrajo de nuevo hacia él, hundiéndola en una esquina y ocultándola con su envergadura—, y me importa más bien poco.

—Pero… —gimió cuando sintió un mordisquito en el cuello—. No… para… diablos, este es un hotel de cinco estrellas. ¡No puedes hacer esto!

Gruñó una vez más, el sonido ahora más animal que humano.

—Haberlo pensado antes de desafiarme, compañera —siseó, al tiempo que la recorría con la mirada—. No es inteligente llevarle la contraria a un lobo, especialmente si dicho lobo tiene razón.

Las puertas se cerraron dejándolos solos en el interior del reducido cubículo, el espejo que cubría tres de las paredes les devolvía el reflejo de dos amantes perdidos en el fragor de la pasión. Notó sus manos de nuevo sobre ella —si es que alguna vez las había obviado— despojándola del abrigo, que quedó reducido a un montón de tela en el suelo. La empujó una vez más contra la esquina más alejada de las puertas y reclamó su boca con ardor, enlazando su lengua e invitándola a unirse al combate.

—Has perdido la cabeza por completo —se las ingenió para musitar entre resuellos—. No tienes derecho a…

—Tengo todo el derecho del mundo y más aún —le dijo al oído, lamiéndole la oreja—. Oprime el botón de la séptima planta o de lo contrario seguiremos aquí hasta que alguien más decida hacernos compañía.

Le faltó tiempo para tantear el panel y apretar varios botones al azar antes de dar con el apropiado.

—Eso sin duda nos dará unos cuantos minutos interesantes —se rio en su oído.

—Bastardo.

—En realidad no, mis padres estaban felizmente casados cuando me tuvieron —aseguró, mordisqueándole el cuello mientras sus manos se perdían ahora por torso.

Le acarició los pechos por encima de la blusa, rozándole los pezones con los pulgares aumentando la dureza de la tibia y sensible carne.

—No sigas… maldita sea… —gimoteó, luchando por mantener sus manos a ambos lados, aunque se moría por tocarle. Cada vez que estaba cerca su cerebro dejaba de funcionar y todos sus instintos entraban en acción como si fuesen activados por los suyos.

—No quieres que me detenga —le aseguró, mordiéndole con suavidad el lóbulo de la oreja al tiempo que le amasaba los pechos por encima de la tela—, por el contrario, quieres que siga… quieres más… deseas más… y más es lo que voy a darte.

—¡Te odio! —siseó, empujándole sin mayor éxito que el de conseguir su atención. Era como una enorme montaña intentando ser movida por el viento.

Sus labios se curvaron muy lentamente hasta convertirse en una pícara sonrisa.

—No, Bry, por el contrario —se inclinó de nuevo sobre ella, acariciándole los labios con su aliento—, me quieres. Y eso te pone de un humor de perros. O de lobos, si lo entiendes mejor.

—¡No soy una maldita loba! —siseó, negándose a responder a sus palabras.

—Eres mi maldita loba, pequeña humana —aseguró, muy pagado de sí mismo—. Puedes negarte a reconocerlo las veces que quieras, pero eso no cambia lo obvio. Estás emparejada conmigo y respondes a mis apetitos como yo respondo a los tuyos. Eres mi compañera, la mujer a la que he maldecido cada jodido día de estos últimos once meses por permitirle salirse con la suya. Eres mi loba, Bry, eres… mi… *lobita*.

Su boca cayó de nuevo sobre la de ella, robándole el aliento mientras sus manos traspasaban la tela y se encontraban con su piel haciendo que cada pensamiento coherente fuese historia.

Gimió. Estaba excitada, todo su ser respondía a él como lo haría una orquesta ante un buen director y tocaba lo que él deseaba escuchar. Estaba perdiendo la batalla, ambos lo sabían y eso la dejaba en clara desventaja.

—Deja de luchar. —Su voz, profunda y masculina entró en su mente como un tornado, arrasando con todo—, dame lo que deseo y toma de mí lo que te pertenece.

Sus dedos encontraron la línea de botones de la camisa antes incluso de que pudiese pensar qué estaba haciendo. Los ojales cedieron con facilidad dejando paso a una bronceada piel espolvoreada de vello negro. Se lamió los labios y respiró su aroma, embriagándose incluso más, emborrachando sus sentidos. La tela resbaló por los anchos hombros y descubrió los abultados músculos que ya se movían para deshacerse de aquel estorbo.

—Ríndete, Bry —sintió de nuevo el calor de su aliento en su oído, al tiempo que sus manos la despojaban de la chaqueta de punto que llevaba por encima de la camiseta y se deshacía también de ella—, ríndete a quién eres de verdad, a la mujer que sé que hay debajo de toda esta tela. Devuélveme lo que me robaste al marcharte, devuélvemelo.

Un agudo gemido escapó de entre sus labios abiertos cuando le arrancó también la camiseta y la dejó tan solo con el sencillo sujetador. Sus ojos se encontraron y pudo ver en esa mirada azul el hambre que ya roía también sus entrañas. La recorrió centímetro a centímetro, como si ya pudiese saborear su piel y entonces la atrajo hacia él, deslizando las manos sobre la lana que acunaba sus caderas, alzando la falta y apretándola una vez más contra la pared mientras se abría paso entre sus piernas.

—Sabes que este es tu lugar —insistió él, con voz firme y persuasiva—, aquí, entre mis brazos —la alzó a pulso, obligándola a enlazarle la cintura para sostenerse—, conmigo entre tus piernas. Justo así.

Ella no dijo una sola palabra, no podía, mucho menos cuando el ascensor decidió detenerse entonces y abrir las puertas obedeciendo a sus torpes intentos de dar con el piso correcto.

—Mierda —siseó ella, echando un vistazo por encima del hombro masculino—. ¿Cuántos botones pulsé?

Él se rio, atrayendo de nuevo su atención.

—No tengo la menor idea, pero lo descubriremos —aseguró, mordiéndole el labio inferior antes de reclamar de nuevo su boca. Las puertas volvieron a cerrarse después de un momento dejándolos encerrados una vez más.

Adam enterró el rostro en la uve de sus pechos, aspirando profundamente su aroma, lamiéndola como si fuese un helado, su lengua atrapó uno de los endurecidos pezones por encima del sencillo algodón, succionándolo en el interior de su boca, mojando la tela mientras se daba un festín con su pecho. Los suaves jadeos no hacían sino aumentar su excitación, la erección que a duras penas contenía su pantalón y que ahora se rozaba contra la piel desnuda de esa tripita solo ponía de manifiesto sus propios deseos; quería enterrarse en ella.

Tal y como la tenía ahora, apretada entre el frío cristal del espejo y su cuerpo, con los suaves muslos rodeándole la cintura, se dio el lujo de deslizar las manos hacia arriba, resbalando por el interior de la falda y arrastrando la tela hasta que quedó arremolinada alrededor de sus caderas. La piel de ese dulce trasero se reveló bajo sus dedos, una suave exploración que lo hizo gemir al notar las prietas nalgas contra sus palmas y tan solo el cordón del tanga en la parte superior como única prueba de ropa interior.

Abandonó uno de los duros y henchidos pezones para hacerse cargo del otro y prodigarle la misma atención mientras continuaba con aquella deliciosa exploración. Sus dedos amasaron las prietas carnes, hundiéndose lo suficiente entre ellas para notar la empapada tela que cubría el hinchado sexo del cual rezumaban ya los cálidos jugos. Ella podía negarse una y mil veces a él, mentirse a sí misma, pero su cuerpo era sincero y le decía sin palabras que ella le pertenecía.

—Para odiarme como dices, estás muy mojada, Bry.

Ella apretó los muslos en torno a sus caderas, sus dedos se habían perdido por su espalda, creando seductoras caricias que contribuían a aumentar su propia excitación.

—Eso no significa n…

—No me mientas, Bryony —la interrumpió con firmeza—. Ni tampoco busques excusas.

Deslizó el dedo corazón a lo largo de la suave y depilada entrepierna, acariciando la tela que ocultaba el centro de su calor.

—Tu cuerpo habla por sí solo y no tiene ningún inconveniente a expresarse con total honradez.

Ella sacudió la cabeza, sus caricias la estaban volviendo loca. Su mano se había desplazado hasta cubrirla casi por completo y uno de sus dedos la acariciaba de atrás hacia delante friccionando la tela con su sobre excitado sexo. Todo lo que podía hacer era permitírselo y gemir en respuesta.

—Estás empapada, hueles a deseo, a necesidad —continuó atormentándola—, me empapas los dedos.

Se inclinó hacia delante, rodeándole el cuello con los brazos y así ocultar el rostro en su hombro. No quería ni mirarle a la cara, ni que él tampoco viese lo acertadas que eran sus palabras.

—¿Sabes lo que me haces, lobita? ¿Tienes la menor idea de lo que tu presencia, tu olor y esa voluble pasión que habita en tu interior hacen conmigo? —continuó, deslizando ahora la tira del tanga a un lado para tener completo acceso a ella—. Me enciendes, alimentas mi deseo y me arrancas la cordura, haces que quiera aullar de placer y arrastrarte conmigo en el proceso.

Gimió al sentir como la penetraba con el dedo, una presión constante y con movimientos uniformes que la condujo al borde de la locura. Le costaba respirar, sentía que el aire no era suficiente y que necesitaba más. Sus caderas se movieron por propia voluntad, buscando aumentar el placer, encontrar ese punto que él parecía dispuesto a negarle por el momento. Quería que la penetrase con mayor profundidad, quería… quería…

¡Maldita fuera la estampa de ese jodido lobo! ¡Lo quería a él! Quería su pene hundiéndose entre sus piernas, montándola como lo había hecho en la trastienda, como la había poseído esa primera vez y que dejó sentenciado su futuro.

Sacudió la cabeza, no podía permitirse decirlo en voz alta, no obtendría tal satisfacción, no le daría lo que quería, no se entregaría a él de esa manera. No le concedería tal poder sobre sí misma.

—No… soy… tu… jodida… ¡loba!

Lo escuchó chasquear la lengua, su dedo se detuvo en su interior y eso estuvo a punto de empujarla al borde de la locura. Se retiró de ella con lentitud, tuvo que apretar los dientes para evitar gritar de frustración, especialmente cuando la soltó, dejando que sus piernas se deslizaran de nuevo hacia el suelo.

—Desabróchame el pantalón.

La orden fue tan caliente y oscura, que casi se corre con solo escucharle. Sin embargo, su petición poseía tal grado de orden que despertó a la luchadora que habitaba en lo más profundo de su interior, una que no se doblegaba ante nadie.

—Vete al demonio —bufó, como una gata dispuesta a sacar las uñas.

Sus labios volvieron a curvarse una vez más, pero eran sus ojos los que anunciaban cierta clase de peligro, uno que la encendió incluso más.

—Tus manos… el cinturón… la cremallera… —enumeró cada una de las tareas—, y por fin tus dedos sobre mí. Eso es lo que quiero, Bryony y es lo que vas a darme.

Alzó la barbilla y entrecerró los ojos.

—¿Qué te hace estar tan seguro de ello?

Se lamió los labios, un gesto de lo más sensual que la mantuvo prisionera de ellos durante unos instantes.

—Que es algo que tú también deseas, mi pequeña loba.

Le sostuvo la mirada, curvó los dedos al sentir como empezaban a hormiguearle ante la necesidad de cumplir con su orden. Había algo en sus palabras que la animaban a obedecer, no era una compulsión, sino más bien el deseo propio de poner sus dedos alrededor de esa prometedora erección que a duras penas contenía el pantalón.

Medio desnuda, encerrada con él en el ascensor de uno de los hoteles más caros de Boston, caliente como un horno y muy mosqueada. Eso sin duda resumía su estado actual, al cual añadiría además una enorme carga de frustración. Estaba excitada y eso la cabreaba incluso más.

—Vamos, Bry, deja de rezongar —la provocó—, sé que lo deseas tanto como yo. Quieres ser follada, me quieres entre tus piernas, tan profundo que no sepas dónde empiezas tú y termino yo.

No. No. No y no. Su mente no dejaba de gritar, de levantar pancartas e intentar llamar su atención, pero esa otra parte de ella, una que habitaba muy profundo en su interior, estaba más que deseosa de ponerle las manos encima, despojarle del maldito pantalón y rodear el duro pene con los dedos.

Muy lentamente, sin apartar la mirada de la suya, deslizó la mano entre sus cuerpos, le desabrochó el cinturón, se libró del botón y la cremallera que le estorbaban y tiró del elástico de la ropa interior para dejar libre la dura y palpitante erección que no dudó en acariciar. Su pene era suave y al mismo tiempo duro contra la palma de su mano, las delicadas venas lo salpicaban confiriéndole un aspecto amenazador, pero era sin duda la húmeda y rojiza cabeza la que la hizo relamerse.

—Y esa es la mirada de una loba hambrienta, cariño —susurró él, rompiendo el momentáneo hechizo que tenía sobre ella.

No le permitió responder, en un abrir y cerrar de ojos la había empujado de nuevo contra la pared, cubriendo su espalda con su enorme cuerpo, sujetándola para conducirse a su entrada y penetrarla profundamente desde atrás.

—¡Adam! —jadeó su nombre, luchando por respirar mientras su sexo se aclimataba a la inesperada y rápida intrusión.

Él se inclinó sobre ella, la sujetó de las caderas y encontró su mirada a través del espejo.

—Te prometo una cosa, compañera —gruñó en su oído, al tiempo que se retiraba hasta salirse casi por completo, solo para volver a empujar con fuerza—, cuando termine contigo, no volverás a tener dudas de a quién perteneces por completo.

Volvió a retirarse y a embestirla una vez más, el sonido de la carne golpeando a la carne se convirtió en la banda sonora de en ese reducido habitáculo. Pero sin duda, lo más extraño y excitante era tener su mirada clavada en la de ella a través del espejo, recibiendo uno del otro cada una de las emociones a las que se enfrentaban.

Se le olvidó hasta de respirar, su mente estaba sobrecargada y su cuerpo era un abierto receptor a toda clase de sensaciones. Su manera de poseerla no tenía nada que ver con la de un hombre tierno, era la de un lobo, la de una bestia dispuesta a reclamar para sí el objeto de su deseo y marcarla de forma ineludible, pero aquello no la asustaba, por el contrario, estaba exultante, muy dentro suyo eso era lo que deseaba, lo que había añorado todos esos meses.

—Eres mía, Bryony —leyó más que escuchó las palabras en sus labios—, mía. La única. Mi compañera. Mi pareja. Toda mi vida. Eres mía.

Y esa fue una letanía que no dejó de repetirse en su mente, subiendo con la misma intensidad que lo hacía su orgasmo, construyéndose con fuerza a su alrededor, adentro de ella, dónde nadie más estaría jamás, hasta que por fin explotó.

—¡Adam! —gritó su nombre, como había hecho tantas otras veces en la soledad de su cama cuando toda su compañía se reducía a un juguete a pilas.

Él no se detuvo, siguió penetrándola, cada vez más fuerte y rápido, hundiéndose profundamente en su interior hasta que los rescoldos de un orgasmo se convirtieron en el detonante de otro, y con esa segunda explosión llegó también la de su lobo.

Jadeante, agotada, con el latido del corazón retumbándole en los oídos, se dejó caer contra el sudado espejo. Lo sintió salir de ella, una sensación de abandonó que la sacudió hasta el tuétano.

Cerró los ojos y se aisló de todo, solo el sonido del timbre que anunciaba una nueva planta y el peso de su abrigo sobre los hombros la espabiló.

—Nuestra planta —anunció él.

Con el pelo despeinado, su camisa y la ropa de ella bajo el brazo, Adam parecía resplandecer. Ese hombre era incluso más atractivo después de un buen polvo. Le tendió la mano, un acto que la sorprendió casi tanto como el hecho de que adelantase la cadera para evitar que las puertas se cerrasen de nuevo.

—Todavía no he terminado contigo, Bryony —declaró, sin dejar de mirarla—. Ya te lo dije, compañera. Estoy más que decidido a hacer que recapacites y que admitas que tu lugar está conmigo, allí donde quiera que nos encontremos.

Se lamió los labios y se arrebujó dentro de su abrigo.

—¿Y si no lo consigues?

Él la recorrió con la mirada, desde la cabeza a los pies y viceversa, entonces volvió a sus

ojos.

—Si mañana sigues pensando de esa manera, eres libre de irte —aceptó, elevando la barbilla de esa forma tan pagada de sí misma—. Dejaré que huyas… una vez más.

Dio un paso hacia ella y le cogió la mano, obligándola a abandonar por fin el ascensor y terminar en sus brazos.

—Pero cuando esta vez te dé caza —concluyó, acariciándole el labio inferior—, ya no podrás escapar.

Tragó. Sabía que él hablaba muy en serio.

—Me prometiste un año.

Sacudió la cabeza, era obvio que estaba cansado de escuchar aquella respuesta de su parte.

—Tu año termina el día de Navidad —le recordó, al tiempo que deslizaba los nudillos por su mejilla—. Sí, me gusta la idea.

Ella entrecerró los ojos, esa satisfacción no prometía nada bueno.

—A mí ni un poquito —musitó—, aún sin saber que estás pensando.

La atrajo hacia él.

—Tú vas a ser todo lo que pida al gordo de rojo —le dijo, con gesto divertido—. Pero hasta ese momento, creo que me conformaré con lo que pueda obtener por mí mismo, hoy.

—No voy a quedarme, Adam —declaró, necesitando ser la que dijese la última palabra.

Condenado lobo, tendría que saber que no le daría tal satisfacción.

—No espero que lo hagas, Bryony —aseguró, lamiéndose los labios—, de hecho, espero que me regales… una divertida cacería.

CAPÍTULO 10

Un mes después…

Las calles empezaban a despertar en esa fría mañana de diciembre, el sol se afanaba por surgir entre las nubes y calentar el nevado paisaje que ofrecía la Avenida Augusta. Dos niños pasaron corriendo a su lado, riendo y disfrutando de las vacaciones invernales, para desaparecer tras unos coches aparcados a un lado de la estrecha calle. A ellos no les molestaba el frío.

Unos pocos pasos más adelante, resaltando entre dos edificios, con un llamativo tono mostaza, el logo verde y las letras blancas delataban el supermercado que buscaba esa mañana. El escaparate estaba lleno, al igual que los de otros comercios y locales, con ofertas y decoración navideña.

Adam se rebujó en su abrigo e hizo una mueca al ver como el aliento que escapaba de entre sus labios formaba una nube blanquecina, si bien era un lobo acostumbrado al clima invernal de Canadá, le gustaba el calor.

—Y de todos los lugares posibles, tenías que acabar aquí —musitó, echando un vistazo a su alrededor, contemplando la humilde vecindad, a más de media hora del lujoso barrio de Lawrence Park.

Su pequeña compañera había hecho honor a sus intenciones abandonándole veintinueve días atrás, incluso antes de que saliese el sol. Fue perfectamente consciente del momento en que su suave y cálido cuerpo abandonó la cercanía del suyo y dejó la cama para escabullirse en la oscuridad.

Bryony había volado. Estaba decidida a obligarle a cumplir con su previo pacto y agotar hasta el último minuto que le concedió en su momento.

Pero así como ella estaba dispuesta a continuar huyendo, él también lo estaba a darle caza. De hecho, había estado haciendo eso desde el mismo momento en que abandonó sus brazos un mes atrás, siguiéndola siempre de cerca, aprendiendo unos hábitos, disfrutando de la visión de esa díscola mujer que le había tocado como compañera y deseándola cada día más.

Después de visitar un par de ciudades más cálidas, lo había sorprendido recalando en Toronto una semana atrás; de entre todos los lugares posibles, aquel era sin duda el menos esperado, ¿sería posible que ella quisiese regresar también a casa?

Echó un nuevo vistazo al supermercado y sonrió para sí. Había llegado temprano. Bryony pasaba por allí cada mañana para comprar un café y unas galletas, los cuales degustaba mientras paseaba por la calle de camino a un parque cercano. Solía sentarse en un banco y contemplar absorta las plantas, cuando no sacaba un cuaderno y se ponía a hacer garabatos.

Nunca había sido consciente de que a su compañera le gustase el dibujo, más aún, que se le diese bien.

Esa última semana le había aprendido más de ella que en todo el tiempo que la conocía, los reportes que le habían llegado en el último año, las conversaciones con Sharon no eran ni la mitad de reveladores que lo visto con sus propios ojos.

Sharon. Pensó en la loba. En la despedida que llevó a cabo el clan y lo solo que se sintió ante la ausencia de Bryony. En silencio había rogado al espíritu de la vieja loba que siguiese

protegiéndola allí desde dónde se encontrara. Los miembros más cercanos de su manada no habían pronunciado palabra alguna sobre su ausencia, pero en sus rostros se reflejaba claramente la pena o el disgusto por su falta.

Como alfa y cabeza del clan, se esperaba que fuese el pilar más fuerte, cada una de las acciones de las personas que lo rodeaban debían demostrar su fuerza, su sabiduría y su capacidad de liderazgo y el que su propia compañera se hubiese dado a la fuga, hacía tambalear todo eso.

‹‹¿Por qué no la has traído contigo? Su lugar está a tu lado, Adam››.

Eve lo había sermoneado hasta quedarse afónica, su propia culpabilidad demasiado presente en sus palabras como para pasarla por alto. Su hermanita seguía culpándose a sí misma por cómo habían salido las cosas, echaba de menos a Bryony, aunque no se atreviese a decirlo y se sentía responsable de que su invitación hubiese derivado en ese incansable juego del gato y el ratón.

Pero mañana se cumpliría el plazo que le había dado, el año que le pidió llegaría a su fin y él tendría a su mujer de vuelta en casa; así tuviese que atarla y amordazarla para llevársela.

Sí, sin duda ese sería un bonito regalo de navidad.

Contempló la calle con aburrimiento, intentó no pensar en el frío y se distrajo repasando cada uno de los locales de aquella zona. El pequeño restaurante de tapas en que se detuvo un par de días atrás había sido todo un descubrimiento. Comida casera, ambiente hogareño y un vino cosechero delicioso.

Muchos lo consideraban un sibarita por vivir dónde vivía, por trabajar dónde trabajaba, pero eran muy pocos los que lo conocían realmente, los que sabían que tras el hombre de negocios y el jefe de clan de la región, se encontraba un lobo casero. Le gustaba estar en su hogar, disfrutar de su familia, de las pequeñas cosas y en eso, Bryony era como él.

Después de todo, su emparejamiento podía no haber sido tan desastroso.

—Solo un poco más —se recordó a sí mismo—, solo un poco más y estarás de nuevo a mi alcance, Bry.

Bryony no podía quitarse de encima aquella sensación de fatalidad. No sabía si se debía a la maldita noche de insomnio que había pasado, a que mañana se terminaba su indulto o a lo cerca que se encontraba de él. ¿En qué universo paralelo pensó que volver a Toronto sería el lugar perfecto para esconderse de Adam? Había llevado al extremo el dicho *«no hay mejor escondite que el que está bajo las narices de aquel que te busca»*. Ni siquiera estaba segura de sí se trataba de un dicho, pero sin duda ocurría a menudo en las películas.

‹‹Te encontraré, lobita y reclamaré mi regalo de navidad››.

No. Definitivamente su nerviosismo tenía mucho que ver con el inesperado mensaje de voz que encontró esa misma mañana en su teléfono.

Era su voz. Profunda y risueña. Y encerraba una promesa que la había puesto caliente y temblorosa al mismo tiempo.

¿Qué había hecho ese lobo con su cabeza? ¿Con su vida entera?

Le abandonó incluso antes de que hubiese salido el sol, después de pasar la noche juntos en la lujosa habitación de hotel. La habitación, la bañera, la terraza y un sinfín de lugares que era incapaz de eliminar de su cabeza.

¿Y a que lo pasaste de película? La aguijoneó su mente.

Apretó los ojos y soltó un resoplido. Necesitaba borrarlo de su mente, pero era incapaz de

hacerlo. Cada vez que intentaba distraerse y no pensar en él, el recuerdo de esa noche la inundaba hasta hacerla estremecer. No podía quitárselo de encima, su presencia, incluso sin estar a su lado, se hacía insoportablemente palpable, ese último encuentro la marcó de tal manera que apenas si era capaz de vivir.

‹‹Te cazaré››.

Se lo había advertido, durante esa última noche de pasión se encargó de dejarle perfectamente claro que si bien haría honor a su palabra, una vez se agotase el plazo, le daría caza.

Y lo haría, ambos lo sabían.

Dejó escapar un pesado suspiro y giró en la esquina, dispuesta a entrar en el supermercado y comprar su adorado café.

—Necesito una dosis de cafeína —murmuró al mismo tiempo que abría el bolso y empezaba a hurgar en su interior en busca del monedero—. Soy insoportable sin mi dosis de cafeína matutina.

Y lo gracioso era que ella misma lo admitiese. Sharon no hacía más que recordárselo una y otra vez mientras vivían juntas. Había sido una adición que adquirió tras su llegada a Boston, una que había traído a la loba de cabeza.

‹‹Esta es una penitencia que debería padecer tu compañero, sería una venganza perfecta cada vez que te llevase la contraria››.

Sharon. El pensamiento de la vieja loba la llenó de tristeza. Sabía que Adam se había llevado sus cenizas para darle la despedida que se esperaba entre los miembros del clan, una despedida a la que no acudió por su necesidad de escapar de él y de todo aquello a lo que se resistía con uñas y dientes.

Conocerle, había cambiado su mundo por completo.

Encontró por fin el monedero perdido en el fondo de su bolso y lo sacó con una triunfal sonrisa. Algunas mujeres se conformaban con poquita cosa para ser feliz, pensó con cierta ironía, refiriéndose a sí misma y a ese capricho matutino.

—Café, café, café —canturreó—. Y un paquete de esas deliciosas galletas de mantequilla. Solo uno.

—¿Será suficiente un único paquete, *compañera*?

Se detuvo en seco, el monedero acabó rápidamente estrujado entre sus dedos mientras giraba la cabeza hacia el sonido de la inesperada voz. Apoyado despreocupadamente contra el costado del portal del edificio, vestido con un atuendo más informal que el que había visto antiguamente en él, su compañero no pasaba desapercibido.

Adam Blake estaba allí, frente a ella, un día antes de que se cumpliese el plazo.

Adam se tomó su tiempo para contemplarla, sonriendo para sí al ver el gesto de incredulidad en su rostro, el brillo de desafío en sus ojos y diría que incluso, un ligero toque de alivio.

—Se acabó el juego, lobita —declaró, mirándola a los ojos—. Es hora de volver a casa.

Durante un breve instante la vio paralizada, esos ojos claros se abrieron al doble de su tamaño, sus labios se separaron lentamente, como si recordase que necesitaba respirar y entonces, su mirada se desvió hacia la calle.

—Yo que tú no lo haría, Bryony…

Pero lo hizo. Su intención estaba perfectamente clara y no le sorprendió al ver como giraba sobre sus pies y se precipitaba calle abajo a toda velocidad.

—Señor, dame paciencia.

Su loba había emprendido la huida.

Otra vez.

Poniendo los ojos en blanco ante la recurrente salida que parecía haber adquirido, suspiró y rogo en silencio alcanzar la paciencia que necesitaba y que le era esquiva. Su naturaleza lobuna aumentaba sus deseos de salir tras ella y atraparla.

No pudo evitar admirarla mientras corría. La chaqueta ondeaba tras ella como frágiles alas, los tacones resonaban contra el adoquín de la acera creando una especie de *tan-tan* aferraba el bolsito que resbalaba ya de su hombro. Un par de solitarios transeúntes tuvieron que echarse a un lado, solo para increpar sus prisas y falta de cuidado antes de que girase a la izquierda hacia la calle Oxford.

Suspirando, miró un instante al cielo y empezó a ir tras ella con absoluta tranquilidad. Que corriera todo lo que quisiera. Él acabaría cogiéndola; eso era un hecho.

Desgraciadamente, su plan se vio trastocado unos segundos después, cuando su sensible oído captó el inconfundible quejido femenino, seguido de una sarta de maldiciones. Todo su cuerpo se puso tenso, si estuviese en su forma lupina habría incluso erizado el pelo antes de salir disparado hacia ella, tal y como estaba haciendo ahora mismo.

CAPÍTULO 11

Bryony no dejaba de sisear toda clase de improperios mientras se sujetaba el tobillo con gesto de dolor. Los malditos tacones de sus botas decidieron contribuir a esa disparatada carrera hundiéndose en un agujero del pavimento y lanzarla al suelo. Dos solicitas mujeres, que habían visto su accidente, se habían apresurado a auxiliarla, pero le dolía demasiado incluso para articular una palabra coherente.

¿Qué diablo se le había metido en el cuerpo para escapar de esa manera?

Tonta, tonta, tonta y mil veces tonta.

—¿Estás bien, querida? ¿Quieres que pidamos una ambulancia? Ay, Gertrudis, ¿has traído el teléfono ese pequeñito contigo?

Luchó con las lágrimas que le picaban ya tras los ojos y sacudió la cabeza.

—No… no se preocupen… estoy bien… —respondió entre dientes, aguantando el dolor que no dejaba de atravesarle el tobillo—. Ha sido una caída estúpida… creo… creo que solo es una torcedura.

—¡Bry!

Su voz llegó acompañada del sonido de apresurados pasos, se giró, al mismo tiempo que las dos atentas mujeres para ver a Adam, deteniéndose junto a ella tan fresco como una lechuga, mientras a ella la sofocante carrera casi le hace soltar los pulmones por la boca.

—Bryony, de todas las estupideces que llevas cometidas desde que te conozco, esta se lleva la palma —rumió él, agachándose a su lado. Sus ojos azules la examinaron de los pies a la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Qué te duele?

Apretó los labios, luchando con las lágrimas y sacudió la cabeza. No quería hablar, no quería decir una sola palabra, pues sabía que en el momento en que abriese la boca, saldría todo.

—Ay, parece que la niña se ha torcido el tobillo —comentó la tal Gertrudis—. Debería ir al médico a que le miren esa pierna.

—Es esta maldita calle, está llena de agujeros —chasqueó la otra mujer, señalando el lugar —. Si le pasa a una persona joven, que no podría pasarnos a nosotras. Mínimo, rompernos la cadera.

Adam se giró a la mujer y le dedicó una amable sonrisa.

—Tienes usted toda la razón —aseguró. Entonces se giró de nuevo hacia ella y la levantó en brazos sin esfuerzo—. Les agradezco mucho su ayuda, señoras, no quiero pensar que le habría pasado a mi mujer si no llega a tener quien la socorriera.

Gertrudis no tardó en hinchar el pecho y cloquear como una gallina, halagada por el tono masculino.

—No deberías bajar corriendo la calle —comentó entonces, dirigiéndose a ella—. Podrías haberte roto algo, cariñito.

Le temblaron los labios y antes de que pudiese contenerse, se encontró hipando. No quería llorar, no quería que él ni nadie la viesen llorar, pero el tobillo le dolía horrores y el estar en sus brazos, acunada y cuidada de esa manera, con ese conocido calor y aroma envolviéndola terminó con sus defensas.

—Ha sido una estupidez que no volverá a cometer, ¿no es así, amor? —murmuró, con voz

suave, tierna y terminó por esconder el rostro contra su hombro.

—Será mejor que la lleve al médico —sugirió la otra mujer—. Que le miren ese pie.

Él asintió, lo supo por la manera en que se movieron sus músculos.

—Gracias, una vez más.

—Cuidaos hijos e id con cuidado.

Escuchó los pasos de las dos mujeres alejándose, el murmullo casi a voz en grito de sus impresiones ante lo sucedido y las lágrimas empezaron a picarle en los ojos al tiempo que lo escuchaba a él suspirar.

—No vuelvas a hacer otra estupidez igual, Bry —la amonestó, pero su trato era tierno, moviéndola con mucho cuidado—. Podrías haberte roto el cuello.

No respondió. Necesitaba de todas sus fuerzas para retener las lágrimas.

—¿Ahora vas a optar por el silencio? ¿No me has castigado ya lo suficiente?

Sus palabras la obligaron a abandonar su refugio y mirarle. Su visión se vio distorsionada por la humedad, aclarándose un poco solo cuando las lágrimas decidieron caer por si solas.

—¿Castigarte? —hipó—. ¿Quién está castigando a quién? Yo no pedí esto, no lo pedí… no lo pedí… y aquí estoy… metida hasta el cuello… y ya no sé qué hacer.

Él suspiró, sacudió la cabeza y clavó los ojos en los suyos.

—Ay, amor, qué voy a hacer contigo —murmuró, secándole las lágrimas con una mano libre—. Bry, ya. Deja de llorar.

Hipó y sacudió la cabeza antes de ocultarla una vez más contra su cuello. Quería llorar, quería desgañitarse y ponerle de rodillas, quería hacerle daño, quería decirle lo mucho que lo quería incluso sin comprender el motivo, quería decirle que para ella no era suficiente con ser una posesión, quería más… Quería…

—No —negó, sus palabras ahogadas en la tela de su abrigo—. Me duele y no pienso dejar de llorar porque tú me lo digas. No puedes darme órdenes. No soy una de tus propiedades. Soy de carne y hueso y tengo sentimientos, unos que tú no entiendes. Todos los hombres sois iguales, nunca entendéis nada.

—¿Cómo?

La sorpresa era tan palpable en su voz que se enfadó, haciendo que su silencioso llanto creciese en sonido.

—No has dejado de repetirme que te pertenezco, que soy tu compañera, que mi lugar está a tu lado —se quejó, entre lágrimas—, pero… eso no es suficiente, ¿no lo entiendes? Quiero más… quiero… quiero que me quieras.

—Bryony…

—No —Se quejó de nuevo, revolviéndose en sus brazos, deteniéndose solo cuando el dolor le atravesó la pierna—. Ay, dios. Mierda… joder… duele…

La movió en sus brazos, estabilizándola, impidiéndole moverse y obligándola al mismo tiempo a enfrentarle, a mirarle a la cara.

—Bry, ¿qué te hace pensar que no te quiero?

El tono de ironía presente en su voz la molestó hasta el punto de llevarla a pegarle en el hombro con el puño.

—¡Porque nunca me lo has dicho! —se quejó—. Todo lo que he oído de ti o de cualquiera de esa maldita manada es la palabra «pertenecer». ¡Y no soy un jodido objeto! Dios, te odio. Te odio, te odio, te odio, ¡te odio!

Se echó a llorar, ya no podía más. Se había enamorado de un lobo, durante todo ese tiempo, su estúpido corazón se había encaprichado de ese maldito felpudo.

—Te odio… no quiero volver a verte en mi vida —se desgañitó, llorando a moco tendido por primera vez en mucho tiempo.

Para su consternación, él respondió con una sonrisa, parecía tan satisfecho que le entraron unas enormes ganas de pegarle o morderle.

—No es verdad y lo sabes —declaró con plena confianza—. Me amas. Por eso has echado a correr en cuanto me has visto. Por eso has huido de mí todo este maldito año.

—No es verdad —hipó, pero ya no tenía fuerzas ni para llevarle la contraria.

Él chasqueó la lengua.

—¿Que te tengo dicho sobre las mentiras, compañera?

Volvió a hipar y escondió el rostro en su hombro con un estremecimiento.

—Maldita sea, me duele mucho.

Su cuerpo se apretó más contra el suyo, buscando algún tipo de ancla en aquella demencial locura en la que se hallaba sumida.

—Son pequeñas heridas de guerra —le dijo él en cambio—, podrás exhibirlas ante la manada cuando volvamos a casa.

Negó con la cabeza, sin apartar el rostro de su refugio.

—No voy a ir contigo.

—Claro que lo harás. —Empezaba a irritarla tanta seguridad, especialmente cuando ni siquiera le había contestado—. Volverás a casa conmigo y entonces planearemos una bonita boda.

Resopló, ¿y ahora elegía burlarse de ella?

—Ni lo sueñes.

Él se echó a reír, se inclinó sobre su oído y le susurró.

—Bry, ¿de verdad crees que habría pasado por tantos problemas para retener a una mujer a mi lado, a mi compañera, si no la quisiera? —argumentó, de buen humor.

Dejó de ocultarse para mirarle.

—¿Y por qué no me lo has dicho nunca? ¿Por qué nadie me lo ha dicho?

Sus ojos se encontraron, él le sostuvo la mirada para finalmente sacudir la cabeza y depositar un beso en la punta de su nariz.

—¿Volverás conmigo a casa? —preguntó y se apresuró en añadir—. Sin condiciones.

Sorbió e hizo un puchero. ¿Es que no iba a ganar nunca una maldita batalla con él?

—Quiero oírlo —insistió, esperando, buscando la verdad a esas palabras que quería oír en sus ojos.

—¿Te duele mucho el tobillo?

Ella se frustró.

—¿A quién le importa el maldito tobillo?

—Pues a mí —se rio él—, quiero que mi novia vaya caminando hacia el altar, no con muletas.

Bufó y sacudió la cabeza.

—¿Quién ha dicho que voy a casarme contigo?

—Supuse que querrías hacerlo legal —le dijo—, a mi manera, llevamos casi un año casados, amor.

Apretó los labios y sorbió una vez más por la nariz. ¿Se estaba burlando de ella?

—¿Lo estás haciendo a propósito?

Él se hizo el inocente.

—¿El qué?

—¡Adam!

Sonrió abiertamente y se inclinó sobre ella, apretándola entre sus brazos.

—Te quiero, mi pequeña y huidiza loba —declaró, con fervor—. Te quise desde el primer momento en que te vi sola y perdida en el recibidor de mi casa. Eras la mujer que me estaba destinada, mi compañera, era imposible que no me enamorase de ti.

Parpadeó varias veces, dejando que esas palabras se filtrasen en su mente, aliviando cada uno de sus temores solo para llevarla a rezongar.

—¿Y por qué diablos no lo has dicho antes? —protestó. Eso, posiblemente, les habría ahorrado a ambos muchos problemas.

Él puso los ojos en blanco.

—Bry, no he dejado de hacerlo en cada oportunidad que hemos estado juntos —le aseguró, y parecía genuinamente sorprendido ante su previa pregunta—. ¿No lo entiendes, Bryony? Los lobos, cuando nos emparejamos, lo hacemos de por vida y es a nuestra compañera, a nuestra loba, a la que entregamos todo lo que somos. Eres mía, mi compañera, mi pareja y mi amor. Siempre.

—No soy una loba —no pudo evitar rezongar, pero esta vez tal afirmación no salió con la seguridad de siempre. Ambos sabían que estaba mintiendo.

—Lo eres, amor mío —aseguró, todo lleno de razón—. Pero dejaré que sigas negándolo… hasta mañana.

Hizo un mohín y negó con la cabeza.

—Mañana es Navidad.

—Y hará exactamente un año que nos conocimos —le recordó—. Eso lo convierte en nuestro primer aniversario. Así que dime, compañera, ¿qué es lo que deseas para Navidad?

No necesitaba pensarlo, sabía lo que deseaba, lo que había deseado desde el primer momento en que sus ojos se encontraron. Un deseo, del que había huido hasta que él le dio caza.

—A ti —le dijo, separándose un poco para mirarle los labios—. Quiero un lobo para Navidad.

Sus ojos cayeron también sobre los suyos y sonrió.

—Eso, compañera, es algo que sin duda puedo entregarte —sonrió, bajando sobre su boca —. Soy tuyo, Bryony. Eternamente.

Acarició sus labios con los suyos un instante antes de que dejase escapar un inesperado quejido.

—Mierda... —gimió, dolorida—. Esto duele.

—¿El beso?

Negó con la cabeza.

—No, felpudo, el beso no, el tobillo.

Él parpadeó y se echó a reír.

—¿Acabas de llamar *felpudo* al alfa de tu manada y compañero?

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Sí, creo que he hecho exactamente eso.

—Sí, sin duda, tendrás un lobo para Navidad.

EPÍLOGO

Bryony se detuvo una vez más a recuperar el aliento. Adam había insistido en llevarla él mismo, pero se negó diciéndole que tenía muchas cosas que preparar para celebrar la reunión de esa noche, dónde sería oficialmente presentada al clan. No era un evento que le hiciese de manera precisa ilusión, especialmente cuando todo lo que podía hacer era permanecer sentada en una maldita silla y con la pierna en alto mientras su enorme familia política comparecía ante ellos. Eve le había prometido permanecer a su lado y golpear la cabeza de unos cuantos lobos si hacía falta.

Ambas sabían que sanar su relación llevaría tiempo, pero el primer paso había sido dado cuando la joven loba abrió la puerta de su hogar y le sonrió con calidez y sin rastro de resentimiento alguno por su parte.

«Bienvenida a casa, Bry».

Sus palabras habían sido sinceras y la emoción que escuchó en su voz, las llevó a las dos al llanto. El ver la cara asustada de Adam, mirándolas a las dos, había sido un *bonus.*

Aseguró el pequeño ramillete con tres rosas blancas que llevaba bajo el brazo y se apoyó de nuevo en las muletas para recorrer el sendero de piedra que discurría a través del jardín trasero y que daba a una pequeña plazoleta en cuyo centro se encontraba una estatua de mármol blanco tallada con la efigie de un lobo rampante.

«La tradición la iniciaron mis bisabuelos. Mi bisabuela dejó a su compañero antes de tiempo y él construyó esta estatua en su honor y en su memoria. Decía que todo lobo deja una huella detrás de sí y que esta vive siempre en el recuerdo de aquellos que los han querido y apreciado. A partir de entonces, cuando alguien querido nos deja, esparcimos sus cenizas aquí en una noche de luna llena y pedimos a nuestros ancestros que los cobijen en su abrazo y les conviertan en nuestros guías».

Una tradición tan antigua como hermosa, pensó, una que le permitía así mismo despedirse de la loba que había sido como una madre para ella.

La estatua apareció ante ella, la nieve de la noche la había salpicado confiriéndole un aspecto incluso más místico. Su acabado era tal que casi podía verla saltando de aquel pedestal y corretear a su alrededor como un verdadero lobo.

Se lamió los labios y sonrió.

—Hola *nana* —murmuró, arreglándoselas con las muletas para depositar las rosas que había traído consigo al pie de la estatua—. Ya estoy en casa.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, seguida de otra y otra más, pero a pesar de todo, se sentía bien, llena de felicidad, pues ahora estaba dónde pertenecía.

Secándose el rostro, sonrió y giró de nuevo sobre sus muletas, Adam la esperaba al final del camino, paciente, fuerte, el ancla que necesitaba en ese nuevo mundo y el dueño de su corazón.

Lentamente, emprendió el camino de vuelta, sintiendo como una fría ráfaga de viento levantaba unas diminutas volutas de nieve y la envolvían con mimo trayendo consigo una lejana bienvenida.

«Bienvenida a casa, Bry. Bienvenida a casa».

Se detuvo en seco, miró de nuevo a la estatua del lobo y sonrió, entonces le dio la espalda

una vez más y cojeó hacia su compañero, su mejor regalo de navidad.

REMEMBER WOLF -NOVELA CORTA-

Un inesperado accidente le costó a **Daniel Ward** algo más que una perecedera cojera, le robó cinco años de su vida y lo despojó de un pasado que no puede recordar. Su mente es como una pizarra en blanco, una profunda laguna de la que sobresalen esporádicas emociones que solo su lobo parece entender.
Ahora, la vida ha decidido darle un nuevo golpe y robarle lo único que le ha importado realmente en los últimos tiempos. Sumido en una nueva vorágine de sucesos, Dan deberá enfrentarse con las sombras de su pasado, las cuales toman la forma de **Abigail**, una adorable y cálida desconocida que amenaza con descorrer el velo sobre sus olvidados recuerdos y devolverle a su naturaleza lupina la esperanza.

PRÓLOGO

«Te estaré esperando».

Esas palabras seguían atormentándole incluso todos esos años después. Podía repetir la suave y cálida voz en su mente una y otra vez sin ser capaz de relacionarla con un rostro, recordar un aroma sin saber de dónde procedía y eso lo frustraba por completo.

Dan abrió los ojos y contempló su reflejo a través del cristal del ventanal. El sol se ponía ya sobre la ciudad, el naranja y el rosa del atardecer coloreaba el paisaje pintando los edificios dotándolos de un aspecto místico, casi mágico. Sin duda aquella era una atalaya perfecta, una vista privilegiada y a la que hacía muy poco caso.

La jornada laboral había terminado hacía horas, la última reunión había sido todo un éxito, se había impuesto sobre sus oponentes, superando sus argumentos y aplastándolos hasta convertirlos en cenizas.

Daniel Ward, el tiburón de las finanzas.

Así era como lo llamaban en el mundo empresarial, en ese difícil y fiero mundo en el que o eras el cazador o te convertías en presa. Si echaba la mirada atrás no encontraba otra cosa pero tampoco le importaba, gracias a esto había podido salir adelante y defender lo que más le importaba hoy por hoy.

«Nadie tocará lo que tanto esfuerzo te llevó levantar, Catherine».

Se llevó la mano a la frente, le dio la espalda a los amplios ventanales y volvió a dejarse caer en la silla de cuero marrón que presidía su escritorio. Paredes blancas, muebles de madera lacada, alfombras y moqueta gris, incluso el arbolito artificial que Cathy se había empeñado en poner en la maldita esquina parecía burlarse de él. Su oficina en la Millennium Tower parecía sacada de una revista de decoración. Echó la cabeza atrás y sintió el impulso de aullar, podía recordar una voz pronunciando esa maldita frase, pero era incapaz de extraer nada más de un pasado que permanecía dormido, olvidado por completo a raíz del accidente que había sufrido cuatro años atrás y que casi le cuesta la vida, además de su memoria.

—¿Quién demonios eres? —resopló apretándose el puente de la nariz con los dedos—. ¿Quién?

Todo lo que le quedaba de ese día era el recuerdo de su voz, esa única frase y una sensación de anhelo que hacía que su lobo viviese un perpetuo luto.

«Un día recuperarás tus recuerdos y la encontrarás, Dan. No te preocupes por el pasado y vive el presente».

El optimismo de Cathy y su bondad lo habían sacado en más de una ocasión de la frustración que suponía el no recordar quién era. Retazos, momentos difuminados, lejanos ecos que reverberaban en su mente sin orden ni concierto intentaban encontrar lugar para las piezas de un puzle que se había resquebrajado.

El dantesco accidente acontecido en la estación Emet le había arrebatado algo más que la audición del oído izquierdo le había obsequiado con una conmoción cerebral, una perenne cojera y la ausencia de los cuatro años anteriores a la catástrofe.

Abrió los ojos y deslizó la mirada sobre la mesa para encontrarse con la imagen de la mujer a la que recordaba, la que le sonreía desde detrás del cristal. Se estiró y cogió el marco como si de aquella manera pudiese tenerla más cerca ahora que se había ido.

A ella también la había perdido. La única que lo había salvado, que le ayudó a rehacer su vida a pesar de carecer de pasado, que le dio todo lo que era, todo lo que tenía y lo ayudó a levantarse de las cenizas de una vida truncada y resurgir como el lobo que era hoy en día.

Dos mujeres. Dos almas que lo habían acompañado de distintas maneras a lo largo de los últimos cuatro años. Una parecía residir en su pasado, en el eco de la mente del lobo, en una conexión truncada que su parte humana no recordaba, mientras que la otra había sido su presente, su pilar más fuerte y su compañera hasta hacía poco más de un año.

«Estarás bien, Dan. Eres un hombre fuerte, inteligente y dueño de tu propia vida. Sobrevivirás, incluso después de que me haya ido, tú continuarás con nuestro legado».

Ella se había encargado de cultivar esa necesidad que ya vivía en su interior, de alimentarla y encauzarla hacia algo bueno, algo provechoso. Lo había arrancado del dolor, la desesperación y la autodestrucción en la que su lobo lo sumió tras el accidente le ayudó a reencontrarse consigo mismo, con el hombre que había sido a pesar de esa laguna de cuatro años devolviéndole a la vida.

«¿Cómo sabes que no soy un peligro para ti? ¿Cómo puedes confiar en alguien a quien realmente no conoces? Podría ser un asesino y ninguno de los dos lo sabe».

Cathy le había sonreído, ese pequeño lunar se había elevado en su mejilla como siempre, se acarició los labios con la lengua y le guiñó el ojo.

«Simplemente lo sé. Hay algo en ti que emana fuerza, algo oculto en lo más profundo de tu alma que alimenta la determinación de tu lobo y te mantiene en pie. Puede que no recuerdes lo que es, pero la bestia sabe que está ahí y es lo que se encarga de alimentar tu espíritu. Puede que seas un lobo solitario, pero también eres un buen hombre y te lo demostraré».

Y lo hizo. Se encargó de demostrárselo a cada paso del camino, con cada nuevo acto que realizaba por y para ella, con cada palabra, con cada gesto. Cathy estuvo a su lado cuando salió del coma, cuando su lobo se replegó poco a poco y empezó a recuperar su propia identidad. Sus apagados recuerdos empezaron a cobrar vida hasta estancarse en un veintiséis de septiembre de hacía cuatro años; el día en que había enterrado a sus padres para luego recoger sus cosas y abandonar la manada, tal y como tenía pensado.

El problema es que al parecer jamás se mudó y su permiso de conducir indicaba que había estado viviendo los últimos cuatro años en un rancho de Nevada, otra de las grandes incógnitas que no había conseguido aclarar.

—Ojalá hubieses estado hoy aquí, Cathy —acarició la foto de la mujer que se había convertido en su salvadora, en su amiga, amante y esposa. Y a la que no pudo amar tan completamente como se merecía. Su lobo la había reconocido como a una amiga, le había guardado cariño, pero había dejado claro que ella no era su alma gemela. Y entonces, la enfermedad con la que ya lidiaba cuando la conoció se había encargado de robarle la vida—. Te habría encantado ver la cara de imbéciles que les han quedado. Pensaron que podían quitarte lo que tantas noches en vela te costó levantar, pero no contaron conmigo.

Sonrió, devolvió el marco a la mesa y recorrió la oficina una vez más con la mirada. El despacho comenzaba a resultarle asfixiante, la necesidad de dejar a un lado los trajes a medida, las corbatas y marcharse durante unos días o semanas al rancho era algo que le apetecía cada vez más. Su lobo ansiaba salir y él estaba más que deseoso de dejarlo libre. Conectar con su lupina naturaleza a medida lo calmaba y le aportaba la claridad que solo un animal podía aportar. Pero antes de poder dar rienda suelta a su can, tenía que dejar las cosas listas aquí y superar la recepción que tendría lugar a finales de semana; la subasta anual que este año se haría en honor de su fallecida esposa.

—Deséame suerte, dulzura —le guiñó el ojo a la foto, se levantó y recuperó la chaqueta colgada del respaldo de la silla—, y mantente vigilante.

Aquella iba a ser sin duda su gran prueba de fuego, la que consolidaría sus acciones de los últimos doce meses y no dejaría que nada ni nadie lo arruinase.

Se puso la chaqueta, echó un último vistazo a las vistas de la ventana y apagó la luz de la lámpara junto a la mesa para finalmente salir por la puerta.

CAPÍTULO 1

—Llegas tarde, Dan.

No había hecho más que atravesar la puerta de su casa y dejar las llaves en el cuenco de porcelana sobre el mueble cuando la vio en medio del recibidor vestida con… bueno, no estaba seguro de si un delantal podía considerarse vestimenta.

Su lobo gruñó ante su presencia, le gustaba tan poco esa mujer como a él mismo. Compuso una mueca mentalmente y resopló ante su propia estupidez, ¿por qué no le había dicho a Noah que le impidiese la entrada?

—¿Qué haces aquí, Nina? Creí haberte dicho que…

Con un pequeño mohín su indeseada invitada empezó a contonearse en su dirección. Sus pechos se alzaban erguidos bajo la breve cobertura en una muda invitación, el largo y ondulado pelo rubio le caía en cascada por la espalda llegando casi a rozar la estrecha cintura, pero eran sus lupinos ojos verdes los que se posaron sobre él con esa conocida mirada que esperaba ganarle el indulto.

Lobas, pensó con irritación.

De entre todas las mujeres existentes, tenía que haberse liado con una de su propia especie.

—Ambos sabemos que no lo decías en serio.

Enarcó una ceja ante tamaña estupidez.

—Yo nunca digo las cosas por decir, nena —respondió con palpable ironía—, y cuando dije que movieses tu peludo culo fuera de mi casa, eso era exactamente lo que quería decir.

Las cuidadas y pintadas uñas se posaron sobre la solapa de su traje al tiempo que la seguían el resto de su voluptuoso cuerpo. El gruñido empezó a emerger de su propia garganta y tuvo que obligarse a tragarlo. Al lobo no le gustaba esa hembra, incluso cuando se había acercado a ella por pura necesidad, su bestia le había dado la espalda encontrándola indigna de sus atenciones.

—¿Por qué habrías de querer perderte la diversión?

Bufó en voz alta y dio un paso atrás.

—Ya no me resultas divertida, loba —aseguró con frialdad—, por el contrario, eres absolutamente tediosa.

El aguijonazo de la palma estrellándose contra su mejilla fue suficiente para dar por zanjada su presencia.

—¡Cabrón!

Se mantuvo estoico y la miró de reojo.

—Procura no dejarte nada cuando salgas —le indicó, pasó por su lado y entró en su hogar.

—¡Eres un cabrón hijo de puta, Daniel Ward!

Una frase que ya había oído en demasiadas ocasiones y que le importa una mierda.

—No me dices nada que no sepa ya —le soltó sin mirar atrás—, te ruego no te demores en abandonar mi propiedad.

Y, a juzgar por el portazo que dio unos minutos después, la hembra había decidido tomar sus palabras al pie de la letra. Satisfecho dejó atrás la entrada y se adentró en sus dominios para ir directamente a la cocina, dónde encontró a Noah moviéndose entre fogones.

—¿Has echado ya a la *putilobi*?

Puso los ojos en blanco y entró en el territorio de su amigo y mayordomo, un hombre que había estado al lado de Cathy durante muchísimo tiempo y que lo había adoptado también a él cuando entró en su vida. Al contrario que su difunta esposa, su viejo amigo también era un lobo.

—¿Para qué la dejaste entrar?

Se detuvo a probar la salsa que estaba haciendo e hizo una mueca.

—No lo hice, la putilla tenía una llave —declaró al tiempo que condimentaba su creación —. Y fíjate que he hecho hincapié en la palabra «tenía».

Sí, a él le había caído incluso peor que a su lobo cuando la vio atravesar la puerta de su brazo.

—¿Qué estás haciendo? —se adelantó en un intento por cambiar de tema y dirigirlo hacia zonas menos transitadas.

—Algo cuyo nombre serías incapaz de pronunciar —aseguró moviéndose de un lado a otro—, pero que tu estómago apreciará.

Sonrió de soslayo.

—Te aseguro que mi estómago no se quejará jamás de tu comida.

El hombre asintió y continuó con su labor.

—¿Qué tal las cosas en la empresa? ¿Has conseguido lo que te proponías?

Sus labios se curvaron por sí solos.

—¿Acaso lo dudabas?

Noah se limitó a chasquear la lengua en señal de aprobación.

—Puedo dudar de muchas cosas, pero no de tu arrogancia, lobo —aseguró con un chasquido—. Tu sola arrogancia es capaz de dominar una sala entera.

Y esa era una frase que solía utilizar a menudo su difunta esposa.

—Gracias, viejo, aprecio el halago.

Se limitó a asentir, sacó la salsa del fogón y se dirigió al horno para comprobar el asado que ya olía.

—Sí, sí, sí… ahora, abandona mis dominios y ve a ducharte —lo empujó a ello—, después podrás seguir contándome tus batallitas del día.

Y aquella era una invitación a dar media vuelta e irse, pensó con diversión.

Ese hombre era todo un personaje, lo había sido desde el momento en que puso un pie por primera vez en esa casa, la de Cathy, recién salido del hospital.

Su vida se había detenido, en cierto modo, ese día aciago día de noviembre y lo había hecho llevándose consigo los anteriores cuatro años. Nunca supo qué hacía en esa estación de metro o por qué estaba en esa ciudad, lo último que recordaba con total nitidez era haber abandonado el cementerio en una tarde lluviosa, saludar a los escasos asistentes y marcharse con intención de volver a casa y pensar que hacer a continuación.

Recordaba incluso haber metido las llaves en la cerradura, sentir la opresión asfixiante de la solitaria vivienda antes de dirigirse directamente al bar, sacar una botella de Bourbon y pasar las siguientes horas emborrachándose; y el alcohol le sentaba como una patada en el culo, su lobo era testigo de ello.

Allí era dónde terminaban sus recuerdos y dónde, su vida había cambiado.

No recordaba hacerse mudado del pueblo a la ciudad, ni siquiera podía recordar haber tomado esa decisión y mucho menos hacer la mudanza. El piso que poseía en una de las zonas

más tranquilas de la ciudad parecía contener cosas suyas, pero no podía recordar haber pasado dentro de sus paredes ni un solo momento. Incluso el coche que encontró en el garaje fue una sorpresa igual o mayor que las cosas que había en su supuesta casa.

Entre sus efectos personales, algunos reconocidos, había fotos suyas con personas a las que no conocía, solo después descubriría que se trataban de amigos y compañeros de su antiguo trabajo en una asesoría. Libros que no recordaba comprar o haber leído, anotaciones pegadas con los imanes de la nevera que no tenían sentido y en las que sin embargo reconocía su letra, era como si alguien hubiese montado una obra de teatro con su vida y hubiese olvidado entregarle el libreto.

Cuatro años de su vida se habían esfumado para siempre y no había forma de recuperarlos, ninguna que los médicos asegurarle que tuviese éxito. Las amistades que había hecho empezaron a diluirse con el paso de los meses debido a un supuesto cambio de actitud, el puesto en el que llevaba los últimos cuatro años trabajando se volvió tan ajeno y asfixiante que renunció a él tras una considerable prórroga por parte de su jefe.

Todo lo que supuestamente había sido se esfumó bajo el peso de la ignorancia, el miedo y la desesperación y solo quedó un hombre despojado de todo.

Cathy había estado allí para recoger sus pedazos y obligarle a levantarse de nuevo. Ella fue la única que no le dio la espalda tras el accidente y quién siguió a su lado a pesar de sus muchas e interminables protestas. Había sido un verdadero capullo con ella y, a pesar de todo, había seguido a su vera, dispuesta a llevarle por el buen camino y aplacar esa rabia que su lobo había desarrollado ante la ausencia de sus recuerdos.

Casarse con ella había sido el curso natural de los acontecimientos, después de todo, en el tiempo que había estado ingresado en el hospital, nadie había venido a verle y tampoco podía recordar si tenía una compañera, esposa o amante esperándole en algún lugar. Las pesquisas que su entonces prometida había averiguado por medio de un detective privado, solo arrojaron luz sobre los datos más comunes de su vida, una que no recordaba. Su trayectoria profesional, los amigos con los que solía salir, a dónde solía ir de vacaciones, pero en ningún momento tuvo constancia de ninguna mujer… y sin embargo, su lobo estaba de luto. En su interior existía un extraño vacío que nunca había sentido antes y que solo se le ocurría achacar a la muerte de su compañera.

¿Se había emparejado su lobo? ¿Quién había sido ella? ¿Por qué nadie la recordaba? ¡Por qué no la recordaba él!

Su pequeño ángel lo había salvado de acabar con una botella de vino bajo el brazo y tirado en alguna cuneta cuando empezó a obsesionarse con esas preguntas, su ternura y amor lo habían rescatado y convertido en el hombre que era hoy en día, le habían dado estabilidad y la ternura necesaria a un lobo que lloraba en silencio. Y por ello, le debía el mantener esa maldita empresa a flote y alejada de los tiburones que se habían lanzado a descuartizarla tan pronto dejó este mundo.

Apretó los labios con fuerza y resopló para sí.

—Nadie te quitará lo que tanto esfuerzo te llevó levantar, Cathy —le juró una vez más.

Haría hasta lo imposible por evitar que su legado cayese en manos codiciosas, incluso olvidarse de esa olvidada voz procedente de su pasado, una que era incapaz de identificar con un rostro y que cada día que pasaba parecía pesarle más y más en el alma.

—Oh, conozco esa mirada —chasqueó Noah apareciendo tras él con una bandeja en las manos que depositó sobre la mesa—. Estás pensando ya en arrancarle la cabeza a algún pobre incauto.

Puso los ojos en blanco y tomó asiento en el mismo lugar de siempre.

—En realidad estaba pensando en cogerme unos días e ir a casa —reflexionó en voz alta —, no he vuelto a pisar el rancho desde que Cathy enfermó y después…

El hombre asintió.

—Te vendrá bien un cambio de aires, dejar esta asfixiante ciudad durante un par de días y dejar salir al lobo —comentó empezando a servir la comida—. Llevas demasiado tiempo encerrado en ti mismo, volver a conectar con tus raíces siempre te ha sentado bien.

Sí, eso era algo que también le había dicho su esposa. Una vez al año solían volver a la propiedad de sus padres, al rancho que se había encontrado medio abandonado y cerrado tras cuatro años en los que nadie de su antiguo entorno pudo decirle dónde había estado. Todo lo que había podido averiguar era que, tras la muerte de sus padres, había decidido alejarse de todo y marcharse del pueblo.

—Estar en comunión con la naturaleza suele aclararte las ideas y te devuelve de mejor humor —le recordó oportunamente—. Este último año has estado trabajando sin parar para que ninguno de los usureros se quede con la empresa de nuestra Catherine. ¿No tienes ya todo atado?

Ladeó la cabeza y asintió.

—A falta de la recepción de la semana que viene —aceptó pensativo.

—En ese caso iré haciendo la maleta —declaró sin darle opción a protestar—. Cómete el estofado antes de que se enfríe.

Enarcó una ceja al ver únicamente un plato en la mesa y sintió a su lobo gimotear. Ambos odiaban comer solos, de hecho, odiaban estar solos, pero no era algo que se permitiese compartir con nadie.

—¿No vas a acompañarme?

—¿Y dejar que me convenzas con alguna argucia para retrasar tu escapada? —esgrimió su argumento con tanto ímpetu como solía hacerlo—. Ni hablar, querido, ni hablar.

Con ese golpe de tacón tan efectivo que tenía al girar, salió por la puerta como una exhalación.

Alguien parecía tener muchas ganas de perderle de vista durante unos días, pensó con un resoplido antes de proceder a atacar el asado. Como siempre, la carne estaba en su punto, justo como a él le gustaba.

CAPÍTULO 2

Había luchado tanto por realizar este viaje, tantos meses de preparativos y de auto convencerse a sí misma, que ahora que estaba allí le costaba creerlo. Daba igual las veces que hubiese cruzado la avenida principal, la incontable cantidad de idas y venidas que había hecho a través de las conocidas calles reencontrándose con los conocidos árboles y las casas blancas con tejados naranjas y de pizarra que decoraban el tranquilo y acogedor pueblo. No podía sacudirse de encima la sensación de pertenencia y la paz que encontraba al moverse por la zona, una que le había sido arrebatada drásticamente cuatro años atrás.

Incluso ahora conservaba la esperanza de verle aparecer doblando la calle, algo que le confirmase que esa miríada de emociones y sensaciones que se agitaban en su interior no eran solo producto de su necesidad de recordarle, de negarse a sí misma que su compañero ya no estaba en este mundo.

Abby luchó contra la congoja. Ambos habían caminado por esas pequeñas y estrechas calles, él la había llevado por las plazas sombreadas, le había enseñado orgulloso la tierra que amaba, aquella en la que se había criado, aquella en la que quería formar una familia algún día.

La vida podía truncarse rápidamente y en un solo instante por causa del destino y el suyo le había arrebatado demasiadas cosas en tan solo un momento.

«No tienes nada de lo que preocuparte, estrellita».

Se estremeció al recordar sus palabras, la manera en que la había mirado, la ternura con la que siempre la trataba. Él la había rescatado de la soledad, le había mostrado un mundo que jamás creyó posible, le brindó todo el cariño del que había carecido su vida solo para dejar que se hundiese una vez más en ella a raíz de ese maldito accidente.

Se llevó las manos al estómago con un doloroso gesto y sacudió la cabeza.

—¿Por qué todavía no has venido a buscarme, Dan? —gimió interiormente, rota por ese viejo y conocido dolor—. Dime que todavía estás ahí, en algún lugar, dime que lo que siento en mi interior eres tú y no un eco de lo que tuvimos.

Ella, una sencilla y anodina chiquilla se había emparejado con un lobo. Su mundo había cambiado radicalmente al conocerle, el miedo que había sentido al principio fue desapareciendo paulatinamente bajo la paciencia y la ternura de ese lobo hasta que no le quedó otro remedio que rendirse a él y a lo que sentía a su lado. Pero ahora él se había ido y ni siquiera estaba segura de si seguía vivo o estaba muerto.

Respiró profundamente y se obligó a hacer a un lado los aciagos recuerdos. No quería aceptar esa última posibilidad, no quería aceptar que le había perdido a él también en aquel horrible accidente cuatro años atrás. No quería aceptarlo y se aferraba con uñas y dientes a la única pista que tenía, la que había estado siguiendo sin descanso y sin éxito durante todo este tiempo.

Daniel había aparecido en su vida un lluvioso día de primavera, la había cobijado con su paraguas y convencido de dejar de aporrear el maldito parquímetro que se negaba a registrar la hora indicada. Un café y varias citas después, la llevaron a enamorarse perdidamente de un hombre sencillo, un lobo ocurrente y con un peculiar sentido del humor que había estado pasando las vacaciones en la ciudad.

Pero Dan no era un cosmopolita, como un lobo disfrutaba de su pacífica vida en un sencillo pueblecito del interior, del rancho que le habían dejado sus recién fallecidos padres, de correr libre por los pastos y jugar con ella sin descanso.

Ambos se habían encontrado en un difícil momento de sus vidas y se habían ayudado mutuamente, el amor había llegado solo uniéndolos con un vínculo que ningún humano podía entender, haciendo que fuese impensable seguir separados y terminar formando una familia de dos, una que en esos momentos iba a incrementarse.

—¿Por qué no lo dejamos para otro momento? Uno en el que tú no estés ocupado y puedas acompañarme a la ciudad —había rezongado, acariciándose el plano vientre dónde se gestaba su pequeño lobito.

—Solo será un día, *estrellita* —le había acariciado la nariz con hacía siempre para luego tocarle la tripa—, ¿no podéis sobrevivir veinticuatro horas sin mí?

—Creo que no podría sobrevivir ni un solo minuto.

Había hecho un puchero para luego enterrarse en su enorme abrazo, empapándose de su calor y su aroma.

—Sobrevivirás mientras no olvides que te quiero, *estrellita,* y que eres toda mi vida —se había reído abrazándola a su vez—. Te recogeré el viernes a las nueve en punto, ni un segundo después; te lo prometo.

Pero esa promesa quedó truncada por un inesperado accidente, uno que había convertido la estación de tren en un trágica zona cero. Una explosión de gas habían dicho que era la causa de las muertes, de los heridos y del caos sembrado aquella fría mañana. Un fatídico accidente que se cobró la vida de muchos inocentes, entre ellos, la de su hijo no nato.

No recordaba gran cosa de lo sucedido esa mañana, tan solo el ensordecedor sonido de la explosión, gritos y el agudo dolor que le había lacerado el estómago, eso y la imagen de Dan esperándola en el andén un segundo antes de que todo explosionara.

Cuando despertó estaba en el hospital, habían pasado varios días y su lobito la había abandonado. A Dan lo dieron por muerto, posiblemente una de las víctimas que había sido incapaz de identificar, pero ella se negaba a aceptar esa posibilidad, en lo más profundo de su ser confiaba en que estuviese vivo, que algo hubiese pasado dando como motivo que no hubiese venido a buscarla en todos esos años. No quería aceptar su muerte y no lo haría mientras ese sordo latido que vivía dentro de ella, uno que había creado el vínculo entre compañeros, se extinguiese por completo.

Y ahora estaba de nuevo allí, en su pueblo, en el lugar en el que habían decidido formar una familia, el mismo que había visitado nada más salir del hospital y se había encontrado completamente vacío. Los recuerdos habían sido tan duros, que fue incapaz de quedarse y regresó a su ciudad, quedándose allí todo ese tiempo hasta que la desesperación la hizo moverse otra vez en busca de un milagro.

Esta era su última oportunidad, si no daba con él esta vez, no creía que tuviese más fuerzas para seguir buscándole. Si no lo encontraba, tendría que obligarse a olvidarle para siempre y olvidar el amor que nunca se había extinguido.

—Por favor —elevó los ojos al cielo pidiendo una plegaria—, por favor, si está con vida, devuélvemelo.

CAPÍTULO 3

Había cosas que no cambiaban a pesar del paso de los años, Dan era consciente de ello al pasear por las calles del pueblo en el que había nacido y dónde había pasado su juventud. La tranquilidad y sencillez que lo caracterizaba seguía presente en las hogareñas construcciones, en los cuidados jardines y en cada recoveco del lugar, daba igual el tiempo que hubiese pasado, que hubiese estado ausente cuatro años, uno o toda una vida, había muy pocas cosas que cambiaban en Everly Place.

Esbozó una irónica sonrisa al reconocer cada uno de los edificios y saber exactamente quién los habitaba o la función que habían tenido y, en algunos casos, todavía tenían. La barbería seguía en el mismo sitio de siempre, con la eterna lámpara en forma de torno rojo, blanco y azul que había visto tantas veces al pasar por la acera. Un par de casas más allá se encontraba la principal tienda del pueblo, con la propietaria más cotilla que existía; su madre había comentado muchas veces lo lenguaraz que era la mujer.

—La señorita Evans —recordó el nombre exacto.

No dejaba de resultar irónico que recordase centímetro a centímetro aquella parte del país y fuese al mismo tiempo incapaz de recordar nada posterior al entierro de sus padres.

Dejó escapar un profundo suspiro y emprendió el camino que llevaba al cementerio, aunque no lo hubiese admitido abiertamente, se sentía algo culpable por haberse ausentado durante ese último año y no haber vuelto a presentar sus respectos. La intranquilidad era, además, su nueva mejor amiga. No estaba seguro de si se debía al regreso al hogar o a algo más, pero desde el momento en que había aparcado el coche, no se sentía dueño de sí mismo. Suponía que se debía a su lobo y a la necesidad de correr, de conectar de nuevo con la naturaleza y el lugar que conocía como la palma de la mano. Anhelaba correr por el bosque, perderse en medio de la montaña y dejar que su parte animal se llevase todas las preocupaciones que sacudían a la humana.

—Caramba, esta sí que es toda una novedad en el pueblo.

Se giró al escuchar el jovial y ronco comentario y no pudo menos que sonreír al reconocer al propietario de tal vozarrón.

—Dan Ward nada más y nada menos —continuó el hombre tendiéndole inmediatamente la mano—. Ha pasado algún tiempo desde que te dejaste ver.

—Señor Higgins —correspondió a su saludo, recordando perfectamente al buen doctor, quién había sido íntimo amigo de su padre—, no pasan los años por usted, está como siempre.

El hombre asintió agradecido con su respuesta y se tomó unos momentos para hacer vida social.

—¿Qué tal has estado, hijo? —se interesó, su voz bajando de tono al continuar—. Me enteré de lo ocurrido con tu esposa, lo lamento mucho.

—Gracias —aceptó con sencillez—. Fue duro, pero la vida sigue y me han recordado que tengo propiedades de las que ocuparme.

Ese hombre había sido una de las pocas personas que recordaba en el entierro de sus padres, el viejo doctor era uno de los pocos que conocían su peluda naturaleza, puesto que había atendido a su padre en infinidad de ocasiones tanto en su forma humana como en la lupina.

Desafortunadamente, poco después de volver al pueblo tras el accidente, a petición de Cathy, en busca de respuestas, se había enterado que el médico había pasado los últimos cuatro años fuera del país, lo que impedía que pudiese arrojar algo de luz sobre lo ocurrido con él tras la muerte de sus padres.

—Entiendo —comentó el hombre con ese gesto tan conocido para él—, supongo entonces que te veré durante algunos días por aquí.

Asintió.

—Al menos durante esta semana —aceptó. Sería lo que le llevaría comprobar el estado de la propiedad y tomar por fin una decisión sobre qué hacer con ella.

—Bien, bien —aceptó complacido—, en ese caso tienes que venir a cenar un día de estos, a Mona le encantará verte.

Agradeció la invitación sin comprometerse a nada, su regreso ya era bastante difícil y no estaba de ánimo para hacer vida social y continuó con su paseo.

Para cuando llegó a la pequeña iglesia que presidía el área del cementerio, el cielo se había encapotado y el aroma a humedad perfumaba el ambiente a pesar del cielo despejado. El calor pegajoso solo podía traer consigo una de las típicas tormentas estacionales que solían azotar la zona. Su lobo se revolvió, a él no parecía molestarle el mal tiempo, por el contrario, parecía disfrutar de ese desapacible tiempo. Instintivamente podía saborear la humedad en el aire y no dudaba que el cielo se cubriese antes o después para descargar sobre el pueblo un buen aguacero.

Hizo una mueca, a Cathy no le había gustado demasiado la lluvia. Había perdido la cuenta del número de veces que lo había amenazado con una cuchara de palo cuando volvía de correr en su forma lupina y volvía con el pelo todo mojado.

—Ojalá estuvieses aquí ahora, Cathy —murmuró echándola cada vez más de menos. Sin ella volvía a sentirse perdido y solo, tanto como lo había estado al despertar en aquella cama de hospital.

Hizo a un lado los aciagos pensamientos y reunió todas las fuerzas que le quedaban para adentrarse en el cementerio y reencontrarse con esa parte de su pasado que, si bien recordaba, hubiese preferido que se mantuviese también en el olvido.

Las lápidas que marcaban su lugar de descanso seguían impolutas y frente a ellas había sendos centros de flores que evidenciaban otras visitas. Se detuvo frente a ambos y contempló sus nombres y epitafios gravados en piedra en silencio. Su lobo, quién solía adoptar un gesto silencioso e incluso gimoteante, estaba ahora inusualmente nervioso, dividido entre la pena traída por los recuerdos de la infancia y la necesidad de marcharse de ese lugar.

—Hola papá y mamá —murmuró en voz baja—. Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuve aquí.

De hecho, no había vuelto a pisar el cementerio desde la última vez que había estado en el pueblo y, en aquel entonces, había estado acompañado por Cathy. Cuando su enfermedad empezó a hacerse más palpable, dejaron de venir para que ella no se agotase con viajes innecesarios y tras su muerte, él ya no había vuelto a pisar ese lugar.

—Siento haber estado tan ausente pero las cosas… bueno, sencillamente no han ido demasiado bien —continuó sintiendo la necesidad de explicarse—. Sabéis que nunca se me han dado bien las palabras, así que espero que comprendáis que ahora sea un poco parco en ellas.

Se acuclilló y acarició el nombre de su madre y luego el de su padre y permaneció un rato en silencio, era su manera de acompañarles, de sentirse de nuevo cerca de ellos.

El accidente que acabó con sus vidas había sido inesperado, un golpe que ni siquiera había visto venir. Aquella misma mañana había estado discutiendo con su padre sobre las posibles

mejoras que harían en el establo, su madre había chasqueado la lengua solo para recordarles que, si algo iba a ser arreglado, era su cocina y el viejo lobo le había respondido que todo lo que deseara sería suyo. Eran una pareja que no tenían problemas en mostrar abiertamente su cariño el uno por el otro, dos lobos que se habían encontrado de jóvenes y ya no se habían separado hasta que ese accidente se llevó sus vidas.

La carretera en mal estado, un conductor que se dormía al volante y dos vidas quedaron sesgadas sin más.

Respiró profundamente y replegó esos recuerdos, los últimos que poseía de ellos.

CAPÍTULO 4

Abby se arrebujó bajo el paraguas mientras atravesaba el portón que permitía la entrada al pequeño cementerio de la localidad. Ni siquiera sabía qué hacía allí, la última vez que lo visitó fue en compañía de Dan, él había querido dejar por fin el pasado atrás y emprender un futuro con ella y con su lobito. Ese día también había llovido. Si fuese supersticiosa, si hubiese pensado por un solo instante que la tormenta era un presagio, se habría negado a marcharse sin él.

El pequeño recinto estaba salpicado por lápidas y esculturas angelicales, algunas de ellas databan de varios siglos atrás mostrando el carácter y la antigüedad del pueblo. Siempre le habían maravillado aquellos silenciosos e inmóviles ángeles que parecían custodiar no solo la tumba en la que estaban emplazados, sino también todo el lugar. Siguió el sendero de piedra que serpenteaba por la parte antigua y se abría a la nueva, el contraste de la edificación era tan grande que muchos vecinos habían puesto el grito en el cielo.

Se detuvo al lado de la última de las estatuas que separaba las dos zonas, un ángel con alas caídas, arrodillado y rezando una plegaria a quién quisiera escucharla. Deslizó los dedos por la superficie y acarició los húmedos pliegues de piedra que formaban la túnica. Bajo la lluvia, la figura parecía adquirir una nueva dimensión, como si él mismo estuviese llorando y esa congoja se filtrase en ella.

Las primeras lágrimas acudieron a sus ojos sin posibilidad de detenerlas.

—¿Por qué he venido? —murmuró, mordiéndose el labio con profunda tristeza.

Esa era una pregunta que no había dejado de hacerse durante todo el tiempo, ese lugar, el pueblo, el rancho que todavía no había visitado, todo ello lo evocaba a él, cada pedazo de tierra contenía un nítido recuerdo de su tiempo juntos, uno que quizá nunca más volvería.

—No puedo hacerlo —murmuró para sí y sacudió la cabeza dispuesta a dar media vuelta y volver a su hotel—. Ni siquiera debía haber venido.

Se llevó la mano al pecho y respiró a través del nudo de dolor, necesitaba salir de allí, volver a casa y olvidarle. No podía seguir viviendo de una esperanza que cada día que pasaba parecía marchitarse, sin nada que la alimentase.

‹‹Nunca olvides que te amo››.

Un trémulo sollozo abandonó su garganta, aquella frase vivía perpetuamente en su mente y en su corazón, se aferraba a ella con uñas y dientes esperando que fuese suficiente para mantener la esperanza.

Lo mejor que podía hacer era volver a casa y empezar de una buena vez con su vida, dejar atrás el pasado e intentar forjarse un presente. Se despediría de aquel lugar por última vez, le diría adiós y se esforzaría por encontrar un nuevo futuro, sola.

Tomada la decisión abandonó su apoyo y levantó la mirada para dedicarle la última despedida al lugar, pero no pudo hacer que sus labios se moviesen y emergiese una sola palabra. Allí, delante de ella, totalmente empapado por la lluvia, con el pelo un poco más largo y esos intensos y conocidos ojos posados en ella, creyó ver un ángel.

—No… no puede… no puede ser…

Él caminaba directamente hacia ella, lo vio mover los labios pero era incapaz de escuchar ninguna otra cosa que su propio corazón fustigándole los oídos. Empezó a temblar como una

hoja, sus latidos sonaron cada vez más fuertes y los dedos se aflojaron alrededor del paraguas haciendo que este cayese al suelo mientras la lluvia empezaba a empaparla. Tenía la boca seca, los ojos anegados en lágrimas y el pecho apretado por la angustia y la congoja, pero era el vínculo que tenía con su compañero el que pareció cobrar vida, haciendo que se quedase sin respiración.

—¿Dan? ¿Eres tú de verdad?

Los intensos e inquisitivos ojos se abrieron ligeramente, como si le sorprendiese que conociese su nombre, se detuvo delante de ella para coger el paraguas y levantarlo de modo que quedase de nuevo a cubierto.

Lo vio mover los labios, sabía que le estaba hablando y a juzgar por el gesto en su rostro parecía preocupado de su ausencia de respuesta. Pero ella era incapaz de decir una palabra, era incapaz de reaccionar.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —Las palabras se filtraron entonces en sus oídos.

La preocupación en su voz, ese conocido tono y la intensidad de su mirada la hicieron temblar. No podía creer lo que estaba viendo, ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba despierta o soñando, si el hombre que estaba ante ella era real.

Se perdió en sus ojos, era incapaz de hacer que sus otros sentidos funcionasen, solo podía mirarle y rogar que fuese real y no un sueño. Él seguía moviendo los labios y tuvo que esforzarse de veras en escuchar.

—¿…se encuentra bien?

No pudo esperar más, su mano se movió por sí sola, temblaba tanto que era incapaz de pronunciar algo coherente y, en el momento en que tocó su chaqueta, que sintió la dureza y la firmeza de la realidad, las compuertas de sus ojos se desbordaron y rompió a llorar.

—Oh dios mío, eres tú, de verdad eres tú —gimió entre hipidos—, oh, dios. Eres tú…

Fue incapaz de hacer otra cosa que cubrirse los ojos con las manos y llorar por el inesperado alivio, por el milagro que suponía su presencia.

—¿Nos… nos conocemos?

La inesperada pregunta fue como un electroshock, el corazón se le detuvo en seco, levantó la cabeza y lo miró a través de las lágrimas luchando por entender que estaba observando a alguien de carne y hueso, porque él era real, ¿verdad?

—Dan…

Fue incapaz de hacer otra cosa que pronunciar su nombre.

Él la miró a los ojos, la sorpresa batallando con algo más, ¿anhelo?

—Usted… usted, ¿me conoce? ¿Nos conocemos?

La incredulidad empezó a filtrarse a través de sus poros, intentó sonreír, esperaba que él se echase a reír, que la abrazase y le dijese que era una broma, que llorase incluso por tenerla junto a él de nuevo, porque estaban juntos, pero todo lo que hizo fue mirarla con intensidad.

—Daniel, soy… soy yo, Abby —murmuró con una incrédula risita—. Oh, dios… no puedo creerlo… Dan… eres tú de verdad.

—¿Abby? —repitió su nombre, entrecerró los ojos y la miró fijamente pero era como si mirase a través de ella, como si no la reconociese—. Lo siento… yo, no sé quién eres.

Las palabras fueron como una cuchillada en su alma, los pulmones eligieron dejar de funcionar y el impacto emocional la llevó a sumirse en la negrura.

Dan cogió a la mujer antes de que tocase el suelo. El solo contacto le arrancó el aliento al

igual que lo había hecho su voz, pero era incapaz de recordarla, de encontrar un nombre en su mente y cuando ella se lo dijo, sencillamente no encontró nada.

La había visto allí de pie, acariciando la antigua estatua y se sintió extraño, como si su presencia le fuese conocida y al mismo tiempo, la hubiese olvidado por completo. Su lobo prácticamente había enloquecido, arañándole la piel, demandándole y exigiéndole que fuese a ella. No pudo ignorar ese crudo llamado, a duras penas podía sentir su parte humana y, a medida que se acercaba a ella empezaba a sentirse más y más extraño. Su cuerpo reaccionó por sí solo como si reconociese algo en ella que a él se le escapaba, como si no fuese solo su lobo el que la reconociera. La sorpresa y la incomprensión dio paso a las lágrimas, sus ojos a duras penas pudieron ocultar la sorpresa y el anhelo que encontró en ellos, la forma en que se abrieron y la esperanza que reflejaron. Le había reconocido y ese reconocimiento pareció llamar algo dentro de él, pero no fue suficiente para arrancarle de ese limbo en el que vivían sus recuerdos perdidos.

«Daniel, soy… soy yo, Abby».

Ella le conocía, sabía su nombre y a juzgar por la desesperación y la incredulidad que había en su voz, pensaba que él también tenía que reconocerla. Su lobo también lo creía.

—¿Quién eres? —murmuró sin dejar de mirarla.

La levantó en brazos y notó, por primera vez, una paz que no había sentido desde la muerte de Cathy, su lobo se calmó por completo reconociéndola de una manea que lo hacía estremecer. No sabía quién era esa mujer, no tenía un solo recuerdo de ella, pero instintivamente sabía que no podía dejarla, pues la sola idea de hacerlo le mordía el alma.

«Te estaré esperando».

¿Podía ser la mujer de sus sueños?

CAPÍTULO 5

Abby emergió lentamente de la oscuridad, desorientada y extrañada. Parpadeó y se encontró mirando al techo y a esa vieja y conocida lámpara de latón. La familiaridad la envolvió al instante, acogiéndola en ese capullo del pasado, en otro momento, en otra parte de su vida. ¿Cuándo había llegado al rancho? ¿Por qué se había instalado en esa habitación?

Se llevó la mano a la frente y se la pasó por el pelo sin dejar de fruncir el ceño al encontrarlo húmedo.

Lluvia. Estaba lloviendo.

Los recuerdos empezaron a filtrarse en su mente como el agua que cae de una cascada.

Había ido al cementerio.

Las lágrimas volvieron a inundar sus ojos, su cerebro se activó al instante y se encontró incorporándose con un rápido sobresalto.

—Despacio, pequeña —escuchó a su derecha—. No hay prisa…

Esa voz se filtró en su mente, despertando sus dormidas y vapuleadas neuronas mientras giraba la cabeza en dirección a esas palabras y se encontraba con lo imposible. Él estaba sentado en una silla al lado de la cama, una toalla le rodeaba los hombros mientras esa conocida mirada se posaba en ella.

Dan. El nombre penetró en su mente, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin contención, empezó a temblar como una hoja, el corazón le latía a toda velocidad y los dedos se le curvaban con la ansiedad por tocarle, por comprobar que era real y no producto de su imaginación.

—¿Estás aquí? ¿Eres realmente tú?

Se le secó la boca, la angustia hizo presa en su pecho arrebatándole el aire, apretó los dedos alrededor de la sábana y contempló esos inolvidables ojos, los cuales la miraban entre curiosos y nerviosos, pero con una clara ausencia; reconocimiento.

—Creo que eso salta a la vista, el que esté aquí, quiero decir —comentó él, sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa y todo en su interior saltó una vez más. Conocía esa sonrisa, se la había dedicado tantas veces que no podía equivocarse—. ¿Te encuentras bien?

Se le quedó mirando sin poder evitarlo. Estaba allí, frente a ella, vivo.

—Estás vivo…

La afirmación lo cogió por sorpresa, frunció el ceño y se inclinó hacia ella.

—Sí —respondió en un tono de voz más bajo, serio—. ¿Quién eres tú, pequeña?

La directa pregunta la golpeó con fuerza, abrió los ojos y lo contempló buscando algo que le dijese que estaba burlándose de ella, pero no lo encontró. Estaba hablando completamente en serio, Dan estaba allí, frente a ella y no sabía quién era.

—No… no sabes… ¿Cómo es posible? Yo… soy Abby. Abigail —pronunció a duras penas, las lágrimas descendiendo sin barreras por sus mejillas—. Dan, soy yo. Soy Abby, soy tu compañera.

Extendió la mano hasta coger una de las suyas. El contacto fue todo lo que necesitó para convencerse de que no estaba soñando, que todo era real. Rompió a llorar a lágrima viva, se revolvió en las sábanas y se lanzó a sus brazos.

—Estás vivo… estás vivo… estás vivo…

Notó el sobresalto en el cuerpo masculino, la rigidez, la ausencia de brazos envolviéndola, acunándola como solían hacerlo. Ese hombre la trataba como una completa extraña, como si no la reconociese, como si se hubiese olvidado de ella.

—Um… ¿Abigail? Creo que… tenemos que hablar… —lo escuchó carraspear—. Está claro que sabes quién soy, pero… no sé cómo decir esto… No sé quién eres.

Y esa afirmación fue como una nueva puñalada. Sus manos se aflojaron al mismo tiempo que notaba las de él empujándola lentamente, apartándola hasta que sus ojos se encontraron.

Negó con la cabeza, mirándole.

—No. No es posible… soy yo, Abby. Lobo… soy yo…

La sorpresa bailó en su rostro.

—¿Cómo sabes…? Tú no eres una loba.

Negó inmediatamente.

—No. Soy humana y sí, sé que eres un lobo. Eres mi lobo…

La necesidad y el dolor se dieron cita en sus ojos un instante antes de que apartase la mirada, la devolviese a la cama y se pusiese en pie, poniendo distancia entre ambos.

—Esto es muy raro —aseguró con nerviosismo—. Está claro que me conoces, pero yo… verás, no quiero que te lo tomes a mal, pero no te recuerdo. Hay una gran parte de mi pasado que no recuerdo —declaró pasándose la mano por la cabeza, revolviéndose el pelo—. Tuve un accidente… he perdido cuatro años de recuerdos.

Sus palabras la impactaron, lo miró a los ojos esperando que se echase a reír, que le dijese que estaba bromeando, pero estaba hablando realmente en serio. Era incapaz de dejar de mirarle, su cercanía era un sueño, pero esos ojos que la miraban la traspasaban sin verla realmente.

Dios mío, ¡no la reconocía!

Lo recorrió con la mirada necesitando asegurarse de que era él. Y lo era, pero al mismo tiempo también era distinto. Había un aire serio y duro a su alrededor que no había estado antes ahí, unas arruguitas en las comisuras de sus ojos que hablaban de una dureza que le era completamente ajena. Era tan alto como recordaba y al mismo tiempo más corpulento, su cuerpo había ganado musculatura y en ciertos aspectos también frialdad.

Se obligó a pasar el nudo que tenía en la garganta, el que amenazaba con ahogarla cuando esos ojos se encontraron con los suyos y empezó a hablarle de nuevo.

—¿Quieres que llame a alguien para hacerle saber que estás aquí? —escuchó sus palabras sin oírlas realmente—. Estás en el rancho *Crossroad*, por cierto.

Sus palabras abrieron una grieta en su alma y el dolor lo atravesó como un hierro ardiente. Sacudió la cabeza incapaz de hacer otra cosa.

—No… no —fue incapaz de seguir. Jamás se imaginó su reencuentro de aquella manera. En su mente él la abrazaba, le decía lo mucho que la había extrañado, que se había estado muriendo sin ella y que nunca más volvería a dejarla ir.

—¿Estás bien? —insistió visiblemente preocupado, parecía estar luchando consigo mismo.

Sacudió la cabeza una vez más y dejó que las lágrimas hablasen por sí solas.

—No… no lo estoy.

Él pareció acusar sus palabras o el temblor en su voz, sus ojos buscaron los suyos, le vio lamerse los labios con nerviosismo y mirar a su alrededor.

—Lo siento, pequeña —contestó con cierta incomodidad—. Esto… esto es realmente… Joder, es una mierda.

El primero de los quejidos escapó de sus labios, no pudo retenerlo y le siguió un segundo,

el llanto atravesó sus sobrecogidas defensas y ya no fueron solo lágrimas lo que vertió, sino dolor, desesperación y alivio a partes iguales.

No la recordaba, dios mío, no la recordaba… pero, estaba vivo… Daniel, su lobo, su compañero estaba vivo.

—Eh, vamos… no llores así —replicó con gesto nervioso—. Maldita sea. No soy bueno con las lágrimas. Por favor, para…

Sacudió la cabeza y balbuceó entre hipidos.

—No… no puedo…

Lo escuchó rezongar para luego sentarse a su lado en la cama y abrazarla. Aquel gesto solo hizo que su llanto incrementase y él se convirtiese en su pañuelo de lágrimas.

—Abigail, deja de llorar —escuchó su voz al tiempo que una mano empezaba a acariciarle la espalda—. Estoy vivo, ¿ves?

Sus palabras solo contribuyeron para aumentar sus lágrimas y que se aferrase a él con más fuerza.

—Maldita sea —lo oyó gimotear—. ¿Qué demonios tengo que hacer para que dejes de llorar? ¡No soporto las lágrimas!

—Te has olvidado de mí —musitó contra la tela de su camisa—, te has olvidado de mí, Dan.

Le pareció oírle resoplar.

—Me temo que no eres lo único que he olvidado, pequeña —aseguró con pena—. Hay muchas cosas enterradas en mi pasado y que no puedo alcanzar. Sufrí un accidente… una explosión de gas en una estación de tren. Me alcanzó la metralla y pasé varios meses en coma. Cuando desperté me encontré con que los últimos cuatro años de mi vida habían desaparecido.

La inesperada explicación la dejó sin respiración, el llanto se detuvo en seco, se empujó en sus brazos y se encontró con sus ojos.

—¿Qué…? Eso no… no puedes…

Ladeó la cabeza y la miró.

—Supongo que tú perteneces a ese periodo de mi vida que he olvidado, ¿no es así?

Cuatro años. Él había olvidado los últimos cuatro años.

Sacudió la cabeza incapaz de hacer frente a tal revelación.

—No, no puede ser verdad.

El dolor cruzó una vez más por los ojos masculinos, pero esta vez no apartó la mirada.

—No recuerdo nada posterior al funeral de mis padres —declaró con firmeza, buscando en su rostro, comprobando su reacción—, solo el momento en que desperté en una cama de hospital y me dijeron que había tenido un accidente.

Sacudió la cabeza incapaz de hacer frente a sus palabras.

—No… —negó con vehemencia.

Pero él no cedió.

—No sé quién eres, Abigail —declaró con firmeza—, no te recuerdo. Pero está claro que tú a mí sí —se inclinó de nuevo sobre ella, sus ojos buscando respuestas en los suyos—. Y si sabes lo que soy… dime, ¿quién eres?

Se lamió los labios y dejó que por sus mojadas mejillas descendiese la última de las lágrimas.

—Nadie —musitó con voz rota—, parece que no soy… nadie.

CAPÍTULO 6

—Tengo… tengo que irme.

Hizo las mantas a un lado y se deslizó fuera de la cama. Tenía que salir de allí, alejarse de él aunque todo le gritase por quedarse a su lado, abrazarle y rogarle que no la soltase nunca, que no la dejase ir.

Pero él no la recordaba, no mentía al decirlo con tanta claridad, podía verlo en sus ojos; no tenía la menor idea de quién era. Ni siquiera la reconocía.

De todas las posibles pesadillas con las que habría podido encontrarse aquella era la más dolorosa, una que no sabía cómo enfrentar.

—Abigail, espera…

Se encogió al ver su mano extendida, saber que esa mano no recordaría haberla acariciado anteriormente ni haberla cobijado dolía demasiado.

—No puedo —musitó luchando con el nudo que tenía en la garganta. Miró a su alrededor en busca de su ropa, le había dejado tan solo la camiseta que llevaba puesta y las braguitas.

—Abby, no puedes marcharte así… —le dijo él haciéndose a un lado cuando la vio atravesar el dormitorio para recoger su ropa de la silla—. Hablemos…

Se volvió hacia él y se le encogió el corazón al verle. Dios, estaba allí, ante ella, vivo, hablándole y al mismo tiempo era como si fuese un completo extraño.

—No hay nada que decir —murmuró y se apresuró en vestirse.

—¡Y un demonio que no! —se exaltó, su voz demasiado cercana del lobo—. Me has reconocido, sabes quién soy y a juzgar por la forma en la que reaccionas, de la manera en que mi lobo parece reconocerte, está claro que hay más, mucho más. Háblame, maldita sea. Necesito… —sacudió la cabeza—. No tengo ningún recuerdo de los últimos cuatro años y, hasta ahora, tú pareces ser mi mejor opción para saber lo que pasó.

Sus palabras la golpearon con fuerza, tragó con dificultad y se lamió los labios.

—¿De veras no lo recuerdas? ¿No recuerdas nada?

La sombra de dolor que atravesó sus ojos era suficiente respuesta, el vínculo que los unía seguía allí, pero se mantenía en silencio, con la misma lejanía que había tenido desde aquel día y ahora empezaba a comprender el motivo.

—Hay cuatro años de mi vida que se esfumaron por completo, se han volatilizado de mi cerebro, nunca han existido —declaró mirándola a los ojos—. Y, sin embargo, ese tiempo existió, yo lo pasé de alguna forma, quizá incluso con… alguien.

La súplica en su voz se reflejaba en su mirada.

—Y tú… a pesar de que no puedo recordarte —hizo un alto, su voz bajó de tono como si temiese hacer la pregunta—, siento… siento que has formado parte, de alguna manera mi lobo te reconoce y… por tus palabras es obvio que ha sido así.

La duda, la elucubración, todo se conjuró en su rostro de una manera que estuvo a punto de hacerla llorar otra vez, pero no fue esa la emoción que la envolvió. Sintió rabia, desesperación, se encontró enfadándose con él por no reconocerla, por no recordar quién era y, sobre todo, por no recordar lo que le había prometido.

—¿Cómo has podido olvidarlo? —musitó agobiada por su falta de empatía—. ¿Cómo has

podido?

No esperó respuesta, se vistió a toda prisa, se calzó las botas todavía húmedas y se precipitó hacia la puerta de la habitación. Tenía que marcharse de allí antes de derrumbarse por completo. Necesitaba tiempo para ordenar sus ideas, necesitaba distancia, pero la idea de separarse de él la angustiaba de una forma que la asustaba.

Dios, Dan estaba vivo, pero no la recordaba, ni a ella ni a su lobito, decía que no recordaba nada sobre los cuatro años posteriores a la muerte de sus padres. Eso quería decir que no la recordaba a ella, no sabía quién era ni cuando se habían conocido, no era consciente de que se habían enamorado, que él la había reclamado como compañera, que se habían ido a vivir juntos y estaban esperando un hijo cuando se separaron.

—¡Abigail, espera!

Pero no lo hizo, recorrió rápidamente el pasillo, bajó las escaleras de dos en dos y se precipitó a través de la casa hacia la puerta de salida. Tiró del pomo solo para que una fuerte mano la cerrase de golpe impidiéndole salir, su cuerpo le impidió cualquier posibilidad de escape y su agitada respiración resonó en sus oídos.

—No huyas de mí… —le pidió—. Por favor, no te marches así…

Tragó ante la cadencia de sus palabras, el silencioso ruego que encontró en ellas.

—Déjame salir, Dan, por favor.

Incluso pronunciar su nombre dolía, lo hacía tanto cómo escuchar su voz, cómo sentir su palpable presencia envolviéndola.

—No puedo —murmuró con voz ronca, aspirando profundamente su aroma—, no… no puedo dejarte ir… no sé por qué, no lo comprendo, pero ahora que estás aquí, la sola idea de que te vayas… me enloquece.

Se encontró con sus ojos y vio al lobo en ellos, no era el hombre el que hablaba, era la bestia.

—Tu aroma… creo que lo recuerdo —declaró acariciándole el cuello con la nariz—, siempre ha estado ahí, como algo extraño y eludible, pero ahí.

—Dan, por favor…

La miró con hambre, un hambre desnuda y cruda.

—Tengo que besarte, Abigail —gruñó sobre sus labios—, necesito besarte.

Sus labios cayeron sobre los suyos y todo su mundo explosionó, su sabor le devolvió la vida que había perdido al pensarle muerto y no pudo hacer otra cosa que abrazarse a él y responder con el mismo ardor a su necesidad. Gimió al sentirle cerca de ella otra vez, al reconocer el sabor de su boca, la dureza de su cuerpo, pero había algo que no estaba bien, algo que no encajaba, como si a pesar de estar tan cerca el uno del otro hubiese también cierta distancia.

«Él no te recuerda».

Su corazón dio un vuelco, las lágrimas acudieron a sus ojos una vez más mientras sentía como se le encogía el pecho. Le empujó, apartándose de él y sintiéndose traicionada.

—No es justo —musitó mientras sentía sus lágrimas resbalando por sus mejillas.

La nube de pasión que oscurecía sus ojos y mostraba a su lobo más superficial que nunca empezó a desaparecer bajo la conciencia humana.

—Lo siento, yo… no sé qué me ha pasado.

Con piernas todavía temblorosas, dio un paso atrás, se desenredó de sus brazos y miró a su alrededor sin poder dejar de temblar.

—Abby…

—Tengo que irme —se lamió los labios—. Tengo que irme… no puedo… esto no está bien… No…

Empezó a acortar la distancia entre ellos a medida que ella la ampliaba.

—Deja que al menos te lleve hasta el pueblo.

Se estremeció y sacudió la cabeza.

—No es necesario —negó. Necesitaba estar sola para poder pensar y asimilar todo lo que estaba pasando.

—Abigail…

La forma en la que pronunciaba su nombre le daba escalofríos. No lo hacía con la ternura que recordaba, esa manera de arrastrar las vocales que tanto le gustaba. Este hombre no era el Dan que recordaba, en muchos aspectos, no era el hombre que le había dicho se reuniría con ella. Esa inesperada y febril unión no había sido otra cosa que pasión y necesidad, la de un lobo remarcando su reclamo sobre su compañera.

Abrió la puerta y esperó a que él se apartase para dejarla salir.

—Espera… es necesario que hablemos —insistió.

—No hay nada más que decir —pidió y empujó para poder pasar—. Por favor, no lo hagas más difícil.

—Lo siento —murmuró antes de hacerse a un lado y permitirle así salir.

—No tanto como lo lamento yo —musitó al tiempo que se deslizaba a través de la rendija abierta de la puerta y salía de la casa que una vez le había proporcionado una infinita felicidad.

Dan observó cómo se marchaba y tuvo que hacer un dantesco esfuerzo para no salir tras ella. ¿Qué diablos había hecho? Por dios, la había besado como un. Su lobo la había olido y la había querido, para él esa mujer era suya pero el hombre necesitaba más, necesitaba una explicación que había sido incapaz de obtener.

«Bravo, Dan, la has jodido a base de bien».

Se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado, su bestia estaba nerviosa, paseándose como un animal enjaulado, arañando contra su propia piel y protestando porque había dejado escapar a esa mujer. Pero, por más que la había mirado, era incapaz de recordarla, de situarla en algún lugar o momento en el tiempo o en su vida.

Giró sobre sus talones y atravesó la casa hasta el salón, levantó el teléfono y marcó sin dilación el número de su casa en la ciudad.

—Residencia de…

No llegó a escuchar más pues su propia respuesta lo interrumpió.

—Noah, creo que acabo de darme de bruces con mi pasado —declaró con palpable desesperación—, y acabo de dejarlo salir por la puerta.

CAPÍTULO 7

—Parece que tu regreso a casa ha traído consigo algunos nubarrones más que el de la tormenta de esta tarde.

Dan miró a su interlocutor e hizo una mueca. Había aceptado reunirse esa noche para cenar con el doctor y su esposa. Noah había insistido en que lo hiciese y dejase a un lado el pensamiento de esa inesperada aparición, pero había sido incapaz de hacerlo. Desde que Abigail había aparecido en su presente, su pasado parecía hacerse todavía más oscuro e incierto.

La manera en que esa muchacha había reaccionado al verle, el obvio reconocimiento y el horror que había visto en sus ojos cuando le dijo que no la reconocía chocaban estrepitosamente con la enorme metedura de pata que había cometido al follársela.

—Me encontré con alguien que pertenece a mi pasado.

O eso era lo que creía, especialmente ante el reconocimiento de su lobo, ya que la chica se había negado a decirle una sola palabra. Su necesidad de huir había sido tan grande como la pena e impotencia que vio en sus ojos cuando le dijo que no sabía quién era.

El encuentro había sido del todo inesperado, por más que lo intentaba era incapaz de recordarla y, a pesar de ello, no podía negar que su presencia había removido una enorme cantidad de cosas en su interior, empezando por su cuerpo y terminando con su alma.

Era un hombre y tenía necesidades, pero sus esporádicos encuentros sexuales no tenían nada que ver con lo que esa desconocida había encendido en él al punto de desatar a su lobo.

—¿Ah sí? —se interesó el doctor—. Eso es una buena señal. Quizá pueda ayudarte a esclarecer esos años perdidos.

Se frotó la nuca y resopló.

—Dudo mucho que esté dispuesta a hacer algo más que desaparecer tan rápidamente como ha llegado. —Especialmente después de cómo se había portado con ella.

El hombre lo miró con interés.

—¿Una mujer?

Asintió y suspiró su nombre.

—Abigail.

—¿Abigail qué?

Hizo una mueca al comprender que ni siquiera había preguntado su apellido. ¿Acaso podía ser más gilipollas?

—Solo Abigail —resopló—. Bajita, pelo castaño claro, ojos claros…

Los labios del médico se curvaron en una mueca similar a la suya.

—Ese podría ser el retrato de la mitad de la población femenina del condado.

—¿Abigail, has dicho?

Ambos se giraron al escuchar la voz de la esposa del doctor, quién venía secándose las manos en el delantal.

—¿Te suena el nombre, querida?

Los rosados y llenos labios se curvaron de manera pensativa.

—Esta tarde, en la tienda de Betty, Jessica hizo un comentario sobre la llegada de Daniel —comentó la mujer al tiempo que le miraba con cariño—. Es un pueblo pequeño, ya sabes que

las novedades vuelan, especialmente cuando se trata de la vuelta a casa de un hijo pródigo.

Puso los ojos en blanco.

—No me consideraría tal cosa —replicó con suavidad—. Mi tiempo aquí es limitado, tengo que volver a la ciudad antes del viernes, tengo negocios que atender.

Y ese era otro jodido motivo por el que necesitaba encontrar respuestas y a la mayor brevedad posible.

—Sí, sí, por ello me hace muy feliz que aceptases venir a cenar esta noche con nosotros —aseguró la mujer con la misma jovialidad y cariño que recordaba. Siempre había sido una dama hogareña, buena amiga de su madre. El verla, le recordaba un poco a ella—. El caso es que también estaba la abuela de Lucy, ¿la recuerdas, Edgar?

El doctor asintió.

—Cómo olvidarla —dejó escapar un resoplido—. Creo que todo el pueblo llevamos sus gritos atravesados en los oídos.

Dan miró de uno a otro sin comprender.

—La señora Smith sufre de esquizofrenia —le aclaró rápidamente—. Cuando tiene alguna crisis, pega unos gritos que se escuchan al otro lado de la montaña.

Sacudió la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver ella con…?

Mary lo interrumpió.

—Cuando oyó tu nombre empezó uno de sus conocidos monólogos —prosiguió la mujer —, y creo recordar que, entre toda esa verborrea que soltó y a la que no le hicimos demasiado caso, pronunció el nombre de Abigail.

—Eso puede ser sencillamente una coincidencia —comentó su marido.

Su mujer chasqueó la lengua.

—Es posible, pero me quedé escuchándola un momento y me pareció bastante coherente mientras hacía mención del desgraciado accidente de Anna y Alexander —continuó ella—. También comentó que, tras el funeral, Daniel se había marchado solo para regresar después con una señorita de ciudad.

—¿Señorita de ciudad? —sonrió de medio lado ante la elección de palabras la cual solo podía hacer referencia a su esposa—. A Cathy le habría gustado escucharse llamar así.

La mano femenina se posó sobre su brazo en un mudo gesto de consuelo.

—Eso es lo que me llamó la atención, la abuela Smith mencionó a una tal Abigail —explicó—, creo que dijo algo así como: *«esa señorita de ciudad y con un nombre como Abigail, perfecto para enterrar los tacones en el barro del rancho Crossroad»*.

Frunció el ceño. Abby parecía conocer perfectamente la casa cuando salió de la habitación y la recorrió con rapidez dirigiéndose hacia la puerta. No había vacilado y, por otra parte, estaba claro que le conocía, de hecho, apostaría lo que fuese a que había existido algo entre los dos. La pregunta era, ¿qué?

¿Había sido una antigua novia? ¿Un amor de juventud o una simple muchachita enamorada de él? Pero no, a juzgar por la manera en la que había reaccionado su lobo se trataba de algo mucho más importante, algo que no quería creer, pues hacerlo dolía demasiado. Después de todo, ¿cómo podía un lobo olvidarse de su propia compañera?

Cathy le diría ahora mismo, si pudiese escucharle, que volviese a embotellar su ego. Pero a lo largo de los últimos años había visto como le miraban las mujeres, como lo devoraban con la mirada y esta, en particular, no le había mirado de esa manera, por el contrario, casi parecía haber presenciado un milagro al verle.

—¿Y esa inesperada visita tuya no te dijo de dónde te conocía? —preguntó ahora Edgar retomando el hilo de la conversación desde el punto de partida.

Negó con la cabeza.

—Parecía bastante sorprendida de verme con vida —declaró recordando la reacción de Abby y sus propias palabras.

Aquello era algo que también lo había dejado pensativo. Ella había parecido creer que estaba muerto o, al menos, que había desaparecido de alguna manera.

—¿Es posible que supiese del accidente ese en el que resultaste herido? —comentó Mary —. Recuerdo que había salido en las noticias, hubo varios muertos.

Sí, el accidente había sido portada de periódicos y se habían hecho eco algunas cadenas de televisión, pero no se habían dado los nombres de los heridos por seguridad.

—Tendría que haber sabido que tú estarías allí —añadió Edgar con gesto pensativo—. Ocurrió en una estación de tren, ¿no?

Asintió.

Sí, en una de las estaciones de tren de la ciudad, una a la que no sabía cómo había llegado ni porqué estaba allí cuando sucedió todo aquello.

¿Podía saberlo ella? ¿Podía arrojar un poco de luz a la oscuridad que formaban esos cuatro años desaparecidos de su mente?

—Deberías ir a hacerle una visita a Lucy y ver si la abuela Smith te reconoce —sugirió la mujer—. Ella conocía bien a tus padres, quizá te recuerde todavía y pueda arrojar algo de luz sobre todo este misterio.

Podía ser una posibilidad, un hilo del que sacar algo de luz a su oscurecido pasado.

Asintió y la miró.

—Lo haré antes de volver a casa —declaró. Necesitaba respuestas, especialmente después de la aparición de Abby, pero también necesitaba encontrarla, era una necesidad que no podía quitarse de encima.

—Bien —aceptó satisfecha—. Pero ahora, id a lavaros las manos y venid a la mesa. La cena ya está lista.

—Y esa es la manera que tiene una mujer de decirle a un hombre que deje de perder el tiempo y se ponga manos a la hora —se rio su marido.

Él sonrió a su vez y asintió.

Ya habría tiempo para pensar en todo lo demás y descubrir quién era esa inesperada mujer que había aparecido de pronto en su vida y la había puesto del revés.

Algo le decía que era importante que la recordase, quizá, lo más importante de esos perdidos cuatro años.

CAPÍTULO 8

—Esto es…

Abby se quedó sin palabras, los renglones parecían dispuestos a bailar ante sus ojos como si de esa manera pudiese comprender mejor lo que estaba leyendo.

—Es la segunda vez que me lo proponen.

Su mirada voló de nuevo a la de la mujer que estaba sentada al otro lado del sofá, la misma que le había ayudado a mantenerse en pie estos últimos años y a afrontar un pasado que, ahora descubría, jamás había estado enterrado.

Amanda era la única familia que tenía. Más que una hermana, más que una amiga, se habían conocido durante su convalecencia en el hospital y habían salido del infierno, en el que habían estado viviendo en ese momento, juntas.

Ella había acabado en el hospital por un tema de malos tratos, su ex marido casi la había matado de una paliza, de hecho, posiblemente lo habría conseguido si no hubiese acudido la policía. El cabrón se había saltado una orden de alejamiento y había llegado dispuesto a acabar con su vida. Ya fuese por azar del destino o por justicia universal, el mismo día en que había terminado en el hospital, el imbécil había decidido quitarse la vida al saltar desde la ventana de un tercer piso para escapar de los agentes que lo buscaban.

Abby se había estado recuperando al mismo tiempo del accidente sufrido en la estación de trenes en el mismo hospital, la pérdida de su lobito y la desaparición de Daniel la habían dejado en un estado de depresión y autodestrucción que habría acabado con ella de no haberla conocido.

Juntas se habían apoyado la una en la otra para salir adelante y, ahora, cuatro años después, su amiga le enseñaba la carta que había estado esperando durante tanto tiempo, una oportunidad de futuro.

—¿La segunda? Pero ¿cuándo fue…?

Le sonrió, cogió el papel y lo repasó.

—Hace tres años quedó una vacante y me propusieron para el puesto —le explicó noqueándola una vez más con sus palabras—. La rechacé. No me sentía preparada y tú acababas de encontrar trabajo, así que…

Sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Fue cuando me aceptaron en el programa de becarios? —preguntó asombrada—. Pero ¿por qué no me lo dijiste?

Se sintió dividida y una traidora. ¿Cómo no lo había sospechado? ¿Cómo no se había dado cuenta entonces? Esto suponía un cambio, un avance inmenso en la profesión de Amanda, una que había relegado por culpa de su ex marido y, después, para intentar reponerse.

—No podía dejarte aquí sola, no… no era nuestro mejor momento —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. Y ahora…

Ahora no iba a dejar que se echase atrás; por nada del mundo. Amanda había sacrificado ya bastante a lo largo de su vida, no permitiría que volviese a rechazar una oferta como esa por miedo a dejarla sola.

Había llegado la noche anterior hecha un mar de lágrimas, llorando y gritando por lo injusto que era la vida. Le había explicado rápidamente todo lo ocurrido para luego terminar

completamente vacía e inmóvil en el sofá del salón.

Ella podía estar destrozada, su mundo haberse venido abajo, pero no iba a permitir que Amanda renunciase a su futuro por quedarse a su lado.

—Tienes que aceptarlo.

La brusquedad con la que dijo aquellas palabras las sobresaltó a ambas.

—Quizá todavía no es el momento…

Sacudió la cabeza con energía.

—¡Tonterías! —se negó en rotundo—. Este es el momento perfecto —aseguró señalando el papel—. Además, si no estuviesen realmente interesados en alguien de tu talento, no te lo habrían vuelto a proponer.

Se encogió de hombros como si desestimase tal interés.

—Esto ha tenido que salir de la dirección interna del laboratorio en el que actualmente trabajo —aseguró con un mohín—. Ellos son los que han recibido la propuesta e inmediatamente me incluyeron en la lista.

—Pues está claro que ese laboratorio te prefiere a ti por encima de cualquier otro especialista —declaró convencida—. Sería un cambio realmente importante, un avance en tu carrera…

La miró y suspiró.

—Estamos hablando de Luxemburgo, Abby —aseguró como si ese fuese el mayor impedimento de todos.

Sacudió la cabeza decidida a que aceptase el trabajo, si era necesario, la arrastraría ella misma al aeropuerto y la metería en ese avión hacia su nueva vida.

—Hablas varios idiomas —enumeró recordándole lo inteligente y valiosa que era—, eres una trabajadora seria e incansable. Además, Luxemburgo no está tan lejos, no es cómo si te enviasen a Camboya o a la Conchinchina. Siempre puedo ir a hacerte una visita en vacaciones.

Enarcó una ceja y la miró con ese gesto que le decía que la conocía muy bien.

—¿Estás intentando deshacerte de mí, Abigail?

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Sabes que te quiero demasiado para hacer algo así.

La sagaz mirada femenina se cerró en la suya.

—¿Estás segura de eso? —insistió—. Ahora que sabes que Daniel…

Le sostuvo la mirada y le respondió con toda la sinceridad de la que fue capaz.

—De lo que estoy segura es, que, de no ser por ti, es posible que me hubiese quedado para siempre en esa cama de hospital —aceptó con aplastante sinceridad—. Sí, las cosas han cambiado completamente para mí en las últimas veinticuatro horas, pero lo superaré. Ya había decidido hacerlo antes de emprender este viaje, Mandy. Soy fuerte, tú me has ayudado a ser fuerte, es hora de que cada una sigamos nuestros caminos.

Su amiga asintió, entonces bajó la mirada al papel que había dejado sobre la mesa dónde le comunicaban la noticia y suspiró.

—Entonces, ¿vendrás a visitarme?

Sonrió ampliamente y la rodeó con los brazos.

—Intenta evitarlo —la besó en la mejilla y respiró profundamente sabiendo que, a partir de ahora, tendría que enfrentarse ella sola a su propio futuro, uno que posiblemente fuese sin su lobo.

CAPÍTULO 9

Dan siempre había encontrado aquella casa demasiado grande, especialmente tras la muerte de Cathy, pero no era nada comparado a la sensación que tenía ahora. El ambiente y la decoración hablaban muy bien de los gustos de su difunta esposa, ese aire de antigüedad y paso del tiempo tocaba cada recodo del lugar y lo devolvía a momentos y recuerdos que ya habían quedado atrás.

Era incapaz de sacarse de la cabeza la conversación que había tenido un par de días atrás con la abuela Smith; la mujer lo había reconocido nada más traspasar la puerta y lo recibió con una serie de afirmaciones que habían puesto, una vez más, su mundo patas arriba.

Suspiró y continuó vagabundeando por el pasillo en dirección a la biblioteca, el área de la mansión que siempre había sido su favorita y en la que siempre conseguía aclararse las ideas.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le había preguntado un sorprendido Noah cuando, tras atravesar la puerta de casa, le dijo lo que acababa de averiguar.

—Todo lo seguro que puedo estar con la ausencia de esos recuerdos y la aparición de esa mujer —le había respondido.

Seguir la sugerencia de Mary y visitar a aquella mujer había supuesto un antes y un después en todo lo que era, le había devuelto, sin saberlo, aquello de lo que había carecido y que daba una nueva dimensión a su vida; una que no estaba seguro de cómo afrontar.

Atravesó las puertas de cristal de la enorme habitación y se dirigió directamente al piano de cola negro que adornaba una esquina de la estancia. Se sentó en la banqueta, retiró la cubierta y dejó que los dedos se deslizasen por las teclas arrancando una conocida y melancólica melodía; la cual casaba muy bien con su estado de ánimo.

Después del accidente la música parecía una buena forma de terapia, sus dedos habían reconocido la sensación de las teclas, la manera en que se hundían bajo las yemas y las melodías salían por sí solas diciéndole, aún si no lo recordaba, que sabía tocar el piano. Cathy había insistido en que tomase clases para refinar su arte y lo había aceptado solo por complacerla.

Dejó que las manos fallasen y cayesen con fuerza sobre la línea de piezas blancas arrancando un sonoro quejido, había amado a dos mujeres y a una de ellas ni siquiera la recordaba.

—Oh, el joven Daniel —lo había recibido la anciana con un brillo de reconocimiento en los ojos—. Hacía tiempo que no venías a verme. ¿Dónde has dejado a la chiquilla de la ciudad? ¿La has enviado ya de vuelta? Esa pequeña Abigail vale su peso en oro.

Aquella había sido la bienvenida que le había dado la mujer nada más traspasar el umbral del salón en el que descansaba. Su hija lo había acompañado a verla, recordándole que quizá ni siquiera le conociese. Sin embargo, para sorpresa de todos, ella había sabido perfectamente quién era él y parecía bastante centrada mientras soltaba por la boca toda la información que había venido a buscar sin pedirlo siquiera.

—A tu madre le habría gustado, siempre pensó que tenías que casarte con alguien más espabilado que las estúpidas muchachas del pueblo —le había dicho—. Y hablando de casamientos, ¿cuándo vais a poner fecha a la boda? Ese niño se merece nacer bajo el amparo del sagrado matrimonio, debes hacerte responsable de tus propios actos, muchacho.

—¿Niño? —El significado de esa sola palabra lo había dejado blanco como el papel. Se

había girado hacia la hija de la anciana quién se había limitado a bajar la voz y negar con la cabeza.

—Mi madre tiende a confundir las cosas, otras directamente se las inventa —aseguró a modo de disculpa—, la edad y la enfermedad…

—Oh, ¡cállate de una maldita vez, vieja bruja! —saltó entonces la anciana—. Tú no sabes nada, nada, nada.

—Mamá, por favor —pidió con cansancio, un gesto que parecía haber hecho demasiadas veces y que era cotidiano—. ¿Qué te he dicho sobre insultar?

La anciana se limitó a chasquear la lengua, le cogió de la manga de la camisa y tiró para obligarlo a inclinarse.

—Ella se cree que estoy senil, pero esta cabecita funciona mejor que nunca —aseguró en confidencia—. Se cree que no sé dónde esconde las galletas de chocolate. Están en la cocina, en el segundo estante.

La mujer había vagado entre esas incoherencias y otras frases las cuales pronunció con tal resolución que ya no sabía que era verdad o que mentira.

—Ha dicho algo sobre un niño —había insistido entonces él, necesitando dilucidar qué era real y qué inventado de las batallitas que le narraba la mujer—. ¿Qué niño, abuela Smith?

La mujer lo miró como si fuera tonto.

—¿Pues qué niño va a ser? —chasqueó la lengua con censura—. Ah, los jóvenes de hoy en día. Meten la polla en un agujero pero luego se olvidan de las consecuencias que trae consigo.

—¡Mamá! —la censuró la hija.

La anciana la desestimó con un gesto de la mano.

—Deberías llevarla a la ciudad, que la vean los especialistas de allí —insistió la anciana —, ese bueno para nada de Edgar ya no está en el pueblo y su sustituto no me gusta un pelo. Esa niña está muy flaquita, necesita comer bien, tienes que cuidarla. ¿Sabes lo difícil que es encontrar una mujer que quiera estar al frente de un rancho? Y tú te la has ido a buscar nada más y nada menos que a la ciudad. Ay, esa Abigail es una santa, que te lo digo yo, una santa. ¿Sabes? Ayer vino a verme, me trajo esas galletas tan ricas que me gustan, ¿me traes una? Esa se piensa que no sé dónde las esconde, pero lo sé muy bien.

El resto de la conversación había sido más o menos igual, con toques de información que malamente pudo contrastar aquí y allá.

Apartó las manos del piano y se las pasó por el pelo.

¿Qué había de verdad y qué de fantasía en las palabras de esa mujer? Estaba claro que Abby lo conocía y, si habían sido pareja tal y como sugería su instinto y la necesidad de su lobo, si habían tenido algo, su forma de reaccionar ante la obvia ignorancia por su parte era razonable. Pero ¿un bebé? ¿Podía ser eso posible? ¿Acaso era padre?

—Abigail Kensington.

Al menos ahora tenía un nombre y un apellido, si es que este era real, una pista sobre esa desconocida muchacha que había despertado algo en su interior, alguien que yacía en su pasado y tenía la llave de todo aquello que había olvidado.

Sacudió la cabeza y giró en la banqueta, dándole la espalda al instrumento.

—¿Te has cansado antes de empezar?

Levantó la mirada y se encontró con Noah entrando con una bandeja con dos tazas y una exquisita tetera.

—No tengo cabeza para disfrutar del piano ahora mismo.

Su amigo y consejero asintió y dejó las cosas sobre una mesa auxiliar.

—Me sorprendería si así fuese —aseguró sirviendo el té—. Tienes demasiado en lo que pensar.

Y aquello era sin duda un jodido eufemismo.

Haberle hecho caso y realizado ese viaje le había causado más problemas de los que necesitaba, había puesto su jodido mundo patas arriba cuando tenía cosas importantes de las que ocuparse.

—Estoy en una jodida encrucijada —resopló con verdadera desesperación—. Nada de esto tiene sentido…

—La mayoría de las cosas nunca lo tienen.

Bufó.

—¿Te das cuenta que quizá tengo un hijo?

—Me doy cuenta de que crees en esa posibilidad, sí —aceptó entregándole una de las tazas de té—. Ten cuidado, está caliente.

Cogió la taza y la miró.

—Ella… Abigail… me miró como si creyese estar viendo un milagro.

—Bueno, Dan, dado el estado en el que te vi la primera vez, sin duda, el que estés hoy aquí y hablando conmigo, es un milagro —aseguró sin más—. Sobreviviste a una explosión de gas en la que murieron varias personas.

—Pero a qué precio —resopló y señaló la ventana con la mano libre—. He olvidado cuatro años de mi vida, un periodo de tiempo del que no recuerdo absolutamente nada ni a nadie. Y ahora, esa mujer se presenta ante mí y destapa una vida de la que ni siquiera soy consciente. Y sabe que soy, mi lobo la ha reconocido algo que yo no puedo hacer.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de hombre he resultado ser? —negó con la cabeza—. ¿He llevado una doble vida sin saberlo?

Su amigo negó con la cabeza.

—Te has limitado a continuar con tu vida de la mejor manera posible —le recordó—. No te has escondido, no has adoptado una nueva identidad, siempre has estado ahí para quién ha querido buscarte.

—Ella creyó que estaba muerto —declaró al tiempo que se levantaba de golpe y se ponía a deambular por la habitación—. Me lo dijo, lo vi en sus ojos…

Noah asintió.

—Un error comprensible dado todo el lío que se formó con el accidente —aceptó—. Hubo muchas rectificaciones y confusión durante las primeras semanas e incluso en meses posteriores.

Se giró hacia él.

—¿Y si estaba realmente embarazada? Noah, ¿y si tengo un hijo?

La serenidad del hombre era lo único que lo mantenía dentro de cierta cordura.

—Si ese es el caso, deberías buscarle —declaró sin más—, buscarlos a ambos y aclarar cualquier duda que puedas tener.

—Abigal Kensington —repitió su nombre—. Ese es su nombre o el nombre que he encontrado.

Su amigo asintió.

—Contactaré con Rivers, él solía llevar todos los temas de investigación para Catherine —le informó.

Conocía el nombre del detective, era una de las personas de mayor confianza de Cathy. Ella le había hablado de él, era quién había estado investigando sobre su pasado, al menos lo

había hecho superficialmente, hasta que él decidió que no quería seguir atormentándose con cosas que no recordaba. ¿De qué servía pensar en el pasado cuando tenías el presente al alcance de la mano y te proporcionaba cierta felicidad?

Nunca pensó que ese lapsus de tiempo podía haber supuesto una vida completamente distinta, una que lo dejase en la posición en la que se encontraba ahora mismo.

—Hazlo —pidió—. Necesito saber quién es Abigail Kensington y, sobre todo, dónde puedo encontrarla.

Necesitaba verla, quería verla una vez más y escuchar de sus propios labios qué había ocurrido durante esos cuatro años.

CAPÍTULO 10

—¿Vas a seguir sin levantarte de la cama?

No se molestó en contestar, volvió a cubrirse la cabeza con la sábana y se hizo un ovillo. No quería salir, no quería tener que volver a ver la luz del día y, al mismo tiempo, sabía que era absurdo no hacerlo, nada solucionaría quedándose dónde estaba.

Sintió el colchón hundiéndose bajo su peso cuando se sentó, Amanda era una de las pocas personas que no aceptaba el silencio como respuesta.

—Creo que deberías buscarle, hablar con él —insistió. Su voz llegaba ahogada por las sábanas que la cubrían—. Te mereces una explicación, saber qué es lo que ha pasado, el motivo por el que no te recuerda.

Por más vueltas que le había dado había sido imposible de encontrar una sola explicación; ambos habían perdido más de lo que esperaban en aquella explosión en la estación del tren. De un modo u otro, ambos habían perdido algo irremplazable pero solo ahora se daba cuenta que ella quizá había perdido mucho más que él.

Al menos, antes, cuando pensaba que le había perdido, vivía con el consuelo de saber que tenía sus recuerdos, que estuviese dónde estuviese la recordaría y podrían volver a reunirse en algún momento de sus vidas. Pero ahora…

«¿Quién eres?».

Esa sencilla frase la había matado por dentro. La ausencia de reconocimiento en su mirada, la había herido como un hierro candente atravesándole el corazón y la hizo sentirse más sola que nunca, sola y abandonada.

—No puedes pasarte toda la vida viviendo debajo de una piedra, escondiendo la cabeza y llorando por lo que fue —insistió Amanda—, no cuando él está vivito y coleando. Te lo debes a ti misma, Abby, te debes el poder descansar y, si eso es lo que te tiene reservado el destino, seguir adelante.

Se lamió los labios y apretó los ojos con fuerza. Sabía que tenía razón, pero era tan difícil aceptarlo sabiendo que él estaba vivo, pensar en que no lo vería más.

—No me recuerda, Mandy —musitó con voz rota—. Cuando me miró, parecía estar viendo a través de mí.

Las sábanas salieron disparadas de un tirón y se encontró con la mirada de su amiga.

—Pues entonces haz que te recuerde —declaró con firmeza—. Si no haces nada, te arrepentirás después. Siempre estarás pensando en qué podría haber pasado si hubieses hecho algo y no simplemente cruzarte de brazos. Créeme, Abby, lo sé muy bien.

Y sí, ella lo sabía porque esa falta de decisión fue la que la condujo a esa cama de hospital con su vida pendiendo de un hilo.

—Búscale —insistió—. Enfréntate al destino. Quién sabe si no hay algo bueno esperándote después de que lo hagas. Pero no te quedes de brazos cruzados.

Se lamió los labios y la miró.

—Él no me recuerda…

Ella bufó y se inclinó sobre la cama.

—Pues haz que te recuerde —declaró con energía—, dile quién eres, quién fuiste, quienes

fuisteis juntos y qué es lo que perdisteis. Cariño, no fue solo tu pérdida, esa también fue la suya.

Se cubrió el estómago con gesto triste y protector, los ojos empezaron a picarle por la proximidad de las lágrimas. Se obligó a respirar profundamente y agitar las pestañas a fin de impedir su caída.

—No sé si voy a poder soportarlo otra vez, Amanda—musitó—, no sé si soportaré perderlo de nuevo.

Porque aquello era lo que iba a pasar, pensó con tristeza, cuando la mirase de nuevo y no viese nada más que una desconocida en ella, le perdería de nuevo.

CAPÍTULO 11

Forcejeos y ahogados jadeos se hacían eco en la habitación en penumbra. La luz que vertían las lámparas de pared diseminadas por la habitación bañaban las frías y oscuras paredes de antiguo tapizado y la enorme cama cuyo cabezal de hierro forjado dominaba gran parte de la estancia. La tenue iluminación caía también sobre la desdibujada figura de Dan, quién se retorcía sobre el colchón.

Las sábanas de brillante negro satén se enroscaban cual hambrienta serpiente alrededor de sus piernas y delgada cadera. La agitación había hecho presa de su cuerpo, el sudor le perlaba el pecho, así como los abdominales mientras un ligero rastro de vello oscuro espolvoreaba todo el recorrido bajando desde su ombligo discurriendo bajo la línea de la sábana. Sus ojos seguían cerrados a pesar del imperceptible movimiento que se apreciaba bajo sus párpados.

Susurros ininteligibles, gimoteos y toda clase de murmullos escapaban de sus labios, su cabeza daba bandazos sobre la almohada, las sábanas se enredaban todavía más en su cuerpo con el inconsciente y fuerte movimiento de sus piernas al deshacer la cama y los puñados de tela que aferraban sus manos mientras era presa de aquella pesadilla.

Con un fuerte jadeo, abrió los ojos y se incorporó. El aire entraba en sus pulmones con fuertes inspiraciones, su mirada fija al frente mientras viendo sin ver realmente nada. Le llevó varios segundos y más inspiraciones el normalizar el agitado ritmo de su respiración, entonces soltó una maldición, se deshizo a base de puntapiés y tirones de la serpiente en la que se había convertido la sábana y, haciendo a un lado la tela con furia, bajó de la cama.

—Maldita sea, ¿qué coño me está pasando?

La sensación de la alfombra bajo sus pies contribuyó a calmarlo ligeramente. Hacía días que tenía pesadillas, sueños aleatorios en los que siempre aparecía ella, Abigail, y dónde era incapaz de alcanzarla por más que lo intentase.

Desde hacía una jodida semana vivía obsesionado con ella, con encontrarla y descubrir qué sabía ella de su pasado, qué era lo que los había unido y todavía los unía a juzgar por todas esas pesadillas. Incluso su lobo estaba más febril de lo normal, prueba de ello era que había cambiado sin poder dominarse y destrozó todo el mobiliario de la habitación a mordiscos.

Cruzó el dormitorio hasta detenerse frente a la ventana, la luz de la lámpara se derramó sobre su desnudez haciendo que su piel brillase allí donde el sudor la perlaba y crease extrañas sombras sobre su cuerpo. Golpeó con la palma abierta de la mano el marco de la ventana, su mirada se posó en los cristales a través de los que ya se veía el amanecer. Respiró profundamente y acarició el frío vidrio como si de esa manera pudiese arrancarse por completo de los rescoldos que todavía lo asediaban. Su interior era un volcán en ebullición, no podía quitarse esa sensación de aterrador pánico que lo había arrancado del sueño y que todavía le atenazaba la garganta, una sensación de impotencia y dolor que lo recorría de pies a cabeza y para la que era incapaz de encontrar explicación alguna.

Cerró los ojos y respiró profundamente, si no daba pronto con esa mujer iba a volverse completamente loco y su lobo también.

—Maldición —masculló para sí y volvió a darle la espalda a la ventana.

Los últimos días habían sido como atravesar un maldito infierno, lidiar con toda aquella panda de inútiles le estaba poniendo de los nervios, por no mencionar que era incapaz de

centrarse realmente en lo que tenía que hacer. Estaba de tan mal humor que pronto tuvo a todo el personal de la empresa andando de puntillas a su alrededor, su propia secretaria había pedido la baja por estrés y Noah no se había cortado un pelo en decirle lo que opinaba sobre la manera en la que decidía redecorar los dormitorios.

La fiesta anual de beneficencia sería esa misma noche y tenía que espabilarse si no quería perder aquello que tanto le había costado levantar a Catherine.

Se sacudió los últimos rescoldos de la pesadilla y se dirigió con paso enérgico hacia la puerta situada al otro lado de la estancia; el baño, para darse una ducha rápida y bajar a la primera planta.

—¿Otra vez pesadillas?

La voz de Noah lo recibió nada más entrar en el comedor, ni siquiera lo miró, pasó por su lado y fue directamente al aparador dónde ya estaba listo el café.

—Tomaré eso como un sí.

Se sirvió una taza de café y fue hacia la mesa. El periódico, el desayuno, todo estaba preparado como cada día, como lo había estado desde que vino a vivir con Cathy a esa casa. Nada había cambiado y, al mismo tiempo, todo era distinto. Todo.

—¿Qué he hecho mal?

Noah levantó la mirada fijándose en él.

—¿Además de destrozar el exquisito mobiliario de una habitación con los dientes y mear cada parte del pasillo como un lobo malo?

Se reclinó en el respaldo y gesticuló con la mano.

—Hablo de todo en general —señaló a su alrededor—, de mi vida, de mi pasado, de quién fui y quién soy, ¿qué demonios hice para terminar así?

—Me temo que no tengo una respuesta para eso, Daniel.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Supongo que no —murmuró tomándose el primer sorbo de café—. Y empiezo a pensar que nadie la tendrá jamás.

Noah decidió ignorarle y siguió con lo suyo.

—¿Y Rivers? ¿No ha llamado todavía? —preguntó por el detective que había contratado para dar con Abby—. ¿Cuánto puede llevarle obtener la información que necesito?

—Te encuentro ligeramente ansioso por saber de esa mujer.

Lo miró por encima de la mesa.

—Tú también lo estarías si ella tuviese la clave de lo ocurrido durante los cuatro años de tu vida que no recuerdas —declaró con intención—, especialmente cuando no tengo la menor idea de si ha sido algo más que una amiga, novia, amante o incluso esposa.

—¿Estás seguro de ello?

Resopló.

—No y lo que imagino, lo que mi lobo sugiere me está matando —aseguró con un resoplido—. Si es mi compañera como él sugiere, he cometido el más horrible de los crímenes, me he olvidado de ella…

—No figuraba ninguna señora Ward antes de que Catherine ocupase ese lugar —comentó de pasada—, de otro modo, lo habrías sabido.

Sí, Cathy jamás le habría ocultado algo así. Ella, más que nadie, incluso más que él mismo, había hecho todo lo posible por ayudarle a recuperar su pasado y a seguir adelante, jamás le habría mentido.

Y a pesar de todo, en su pasado había existido otra mujer, una en la que no podía dejar de

pensar y que se había colado incluso en sus pesadillas.

—Llama a ese detective —pidió al tiempo que empezaba a dar cuenta de su desayuno—, quiero sobre mi mesa lo que tenga sobre esa mujer y lo quiero para hoy. No esperaré ni un minuto más.

—Eres un ansioso.

Se limitó a ignorarle.

—Deberías centrarte en tu agenda de hoy —insistió Noah—, te enviaré el esmoquin directamente a la oficina. Y por lo que más quieras, no llegues tarde a tu propia fiesta, eres el que debe dar el discurso de apertura.

Sonrió de medio lado al recordar lo que traía consigo ese discurso.

—No lo haré —aceptó. Estaba dispuesto a llevar a cabo sus planes—. No voy a fallarle a Cathy, Noah. Se lo debo. Le debo mantener viva su memoria y su legado, no me detendré hasta haberlo conseguido.

—Estoy seguro que, allá donde esté, disfrutará del espectáculo que te tienes preparado.

Eso esperaba, después de todo, si seguía al frente de esa maldita empresa era por ella, para perpetuar su legado y no permitir que la codicia de sus antiguos socios destruyese algo por lo que ella había luchado hasta el último día de su vida.

«Espero que disfrutes con lo que he creado para ti, Cathy y que te sientas orgullosa de tu propio legado. Yo lo estoy, pequeña, muy orgulloso».

Tenía que centrarse, debía hacerlo por ella, después de esta noche su legado no correría peligro y él podría pensar en el futuro, en su propio futuro, fuese cual fuese este.

—Cruza los dedos, viejo amigo y preparémonos para lo que está por llegar.

CAPÍTULO 12

Dan dejó el dossier sobre la mesa y se dirigió directamente al bar para servirse una copa. Necesitaba algo fuerte, algo que le templase los nervios y le devolviese el color que estaba seguro había perdido.

Él mismo había deseado esto, lo había buscado desde el primer instante en que esa mujer se cruzó en su camino e hizo alusión a su desaparecido pasado, pero desearlo y enfrentarse a lo que se estaba enfrentando eran dos cosas distintas.

El dossier que le había entregado el detective no era muy profundo, pero sí lo suficiente exhaustivo y fiel para hacer un retrato de la mujer que había encontrado en el cementerio y la cual había compartido parte de su pasado.

Casualidades de la vida, Abigail había estado en el mismo lugar y a la misma hora que él en esa estación y había sido víctima del accidente que le había arrebatado su pasado. No existían escándalos conocidos, el suyo era un perfil bajo, el de alguien que se dedicaba a su trabajo, a su casa… una mujer que compartía vivienda con una amiga y que intentaba seguir adelante con su vida como lo había hecho él mismo después de su paso por el hospital.

El hospital. El estómago se le encogió, cogió la copa que acababa de servirse y bebió un buen trago. Abby había pasado un buen tiempo entre aquellas cuatro paredes recuperándose de las lesiones sufridas durante la explosión, unas que habían provocado así mismo, según decía el reporte, un aborto. La muchacha había estado embarazada de casi cinco meses.

Se bebió el resto de la bebida de golpe y se sirvió otra con dedos temblorosos. Esperaba descubrir algo que le ayudase a entender las respuestas de esa mujer, que echase un poco de luz sobre la conversación que había tenido con la senil anciana y a poder ser, le mostrase lo equivocada que estaba, que se trataba de una historia inventada por una mente trastornada, pero lo que había encontrado en la investigación del detective arrojaba otra clase de luz, una que unía sus años olvidados a Abigail.

Ahora sabía que ella había nacido y vivido gran parte de su vida en los Estados Unidos. Huérfana de padres a una edad temprana, había ido de un hogar de acogida a otro hasta que cumplió la mayoría de edad. El reporte hablaba de sus años en la universidad, de su especialización y de cómo dejó una vida cosmopolita para mudarse al ámbito rural donde había residido hasta el accidente en la estación de tren.

—Un punto de ruptura y de partida —murmuró para sí. Dejó el vaso sobre la bandeja y volvió a su mesa solo para ver el retrato de su fallecida esposa sonriéndole detrás del cristal—. ¿Qué harías tú en mi lugar, Cathy?

Ella sin duda habría luchado, pensó con una triste sonrisa, no se habría detenido hasta haber alcanzado su meta y él había actuado de la misma manera los últimos cuatro años, respaldado y animado por su compañía, su cariño y amor.

Amor. Dos mujeres en su vida. Una a la que recordaba nítidamente y añoraba, mientras la otra era como una sombra, un anhelo perdido al que lo había unido el destino en un momento dado solo para perderla en las tinieblas del olvido.

A una la había perdido ya para siempre y a la otra era incapaz de recordarla.

«¿Quién eres?».

«No soy nadie».

La triste respuesta de Abby durante su breve tiempo juntos volvió a colarse en su mente y sintió el peso de sus palabras en su alma, así como el lastimero aullido de su lobo en lo más profundo de su alma. Él si la había recordado, había sido consciente de su existencia y la había añorado como solo puede añorarse a otra mitad.

—Pero eres alguien —murmuró para sí, dando respuesta a su propia pregunta—. Fuiste alguien para mí, Abigail Kensington y mi lobo me dice que fuiste alguien muy importante, alguien a quien nunca debería haber olvidado.

Nunca debió haberla olvidado, tenía que haber escuchado a su lobo, tenía que haber sabido que ella estaba allí fuera, haber recordado que llevaba un hijo suyo en su vientre.

Miró una vez más la foto de su difunta esposa, se lamió los labios y respiró profundamente.

—Tengo que encontrarla, tengo… que saber —murmuró sin apartar los ojos del marco sobre su escritorio—, si ella es mi pasado, tengo que saberlo.

La luz de la ventana incidió en ese momento en el cristal haciéndolo destellar, creando la ilusión de una sonrisa en los labios de su esposa quién parecía darle el beneplácito.

Le devolvió la sonrisa, sacudió la cabeza y recogió la chaqueta del esmoquin del respaldo de la silla.

—Te prometo que volveré a tiempo para poner a esa manada de fieras de vuelta en sus respectivas celdas —aseguró con cierto tono jocoso, uno que sabía ella aprobaría—. Esta noche acabará todo, Cathy, tu sueño se hará realidad y quizá, con un poco de suerte, también el mío.

Un sueño que llevaba persiguiendo sin descanso, uno que traería consigo esos años olvidados.

CAPÍTULO 13

—¿Seguro que no quieres que te acompañe al aeropuerto?

—¿Y que ambas terminemos llorando como Magdalenas? —chasqueó Amanda.

Resopló y sonrió echándole las manos al cuello para abrazarla.

—No olvides llamar en cuanto llegues —pidió sintiendo ya su partida—. Y no te preocupes por nada, todo irá bien.

Abby asintió y correspondió a su abrazo. Al otro lado de la puerta esperaba el taxi que llevaría a su amiga al aeropuerto.

—Te avisaré tan pronto llegue —prometió con voz alegre—, prometido.

Satisfecha con su promesa la dejó ir, esperó a que entrase en el taxi y la despidió con la mano. Le costaba ver a quién había sido una parte importante de su vida, especialmente en los últimos años, marcharse, pero esta vez era para bien.

—Que tengas suerte, Mandy.

Sonrió, le dio la espalda y volvió a la ahora solitaria casa. Tenía mucho que pensar, decisiones que tomar y aquella noche prometía ser perfecta para pasarla con un bol de helado y una película.

Con ello en mente entró en casa, cerró la puerta y suspiró, era hora de que ella también empezase a pensar en sí misma y pusiese rumbo hacia una nueva vida.

Apenas había dado un par de pasos cuando sonó de nuevo el timbre.

—¿No me digas que se te ha olvidado algo? —comentó con una risita pensando que era su amiga—. ¿Qué has…?

Las palabras volaron de su boca en el momento en que abrió la puerta y se encontró con la última persona que esperaba ver del otro lado.

—Hola, Abigail —la saludó Dan—. Tenemos que hablar.

Para su sorpresa, él pasó por su lado, entrando en su casa y dejándola totalmente anonadada al verle vestido de esmoquin.

Su nerviosismo era obvio, no dejaba de pasear de un lado para otro, mirándolo todo, husmeando como solía hacerlo cuando entraba en un lugar nuevo para luego volverse hacia ella. Tenerle allí era como un sueño, uno que había tenido durante mucho tiempo. Había fantaseado tantas veces con que entraría por la puerta y la abrazaría, que podría presentárselo a Amanda y decirle que él era el amor de su vida, pero en sus fantasías él era el Daniel de antaño, no este playboy multimillonario que vacilaba entre la seguridad y el nerviosismo.

Este no era su compañero, el hombre a quién recordaba. Esta versión de sí mismo no tenía nada que ver con el hombre dulce y paciente que disfrutaba de su tiempo en el rancho, este era alguien totalmente distinto, alguien a quién, se daba cuenta, ya no conocía.

—Lamento presentarme así, pero… tenía que verte.

La forma en que se movía, la rudeza en su voz hizo que se encogiese por dentro.

—¿Cómo has dado con mi dirección? —preguntó y miró a su alrededor, como si no pudiese todavía creer que estuviese allí—. ¿Cómo has dado conmigo?

Negó con la cabeza y dio un paso adelante, hacia ella.

—Eso no importa…

Abrió la boca para responder, pero él la calló con su siguiente pregunta.

—¿Es verdad que íbamos a tener un hijo?

La intensidad en su voz, el dolor subyacente y el deseo en sus ojos se clavó en ella con tal fuerza que la hizo trastabillar.

—¿Lo… lo has recordado?

Negó con la cabeza sorprendiéndola incluso más, lacerando su ya sangrante corazón.

—Dime tan solo si es verdad —exigió con una frialdad que la sacudió por completo.

Se lamió los labios, dio un nuevo paso atrás y lo miró sin verlo realmente. ¿Quién era este hombre? Podía parecerse a Dan, hablar como él, pero su mirada, su frialdad, no eran del hombre que recordaba.

—Es verdad —declaró con voz rota—. Íbamos a tener un bebé… pero, no… al final no…

El dolor de aquella pérdida seguía persiguiéndola incluso tiempo después, arrebatándole el aliento y las fuerzas. Sintió que le flaqueaban las piernas y habría caído al suelo si él no hubiese reaccionado rápidamente.

—Abigail…

—Le perdí el mismo día que te perdí a ti —murmuró dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—La explosión de la estación de tren… —murmuró él con voz suave—, estuviste allí.

Se lamió los labios y asintió.

—Se suponía que vendrías a recogerme —lo acusó—, pero… nunca llegaste —sacudió la cabeza—. ¿Cómo es posible que no te acuerdes de mí? ¿Qué no recuerdes lo nuestro?

Él la miró sin vacilar, buscando en sus ojos.

—No recuerdo nada de los cuatro años anteriores al accidente de tren —repuso con la misma ansiedad que había en su propia voz—, la explosión, los destrozos… sufrí un traumatismo craneal, casi no la cuento.

Lo miró intentando comprender, intentando que el significado de esas palabras penetrase en su mente.

—Háblame, Abigail —insistió sin dejar de mirarla, pronunciando su nombre como una súplica—, dime quién eres. Dime, quién soy yo.

¿Quién eres?

¿Quién soy?

Eran sin duda dos preguntas que golpeaban profundamente, sobre todo cuando te las hacía alguien que debería conocer las respuestas.

—¿De veras no lo recuerdas? —preguntó en un susurro—. ¿Te has olvidado de mí? ¿Has olvidado lo nuestro? ¿Cómo… cómo es eso posible?

Lo miró sin poder creer en sus palabras, sin querer creer en ellas a pesar de que la evidencia estaba allí, en sus ojos.

Dan no dudó en su respuesta, pero había una agonía subyacente que no pudo ocultar, un dolor y rabia contra sí mismo y lo que le había sucedido.

—No recuerdo nada de lo ocurrido en los cuatro años posteriores al accidente —declaró con gesto tenso—, ni siquiera sé qué hacía en la ciudad y en esa estación de tren…

Una solitaria lágrima corrió por su mejilla.

—Ibas a reunirte con nosotros —murmuró con voz rota, rodeándose la cintura—. Me habías prometido que vendrías a buscarme… pero yo llegué tarde, estaba subiendo por las escaleras cuando se produjo la explosión y el infierno se desató. El ruido fue ensordecedor, los

escombros volaron por todos lados y entonces me sentí lanzada, algo me cayó encima y… —sacudió la cabeza ante los frágiles recuerdos—. Me desperté en el hospital tiempo después, allí me informaron de que fui una de las personas que habían tenido que sacar de debajo de dichos escombros y mi lobito… —se le quebró la voz, ciñó los brazos con más fuerza alrededor de su vacío vientre—, nuestro bebé… se había ido.

El dolor que acariciaba su voz se reflejó también en los ojos de Dan mezclado con la incomprensión.

—No dejé de preguntar por ti, de buscarte, pero el accidente fue mucho peor de lo que se pensaba —continuó intentando reponerse lo suficiente para dar voz a sus vivencias—. Había muchas personas que fueron identificadas, pero otras, era imposible. No me rendí, nunca me rendí, nuestro vínculo me decía que seguías vivo, pero no comprendía por qué no venías a buscarme si era así.

El continuo ir y venir de Dan se detuvo y se giró a mirarla a la cara.

—Nuestro vínculo —repitió en voz baja, mirándola sin verla realmente, bajando sobre su cuerpo hasta el lugar que protegía con sus brazos—. Te había unido a mí… eras… —sacudió la cabeza—, eres mi compañera.

Una nueva lágrima siguió a la primera y asintió.

—Me reclamaste al poco tiempo de conocernos —murmuró—. Dijiste que así siempre sería tuya y tú serías mío, que siempre nos sentiríamos el uno al otro sin importar lo lejos que estuviésemos, pero después del accidente, el vínculo pareció empezar a desvanecerse y… apenas te sentía.

Se pasó una mano por el pelo como si intentase recordar sus palabras sin éxito. Entonces sacudió la cabeza y volvió a mirarla.

—Me pasé seis meses en coma después de que me rescataran de la zona de las vías con un fuerte traumatismo craneal —continuó él con voz firme pero baja—. A decir verdad, no daban un duro por mi recuperación, esperaban que terminase como un vegetal. Cuando me encontraron dicen que no llevaba ninguna documentación encima y, finalmente, cuando desperté en el hospital, no recordaba el accidente, en realidad, no recordaba qué hacía allí o cómo había llegado a la ciudad. Al principio pensaron que era normal que estuviese desorientado, pero entonces las fechas no encajaban, mi memoria había quedado tocada y los últimos cuatro años de mi vida se habían esfumado por completo. Mi último recuerdo nítido era el funeral de mis padres.

Aquella confesión la desgarró por dentro. Él había estado herido, perdido y, al contrario que ella, todo su tiempo juntos se había esfumado de su mente. Parecía algo tan irreal, pero en sus ojos veía que decía la verdad, que no le mentía.

—El funeral de tus padres… —murmuró recordando lo que sabía de aquella época—. Nosotros nos conocimos poco tiempo después, en un viaje que hiciste a la ciudad.

Él la miró con intensidad, pero no dijo nada. Abby no sabía si no la creía o estaba intentando recordar ese momento.

—Llevabas unos vaqueros y esa camisa de leñador roja y negra de la que parecías incapaz de desprenderte —continuó en voz baja—. Fue un encontronazo en toda regla, yo salía del supermercado y tú chocaste conmigo haciendo que todo el contenido de las bolsas acabase por el suelo.

Sonrió al recordar la escena y cómo ella se había enfadado, insultándole solo para quedarse sin palabras cuando lo vio, de pie ante ella, con ese gesto duro y una sombra de profunda soledad en los ojos.

Habían hablado, él se había disculpado con ese bonito acento suyo y la ayudó a llevar sus

cosas hasta el coche.

—Después de ayudarme a recoger las cosas me preguntaste por una dirección y, como me quedaba de camino, te acompañé —comentó—. Así fue como empezó todo.

Su mirada se intensificó, frunció el ceño y sacudió la cabeza. No lo recordaba.

Abby miró a su alrededor con nerviosismo, descolocada, no sabía qué hacer en aquella situación, tenía a Daniel allí y, al mismo tiempo, era incapaz de llegar a él, de conectar como lo había hecho en el pasado. Era como estar ante una persona totalmente distinta, un completo desconocido que poseía la cara del hombre al que había amado más que a nada.

La pregunta surgió de sus labios antes de poder pensar en algo más.

—¿Dónde has estado metido todo este tiempo? —le preguntó—. Cuando por fin pude salir del hospital, intenté buscarte. Fui a casa, al rancho, pero no había ni rastro de ti, el lugar parecía llevar abandonado meses, olía a cerrado, los muebles tenían polvo, nadie había pasado por allí desde que te marcharas para reunirte conmigo. Estaba convencida de que lo habías hecho y eso hacía también que me dijesen que, si habías estado en la estación de tren, quizá habrías sido víctima del accidente.

Tomó una profunda bocanada de aire y lo miró.

—¿Dónde has estado todos estos años? ¿Por qué tienes que aparecer ahora?

Pareció meditar la respuesta, entonces habló sin más.

—Cuando desperté en el hospital todo era confuso, durante varios meses tuve que someterme a exámenes médicos, llevar un control y eso hizo que me quedase en la ciudad —comentó pensativo—. Cathy se quedó todo ese tiempo a mi lado, me ayudó cuando no había nadie más que lo hiciese —sacudió la cabeza—. Un año después nos mudamos a su casa de las afueras. Nos casamos y he vivido con mi esposa durante los últimos tres años.

Escucharle decir que se había casado y que tenía esposa fue como una puñalada. Se quedó sin aire, el corazón latiéndole a mil mientras se decía que aquello no era posible, que él no podía haberse ido con otra mujer, no cuando ella era su compañera, no cuando se habían amado tanto…

«Los últimos cuatro años de mi vida se esfumaron como si nunca hubiesen existido».

Él había perdido la memoria a raíz del accidente, su pasado se había esfumado y no la recordaba ni a ella ni el tiempo que habían compartido. ¿Acaso podía culparle por intentar seguir adelante con su vida cuando ella misma había hecho lo mismo?

Se lamió los labios.

—Entonces, estás… casado.

Sus ojos se encontraron de nuevo.

—Soy viudo —atajó con firme tristeza—. Mi esposa murió hace un año, después de pelear con su enfermedad.

—Oh… lo siento, yo no…

Qué podía decir ante una respuesta como aquella. ¿Qué podía decir cuando el hombre que había amado, con el que habría tenido un hijo y al que habían dado por muerto, le comunicaba que estaba casado y su esposa había fallecido un año antes? ¿Qué podía decirle si no la recordaba en absoluto? ¿Existía un infierno peor que aquel?

Sacudió la cabeza y le dio la espalda incapaz de seguir enfrentándose a aquello mucho tiempo más.

—¿Por qué has venido? ¿Cómo has encontrado mi dirección?

Aquella era sin duda una buena pregunta y la respuesta no se hizo esperar.

—Después de que te marchases hablé con un viejo amigo de mis padres, su esposa hizo un

comentario que me llevó a ver a la señora Smith…

La abuela Smith, recordaba a la mujer y su afición a dar consejos sin que nadie se los pidiese, consejos que valía la pena escuchar.

—Su conversación pude resultar un poco peculiar, especialmente dada la demencia que ahora padece, pero había momentos en que parecía estar perfectamente lúcida —explicó y se pasó la mano por el perfecto y arreglado pelo—. En uno de esos comentó que tú y yo íbamos a tener un hijo… —su voz se desvaneció durante unos segundos entonces prosiguió—. No sabía si era verdad o no, pero no pude quitármelo de la cabeza. No, en realidad, no pude quitarte a ti de la cabeza desde el mismo instante en que nos vimos. Yo… no podía recordarte, pero mi lobo estaba frenético, sabía que eras suya… que eras mía… —sacudió de nuevo la cabeza—. Todo eso me llevó a pedirle a un detective que te buscase, necesitaba saber… tenía la esperanza de que tú pudieses rellenar de algún modo esos cuatro años que se han esfumado de mi mente.

Su admisión la sorprendió.

—¿Me has estado buscando?

La miró a los ojos con total sinceridad.

—Tú pareces ser la única que tiene las respuestas que busco —aceptó sin dudar—. Fuiste tú la que seguía presente sin serlo en mi alma, mi lobo se volvió retraído, huraño y parecía guardar luto a alguien, pero siempre supuse que era cosa de mi mente. Como algún trozo de una canción o algo que había escuchado, pero ahora que te conozco… que he escuchado tu voz…

Sacudió la cabeza.

—Sé que esto suena a locura, yo mismo soy incapaz de procesar siquiera el motivo que me ha arrastrado hasta aquí —insistió intentando justificar su propio modo de actuar—, pero desde que desperté en el hospital y a pesar de esa enorme laguna en la que soy incapaz de pescar nada que sea mínimamente coherente, hay una frase que se repite una y otra vez en mi mente, una voz que no podía recordar, que no sabía si era real o producto de mi imaginación y que, ahora, a la luz de estos últimos acontecimientos, solo puedes habérmela dicho tú.

Parpadeó sorprendida por esa revelación.

—¿Qué frase?

Él la miró y no dudó en responder.

—No olvides que te estaré esperando.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla al escucharle decir aquella frase. Era algo suyo, algo privado entre ellos.

«Prométeme una cosa, estrellita. Prométeme que pase lo que pase, estemos dónde estemos, juntos o separados, me esperarás».

Esa declaración por su parte la había llevado a ofrecerle aquella frase, era como su propia cita, una solo para los dos.

—Es… es algo que solíamos decirnos el uno al otro cada vez que nos separábamos —murmuró intentando contener la congoja que le atenazaba el corazón—. Es… era… una promesa de los dos.

Él acortó la distancia entre los dos, le acarició la mejilla y le levantó la barbilla para que le mirase a los ojos.

—Háblame de esa promesa, Abby —pidió con suavidad—, ayúdame a arrojar algo de sentido sobre toda esta locura. Ayúdame a recordar quién fui, quizá entonces pueda entender por qué estoy ahora aquí junto a ti, deseándote tanto que no estoy seguro de poder irme.

Se lamió los labios, una segunda lágrima siguió a la primera deslizándose por su mejilla.

—Eres Daniel Richard Ward —murmuró con voz rota por el sentimiento—, y si estás aquí

es porque tengo la esperanza de que, a pesar de todo, no te has olvidado por completo de mí.

EPÍLOGO

Tres meses después…

Abby resopló mientras lidiaba con las bolsas de la compra de camino al coche. Tenía que haber cogido el carro y trasladarlas de esa manera, pero si bien era perfectamente ducha con el volante, el conducir un maldito carro de la compra le era imposible.

Resopló cuando una de ellas se desequilibró amenazando con despatarrar el contenido por el suelo, culebreó intentando evitar el desastre y suspiró cuando la bolsa se mantuvo en sus brazos. No quería terminar haciendo huevos revueltos antes de llegar a casa y mucho menos en el aparcamiento del supermercado.

—El diablo inventó la lista de la compra para torturar a las mujeres —rezongó mientras caminaba en línea recta hacia el coche—. No hay otra explicación.

Suspiró de alivio al ver el color azul oscuro de su vehículo, ahora solo tenía que intentar encontrar las llaves en el bolsillo de la chaqueta y desbloquear las puertas.

—Llaves, llaves, llaves —canturreó mientras se acercaba al vehículo dispuesta a dejar la compra sobre el capó para poder buscar—. Las llaves…

—¿En qué bolsillo las tienes?

La inesperada voz unida a las manos que se cernieron a su cintura la sobresaltaron e hicieron que las bolsas terminaran en el suelo.

—¡Mierda!

—Esa boca, Abigail.

Se giró y fulminó al atractivo hombre trajeado que la miraba con una divertida y sexy sonrisa.

—Mira lo que has hecho, *lobo* —protestó señalando el obvio desastre.

Miró las bolsas desparramadas por el suelo. La que contenía los huevos estaba derramándose y tiñéndolo todo de un tono naranja.

—Te invito a comer fuera para compensar el desastre, *estrellita*.

Escucharle llamarla de esa manera la estremecía de placer por dentro. Dan seguía sin acordarse del tiempo que habían compartido, de la vida que habían decidido emprender en el pasado, pero eso no había impedido que decidiese intentarlo de nuevo.

Era consciente de que ya no era el mismo hombre, en muchos aspectos era muy distinto, más sofisticado, quizá un poco osco, pero debajo de ese aspecto de hombre de negocios todavía existía alguien cariñoso, paciente y dispuesto a recuperar, de algún modo, lo que una vez habían tenido.

Ella estaba decidida a hacer que la quisiera de nuevo, a enamorarle y conquistarle como él lo había hecho la primera vez. Estaba dispuesta a concederle el tiempo que fuese necesario, a que se conociesen de nuevo e intentasen emprender una nueva vida juntos.

Se llevó las manos a las caderas y chasqueó la lengua.

—Todo lo arreglas muy fácilmente.

Enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—No, todo, Abigail, pero tengo plena confianza en que, con el tiempo, así será.

Negó con la cabeza y sumergió la mano en el bolsillo para sacar las llaves del coche.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó sabiendo que no habían quedado de verse hasta esa tarde—. Habíamos quedado a las tres, ¿no?

Él tenía trabajo del qué ocuparse. Después de haber asegurado el futuro del proyecto que había iniciado su esposa Catherine, se había dedicado a ver que las cosas funcionaban y que podría tomarse un tiempo sabático.

Curiosamente, no se sentía celosa por lo que Daniel hubiese tenido con esa mujer, por el contrario, después de oírle hablar de ella, de escuchar cómo había cuidado de él, cómo lo había animado cuando su mundo parecía hacerse pedazos, supo que le habría gustado. Después de todo, le debía a esa mujer el tener hoy a ese hombre de nuevo en su vida.

—Sí, a las tres —aceptó al tiempo que la ayudaba a recoger las bolsas y el contenido que se había salvado—. Pero decidí tomarme el día libre después de asegurarme que nadie se iba a tirar desde la ventana si me ausentaba. Estoy oficialmente de vacaciones.

Sonrió ante su tono, no pudo evitarlo. Parecía un niño entusiasmado ante la perspectiva de librarse de las clases durante unas semanas.

—Me alegro.

—Dame eso y abre el maletero —le dijo quitándole las cosas que había recogido de las manos e indicándole el coche con un gesto de la barbilla—. Siéntate en el asiento del pasajero, conduciré yo.

Esa nueva faceta suya la encendía y cabreaba a partes iguales. Se le daba de lujo dar órdenes y esperaba que todo el mundo las cumpliese, incluida ella, algo que había provocado ya algún que otro roce y pelea entre ellos.

—¿Recuerdas lo que hablamos sobre dar órdenes a alguien que no es tu empleado?

Esperó a que abriese el maletero antes de dejar las bolsas dentro y volverse a ella.

—Me prometiste ser paciente —le recordó con un suave y ronco tono que la derretía siempre que lo escuchaba—, ¿crees que podrías extender esa paciencia a los próximos treinta días?

Parpadeó mirándole sorprendida.

—¿Treinta días?

Asintió, le acarició la mejilla y le levantó la barbilla con los dedos.

—¿Querrías volver a casa conmigo, *estrellita*? —le preguntó sin dejar de mirarla—. ¿Estás dispuesta a arriesgarte con este solitario lobo a pesar de mis obvias carencias?

Se lamió los labios.

—Solo si me prometes algo…

Ladeó la cabeza y la miró.

—¿Qué?

Respiró profundamente y se acercó a él, dejando que su cuerpo se apoyase contra el suyo, metiéndose entre sus brazos y disfrutando de estar allí.

—Que esta vez, me recordarás.

Se inclinó sobre ella, acariciándole los labios con el aliento.

—Tú harás que nunca te olvide, pequeña —le aseguró—, sin importar lo lejos que nos encontremos, los recuerdos que pueda perder, tú siempre vivirás en mí.

Sus labios encontraron los suyos en un beso que estaba lleno de promesas, de ternura y del amor que nunca se desvanecía por completo.

[1] ¿Quién eres? En Rumano.
[2] Esa loba será castigada, pequeña. En rumano.
[3] Lo juro. En rumano.
[4] *«Señor» en árabe*
[5] *«Buenas noches» en árabe.*
[6] *«Mi amada», «mi vida», «mi alma» en árabe.*
[7] *«Mi amado» en árabe.*
[8] *Parque Nacional de la Baja Tatra.*
[9] *«Compañera» en checo.*
[10] *«Bruja» en checo.*
[11] ***Pelirroja** en checo.*
[12] ***Hijo de puta** en eslovaco.*
[13] *«Carnicero» en checo.*
[14] *«Mi niña» en rumano.*
[15] *«Hermano» en checo.*
[16] *Mi niña, en rumano.*
[17] *T.O.C. Trastorno obsesivo compulsivo.*
[18] *¡Larga vida al Rey! En rumano.*
[19] *¡Larga vida a la Reina! En rumano.*
[20] *Te quiero en rumano.*